MARIANO PICON - SALAS

# VENEZUELA

AUGUSTO MIJARES

# INDEPENDIENTE

RAMON DIAZ SANCHEZ

# 1810

EDUARDO ARCILA FARIAS

# 1960

JUAN LISCANO

FUNDACION EUGENIO MENDOZA


IDEARIUM CARIBE
LABOR VENEZOLANISTA


IDEARIUM
CARIBE


SOCIEDAD
DE ESTUDIOS
VENEZOLANOS

VENEZUELA
INDEPENDIENTE
1810
1960

EMPEZAD VUESTRAS FUNCIONES:
YO HE TERMINADO LAS MIAS

BOLIVAR

Palabras finales del discurso
ante el Congreso de Angostura
15 de Febrero de 1819



EL LIBERTADOR
*(Foto cortesía de Alfredo Boulton)*

# VENEZUELA
# INDEPENDIENTE
# 1810 - 1960

MARIANO PICON-SALAS
AUGUSTO MIJARES
RAMON DIAZ-SANCHEZ
EDUARDO ARCILA FARIAS
JUAN LISCANO

SESQUICENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA DE VENEZUELA

FUNDACION EUGENIO MENDOZA

CARACAS 1962

# SUMARIO

## EVOLUCION SOCIAL DE VENEZUELA (Hasta 1960), por Ramón Díaz Sánchez

EVOLUCION DE LA ECONOMIA EN VENEZUELA,
por Eduardo Arcila Farías

CIENTO CINCUENTA AÑOS DE CULTURA VENEZOLANA,
por Juan Liscano

OFRECIMIENTO

DE LA

FUNDACION EUGENIO MENDOZA

EN LAS POSTRIMERIAS DE SU GLORIOSA EXISTENCIA, dijo el Libertador en su Mensaje al Congreso Constituyente de 1830 (Bogotá, 20 de enero de 1830) las siguientes palabras:

> ¡Conciudadanos! Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás. *Pero ella nos abre la puerta para reconquistarlos bajo vuestros soberanos auspicios, con todo el esplendor de la gloria y de la libertad.*

Tan emocionada sentencia constituyó un compromiso para los venezolanos independizados, así como una grave advertencia para regir los destinos del nuevo Estado.

* * *

Para conmemorar el Sesquicentenario de la Independencia, la *FUNDACION EUGENIO MENDOZA* organizó dos ciclos de conferencias, encomendadas a especialistas de reconocida capacidad. Fueron invitados el Dr. Claudio Sánchez-Albornoz, eminente profesor español residente en la Argentina; y el Dr. Charles C. Griffin, notable historiador norteamericano especialista en los temas de la Emancipación Hispanoamericana. El texto de sus conferencias sobre aspectos económicos y sociales de la época de la Independencia ha sido publicado por la Fundación Mendoza en colaboración con la Fundación John Boulton.

* * *

Con el mismo fin la *FUNDACION* participó activamente, junto con la Fundación Creole, la Fundación Shell y la Fundación John Boulton en el programa de cooperación con los Archivos Históricos Nacionales, gracias al cual se llevó a término la enseñanza de la laminación restauradora de documentos, y la reproducción en microfilm del Archivo del Libertador conservado en la Casa Natal de Simón Bolívar. El microfilm negativo se conserva en el Banco Central de Venezuela; y de las seis copias sacadas en positivo, una fue entregada a la Academia Nacional de la Historia, y las

otras cinco fueron obsequiadas por el ciudadano Presidente de la República, en acto solemne, a los Embajadores de los países bolivarianos.

* * *

La *FUNDACION EUGENIO MENDOZA* se propuso además la realización de una obra interpretativa del siglo y medio de vida independiente de Venezuela escrita por cinco autores venezolanos, cuyo prestigio está ya reconocido dentro y fuera de las fronteras de la Nación.

El presente volumen no se reduce a un simple recuento de los ciento cincuenta años de gobierno propio. Desea ser un análisis orientado hacia el futuro, basado naturalmente en lo que se ha hecho en el país con la independencia lograda en los primeros años del siglo XIX. Tal ha sido el criterio con que se ha enfocado cada uno de los ensayos: el político-histórico del Profesor Augusto Mijares; el sociológico del Sr. Ramón Díaz Sánchez; el económico del Profesor Eduardo Arcila Farías; y el cultural del Sr. Juan Liscano; precedidos por el comentario general, o "Introducción" de Mariano Picón-Salas, a todos los cuales queremos atestiguar nuestro reconocimiento por el decidido interés con que acogieron nuestra invitación y por la brillante forma y absoluta independencia con que la han llevado a cabo.

Han colaborado también de modo muy eficaz el Sr. Larry June, conocido experto en la elaboración de libros, quien ha diseñado la portada y ha dirigido la interpretación tipográfica del volumen; y el Profesor Manuel Pérez Vila, quien junto con Pedro Grases, ha elaborado el índice analítico de los textos.

La iniciativa y ejecución del proyecto corrió a cargo del Comité de Cultura de la Fundación, integrado por el Dr. Arturo Uslar Pietri, quien lo preside; el Dr. Nicomedes Zuloaga, el Profesor Roberto Martínez Centeno, el Sr. Juan Simón Mendoza, el Dr. Justino de Azcárate, y el Profesor Pedro Grases. Este último cuidó de la coordinación y edición de la obra. Deseo dejar constancia de la gratitud de la Fundación para con todos ellos y para los que en una u otra forma prestaron su cooperación.

*Eugenio Mendoza*

Julio de 1962

EN CADA UNO DE LOS ENSAYOS
DE ESTE LIBRO LOS RESPECTIVOS AUTORES
EXPRESAN CON TODA INDEPENDENCIA
SUS PROPIAS IDEAS

Fundación Eugenio Mendoza

# Venezuela: Algunas Gentes y Libros

Por MARIANO PICON-SALAS

*Este trabajo fue especialmente preparado para este libro de la FUNDACION MENDOZA que debió aparecer en julio de 1961; el autor ofreció una copia del mismo — explicando el motivo para que fue escrito — a la dirección de la revista* Cuadernos Americanos *de México, quien le había solicitado un breve resumen de las letras venezolanas para el número de dicha revista que se publicaría en Diciembre de ese año. El sensible retardo en la aparición del volumen de la FUNDACION EUGENIO MENDOZA hizo que — contra la voluntad del autor — se adelantara la publicación del ensayo en la mencionada revista de México. El autor deplora esta circunstancia, así como la omisión en* Cuadernos Americanos *de la explicación referida, ya que la versión original del trabajo fue preparada, como antes se dice, para el presente libro.*

*París, 1962.*

MARIANO PICÓN-SALAS

*LA CULTURA DEL "HABITAT"*

LA CULTURA de un país es la suma no solo de las creaciones originales sino de los préstamos cambiantes que cada pueblo —aun el más modesto— debió realizar para configurar su Historia. Un cronicón como el de Juan de Castellanos nos da la imagen de los trances que los primeros conquistadores y pobladores españoles tienen que vivir para adaptarse a un paisaje, clima y "habitat" completamente distinto de los de Extremadura o Castilla de donde procedían; el ejercicio no sólo de una guerra siempre sorpresiva con los indios, sino la continua y cotidiana sorpresa de comer otras cosas y nombrar con otras palabras sus útiles y alimentos. Si los indios y primeros mestizos como Francisco Fajardo de cierta manera se españolizan y aprenderán a guerrear como los conquistadores, éstos en muchos casos reciben la seducción de los indígenas. Hay en la historia de cada país americano la novela del español que, como Gonzalo Guerrero en la conquista de México o como Francisco Martín en la conquista de Venezuela, aman más la familia que engendraron en su manceba india y el estilo de vivir casi selvático, a la manera de los naturales, que el contacto con sus antiguos conmilitones. Descubren quizás la comodidad o la liberación de hacerse indios. Aun en los españoles que, después de largo asiento en América, tornan a la Península a buscar cargos y favores y a disfrutar de su botín de conquista, habrá ya ese aire de "extrañeza" que caracteriza graciosamente el teatro y la literatura del siglo de Oro, especialmente de Lope, al describir los "peruleros" e incorporar al vocabulario usual de la lengua un gracioso ramillete de "indigenismos". En este cambio de corrientes y formas de vida, si el conquistador extremeño está buscando en el trópico la primera meseta o el valle alto para sembrar el trigo europeo, también llevará a Europa el cacao, el maíz y el tabaco, y más tardíamente las papas y la quina.

Una vida ya mestiza en que la costumbre española se ha identificado tanto con el paisaje y la costumbre indígena, parece bien perceptible —des-

prendiéndola del disfraz literario oficial— en una literatura como la del siglo XVII mexicano; en los versos humorísticos, a veces procaces, del curioso aventurero Rosas de Oquendo y más tardíamente en el aspecto popular de "jácaras", "canzonetas" y "villancicos" de la obra poética de Sor Juana Inés de la Cruz. En el Perú El Lunarejo, el mestizo apologista de Góngora, compondrá sermones en quechua y trasladará a las sierras del Cuzco, en su hermoso teatro evangelizador, la parábola del "hijo pródigo". Y cuánto de "indianismo", de vida española trastocada por el paisaje americano, de anécdota impuesta por la adaptación a un paisaje distinto, puede seguirse en otros libros coloniales, como "El Carnero", los Anales de la villa imperial de Potosí atribuídos a Martínez Vela y las crónicas de esos frailes poéticamente detallistas y chismosos, como el Obispo Lizárraga y el Padre Calancha.

Si no conocemos en Venezuela —fuera de algunos versos humorísticos de "vejamen" universitario y uno que otro corrido o décima popular que puede datarse en el siglo XVIII— mayores muestras de esa expresión mestiza, sí puede reconstruirse con bastante colorido cómo era el mundo de preocupaciones, costumbres y formas de nuestros antecesores de hace doscientos o trescientos años. No sólo la vida pública y aventura exterior escrita en las "Historias" —algunas tan hermosas como la de Oviedo y Baños— o en los informes de Gobernadores, Obispos y Capitanes Generales, sino la vida más menuda de sueños, angustias, prejuicios y supersticiones que a veces se nos ilumina en una carta privada, en el relato de un vecino que escribe su chisme al Obispo o al Gobernador, o en las curiosas autobiografías que hacen los solicitantes cuando piden al Rey, desde un lejano rincón de Tierra Firme, que se les otorgue algún cargo o prebenda. Habrá que ponerse a escarmenar con imaginación, la historia de esas vidas de encomenderos, militares, clérigos, bachilleres, que sufrieron la tentación de marcharse a las Indias, apoderarse de leguas de tierras realengas, perseguir en las costas a los piratas heréticos o descubrir tesoros, para que aparezca sobre la época colonial una novela más animada y varia que la que nos llega a través de los anales públicos o pomposamente cortesanos.

Si tomamos para medir el estilo de vida venezolana en cierto momento de la época colonial un conjunto de informes como los que dirigen al Gobernador Solano en 1767 y 1768 los corregidores y "tenientes de corregidores" de los pueblos, y los comparamos con las formas de existencia del hombre de hoy, surgen a nuestra vista una serie de hechos del mayor interés sociológico en que radica la peculiaridad o "extrañeza" de la época.

Nuestros compatriotas de entonces parecen depender y vivir más de lo que extraen de su "habitat" geográfico, que el mimado, desordenado y

dispendioso venezolano que hemos conocido en épocas posteriores. Viven — como dice uno de los informantes — de "los frutos de su fundación". Si algún hacendado rico puede lucir, para las escasas fiestas o recibir su vara de alcalde, el galoneado casacón azul con telas venidas de España y el zapato de hebilla, los indios de Chabasquén o de Sanare se visten con el lienzo de algodón ordinario que ellos mismos hilaron. En la villa de San Jaime — según el cronista — las gentes llevaban "aquellos vestuarios que antiguamente se usaban en la ciudad de Caracas" y "unos vestidos bombachos bien extraordinarios como el usar las camisas fuera de los calzones, las faldas".

La mayoría de las casas son de "bajareques dobles, cubiertas de palmas" y solo las llamadas "casas reales" donde se ejerce la Justicia y se guardan los presos, alcanzan la dignidad de la "mampostería". Para comer, en tierra rica de lagunas, bosques y caños como los llanos de Cojedes, no falta la cotidiana arepa, el arroz, el frijol, el ñame, la yuca y la res que se mata, sino también una singular variedad de peces y cacería. Hay peces como el balentón, el cazón, el bagre, el tallao, el toruno, el pejesapo, el bocachico y el coporo. La cacería ofrece venados, báquiros, lapas, cachicamos, o bien paujíes, gallinetas y perdices. De tosco asiento de cordobán nativo es la silla en que se descansa y como sumo primor cuelga la hamaca o el chinchorro, tejido con fibras de moriche. El aceite de corozo alumbra las primitivas lámparas, o se elaboran velones de sebo en el campo, y de cera para las ceremonias religiosas y honrar mejor a los santos. El dueño del hato — como en los entonces ricos llanos de San Carlos de Austria — despacha a Caracas, Valencia y Puerto Cabello no sólo sus ganados sino las mulas cargadas de papelón, arrobas de queso, tasajos, pescados salados y cecinas. En la descripción geográfica de Cisneros se hace el elogio de esa floreciente economía agrícola que permite a los venezolanos del siglo XVIII comer a barato precio ("por cuatro pesos se compraba el novillo más gordo"), tan "buenas terneras, corderos y capones". Claro que no informa el acucioso Cisneros, pintor idílico de los beneficios que la Venezuela colonial recibe de la Compañía Guipuzcoana, a cuántos habitantes del país favorece aquella liberalidad de precios. Una escasísima minoría de quienes se llamarán luego "mantuanos" son los que disfrutan de la riqueza y el poderío, y toda la distancia social es la que media entre la casaca del marqués y el pie desnudo del esclavo, o —como diría Gilberto Freire para el Brasil— entre la "casa grande" y la "senzala". No falta, sin embargo, la sensibilidad criolla, el aire y la luz del paisaje tropical en la prosa de Oviedo y Baños y en esos bonitos caserones del siglo XVIII que dejaron en Caracas, en Coro, en Calabozo, en Ospino, en Barinas, Guanare, El Pao de San Juan Bautista o San Carlos, las grandes familias del man-

tuanaje. O en los corridos, décimas, galerones y joropos a que impregnará tanta fuerza épica, la próxima guerra de Independencia.

El comercio con el exterior que fomentaron, en secreta rivalidad económica, el contrabando y los navíos de la Compañía Guipuzcoana, había generalizado en las casas hidalgas de Caracas y de las villas más importantes el nuevo gusto por los "jamones, chorizos, bacalao, salmones, arenques, quesos de Flandes, vinos de Malvasía, frutas secas y todo género de especiería que se importa de Europa", y el lujo de tafetanes, medias y sedas. Cisneros, que es una extraña mezcla de geógrafo y agente viajero, ha hecho tan buenos negocios como el de vender a treinta pesos cada sombrero de castor blanco, a doce pesos la libra de canela y a seis el frasco de vino.

En las poblaciones del interior, a fines del siglo, los vecinos acuden todavía a los extraños milagros de la flora indígena para su medicina en estado de naturaleza. Se alivian con la sábila, "remedio universal", cuando sufren de "obstrucciones, apostemas, golpes, dolores gálicos, quemaduras" y toda especie de "corrupciones". "La pascuala, especie de pepita redonda, color de tabaco en polvo" se emplea como eficacísimo purgante. El bejuco de cadena se emplea para las fiebres "y para evacuar los humores". Y el cronista se entusiasma exaltando la virtud de panacea de otras plantas como la tuatúa, el zumo de tuturuto, la chirca, la escorzonera y el culantro silvestre endulzado con miel de abejas. La naturaleza demasiado dura de ciertos eriales de Carora daba sus pequeños monstruos: culebras, alacranes, cienpiés y arañas, pero ofrecía también, a pocos pasos, sus agrestes antídotos. Lo mismo que el hombre medieval, el aislado habitante de una remota región venezolana tiene entonces un conocimiento a la vez inmediato y mágico de la naturaleza que le circunda. Depende más de las contingencias naturales: de la quebrada crecida, del "rayo y de la centella", de la sequía y del camino cortado como ya casi lo ignoran las generaciones de hoy. Y este "desafío" que suscita el medio ambiente, provoca dos milagros de la Historia venezolana cuando se desencadena el movimiento de la Independencia. Una es la energía física y la voluntad de "aguante" —para decirlo con la palabra criolla— que demostrarán nuestros criollos y mestizos, llaneros de "garrasí" y serranos de "cobija", al emprender aquella expedición guerrera que termina, a través de media América del Sur, en las punas del Alto Perú. Desde el Llano caliente, desguazando ríos tropicales y subiendo páramos, salieron a conocer los volcanes andinos. Peleaban con otras gentes, bebían raros alcoholes, se amancebaban con las indias en las pulperías de Puno o Chuquisaca. Parecían repetir, de otra manera, en la epopeya de la Independencia, la hazaña en que nació en sangre, caminata y aventura la América mestiza. Y otro milagro coincidente fue el de las ideas que, venidas de la Europa del siglo XVIII en los

"navíos de la ilustración" de que habla Basterra, ofrecen al hombre criollo una nueva conciencia de autonomía política y diluyen en polémica radical las grandes estructuras del coloniaje: Estado absolutista, monopolio económico, conciencia dirigida, sujeción a la voluntad monárquica. En menos de 60 años los venezolanos pasaron del "Sacarreal Majestad" de que hablaban aún los campesinos y gente del común en 1810, a aquella disposición de la constitución de 1864 de que no se reconocerá en Venezuela otro tratamiento público que el de "ciudadano" y el de "usted".

También en un sitio privilegiado de las Indias, como en el valle de Caracas, nacerán en el siglo XVIII — y en el curso de dos generaciones escalonadas entre 1750 y 1783 — algunos de los Libertadores políticos y de los Libertadores intelectuales de la América inmediata, desde Miranda hasta Bolívar, pasando por Simón Rodríguez y Andrés Bello.

*NI TAN ESPAÑOLA, NI TAN INDIGENA*

¿PÓR QUE NO FUE desde los grandes y áureos Virreinatos del Perú y de México de donde se expandió el movimiento insurgente por toda la América Hispana, sino desde provincias un tanto marginales en la vida económica y el esplendor colonial, como Caracas y Buenos Aires? La revolución comenzada en 1810, casi a un mismo tiempo en puntos extremos del continente suramericano como el Plata y Venezuela, se diferencia de los cerrados movimientos indigenistas del siglo XVIII y de la epopeya de Hidalgo y Morelos en México, en cuanto tendrá un carácter más universalista no sólo por la formación de sus líderes y propagandistas, sino por la distinta voluntad histórica que expresa. Los heroicos curas insurgentes de México animan, sobre todo, una revolución rural e indígena contra los grandes títulos españoles, latifundistas criollos y alto clero, que poseían toda la tierra y el poder mexicano, mientras que los marqueses de Lima pensaban aprovecharse del cambio político de los tiempos, para asentar — contra la fiscalización de España — su abusiva herencia de encomenderos. El pensamiento de Miranda y Bolívar parte de otra coyuntura histórica y se dispara hacia otra meta. En ese momento tan agitado de la Historia universal, de revolución y liberalismo, el hombre americano no podía satisfacerse con la restauración de un perdido mundo indígena, con devolver la América a sus naturales y darle a cada indio — como hubiera sido el sueño del Cura Hidalgo — una es-

tampa de la Virgen de Guadalupe, un fusil para defenderse de los "gachupines" y una "milpa" para sembrar maíz. La independencia de América, aun como acto político, había que ganarla e intrigarla también en Londres entre banqueros y diplomáticos que nos reconociesen, y el flujo revolucionario de las cosas nos lanzaba en vertiginoso torbellino de Historia mundial. No era una revolución racista para poner otra vez a Atahualpa en el sitio en que se sentó Pizarro, y para que, expulsando a los dominadores españoles, nos encerrásemos en un nuevo y xenófobo Tahuantinsuyo como el que quiso reconstituir Tupac-Amaru. No se iba a atrasar el reloj hasta hacerlo retroceder al tiempo cósmico de los aztecas o de los incas, sino se pondría a la misma hora que marcaban los instrumentos de precisión europeos. Había que partir, no del sueño nostálgico (el "del gran Moctezuma de la silla de oro" como diría un siglo después, Rubén Darío), ni del de los engolados Virreyes españoles de la época barroca de los que creían descender, sin mezcla de bastardía, los intrigantes marqueses peruanos que molestarían a Bolívar, sino de la situación sociológica tan compleja y varia que el Libertador analiza en la "Carta de Jamaica". Necesitábamos libertad económica y libertad política y formar nuevas repúblicas, partiendo de nuestro mestizaje.

América era mestiza, no sólo porque había recibido otras sangres — blancos o negros — para agitar el viejo caudal indígena, sino porque las ideas que se estaban manejando y adaptando a la angustia del instante, venían de Europa, aunque se cargaron de nueva y contagiosa pasión al alentarse en el alma americana. Hubo ya en la conquista y primeros siglos de la colonia la "transculturación" del cristianismo; ahora a comienzos del siglo XIX se hacía la "transculturación" de las revoluciones europeas. Era del genio de Bolívar darle sentido y unidad a ese mundo mestizo que pedía liberación y expresión, y tener como orejas de gigante para escuchar lo que viene en el aire de la época. Liberalismo y gran expansión europea; comercio e industria universal, luchas contra las últimas formas absolutistas, y atender al mismo tiempo los enredos, contradicciones y trances en que se agitaba y peligraba la insurgencia americana. Los veinte relampagueantes años en que se consume la obra y la acción de Simón Bolívar, parecen, así, cruzados de todos los dardos, todas las direcciones que marcan uno de los más tensos momentos de la Historia humana. El gran caraqueño tiene que ser, a la vez, revolucionario, guerrero, estratega, escritor, sociólogo, teórico y utopista de un nuevo Derecho de naciones. Leyes y estructuras políticas no sólo se hacen, sino, a veces, se van inventando al paso de su caballo por todas aquellas provincias desunidas que solo su genio y pasión unificadora ponía a vivir juntas.

Quizás la Venezuela en que nació Bolívar era tierra propicia para hacer esa síntesis y prospecto de un mundo nuevo. No pesaba ya la carga indígena

en nosotros a la manera que en otros pueblos americanos. No teníamos ni Teotihuacán ni las piedras del Cuzco para llorar nuestros perdidos imperios. Lo indio que no desapareció en las cruentas guerras de la conquista, viajaba ya revuelto con lo español y aun con lo africano, en el caudal de nuestra sangre, o estaba separado de la conciencia nacional de entonces por ese telón selvático, más allá de las ciudades y los pueblos, más allá de la última misión, que se levantaba en otro país ignoto, al sur de los grandes ríos. No éramos tan indios ni éramos tan españoles pensó siempre Bolívar, quien dedicó algunos de los párrafos más hermosos de la "Carta de Jamaica" a definir nuestro mestizaje. Si no teníamos nombre de raza porque íbamos a llamarnos sencillamente venezolanos, colombianos, hispano-americanos, sí teníamos el de la actividad y el oficio que la naturaleza de América nos impusiera. "Los llaneros de Apure y de Casanare subirán al páramo de Pisba" o, a la inversa, los "guates" de la Cordillera, los "serranos" se convertirán en lanceros cuando peleen en las grandes llanuras calientes, se informa en los partes de Bolívar.

Si la época colonial formó los tipos humanos y configuró el habitat del hombre de nuestro país, la inmensa aventura de la Independencia, "cuando Antoñito Sucre, el joven de Cumaná fue a convertirse en Mariscal en el Perú a los treinta años", equivale en nuestra historia local a la leyenda de una nueva cruzada. Como los generales de Alejandro, los de Bolívar — sobre todo cuando les falte el Libertador — quieren formar reinos y baronías separados a medida que acampan en esa expedición de miles de leguas, entre Caracas y el alto Perú. Si los que vuelven con los laureles de Junín y Ayacucho, quieren cobrar su gloria al General Páez y son frecuente obstáculo para el primer orden civil de la República, los que se quedan en el Perú, en Chuquisaca, en Quito, marcan también, con su valentía y turbulencia, la vida de algunas naciones hermanas. Si dimos un hombre tan puro, abnegado y ecuánime como Antonio José de Sucre, que sabe entregar su República de Bolivia a los bolivianos, dimos otros tan intrigantes como Flores. Basta leer en tan documentado libro como es la biografía de Juan Montalvo por el escritor ecuatoriano Oscar Efren Reyes, hasta qué punto pesaba en la vida política del Ecuador hacia 1845 o 1850 la influencia que ejercían en pequeños pueblos del país esos venezolanos que se quedaron acompañando a su jefe Flores.

En la herencia y añoranza de cada venezolano, sigue teniendo mucha importancia esa gran marcha por América que hicieron sus ascendientes de la Independencia; y las "biografías de ilustres próceres" parecen crónica familiar.

*TRES GENERACIONES DE RETRATOS*

EN LOS "Perfiles Venezolanos" de Felipe Tejera (Caracas, 1881) y "La literatura venezolana del siglo XIX" de Picón Febres (Caracas, 1906) vemos con sus levitas neoclásicas, sus corbatas de plastrón o sus revueltas melenas que puso de moda el Romanticismo, los retratos de nuestros escritores de hace cien años, desde la augusta figura de Andrés Bello hasta los que ya veían nacer el modernismo como Pérez Bonalde. Tres generaciones de retratos en una época en que retratarse era acto demasiado solemne, en trance de posteridad y enfática compostura, como hacer testamento, casarse y partir a la guerra civil a "defender el liberalismo". ¡Qué pena la de escribir en un país como el nuestro, entonces cuando el periódico mayor llegaría a los mil quinientos o dos mil ejemplares, y los pocos libros que podrían imprimirse se amontonaban, por falta de compradores y lectores, en los sótanos de una Casa de Gobierno, donde, con la ilusión de fomentar la Cultura, los había adquirido un Gobernador mecenas! O se prestaba el libro y el periódico, de una a otra casa, de uno a otro solar desierto, para distraer las largas noches perforadas de cantos de gallos, a veces balas de guerrilleros y cabalgadas de cuatreros, en la provincia demasiado espesa. Bolívar, que fue el mejor cronista e intérprete de su propia vida, nos ha dado en sus cartas y en la visión casi profética de la circunstancia americana que surge de sus escritos políticos, el modelo de un pensamiento tan ágil y de un estilo tan vivo y centelleante que no tiene equivalente en la lengua española de su época. En el mundo hispano de comienzos del siglo XIX hubo dos hombres casi diabólicamente modernos en la invención estética y en la invención política: el español Francisco de Goya y el venezolano Simón Bolívar. ¿No anunciaban ambos, cada uno a su manera, una Apocalipsis y consumación del mundo hispánico? Eran los dos únicos genios que en ese momento podían imprecar y maldecir en español.

Andrés Bello parece de cierto modo el Solón del nuevo Mundo, el ordenador y legislador de una sociedad que comienza. Parte de una cultura como la española a otra cultura antípoda como la inglesa para realizar en sí mismo aquella síntesis de corrientes universales que, según él, correspondían a la vocación conciliadora del hombre americano. Desde la conciencia de la lengua que hablamos y debemos defender para que desde México hasta el Río de la Plata no se rompa nuestra unidad lingüística, hasta la nueva conciencia del Derecho y la libertad política, la inmensa obra de Bello es como la suma máxima de nuestra pedagogía social en el siglo XIX. Hablar, proceder, pensar bien, los tres actos peculiares del hombre; vencer el prejuicio, la superstición y xenofobia en que vivieron nuestras sociedades cerradas y forjar con las luces del siglo el nuevo modelo de un mundo ecuánime, era el

secreto de la enseñanza enciclopédica, volcada, a la vez, hacia el Lenguaje, la Filosofía, la Historia, la Legislación, y cierto tipo de poesía civil como aquella en que Solón enseñaba la "eudemonía" a los ciudadanos de Atenas y Virgilio anhelaba conciliar al pueblo romano después de las guerras civiles.

Después de Bello y Bolívar no hay mucho que leer en la "Literatura venezolana del siglo XIX", hasta que llegue la revolución modernista. Algunos escritores con admirable patetismo y colorido romántico como Juan Vicente González, nos dan en su prosa vehemente el testimonio del medio histórico en que se mueven: son biógrafos de héroes y caudillos, entristecidos e indignados comentaristas de nuestras guerras civiles. Otros, como Fermín Toro, analizan con alto estilo de filósofo social, las contradicciones de justicia en que se erigía nuestro turbulento experimento democrático, la ignorancia, la usura y la miseria ejercida sobre las clases pobres que gravitaba como escarnio en nuestro nombre prometedor de repúblicas. Es Fermín Toro, figura fundamental de nuestro humanismo decimonónico y una especie de Carlyle tropical que no parte sólo del Socialismo sino de la más entera y libre conciencia cristiana para definir la injusticia que los liberales del siglo XIX escondían bajo las más resonantes palabras. ¡Y qué buena prosa se lee, también, en las cartas, tratados y discursos de Cecilio Acosta, otro de nuestros grandes humanistas del siglo XIX, y en la "Historia" de Baralt que por escribir tan irreprochable idioma, obtuvo lauros de gramático y de académico en España, y fue a buscar a Madrid el sosiego literario que no podía ofrecerle la turbada Venezuela!

De todos los nombres, de todos los retratos que se acumulan en los "Perfiles" de Tejera y en la "Literatura" de Picón Febres, sólo ya muy pocos pueden significar algo viviente para un lector de estos días. La Literatura, lo que ellos llamaban Literatura, se confundía con la pequeña política parroquial, con el discurso de ocasión, con la lección de gramática o la novelita y el cuento irrealmente sensibleros. Los malos poetas románticos lloraban por todo: porque la novia podía estar tísica o porque las necesidades económicas o administrativas los obligaban a trasladarse de Valencia a Caracas y ellos querían deplorarlo ante sus amigos en desgarrada elegía:

*Horóscopo sangriento me arrebata*
*de tu feraz y pintoresco suelo.*

La terapéutica de la exageración y la sensiblería — enfermedades de todo romanticismo — es en nuestra literatura criolla el "cuadro de costumbre" en que los escritores de 1840 — y uno de ellos con tanta gracia y

vigor como Daniel Mendoza — empiezan el inventario de tipos populares que, en crudo lenguaje de la calle caraqueña o de la vaquería llanera, viven su vida especialísima o vuelcan su juicio sobre la injusticia, arbitrariedad y el abuso que soportan los venezolanos. Si el "costumbrismo" es, a veces, humorismo, frecuentemente ejemplariza las "moralidades" de nuestro siglo XIX. Del llanero Palmarote, gran personaje creado por Daniel Mendoza, crítico de la civilización desde un sano e implacable realismo rural, descienden muchos protagonistas del cuento y la novela venezolana hasta los días más próximos. El contraste entre campo y ciudad en nuestra Literatura no sólo estriba en el conocido tópico de la bondad campestre y la perversión urbana, sino en que efectivamente, en años de guerra civil y violencia, el campesino pagaba en tributos, reclutamiento y despojo de animales y tierras, los platos rotos de la anarquía ciudadana. Hace, naturalmente, la guerra de los caudillos y de los aventureros o se ilusiona — como en el movimiento de la "Federación" — en una "guerra popular" para él, que aprovecharán, es claro, las nuevas oligarquías del poder militar o del poder político. Los costumbristas-moralistas, desde Daniel Mendoza hacia 1860 hasta Jabino a fines del siglo, recogen en rasgos ágiles la tipología de un vario mundo venezolano de ignorancia, malicia, viveza, desengaño y frustración de que daba pocas veces noticia la prosa académica de los doctores. Porque la característica de Venezuela — como la de casi todos los países latino-americanos en el siglo XIX — es la del contraste trágico entre la realidad social y el falso revestimiento de leyes, costumbres e instituciones importadas o traducidas de Europa y en el que se disfraza, más que remedia, nuestro atraso y abandono. Un "ilusionista" como el General Guzmán Blanco que quiso vestir con los más elegantes vestidos de París a los generales de la Federación, acaso llegó a pensar que su Capitolio Federal era el Palacio de las Tullerías y él, Napoleón III, con la misma corte de espadas, uniformes, abanicos y crinolinas. Pero la falsa pompa de aquella Caracas de los bailes guzmancistas, de los concursos literarios y artísticos y de las cariátides de yeso de los edificios públicos y de los espléndidos caballos en que caracoleaba su vanagloria el gran caudillo, no llegaba hasta la soledad, el hastío y la incomunicación de otra Venezuela más vasta y adormecida.

Entretanto, hasta que el Modernismo literario traiga nuevas modas estéticas, los poetas de nuestro Romanticismo que nos dejaron algunos centenares de versos rescatables, (poetas como Maitin, Calcaño, Yepes, Francisco Guaicaipuro Pardo y sobre todo Pérez Bonalde) cantan su pena individual. Es la del buen señor campesino, como Maitin, sosegado propietario en el valle de Choroní a quien se le muere la mujer, la entierra en el cementerio de la aldea y va a susurrarle algunas de las palabras más sinceras y confiden-

ciales de toda nuestra poesía romántica. O los versos en que Abigail Lozano canta el atardecer y la noche tropical; un admirable soneto místico de José Antonio Calcaño — una de las escasas flores de nuestra poesía religiosa — y, por contraste, las canciones de aquel hombre errante y políglota, traductor excelso de Heine y Poe que se llamó Pérez Bonalde. Los venezolanos no dejaban de ser andariegos, vivaces e inteligentes, y los hubo que fueron escritores, políticos y hombres de varia influencia en España como Ros de Olano, Baralt, García de Quevedo y posteriormente Sánchez Pesquera; fundarán grupos literarios en el Perú, como los hermanos Camacho, publicarán revistas y periódicos en New York como Bolet Peraza y hablarán tantas lenguas como Pérez Bonalde. ¿No se había ejercido en Chile el magisterio de Andrés Bello y no había llevado a través de los más diversos paisajes americanos una pedagogía y una revolución animadora, verazmente implacable, don Simón Rodríguez? Esa romántica posibilidad de expansión y aventura del hombre venezolano nos consolaba un poco cuando en los peores años del siglo XIX el país se había hecho demasiado angosto.

Contra el peligro de una Literatura vestida de levita, sin relación con el ambiente y cuya única meta era la Academia Venezolana de la Lengua, donde también pronunciaba discursos el General Guzmán Blanco quien pretendía encarnar hacia el año 80 todo el Estado, toda la Iglesia y quizás todo el Espíritu, han de insurgir al final del siglo y desde distinta posición, los "positivistas" y los "modernistas".

### *POSITIVISTAS Y MODERNISTAS*

EL POSITIVISMO venezolano —pues las escuelas filosóficas europeas cambian un poco de gusto como los vinos, al cruzar el Atlántico— puede compararse con un Liberalismo vestido de Ciencia, y no de una Ciencia cualquiera sino de Ciencia natural que es la que precisamente no puede aplicarse a los hechos históricos. Además, llega a nuestro trópico con casi treinta años de retraso, y aplicando el esquema comtiano de las tres edades de la humanidad, pretende haber logrado, después de pasar rápidamente de la edad teológica a la edad metafísica, la satisfactoria etapa positivista, en que ningún fenómeno permanecerá inexplicable. Se explicará lógicamente, partiendo del clima, la raza y la geografía, el carácter de los venezolanos, la inconstancia del sistema democrático y los abusos de fuerza y poder de los

caudillos guerreros que nos habían dominado, incluída la voluntariosa persona del General Guzmán Blanco, pretendido césar liberal y vehemente "modernizador" de Venezuela. En conflicto con la Iglesia — como muchos caudillos hispano-americanos — por su afán de modernizar el Estado, Guzmán Blanco pretende que los venezolanos opten entre la Iglesia y él, pero los jóvenes discípulos de Ernst y Villavicencio que salen de la Universidad de Caracas en la década del 80, pretenden elegir la Ciencia. Habrá dos caminos para los positivistas criollos: los que de acuerdo con Spencer piensan que sólo por una transformación de las cosas y acelerando el advenimiento de una promisora sociedad "industrial" se mejorará el sistema político, y los que cautivos del determinismo naturalista que no superaban algunos mediocres divulgadores europeos como Le Bon, pretendían que era preciso aceptar — contra el idealismo de las leyes — la seca realidad que surge de las malas costumbres de la tierra. Por aquí vamos a aquella tesis derrotista del "gendarme necesario" que sostendrá en 1920, a varias generaciones ya del positivismo, Laureano Vallenilla Lanz. Y la paradoja de la situación venezolana es que gentes que se creían liberales y leyeron a Spencer, defenderán el providencialismo de los generales para negar, en cambio, el más sacro y venerable de los curas. "Defienda usted el derecho inalienable al poder político de los caudillos armados, pero blasfeme contra los sacerdotes", fue así la fórmula de un liberalismo caricaturesco. Al General Gómez se le podría llamar "Benemérito Rehabilitador" y "admirado jefe y amigo", pero al Obispo — si usted es buen liberal — denomínelo solamente el "ciudadano Obispo". Un poco de materialismo a lo Haeckel y de sociología de segunda mano anda revuelto con muchas adulaciones rastreras en muchas de las páginas que pagó e inspiró la dictadura de Juan Vicente Gómez.

Pero algunos de los positivistas eran, como José Gil Fortoul, escritores de primer orden y solían olvidarse al escribir de todo rigor de escuela para soltar un poco el ingenio y la fantasía. "El hombre y la Historia" y la "Historia Constitucional de Venezuela" de José Gil Fortoul serán siempre dos obras considerables de nuestras letras. Ya no importan en ellas las citas de sociólogos europeos de 1890 generalmente olvidados, sino la gracia y agilidad con que Gil Fortoul hace la síntesis de una situación confusa, el retrato de un personaje, invoca la anécdota reveladora o auspicia — a pesar de las épocas de tiranía en que se movió su vida — alguna reforma que mejoraría a los venezolanos. Quizás pudiera censurársele que al narrar nuestro proceso histórico desde la Conquista española hasta la guerra federal, lo ordena en tan clara lógica, como si todos los venezolanos que hicieron nuestra historia razonasen como Gil Fortoul. Es obra escrita con el alma civilizada de explicar y ordenarlo todo, en el método más racional. Y por ello, testimonios

de más oscura irracionalidad hay que buscarlos en otras obras históricas, como la "Historia de la revolución federal" y "Los delitos políticos en la Historia de Venezuela" de Lisandro Alvarado, en algunos ensayos históricos del Dr. Pedro Manuel Arcaya y del propio Vallenilla Lanz. Y, sobre todo, en la varia tipología de personajes de la más violenta, cínica o acomodable naturaleza que desde fines del siglo XIX empiezan a poblar nuestra novelística. ¡Qué galería de tipos humanos — caciques, cuatreros, latifundistas, mujeres tiernas o feroces, brujos, o pobre pueblo supersticioso y explotado — en la novela y el cuento venezolano desde "Zárate" de Eduardo Blanco, "Peonía" de Romerogarcía, "El sargento Felipe" de Picón Febres, hasta nuestros grandes novelas del siglo XX como "Doña Bárbara" "Cantaclaro" y "Canaima"!

Los románticos — hasta el propio don Eduardo Blanco que con su libro "Venezuela Heroica" mereció el honor de que se le llamara el Homero de la República y suscitó en tres o cuatro generaciones de venezolanos la ilusión de que todos podíamos ser tan heroicos como Páez, tan virtuosos como Sucre, tan abnegados como Negro Primero — había visto la realidad venezolana en continuo trance de epopeya y sublimación, y ahora — a partir de los positivistas —, los realistas y los modernistas nos acercaban a más contradictoria y desnuda veracidad.

Ha sido casi un lugar común de la crítica literaria reciente censurar en los modernistas, en la muy refinada generación literaria que comienza a escribir hacia 1895, que los problemas que le preocuparon fueron estéticos más que sociales. La literatura europea y especialmente la francesa, que era entonces la más próxima a nuestra sensibilidad, había puesto de moda aquella compleja actitud de espíritu que se llamó el "decadentismo", y los decadentes ya renunciaban a componer el mundo y parecían complacerse más que en la mejora de una sociedad irredimible, en el cultivo de sus sueños y de sus sensaciones. Solo en los goces y extraña invención que puede ofrecerles el arte, encuentran el valor de la vida. Ya que el artista, ni un nuevo Balzac que naciera, es capaz de recoger y expresar toda la realidad, que se contente con reflejar la "impresión", las sutiles vibraciones que la vida imprime en la conciencia personal. No importa que sean fragmentos, siempre que en ellos — como en los cuadros de los impresionistas — esté también la luz y la atmósfera, ese sistema de relaciones en que las cosas se integran en el mundo. Habrá de contentarse el creador literario con aquel instante o "morceau de vie" que interesaba a Maupassant, o con el retrato del ser fluctuante y sorpresivo, en intransferible conflicto con la existencia. Más que epopeyas — como las que a su manera hizo Balzac — el llamado artista decadente retratará "temperamentos". El idioma en que habrá de escribirse tendrá también un ritmo, una adjetivación y una gramática peculiar que expresa otra relación anímica

con el mundo y la naturaleza. Los modernistas venezolanos — Díaz Rodríguez, Pedro Emilio Coll, Rufino Blanco Fombona — contribuyeron en nuestro país a aquella revolución lingüística que se opera en la lengua española, animada no solo por el genio de Rubén Darío, sino por todas las tensiones estéticas de la época. Y cuando en 1896 ante los graves letrados de la Academia Venezolana se presenta un pequeño y deleitoso libro como "Sensaciones de viaje" de Manuel Díaz Rodríguez, deben reconocer que algo nuevo estaba naciendo en las letras nacionales.

Desde Díaz Rodríguez y Pedro Emilio Coll hasta los epígonos de la escuela como el poeta Arreaza Calatrava, el Modernismo dio a la Literatura venezolana algunos de sus libros más valiosos, precisamente aquellos en que lo literario, separado ya de lo político, lo oratorio o lo didáctico, asume un valor propio. "Sangre patricia", "Idolos rotos", "Camino de perfección", "Peregrina o el pozo encantado" de Díaz Rodríguez; "El Castillo de Elsinor" de Pedro Emilio Coll, unos pocos cuentos de Urbaneja Achelpohl, las páginas de memorias, ciertos versos incorrectos pero cargados de tremenda pasión de Blanco Fombona, figurarán siempre entre lo más significativo de nuestro modernismo. Y aunque su rebelión puramente anárquica e individualista y su evasión ante la circunstancia social ya no nos satisfaga, los modernistas cumplieron en el campo de nuestra Literatura lo que Alfonso Reyes llamaría un cuidadoso "deslinde". Es decir, el cuento ya no se confunde con el cuadro de costumbres, ni la novela con el folletín lleno de intrigas ni el discurso político, como fue habitual en las generaciones que le precedieron. Quizás una de las cosas laudables que hizo un caudillo tan criollo como el General Crespo fue enviar a Europa como cónsules o secretarios de Legación a los jóvenes mejores de la generación positivista y de la juvenil revista "Cosmópolis", para que aprendieran a escribir con más vivacidad y gracia que los ya anquilosados literatos que aburrieron al público en las profusas columnas de "La Opinión Nacional" y de "La Tribuna Liberal". ¿No era eso mucho mejor, y hacer revoluciones estéticas y gramaticales que las otras revoluciones de "carne y hueso", a la sombra de cualquier improvisado guerrero que "interpretaría los ideales de la juventud", en que perdieron el tiempo tantos venezolanos del siglo XIX? Y la época que se inicia en el 1900 con el Dictador Cipriano Castro será durante nueve años una época muy cursi, porque el caudillo anunció en su proclama: "nuevos ideales". Con Castro y con Pérez Jiménez, especialmente, los venezolanos aprendimos para siempre qué cosa tan peligrosa es el caudillo armado que no se satisfaga con contar sus vacas, sus presos y sus acciones en el banco, porque pretende hacernos partícipe de sus "ideales".

## *OTROS RETRATOS PARA 1981*

PENSEMOS EN un autor que viva en 1981, y repita a cien años de distancia la tentativa de Don Felipe Tejera de ofrecernos otros "Perfiles venezolanos". ¿De cuántos de nosotros se habrá salvado, para entonces, siquiera el retrato; una fotografía menos solemne que la de los enlevitados caballeros del siglo XIX, pues nos agitaron, desorbitaron o despeinaron otras pasiones que las de nuestros padres y abuelos, y nos retratábamos, no para la olvidadiza descendencia sino para el frágil momento de cambio, amor, política y aventura que está en el destino normal de todos los hombres? Hablará el "perfilista" de entonces de maestros que conocimos y a quienes la obra y la muerte tornó clásicos como José Rafael Pocaterra y Teresa de la Parra. Se verá — si los críticos de 1981 quieren ser justos y no piensan candorosamente que la Historia comienza con ellos — la altísima importancia de una literatura que pudo producir obras tan inconfundiblemente nuestras como las "Memorias de un venezolano de la decadencia" y "Memorias de Mamá Blanca". Se evocará la tremenda aventura que los hombres de entonces ya no podrán vivir otra vez, en el gran ciclo de las novelas de Gallegos, potente testimonio de una Venezuela que aún no lograba humanizarse. Se leerán los "palabreos" de Andrés Eloy Blanco, y acaso un sociólogo presuntuoso — de los que piden a la literatura mucho más de lo que ella pueda dar — estudiará en el poema "A un año de tu luz" de qué modo vivía y se sentía en un hogar provincial venezolano a comienzos del siglo. Un desgarrado testimonio de nuestra conciencia civil en un mal momento de dictadura y plutocracia, se meditará en los ensayos de Mario Briceño Iragorry que a cien años de distancia emula la pasión y el venezolanismo justiciero de un Fermín Toro o un Cecilio Acosta. Serán otros clásicos los grandes novelistas de hoy: Uslar Pietri, Enrique Bernardo Núñez, Antonio Arraiz, Otero Silva, Díaz Sánchez y Guillermo Meneses, y los clásicos más jovenes que ya delegan al futuro las generaciones inmediatamente siguientes como la de la revista "Viernes", la de "Contrapunto" y la de "Sardio". (A los últimos todavía los llamamos jóvenes y muchachos, y casi no los nombramos para no interferir en su fama, pero en 1981 serán ecuánimes y muy honorables ciudadanos, acaso barbados — porque estamos en una época en que renacen las barbas — y habrán adquirido para entonces, mucho más nombre y cargos públicos, que en nuestras tierras son una imitación de la gloria. Y hay, sin duda, en la poesía venezolana de hoy (mencionaremos solo algunos poemas como "Mi padre el inmigrante" y "Nuevo mundo Orinoco") una nota de angustia y compromiso existencial con la situación histórica que ellos viven, como no lo conoció el lirismo más vago y ausente de nuestra poética anterior. ¡Cuántos poetas habría que nombrar, desde los grandes poetas ya muertos

de la generación de 1918 — Luis Enrique Mármol, Andrés Eloy Blanco, Jacinto Fombona Pachano, el gran artista que se llamaba Ramos Sucre — siguiendo a partir de Paz Castillo hasta Ida Gramcko, Luz Machado, Liscano, José Ramón Medina, o los poetas últimos como Palomares, treinta o cuarenta años del más fecundo período en la poesía venezolana!

Quizás en ninguna época —si exceptuamos el tremendo momento de la Independencia y el otro gran período de fundamentación de la República entre 1830-1848— el venezolano se acercó a definir su circunstancia, a escribir el memorial de sus deficiencias y fijar su proyecto de futuro, como en los años que comenzaron en 1936 a partir de la muerte de Juan Vicente Gómez. Partiendo de las más varias filosofías y trincheras políticas, pero configurándolas de acuerdo con la especificidad venezolana, hombres de la talla de Rómulo Betancourt, Rafael Caldera, Arturo Uslar Pietri, el malogrado Alberto Adriani, Augusto Mijares, Luis Beltrán Prieto y muchos otros, a la izquierda y a la derecha, hicieron el gran balance de nuestra problemática social. Libros como "Venezuela, política y petróleo" de Rómulo Betancourt, las páginas venezolanistas de Adriani, los análisis que ha dedicado Prieto a nuestro desordenado y discontínuo proceso educativo, son el testimonio de una hora muy despierta de la conciencia venezolana. Nuestros sociológos, economistas y escritores políticos, habían superado ya el antiguo liberalismo retórico de las grandes frases y salían empeñosamente al encuentro de la verdad. Surgía frente al conformismo de otras generaciones una literatura de denuncia. Partiendo de nuestra insuficiencia y de un oscuro legado de engaño y derrota, queríamos echar las bases de una democracia real. Y ni el intermedio anacrónico de una dictadura como la de Pérez Jiménez impidió esa conquista de un pensamiento más claro y auténtico. Muchos jóvenes, egresados de la Universidad, comienzan también a ofrecer a una Venezuela que ya quiere escucharlos, el fruto de una nueva y desvelada pesquisa en nuestra problemática nacional. Sin duda que hemos entrado —no sé si los críticos e historiadores de 1981 lograrán verlo— en un extraño momento de agitación y sumo cambio en la vida hispanoamericana. Y el gran cambio de la Venezuela todavía rural, limitada y provinciana en que nacimos a la que ya quiere industrializarse y universalizarse; de un callado país mestizo a otro que desde hace veinte años se agita con todos los ruidos y el poliglotismo de los inmigrantes, los hombres de mi generación lo llevamos en la propia piel y en el revuelto archivo de nuestras emociones. Muchos libros venezolanos de esta época fueron obligadamente nostálgicos, porque ya veíamos esfumarse como en una aguafuerte romántica el color de costumbres, gentes y formas de vida que encantaron o asustaron nuestro pasado. Eran nuestra familiar colección de estampas y

fantasmas. Aquella Caracas señorial, ingeniosa, lenta y cortés que pintaba todavía Teresa de la Parra en los años 20, ya no se parece en nada a la metrópoli trepidante — un poco Houston, Texas y un poco Nápoles — a cuya violenta luz y ruido de carruajes, hombres de negocios y mítines políticos, despiertan los caraqueños de 1961. Con los escombros de sus viejas casas —las casas que tan deleitosamente ya pintaba Oviedo y Baños en el siglo XVIII y donde conversan en la tradición novelística venezolana los personajes de "El hombre de hierro", "Ifigenia", "El último solar", "Vidas oscuras" o "La Trepadora"— el venezolano dispersa para que se instale un tiempo distinto, quizás más claro, quizás planificado, sus añoranzas y memorias. Sobre el contraste muy hispano-americano de tremendas desigualdades de riqueza y miseria, cultura e ignorancia corre nuestro desnivel social; esas sociedades de varios pisos que solo equilibrará el desarrollo técnico y la continua acción reformadora. Venezolanos en distinta situación histórica, siguiendo las metáforas de nuestra novelística, eran Mamá Blanca y Vicente Cochocho, el Doctor Payara y el muy desvalido Juan el Veguero. Venezolano es el gran plutócrata y poderoso gerente que recorrió en avión todos los cielos del mundo, y el selvático indio motilón que aún rechaza la visita de los misioneros. Pedazos de prehistoria, formas de vida colonial y otras que ya avanzaron hasta el siglo XXI, se mezclan en nuestro revuelto paisaje humano. Pero hemos ganado en la conciencia de lo que debe hacerse, en la documentación y los métodos de que ninguna otra generación venezolana dispuso. Milagro de los últimos veinte y tantos años es no solo que nuestra tasa de nacimientos sea una de las más altas del mundo (45,8 por mil), sino que nuestra mortalidad haya descendido al nivel de los países más civilizados (10 por mil) mientras que las cifras de Francia y del Reino Unido son de 11,7 y 11,12 respectivamente. También —en contraste con la situación que reinaba hasta hace pocos años— un millón doscientos mil muchachos asisten a las escuelas de Venezuela en una población que se calcula en 7 millones de habitantes. También la reforma agraria que se opera en el país evitará ese éxodo caótico hacia las ciudades, buscando trabajo y aventura aleatoria, que fue una de las herencias peores que nos dejó aquella dictadura del derroche, la obra pública puramente ornamental y el cínico reparto entre validos y favoritos en monstruosa orgía de especulación, que fue la característica del régimen de Pérez Jiménez. El hombre venezolano que hasta entonces había sido previsor y modesto se contagió de la megalomanía del Dictador, y creyó que se aseguraba para siempre el dominio de un inagotable Pactolo. Ante la ceguedad y crueldad de aquellos días recientes, ahora volvemos a contar lo que tenemos; a reajustar el dislocado mapa económico del país, a buscar más trabajo, educación y justicia para esos venezolanos que aprendieron a reclamar. Así como otros

escritores hicieron la novela de nuestras selvas, nuestros ríos, nuestras llanuras, quizás el Balzac —que todavía no nos ha nacido— penetre en los pactos y lances diabólicos de aquel puñado de gentes que en la época del último Dictador decidieron convertirse en millonarios en veinticuatro horas.

Sí; tendrá un poco que pensar el biógrafo y el crítico que en 1981 haga otros "Perfiles venezolanos". Un país mucho más grande crece a nuestra vista, en ritmo quizás un poco vertiginoso, y habrá que prever que la cultura más difundida, venciendo tantos desniveles sociales, formará, también, gentes mejores. Contra la añoranza del poeta, plañendo por el tiempo que se fue, proyectamos hacia adelante la promesa de la edad de oro.

# La Evolución Política
# (1810 - 1960)

Por AUGUSTO MIJARES

## LOS DIAS AURORALES (1810-1812)

*La Revolución. — Definición democrática. — La Independencia. — La primera Constitución de Venezuela es también la primera de la América hispana. — Esperanzas ilimitadas: "unida por lazos que el cielo formó, la América toda...". — Los primeros errores del radicalismo político. — Intrigas e infortunios. — Miranda. — Venezuela herida en el corazón. — La primera siembra de odios.*

EN EL PRIMER aniversario del 19 de abril de 1810 decía Muñoz Tébar: "Hoy es el natalicio de la Revolución". Creemos que este juicio precisa mejor que cualquier otro lo que significa aquella fecha en nuestra historia. No era todavía la Independencia, pero en algunos aspectos era algo más, porque anticipó el carácter de transformación social que tomaría en lo sucesivo la lucha emancipadora, y desde ese mismo momento todo el pueblo venezolano — sin distinción de clases ni de fortuna — fue llamado a deliberar sobre los asuntos públicos. El 19 de abril de 1810 José Félix Ribas toma asiento en el Cabildo como representante de los pardos, y menos de dos meses después, cuando la Junta Suprema convocó a elecciones generales, el derecho de sufragio fue reconocido para todos, sin excluir siquiera a los analfabetos. Así mismo en el año siguiente, durante las discusiones sobre la Independencia absoluta, uno de los argumentos de Don Martín Tovar Ponte en favor de ésta fue que ya el Congreso había comisionado a algunos de sus miembros para redactar "una Constitución democrática".

De esa manera, por obra de aquella revolución, aun antes de haberse proclamado nuestra Independencia quedó declarada la finalidad que sus autores querían darle: la emancipación no significaría simplemente la separación de España, sino la realización de una idea política que cambiaba totalmente la organización social en que se había apoyado el régimen colonial; antes de que Venezuela fuera Estado soberano, quedó definida como nación democrática.

Este es un punto muy importante que decide sobre la interpretación de casi todos los acontecimientos posteriores de nuestra historia. Para muchos tratadistas, la Independencia no fue sino un acontecimiento político que dejó casi intactas las bases sociales de la Colonia, y algunos de ellos llegan hasta aventurar que el pensamiento de los Libertadores no superó el propósito de una "tiranía doméstica", que de las manos de los funcionarios españoles debía pasar a la de las clases privilegiadas tradicionales. Muy cercano a este juicio debemos considerar aquel según el cual la Independencia como doctrina no fue por sí misma el origen de la emancipación popular; que ésta vino *a posteriori* y como un hecho impuesto por las circunstancias, por la violencia de la propia lucha, y en muchos casos por el instinto igualitario de los caudillos populares. En ese sentido ha sido glorificada como un atisbo genial la aventurada afirmación de Juan Vicente González según la cual Boves fue "el primer jefe de la democracia venezolana". Es una doctrina que deja abierta, para todas las circunstancias, la peligrosa esperanza de que los hechos y los hombres pueden realizar lo que las doctrinas y el querer colectivo no alcanza. Finalmente, debemos mencionar una tercera interpretación: la de los que le otorgan a nuestra guerra federal un carácter social, de verdadera revolución, que según ellos no tuvo la independencia, por lo cual suponen que aquella carnicería de cinco años hizo por el ascenso del pueblo lo que no había logrado el propósito de los Libertadores.

Sería necio negar que estas diferentes interpretaciones contienen elementos de verdad. Pero, puesto que al comenzar a narrar los acontecimientos del 19 de abril de 1810 nos han salido al paso tantos testimonios concordantes que demuestran su orientación genuinamente democrática, si los hubiéramos callado habríamos omitido, en realidad, *el hecho* más importante de aquellos memorables sucesos.

Hemos dicho que el 19 de abril José Félix Ribas se incorporó al Cabildo como representante de los pardos; como representantes del Clero se le sumaron los Presbíteros José Cortés de Madariaga y Francisco José Ribas; y como representantes del pueblo, Juan Germán Roscio, José Félix Sosa y Francisco Javier de Ustáriz. Nicolás de Castro fue nombrado General de las armas, Juan Pablo Ayala, comandante de las mismas; Fernando Rodríguez del Toro, Gobernador militar; y como Secretarios de Gobierno: Rafael González, de Gracia y Justicia; Fernando Key Muñoz, de Hacienda; Lino de Clemente, de Guerra y Marina, y Juan Germán Roscio, de Relaciones Exteriores. Transformado en esa forma el Ayuntamiento, tomó el nombre de "Junta Suprema Conservadora de los derechos de Fernando VII" y comenzó inmediatamente a ejercer el gobierno de toda la Provincia. Desde luego, el Capitán General Emparan y los principales funcionarios españoles

quedaron destituidos y, aunque con los mayores miramientos y previo el pago de todos sus sueldos, fueron embarcados para el extranjero.

Entre las medidas más importantes de la Junta Suprema debemos contar: las que facilitaban el libre comercio con el exterior, vieja aspiración de estas Provincias; la que declaró a los indios exentos de todo tributo; y la prohibición del tráfico de esclavos. Envió además la Junta varias misiones diplomáticas al exterior, destinadas a procurarse aliados y recursos para la defensa del país. A Curazao y las Antillas fueron enviados Mariano Montilla y Vicente Salias. Para Londres los comisionados fueron el futuro Libertador, entonces Coronel Simón Bolívar, Don Luis López Méndez, que permaneció en aquella metrópoli durante casi toda la guerra en incansable colaboración a la causa patriota, y, como Secretario, Don Andrés Bello, que ya era considerado uno de los jóvenes más ilustrados de Caracas. Para los Estados Unidos salieron Juan Vicente de Bolívar, hermano mayor de Simón y el cual, para desgracia de la Patria, perdería la vida durante aquella misión, en un naufragio, Don Telésforo Orea y Don José Rafael Revenga; este último como Secretario. También, a los pocos días de la Revolución, el 27 de abril, la Junta Suprema se había dirigido a todos los Ayuntamientos de América para invitarlos "a la grande obra de la confederación americana-española", y el Canónigo José Cortés de Madariaga fue enviado a la Nueva Granada, con la cual acordó en el siguiente año, a nombre de Venezuela, un tratado de amistad, alianza y unión federativa.

Graves peligros amenazaban, sin embargo, el naciente gobierno. La Regencia española lo hostilizaba y no se podía dejar de prever también que si Napoleón lograba la completa sumisión de la metrópoli, intentaría a su vez la de estas dependencias de ultramar. Los Ayuntamientos de Maracaibo y de Coro se negaron a seguir el ejemplo de Caracas, y en Coro el activo Gobernador español Don José de Ceballos se hacía temible. La Junta organizó contra él una expedición al mando del Marqués del Toro, pero, desgraciadamente, fracasó. Guayana volvió a caer en manos de los realistas, poco tiempo después de su pronunciamiento por la patria; y en la propia Caracas, antes de finalizar el año 1810, había sido preciso sofocar un movimiento contrarrevolucionario.

A pesar de todo, el Congreso elegido conforme a la convocatoria electoral que hemos mencionado, se reunió en Caracas el 2 de marzo de 1811 con representantes de las siete Provincias que estaban por los patriotas y que quedarían simbolizadas en las estrellas de la bandera nacional: Caracas, Barinas, Cumaná, Barcelona, Mérida, Trujillo y Margarita.

También tendría gran importancia en aquellos días la Sociedad Patriótica, que llegó a ser un club revolucionario análogo a los que habían surgido

durante la Revolución Francesa, y en ese papel estimuló el curso de la transformación política que se operaba en Venezuela y trató de darle arraigo popular. Muchos de los congresistas figuraban en ella, y otros patriotas eminentes que no habían sido elegidos al Congreso, a veces por circunstancias fortuitas, —como era el caso del propio Bolívar— encontraron en la Sociedad Patriótica tribuna para sus opiniones. Hasta las señoras de los socios y otras mujeres fueron admitidas a presenciar las sesiones, novedad casi increíble dentro del ambiente de la época; y sin duda no serían estas damas menos activas que los hombres en difundir entre el pueblo las nuevas ideas.

Desde fines del año anterior había regresado a Venezuela el ilustre Precursor de la Independencia americana, General Francisco de Miranda. Larga hoja de méritos y servicios lo respaldaban. Veinticinco años de lucha constante por la emancipación del continente; vastos conocimientos —en cuestiones militares, historia, arte, lenguas, organización administrativa de los países europeos, etc.—, adquiridos casi todos con el ánimo de servir a la América; el prestigio de haber ocupado posiciones de primera categoría en Europa, y especialmente en Francia donde llegó a mandar en Jefe el Ejército del Norte y obtuvo la rendición de Amberes; valor y habilidad excepcionales, probados en aquella larga pugna contra el imperio español, en la cual estuvo muchas veces en trance de ser aniquilado; audacia tal que en 1806 lo llevó a desafiar, ya tocando en la ancianidad y con sólo tres exiguas embarcaciones, los riesgos de una muerte sin brillo en las desoladas costas de su patria; abnegación para renunciar en todo momento, si su ideal lo exigía, los halagos y comodidades de que disfrutara, como lo hizo al abandonar la Corte de Rusia, cuando comenzaba su carrera, y al dejar su lujosa mansión en Londres, en 1806 y 1810; talento, laboriosidad, prestancia, nada le faltaba y todo lo venía a ofrecer de nuevo a la tierra privilegiada donde había nacido.

No obtuvo, sin embargo, el recibimiento que merecía. Es verdad que un valioso grupo de las clases dirigentes, encabezado por Bolívar y los Ribas, lo rodeó con entusiasmo; que el pueblo lo recibió en triunfo en La Guaira, y que algunos pensadores de primera calidad moral e intelectual, como Sanz y Gual, estuvieron a su lado hasta el fin y dejaron para la posteridad elocuentes testimonios de la admiración que le tributaban. Pero la mayoría de los nuevos patriotas lo miraba, sin embargo, con disimulado desvío o con franca animadversión. Quizás no por envidia u otros sentimientos malvados, sino porque en medio de la confusión que debía de reinar en nuestros inexpertos políticos, suponían unos que podía ser un exaltado revolucionario, y otros, por lo contrario, temían que, a semejanza de Napoleón, usara de su predominio para ahogar la naciente República.

Tal es el estado de opinión que se observa en una carta de Roscio para Bello, fechada en Caracas en junio de 1811 (1). En este documento Roscio se hace eco de aquella hostilidad contra Miranda y la comenta complacido. Todo acto o palabra del Precursor llegó a interpretarse torcidamente, desde lo que dijo a "un isleño" sobre el estado de nuestros caminos, hasta lo que se suponía que pudo decir al Arzobispo de Caracas en una entrevista que nadie presenció; se le criticaba su aproximación a los Bolívar, Ribas y Toro —familias del "mantuanismo caraqueño"— y también se consideraba sospechoso su "trato y comunicación democrática con los pardos y demás gentes de color". Son las palabras que usa Roscio; pero sus revelaciones en cuanto al cuidado con que se procuraba apartar a Miranda de toda actuación política son todavía más significativas: "Instalado el Congreso de Venezuela —dice— se nombraron agentes de los demás poderes; y en ninguno de ellos tuvo colocación nuestro paisano". Anota así mismo que Madariaga "fue el único miembro del Gobierno que salió de la ciudad a recibirle en la bajada de la cumbre"; y refiriéndose a la Sociedad Patriótica, observa: "Miranda fue miembro de esta corporación desde sus principios; pero, propuesto para presidente de ella en el mes de mayo, no tuvo votos ni para vicepresidente".

El conocimiento de estos hechos es imprescindible para penetrar en las causas del fracaso en que muy pronto se hundiría la República.

Por lo pronto nos explican también por qué el Congreso se decidió a nombrar un Ejecutivo plural e insinuó desde las primeras sesiones su preferencia por el sistema federal, medidas ambas que si resultaban eficaces para impedir la usurpación por una persona de las funciones gubernativas, en la misma medida entrabarían la eficacia de la administración y la defensa de la República.

Claro está que en los otros aspectos no merece sino respeto aquel cuidado de los primeros libertadores; y la elección que el Congreso hizo de Don Cristóbal Mendoza, Don Juan Escalona y Baltasar Padrón para componer aquel Ejecutivo plural, demuestra que la honorabilidad y el patriotismo seguían siendo guías de su conducta.

Las discusiones sobre la oportunidad de declarar la Independencia absoluta de Venezuela duraron varios días, pero en realidad se redujeron a un torneo de oratoria en el cual todos los congresistas —a excepción del Padre Maya, representante por La Grita— se turnaron para reforzar con múltiples

(1) "Juan Germán Roscio —Obras— Caracas, 1953", t. III, pág. 23. En el mismo sentido véanse los ataques que contra los planes políticos de Miranda lanzó en aquellos días el irlandés William Burke en su obra "Derechos de la América del Sur y México", publicado en forma de artículos en la Gaceta de Caracas y más tarde recogida en dos volúmenes por Gallagher y Lamb, "impresores del Supremo Gobierno". Esta última obra fue reeditada en 1959 por la Academia Nacional de la Historia, Caracas, Venezuela.

argumentos la opinión unánime en favor de la declaración. Esta fue acordada el 5 de julio de 1811, y el día 7 fue aprobada y firmada el Acta correspondiente, redactada por Juan Germán Roscio y el Secretario del Congreso Francisco Isnardy.

El 14 de julio se publicó solemnemente aquella Acta de la Independencia y se enarboló por primera vez en Caracas la bandera nacional. Era la que había ideado Miranda, y la alzaron en la Plaza Mayor los hijos de José María España; cumpliéndose así la profecía de que éste sería honrado en el propio lugar de su suplicio.

El 21 de diciembre del mismo año 1811 fue sancionada la Constitución Federal, por lo cual es la primera promulgada en la América Hispana. Esto tiene cierta significación, porque después los venezolanos habrían de descollar en el campo militar y apareció la leyenda de que eran más inclinados a la acción que a la doctrina y más apegados a las armas que a las leyes. Nos ayuda a refutar esa conseja el ver cómo se apresuró Venezuela a formular sus aspiraciones políticas en una ley fundamental; así como, desde el primer momento, fijó el rumbo democrático de su revolución mediante principios expresos, según ya hemos narrado.

Puntos distintivos de esta Constitución, fueron: el sistema federal; la religión católica como religión del Estado; derecho de sufragio para todos los ciudadanos sin restricciones por clase social o analfabetismo; el Ejecutivo plural, ejercido por tres individuos durante cuatro años; la igualdad ante la ley, en virtud de la cual quedaban suprimidos los títulos nobiliarios y los fueros en materia judicial; el hogar y la propiedad se declaran inviolables; y se consagran la libertad de pensamiento, la de reunión, las de tránsito, industria y comercio, etc., etc. De acuerdo con el principio federal, cada Provincia dictaría desde luego, su propia Constitución.

Valencia fue declarada capital de la República, con el carácter de "ciudad federal", esto es, separada del mando y jurisdicción de la Provincia de Caracas a la cual hasta entonces había pertenecido. Estas disposiciones se explican, no por hostilidad hacia Caracas, sino por el propósito de garantizar la absoluta independencia de los altos poderes nacionales; y por ello había dispuesto la Constitución que la Capital de la Confederación "nunca podrá ser Capital de ninguna Provincia".

Pero el hundimiento de la República era ya inminente. En julio del año 11 se volvió a producir en Caracas un conato de rebelión contra la República; y Valencia, también sublevada, quedó en manos de los realistas. Lo de Caracas no pasó de una grotesca asonada de algunos isleños, que fue duramente castigada; pero los rebeldes de Valencia lograron derrotar al Marqués del Toro, enviado con un ejército contra ellos, y sólo por haberse

confiado el mando a Miranda, y después de costosos combates, la ciudad fue recuperada.

Esta victoria sólo sirvió, por desgracia, para que los alarmados republicanos insistieran con más encono aún en cerrarle al vencedor todos los caminos; según el testimonio de Palacio Fajardo, el Ejecutivo aceptó un plan de proseguir la campaña contra los realistas de Coro, propuesto por Miranda, "pero los enemigos de éste, que su último triunfo había irritado, se opusieron al proyecto por todos los medios y fueron secundados por el Congreso" (2). Datos como éste —muy numerosos en la historia de aquella época, como veremos más adelante— no pasan a los textos escolares, los cuales siguen repitiendo rutinariamente que la República se perdió en manos de Miranda y por tales o cuales errores o deficiencias de éste.

En Guayana, Maracaibo y Coro los realistas organizaban sus fuerzas, algunas de ellas tropas veteranas forzosamente superiores a las bisoñas milicias de los criollos; en los propios llanos de la Provincia de Caracas se formaron partidas por Fernando VII, y muy pronto desde Barlovento, casi a las puertas de Caracas, los negros sublevados amenazarían a la ciudad que había sido alma de la Revolución. Por otra parte, arruinada la agricultura y destruído el comercio, la situación económica era desesperada, y el arbitrio de emitir papel moneda al cual ocurrió el Gobierno sólo consiguió agravar el pánico y desprestigiar el sistema republicano. Para colmo de males, el Jueves Santo 26 de marzo un terrible terremoto sacudió el Occidente y el centro del país, y tal fue la destrucción que ocasionó en las principales ciudades — desde Mérida hasta Caracas y La Guaira — que cincuenta años después todavía se veían en la capital las ruinas que había producido.

Los muertos entre la población civil llegaron en Caracas a 10.000; varias guarniciones quedaron sepultadas en sus cuarteles, y podemos considerar incalculables las pérdidas en recursos de todo género, exclusivamente en el área dominada por los patriotas. Todo esto y, por otra parte, el terror supersticioso que levantó el cataclismo en gran parte del pueblo, alentaron una expedición que desde Coro, y al mando del Capitán de Fragata Don Domingo de Monteverde, había salido contra Caracas; el indio Reyes Vargas y otros jefes subalternos que mandaban las avanzadas de los patriotas se pasaron al enemigo, y antes de finalizar el mismo mes de marzo Monteverde logró ocupar toda la región de Barquisimeto, que era el centro estratégico de la República. Le quedaba así expedito el paso hacia los llanos, donde estaba

(2) Véase Parra Pérez, "Historia de la Primera República de Venezuela", Caracas, 1939. Tomo II. Y también Manuel Palacio Fajardo, "Bosquejo de la Revolución en la América española", Caracas, 1953, Pág. 74.

el español Antoñanzas, y podía amenazar a los republicanos de frente y de flanco.

Solamente tantos desastres reunidos movieron por fin a los patriotas a fortalecer el poder público, aunque no sin reincidir a cada paso en las suspicacias que lo habían desorganizado.

El 4 de abril de 1812 el Congreso concedió facultades extraordinarias al Poder Ejecutivo, y el 23 del mismo mes se le confirió a Miranda, con el nombramiento de Generalísimo, el poder que se ha llamado su Dictadura. Aunque de hecho nunca fue acatada sinceramente: el 16 de mayo Miranda tiene que invitar al Gobierno Federal y al de Caracas a una conferencia para que cese la anarquía de los Poderes Públicos; por fin obtiene que se acuerde la suspensión de la Constitución y el establecimiento de la ley marcial que autorizaba al Generalísimo para nombrar los jefes militares, pero a mediados de julio todavía se negaba el gobierno de Caracas a aceptar la ley marcial y proponía nuevas conferencias; el Coronel Juan Nepomuceno Quero, nombrado Gobernador Militar de Caracas, no lograba que se le obedeciese y "jamás — dice un testigo presencial — he visto a un hombre más exaltado ni que hiciese mayores extremos por no poder hacer cumplir sus órdenes, pues poco le faltó para llorar de coraje". Y nada propenso a llorar era este Coronel Quero que, después pasado a los realistas, en toda ocasión por exceso de agresividad fue por lo que pecó.

No desmayó por esto el indómito Miranda. Trabaja enérgicamente en remediar la situación económica que, con el terremoto, había sido la causa del derrumbe espiritual del país. Comienza a disciplinar el ejército, bien utilizando los pocos oficiales veteranos de que disponía (por desgracia casi todos extranjeros, lo cual fue pretexto para nuevas críticas), bien estimulando a los inexpertos criollos que comenzaban a destacarse, Ribas, Ayala, Soublette, Bolívar, Carabaño, Paz del Castillo. Hasta entonces no se había podido lograr, en ningún sentido, unidad y eficacia en el manejo de los asuntos públicos; Miranda se esfuerza en remediar el mal, conferencia con sus adversarios, a algunos de ellos los llama a su lado como Consejeros — el propio Roscio, entre otros — y a los menos delicados busca la manera de atraérselos con empleos y comisiones, como es el caso con Briceño, Mérida, Casas, Miguel Peña. Numerosos fueron los civiles y militares —Sanz, Gual, Espejo, Delpech— que conquista austeramente haciéndoles ver de cerca las miserias, peligros y asechanzas que los rodean; y casi todos éstos — de primera calidad moral — dejarán después constancia de su admiración por el Generalísimo. Delpech, a pesar de ser cuñado de los Montilla, y éstos enemigos de Miranda, se ocupa ardorosamente en ayudarlo. "Todos, mi general, excepción hecha de un pequeño número, parecen conjurados para destruir la Patria que Ud.

quiere salvar", así le escribe el 12 de junio; y más tarde, perdida la República y calumniado el Generalísimo, reitera su defensa de éste y la misma acusación contra sus adversarios. Sanz denuncia la "indecente y grosera desconfianza y rivalidad" que prevalecía, y tilda a los integrantes de "tropel de pícaros agavillados"; el severo Espejo habla de "la maldita Cámara de Caracas". Hasta Roscio, que tan injusto había sido con Miranda, atraído ahora por éste a colaborar a su lado, fue enviado a Caracas en unión de Madariaga para tratar con el "Gobierno Provincial y su Honorable Cámara" y, aunque estaban a 12 de junio de 1812, ya en la agonía, tiene que confesarle al Generalísimo: "Aún no hemos obtenido contestación de ésta (la Cámara), por más que la solicitamos con la urgencia propia de las circunstancias peligrosas en que se halla la Patria, esperando de vuestro patriotismo, de vuestro valor y pericia militar, su salvación y el goce de su independencia y libertad". ¡Cuánto debía dolerle lo que él mismo había aportado — y con tanta crueldad — a aquel obstruccionismo suicida!

Palacio Fajardo, también angustiado testigo de aquel drama, escribirá más tarde: "La sabia conducta de Miranda comenzaba a restablecer el orden en Caracas y la disciplina en el ejército, cuando los españoles prisioneros en la ciudadela de Puerto Cabello se apoderaron de ella..."

El Generalísimo no había podido defender a Valencia contra Monteverde, ni recuperarla después, y se replegó a La Victoria. Este movimiento también le ha sido criticado, aunque es evidente que se hacía imprescindible porque las tropas de Antoñanzas habían tomado a San Juan de los Morros y amenazaban cortar desde el Sur la línea de Caracas a Valencia.

En La Victoria logró sin embargo Miranda rechazar a Monteverde. Los soldados admiraban, dice el Padre Martel, "la serenidad y semblante risueño que mostraba Miranda", y el Coronel Austria, que lo vio de cerca, refiere que "el Generalísimo, a la cabeza de algunos lanceros, se arrojó a lo más reñido de la refriega".

Pero ya era tarde. Esto sucedía el 29 de junio, y precisamente al día siguiente un traidor sublevó parte de la guarnición de Puerto Cabello contra Bolívar, que la mandaba en jefe. Desesperadamente lucharon las tropas leales y su jefe para salvar la plaza, cuyos recursos y posición eran de importancia decisiva; pero el día 6 de julio ya sólo quedaban alrededor de Bolívar 40 hombres, por lo cual tuvo que abandonar la ciudad y embarcarse para La Guaira.

De lo que significó esta pérdida podemos darnos cuenta por la desesperación con que Bolívar le escribió a Miranda: "si un soldado me hubiese quedado, con ese habría combatido al enemigo; si me abandonaron no fue

por mi culpa. Nada me quedó que hacer para contenerlos y comprometerlos a que salvasen la patria; pero, ¡ah!, ésta se ha perdido en mis manos".

La verdad era que una situación análoga se manifestaba en todas partes, tanto por la inexperiencia de los oficiales patriotas, como por la indecisión de las tropas; pero cuando el Generalísimo supo la rendición de Puerto Cabello, "Venezuela está herida en el corazón", dijo.

La capitulación ante Monteverde no fue, sin embargo, decisión personal de Miranda: representantes del Ejecutivo Federal y del Poder Judicial, y otros altos funcionarios, la aconsejaron categóricamente, según acta firmada en La Victoria; y aun antes de la pérdida de Puerto Cabello el Licenciado Miguel José Sanz consideraba insostenible la situación y le escribía a Miranda: "no se fíe en los medios que aquí se le proporcionen; búsquelos usted de fuera..."

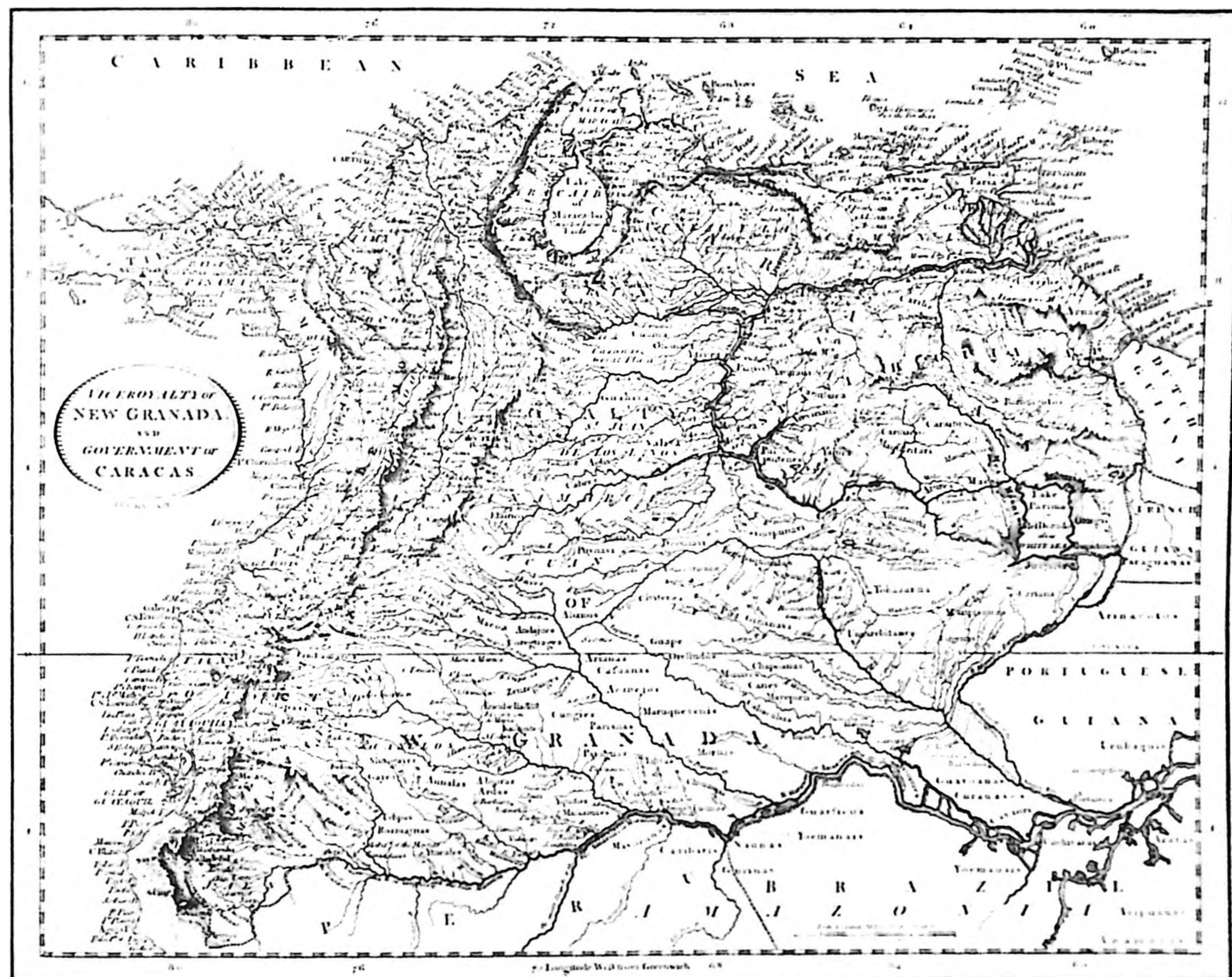
Esto último fue lo que quería hacer Miranda cuando trató de embarcar en La Guaira para el extranjero; en concreto, pensaba pasar a Nueva Granada para reanudar la lucha, como lo hizo Bolívar en varias ocasiones análogas. Pero, como es bien sabido, Monteverde violó cínicamente la capitulación convenida con los patriotas. Miranda, detenido en La Guaira por un grupo de sus propios oficiales exasperados, entre los cuales estaba Bolívar, fue encerrado en las bóvedas de La Guaira y después en las de Puerto Cabello por aquel realista, y enviado como reo de Estado a Puerto Rico y más tarde a España.

Por otra parte, una atroz represión, para la cual reunió Monteverde a su alrededor los tipos más despreciables y criminales, trató de doblegar por medio de prisiones, suplicios y exacciones, el espíritu público de la nación.

No solamente envió Monteverde a España como criminales, y en las más atroces condiciones, a numerosos y respetables patriotas que debían quedar protegidos por la capitulación; no sólo se ensañó contra ellos hasta llamarlos "monstruos" en la nota con que los remitía, sino que a la mísera población civil de las ciudades la puso a disposición discrecional de sus favoritos, que por doquiera saqueaban y vejaban sin freno alguno.

Los propios realistas dejaron testimonios espantables de aquel desenfreno que por primera vez se veía en Venezuela y que fue la causa de la guerra a muerte que los patriotas proclamarían en 1813.

El Regente de la Real Audiencia Don José Francisco Heredia cuenta que en la antesala del vencedor se veían "niños delicados, mujeres hermosísimas y matronas respetables solicitando protección hasta del zambo Palomo, un valentón de Valencia, despreciable por sus costumbres, a quien Monteverde ha escogido para que siempre lo acompañe", y, desde luego, "oye nombrar los apellidos más ilustres de la Provincia, como que contra




**EL VIRREINATO DE NUEVA GRANADA Y GOBERNACIÓN DE CARACAS**
*(Foto cortesía de Alfredo Boulton)*

ellos se ha encarnizado la persecución de la gente soez que forma la mayoría del otro partido" (3).

Lo que sucedía en el interior del país podemos imaginarlo por lo que nos cuenta de la situación de Cumaná el Coronel Emeterio Ureña, de los veteranos vencedores de Bailén y Gobernador por el Rey de aquella Provincia. Ureña quiso hacer respetar la capitulación convenida con Miranda, pero Monteverde lo sustituyó con un oscuro teniente de apellido Cervériz, que en esa ocasión y en los años posteriores se hizo tan célebre por sus crueldades y rapacidad, que habiendo regresado a España y como quisiera en cierta ocasión contribuir en una colecta pública, su ayuda fue rechazada con horror, como proveniente de un hombre absolutamente despreciable. "Los vasallos fieles — dice Ureña refiriéndose a su propio Gobierno — siempre fueron oídos cuando reclamaban justicia y no cuando proponían disparates, pues en esta parte había algunos tan exaltados que creían que por haber seguido el partido del Rey, se hallaban autorizados por sí, y sin seguir los trámites de justicia a hacerse dueños de cuantas propiedades pertenecían a los del otro partido"; y sobre Cervériz añade que Monteverde "le dio una autoridad que ni podía ni debía conferirle, máxime con la nota que asistía a Cervériz de estar sumariado por excesos que son públicos, y cuando de simple Teniente estaba hecho un gran señor, dueño de innumerables alhajas y propiedades, y se le dispensa favor cuando sólo por este hecho deberían darle un castigo ejemplar, y es evidente que por estos actos, los de otros tales y por sus crueldades inauditas se sublevó la Provincia".

(3) Mario Briceño Iragorry, "El Regente Heredia o la Piedad Heroica". Pássim.

## EL CAUDILLISMO (1813-1819)

*Los pesados posesivos del caudillo. — Temible y fascinante. — Los libertadores de Oriente. — Se inicia Bolívar como pensador político y con una campaña deslumbrante desde Cartagena hasta Caracas. — La guerra a muerte. — Boves. — "Duró la matanza algunas otras noches". — Morillo. — Cae sobre Venezuela una expedición destinada a pacificar toda la América. — Los guerrilleros indómitos de 1815. — Otra vez Bolívar como pensador y "más temible vencido que vencedor". — Piar. — Páez. Preparativos para reconstruir el orden legal.*

EL LAPSO DE 1813 a 1819 puede llamarse los años del Caudillismo, no sólo porque corre entre la destrucción de la primera República y la reorganización jurídica del Estado con la reunión en Angostura de un nuevo Congreso, sino también porque en esos años se inicia en Venezuela una forma de mando que tiene características especiales; y que desgraciadamente pasaría a la República, en sus peores manifestaciones, como un sub-producto funesto de la guerra emancipadora.

Ya hemos visto que la llamada Dictadura del Generalísimo duró menos de tres meses, porque en realidad cuando a Miranda se le llamó al gobierno ya la República estaba perdida. Por esta misma circunstancia su acción apenas se extendió a una mínima parte del territorio nacional, que por el este de Caracas terminaba en Guatire, donde ya comenzaban las partidas rebeldes de los negros de Barlovento, por el oeste no llegaba a la región de Barquisimeto, que se había perdido a consecuencia del terremoto, y por el sur tenía cerrada la entrada a los llanos por las tropas de Antoñanzas, que llegaron hasta San Juan de los Morros.

Pero había además otro hecho decisivo, inadvertido por los historiadores que le reprochan a Miranda no haber quebrantado ese cerco desesperante, como después lo haría en muchas ocasiones Bolívar. Me refiero a que, a diferencia de éste cuando era ya el Libertador, Miranda nunca tuvo a sus órdenes tropas propias ni subalternos formados por él. El Generalísimo fue solamente el jefe del Ejército que la Confederación creyó conveniente

armar, y en esto habían actuado los próceres civiles con tanto recelo que categóricamente se negaron siempre a la formación de ejércitos profesionales, porque creyeron que con el sistema de milicias se podía defender la independencia sin arriesgar la libertad formándole base a un militar de prestigio; por otra parte, de tal manera querían hacer respetar el sistema federal, que en plena guerra se discutía muy seriamente en Caracas si las tropas de esta Provincia podían salir de sus límites para defender a la Confederación; y también hemos visto cuánta resistencia se le hizo a la ley marcial porque autorizaba al Generalísimo a nombrar sin consulta los jefes militares.

Todos estos principios quedarían volcados radicalmente en los años subsiguientes. Destruído todo el orden político legal con la caída de la República, ésta va a reconstruirse por obra de jefes militares victoriosos que sin otro principio de autoridad que su poder personal, van arrancando día a día a los enemigos, a sangre y fuego, el territorio que se llamará republicano mientras ellos lo ocupen, pero sin que nadie pueda pensar en promulgar leyes estables, ni establecer otras normas de conducta que las necesarias para la insegura supervivencia de cada hora.

Aparece así el caudillo, apoyado en los numerosos posesivos —sus tropas, sus victorias, su prestigio, y a menudo "su pueblo", en la forma más concreta— que lo hacen a la vez temible y fascinante, que lo pueden convertir en salvador o déspota, y a veces en ambas cosas a un mismo tiempo.

La reconquista del territorio nacional comenzó por Oriente, donde ya en enero de 1813 los republicanos tomaron a Güiria. Triunfantes después en Irapa, Maturín, los Magueyes y Morichal Largo, ocuparon a Cumaná, derrotaron varias veces a los jefes realistas que intentaron desalojarlos de Maturín, y para el mes de agosto ya habían consolidado la posesión de todo el territorio oriental. Estaban mandados por Santiago Mariño y en la campaña se distinguieron como jefes victoriosos Manuel Piar, los dos hermanos José Francisco y Bernardo Bermúdez, José Tadeo Monagas, Pedro María Freites y otros. La isla de Margarita se sublevó capitaneada por Juan Bautista Arismendi y José Rafael Guevara, y logró también expulsar a los realistas.

Por Occidente venía triunfante Bolívar. Había comenzado por tomar servicio en las tropas de Nueva Granada y su actividad y audacia le proporcionaron inmediatamente varios triunfos en la campaña del Magdalena. Ascendido a General de Brigada, obtuvo además del Presidente granadino Don Camilo Torres la autorización que solicitaba apasionadamente para iniciar con sus tropas la liberación de Venezuela por Mérida y Trujillo. Ocupadas estas Provincias, nuevas victorias y las necesidades de la guerra lo arrastraron a avanzar más aún, a pesar de que no había recibido orden de hacerlo, y en una campaña deslumbrante, que se ha llamado la Campaña Admirable, llegó

en triunfo hasta Caracas. Había tomado a Cúcuta, en la frontera, el 28 de febrero de 1813 y, menos de seis meses después, ocupó a Caracas, el 7 de agosto. Como subalternos acompañaban a Bolívar los venezolanos José Félix Ribas y Rafael Urdaneta y entre otros oficiales de la Nueva Granada, Antonio Ricaurte y Atanasio Girardot. Los triunfos más importantes de los patriotas en esa campaña fueron: Carache y Agua de Obispos, ambas en Trujillo, y en las cuales Girardot derrotó al Coronel realista José Cañas; Niquitao y Los Horcones, victorias de José Félix Ribas; y la decisiva acción de Taguanes, cerca de Carabobo, donde Bolívar venció al Coronel Julián Izquierdo. Fue también durante esa campaña cuando Bolívar ganó el título de Libertador: por primera vez se le aclamó como tal en Mérida, el 23 de junio, y la Municipalidad de Caracas se lo confirmó el 14 de octubre del mismo año 1813.

Dos hechos de otro carácter debemos recordar también: el Manifiesto de Cartagena, en el cual comienza a destacarse Bolívar como pensador político, y la proclamación de la guerra a muerte.

En el Manifiesto de Cartagena, 15 de diciembre de 1812, analiza Bolívar las causas que ocasionaron la pérdida de la República en aquel año. Como la más grave de todas señala el sistema federal adoptado por los constituyentes de 1811, cuya debilidad para una acción rápida en tiempos de guerra se agravó, como hemos dicho, por la exagerada precaución de crear un Ejecutivo plural. Contra esta apreciación de Bolívar argumenta Gil Fortoul: "que la Constitución no influyó tanto como él creía en los sucesos desgraciados de 1812, pues no se practicó ni pudo practicarse". No creemos acertada esta crítica de nuestro eminente historiador: los hechos que hemos narrado —y otros muchos que tuvimos que callar porque llenarían por sí solos un volumen— nos prueban que la idea federal y la desconfianza hacia una autoridad fuerte eran tan poderosas en el ánimo de nuestros primeros repúblicos que en realidad inspiraron todas sus medidas aun antes de haberse promulgado la Constitución. Y persistieron como encarnizada resistencia después de la aparente concesión al Ejecutivo de las facultades extraordinarias que, trasladadas en parte a Miranda, es lo que se ha llamado su Dictadura. Los otros errores señalados por Bolívar fueron: haber preferido el sistema de milicias a la formación de un ejército permanente profesional; el desorden en el manejo de las rentas públicas y el expediente de emitir papel moneda; el terremoto del 26 de marzo; la repugnancia de la Junta Suprema a emprender operaciones contra los realistas de Coro, lo cual permitió a éstos reponerse y tomar más tarde la ofensiva; finalmente, la lenidad hacia los conspiradores internos. Con respecto a esto último, anotaba: "La pacificación (de Valencia) costó cerca de mil hombres, y no se dio a la vindicta de las leyes un solo rebelde, quedando todos con vida y los más con sus bienes".

Observemos de paso que ninguna de estas causas podía imputársele a Miranda. Pero otra particularidad más importante preferimos recomendar a la atención del lector, porque la creemos decisiva para juzgar del pensamiento político de Bolívar en los años sucesivos: obsérvese que la desesperación con que analiza la debilidad del Gobierno de la primera República, y que va a reaparecer constantemente en su orientación como hombre de Estado, no estaba ligada a una situación de predominio del propio Bolívar. En aquel momento el futuro Libertador no era sino un oficial subalterno de dudoso porvenir. Si más tarde, pues, se aferra a la misma convicción y combate como legislador y como político cualquier forma de regresión a la época de la "patria boba", debemos creerlo tan sincero como nos aparece en 1812.

En cuanto a la guerra a muerte, proclamada por Bolívar el 15 de junio de 1813, era ya, por desgracia, un hecho impuesto por la ferocidad de la lucha, y al cual se sustraían sólo algunos hombres excepcionales, tanto en el campo realista como en el patriota. Si fuéramos a buscarle un responsable personal, sin duda señalaríamos a Monteverde, porque fue el primero que rompió en forma brutal el respeto a las leyes, la confianza en los tratados y juramentos, el miramiento a las personas, y todo sentimiento de solidaridad humana y hasta de simple compasión. A su cargo podríamos poner también los atropellos a la población civil, las extorsiones que realizaban sus favoritos, y el ambiente de terror y de humillación que por primera vez conocía Venezuela. Y es indudable que todo esto fue lo que contribuyó a establecer como sentimiento unánime que era imposible cualquier forma de convivencia entre criollos y peninsulares. Según el General realista Miyares "no había seguridad ni reposo bajo la autoridad de Monteverde, la sombra del delito de insurgente acallaba la miseria y el menor reclamo era un comprobante de infidencia". Testimonios análogos nos dejó también otro español, Don Pedro de Urquinaona y Pardo en un informe a la metrópoli, y el Fiscal de la Real Audiencia Don José Costa y Galli decía: "En el país de los cafres no podrían tratarse los hombres con más desprecio y vilipendio". Cervériz escribía a Monteverde: "No hay más, señor, que un gobierno militar; pasar a todos esos pícaros por las armas; yo le aseguro a V. S. que ninguno de los que caigan en mis manos se escapará". Ante estas pruebas no puede, pues, parecernos en nada exagerado lo que decía Miranda a la Real Audiencia: "He visto con espanto repetirse en Venezuela las mismas escenas de que mis ojos fueron testigos en la Francia: ví llegar a La Guaira recuas de hombres de los más ilustres y distinguidos tratados como unos facinerosos; los ví sepultar junto conmigo en aquellas horribles mazmorras; ví la venerable ancianidad, la tierna pubertad, al rico, al pobre, al menestral, en fin al propio

sacerdocio, reducidos a grillos y a cadenas y condenados a respirar un aire mefítico, que extinguiendo la luz artificial, infeccionaba la sangre y preparaba a una muerte inevitable; yo ví por último sacrificados a esta crueldad ciudadanos distinguidos por su probidad y talento, y perecer casi repentinamente en aquellas mazmorras, no sólo privados de los auxilios que la humanidad dicta para el alivio corporal sino destituídos también de los socorros que en semejantes casos prescribe nuestra santa religión".

Esto sucedía cuando aún los patriotas demostraban la tolerancia de que Bolívar se lamenta a propósito de la reconquista de Valencia. Más tarde, y a medida que se multiplicaban los jefes realistas entregados a su propia responsabilidad, los extremos de crueldad llegaron a lo inverosímil: Rosete hizo degollar en las propias iglesias a la población de Ocumare del Tuy, incluyendo mujeres y niños; el Comandante Bernardo Bermúdez fue asesinado por orden de Cervériz cuando yacía, herido, en el lecho de un hospital; bien conocidos son los horrores a que fue sometida Luisa Cáceres de Arismendi, de sólo 16 años y estando grávida: "la mujer de Arismendi —escribía Pardo a Moxó— ha dado a luz en su prisión un nuevo monstruo... Arismendi, según voz, ha hecho matar a nuestros prisioneros, y en este caso convendría decapitar a su mujer". Moxó por su parte daba estas instrucciones al Gobernador de Margarita: "Prevengo a usted que deseche toda humana consideración. Todos los insurgentes, o los que los sigan con armas o sin ellas; los que hayan auxiliado o auxilien a los mismos, y en fin, todos los que hayan tenido parte en la crisis en que se encuentra esa isla, serán fusilados irremisiblemente, sin formarles proceso ni sumario, sino un breve consejo verbal de tres oficiales". El General Fierro escribía fríamente: "En las últimas acciones habrán perecido de una y otra parte más de 12.000 hombres. Afortunadamente los más son criollos, y muy raro español. Si fuera posible arrasar con todo americano, sería lo mejor". Ya veremos que Boves había concebido en este punto un plan más pérfido aún, destinado a que los americanos se exterminasen entre sí por la guerra de razas; pero entre tanto aceleraba por su parte esa destrucción por todos los medios. "Si a mi llegada a esa ciudad —escribía a su Gobernador en Caracas— que será dentro de veinte días, encuentro un patriota, usted pagará con su cabeza". Muy a menudo las matanzas eran acompañadas por crueldades y humillaciones que serían increíbles si no nos hubieran llegado mediante el testimonio de los propios españoles. "En la noche siguiente a su entrada en Valencia —narra el Regente Heredia— Boves reunió todas las mujeres en un sarao, y entre tanto hizo recoger los hombres, que había tomado precauciones para que no se escaparan, y sacándolos fuera de la población, los alanceaban como a toros sin auxilio espiritual. Solamente el doctor Espejo (Gobernador político) logró la distinción de

ser fusilado y tener tiempo para confesarse. Las damas del baile se bebían las lágrimas, y temblaban al oír las pisadas de las partidas de caballería, temiendo lo que sucedió, mientras que Boves con un látigo en la mano las hacía danzar el piquirico y otros sonecitos de la tierra, a que era muy aficionado, sin que la molicie que ellos inspiran fuese capaz de ablandar aquel corazón de hierro. Duró la matanza algunas otras noches". Agreguemos que la ciudad se había entregado por capitulación, y que el compromiso de respetar a los rendidos lo había solemnizado Boves en una misa que al efecto se celebró en presencia de los dos ejércitos.

No es extraño, pues, que como respuesta a tantos horrores apareciera también entre los patriotas un sentimiento irreprimible en favor de la guerra a muerte. Desde 1812 un "Decreto Penal" de la República establecía severísimas penas contra todos los desafectos a la revolución. Antes que Bolívar, el Doctor y Coronel Antonio Nicolás Briceño había emprendido también, en occidente, la guerra de exterminio, con la particularidad de que ofrecía a los combatientes criollos ascensos en el ejército según el número de cabezas de españoles o canarios que presentaran. Lo cual es un testimonio casi increíble del grado a que puede llegar el frenesí humano, pues aparte de la inmoralidad de tales premios, hubiera desorganizado las fuerzas republicanas poniendo a la crueldad, y a veces a la alevosía, por encima de los méritos de la pericia y el valor.

La proclama de Bolívar en 1813 era más radical que el Decreto Penal de 1812, porque condenaba a los españoles y canarios "aun siendo indiferentes" si no cooperaban activamente a la libertad de Venezuela; pero no llegaba, desde luego, a los extremos de Briceño.

En descargo de Bolívar y de los otros patriotas que se aventuraron en el camino de la guerra a muerte, iniciada por los realistas, nos parece que el argumento más fuerte es que tal decisión era la única manera de obligar a sus enemigos a detenerse en el exterminio de los criollos, sea que al fin se llegara a ello por una negociación de índole general, como efectivamente ocurrió en 1820. sea ocurriendo a acuerdos parciales de canje. Ambas vías las intentó Bolívar repetidas veces. En setiembre del mismo año 13, habiendo tomado prisionero al feroz Zuazola, le propuso a Monteverde canjearlo por el Coronel republicano Diego Jalón, que, por cierto, era español. Agregaba que entregaría cuatro prisioneros realistas por otros tantos patriotas, propuesta que modificó luego ofreciendo dos españoles por cada criollo. El empedernido Monteverde rechazó ambas proposiciones y Zuazola fue ahorcado. Por ello podemos juzgar cuanto más reacios se hubieran mostrado los jefes realistas a cesar en sus propósitos devastadores de haber podido realizarlos a mansalva. Justo es también decir que a pesar de haber fracasado los repu-

blicanos en su intento de atraer a los realistas a sentimientos más humanos, Bolívar en julio de 1816 anunció categóricamente que cesaba la guerra a muerte: "...ningún español sufrirá la muerte fuera del campo de batalla", anunció al invadir a Venezuela por Ocumare de la Costa.

Como hemos dicho, Bolívar entró vencedor en Caracas el 7 de agosto de 1813, pero apenas una semana más tarde volvió a salir para proseguir la lucha contra Monteverde, refugiado en Puerto Cabello, y contra las numerosas partidas realistas que aparecían por todas partes.

Se comprende, pues, que fuera imposible en semejantes circunstancias organizar un gobierno realmente legal, aunque no faltaban eminentes republicanos que seguían pensando en reconstruir el sistema federal y todo el complicado mecanismo de limitaciones al Ejecutivo que consideraron salvador el año 11. Ya veremos que en los años subsiguientes se repetirán constantemente intentos análogos. Afortunadamente, Bolívar contó para detener esa tendencia, por el momento, con el apoyo de Francisco Javier de Ustáriz, cuya opinión era de gran peso por haber sido aquel abnegado patriota uno de los redactores de nuestra primera Constitución y miembro del Ejecutivo plural en 1812. Ustáriz reconoció la imposibilidad de reponer las autoridades de la desaparecida República y propuso un plan de gobierno transitorio que ponía la suprema autoridad en manos del jefe del ejército. También el Licenciado Miguel José Sanz, que había sido Secretario de Estado durante la primera República, propuso un plan de gobierno francamente dictatorial, con lo cual seguía siendo fiel a los "medios extraordinarios" que reclamó con angustia para reforzar la autoridad de Miranda. Y hombres tan honrados y sagaces como Don Cristóbal Mendoza, que además había sido uno de los primeros Triunviros del año 11, y Don Fernando Peñalver, opinaron en el mismo sentido. Finalmente, un Cabildo extraordinario reunido el 14 de octubre en la iglesia de San Francisco ratificó a Bolívar el título de Libertador que la ciudad de Mérida le había acordado y lo proclamó Capitán General del ejército republicano.

Desgraciadamente, si en agosto del año 13 parecían concluidas las dos campañas libertadoras de Venezuela, como lo hemos narrado, antes de finalizar el año 14 la República fue destruída una vez más por los realistas.

No entraremos en los pormenores de las operaciones en que durante ese año y medio se destrozaron recíprocamente realistas y republicanos, recorriendo todo el territorio nacional y devastando cuanto hallaban a su paso. De su escasa población de 800.000 habitantes, Venezuela perdió 60.000 en menos de dos años, según datos de Juan Vicente González en su biografía de José Félix Ribas. Victorias muy importantes obtuvieron los patriotas: con Bolívar, en Bárbula, Vigirima y Araure, el año 13, y en San Mateo y primera

de Carabobo, en 1814; con José Félix Ribas, que parecía invencible, en La Victoria, Charallave, San Francisco de Yare y Ocumare del Tuy; con Mariño, en Bocachica; con Urdaneta, en Guama, Cocorote, Baragua, El Palmar y Valencia; con los granadinos Girardot y D'Elhuyar, acosando a los realistas en Puerto Cabello; con Campo Elías, en Mosquitero; con Pedro María Freites, en Cachipo. Algunos de estos triunfos han sido glorificados, con justicia, en páginas admirables.

En Araure Bolívar peleó personalmente al frente de los Dragones de Caracas, que decidieron la acción contra los temibles llaneros de Yáñez. En San Mateo, durante un mes se sostuvo el Libertador contra las numerosas hordas de Boves, y habiendo llegado éste a dominar las alturas de El Calvario, el granadino Ricaurte voló personalmente el parque y su sacrificio aseguró el triunfo de los patriotas. Para dirigir la acción de Ocumare del Tuy, que salvó a Caracas del feroz Rosete, José Félix Ribas se hizo conducir, enfermo, en una hamaca; y en La Victoria, el mismo Ribas sólo contó para rechazar al enemigo, muy superior en número, con los últimos jóvenes, casi niños, que habían quedado en Caracas, y que fueron a aprender el manejo del fusil en el propio campo de batalla.

Además de los jefes realistas de formación profesional —Cagigal, Correa, Calzada, Ceballos— algunos de los cuales observaron siempre una conducta ejemplar, numerosos subalternos, que a veces habían formado sus propias guerrillas, combatían contra los republicanos —Zuazola, Rosete, Yáñez, Puy, los renegados Reyes Vargas y Torrellas— y eran sobre todo estos caudillos semi independientes los más crueles y rapaces. Pero en punto a ferocidad muy pocos igualaron a José Tomás Boves y a su segundo Francisco Tomás Morales, los cuales, dotados por otra parte de fanática actividad y de cierta pericia militar, desgastaron los ejércitos patriotas en numerosos encuentros. Boves y Morales fueron vencidos varias veces por los jefes patriotas —a Boves lo derrotó Bolívar en San Mateo, Mariño en Bocachica, Freites en Cachipo, Campo Elías en Mosquitero; Ribas venció a Morales en La Victoria— pero casi inmediatamente aparecían con nuevos ejércitos, y al fin lograron, a su vez, importantes victorias. Boves había concebido el satánico plan de acabar con todos los blancos, no sólo para desatar con ello la guerra de clases entre los patriotas y erigirse en jefe de los pardos, sino para privar a la República de sus dirigentes más notables y detener el prestigio que la causa libertadora iba adquiriendo entre las masas populares. Según informe al Rey del propio Capellán del ejército de Boves, éste declaró "la muerte a todos los blancos y lo ejecutó constantemente hasta el pueblo de San Mateo... Para complemento de esta conducta dio órdenes de palabra y por escrito a todos los comandantes militares para que a cuantos patriotas blancos se presentasen o

pudiesen ser aprehendidos los matasen ocultamente sin formarles causas ni observar alguna otra formalidad; añadiéndoles siempre que sería su mejor amigo el que más matase. A consecuencia de este sistema han desaparecido los blancos. En Cumaná sólo han quedado cinco u ocho del país y aun una gran porción de señoras fueron presas y remitidas a Caracas para ser conducidas a la desierta isla de Arichuna. En el mismo ejército de Boves que se componía a principios de diciembre de 1814 de 7.500 hombres, sólo había de 60 a 80 soldados blancos y de 40 a 45 del mismo color entre comandantes y oficiales españoles y criollos". Si unimos a estos datos el recuerdo de lo que otros jefes realistas venían haciendo desde que Monteverde, con tipos como el Palomo y Cervériz, inició la destrucción de las clases cultas del país, antes que pesimismo y desaliento debemos sentir confianza al considerar que, a pesar de esa devastación, Venezuela pudo seguir al frente de la Revolución americana; y reconstruirse después como República sin otros errores o infortunios que los que son comunes a todas las naciones.

Como hemos dicho, aquella forma de lucha desgastó los ejércitos republicanos que sólo mediante prodigios de valor y abnegación podían sostenerse contra el inagotable flujo de las masas rurales semi bárbaras que capitaneaban los jefes realistas. No es de extrañar, pues, que en la primera batalla de La Puerta, 3 de febrero del 14, Campo Elías sólo pudiera oponer a Boves 3.000 soldados contra 7.000 que éste traía; y enfrentados por segunda vez patriotas y realistas en el mismo campo, el 15 de junio, Boves tenía 8.000 hombres contra 2.300 que eran cuantos habían logrado reunir Bolívar y Mariño (4). Naturalmente en ambas batallas fueron vencidos los patriotas, y la última les hizo perder toda esperanza.

El General Urdaneta con un reducido cuerpo de tropas emprendió hacia occidente una retirada en la cual debía cubrir 166 leguas de marcha a través de un territorio plagado de fuerzas enemigas. Lo consiguió con extraordinaria pericia y sus soldados pudieron incorporarse a los ejéricitos republicanos de la Nueva Granada. Bolívar, a pesar de haber concebido el propósito de sostenerse en Caracas, comprendió muy pronto que era imposible, y seguido de casi toda la población civil del centro del país, a la cual aterrorizaba el solo nombre de Boves, emprendió la retirada a Oriente, el

(4) Don Vicente Lecuna rectifica sin embargo esas cifras, que son las que dan Baralt, Gil Fortoul y casi todos nuestros historiadores. Para la rectificación véase nota a Baralt, tomo I, Pág. 270, edición de 1939; pero nos parece justo observar que si se acepta la reducción de las fuerzas realistas según lo que indica Lecuna, en la misma proporción debemos reducir las patriotas. Esto último estaría en relación, además, con el escaso contingente que pudo reunir después el Libertador para emprender la retirada a oriente, según luego veremos. En todo caso siempre quedará como dato indiscutible la enorme superioridad numérica de los realistas sobre los republicanos.

6 de julio del 14. Fácil es imaginar lo que sería aquella migración en masa, en la cual el ejército ya desmoralizado se veía entorpecido por el desorden de la población civil que lo seguía enloquecida. Los ancianos, los enfermos, las mujeres y los niños iban quedando abandonados a una muerte segura a ambos lados del ensangrentado camino. "Esta imprudente inmigración quitó a Caracas más habitantes que el terremoto del 26 de marzo de 1812", dice Baralt; pero con razón anota Don Vicente Lecuna: "La inmigración, provocada por el terror, no se podía evitar. Gran número de personas de los llanos, y de los valles de Aragua, habían huído hacia Caracas y Valencia, y hacia oriente y la cordillera de los Andes. En Caracas no cabía la gente en las casas, las ruinas del terremoto, los edificios públicos y los templos. Al retirarse el Libertador lo siguieron 20.000 almas. Los patriotas llevaban 1.300 a 1.400 soldados". El propio Bolívar tomó en sus brazos a un niño y lo salvó (5). Les esperaba un mes de marcha por la montaña de Capaya y la costa del mar, territorio de tan difícil acceso que cien años después todavía carecía de caminos.

En vano trató Bolívar el 18 de agosto de detener en Aragua de Barcelona con 3.000 hombres reunidos apresuradamente, a los 8.000 realistas que mandados por Morales lo perseguían. Una vez más fue derrotado y "Morales — refiere Baralt — pasó a cuchillo no solamente los prisioneros sino una gran parte de la vecindad, sin respetar edad ni sexo, haciendo, como Rosete, su matanza, en el recinto mismo de la Iglesia. Por esta razón los muertos de uno y otro partido alcanzaron en aquel aciago día a 4.700, todos americanos".

En Oriente se encontraron los principales jefes patriotas — Bolívar, Mariño, Ribas, Piar, Bermúdez, Monagas, Cedeño, Zaraza — pero con escasas tropas y divididos por las recriminaciones que casi siempre surgen en los momentos de errores o infortunios comunes, terminaron por dispersarse. Las últimas derrotas las sufrieron Ribas y Bermúdez en Urica y Maturín, el 5 y el 11 de diciembre. Casi todos los jefes patriotas escaparon al exterior; pero Monagas, Cedeño y Zaraza permanecieron en oriente, donde a pesar de las abrumadoras fuerzas realistas, lograron iniciar operaciones de guerrillas que más tarde serían base de inapreciable valor para la lucha en grande escala. Ribas, que acompañado solamente por un esclavo se internó en las montañas, cayó en poder de un desalmado jefe realista, quien lo asesinó e hizo freir en aceite su cabeza para enviarla a Caracas. Feroz trofeo que fue exhibido por los realistas en la Plaza Mayor de la capital y después colocado para escarmiento en la Alcabala de La Pastora.

Así terminó el año 14 llamado con razón por nuestros historiadores

(5) Era un hijo, recién nacido, del Licenciado Diego Bautista Urbaneja, y llegó a ser el notable matemático Manuel María Urbaneja.

el Año Terrible. Alivio para la República fue la muerte de Boves, ocurrida en la acción de Urica, de un lanzazo que la leyenda atribuye al valeroso Pedro Zaraza. Pero entre los patriotas las pérdidas fueron tales que nos causa asombro considerar cómo pudo rehacerse la República. En número ya las hemos indicado antes, y para tener idea de la calidad de los próceres sacrificados basta mencionar a José Félix Ribas, Sanz, Muñoz Tébar, Luis María Rivas Dávila, Espejo, García de Sena, Aldao, Jalón, Antonio María Freites, Ricaurte, Campo Elías, Villapol. "Familias enteras se sacrifican por la Independencia. Mueren veinticinco Ribas en veintidós meses", dice Gil Fortoul; y esto nos recuerda inmediatamente tantos otros apellidos ilustres que estuvieron a punto de desaparecer en espontáneo sacrificio a la Patria: Salias, Tovar, Ustáriz, Buroz, Carreño. De cinco hermanos de la familia Buroz que se alistaron en las filas patriotas, tres perecieron en los primeros años de la guerra. El Comandante Julián Carreño, que murió defendiendo la Casa Fuerte de Barcelona, se había presentado a servicio con sus cuatro hijos y sus esclavos; de esos hijos, dos quedaron en los campos de batalla y uno de los que sobrevivieron fue el General José María Carreño, tan acribillado de heridas que nueve de ellas se consideraron mortales (6).

Durante el año 1815 los republicanos sólo pudieron mantener en Venezuela escasas guerrillas independientes entre sí. En Apure eran ya veteranos combatientes el Coronel Miguel Guerrero y el Comandante Francisco Olmedilla; pero el futuro General José Antonio Páez comenzaba ya a destacarse y muy pronto llevaría a las filas republicanas a aquellos llaneros del sur que habían sido el azote de la patria. En el centro, o Alto Llano, y en Oriente y la Guayana hacían prodigios de abnegación y pericia Zaraza, Monagas, Cedeño; y en Margarita inicia Arismendi, en noviembre de 1815, la tercera y definitiva sublevación de la isla que por su valor mereció el nombre de Nueva Esparta.

Abrumadora parecía la adversa suerte que se ensañaba contra los patriotas. Después de haber sufrido la destrucción que hemos señalado, he aquí que en abril de 1815 llega a las costas orientales del país el Mariscal de Campo Pablo Morillo con 15.000 hombres de las mejores tropas españolas. Eran, efectivamente, lo mismo que Morillo y casi todos sus oficiales, de los veteranos que habían vencido a las tropas de Napoleón, sin duda igualmente aptos para la lucha en guerrillas que para extensas campañas, y provistos de recursos — en dinero, en armas y en otros materiales — que ni remotamente podían soñar en igualar los patriotas. Digamos de paso, para acentuar esta comparación con datos concretos, que las tropas de

(6) Para la historia de los hermanos Buroz ver *Hombres notables de Hispano América*, por Ramón Azpúrua, tomo II, pág. 382. Los servicios de los Carreño constan en los documentos originales del Archivo Nacional, Caracas, Sección *Ilustres Próceres*, tomo XVI.

Monagas, por ejemplo, no llegaron a tener en aquella época un trozo de hierro para sus lanzas, y usaron como tales simples varas de resistente madera con las puntas endurecidas al fuego. Así consta en numerosos documentos del Archivo Nacional de Caracas que hemos tenido a la vista. Años más tarde, cuando ya los patriotas eran dueños de la Guayana y su situación había mejorado extraordinariamente, su miseria era tal todavía que pasaban años sin cobrar una mísera ración en efectivo y a menudo tenían que vestirse con la ropa arrebatada al enemigo. El que fue después General de División Carlos Castelli anotaba, cuando era simple oficial subalterno, lo más importante que le ocurría, y en esas notas hemos podido ver que en 1817, él y sus tropas se alimentaban en Barcelona con chipichipe y carne de burro, y en 1819 considera como algo excepcional haber recibido, después de tres años de servicio, su primera ración en dinero: 16 pesos (7). Y en cuanto a la ropa, encontramos que Bolívar en 1817 escribe al Almirante Brion a propósito de unas presas marítimas: "a instancias de todos los oficiales que estaban desnudos y sin sombrero, mandé a los comisionados que librasen al general de la plaza unas mudas de ropa vieja que se encontró en los baúles y algunos sombreros para que los repartiesen entre los oficiales y la tropa..." (8). Son hechos que no pueden pasarse por alto, porque nos indican cuántas dotes de abnegación, constancia y valor moral pusieron aquellos libertadores al servicio de la patria. Según relación del Brigadier español Pardo, los margariteños peleaban "hasta con hondas y piedras de que, a cada paso, tienen hechos montoncitos: llegando su delirio hasta formar almacenes con hondas y otros medios de que sólo se había usado en tiempos de los moros"; esperaban sin arma alguna a la infantería veterana de Morillo "y ha habido insurgente — escribía el realista Urreistieta — que con su mano ha arrancado la bayoneta del fusil de nuestros soldados, que es a lo que puede llegar el arrojo de un hombre temerario" (9).

Por otra parte, tan poderosa se consideraba, para la época, aquella expedición de Morillo, que estaba destinada, según los propósitos de la metrópoli, a pacificar toda la América española. Sería destruída, sin embargo, casi por completo, en los campos de batalla de Venezuela y de Nueva Granada.

Pero no adelantemos los acontecimientos; cuatro años más de fracasos y sacrificios debían superar los republicanos, antes de que comenzaran los triunfos definitivos en 1819.

(7) Archivo Nacional - *Ilustres Próceres*, tomo XVIII, folio 23.

(8) *Cartas del Libertador*, por don Vicente Lecuna, tomo XI, pág. 106.

(9) Relación del Brigadier Pardo a Moxó. "Historia de la isla de Margarita" por Mariano de Briceño.

El Libertador había pasado a la Nueva Granada, donde tomó el mando del ejército que Urdaneta había salvado en la retirada a Occidente de que ya hemos hablado, y ofreció sus servicios al Congreso que se hallaba en lucha con algunos gobiernos regionales, entre ellos el de la propia Sante Fe de Bogotá. Bolívar tomó esta ciudad con sus tropas, formadas de granadinos y venezolanos, recibió el título de Capitán General de los ejércitos de la Confederación, y con un ejército de 2.000 hombres comenzó operaciones para libertar las Provincias de Santa Marta y Maracaibo. Por desgracia, al llegar frente a Cartagena se encontró con nuevas disensiones civiles, y después de inútiles esfuerzos por llegar a un avenimiento, renunció al mando del ejército.

Pasó a Kingston, donde escribió, el 6 de setiembre la llamada carta profética de Jamaica. Era efectivamente una carta titulada "Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla" (10), pero en ella hizo Bolívar extensas consideraciones sobre la naturaleza y carácter de la América española y de cada una de sus naciones; y se aventuró a predecir, sobre esas bases, el porvenir de estos países con acierto verdaderamente impresionante.

Sobre la propia España observa, con criterio que se adelanta en muchos años a los prejuicios colonialistas de aquella época: "La Europa haría un bien a la España en disuadirla de su obstinada temeridad; porque a lo menos le ahorraría los gastos que expende, y la sangre que derrama; a fin de que, fijando su atención en sus propios recintos, fundase su prosperidad y poder sobre bases más sólidas que las de inciertas conquistas, un comercio precario y exacciones violentas en pueblos remotos, enemigos y poderosos".

Aunque en el Manifiesto de Cartagena ya aparece Bolívar como sagaz pensador político dotado de un estilo preciso y brillante, en la carta de Jamaica es donde se eleva por primera vez a conceptos de alcance universal. En este sentido son dignas de mencionarse dos de sus observaciones, íntimamente ligadas a las interpretaciones que se han dado después a la historia hispanoamericana. "Nosotros — escribe — somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte; cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil". En este concepto vemos expresada por una parte la necesidad de que la América hispana buscara instituciones propias, de

(10) El destinatario ha sido identificado por nuestro eminente historiador Monseñor Nicolás E. Navarro, después de una sagaz y paciente investigación. Era el señor Henry Cullen, Esq., inglés residente en Falmouth, el cual se entrevistó varias veces con el Libertador y más tarde hizo publicar en Nueva York una corta biografía del venezolano. Véanse el Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Caracas, Nos. 150 y 151; y el folleto "El Destinatario de la carta de Jamaica". por Monseñor Navarro, Caracas, 1956.

acuerdo con sus peculiaridades psicológicas, étnicas y geográficas, en lo cual insiste con numerosos argumentos secundarios; pero a la vez reclama el Libertador, no sin punta de orgullo, que ese nuevo mundo era "en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil", o sea, que por nuestra formación histórica participábamos en el acopio de cultura, moral y tradiciones políticas de los pueblos europeos; que no éramos pueblos primitivos, ni se nos podía ver como advenedizos cuando pretendíamos organizarnos políticamente de acuerdo con aquella tradición superior que era base común para Europa y América. Si consideramos que posteriormente toda la interpretación pesimista de nuestra sociología se apoyó en la idea de que éramos pueblos de formación rudimentaria, sólo comparables a los más atrasados de Asia o Africa, o bien en que nuestro pasado colonial "abyecto y oscuro" nos había lanzado a la vida independiente sin antecedentes que nos ayudaran a organizarla, la afirmación del Libertador es un mentís elocuente a estos prejuicios. Sobre todo porque no debemos considerarlo simple juicio personal, sino expresión de una conciencia colectiva, que se sentía solidaria, a través del imperio español dentro del cual se había formado, de la civilización a la cual éste pertenecía. La otra observación del Libertador que abarca toda la situación del mundo para aquellos momentos es ésta: "Seguramente la unión es la que nos falta para completar la obra de nuestra regeneración. Sin embargo, nuestra división no es extraña, porque tal es el distintivo de las guerras civiles formadas generalmente entre dos partidos: *conservadores* y *reformadores*. Los primeros son, por lo común, más numerosos, porque el imperio de la costumbre produce el efecto de la obediencia a las potencias establecidas; los últimos son siempre menos numerosos aunque más vehementes e ilustrados". Obsérvese que, según este pensamiento de Bolívar, la lucha por la independencia americana venía a ser un episodio de la contienda mundial que entonces se desarrollaba entre los principios reformadores y los hábitos conservadores, situación que tiene pasmosa semejanza con lo que actualmente ocurre. Hoy, como entonces, los conflictos que parecen meramente locales — y las guerras de emancipación — se nutren en gran parte de una crisis que tiene carácter universal, y, a la inversa, los acontecimientos internacionales levantan en cada país disensiones civiles. Agreguemos como fundada esperanza esto: muchos reformadores creyeron entonces de buena fe que la libertad sólo podría obtenerse bajo la república u otra forma absolutamente nueva de organización política, así como muchos piensan hoy que la justicia social exige medios de lucha y formas de poder ásperamente radicales; pero así como durante el siglo pasado Repúblicas y Monarquías llegaron a aproximarse en busca de la libertad y no siempre fueron aquellas más felices que éstas para lograrla, podemos esperar que, con análogo sentido histórico, la justicia social se obtenga mediante reali-

zaciones concretas, que apacigüen por igual las tensiones internacionales y las guerras civiles que nos atormentan.

Amplia discusión abre también Bolívar en la Carta de Jamaica acerca del sistema federal y de las otras formas de gobierno posibles en hispanoamérica, pero consideramos más oportuno aplazar el examen de estas ideas para cuando podamos sistematizarlas alrededor de su Discurso de Angostura.

A fines de 1815 Bolívar intentó socorrer a la sitiada Cartagena de Indias, y estuvo a punto de caer en manos de los realistas que la habían tomado. Pasó entonces a Haití, en donde con el auxilio del Presidente Petión, del comerciante Roberto Sutherland y del curazoleño Luis Brión, llamado por Bolívar "magnánimo" y que sería después ascendido por sus servicios a Almirante de la República, pudo organizar una expedición que desembarcó en Margarita.

De esta isla pasaron los patriotas a la costa de Oriente, donde quedaron Mariño y Piar mientras Bolívar se reembarcó "para marchar rápidamente al corazón de Venezuela a terminar la guerra", según le escribió al General Arismendi. Con ese fin desembarcó en Ocumare de la Costa, y parte de su ejército avanzó hasta los valles de Aragua; pero atacado a su vez, sufrió en Los Aguacates una derrota que lo obligó a abandonar la empresa.

Las escasas fuerzas republicanas que quedaron en tierra, hicieron al mando de Mac-Gregor una audaz campaña. Siguiendo un extenso arco de círculo a través de un territorio fuertemente guarnecido por los realistas, atravesaron parte de los valles de Aragua y el Alto Llano, derrotaron al enemigo en Onoto, Quebrada Honda y Alacrán y llegaron cerca de Barcelona, donde incorporados al General Piar fueron también de los vencedores en El Juncal, importante victoria de aquel jefe contra Morales el 27 de setiembre de 1816.

Bolívar, tras algunas peripecias en las cuales fue desconocido por unos jefes patriotas y llamado por otros, volvió a Haití y de nuevo, en diciembre, partió de aquella isla con una segunda expedición que tocó en Juan Griego.

El próximo año, 1817, fue para los patriotas de triunfos y reveses, alternados; aunque en conjunto debemos considerarlo muy feliz porque los republicanos lograron consolidar sus posiciones en el Oriente, expulsaron definitivamente de Margarita a los españoles, se hicieron dueños de la Guayana, y los triunfos y el prestigio de Páez en el Apure y en Barinas incorporaron este vasto territorio al dominio de la patria. Victorias decisivas fueron en tal sentido, durante ese año, la de Mucuritas, el 28 de enero, de Páez contra el General Miguel de la Torre; la de San Félix, el 11 de abril, donde Piar derrotó al mismo de la Torre y aseguró la posesión de Guayana; la ocupación de Angostura, abandonada por los realistas el 17

de julio; y la batalla de Matasiete o Los Cocos, en Margarita, el 31 de julio, en la cual el General Francisco Esteban Gómez derrotó a Morillo.

Otros dos sucesos importantes, de diferente índole, ocurrieron el mismo año 17: el llamado Congresillo de Cariaco y el fusilamiento del General Piar, condenado por un Consejo de Guerra como "insubordinado, desertor, sedicioso y conspirador". De la asamblea de Cariaco hablaremos en el siguiente capítulo, al considerar la situación política que precedió al Congreso de Angostura; en cuanto a la ejecución de Piar sólo podemos decir que fue una lamentable consecuencia del régimen caudillista que la guerra había impuesto. Basta encadenar unas cuantas interrogaciones para llegar a la evidencia de que un juicio más profundo que ese es imposible. ¿Manifestó efectivamente el General Piar — como lo afirman los testigos en el proceso — su intención de desatar la guerra de razas, cargo que es el más grave que pudo hacérsele? Y si lo dijo, ¿correspondían sus palabras a un verdadero propósito en ese sentido, o debieron considerarse como apasionados desahogos de un General de grandes méritos y servicios que se creía menospreciado? Aun aceptando plenamente que Piar se propusiera introducir la guerra social entre los patriotas, y que admitamos como un comienzo de ejecución de tal crimen lo que hizo o dijo según el proceso, ¿no disminuye considerablemente su responsabilidad la angustiosa situación en que llegó a encontrarse? Las observaciones que sobre el carácter de Piar hizo durante el juicio su defensor el Teniente Coronel Fernando Galindo son impresionantes por la sagacidad que revelan y la luz que arrojan sobre las múltiples circunstancias que concurrieron en aquel desgraciado suceso: "instruído falsamente por amigos suyos, residentes en el cuartel general, de que se proyectaba su sacrificio, y dotado de un carácter desconfiado, al mismo tiempo que violento y tímido, se creyó perdido y se vio fuera de sí... En una fibra tan irritable como la suya, y en ese hombre que desgraciadamente se transporta y enfurece hasta el término de perder el juicio, no es de admirar nada de esto. Deploremos su carácter, culpemos más a la naturaleza, y no a la inteligencia del infeliz General Piar". Pero estas consideraciones — tan conmovedoras y respetables en el orden moral — no podían prevalecer tampoco sobre la necesidad de afirmar la unidad de mando de la cual dependía la existencia de la República y la de todos sus defensores. Que Piar — tan brillante como militar — no tenía ninguna otra condición que le permitiera rivalizar con Bolívar, es cosa fuera de duda. Ni tampoco podía esperarse que se agrupasen a su alrededor los otros jefes patriotas, a quienes a duras penas mantenía en la obediencia el genio de Bolívar, su habilidad para contemporizar y el extenso prestigio que se había formado. Si Piar pagó, pues, por culpas que en parte eran ajenas; si en su desgracia adivinamos rivalidades y animadversiones de otros jefes, tanto como los defectos de su

carácter que estimulaban esa hostilidad aun entre amigos y subalternos, en conjunto sólo podemos afirmar lo que ya dijimos: que la causa principal de lo ocurrido fue simplemente el régimen de predominio personal que, por otra parte, era desdichadamente el único que podía garantizar la conservación de todos.

El año de 1818 se inició con un acontecimiento feliz, que fue la incorporación de Páez con sus tropas al ejército del Libertador. Gracias a esto, y a pesar de que una División republicana había sido derrotada en La Hogaza el 2 de diciembre del año anterior, Bolívar volvió a su idea predilecta de llevar la guerra al centro del país. Contaba con 4.000 hombres, y algunos de los mejores oficiales republicanos lo acompañaban: Páez, Anzoátegui, Cedeño, Monagas, Pedro León Torres, Soublette, Santander. El 12 de febrero logra sorprender y arrollar a Morillo en las cercanías de Calabozo; lo acosa, y el día 16 lo ataca de nuevo en El Sombrero; sin desorganizarse el jefe español prosigue, sin embargo, en veloz retirada y Bolívar llega tras él hasta los valles de Aragua. Parecía que se iba a repetir la campaña admirable del año 13. Pero Páez había rehusado seguirlo, a pretexto de que su caballería quedaría inutilizada en los accidentados terrenos del centro, y el Libertador se encontró en Aragua frente a tres ejércitos superiores en número mandados por Morillo, La Torre y Morales, Aceptó el combate en la quebrada de Semen, cercana al funesto campo de La Puerta, y una vez más fueron vencidos allí los republicanos. Tan maltrecho quedó el ejército libertador, que el propio Bolívar fue sorprendido en la noche del 6 de abril en el Rincón de los Toros por algunos escuadrones realistas y estuvo a punto de perecer.

El año terminó sin embargo con dos acontecimientos favorables: la organización de las tropas extranjeras — y sobre todo inglesas — que en contingentes cada vez más numerosos venían a engrosar el ejército patriota, y la convocatoria de un nuevo Congreso de la República que debía reunirse en Angostura. Se reanudaría así en 1819 el orden constitucional, interrumpido desde el año 12; y como si esta reorganización de la República fuera la señal para un cambio de la fortuna, también comenzarían en ese año 19 los triunfos de las armas patriotas.

## LA REORGANIZACION DE LA REPUBLICA Y SUS GRANDES VICTORIAS (1819-1826)

*El Congreso de Angostura. — El Libertador analiza nuestra realidad social. — "Los venezolanos aman la Patria, pero no aman sus Leyes. . .". — Aterradoras imágenes. — "Hombres ajenos a todo conocimiento". — "Un robusto ciego que. . . dando en todos los escollos no puede rectificar sus pasos". — Nuevas campañas. — La abnegación y el valor de los humildes. — Boyacá. — La Gran Colombia. — Carabobo. — Sucre. La Campaña del Sur. — San Martín. — El Perú. — Ayacucho. — El Callao.*

EL CONGRESO se reunió en Angostura el 15 de febrero de 1819, y en el Mensaje que le presentó el Libertador, — quizás su mejor trabajo como pensador político — expone Bolívar, por primera vez en forma concreta, los principios que consideraba más adecuados a la organización fundamental de la República. Conservando en lo que juzgaba esencial la base democrática y el principio de gobierno deliberativo — "la soberanía del pueblo, la división de los poderes, la libertad civil, la proscripción de la esclavitud y de los privilegios" — juzgaba imprescindible sin embargo introducir dos elementos de estabilidad — la Presidencia vitalicia y el Senado hereditario — y un organismo de educación cívica, el Poder Moral, que combinados con aquellos principios formarían un verdadero "código de leyes venezolanas", igualmente fuerte contra el asalto demagógico y frente a posibles usurpaciones del Poder Ejecutivo.

Esta originalidad que debían tener nuestras leyes la apoya Bolívar en un análisis de nuestras condiciones sociales que abre todavía inquietantes interrogaciones a nuestra conciencia. "Los venezolanos — decía — aman la patria, pero no aman sus leyes, porque éstas han sido nocivas y eran la fuente del mal: tampoco han podido amar a sus magistrados, porque eran inicuos, y los nuevos apenas son conocidos en la carrera en que han entrado. Si no hay un respeto sagrado por la patria y por las leyes y por las autoridades, la sociedad es una confusión, un abismo; es un conflicto singular de hombre a hombre, de cuerpo a cuerpo". ¿Y no es ésta la

situación que se repite después en todas las crisis de la República, precisamente porque el vaivén entre la anarquía y el despotismo impidió siempre establecer ese respeto a las instituciones, sin los cuales el amor a la patria se vuelve mera palabrería? En el mismo orden de ideas deseaba que el Poder Moral corrigiera "las costumbres con penas morales, como las leyes castigan los delitos con penas aflictivas, y no solamente lo que choca contra ellas, sino lo que las burla; no solamente lo que las ataca, sino lo que las debilita; no solamente lo que viola la Constitución, sino lo que viola el respeto público".

En algunos aspectos es más radical que los legisladores del año 11. Así, el requerimiento sobre el cual insiste más es el de la igualdad social. Por cierto, con una particularidad preciosa: muy a menudo se ha dicho que los hombres no pueden declararse iguales porque la Naturaleza los ha hecho desiguales; Bolívar toma el mismo argumento y lo invierte, para concluir: puesto que la naturaleza ha hecho a los hombres desiguales, las leyes deben tratar de igualarlos políticamente para disminuir aquella injusticia y convertirla en armonía dentro de la sociedad.

La idea de Bolívar no es solamente más generosa, sino más acertada: la ley, cuando organiza la sociedad y establece normas de justicia, de pacífica convivencia y aun de moral, está corrigiendo en cierto sentido a la Naturaleza; por consiguiente, la igualdad política entre los hombres debe proclamarse, no para obedecer al orden natural, sino para reducirlo a un orden legal más adecuado al buen desarrollo de la colectividad. Con lo cual, un argumento que por sus premisas es reaccionario en la mente de la mayoría, se convierte en Bolívar en una afirmación democrática profunda.

Consecuentemente, Bolívar pide al Congreso la abolición de la esclavitud; y pone tanto énfasis en este deseo, que deja al arbitrio del Congreso, dice, todos sus proyectos; pero implora la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría por su vida y la vida de la República. Y no vacila en proponer: "La sangre de nuestros ciudadanos es diferente; mezclémosla para unirla".

Pero le aterra adivinar que en muchos de los patriotas perdura el apego al sistema federal y aun al Ejecutivo plural, teorías que ya había combatido vigorosamente en el Manifiesto de Cartagena y en la carta de Jamaica. Frente a esas tendencias disolventes su lenguaje tiene ahora un dramatismo que nos sobrecoge: "un pueblo ignorante — dice — es un instrumento ciego de su propia destrucción: la ambición, la intriga, abusan de la credulidad y de la inexperiencia de hombres ajenos a todo conocimiento político, económico y civil: adoptan como realidades las que son puras ilusiones; toman la licencia por la libertad, la traición por el patriotismo, la venganza por la justicia. Semejante a un robusto ciego que instigado por

el sentimiento de sus fuerzas marcha con la seguridad del hombre más perspicaz, y dando en todos los escollos no puede rectificar sus pasos".

No podemos dejor de reflexionar cuántas veces hemos visto aparecer en nuestra historia esa angustiosa escena: "hombres ajenos a todo conocimiento... adoptan como realidades las que son puras ilusiones... la venganza por la justicia... un robusto ciego... dando en todos los escollos no puede rectificar sus pasos".

Y sin duda piensa en esos hombres "ajenos a todo conocimiento", cuando argumenta así sobre el Senado hereditario: "De ningún modo sería una violación de la igualdad política la creación de un Senado hereditario... Es un oficio para el cual se deben preparar los candidatos, y es un oficio que exige mucho saber y los medios proporcionados para adquirir su instrucción. Todo no se debe dejar al acaso y a la ventura de las elecciones: el pueblo se engaña más fácilmente que la naturaleza perfeccionada por el arte; y aunque es verdad que estos senadores no saldrían del seno de las virtudes, también es verdad que saldrían del seno de una educación ilustrada".

En cuanto a la Presidencia vitalicia, su idea es que el Ejecutivo en la nueva Constitución imite al británico, igualmente adecuado a la estabilidad del poder y a la defensa de las libertades públicas: "El Poder Ejecutivo británico — analiza — está revestido de toda la autoridad soberana que le pertenece, pero también está circunvalado de una triple línea de diques, barreras y estacadas. Es jefe del gobierno, pero sus ministros y subalternos dependen más de las leyes que de su autoridad, porque son personalmente responsables, y ni aun las mismas órdenes de la autoridad real le eximen de esta responsabilidad".

Los autores que pretenden ver en la Presidencia vitalicia propuesta por Bolívar un anticipo de la "Presidencia indefinida" establecida después por caudillos, han creado una interesada patraña que es la antítesis de la idea bolivariana: el régimen caudillesco es por sí mismo inestable, discrecional e irresponsable, y esto es precisamente lo que quería evitar Bolívar según la clara exposición que hemos copiado.

Según Gil Fortoul la Constitución sancionada por el Congreso "sigue en sus líneas generales el proyecto que presentó Bolívar". Más acertado nos parece el juicio, diametralmente opuesto, de Baralt, según el cual aquella Constitución "contenía algunas disposiciones en que muy a lo lejos se siguieron las opiniones de Bolívar. El poder legislativo debía ser ejercido por un Congreso general dividido en dos Cámaras: una llamada de Representantes, otra de Senadores: éstos últimos se declaraban vitalicios mas no hereditarios. El Poder Ejecutivo sería confiado a una sola persona bajo la denominación de Presidente de la República; pero no más que por el tiempo de cuatro años, aunque podía ser reelegido una vez. Extendíanse conside-

rablemente sus facultades; pero era personalmente responsable ante el Congreso por los delitos de traición, conspiración contra la Constitución y el Estado, venalidad, usurpación o mal uso de las rentas públicas. Un vicepresidente estaba principalmente destinado a sucederle en los casos de muerte, destitución o renuncia. Lo demás de este código constitucional tenía mucha semejanza con el de 1811. Ninguna en lo sustancial con el plan propuesto por el Libertador".

Pero todavía debemos insistir en la controversia política provocada por Bolívar en el año 19 — y en la cual entran tanto los personajes de aquellos años como los historiadores posteriores — porque es la más original y rica de las que encontraremos en nuestros anales. Casi todas las posteriores se limitan a reproducir a los autores consagrados en sus alegatos sobre régimen federal, juicio por jurados, garantías ciudadanas, formas del sufragio, etc.

Consideramos, además, que el año 19 es una encrucijada desde la cual podemos explorar largos caminos de la historia crítica de Venezuela.

En ese sentido y para comprender debidamente la reorganización de la República en aquel año es necesario un análisis siquiera somero de sus antecedentes históricos.

Las funestas consecuencias que tuvo el excesivo espíritu legalista de 1811, y por otra parte la circunstancia de que a partir de 1830 muchas pomposas discusiones constitucionales sólo han resultado farsas innobles, son dos hechos de diferente índole que han concurrido a un mismo resultado funesto: a desacreditar todos los intentos de reorganización legal y cívica, bajo el supuesto que siempre provienen de insensatas imitaciones o cobijan rastreros ardides.

Refiriéndose al Congreso de Cariaco dice Gil Fortoul que "el secreto de semejante farsa consistía en desconocer otra vez a Bolívar", juicio que si en parte es verdadero, oculta que también correspondía aquella asamblea a una exigencia de la opinión pública que jamás cejó a partir de 1810. Ni tampoco es lícito menospreciar esa exigencia a pretexto de que sólo una minoría hablaba en su nombre, pues en el mismo caso estaba la propia idea de independencia; ni es posible condenarla irrevocablemente por sus exageraciones, porque ninguna idea se libra de ellas, aun las ideas no políticas y en países de más experiencia histórica que el nuestro.

La aversión al régimen personalista no es característica exclusiva de nuestra primera República, ni cesó con ella a pesar del duro escarmiento del año 12. Algunas manifestaciones, que sólo podemos citar de paso, son muy significativas. La ilustre familia Pulido, de Barinas, hizo sacrificios sin medida por la causa patriota, y Manuel Antonio Pulido, que había organizado tropas por su cuenta y fue el primer Gobernador de aquella Provincia, colaboró con el Libertador el año 13 en la campaña admirable y le entregó

500 lanceros, 10.000 pesos y cerca de 3.000 caballos; pero rehusó seguirlo porque no quería abandonar las ideas federalistas. A duras penas pudo evitar Bolívar que estas ideas plantearan graves problemas durante los años 13 y 14, a pesar de que el afanoso combatir no daba tregua para discusiones de ese género. Pero hubo muchos que no se lo perdonaron: Don Martín de Tovar, por ejemplo, que a pesar de ser su íntimo amigo personal, juzgaba en 1816 que la República se había perdido por "el poder arbitrario con que gobernaron Miranda en 1812, Bolívar y los Ribas en 1813 y 1814" (11). Por extravagante que nos parezca esta opinión, no dejaba de ser compartida por muchos próceres, y a ello se debe que algunos se opusieran a la jefatura de Bolívar cuando se organizaba la expedición de Los Cayos y que otros rehusaran participar en ésta; aunque excluyamos, naturalmente, a los que se guiaban por la enemistad o se hallaban seducidos por intrigas del mismo bajo origen. También esa corriente de opinión nos explica por qué Bolívar, apenas hubo pisado tierra venezolana en mayo de ese año 16 llamó a elecciones "para que nombréis diputados en Congreso, sin otra convocatoria que la presente, confiándoles las mismas facultades soberanas que en la primera época de la República", convocatoria que ratifica en diciembre del mismo año.

Nuestros escritores positivistas del siglo pasado, que fueron los primeros en intentar una interpretación sistemática de la historia, se empeñaban, de acuerdo con su credo, en no considerar como elementos de juicio sino *los hechos*, objetivamente comprobados y analizados, pero esto les hacía olvidar a veces que también las opiniones y creencias, las aspiraciones morales y políticas, y hasta los mismos prejuicios y exageraciones que las acompañan, son también *hechos*, de no menor durabilidad y consistencia que los que forman la "realidad" grata a los positivistas.

Dentro de este criterio no es posible reducir el Congreso de Cariaco a una simple intriga personalista, aunque por tener mucho de ello y por los acontecimientos militares que se siguieron, aquella asamblea durase menos de un mes. Pero lo cierto es que colaboraron en ella eminentes patriotas, algunos de ellos amigos consecuentes del Libertador y otros de gran sensatez y criterio. "Llama la atención, especialmente, que hombres de tan vasta ilustración política como Urbaneja y Zea aprobasen semejante desatino en tales circunstancias", dice Gil Fortoul refiriéndose al restablecimiento del régimen federal por la asamblea de Cariaco. Siempre tropezarán en esta sorpresa todos los que por ceñirse demasiado a las realidades materiales olviden las de orden espiritual. Lo cierto es que, aun dentro del más ortodoxo positivismo, debemos

(11) Véase *Obras* de Juan Germán Roscio, compilación de Pedro Grases, Caracas, 1953. Página LXXXV del Prólogo.

considerar que, para aquella época, el apego al gobierno deliberativo y estrictamente legal — tradición que en parte nos venía del régimen español — debía considerarse en el campo político con la misma objetividad y cuidado que un río o una montaña en el desarrollo de los planes militares.

Por esto creemos también precipitada la opinión del mismo historiador de que Bolívar convocó el Congreso de Angostura con objeto de "convertir el gobierno de hecho, en un aparato siquiera de régimen constitucional, para demostrarle al extranjero que ya la naciente República no se apoyaba solamente en el éxito de sus armas".

Ya hemos visto que el Congreso de Angostura no fue un simple aparato de régimen constitucional, puesto que, por el contrario, rechazó las ideas más caras a Bolívar en esa materia. En 1821 se reunió el Congreso de Cúcuta; ya Bolívar había obtenido grandes éxitos militares y, no obstante, como si a medida que creciera su gloria, aumentara también la oposición a su predominio, aquel Congreso se apartó más aun de la concepción bolivariana y el Libertador le escribía sobre esto a Santander con desesperada amargura. Prosigue Bolívar sus campañas, liberta los departamentos del Sur y triunfa en Junín. Está a un paso de concluir triunfalmente la guerra de América. Pero el Congreso de Colombia le arrebata el mando del ejército, basado en simples reparos legales. Bolívar acata sin embargo esta decisión y cede a Sucre la gloria de Ayacucho. La verdad es que ni uno solo de los Congresos reunidos en vida de Bolívar se plegó a su predominio; ni siquiera a la legítima influencia que podía pretender por sus servicios y por la buena fe con que buscaba un régimen constitucional perdurable, digno y eficaz (12).

Lo justo es pensar que Bolívar convocó al Congreso por obedecer aquella corriente de opinión que hemos señalado y porque reconocía su legitimidad.

Pero también podemos adivinar en su conducta otro propósito de más largo alcance. Y es que si bien la reconstrucción del poder civil limitaba en muchos aspectos su autoridad, la hacía también más fuerte frente al asalto anárquico de los otros caudillos. Las sucesivas disidencias de Ribas, Bermúdez, Mariño, Piar, Páez, etc., habían demostrado que el caudillismo era por sí mismo tan inestable como el más débil de los gobiernos legales, o más; y que si eran temibles los interminables reparos legalistas a que pu-

(12) Las apreciaciones de Gil Fortoul en este sentido, que refutamos a continuación, aparecen con más rudeza en casi todos los historiadores venezolanos y corresponden al frecuente pesimismo con que interpretamos nuestra historia. De una vez por todas quiero advertir que si insisto a menudo en la crítica a Gil Fortoul es porque considero que su obra es fundamental y que, a lo menos por mucho tiempo, tendremos que referirnos a ella, ampliándola o corrigiéndola, pero sin apartarnos de su admirable orientación crítica. Por otra parte, mis referencias constantes a otros autores tienen por objeto que este pequeño ensayo sea útil también a los jóvenes como crítica bibliográfica.

diera dar lugar un régimen constitucional, peor era vivir al borde de la anarquía personalista. La ley no protege solamente a los ciudadanos sino también al propio Gobierno, sobre todo en las épocas de crisis; y la idea de que la autoridad debía ser legítima para ser verdaderamente fuerte la proclama Bolívar en varias ocasiones no sólo como una verdad moral sino como principio político práctico. En carta íntima escribía en 1828 a propósito de la Convención de Ocaña: "Serán muy fuertes las reacciones que causen las leyes convencionales, pues desde el momento que le falta la legitimidad a una institución nueva, todos sus enemigos se consideran con derecho y con potestad para arruinarla y los hombres honrados muestran poco interés por ella y aun califican de justo el proyecto de destruirla". Y cuando en el momento de dolorosas vacilaciones, hombres de insospechable patriotismo le aconsejaban recurrir a su poder personal para enrumbar a la República, aquella misma idea se levanta ante él como un veto insuperable: "Estoy convencido — escribía a Urdaneta — de que si combato, triunfo y salvo al país, y ustedes saben que yo no aborrezco los combates; mas, ¿por qué he de combatir contra la voluntad de los buenos que se llaman libres y moderados?... los españoles se llamaban tiranos, serviles, esclavos, y los que ahora tengo al frente se titulan con los pomposos nombres de republicanos, ciudadanos. He aquí lo que me detiene y me hace dudar" (13).

Hemos insistido también en estas apreciaciones porque alrededor de ellas, será preciso juzgar muchos otros sucesos de la historia venezolana, según ya dijimos. Así cuando en 1830 Páez entra en alianza con el Poder Civil — con mayúsculas, como entonces se escribía — aquel caudillo es a la vez el protector y el protegido de esa autoridad legal. Amparado en ella podía detener el asalto de los caudillos rivales, como no lo hubiera podido hacer con sólo su prestigio. Esto cambia bastante la interpretación que se le ha dado a su actitud durante aquellos años, aunque desde luego no le quita méritos a la sorprendente intuición con que adivina aquella delicada articulación de elementos políticos, morales y psicológicos. Y también es admirable que — con mucho menos vuelo e ilustración que el Libertador — el caudillo llanero aceptara como éste, con entera lealtad, que esa colaboración no debía degenerar en una farsa si se quería que fuera realmente eficaz. Más tarde, en 1846 y 47, las pasiones del elemento civil apartaron a éste de su verdadero papel de resguardar el equilibrio, la justicia, la legalidad, y por eso se convirtieron sus fracciones, no en partidos como pretendían ser, sino en sectarias camarillas destinadas a caer de nuevo en el personalismo. El poder civil dejó de ser el poder legal, ya no podía

(13) O'Leary, Memorias, tomo XXXI, pág. 92.

conferir la "legitimidad" de que nos habla el Libertador, no daba respetabilidad, no daba fuerza. Perdurable lección.

Con la amplitud de genio que lo caracterizaba, Bolívar, mientras se ocupaba en esas arduas meditaciones para obtener un original "código de leyes venezolanas", preparaba al mismo tiempo la portentosa empresa de cruzar los Andes, caer sobre los desprevenidos realistas de Nueva Granada, aprovechar el conocido fervor patriótico de los granadinos para reforzar su ejército, domeñar la fortuna en nuevos campos de batalla, y traer de aquellas ricas regiones recursos para terminar la guerra en Venezuela. Todo se realizó conforme a estos objetivos. El 7 de agosto Bolívar venció al General Barreiro en Boyacá, cerca de Bogotá, y de los 3.000 hombres que formaban el ejército realista sólo se salvaron 50. Más de 1.000 soldados, numerosos oficiales y el propio General Barreiro quedaron prisioneros. Los patriotas encontraron en los almacenes enemigos "cuanto puede necesitarse para armar y equipar completamente un numeroso ejército", y en las cajas de la capital más de medio millón de pesos que el Virrey Sámano, no menos medroso que cruel, dejó en su precipitada fuga.

Tan espléndida victoria fue el premio de prodigios de valor y de constancia que no pueden callarse. Durante la preparación de la campaña, el 2 de abril, en las Queseras del Medio, a orillas del Arauca, Páez con 150 jinetes provocó a la caballería de Morillo yendo a buscarla a través del río y con la conocida estrategia de huir y volver caras, logró desorganizarla y acuchillarla, así como a los infantes que tardíamente ocurrieron al auxilio de sus compañeros. También, durante las operaciones, los patriotas luchan y triunfan en Paya, Corrales de Bonza, Gámeza y Pantano de Vargas. De esta última acción ha pasado al lenguaje popular la romántica y jactanciosa exclamación: "Todavía no estamos perdidos porque Rondón no ha peleado!"; y fue porque estando muy amenazados los patriotas, a causa de la posición desfavorable que ocupaban, llegó un momento en que parecían derrotados, pero el llanero Juan José Rondón, enardecido por aquella apelación a su pericia y valor — que algunos atribuyen al propio Rondón y otros a Bolívar — cargó a los realistas con el escuadrón a sus órdenes y decidió la victoria.

Pero lo más admirable de esa campaña fue el sinnúmero de penalidades que debió superar el ejército republicano antes de enfrentarse con el enemigo. O'Leary, testigo presencial, nos ha dejado una descripción de ellas, cuya naturalidad supera a cuantos recursos literarios se acopiaran para ponderar aquella empresa. Primero fue la marcha por los llanos: "Las lluvias — narra el irlandés — habían comenzado con rigor inusitado y caían a torrentes. Arroyos que apenas tenían agua en el verano, ahora inundaban las sabanas; riachuelos que poco antes no contenían agua suficiente para

apagar la sed del viajero, se habían convertido, desbordando su cauce, en ríos navegables. Para pasarlos era necesario construir botes de cuero, ya con el fin de evitar que la humedad dañase el parque, ya para trasladar la parte de tropa que no sabía nadar. Durante siete días marcharon las tropas con el agua a la cintura, teniendo que acampar al raso en los sitios o lugares que el agua no había alcanzado a cubrir. Por todo abrigo llevaba el soldado una miserable frazada, pero ni aun de ella se servía para cubrirse, tanto era su empeño en proteger el fusil y sus municiones". Pero cumplida esa etapa, tras largos días de hambre, enfermedades y fatigas, faltaba lo peor: "Los gigantescos Andes, que se consideran intransitables en esta estación, parecían poner una barrera insuperable a la marcha del ejército. Durante cuatro días lucharon las tropas con las dificultades de aquellos caminos escabrosos, si es que precipicios escarpados, merecen tal nombre. Los llaneros contemplaban con asombro y espanto las estupendas alturas, y se admiraban de que existiese un país tan diferente del suyo. A medida que subían y a cada montaña que trepaban crecía más y más su sorpresa; porque lo que habían tenido por última cima no era sino el principio de otra y otras más elevadas, desde cuyas cumbres divisaban todavía montes cuyos picos parecían perderse entre las brumas etéreas del firmamento... Tarde de la noche llegó el ejército al pie del páramo de Pisba y acampó allí; noche horrible aquélla pues fue imposible mantener lumbre por no haber en el contorno habitaciones de ninguna especie y porque la llovizna constante acompañada de granizo y de un viento helado y perenne, apagaba las fogatas que se intentaban hacer al raso, tan pronto como se encendían".

"Como las tropas estaban casi desnudas y la mayor parte de ellas eran naturales de los ardientes llanos de Venezuela, es más fácil concebir que describir sus crueles padecimientos. Al siguiente día franquearon el páramo mismo, lúgubre e inhospitalario desierto, desprovisto de toda vegetación a causa de su altura. El efecto del aire frío y penetrante fue fatal en aquel día para muchos soldados; en la marcha caían repentinamente enfermos muchos de ellos y a los pocos minutos expiraban. La flagelación se empleó con buen éxito en algunos casos para reanimar a los *emparamados* y así logró salvarse a un coronel de caballería. Durante la marcha de este día, me llamó la atención un grupo de soldados que se había detenido cerca del sitio donde me había sentado abrumado de fatiga, y viéndolos afanados pregunté a uno de ellos que ocurría; contestóme que la mujer de un soldado del batallón *Rifles* estaba con los dolores del parto. A la mañana siguiente vi a la misma mujer con el recien nacido en los brazos y aparentemente en la mejor salud, marchando a retaguardia del batallón. Después del parto había andado dos leguas por uno de los peores caminos de aquel escabroso terreno".

"Cien hombres habrían bastado para destruir al ejército patriota en la travesía de este páramo. En la marcha era imposible mantener juntos a los soldados, pues aun los oficiales mismos apenas podían sufrir las fatigas del camino, ni menos atender a la tropa. Aquella noche fue más horrible que las anteriores, y aunque el campamento estaba más abrigado y era menos frecuente la lluvia, perecieron muchos soldados a causa de sus sufrimientos y privaciones. A medida que las partidas de diez o veinte hombres descendían juntos del páramo, el presidente los felicitaba por el próximo término de la campaña, diciéndoles que ya habían vencido los mayores obstáculos de la marcha".

La victoria de Boyacá, que libertó a la Nueva Granada aunque persistieron algunos focos de resistencia, sobre todo en el norte, reforzó también extraordinariamente la posición de Bolívar en Venezuela, no sólo frente a los realistas sino para ayudarle a sofocar graves disidencias que habían ocurrido entre los patriotas durante su ausencia. El prestigio del triunfo y la habilidad del Libertador evitaron que estos desgraciados sucesos tuvieran consecuencias, y el 17 de diciembre de 1819 fue solemnemente proclamada la "Ley fundamental de la República de Colombia". Comprendería ésta tres Departamentos: Venezuela, Cundinamarca y Quito, y su primer Congreso debía reunirse el año siguiente en el Rosario de Cúcuta.

Para participar en estos acontecimientos políticos y organizar las operaciones militares, Bolívar, con su incansable actividad y después de la penosa campaña de Boyacá, había regresado de Bogotá a Angostura, volvió en diciembre de Angostura a Bogotá, y de esta capital bajó otra vez a los valles de Cúcuta, a principios de 1820, para emprender la liberación definitiva de Venezuela.

Pero la revolución liberal acaecida en España en ese año abrió esperanzas de que la dura contienda entre la metrópoli y sus antiguos dominios pudiera terminar por medios pacíficos. Morillo recibió órdenes de proclamar la Constitución que ponía fin al régimen absolutista y se le recomendó iniciar negociaciones con los jefes republicanos. No dejó, sin embargo, el tenaz General realista de usar, aun en esas circunstancias, de una maniobra divisionista; y fue que dirigió sus proposiciones separadamente, a varios jefes republicanos, al Congreso y al propio Bolívar. Afortunadamente, tanto los primeros como el segundo mantuvieron la atribución legal que tenía el Presidente de decidir en primer término sobre el asunto, y fracasó la tortuosa estratagema de Morillo.

Tampoco tuvieron buen éxito en definitiva las gestiones de paz; pero sí trajo aquella fugaz aproximación entre los contendientes algunas consecuencias de cierta importancia. En Trujillo, Venezuela, los representantes

de los dos Gobiernos de Colombia y España (14) convinieron, el 25 de noviembre de 1820, un armisticio por seis meses; al día siguiente firmaron un tratado que ponía fin a la guerra de exterminio y que por eso se llamó de regularización de la guerra; y, finalmente, reunidos personalmente Bolívar y Morillo en el pueblo de Santa Ana, cambiaron republicanos y realistas esperanzadas demostraciones de reconciliación "como españoles, hermanos y amigos", según la expresión del jefe realista.

Bastante había cambiado éste, desde las expresiones despreciativas con que juzgó a los criollos realistas en 1815 y las atroces represiones que usó contra los republicanos en sus primeros años de mando. Pero ese cambio era general: ya los españoles no podían considerar a los venezolanos como despreciables rebeldes, ni menos como "monstruos" según las expresiones de Monteverde y de Pardo; antes debían pesar en su conciencia si no se habían estado batiendo heroicamente por un Rey insensato y corrompido que había tratado a su propio pueblo en la forma más indigna; y por su parte venezolanos y granadinos, entusiasmados los que eran republicanos, y vacilantes o francamente arrepentidos los que se habían conservado realistas, veían próximo y seguro el triunfo de la República.

Las hostilidades se rompieron de nuevo porque habiéndose pronunciado Maracaibo por la causa patriota el 28 de enero de 1821, las fuerzas republicanas la ocuparon a pesar del armisticio, pues como muy bien lo razonaba Urdaneta, "si nos es lícito (según aquel tratado) admitir mutuamente un desertor o un pasado, con mayor razón debe serlo la admisión de un pueblo entero".

El 28 de abril de 1821 se reanudaron, pues, las operaciones, y por parte de los republicanos se redujeron a dos campañas planeadas por Bolívar y destinadas a dividir las fuerzas realistas y estrecharlas en el centro del país. Bermúdez invadió por el este; en una arremetida relámpago arrolló las fuerzas enemigas, tomó a Caracas y pasó al occidente hasta los valles de Aragua; pero amenazado por fuerzas superiores y derrotado luego, tuvo que retirarse hasta Guatire. En vano volvió sobre la capital; el 23 de junio fue vencido de nuevo por el Coronel Pereira, y sólo con escasos restos de la división de 1.000 hombres que había traído, volvió a Oriente. Entretanto, Bolívar desde occidente y los llanos, concentró sus tropas en Tinaquillo y avanzó sobre el campo de Carabobo, donde lo esperó el General Miguel de la Torre, que había sustituído a Morillo en el mando supremo de las fuerzas realistas. La batalla se libró el 24 de junio de 1821 y una vez

(14) Así decía el documento que se redactó; y esto fue una primera ventaja para los republicanos, que hasta entonces habían sido tratados como rebeldes, traidores e insurgentes, y ahora, como Gobierno de Colombia, trataban de igual a igual con el de España.

más aquella llanura, donde habían vencido los patriotas en 1814, presenció un nuevo triunfo, esta vez definitivo, del ejército mandado por el Libertador. Fue Jefe de Estado Mayor de nuestro ejército el General Santiago Mariño, feliz circunstancia que parecía aproximar de nuevo a Bolívar al meritorio pero veleidoso libertador de Oriente. En realidad sólo la primera División, mandada por Páez, bastó para decidir la victoria; pero los Jefes de las otras dos Divisiones — el General Cedeño y el Coronel Ambrosio Plaza — dieron su vida en el campo de batalla.

El General La Torre se refugió en Puerto Cabello y Bolívar ocupó a Caracas. Venezuela volvía a ser libre.

Impaciente sin embargo el Libertador por realizar su antiguo propósito de libertar a Quito y seguir hasta el Perú, para asegurar con la expulsión de los últimos españoles la libertad de América, apenas se detuvo algunas semanas en su ciudad natal. Organizó provisionalmente el Gobierno de Venezuela, dictó las medidas indispensables para levantar fondos y remediar las estrecheces del ejército, y de nuevo se puso en marcha.

Aquí se bifurca la historia de Venezuela, pues también es historia nuestra la de aquella portentosa empresa de tres años que con Bolívar y Sucre debía terminar en Ayacucho. Pero sólo podemos narrar sucintamente esta parte; y con mayor amplitud trataremos en el próximo capítulo de lo que ocurrió en Venezuela hasta la disolución de la Gran Colombia, pues son acontecimientos que tuvieron gran influencia en nuestra evolución posterior.

Campaña del Sur se llama la que libertó al moderno Ecuador, porque entonces el Departamento de Quito ya formaba parte legalmente, como hemos dicho, de la Gran Colombia. Para emprenderla, Bolívar dejó encargado de la Presidencia al Vice Presidente General Santander, y el 31 de diciembre de 1821 salió de Bogotá, que había sido declarada capital provisional de la República.

Desde el año 1820 Guayaquil se había declarado por sí misma independiente y luchaba con variable fortuna contra los realistas. Dos oficiales venezolanos — León de Febres Cordero y Luis de Urdaneta — habían contribuído a aquel pronunciamiento de la ciudad, y después el General Antonio José de Sucre corrió a auxiliarla con tropas de la Gran Colombia. Vencedor en Yaguachi, el futuro Mariscal de Ayacucho estuvo a punto de libertar a Quito; pero una imprudencia de su segundo en el mando, el General Mires, comprometió seriamente la suerte del ejército, y Sucre, vencido a su vez en Guachi, sólo logró, por medio de un tratado, conservar a Guayaquil.

Bolívar por su parte tenía ante sí quizás la más difícil campaña de su vida militar: "Al norte de Quito — escribe O'Leary — la tenacidad de

los pastusos, las inaccesibles rocas del Juanambú y el clima mortífero de Patía eran barreras formidables, ante las cuales tenían que estrellarse los deseos más ardientes de libertar a Quito. Pasto, siempre fatal a las expediciones de los independientes, había sido la tumba de Macauly y Caicedo, y entre sus breñas, luchando valerosamente, había caído prisionero el eximio patriota Nariño. La llegada del General Murgeon, destinado al mando de las Provincias de Quito, que además de sus talentos militares poseía los modales del hidalgo español y que venía acompañado de 600 veteranos, mandados por expertos oficiales, aumentó los no pocos obstáculos que se oponían al proyecto de Bolívar de libertar a Quito". El Libertador logró sin embargo forzar en temeraria acometida el paso de Juanambú el 24 de marzo de 1822, y el día 7 de abril derrotó a los españoles en Bomboná.

Sucre también había tomado la ofensiva desde el Sur; el 22 de abril su caballería derrotó en Riobamba fuerzas del enemigo muy superiores en número, y el 24 de mayo, en las faldas del Pichincha, a la vista de Quito, obtuvo la victoria definitiva que aseguró la libertad de todo el Sur. Su campaña, modelo de pericia y audacia, venía a justificar lo que había dicho Bolívar de él cuando aún no se le conocía: "Es uno de los mejores oficiales del ejército: reúne los conocimientos profesionales de Soublette, el bondadoso carácter de Briceño, el talento de Santander y la actividad de Salom. Por extraño que parezca, no se le conoce, ni se sospechan sus aptitudes. Estoy resuelto a sacarle a la luz persuadido de que algún día me rivalizará".

Guayaquil recibió en triunfo al Libertador el 11 de julio, y así quedaron resueltas las dudas que hasta entonces dividían los ánimos en aquella ciudad, que según unos debía quedar independiente mientras otros sostenían su incorporación al Perú y otros a la Gran Colombia. Grato es además consignar que desde entonces comenzó a manifestarse en aquellas provincias del Sur el cariño a Bolívar y a Sucre, que, tan digno como entusiasta, no ha variado jamás.

Fue testigo también Guayaquil del 25 al 28 de julio de la célebre entrevista entre Bolívar y San Martín. Sobre los asuntos tratados en ella sin duda se exageró mucho posteriormente. Bien podemos decir hoy que todos estaban ya resueltos por la fuerza misma de las circunstancias. Para organizar los nuevos Estados americanos, San Martín se inclinaba al régimen monárquico y Bolívar, por el contrario, era resueltamente republicano; pero ya era visible que también los pueblos preferían el régimen igualitario de la República. En cuanto a la suerte de Guayaquil, hemos visto cómo quedó decidida. Quedaba, pues, como materia de discusión la manera de proseguir la guerra en el Perú, y sin duda en este punto Bolívar tenía que escuchar con deferencia a San Martín, que ostentaba el título de Protector de aquel país. Es evidente sin embargo que ya el glorioso general

argentino había decidido retirarse de la vida pública, como lo demuestra palmariamente su conducta posterior, no sólo en el Perú sino en su propia Patria. Además, Bolívar se había apresurado a ofrecer al Perú un auxilio de 4.000 hombres y estaba en capacidad de llevarle varios contingentes más; en tanto que San Martín, según la situación política que le esperaba en la Argentina, no hubiera podido hacer ningún ofrecimiento análogo. En todo caso, tanto el Libertador como el Protector sólo demostraron en aquella ocasión el interés por la suerte de América que podía esperarse de los largos servicios de ambos, y debemos considerar vergonzoso que mezquindades y patrañas oscurecieran después el luminoso lienzo de aquella entrevista.

El legítimo deseo del Perú de libertarse por sus propios esfuerzos hizo que la Junta de Gobierno, que reemplazó a San Martín, rechazara la ayuda de las tropas que el Libertador les había enviado. Pero varios desastres militares destruyeron prácticamente las fuerzas de los patriotas peruanos, y nombrado Presidente de la República José de la Riva Agüero, en sustitución de la Junta de Gobierno, un enviado especial suyo, el General Mariano Portocarrero, fue a solicitar la protección de Bolívar. En su discurso ya anticipó a éste el título de Libertador del Perú: "Este digno Jefe (Riva Agüero) lo primero que aspira — dijo — es a buscar los recursos de que carece, en el héroe de América, en el Gran Bolívar, a quien todo elogio es corto si pensara mensurar sus grandes méritos. A este interesante fin elige mi persona para que sea el órgano por donde se sirva V. E. oír las súplicas del Perú; y como el objeto de ellas es su salvación, me felicito desde ahora por el mejor éxito de mi misión, pues tengo el honor de estar ya a la presencia del Libertador de Colombia y el Perú".

Todo el año 1823 habíase perdido en estas vacilaciones y, por desgracia, gravísimas disensiones civiles se unieron a los fracasos militares y llevaron el Perú a tal estado de desorganización que el Congreso depuso a Riva Agüero y lo declaró más tarde traidor a la patria, la guarnición del Callao se sublevó y entregó a los realistas aquel importante baluarte y, finalmente, el propio Presidente de la República — que lo era el Marqués de Torre Tagle, nombrado para sustituir a Riva Agüero — el Vice Presidente, el Ministro de la Guerra y numerosos funcionarios se pasaron a los españoles.

Bolívar, sin embargo, encargado por el Congreso de la suprema autoridad política y militar, procedió con infatigable osadía a reorganizar el país; ayudado por los contingentes veteranos que le llegaron de Colombia reconstruyó el ejército, y el 7 de agosto de 1824 venció a los realistas en Junín.

Fue entonces cuando el Gobierno de Bogotá, que ya había estado a punto de provocar la renuncia definitiva de Sucre a todo mando militar,

por unas intempestivas recriminaciones a su conducta, arriesgó en forma más temeraria aun, la suerte de la guerra del Perú separando al propio Libertador de la Jefatura del ejército. Como ya hemos aludido a este grave incidente para refutar la opinión, asomada por Gil Fortoul, de que Bolívar manejaba a su antojo los asuntos públicos, dejemos que sea aquel historiador quien narre y juzgue lo ocurido: "Junín anunciaba — dice — la victoria definitiva de Ayacucho. Poco faltó, sin embargo, para que quedase allí mismo interrumpida la campaña. Diez días antes, el 28 de julio el partido oposicionista de Bogotá había logrado que el Congreso expidiese un decreto derogatorio del de 1821, que confirió facultades extraordinarias a Bolívar en todos los lugares donde hiciese personalmente la guerra... Consideraba el Congreso, que hallándose aquél a la cabeza del gobierno de un país extranjero, no era conforme con la Constitución que continuase ejerciendo al propio tiempo autoridad sobre Colombia, ni mandando el ejército que ésta enviara en auxilio del Perú. Teoría exacta, sin duda, desde el punto de vista legal; pero medida del todo inconsulta, o efecto sólo de intrigas partidarias, si se reflexiona que se tomaba precisamente cuando el Libertador iba a destruir las últimas fuerzas del dominio español en la América meridional, y asegurar para siempre la independencia de la misma Colombia. Con todo, supo Bolívar dominar el resentimiento personal que le causara el decreto de Bogotá, acató sumiso la resolución del Gobierno, puso el ejército colombiano a las órdenes de Sucre, y se retiró a Lima, para dirigir desde allí las operaciones militares con el sólo carácter de Dictador del Perú".

Afortunadamente, Sucre estuvo una vez más a la altura de las circunstancias. Maniobrando habilísimamente durante varios meses, frente a un enemigo superior en número, el 9 de diciembre de 1824 presentó batalla en el campo de Ayacucho con 5.780 hombres, al ejército realista que ascendía a más de 9.000. Su victoria fue absoluta y sólo la generosidad del vencedor le puso límites. "Aunque la posición del enemigo — informó al Ministro de la Guerra — podía reducirlo a una entrega discrecional, creí digno de la generosidad americana conceder algunos honores a los rendidos que vencieron 14 años en el Perú, y la estipulación fue ajustada sobre el campo de batalla en los términos que verá Us. por el tratado adjunto: por él se han entregado todos los restos del ejército español, todo el territorio del Perú ocupado por sus armas, todas las guarniciones, los parques, almacenes militares, y la plaza del Callao con sus existencias. Se hallan por consecuencia, en este momento, en poder del ejército libertador, los Tenientes Generales La Serna y Canterac, los Mariscales Valdés, Carratalá, Monet y Villalobos, los Generales de Brigada Bedoya, Ferraz, Camba, Somocurcio, Cacho, Atero, Landázuri, Vigil, Pardo y Tur, con 16 Coroneles, 68 Tenientes Coroneles, 484 Mayores y Oficiales, más de 2.000 prisioneros de

tropa, inmensa cantidad de fusiles, todas las cajas de guerra, municiones y cuantos elementos militares poseían"

Posteriormente el número de rendidos llegó a 18.598, lo cual indica la formidable fuerza que poseían los españoles en el Perú a la llegada del Libertador. Y para honor de vencedores y vencidos debemos recordar que muchos de éstos eran ya veteranos de las guerras contra Napoleón, cuando pasaron a la América a iniciar aquellos años de triunfos que terminaron el 9 de diciembre de 1824.

El Comandante del Callao, General José Ramón Rodil, se negó a reconocer la capitulación de Ayacucho y resistió en aquella plaza hasta el 2 de enero de 1826, fecha en que hubo de rendirse al General venezolano Bartolomé Salom.

Fue éste el último episodio de la guerra de Independencia en el Continente.

## DESTRUCCION DE COLOMBIA (1826-1830)

*Políticos y caudillos atizan la anarquía. — La* Cosiata *en Venezuela. — Los mejores pierden la cabeza. — Los trepadores y egoístas sí saben lo que quieren. — Bolívar angustiado y perplejo. — "Si deserto salgo mal, si me quedo salgo peor". — "La República se va a dividir en partidos... y ni mi dignidad ni mi puesto me permiten hacerme jefe de facciones". — El Abel de Colombia. — Santa Marta.*

LA CONSTITUCION de Angostura de 1819 fue hecha, naturalmente, para Venezuela. El Congreso Constituyente de Colombia se reunió en el Rosario de Cúcuta el 6 de mayo de 1821 y en el mes de agosto siguiente se promulgó la Ley fundamental de la nueva República.

Como hemos dicho, en esta Constitución el Congreso se apartó más aún de las recomendaciones de Bolívar, que apenas subsistieron en la adopción del sistema central de gobierno y en que no se volvió a la descabellada idea del Ejecutivo plural. Los miembros de la Cámara de Representantes durarían cuatro años en sus funciones, y los Senadores ocho; el Presidente y el Vice Presidente de la República serían nombrados también por cuatro años, la primera vez por la Constituyente y después por el voto de las asambleas de Provincia. Para la división territorial del país se adoptó el sistema de Departamentos, y a Venezuela se le señalaron tres: *Orinoco,* formado por las Provincias de Guayana, Cumaná, Barcelona y Margarita; el *Departamento de Venezuela,* con las Provincias de Caracas y Barinas; y el *Zulia,* con las de Coro, Trujillo, Mérida y Maracaibo. Una ley de 1824 modificó los Departamentos de Venezuela, que quedaron así: *Orinoco,* capital Cumaná; *Venezuela,* capital Caracas; *Apure,* capital Barinas, y *Zulia,* capital Maracaibo; y en abril de 1826 otra ley los reorganizó de nuevo: el Departamento *Orinoco* recibió las Provincias de Guayana, Barinas y Apure, y se creó el Departamento de *Maturín,* con las Provincias de Cumaná, Barcelona y Margarita. Esta complicada nomenclatura es indispensable recordarla para comprender la narración de los sucesos en aquella época, y para los de 1826 debe tenerse el cuidado de no confundir al *Departamento*

*Venezuela* con la antigua y posterior República de Venezuela. La suprema autoridad política y administrativa la ejercía en cada Departamento un Intendente, y en las Provincias el Gobernador, nombrados unos y otros por el Presidente de la República, previo acuerdo y consentimiento del Senado.

Con poca suerte comenzó la Constitución de Cúcuta. A Bolívar lo irritó porque la consideraba nada original y muy débil; y por otra parte, Caracas inició inmediatamente contra ella las pequeñas intrigas de apariencia legal que terminarían por desprestigiar la unión colombiana, pero no sin arruinar también — lo cual era mucho más grave — los sentimientos de prudencia política y de respeto a las instituciones, sin los cuales el triunfo del personalismo se haría inevitable.

La Municipalidad de Caracas llegó hasta no prestar el juramento a la Constitución sino en forma condicional, advirtiendo que los representantes de la Provincia al próximo Congreso no quedarían impedidos por aquel juramento de "promover cuantas reformas y alteraciones (en la Constitución) crean convenientes a la prosperidad de la República, libertad y seguridad de sus ciudadanos"; y apoyaba esa posición en que no se podía "imponer a los pueblos de esta Provincia, y del Departamento de Quito, el deber de su estrecha e inalterable observancia, cuando no han tenido parte en su formación ni creen adaptable a este territorio algunas disposiciones de aquel código y de las leyes que emanan de él". Mejor hubiera sido negarse categóricamente a jurarla: un juramento condicional resulta tan irrisorio, sobre todo tratándose de la Constitución de la República, que por una pretensión análoga el Gobierno de Venezuela expulsó del país en 1830 al Arzobispo Méndez; por otra parte, al asentar la Municipalidad que no acataba "el deber de su estrecha e inalterable observancia" lanzaba al aire toda la Constitución y las leyes emanadas de ella. El pretexto de que la Provincia de Caracas no había podido enviar representantes al Congreso de Cúcuta (porque en el momento de las elecciones estaba ocupada por los realistas) era también muy rebuscado, y Caracas menos que ninguna otra ciudad podía esgrimirlo puesto que desde la Colonia, y sobre todo desde el 19 de abril, muchas veces se había atribuído la representación de toda la nación. Finalmente, observemos que el propósito de promover reformas y alteraciones en la Constitución desde el próximo Congreso, violaba expresamente la disposición de aquélla que exigía, para cualquier modificación constitucional, un plazo de diez años o más y la convocatoria de una Gran Convención. Precisamente este último punto fue el que ocasionó que cuando el Departamento de Venezuela impuso las reformas, quedara de hecho rota la Constitución y todo el Estado en crisis.

Sin embargo, es muy significativo que el historiador Baralt, contemporáneo de aquellos sucesos, aunque condena los procedimientos que en 1826

se siguieron para romper la unión, justifica sin embargo la actitud de la Municipalidad de Caracas frente a la Constitución de Cúcuta, con razones que resueltamente apartan el aspecto legal y resultan alarmantes, si es que reflejaban el sentir de los otros venezolanos: "No fue recibida en Venezuela — dice — la Constitución de Cúcuta ni incondicionalmente ni con grandes muestras de alegría. Destruída la soberanía del país, dividido éste en departamentos privados de leyes propias y colocado el centro del gobierno en la distante Bogotá, no podían los venezolanos vivir contentos bajo aquel pacto de unión, por más que la guerra lo hiciese necesario..." Si ya se pensaba que sólo la guerra justificaba la unión y que ésta arrebataba a Venezuela su soberanía, ¿qué esperanzas podía haber de estabilizar la República?

Al pasar de los principios a los hechos, encontramos peores síntomas. Los españoles habían conservado a Puerto Cabello y mandados por La Torre y después por el incansable Morales, se hicieron dueños de las Provincias de Coro y Maracaibo; sus guerrillas llegaron en varias ocasiones hasta las cercanías de Trujillo y de Barquisimeto y, además, numerosas partidas — más de bandoleros que de verdaderos combatientes regulares — infestaban todo el país, incluso la Provincia de Caracas. El General Soublette, que había sino nombrado después de Carabobo Vice Presidente de Venezuela y luego Intendente del Departamento de Venezuela y Director General de la guerra, no tenía atribuciones precisas sobre los tres jefes militares — Páez en el centro, Bermúdez en oriente y Mariño en occidente — que de hecho debían conducir las operaciones; ni de haberlas tenido habría podido hacerlas valer contra el carácter turbulento de Bermúdez y las ambiciones de Páez y de Mariño. En noviembre de 1821 había escrito al Libertador: "Mucho siento que Ud. se aleje de nosotros en estas circunstancias, y mucho temo que nos veamos envueltos en males enormes. Me deja usted en Venezuela y usted sabe que yo no puedo conducir este mundo. Para mayor alivio, quedan Páez y Mariño con grandes mandos militares, independientes uno del otro, y sujetos a Dios, porque usted nada me ha dicho. Si quedan sujetos a esta Vicepresidencia, que sería lo más regular, fácil es concebir las dificultades que yo encontraré, y encontrará cualquiera que no sea usted, para hacer que las cosas lleven una marcha regular y conveniente, que las rentas se organicen, y que el país no sea un Bajo Apure y un Maturín... Todos los jefes y oficiales al servicio del Rey que se habían presentado en el Alto Llano, se levantan y forman guerrillas que entran en Camatagua, Barbacoas, Sombrero, Calvario, etc., y no hay quien dé impulso a nuestras fuerzas mientras el Excmo. General en Jefe (Páez) se pasea en Achaguas. Si aun yo estuviera seguro de que no volvía, me iría a Valencia, y desentendiéndome de todo el

mundo reduciría mi atención al territorio de este lado del Apure, dejaríamos allá a Páez con su patriecita..." (15).

Esta última observación de Soublette ha extraviado a muchos historiadores, haciéndoles suponer que Páez no ambicionaba mas que eso, "su patriecita". En realidad esa conducta, de no hacer ni dejar hacer, la observará invariablemente el caudillo llanero en todas las épocas de crisis hasta 1861, siempre que no tuviera en sus manos la autoridad suprema.

Por lo pronto, aparte varios choques con otros funcionarios y con la Municipalidad de Caracas, Páez decide en julio de 1822 abandonar el sitio de Puerto Cabello mientras el Director de la Guerra se encontraba en campaña contra Coro, contesta con burlas las primeras observaciones de Soublette, y deja después sin respuesta hasta seis cartas amistosas de éste (16). Por fin se logró que volviera a la línea sitiadora, pero de nuevo retira de ella sus tropas en mayo de 1823 y en la proclama que les dirige parece hacer escarnio de todos los principios que invoca: "Soldados: por conciliar vuestro bienestar con los intereses de la República se ha levantado el sitio: os expondría las razones que me han obligado a ejecutar esta operación, si no hablara a soldados constantes, firmes, sumisos a las disposiciones de sus jefes y llenos de sublimes virtudes..." (17).

Menos mal que la guerra iba a terminar muy pronto: a mediados de 1823 quedaron libres las Provincias de Coro y Maracaibo, y en noviembre del mismo año Páez asaltó audazmente a Puerto Cabello y arrebató así a los realistas la última ciudad que habían conservado en Venezuela.

Pero entre los políticos y funcionarios civiles las rivalidades no eran menos dañinas a la estabilidad de la República que las que hemos señalado entre los jefes militares; y la prensa, que hubiera podido ser un instrumento de educación cívica, según las aspiraciones con que los liberales defendían la libertad de expresión, se tornaba por el contrario en motivo de confusión y de alarma por la pugnacidad que comenzaba a tomar. A este respecto, y aunque refiriéndose a años un poco posteriores, juzga Don Laureano Vallenilla Lanz que la influencia de la prensa sobre nuestra evolución política se ha exagerado mucho, y observa que la circulación de aquellos periódicos era muy restringida y que no estaban al alcance del pueblo, casi todo analfabeto. Pero debemos considerar también que la novedad de aquel medio de discusión pública aumentaba extraordinariamente el interés de todos los ciudadanos, y su credulidad, respecto a lo que dijeran los periodistas; y que la trasmisión

(15) O'Leary, Memorias, tomo VIII, pág. 26.

(16) Blanco y Azpurúa, tomo VIII, págs. 370, 457 y 509.

(17) Blanco y Azpurúa, tomo VIII, pág. 681.

oral de las noticias y comentarios de la prensa multiplicaba su difusión, incluyendo las invenciones o deformaciones que cada quien agregaba por su propia cuenta. Lo cual seguirá teniendo validez a través de toda nuestra historia, porque sucediéndose en ésta los períodos de libertad a largos años de despotismo, siempre aparece la discusión por la prensa como una novedad apasionante que engendra los dos estados de ánimo señalados: en el periodista, borrosa conciencia del mal que puede hacer con sus violencias verbales, o agresiva soberbia por el poder que siente en sus manos; y en el público, ingenua creencia, al principio, en que lo dicho por la prensa debe ser verdad, y más tarde rencor o dañino escepticismo frente a los encontrados pareceres que lo golpean.

Precisamente sobre el pedestal de un periódico aparece entonces en la escena Antonio Leocadio Guzmán, cuya influencia en la historia de Venezuela va a durar más de cincuenta años y tendrá, indirectamente, consecuencias incalculables. Se le llamaba "el redactor de *El Argos*", porque este era el único nombre que podía exhibir entre los próceres y patricios que conservaban todavía el predominio social y político; pero lo interesante es que aquel solo título le bastó para colocarse súbitamente entre los primeros rangos, y para muchos será una sorpresa saber hoy que el memorable *Argos* fue apenas una exigua hojita periodística que no llegó a ser diario y que sólo duró unos cuantos meses.

Todo lo sucedido se explica también considerando que principios e instituciones, estaban más sacudidos que durante la propia guerra. Mientras se peleaba había por lo menos un objetivo que unificaba todas las voluntades; ahora la revisión de valores y la subversión de los apetitos era total, y ni siquiera se podía pensar en influencias personales moderadoras, pues Bolívar estaba ausente y Páez distaba mucho todavía de ser grato a las ciudades como Caracas y Valencia, que comenzaban a conocerlo. Por otra parte las controversias manejadas por los civiles habían comenzado en 1821 con hombres como Don Martín Tovar o Don Andrés Narvarte, que podían ser intransigentes y hasta injustos, pero nunca, a sabiendas, egoístas; en 1825 ya habían entrado en la palestra hombres muy diferentes: Miguel Peña, Rafael Diego Mérida o Antonio Leocadio Guzmán, que por satisfacer sus pasiones o intereses se mostrarían tan violentos y excluyentes como los peores caudillos.

Aludo también con esta última comparación al antagonismo entre civiles y militares, que ya comenzaba a manifestarse como uno de los males más graves entre los que amenazaban nuestras instituciones. En vano ilustres servidores civiles — como Peñalver o Don Simón Rodríguez — tratarían de atenuar la petulancia de letrados y políticos, así como militares eminentes — Sucre, entre ellos — condenarían severamente las demasías de sus compa-

ñeros de armas. A esa posición de equilibrio no podía llegar la mayoría, y el estado de ánimo que resultaba lo pinta admirablemente Don Simón Rodríguez: "Raro es el militar — decía — que sepa distinguir de literatos; pero, es más raro aún, el literato que quiera hacer justicia a un militar: para un militar sin talento, *todos los literatos son filósofos;* y es porque en la idea de *filósofo* va envuelta la de *cobarde.* Los literatos vulgares tienen a todo militar por ignorante o desalmado. Los *buenos literatos* podrían humillar la arrogancia de algunos militares, abandonándolos a sus *conquistas.* Los militares sensatos deberían castigar la impertinencia de los literatos vanos, abandonándolos a sus libros; la escena de dos especies de locos, la una siempre peleando y la otra siempre leyendo, desaparecería..." (18).

Desde su punto de vista, Páez le informaba al Libertador con fecha 1º de octubre de 1825: "...Ud. se abismaría en ver las personas que dirigen su país. Son de la especie que en cualquiera otra parte en que hubiese moral pública ocuparían el lugar más inferior, y muchos de ellos ocuparían un presidio por sus crímenes; mas por desgracia no es así. Ellos manejan a su antojo las elecciones, señalan el primer magistrado de la República, hablan de la reelección de Ud., no de buena fe sino por temor, pues aquellos que, en papeles titulados *Astrónomos* o *Triquitraques* se erigen en sus panegiristas, son sus mayores enemigos y toman el carácter de sus defensores por indisponer a otros... Cuando veo todo esto en lo que se llama pueblo, cuando veo a los que se llaman diputados de este pueblo hacer su viaje a lo que ellos llaman Congreso, y que los más vocingleros contra lo que ellos llaman despotismo toman al instante un empleíto de estos que ellos llaman tiranos y otras mil cosas, entonces me parece que se puede asegurar que este país necesita otra cosa distinta de la presente que establezca el orden, le dé la debida consideración a los que la merecen e imponga silencio a los tramoyistas" (19).

Esta carta — cuyo original es de letra del General Carabaño — la envió Páez al Libertador con Antonio Leocadio Guzmán, y es la que ha pasado a la historia como una clara insinuación a Bolívar para que se coronara. En efecto, no sólo se muestra en ella Páez absolutamente escéptico en cuanto a la posibilidad de arraigar en Venezuela una juiciosa libertad, sino que explícitamente le propone a Bolívar: "La situación de este país es muy semejante en el día a la de la Francia cuando Napoleón el Grande se encontraba en Egipto y fue llamado por aquellos primeros hombres de la revolución,

(18) Don Simón Rodríguez. "Introducción" a la *Defensa del Libertador,* en *Escritos de Simón Rodríguez,* compilados por Pedro Grases, tres vols., Caracas, 1954-1958.

(19) Lecuna, *Cartas del Libertador,* tomo V, pág. 242.

convencidos de que un gobierno que había caído en las manos de la más vil canalla no era el que podía salvar aquella nación, y Ud. está en el caso de decir lo que aquel hombre célebre entonces: los intrigantes van a perder la patria, vamos a salvarla".

Bastante conocida es la respuesta de Bolívar, de extraordinario alcance no sólo por el calor con que defiende a la República que "ha levantado el país a la gloria y a la prosperidad, dado leyes y libertad", sino por el penetrante análisis de nuestras condiciones sociales que hacían imprescindible el mantenimiento de las instituciones democráticas: "Usted — le dice a Páez — no ha juzgado, me parece, bastante imparcialmente el estado de las cosas y de los hombres. Ni Colombia es Francia ni yo Napoleón. En Francia se piensa mucho y se sabe todavía más, la populación es homogénea, y además la guerra la ponía en el borde del precipicio. No había otra República grande que la francesa y la Francia había sido siempre un reino. El gobierno republicano se había desacreditado y abatido hasta entrar en un abismo de execración. Los monstruos que dirigían la Francia eran igualmente crueles e ineptos. Napoleón era grande y único, y además sumamente ambicioso. Aquí no hay nada de esto. Yo no soy Napoleón ni quiero serlo; tampoco quiero imitar a César; aún menos a Iturbide. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto es imposible degradarlo. Por otra parte, nuestra populación no es de franceses en nada, nada, nada. La República ha levantado el país a la gloria y a la prosperidad, dado leyes y libertad. Los magistrados de Colombia no son ni Robespierre ni Marat. El peligro ha cesado cuando las esperanzas empiezan; por lo mismo, nada urge para tal medida. Son repúblicas las que rodean a Colombia, y Colombia jamás ha sido un reino. Un trono espantaría tanto por su altura como por su brillo. La igualdad sería rota y los colores verían perdidos todos sus derechos por una nueva aristocracia" (20).

Bolívar, sin embargo, creyó oportuna la ocasión para enviar a Páez la Constitución que había preparado para Bolivia, en la cual juzgaba "reunidas todas las garantías de permanencia y de libertad, de igualdad y de orden", y escribió a varios amigos recomendándoles su consideración.

Aunque muy semejante al proyecto de Angostura, en el intento de encauzar la realidad americana dentro de una fórmula jurídica, que sin contrariar excesivamente las discordancias que aquélla presentaba, las dirigiera hacia un proceso de gradual perfeccionamiento político y social, la Constitución para Bolivia se aparta en varios puntos de la concebida por el mismo Libertador en 1819. No establecía funciones públicas here-

(20) Lecuna, *Cartas del Libertador*, tomo V, pág. 240.

ditarias y el derecho de sufragio sólo estaba limitado por el requisito de saber leer y escribir y no estar el ciudadano sujeto a la dependencia de otro en calidad de sirviente doméstico. Los Poderes eran cuatro. El *Electoral,* que se formaba por elección indirecta, un elector por cada diez ciudadanos. El *Legislativo,* que comprendía tres Cámaras: la de *Tribunos,* elegidos por cuatro años; la de *Senadores,* elegidos por ocho años; y la de los *Censores,* que eran vitalicios y que, según las palabras de Bolívar, "ejercían una potestad política y moral que tiene alguna semejanza con la del Areópago de Atenas y de los Censores de Roma"; más amplia, por consiguiente, que la atribuída al *Poder Moral* en el Proyecto de Angostura. El Poder Ejecutivo correspondía a un Presidente, un Vice Presidente y tres Secretarios de Estado, el primero vitalicio e irresponsable, pero atado de hecho a la observancia de las leyes por la responsabilidad de los Secretarios de Estado y la independencia efectiva de todos los otros funcionarios públicos. Para garantizar esta última, el Presidente "no nombra — proponía Bolívar — los magistrados, los jueces, ni las dignidades eclesiásticas por pequeñas que sean", y con respecto al Poder Judicial, añadía: "El que propongo goza de una independencia absoluta: en ninguna parte tiene tanta. El pueblo presenta los candidatos, y el Legislativo escoge los individuos que han de componer los tribunales".

No podemos analizar aquí extensamente el pensamiento político de Bolívar, aunque tanta parte ocupe en la historia espiritual del país; pero por este motivo no nos privaremos de repetir lo que escribíamos en 1930, cuando estaba en su mayor virulencia el intento de apadrinar con el nombre del Libertador las formas más elementales y bochornosas del poder unipersonal. "Las dos Constituciones — decíamos — en las cuales pudo Bolívar expresar totalmente sus propósitos constructivos, tienen un valor definitivo para juzgar sobre el alcance y la verdadera tendencia de su pensamiento político. Mutilado éste muchas veces por la crítica tendenciosa o recogido fragmentariamente para justificar tesis *a priori,* cuando se le estudia en conjunto aparece, en realidad, como la antítesis de todas las formas simples de organización política que se le han querido atribuir al Libertador. El reproche que podría hacérsele es, por el contrario, el de su extrema complejidad, y la violencia que se impuso para dar cabida en el gobierno a todas las fuerzas sociales aparentes... Desesperado porque creía que la sociedad, tal como ha sido transformada por la guerra, no podría dar una base estable para la reorganización del Estado, quiso invertir temerariamente los términos y forjar un Estado que fuese la base de una nueva sociedad" (21).

(21) *Boletín de la Academia Nacional de la Historia,* Nº 53, enero-marzo de 1931. Reproducido en *Hombres e Ideas en América,* ensayos, Caracas, 1940.

Según carta del General Briceño Méndez para Bolívar (22), el partido de las reformas — que así comenzó a llamarse el que quería a toda costa cambiar la Constitución vigente — tenía preparado un "pronunciamiento" en este sentido antes de haber enviado al Libertador la carta del 1º de octubre de 1825, y sólo por los consejos de aquel General y por la prudencia de Páez, se logró aplazar esta ruptura de las instituciones y que se consultara primero a Bolívar. No es, pues, de extrañar que, a pesar de haber rechazado éste las "ideas napoleónicas" que se le insinuaban, las intrigas continuaran.

Desgraciadamente, al año siguiente, 1826, cedió el dique que las contenía, y comenzó el proceso llamado *La Cosiata,* ruina definitiva, con respecto a Venezuela, del orden legal y de la unión colombiana. Un incidente relacionado con el alistamiento de los ciudadanos en las milicias desató la crisis. Ya en varias ocasiones las frecuentes reclutas para el ejército habían ocasionado manifestaciones de descontento y roces entre las diferentes autoridades (23); y habiendo publicado Páez, en diciembre del 25, un nuevo bando sobre alistamiento, el vecindario de Caracas se negó a concurrir al llamado de las autoridades. Esto impacientó a Páez que dio órdenes en consecuencia para que las tropas regulares recogieran en las calles de la capital a cuantos hombres encontrasen, de tal manera "que la ciudad presentó el aspecto de una plaza entrada a saco", según comenta Gil Fortoul de acuerdo con testimonios de la época. Justo es decir que el bando publicado por Páez era en ejecución de un decreto del Gobierno de Bogotá y que aquel General se había mostrado antes muy renuente a hacer nuevas levas de tropas contra el sentir colectivo. A pesar de esto, y de que al fin el alistamiento se realizó sin más tropelías, tanto el Intendente del Departamento de Venezuela, General Juan Escalona, como la Municipalidad de Caracas, acusaron a Páez, el primero en informe al Ejecutivo de Bogotá, y la segunda ante la Cámara de Representantes. Esta, a su vez, llevó la acusación ante el Senado, el cual la admitió, suspendió a Páez del cargo de Comandante General del Departamento y lo llamó a comparecer en Bogotá "ante la Comisión del Senado nombrada para instruir el proceso".

Tales medidas, absolutamente legales en cuanto a su concatenación formal, pero temerarias y no ajenas a animadversiones e intrigas personales, dieron ocasión a que los consejeros de Páez le hicieran creer que estaba de antemano condenado si se presentaba en Bogotá. O'Leary, adversario decidido de Páez, admite sin embargo que el Intendente Escalona dejó traslucir en su informe "sus resentimientos personales" y trasmitió indebidamente al

(22) Lecuna, *Cartas del Libertador,* tomo V, pág. 244.

(23) Véase colección de Blanco y Azpurúa, tomo VIII, págs. 370, 497 y 509.

Gobierno el rumor de que "el General Páez había mandado hacer fuego a los que huyesen (durante la recluta) y registrar las casas si fuera preciso"; más adelante agrega que "ya sea por deseos de mortificar al General Páez, ya por impremeditada imprudencia, nombró (el Ejecutivo de Bogotá) para sucederle en la Comandancia General al General Escalona, su enemigo personal que había promovido la acusación" (24).

Lo narrado no es sino un ejemplo de las muchas maniobras que se fraguaron durante estos desgraciados sucesos, tanto en Caracas como desde Bogotá, tanto por parte de los enemigos de Páez, como por éste y sus partidarios más tarde. No es de extrañar, pues, que todos se vieran arrastrados en el camino de los tumultos y las arbitrariedades. La Municipalidad de Valencia, que en una primera reunión, el 27 de abril, se limitó a deplorar la separación de Páez del cargo de Comandante General, pero dejando constancia de la necesidad "de obedecer a las leyes y a las instituciones establecidas", se plegó sin embargo el 30 del mismo mes al "pronunciamiento" que en ese día repuso a Páez en aquel empleo; y el 14 de mayo le recibió el contradictorio juramento de cumplir las leyes establecidas pero bajo "condición de no obedecer las órdenes del Gobierno de Bogotá". Pero lo más escandaloso fue que el propio Cabildo de Caracas, que había iniciado la acusación contra Páez, cambió totalmente de actitud bajo la presión de los que veían ahora en la insubordinación de éste un nuevo camino para romper la unión colombiana, aclamó también a Páez como Comandante General y, más tarde, "los diputados de Caracas — narra O'Leary — unidos a los municipales de Valencia, constituyeron a Páez en el mando supremo del Departamento, con el título de Jefe Superior, Civil y Militar".

Tanto Don Fernando Peñalver, Gobernador de Valencia, como en Caracas el nuevo Intendente Don Cristóbal Mendoza, observaron una conducta ejemplar, firme por igual ante todas las facciones; y en la Municipalidad de Caracas "Tovar, Buroz, Gedler y Liendo salvaron su honor, negando sus firmas al acta que despojaba a la ley de su majestad", dice O'Leary.

No se hubiera consumado tampoco el atropello sin otros muchos que fueron los que allanaron ambas ciudades a las miras de los ambiciosos. El historiador Baralt, después de narrar las intrigas que no lograron al principio arrastrar a Valencia hacia la rebelión, añade: "Frustrado así el intento de comprometer el vecindario, se ocurrió del fraude a la violencia, de la amenaza al crimen. Era preciso realizar el pronóstico de que sobrevendrían desórdenes; era necesario inspirar terror y arrastrar la voluntad, ya que no

(24) O'Leary, *Narración*, tomo II, págs. 605 y 609. En el texto de la última cita que he hecho parece que O'Leary quiso escribir "premeditada imprudencia", pues no duda en acusar al Jefe del Ejecutivo (Santander de haber "obrado de mala fe", aunque también dentro de una estricta legalidad.

se había logrado la persuasión; y así fue que sin detenerse en los medios se recurrió al atroz arbitrio de asesinar a tres infelices cogidos al acaso para el sacrificio, cuyos cadáveres se arrojaron después a la puerta de la municipalidad. Cometiéronse varios robos, figuráronse revoluciones, esparciéronse noticias alarmantes, y como los manejos secretos anduviesen activos y se contase a todo trance con la tropa, que en gran parte había segundado estos trastornos, se atumultuaron sin rebozo y obligaron al cuerpo municipal a reunirse de nuevo el 30 de abril". Y más adelante agrega: "...enviaron emisarios que predicasen por todas partes le rebelión. Halagábase con lisonjeras promesas al deslumbrado e inconstante populacho, siempre amigo de trastornos y bullicios: prometíanse reformas a los que, más ilustrados, trabajaban de algún tiempo atrás en sustituir la federación al sistema central de la República; para decidir a los renuentes poníaseles a la vista el cuadro de los asesinatos de Valencia, y como conociesen la importancia de que Caracas marchase en la huella revolucionaria, esforzaron contra ella para comprometerla sus más eficaces amaños. Segundando estos planes anunció Mariño su aproximación a la capital con una vanguardia de 3.000 hombres, y pidió para ellos cuarteles y raciones".

En los sucesos del año 26, que prácticamente destruyeron la Gran Colombia y establecieron para largo tiempo el predominio de Páez en Venezuela, el caudillo llanero aparece, para unos como representante de una tendencia nacional de profundo fondo colectivo (Gil Fortoul), y para otros como incauto instrumento de sus malos consejeros (Baralt). Sin descartar totalmente estas influencias, debemos recordar que es demasiado frecuente esa especie de mimetismo histórico mediante el cual, precisamente los hombres de propósitos inflexibles e infatigable ambición, logran aparecer como manejados por otros o arrastrados por las circunstancias. Debe advertirse también que *La Cosiata* no puede excusarse por el legítimo deseo separatista que pudiera existir en Venezuela; lo que se consideró escandaloso en ella fueron los pronunciamientos amañados y el empleo de la fuerza, recursos que nunca deben justificarse. Páez admitió y deploró — en su Autobiografía — la responsabilidad que en ese punto le tocaba; pero justo — y aleccionador — es hacer notar que tan culpable como el caudillo en aquellos sucesos fue la temeraria y siempre burlada confianza de ciertos núcleos civiles, dispuestos en toda ocasión a estimular la subversión militar cuando creen doblegarla a sus propósitos. Que de ambas cosas hubo en el año 26 es indudable; así como también civiles y militares eminentes que lucharon por mantener el imperio de la ley, independientemente del criterio que tuvieran en cuanto a la separación de la unión colombiana.

En vano el Libertador se apresuró a regresar del Perú para detener la anarquía que con nuevas deliberaciones tumultuarias, intrigas y alarmas,

se extendía ya a gran parte de la República. Evitó la guerra civil, es verdad, y Caracas lo recibió alborozada el 10 de enero de 1827. Pero, en definitiva, la posición de Páez al frente de Venezuela quedó consolidada, y se convocó una Gran Convención Nacional para decidir la suerte de la República, lo cual violaba ya, de hecho, los requisitos exigidos por la Constitución de Cúcuta para las reformas.

La tolerancia que demostró Bolívar en Venezuela el año 27, en la cual llegó hasta apoyar a Páez contra todos, ha dado ocasión a las más variadas interpretaciones y al reproche, recogido por Baralt, de que tal conducta "de sus amigos le hizo enemigos, y de sus enemigos hipócritas". Para juzgar sin embargo, de la caótica situación a la cual se enfrentaba el Libertador, basta recordar que el culto y sagaz Peñalver le aconsejó reiteradamente el año 25 que regresara a Venezuela y se consagrara a ella exclusivamente, pero apenas lo hubo visto en Caracas, en medio de las encontradas fuerzas en pugna, se apresuró a pedirle que se alejara...

La verdad es que Bolívar tenía que ceder ante Páez como cedió Urdaneta el año 16, como cedió Soublette el 22, como cedieron Peñalver y Mendoza el 26, como cedieron, antes y después, todos los que, ante la amenaza del zarpazo que podía hundir la Patria, tenían que sentirse aterrorizados. "Tú conoces más que nadie los elementos de que se compone nuestro país, cuyos combustibles, inflamados por una persona como el General Páez, harán los más horribles estragos", decía el mismo Peñalver a Bolívar. Es la eterna debilidad del que lucha por la patria, frente a la fuerza o la demagogia que, empleadas sin escrúpulos, llegan sólo por esto a ser incontrastables.

Pero en Bolívar intervino, sobre todo, otra razón que no ha sido observada, y a la cual debe dársele relieve porque forma parte de su pensamiento político y constituye una hermosa prueba de desprendimiento. Bolívar no sólo cede ante Páez para evitar mayores males, sino que se empeña en hacerlo árbitro de Venezuela y llega hasta escribirle a su sobrino político, el General Briceño Méndez: "Más vale estar con él que conmigo, porque yo tengo enemigos y Páez goza de opinión popular", consejo que repite a muchos otros bajo formas análogas. Ahora bien, si Bolívar hubiera sido un caudillo como tantos, ninguna consideración hubiese acallado en él la ambición de mando, el despecho y la cólera. Mucho menos para llegar hasta ese extremo de poner a Páez sobre sí mismo, y con tan peligrosas razones. La verdadera explicación de su conducta tiene que buscarse, pues, en la elevación espiritual con que siempre rechazó cualquier sugestión circunstancial para pensar sólo en el interés de la Patria; el cual le aconsejaba en este caso que si ya no se podía salvar a Venezuela para la Gran Colombia, era preferible entregarla libre de conflictos, unida y todavía fuerte.

A esa posición del Libertador débese que Colombia se disolviera sin los estragos de las discordias civiles; y en particular le debemos los venezolanos que los primeros años de nuestra nueva República fueran de regularidad política y de reorganización administrativa, y no de luchas sangrientas; como era de temer si Bolívar, arrastrado por sentimientos egoístas, hubiera azuzado a sus amigos contra Páez o estimulado a los posibles rivales del caudillo llanero" (25).

No obstante que fue muy corta su permanencia en Caracas — apenas de seis meses — Bolívar la aprovechó para reorganizar en varios aspectos la administración pública y, sobre todo, para ocuparse en las necesidades más urgentes de la educación. Con respecto a la Universidad logró la promulgación de nuevos estatutos, que abrieron aquel centro superior de estudios a todos los ciudadanos, sin distinciones de clase social o religión; y tanto para realizar esto, como para arbitrar la manera de intensificar la educación del pueblo, a pesar de la escasez de maestros y la falta de dinero que eran desesperantes, se reunió a menudo con el sabio doctor José Vargas, el cual quedó como Rector de la Universidad de Caracas y sería en todo tiempo ardiente propulsor de la educación primaria gratuita. Justo es señalar también en estos trabajos, al lado del Libertador, a su Secretario General, José Rafael Revenga, eminente político y financista, que se apartaba sin embargo de sus especialidades cuantas veces podía, para estudiar con ardor el mejoramiento de la enseñanza pública. Al considerar el estado de la educación primaria, Revenga, con sorprendente visión digna de un pedagogo profesional, quiso que se comenzara por las Escuelas Normales gratuitas, las cuales estimuló de su propio peculio; y preocupado también por el porvenir de nuestra alta cultura, aquel eminente prócer se ocupó así mismo en acercar a Bolívar los más ilustrados venezolanos de la época, Bello, Vargas, Cagigal (26).

Otro gran proyecto interesaba también al Libertador por aquellos días: el Congreso que se reunió en Panamá, en junio de 1826, para promover la unión de las Repúblicas hispanoamericanas, de acuerdo con el propósito

(25) A la par que las dificultades políticas aumentaban, podemos observar que Bolívar llegaba en aquellos años a una plenitud de su conciencia moral realmente conmovedora. Sobre el General Ayala le escribía a Páez en 1828: "Yo conozco a Ayala y es incapaz de una traición o una intriga siquiera, cualesquiera que sean sus sentimientos. Nunca ha sido adicto a mí, pero el estimar la honradez es un aliento para los otros de parte de quien juzga con imparcialidad de sus mismos enemigos". En el mismo sentido son innumerables los testimonios, en su correspondencia privada, de la ansiedad con que trataba de dejar organizada la República acallando rencillas y concupiscencias. Desgraciadamente, también el año 30 el General Ayala volvió a ser uno de los más agresivos adversarios de Bolívar.

(26) Todavía en 1831, aunque Revenga estaba ya apartado de la política, trabajaba en el proyecto de una "Escuela Normal lancasteriana", según correspondencia con Vargas. Ver *Obras Completas* del Dr. José Vargas, compilación y notas del Dr. Blas Bruni Celli, tomo I, pág. 73.

de Miranda recogido por Venezuela desde 1810 y expresamente consignado en nuestra primera Constitución de 1811. Pese a que en todas las naciones del nuevo mundo aquel grandioso proyecto había encontrado ecos, para la reunión de 1826 en Panamá sólo concurrieron representantes de Colombia, Centro América, Perú y México. Firmaron sin embargo estas naciones — que abarcaban, bueno es recordarlo, inmensa extensión geográfica — un tratado de liga y confederación perpetua, y acordaron que el Congreso continuara sus sesiones en la villa de Tacubaya, cerca de la capital mexicana. Pero los graves problemas de reorganización interna que preocupaban a cada uno de estos países impidió llevar adelante la idea, que sólo un siglo más tarde volvería a adquirir vitalidad bajo nuevas formas.

Para Bolívar fue también el último proyecto de alcance universal que pudo entusiasmarlo. Durante los tres años y medio que le restaban de vida lo vemos afanarse solamente en un expedienteo de urgencia para detener los males que por doquiera caían sobre la patria. En angustiada búsqueda de una salida, llegó hasta la Dictadura provisional y, en el extremo opuesto, hasta la desesperada circular en que pedía a los pueblos pronunciarse directamente sobre la suerte del país. Al fin, íntimamente convencido de que su acción personal nada lograría — "si deserto salgo mal, si me quedo salgo peor" — decidió en marzo de 1830, abandonar la vida pública.

El asesinato de Sucre, ocurrido el 4 de junio del mismo año, amargó sus últimos días, y la violencia de las luchas políticas le hacía pensar que debía renunciar también a permanecer en Colombia como simple ciudadano: "La República — escribía — se va a dividir en partidos; en cualquier parte que me halle me buscarán por caudillo del que se levante allí; y ni mi dignidad ni mi puesto me permiten hacerme jefe de facciones".

Asímismo en su última proclama vemos que, ya ante la partida definitiva, sólo le acompañaba la esperanza negativa de que su desaparición acallara las discordias.

En camino hacia el destierro que había aceptado, la muerte lo detuvo en Santa Marta, el 17 de diciembre de 1830.

Ya desde principios del año, Páez había convocado el Congreso Constituyente de Venezuela que debía reunirse en la ciudad de Valencia. La forzada brevedad de este ensayo no nos permite narrar sino lo esencial, y por eso omitimos los incidentes de aquella última crisis. Pero contra la interpretación de que fue necesaria culminación de un deseo unánime en Venezuela, nos parece imprescindible recordar los turbios manejos que la acompañaron, con lo cual atemperamos también la responsabilidad que les toca a los venezolanos por la crueldad con que se trató al Libertador en aquellas circunstancias. Según carta de un empleado de la Secretaría Ge-

neral del Jefe Superior de Venezuela (27), los comisionados enviados por dicha Secretaría a todo el país "y al quinto infierno", llevaban "instrucciones detalladas para obrar cortando todo nudo que encuentren; y han de llevar escritos de aquí los pronunciamientos que deben hacer las Municipalidades, las juntas de caserío y todo Dios; porque convienen que vengan todas, todas, todas las actas, sin quedar un rincón que no pida tres cosas, a saber: nada de unión con los reinosos; Jefe de Venezuela, el General (Páez); y abajo Don Simón. Todo el mundo debe pedir esto, o es un enemigo; y entonces..."

Y de cómo se realizaron aquellas instrucciones para el pronunciamiento *espontáneo* de Venezuela, es un buen testimonio lo ocurrido en Escuque, según la representación que en nombre de sus vecinos hace Francisco A. Labastida, en febrero de 1830, refiriéndose a los procedimientos del Jefe Militar del Cantón: "Las mismas Asambleas Populares han sido juguetes de su insolencia, pues han pretendido que firmen los ciudadanos no lo que realmente han dicho y acordado en sus reuniones, sino algunos papeles que a su modo escribía él en su casa, amenazando con sus terrores a los que no querían obedecer. ¿Y será tener libertad esto, Excmo Señor? ¿Podrá hablar con libertad un pueblo que en el momento de reunirse ve formado en la plaza un escuadrón de caballería y una compañía de fusileros? Si el contenido de los papeles que el señor Segarra quería que firmásemos hubiesen sido algunas quejas justas y fundadas, para comprobar nuestro pronunciamiento, en buena hora que insistiese; pero querer que suscribiésemos una multitud de dicterios, injurias e insolencias contra el General Bolívar, no nos pareció regular, porque hemos creído que podíamos desconocer su autoridad y tratarla con decoro" (28).

Así llegó el Congreso de Valencia hasta pedir la expulsión del Libertador, atroz injuria que el Gobierno de Bogotá tuvo la sevicia de comunicar a Bolívar, ya separado del mando y en marcha para salir del país.

El héroe dispuso sin embargo en su testamento: "Es mi voluntad, que después de mi fallecimiento mis restos sean depositados en la ciudad de Caracas, mi país natal". Reiteraba así el cariño que siempre manifestó a la

(27) Publicada en la colección Blanco y Azpurúa, tomo XIII, pág. 706. Iba dirigida al Licenciado Rufino González o al doctor Alejo Fortique, dos de los más vehementes adversarios del Libertador. Vemos así que los que suscribían contra éste acusaciones de despotismo, no se ruborizaban de aceptar "instrucciones" como las que contiene el documento.

(28) Archivo Nacional, Caracas, Sección *Secretaría del Interior y Justicia*, tomo V, folio 421. Véase en la misma sección, tomos I y V, folios 48 y 269, respectivamente, cómo se organizó también el espionaje de las opiniones privadas y se ejercía la violación de la correspondencia.

ciudad privilegiada que lo vio nacer. Cuando estaba en el zenit de su gloria escribía desde Bolivia: "mi corazón se hallará siempre en Caracas"; y algunos meses después declaraba: "...por Caracas he servido al Perú; por Caracas he servido a Venezuela; por Caracas he servido a Colombia; por Caracas he servido a Bolivia; por Caracas he servido al Nuevo Mundo y a la libertad".

## VENEZUELA Y EL GOBIERNO DELIBERATIVO (1830-1846)

*A pesar de que recomenzaba bajo funestos auspicios, Venezuela se reorganiza rápidamente. — Páez como protector y protegido del Poder Civil. — Vargas. — Una vez más, errores y perfidias. — No fue sólo Carujo. — Soublette: su ideal de equilibrio político. — Antonio Leocadio Guzmán. — Se apodera del Partido liberal e inventa un Partido conservador que nadie había organizado. — El vértigo. — Sin embargo, todavía se deliberaba sobre grandes propósitos.*

EL CONGRESO constituyente de la nueva República de Venezuela se reunió en Valencia el 6 de mayo de 1830, y a pesar de que Vargas decía "no creo que algún Congreso de Colombia haya jamás trabajado en medio de tantas borrascas, temores y disgustos como éste" (29), en setiembre fue promulgada la Constitución. Consistía ésta en un compromiso centro federal — como lo llamó el propio Congreso — y se trataba con esa forma mixta de conciliar las divergencias que entre los partidarios del sistema federal y los que preferían el centralista, agitaron a la Constituyente y más tarde dividirían al país.

Por otra parte, separado Bolívar de la lucha política, las discusiones sobre organización constitucional abandonarían la audaz originalidad con que aquél las había animado, para limitarse a las divergencias que en todo el mundo y entre todos los tratadistas engendraban interminables argumentos en favor o en contra de unos cuantos puntos fundamentales: federación o centralismo, formas y extensión del sufragio, los derechos del ciudadano, el juicio por jurado, etc. La Constitución de 1830 establecía: elecciones indirectas; sufragio restringido a los que supieran leer y escribir y gozaren de ciertas condiciones de independencia económica; Cámara de Representantes elegida por cuatro años y la del Senado renovable también por elección indirecta cada dos años; el Presidente y el Vicepresidente de

(29) *Obras Completas* de Vargas, tomo I, pág. 66.

la República eran elegidos por cuatro años y aquél debía asesorarse con un Consejo de Gobierno del cual formaban parte los tres Secretarios del Despacho, Interior y Justicia, Hacienda y Guerra y Marina; la autonomía de las Provincias — que incluía una Diputación o Legislatura nombrada por los Cantones — era tan amplia que Gil Fortoul la considera "igual en muchos casos a la que después acordarán a los Estados las Constituciones federales"; y en cuanto al Poder Judicial lo más importante fue el establecimiento, en principio, de los juicios por jurados, aunque este sistema sólo subsistió después para los procesos relativos a la libertad de imprenta.

Entre las ramas de la Administración Pública que los legisladores de 1830 dejaron a cargo de las entidades regionales figuraba la Educación Primaria, y esto produjo dos reacciones opuestas muy significativas. A Juan Manuel Cagigal — estadista preocupado constantemente por la educación popular — lo irritaba aquella medida, porque con ella se abandonaba un punto tan decisivo de nuestra reorganización política a la escasa iniciativa y precarios recursos que solían tener las Provincias; por el contrario, a Antonio Leocadio Guzmán lo entusiasmaba como un signo de descentralización del poder público... Aunque hasta cierto punto extraño a la índole de este trabajo (30), he querido narrar lo anterior para indicar que los pensadores políticos de aquella época los debemos buscar, antes que en los líderes políticos, en aquellos hombres de Estado que, aparentemente interesados sólo en la administración, poseían sin embargo una amplia y certera visión de las bases que requería la República. Excusado es decir que la previsión de Cagigal quedó justificada hasta tal punto que cuarenta años después — cuando Guzmán Blanco promulga su decreto de instrucción primaria obligatoria y gratuita — hasta el recuerdo se había perdido de la persistente campaña con que Bolívar, Don Simón Rodríguez, Revenga, Vargas, Cagigal, habían señalado la educación del pueblo como eje de las instituciones republicanas. Y tanto es así que el propio Guzmán, su Ministro Sanabria, los comentadores de la época, y hasta los actuales, sólo señalan como antecedente de aquel decreto la campaña en el mismo sentido del argentino Sarmiento.

El General Páez fue elegido Presidente Constitucional de la República para el período de 1831-1835, y Vicepresidente el Licenciado Diego Bautista Urbaneja. La capital fue trasladada de Valencia a Caracas, y a esto se le dio gran importancia porque el Dr. Peña, Consejero hasta entonces de Páez, no quiso abandonar aquella ciudad, y fue sustituído en su influencia

(30) Habrá advertido el lector que sólo me corresponde tratar la evolución política de Venezuela, y por este motivo y por la limitada extensión a que debo reducirme, tengo que omitir muchas incidencias culturales y económicas que serían, sin embargo, de gran valor histórico.

sobre el jefe llanero por el General Carlos Soublette, mucho más apreciado por todos (31).

Desde luego, la elección de Páez era simplemente el reconocimiento de una situación de hecho, consolidada en 1827. Y esa situación había adquirido tal firmeza en los años posteriores, que hasta los sublevados que — con Monagas a su cabeza — habían proclamado en ese año 1831 el "Estado de Oriente", paradójicamente reconocieron al mismo tiempo "la suprema autoridad del Gobierno de Venezuela en la persona de su actual Presidente, el General Páez".

Tanta anarquía en las opiniones, un predominio tan decisivo del poder personal de los caudillos, las numerosas divergencias y los errores que hemos señalado entre los civiles a partir de 1821, y gravísimas deficiencias en la administración, analizadas ampliamente por Revenga en informes al Libertador durante el año 1829 (32), daban muy pocas esperanzas sobre el futuro de Venezuela. Y sin embargo, la verdad es que se abre entonces uno de los mejores períodos de nuestra historia, y precisamente en lo referente a la reorganización política y moral de la República. Prudencia, firmeza, probidad; sagaz apreciación de la imposibilidad de separarse por entonces del jefe militar, pero a la vez valeroso propósito de vigilarlo y reducirlo; entusiasmo laborioso y consecuente para trabajar por una administración pública eficaz y equilibrar la libertad y el orden, tales fueron las virtudes de aquella generación, que logró convertir en un movimiento patriótico y legalista la desmembración de Colombia, iniciada bajo tan funestos auspicios.

Debióse también aquel feliz resultado a la propia conducta de Páez. Y puesto que a menudo tendremos que censurarlo por su ambición de mando, que jamás abandonó y que ocasionó más tarde funestas situaciones, es justo que insistamos ahora en destacar las virtudes mediante las cuales logró elevarse, siempre que tuvo en sus manos el gobierno, a la altura de un verdadero hombre de Estado, ecuánime, accesible a las mejores influencias y en muchas ocasiones generoso y patriota. Ya había dado pruebas, sin duda, de esas virtudes desde el día en que, improvisado jefe de las montoneras

(31) En las *Obras Completas* del Dr. Vargas, ya citadas, se pueden leer sabrosos pormenores sobre esta lucha por la capital, y la alarma que abrigaba aquél por las costumbres que habían establecido en Valencia "dos hombres que han creído que Venezuela es su patrimonio". Se refiere sin duda a Páez y a Peña, aunque sólo los nombra como el "Bajá" y su "Visir". Págs. 65 y 70.

(32) Ver *La Hacienda Pública en Venezuela en 1828-1830. Misión de José Rafael Revenga como Ministro de Hacienda.* Obra preparada por Pedro Grases y Manuel Pérez Vila y publicada por el Banco Central de Venezuela, Caracas, 1953. No vacilo en afirmar que los documentos contenidos en este volumen son de valor definitivo, no sólo para juzgar sobre los últimos años de Colombia y los primeros de la República de 1830, sino también como anticipada explicación de los procedimientos que el caudillismo establecería en Venezuela.

que lo seguían como habían seguido a Boves, las llevó al servicio de la causa republicana, primero; poco a poco, después, al de la verdadera República institucional. Titularlo por eso el Fundador del Poder Civil — como en mala hora se le llamó por aquellos días — fue un grave error; porque el Poder Civil, como sinónimo de legalidad y gobierno deliberativo, fue una aspiración colectiva que nació con la propia idea de patria independiente, y que militares y civiles eminentes sostuvieron en toda ocasión. Recuérdese que Bolívar en carta a Páez indicaba, para considerar a la República indestructible, que le había dado al país "leyes y libertad". Por otra parte, y como hemos indicado, si el caudillo fue en cierta manera protector del Poder Civil, no es menos cierto que éste también servía de protector a aquél contra el asalto anárquico de los caudillos rivales. El verdadero mérito de Páez, así como de los estadistas que lo rodearon entonces, fue comprender que el Poder Civil para ser respetable debía basarse en la honradez y la sinceridad, ir acompañado de un trabajo constante para moralizar la administración pública y reconstruir el país, amparar a todos dentro de la obediencia a las leyes acallando las banderías y la demagogia; ser, en suma, el verdadero poder legal, y no un instrumento para legitimar, bajo nombres pomposos, persecuciones y apetitos de índole personalista.

Tal programa, demasiado obvio en principio, pero muy difícil de cumplir día a día entre las contrariedades y los problemas de la política, fue acatado por Páez con una constancia que muy pocos entre los Próceres que sobrevivían hubiera tenido. El doctor José Rafael Revenga fue uno de los primeros en recibir pruebas de aquella actitud. La misión que vino a cumplir en Venezuela en 1828 lo puso en franco antagonismo con Páez, y en 1830, estando extrañado como decidido bolivariano, su situación se hizo muy grave porque lo consideraron complicado en las sublevaciones de Río Chico contra la separación de Venezuela. Además, para colmar la medida, la Gazeta de Colombia publicó por aquellos días, en Bogotá, los informes que Revenga había enviado al Libertador durante aquella misión, algunos de ellos con acres censuras a Páez. A pesar de todo esto, Páez le permitió la entrada en Venezuela en agosto del propio año 30 y no lo molestó (33). Con O'Leary observó una conducta análoga, a pesar de que el impetuoso irlandés había planeado en 1826 nada menos que apoderarse de Páez y llevarlo por la fuerza a Bogotá (34). En 1839, Juan Manuel Cagigal, fundador de la Academia de Matemáticas y profesor en la misma, disgustó a Páez, según parece por un artículo de aquél en la

(33) *Obras completas* del Dr. José Vargas, ya citadas, tomo I, págs. 62, 63, 64 y 65. Para los informes contra Páez ver el volumen sobre la misión Revenga, también ya citado.

(34) *Memorias de O'Leary, Narración,* tomo III, pág. 66.

prensa; como la Academia, aunque incorporada a la Universidad, tenía carácter militar y Cagigal era Comandante, el Gobierno lo destituyó de su cátedra, de acuerdo con el rigor de las ordenanzas militares de entonces en todos los países; pero Cagigal apeló al Rectorado de la Universidad, la Junta de Inspección y Gobierno de ésta objetó que Cagigal no había entrado al desempeño de la cátedra "bajo ningún carácter militar sino puramente civil", y el Poder Ejecutivo, presidido por Páez, revocó su propia resolución (35). El General no guardó rencor alguno contra Cagigal y cuando éste comenzó a enfermar fue el Presidente Páez quien lo nombró en un cargo diplomático en Europa para que intentara recuperarse. Poco después de Carabobo, cuando apenas Páez comenzaba a disciplinarse bajo el ambiente de las ciudades que le tocaría gobernar, se molestó contra los cabildantes de Puerto Cabello y les ofreció "patadas" con otras "expresiones indecorosas" que los agraviados citaron textualmente en juicio público: también públicamente Páez se retractó de lo que había dicho y se excusó de sus excesos verbales. En otra ocasión se presentó de uniforme militar a un "apartado" de ganado entre propietarios rurales; uno de los interesados — creyendo que trataba de intimidarlos — le advirtió que allí "no se iba a pelear" ni se trataba de una ceremonia oficial, que hubiera podido ir con otro traje; y Páez aceptó la dolorosa lección. Asímismo se sometió a la que le dio Don Santos Michelena, su Ministro de Hacienda, cierta vez que Páez le pidió un anticipo sobre sus sueldos: Michelena le rogó que esperara unos días para prestarle ese dinero de sus propios bienes, porque del Tesoro Público no estaba autorizado a sacarlo (36).

Insisto en estas consideraciones porque, ya que la limitada extensión de este trabajo me fuerza a escoger la narración escueta de los sucesos o la crítica que les dé sentido trascendental, debo preferir esta última. Y por eso no me privaré de un último comentario en el mismo sentido. Al final del período que reseño, dominado por Páez y Soublette, la prensa cayó en tal desenfreno que un periodicucho llegó a llamarlos "los malvados más insignes que ha producido la tierra, ladrones descarados, viejos impúdicos, cargados de años y de crímenes". A Soublette le sería relativamente fácil soportar tales excesos: habituado por la índole de su pensamiento a ver las cosas actuales dentro de una perspectiva histórica, sabía que aquellas calumnias serían ampliamente rectificadas, y que las generaciones venideras

(35) *Historia de la Universidad Central de Venezuela*, por el doctor Juan de Dios Méndez y Mendoza, tomo II, pág. 306.

(36) Ver *Reseña biográfica de Santos Michelena*, por el doctor Tomás Michelena. Agradezco también la indicación de algunos de estos datos a Don Eduardo Michelena, descendiente de aquel ilustre repúblico.

convertirían en elogios esos dicterios. Hasta llegamos a suponer que con malicioso señorío emplazaba calladamente a sus adversarios para esa comparecencia ante el juicio de la posteridad, seguro de que las intemperancias que ahora podían mortificarlo se convertirían en testimonio de sus virtudes republicanas. Pero que Páez, aquel Ayax indómito, que cuando se aproximaba la batalla sufría un ataque de frenesí semejante a los ataques epilépticos, aprendiera a dominar tales ímpetus frente a sus enemigos políticos, eso debe contarse entre lo mejor de nuestra historia.

Desgraciadamente, cuando peligraba su predominio político el "Fundador del Poder Civil" olvidaba toda generosidad y esto quedó en evidencia al iniciarse el subsiguiente período presidencial, 1835-1839. El candidato de Páez para la suprema magistratura era el General Carlos Soublette, pero un fuerte grupo civilista llevó adelante la candidatura del doctor José Vargas — aun contra la reiterada renuencia de éste — y logró que triunfara. Los insensatos opositores a la candidatura del sabio, que habían llegado a decir por boca de Pedro Carujo, el setembrista, que el patriotismo de Vargas no les merecía confianza, antes que ceder en su actitud, por respeto a la elección que había hecho el país, la hicieron más violenta aún, con toda clase de rumores y calumnias. Y doloroso es reconocer que también no pocos de los civiles, y aun de los colaboradores del Presidente, atizaron a veces la división llevados por susceptibilidades personales o por pequeñas divergencias de índole administrativa. En vano Vargas, que se había juramentado como Presidente en febrero, renuncia en abril exasperado por aquel ambiente caótico; en vano pasa por el sacrificio de viajar a Maracay para obtener de Páez una declaración formal de apoyo al Gobierno, lo cual hubiera desalentado a los conspiradores militares que ya se movían a la luz pública. El Congreso no aceptó su renuncia, ni tampoco logró Vargas con ella que fueran más prudentes los civiles; en cuanto a Páez, simplemente dejó hacer. Así preparado, el golpe militar estalló en la madrugada del 8 de julio del propio año 35. Pomposamente se le llamó *Revolución de las Reformas* y se le señalaba como objetivo "restablecer los principios del sistema popular, representativo, alternativo y responsable, hollados y pisados por las facciones ocultamente tramadas por los encarnizados enemigos de la Independencia y libertad de la América" (37).

La misma grotesca incoherencia se aprecia en los otros "principios" proclamados: invocan el nombre de Bolívar, y entre los corifeos principales del movimiento estaba Carujo; se dijo que era una revolución liberal, y dos de sus tres reivindicaciones eran: fuero militar y religión del Estado; los reformistas de oriente pedían la reconstrucción de la Gran Colombia...

(37) *Documentos para los anales de Venezuela*, tomo I, segundo período, pág. 391.

Pero, además, en el acta del citado pronunciamiento aparece, quizás por primera vez en Venezuela, una de las más bochornosas consecuencias del desorden caudillesco: la violación y escarnio de la propia jerarquía militar. Carujo, que apenas era Subteniente el año 23, firma antes que José Laurencio Silva, veterano que en Ayacucho era ya Coronel y Jefe de los Húsares de Colombia.

El desarrollo ulterior de los acontecimientos no fue menos vergonzoso. Los facciosos habían proclamado como jefes a Páez y a Mariño; pero el Presidente, a su vez, nombra a Páez Jefe del ejército Constitucional, y los otros caudillos, tan fieros cuando se trataba de plegarse a la ley y a la autoridad del doctor Vargas, se sienten perdidos ahora al verlo defendido por el jefe llanero, escapan, pactan o se entregan.

¿Proclamaron los *Reformistas* como jefe a Páez sin contar con su aquiescencia, como maniobra para desconcertar la opinión pública? ¿O son las *Reformas* un caso más de aquella protección clandestina a la "insubordinación militar", que ya desde el año 30 le enrostraba a Páez el maestro Acevedo?

El General Monagas, entre otros, creyó comprometido a Páez en el movimiento, y su señora esposa dijo que aquél había recibido carta de éste invitándolo a las *Reformas*. Mariño apoyó uno de sus decretos como Jefe Superior en "la autorización que decía haber recibido del General Páez para conservar el orden público" (38).

No creemos, sin embargo, en la complicidad previa y expresa de Páez, entre otras razones porque en el pronunciamiento ya dos veces citado, se establece que "el mando general de la fuerza armada se conferirá a S. E. el General en Jefe Santiago Mariño, *el cual lo retendrá hasta que se promulgue la nueva Constitución*", condición esta última opuesta a la pretendida Jefatura Suprema de Páez. Pero sí es muy grave que Páez, como Jefe del Ejército Constitucional, no dejó de hacer ver que, antes que tal, era el mismo caudillo del Apure respetado sólo por su predominio personal. Así en la alocución que lanza en Valencia el 23 de julio, establece: "Que al acercarse a esta capital, el señor General José Laurencio Silva, oficialmente y a la voz, me ha manifestado le resolución de los Jefes y Oficiales de la Guarnición, de no reconocerme como Jefe encargado de restablecer el orden constitucional, sino como Jefe Supremo de la República" (39). Lo cual equivalía a asomarse como un rebelde más...

(38) González Guinán, *Historia Contemporánea de Venezuela*, tomo II, págs. 410 y 426. Según este historiador, Monagas recibió efectivamente la carta, pero era apócrifa "y la falsificación se ha imputado — dice — no sabemos si con fundamento, al señor Inocente Lovera, revolucionario reformista vecino de Caracas".

(39) Citada por el doctor Vicente Dávila en *Diccionario biográfico de Ilustres Próceres de la Independencia Suramericana*, tomo II, 294.

Muy pronto, en agosto del mismo año 35, Vargas volvió a la Presidencia, y en diciembre los únicos *reformistas* que combatieron — con Carujo a su cabeza — sufrieron una derrota definitiva en Paso Real, cerca de Puerto Cabello, y tuvieron que retirarse a esta plaza, la cual rindieron también en marzo de 1836. Desgraciadamente, hostilizado de nuevo Vargas en el Congreso, renunció irrevocablemente: "La mayoría del Congreso de 1836, formada por los amigos de Páez — dice Gil Fortoul — hace inevitable la renuncia de Vargas". Con lo cual llegamos a la dolorosa evidencia de que si una vez Carujo y los militaristas derribaron a Vargas, por dos veces el Congreso y la insensatez de los civiles lo obligaron a renunciar.

El mismo Gil Fortoul establece una conclusión que es importante refutar, porque, como todo lo que se relaciona con las *Reformas,* encuentra después analogías en muchos episodios de la vida nacional. "Felizmente para la República — escribe — la separación de Vargas no significaba el predominio del militarismo sobre el poder civil". No significó el predominio pretoriano y brutal reclamado por los *Reformistas,* pero sí el predominio impreciso, y por eso más temible, basado en la convicción de que únicamente al amparo del caudillo se podía Gobernar en Venezuela.

Vargas se retiró provisionalmente de la Presidencia en marzo del 36; y en mayo, definitivamente. Lo sucedió el Vicepresidente Andrés Narvarte, hasta el 20 de enero de 1837, fecha en la cual, habiendo sido electo nuevo Vicepresidente el General Carlos Soublette, ausente en Europa, se encargó del poder el Vicepresidente del Consejo de Gobierno, General José María Carreño. En el mes de mayo se posesiona Soublette, y continuó hasta enero del 39, en que comenzó el nuevo período. Para éste, que terminó el 43, fue elegido el General Páez, y para el subsiguiente, de 1843 a enero de 1847, triunfó de nuevo el General Soublette sobre los otros dos candidatos Santos Michelena y Diego Bautista Urbaneja.

De propósito deliberado he repetido el nombre de los dos Generales, que dominan ostentosamente el período que reseño en este capítulo, porque no quiero eludir la alarma del lector al ver esa metódica repartición del poder entre dos personas durante dieciseis años. Sin embargo, es justo advertir que los venezolanos nos escandalizamos de ello, en gran parte por las funestas consecuencias que siempre tuvo, posteriormente, el "continuismo" presidencial en Venezuela. Pero aun en los países mejor organizados no era raro ver largos períodos dominados por un solo partido y por dos o tres figuras principales. También rechazamos esa "alternabilidad" entre Páez y Soublette porque después hemos visto muchos casos en que "el Jefe" convertía en simple muñeco a su aparente sucesor. Pero si bien es verdad que Páez fue primera figura durante aquellos dieciseis años, Soublette tenía personalidad propia; y hasta tal punto aquella situación de equilibrio político

tiene el sello de su carácter, que en definitiva no podemos decir si Páez predominaba sobre Soublette como jefe, o éste sobre aquél como consejero. Lo honesto es admitir que fue un feliz y decoroso acuerdo, que honra a ambos Próceres y fue beneficioso para la patria.

Si exceptuamos la revolución de las reformas y algunos pronunciamientos y sublevaciones de menor importancia en 1830, 1831 y 1833, a los cuales ya hemos hecho alusión, podemos decir que los años de 1830 a 1847 fueron de relativa paz. Sólo tendríamos que mencionar también la sublevación en 1837 del Coronel Francisco Farfán, que dió ocasión a que se lisonjeara a Páez con el título de "León de Payara", aunque la acción donde derrotó al semi-bárbaro Farfán, en San Juan de Payara, se redujo a un encuentro donde apenas se combatió.

En cuanto a la situación económica, no me toca analizarla en este trabajo, pero, a grandes rasgos, diremos que fue extraordinariamente buena si la comparamos con el estado que presentaba durante los últimos años de Colombia. El Gobierno pagó el 33% de la deuda que le tocó a Venezuela de la liquidación de la unión colombiana; con excepción del añil, cuya exportación se mantuvo casi estacionaria, las otras exportaciones — en algodón, cacao, café, tabaco y ganado — aumentaron a veces hasta el triple y más, de tal manera que la de ganado vacuno pasó de 1.825 cabezas a 16.127. Fermín Toro nos aporta incidentalmente este dato: "Hasta principios de este siglo la exportación del café era insignificante. En el año económico de 1831 a 32 aquélla fue de 115.000 quintales; y de 1841 a 42 fue de 330.000 quintales, es decir, que en el trascurso de diez años se triplicó" (40). El mismo Toro observa que esta última cantidad representaba 33.000.000 de árboles; lo cual indica — agregamos nosotros — la pujanza de la iniciativa privada en aquel sector de la reconstrucción nacional. Pero a partir de 1842 se presentó una crisis adversa, que tuvo considerables consecuencias políticas porque estimuló la oposición al gobierno y, a lo menos indirectamente, el auge entre el pueblo del partido liberal, recientemente fundado.

En 1842 fueron trasladados a Caracas los restos del Libertador, en medio de una apoteosis que Venezuela esperaba desde 1830. Sin embargo, todavía en 1837 algunos se habían atrevido a censurar a Soublette porque en la fiesta del 5 de julio llamó a Bolívar el Padre de la Patria. ¡Que a tanto pueden llegar las pasiones políticas, aun contra el sentir de toda una nación!

Grave reproche podría hacérsele a los Congresos de aquella época al observar que la absorbente actividad política que los arrastró contrasta con el escaso rendimiento que lograron en el campo de la codificación. Y sin

(40) Fermín Toro, *Reflexiones sobre la Ley de 10 de abril de 1834* Edición del Ministerio de Educación Nacional, Caracas, 1941, pág. 162.

embargo, ésta era una necesidad apremiante, ya que la multitud de leyes heredadas del régimen español — que forzosamente quedaron vigentes a falta de una legislación propia — introducían considerable retraso y confusión en los juicios; situación agravada más aún porque gran parte de aquellas leyes no eran adaptables al régimen surgido con la revolución emancipadora, y también era preciso armonizarlas con las que habían sido sancionadas durante la unión colombiana. Ante una situación análoga en Chile, escribía en 1833 nuestro eminente Don Andrés Bello: "Pocos necesitarán que se les demuestre la necesidad de codificar nuestras leyes... Sin aquel paso preliminar, ni es posible que las leyes sean tan generalmente conocidas, como deben serlo para que dirijan eficazmente la conducta de los hombres, ni pueden dejar de convertirse frecuentemente en medios de opresión, que los poderosos saben emplear contra los débiles, y en lazos y trampas, que la codicia y el fraude arman a los incautos". En 1835 el Congreso acordó la elaboración de cuatro códigos, civil, penal, militar y mercantil; pero de esta iniciativa sólo salió adelante un Código de Procedimiento Judicial, que presentó el Licenciado Francisco Aranda y fue aprobado en 1836. Desde luego, numerosas leyes especiales aparecieron en aquellos años, entre otras la ya mencionada del 10 de abril de 1834, que causó gran revuelo; pero forzosamente he de dejar su análisis a los que reseñan la actividad cultural o la actividad económica de la época.

Muy intensa, por el contrario, fue la gestión diplomática del Gobierno. Diversos tratados fueron celebrados: con los Países Bajos, en 1831; con la Gran Bretaña, en 1834; con Estados Unidos, en 1836; con Francia, en 1833 y 1844; con Suecia y Noruega, en 1841; sobre tráfico de esclavos, en 1839; y en 1845, el tratado mediante el cual España reconoció la independencia de Venezuela. Pero, sin duda, las gestiones más importantes de nuestra cancillería fueron: la que logró en 1834 distribuir las deudas contraídas por la Gran Colombia — que se repartieron entre las naciones que la componían de acuerdo con la población de cada una — y las que trataron de fijar los límites con Nueva Granada y la Guayana inglesa. Con la Nueva Granada se celebró en 1833 un convenio, que por el nombre de los diplomáticos que lo realizaron se ha llamado el Tratado Michelena-Pombo, y el cual solucionaba la cuestión de límites sin injusticia evidente para ninguna de las dos naciones. Pero en vista de que — entre otras estipulaciones que fueron censuradas por el Congreso venezolano — se proponía en aquel tratado que la frontera sobre el Mar de las Antillas comenzara en el cabo Chichivacoa, y Venezuela pretendía que su territorio llegaba hasta el cabo de La Vela, por lo cual "se le hacía perder a la República sesenta y dos millas de costa", el Congreso de 1836 se negó a sancionar el convenio. En vano abogaron en su favor patriotas eminentes como Vargas, Cagigal y Narvarte;

la mayoría de los senadores y representantes insistieron en rechazarlo, y en el Congreso de 1840 quedó descartado definitivamente. Ya veremos más adelante que para Venezuela resultó desastrosa esa actitud. Algo análogo sucedió en las negociaciones con la Gran Bretaña sobre límites con la Guayana: desde 1822 la República había protestado la invasión de los colonizadores ingleses que sobrepasaban el Esequibo, río considerado por Venezuela como su límite con aquella posesión británica; y aunque Inglaterra no aceptó nunca esta pretensión nuestra, a lo menos en 1844 llegó a admitir la extensión de nuestra frontera hasta el río Moroco. Desgraciadamente, en parte por algunas objeciones hechas por el gobierno venezolano al tratado, y en parte por la muerte del Dr. Alejo Fortique, que lo gestionaba, las negociaciones quedaron suspendidas, y también pagaría después Venezuela ese desacierto con nuevas pérdidas de territorio.

Pero sin duda el acontecimiento interno más importante de ese período que estudiamos fue la aparición de un partido de oposición al Gobierno, que tomó el nombre de Partido Liberal y señaló a sus opositores como *Conservadores* u *Oligarcas*. Con lo cual se quería decir también que el Partido Liberal era el único progresista y popular, y sus adversarios políticos — en cualquier época — representarían la conservación de privilegios egoístas y la rutina en la Administración.

Estos conceptos, que por el triunfo del liberalismo, o mejor dicho por la desaparición de los llamados conservadores, pasaron a la historia y dieron lugar a otros juicios no menos tajantes, abren muchas interrogaciones de fondo. Pero ni este trabajo puede tener carácter polémico, ni su extensión me permite aventurar afirmaciones que sin el debido desarrollo resultarían también dogmáticas y caprichosas. Me limitaré, pues, a algunas observaciones dirigidas solamente a romper algunos de los moldes admitidos hasta ahora sobre esas cuestiones, dejando al lector en libertad de formar su propio criterio, e incluso de volver a esos moldes si le satisfacen.

Portavoz del nuevo partido que quedó organizado — en la medida en que alguna vez lo estuvo — con la aparición de El Venezolano en 1840, fue Antonio Leocadio Guzmán. Su oposición al gobierno había comenzado reclamando "hombres nuevos" para la política. Ahora bien, cuando en Europa se pedían hombres nuevos en análogas circunstancias, se quería decir siempre, individuos de extracción popular, o, a lo menos que, por no provenir de las clases dominantes, pudieran darle nuevas orientaciones a la política. En ese sentido la reclamación de Guzmán no correspondía a la realidad: primero, porque casi todos los hombres que lo acompañaron a fundar el partido, y muchos de los que lo siguieron después, estaban tan alejados del pueblo, o más, que los hombres a los cuales se enfrentaban. Y no olvidemos que entre éstos había muchos — Páez el primero — que venían de las clases

humildes o que no daban importancia alguna — en sus juicios y procederes — a distinciones de ese género. Si por "hombres nuevos" se quería significar hombres sin figuración en el pasado, la verdad es que no podían encontrarse sino entre los que, como el propio Guzmán, provenían del campo realista... Y si por "hombres nuevos" debía entenderse hombres jóvenes, es fácil observar los numerosos políticos y periodistas de escasa edad que entonces figuraban en primera línea, entre ellos el mismo Guzmán, Juan Vicente González, Fermín Toro, etc. En toda nación regularmente constituída los jóvenes se incorporan gradualmente a las diferentes actividades rectoras — entre ellas, la política — a medida que se destacan por su capacidad. Llamarlos a la dirección del Estado sólo por ser jóvenes constituye una burda agitación demagógica que no necesita refutación.

En cuanto a la renovación doctrinaria de la política venezolana, prácticamente Antonio Leocadio Guzmán se negaba a ella: "Las instituciones fundamentales de Venezuela — escribía en 1844, o sea cuando ya llevaba cuatro años de lucha "revolucionaria" — no pueden mejorarse para el pueblo: este pueblo interesado por su propia felicidad, haría diez o veinte Constituciones sin mejorar la primera en lo que valgan tres vigilias".

De más poder persuasivo, y más consistente, tenía que ser, como todo agitador, cuando atacaba. Y así creó el mito de que sus adversarios representaban una clase detentadora de todos los privilegios y que vivía a expensas del pueblo. Sin embargo, muy bien sabía que una común miseria era el verdadero problema del país. "La mayor parte de los hacendados — escribía — no tienen ni un paje que les sirva, ni otra cocinera que la de los peones, ni otro vestido que el de lienzo y de listado, ni usan sino alpargatas y sombreros de palma...; puede que en todas nuestras haciendas no se pudieran reunir diez cajas de vino, no se encontrara un jamón, ni se mata al año un pavo, ni gallinas sino en caso de enfermedades". ¿Dónde estaba, pues, aquella clase explotadora que le sirvió de fantasmal comparsa para desatar la venganza popular? Y si así veía la situación económica del país, ¿podía ser provechoso al pueblo lanzar sobre aquella desolación nuevos tumultos devastadores?

Don Fermín Toro, que en el mejor sentido fue más revolucionario que Guzmán, aunque haya quedado catalogado como conservador, nos pinta así la verdadera realidad social de estas naciones hispanoamericanas: "La América ofrece — escribía — una combinación de intereses sociales más complicada que todas las que recuerda la historia. Los principios más latos y atrevidos de la democracia, como un soplo constante que se difunde en todo un hemisferio, comunican calor, actividad y aun fiebre, a masas antes inertes, divididas, clasificadas y como pasadas por un harnero que separaba sangre de sangre y espíritu de espíritu. La convocación está hecha a esta

multitud de fracciones en el campo de la política. Nada las distrae ni las detiene, porque no tienen leyendas tradicionales, ni abstracciones de filosofía, ni escuelas de arte, ni campo a la emulación, ni las precauciones consiguientes a la acumulación de las riquezas. Las masas vienen al terreno de la política puede decirse desnudas, rompiendo con lo pasado, y buscando en lo porvenir la solución de dos cuestiones: mando y propiedad. Este es el gran problema de la armonía social que la América está llamada a resolver..." (41).

En estas observaciones de Don Fermín Toro sí debe buscarse la verdadera necesidad de un partido de oposición que diera voz a las calladas angustias del pueblo.

En cuanto a la opresión que pudiera existir en otros aspectos de la vida política, también confesará después Antonio Guzmán Blanco, en paladino mentís a su padre: "Fue la época de la prensa libre, no estando esa libertad en las leyes. Los periódicos de Venezuela en esa época son dignos de la nación más libre y civilizada de la tierra... Fue la época de las elecciones libres. Había espíritu público y una conciencia nacional. Aquella era la verdadera República" (42).

Desde luego, sólo pretendo con estas observaciones dislocar algunos juicios rutinarios que sobre los grupos políticos de aquella época se repiten sin examen. Derivados casi todos esos juicios de las polémicas del siglo pasado, merecerían con criterio actual y científico una revisión a fondo. Y en cuanto a Antonio Leocadio Guzmán creo que dejo en pie lo esencial: que si en su vida hubiera demostrado el desinterés a que lo obligaban los principios que proclamaba, no hay duda de que por su papel de agitador político podría reclamar puesto eminente entre nuestro liderato civil.

Quiero también explicar por qué no sigo la terminología con la cual Gil Fortoul distingue las diferentes etapas de nuestra historia política, y que casi todos los historiadores venezolanos acatan. Según aquel eminente crítico, desde 1830 a 1863 estuvimos sujetos a un gobierno oligárquico: "Oligarquía — dice — porque la clase social menos numerosa se arroga la gobernación del Estado". Pero esto hace surgir dos objeciones, cuando menos: que no todo gobierno minoritario puede llamarse oligárquico; y que si por ese

(41) Para la ampliación de estos conceptos, ver *Libertad y Justicia Social en el pensamiento de Don Fermín Toro*, por Augusto Mijares, Caracas, 1947. Y para la pintura de la miseria en las ciudades y aldeas de Venezuela, según el testimonio del mismo Toro, ver el volumen consagrado a éste por las Ediciones del Ministerio de Educación Nacional, Caracas, 1941. Sobre la usura — que Toro consideraba peor que el parricidio y el sacrilegio — concluye, sin embargo, que sólo es el fruto de aquella común miseria; y acerca del agobiador ambiente de las aldeas es magistral la pintura que hace en su discurso sobre federación y centralismo el 28 de setiembre de 1858.

(42) Citado por González Guinán. *Historia Contemporánea de Venezuela.* Tomo III, pág. 444.

motivo le damos ese calificativo a los gobiernos de aquel período, no lo merecerían menos los gobiernos posteriores, pues es bien sabido que la participación popular en ellos — tanto de hecho, como por medio del sufragio — fue tan restringida como antes, o más. Distingue después Gil Fortoul una Oligarquía Conservadora, hasta el 24 de enero de 1848, y de allí hasta el 63, una Oligarquía Liberal. ¿Debemos aceptar, pues, que en el 48 se realizó la sustitución de una clase social por otra? Ni siquiera un verdadero partido sustituye a otro: primero, porque en tiempos de los Monagas jamás hubo forma alguna de deliberación partidista — o programa definido de partido — que se sobrepusiera a la voluntad de los caudillos gobernantes; y segundo, porque tampoco podemos decir que hasta el 48 gobernara un partido conservador: Soublette, fue liberal tanto en economía como en política; a Michelena lo llamaba Guzmán, en su peculiarísimo estilo, "un liberal de la más honrada secta"; ¿acaso podríamos llamar conservadores a hombres como Vargas, Toro, etc., o al propio Guzmán que figura en aquellos gobiernos hasta el año 40?

Refiriéndose a Antonio Leocadio, dice Gil Fortoul: "Del 40 al 46 Guzmán se opone al gobierno en que había figurado y aparece como jefe del nuevo partido liberal: calificativo exacto, porque si bien acepta en todas sus partes la Constitución oligárquica vigente, e instituciones como la esclavitud, con su solo paliativo de manumisión, y leyes como la de conspiradores, con pena de muerte, aspira sin embargo a abrirle nuevo horizonte a la opinión nacional, se hace periodista popular, y pide una práctica más amplia del principio de alternabilidad..." Como vemos, era mucho más lo que Antonio Leocadio "aceptaba" que lo que "aspiraba"; y en todo caso, si por esas aspiraciones merecía el calificativo de liberal, tendríamos que retirarle éste al gobierno de los Monagas, durante los cuales no hubo libertad de prensa, ni otra alternabilidad que la de las camarillas palaciegas, ni ningún horizonte abierto a la opinión popular. Más amplio en este sentido aparece el Gobierno de Antonio Guzmán Blanco — aunque sólo fuera en las declamaciones oficiales, las arengas a "las tropas" y los festejos populares — y, sin embargo, Gil Fortoul lo llama la Autocracia. Finalmente, observamos también que en el Período de la Oligarquía liberal, Gil Fortoul incluye también los años 58 al 63, durante los cuales la capital de la República y gran parte de ésta estuvo dominada, primero por la fusión de grupos que derribó a los Monagas y, después, por la Dictadura paecista.

Por estas razones he preferido llamar simplemente de "El gobierno deliberativo" a este período que comienza en 1830. Y me parece que concluye en 1846, porque ya en este año el personalismo destruye por completo la sinceridad de la deliberación política. De tal manera que el 24 de enero de 1848 no será, como veremos, sino la culminación de una lucha que,



EL 19 DE ABRIL DE 1810, POR JUAN LOVERA
*(Foto cortesía de Alfredo Boulton)*

en ambos bandos, es tan censurable en sus procedimientos como mezquina en su finalidad.

Las grandes discusiones que durante el período 1830-1846 le dan animación a la vida pública — sobre relaciones exteriores, patronato, federación o centralismo, atribuciones de las diferentes autoridades, religión del Estado, educación, bancos, caminos, créditos, arbitrios rentísticos, desarrollo de la agricultura, leyes como la del 10 de abril de 1834 que adquiere amplia trascendencia social y hasta filosófica, castigo o amnistía para los revolucionarios y conspiradores, inmigración y colonización, el juicio por jurados, la esclavitud, etc. — toda aquella esperanzada deliberación sobre los intereses del país, diariamente expuesta en los Congresos y en la prensa, no volverá a aparecer sino casi un siglo después, en 1936, que es cuando comienzan a estructurarse verdaderos partidos políticos. Exceptuamos desde luego fugaces paréntesis, como el de 1858; y rehusamos tomar en cuenta los momentos en que tales discusiones fueron promovidas sólo para abrirle camino a otros propósitos de los gobernantes o de sus camarillas.

## DE LA DEMAGOGIA AL DESPOTISMO (1846-1858)

*El 9 de febrero de 1845, victoria pírrica de los demagogos. — Se desnudan las maniobras personalistas. — La Muerte de Urdaneta. — Las elecciones del 46. — Salom. José Félix Blanco. — Triunfa José Tadeo Monagas. — Páez y sus amigos, que lo habían respaldado, le preparan una "revolución constitucional". — El 24 de enero de 1848. — José Tadeo y José Gregorio durante diez años más.*

EL VAIVEN entre la anarquía y el despotismo, que se ha señalado como característica de los pueblos hispanoamericanos después de su emancipación, no comienza en Venezuela, a nuestro parecer, sino a partir de 1846, cuando dividido prematuramente el núcleo legalista en dos bandos irreconciliables, que no llegaron a ser verdaderos partidos políticos, ambos se lanzaron ciegamente a las vías de hecho y se acogieron con suicida confianza al predominio del "hombre fuerte". Hasta entonces, aun los momentos más graves de nuestra historia — la "patria boba" en 1812, el caudillismo de 1813 a 1819, la crisis de *la Cosiata,* el año 35 — estuvieron dominados por el respeto a las instituciones legales; y por escandalosos que nos parezcan algunos de los sucesos de aquellos años, no exceden de los que se veían aun en los países mejor organizados, ni llegan a torcer la línea ascendente de nuestra evolución política. Sobre todo, no desmoralizaron a la colectividad, ni alteraron en lo fundamental los propósitos con que había nacido la República. Y tanto es así que el espíritu cívico que, por sus excesos, contribuyó a la pérdida de la Patria en 1812, sólo fue condenado como importuno en vista de los peligros que desde el exterior nos amenazaban; durante el caudillismo de 1813 a 1819 jamás se perdió la idea de volver al gobierno regular y deliberativo (43) y algunas medidas lamentables — la de la guerra a muerte, por ejemplo — inmediatamente comenzaron a ser corregidas y se consideraban

(43) En 1816 escribía Bolívar a Madariaga: "En vano las armas destruirán a los tiranos, si no establecemos un orden político capaz de reparar los estragos de la revolución. El sistema militar es el de la fuerza y la fuerza no es gobierno". O'Leary, *Cartas del Libertador,* tomo I, pág. 116.

como situaciones de excepción que no podían justificarse; la *Cosiata*, alarmó tanto por la ilegalidad de sus procedimientos que aun cuando podía justificarse por el deseo separatista de Venezuela, el propio Páez decía en 1837: "Los sucesos de 1826, a los que me condujo una acusación injusta y peor interpretada por algunos, hecha contra mí en el Senado de Colombia, me llenan todavía de amargura y arrepentimiento" (44); y en cuanto al año 35, si por una parte queda en nuestra historia como un símbolo ominoso, no debemos olvidar que provocó tal repulsa que casi llegaríamos a decir que fue favorable a la moral pública, en ese sentido; y por otra parte, agrupó alrededor de Vargas un núcleo valiosísimo de civiles y de militares. Por el contrario, el ambiente que comienza en 1846 arrastra por igual a los dos bandos, establece la violencia — en forma de calumnias o por vías de hecho — como arma política legítima, anticipa que el predominio sectario y excluyente será el objetivo final de la lucha, y cambia así, en lo más profundo del alma colectiva, los conceptos básicos de la legalidad y de la convivencia política.

Ya hemos visto el frenesí con que la prensa dirigida por Antonio Leocadio Guzmán atacaba al propio Presidente Soublette y al General Páez. Contra el Coronel José Félix Blanco, uno de los candidatos a la Presidencia para el 46, no era menos injusta: "Clérigo apóstata — le decía en *Las Avispas* — coronel tonsurado, una triste prueba presentaría Venezuela en este siglo de luces a los ojos del mundo presentando al padre Blanco para Presidente de la República" (45). Nada menos exacto que ese juicio: el Coronel Blanco era un abnegado republicano desde el año 10; dejó los hábitos para servir a la Patria con las armas; durante la Gran Colombia siempre que se necesitó un administrador eficiente y austero para algún cargo delicado, se le llamaba con empeño; defendió las instituciones en 1835; inspiró siempre respeto en todos los cargos que desempeñó durante la República — Ministro de Guerra y Marina, Representante en el Congreso, miembro del Consejo de Gobierno — y se ocupó también en reunir documentos para completar los que Don Cristóbal Mendoza y Francisco Xavier Yanes habían publicado con el título de "Vida Pública del Libertador" (46).

(44) General José Antonio Páez, *Autobiografía*. Pág. 292 de la edición de 1946, Caracas.

(45) Citado por Ramón Díaz Sánchez en su admirable obra *Guzmán, elipse de una ambición de poder*. El mismo autor reproduce también los agresivos versos de Rafael Arvelo contra Blanco, y observa con mucha perspicacia que "contra el Padre Blanco se desborda toda la acrimonia, todo el sarcasmo de los escritores del partido", en tanto que "a Monagas, oligarca, procura persuadirlo con una serie de consideraciones conceptuosas de carácter moral". Funesto servilismo que también los demagogos se permiten muchas veces.

(46) Así se formó la llamada colección Blanco y Azpurúa, cuyo título completo es *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador de Colombia, Perú y Bolivia*, aumentados y publicados por Ramón Azpurúa. Fue editada por orden de Guzmán Blanco en 1875.

Juan Vicente González lanzaba cataratas de injurias, en su "Diario de la Tarde", contra Antonio Leocadio Guzmán; mientras Felipe Larrazábal, que era frenético guzmancista, no vacilaba en adulterar hasta los sucesos más recientes para ensalzar a su ídolo: "Parece — escribía — que la estrella de Guzmán es salvar a la tierra. El 26 contiene a la revolución y la deshace; cerró después el abismo de la anarquía y de la guerra civil; el 30 echó los cimientos del poder legal con la Alocución que firmó Páez; el 35 salva las instituciones..." Todo tan falso como su posibilidad de salvar a la tierra.

Desgraciadamente en las vías de hecho se marchaba al mismo paso. El 9 de febrero de 1845 Antonio Leocadio Guzmán compareció ante un jurado para responder por abusos de la libertad de imprenta; aunque los pormenores de este juicio tienen mucho sabor, no son esenciales; el resultado sí es significativo y debía tener prolongadas consecuencias: la turba guzmancista invadió el Tribunal, atemorizó al juez y coaccionó al jurado; la sentencia absolutoria fue celebrada como un triunfo político contra el Gobierno y la Oligarquía, en medio de insensatos alardes callejeros y, por supuesto, al mismo tiempo que los delirantes secuaces del tribuno celebraban la fuerza que lo rodeaba, sin duda sus adversarios tomaban nota de que la lucha sería a muerte y se aprestaban a cambiar sus temores en agresividad. Lo cierto es que el recuerdo de aquella temeraria victoria perduró como una amenaza contra Guzmán y los guzmancistas, de tal manera que en 1847, cuando aquél fue condenado a muerte por conspirador y su esposa pidió al Ministro español Muñoz Funes que intercediera, esto "dio margen a que los exaltados (que eran ahora los del bando contrario) promovieran escándalos y dijeran por la prensa que la clemencia que se pretendía del Presidente sería crueldad para el resto de los venezolanos inocentes: que la revolución debía castigarse en su principal autor: que la exigencia del diplomático sería un *nueve de febrero* en grande, un *nueve de febrero* que llenaría de ignominia a Venezuela" (47).

Esta condena de Guzmán era, a su vez, consecuencia de la misma lucha sin escrúpulos. En vista de la pugnacidad que mostraban las facciones en vísperas de las elecciones, el General Mariño, que vivía retirado en su hacienda de La Victoria, formó el proyecto de una nueva entrevista entre el General Páez, que vivía en Maracay, y Antonio Leocadio Guzmán, que con aquel objeto, e invitado por Mariño, salió de Caracas para La Victoria. Pero es el caso que, apenas Guzmán se hubo puesto en marcha, acompañado de algunos amigos, comenzaron a agrupársele por el camino numerosos contingentes de partidarios, muchos de ellos armados, y todos exaltados y vocingleros. Ya esto era bastante amenazador — de acuerdo siempre con

(47) González Guinán. *Historia Contemporánea de Venezuela,* tomo IV, pág. 360.

el recuerdo del 9 de febrero — y para colmo de males, algunos guerrilleros que se decían liberales — entre ellos un semi-bandolero llamado Francisco Rangel — se alzaron sin más ni más, cometieron numerosas fechorías y llegaron a dar la impresión de que gran parte de la República recurría a las armas. A su vez, los que acompañan a Guzmán pierden la cabeza y algunos de ellos se unen a los rebeldes (entre otros el futuro caudillo Ezequiel Zamora), o bien forman nuevas partidas sediciosas o escapan al extranjero. El propio Guzmán, que trata de regresar a Caracas, es detenido en Antímano, y aunque se le deja en libertad, no se siente seguro y se esconde. Como vemos, apariencias más que suficientes para que pudiera inculpársele el haber promovido deliberadamente la revolución. Y la ley contra conspiradores — refrendada por el mismo Guzmán como Ministro del Interior en 1831 — señalaba para aquel delito la pena de muerte...

Esto sucedía en setiembre del 46, y en octubre debían celebrarse las elecciones. Toda la República lamentaba aún la muerte del General Rafael Urdaneta, ocurrida en París en agosto de 1845, y a la pesadumbre que debía producir la desaparición de aquel insigne patriota, se unía la amargura de pensar que su candidatura a la Presidencia de la República le hubiera evitado a ésta los funestos antagonismos que la sacudían. Si Bolívar se llamó a sí mismo "el hombre de las dificultades", Urdaneta pudo llamarse el hombre de las responsabilidades, porque tanto en la guerra como en la administración pública, siempre le tocaron las misiones más difíciles, y todas supo cumplirlas con el solo propósito de servir a la patria y el más puro desinterés. El último rasgo de su vida no fue sino natural culminación de toda ella: como alguien le indicara la necesidad de hacer testamento, "no dejo en el mundo sino una viuda y once hijos en la mayor pobreza", contestó; y su última voluntad fue que se devolviesen los sueldos que había recibido anticipados para el viaje y que por su muerte debían reingresar al erario nacional. "Iba a aprovechar su misión diplomática — dice Gil Fortoul — para contratar un empréstito en Europa destinado a abolir la esclavitud. Y éste hubiera sido el primer acto de su Presidencia. Con lo que la historia venezolana habría tomado otro rumbo".

Sin embargo, ya hemos visto como los demagogos trataban de excluir de la lucha electoral al Coronel José Félix Blanco, Prócer también de dilatados servicios, laborioso y honesto. Otro de los candidatos, tan valioso como Blanco y con más popularidad aún, el General Bartolomé Salom, fue así mismo alejado del triunfo brutalmente. Pero en este caso por Páez. El historiador González Guinán nos narra así la dramática escena de equella exclusión: "Como el General Páez no perdía de vista la marcha del proceso eleccionario y apenas faltaban veinte días para la reunión de los colegios electorales, aprovechó su regreso a Maracay para hacer evidentes sus pro-

pósitos (48) convocando al efecto en su casa de habitación a los hombres políticos que allí se encontraban, entre los cuales estaba el señor doctor Angel Quintero. Muchos civiles y militares asistieron al acto, y el General Páez les manifestó la conveniencia de hacer público el nombre del candidato por el cual habían de influir para elevarlo a la Presidencia de la República, y los excitó a emitir libremente sus opiniones, reservando la suya como para no aparecer imponiéndola *a priori*. Todos los concurrentes al acto daban como fracasada la candidatura del señor Guzmán, a quien reputaban ya como un reo de Estado, y comenzaron a recomendar varios candidatos. Junto con los nombres de los que ya estaban en escena que contaban con algún séquito electoral, sonaron otros nombres; siendo el más aceptado entre todos el del señor General Bartolomé Salom. El señor doctor Quintero era decidido partidario de esta candidatura, que en la provincia de Carabobo contaba con una lujosa mayoría representada por una respetable fusión de conservadores y liberales; y observando el General Páez que podía tener el asentimiento de aquel concurso el discreto y valeroso expugnador de El Callao, dijo estas palabras: "Si el General Salom resultara elegido Presidente de Venezuela, al día siguiente tomaría yo el camino del destierro".

Agrega González Guinán que "el silencio que reinó en la reunión imprimió a ésta un carácter sombrío", y concluye:

"Continuaba reinando el silencio cuando el doctor Quintero preguntó al General Páez si tenía algún candidato que recomendar. —Sí lo tengo, contestó el Jefe del Ejército. Mi candidato es el Benemérito General José Tadeo Monagas".

El General Salom era hombre de tales méritos que, como se mostrase reacio a aceptar el gobierno político del Departamento de Maturín en 1828, el Libertador le escribió: "Yo no quiero que la República se pierda en mis manos, ni usted tampoco lo deseará. Así, le ruego con lágrimas en los ojos y postrado a sus pies que no me abandone, haciendo el sacrificio honroso de ir a Maturín..." Y después se lo agradece en esta forma: "...no puede usted imaginarse cuánto placer me ha causado saber que usted se ha resignado a un sacrificio que ha debido costarle mucho: sólo yo, que conozco a usted tan a fondo, sabré apreciarlo" (49).

Páez se había decidido por Monagas porque creía poder someterlo a su voluntad. Pero ni los antecedentes del caudillo oriental, ni otras demostraciones de carácter independiente, que se apresuró a dar antes de haber

(48) En la ciudad de Calabozo había el General Páez hecho sus primeras manifestaciones en favor de la candidatura del General José Tadeo Monagas. (Nota de González Guinán).

(49) *Cartas del Libertador*. Edición V. Lecuna. Tomo VII, págs. 187 y 282.

sido elegido Presidente (50), prometían el triunfo al vergonzoso objetivo de su elector.

En definitiva los votos de los colegios electorales fueron: por José Tadeo Monagas, 107; por Salom, 97; por Guzmán, 57; por José Félix Blanco, 46; por José Gregorio Monagas, 6; por Páez, 2; por Manuel Felipe de Tovar, 2; por Santos Michelena 1; y por el General Mariño, 1.

Si consideramos la decidida oposición de Páez a Salom; que éste debía luchar también contra la demagogia de Guzmán, y que a pesar de eso obtuvo apenas diez votos menos que Monagas y cuarenta más que Antonio Leocadio, debemos considerar que aquellos resultados indicaban una gran dosis de sensatez y de valor moral en los electores. Por otra parte, Salom y Blanco, que sólo representaban sus cualidades personales de honradez y patriotismo, tuvieron partidarios en ambos bandos y acumularon, juntos, 143 votos, o sea, amplia mayoría sobre el autoritarismo y la demagogia. Es la única nota optimista que podemos anotar en aquellos días, porque de resto, entre el 9 de febrero de 1845 y el 24 de enero de 1848 se desarrolla una carrera de la anarquía hacia el despotismo, en la cual todos los políticos parecen competir en errores y violencias.

Perfeccionada la elección por el Congreso en favor de Monagas, éste se juramentó como Presidente el 1º de marzo de 1847, y sus dos primeros pasos parecieron confirmar las esperanzas que tenían los paecistas de convertirlo en mera figura decorativa: como no tenía casa puesta en la capital, aceptó la hospitalidad que Páez le brindó en la suya de *La Viñeta* (hoy esquina del Mamey); y nombró Ministro del Interior y Justicia al Dr. Angel Quintero, que era el Consejero íntimo de Páez desde hacía muchos años.

Tan halagüeños indicios excitaron más la actividad de los intrigantes, y esto, a su vez, debía acelerar la ruptura con el cauto Monagas, y justificarla. Alojado en la casa de su elector, es claro que el Presidente sólo podía escuchar a los amigos de aquél; los independientes que se acercaran al nuevo mandatario, debían, hasta por natural deferencia, darle primacía al dueño de la casa; y los descontentos y liberales, ni siquiera podían visitarlo. Incluso Monagas tuvo que afrontar en esa situación un incidente casi humillante; y fue que habiendo sido hecho prisionero el bandolero Rangel, de quien ya hemos hablado y que con otros jefes liberales de más categoría había continuado en armas, los que se apoderaron de él lo mataron sin fórmula de

(50) Admirable en este sentido es la carta en que dice categóricamente a Soublette el 3 de noviembre de 1846: "...yo nunca admitiría una Presidencia en que me viera obligado a proceder al beneplácito de un corto número, desatendiendo los intereses de todos, que es el deber primordial de un magistrado". González Guinán, tomo IV, pág. 228. Lamento no poder extenderme a la narración de todo el incidente, que en un trabajo más extenso que éste merecería interesantísimos comentarios.

juicio, salaron su cabeza y se la remitieron al Presidente. Se cuenta que la caja donde llegaba el macabro trofeo fue abierta ante Monagas sin que éste supiera lo que contenía, y que su única respuesta fue un hosco silencio. Casi tan repulsiva, en el orden moral, como ese hecho, fue la insistencia del Ministro Quintero, apremiando a los jueces para que dieran pronta sentencia en el proceso que se seguía a Guzmán, y anticipándose a declarar culpable a éste en notas oficiales. Y no contentos los de la cábala con exigirle al Presidente tales anticipos de complicidad, idearon también la manera de maniatarlo definitivamente, y con tal fin comenzó a discutirse en las Cámaras una reorganización de las Milicias bajo un Inspector General, que naturalmente debía ser Páez.

Es evidente que Monagas tenía no sólo el derecho, sino el deber, de actuar en la Presidencia con absoluta independencia de todo grupo o persona; pero además es fácil comprender, como hemos dicho, que la injuriosa conducta de los paecistas sólo podía acelerar los propósitos que ya había manifestado en aquel sentido. Comenzó, pues, por establecerse en casa propia; logró que el proyecto de Ley de Milicias no pasara adelante; nombró nuevo Gabinete; y, señal definitiva, indultó a Guzmán que había sido condenado a muerte. Se dice que en respuesta a Doña Carlota Blanco de Guzmán, esposa del condenado, que le imploraba de rodillas, manifestó: "Señora, levántese usted, por Dios, y váyase persuadida de que yo no he venido a este puesto a servir de instrumento a las pasiones de nadie". Lo cual valía por un buen programa de gobierno, si entre esas pasiones hubiera puesto también las suyas. Sobre todo, la tendencia al mando absoluto concentrado en su familia, que tan funesta sería para la República.

Si los paecistas hubieran conservado algo de patriotismo, de respeto a la ley, o siquiera de prudencia política, han debido aceptar las consecuencias de su atropellada conducta, y resignarse o esperar. También eso era demasiado para ellos y, antes de haber terminado el año, ya tenían preparada la "revolución constitucional" mediante la cual pretendían destruir a Monagas.

"Revolución constitucional", así la llama José Hermenegildo García en carta al Dr. Angel Quintero, al pie de otra que al mismo Quintero, y sobre la misma tramoya, dirige Miguel Mujica, en diciembre de 1847 (51). "Fuego a Breno y los suyos hasta arrojarlos del Capitolio, o somos perdidos para siempre!", decía Mujica. Y García añadía: "La patria se pierde sin una reacción que logre cambiar la superficie y fondo de las cosas, sin una

(51) Archivo Nacional, Caracas. *Papeles de Don Ramón Azpurúa*, tomo XXI, folio 309. Citadas también por el Dr. Vicente Dávila en sus *Investigaciones Históricas*, tomo II.

revolución constitucional, Ud. lo sabe". "Entre los medios que puede emplear (Páez) a fin semejante, que debe emplear con éxito seguro, sea desde luego avistarse con todos los Diputados a Congreso que traigan la carrera de occidente, y recabar de ellos por fuerza del influjo de sus altas virtudes públicas, de esa magia, con que el cielo le ha dotado para resolver las más complicadas cuestiones en los intereses venezolanos, que las Cámaras legislativas se trasladen de esta capital a un punto cualquiera en que aumenten las probabilidades de un juicio constitucional al actual jefe del Ejecutivo".

La fecha de esas cartas indica — como muchos otros documentos, además — que el Presidente estaba condenado antes del 24 de enero del 48, fecha en que hacen crisis estas innobles maniobras cuando Monagas, a su vez, deja caer la cachiporra y aplasta al Congreso donde se fraguaba su destitución, las instituciones todas de la República y las últimas esperanzas de equilibrio cívico.

Monagas probó después que valía menos que Páez, pero no por eso puede considerarse legítimo que la camarilla de éste tomara al Congreso como instrumento para prepararle una "revolución constitucional" antes de cumplirse el primer año de su mandato; y valía infinitamente menos que Vargas, pero en realidad se le quería aplicar el mismo procedimiento con que "la mayoría del Congreso de 1836, formada por los amigos de Páez, hace inevitable la renuncia de Vargas".

El 24 de enero de 1848 ha sido llamado popularmente "el día del fusilamiento del Congreso", aunque no hubo tal fusilamiento, ni la Cámara del Senado sufrió atropellos. Objetivamente lo que ocurrió fue una dispersión tumultuaria de la Cámara de Representantes, durante la cual las turbas que habían amenazado a este cuerpo dieron muerte a los Representantes José Antonio Salas, Juan García y Francisco Argote, y resultó herido el eminente Don Santos Michelena, que falleció a consecuencias de esas heridas, el 12 de marzo. También quedó herido el jefe de la guardia del Congreso, Coronel Guillermo Smith, Prócer de la Independencia y respetado político; y fueron asesinados los ciudadanos Julián García y Dr. Manuel María Alemán, un Capitán de milicias y dos milicianos.

Para dilucidar las responsabilidades de tan atroz acontecimiento, los escritores — sobre todo los del siglo pasado — discutieron, tanto desde el punto de vista llamado liberal como del opuesto, acerca de multitud de pormenores: si Monagas preparó deliberadamente aquella carnicería y, sobre todo, la muerte de Don Santos Michelena y de Julián García, contra los cuales tenía motivos de resentimiento; si solamente dejó hacer y la verdadera responsabilidad del tumulto debe caer sobre el grupo de dirigentes liberales

que deseaban lanzarlo a la ruptura definitiva (52); si la Cámara fue la que realmente provocó el suceso, tanto por su insistencia en mantener guardia armada independiente, como por la violencia que hizo al Ministro Sanabria, comisionado en aquellos momentos para presentarle el mensaje presidencial; si los que pretendieron asaltar la Cámara eran hombres del pueblo espontáneamente armados, o grupos homicidas comandados por los agitadores liberales; si los tiros que ocasionaron las primeras víctimas partieron de la guardia del Congreso o del populacho, etc., etc.

Que Monagas se ocupara en preparar el asesinato de Don Santos Michelena y de Julián García, es absurdo y sólo puede citarse como un ejemplo de los extremos a que llega la pasión política. Pero aun cuando Monagas no hubiera preparado tampoco el 24 de enero, hizo algo más grave, que fue hacerlo declarar fiesta nacional por el Congreso de 1849. Su propio Ministro del Interior lo había llamado "suceso escandaloso y lamentable", y que Monagas y sus incondicionales lo festejaran después, equivalía a aceptarlo sobre sus conciencias con todos los crímenes que en él se cometieron.

El 24 de enero de 1848 es también una fecha nefanda en nuestra historia, porque abre un período de diez años de despotismo, durante el cual desaparece la discusión por la prensa y no vuelven a realizarse elecciones libres, el Congreso — atemorizado o corrompido — se allana a todas las exigencias del Ejecutivo, se interrumpe la tradición de moralidad administrativa que había sido mantenida por todos los gobiernos desde la revolución de 1810, por primera vez se modifica la Constitución con fines desvergonzadamente personalistas, y sólo le quedará a la nación, para salir del indefinido predominio familiar de los Monagas, el azaroso recurso de la rebelión armada.

Ese período de diez años se distribuye así: de 1847 al 50 inclusive, Presidencia de José Tadeo Monagas; del 51 al 54, Presidencia de su hermano José Gregorio; para el período 55 al 59 volvió a ser elegido José Tadeo; y el año 57 se reformó la Constitución, se aumentó a seis años el período presidencial, y fueron elegidos Presidente y Vicepresidente el mismo General Monagas y su sobrino (que era también su yerno) Coronel Francisco J. Oriach. Era demasiado: un acuerdo entre liberales y conservadores, y entre

(52) En este sentido nos parecen extraordinariamente reveladoras las declaraciones de Antonio Guzmán Blanco, según las cuales el grupo liberal más agresivo, que no sólo quería separar a Monagas de los paecistas, sino también de los liberales moderados de José Félix Blanco, llevado de este propósito organizó milicias antes del 24 de enero "y estaba tan preparado todo, que el 23 durmieron entre Chacao y Candelaria, en formación, las milicias de Petare, de Mariches, Guarenas, etc." (A. L. Guzmán, *En Defensa de la causa liberal*, págs. 59 y 67). La intransigencia de aquel grupo contra los otros liberales, en circunstancias tan delicadas, prueba también de paso, a nuestro juicio, que en realidad los partidos de aquella época no pasaron nunca de ser camarillas pugnaces, y casi siempre personalistas.

civiles y militares, derribó a Monagas. El 5 de marzo de 1858 lograron los conjurados el pronunciamiento del General Julián Castro, Gobernador de la Provincia de Carabobo; Monagas, después de una débil tentativa de resistencia, que se redujo a pedir al Congreso facultades extraordinarias, comprendió que estaba perdido y renunció el 15 de marzo.

No era ésa, sin embargo, la primera revolución que afrontaron los Monagas. En 1848 se sublevó el General Páez como consecuencia del 24 de enero, y aunque logró mover los llanos de Apure y el occidente del país, fue vencido y tuvo que huír a Nueva Granada. Hasta fines del año hubo, sin embargo, varios intentos de revivir la revolución, tanto en oriente como en occidente; en 1849 volvieron a aparecer partidas en las Provincias del centro y Páez invadió de nuevo, por la Vela de Coro, para ponerse al frente de la rebelión; pero con muy escasas tropas y cercado por 10.000 hombres del gobierno, tuvo que entregarse. Conducido a Valencia y después a Caracas, fue recluído finalmente en el Castillo de San Antonio, de Cumaná, donde permaneció hasta su expulsión del país en 1850. Nota memorable en estos desgraciados acontecimientos fue la actitud del Senador liberal Estanislao Rendón, que reclamó no continuara preso aquel prócer sin seguírsele juicio y en un lugar que no era cárcel pública; y como sus colegas del Congreso lo recriminaran por defender a un enemigo, les contestó que él defendía principios y no personas (53). En 1851 se habló de una conspiración y, cosa extraordinaria, los amigos de la "dinastía" comenzaron a separarse en *tadeístas* y *gregorianos* según prefirieran al uno o al otro hermano. En 1852 hubo algunos alzamientos y el 53 una rebelión mucho más seria, que comenzó en las Provincias de Carabobo, Aragua y Guárico, y se extendió después a oriente. Pero también fue debelada, así como la que el año 54 se inició en occidente y llegó hasta Carabobo. Nota siniestra en esta última fue el fusilamiento de uno de los jefes rendidos, el General Juan Bautista Rodríguez, y el asesinato del Comandante Antonio José Vásquez que estaba preso en Caracas. "...Uno de los Alcaides de la cárcel — narra González Guinán — que de tiempo atrás se le mostraba como amigo muy sincero al Comandante Vásquez, le insinuó la conveniencia de la fuga ante la perspectiva de un cadalso; el preso aceptó el concurso que se le ofrecía para evadirse; en la noche del 21 de octubre escaló las paredes de la prisión con la certidumbre de encontrar afuera un caballo aperado listo para partir; pero al descender a la puerta sólo halló soldados que lo custodiaban y que inhumanamente lo sacrificaron. Al día siguiente, era domingo, en las primeras horas de la mañana, sobre un sucio catre fue conducido, manando sangre

(53) Rendón había sido, sin embargo, atacado ferozmente por Juan Vicente González, el cual llegó a decir que aquel eminente liberal y Bruzual, eran "frutos de la horca". ¡Que a tanto puede llegar la injusticia en las luchas civiles!

todavía, el cadáver de aquel infeliz, por las calles principales de la capital hacia el cementerio del norte (54). Un grupo considerable de personas que salían de la misa de la iglesia de San Francisco, contempló con mirada atónita aquel salvaje espectáculo..."

Como hemos dicho, el año 55 comenzó la segunda presidencia de José Tadeo Monagas, y puede decirse que transcurrió sin graves alteraciones del orden público, hasta que el temerario intento del Presidente, en 1857, de continuar en el poder y dejarlo eventualmente a su sobrino y yerno, desató el reprimido descontento de toda la nación y preparó, para 1858, la llamada Revolución de Marzo, de que hemos hablado.

Acerca de la actividad gubernativa en todo el decenio se puede decir, con muy pocas variantes, lo que escribe sobre la época de José Gregorio, el Dr. González Guinán: "En realidad la irregularidad del Gobierno ofrecía abundante materia para los ataques de la oposición, porque la política no se conducia con acierto, la administración era abandonada e incompetente, el espíritu especulativo impulsaba a muchos hombres públicos, el presupuesto no se pagaba con regularidad, el crédito público estaba postrado, el progreso carecía de manifestaciones y el agio imperaba en todas las operaciones fiscales" (55).

Tan funesto período, en que se iniciaron o agravaron los peores precedentes de nuestros vicios políticos posteriores, se ha salvado hasta cierto punto ante la historia por dos grandes medidas: la supresión de la pena de muerte por delitos políticos, según ley del 13 de abril de 1849, y la abolición de la esclavitud, por ley del 23 de marzo de 1854.

Ambas medidas representaban una arraigada aspiración de la conciencia pública y la segunda de ellas había sido reclamada desde los primeros movimientos emancipadores. En Venezuela el asesinato político, tanto el dirigido contra los gobernantes, como el que pudiera amenazar a los ciudadanos — e incluyendo entre ellos los que mediante ley y sentencia toman apariencia jurídica — siempre ha sido visto con horror. En cuanto a la tendencia igualitaria del carácter venezolano y de nuestra tradición política, recordemos que el movimiento de Gual y España en 1797 declaró "abolida

(54) El periodista conservador Juan Vicente González dice que el cadáver de Vázquez fue enterrado en Coticita, lugar donde el realista Quero hacía degollar a sus víctimas. (Nota de González Guinán).

(55) González Guinán, tomo V, pág. 268. A pesar de la dudosa propiedad de su estilo, hemos recurrido a este fragmento porque siendo de un historiador liberal es irrecusable. Claro está que donde dice espíritu especulativo quiere decir espíritu de lucro; y en este sentido agrega Gil Fortoul que, "aunque el presupuesto de gastos era ilusorio, por falta de fondos, no vacilaba el Congreso en dar pruebas de favoritismo pecuniario, cuando era el Ejecutivo quien se lo insinuaba o imponía", y cita tres decretos con gruesas atribuciones de dinero a ambos Monagas.

la esclavitud como contraria a la humanidad", proclamó la igualdad natural entre todos los habitantes de las Provincias y Distritos, y "encarga que entre Blancos, Indios, Pardos y Morenos reine la mayor armonía, mirándose como hermanos en Jesucristo, iguales por Dios". Ya hemos visto como en 1811, el primer Congreso de Venezuela antes de declarar la independencia comisionó "a algunos de sus miembros para el proyecto de una constitución democrática", y que esta finalidad democrática de nuestras instituciones era lo que Don Martín Tovar Ponte consideraba como prueba de que deseábamos ser independientes. Bolívar encareció siempre la libertad de los esclavos, emancipó a los suyos, y en materia de igualitarismo racial llegó a proclamar: "la sangre de nuestros ciudadanos es diferente; mezclémosla para unirla". La misma tendencia es constante en todos los esfuerzos que se hicieron por la educación popular, desde la colonia con Don Simón Rodríguez y Miguel José Sanz; durante la independencia con Bolívar, Revenga y el mismo Rodríguez; más tarde con Vargas, Cagigal y el infatigable Revenga. En cuanto al arraigo en las costumbres de esos sentimientos igualitarios, el mejor testimonio es el de los extranjeros que nos visitaron en diferentes épocas. En los últimos años del régimen español, Humboldt observó que la Escuela de Música de Caracas provocaba la espontánea aproximación de todas nuestras clases sociales. En 1853 — precisamente en vísperas de la abolición de la esclavitud — el diplomático Consejero Lisboa observa en Caracas: "Los que disfrutan de la ventaja de poseer un apellido como los de Toro, Tovar, Ponte, Herrera, Palacios, Bolívar, Ibarra, Solórzano, Mijares, Rivas, Blanco, etc., conservan en lo posible los hábitos de los antiguos tiempos... me parece una clase llena de dignidad y de muy finas maneras... Las instituciones políticas han modificado las costumbres de estos aristócratas y puede ser que mejorándolas. Como toda alusión a su antigua importancia sería de mal gusto e intempestiva, se observa en ellos, a la par de un porte reservado, un silencio y una modestia en relación con sus antecesores y blasones, que realza más su dignidad, y una afabilidad para con las otras clases de la sociedad que contrasta mucho con el *orgullo* del hidalgo europeo". Y más adelante insiste y precisa: "No es para censurar que recuerde esta característica forma de las reuniones sud-americanas; es para presentar un ejemplo más del carácter bondadoso e indulgente de los habitantes del Nuevo Mundo... Analícese con imparcialidad la condición de los esclavos urbanos y se encontrará que ellos están, hablando en general, considerados en América como formando parte de la familia y tratados con mucha más indulgencia que los criados europeos". En 1825 el francés Martín Maillefer había hecho anotaciones sorprendentemente análogas: "Durante mi estada en Caracas — escribía — pude observar que se trataba a los esclavos domésticos con más dulzura y afabilidad que a los criados en Inglaterra. En algunas

casas se lleva la familiaridad demasiado lejos y los amos se comportan, por decirlo así, como compañeros de sus esclavos... Esa mansedumbre del señor hacia el esclavo, que alabé en los criollos colombianos, se extiende a su conducta con los libertos y la gente de color. Esta clase de hombres útiles que ejercen la mayor parte de las profesiones mecánicas, no es aquí humillada como en las colonias francesas e inglesas, y aun en los Estados Unidos, por una distinción insultante en todas las relaciones sociales" (56).

En cuanto a la medida en concreto de abolir la esclavitud, Gil Fortoul hace notar que la iniciativa partió de la Diputación Provincial de Caracas en 1852, y también narra diversos incidentes y aduce testimonios tendientes a probar que tanto liberales como conservadores querían adueñarse de esa bandera popular. Pero quitándole a esto lo que de anecdótico tiene, la conclusión que podemos sacar es que la abolición de la esclavitud lejos de traer entre nosotros disputas en pro y en contra, como sucedió en otros países, sólo provocó y sigue provocando discusiones porque todas las fracciones políticas quieren atribuirse su paternidad. Por consiguiente, lejos de considerarla como un arbitrio del oportunismo político, o como simple manifestación de altruismo y humanidad, debemos verla como culminación de la tradición democrática que traté de esbozar anteriormente, profunda corriente que viene desde los propios libertadores y encontró cauces en todas las clases sociales.

(56) La obra de P. D. Martín Maillefer que cito es *Los novios de Caracas*, págs. 132 y 134. La del Consejero Lisboa se titula *Relación de un viaje a Venezuela, Nueva Granada y Ecuador*, págs. 83 y 90. Ambas obras en Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1954.

## ANARQUIA Y DEVASTACION (1858-1870)

*La Convención de Valencia. — La guerra federal. — Anarquía en los espíritus y devastación en todo el territorio de la República. — Toro, Tovar, Gual. — La dictadura de Páez. — Falcón, el Magnánimo. — Surge Antonio Guzmán Blanco. — El Tratado de Coche. — ¿Conquistaron algo para el pueblo "las guerras federales"? — Enseñanzas que debemos recordar. — Breve y descolorida franja azul. — La revolución del resentido. — Por primera vez Caracas es tomada a viva fuerza.*

COMO HEMOS dicho, el Gobierno de los Monagas fue derribado en 1858 por una sublevación que, por el mes en que se verificó, fue llamada la Revolución de Marzo. Para el 5 de julio siguiente fue convocada una Convención que debía reunirse en Valencia, y entretanto quedó al frente del Gobierno el General Julián Castro.

La unánime reprobación que rodeaba al fenecido régimen agrupó alrededor del nuevo a militares y civiles de todas las tendencias; y aun muchos que habían servido a los Monagas en cargos prominentes entraron en la nueva situación. Entre éstos causó sensación Antonio Leocadio Guzmán, el cual, con su acostumbrado desparpajo, escribió: "Dejó Monagas de mandar: yo reasumo mi existencia civil y política. Veíame uncido al carro de su poder por la coyunda de la moral. Desmayo de diez años, que el cielo me quiso imponer, y al cual ha querido que sobreviva". Un periódico de la época advertía: "La coyunda de la moralidad, si no nos engañamos, es la gratitud del señor Guzmán hacia el General Monagas, gratitud que lo traía uncido al carro de su poder. La coyunda se ha quebrantado desde que no hubo carro a qué estar uncido el señor Antonio Leocadio Guzmán. ¡Pobre hombre! Se creía obligado a guardarle consideraciones a Monagas mientras éste mandaba..." (57). Gil Fortoul, por su parte comenta: "que durante ese *desmayo* Guzmán fue, bajo los Monagas, Cónsul, Ministro del Interior y Justicia, Vicepresidente de la República y Ministro Plenipotenciario".

(57) Citado por Díaz Sánchez, *Ob. cit.*, pág. 418.

Aparte estas farsas, que en todos los países se ven iguales en situaciones análogas, la fusión de liberales y conservadores alrededor de Castro sólo logró sumar las pasiones de unos y de otros en lugar de armonizarlas; así como los inevitables antagonismos que los dividían desaparecieron momentáneamente de la superficie, pero se convirtieron en intrigas que continuaron anarquizando el espíritu nacional.

Un desgraciado incidente precipitó la lucha. Y fue que habiéndose refugiado José Tadeo Monagas en la Legación francesa, el pueblo se amotinó a las puertas de ésta, los otros representantes extranjeros acreditados en Caracas se solidarizaron con el francés, y quedó convertido el suceso en un conflicto diplomático. Para colmo de males, el Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. Wenceslao Urrutia, tuvo la infeliz ocurrencia de convocar al Cuerpo Diplomático en conjunto y concluir con él un convenio "para la pronta salida del país del señor General José Tadeo Monagas y su familia, sin menoscabo del decoro de los pabellones extranjeros ni de la dignidad del Gobierno", lo cual equivalía a consagrar la intervención de aquellas potencias. Además, el Ministro Urrutia se decía "plenamente autorizado por el Gabinete", y como esto no era verdad, renunciaron el Ministro del Interior Manuel Felipe de Tovar y el de Hacienda Don Fermín Toro, o sea todo el Gabinete menos el Ministro de la Guerra, General Ramón Soto, que estaba ausente. A su vez dimitió Urrutia, y ésta fue la única renuncia aceptada. Pero como su separación daba predominio en el gobierno a los conservadores, por ser Urrutia liberal, muchos políticos de este partido comenzaron a tramar una contrarrevolución, los Generales Juan Crisóstomo Falcón y Ezequiel Zamora escaparon a las Antillas con el declarado propósito de invadir en son de guerra, y empezaron en Caracas las prisiones y los destierros. Hasta el ex-Presidente José Gregorio Monagas (que no se había opuesto al derrocamiento de su hermano y hasta contribuyó a pacificar el oriente) murió a consecuencia de las persecuciones que se desataron contra él.

En medio de tan tristes auspicios, y mientras las consecuencias del desdichado "Protocolo Urrutia" mantenían a Venezuela bajo la amenaza de los buques ingleses y franceses que desde La Guaira reclamaban reparaciones, y al fin declararon bloqueadas las costas venezolanas, se reunió la Convención de Valencia el 5 de julio. Para estas elecciones se adoptó el sufragio universal y, sin embargo, aunque "resultaron electos hombres notables de diversas comuniones políticas... el mayor número lo formaban personas que, por sus principios y abolengo, considerábanse pertenecientes al partido conservador".

Fue también la última asamblea en que austeros políticos y brillantes oradores se reunieron para tratar sobre los asuntos públicos con elevada mentalidad, muy pocas veces oscurecida por las pasiones y nunca por el interés.

No es de extrañar, si se considera que fueron hombres formados durante el gobierno de libre deliberación de 1830 a 1846. En todo el siglo posterior a aquella Convención la República sólo encontraría, por el contrario, para representarla en sus momentos de libertad, a los que, recluidos durante largos años en la vida privada, o castigados por el despotismo con la cárcel o el destierro, llegaban a la vida pública sin ninguna experiencia y para improvisar soluciones a numerosos problemas.

Los debates más importantes en la Convención de Valencia fueron los encaminados a elaborar una nueva Constitución, que al fin fue promulgada el 31 de diciembre de 1858. Largamente se discutió con ese motivo acerca de federación y centralismo, aunque en realidad la tendencia radicalmente unitaria no tuvo partidarios, y las divergencias se redujeron sobre todo a definiciones abstractas o a la extensión que debía dársele a los poderes locales. "Al fin triunfó de hecho —comenta Gil Fortoul— la tendencia descentralizadora, aunque no el nombre de federación... En principio la autonomía local es amplísima. Las legislaturas se componen de Diputados electos cada dos años por voto directo, secreto y universal, sin exigirse ninguna condición de renta en los electores ni en los elegidos... El Ejecutivo Provincial lo ejerce un Gobernador electo cada cuatro años por la mayoría absoluta de los ciudadanos en votación directa y secreta, prohibiéndosele la reelección para el período inmediato. Con lo que desapareció el centralismo de 1857, y aun la intervención que la carta de 1830 atribuía al Poder Nacional en la elección de Gobernadores". También el Presidente y el Vicepresidente de la República debían ser elegidos por votación directa y secreta y mediante el sufragio universal; pero en enero del 59 la Convención eligió, con el carácter de interinos, Presidente al General Julián Castro, Vicepresidente a Don Manuel Felipe de Tovar y Designado (o sea 2º Vicepresidente) a Don Pedro Gual.

Pese a los avanzados principios consagrados en la nueva Constitución, el grupo liberal que estaba decidido a empuñar las armas, y que con ese fin había constituido en San Thomas una "Junta Patriótica de Venezuela", comenzó a llamarse también Federal o Federalista y calificó a sus adversarios como Centrales o Centralistas, sin perjuicio, desde luego, de seguirlos llamando Godos, Oligarcas y Conservadores. Más tarde, desde el poder, seguirá siempre el mismo sistema; con la ventaja adicional de disponer de la única prensa que se conservará libre, la oficialista.

Solo Antonio Leocadio, según su costumbre de confesar lo inconfesable, se aparta por un momento de aquella consigna en 1867 y declara en pleno Congreso: "No sé de dónde han sacado que el pueblo de Venezuela le tenga amor a la Federación, cuando no sabe ni lo que esta palabra significa: esa idea salió de mí y otros que nos dijimos: supuesto que toda revolución necesita bandera, ya que la Convención de Valencia no quiso bautizar la Consti-

tución con el nombre de federal, invoquemos nosotros esa idea; porque si los contrarios hubieran dicho Federación, nosotros hubiéramos dicho Centralismo".

Si la ruina de la República y los sufrimientos del pueblo durante los cinco años que duró la guerra no preocupaban en nada a Antonio Leocadio en 1867, frescos aún los recuerdos de aquella matanza, fácil es suponer el entusiasmo con que, antes de tan cruel experiencia, se dieron a la tarea, él y sus compañeros, de provocar el levantamiento de guerrillas en todo el territorio nacional. Tal fue el carácter que desde el principio tomó la lucha: levantamientos por todas partes; y tal ímpetu anárquico predominaba en el fondo de este fenómeno colectivo, que sólo en dos ocasiones los bandos enemigos se concentraron para librar verdaderas batallas. Con la particularidad de que la primera de ellas, la de Santa Inés, el 10 de diciembre de 1859, la ganaron los revolucionarios, y la segunda, Coplé, el 17 de febrero de 1860, fue una victoria del Gobierno; de manera que, según este orden cronológico, pareceria que el Gobierno fue derribado cuando precisamente estaba triunfante. En realidad, la victoria que obtuvieron los federalistas en Santa Inés no dio frutos, porque el caudillo más hábil que aquéllos tenían —el General Ezequiel Zamora— murió justamente un mes después, el 10 de enero de 1860, cuando atacaba a San Carlos. Y el triunfo de los constitucionales en Coplé, aunque produjo la total dispersión del ejército federal y el propio General Juan Crisóstomo Falcón hubo de escapar a la Nueva Granada, no influyó decisivamente en la suerte final de la guerra porque ésta era, sobre todo, la que por doquiera se libraba, como hemos dicho, por medio de guerrillas. Por eso también el hecho más notable de la revolución fue la organización del ejército del centro, obra de Antonio Guzmán Blanco, y que consistió simplemente en hacer aceptar a los dispersos guerrilleros una sola autoridad. De tal manera que esto, y las amañadas negociaciones que el mismo Guzmán realizó con Pedro José Rojas, representante del Gobierno, tuvo más efecto que el delirante combatir de los cinco años anteriores.

Para evocar con vivos colores el carácter de la contienda basta citar algunos hechos. De Martín Espinosa, uno de los guerrilleros federalistas, dice Don Lisandro Alvarado: "Este fue el nombre del que llenó de terror, mediante su ferocidad salvaje e inhumana, a toda la comarca. Un cronista nos lo pinta como un bárbaro de ojos verdes, de expresión hosca y espantable. Su estatura más bien baja, su color avellanado tal cual o aindiado. Completamente analfabeto, miraba como enemigo a quien supiese leer o de color blanco. Vestía a la llanera, y hacíase acompañar en lo ordinario de otro ignorante que le servía de agorero en cierto modo y que por esta razón llamaban el *Adivino,* cuyo papel era casi siempre designar las víctimas usando de una cruz negra que al cuello guardaba. Con las prendas sádicas de un inqui-

sidor, saciaba su venganza antes de la inmolación con el tormento y después con la expiación; ora clavaba en la pared un cuerpo ya eventrado, ora lo aspaba con estacas sobre el suelo, ora obligaba al hijo de la víctima, porque velase el cadáver, a bailar de contínuo en torno de éste..." (58). Tenía, además, trece lugartenientes que por los apodos que usaban —Mapanare, Caimán, Tigre, etc.—, eran llamados "las trece fieras". Otro guerrillero, el General Pedro Vicente Aguado, que llegó a estar a las puertas de Caracas, y de quien se podía esperar mucho más que de Espinosa porque había sido de los triunfadores en Boyacá, expidió en 1859, en Carayaca, un decreto de guerra a muerte que aterra tanto por la confusión mental que revela como por el fin que declara. Según Aguado, a sus adversarios "el único medio de hacerlos entrar en razón es el exterminio de su raza", y en consecuencia, "los oligarcas conocidos como tales no encontrarán en nosotros, desde hoy en adelante, otra cosa que el cuchillo...". Y sin embargo, concluye: "Venezolanos que profesáis las doctrinas que le son propias a todo hombre libre, me conocéis bastante. Mi generosidad y vuestra condescendencia porque sois virtuosos, ha sido la rémora de la consecución de nuestro propósito" (59). Desde luego que el incendio o saqueo de las poblaciones, la destrucción de las fincas rurales, y a veces el exterminio de familias enteras, eran considerados por muchos como consecuencias naturales de la guerra.

Si tal devastación se extendía por todo el interior de la República, los sucesos que ocurrían en la capital no eran menos lamentables en relación con el posible afianzamiento de las instituciones. El General Julián Castro había resultado un inepto que, como es tan frecuente en política, trataba de cubrir sus desaciertos con mentiras e intrigas más funestas aún. En ese camino, aparentando estar enfermo se separó de la Presidencia, y negándose a volver a ella obligó al Vicepresidente Tovar a encargarse del poder; pero apenas lo había hecho aquél y cuando se ocupaba con el nuevo Gabinete en las primeras medidas que debía tomar, Castro se presenta de nuevo, asume su cargo, destituye a los Ministros recién nombrados y escoge otros pertenecientes todos al partido liberal. La consecuencia fue, según comenta Gil Fortoul, que "los constitucionales vieron que el Presidente pasaba sin ambajes al partido de la revolución federal, y los federales no creyeron en su palabra tantas veces violada. Unos y otros se decidieron a derrocarlo".

La opinión de González Guinán es diferente: "los conservadores —di-

(58) Lisandro Alvarado. *Historia de la Revolución Federal en Venezuela.* Caracas, 1909. Pág. 84.

(59) Citado por Gil Fortoul, tomo III, pág. 141. También Zamora, alegando la violación de un armisticio local había declarado "*la guerra a muerte* contra las fuerzas godas del ejército central que obra en Apure...", lo cual consideraba "conforme al derecho de gentes". *Id. Id.,* pág. 133 .

ce— que mandaban la guarnición de la plaza resolvieron arrostrarlo todo, saltar por encima de toda valla, hacer todo género de sacrificios y dar un golpe de estado cierto para salvarse de un golpe de estado problemático". El mismo historiador conviene sin embargo en que "los conservadores y casi todos los liberales impulsaron y aplaudieron esta infidencia". Y tampoco era tan problemático el golpe que se temía por parte de Castro, pues éste había dicho en una proclama: "Si apareciese que la Federación que se proclama es el voto verdadero de la mayoría de la nación, el Gobierno le prestaría todo su apoyo. Nadie sino la mayoría es soberana"; lo cual era un disparate, porque la mayoría apreciada fuera de toda norma legal, no podía sobreponerse a la Constitución. Y de ahí que, según el mismo González Guinán, en una reunión que se hizo en casa del Presidente para deliberar sobre las consecuencias de aquella proclama, uno de los presentes "sostuvo que el Presidente de la República abdicaba su poder constitucional, desde el momento que sometía a pública controversia la cuestión federación".

Desgraciadamente, el golpe de estado que salió de esa peculiar situación derivó a su vez hacia tales contrasentidos, que sus propios autores no sabían por fin hacia donde enderezarlo. Por medio de un aparente pronunciamiento público, al cual no concurrieron más de doscientas personas, se formó lo que se llamó el Gobierno de San Pablo, con el General Juan C. Falcón como "Jefe Supremo de la nación" (60); pero como los liberales tomaran en serio este atropellado recurso de los amotinados y procedieran a organizar el nuevo gobierno por su propia cuenta, comenzando por sustituir en sus mandos a los jefes militares del pronunciamiento, éstos decidieron "no reconocer el gobierno provisorio y desatender cuantas órdenes emanasen de él". El Coronel Manuel Vicente de las Casas, que como Comandante de Armas había sido la cabeza visible del golpe contra Castro, nos dejó esta lamentable narración: "Nadie se me acercó durante la noche, que pasé solo paseándome en los salones del palacio de gobierno, lleno de perplejidades, como el que acomete una empresa de dificultades para la que no se ha preparado; pero en la mañana se me presentaron mi amigo el General D. Hernández y otros que no recuerdo, proponiéndome un reviramiento a la Constitución y a la legalidad, lo que acepté de muy buen grado, y salí a dar cuenta a mis compañeros, que se manifestaron de acuerdo, y a saber donde se en-

(60) Lo cual equivalía a "la traición" que se le echaba en cara a Castro. Sin embargo sólo a éste se le siguió juicio después, lo tuvieron preso durante un año, se le declaró culpable de traición, y aunque no se le impuso pena alguna (inconsecuencia que no fue la única en este curioso juicio) el Presidente Tovar lo expulsó del país. Cuesta trabajo demostrar alguna simpatía por el General Julián Castro, que tuvo la desdicha de figurar varias veces en malas causas, pero también es difícil callar que contra él se observó una conducta inicua y cruel en muchos de estos episodios.

contraba el Vicepresidente (Don Manuel Felipe de Tovar) que se me informó no estar en Caracas, y al volver a Palacio encontré al Licenciado Cadenas Delgado, que me ofreció ir a imponer al Sr. Gual, el Designado. Las tropas que se encontraban formadas en la calle a causa de la alarma, hicieron el contrapronunciamiento, y el Designado concurrió a Palacio a hacerse cargo del Gobierno".

En realidad, el "reviramiento a la Constitución" no podía hacerse sino reponiendo al Presidente Castro, pero "—Sí, usted es el Presidente Constitucional, mas usted está preso", le advirtió Cadenas Delgado; y aunque Gual manifestó que no se encargaría si Castro no renunciaba, aceptó persuadirlo a que lo hiciera, en circunstancias que en realidad le quitaban todo valor a aquella renuncia.

En presencia de tales contrasentidos de unos y otros, sólo podemos comentar que cuando se pierde el respeto a la ley no queda guía alguna, ni política ni moral.

El 1º de agosto de 1859 fue el golpe de estado que hemos narrado; en setiembre regresó a Caracas el Vicepresidente Tovar y recibió el gobierno de manos del Designado Gual; a fines del año se realizaron las elecciones constitucionales y resultaron electos: Tovar para Presidente; Gual, para Vicepresidente, y Designado el General León de Febres Cordero.

Era, una vez más, legalizar mediante elecciones una situación de hecho. Pero había otros "hechos" que también seguían su marcha sin interrupción y derribarían al fin aquel laborioso andamiaje. El General Páez, que había sido llamado al país por Julián Castro poco después de la revolución de marzo, fue invitado nuevamente por la Convención de Valencia, en la cual se hicieron calurosos elogios a su persona, aunque también prudentes reparos a su regreso. Lo que más se temía era su conocida ambición, y poco después de haber llegado parecieron confirmarse aquellos temores, de tal manera que, cuando en julio del 59 volvió a salir para Nueva York, tanto conservadores como liberales se hubieran sentido muy aliviados con ello, si no fuera porque quedó en el país un partido que abiertamente trabajaba para que se le llamara de nuevo y se le confiara la Dictadura. Dirigía a los dictatoriales desde un periódico llamado *El Independiente* el doctor Pedro José Rojas; y Juan Vicente González en *El Heraldo* apoyaba, por el contrario, a los constitucionales que rodeaban a Tovar. Rojas logró al fin que Páez regresara en marzo del 61, Tovar lo nombró en abril jefe del ejército, y de allí en adelante, la guerra por una parte y por la otra las intrigas que paralizaban al gobierno, aceleraron vertiginosamente la crisis.

Como jefe del ejército había reclamado Páez facultad discrecional para nombrar los jefes de operaciones sin intervención del Ministerio de la Guerra, al cual reclama imperativamente: "Tengo la persuasión de que al General

en Jefe del Ejército corresponde el nombramiento de todos los jefes de operaciones; y la unidad en el servicio y la conveniencia pública aconsejan la conservación de este principio. El Gobierno descansa en mí y yo soy responsable ante él; todos los jefes de operaciones deben reconocer en mí su jefe superior, con facultad de elegirlos y renovarlos cuando, a mi juicio, lo requiera el servicio". A lo cual contestó el Ejecutivo aceptando plenamente dicha tesis y confirmándole a Páez "la absoluta libertad y toda la amplitud de facultades con que el Gobierno ha depositado en V.E. su confianza" (61).

Pero la responsabilidad que Páez reclamaba y la confianza que el Gobierno le concedía, tuvieron el resultado más singular. "Debilitar la acción del Ejecutivo —agrega Alvarado— con atribuciones importantes que se arrogaba, era el plan, bastante sencillo, de Páez. El 23 de abril tomó su partido o varió la ejecución de su idea, conservando sin condiciones el mando, pero dejando al Ejército en la inacción y la indolencia".

Era el mismo procedimiento que había usado el año 22 contra las autoridades civiles de Venezuela. Sin ahorrar, ahora como entonces y como en el año 26, la coacción muy poco disimulada del terror: "El General Páez —dice González Guinán— organizó su Estado Mayor General, designando para Jefe al General José Escolástico Andrade y al mismo tiempo creó la Secretaría General del Jefe del Ejército, empleo que no existía establecido por ninguna ley, y la confió al señor doctor Angel Quintero. El 2 de mayo participó al Comandante de Armas de la capital que al día siguiente, a las tres de la tarde, se pondría en marcha, llevando como guardia las columnas *Dos de septiembre* y *Regeneración.* El 13 expidió una proclama, que al ser publicada llevó también la firma del doctor Quintero... Esta proclama, aunque escrita en lenguaje elevado y patriótico, destacaba al General Páez como la entidad superior de la República; y por esa circunstancia aumentó las justas desconfianzas de los conservadores constitucionales, desconfianzas que tomaron las alarmantes proposiciones del terror por haber anunciado el General que en su marcha llevaría a las columnas *Dos de septiembre* y *Regeneración,* quedando la capital casi desguarnecida. Temieron los constitucionales que se dejara al Gobierno expuesto a los furores de una coalición de federalistas y dictatoriales, pues se avanzaba en el camino de esa alianza; y el Comandante de Armas dijo por nota al Secretario de Guerra y Marina que de ninguna manera se constituía responsable de la seguridad de la capital. En tal emergencia el Secretario ofició el 4 de mayo al Jefe del Ejército anunciándole que el Gobierno participaba de los temores expuestos por el Comandante de Armas, y que si llevaba la columna *Dos de septiembre* debía

(61) Lisandro Alvarado, *op. cit.,* Pág. 331.

reemplazarla en el primer punto que le fuere posible y devolverla cuanto antes a la capital".

"Continuaron cambiándose notas el General Páez y el Secretario de Guerra y Marina, manifestando el primero: Que por honor del Gobierno no podía el Jefe del Ejército salir a campaña sin una escolta adecuada a su seguridad; que la agitación era grande, que se luchaba en todas partes, que no tenía seguridad de devolver la columna *Dos de septiembre,* que no quería servir de obstáculo a las combinaciones del Gobierno, que quizá se apartaría del puesto que ocupaba, y que, oyendo el grito de su conciencia, no podía olvidarse de sus antecedentes y que lo sacrificaría todo menos su reputación. El Secretario replicó haciendo una pintura de la situación: dijo que en todas las provincias se bastaban las fuerzas del Gobierno; que en algunas las había sobrantes; que en Oriente se había repuesto el Coronel Ruiz, y el General Zamora estaba restablecido y más fuerte; que de Aragua o del Guárico podía el General en Jefe tomar las fuerzas que necesitara para su guardia; y que sería imprudente e indecoroso dejar desguarnecida a la capital" (62).

Desde luego, no faltaron tampoco, como en los años 26 y 30, los pronunciamientos en favor de Páez, y las aclamaciones, de franco carácter sedicioso, pero al amparo de su posición oficial. Y como en el año 35, vuelve el caudillo llanero al peregrino concepto de que la fuerza que el Gobierno había puesto en sus manos no era para combatir a los rebeldes, sino para servir de árbitro entre aquél y éstos.

Así lo insinuaba ya, el 20 de agosto del 61, aunque con el disimulo de costumbre, el principal promotor de la Dictadura —doctor Pedro José Rojas— en "El Independiente": "Desde que llegó (Páez) a Urbina hasta que partió para Valencia, sus esfuerzos pacificadores se han estrellado contra la idea fija de los facciosos, de que se erigiese él en Gobierno, para reconocerle ellos y entregarle sus armas, confiados en la palabra del héroe, nunca desmentida... El Esclarecido Ciudadano prefirió que fracasase su salvadora misión, a dar pretextos a sus furiosos enemigos para desnaturalizar la rectitud de sus intenciones".

Pero también en este punto fue necesario, al fin, tirar la careta: "La audacia que ostentaba el periodista (Rojas) estaba en relación directa de la popularidad que en aquellos momentos alcanzaba el General Páez. Este y el Designado doctor Quintero soplaban el vendaval revolucionario contra el Presidente de la República; a tiempo que los federalistas del Tuy, de Barlovento y de Aragua despreciaban la amnistía del Gobierno, que sólo les prometía el perdón, y acogían la alianza con el General Páez, que por medio

(62) González Guinán, *Historia Contemporánea de Venezuela,* tomo VII, página 295.

de sus comisionados y agentes les ofrecía participación activa en la cosa pública" (63).

Y agrega el mismo autor: "La alianza de dictatoriales y federalistas se había efectuado, y el Comandante Rodríguez decía en su proclama de aquel día: *Un solo grito, una sola bandera, un solo pensamiento agita hoy el corazón de los pueblos y convida a la República a los últimos esfuerzos de su salvación. Ese grito es Páez; esa bandera es la Paz; ese pensamiento es la Unión.* Declara terminada la guerra, que el General Páez es el símbolo de la Unión y el emblema de la Paz; y califica al Gobierno, por cuyo Ministerio ejercía las funciones de Jefe de Operaciones de Aragua, de sultánico y obcecado, y de malvados a sus sostenedores. Era una traición".

Maniatado entre tantas intrigas, el Presidente Tovar había renunciado. El Vicepresidente Gual se sostiene algunos meses, demasiados para la impaciencia de los usurpadores, y entonces el golpe de Estado, simple y brutal, lo arranca de la Presidencia y lo lanza al destierro. Quedaba, sin embargo, en el orden legal de sucesión, el Designado Quintero. Amigo entrañable de Páez y, al parecer, su consejero todavía, le acompaña en su marcha hasta las inmediaciones de Caracas y espera la suprema magistratura, que parecía imposible escamotearle dados aquellos títulos. Pero Páez súbitamente le declara: "Yo no encuentro empate a esta legalidad". Sale a su vez Quintero para el exilio, y Páez asume la Dictadura.

El golpe que en Caracas consumó lo que habían preparado aquellas sucias maniobras se realizó el 29 de agosto de 1861, mediante el ya acostumbrado "pronunciamiento" en que fue proclamada la Dictadura de Páez por las tropas que habían allegado los conjurados y el Batallón "Convención". Un romántico episodio embelleció sin embargo la villana escena. Y fue que el Oficial José María Aurrecoechea Irigoyen abandonó las filas y arengó al Batallón para que no se pronunciara, rompió su espada al darse cuenta de que nadie lo segundaba, y se entregó preso. Poco después logró evadirse y salir del país, pasó a Cuba y años más tarde se incorporó a las fuerzas que luchaban por la independencia de la isla. Tampoco en esta nueva salida idealista lo acompañó la suerte: en 1870 cayó en poder de los realistas y fue fusilado. Su última carta decía: "C. Doctor Fernando Aurrecoechea - Caracas, Venezuela - Padre mío: Son las dos de la tarde: dentro de dos horas debo morir. En estos momentos os dirijo mis afectos. Abrazad a todos mis hermanos. No os aflijáis: muero como cristiano y por una causa justa. Si mis enemigos publican contra mí hechos que me manchen, ya sabéis que no debéis creerlos. Un recuerdo para Victoria Smith. Adiós, querido padre mío. J. M. Aurrecoechea I. — Cárcel de Holguín, diciembre 11 de 1870".

(63) González Guinán, *ob. cit.*, Pág. 303.

Como es fácil suponer, la Dictadura fue causa de que los mejores servidores del gobierno central se apartaran de la vida pública; y más tarde su debilidad le restó también el apoyo de los oportunistas, que buscaban la ocasión de "federarse" a tiempo. Pedro José Rojas, como Secretario General y como Sustituto había acaparado totalmente la dirección política del país, incluso haciéndose cargo de todos los Despachos a excepción del de Guerra y Marina. Como sucede con tanta frecuencia en las épocas de personalismo, mientras Páez declaraba en enero del 62 que el poder que los pueblos le habían conferido era "ilimitado", no sentía escrúpulos en cederlo, también sin limitaciones, a su favorito y consejero. La administración pública se tornaba día a día más corrompida e inepta. A las propias puertas de la capital se combatía a menudo, en los Palos Grandes, en Chupulún, en el Avila, y ambos bandos se mancharon con crueldades insensatas. Pero, sobre todo, ninguna posibilidad de concentrar las fuerzas y librar una batalla decisiva. Una entrevista conciliatoria entre Páez y Falcón fracasó.

Afortunadamente, en agosto de 1862 Falcón confió a su Secretario General Antonio Guzmán Blanco, hijo de Antonio Leocadio, la misión de organizar el ejército del centro, que en realidad no existía porque las guerrillas que debían formarlo jamás habían acatado una autoridad superior. En esta tarea Guzmán Blanco tuvo un éxito que realmente puede considerarse extraordinario, si meditamos que todavía no se había distinguido como militar y que sus presuntos subalternos, casi todos combatientes semi bárbaros, no eran accesibles a estímulos morales o patrióticos. Guzmán Blanco logró unificarlos hasta reunir una fuerza de 3.000 hombres, ganó a los dictatoriales los combates de Flor Amarilla y Quebrada Seca, y se hizo dueño de todo el centro del país. Pero, además, entabló negociaciones con su amigo personal Pedro José Rojas, que ya se sentía perdido, y, finalmente, sendos tratados firmados en la Hacienda de Coche el 24 de abril de 1863 y en Caracas el 22 de mayo siguiente, pusieron fin a la guerra. Una Asamblea reunida en La Victoria nombró a Falcón Presidente Provisional de la República, y Vicepresidente a Guzmán Blanco; Páez se embarcó para Nueva York, en medio de las mayores consideraciones por parte del Gobierno.

Recuerdo perdurable merece la actitud asumida por Falcón después de la victoria. En Caracas causaba terror el solo nombre de casi todos los guerrilleros federales; y a la verdad que una prédica de odio de más de veinte años, desde que la comenzó Antonio Leocadio Guzmán como instrumento de su exaltación política, y las recientes atrocidades cometidas en la guerra por uno y otro partido, y hasta por las autoridades constituidas en la capital, eran factores como para temer lo peor en medio de la embriaguez del triunfo. Sin embargo, gracias sobre todo a Falcón, ni crímenes ni represalias apasionadas volvieron a verse. Bien conocido es el caso de Juan Vicente González,

que había insultado en todos los tonos a los jefes federales y a Falcón en particular. A pesar de ello, no sólo fue respetado y protegido por éste, sino que ninguno de aquellos violentos combatientes le faltó el respeto, y en 1864, a raíz de la victoria federal volvió libremente al periodismo. *Decreto de Garantías* se llamó el promulgado por Falcón para obtener esa pacificación espiritual del país, pero el decreto en sí mismo nada hubiera valido sin el propósito del generoso jefe triunfante.

Sus contemporáneos lo llamaron el Magnánimo, y es el único título conquistado en nuestras luchas civiles que la posteridad puede ratificar.

Ya que hemos narrado la guerra federal nos toca ahora juzgarla. Bien sabido es que para casi todos los historiadores aquella contienda sobrepasó en mucho a su objetivo político y llegó a ser una verdadera guerra social que aceleró o afirmó el proceso de nuestro igualitarismo. Algunos llegan hasta suponer que la emancipación dejó absolutamente intocadas las bases de la estructura clasista colonial, y que sólo la Federación las quebrantó a fondo. Es de advertir, además, que muchos de sus contemporáneos juzgaron también que la guerra federal era una lucha social, aunque casi siempre lo advirtieron para condenarla por ese motivo, mientras que los críticos posteriores toman aquella característica como una razón para glorificarla. Sin que falten los que, en ese camino, la equiparen a la propia independencia, y hasta la ponen tácitamente, por encima de ésta.

Vamos a citar de Gil Fortoul dos párrafos muy expresivos, y advierto de una vez que, si no cito otros autores, entre ellos algunos de criterio modernísimo que sería indispensable analizar, es porque la extensión de este trabajo no me permite sino señalar el problema. Refiriéndose aquel historiador a la emancipación de los esclavos, dice: "Muchos continúan viviendo como peones y colonos en las haciendas de sus antiguos señores; otros se dispersaron por ciudades y campos; todos van a confundirse poco a poco con la masa de mestizos que forma la mayoría de la población venezolana. En la vida pública no empiezan a intervenir algunos sino por consecuencia de las guerras "federales", que determinan una revolución más amplia y profunda que la misma revolución, antes política que social, de la Independencia...". Juzgando el impacto de la guerra federal sobre la mentalidad popular, añade después: "Propietario y oligarca eran casi sinónimos para el peon. De todas las teorías políticas, leídas por algunos en periódicos, oídas por los más en rápidas conversaciones, la única que podía penetrar en la masa anónima era la de igualdad o igualación de clases. Este debía ser el credo de los pobres, de los oprimidos, de los eternos miserables, de los despreciados por el color de su piel. ¡Por fin el negro igual al blanco, el liberto igual al amo, el pobre igual al rico, el pobre rico! Es verdad que, ante la ley, el mestizo y el blanco eran iguales. Pero no lo habían sido hasta ahora

efectivamente, sin limitaciones ni cortapisas sociales. El mestizo evidente no ingresaba antes en la clase oligárquica sino por el privilegio de su riqueza, o por el privilegio de su talento, o por el simple hecho de ser hijo de padre godo u oligarca".

Digamos, de paso, que también desde la Independencia muchos ascendieron por "las adquisiciones de su lanza", expresión que usa Gil Fortoul y que conviene a numerosos combatientes. Y hasta algunos que no lo fueron, porque la mala pluma de Antonio Leocadio, no era, a lo menos en sus comienzos, sino una lanza de aventurero. Sin embargo, eso no es lo esencial de la Independencia. Por otra parte las causas de ascenso social que señala Gil Fortoul son las que predominan en todas partes, añadiéndoles la posibilidad de llegar a ser esposo de una mujer rica, o simplemente, en Europa, su amante. Esas, y muchas otras crudezas de la vida, que nos empeñamos en ver como propias de estos países, son en realidad universales y eternas.

En cuanto al fondo del asunto, ¿es que después de la guerra federal el mestizo y el blanco fueron iguales "sin limitaciones ni cortapisas sociales", como lo sugiere Gil Fortoul? Y refiriéndonos al primer fragmento citado, ¿podemos considerar que la figuración accidental en la vida pública de algunos hombres de humilde origen constituye realmente una conquista popular?

En cuanto a la orgía imaginativa del pobre igual al rico, del pobre rico, que con tanto color nos pinta aquel crítico, guardémonos mucho de relacionarla con la verdadera revolución por la justicia social que pueden esperar los pueblos hispanoamericanos. Habitualmente en Venezuela se considera como "reaccionario" a todo escritor que no quiera glorificar a la federación como una guerra de liberación popular. Yo creo que, por el contrario, traicionamos la causa del pueblo, antes que servirla, si contribuimos a canalizar sus justas reclamaciones hacia la obtención de ventajas personales y transitorias. Un régimen verdaderamente revolucionario exige *organización* más que cualquier otro; y bien podemos decir que todos los intentos que en este sentido han aflorado ocasionalmente en Hispano América se han perdido, no tanto por las reacciones contrarias, sino por haberse conformado alegremente con esas satisfacciones inmediatas y aparatosas que en nada benefician a las masas.

Refiriéndose a los diez últimos años de Páez, después de la Federación dice el mismo Gil Fortoul: "En esa década vio, desde el extranjero, efectuarse en su patria la revolución social que no habían sabido encauzar ni los oligarcas conservadores ni los oligarcas liberales".

Pero si el propio historiador hubiera observado con más sensibilidad social lo que podía ver alrededor de sí, habría concluido que tampoco la Federación había verificado aquella revolución. Un índice pavoroso de analfabetismo, que en algunas regiones del país llegaba al 90% y en la capital

pasaba del 50%, demostraba muy a las claras que nadie había pensado de buena fe en el pueblo. Numerosas enfermedades, debidas casi todas a la desnutrición y el abandono, diezmaban a las clases desvalidas en medio de la indiferencia general. Algunas de ellas, muy fáciles de prevenir, como el tétanos infantil, no fueron objeto de cuidado alguno hasta muy avanzado el presente siglo; ni había, desde luego, asistencia alguna para la mujer embarazada pobre, ni para los niños abandonados, ni para el tuberculoso, el palúdico o los ancianos desamparados. Nadie soñaba siquiera con reclamar mejores salarios para los obreros, ni en aliviar en algo al asalariado del campo, a quien todavía se le pagaba con "fichas" en las haciendas, para obligarlo a permanecer eternamente esclavizado a las tiendas que los patronos sostenían en el mismo fundo. Tanto en los alrededores de la ciudad como en el campo, la mayoría de la población vivía en chozas inmundas que hubieran anulado —si es que podrían aparecer en ellas— cualesquiera impulsos hacia una vida que fuera, física, moral o intelectualmente, menos vil. La recluta para el servicio de las armas, que recayó siempre en Venezuela sobre "el hombre del pueblo", con excepción de la época de la independencia en que todas las clases sociales se ofrecieron generosamente a la Patria, continuó siendo después de la Federación el azote más temido entre los pobres y desvalidos; tanto los gobiernos que los arrancaban por la fuerza a sus familiares, como los "revolucionarios" que los arrastraban con la eterna promesa de "mejores tiempos", convertían aquel servicio en una feroz esclavitud, en la cual los azotes, el cepo y hasta la muerte eran castigos habituales. Y todo, precisamente, porque sólo la sufrían "hombres del pueblo". Desde luego, la pasividad política de la nación era absoluta, elecciones libres no volvió a haberlas, ni verdaderos partidos políticos; y al pueblo no se le concedía otra libertad que la organizada, a base de aguardiente, para festejar a sus caudillos.

En presencia de tales condiciones de vida, ¿puede decirse que la Federación fue una revolución social por el simple hecho de que permitió a algunos "generales" ignorantes y brutales encaramarse a puestos preeminentes? ¿Acaso ellos no despotizaron desde allí, y por igual, a la sociedad que los había ignorado y al pueblo que los había seguido?

Estas no son meras disertaciones históricas. La cuestión está en pie, y hasta me atrevería a decir que el problema de la revolución social no es hoy el de su legitimidad, que muy pocos discuten, sino el de su organización. Y en ese sentido aquella lección del pasado debe servirnos para el futuro.

Lo que sí me parece muy acertado en Gil Fortoul es que hable de las "guerras federales" en plural, porque si alguna influencia podemos atribuirle a la de los cinco años, no hay razón para que no se la reconozcamos igual a

las que, antes y después de ella, movieron a las masas a una violenta igualación social.

Pero todavía queremos insistir: es indudable que esas guerras aceleraron la corriente igualitaria que formaba el fondo de nuestra evolución política; pero un largo período de paz y prosperidad la hubiera acelerado igualmente; y con más frutos aún se habría logrado lo mismo de haber ascendido al poder un gobernante sagaz y generoso. Es que cuando un movimiento histórico corresponde realmente al sentir colectivo, todo contribuye a vivificarlo. Esta es la verdadera razón de que a lo menos nos quedara ese saldo positivo de nuestras lamentables convulsiones civiles. En otro país tal vez no hubieran engendrado sino un movimiento de reacción anti popular, como sucedió en Europa en respuesta a las frustradas revoluciones democráticas del siglo XIX.

Tampoco como organización constitucional la Federación trajo progreso alguno. Cuando se practicó fue en forma anárquica para convertir cada región de la República en feudo de los caudillos triunfantes. En cuanto al poder central, se desmoralizó tanto, bajo la dirección de Falcón y de Guzmán Blanco, que uno de los más constantes jefes federales, el General José Loreto Arismendi, escribía desesperado: "Yo no abracé sus dogmas, yo no combatí por ella de oriente a occidente, en cinco años, para sustituir tiranos a tiranos, ladrones a ladrones".

El General Falcón, elegido en definitiva Presidente Constitucional, no demostró jamás apego al poder ni capacidad para ejercerlo, y cuantas veces encontraba algún pretexto para alejarse de la capital entregaba la Presidencia a los Designados, que fueron sucesivamente Guzmán Blanco y Miguel Gil. En otras dos ocasiones la ejercieron también Rafael Arvelo, Ministro de Hacienda y el General Manuel E. Bruzual, Ministro de Guerra. Estando encargado este último, en 1868, una revolución encabezada por el viejo José Tadeo Monagas llegó hasta la capital y la tomó a viva fuerza en junio. Se llamó la Revolución Azul, porque bajo este color proclamó una vez más la reconciliación de todos los venezolanos. Sin embargo, apenas algunos meses pudo disfrutar del poder el infatigable caudillo oriental, porque murió a fines del mismo año 68; pero, según lo que parecía irrenunciable propósito de la familia, su sucesión a la Presidencia sólo fue discutida, de hecho, entre su hijo el General José Ruperto Monagas, y su sobrino, también General, Domingo Monagas, porque los demás candidatos apenas contaron. Resultó triunfante el hijo José Ruperto. Aunque aparentemente éste siguió gobernando bajo la bandera azul conciliadora, los liberales juzgaron que el nuevo Presidente prefería a los conservadores y se prepararon para la lucha. El General Guzmán Blanco les servía de centro, y un incidente —la destrucción tumultuaria de un sarao que aquél ofrecía en su casa, y que fue atribuida a los conservadores irreconciliables— desató la guerra civil. A consecuencia de ella, Guzmán Blanco, triunfante, ocupó a Caracas en abril de 1870.

# EL GUZMANCISMO (1870-1899)

*Guzmán Blanco: dotes excepcionales y defectos abismáticos. — Su predominio durante 18 años. — Las lisonjas. — El peculado. — La reorganización administrativa de la República. — El decreto de educación primaria gratuita y obligatoria. Las obras públicas. — Cómo media Guzmán "la personalidad" de sus colaboradores. — Deja el gobierno sin haber formado sucesores. — El guzmancismo sin Guzmán que perdura hasta 1899.*

EL PREDOMINIO del General Antonio Guzmán Blanco en Venezuela duró dieciocho años, desde 1870 a 1888, y comprende tres períodos presidenciales no consecutivos, que por el tiempo que duraron se llaman, respectivamente, el Septenio, el Quinquenio y el Bienio. En los intervalos de estos períodos gobernaron amigos de Guzmán impuestos por éste, y por eso, aunque él se ausentó a Europa varias veces, y hubo en el primero de aquellos intervalos una breve reacción antiguzmancista, podemos decir, como he escrito, que durante dieciocho años Guzmán gobernó directa o indirectamente, en Venezuela.

El Septenio comenzó el 27 de abril de 1870, fecha en que Guzmán Blanco tomó por las armas a Caracas, como Jefe de una insurrección que, según la pomposa terminología en uso, se llamó la Revolución de Abril. Nombrado en julio siguiente Presidente Provisional por un Congreso de Plenipotenciarios que se reunió en Valencia, fue elegido Presidente Constitucional en 1873 para el período que terminaba el 77.

En marzo de 1877 ascendió a la Presidencia el General Francisco Linares Alcántara, elegido por el Congreso bajo la influencia de Guzmán. Debía gobernar hasta el 79, porque el período presidencial había sido reducido a dos años, pero, cuando el año siguiente a su elección Linares Alcántara, que ya se habia separado de la tutela guzmancista, se preparaba a gobernar por cuatro años, mediante una nueva reforma constitucional, murió repentinamente el 30 de noviembre. Asumió el poder el Designado, General José Gregorio Valera, pero otra revolución, rotulada esta vez de la Reivindica-

ción, triunfó en pocos meses y llamó al General Guzmán Blanco que estaba en París.

En febrero de 1879 llegó Guzmán de Europa y comenzó el Quinquenio, que se distribuyó así: Supremo Director de la Reivindicación Nacional se tituló Guzmán al asumir el poder y convocó un Congreso de Plenipotenciarios que en abril del mismo 79 lo eligió Presidente Provisional. Durante algunos meses volvió a Europa en Misión Diplomática y se encargó del Ejecutivo el doctor Diego Bautista Urbaneja. Del 80 al 82 gobernó como Presidente según la Constitución vigente, y habiendo sido modificada ésta, una vez más, para sustituirla por la llamada "Constitución Suiza", siguió Guzmán en el poder, por una nueva elección, hasta el 84.

Para el período del 84 al 86 fue elegido —siempre por voluntad de Guzmán— el General Joaquín Crespo, y en 1885 se efectuó una Aclamación que trajo de nuevo a Guzmán para el período 1886-1888. Durante estos dos años —que hemos llamado el Bienio por analogía con los nombres consagrados para los períodos anteriores, pero que en realidad se llamaron Gobierno de la Aclamación— no gobernó Guzmán sino algunos meses. En efecto, habiendo regresado a Venezuela en setiembre del 86, en julio del año siguiente encargó de la Presidencia al General Hermógenes López y Guzmán volvió a Europa. Ya no volvería a la Presidencia, ni a la Patria. Pero todavía su influencia fue decisiva en la elección del doctor Juan Pablo Rojas Paúl para el período 1888-90. A pesar de que, al alejarse de Venezuela había dicho: "...poniendo el Atlántico de por medio, mi personalidad, mis opiniones, mis simpatías, reales o supuestas, no pesarán en la elección del futuro Presidente".

En el rápido recuento anterior, hemos suprimido numerosas interinarias en el ejercicio de la Presidencia, y las intrigas y menudos sucesos que desde entonces sustituyen en la política venezolana a las discusiones de más aliento que, hasta bajo el gobierno de los Monagas, aparecieron antes fugazmente.

Por otra parte, tan monótona como la historia de esos sucesivos regresos de Guzmán Blanco al poder resultaría la narración de las innumerables "revoluciones" que asolaron a Venezuela. Tan frecuentes fueron que Guzmán decía, con un juego de palabras muy expresivo, que el país era como un cuero seco porque él lo pisaba por un lado y se alzaba por el otro. En un solo capítulo de González Guinán —el XIX del tomo X, que corresponde a 1871— encontramos los siguientes subtítulos que indican como proliferaba la guerra en toda la República: "La reacción en Ciudad Bolívar — Alarmas en Barcelona — Combate en Zaraza — Alzamiento del General Otazo — Combate de Buenos Aires — Alzamiento de una guerrilla en Borburata — Sublevación de una columna en el cuartel de la Trinidad de Caracas — Re-

ocupación de Barcelona por los conservadores — Combate de Pozuelos — Combate de Cumanagotos — Encárgase el General J. B. García de las operaciones de Carabobo — Campaña de occidente — Aspecto general de la guerra — Combate de Carúpano — Campaña del General García en Cojedes — Campaña del General reaccionario Manzano sobre Barquisimeto — El General Manzano se apodera de Barquisimeto — Combates de Cabudare y Carora — Contramarcha el General Colina hacia Barquisimeto — Excursión del General Ceferino González cerca de Valencia — Guerrillas en las cercanías de Valencia — Alzamiento y captura del General R. Guerra — Expedición a oriente — Situación de occidente — Expedición del General José María Hernández — La expedición del General Escobar en Barcelona — El General Matías Salazar en Curazao: su actitud: su manifiesto de guerra".

Precisamente esta sublevación del General Matías Salazar es una de las más interesantes de aquella época, tanto porque Salazar había llegado a ser 2º Jefe del Ejército y era todavía 2º Designado de la República, como por el dramático fin que tuvo. Guzmán Blanco dirigió personalmente la persecución del Encarbonado — como se llamaba popularmente Salazar; según algunos desde que era salteador de caminos; y, según otros, por sus asaltos "revolucionarios", a machete, durante la noche, con sus hombres y él mismo, desnudos de la cintura arriba y teñidos de negro — lo tomó prisionero e inmediatamente lo hizo fusilar. Salazar valía muy poco en todo sentido — salvo su reconocido valor — pero el proceso que se le siguió está plagado de extravagancias demagógicas y de irregularidades que lo hacen repulsivo (64). Comienza con una representación al General Guzmán Blanco de todos los jefes y oficiales que persiguieron a Salazar, y ya esto es una primera irregularidad porque la fuerza armada no puede deliberar y por consiguiente, tampoco puede hacer manifestaciones colectivas. Desde luego, la representación era para pedir la pena de muerte para el acusado; se afirma de él que "no tiene de hombre sino la figura", y en cuanto a su historia más reciente, dicen: "el general Salazar no contento aun con haber sido elevado por la Asamblea de Plenipotenciarios reunida en Valencia, a la segunda Designatura de la nación, ni con el desorden y las inmoralidades a que, como segundo Jefe del Ejército tuvo sometidos a Carabobo y a los Estados de Occidente, enriqueciéndose por medio de las más violentas expropiaciones y subordinándolo todo a sus malas pasiones, a sus instintos feroces, se alzó en Valencia con las fuerzas que se hallaban a sus órdenes, engañándolas para que pudieran seguirle; y como descubierto el engaño, todos debían de abandonarle, no le quedó otro partido que entenderse con vos, y

(64) Analizo la propia publicación oficial, *Proceso del General Matías Salazar*, Caracas, Tipografía de "La Opinión Nacional", 1872.

le perdonásteis contra la opinión de la generalidad que estaba pronunciada por un castigo ejemplar". No tienen inconveniente, sin embargo, en afirmar de seguidas: "Confesamos hoy que hicísteis bien entonces"; o sea, admiten que los crímenes que enumeran, contra la República y contra el pueblo, podían borrarse por un acto discrecional de Guzmán... Continúa la farsa con una "Orden General" para el ejército, en la cual les advierte Guzmán con toda seriedad: "He visto la manifestación que suscrita por todos los Jefes y Oficiales del Ejército, se me ha dirigido, pidiendo el juicio y castigo del general Matías Salazar, como traidor a la causa y ejército liberales; llevándose la exaltación hasta el grado de designarse la pena que debo yo imponerle. Yo estimo esta exaltación como el arranque del celo patriótico que os anima... pero de ninguna manera como una imposición". Y a pesar de que no había imposición, Salazar fue condenado a muerte en una sola audiencia del "Gran Tribunal" formado por todos los Generales en Jefe reunidos en ese momento, sin nombrársele defensor, por unanimidad y sin apelación. "Para la imposición de tan severas penas en un juicio breve y verbal — dice el fallo — se ha considerado que en la conciencia general del país, el General Matías Salazar ha incurrido en el crimen de alta traición, etc." El Gran Tribunal se había constituído a las 2 de la tarde del 15 de mayo de 1872, a las 9 y media de la noche se publicó la sentencia, al día siguiente la confirmó Guzmán y el día 17 fue fusilado el reo.

Nos hemos extendido en tantos pormenores porque pintan mejor que largas disertaciones sobre el ambiente teatral y a veces grotesco que se iniciaba, el absoluto menosprecio de todos los principios legales que iba a predominar y las pomposas mentiras con que se disimulaba. Justo es decir que Guzmán Blanco no se muestra en ninguna otra ocasión sanguinario; pero no dejaba de ser cruel, por otros medios, para evitar que se hiciera la menor resistencia a su voluntad. En 1884 impuso, como hemos dicho, al General Joaquín Crespo para sucederle en la Presidencia de la República, pero antes le midió la fidelidad de una manera implacable. El General Manuel Modesto Gallegos (65) nos narra lo sucedido así: "Coincidía con el viaje del General Guzmán Blanco (a Valencia) la muerte del General Carlos T. Irwing, que venía ejerciendo el cargo de Ministro de Guerra y Marina, y para reemplazarlo, fue nombrado el señor General Joaquín Crespo, nombramiento que alarmó a muchos de sus amigos, que pensábamos en su candidatura; porque entonces existía una ley que preceptuaba que, el Diputado o Senador que se encontrara ejerciendo un cargo público dependiente del Gobierno Nacional, debía renunciarlo un mes antes del día señalado por la Constitución para la instalación del Congreso, sin cuyo

(65) Manuel Modesto Gallegos. "Generales Antonio Guzmán Blanco y Joaquín Crespo. Sus relaciones políticas. Origen y ruptura". Caracas, 1924.

requisito no podría concurrir a las sesiones y como el General Crespo era Senador, aceptando el Ministerio, no podría concurrir a las sesiones del Congreso, circunstancia que lo imposibilitaba para ser elegido Presidente de la República, desde luego que la Constitución establecía que el Presidente de la República debía ser Diputado o Senador, presente en las sesiones del año en que debiera tener lugar la elección; de manera que, aceptando el General Crespo el Ministerio de Guerra y Marina en la fecha en que fue elegido, de hecho quedaba descartado para poder ser elegido Presidente de la República. De ahí la natural alarma de sus amigos, alarma que dio lugar a que nos trasladáramos a Maracay y a que otros, desde Caracas, le llamaran la atención con el fin de que no aceptara un cargo que en aquellos momentos lo inhabilitaba para ocupar su puesto en el Congreso Nacional, y de hecho quedaría decapitada su posible elección para la Presidencia de la República".

"El General Crespo, después que nos oyó con indulgente atención, nos leyó una carta del General Nicolás Augusto Bello, en la que éste desde Caracas le exponía las razones por las cuales no debía aceptar el Ministerio; y terminada la lectura de la carta, el General Crespo nos dijo con aquella calma y buen sentido que siempre lo caracterizó: 'Nadie mejor que el General Guzmán Blanco conoce la Ley en referencia, y cuando me ha nombrado Ministro, lo natural es pensar que yo no soy su candidato, y en ese caso lo mismo es que asista o no, a las sesiones del Congreso; o que quiere someter a prueba mi disciplina. Cualquiera de las dos cosas que sea, mi deber me impone aceptar el Ministerio, y en la madrugada salgo para Caracas a tomar posesión del cargo'."

"Llegó a Caracas el día 18 en la tarde, y al día siguiente se presentó ante el doctor Monzón a prestar el juramento de ley, para entrar en ejercicio del cargo de Ministro de Guerra y Marina para que había sido nombrado. El doctor Monzón le llamó la atención sobre la circunstancia de que, siendo Senador de la República, no podía aparecer al día siguiente al frente de un cargo que lo inhabilitaba para ocupar su puesto en el Soberano Cuerpo de la Nación, y que más bien debiera renunciarlo, como lo acababan de hacer los Ministros doctores Amengual y Rojas Paúl. A esta insinuación contestó el General Crespo: 'Sabe Ud. doctor, que el General Guzmán que me mandó nombrar, conoce estas circunstancias, como las conocemos nosotros, lo que bien claro nos dice que es en el Ministerio donde necesita mis servicios, y no en el Congreso Nacional'. Prestó el juramento y tomó posesión del Ministerio".

"Valiéndose del telégrafo, el doctor Monzón le dio cuenta al General Guzmán de lo ocurrido entre él y el General Crespo; y a las cinco de la tarde más o menos, de ese mismo día, recibió el General Crespo un tele-

grama del General Guzmán Blanco, fechado en Puerto Cabello, en el que le decía que siendo Senador por el Estado Guzmán Blanco, debía presentar su renuncia de Ministro para que ocupara su puesto en el Congreso".

He aquí la renuncia:

"Caracas, 19 de enero de 1884.

"Señor doctor Juan de Dios Monzón, Consejero Federal Encargado de la Presidencia de la República".

"Convocado como he sido por el Gobierno del Estado Guzmán Blanco, para asistir a las próximas sesiones del Congreso como Senador por dicho Estado, debo separarme del desempeño del Ministerio de Guerra y Marina, en cumplimiento de lo dispuesto en la Ley de 13 de mayo de 1882, reglamentaria del Art. 41 de la Constitución. Por lo tanto, renuncio el destino de Ministro de Guerra y Marina, renuncia que me impone el cumplimiento del deber prescrito por la Ley citada".

"Presento a Ud. las protestas de mi agradecimiento por la honra dispensada y las de mi consideración y respeto.

*(F) Joaquín Crespo"*

"Ese hecho dejó claramente delineada ante el país la personalidad del General Crespo como el futuro Presidente de la República".

Este último párrafo no es un sarcasmo del autor, que era amigo de ambos Generales: indica el criterio de la época para apreciar "la personalidad" de los hombres públicos.

En todo caso, y aunque nunca puede ser loable que para escoger a un Presidente de la República se le obligue a aceptar un Ministerio y renunciarlo al día siguiente, ni que se juegue de aquella manera con la seriedad del gobierno y la dignidad de tantos individuos pendientes de la elección, si aquellos procedimientos se hubieran aplicado solamente para domeñar el levantisco caudillaje suscitado por la guerra, quizás alabaríamos su intención, además de admirar el valor que demuestra. Pero lo peor es que en Guzmán Blanco aquella soberbia desciende hasta mezquinos pormenores, que la hacen odiosa y que desolaron al país desde el punto de vista moral. Cuenta Alirio Díaz Guerra en su libro de recuerdos "Diez años en Venezuela", que en cierta ocasión Guzmán Blanco le ofreció personalmente el Rectorado del Colegio Federal de Ciudad Bolívar, cargo que él no pudo aceptar por varias razones. "Usted incurrió en un grave error — le explicó un amigo — al no aceptar el ofrecimiento. El General no consiente en que se le niegue nada de lo que propone..." (66); y tal como le auguraba este amigo,

(66) Alirio Díaz Guerra, *Diez años en Venezuela* - Caracas, 1933. Página 89.

aquel incidente bastó para que Guzmán lo apartara para siempre de la Administración.

Quizás Guzmán Blanco al obrar así pensaba hombrearse con el Libertador, según la deformada versión del carácter del héroe que se había creado. Pero precisamente en Bolívar es donde encontramos, más a menudo, ejemplos de que un gran carácter no se emplea en tales suspicacias. Ya hemos visto, en capítulos anteriores, cómo le rogó — literalmente — a Salom para que aceptara la Intendencia de Maturín y con cuánta sinceridad se lo agradeció en otra carta; también cómo recomendaba para la administración pública aun a sus enemigos si los creía honrados, que fue el caso del General Ayala. En sus relaciones con Sucre nos dejó dos demostraciones más hermosas aún. En 1823 Sucre rehusa aceptar el mando de las tropas colombianas en el Perú, ofendido por unas apreciaciones del Ministro de Guerra Colombiano. Bolívar le contesta: "He visto todo y he procurado satisfacer a Ud.: todavía haré más por lograr persuadir a Ud. de que yo no le he ofendido ni aun remotamente, y que si lo he hecho estoy pronto a dar a Ud. una plena satisfacción, porque yo soy justo y porque yo amo a Ud. muy cordialmente a pesar de todo". Menos de un año después se produjo el otro incidente: Sucre fue enviado a retaguardia para organizar las tropas que habían quedado dispersas, y nuevamente se sintió herido. Pero en este caso sus reclamaciones al Libertador fueron amargas y casi sarcásticas. La contestación de Bolívar es, sin embargo, una de las más elevadas manifestaciones de su gran carácter: en tono festivo comienza por decirle a su subalterno, usando una frase de Rousseau, que "esta es la sola cosa que Ud. ha hecho en su vida sin talento", lo colma de expresiones afectuosas, le reprocha que "si salvar el Ejército de Colombia es deshonroso, no entiendo yo ni las palabras ni las ideas", y concluye: "Si Ud. quiere venir a ponerse a la cabeza del ejército, yo me iré atrás, y Ud. marchará adelante para que todo el mundo vea que el destino que he dado a Ud. no lo desprecié para mí".

Guzmán Blanco, por el contrario, no puede, ni aun frente a sus colaboradores inmediatos y sus amigos íntimos, renunciar a su soberbia, que unas veces parece la de un niño malcriado y otras la de un hombre primitivo, pero nunca la de un hombre superior. En 1879 tres de sus Ministros — Don Julián Viso, el doctor González Guinán y el General Sarría — renuncian porque Guzmán había ofendido brutalmente al Gabinete manifestando que de éste provenía la divulgación de una medida que pensaba tomar el Gobierno. Guzmán Blanco recibió en Macuto la renuncia, y como por otra parte pudo comprobar que además de indecorosa era absolutamente injusta la ofensa que había inferido a sus colaboradores, quiso darles una satisfacción y con ese objeto se dirigió personalmente al telé-

grafo. Pero — cuenta González Guinán — "al llegar a la puerta de dicha oficina, dijo: regresemos y dejemos las cosas así".

Contra todas las apariencias, esto no es lo anecdótico de la historia, sino lo fundamental. Por esa manera de proceder se explica que Guzmán Blanco, con tantas dotes de estadista en otros sentidos, no lograra reconstruir "la verdadera República" que él mismo evocara en un momento de sinceridad, aquélla en que "había espíritu público y una conciencia nacional" (67). Ni siquiera alcanzó a formar un verdadero partido, con hombres capaces y honestos, que, después de su separación de la política, perfeccionaran su obra, o a lo menos la continuaran. Dura lección: por la obsesión de mostrarse fuerte, su obra fue demasiado débil; por tanto afanarse en predominar mientras mandaba, no logró la supervivencia de ese predominio a través de sus sucesores; por demasiado apego a la ostentación, renunció a la gloria.

Todo el orden legal cedió, desde luego, frente a su voluntad despótica. Cualquiera que se le enfrentara, quedaba catalogado como "reaccionario", oligarca, godo; y el programa que había proclamado era destruir a los godos "hasta como núcleo social". En nombre de la "santa causa liberal" y de la Federación se podía hacer todo, incluso destruir todas las libertades y la propia federación. Los Estados se modificaban en sus límites y extensión según las conveniencias del momento; en 1882, por ejemplo, el Grande Estado Guzmán Blanco comprendía los Estados Miranda, Aragua, Guárico y Nueva Esparta. Y a menudo, además de ejercer la Presidencia de la República, Guzmán Blanco era Presidente titular de varios Estados y de la Corte Federal y de Casación. (68)

Otra manifestación de esa vanidad de Guzmán Blanco que hizo mucho daño a nuestra vida pública fue la orgía de lisonjas a su persona que desató. Si enumerásemos todos los personajes históricos con los cuales se le comparó, resultaría la más estrafalaria agrupación de individuos desemejantes para caracterizar a un solo hombre. Sus aduladores lo encuentran semejante a Moisés, Alejandro, César, Colón, Napoleón, Bolívar; y hasta hubo alguien que lo comparó con el Papa, ocurrencia esta última bastante imprevista en obsequio a un anticlerical. A un orador se le ocurrió llamarlo el "civilizador de Carabobo", con lo cual dejaba entendido que hasta entonces aquel Estado había permanecido salvaje; y era en la propia Valencia donde hablaba.

Decir que ese desenfreno en la lisonja indicaba la corrupción del país, es una salida muy cómoda, pero injusta. La adulación de los que con ella se

(67) Me refiero a la cita de Guzmán Blanco ya inserta en capítulo anterior sobre la República de 1830. Tomada de González Guinán, op. cit., tomo III, Pág. 443.

(68) Véase González Guinán, op. cit., tomo XI, Pág. 333.

granjeaban altos empleos era sin duda voluntaria y merece desprecio sin atenuantes; pero la que se imponía a tantos indefensos que debían ganarse el pan en los empleos públicos porque no había ni comercio ni industria, ni agricultura que prosperasen; esa desmoralización que nace de la miseria, mientras la miseria a su vez se agravaba por los desórdenes de la administración pública, no es justo cargarla sobre los que tienen que recurrir a ella desesperados. La historia prueba que esos brotes extravagantes de servilismo son impuestos de arriba para abajo, aun en los países ricos, pero con mayor razón en los pobres; de tal manera que cesan espontáneamente cuando se alivia la tiranía que los impone.

No menos ávido de dinero que de lisonjas se mostró también Guzmán Blanco. Y con tan poco disimulo que desde los primeros actos de su vida no vaciló en comprometer su porvenir político por el ansia de enriquecerse a prisa. Ya en las negociaciones con Pedro José Rojas para poner fin a la guerra federal parece que intervino un acuerdo secreto entre ambos para "participar" en un empréstito negociado por la Dictadura. Pero fue sobre todo en el nuevo empréstito ideado después del triunfo de Falcón cuando Guzmán Blanco — nombrado Agente Fiscal para contratarlo — escandalizó abiertamente a todos. Era la primera vez en Venezuela que "los vencedores" entraban a saco en el Tesoro Público, y, precisamente a nombre de una idea que habían proclamado sacrosanta; y la primera vez que sobre la espantosa miseria general se echaba una nueva carga, al mismo tiempo que se seguía hablando de la redención del pueblo y de la liberación de los oprimidos. Díaz Sánchez nos pinta así todo el proceso: "El robo, el peculado, el contrabando, en simultáneo consorcio con los estragos de la guerra, habían agotado el Tesoro Nacional. El Propio Presidente de la República (Falcón) era el principal violador de las leyes fiscales con su desordenado hábito de librar contra la Tesorería vales que redactaba en simples trozos de papel. Por otra parte, no se podía dejar de gratificar a los héroes de la revolución por sus abnegados sacrificios, y ya la Asamblea Constituyente había decretado con tal objeto las siguientes asignaciones: al Mariscal Falcón, por sus sueldos de Presidente provisional de la Federación, desde su desembarco en Palmasola (1858), 48.000 pesos. Al mismo, para resarcirlo de las pérdidas sufridas en sus propiedades, 100.000 pesos más. Al General Juan Antonio Sotillo, héroe de Oriente, 40.000 pesos (69). Al General José González, héroe de Coro, 25.000 pesos. Al General José Desiderio Trías, 25.000 pesos. Al General Napoleón S. Arteaga, héroe del Llano, 20.000 pesos. A cada uno de los Generales en Jefe — que eran legión —, 8.000 pesos. A cada uno de los de división, 6.000 pesos. A los de brigada, 4.000 pesos. A los Coroneles,

(69) Se negó a aceptarlos.

2.500 pesos. A los Comandantes, 1.500 pesos. A los Capitanes, 800 pesos. A los Tenientes y Subtenientes, 500 pesos. A los sargentos, 250 pesos, y a los cabos y soldados rasos, 150 pesos a cada uno. ¿De dónde iba a salir este dinero, sino del empréstito?"

"El contrato se celebra en Londres en el mes de marzo de 1864, a base de 1.500.000 libras esterlinas, con la *Compañía General de Crédito* representada por el señor Thomas Mac Donald. Las condiciones que se estipulan son las siguientes: los prestamistas recibirán como precio del préstamo el 40 por 100 del monto del mismo, o sea 600.000 libras, y el 6 por 100 de interés anual. La Compañía gestora de la negociación percibirá, por su parte, una comisión de 5 por 100. La deuda será amortizada en cuotas anuales equivalentes al 2 por 100 de su monto y, para garantizar la acreencia, la República de Venezuela establece hipoteca a favor de sus acreedores sobre los derechos de importación que se produzcan por las Aduanas de La Guaira, Puerto Cabello, Maracaibo y Ciudad Bolívar (y en caso de que el producto de éstas no fuese suficiente, con el de las demás Aduanas venezolanas). Tal es, teóricamente, lo que han aprobado la Asamblea Constituyente y el Presidente Falcón, al dar sus poderes a Guzmán Blanco. Y si ello ocurriese así exactamente, la República recibiría 705.000 libras; o sea: 4.582.500 pesos al cambio de 6.50 — después de deducidas las siguientes partidas:

| | | |
|---|---|---|
| Precio del préstamo (40 por 100) ................ | 600.000 | libras |
| Intereses del primer año (6 por 100) .............. | 90.000 | " |
| Comisión de la Compañía Gral. de Crédito (5 por 100) .. | 75.000 | " |
| Primera cuota de amortización (2 por 100) .......... | 30.000 | " |
| | 795.000 | libras |

"Pero no ocurre así. No ocurre así porque es tal el descrédito de Venezuela en el exterior, después de treinta años de convulsiones y de ruina económica, que la Compañía contratante a duras penas logra hacer suscribir 428.500 libras (menos de la tercera parte de la cantidad prevista). Y es aquí precisamente donde va a demostrar el hijo de Antonio Leocadio su prodigioso talento financiero. Si su padre ha sido un mago de la demagogia política, él es un brujo de las finanzas. A su conjuro los números adquirirán dimensiones y valores insospechados, se abrirán arcas desconocidas, aparecerán en escena personajes fáusticos dispuestos a servirle. Uno de estos personajes es aquel Giácomo Servadio que actuó como agente de Pedro José Rojas en la época no lejana de la dictadura de Páez, el cual responde al llamado del sustituto federal y suscribe 500.000 libras que, en realidad, se reducen a 5.188 después del laborioso proceso de deducciones y comisiones a que se las somete. En sus apuros, el propio Guzmán Blanco se reserva

para sí las 571.500 libras restantes. Pero ni aun así se resuelve el problema. ¿Qué va a hacer él con estos papeles? Poco tarda en saberlo. A fuerza de audacia y de ingenio consigue pagar, con parte de ellos, unas viejas deudas que Venezuela tiene pendientes con los Gobiernos de Francia y Estados Unidos. Pero aun no está satisfecho. Le quedan 400.000 libras en bonos que es necesario dejar colocados de algún modo. Entonces surge un nuevo personaje, un tal William Morgan, que hipoteca las 400.000 libras por 150.000, desembolsando, en realidad, 88.000. Y así se realiza, al fin esta admirable negociación en la que se sacrifica el destino de un pueblo hambriento, sangrante y enfebrecido en aras de la avaricia de hombres que tiemblan al recordar su pasada pobreza. Alrededor de dos millones de pesos recibe la República para saciar las ansias de sus héroes. Casi diez millones tendrá que pagar por ellos a lo largo de un cuarto de siglo."

"¡Es admirable! Todo esto lo realiza el joven brujo venezolano en un lapso menor del que tarda la gestación en el vientre de una mujer. En los primeros días de noviembre se halla de nuevo en Venezuela, ejerciendo la Presidencia, y el 24 de mayo del año siguiente el Congreso aprueba las cuentas que le presenta. Sin embargo, muchos quebraderos de cabeza va producirle a Guzmán Blanco este negocio. La oposición destrozará su nombre. Su padre tendrá que ir también a Europa a desenredar ciertos cabos de la madeja. Su estrella declinará, al fin, en el horizonte político de Falcón, pero todo lo dará él por bien pagado con la tajada que logra salvar para sí. Ya pueden vociferar cuanto quieran sus adversarios. Es rico" (70).

Acaso el lector crea exagerada esa pintura, que se apoya en Level de Goda, enemigo de Guzmán Blanco; pero el testimonio de González Guinán es igualmente concluyente, aunque afanosamente medido en la expresión. González Guinán era, como bien se sabe, admirador apasionado de aquel caudillo, con el cual colaboró íntimamente, pero también era hombre de una absoluta integridad moral, y no renuncia a ella como historiador. Así lo vemos, al hablar del empréstito, vacilar al principio y tratar de probar, al menos, que era necesario, pero en definitiva opina valientemente: "Hemos justificado la apelación al empréstito, dadas las circunstancias políticas y económicas en que se hallaba Venezuela; pero conocidos ya los términos en que fue realizado, creemos que los impugnadores de la negociación procedieron en derecho y en justicia al calificarla de ruinosa para el país, y lo fue en realidad. El empréstito que, según las bases convenidas, debía ser al 60 por ciento, resultó a mucho menos de esa rata por las reservas que la Compañía dejó en su poder para amortización y pago de intereses del primer año; la comisión del 5% no sólo fue exorbitante, sino destituída

(70) Díaz Sánchez, op. cit., Pág. 485.

de equidad porque se cobró, no sobre el efectivo del empréstito, sino sobre su monto nominal; el pago hecho al señor Servadio cubría las dolosas operaciones de la pasada Dictadura; la suscripción del señor Servadio fue en su mayor parte imaginaria; y las 400.000 libras en bonos vinieron a servir de garantía para un empréstito por 120.000, contratado con el señor William Morgan, en cuya operación perdió la República una cantidad muy apreciable. Se ha visto que, así en las bases aprobadas por la Asamblea Constituyente, como en la negociación misma del empréstito, la comisión de 5% se había otorgado a la Compañía por los arreglos de la operación; pero luego aparece que esa comisión, montante a $487.500, es a beneficio del General Guzmán Blanco en pago de sus diligencias y servicios como Agente Fiscal" (71).

Pero, además, el mismo historiador inserta un juicio de "La Opinión Nacional", que tratando de exonerar a Guzmán Blanco, resulta una palmaria confesión de la desvergüenza con que se hacían aquellas cosas y del cinismo con que se justificaban: "¿No es lícito suponer — se preguntaba aquel periódico — que la Asamblea de 1864, teniendo presentes los inmensos servicios prestados a la causa federal por Guzmán Blanco, hubiera querido enriquecerlo, así como remunerarle sus ímprobas tareas en las funciones de Agente Fiscal, con el producto de aquella comisión...?"

"Aquella fortuna de tan legítimo origen, puesta en manos de un hombre incorruptible, de un hombre de tan extraordinarias dotes, que se debía todc a su partido y correría siempre la suerte de éste, era una sólida garantía para el porvenir de la federación".

Desgraciadamente no sería la última vez que Guzmán Blanco ocurriría a tan "legítimo origen" para aumentar su fortuna. Pero solo mencionaremos otro de los casos menos pudorosos: cuando las propiedades más valiosas de la Universidad de Caracas pasaron a manos del caudillo por vericuetos nada oscuros. Sobre ese proceso, dice también González Guinán: "En esos mismos días (1886) sacó a remate público la Junta Administradora de la Universidad de Caracas la magnífica hacienda de cacao denominada *Chuao*, ubicada en la jurisdicción del Municipio Choroní, Distrito Girardot del Estado Guzmán Blanco. Una sola proposición se hizo de compra, por la cantidad de 750.000 bolívares, que fue la del señor Antonio Victorio Medina, quien obraba por instrucciones del señor General Guzmán Blanco. Llevado el asunto a conocimiento del Ministerio de Instrucción Pública, éste aprobó la proposición de compra en atención, dijo, a que la oferta expresada cubría la base del remate fijado por la ley de 12 de abril sobre enajenación de las propiedades pertenecientes a la referida Universidad y otros institutos. La

(71) González Guinán, *op. cit.*, tomo VIII, Pág. 377.

opinión pública fue adversa a esta negociación, como lo había sido en las otras de su género realizadas anteriormente, porque no tenía confianza en la validez y estabilidad de títulos fiduciarios de origen oficial, dadas la versatilidad de nuestra política y el espíritu reaccionario que desgraciadamente ha inspirado a la casi totalidad de nuestros Gobiernos. Y la opinión pública estuvo acertada en sus juicios porque los institutos de educación han quedado sin propiedades y sin títulos fiduciarios".

Mezcladas a tan graves defectos — que en definitiva anularon lo mejor que hubiera podido esperarse de él — encontramos sin embargo en Guzmán Blanco brillantes cualidades. Y la primera de todas una infatigable capacidad de organización, que unida a su valor y audacia, es la que lo encumbra de oscuro Secretario del negligente Falcón a ser la primera figura de nuestra política después de la Federación.

Ya hemos visto que al lograr la unificación del ejército del centro y por sus negociaciones con el Sustituto Rojas tuvo papel decisivo en el triunfo. No parece mucho, si consideramos el desorden y la desmoralización que reinaban tanto entre los federales como entre los dictatoriales; pero ese mismo estado de anarquía hubiera imposibilitado que la autoridad de Guzmán se afirmara, si otras dotes — talento, laboriosidad, firmeza — no lo hubieran impuesto sobre tantos aspirantes a la dirección del país. Consideremos también que los odios suscitados por su padre, y el recuerdo de la devastadora demagogia con que había arruinado el país, pesaban gravemente sobre el hijo; y que, por otra parte, manchado éste por la participación que había tenido en los dos empréstitos, debía aparecer para el 69 apenas como algo más que un aventurero político. Todo esto logró superarlo, agrupó a su alrededor a los liberales más agresivos, y en pocos meses levantó un ejército y echó del poder a los *Azules*. No era, sin embargo, sino el comienzo, porque apenas hubo entrado en Caracas advirtió que detrás de él todo el país se había levantado, y tuvo que salir nuevamente a campaña. Realiza entonces su obra más impresionante, de la cual quedó constancia en las órdenes que desde el campamento enviaba al Gabinete en Caracas con objeto de reorganizar la administración pública, allegar recursos y supervigilar la marcha de la guerra en las otras regiones del país; a la vez que él mismo se internaba con un ejército hasta los llanos y después volvía atrás para batir y capturar a Salazar. (72)

Habitualmente en nuestra América no se le da mucha importancia a

(72) Fue publicada esa documentación bajo el título *Memorandum del General Guzmán Blanco, Presidente de los Estados Unidos de Venezuela, dirigidos a sus Secretarios y Ministros siempre que salió a campaña en los años de 1870, 1871 y 1872.* La segunda edición, que es la que poseemos, tiene como pie de imprenta: "Caracas. Imprenta de "La Opinión Nacional", por Fausto Teodoro de Aldrey. Esquinas de las Plazas de Bolívar y de Guzmán Blanco. 1876". Habitualmente se conoce esta colección de documentos con el solo nombre de *Memorandum,* y creemos que no existen muchos ejemplares.

esas dotes de organizador en un hombre de Estado; sobre todo porque, cuando faltan, es muy fácil atribuir el caos político y administrativo a "la situación insuperable" o al "carácter nacional" o a cualquiera otra simpleza de uso indefinido. Así se disculpó a Falcón y a los gobernantes que a fines del siglo pasado y comienzos del presente convirtieron la administración pública en un alegre reparto entre compadres. En los documentos de Guzmán Blanco que forman el "Memorandum" vemos claramente que ese trabajo de organización tiene que realizarse día a día, con carácter, perspicacia y bien entendida ambición de gobernar. Desde las Relaciones exteriores hasta las cuentas de la Tesorería; desde los conflictos con la Iglesia hasta el número de fusiles que podía tener una partida de tropas en Güiria o Portuguesa; desde la vigilancia de los caudillos de más prestigio, que obraban desordenadamente, cometían atropellos o preparaban revueltas (sin excluir a sus más próximos, como el mismo Salazar) hasta la organización de las comunicaciones, punto capital para la dirección de la guerra, sobre todos los puntos trabaja Guzmán con encarnizada minuciosidad y exigente firmeza. Las economías tenían que ser al céntimo: "En la relación que me pasa el Ministro de la Guerra, de los días 14 y 15, se confirma lo que reclamé de La Victoria. De los $ 553,55 cs. que resultan en favor deben deducirse, lo de la Columna 'Alcántara' que son $ 38 con 68 cs. y el resto de Occidente que son $ 12 con 16 cs., porque estas dos partidas, con la de la Guardia, los Edecanes y la Secretaría, pertenecen al apartado con que debe amortizarse gran parte del empréstito de Gutiérrez", etc. (73). En el trato con las potencias extranjeras, no había donde poner pie firme: "He visto la contestación del Ministerio de Relaciones Exteriores a los Agentes de Alemania, Inglaterra, Dinamarca, Italia y España. También he visto la nota al de Francia. Y ya antes de salir de Caracas me había impuesto de la de los Estados Unidos de América. Me parece bueno darles largas a todo esto, porque siendo el fondo de todo el propósito de arrancarnos en forma de indemnizaciones cinco o seis millones de pesos en que son condueños allá y acá alguna docena de personajes, a los cuales sirven por interés especulador algunos extranjeros que se tienen por aristocracia entre los venezolanos, y no pudiendo nosotros pagar eso ni nada..." (74). Le guerra por todas partes: "El parque debe distribuirse así: 1.000 fusiles en Caracas, 1.000 en Aragua, los cuales irá a buscar Alcántara en dos o tres viajes; y 2.000 en Puerto Cabello para que queden 1.000 en depósito, y los otros 1.000 repartidos entre Colina, Colmenares, Apure y Zamora. Las forniture deben distribuirse en las mismas proporciones... La pólvora y el plomo deben dividirse en dos mitades... Eso mismo se hará

(73) *Memorandum*, Pág. 174.
(74) *id., id.*, Pág. 176.

con los fulminantes" (75). Desgraciadamente, mucha vanidad también, hasta ordenar que tal barco debe llamarse en adelante *Guzmán Blanco.* Vigila sobre los presos: "Supongo que Torrellas estará ya en las bóvedas de La Guaira" (76). Muy pocas veces un rasgo moralmente superior, y nunca con la amplitud del Libertador: "La renuncia del Dr. Fernández es un golpe escénico, de esos en cuya moda hemos entrado. Sin embargo el doctor Fernández es un hombre respetable, sincero y útil, y le debo miramientos de que estoy seguro no tener que arrepentirme" (77).

De todos modos, el *Memorandum* puede hacer más por el buen nombre de Guzmán Blanco que los numerosos alegatos que él mismo y sus aduladores amontonaron después.

Nos explica la reorganización de la Hacienda Nacional que realizó en los años subsiguientes; las numerosas obras públicas que alcanzó a hacer, con escasísimos recursos y a pesar de las constantes revoluciones; y sobre todo, cuánta constancia y paciencia necesitó para que la Administración volviera a tener eficacia y regularidad a pesar del empeño de caudillos y políticos en repartírsela amigablemente como precio de la paz.

Tan atrasada estaba nuestra economía que, en materia de monedas, por ejemplo, no se habían podido remediar nunca los graves perjuicios que causaba la circulación de toda clase de moneda extranjera. En 1864, nos dice González Guinán, "demuestra el Ministro (de Hacienda) la irregularidad del sistema monetario vigente, haciendo notar el recargo de premios con que circulaban en el país la Doble Aguila de los Estados Unidos de Norte América, la libra esterlina de Inglaterra, el Napoleón de Francia y las onzas de México, Centro América, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile y República Argentina". Y de seguidas nos indica el mismo historiador cómo circulaban esas monedas en relación con... el franco. En 1871 Guzmán expidió un decreto que creaba la moneda nacional de oro, plata y cobre; pero la moneda extranjera siguió circulando, y en 1880 hubo que dictar nuevas y laboriosas tarifas de conversión de aquellas monedas, incluyendo ahora el *Thaler,* el *chelín* y otras, con respecto al bolívar. Pero finalmente, en 1886, fue inaugurada por Guzmán la Casa de la Moneda, para acuñar la nuestra en el país, quedó prohibida la importación de la moneda de plata extranjera, y la existente en Venezuela tendría en adelante sólo el valor convencional de una mercancía cualquiera. "Grandes utilidades — dice González Guinán — derivó el país con la fundación del Cuño y la creación de la moneda nacional. Libertóse inmediatamente de la invasión de plata extranjera, que de todas partes afluía a nuestro

(75) *id., id.,* Pág. 158.
(76) *id. id.,* Pág. 159.
(77) *id. id.,* Pág. 305.

mercado, facilitó las transacciones mercantiles y cerró el que parecía eterno expediente de las alarmas monetarias" (78).

En cuanto a las obras públicas realizadas por Guzmán Blanco es difícil imaginar hoy su importancia, pero se puede decir sin vacilar que nada parecido se había hecho en el pasado, y que cincuenta años después de aquel Presidente no teníamos ninguna obra que superara las suyas; a pesar de que en estos cincuenta años se incluyen muchos de completa paz y de un extraordinario aumento en los ingresos del Estado. Con esos términos de comparación sí podemos comprender lo que significó el Capitolio Federal, la Plaza Bolívar, le red de distribución de aguas en Caracas, los teatros y paseos con que dotó a la capital, las obras análogas en el interior del país, y los muelles, caminos y ferrocarriles que emprendió Guzmán. Muchas de esas obras resultaron muy onerosas, es verdad; pero también algunas lo fueron más, y no dieron todos los provechos que debían rendir, porque los Gobiernos posteriores entraron en componendas peores que las de Guzmán con las empresas extranjeras a las que había sido forzoso recurrir para realizarlas. Tal fue el caso de los muelles de La Guaira, que hasta hace pocos años tuvieron un aspecto vergonzoso, a pesar de que el contrato con la empresa explotadora estaba ya vencido y tampoco había sido cumplido en cuanto a las mejoras que debían continuarse en la obra.

Pero sin duda el mejor alegato en favor de Guzmán Blanco ante la posteridad, es su Decreto de instrucción primaria obligatoria y gratuita. Lo dio el 27 de junio de 1870, o sea, a los dos meses de haber tomado a Caracas; lo cual nos permite suponer que había sido un proyecto largamente acariciado en su mente. A pesar de la guerra que, como hemos visto, se desató inmediatamente en todo el país, Guzmán no desmayó nunca en un trabajo asiduo para que aquel decreto se cumpliera efectivamente. Su consigna de que aunque fuera bajo un árbol podía el maestro enseñar, es muy discutible en tiempos de abundancia económica; y así mismo cuando le oímos reclamar que "los muchachos vayan a la escuela aunque sea sucitos y desnuditos, como se hallen" (79), podríamos oponerle pedantes objeciones. Pero lo honrado es ver la angustiosa acumulación de problemas que se producía al querer resolver uno solo de ellos, y la demostración de sensibilidad social que — a lo menos en ese caso — manifiesta espontáneamente Guzmán.

Otras medidas dictó además para que aquel decreto no se quedara en demagógica exhibición: el establecimiento de la *Dirección Nacional de Instrucción Primaria,* la creación de varias *Escuelas Normales,* el envío al exterior de algunos jóvenes para que regresaran, capacitados, a dirigirlas; y,

(78) Para todo el proceso, véase González Guinán, *op. cit.,* tomos VIII, IX, XII y XIII, Págs. 259, 491, 242 y 378, respectivamente.

(79) Cito en este caso de memoria. Pero creo que la frase es así, y corresponde al *Memorandum.*

sobre todo, la creación de una renta especial, exclusivamente destinada a la educación.

Volviendo además a la apreciación comparativa, tenemos: en 1873 la Memoria de Fomento dedica su primer capítulo a la educación popular y hace constar que se habían establecido 100 escuelas federales con 3.774 alumnos. Para 1875 éstos habían ascendido a 31.389. Para 1887 las escuelas federales eran 1.304 y había además 645 estadales o municipales; el total de alumnos alcanzaba a 97.468 (80). Pero, desde luego, ese movimiento se paralizó completamente después de Guzmán Blanco, y fue la causa principal de que su empeño fracasara en definitiva y su memorable decreto pudiera considerarse una farsa. En 1889 existían 1.979 escuelas, y en 1932 solamente 2.000 (81); o sea, en 43 años un aumento de 21 escuelas.

Pero esta interrupción de lo que Guzmán Blanco realizó en la administración, que quizás hubiera sido para él un motivo más de egoísta vanagloria, debemos por el contrario ponerla, en gran parte, en el capítulo de sus faltas. Provino de que preocupado solamente de aquel trabajo casi todo material, y de sus resultados inmediatos, nunca pensó en asegurarle perdurabilidad mediante un equipo de hombres, de voluntad propia, que pudiera sucederle en el poder. Ese afán de no tener rivales ni sucesores es el peor defecto de los tiranos, y casi siempre convierte sus obras en aparatosa materia deleznable. Guzmán Blanco distaba mucho de ser un necio y, sin embargo, confundía la ostentación con la gloria y creía que las lisonjas significaban fidelidad. Era inteligente, enérgico, laborioso, y tenía ambiciones que merecen respeto; pero se extravió persiguiendo satisfacciones de codicia y vanidad literalmente grotescas. Pudo hacer un gran personaje y se conformó con la parodia; pudo reconstruir la República y se conformó con montar un circo.

Por eso después de él hay muy poco que comentar. A pesar de las "reacciones", puede decirse que el guzmancismo perdura hasta el final del siglo; pero es un guzmancismo sin Guzmán, simples trasmisiones del poder personal arraigado por aquél, mediante las rutinarias intrigas o "revoluciones" de las cuales está totalmente ausente la voluntad de la nación.

Una sola excepción debemos hacer, aunque muy valiosa. Y es que todos los gobiernos posteriores a Guzmán Blanco, hasta 1899, respetaron la libertad de prensa. Es verdad que esta libertad no contribuyó en nada a corregir el desorden de la Administración Pública, ni detuvo los reiterados intentos de "continuismo" presidencial, más o menos velados; pero como elemento moral, recuperado para la dignidad de la vida ciudadana, no puede ser desdeñada. Es natural, además, suponer que si esa libertad se hubiera prolongado

(80) Datos de González Guinán, tomos VIII, IX y X.
(81) Es dato que trae Angel Grisanti en su valiosa obra *La instrucción pública en Venezuela*, Págs. 144 y 162.

hasta que una mayor experiencia encauzara a la prensa hacia el estudio de los intereses nacionales, fuera del contínuo e interesado forcejeo partidista o personal, sus resultados habrían sido fecundos.

Y a pesar de su efímera duración, debemos atribuirle en gran parte la animación que cobró la actividad intelectual. Sobre todo cierto aspecto de ella, que se benefició de aquel ambiente y que por no estar inmediatamente ligada a la política, no se extravió hacia la pugna rencorosa que hemos señalado. La discusión por la prensa sobre teorías científicas o sociológicas que en Venezuela apenas se conocían apasionó a vastos sectores sociales; la enseñanza universitaria parecía a punto de experimentar una favorable renovación y atraía el interés público; nuestra historia comenzó a ser interpretada bajo nuevos aspectos y una obra tan valiosa como la *Historia Constitucional de Venezuela,* del Dr. Gil Fortoul, fue escrita en aquella época; en las letras, *El Cojo Ilustrado,* lujosa revista mantenida con fervor por una sociedad que parecía haber recobrado el buen gusto y las esperanzas de nuestros mejores tiempos, le dio a Venezuela primer rango en la difusión del pensamiento continental.

No sería justo ocultar que este movimiento intelectual comenzó en tiempos de Guzmán Blanco; pero es sobre todo a fines del siglo cuando dio sus mejores frutos, y la generación de pensadores y artistas que entonces apareció pudo, en feliz equilibrio dentro de la situación de tolerancia que había, honrar a Venezuela por sus esfuerzos sin avergonzarla con claudicaciones políticas.

En 1888 subió a la Presidencia el doctor Juan Pablo Rojas Paúl, impuesto por Guzmán, según hemos dicho, para el período que debía terminar en 1890. A su vez el doctor Raimundo Andueza Palacio, que sucedió a Rojas Paúl, debió a éste su nominación, y cuando en 1892 quiso continuar en el poder, lo derribó una revolución llamada *Legalista,* acaudillada por el General Joaquín Crespo. En octubre de 1892 asumió éste el poder y en 1893 fue elegido Presidente Provisional por una Asamblea Constituyente que elevó de nuevo el período presidencial a cuatro años. Así, cuando practicadas las nuevas elecciones constitucionales, resultó elegido el mismo Crespo, le tocó el período 1894 a 1898; pero al entregar en este último año, su sucesor, el General Ignacio Andrade, había sido también escogido por él. Crespo perdió la vida en el combate de la Mata Carmelera, el 16 de abril de 1898, tratando de debelar una revolución del General José Manuel Hernández; y Andrade sólo alcanzó a gobernar hasta octubre de 1899, en que una revolución encabezada por el General Cipriano Castro tomó a Caracas.

Esta revolución traía como lema: "nuevos hombres, nuevos ideales, nuevos procedimientos"; y no dejó de realizarlo. Pero no como esperaba el país.

## NUESTRO SIGLO XX (1900-1960)

*Cipriano Castro. — "Nuevos hombres, nuevos ideales, nuevos procedimientos". — Pero no como los esperaba el país. — Venezuela sufre la expiación que correspondía a los políticos y caudillos sobrevivientes de la gran farsa. — Juan Vicente Gómez. — 27 años, todos iguales. — El despertar colectivo de 1936. — Aparecen partidos doctrinarios. — Una nueva administración pública. — Petróleo, inmigración, obras de interés general sin precedentes. — Sanidad y educación. — Edificación Escolar y lucha contra el analfabetismo. — Aciertos y frustraciones. — De nuevo la gran interrogación: "¿semejante a un robusto ciego...?*

AQUEL GUZMANCISMO sin Guzmán Blanco que, como hemos dicho, envileció los últimos años de nuestro siglo XIX, debía de tener su expiación, a comienzos del XX, bajo Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez, porque el primero de estos dos Presidentes humilló hasta el último extremo — ya en el campo de batalla, como enemigos; o a su lado, como cortesanos — a los caudillos y políticos que sobrevivieron a aquella farsa; y Gómez, después, erigió sobre su descrédito el unipersonalismo inmisericorde que obligó a la nación a buscar nuevos derroteros políticos.

El 23 de mayo de 1899 comenzó Cipriano Castro su Campaña desde el Táchira, y tras una serie de victorias, debidas en parte a su habilidad de guerrillero y en parte a la ineptitud o mala fe de los hombres que defendían a Andrade, ocupó a Caracas a fines de octubre. *Revolución liberal Restauradora* se llamó desde entonces esta nueva aventura y el Gobierno a que dio origen; aunque, desde luego, hacía mucho tiempo que todos los que llegaban al poder se llamaban a sí mismos liberales, y bautizaban como conservadores, oligarcas, o "godos" a cualquier opositor político, sin que esto correspondiera a realidad doctrinaria alguna, ni creara obligaciones a los vencedores.

Dentro de esa interpretación, la nueva situación tuvo también dos "conservadores" que combatir por medio de las armas: el General José Manuel Hernández, cuya agrupación política se llamaba propiamente Partido Nacionalista, y el doctor Carlos Rangel Garbiras, que por sus conexiones con

los conservadores colombianos sí parecía justificar que se le incluyera dentro de esa ideología, pero no, desde luego, en el sentido casi infamante que se le daba a aquel calificativo, pues el doctor Rangel Garbiras fue reconocido siempre como hombre honrado y patriota. Ambos fueron vencidos, el General Hernández en el propio año 1899, y el doctor Rangel Garbiras en 1901.

Pero el General José Manuel Hernández sería centro de un curioso fenómeno histórico. En efecto, aunque en sí mismo el General Hernández, apellidado "el Mocho" porque había perdido un dedo, era un militar siempre desafortunado y como político no había tenido ocasión de demostrar brillantes cualidades, un extraordinario prestigio llegó a rodearlo. Con la particularidad de que ese prestigio no nació por obra de agitadores civiles del tipo de Antonio Leocadio Guzmán; ni se apoyaba en subalternos y cómplices, como es el caso más frecuente entre los que han ocupado altas posiciones y desde ellas se aseguran sin escrúpulos un porvenir político. Igualmente sorprendente es comprobar que aquel entusiasmo colectivo se extendía a todas las clases sociales; y, finalmente, que en una época de oportunismos y traiciones, prevaleció contra la vocería y los sarcasmos de la prensa oficial y sobrevivió a los reiterados fracasos de aquel jefe. Más aún: a pesar de que en algunas de sus desgraciadas aventuras el General Hernández llegó a tocar en el ridículo, las esperanzas que se agruparon tras su nombre representan hoy un hito de idealismo y desinterés, por encima de las rastreras componendas políticas de la época. Se cuenta que en cierta ocasión, vencido el *Mocho* y a los pocos momentos de haber sido capturado, le dijo al vencedor uno de sus compañeros: "Regístrele la gorra, General, a cualquiera de sus soldados, para que vea lo que todos llevan dentro"; y con gran sorpresa de los presentes, se comprobó que hasta los soldados del bando triunfador guardaban tras el forro del quepis... un retrato del General Hernández. Las mujeres devotas solían poner su retrato entre las imágenes de los santos en los altarcillos familiares; y cuando "el Mocho" era reducido a prisión o salía de la cárcel, larga fila de coches se detenía en la puerta de su casa con los visitantes que iban a demostrarle su solidaridad. Hombres de primera calidad moral e intelectual — como el doctor Vicente Lecuna, por ejemplo — conservaron hasta la vejez, a pesar de todos los desengaños, apasionado culto por la causa nacionalista.

Un fenómeno colectivo de tanta resonancia no puede, pues, pasarse por alto; y nos obliga a pensar lo que buscaba Venezuela mediante esa prolongada consagración a un partido que, para el lucro, ofrecía muy pocas esperanzas. Buscaba honradez, sinceridad, patriotismo, no hay duda. Buscaba lo que reiteradamente le negaban los núcleos políticos corrompidos y los caudillos rapaces, que se habían hecho dueños de la escena pública.

En ese sentido también puede decirse que el "mochismo" sintetiza en

una sola época la tragedia permanente de nuestra historia. Sobre una nación, que no puede defenderse porque la falta de experiencia política y la desaparición de las clases rectoras la sumen en la anarquía, una minoría agresiva puede llegar a ser, por los odios y apetitos que la cohesionan, una fuerza irresistible. Pero guardémonos de añadir a esas desdichas, por despecho egoísta, nuestra condenación moral: en Venezuela jamás ha faltado el empeño idealista que por el sacrificio o el trabajo asegura la verdadera continuidad de la patria. Ni los hombres que, voluntariamente encadenados a una tradición ininterrumpida, cuando ven su país explotado y envilecido se dedican con más fervor a amarlo y servirlo.

En respuesta a la protección que los conservadores colombianos habían dado a la revolución del doctor Rangel Garbiras, el General Castro concibió el descabellado propósito de invadir a Colombia y, para excederse en su propia insania, confió el mando de la expedición a un jefe incapaz, que sacrificó en la forma más absurda la vida de sus tropas y el prestigio de Venezuela. Este episodio es un ejemplo más de los disparates y la irresponsabilidad en que desembocan los gobiernos unipersonales: si de algo podía saber Castro era de guerra, y, sin embargo, en la más delicada de todas ni puso cuidado alguno al proyectarla, ni sintió remordimientos al tener que engullir su vergonzoso desenlace.

Afortunadamente, la mediación de otras naciones americanas evitó que el conflicto se generalizara, a pesar de un último desplante de Castro; pero en el mismo año, 1901, toda la República se puso en armas contra el extravagante Presidente. *Revolución Libertadora* se llamó en este caso la sublevación, y logró reunir caudillos y políticos de todas las tendencias políticas y de todas las regiones del país. Esto mismo, sin embargo, debía debilitarla al fin, porque cuando los jefes se creyeron seguros del triunfo, con Castro acorralado en La Victoria y expedito el paso a Caracas, se comprometieron en un ataque a aquella plaza y fracasaron lamentablemente. Año y medio duró "la Libertadora", hasta la toma de Ciudad Bolívar por el General Juan Vicente Gómez en julio de 1903; y debía de ser la última vez que el pueblo venezolano siguiera voluntariamente a sus caudillos tradicionales para buscar en la guerra la realización de sus esperanzas.

Simultáneamente con estos conflictos internos, Castro confrontaba otros muy graves con varias potencias extranjeras. Las generaciones actuales que han visto de cerca los apuros financieros de las naciones europeas y los medios, a veces bastante equívocos, a que han recurrido para salvarlos, no pueden imaginar, si no se les narra pormenorizadamente en la historia, la avidez con que aquellas naciones acechaban los disturbios o la miseria de las naciones débiles para acusarlas de incapaces y preparar expediciones de saqueo o de conquista. A esta tendencia corresponden principalmente las reclama-

ciones extranjeras contra Castro, pero no dejó éste de agravarlas, según su costumbre, con alardes de "heroísmo", que no pasaban, naturalmente, de hueras alocuciones. Así se llegó hasta el bloqueo de las costas venezolanas y el ataque a algunos de nuestros puertos, por buques de Inglaterra y Alemania, que, en este caso, encabezaban la coalición de casi todas las naciones europeas contra Venezuela. El conflicto se arregló en definitiva por la intervención de los Estados Unidos, pero no sin que Venezuela pasara por la vergüenza de comisionar al Ministro norteamericano Bowen "para entrar en negociaciones y arreglar de la mejor manera posible a los intereses de la República el conflicto que ha surgido con el Reino Unido de la Gran Bretaña, el Imperio Alemán y el Reino de Italia"; y tuvo que aceptar el recurso de una Comisión Mixta que fallara lo que ha debido ser asunto exclusivo de nuestros tribunales.

En 1904, cuando aun no se había liquidado aquella bochornosa mortificación, Castro, que no quería descansar ni dejar descansar al país, impuso una reforma constitucional que le permitió hacerse reelegir para un período que debía terminar en 1911; nuevos conflictos, esta vez con Estados Unidos y Francia, pero por causas análogas a las anteriores, afligen a la empobrecida República y se prolongan hasta 1905; y, finalmente, en 1906, vuelve Castro a su delirante exhibicionismo, se retira del Gobierno, humilla al Vicepresidente Gómez, y todo termina en una grotesca "aclamación" que — pese a la "máquina" oficial — asombra e indigna a toda la nación.

Una grave enfermedad del *Restaurador* abrió entonces algunas esperanzas al despecho popular; pero, aparte de que era humillante esperar la liberación del país de un hecho fortuito, la misma posibilidad de que quedara vacante la Presidencia fue, bajo el absoluto personalismo a que se había llegado, un motivo más de inseguridad y angustia.

Por fin, en noviembre de 1908, Castro abandonó el país para ir a curarse en Europa; y el 19 del siguiente mes de diciembre una "reacción — que, como siempre, agrupó todas las esperanzas del país, pero también todos los apetitos de caudillos y políticos — tomó como centro al Vicepresidente Gómez y sacó a Castro de la Presidencia.

Para juzgar al Gobierno de Cipriano Castro — en el cual es imposible encontrar orientación alguna política o administrativa — sólo cabría ocurrir a la narración de los menudos sucesos infamantes que, por lo demás, son iguales en todas las épocas parecidas y en cualquier país del mundo. Hemos visto un folleto, publicado bajo las órdenes directas del *Restaurador,* y en el cual se describe un sarao ofrecido por éste. Con minuciosa cursilería se extasía el cronista oficial en las bombillas multicolores que alumbraban la *Casa Amarilla,* en las franjas de papel pintado que a su juicio, eran "adornos versallescos", y casi vuelve a saborear ante el lector la comida que se sirvió. Pero lo verdaderamente significativo es que ese "historiador" escogido por el

propio Presidente para que lo glorificara, afirma, como conclusión, "que haber asistido a este sarao debe considerarse tan enaltecedor como haber combatido en La Victoria" y que tal fiesta "era una de las glorias más notables de la *Restauración Liberal*".

Podemos dar por buenas, con muy pocas variantes, las conclusiones de este adulador y admitir que, aparte la miseria y las humillaciones que sufría el país, nada más importante que esas fiestas produjo aquel Gobierno.

Desde diciembre de 1908 hasta diciembre de 1935 se extiende el predominio absoluto del General Juan Vicente Gómez, pues aunque no siempre ejerció la Presidencia de la República durante ese largo período, se le consideraba invariablemente "el jefe único", según la denominación que usaban los mismos encargados del poder. De los partidos políticos ni el nombre sobrevivió, pues era bien conocida la aversión que Gómez demostraba a cualquier forma de discusión en los asuntos públicos y la suspicacia con que impedía toda agrupación deliberativa. Hasta el Rotary Club, que por primera vez se fundó entonces en Caracas, se hizo sospechoso al vigilante tirano, y sus socios tuvieron que disolverlo.

Ya en estos extremos no es posible la apreciación doctrinaria de un régimen, y es preciso recurrir al relato pormenorizado, a veces espeluznante. Bajo Gómez no sólo se hace costumbre la prisión política prolongada hasta por veinte años, o reiterada a la menor sospecha hasta el punto de que dignos patriotas consumieron toda su vida en la cárcel: casi siempre iba acompañada de la tortura para obligar a la delación. Y las más crueles represiones no se empleaban sólo para atemorizar a "los políticos", o a los que quería calificar como tales la suspicacia oficial; a la menor posibilidad de alteración del orden público, violentos reclutamientos arrancaban de las ciudades a millares de infelices, con el solo objeto de que el brutal espectáculo sirviera de amonestación. Esos inocentes no iban en realidad al ejército: destinados como criminales, pero sin juicio alguno, al trabajo forzado en las carreteras, casi todos morían antes de muy poco tiempo por el hambre y el maltrato, y dejaban su puesto a nuevas hornadas de víctimas; así se hizo la carretera de La Guaira a Caracas, o sea, que el propio habitante de la capital podía observar a pocos kilómetros de ésta el vergonzoso y terrible espectáculo. En cierta ocasión, y por el mismo procedimiento, trescientos vecinos de Maracaibo fueron llevados a trabajar en una carretera cercana a Barcelona, y por haber muerto en aquel lugar, éste recibió el nombre de "cementerio de los maracuchos".

Por otra parte, los que de esos reclutamientos iban a filas, no era para servir al país: mandados por Oficiales del Ejército — que a veces eran egresados de la Academia reducidos a la función de capataces — se les empleaba como obreros sin sueldo en las propiedades del déspota. Imper-

donable vejamen de la dignidad militar que se agravaba encumbrando a los más altos grados de la milicia a favoritos ignorantes y sin escrúpulos.

Desde luego, ni sombra de libertad alguna; y en la prensa, ni para discutir cuestiones científicas o administrativas que por algún motivo pudieran despertar inquietud. En 1918 se comenzó a discutir en la prensa de Caracas si el aceite de ricino era o no conveniente en el tratamiento de la llamada "grippe española", que entonces nos azotaba, y la Gobernación del Distrito Federal prohibió que continuara el debate; algunos años después, un eminente médico publicó un estudio sobre la mortalidad en Caracas, y fue expulsado del país y tratado como sospechoso político.

De la naturaleza de las prisiones bajo Gómez puede juzgarse mejor mediante una comparación histórica. En 1813, durante la peor época de la represión de Monteverde contra los patriotas, el Licenciado Sanz escribía a su hija desde Puerto Cabello: "Enero, 11 de 1813. Micaela: recibí tu esquela del 4 con otra sin fecha que parece anterior; en orden a la comida estoy muy mal, pues aunque Villasante me la mandaba de tierra, venía tan fría que no podía comerse sin gran peligro de la salud. Estoy sujeto a comer de una bodega que hay en este castillo. Ayer quedó el bodeguero de mandarme de comer conforme convino conmigo y con Villasante, y hoy me he desayunado después de las doce y eso con comida de los compañeros, pues no me ha mandado ninguna. Varios días me ha sido necesario pasarme con pan, dulce y agua. Estamos precisados a valernos de los mismos oficiales, que aunque quieren servir no puede ser en muchas cosas. Nosotros mismos barremos, fregamos nuestros platos, etc. No se nos consiente eslabón ni naipe, y para distraernos hemos hecho un tablero en la mesa y las damas son de masa. Por aquí puedes inferir la situación de tu padre Sanz".

Pues bien, los que sufrieron en Venezuela los horrores de las prisiones de Gómez, encontrarán baladíes estos sufrimientos descritos por Sanz. Los presos de Gómez llevaban grillos en los pies, a menudo de setenta libras de peso, por lo cual los llamaban "setentones"; por lo regular estaban incomunicados, y a veces "encortinados", tortura que consistía en cerrar la puerta del calabozo con una cortina que apenas dejaba pasar el aire y ni siquiera permitía oír lo que ocurría en el exterior; y ningún "oficial" se hubiera atrevido a valerles...

El uso discrecional del poder, las exacciones y violencias, dejaron de ser patrimonio exclusivo de Gómez y de sus amigos inmediatos. Hasta el más ínfimo funcionario tuvo el privilegio de usar tan tristes atribuciones, y el *Jefecivilismo* — nombre con el cual se bautizó ese atropello ejercido por los Jefes Civiles en cada pueblo — llegó a ser un azote nacional. Y había Jefaturas Civiles — como la de Rubio — que por lo que "dejaban", o sea,

por lo que el Jefe Civil podía exprimirle al vecindario, se equiparaban a la Presidencia de un Estado.

Los cargos públicos llegaron a jerarquizarse de ese modo. Por lo que producían en ganancias ilícitas; y hasta en los Estados más pobres de la República, el Presidente se enriquecía en poco tiempo. Porque no era el robo directo de los caudales públicos lo más codiciado; la posibilidad de meter la mano en la propiedad privada, de adquirir valiosos fundos por precios irrisorios, de hacerse pagar por los propietarios para no reclutarles los obreros, el establecimiento de monopolios y hasta la explotación de garitos, valían mucho más que la más alta posición. Parientes muy inmediatos al Presidente de la República tenían en la capital el monopolio de la carne y del pescado y disfrutaban de la explotación exclusiva de las casas de juego y de la llamada Lotería de Beneficencia Pública.

El ambiente de horror y de angustia que semejante régimen producía queda sintetizado en el hecho de que millares de venezolanos salían anualmente del país a establecerse en las Antillas, en Colombia o en Estados Unidos. No muchos eran exilados políticos, pues Gómez prefería la cárcel, y sólo como una merced concedía el destierro; eran venezolanos que simplemente no podían vivir en su país bajo aquella presión enloquecedora, o que iban a trabajar al extranjero porque las desastrosas consecuencias económicas de tal política cerraban cualquiera posibilidad de honrado provecho. En 1928 se podia apreciar claramente que no había familia venezolana que no tuviese algunos de sus miembros en la cárcel, en el destierro o ganándose la vida como simples obreros en los Estados Unidos del Norte.

Los más celosos defensores de la Rehabilitación Nacional — nombre que se dio al régimen gomecista — no han encontrado para elogiarla sino tres hechos: el pago de la deuda pública que Gómez realizó en 1930, con el propósito de solemnizar el centenario de la muerte del Libertador; la apertura de numerosas carreteras; y la paz que — según quieren decir — fue obra de aquel caudillo.

El pago de la Deuda Pública merecería, en efecto, calurosos elogios — sobre todo por las amenazas a la soberanía nacional a que podía dar pretexto aquella deuda — si no se hubiera logrado esa cancelación extremando hasta el hambre las necesidades del pueblo, y sin reducir en nada el escandaloso aprovechamiento de los favoritos. En cuanto a las carreteras, las únicas que llegaron a ser de piso firme fueron las de Caracas a Maracay, a Petare y a La Guaira, que no sumaban en conjunto doscientos kilómetros ni se realizaron mediante trazado técnico. Las otras eran apenas caminos de tierra, más anchos pero no menos tortuosos que los tradicionales, aunque sí mejor conservados. En cuanto a la carretera máxima — la de Caracas al Táchira — en un largo trayecto seguía el curso de una quebrada seca que

de pronto se inundaba y arrastraba todos los vehículos que estuvieran en ella, la quebrada de Carora. Por este detalle puede juzgarse la calidad de toda la obra. Habitualmente Gómez confiaba la ejecución de sus carreteras a individuos que se llamaban "Coroneles", no porque hubieran egresado de alguna Academia, sino porque eran "buenos amigos", y con aquel empleo se les daba el título militar; el trazado de la vía se hacía por lo regular empíricamente, a medida que se avanzaba; y en lo que se refiere al trabajo obrero, ya hemos visto cómo se lograba gratuitamente.

En cuanto a la paz como un don del caudillo autocrático es una teoría que, precisamente al ponerla a beneficio de Gómez, exhibe mejor su simpleza y absurdo. Porque nos llevaría a la conclusión de que este ignaro jefe primitivo logró, por sí mismo, lo que no habían alcanzado ni el genio y la gloria de Bolívar, ni el valor y la sagacidad de Páez, ni el talento y la actividad de Guzmán Blanco. Si el estado de guerra constante que estos hombres de Estado no pudieron dominar debe atribuirse a las numerosas causas históricas, sociales, económicas, políticas y aun psicológicas, que venían enlazándose desde la Independencia, así mismo la paz, como fenómeno correlativo, tiene que tener múltiples explicaciones de fondo. Y una de las más evidentes — en cuanto al período que historiamos — fue el descrédito en que habían caído los caudillos y políticos heredados del guzmancismo, el rencoroso desprecio con que el pueblo llegó a juzgarlos, y, como consecuencia, la nueva orientación que tomó la conciencia nacional hacia un estudio más serio de nuestros problemas (82).

Esta nueva orientación — que como repudio a la guerra y al caudillismo, en forma de abstención, fue causa principal de la paz atribuída a Gómez — aparece con pujanza afirmativa una vez muerto éste; y cambiaría totalmente en pocos años, a partir de 1936, no sólo la política y la administración, sino las ideas todas del venezolano común y corriente sobre sus derechos y deberes cívicos, económicos, familiares, etc.

Aunque parezca increíble, solamente a partir de 1936 se comienza a pensar en Venezuela que el obrero tiene derechos, se inicia una legislación del trabajo, se fundan sindicatos, se reconoce el derecho de huelga, etc. Aunque con menos amplitud, mejora también la situación del empleado público y del bracero campesino.

También por primera vez aparecen partidos políticos verdaderamente

(82) Es curioso observar que en Hispano América el caudillo ha sido glorificado, contradictoriamente, unas veces como símbolo de libertad y otras como "el gendarme necesario" para imponer el orden; así como un día se le condena por déspota, sin que esto sirva de experiencia para que al día siguiente, a otro caudillo semejante, se le aclame como redentor. Evidente distorsión pasional, en la cual Europa ha incurrido también en este siglo. Sobre la glorificación del caudillo no puedo extenderme más; por otra parte, ya he tratado de exponerla en varios estudios y, especialmente, en mi "Interpretación Pesimista de la Sociología Hispanoamericana".

doctrinarios, en los cuales la deliberación en común y el programa del partido se sobreponen a la dirección personalista, o por lo menos la corrigen o equilibran. En nuestros partidos tradicionales no existieron esas características.

En materia de Sanidad y Asistencia Social, se inicia una tenaz campaña contra la malaria, que permite al fin erradicarla totalmente del territorio nacional; la tuberculosis, que alimentada por la miseria era un verdadero azote para todas las clases sociales, y contra la cual no se había establecido ni un solo hospital especializado (83), comenzó a ser combatida en forma sistemática, y con tan abnegada y eficaz consagración por parte de algunos científicos eminentes, que hoy los servicios dedicados a reducirla superan a los de países que estaban mucho más adelantados que nosotros; lo mismo podría decirse en lo relativo al cuidado de la mujer embarazada, de las parturientas y del niño recién nacido, porque Venezuela era uno de los países de más alta mortalidad infantil, y ha llegado a ser modelo en la lucha contra ese flagelo, que hace estragos sobre todo en las clases pobres. El hecho de que más de la mitad de la población de Venezuela tiene hoy menos de veintiún años, prueba la extraordinaria transformación que se ha efectuado en las condiciones sanitarias del país.

En educación se ha realizado una obra análoga. Ni uno solo de los Institutos de Educación Secundaria poseía equipos para la experimentación y la enseñanza objetiva; y, naturalmente, además de adquirirlos — que no era poco, pues el presupuesto de Educación en los diez años posteriores a la muerte de Gómez no llegó nunca a treinta millones al año, contra más de seiscientos que ha alcanzado posteriormente — además de adquirirlos, decimos, se necesitaba formar el Profesorado que supiera utilizarlos. Pero la propia formación del profesorado especializado estaba, prácticamente, prohibida por la Ley de Educación, la cual disponía que no podían concederse a un mismo Profesor más de dos Cátedras (alrededor de Bs. 200 mensuales en los mejores tiempos). Esta curiosa prohibición quería impedir que las Cátedras fueran "monopolizadas" por unas pocas personas; pero, naturalmente, impedía la profesionalización de la enseñanza. Con semejante remuneración las cátedras se asignaban a titulares de otras profesiones, que al margen de éstas concedían algunas horas a la enseñanza. Por otra parte, en todo el país sólo existían, para 1936, 188 Cátedras de Secundaria, o sea, menos de las que, a los pocos años, tenía ya el Liceo "Andrés Bello" de Caracas. En Barquisimeto — pongo por ejemplo — solo existía un instituto

(83) La verdad es que Hospitales para la asistencia gratuita, prácticamente no los había. En Caracas existía uno solo, que servía para la enseñanza de los estudiantes universitarios, y donde se amontonaban desde las parturientas hasta los tuberculosos, todos los desvalidos que tenían "la fortuna" de encontrar puesto. Fue fundado bajo la Presidencia de Rojas Paúl, y cuarentiseis años después no había sido mejorado en nada.

de Bachillerato, con 60 alumnos; a los tres años, llegaba a los cuatrocientos alumnos, y solamente las niñas que estudiaban en él eran más de sesenta. Cito esto último porque otra particularidad de aquella situación era que las mujeres, por regla general, no llegaban a cursar siquiera el Bachillerato; y en las Universidades sólo se graduaron dos o tres en los primeros 35 años del siglo. Compárese con lo que hoy vemos en todos los institutos de enseñanza. Ni aun los que fuimos testigos cercanos de esa estupenda creación, podemos concebir claramente cómo pudo lograrse tal aumento cuantitativo sin sacrificar sustancialmente la calidad de la enseñanza; y cómo se organizó un progreso simultáneo, para el cual no había precedentes administrativos, y que implicaba: el adiestramiento del nuevo profesorado y del personal que debía planificar y supervigilar su labor; instalaciones materiales, comenzando por los edificios que no existían — ni uno solo — especialmente construído para la educación; planes de enseñanza, problemas de disciplina y, sobre todo, el incesante proyectar y estudiar lo que el próximo año exigiría para no dejar decaer la labor. De pronto se lograba algo en grande: la Escuela Técnica Industrial de Caracas, con sus cursos anexos, nocturnos, para obreros, en los cuales veíamos iniciarse el proyecto de Don Simón Rodríguez de "colonizar el país con sus propios habitantes"; el Instituto Pedagógico, que podía cambiar radicalmente el porvenir de la Educación Media y que, para centenares de jóvenes inclinados a la enseñanza, significaba: preparación científica, dignidad profesional y redención económica. En las Universidades surgieron ramas de estudios que hoy no podemos explicarnos cómo no existían: la Escuela de Geología, la de Economía, la Facultad de Filosofía y Letras, las diversas especializaciones en Ingeniería. Comenzó también a reconstruirse la autonomía docente, mediante la provisión de las Cátedras por oposición.

A veces — como en el caso de la autonomía universitaria — lo que se lograba era algo que ya teníamos en la época colonial, pero que hacía ya mucho tiempo estaba olvidado y se consideraba ahora como una innovación audaz.

Lo mismo ocurría con muchos adelantos que en otros países habían sido ya estudiados: todo proyecto parecía peligroso o "extremista", aun para las personas de buena fe. La legislación petrolera — que en contraste con el entreguismo de Gómez, le dio justa participación al Estado en la explotación del petróleo — y la legislación del trabajo, el Seguro Social, etc., representaron por aquellos prejuicios verdaderas campañas, con todos los riesgos, asechanzas y alternativas de una guerra.

Con iguales dificultades ha debido tropezar la transformación de nuestro ejército. En tiempos de Gómez todavía se consideraba como castigo natural el azote y el cepo para los soldados; Oficiales de Academia había muy pocos,

y los que por ser veteranos de nuestras guerras civiles, o "amigos de la causa", formaban el confuso y numeroso equipo de Generales y Coroneles, podían ser reducidos a cuidar las haciendas del "jefe único" y a otros menesteres peores aún. El castigo corporal en los cuarteles desapareció cuando el General Eleazar López Contreras fue nombrado — bajo la Presidencia de Gómez — Ministro de la Guerra; y cuando, posteriormente, el mismo López Contreras ascendió a la Presidencia de la República e inició la modernización que hoy apreciamos en las Fuerzas Armadas Nacionales (84).

Toda la vida nacional se ha venido transformando a partir de 1936, y desde la educación hasta los deportes; desde los más graves problemas de la legislación petrolera y de la legislación del trabajo, hasta el menudo perfeccionamiento de la vivienda particular; en la industria y en la administración pública; en la creación de una prensa nueva; en arquitectura y urbanismo; en las medidas de protección a la infancia abandonada o delincuente; en todas las actividades teóricas o prácticas que podían interesar al progreso nacional, se emprendió una labor de crítica y reconstrucción. Por primera vez se han visto obras públicas superiores a las de Guzmán Blanco; y en la construcción de viviendas para la clase media y el proletariado, aunque no se ha logrado ni remotamente lo que ha debido hacerse, si consideramos que en ese problema nadie pensaba antes de 1936, no podemos desdeñar lo que se ha hecho desde la recordada *Urbanización del Silencio.* Ni es tampoco lo menos importante — como signo de un cambio radical en la moral pública — que en los propios negocios privados hayan aparecido hombres de mentalidad absolutamente nueva, no sólo en cuanto al alcance de sus empresas y la manera de manejarlas, sino por la finalidad social y democrática que a menudo asocian a sus trabajos.

Como se ve, no trato de destacar, en el período que estudio, la obra de tal o cual gobierno, sino la manifestación de una conciencia colectiva, que, ya imponiéndose a algunos gobernantes por la presión de la opinión pública, ya asociada a ellos para procurarles eficaz colaboración, ya marginada totalmente de la política, ha realizado una obra continua y coherente.

Sería injusto silenciar, sin embargo, que al General Eleazar López Contreras y al General Isaías Medina Angarita, que en ese orden sucedieron como Presidentes al General Gómez, les corresponde haber iniciado y man-

(84) Desde luego que en esta materia como en muchas otras, hubo siempre, aun en las peores épocas, hombres rectos y patriotas, que hicieron esfuerzos por mejorar el atraso en que vivíamos. Entre los "gomecistas" podríamos citar muchos que, ya por su bondad natural, ya por su patriotismo o por poseer una cultura superior, deben considerarse exceptuados de los reproches que le hacemos al régimen. Nos duele mucho suprimir sus nombres, y esa parte de nuestra historia que nos curaría de amargura y escepticismo; pero sólo podemos hablar aquí de los ensayos que han perdurado. Antes de López Contreras, el General Régulo Olivares, caudillo de una rara integridad, hizo mucho también, como Ministro de la Guerra, por mejorar la suerte de soldados y oficiales.

tenido firmemente aquella línea ascendente de nuestra vida pública. López Contreras pidió voluntariametne al Congreso la reducción del período presidencial a sólo cinco años, y el General Medina Angarita afirmó de tal manera el Gobierno institucional que logró gobernar sin presos políticos, ni expulsados, ni perseguidos en ninguna forma. Pero, además, suprimir el *jefecivilismo,* que parecía un azote arraigado definitivamente en nuestras costumbres; rechazar la adulación como recurso político; reducir el peculado; acabar los monopolios y otras ventajas inmorales en la administración pública; respetar la prensa y promover, hasta en el seno mismo del gobierno, la libre discusión en los asuntos de interés público; acometer casi todas las reformas de alcance social que hemos señalado; y — lo que es fundamental — buscar sin discriminaciones hombres capaces para cada una de esas actividades, todo esto es de por sí una obra que, objetivamente, quedará vinculada en la historia al nombre de aquellos dos gobernantes.

Insisto, sin embargo: tal obra no hubiera tenido colaboradores, ni hubiera perdurado hasta hoy, sin esa nueva conciencia nacional que hemos señalado.

Aunque parezca paradójico, la verdad es que cuando estamos dentro de un movimiento histórico, no lo vemos o lo apreciamos mal. Creo que a eso se debe el escepticismo de algunos con respecto a lo que se ha venido haciendo en Venezuela desde 1936 hasta hoy; pero si apreciamos el conjunto, y en esa forma comparativa que esbozo, fácilmente llegamos a comprender que en 24 años hemos vivido una verdadera revolución (85). La Venezuela de hoy no se parece en nada a la de Gómez ni a la de Castro, y no es por una transformación súbita — o por una "revolución oficial" — que podría desnaturalizarse o desaparecer por causas accidentales también; es por un empeño tenaz de la colectividad que, ayudada o no por los gobiernos sucesivos, ha mantenido una continuidad superior a todos ellos.

Desde luego que, en la explicación de esos acontecimientos es imprescindible abrir amplio espacio a la influencia de la explotación petrolera, que ha elevado en forma extraordinaria los ingresos del gobierno y el nivel de vida de una gran parte de la población.

Pero esa influencia ha sido indicada con bastante sagacidad, en varias ocasiones, por competentes especialistas en la materia. He preferido, pues, insistir en lo que significa por sí mismo, como hecho político y administrativo, ese cambio experimentado en la vida de la nación. Ya hemos insinuado, en páginas anteriores, nuestra convicción de que la justicia social ha de venir en estos países por medio de adquisiciones concretas, aunque parciales, antes que por ambiciosas y radicales "definiciones", que muy a

(85) Digo 24 años porque este ensayo lo termino en 1960.

menudo fracasan por falta de la organización básica que debe acompañarlas. Y en aquel sentido, nos parece que lo realizado a partir de 1936 debe ser motivo de fundadas esperanzas.

Intento también con aquel ligero recuento combatir la idea, tan arraigada entre nosotros, de que siempre hemos carecido de capacidad administrativa, que somos más entusiastas que reflexivos, y que si preferimos "los grandes planes" al trabajo cotidiano y concreto sobre un solo proyecto, es porque fantasear no exige estudio ni cuidados. Particularidades psicológicas que de ser en parte ciertas, no tendríamos tampoco porque considerar como irremediables; y si nacen de malos hábitos y escasa experiencia en la deliberación política puede ayudarnos mucho a eliminarlas el estudio, sin jactancias pero sin derrotismo, de lo que hemos logrado.

Y al que le parezca que yo también incurro en exageraciones parecidas a las del siglo pasado, al considerar lo que se ha hecho como una revolución, le diré: no es igual la Venezuela de hoy a la de 1935, porque no son iguales ni sus Universidades, ni sus escuelas, ni sus cuarteles, ni sus hospitales, ni sus Academias y Museos, ni sus carreteras y edificios, ni su música, ni su legislación social, ni sus periódicos, ni la mentalidad de sus obreros, ni la clase de problemas en que se ocupan los dirigentes intelectuales y políticos de la nación. Y haber logrado una transformación favorable en todas esas actividades, apenas en 24 años, es una revolución.

Caracas, abril de 1960.

# Evolución Social de Venezuela (Hasta 1960)

Por RAMON DIAZ SANCHEZ

I

# DESDE LA PERSPECTIVA DE 1810

## *El Jueves Santo 19 de Abril*

POR LOS RELATOS de los cronistas, de los historiadores y de los viajeros que visitaron a Venezuela en aquellos tiempos, nos es posible reproducir con relativa fidelidad lo que era una Semana Santa en Caracas para fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Salvo detalles de escasa importancia, las otras ciudades y pueblos del vasto y poco poblado país debían ser una copia de la capital pues para esa época, con sus 50.000 habitantes, sus ocho iglesias, sus siete títulos nobiliarios, su Seminario, su Universidad, su música floreciente, sus expresiones pictóricas y sus castas sociales bien definidas, la inquieta Santiago de León de Caracas era el prototipo social de las dispersas comunidades de la Capitanía General.

Multitudinarias procesiones en pos de los santos Pasos de la Pasión, obsesionante rumor de preces, estrépito de *matracas,* desfiles de penitentes encapuchados, pintoresco comercio de ramas y frutos extraños, de animales disecados y de limaduras de minerales provistos de mágicas excelencias; de cirios y estampas benditas, de oraciones impresas y manuscritas y de billetes para la obtención de indulgencias; ojos ardientes y murmullos agónicos en la penumbra de las iglesias, tal era el cuadro venezolano de la *Semana Mayor.* Y por encima de todo eso la voz de los sacerdotes desbordando los púlpitos en el torbellino de las *Siete Palabras* y en los motetes del *Miserere.* Ya comenbaza a hacerse visible un chocante contraste en la irreverencia de algunas gentes — las de color preferentemente — que asistían a las procesiones a hacer befa de las beatas y a prender con alfileres las ropas de las personas piadosas, pero esto carecía de mayor importancia. Lo fundamental, lo profundo, lo valedero era la fe del pueblo, una fe palpitante que el *Miércoles Santo* alcanzaba resonancias de angustia ante la milagrosa imagen del Nazareno que se veneraba

en San Pablo. Día de la muerte del Salvador, el miércoles las tinieblas anegaban la tierra y el imperio quedaba íntegramente librado a la sabiduría del monarca quien a mil leguas de distancia, más allá del océano, sentado en su trono y cubierto con su corona, velaba por la salud de sus muchos pueblos. Por esto, en ceremonia simbólica que se efectuaba el jueves a medio día, el Obispo, representante de Dios en su Iglesia, entregaba al representante del Rey las llaves sagradas del Templo, del cual era jefe en virtud de las leyes del Patronato. En Caracas esta ceremonia se celebraba en la Catedral y tenía una trascendencia particular por sus implicaciones con el mundo oficial.

Algo hay que no debe pasar inadvertido en los acontecimientos del *Jueves Santo* de 1810 en Caracas: es la complejidad psicológica que revela el procedimiento utilizado por los patriotas para deponer al capitán general español. Dadas las circunstancias por las que atravesaba la monarquía a causa de la invasión del territorio de la Metrópoli por las tropas francesas y de la suplantación del legítimo rey español por José Bonaparte, es ya un hecho bien comprobado que las autoridades de los dominios americanos esperaban movimientos de carácter político similares a los que habían conducido en la propia Península a la formación de juntas autónomas defensoras de la legitimidad derrocada. En Caracas, desde dos años antes, se incubaba una reacción semejante y el capitán general, don Vicente Emparan, no lo ignoraba. Esto no obstante, no debió dejar de producirle sorpresa el que un pronunciamiento que se había aplazado aquel mismo año en dos oportunidades — primeramente en febrero y luego a principios de abril — se consumase aprovechando una ocasión tan solemne y de tan profunda significación religiosa. Pero nada de lo que ocurrió aquel día en Caracas y nada de lo que iba a ocurrir después en las provincias de Venezuela podría entenderse si no se examina el proceso social de esta parte de la América hispana desde los propios momentos en que coronada la etapa de la conquista se inicia el período de la colonización con la concurrencia de los diversos factores — los autóctonos y los adventicios — que intervienen en esa grandiosa empresa.

Esto es lo que vamos a intentar aquí, aunque sea sumariamente, antes de afrontar el estudio del desenvolvimiento social subsecuente a la Independencia.

### *Escenario geográfico y complejo étnico*

ES AXIOMATICO que para interpretar la conducta social del hombre hay que relacionarlo con su escenario geográfico y con los factores de la economía y de la cultura que la geografía condiciona. Ubicadas en la zona inter-



UN SAMÁN DE LOS VALLES DE ARAGUA
*(Foto cortesía del Centro Audiovisual del Ministerio de Educación)*

tropical norteña, al Norte de la América meridional y próximas al Ecuador (1) las regiones geográficas que habrían de configurar las provincias venezolanas presentan una morfología peculiar a la que están vinculados el clima, la producción, las comunicaciones humanas y los instrumentos de la cultura. Unase a esto la escasez de minerales preciosos ( o la dificultad que los conquistadores tuvieron para encontrarlos) y se tendrá el marco natural dentro del cual va a desarrollarse la historia de Venezuela.

La fisonomía de esta tierra es áspera y complicada; montañas y selvas en las que serpentean grandes corrientes fluviales la enmarcan por el Este y por el Sureste; llanuras inmensas, altas y bajas, calcinadas en el verano e inundadas en los meses de lluvias, ocupan la más ancha extensión del Centro, el Sur, el Oriente y el Occidente hasta tropezar con los bastiones andinos. En su triple sistema orográfico, cuyas protuberancias se prolongan paralelas a la costa del mar para internarse luego hacia la región de los Andes, hay altitudes conspicuas como la del Pico Turimiquire, en el tramo oriental, que alcanza a 2.596 metros; la del Pico de Naiguatá, en la zona central de la Cordillera costeña, a 2.765, y la del Pico Bolívar en las alturas de Mérida, elevado a más de 5.000 metros y rodeado de nieves perpetuas. Es al conocer los contrastes de este atormentado semblante geográfico cuando comprendemos el esquema histórico del descubrimiento y de la conquista, por una parte, y por otra los peculiares matices de la evolución sociológica a lo largo de la Colonia y en las vicisitudes de la República.

Efectuado el contacto del descubridor con la Costa Firme, la fundación de las primeras comunidades y la penetración hacia el hinterland de los valles, de las selvas y de las llanuras se inicia casi al unísono por el Oriente — la misteriosa comarca de Paria con sus derivaciones cumanagotas y guayanesas — y por el Occidente: la árida región de Curiana, el Lago Coquibacoa y buena parte de las llanuras occidentales. Cubagua, isla de perlas, brilla como una luz de promesa que no tardará en extinguirse. Medio siglo después esta primera etapa conquistadora aparece como un tosco tapiz bordado sobre un cañamazo étnico que nada tiene de común, culturalmente considerado, con el de los altiplanos de México, del Perú y del Nuevo Reino de Granada como no sean las similitudes de ciertos rasgos de carácter ritual y de lejana comunicación religiosa. Primitivos, elementales y rudos, los más numerosos grupos del aborígen venezolano comenzaban entonces la transición de la vida nómade al sedentarismo de la vida agrícola e industrial. Eran en su mayoría pueblos movedizos, recolectores y cazadores, que se hacían viva guerra por

(1) Las coordenadas geográficas del país son: por el Norte el Paralelo Norte en los 12° 12′, y por el Sur el mismo Paralelo en 0°43′. Con relación al Meridiano de Greenwich está colocado al Oeste en una extensión que va de los 59° 48′ a los 73° 25′.

el dominio del habitat. Al describir este accidentado escenario, el etnólogo Acosta Saignes ha localizado diez áreas culturales prehispánicas (2) sobre las cuales vendrían a insertarse el colonizador español y el esclavo africano.

El conquistador español arriba a este nuevo mundo, a este mundo desconocido que la Providencia le ha dado como un premio a su fe, en el momento en que pone fin a la liberación de su propio país después de ocho siglos de batallar contra los infieles que lo ocupaban. Rebosantes todavía de aquel místico fuego mantenido por la gracia de Dios, los Reyes Católicos, Cortés, Pizarro, Santa Teresa y San Juan de la Cruz no eran sino expresiones distintas de un mismo impulso. Miradas así, *Reconquista* y *Conquista* son una misma empresa, manifestación del mismo milagro. Es lo que explica el sesgo que tomará después en la historia de la colonización de los países americanos el dominio de España frente a la penetración sistemática de las otras potencias de Europa que se iban formando y fortaleciendo a su costa.

Trae el conquistador español a estas nuevas tierras, además de su fe y de su cultura, instrumentos concretos que el indígena desconoce: las armas de fuego, la rueda, el metal, el caballo, el ganado vacuno y el esclavo africano. Trae una técnica para la explotación de las minas, para la construcción de caminos y para el transporte oceánico. Pero por encima de todo esto cuenta con el apoyo de la Iglesia Católica que es acaso su mayor fuerza. Lo único que no trae es un claro sentido de la evolución ideológica y del progreso científico.

Una curiosa contradicción va a presidir las relaciones de los factores humanos en esta inmensa gestión de la colonización española en las regiones del trópico y sobre todo en la cuenca del mar Caribe. Consiste esta contradicción en el equívoco tratamiento que reciben de las dos fuerzas de la Colonia — la del Estado y la de la Iglesia — los dos elementos étnicos llamados a formar la base del nuevo pueblo. Mientras que el indio, declarado teóricamente apto para la convivencia cristiana y para las jerarquías de la vida social, en la práctica resulta inasimilable, el africano, en cambio, gracias a su fortaleza, a su mimetismo y a su arrolladora adaptabilidad, se convierte en el aglutinante por excelencia, pese a que ha sido oficialmente privado de vigencia social.

En efecto, como lo han señalado los más perspicaces etnólogos, muchos de los rasgos del carácter indígena que entran en la corriente de la nueva cultura, llegan a ésta a través del negro. Es, por ejemplo, lo que ocurre con el uso del tabaco y con otros elementos autóctonos, lingüísticos y rituales que participan en la compleja y caudalosa corriente de la transculturación co-

(2) Miguel Acosta Saignes: *Estudios de Etnología Antigua de Venezuela.* Universidad Central de Venezuela, 1954, p. 66 ss.

lonial. Por lo que hace a las relaciones del uno y el otro con el colonizador europeo, llenos están de ejemplos los relatos de los cronistas y los documentos oficiales de los primeros tiempos.

El indio fue refractario a la nueva cultura pues no solo careció de capacidad intelectual para la percepción de sus principios abstractos sino aun de vocablos para expresar sus ideas substantivas. Rebelde pero físicamente débil, su fortaleza moral se desmorona también al primer impacto. Cierto es que en los primeros momentos los indios fueron esclavizados y sometidos a trabajos forzosos pero no en condiciones más crueles que las que se impusieron al negro. "Aunque al principio de su descubrimiento — escribía Juan López de Velazco en su "Chorografía de la Gobernación de Venezuela y Nueva Andalucía. Descripción de la Gobernación de Venezuela y Río de la Hacha" (3) — había grande multitud de indios, ahora no hay tantos, ni los que hay se pueden saber a causa de no estar reducidos en poblaciones, de manera que se puedan contar, sino que viven de dos en dos o tres más en un bohio, o casas apartadas a tiro de arcabuz: de lo que sirven es de ayudarles a hacer las sementeras y algunas casas de paja; y estos repartimientos, según afirman, andan de unos dueños en otros por dejación y tácita renunciación que de ello se va haciendo contra lo guardado en todas las otras partes de las Indias". Y más adelante, en la "Descripción particular de los pueblos desta Gobernación Coro a Venezuela": "Aunque en la comarca de esta ciudad dicen que, antes que los indios se hicieran esclavos, había de cien mil indios arriba al presente no deben haber quedado, como queda dicho, doscientos indios *Caquetíos,* que era una nación muy doméstica y amiga de cristianos, etc." En contraste con esto, véase el comportamiento del africano en la rebelión del negro Miguel, convertido en rey de Buria, y en la de los esclavos de Don Miguel de Castellanos (Tesorero del Río de la Hacha), sublevados en 1573. "Los negros establecieron su pueblo — escribe al respecto Arellano Moreno citando un documento de aquella época —, lo rodearon de palenques y de siete fuertes para su defensa; designaron autoridades, esclavizaron indios y confiaron a un negro las funciones religiosas. Este, vestido de traje talar y con sobrepelliz y bonete, decía la misa y bautizaba los recién nacidos. En sus alrededores floreció la agricultura y la cría pero como constituían una amenaza para Maracaibo, Río de Hacha y Coro, se organizaron varias expediciones en contra" (4). Pero aún hay algo más significativo. Lo es el hecho de que para 1592 ya existían en Venezuela negros libres, no por haberse fugado sino por haber ahorrado lo necesario para comprar a sus amos su

(3) *Documentos para la Historia Económica de Venezuela.* Recopilación de A. Arellano Moreno, Instº de Antropología e Historia, etc., pág. 316.

(4) Para aquella época existían en estas provincias 20.000 negros cimarrones, es decir, alzados.

libertad. De esto trata una Real Cédula dada en Burgos a 21 de septiembre del año indicado, que dice a la letra: "El Rey por quanto nos somos ynformado que muchos de los esclauos negros y negras mulatos y mulatas que an pasado a nuestras yndias y en ellas an nascido y auitan con la mucha riqueza que en aquellas partes ay an benido a se aorrar y ser libres y que estos tales tienen muchas granjerías y rriquezas y que asi muchas causas justas y particularmente por uiuir en nuestras tierras y ser mantenidas en ellas en paz y justicia y hauer pasado por esclauos y ser al presente libres en ellas, etc., etc. . . ." Por su parte el sociólogo brasileño Arthur Ramos (5) señala otros rasgos que conviene citar porque son ciertamente reveladores de la superioridad intelectual del negro en relación con el indígena de estas regiones: "Ya en el barco negrero — escribe este autor — en el que se mezclaban negros provenientes de los puntos más diversos, y pertenecientes a pueblos de culturas desiguales, se produjo una solidaridad en el dolor, una asociación en el sufrimiento por una comprensión mutua del destino común. Los esclavos a bordo del buque negrero, se llamaban unos a otros "malungo", esto es, compañero, camarada. Los negros — prosigue Ramos — que se amontonaban en los barcos negreros y después en los mercados de esclavos del Nuevo Mundo, incluso separados de sus grupos de familia y cultura, formaban un nuevo grupo primario condicionado por la esclavitud. Esta moldeó sus comportamientos, actitudes y opiniones comunes. Hasta una lengua general llegó a aglutinar a esos grupos de los mercados de esclavos, lengua en la que conseguían entenderse y formada con elementos del nagó y otras lenguas sudanesas, del quimbundo y del portugués. Este fenómeno se observó también en otros puntos del Nuevo Mundo" (6).

Estimuladas, desarrolladas y dirigidas en beneficio de la estructura social española, esas cualidades innatas del negro y sus derivados van a convertir a éstos seres en un decisivo elemento de la cultura venezolana a todo lo largo de la Colonia y de la República. Incrementada la mezcla en las zonas del centro y de las costas, su influencia social ha de hacerse sentir no sólo en sus proyecciones cuantitativas sino también en las cualitativas. Al observar como se encomendaban siempre al esclavo los oficios repulsivos y crueles, Acosta Saignes hace girar el espejo y señala lo que él llama "la otra cara de la realidad". "Todo blanco — escribe — llegaba al mundo en manos de la partera negra. Todavía duró esto hasta el primer cuarto del presente siglo. Y el aya, la "criadora", siempre fueron negras. Muchos blancos tenían sus

(5) Arthur Ramos, *Las Poblaciones del Brasil.* Fondo de Cultura Económica. México, 1944.

(6) El Marqués de Valous habla sobre el sentido del alma del negro. En su libro *Avec les rouges aux Iles du Vent* cuenta haber visto a los negros ir a la muerte con sangre fría, pidiéndola a menudo, "persuadidos de que su existencia en otro mundo será menos desdichada que en éste". Pág. 20.

"hermanos de leche". Mientras la madre achacosa, remilgada o deseosa de conservar los dones de la juventud, encargaba a la "criadora" el amamantamiento del hijo. éste hallaba en su "mamá negra" como todavía hace pocos años se oía en la Provincia, una verdadera madre" (7).

Es sobre este complejo de influencias recíprocas como va a formarse el carácter venezolano. Como constantes de las tres razas se han señalado vicios y virtudes comunes: el individualismo, el orgullo y en cierto modo el igualitarismo que es, preferentemente, un aporte negro pero que también aparece en el español aunque condicionado por sus tradiciones aristocráticas. En un estudio como el presente, en el que se pretende explicar las relativas contradicciones y las relativas coincidencias de los factores en el desarrollo de la vida social, es indispensable que se toquen, aunque sea someramente, todos estos indicios.

Al estudiar las características del español en cuanto a las diferencias del rango, Werner Beinhauer, sociólogo alemán, afirma que tales diferencias están en España más marcadas que en cualquiera otra parte; "solo — explica — que más que de categoría son de función, de papel" (8). Y recuerda un significativo pasaje del Quijote en el que Sancho compara a los hombres con las piezas del ajedrez, de valor diferente mientras dura el juego pero que en cuanto éste termina van todas al mismo saco. "Una señora española — escribe este autor — que puede pagarse una criada, difícilmente se aviene a hacer, por ejemplo, una cama. Y no es por la molestia que esta faena para ella pueda suponer, sino porque se rebajaría a los ojos de su propia criada"... "Pero esta separación — añade — rara vez se extiende también a las relaciones humanas entre superiores y subordinados. La misma criada que iba tan humilde detrás de su señorita al acompañarla a sus compras, a lo mejor tiene tanta confianza con ella que le cuenta como a una hermana sus más íntimas cuitas amorosas". Trasládese el caso a América y se tendrá una noción de las relaciones del colonizador con el esclavo. Es el secreto de la extraña, contradictoria liberalidad española que más tarde veremos reflorecer en otro plano — el político — en la fórmula *democracia-aristocracia* concebida por el Libertador.

Signo peculiar que señala también Beinhauer, cuando habla del individualismo hispano, es el del sentido social, más extenso que intenso, que lo acompaña. Lo que dentro de la acción normativa de la sociedad española une a los individuos no es un vínculo interior sino una relación de personas. Hay, — dice — un interno y exagerado pudor, una "castidad de alma" que

(7) "Indígenas y africanos en la cultura venezolana". Vid. *Historia de la Cultura en Venezuela*, Instituto de Filosofía, Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela, 1955, pág. 25.

(8) V. Werner Beinhauer, *El Carácter Español*. Ediciones Nueva Epoca, Madrid, pág. 36.

unida a un arisco orgullo impide al español entregarse completamente. Son las mismas apreciaciones que hallaremos en Ganivet, en Unamuno, en Ortega y Gasset, en Francisco Depons y en Alejandro de Humboldt para quienes, igual que para Beinhauer, estos sentimientos *sui géneris* se originan en la creencia de que si todos los hombres son iguales en Dios no lo son en la sociedad.

Por incapacidad para superar este concepto tan medieval de las relaciones humanas el hispano quedará atrás en la carrera materialista de la civilización de Occidente: perderá su Imperio y su histórico sitio en el cuadro de las grandes potencias y vivirá adusto y enfurruñado mirando al cielo. Maurice Legendre (quien ha estudiado esta faz del alma española), inventó la palabra *Plusqu'ile* para aplicarla a España. La cita y adopta Jean Descola en su hermoso libro *Histoire d' Espagne* que es un canto de amor y de admiración a la patria del Cid, de Goya y de García Lorca... "Car, aussi isolée qu'une ile, l'Espagne possède aussi la puissance, la complexité et l'unité d'un continent".

*Spania,* según Descola, significa *cachette* (escondrijo), y Pirineos tiene su origen etimológico en "pir", pira en griego. Lo que quiere decir que España se aisla de Europa por una barrera de fuego.

Que todo esto puede ser hiperbólico, resulta evidente. Pero ¿no está llena de hiperbóles, de monstruos y de consejas la conjunción del hispano, del indio y del negro en ese momento providencial en que Cristóbal Colón pone en las manos de los Reyes Católicos el increíble regalo de un Nuevo Mundo?

### *Los ámbitos provinciales*

A LO LARGO de la centuria décimo-sexta se fundan las principales ciudades y villas y se demarcan las provincias que más tarde constituirán la nación. Por lo pronto una sola de ellas es la que recibe el nombre de Venezuela: la que queda delimitada entre la región de Maracapana, al Este, y el Cabo de la Vela al Poniente. Durante las dos centurias siguientes se operará el profundo proceso de transculturación entre indios, europeos y africanos y se completará la síntesis de las tres razas cuyos epigonos ocuparán sus correspondientes emplazamientos en la escala social.

Las instituciones que rigen la sociedad en este país tropical son las mismas que conforman la historia en el resto de la América hispana: en lo temporal la Corona, en lo espiritual la Iglesia católica y en lo popular los cabildos municipales. No serán, sin embargo, idénticos los factores accidentales que también van a intervenir en la historia venezolana. País pobre en minas, la decepción que esta pobreza ha de producir en el conquistador y el coloni-

zador europeos, será determinante en el proceso de la cultura. En ninguna otra parte del Nuevo Mundo suscita tan alocadas quimeras la búsqueda de la riqueza como en Venezuela a través de la fábula de *El Dorado*. El clima tórrido, las selvas inmensas y húmedas, las alucinantes llanuras habitadas por tribus errantes y el obsesivo flagelo del sol que casi produce el fenómeno del hombre ascio, crean un clima imaginativo que se reflejará en el carácter del pueblo y que sólo la influencia del misionero y del doctrinero lograrán canalizar en forma armoniosa.

En un escenario tan vasto y variado, en unas tierras salvajes en las que la naturaleza y el hombre constituyen un vago enigma, es explicable que la delimitación de las primitivas circunscripciones se hiciera un poco al azar y reclamase un enorme dispendio en energías y tiempo. Costas, montañas, llanuras y selvas eran en realidad otros tantos mundos cuyas vinculaciones no podían consolidarse sino a través de una larga y heróica experiencia. Sería menester que se hallase un punto geográfico, dotado de excelencias virtuales para la polarización de las energías y de las voluntades dispersas, para que el movimiento centrípeto de la historia comenzase a dar forma a la gran nebulosa.

### *Caracas*

ESTE CENTRO geográfico, este polo virtual de la historia y de la cultura venezolanas, es la ciudad de Santiago de León de Caracas cuya fundación, en 1567, señala el arranque definitivo del proceso de la nación.

Doscientos diez años han de pasar aún antes de que una cédula real ordene la agregación de las distintas provincias en una entidad administrativa y política, pero quien lea con atención el informe que el gobernador Juan de Pimentel redacta en 1578 describiendo las excelencias de la región caraqueña, no dejará de advertir el anuncio del destino capitalino que ya señala a la nueva urbe. Cada una de las otras regiones posee sus características: Cumaná, Guayana, los llanos y mesas de Maturín y las islas de Trinidad y Margarita al Oriente; Barquisimeto, El Tocuyo, Coro, Maracaibo y las ciudades andinas al Occidente; Valencia, Puerto Cabello, San Sebatián de los Reyes y otros pueblos al Centro; los extensos llanos al Sur. Pero Caracas será el prototipo. Desde el 19 de diciembre de 1573 el nombre de esta ciudad comienza a confundirse con el de la provincia en las actas de su cabildo. Las precedentes comenzaban así: "en la ciudad de Santiago de León, gobernación de Venezuela"; en la de la fecha indicada se pone: "En la ciudad de Santiago de León, provincia de Caracas, gobernación de Venezuela" (9). Para 1576 el gobernador ya reside en ella y escaso tiempo

(9) *Actas del Cabildo*, Tomo I, pág. 25. Edit. por el Concejo Municipal de Caracas. 1943.

después se verá a los obispos hacer otro tanto, aunque la Catedral y el cabildo eclesiástico permanezcan en Coro durante cincuenta y cuatro años más. Nueve ciudades agrupa esta gobernación en 1589: Santiago de León, Coro, Trujillo, Nueva Segovia de Barquisimeto, Carora, El Tocuyo, Nueva Zamora de Maracaibo, Valencia del Rey y San Sebastián de los Reyes. Los indios encomendados labran la tierra y pagan tributo a los encomenderos y regidores. Los caraqueños emprendedores envían a sus esclavos a sacar perlas a Margarita y Cubagua y contribuyen con dádivas para pagar dos maestros que enseñan primeras letras a los muchachos: Luis Cárdenas Saavedra y Simón Basauri. En 1580 una epidemia de viruelas deja casi desierto el lugar pero nueve años después está de nuevo poblado y el primer Simón de Bolívar, llamado el Viejo, recibe comisión para trasladarse a la Corte con un pliego de peticiones que respaldan los delegados de Nueva Zamora de Maracaibo, de San Sebastián de los Reyes, de Nueva Valencia del Rey, de Nueva Segovia de Barquisimeto, del Tocuyo y del Portillo de Carora. Licencia para introducir 3.000 negros esclavos, nombramiento de un teniente letrado para los muchos pleitos que había, facultad para apresar indios bravos y orden real para que las demandas a los gobernadores fuesen puestas en Santo Domingo y no en el Consejo de Indias, tan lejano y costoso, eran algunas de las peticiones que se formulaban a Felipe II en aquella ocasión. Había fiestas anuales de toros y cañas en homenaje al Apóstol Santiago y se hacían representaciones escénicas. En 1591, Su Majestad confirmó el emblema que había ya adoptado Caracas, y que consistía en un león coronado. "Desde esta época — escribe don Arístides Rojas — llamóse (a Caracas) *muy noble y muy leal ciudad,* tuvo el tratamiento de Señoría y se le concedió el goce de los privilegios y preeminencias de grande, como cabeza y metrópoli de la Provincia de Venezuela, según lo confirman todas las ordenanzas de la época colonial" (10).

### *La Iglesia*

HEMOS DICHO ya que aunque los obispos de la Diócesis venezolana se habían residenciado en Caracas, la sede eclesiástica seguiría siendo Coro por más de media centuria. En efecto, hasta 1636 no se obtendrían licencias del Rey y del Papa para hacer el traslado oficial. Gobernaba la provincia para esa fecha Ruy Fernández de Fuenmayor a quien iba a tocar enfrentarse al agresivo autoritarismo del doceavo obispo Fray Mauro de Tovar.

El ruidoso y brutal conflicto surgido entre este prelado y la distinguida familia de Navarros, Pontes y Campos, y el aniquilador terremoto de 1641

(10) Arístides Rojas, *"Crónica de Caracas"*, N. 16, pág. 95.

pueden señalarse como los acontecimientos más importantes de la joven ciudad en la primera mitad de la centuria décimo-séptima. "No se pueden imputar a la Iglesia los desafueros del Obispo Tovar, como no se puede imputar a la Medicina, al Derecho, a la Ingeniería el que exista una minoría de médicos, abogados e ingenieros indignos", esto observa uno de los escritores venezolanos que con mayor amplitud y penetración han tratado el singularísimo caso (11). Y ello es cierto, pero tampoco puede negarse que Fray Mauro es una figura típica de la época: "Los caraqueños no saben lo que es ser Obispo" es frase que se atribuye al Sr. Tovar. Y esta otra: "Mi jurisdicción es hasta donde es mi gusto". ¿Hasta qué punto estaba en lo cierto? Veamos: "El Obispo — reza el "Diccionario de Derecho Canónico arreglado a la Jurisprudencia Española antigua y moderna", 1854 — es la columna del templo; y según la hermosa y mística expresión de la Edad Media, es el trono de Dios. En efecto Dios le encomienda sus intereses sobre la tierra. La virginidad de la fe de la Iglesia y la santidad de sus costumbres le están dadas en depósito y confiadas a su cuidado; él declara y predica la doctrina y arregla la disciplina; eleva, elige, consagra e instituye los pastores; vela, dirige, anima, modera, consuela, reprime y recompensa los mismos; ve por sus ojos, habla por su boca y obra por el intermedio de su persona. Los sacerdotes son sus vicarios y él es pastor suyo; ellos son sus primogénitos y él es su padre, ellos son los miembros y él la cabeza y el corazón; por medio de ellos esparce en todo el cuerpo el calor y el movimiento; él es principio del bien o del mal, y estábamos tentados para decir que él solo es el que pervierte o santifica; esto es el Obispo".

Con esta ilimitada autoridad teológica y con el alcance de su poderío temporal para velar por la pureza de la piedad y por las buenas costumbres sociales, Fray Mauro la emprendió contra la familia de los Navarros, Pontes y Campos consumando una larga y sañuda persecución que se hizo más cruel por cuanto las víctimas fueron en su mayoría mujeres. El pleito se inicia por una cuestión de dinero: el que producía el comercio de las idulgencias de la *Santa Cruzada.* El caso se complica con la acusación que don Pedro Navarro hace al obispo de mantener relaciones carnales con una dama de la ciudad y como consecuencia de ello estalla la represalia: don Mauro acusa a su vez a Don Pedro de concubinato incestuoso con su media-hermana doña Ximena, y utilizando métodos propios de la Inquisición, apresa a don Pedro, a Ximena y a la anciana madre de éstos y los mete encadenados en los calabozos del Obispado. Finalmente hace pasear a la vieja dama por las principales calles de la ciudad atadas las manos y con coroza de penitente.

(11) Blas Millán, *El agresivo Obispado Caraqueño de Fray Mauro de Tovar*, 1956, *passim.*

Pero con todo lo que este procedimiento tiene de odioso, lo más importante, históricamente apreciado, es el fondo social de intrigas, de rivalidades y de apetitos sobre el que se mueven las figuras del drama. Don Mauro representa los odios y querellas tradicionales que existían entre el clero y las autoridades reales de España. El propio prelado, como observa Millán, no estaba exento de la sospecha de impiedad por ciertas veleidades de cariz erasmista y por otras debilidades que la Inquisición no miraba con buenos ojos: amaba el dinero y se inclinaba a los goces carnales. Bien analizados los documentos que utiliza Millán, ellos sirven para mostrar cómo, desde aquellos lejanos días, se delineaban los elementos históricos que habían de explicar después la singular conducta del venezolano ante la Iglesia así como el vigoroso sentimiento de diferenciación que existía en el espíritu de estas provincias, y particularmente en el espíritu caraqueño, entre lo criollo y lo español europeo.

* * *

En su encuadre general específico, la autoridad de la Iglesia católica en las provincias de Venezuela se fundamentó en las mismas bases jurídicas y en idénticas proyecciones teológicas que en los otros países americanos; su influencia moral fue siempre tan poderosa en esta parte del mundo como en el resto del orbe español. Sin embargo, ciertas circunstancias del medio comunicarían al fenómeno peculiares matices cuyas causas hay que buscar en el complejo étnico y en el proceso económico.

Como es bien sabido, el Soberano Pontífice no sólo legitimó la conquista de América sino que dió a la Corona de Castilla el control de la Iglesia en los dominios americanos. En virtud de este privilegio, fruto de la habílisima diplomacia de Fernando el Católico, y de acuerdo con las regulaciones del Patronato regio, al monarca correspondía designar los obispos, los misioneros y los demás ministros del culto, así como legislar en las materias de la administración eclesiástica; mas con esta situación especial que más tarde heredará la República, vemos señalarse ciertas características psicológicas que son las que explican la conducta particular del venezolano en sus relaciones con la potestad de la Iglesia. Estas características comienzan a hacer visibles desde el contacto del misionero y el doctrinero con los primitivos elementos del ambiente social.

De la mayor importancia es la obra de los misioneros en Venezuela. Casi todas las poblaciones fundadas en las diversas provincias son obra suya. Ellos fueron quienes abrieron los primeros caminos hacia el inmenso hinterland de los llanos y de las selvas y los que trazaron los primeros rasgos de la fisonomía nacional; así mismo los primeros en asomarse al espíritu de

los indios para estudiar su psicología, sus lenguas y sus costumbres. Es aquí, sin embargo, donde comienzan las dificultades pues mientras el aborígen se mostraba obtuso y apático para captar la noción de lo eterno y asimilar la filosofía del cristianismo, el africano manifestaba una clara noción del alma, lo cual vino a constituir un embarazoso contraste dentro de la dogmática hispana.

Ya en pleno desarrollo la empresa colonizadora española, otros problemas típicamente venezolanos se ponen de manifiesto; problemas que los historiadores atentos no han dejado de advertir señalando sus consecuencias. Uno de ellos es el de las frecuentes, casi permanentes querellas entre la autoridad real y la autoridad eclesiástica ocasionadas por desacuerdos jurisdiccionales y por conflictos de preeminencias. A lo que hay que añadir la pobreza del país generadora también de controversias relativas a las finanzas. "La relativa negligencia de España por estas regiones — escribe la doctora Mary Watters (12) — y la pobreza de Venezuela, afectó adversamente a la Iglesia; su personal era siempre inadecuado y sus riquezas nunca fueron iguales a las de la Iglesia en México, Perú, ni aun en Colombia". Esto no obstante, y pese a que como bien observa la misma historiadora, "la institución nunca tuvo raíces tan profundas en Venezuela como en otras partes del Imperio" su influencia en estos países fue decisiva en todos los órdenes de la vida social. Ella fue la directora de las conciencias y la que rigió la cultura; ella la que tuvo a su cargo hasta época tan avanzada como la de Guzmán Blanco (1870) todos los actos del *Registro Civil* (matrimonios, nacimientos, defunciones, bautizos, testamentos, empadronamientos) y ella, en fin, la que legitimó el proceso de las fortunas. Heredera de ricos fieles, sus bienes llegaron a ser cuantiosos en tanto que su fuerza moral se hizo incontrastable en el pueblo cuya vida, intereses y creencias giraron en torno a sus dogmas (13). Su fe, intensamente teñida de matices supersticiosos, era el múltiple hilo del que pendían las anhelantes y atormentadas almas, frente a las

(12) Mary Watters, *Telón de fondo de la Iglesia Colonial de Venezuela.* Edic. del Museo Bolivariano, Caracas, 1951. Traduc. de L. Roo, pág. 4.

(13) Acerca de la riqueza de la Iglesia y de sus proyecciones sociales en Venezuela escribió el Lic. Miguel José Sanz en un informe que cita Francisco Depons *(Viaje a la Parte Oriental de Tierra Firme),* Edic. de la Academia Nacional de la Historia, Caracas 1930, pág. 69: "Vemos conventos y cofradías que poseen inmensas dotaciones, vemos imágenes riquísimas, sacerdotes con prebendas de diez, veinte, treinta y cuarenta mil pesos de capital. ¿Quién puede contemplar a sangre fría el que en esta Provincia ninguna propiedad esté libre de censos eclesiásticos y religiosos, mientras no hay con qué pagar maestros que públicamente enseñen a los niños la religión que profesan y sus deberes de hombre y de vasallo?" "Los padres — añade — sin examinar ni comprobar la verdadera vocación de sus hijos, se creen desgraciados si éstos no se hacen Sacerdotes, Monjes o Religiosos". Y más adelante: "De este modo se multiplica el número de personas privilegiadas y se sobrecarga al resto de los ciudadanos con prebendas, peculios, censos fundados para la subsistencia de los eclesiásticos y con los derechos y contribuciones de que el Estado exonera a éstos".

cuales, siempre amenazadora, se agitaba la idea de la muerte. Esto explica por qué todos los actos sociales, los conscientes y los inconscientes, los públicos y los privados, estaban encomendados a la protección de algún Santo o de alguna de las muchas advocaciones de la Vírgen María. Explica así mismo por qué las calles, las plazas, las parroquias, los barrios llevaban nombres de santos y por qué eran éstos los abogados celestes protectores de la ciudad contra los temblores, los incendios, las viruelas y las plagas que arruinaban los sembrados de cacao, de algodón, de tabaco y de caña de azúcar. La *Copacabana,* esa Virgen de nombre quechua a la que rindió homenaje la musa escénica de Calderón de la Barca, poseía poderes tan decisivos como los de la *Virgen de la Soledad,* milagrosamente salvada de un naufragio y dotada de la auténtica cabellera de doña María del Corro, y como el Nazareno de San Pablo que en cierto momento, admirado de su propia belleza, habló al escultor que lo había tallado: "¿Dónde me has visto que me has hecho tan perfecto?". Es por todo esto por lo que, cuando ya en marcha las nuevas ideologías del Siglo XVIII, comienzan a producirse sus estallidos en estas provincias, es la autoridad de la Iglesia la que erige los diques morales para prevenir los desbordamientos del fervor revolucionario.

Para la época del obispo Mariano Martí (1772), la ciudad de Caracas, que ya constaba de cuatro parroquias con 18.669 habitantes, poseía además de su Catedral (reconstruida después de los terremotos de 1641 y de 1766) varios templos y conventos de religiosos y religiosas, y la educación superior se impartía en el *Seminario de Santa Rosa de Lima* y en la *Real y Pontificia Universidad* fundada a comienzos de aquella centuria. Todo esto giraba alrededor de la Iglesia y de su doctrina, igual que la música que ya comenzaba a abandonar el recinto sagrado para proyectarse hacia la vida profana, y lo mismo que la pintura cuyos iniciales atisbos tuvieron también, necesariamente, inspiración religiosa. Comparadas con las brillantes expresiones del arte (poesía y literatura, escultura, pintura y arquitectura) florecientes en los opulentos virreinatos de México, el Perú y Nueva Granada, las de la modesta gobernación caraqueña eran pobres y escasas pero altamente representativas del carácter venezolano. Y si es verdad que la imprenta se retardó en llegar a estas costas hasta los primeros años del siglo XIX, los libros en cambio penetraron temprano en ellas y las bibliotecas se multiplicaron. De lo que los caraqueños estudiaron en estos libros, de lo que su inquieto espíritu extrajo de ellos para elaborar sus conceptos sobre la sociedad y la política, la religión y la economía, es fácil enterarse por las noticias que se han trasmitido hasta nuestros tiempos. Baste saber que Oviedo y Baños, el primer escritor de Caracas e historiador de la Provincia de Venezuela, poseía en sus estantes, entre las obras del Padre Mariana y los poemas de Góngora, las gacetas de Holanda nutridas de inquietantes ideas heterodoxas.

La verdad es que en Venezuela, pese a sus turbulentos antecedentes y al temprano contacto que los habitantes establecieron con los *herejes,* la Iglesia no tuvo necesidad de desplegar un gran aparato de represión. Instaurada en América por Felipe II, la Inquisición no alcanzó en el Nuevo Mundo la resonancia que en la Metrópoli. Si se prescinde del ruidoso conflicto entre el Obispo Tovar y la familia de Navarros y Pontes, que fue un conflicto muy personal, en Venezuela sólo se produjeron aislados casos de intervención inquisitorial. En Caracas hubo representantes del Santo Oficio y el propio don Pedro Navarro, víctima del obispo Tovar, tuvo este empleo, pero no conozco noticias de que su actividad fuese notable. Ya en el siglo XVIII encontramos testimonios de evidente importancia que conviene citar. Para 1772, según el obispo Martí, la Inquisición no existía en Venezuela. El Conde de Ségur asegura, por el contrario, que para 1783 todavía su influencia era grande, aunque no ya sangrienta. A una pregunta que formulara aquel aristócrata al gobernador durante su visita a Caracas, el funcionario le respondió lo siguiente: "No lo dudéis. Para daros una idea os bastará saber que yo estoy obligado, de acuerdo con mis instrucciones, a prestarle mi apoyo a ese Tribunal, y a poner a su orden las tropas que comando, siempre que sea requerido para ello, y sin que me sea permitido informarme acerca del motivo u objeto de tal requerimiento. Por lo demás — añadió el gobernador — este famoso tribunal tan temido, no vierte ya sangre como antaño" (14).

*Las Cofradías religiosas*

PARA MANTENER su prestigio y su autoridad, en un país de la formación del venezolano (en el que la cultura intelectual y social se reducía a la clase preponderante), la Iglesia poseía elementos suasorios que hacían innecesarios los procedimientos violentos. Entre éstos cabe subrayar el de las cofradías religiosas cuyo auge en la masa del pueblo fue enorme a todo lo largo de los siglos XVII, XVIII y XIX.

Extendida a casi toda la Europa de la Edad Media, la Cofradía tuvo y conserva en España una significación singular. Su mayor interés consiste en su evolución a través de los tiempos y en sus implicaciones gremiales y religiosas. Si esta organización no es exactamente el origen del gremio laboral, la verdad es que en España y en los países de cultura española se confunde con él. Algunos autores establecen un parentesco entre la cofradia y la *gilda* socialista de los germanos, pero este parentesco es remoto. En España aparece en el siglo XII y posée similares características a las que tuvo en Francia, en Alemania y en otras naciones de Europa. Sin embargo, en

(14) Conde Ségur: *Crónica de Caracas,* Nº 11, pág. 458. Traduc. de J. Gabaldón Márquez.

España adquiere una duplicidad significativa: es a la vez hermandad o cofradía religiosa y gremio de mutuo auxilio; expresión social de la fe y organismo protector de las clases trabajadoras.

La presencia de las cofradías en Venezuela se advierte desde la propia fundación de las villas. La del *Santísimo Sacramento,* por ejemplo, cuyo fundador fue el dominico Fray Tomás Stella, aparece en el Portillo de Carora en 1585 patrocinada por hombres de la conquista: el capitán Juan de Salamanca, Francisco Mateos, Bartolomé del Real y otros. Para 1645 existían varias en Caracas pero las más importantes eran la de *Nuestra Señora del Santísimo Rosario,* adscrita a la iglesia y convento de San Jacinto, y la de *Nuestra Señora de Candelaria,* perteneciente a la Catedral. Las hubo también exclusivamente formadas por pardos (15). Su fin sustancial consistía en velar por el culto del *Santo* al que estuviesen consagradas, y el premio o salario que acordaban a sus miembros era de índole espiritual: indulgencias plenarias o parciales según la magnitud de los servicios que prestaran en el fomento de la devoción religiosa. Era requisito canónico el que el obispo las autorizara y aprobara sus estatutos y reglamentos. En el registro de la *Cofradía de las Animas,* establecida en Barquisimeto en 1881, el obispo declaró lo siguiente: "siendo un dogma de nuestra fe católica la existencia del Purgatorio, y que las almas de nuestros hermanos en Jesucristo, que mueren en gracia debiendo por sus pecados alguna pena van a este lugar de expiación a acabar de purificarse", erigía y establecía canónicamente esa asociación y la agregaba a la *Archicofradía* respectiva existente en Roma. Premio: indulgencias plenarias y parciales. Requerimiento para ganarlas: confesar en las fechas establecidas, visitar iglesia u oratorio y rogar por la paz entre los príncipes cristianos, por la extirpación de las herejías y por la exaltación de la S. M. Iglesia. Su festividad se celebraba el 2 de noviembre. Había hermanos mayores y menores.

Un acontecimiento de gran resonancia ocurrido en Caracas por la época del famoso obispo Tovar fue el del litigio surgido entre las cofradías del *Santísimo Rosario* (del convento de San Jacinto) y la de *Nuestra Señora de Candelaria,* perteneciente a la Catedral. Era protectora de ambas una mujer que se hizo notable en aquellos tiempos a causa de su piedad y de su fortuna: la famosa María Pérez, cuyo nombre todavía se conserva en el recuerdo de los caraqueños en forma sincopada y asociado a los extensos terrenos de *Maripérez,* al Este de la ciudad.

María Pérez fue una de las víctimas del terremoto de 1641. Una semana después de su trágica muerte el prior del convento de San Jacinto, Fray José de Sá, reclamaba sus bienes alegando que habían sido donados por la

(15) La de *S. Juan Bautista,* en Caracas, en el siglo XVIII. M. Acosta Saignes: *Historia de la Cultura en Venezuela,* Tomo I ,pág. 12, nota.

difunta a la Virgen del Rosario. Pasan otros seis días y se ve entonces al clérigo Agustín de Palma, mayordomo de la cofradía de Candelaria, reclamar para su Virgen la mitad de la herencia. El gobernador abre información, se llama a declarar a varios testigos y se designa defensor de los bienes a Juan Luis de Arteaga, pero éste alega que no es suficiente el testimonio aportado porque algunos de los testigos sólo han declarado de oídas y porque los negros no merecen fe pública "por ser gente fácil y no entender la fuerza del juramento". En este momento un nuevo elemento surge en el juicio: hay herederos vivos de María Pérez (dos primas hermanas que viven en la provincia de los cumanagotos). Pero esto no tiene mayor importancia. El Alcalde ordinario de la ciudad, capitán D. Bartolomé Revilla Puerta, falla salomónicamente: una parte para la Virgen del Rosario, otra parte para la de Candelaria y el remanente para las primas (16).

Ricas llegaron a hacerse las cofradías caraqueñas por donaciones como la de *Maripérez.* Sus fiestas fueron suntuosas. Luego languidecieron. ¿A quién o a quiénes pasaron esas fortunas? "Los bienes cuantiosos que les pertenecían han desaparecido en parte", dice González Lugo. Las tierras fueron urbanizadas y hoy forman parte de la moderna ciudad entregada a otros cultos y otras empresas.

Excesivo sería suponer en la cofradía algún parentesco histórico con el sindicato de hoy. Sin embargo, ciertos rasgos suyos que se van a acentuar con su evolución hacia la comunidad laboral, suscitan reflexiones y conjeturas. Para mediados del siglo XIX y comienzos del XX la vieja cofradía venezolana incorpora gestiones de mutua protección tales como las de asistencia médica y enterramiento de sus miembros, la enseñanza primaria de los hijos de éstos e incluso ciertas gestiones, muy tímidas por supuesto, para mejorar los salarios, las condiciones del trabajo y la regulación del descanso. Pero no pasan de ahí. Bajo la égida del *Santísimo Sacramento,* de la *Virgen del Carmen* y de otros *santos* del cielo no es extraño hallar aún en algunas poblaciones del interior gremios de proletarios que son pálidos fósiles de un lejano fervor religioso.

* * *

Apoyada en la lealtad de la clase preponderante y en el ingenuo fervor del pueblo, la Iglesia católica en Venezuela mantendrá su vigor y realizará una obra fundamental de cultura. A ella, principalmente, se deberán la iniciativa y el desarrollo de los índices culturales a todo lo largo del período colonial, pues su presencia será visible en la educación, en las letras, en el

(16) V. artículo de F. González Lugo en la revista *Cronica de Caracas,* Nº 14.

teatro, en la música y en la pintura, expresiones éstas que por pobres y limitadas que fuesen tuvieron un valor de primera importancia en la formación del espíritu nacional. Con todo, y en razón de las circunstancias muy especiales que ya hemos señalado, la Iglesia no tendrá en Venezuela el mismo poder que en el resto de América, hecho éste que se hará bien notorio en los años que preceden a la revolución de la independencia y en el agitado proceso político que sigue a este acontecimiento. Con tal evidencia a la vista ha podido escribir Mary Watters: "Cualquier intento de definir los estatutos de la Iglesia en Venezuela durante el período colonial induciría al investigador a contradicción. Aparentemente la Iglesia tenía la misma preponderancia de poder social en este país que la que tuvo en otras regiones del Imperio español en América. Las condiciones dentro de la Institución y el concurso de las autoridades civiles junto con las corrientes intelectuales de Europa y Estados Unidos, habían, sin duda, relajado su control antes de finalizar el siglo XVIII. En opinión de los escritores, era dominante en las mentes de la gran mayoría del pueblo el principio de la Guerra de Independencia. Por otra parte, se cree que la Institución nunca tuvo raíces tan profundas en Venezuela como en otras partes del Imperio".

### *Los Herejes*

ES ESTE un tema que considero del mayor interés sociológico en la historia de Venezuela, pues en él puede hallarse, en parte, explicación a ciertas características de la cultura, de la conducta religiosa y de la actitud ante la política que son peculiares en el venezolano.

Sabido es que desde época bien temprana, iniciada apenas la explotación de las riquezas americanas, las nacientes potencias de Europa — Inglaterra, Francia y Holanda — iniciaron una audaz ofensiva contra el poderío español tanto en el mar como en las propias tierras del Nuevo Mundo. Mas lo interesante de estos ataques no estriba sólo en su significado económico sino en sus proyecciones espirituales sobre las poblaciones de estos países.

Prolijo sería describir aquí el proceso de las luchas de religión que conmovieron al mundo europeo a partir del siglo XVI cuando Martín Lutero inició su actividad reformista. Para comprender su significado basta decir que esas luchas estuvieron íntimamente relacionadas con el gran cuadro de la política y de la economía de aquellos tiempos dentro del cual España ocupaba el puesto más importante por su poderío militar, por los extensos dominios vinculados a sus monarcas y por el proponderante papel que éstos representaban dentro del Sacro Romano Imperio. Al producirse los movimientos de rebeldía contra aquel absorbente dominio y al extenderse el sentimiento nacionalista de aquellos pueblos, una de las primeras manifesta-

ciones de este nacionalismo fue la protesta de cariz religioso que no tardó en invadir a las gentes del Norte y de parte de Francia, las cuales hicieron de la lucha contra la Iglesia Romana y contra el predominio español una sola causa. Fiel a Roma, intransigente en su concepción religiosa, España esgrimió entonces una palabra que resume toda su hostilidad y todo su desdén orgulloso para calificar a los protestantes: *herejes.*

Aunque la agresiva tenacidad de los piratas ingleses, franceses y holandeses fue igualmente intensa en todas las latitudes del Nuevo Mundo, a nosotros nos interesa principalmente la actividad de los últimos por ser éstos los que mayor ingerencia tuvieron en las provincias venezolanas desde los tiempos en que éstas provincias comenzaron a definirse económica y políticamente. Verdaderas flotas de esa nación acudían en los primeros años del siglo XVI a proveerse de sal en las costas de Cumaná en las que libraban enconados combates con las autoridades y con los soldados del rey de España. Y no pararían allí. Fuertes, valerosos y audaces, su radio de acción no tardó en extenderse al Brasil y a la región guayanesa, en cuyo interior penetraron navegando los grandes ríos y pactando alianzas con los indios caribes y con los africanos escapados de las esclavitudes. Al mismo tiempo sus naves recorrían las costas centrales de Venezuela y sus tripulantes, mezcla de soldados y mercaderes, penetraban por los valles del Yaracuy para llegar hasta los llanos occidentales en donde compraban a los criadores y plantadores, criollos e indios, el cacao, el tabaco, las mulas y la corambre, vendiéndoles a la vez sus telas, sus sombreros de castor, sus quesos, sus licores y su loza. Es un hecho notorio que el acontecimiento que determinó el traslado del Episcopado venezolano de Coro a Caracas fue la toma de Curazao por los holandeses en 1634 (17), y la permanente amenaza que aquéllos representaron desde ese mismo momento para la Iglesia.

La catástrofe de la *Armada Invencible* y la emancipación de los Países Bajos son dos acontecimientos que tienen un significado sombrío para la historia de España porque con ellos se inicia la declinación de esta monarquía como gran potencia imperial. Pero aun cuando la decadencia española no hubiese sido tan acelerada y profunda, es decir, aun cuando su política y su poderío militar hubiesen conservado un nivel respetable durante todo el ciclo de la Casa de Austria, difícilmente el imperio hubiese logrado evitar los quebrantos que en los dominios americanos le produjeron las sistemáticas agresiones de los *herejes.*

Seguir el proceso de la historia de España después de la abdicación de Felipe II, es asistir a una lúgubre y degradante agonía en la que se mezclan

(17) Han conservado esta isla y las de Bonaire y Aruba hasta nuestros días, con dos paréntesis ocurridos en 1798 y 1806, cuando fueron ocupadas por los ingleses.

la corrupción, la demencia, el fanatismo y la incapacidad intelectual y moral en todas sus fases. Trozo a trozo van desprendiéndose los más ricos dominios de la Corona en Europa y trozo a trozo se desprenden también opulentas regiones al norte de México, en las Guayanas y en algunas islas americanas. Y cuando este proceso llega a su clímax con el estéril y semi-idiota Carlos II, un gran clamor en el que se destaca la voz destemplada del Marqués de Varinas (18), se eleva de uno a otro confín vaticinando la pérdida de las Indias americanas.

Para este impresionante momento en que se cierra la centuria décimoséptima, la descomposición administrativa del reino había llegado a tales extremos que las propias autoridades, los funcionarios del fisco real, eran los protectores más eficaces del tráfico clandestino en las provincias venezolanas. Dueños y señores de estas comarcas, los buques holandeses anclaban en las marismas de Puerto Cabello y en las ensenadas de Puerto de Chávez y el Yaracuy y subían hasta San Esteban en donde organizaban sus francachelas. Para celebrar su herético culto habían edificado una capilla en aquellas costas.

Ya se verá más tarde (cuando la nueva política desarrollada por los Borbones produzca los primeros actos de rebeldía de los criollos afectados en su comercio), a los hacendados y cabildantes de San Felipe aplicar a la alzada ciudad el calificativo de *Republicana* con un sentido que hace pensar en la influencia ideológica de sus amigos y protectores los holandeses (19). Y ya se oirá la palabra "Patria" en los labios de un hijo de Juan Francisco de León, amigo también de aquellos herejes. ¿Puede acaso pensarse que durante un diálogo que dura dos siglos, católicos y luteranos hablaran únicamente de sus negocios sin que abordaran alguna vez temas tan palpitantes, tan de la época y tan del mundo como los de la política y la religión, la libertad y la cultura? Si se recuerda que Holanda era en aquellos tiempos el país más tolerante y culto de Europa, el centro más activo y fecundo de las investigaciones científicas, de la renovación de las artes y del derecho de gentes, no es aveturado pensar que, favorecidas por circunstancias tan especiales, las más avanzadas ideas humanistas y los primeros destellos de un liberalismo que más tarde sería medular en la organización de las sociedades americanas, arribase a las costas de Venezuela con los contrabandistas herejes a lo largo de los siglos XVII y XVIII.

(18) V. mi trabajo *El Marqués de Varinas, desagravio de un aventurero*, 1959.—V. igualmente *Colec. de Documentos inéditos*, Edic. Academia de la Historia de España.

(19) V. León Trujillo, *Motín y sublevación en San Felipe*, p. 61.—Ramón Díaz Sánchez: *La Independencia de Venezuela y sus perspectivas*, 1960, p. 21.

*El Cabildo*

ENTRE tan variados factores sociales, como fuerza determinante en la formación del carácter americano, se destaca la institución del Cabildo municipal que es el tercer pilar del trípode del imperio español en estos países. De esto se han ocupado ya nuestros más perspicaces historiadores quienes han subrayado la influencia de los ayuntamientos a todo lo largo del período colonial y después bajo la república, en la estructuración cultural, política y económica de nuestra nación.

Como todas las instituciones sociales que van a tipificar la vida de la América hispana, la del Cabildo municipal viene de España con el propio conquistador. Sin remontarnos a una investigación erudita de su ascendencia romana, para los fines de nuestro estudio recordaremos que el Municipio en España alcanzó su pleno vigor a raíz de la *Reconquista* nutrido por las libertades y prerrogativas forales, las que, sobre todo en Castilla, fueron acordadas por los monarcas en reconocimiento por la participación que tuvieron los pueblos en la larga lucha contra el invasor musulmán. En una época en que la organización estamental de las clases alcanzaba su más tajante expresión en una Europa todavía impregnada de feudalismo, es explicable que esa institución popular estuviese representada por la nobleza y que fuesen los nobles, los señores y los prelados dueños de las grandes extensiones territoriales, quienes hablasen en nombre de las ciudades y villas, velasen por sus intereses comunes y ejercieran su representación ante la Corona.

Basándose, entre otras razones, en que la nobleza en América no existió como clase o no tuvo las mismas características estamentales que en la Metrópoli, algunos autores, como el jesuíta Constantino Bayle, opinan que al trasladarse al Nuevo Mundo, el Municipio perdió sus prístinas virtudes hispanas y se convirtió en una parodia. Mas éste es un juicio que no expresa en su exacta proyección sociológica el verdadero alcance y significado del hecho. Cierto es que al adquirir carta de naturaleza americana la institución del Municipio y su estructura administrativa — el cabildo o ayuntamiento — se modifican, mas no para degenerar en una parodia o caricatura sino para adquirir una nueva expresión, un nuevo vigor y una nueva fisonomía.

El Municipio castellano representa en cierto momento una fuerza revolucionaria pero no por ello democrática como se ha querido explicar por algunos comentaristas. Ese momento es el que reúne a las ciudades y villas de España, bajo el liderato de la ilustre Toledo, para protestar contra regulaciones lesivas impuestas a sus comunidades por el emperador Carlos V y por sus consejeros flamencos. Ciertamente la lucha que allí se plantea enfrenta al hombre común y al monarca, pero no hay que olvidar que entre

el uno y el otro se mueve la nobleza menor, la que desposeída de bienes por las leyes de mayorazgo busca por ese medio fortalecerse y enriquecerse.

Vencidos los comuneros castellanos en aquel movimiento que puso una nota de rebeldía en el turbio Renacimiento español, el Municipio continúa representando los intereses procomunales pero su independencia y la efectividad de sus fueros irá languideciendo en la misma medida en que se fortalezca el absolutismo de los Habsburgos. Esto no ocurrirá exactamente en América donde una realidad social completamente distinta habrá de imprimir a la institución un carácter original que se conservará imperturbable hasta el advenimiento de los Borbones al trono español. Solo que esta originalidad no apunta hacia una democracia política ni hacia un igualitarismo social sino hacia una afirmación de independencia oligárquica. Los cabildantes aquí son los que integran la clase dominadora, los que se han repartido las tierras junto con sus pobladores, los dueños de una riqueza que han creado por sus propios esfuerzos; forman, pues, un grupo cerrado dispuesto a defender su conquista incluso de los asaltos de la Corona.

Para interpretar en sus exactos alcances el fenómeno de los cabildos venezolanos es necesario relacionar el carácter altivo, individualista e independiente del español con las condiciones en que se realizó la conquista y con la absorbente influencia que la naturaleza del Nuevo Mundo ejerció en aquellos aventureros, seres desheredados y ansiosos que vinieron a estos salvajes países en busca de fortuna y de nueva vida.

La conquista de América, observa Ots Capdequí (20), no fue una empresa del Estado español ni de la nobleza del reino sino de individualidades heroicas de extracción popular. En las provincias venezolanas. donde la escasez de metales preciosos y la inclemencia del clima hicieron más radicales estas condiciones del medio, el ayuntamiento tuvo desde el principio un aire arisco y una entonación desenvuelta que en ocasiones llega a la altanería. No son criollos aún, no son nativos de América sino castellanos, andaluces, aragoneses y gallegos de pura cepa los primeros munícipes que se reúnen en Nueva Segovia de Barquisimeto en 1560 para enviar a Sancho Briceño ante el trono con el primer pliego de peticiones de la provincia venezolana. Esos españoles ya americanos son los indianos viejos de que habla Juan Friede en sus interesantes ensayos sobre la magia avasalladora del Nuevo Mundo. Son los conquistadores ya conquistados.

No va don Sancho a la corte a hablar en nombre de España sino de América. En nombre de América hablaron también treinta años antes los cabildantes de Coro al negarse a dar posesión a Bartolomé Saylor como sucesor de Alfínger en la gobernación de la primitiva provincia. Lo que

(20) *Instituciones.*

Briceño pidió a la absolutista majestad de Felipe II y que este monarca concedió de buen grado, fue que cuando falleciese un gobernador gobernaran en las ciudades y villas de Venzuela los alcaldes ordinarios hasta que el rey nombrase nuevo gobernador.

Bien comprendió entonces Felipe II la singular realidad de una sociedad que comenzaba a integrarse en condiciones tan ásperas, movida por intereses y sentimientos tan peculiares, en un mundo que aquellos hombres habían formado por sus propios esfuerzos. Y bien lo comprenderían sus sucesores. Un siglo después, ya fundada Caracas y definida la fisonomía geográfica de la provincia de Venezuela, otra cédula real consagraba la capitalidad caraqueña mediante la jerarquización de sus autoridades municipales por encima de las otras ciudades. Esta real cédula, fechada en Madrid a 2 de abril de 1676, disponía que por cuanto "las otras ciudades del Gobierno son las más unas cortas aldeas, y en unas son mulatos los Alcaldes y en otras no hay capitulares, con que en esta vacante de Gobernador han sucedido diferentes fracasos en las ciudades por considerarse los Alcaldes Ordinarios de ellas casi absolutos en el mando" disponía "que en los casos que hubiere vacante de Gobernador en la Provincia de Caracas o por muerte o por otro accidente, en el ínterim que la Audiencia de Santo Domingo nombre quien gobierne en cuyo derecho no se innova, los Alcaldes de la ciudad de Caracas ejerzan la jurisdicción absoluta en lo político y militar en toda la Provincia, etc." (21).

Si la disposición de Felipe II fue sintomática de las realidades de una Venezuela todavía nebulosa, ésta de Carlos II lo es mucho más por cuanto abarca un más amplio radio de proyecciones sociales. Hasta mulatos han sido alcaldes en la provincia. Pero aún habrá algo de mayor trascendencia y es que los caraqueños no admiten la intervención de la Audiencia dominicana en las provisiones de su gobierno. En septiembre del propio año de 1676 el rey oye este pedimento y dispone lo conveniente. Mientras él mismo no designe nuevo gobernador, los alcaldes ordinarios de Caracas ejercerán el poder sin reserva alguna en cuanto a jurisdicción, "así en lo espiritual como en lo temporal".

Hasta 1706, ya bajo el régimen del primero de los Borbones, los alcaldes de Caracas conservarán ese privilegio del que se mostrarán siempre celosos y del cual usarán más de una vez para vetar gobernadores intrusos o simplemente mal vistos, para despojarlos de su autoridad por la fuerza, para meterlos en prisión e incluso para embargar sus bienes (22), todo ello apoyados en la fuerza del pueblo y en el auxilio social y económico que les pres-

(21) V. J. Gabaldón Márquez: *El Municipio, raíz de la República*. 1961, p. 90.

(22) Caso del gobernador interino Diego Gil de la Sierpe en 1623.

taba la clase proponderante de cuyo seno surgían los capitulares. Mas allí iba a terminar esa tradición de su poderío. Imbuído en un nuevo sentido político y económico, fortalecido por una organización militar renovada y decidido a elevar a su plena potencia el prestigio de la realeza, el *despotismo ilustrado* de los Borbones, sucesor del *absolutismo feudal* de los Austrias, corta por lo sano y reduce a su más insignificante expresión la autoridad del ayuntamiento y de sus órganos los alcaldes. Esta reacción sistemática y drástica se inicia en 1720 cuando una real cédula de Felipe V designa para suceder al depuesto gobernador D. Marcos de Betancourt, al Lcdo. Antonio José Alvarez Abreu, Alcalde Visitador del Comercio y Juez Conservador del Navío de Registro de la Compañía del Marqués de Montesacro. Es inútil que el cabildo caraqueño suplique: la reacción seguirá adelante. Los que resistiesen serán privados de sus oficios, multados con gruesas sumas y llevados presos a la cárcel de Santa Fe (esto es, bien lejos de su ciudad y de sus gentes).

Graves imputaciones hace la Corona a los munícipes caraqueños para justificar esta aniquiladora medida. Trata así de evitar "las discordias que inviolablemente se han de originar, de que los demás Cabildos de cada Villa y lugar quieran ser absolutos en sus distritos" y de poner fin al "ilícito comercio, que tan arraigado se halla en esa Provincia de que ha resultado el gravísimo escrúpulo a la conciencia de haber infestado con la comunicación de algunos Puertos de costa con errores heréticos y hebráicos a muchos ignorantes y holgazanes licenciosos que hay en la diversidad de costas de toda ella, cuya evidencia es notoria en esa Provincia de tener los judíos de Curazao sinagoga de sus errores en la Tierra Firme" (23).

En lo adelante nuevos cargos serán creados para llenar las atribuciones que antes competían a los cabildantes y uno de ellos, el más importante, será el de *Teniente de Gobernador y Auditor de la gente de guerra.* En 1732, ya en actividad la *Real Compañía Guipuzcoana,* se crea la *Comandancia General de la Provincia de Venezuela* y se designa para ejercerla a don Martín de Lardizábal, vasco, con rango y autoridad superiores a los del gobernador y capitán general. Personajes nativos de Europa, sin vínculos con los hijos de estos países, son sistemáticamente los que vienen ahora a desempeñar estos cargos. Mientras tanto la autoridad se militariza y sus fuerzas, notablemente aumentadas, se pagan directamente de las cajas del rey. Ante tales cambios los señores criollos añoran melancólicamente los viejos fueros y privilegios y acumulan sus resentimientos en el laboratorio de la conciencia en cuyas retortas se va formando una nueva esencia ideológica, mezcla de ideas religiosas, políticas y sociales que habrá de estallar un día en un grito de independencia. Sonará entonces de nuevo la hora de los cabildos.

(23) Se refería seguramente a la capilla protestante que los holandeses tenían cerca de Puerto Cabello.

*Las dos dinastías*

AUNQUE ya hemos examinado los más descollantes aspectos que diferencian de modo tan radical la dinastía de los Austrias de la de los Borbones, creo todavía necesario insistir en el tema para señalar otros signos diferenciales de similar importancia.

Según datos que recogen Blanco y Azpurúa en los "Documentos para la vida pública del Libertador", en 1580 Caracas alojaba una población de 2.000 habitantes, la que para 1696 había aumentado a 6.000. Esto significa que durante su primer siglo de vida la capital de la provincia venezolana había triplicado su fuerza humana. Cien años más tarde, esto es, en 1785, en un informe de Josef de Castro Araoz que cita Joaquín Gabaldón Márquez, la población caraqueña ha ascendido a 29.028 lo cual representa un aumento de 11.000 almas sobre la rata proporcional anterior. Y para 1800, o sea quince años después del cálculo de Araoz, en Caracas se agitan de 40 a 45.000 pobladores, a juzgar por la estimación del Barón de Humboldt (24). ¿Qué debemos deducir de este acelerado aumento que se opera en las dos últimas décadas del siglo XVIII? Evidentemente el hecho tiene un significado social y este significado hay que buscarlo no sólo en el desarrollo vegetativo sino en otros factores típicos de la época e inherentes a la política económica, cultural y social de los monarcas Borbones.

Bien sabido es que la dinastía de los Borbones, la que entra a reinar en España y en sus dominios con Felipe V al iniciarse el siglo XVIII, se diferencia de la de los Austrias en su relativo liberalismo, en su actividad progresista, en su tecnificación administrativa y en su evidente tendencia a independizar la administración de la influencia eclesiástica. Al absolutismo teocrático y al feudalismo excluyente de las Habsburgo, tan impregnado de espíritu medieval, se oponen un moderno criterio económico, un nuevo trato para los extranjeros, una nueva política comercial y una amplia protección a las letras, a las ciencias y a las bellas artes representadas de preferencia en la música y la arquitectura. Pero hay algo más en la conducta de estos reyes de origen francés que no ha sido suficientemente estudiado en nuestro país y que es necesario indagar en la moderna y sistemática investigación de algunos sociólogos españoles. Dentro de este orden de apreciaciones cabe el relativo aburguesamiento que los Borbones fomentan con el deliberado debilitamiento de los privilegios aristocráticos, tendencia ésta que alcanza su ápice con Carlos III a quien se ha llamado por ello, aunque impropiamente, el monarca burgués. En efecto, Carlos III ataca los señoríos, res-

(24) Esta cifra es reducida por otros historiadores a 38.000. Es de advertir que las apreciaciones censuales en el período colonial y primeros años de la república no son uniformes a causa de la irregularidad con que se hacían los padrones o estimaciones.

tringe las facultades de los señores para designar justicias y autoridades en sus dominios y socava la institución de los mayorazgos por medio de limitaciones concretas (real cédula de 14 de marzo de 1789), de impuestos fiscales sobre los bienes sujetos a mayorazgos (decreto de 1795) y de autorizaciones para la enajenación de bienes constituídos en mayorazgos (RR. CC. de 1789 y 1798), con lo que modifica la faz social de la monarquía.

En las colonias americanas poco desarrolladas (caso de Venezuela), por obvias razones de incultura y pobreza, la contextura estamental de la sociedad no podía tener iguales caracteres que en los opulentos virreinatos en los que el orden social alcanzó tanto o mayor esplendor que en la lejana Metrópoli. Esto no obstante, el orden jurídico fue el mismo en substancia ya que sus fundamentos legales radicaban en el estatuto inherente a cada grupo o clase social (25).

La conservación de los privilegios económicos y sociales correspondía en Venezuela, como en el resto del imperio español, al grupo superior descendiente de los conquistadores hispanos y llamado comúnmente nobleza criolla y entre nosotros *mantuanos*. Seguían a este grupo los blancos del estado llano, dedicados de preferencia al comercio, y en orden descendente los indios (ya segregados de la estructura social), los pardos libres, los manumisos y los esclavos. Ciertamente el *mantuano* disfrutó en las provincias venezolanas de privilegios sociales y de allí que cuidase tan celosamente de la herencia de sangre como de la posición económica, mas en realidad sus privilegios dependían más de la riqueza que de la sangre. Con lo que queda dicho que en estos países no hubo, en el estricto sentido de la palabra, un verdadero régimen estamental.

El burguesismo de los Borbones hispanos debe entenderse en un sentido también relativo. No es que aquellos monarcas tendieran a despojarse de sus privilegios aristocráticos ni a nivelar a las clases sociales dentro del reino. Lo que les inducía a actuar en ese sentido eran las grandes reformas introducidas en el mundo europeo por el moderno capitalismo. "Esa política de la monarquía — escribe Palacio-Atard — no se encamina en sí misma a promover el auge de la burguesía, sino más bien a debilitar las fuerzas aristocráticas del antiguo régimen". Es seguramente dentro de este mismo orden de cosas que debe considerarse la evidente disposición de la corona española, en la segunda mitad del siglo XVIII, a liberalizar su conducta con respecto a las clases sociales de rango inferior, a mejorar la situación del esclavo, a abrir el camino de la cultura en los colegios, seminarios y universidades a las gentes de clase inferior y aun a conceder a estas últimas ciertos tratamientos que antes fueron privativos de la nobleza, como ocurrió con la famosa

(25) V. Vicente Palacio-Atard: *Fin de la Sociedad Española del Antiguo Régimen*, Colecc. "O-Crece-O-Muere", Ateneo de Madrid.

real cédula de 1795 por la cual los pardos de Venezuela podían adquirir, mediante el pago de ciertos derechos, el título de Don y otros privilegios de los mantuanos. Naturalmente la reacción que esta disposición provocó en el mantuanismo habría de tener consecuencias históricas. Los señores venezolanos que por inclinación espontánea, por innata bondad, se mostraron siempre liberales y tolerantes con sus esclavos, al advertir que los pardos podrían parangonarse con ellos en el comercio social, manifestaron su indignación y se apresuraron a usar un viejo recurso de la legislación española que consistía en acatar pero no cumplir las reales órdenes que se considerasen lesivas o impertinentes. Y es que los prejuicios sociales estaban tan arraigados que sería necesario un siglo de conmociones sangrientas y de desarticulación de la economía y de la cultura de la Colonia para que el innato igualitarismo del pueblo, esto es, para que la verdadera constante del carácter venezolano triunfara sobre las rancias preocupaciones de casta.

Resumiendo puede decirse que el período colonial de los reyes Borbones es una etapa de violentos contrastes y que es en el balance de tales contrastes en donde puede encontrarse la explicación del gran movimiento social que conduce a la independencia de las provincias americanas.

Cierto es que la fundación de la *Compañía Guipuzcoana* fue considerada en los primeros momentos como un gran impulso al desarrollo de la riqueza de Venezuela cuyas bases eran la agricultura y la exportación de sus frutos; cierto es que la apertura de la Real y Pontificia Universidad (1721) produjo un movimiento tan desusado en las zonas del intelecto que tal suceso puede contarse como uno de los factores más importantes para la posterior unificación de las distintas provincias; cierto es igualmente que por ese tiempo inicióse en Caracas una extraordinaria actividad urbanística que comprendió la edificación de nuevas mansiones, la apertura de nuevas vías y la construcción de puentes sobre los ríos que atravesaban el perímetro urbano; que la vida fue fácil, amable y barata (26); que se desarrolló la buena música (en 1769 el Padre Sojo realizaba su viaje a Europa y en 1771 fundaba su Oratorio de San Felipe); que las costumbres se suavizaron impregnándose de cierta gracia francesa, y que junto con las modas suntuarias comenzaron a llegar de París influencias estéticas y morales que iban a reflejarse en las nuevas líneas arquitectónicas, en el alumbrado de casas y parques y en la libertad de maneras; pero cierto es, asímismo, que una creciente presión económica determinada por la avasallante política regalista contrarrestaría los efectos de aquel progreso produciendo un estado de malestar, de latente protesta y de rebeldía manifiesta que se haría más ostensible en la clase preponderante por ser ésta la que iba a sufrir el impacto directamente.

Afectada, en efecto, en sus intereses por el monopolio de la Compañía

(26) Joseph Luis de Cisneros: *Descripción Exacta de la Provincia de Benezuela*, 1764.

Guipuzcoana; objeto del desplazamiento político con todo lo que éste tenía de humillante y ruinoso, y privada de su viejo y remunerativo comercio con los herejes, esta clase es la que se enfrenta a la nueva organización administrativa y política introducida en 1776 con el establecimiento de la *Intendencia* (27). Será, pues, aunque algunos historiadores opinen que "nuestros criollos no tenían serias e irrefutables razones de descontento contra el régimen" (28), la que hará la revolución de la independencia.

### *Características de la cultura venezolana*

SE PUEDE llegar a una conclusión sobre las características de la cultura venezolana y sobre las proyecciones de esta cultura en el proceso social y político, siguiendo las formas más destacadas en que se manifiestan las apetencias y gustos del pueblo y las disciplinas intelectuales predilectas de las clases pudientes.

Una de las primeras manifestaciones artísticas que se registran en Venezuela es la del teatro. Según Arístides Rojas las representaciones escénicas aparecen en Santiago de León de Caracas desde los mismos días de su fundación y son realizadas por los propios conquistadores y fundadores de la ciudad: Garci González de Silva, los Gámez, Infante, Villegas, Paredes, Vázquez de Escobedo, el joven Bolívar (esto es, el hijo de Bolívar el Viejo), Beatriz y Germana de Rojas, Luisa de Villegas, María de Luyando (esposa de Bolívar el Viejo). La primera licencia que otorga el Ayuntamiento para una comedia tiene fecha del 28 de junio de 1600. Esto no obstante, y pese a que en todo el tiempo de la Colonia se cultiva este género artístico y se construyen locales con tal objeto, el teatro no alcanza en estas provincias la decisiva importancia intelectual y social que lo caracteriza en los países más cultos. Tendrá siempre un tosco sabor religioso, una baja calidad literaria y un sentido satírico que no rebasa el nivel de la plebeyez y frecuentemente del mamarracho. Bien conocidos son los despectivos conceptos que ese teatro merece al Barón de Humboldt y a Francisco Depons. Una burda mitología en la que se mezclan los santos católicos con los dioses antiguos sirve a clé-

(27) La Intendencia fue el paso previo para la creación de la *Capitanía General* que reunió en una sola entidad administrativa, política y militar, a las provincias de Venezuela, Caracas, Cumaná, Maracaibo, Margarita, Trinidad y Guayana hasta entonces dependientes de otras circunscripciones. Esto se hace por real cédula de Carlos III fechada a 8 de sepbre. de 1777. José de Abalos, notable hacendista que ya antes había residido en Caracas en el cargo de contador, fue el primer intendente de la capitanía general. Hombre honesto y capaz, antes de salir a ocupar su destino, desde Madrid dirigió al rey un informe circunstanciado de los perjuicios que ocasionaba a la agricultura y al comercio venezolanos la concurrencia de las otras colonias en el mercado de México. (*Revista de Historia,* Centro de Estudios Históricos de la Facultad de Humanidades y Educación, U. C. V. N. 5, pág. 91).

(28) C. Parra Pérez, *Historia de la Primera República,* Tomo I, cap. I.

rigos trasnochados y a moralistas mediocres para lanzar anatemas contra los vicios de una Babilonia de seis mil almas analfabetas a cuyos pies aparece un león heráldico:

*"No duermas sobre la culpa*
*Ciudad ilustre y famosa,*
*Que contra tí justo cielo*
*Invencible alarma toca."*

Al pueblo, a ese pueblo mezclado, ignorante y supersticioso pero encendido por ciegas ansias igualitarias, le seducen más los toros coleados, los juegos de cañas, los volatines, los diablitos de *Corpus,* los gigantes y las tarascas que la literatura de ideas; por esto cuando asiste al teatro es con ánimo de burlarse de los actores y de apagar los candiles a garrotazos.

Por su parte, la gente *ilustrada* tiene igualmente sus preferencias. Durante el primer ciclo de la Colonia (concretamente bajo los Austrias) los espíritus están llenos por los temas de religión, avasallados por una teología no siempre correcta pero en todo caso absorbente, mejor aún, compulsiva; mas al fundarse la Universidad e intensificarse el tráfico de los libros modernos el horizonte comienza a teñirse de otros colores y la gente universitaria se aficiona a la especulación ideológica, a las doctrinas tomistas y finalmente a la filosofía racionalista. No podría, sin embargo, decirse que exista verdadera inquietud filosófica hasta finales del siglo XVIII. El profesor García Bacca, quien ha hecho un documentado estudio del tema, no encuentra rastros de actividad filosófica en Venezuela sino a partir de 1638 y ello entre gentes de iglesia, esto es, en algunos prelados y clérigos que como Fray Alfonso Briceño, chileno, obispo residente en Trujillo; Quevedo y Villegas, coriano; Fray Tomás Valero, tocuyano; el Maestro Suárez, caraqueño; el Maestro Urbina y el P. Navarrete, se escalonan entre la segunda mitad del siglo XVII y los primeros sesenta años del XVIII y son preferentemente escotistas (29). El verdadero desasosiego ideológico comienza en la Universidad caraqueña en 1770 con la polémica que sostienen el conde de San Javier, aristotelista ferviente, y el P. Valverde, pintoresco tomista, pero la pugnacidad revolucionaria no se produce sino en 1788 cuando el Padre Baltazar de los Reyes Marrero se declara campeón de la filosofía racionalista. En esas aulas se formarán las mentalidades que van a orientar la revolución emancipadora: Roscio, Hurtado de Mendoza, Peña, Sanz, etc. También en el clima de esa inquietud se modelarán caracteres excepcionales como el de don Simón Narciso Carreño (luego Simón Rodríguez) maestro de Simón Bolívar.

(29) C. Parra León, *La Instrucción en Caracas,* 1567-1725, cita a los profesores de filosofía que hubo en ese período, todos clérigos y religiosos.

Un acontecimiento que hay que relacionar con el proceso de la cultura venezolana y con el rumbo de las ideas filosóficas, es el de la expulsión de los jesuítas ordenada por Carlos III en 1767 (30). Indudablemente la *Compañía de Jesús* había ejercido hasta entonces una gran influencia social en los países americanos, no solo por su ingente labor evangelizadora sino por su disciplina organizativa y por el sello particular que imprimió a la educación de los pueblos y de las clases preponderantes. No es, pues, de extrañar que cuando la expulsión se produjo en forma tan sorpresiva y tan drástica, una gran conmoción sacudiera a las principales familias venezolanas, muchos de cuyos miembros pertenecían a la *Compañía.* ¿En qué forma y con cuánta intensidad afectará esta medida a la cultura venezolana? Es lo que vamos a ver al correr de estas páginas. El tema resulta oportuno en estos momentos a causa de la tesis de algunos historiadores americanos según la cual el movimiento emancipador de las colonias de América no se nutre en las ideas racionalistas del siglo XVIII sino en la doctrina tomista, y la filosofía liberal europea no llega a estas tierras sino después de consumada la independencia (31).

La eliminación de la Compañía de Jesús y la expulsión de sus miembros no es un acto exclusivo del monarca español sino un movimiento combinado de los reyes de Europa para quienes la poderosa organización religiosa representaba un peligro tanto por sus doctrinas opuestas a la divinidad de los reyes como por su vasta expansión geográfica y su enorme fuerza social. Tan profundo se hizo ese sobresalto que el Papa Clemente XIV, por Breve de 21 de julio de 1773, extingue y suprime la orden en todos los países del orbe católico. Cierto es que en su mayoría jesuítas — como el padre Francisco Suárez — fueron los difusores de la doctrina de Santo Tomás con base en la cual el P. Mariana había llegado hasta aconsejar el regicidio cuando el monarca se convirtiera en tirano, y cierto es asímismo que estas ideas tuvieron en las mentes venezolanas, hasta comienzos del siglo XVIII, igual arraigo que en las del resto de América, mas no fueron esas ideas sino las más modernas — y desde luego más amplias en sus alcances sociales — de Voltaire, Rousseau, Montesquieu, Condillac, etc., las que ejercieron influencia inmediata, explosiva y directa en la independencia de Venezuela (32).

(30) Pragmática Sanción de 2 de abril de 1767. *Novísima recopilación de Leyes de España,* Salvat, 1848, 1a. parte, pág. 183.

(31) Ponencias de los historiadores Don Miguel Aguilera y el P. Guillermo Figuera en la Mesa Redonda de Historia y el Congreso de Historia, celebrados en Caracas en 1960 y 1961. Ver también al historiador colombiano Estrada Monsalve.

(32) En su libro *Les Origines Intellectuelles de la Revolution Française,* Daniel Mornet señala cómo Jurie y Locke, en el siglo XVII, son conducidos por la razón a esta conclusión: "Que si los monarcas son los amos es solamente por el consentimiento de los pueblos que les han delegado, en condiciones determinadas, el derecho de mandar".

Y cosa curiosa, fue precisamente la institución que más intensamente contribuyó a crear el clima de descontento en el cual se incubó la revolución, la que con mayor eficacia colaboró en el trasiego de las ideas revolucionarias. Por la función que ejercieron transportando libros, doctrinas y gentes imbuídas en aquellas ideas, a los buques de la Compañía Guipuzcoana se les ha llamado "Los navíos de la ilustración" (33). Conocedor de esta realidad, personal palpador de estas circunstancias, Juan Germán Roscio va a construir su obra más importante — "Triunfo de la Libertad sobre el Despotismo", Filadelfia, 1818 — en la que sustenta básicamente la doctrina de la soberanía popular, no sobre las ideas del *Doctor Angélico* sino sobre un esquema más desinteresado y universal: el de los profetas y apóstoles bíblicos.

(33) Ramón de Basterra, *Los Navíos de la Ilustración.*

II

## LA REVOLUCION DE LA INDEPENDENCIA

### *"Caraqueños, otra época empieza"*

CON ESTE VERSO que tiene sabor de proclama se iniciaba uno de los muchos cantos patrióticos que se compusieron en Venezuela después de los acontecimientos del 19 de abril de 1810. La letra, según José Antonio Calcaño (34), era de Cayetano Carreño, mientras que la música se atribuía a Andrés Bello. (¿No sería al revés?)

Entre todas las manifestaciones de la cultura, la música fue la que tuvo una superior eficacia social en la provincia de Venezuela durante los últimos años del siglo XVIII, y ello sencillamente porque ninguna otra forma del arte o del pensamiento logró como ésa allanar las barreras sociales para aproximar e identificar a los seres en un ideal común de belleza, de progreso y de dignidad más allá de los prejuicios de clase y de las diferencias de fortuna y de casta (35). Mientras que la literatura y las ciencias se reducían a un círculo limitado y en tanto que la rudimentaria manifestación teatral tendía a nivelar a los hombres en un rasero de plebeyez y de obtusa superstición, la música unía a blancos y pardos, a mantuanos y menestrales en una elevada atmósfera de sabiduría y de ilimitados horizontes espirituales. No es extraño, de consiguiente, que la musa de aquellos compositores venezolanos que se formaron alrededor de Cayetano Carreño, del Maestro Olivares y del Padre Sojo y que llegaron a componer obras tan elevadas como el *Popule Meus*, el *Pésame a la Virgen*, el *Stabat Mater* y el *Salmo Primero para las Vísperas de Nuestra Señora de la Merced*, aportaran también su contribución al movimiento emancipador y llegaran a convertirse en los más persuasivos agitadores de la emoción revolucionaria. Lino Gallardo, a quien José Antonio Calcaño atribuye el canto del *Bravo Pueblo* (después Himno de la República) era hombre de color igual que los Landaeta y que el insigne pintor Juan Lovera. Si la música florecida en el siglo XVIII ha podido calificarse

(34) *Historia de la Cultura en Venezuela*, I, p. 195.

(35) En 1801 cuando visitó Caracas, hizo Humboldt la observación de que la Escuela de música aproximaba a las clases sociales.

de milagro venezolano, esos pardos, esos blancos *de orilla,* esos hombres humildes producidos por la gran síntesis del espíritu criollo son los magos de Venezuela. Y no paran ahí: que también irán a fundir el metal de su sangre en ese tremendo crisol de la guerra a muerte que es, como la ha llamado Bolívar, una guerra a vida.

En realidad la Caracas que se lanza a la empresa de 1810 es una ciudad culta, amena, presidida por una clase superior refinada. Pese a su corta extensión y a su modestia arquitectural, sus gentes gozan fama de espirituales e inteligentes. Con sus edificios de una y dos plantas fabricados de tapia, sus calles estrechas y sus parques floridos, se la menciona como una de las más bellas de Suramérica. Sin las suntuosidades de México o Lima, sin el boato de la cortesanía virreinal, sin grandes iglesias barrocas ni valiosas joyas artísticas, los viajeros que llegan a ella se sienten aprisionados por una especie de magia que reside en la gracia de sus mujeres, en la gentileza de sus hombres, en la hospitalidad de los hogares, en el amor de todos a las letras, a la elegancia, a los viajes. (De ello hablan con singular unanimidad el conde de Ségur, los austriacos Schultz y Bredemeyer, el coronel Duane, el barón de Humboldt, Depons). Hay quien llega a llamarla "la Atenas del Continente" (36). Residen en ella cuatro marqueses y tres condes cuyos títulos han sido adquiridos a precio de cacao y a quienes se llama por esto "grandes cacaos". Son los penachos de una sociedad agraria en la que existen poetas, latinistas, abogados, profesores de filosofía; la espuma burbujeante y amable del chocolate colonial y del café revolucionario.

Pero esta gente bien educada, estos mantuanos dueños de fértiles tierras y de prósperas plantaciones, digan lo que quieran las estadísticas no están contentos y han decidido emanciparse de la tutela política y financiera a

(36) No coincide con este entusiasmo la apreciación del coronel Antonio Ignacio Rodríguez Picón, Justicia mayor de Mérida, quien a raíz de una visita que hizo a Caracas en 1803 escribió lo siguiente: "Me habían hablado con tantas y tales ponderaciones de Caracas, como de algo nunca visto, que no me he quedado con la boca abierta, ni avergonzado de mi tierra..." "Hasta ahora — señala — nada público he visto que divierta. Riñas de gallos los domingos, como en Barinas, como en Mérida, como en Pamplona y Bogotá, como en todas las ciudades a que he ido. A la gente del extranjero se la agasaja mucho aquí. A la del interior se la ve con protección, de reojo y alzando mucho los pelos del copete. Lo mismo sucede en Bogotá. Los notables son estirados, orgullosos ricos de vestimenta. Hay demasiadas fiestas de iglesia, y por eso no cesan las campanas, y los templos siempre están llenos. En no pocas esquinas se ven nichos con imágenes, que son alumbradas por la noche con faroles de vejiga y de vidrieras. Es frecuente encontrar en las esquinas grupos de ocho o diez personas decentes, conversando largo tiempo; y vaya uno a oír... chismografías y política". (Crónica de Eduardo Picón Lares en *Crónica de Caracas,* Nº 13, p. 155).

Mucho más áspera será la requisitoria que veinte años después escribirá Don Pedro Núñez de Cáceres. Este llamará a Caracas *urbs lutea,* ciudad de barro, y solo verá en ella la suciedad, las imposturas, las hipocresías que forman en todos los pueblos del mundo la inevitable contrapartida de las virtudes.

que los tiene sometidos la corona española... Que es lo que intentan poner por obra desde 1808, aprovechando el desbarajuste producido por la invasión del territorio de la Metrópoli por los ejércitos napoleónicos y la suplantación del monarca legítimo por un hermano del invasor.

Al anunciar a los caraqueños que una nueva época comenzaba, no mentían ni exageraban el poeta y el músico. Hay que advertir, sin embargo, que no todos los caraqueños, no todas las clases ni las distintas generaciones que convivían en aquellos momentos en la ciudad, coincidían en los alcances del cambio anhelado. El pueblo llano — comprendiendo en esta poliforme entidad a los pardos libres, a los blancos *de orilla* y a los esclavos y manumisos — no tenían las mismas razones que los mantuanos para desear la emancipación. Ni siquiera los últimos mantenían un criterio uniforme sobre el fondo de la cuestión. José Domingo Díaz, médico contemporáneo de los sucesos y adversario feroz de la independencia, suministra datos preciosos a este respecto. Convencida quizá de que las circunstancias habían cambiado en sentido favorable a sus intereses, la generación que treinta años antes había alimentado ideas revolucionarias, ahora se mostraba conservadora, y si deseaba una innovación en la estructura administrativa de la Colonia, este deseo solo iba hasta donde su clase pudiera afianzar su dominio y redondear su condición oligárquica con la fuerza efectiva del gobierno político. En una palabra, esta generación ya envejecida y sin duda atemorizada por las proyecciones de los grandes movimientos que ensangrentaban el mundo en aquellos tiempos (independencia de los Estados Unidos, revolución francesa, insurrección de los negros haitianos, conmociones clasistas en las islas francesas del Mar Caribe) no quería ir más allá de la formación de una Junta autónoma de gobierno similar a las que se habían formado en España, que pusiera en manos de los criollos el poder que hasta entonces habían ejercido los peninsulares (37). Pero sus hijos pensaban de otra manera. Saturados de las doctrinas de libertad e igualdad que sus padres habían exaltado en 1780, los jóvenes de 1808 y 1810 propugnaban no solo la independencia absoluta sino una transformación radical de las viejas instituciones: adopción de la República, gobierno electivo y alternativo, soberanía del pueblo, igualdad de todos los hombres ante la ley y hasta abolición de la esclavitud. "Los padres engañaban a sus hijos y los hijos a su vez engañaban a sus padres" — escribía José Domingo Díaz en sus "Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas" —. "Pero los jóvenes — añadía — a pesar de su exaltación y aturdimiento conocían la necesidad de asociarse y manejar sus recursos, autoridad e influencia, engañándolos con una aparente decisión de cooperar a sus designios. Este engaño era tanto más fácil, cuanto los segundos pertenecían a las fa-

(37) En 1797 esta misma generación condenó por escrito el movimiento revolucionario de Gual y España y en 1806 contribuyó con dinero para combatir a Miranda.



COSTA DE VENEZUELA
*(Foto cortesía de Alfredo Boulton)*

milias que debían formar la oligarquía" (38). Y así ocurrió en efecto. La fórmula del 19 de abril de 1810 — *Junta Suprema Conservadora de los derechos de Fernando VII* — fue el subterfugio transaccional "para no alarmar a los pueblos", según frase de Roscio; y para no alarmar a los padres podríamos añadir aquí. El 5 de julio de 1811 es la realización del verdadero designio de la joven generación.

*Trascendencia de la revolución. Su carácter.*

DE ACUERDO con una matrícula religiosa de fines del siglo XVIII, hallada por Eduardo Arcila Farías y completada con datos de Humboldt por Miguel Acosta Saignes (quien la publica en su trabajo "Elementos Indígenas y Africanos en la formación de la Cultura Venezolana") (39), el conjunto de las provincias que formaban la Capitanía General y que hoy constituyen la República, tenían una población que se aproximaba a los 800.000 habitantes divididos así: 400.000 pardos (el 50%), 200.000 blancos (el 25%), 120.000 indios (más o menos el 14%, diseminados en la periferia) y 64.000 esclavos (8%; quedan sin mencionar 16.000). Conforme a las cifras parciales que da esta matrícula, en la región que aproximadamente comprende a los actuales estados Miranda, Aragua, Carabobo, Cojedes, Portuguesa, Apure, Barinas y Distrito Federal, había una mayor concentración demográfica con las especificaciones siguientes: 150.000 pardos, 98.000 blancos, 60.000 negros y 47.000 indios. Era en el centro del territorio donde se agrupaban los negros, a saber: 13.666 en lo que es hoy el Distrito Federal; 12.932 en Aragua; 11.967 en el Guárico; 23.599 en el actual estado Miranda y 13.666 en el estado Lara. De consiguiente, si se toma en consideración que estas demarcaciones correspondían a la vieja provincia de Caracas, se llega lógicamente a la conclusión de que era ésta la entidad provincial que contenía más gentes de color y mayor número de esclavos. "Vista así la com-

(38) Depons trae observaciones de evidente interés sobre la aparente sumisión de los hijos a los padres. Los llamaban *su merced,* les pedían la bendición de rodillas y les rendían otras pruebas de respeto, "pero, en su mayoría — anota el agente francés — tales homenajes son externos y más que del sentimiento emanan de la costumbre que los ha colocado entre las etiquetas". Observa también que los españoles se casaban muy jóvenes y con ligereza o frivolidad. No existía en estas colonias, en materia social, la severidad de las leyes inglesas y francesas. A lo cual atribuye Depons la abundancia de los matrimonios desgraciados *(Ibid.* págs. 73 y ss.)

Describiendo, por su parte, el ambiente ideológico, Humboldt señalaba dos actitudes bien demarcadas en la sociedad caraqueña: una parte de ésta conservaba una viva adhesión a las antiguas costumbres, a la sencillez en los hábitos, a la moderación en los deseos. "No vive sino de las imágenes del pasado. La América le parece la propiedad de sus antepasados que la conquistaron. Repugnando lo que se llama las luces del siglo, conserva con cuidado sus prejuicios hereditarios como una parte de su patrimonio. La otra, menos ocupada del presente que del porvenir, tiene una inclinación a menudo irreflexiva por los hábitos y las nuevas ideas". *(Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente,* Libro IV).

(39) *Historia de la Cultura en Venezuela.* Universidad Central, tomo I, pág. 35.

posición demográfica — observa Acosta Saignes — se comprende el tremendo influjo de los negros e indígenas sobre el resto de la población, sobre todo si se toma en cuenta que ellos realizaban todos los trabajos fundamentales de la Colonia, desdeñados por las otras castas (40).

Sobre esta masa heterogénea e inquieta iba a proyectarse la acción revolucionaria de los mantuanos de 1810 y 1811 con su variada gama ideológica. No todos los actores del drama poseían el mismo radicalismo. En el fondo, sin embargo, todos estaban animados por un sentimiento común de humanitarismo. El viejo conde de Tovar, cuyos hijos Martín y José fueron de los más impetuosos partidarios de la independencia absoluta, se distinguía por el trato bondadoso y liberal que daba a sus siervos. Humboldt afirma que

(40) No obstante las diferencias que se observan en sus datos, para formar un criterio sintético del estado social del país en los años que precedieron a la revolución de la independencia hay que considerar las diversas informaciones que traen los contemporáneos. Depons, que en lo referente a la ciudad de Caracas coincide aproximadamente con Humboldt, al abarcar la Capitanía General difiere de éste de modo muy radical en cuanto al número de los esclavos. Igual que la matrícula hallada por Arcila Farias, el sabio prusiano señala para 1800 la cifra de 60.000 esclavos en todo el territorio venezolano. Depons, en cambio, eleva este número a 218.400 (*Ibid.* pág. 91). En cuanto a los manumisos señala que había 291.200. La población total de la Capitanía alcanzaba, según este autor, a 728.000. Por su parte Andrés Bello, en su *Resumen de Historia de Venezuela* incorporado al "Calendario Manual y Guía de Forasteros" que se publicó en 1810, calculaba la población de la provincia de Caracas en 450.000.

Para Depons Venezuela era el país que poseía mayor cantidad de manumisos e hijos de manumisos. Eran éstos los que efectuaban los trabajos de artesanía: los carpinteros, herreros, zapateros, etc. Eran embrollones y holgazanes y formaban las masas de las cofradías religiosas con sus hábitos azules, amarillos y rojos. El exceso de esclavos domésticos — dice — permitía a los caraqueños hacer ostentación de riqueza. Las señoras blancas de mediana fortuna iban a la misa acompañadas de dos esclavas; las ricas de cuatro o cinco.

Un poquitín tendencioso en sus apreciaciones, el agente francés afirma que los esclavos de las colonias hispanas no recibían de sus amos más que oraciones. Los infelices tenían que sustentarse y vestirse a sí mismos, razón por la cual los más de ellos andaban cubiertos de harapos. Les entregaban una parcela de tierra (conuco) y cuando enfermaban quedaban librados a su suerte. No había hacienda que tuviese médico y con frecuencia no se hallaba uno en los pueblos cercanos. "Por otra parte — escribía Depons — en un país donde los amos casi no gozan de ninguna comodidad de vida, los esclavos no pueden obtener de la ley sino lo estrictamente necesario; es decir, comida abundante y burdos vestidos". En cuanto a la manumisión, sus observaciones son interesantes. Al revés que en otras colonias, en las españolas ella era favorecida liberalmente. El paso de la esclavitud al pleno ejercicio de los derechos del hombre libre nunca fue súbito. El amo conservaba sobre el liberto cierta autoridad y éste debía a aquél respeto y determinados servicios públicos y privados. Si faltaba a ellos volvía a la esclavitud. Sus descendientes, empero, ya no estaban obligados a ello. El *Código Negro* que Francia envió a sus colonias en 1685 trató de modificar aquella tradición otorgando al manumiso todos sus derechos públicos pero esta disposición chocó con los intereses económicos y sociales y quedó desvirtuada en la práctica. Hubo una época en la que el manumiso o descendiente de manumiso que hubiese permanecido prófugo por cuatro meses volvía a la esclavitud y el que lo apresaba podía tomarlo para sí o venderlo al Ayuntamiento por 50 pesos fuertes. Los hijos de manumisos habidos en uniones legítimas gozaban de derechos iguales a los libres, pero éstos formaban una pequeña minoría. Eran frecuentes las uniones de blancos con pardas y viceversa, por impulsos sexuales; de consiguiente abundaban los niños abandonados, los expósitos y otros hijos de nadie que con frecuencia eran recogidos por negras y mujeres de color. Depons señala que una Real Cédula de 28 de setiembre de 1588 autorizaba a los pardos para ejercer el sacerdocio y a las mujeres de color para entrar en religión. Señala también que los manumisos podían ejercer la medicina.

el conde se interesaba por la extinción progresiva de la esclavitud en estas comarcas. Se lisonjeaba, dice el sabio prusiano, "con la doble esperanza de que se hiciesen menos indispensables los esclavos para el propietario y de que se ofreciese a los manumisos la facilidad de volverse hacendados". En cierta oportunidad en que viajó a Europa, dividió y arrendó una parte de sus tierras de Cura, las cuales dejó en manos de sus siervos; cuatro años después las halló cultivadas de algodón y fundado en ellas un caserío — Punta de Zamuro — de negros libres (41). Cuando, en 1808, fue detenido en relación con los movimientos de aquellos días, el conde de Tovar dirigió una carta al capitán general en la cual escribía a propósito de los siervos: "...nosotros somos sus protectores en todas sus ocurrencias civiles; nosotros les franqueamos muchas veces el sustento; nos hemos criado y crecido junto con ellos. Nosotros llevamos sus hijos al templo de Dios y ellos en recompensa nos tributan todos aquellos servicios que están en la esfera de sus facultades, ¿podríamos atentar a la destrucción de unos seres que nos acompañan desde la cuna y a quienes miramos como hermanos?" (42). De uno de los hijos de este aristócrata se cuenta que perseguido y puesta a precio su cabeza por los españoles, fue salvado por la lealtad de un esclavo de nombre Manuelote.

* * *

Observando que las proyecciones sociales del movimiento emancipador fueron frenadas y desvirtuadas, y basándose en cierta frase de desencanto del propio Bolívar, según la cual el único beneficio obtenido en la sangrienta contienda fue el de la independencia política, algunos historiadores afirman que aquella empresa sólo tuvo un alcance político; pero semejante criterio no es históricamente justo. El contenido social de la pugna es no sólo evidente en la ideología de sus propulsores — desde el último cuarto del siglo XVIII — sino que sus fines quedan demarcados con precisión en los postulados constitucionales de 1811 y en el sesgo clasista que toma la guerra entre 1813 y 1820. Véase al respecto la conducta de ciertos caudillos de uno y otro bando (Boves y Piar entre otros) y se tendrá una exacta noción del problema. Si es verdad que Miranda mostró gran temor a los negros, igualmente lo es que su situación personal a causa de la reserva que los mantuanos mostraron siempre hacia él, le obligó a buscar el apoyo del pueblo bajo y a estimular las reacciones clasistas de éste. Mucho había, por lo demás, en el programa de la república cuyo origen debe buscarse en las ideas que inspiraron la rebelión de Gual y España (1797), ideas que quedaron es-

(41) Cita de Vicente Lecuna: *Catálogo de Errores y Calumnias*, pág. 174.

(42) Mario Briceño Iragorry: *Casa León y su Tiempo*, pág. 115.

tructuradas con base en los principios de la revolución francesa, en la filosofía roussoneana del "Contrato Social", en los "Derechos del Hombre y del Ciudadano" redactados por Robespierre y en la concreta consigna que declaraba la igualdad natural entre todos los habitantes de las provincias y distritos de Venezuela, entre los cuales — blancos, indios, pardos y morenos — había de reinar "la mayor armonía, mirándose como hermanos en Jesucristo, iguales por Dios". (Proyecto de *Ordenanzas)* (43). La constitución de 1811 consagra este principio — el de la igualdad — categóricamente. "La sociedad — expresa Augusto Mijares refiriéndose a la concepción de la igualdad social en Bolívar (V. su ensayo en este volumen) — nace de la ley, y por eso la ley puede crear la igualdad para sustituir la desigualdad originaria que creó la naturaleza". La verdad, aunque en los primeros momentos parezca lo contrario, es que la igualdad en la Venezuela que rompe sus nexos con el Imperio español nacía de un sentimiento, de un instinto del pueblo venezolano. La ley en este caso concreto respondía a lo que Guillermo Ferrero ha llamado la legitimidad (44).

Un ejemplo entre otros del sentido social del movimiento iniciado en 1810, se encuentra en el decisivo papel que jugó la llamada *Sociedad Patriótica.* Esta, como es bien sabido, nace por obra de una disposición oficial de la *Junta Suprema de Gobierno* a raíz del 19 de abril de 1810 (45) y su objeto ostensible es el de estimular e impulsar el desarrollo de la agricultura en forma semejante a la de las sociedades económicas de amigos del país introducidas en España por los Borbones, pero a poco andar este objeto quedaba marginado y la flamante asociación se convertía en un centro de agitación típicamente política en cuyo seno se congregaron los agitadores más radicales y más agresivos de aquellos tiempos: Miguel Peña, Francisco *Coto* Paul, Francisco Espejo, Simón Bolívar, los López Méndez, los Salias, los Pelgrón y muchos otros. En ese crepitante crisol revolucionario halló el ya viejo Miranda, a su regreso al país, el apoyo y la fuerza que le negaba la clase preponderante. Allí, rodeando, vitoreando y acuciando a los líderes juveniles, se reunían los heterogéneos elementos sociales — pardos, blancos de orilla, curas revolucionarios, extranjeros adictos a los ideales de la Francia de 1793, mujeres exaltadas y hasta negros esclavos y manumisos — en asamblea permanente y ruidosa. De allí salían los cortejos en manifestación

(43) Cuatro colores contenía la bandera ideada por Picornell: blanco, amarillo. negro y rojo. Estos colores representaban a los blancos, los indios, los negros y los pardos. Véase el libro de Pedro Grases, *La Conspiración de Gual y España y el ideario de la Independencia.* Caracas, 1949.

(44) V. su libro *El Poder* pass.

(45) La disposición que la crea es de 14 de agosto de 1810. Su denominación oficial fue *Sociedad Patriótica de Agricultura y Economía* (v. R.D.S., *La Independencia de Venezuela y sus Perspectivas,* pág. 70).

callejera entonando las canciones partióticas que componían los músicos y los poetas republicanos. Y cuando en marzo de 1811 quedó instalado el Congreso que cuatro meses después declararía la independencia, de allí salieron las ardientes consignas que por boca del joven Bolívar, de López Méndez, Peña, Coto Paúl y el Diablo Briceño convertirían en hoguera el fuego reflexivo y prudente de los congresistas. Esto, en realidad, no fue inspiración espontánea del bajo pueblo. Surgía del propio 19 de abril por iniciativa de aquellos abogados y de aquellos sacerdotes que como Juan Germán Roscio, el Canónigo Madariaga y el Padre Francisco Ribas se incorporaron al movimiento como representantes del pueblo. Y no fue sólo la *Sociedad Patriótica* la que respondió a esa iniciativa, pues hubo también una agrupación de *Descamisados* cuyas manifestaciones de calle tuvieron aún resonancias más radicales (46).

## *La Constitución de 1811*

LA CONSTITUCION que Venezuela se dió en 1811 es un pacto hecho por las provincias de Margarita, Cumaná, Barinas, Barcelona, Mérida, Trujillo y Caracas. Acerca de ella escribe el jurista venezolano Dr. Ulises Picón Rivas en su *Indice Constitucional de Venezuela:* "Se ha dicho que este Estatuto encarna una verdadera revolución, lo cual puede ser cierto en cuanto al régimen interno tradicional imperante para la época de su votación pero no así respecto a los medios económicos de progreso y las grandes necesidades materiales de la América Española en relación con los cuales resulta incompleta y atrasada". La observación es correcta en cuanto aquella Constitución ponía de lado el problema económico del país, mantenía la esclavitud y afianzaba el poder de la oligarquía criolla mediante el complicado sistema establecido para el sufragio con sus requisitos de índole financiera y clasista. Sin embargo no debe olvidarse que el movimiento emancipador fue obra de una ideología subjetiva cuyo tema por excelencia fue el de la libertad. Tampoco debe desestimarse el hecho de que los conductores de ese movimiento fueron los propietarios de la riqueza. Si se considera el alcance que para la época tenían las doctrinas que se adoptaron, es evidente que en el plano social aquella fue una revolución. Revolucionarias son, por su radicalismo y por su amplitud, la consagración de la soberanía popular, la abolición de los títulos nobiliarios y de los fueros y en general los derechos y garantías calcados en el Derecho natural según el cual todos los hombres nacen iguales, con lo que se acogía la tesis de Locke sostenida antes por los colonos norteamericanos y llevados por Lafayette a la Asamblea Constituyente de Francia en 1791.

(46) Emiliano Jos: *Bol. de la Acad. Ncl. de la Hist.* N. 102, tomo XXVI, junio de 1943.

Esta doctrina, sustentada en los cuatro principios básicos de libertad, igualdad, propiedad y seguridad, forma el cimiento revolucionario burgués sobre el cual se asentarán en el futuro los cánones constitucionales de Venezuela según lo reconocen el propio Picón Rivas, Gil Fortoul y otros constitucionalistas venezolanos.

He aquí, tal como los resume el primero de los nombrados, los derechos y garantías consagrados en la Constitución de 1811: "La ley es la misma para todos. Nadie puede ser juzgado sino en los casos y con las formalidades establecidas por la ley. Ni ser obligado a rendir declaración contra sí mismo ni contra sus ascendientes y descendientes o contra sus colaterales hasta el cuarto grado de consanguinidad y segundo de afinidad. Toda persona detenida legalmente tiene derecho a su libertad provisional. Abolición del uso de la tortura y de las leyes sanguinarias. Abolición de las penas infamantes. Extinción del fuero personal. Inviolabilidad del hogar. Inviolabilidad de la propiedad con las solas excepciones justificadas por la ley. Detención libre de armas lícitas para la defensa. Libertad del pensamiento expresado por medio de la imprenta, con la sola limitación de la responsabilidad ante las leyes, "si se ataca y perturba la tranquilidad pública, el dogma, la propiedad, el honor y estimación de algún ciudadano". La libertad de reunión sujeta al previo aviso a las autoridades, pero sin que se pueda impedir a los ciudadanos con derecho de voto reunirse para tratar de sus intereses, comunicar instrucciones a sus representantes en el Congreso o en la Provincia o hacer peticiones a los Cuerpos legislativos, siempre que no se arroguen la calificación de "pueblo soberano". Libertad de tránsito. Libertad de industria y de comercio, con excepción de los ramos reservados provisionalmente para la subsistencia del Estado. Amparo y auxilio por el Estado para los indigentes y de instrucción para los ciudadanos. Igual seguridad para nacionales y extranjeros no naturalizados en sus personas y en sus propiedades, "siempre que respeten la religión católica, única en el país, reconozcan la Independencia de la Confederación, su soberanía y las autoridades constituidas por la voluntad general, pudiendo naturalizarse los extranjeros y adquirir los mismos derechos políticos de los venezolanos a los siete años de residencia. Extinción de los títulos de nobleza, honores o distinciones hereditarias, no pudiendo el Gongreso ni las Legislaturas provinciales conceder otro alguno. Prohibición a los empleados públicos de aceptar regalo, título o emolumento de algún rey, príncipe o Estado extranjero sin el consentimiento del Congreso. Nadie tiene otro título o tratamiento que el de "ciudadano". Extinción de las antiguas distinciones de castas en cuanto a los indios, mestizos o pardos, tenidos como entredichos y socialmente inferiores a los "blancos". Prohibición de la trata de negros. Prohibición del comercio de esclavos de ninguna especie. Irretroactividad de la ley criminal y civil".

Necesariamente, como he observado en otro lugar (47), muchos de esos derechos eran temas para el futuro. La revolución describirá un primer ciclo histórico que irá a cerrarse con la segunda Carta federal en 1864. Entre una y otra constituciones, las de 1819, 1821 (constitutiva de la *Gran Colombia*), 1830, 1857 y 1858 representan otras tantas etapas de esa revolución. Sus variantes son meramente políticas (si se exceptúa el gran acontecimiento de la abolición de la esclavitud en 1854) ya que todas ellas conservan los requisitos financieros para el sufragio en los que se apoya la oligarquía, hasta que los suprime la de 1864. A partir de esta fecha un nuevo ciclo se abre y llega hasta nuestros días cuando se imprime al país una nueva expresión constitucional: la de 1961 que diversifica y sistematiza los derechos dividiéndolos en sociales, económicos y políticos.

### *La "Patria boba"*

A PESAR de las elocuentes lecciones proporcionadas por la independencia de Norteamérica y por el derrocamiento de la vieja aristocracia francesa, los patriotas venezolanos incurrieron en la ingenuidad de creer que un corte tan radical como el del 5 de julio de 1811 podía consumarse sin conmociones adversas. Este desajuste de la perspectiva social debióse en parte a la concepción que aquellos señores se habían formado del estado de abatimiento en que se hallaba la lejana Metrópoli, ocupada militarmente por Napoleón, y en parte a la errónea noción de los sentimientos, intereses y fuerzas que debía afectar la medida dentro del propio país. Guiándose por signos aislados, como fueron la influencia de la Sociedad Patriótica en la decisión del Congreso y las bullangueras manifestaciones de la masa popular caraqueña, imaginaron que todo podría seguir adelante en un clima de comprensión y de tolerancia y no tomaron en cuenta la lección de Francia donde las reacciones contra la revolución fueron bien elocuentes. Venezuela no sería una excepción de esta ley social. Maracaibo, Coro y Guayana iban a pronunciarse contra la idependencia, y en Valencia y Caracas las fuerzas realistas comenzaron bien pronto a conspirar contra el nuevo régimen. ¿Cómo estaban formadas estas fuerzas conservadoras? Eran heterogéneas y en cierto modo contradictorias, pues junto a algunos mantuanos que no participaron en la revolución o que lo hicieron muy tibiamente, se colocaron muchos de los llamados blancos de orilla, casi todos los españoles peninsulares, los numerosos canarios dedicados a la agricultura y al comercio, gran cantidad de los pardos libres y las copiosas esclavitudes que formaban la base del trabajo en las comunidades rurales. Aunque parezca extraño, esta multicolor mesco-

(47) *La Independencia de Venezuela y sus perspectivas*, pág. 39.

lanza tenía su explicación en diversos factores sociales: en la educación, en la arraigada creencia de que todo venía del rey y en la benévola política que la Corona desarrolló en los últimos años del siglo XVIII en beneficio de los esclavos y del pueblo llano (48). La medida de 1795 particularmente, tuvo la virtud de poner en contraste la liberalidad del monarca con la intransigencia de la sociedad criolla. No es, pues, un contrasentido el que al declararse la guerra los soldados del rey fuesen todos venezolanos. Tampoco lo es la actitud reaccionaria y amenazante de los esclavos.

Si se ha de ser justos hay que decir que la *Primera República* fue boba pero no hasta el extremo de renunciar a ciertas medidas necesarias a su defensa. En Caracas hubo prisiones y ejecuciones; en Maracay y Valencia la insurrección fue sofocada por Miranda en persona; a Coro se envió un ejército que fracasó en su misión por la incompetencia de su jefe el marqués del Toro. Con todo hubo debilidad, exceso de confianza en la legitimidad de la causa. Y algo más grave y complejo: la conducta negativa, escéptica y catastrófica de Miranda.

La de Miranda es una gloriosa figura de héroe, de pensador y de mártir. Encarna el ideal emancipador de la América hispana en la segunda mitad del siglo XVIII; es la bandera ideológica que ondea desde México a Buenos Aires. Sin embargo, es en sí una figura contradictoria, dramáticamente incompleta. Por su edad, por su formación cultural, por sus personales circunstancias sociales y por sus limitaciones en cuanto al alcance total de la independencia como hecho revolucionario, carecía del radicalismo necesario para dar solidez y permanencia a la empresa. Parra Pérez, quien ha trazado el más penetrante retrato psicológico del personaje, hace la observación de que los mantuanos venezolanos desconfiaban de él porque lo creían un jacobino, en lo que estaban equivocados (49).

Llamado a salvar la república cuando Domingo de Monteverde insurgió contra ella (1812), Miranda no estuvo a la altura de su misión. Careció de la energía y de la fe neecsarias para desempeñar su papel y no supo contrarrestar los efectos perturbadores de los integrantes de su propio partido. Además tenía pavor a los negros. Al principio, esperando halagarlos, les ofreció hacerlos libres a cambio de sus servicios en las fuerzas independientes; después los miró como el más grande e insuperable peligro para la causa de América.

El temor de Miranda, compartido por muchas gentes, consistía en que los negros se desbordaran y se apoderaran de estos países, tal como lo había

(48) Recuérdense las reales cédulas de 1789 y 1795 referentes a la situación de los siervos y a la posibilidad de los pardos de adquirir ciertos privilegios.

(49) *Historia de la Primera República.*

predicho Benzoni tres siglos antes. En efecto, para comienzos del XIX causaba gran inquietud la posibilidad de que negros de Haití y Martinica invadiesen a Venezuela, y Miranda, entonces en Londres, hablaba de ello a Pitt. En 1800 los franceses de Martinica desembarcaron en territorio venezolano doscientos negros de los que querían desprenderse por perniciosos, revolucionarios, asesinos e incendiarios. Se hablaba de agentes venezolanos que habían ido a Santo Domingo a solicitar el apoyo de aquel país para la independencia de Venezuela. Ya antes, a fines del siglo XVIII, en connivencia con la rebelión de José Leonardo Chirinos en Coro, el africano José del Carmen González, que hablaba inglés y francés, había recorrido las islas francesas en una gira de propaganda racista. He aquí un hecho notorio: para 1812, cuando Monteverde inició su campaña contra la joven república, los alzamientos de negros sembraban el terror en todo el ámbito del Caribe. De ello trata el marqués de Valous en su libro "Avec les rouges aux iles du vent" y también Parra Pérez en sus "Páginas de Historia y de Polémica" (p. 23) en las que cita una carta del mayor general J. Hodgson, gobernador inglés de Curazao, fechada a 23 de septiembre de aquel mismo año y dirigida al conde Bathurst. Esta carta coincidía con los alzamientos de los esclavos de Curiepe y de otros puntos de las costas venezolanas que ponían en aprieto a Miranda (50). Pero el oleaje reventaba más próximo. Cuando en 1808 el capitán general interino, don Juan de Casas, ordenó una investigación para identificar a los conspiradores de aquellos días, uno de los llamados a declarar fue don Tomás Montilla, amigo de los Bolívar, y el interrogatorio versó sobre una denuncia o conversación oída al licenciado Miguel José Sanz según la cual Montilla y los suyos habían anunciado el propósito de armar 10.000 negros y lanzarlos a una guerra de castas. Don Tomás negó tal especie y como argumento de su falsedad dijo que consideraba "peligrosísimo para los amos de las haciendas armar y emplear a los negros en una empresa de esa clase" (51). Este testimonio demuestra un hecho muy importante: que el sentimiento y las ideas de los negros habían cambiado en los últimos sesenta años con relación a la monarquía y a sus amos criollos. Con ellos había contado Juan Francisco de León cuando se alzó contra la Guipuzcoana, pero para 1810, extinguida la Guipuzcoana, la lejana y bienhechora figura del rey resplandecía de nuevo como el sol que vivificaba las tierras, que protegía a los esclavos y que dignificaba a los pardos.

(50) Una situación que no sería pasajera pues seguiría latente hasta épocas posteriores. En las fuerzas de Pereira que guarnecían a Caracas en 1821, cuando se libró la batalla de Carabobo, había 700 negros, mulatos y zambos de infantería. De ello sólo seis abrazaron la causa republicana cuando Bolívar concedió la capitulación. En cambio los de caballería, en su mayor parte europeos, casi todos abandonaron las fuerzas del rey para incorporarse a la causa patriota. (Páez, *Autobiografía*, I, p. 210).

(51) Lecuna: *Catálogo de Errores y Calumnias*. T. I., pág. 182.

Muchos son, y de personas significadas, los testimonios que mencionan la inquietud de los negros atribuyéndola a fidelidad a la monarquía. De ello habla el Regente Heredia en sus Memorias de aquellos días, tan llenas de ecuanimidad y ponderación. Sin embargo, al examinar la conducta de aquellos seres y buscar sus constantes espirituales, una vaga niebla se levanta sobre el dilatado paisaje histórico esbozando un interrogante. ¿Era por fidelidad al monarca español por lo que los esclavos se insurreccionaban contra la república? ¿No había en sus espíritus un designio más amplio, un anhelo de autonomía y hasta un esquema propio de sociedad y de organización institucional? ¿Qué nos dice el recuerdo del Negro Miguel? ¿Y el de Chico Rey en el Brasil? ¿Por qué Monteverde tuvo que sofocar la insurrección de Curiepe, la misma que tan honda inquietud causaba a Miranda? El caso de Haití puede dar la respuesta a tales preguntas.

Al examinar los variados factores psicológicos que rodean la caída de la *Primera República,* hay que tomar en cuenta el temor que la actitud de los negros producía en el precursor de la independencia. Quizá más que el de las intrigas y el *bochinche* que lo rodeaban, más que la pérdida de Puerto Cabello por el joven Bolívar, fue ese el factor que indujo a Miranda a capitular con el español, cuyas tropas, como ya se ha observado, no eran superiores a las suyas. Tembló el Precursor a la idea de que su país cayese en poder de las hordas de siervos y antes de que una guerra social de proyecciones imprevisibles desfigurase el esquema liberal y burgués que se habían trazado los próceres criollos (y para cuya realización contaban con el apoyo de la astuta Inglaterra), prefirió capitular. Bolívar, en cambio, no vacilaría en correr ese albur.

III

## LA DESARTICULACION DEL ORDEN COLONIAL

### *La Guerra a Muerte*

EN NINGUNA otra región de la América hispana alcanzó la guerra de independencia resonancias tan vastas y caracteres tan drásticos como en las provincias de Venezuela. La simple evocación de ese discutido acto de Simón Bolívar, la proclama de *Guerra a Muerte,* es bastante para medir la elevada presión que los odios de clases y otras circunstancias históricas de similar significado social, dieron a la pugna en estas comarcas. Es igualmente el signo que explica otros hechos de más larga y profunda repercusión cuyas consecuencias van a advertirse en las subsiguientes vicisitudes políticas y en los caracteres que éstas asumen a todo lo largo del siglo XIX y parte del XX.

La guerra a muerte fue proclamada por Bolívar el 15 de junio de 1813, en la ciudad de Trujillo, cuando invadía el territorio de Venezuela en una fulgurante campaña que ha sido calificada de *Admirable* por su celeridad y precisión. Secundado por un valeroso grupo de oficiales venezolanos y granadinos entre los que figuraban Rafael Urdaneta, José Félix Ribas, Antonio Ricaurte y Atanasio Girardot, en pocos meses logró reconquistar las provincias del Occidente y del Centro y apoderarse de la ciudad de Caracas. Evidentemente este rápido triunfo fue favorecido por la simultánea invasión del territorio oriental por Santiago Mariño, Manuel Carlos Piar, José Francisco Bermúdez y los hermanos José Tadeo y José Gregorio Monagas a los que por este motivo se llamó los libertadores de Oriente. Pero esta cooperación que hubiese sido definitiva para la causa de la república, fue en cierto modo perjudicial y habría conducido a un problema más grave y más deplorable, si la apocalíptica irrupción de Boves no hubiese deshecho los éxitos alcanzados por unos y otros. Ese nuevo problema que se cernía sobre Venezuela con la reconquista del suelo patrio, era el de una división inminente engendrada por los sentimientos regionalistas y por las ambiciones disgregativas de algunos caudillos.

En sí misma la proclama de guerra a muerte no tiene otra importancia inmediata que el expreso contenido de represalia y el tono de desnuda fero-

cidad que imprimió a la contienda: "Españoles y canarios: ¡Contad con la muerte aún siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de América... Americanos: Contad con la vida, aun cuando seáis culpables!". Sus proyecciones sociales empero son decisivas. Es ella la que va a abrir ante la conciencia de los americanos nacidos en Venezuela el sentido diferencial de la pugna; ella la que va a revelar a esos seres formados en la fe de la monarquía, en el culto del rey y en la vaga noción de una comunidad imperial sin precisos contornos mentales, el valor positivo de la geografía, la economía, la raza y otros valores del medio nativo como aglutinantes de un sentimiento de nacionalidad que hasta entonces no fue sino obscuro vagido. Por su parte la conducta de Boves y más tarde la de Morillo coadyuvarán indirectamente a la eficacia de la proclama bolivariana. Pero es sobre todo Boves quien da colorido al cuadro social de esta época. Español venezolanizado, saturado de las esencias del medio, se convierte en caudillo de las hordas llaneras y con ellas se lanza a la guerra, no sólo para destruir a los insurgentes sino para dar cauce al obscuro antagonismo clasista que palpitaba en la sangre de los mestizos. Blanco, rubio, nacido en Asturias, Boves degüella indistintamente a patriotas y blancos sin prestar atención a que éstos sean monárquicos, sólo porque unos y otros están identificados en el misterioso crisol de su espíritu de caudillo. Y no será él el único en las filas del rey que alimente este odio, pues también Morales matará blancos mantuanos cuando a raíz de la muerte del asturiano herede su jefatura.

En términos generales, no obstante el espíritu de equidad institucional que orientó la colonización de los países del Nuevo Mundo, los españoles poseían de los americanos un concepto peyorativo que se reflejaba con mayor intensidad, necesariamente, en las regiones más pobres e incultas. De esta prevención habla el viejo conde de Tovar en su reveladora carta de 1º de diciembre de 1808. Pero la más paladina confesión al respecto se produce en 1810 en un documento oficial redactado por el poeta Quintana a nombre de la *Regencia* española: "Desde este momento — declara el poeta —, españoles americanos, os veis elevados a la condición de hombres libres; no sois ya los mismos de antes, encorvados bajo un yugo tanto más duro mientras más distantes estábais del centro del Poder; mirados con indiferencia, vejados por la codicia y destruídos por la ignorancia". (52). Una situación semejante, en el caso de Venezuela, estaba destinada a producir especiales repercusiones.

(52) Demostraciones de este desdén y de este menosprecio que se convertirá en odio mortal en la lucha de la independencia, se encuentran en la ferocidad de Boves, de Monteverde, de Antoñanzas, Tiscar, etc. Y finalmente en la del Pacificador Gral. Morillo, quien se sentía más identificado con los franceses de Bonaparte, invasores del territorio español, que con los españoles americanos.

Esta modesta capitanía general a la que hubo que socorrer con subsidios cuando las otras colonias producían fabulosas riquezas; esta pobre posesión a la que se regateó el beneficio de la cultura y a la que no se permitió poseer una imprenta hasta 1808, no es extraño que fuese la abanderada del movimiento emancipador, la más obstinada en rechazar los paliativos políticos que se propusieron para remendar el desgarrado manto imperial y la más empecinada en mantener los principios que había proclamado al separarse de la española comunidad.

El envío de Morillo en 1815 con una expedición de 15.000 veteranos peninsulares, es prueba del grado excepcional de ferocidad y del radicalismo que caracterizó la guerra en estas regiones. Su destino inicial era el Río de la Plata, mas cuando Morillo pisó el territorio de Venezuela, ya el proceso emocional de la guerra a muerte había alcanzado velocidad y comenzaba su simbiosis mental. Ningún otro pueblo de América habría de pagar un precio tan alto por esta victoria.

### *Desarticulación de la cultura colonial*

CON MUCHA perspicacia han estudiado algunos de nuestros sociólogos la violenta, profunda desarticulación que en Venezuela produjo el cataclismo de la independencia. Es un impacto que desintegra un orden tradicional que se había formado en tres siglos. Un orden nuevo va a sustituirlo lenta y penosamente, en medio de conmociones. Esta es la tarea que inician los hombres de la república con Simón Bolívar a la cabeza.

La cultura del período colonial tuvo, como hemos visto, su evolución y sus cambios, pero fundamentalmente fue siempre la misma; descansó en instituciones que sólo sufrieron modificaciones superficiales. Pese a su modestia, a su carencia de monumentalidad y de boato, distante de la pompa y del refinamiento de los virreinatos, Caracas era, como se ha dicho, una urbe culta poblada por gentes amables y finas, buenas viajeras, buenas lectoras, amantes del bien vestir y apasionadas de la buena música. Todo esto quedó dislocado por el huracán de la guerra. Fueron muchos los casos de distinguidas y ricas familias criollas a las que el cataclismo redujo a la indigencia y no pocas las que encontraron como único apoyo el auxilio de sus esclavos. De las famosas hermanas Jerez de Aristeiguieta, a las que por su belleza y su distinción se llamó las *Nueve Musas,* algunas conocieron días de miseria.

Para colmo de males, el mismo año de la capitulación de Miranda — 1812 — un terremoto devastador destruyó gran parte de la ciudad y sepultó entre sus ruinas a diez mil caraqueños. Para esa época las calles habían cambiado sus viejos nombres de *santos* por otros de inspiración revolucionaria evocadores de las ciudades patriotas, de los próceres conno-

tados y de los atributos gratos al nuevo espíritu: Calles de Mérida, de Barinas, de Roscio, de la Fertilidad, de la Primavera. Hay una carta de aquellos días, dirigida al marqués del Toro, en la que Bolívar evoca la antigua ciudad y llora sobre sus recuerdos, cementerio de espíritus que pagaron su tributo a la libertad.

Muchos años, más de medio siglo después, todavía son visibles las huellas de esta catástrofe. Es el tiempo que se requiere para ir llenando el vacío que dejó la desaparecida cultura de la Colonia. Hasta la Iglesia que fue el más firme pilar del antiguo régimen, en Venezuela debía experimentar los efectos de la revolución en forma desconocida por otros países de Hispanoamérica. Esta conmoción que comienza en los propios días del cambio político (1811) con la ruidosa polémica provocada por el irlandés Burke a propósito de la tolerancia de cultos, se prolongará paralela a las conmociones políticas y sociales hasta su violenta culminación bajo el gobierno de Guzmán Blanco (1870), personaje que encarnará la más sugestiva y extraordinaria expresión del caudillismo venezolano.

## *Los caudillos y el caudillismo en Venezuela*

EL FENOMENO del caudillo es otra de las típicas expresiones de la guerra de independencia y de la desintegración del orden social, político y cultural estructurado a lo largo de la Colonia. Es notorio que el germen del caudillismo está latente en el conquistador español por cuyas arterias corre la sangre del Cid, de Pelayo y de los rudos barones con los que tuvieron que luchar los Reyes Católicos en su esforzada empresa unificadora; pero también es notorio ese germen en las venas del negro y en las del indio. Paralelos a la actitud de un Pizarro y de un Lope de Aguirre hay que recordar los casos del Negro Miguel, de Guaicaipuro, del zambo Andresote y de José Leonardo Chirinos. Estos antecedentes no son, sin embargo, otra cosa que indicios históricos que nos permiten rastrear los orígenes étnicos del fenómeno. La verdadera eclosión social del caudillo se produce en América con la guerra de independencia.

Se ha llamado a José Tomás Boves el primer caudillo de la democracia venezolana y lo es, en efecto, cronológicamente, pues cuando Boves arrastra en pos suyo la cauda ciega y arrolladora de los llaneros, la autoridad de Bolívar es todavía vacilante, discutida y desconocida, y la de Mariño no pasa de ser una alegoría en medio del ímpetu de sus compañeros de Oriente.

Muerto Boves en 1814, Páez recoge su lanza y la horda llanera se pasa a la causa de la república sin ninguna violencia y sin la más leve vacilación. Y he aquí un hecho que deja un interrogante similar al que medio siglo después trazará la muerte de Ezequiel Zamora. ¿Qué rumbo habrían tomado

los acontecimientos de Venezuela si el asturiano no cae, víctima de una anónima lanza, en la batalla de Urica? Pero esto pertenece al transmundo de la conjetura y de la teoría. Lo real, lo evidente y lo valedero es que del choque entre las ideas y las realidades de aquel momento, surge un esquema de caudillismos lleno de virtuales proyecciones futuras: de un lado el caudillismo de Boves que es en esencia el mismo de Páez, de Mariño, de Monagas y de todos los hegemones venezolanos, y del otro el de Bolívar, que muere con él pero que le sobrevive en su pensamiento.

Es inherente a la psicología del caudillo la tendencia a empequeñecer las ideas para reducirlas a la medida de sus instintos, de sus apetitos y de su absorbente ambición de dominio. Por esto es regionalista, opuesto a lo universal. Contra la continentalidad del Congreso de Panamá, estimulados por las potencias imperialistas, veremos alzarse los caudillismos americanos; contra la *Gran Colombia* insurge la Venezuela de Páez; contra la integridad de la Venezuela reconquistada en 1813 se alza un hipotético *Estado de Oriente* encarnado en Santiago Mariño, que no es sino el resabio de la vieja provincia de Cumaná, fantasma que volverá a pasearse por las sabanas en 1831 adherido al caballo de José Tadeo Monagas.

Para interpretar con exactitud lo que significa el caudillismo venezolano, tanto en la fractura social de la independencia como en los largos y convulsivos años de la integración nacional, hay que examinar a fondo a Bolívar, leer sus cartas de 1813 y 14 a Mariño (53) y articular las ideas que en ellas expone a sus posteriores concepciones políticas, a sus extrañas síntesis ideológicas, a toda esa alucinada teoría en la cual han señalado nuestros sociólogos tantas aparentes contradicciones. Y hay que examinar el caso de Piar que es de los más interesantes por sus implicaciones clasistas.

### *Piar*

EN MEDIO de los abrumadores desastres que desarticularon a las fuerzas patriotas en los años de 1814 y 1815, se admira la tenacidad de los hombres que encarnaron el ideal de la independencia pero no su desinterés ni su espíritu de unidad y de disciplina. Las intrigas regionalistas no habían desaparecido como tampoco las rivalidades del caudillismo. Por sugestión de Mariño, Arismendi y otros jefes de Oriente, el 8 de mayo de 1816 se reunía en el pueblito de San Felipe de Cariaco un presunto Senado o Consejo al que se ha dado el peyorativo nombre de *Congresillo* y a cuya juridicidad se atribuyó poder suficiente para discutir y coartar la autoridad de Bolívar. Este, como es natural, desaprobó aquella ocurrencia, la que al fin quedó sin

(53) *Cartas del Libertador.* V. Lecuna, Tomo I.

efecto, y como advirtiera que Piar seguía distinguiéndose como el más díscolo y agresivo de sus rivales, le concedió licencia para abandonar el ejército no sin antes tratar de disuadirlo de sus torcidos designios. Pero Piar era terco. Lo que deseaba realmente era desligarse de sus compromisos para seguir conspirando contra Bolívar. Su propósito manifiesto, según los historiadores de esta turbia etapa de la república, era desconocer la autoridad del jefe supremo, unirse a Mariño y "sustituir en el ejército el predominio de los pardos o mestizos al de los blancos y mantuanos" (54).

Sobre el origen de Piar se han urdido leyendas fantásticas. Se ha dicho que era producto de la unión de un imaginario príncipe de Braganza y de una de las famosas hermanas Jerez y Aristeiguieta (las *Nueve Musas*). Pero estas fabulosas historias han quedado desvanecidas por la minuciosa investigación de Manuel Landaeta Rosales quien puso en claro el origen del discutido soldado. De tal investigación aparece que los padres de Piar fueron el marino canario don Fernando Piar y una mulata curazoleña, María Isabel Gómez, con la que aquél vivía en concubinato. Nacido el futuro prócer en Curazao, en 1777, y reconocido por su progenitor, para 1798 vivía en La Guaira con su madre, la que ejercía para la época la profesión de partera o comadrona.

Asegura Gil Fortoul que, aunque mestizo, Piar era de color blanco, de tez sonrosada como la de su padre, y que "aspiró siempre a figurar, y figuró desde 1811, entre los oligarcas criollos, promovedores de la independencia". No descarta, sin embargo, el autor de la "Historia Constitucional" la posibilidad de que aquel espíritu inquieto, hostigado por sus complejos, aspirase a convertirse en jefe de los pardos y mestizos contra los blancos o mantuanos, "como medio de encumbrarse sobre Bolívar, jefe natural de los últimos por su abolengo y posición social"; pero estima así mismo que la cuestión capital no fue ésta sino el conflicto entre la ambición de un jefe de división y el poder supremo.

El Libertador — es la conclusión a que llega la mayoría de los historiadores venezolanos — tenía que mostrarse enérgico para cortar de raíz aquella anarquía y para salvar, con la necesaria unidad del mando, el destino de la república. Piar, alzado en Guayana, significaba el desastre. Hecho prisionero y sometido a un consejo de guerra que presidió el almirante Luis Brión, fue hallado culpable de "haber conspirado contra la sociedad y contra el Gobierno y condenado a la última pena". Se le fusiló en Angostura el 16 de octubre de 1817.

Al evocar este ingrato acontecimiento llaman nuestra atención algunas coincidencias cuyo significado preciso no es posible determinar pero que no carecen de proyecciones simbólicas. Una de ellas es la procedencia del presi-

(54) Gil Fortoul: *Historia Constitucional de Venezuela.* I, pág. 353. Véase también a Lecuna, *Catálogo de Errores y Calumnias,* II, p. 53 y ss.

dente del consejo de guerra, el almirante Luis Brión, curazoleño también y bastardo según versiones sobre su origen. Otra es la del autor del dictamen de culpabilidad, el Gral. Carlos Soublette, hijo de Teresa Jerez y Aristeiguieta (la quinta Musa) y de Antonio Soublette y Piar, mantuano legítimo y posiblemente pariente del prócer rebelde. Complejidades como esta no son escasas en el proceso social de la historia de Venezuela.

IV

# EL TEMA BOLIVARIANO

## *El positivismo sociológico de Bolívar*

EN EL CONVULSIVO oscilar de la historia venezolana — en el incesante ir y venir entre la anarquía y el despotismo — el pensamiento de Simón Bolívar ha servido a demócratas y dictadores, a demagogos y tiranuelos para apoyar sus opuestas tesis. Esto es inevitable y lo será aún quien sabe por cuanto tiempo. Mientras no se llegue a una comprensión y a una interpretación sincera de la sociología del país, no se logrará formular un juicio sintético de la doctrina bolivariana ni determinar lo que aún hay de vigente y útil en ella para la vida de la nación.

En el ámbito de la América hispana Bolívar llena una época de contradicción y conflicto. Es la época del liberalismo y de sus inevitables choques con los instintos, con las ambiciones y con las pasiones disgregativas. Bolívar que palpó esa realidad y creyó posible canalizarla, en cuanto tuvo en sus manos las riendas de la política concretó sus esfuerzos en el propósito de cohonestar los impulsos de una sociedad desarticulada y caótica con los principios en los que se había nutrido su pensamiento. De allí la aparente heterogeneidad ideológica dentro de la cual quiso hallar acomodo para la libertad y para la teoría de un gobierno fuerte; para la democracia y la aristocracia; para un sistema republicano electivo ceñido a un régimen presidencial vitalicio y para un populismo esencial acordado a las fórmulas de un senado hereditario y de un Poder Moral provisto de facultades incontrastables. ¿Qué trataba de expresar el Libertador con estas contradicciones? ¿Eran simplemente producto de su desesperación y su escepticismo? Nada de esto. Representaban dos faces de un pensamiento en el que la realidad buscaba su cauce.

No obstante los argumentos que se han opuesto a las tentativas de situar el pensamiento bolivariano dentro del marco de la doctrina positivista, lo cierto es que el sociólogo que hay en él se proyecta dentro del ámbito de esa doctrina. La sociedad no es para Bolívar una concepción teológica ni una teoría subjetiva sino el producto de leyes históricas selectivamente

condicionadas por los imperativos de la cultura. "La naturaleza humana" y "el orden de las cosas" son frases a las que apela frecuentemente en sus lucubraciones políticas y a las que vuelve, ya en el ocaso, en sus mensajes a la Convención de Ocaña (1828) y al Congreso de Colombia (1830), en el que titula a la Naturaleza "infalible maestra de hombres" (55). Sin embargo, Bolívar creyó en la fuerza de las ideas como el único medio de que dispone el hombre de Estado para encauzar a los pueblos hacia el progreso, o lo que es lo mismo, para proporcionarles la mayor suma de bienes posible.

### *Bolívar y la democracia*

ES DE EVIDENTE importancia para esta época que vivimos, de controversia y de cambio, fijar con exactitud los temas que sirvieron de ejes a las ideas políticas de Bolívar. Ante todo es necesario advertir cómo demócrata ardiente en su juventud nunca dejó de serlo en el resto de su existencia, no obstante la posición aristocratizante que adoptó en ciertos momentos. Ante esta conducta bifronte no puede hablarse de eclecticismo sino de compensación de elementos y de equilibrio de fuerzas. El Libertador reconoce en la democracia el único sistema capaz de asegurar la libertad de los individuos, pero reconoce igualmente que una libertad absoluta, sin las limitaciones que imponen de un lado la armonía colectiva y del otro los derechos individuales, sólo puede conducir al desorden y a la anarquía. "Sólo la democracia, en mi concepto, es susceptible de una absoluta libertad" — dice en su discurso de Angostura (1819). Pero — pregunta a continuación — "¿cuál es el gobierno democrático que ha reunido a un tiempo, poder, prosperidad y permanencia? ¿Y no se ha visto, por el contrario, la aristocracia, la monarquía, cimentar grandes y poderosos imperios por siglos y siglos?". Semejante declaración resultaría desconcertante en un hombre que ha entregado su juventud, su fortuna y su vida a una causa sustancialmente revolucionaria, popular y republicana, si no fuera porque en la contundencia de ese contraste reside la intención sociológica de sus postulados. Bolívar va a responder a los que vacilan, tanto a los de izquierda como a los de derecha (a los que como don Manuel Antonio Pulido propugnaban la restauración del federalismo de 1811 y a los que como don Andrés Bello creían en el gobierno monárquico), con un razonamiento realista, esto es, calcado en la realidad que vivía el mundo de aquellos momentos, y con un concepto positivista que iba a con-

(55) Dentro de este orden de ideas deben ser colocadas las innovaciones que introdujo en su proyecto constitucional de 1819 para hacerlo más cónsono con la realidad social de su tiempo, a saber: 1º Establecimiento de los derechos y de los deberes del hombre como ciudadano. 2º Sistema central o unitario por oposición al federalismo al que consideraba "el más perfecto y más capaz de proporcionar la felicidad humana en sociedad", pero a la vez "el más opuesto a los intereses de nuestros Estados". 3º Forma unipersonal del Ejecutivo en vez del triunvirato de 1811. 4º Libertad de cultos religiosos.

vertirse en clave para la interpretación de los sistemas políticos: el concepto de la legitimidad del poder. "No hay poder más difícil de mantener —dice — que el de un príncipe nuevo. Bonaparte, vencedor de todos los ejércitos, no logró triunfar de esta regla, más fuerte que los imperios. Y si el gran Napoleón no consiguió mantenerse contra la liga de los republicanos y de los aristócratas, ¿quién alcanzará, en América, a fundar monarquías en un suelo incendiado con las brillantes llamas de la libertad, y que devora las tablas que se le ponen para elevar esos cadalsos regios?".

En ninguna circunstancia de su existencia cambiará Bolívar de posición ante la idea que desde un principio se formó acerca del trono: ni cuando escribe a Páez para censurar la misión que condujo al Perú a algunos emisarios venezolanos encargados de sondear su voluntad sobre una factible monarquía colombiana — "Yo no soy Napoleón ni quiero serlo; tampoco soy Iturbide, etc." — ni cuando comenta con María Antonia, su hermana, la misma ocurrencia: "El título de Libertador es superior a todos los que ideó la mente humana" — ni, en fin, cuando concibe su Constitución para Bolivia en la cual se ha querido ver una disimulada tendencia monárquica. Existe, sin embargo, en el pensamiento bolivariano uno como gran modelo racionalista en el cual toma forma el esquema del gobierno armonioso, del poder eficaz y de la administración progresista. Este esquema es el que se forma con el sorprendente binomio de *democracia-aristocracia* y que servirá en el futuro para justificar arbitrariadades y usurpaciones políticas y para forjar doctrinas cesaristas y teorías de gendarmes necesarios.

¿Era meramente un gendarme o un césar de extracción popular lo que columbraba el Libertador a través de su extraño binomio? No, su horizonte era más amplio y su idea más dinámica. En su fórmula estaba previsto no sólo el orden sino el progreso, el beneficio concreto del pueblo y el incremento de sus virtudes morales. De esto es posible hablar ya, en nuestros días, con franqueza y sinceridad. No obstante denominarse también democráticos, los regímenes socialistas que tan impresionantes sufragios obtienen en las masas del pueblo a causa de sus programas de mejoramiento económico, distan mucho de propiciar el sistema liberaloide que en la época de Bolívar servía de pivote a la democracia burguesa surgida de los crisoles revolucionarios de Norteamérica y de la Francia de 1793. Aquella era una democracia política, sufragista, parlamentaria y romántica; la del socialismo es una democracia social, fundamentalmente económica, monoclasista y dictatorial.

Queda aún por dilucidar en estas apreciaciones el sentido que daba Bolívar a la segunda proposición de su binomio político, es decir, a su concepto de *aristocracia,* y la aplicación que este concepto pudiera tener en la sociedad que él prefiguraba. Conocida la trayectoria del hombre que formula esta idea, palpados en su realidad más dramática sus ideales sociales,

su abnegación personal, su desinterés y su ausencia de prejuicios de casta, puede pensarse que la palabra *aristocracia* en su mente no envolvía un sentido regresionista sino un valor culturalmente cualitativo, el cual se traduce con nitidez en su conocido axioma: "Moral y luces son nuestras primeras necesidades". En definitiva la que Bolívar condicionaba para hacerla fecunda, no era la democracia sino la libertad" (56). "Sólo un gobierno temperado puede ser libre — escribía a don Guillermo White en 1820 —. ¿Cómo quiere usted que yo tempere una democracia sino con una institución aristocrática?".

### *El Poder Moral*

CUANDO BOLIVAR proclama "Moral y luces son nuestras primeras necesidades" no está erigiendo un simple cánon de conducta educacional y administrativa sino todo un programa de proyección sociológica. Su intención, su finalidad es la misma del socialismo de nuestros días al atribuir al Estado todo el ordenamiento de la cultura y un severo control de la producción económica. Sólo que en su tiempo, debatiéndose en el oleaje de las fuerzas disgregativas, su concepción carecía de elementos cualitativos en que apoyarse y del poder material necesario para darle forma concreta. Esta es la razón de que su famosa estructura política conocida con el nombre de *Poder Moral* y propuesta a la consideración de los constituyentes de Angostura en febrero de 1819, fuese acogida como un ensueño simbólico e incorporada cual mero apéndice — para no desairar a su autor — en la Carta que allí quedó sancionada.

He aquí cómo desarrolla el Libertador en su admirable discurso de Angostura la idea del Poder Moral: "Tomemos de Atenas su Areópago y los guardianes de las costumbres y de las Leyes; tomemos de Roma sus censores y sus tribunales domésticos; y haciendo una Santa Alianza de estas instituciones morales, renovemos en el mundo la idea de un Pueblo que no se contenta con ser libre y fuerte, sino que quiere ser virtuoso. Tomemos de Esparta sus austeros establecimientos, y formando de estos tres manantiales una fuente de virtud, demos a nuestra República una cuarta potestad cuyo dominio sea la infancia y el corazón de los hombres, el espíritu público, las buenas costumbres y la moral republicana. Constituyamos este Areópago para que vele sobre la educación de los niños, sobre la instrucción nacional; para que purifique lo que se haya corrompido en la República; que acuse la ingratitud, el egoísmo, la frialdad del amor a la Patria, el ocio, la negligencia de los ciudadanos: que juzgue de los principios de corrupción, de los

(56) Véase más adelante como desarrolla Fermín Toro esta idea. Véase también el sentido que da Gil Fortoul a la teoría de los *eugénicos* sustentada por Galton.

ejemplos perniciosos; debiendo corregir las costumbres con penas morales, como las Leyes castigan los delitos con penas aflictivas, y no solamente lo que choca contra ellas, sino lo que las burla; no solamente lo que las ataca, sino lo que las debilita; no solamente lo que viola la Constitución, sino lo que viola el respeto público". Como se ve, Bolívar romántico acudía a la Antigüedad en busca de sus ejemplos y proyectaba su concepción en un campo eminentemente moral, lo que no significa que careciese del sentido real y concreto de aquel problema. El proyecto que proponía la creación de un gran Cuerpo — el Areópago — compuesto por cuarenta miembros y dividido en dos cámaras — la de moral y la de educación —, dotado de independencia absoluta y con autoridad sobre todos los otros poderes, fue juzgado ilusorio y abandonado con honores rituales en el panteón de las superfluidades geniales. Sin embargo, si la idea del Poder Moral se relaciona con la descomposición de estos pueblos como consecuencia de la ruptura del orden de la Colonia, se advertirá su profundo sentido histórico. Para hallarle una explicación hay que relacionarlo también con la contradictoria conducta que el Libertador asumió ante la Iglesia y de la cual tantas incomprensivas apreciaciones se han ensayado.

### *Bolívar y la Iglesia Católica*

CATOLICO por tradición de cultura, de familia y de pueblo, Simón Bolívar fue durante toda su vida lo que en su época se llamó un librepensador. Igual que Miranda y que casi todos los revolucionarios americanos — tanto los del Norte como los del Sur — en su juventud ingresó en la Francmasonería buscando en ella la solidaridad intelectual y moral que esa institución ofrecía a la revolución. Más tarde, convencido quizá de que nada útil a su gestión de estadista hallaría en este camino, se aleja de la actividad francmasónica mas ello no significa que hubiese modificado sus ideas personales en torno a la religión y a la Iglesia. En alguna ocasión hablará de esto y dirá que "los preceptos y los dogmas sagrados son útiles, luminosos y de evidencia metafísica; todos debemos profesarlos, mas este deber es moral, no político".

Como jefe de Estado el Libertador respetó el credo católico que era — lo es — el de la mayoría de su pueblo, pero fue un defensor convencido de la tolerancia de cultos en la cual veía un factor importante para el desenvolvimiento social, económico y cultural de las naciones que gobernaba (57).

(57) En el volumen 12 de la Colección *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX*, editada por la Presidencia de la República, Caracas 1961, bajo el título de *Conservadores y Liberales. Los Grandes Temas Políticos*, se pueden consultar documentos de la mayor importancia sobre libertad de cultos, libertad de imprenta y abolición de la esclavitud. En estos documentos se puede estudiar el proceso que estas conquistas sociales siguieron en el país en los primeros tiempos de la República.

En sus últimos años, ante tantos conflictos, volverá su mirada a la Iglesia católica y buscará en ella, en su alianza, el freno moral que tanto le preocupaba, pero también esto resultará inútil pues las pasiones políticas atrincheradas dentro del culto rebasarán el nivel de sus fueros y romperán el freno que debían mantener.

* * *

La polémica en torno a la tolerancia de cultos se produjo en las provincias venezolanas a raíz del 19 de abril de 1810 y fue suscitada por el irlandés Guillermo Burke quien vino al país por invitación de Miranda. Apenas publicados los argumentos de Burke en la *Gazeta de Caracas,* los capuchinos de Valencia, las autoridades de la Universidad caraqueña y otros personajes de aquellos tiempos saltaron a la palestra dispuestos a combatir la herejía y sus anatemas repercutieron en el Congreso. Consecuencia: la Constitución de 1811 declaró la religión católica como la fe del Estado y la única que se profesaría en el país. Pero no había de cesar allí la tormenta. Quince años después el problema vuelve a plantearse y un violento alegato en el que se sustenta la tesis de la superioridad de la Iglesia sobre el Estado provoca una nueva polémica en la que — hecho sorprendente — se ve a personajes tan ponderados, a católicos tan ortodoxos como el Dr. José Vargas, oponerse a los argumentos del clero con citas de autores clásicos y principios de inobjetable dialéctica (58). Para esta época la libertad o tolerancia de cultos era ya un derecho consagrado constitucionalmente y el Patronato eclesiástico, heredado de la Colonia, había pasado a ser ley de Colombia para luego serlo de Venezuela.

Es del mayor interés observar el problema que aquí nos ocupa desde la vertiente bolivariana. La conducta del Libertador en sus relaciones con la Iglesia católica está llena de matices que un observador imparcial encontrará ciertamente justificados. Como hemos dicho ya, Bolívar sería siempre un espíritu libre en materia de religión, mas el contacto con la realidad inmediata, el carácter de los pueblos que gobernaba y la índole de los problemas políticos a los que tuvo que enfrentarse en países tan disímiles como los que constituyeron la Gran Colombia, le forzaron a plegar su conducta a las circunstancias que lo rodeaban. En medio de aquel complejo social cuyos arabescos psíquicos formaban un laberinto, la Iglesia aparecía como la única fuerza bien enclavada en la historia y como la única autoridad coherente. No es, pues, de extrañar que a ella ocurriera el sagaz estadista en demanda de apoyo moral para su obra de gobernante.

(58) En el juicio de "La Serpiente de Moisés" en el que Vargas actuó como jurado de imprenta. 1826.

Si la gestión del Libertador se hubiese limitado al ámbito de Venezuela, la problemática religiosa no le hubiese absorbido de modo tan decisivo. Es, a este respecto, bien significativo el hecho de que en la Nueva Granada, centro político de la república durante la vida de su creador, éste apareciese clasificado entre los conservadores — como el más caracterizado de éstos — y en Venezuela figurase como el Paladín del liberalismo. Tal dualidad que parece confusa cuando se la advierte en la perspectiva gran-colombiana, en cuanto Venezuela recobra su autonomía pierde esa característica y adquiere una categoría definida. En Venezuela, en efecto, los problemas de índole religiosa han sido siempre resueltos sin mayores complicaciones (59), sin producir conmociones de carácter político y sin casi afectar la sensibilidad popular tan susceptible en otros aspectos de la vida política. Así, cuando el arzobispo Ramón Ignacio Méndez, que fue un caracterizado patriota, pretende imponer la doctrina de la superioridad de la Iglesia sobre el Estado, Páez su amigo personal y compañero de luchas, le replica con un concepto que ha quedado bien definido desde que los polemistas de la Edad Media dirimieron el tema de las dos espadas: "No está el Estado dentro de la Iglesia sino la Iglesia dentro del Estado". Y cuando el prelado, hombre de carácter autoritario, se coloca en rebeldía contra el gobierno, el caudillo lo expulsa del territorio de la república sin que los fundamentos de su poder — pueblo, ejército y oligarquía gobernante — experimenten el menor estremecimiento. En lo adelante ésta será la tónica. Las *"dos mitades de Dios"* de que habla Víctor Hugo en *Hernani,* entrarán a menudo en conflicto y la mitad temporal impondrá sus normas. Así ocurrirá bajo el gobierno oligarca de Páez y bajo el régimen liberaloide de los Monagas, y así lo reiterarán el déspota universitario Guzmán Blanco y el gendarme ruralizante Juan Vicente Gómez.

Determinar los orígenes sociológicos de esta característica venezolana no es cosa difícil. A las condiciones especialísimas de tipo económico que enmarcaron la situación de la Iglesia en el territorio de Venezuela durante el período colonial, hay que sumar los factores étnicos: el indio con su indiferencia y su incapacidad para la comprensión de lo eterno, y el negro con su peculiar patetismo y su fidelidad al teismo ancestral. Si sobre esta base se inserta el espíritu racionalista abrevado por las minorías directoras en las fuentes revolucionarias del siglo XVIII, se tendrá explicado el fenómeno. Productos de esas ideas y apegados a las doctrinas más agresivas del liberalismo inglés y francés, los líderes de la política venezolana no desmayarán en su esfuerzo por sojuzgar a la Iglesia y someterla al Estado. Mucha parte

(59) Véase Mary Watters, obra citada. Véase igualmente el Informe enviado a su gobierno en 1838 por el agente sueco Carlos Augusto Gosselmann, en el cual se lee lo siguiente: "Los curas no tienen aquí tampoco la gran influencia que en mayor o menor grado han sabido mantener en Sudamérica".

de esta gestión se deberá a la Francmasonería en cuyas filas se verá militar a los más destacados políticos y hombres de armas, desde Miranda y Bolívar hasta Guzmán Blanco y Joaquín Crespo, pasando por Páez, Diego Bautista Urbaneja, Antonio L. Guzmán, Santiago Mariño y muchos otros. Un escritor conservador colombiano, Lucio Pabón Núñez, ha desarrollado una exégesis de Bolívar de evidente intención política, y entre otras cosas, al plantear el tema religioso, ha señalado este hecho: "Las palabras del Libertador se prestan para defender el error de que la sociedad civil no está obligada a dar culto a Dios" (60). Esto es hilar demasiado fino. Bolívar no propugnó el ateismo; todo lo contrario. Sostuvo la tolerancia o libertad de cultos que es cosa distinta. Si Dios está en todas partes, ha de ser el mismo en el corazón del católico que en el del protestante. Muy flaco servicio haría a una sociedad nueva, como las nuestras, el estadista que impusiese el exclusivismo de un culto determinado cerrando así las puertas de su país al progreso y a la cultura del universo.

*Resumen*

COMO HEMOS visto, el pensamiento bolivariano armoniza o procura armonizar dos esquemas filosóficos que el neo-positivismo concilia dentro de la concepción evolutiva de la historia: de un lado el rigorismo comtiano y del otro un optimista idealismo que comunica al fenómeno sociológico una dimensión eminentemente moral. Fundamentada en el desinterés y la honestidad del político, en la lucidez del estadista y en la fe del patriota, esta amplitud conceptual de Bolívar ha hecho que su figura se perpetúe como paradigma de un pueblo que busca su camino en la historia a través de una selva de hipocresías y de inconsecuencias.

(60) *El Pensamiento Político del Libertador*, 2a. edición, Bogotá, 1955, Prólogo, XI.

V

## LA VENEZUELA QUE REACCIONA CONTRA BOLIVAR

### *La obra de los regionalismos*

POR UN DOCUMENTO existente en Londres y publicado en el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (N. 135, Julio-septiembre 1951) nos enteramos de las especulaciones que se hacían en 1826, esto es, en medio de las intrigas de la *Cosiata,* acerca de los motivos que se atribuían a Venezuela y al Ecuador para desear la desintegración de la Gran Colombia. Este documento aparece suscrito por un *Anglo-colombiano* a quien no se identifica y de cuyo testimonio he hecho mención en páginas anteriores. Según este observador "mucho había de costarle a Caracas, destinada por la naturaleza a ser la Atenas de Sud-América, orgullosa — y no sin motivo — del superior ingenio y cultura de sus habitantes, y recordando el brillante papel por ella desempeñado al comienzo de la revolución, el tolerar la superioridad metropolitana de Bogotá".

En estas palabras de un contemporáneo de aquellos sucesos está dramáticamente esbozado el instinto disgregativo que rigió la conducta de los pueblos americanos después de la gran fractura del impero español, y no son suficientes para atenuar sus efectos ni para disimular sus orígenes psicológicos los amables piropos que se dedican al ingenio y cultura de estos pseudo-griegos del trópico exasperados por la pasión del regionalismo. El impulso que arrastra a los caraqueños, a los quiteños y a los bogotanos, capitaneados por Páez, Flores y Santander, es el mismo que en 1813 y 1814 arrastraba a los orientales de Venezuela, en pos de Mariño y de los Monagas, a preconizar un precario Estado de Oriente frente a la política integradora del único caudillo de proyecciones universales que produjo aquella revolución.

Cuando se creó la Gran Colombia, estructura político-militar destinada a servir de muralla de contención a los imperialismos de Europa y de Norteamérica y base ideal para una ilusoria *Unión* de naciones americanas, pocos elementos de esencia helénica quedaban vivos en Venezuela. La guerra emancipadora los había destruido y sus vestigios humanos flotaban a la deriva entre los oleajes de las pasiones. Como única pervivencia de aquel pasado

quedaban confusamente identificados el sentimiento oligárquico, es decir el sentido conservador de la clase privilegiada, y los instintos primarios del pueblo sirviendo de cauda a la vocación de poder del general José Antonio Páez. Si se ha de ser justo, necesario es reconocer que desde el punto de vista de la cultura, del aticismo — para seguir con la metáfora del *Anglo-colombiano* — Bogotá superaba a Caracas con creces. Con el triunfo de Páez se iniciará en Venezuela el largo período del personalismo político, del caciquismo regional, de las convulsiones intestinas, del localismo y de las inquietudes sociales del pueblo. Pero Páez, naturalmente, no estaba solo con su lanza y sus espuelas en aquella cruzada de exacerbado regionalismo. A su lado, abriendo camino a su fuerza y sembrando su autoridad en la opinión de los pueblos, había un grupo de intelectuales activos entre los que sobresalían Tomás Lander, Pedro Pablo Díaz, Domingo Navas Spínola, Antonio Leocadio Guzmán (recién llegado de España), Valentín Espinal, el dominicano José Núñez de Cáceres y otros que escribían en los periódicos, pronunciaban discursos y difundían cartas separatistas. Algún tiempo después vendría el doctor Miguel Peña, rebosante de rencor contra Santander, a precipitar los acontecimientos en esta parte de la república. Su talento y su bilis serían el combustible definitivo para el incendio. Y a su causa, que ya contaba con la adhesión de casi todos los militares venezolanos — el frustrado Mariño, el napoleónico Carabaño, los llaneros de Páez — se añadiría el fino y culto Soublette para integrar el trío que los caraqueños, siempre guasones, denominaron de *los tres bemoles.*

Este fue el gran elenco de la *Cosiata,* el equipo maquinador de las más diabólicas combinaciones contra Bolívar, sin excluir la de la *Monarquía.* Y todo fue confuso en aquellos momentos en los que las alianzas se tejían y destejían al calor de los intereses pero en cuyo fondo alentaba un anhelo común: deshacer a Colombia y erigir a Venezuela en república autónoma.

Cuando Bolívar volvió del Sur en 1826, el ambiente pareció serenarse, pero aquello fue una calma ilusoria. En Bogotá también se conspiraba contra la Unión y Santander, Asuero y López organizaban logias para la lucha. En septiembre de 1828 un sombrío atentado, en el que participaron granadinos, venezolanos y uno que otro extranjero, puso en peligro la vida del Libertador-presidente, obligando a éste a asumir la dictadura. Recurso inútil. El edificio, minado en sus bases, se derrumba en 1830 y aplasta entre sus ruinas al grande hombre.

* * *

La Gran Colombia, ideada en 1819 y realizada en 1821 por la mente creadora de Bolívar, constaba en su etapa inicial de siete departamentos así: el del *Orinoco* con las provincias de Guayana, Cumaná, Barcelona y Margarita;

el de *Venezuela* con las de Caracas y Barinas (comprensivas de nuestras extensas llanuras centrales y occidentales); el del *Zulia* con las de Coro, Trujillo, Mérida y Maracaibo; el de *Boyacá,* el de *Cundinamarca,* el del *Cauca* y del *Magdalena.* Más tarde, en 1824, se le incorporaron los departamentos del Ecuador y del Istmo de Panamá. Hoy este conjunto de pueblos formaría una nación de unos veinticinco millones de almas, admirablemente ubicada en la geografía del continente, con puertos en el Atlántico y en el Pacífico, dueña del estratégico canal que une a los dos océanos (o lo que es lo mismo, a las dos grandes corrientes del mundo occidental y del oriental); con mucho petróleo, mucho oro, mucho hierro y mucha influencia en los destinos del hombre moderno. Pero en 1830 hubo unos caudillos que quisieron mandar en sus patriecitas y aquella admirable estructura quedó destruida en medio de un gran aloborto nacionalista.

La Venezuela que reaccionó entonces contra Bolívar, la que lo condenó a morir fuera de sus fronteras, apenas excedía de un millón de habitantes y sus ingresos fiscales no alcanzaban a los dos millones de pesos (ocho millones de bolívares en nuestros días). Su producción principal — el cacao, el café, la ganadería — estaba prácticamente arruinada y hubo años en los que solo el tabaco, — el humo y la nicotina —, sustentaba su presupuesto.

### *La Venezuela de 1830 vista por los Amigos del País*

POR DECRETO del general Páez, jefe político y militar del Departamento de Venezuela, el 26 de octubre de 1829 quedaba fundada en Caracas la Sociedad Económica de Amigos del País en cuyas labores participaron personalidades de la cultura, de la economía y de la política como el Dr. José Vargas, Francisco Xavier Yanes, José Rafael Revenga (que desempeñaba entonces el ministerio de hacienda y andaba por los departamentos venezolanos, precisamente, tratando de organizar la renta del tabaco) (61), José María de Rojas, Juan Manuel Cagigal, Manuel Felipe de Tovar, Felipe Fermín Paúl, Juan Nepomuceno Chávez, José Tomás Hernández Sanabria, Juan Rodríguez del Toro, Pedro Pablo Díaz, Valentín Espinal, Domingo Navas Spínola y Agustín Codazzi. Esta Sociedad, cuya creación había sido ordenada por el Libertador en 1826 dentro de la *Ley orgánica de Educación Pública,* tenía por objeto promover las artes útiles, la agricultura, el comercio y la industria. Abarcaba todos los ramos pero su tarea iba a ser superior a sus medios.

Las sociedades económicas de amigos del país tienen su origen en la Europa del siglo XVIII y surgen al conjuro de las nuevas ideas. En España

(61) V. el libro editado por el Banco Central de Venezuela en 1949, preparado por Pedro Grases y Manuel Pérez Vila. Prólogo de Augusto Mijares.

aparecen durante el progresista reinado de Carlos III y poco después se trasladan al Nuevo Mundo. En realidad no fue el Libertador el primero en apelar a ellas en Venezuela: lo fueron los próceres del 19 de abril de 1810 quienes, como antes se ha dicho, fundaron aquel mismo año una *Sociedad de Agricultura y Economía* que no tardó en desviarse de su propósito para convertirse en organismo político. En 1812 se fundó otra que tampoco tuvo actividad útil. La de 1829 iba a dejar siquiera la huella de sus preocupaciones en diferentes memorias y trabajos de interés estadístico.

Vasto alcance atribuía el Libertador a estos organismos encomendados a la iniciativa particular. Ellos serían los encargados de promover, dirigir y administrar el establecimiento de escuelas técnicas y de arte (dibujo, teoría y diseño de arquitectura, pintura, escultura, música). El Artº 18 de la ley que las creaba disponía lo siguiente: "Las mismas Sociedades cuidarán de publicar un anuario departamental que contenga nociones claras y exactas para difundir los buenos conocimientos que destruyan las preocupaciones perjudiciales y corrijan los vicios de la primera educación". Es decir que se esperaba de ellas toda una transformación de carácter social que realizarían destruyendo supersticiones y difundiendo la luz del saber. La que se fundó en Caracas pudo sobrevivir durante una década (62). "La Sociedad da al hombre el imperio sobre la naturaleza" rezaba la frase de Séneca que figuraba en el testero de sus *Memorias.*

Para 1834 existían en Caracas, fomentadas por esta agrupación, una escuela de música que dirigía el maestro Atanasio Bello y una escuela de dibujo que fue inaugurada con un discurso de Cagigal. La Sociedad efectuaba los censos de población, por lo menos los de Caracas, y junto con artículos técnicos sobre construcción de caminos, cultivo de frutos, fabricación de vinos, de velas y de otros productos útiles, publicaba prosas edificantes sobre el amor a la gloria y sobre los beneficios de la educación pública. Pero la época no era propicia para más consistentes gestiones. He aquí el cuadro que nos ha dejado de aquellos días Juan Rodríguez del Toro:

> "La Sociedad trabaja sobre un campo devorado por las llamas de una guerra desoladora de veinte años, que solo ha dejado cenizas y escombros, tristes, pero patéticos monumentos del furor de los partidos. Aún humean las hogueras en que se inmolaron a la patria las más brillantes fortunas; estos fragmentos no es fácil transformarlos repentinamente en campiñas doradas de espigas, ni en majestuosos bosques en que vegeten nuestras preciosas produc-

(62) También existieron en Cumaná, Apure, Mérida, Carabobo, Coro y Maracaibo pero en todas partes tuvieron una existencia precaria. Consúltense los dos tomos publicados por el Banco Central de Venezuela, Caracas, 1958, preparados por Pedro Grases.

ciones; aún se resiste al arado la endurecida tierra cubierta de maleza; aún desalienta las fatigas del agrónomo la falta de recompensa de su sudor; aún teme los asaltos del crimen, o deplora la crueldad de las estaciones. Ceres y Mercurio, hijos de la paz, no prodigan sus dones sino al extremo del globo en que el fiero Marte fija su asoladora planta".

Para los años inmediatos a la desmembración de la Gran Colombia (1829 a 34) el estado de la cultura en Caracas era el siguiente:

Existían tres conventos de regulares: el de San Francisco, el de Santo Domingo y el de la Merced, y tres de monjas así: el de las *Concepciones* con 60 religiosas, 87 criadas y una niña educanda; el de las *Carmelitas* con 17 monjas, y el de las *Dominicas* con 24 religiosas y 3 sirvientas. Los habitantes del cantón ascendían a 41.752, entre ellos 5.822 siervos (esclavos y manumisos). La proporción de casados con relación a solteros era de un 10 por ciento. El número de mujeres duplicaba el de hombres.

Veamos otros aspectos de la ciudad en aquellos momentos. Escuelas primarias sólo había dos cantonales con 226 alumnos de los cuales unos pagaban entre uno y dos pesos al mes y el resto recibía enseñanza gratuita; cinco escuelas particulares con 244 alumnos a razón de dos y tres pesos al mes (en la que regentaba Ramón Iradi se enseñaba dibujo y teneduría de libros); una escuela primaria en el Colegio Seminario con 25 alumnos que se sostenían con los réditos de un fondo particular colocado a censo, y una escuela primaria municipal en Chacao con 38 alumnos. En total unos 545 niños que recibían enseñanza primaria en una población escolar de no menos de 13.000.

Por lo que hace a la educación media y a la superior el panorama era éste: El Colegio Seminario de Santa Rosa, fundado en 1696, había llegado a contar 22 seminaristas becados y un número indefinido de porcionistas, mas la disminución de las rentas decimales hizo bajar a nueve a los seminaristas y a 23 los porcionistas.

La Universidad, erigida en 1721 y que funcionaba en el mismo edificio del Seminario, mantenía 17 cátedras, a saber: de Instituciones teológicas, Instituciones canónicas, Historia eclesiástica, Historia sagrada, Derecho práctico, Derecho público, Derecho civil, Anatomía (regentada por el Dr. Vargas), Fisiología e Higiene, Medicina práctica (por el Dr. Carlos Arvelo), Filosofía de primera y segunda clase, Matemáticas Sublimes (por Cagigal), Mayores (latinidad), Menores, Mínimos, Cirugía y Obstetricia (Vargas). Cada catedrático rentaba 400 pesos anuales, con excepción de Cagigal (Matemáticas Sublimes) que recibía mayor sueldo pagado por el Estado. La Universidad poseía rentas propias montantes a 18.000 pesos anua-

les. Era rector don Andrés Narvarte. Cursaban en ella 374 alumnos de los cuales 264 se dedicaban a materias de religión y el resto se distribuía del modo siguiente: 61 en filosofía, 18 en anatomía y fisiología, 13 en medicina práctica y cirugía, 8 en derecho práctico y 10 en matemáticas. En el interior del país la educación era casi nula. Poco cambiaría el panorama en los cuarenta años siguientes.

Para 1835 (cálculos de Codazzi) la provincia de Caracas, integrada por los cantones Caracas, Guaira, Petare, Guarenas, Caucagua, Río Chico, Santa Lucía, Ocumare del Tuy, La Victoria, Turmero, Maracay, Villa de Cura, San Sebastián, Calabozo, Orituco y Chaguaramas (esto es: los territorios del actual Distrito Federal y de los estados Miranda, Aragua y Guárico) contaba 207.633 habitantes de los cuales 29.249 eran esclavos (el 15 por ciento) (63). La mayor parte de esta población era campesina. Solo había 35 escuelas primarias con 1.515 alumnos para los cuales se disponía de una asignación de 6.374 pesos anuales. La milicia, con solo 473 individuos de tropa (incluyendo licenciados, retirados e inválidos), consumía 103.768 pesos anuales para 1832 (64).

¿Quiénes leían la *Memoria* de la Sociedad de Amigos del País? ¿Cuántos ejemplares de ella se imprimían? Lo que comenzó como publicación mensual, fruto de un esperanzado entusiasmo, no tardaría en caer en el más pesado marasmo. La vida anhelante de la política, los alzamientos frecuentes y las *bolas* portadoras de sobresaltos absorbían la atención de las gentes. Solo algunos hombres de ciencia, personajes caseros y laboriosos, tomaban el fascículo entre sus manos y lo ojeaban lánguidamente a la luz de la lámpara. El gobierno, siempre escaso de fondos, olvidaba sus compromisos. Hasta quince meses pasaron sin que se enviasen originales a la imprenta que lo imprimía. Vargas, Cagigal, algún otro abnegado líder de la cultura, se ponían por las noches a leer algún libro que trataba del trigo, del café, de la caña de azucar y de la yuca, y redactaban unos artículos que sabían destinados

(63) Esto quiere decir, atendiendo a las cifras de Humboldt, de Gil Fortoul y de otros que durante la guerra se había reducido la esclavitud en 11.000 individuos.

(64) A los datos precedentes es de interés añadir las apreciaciones de Gosselmann para 1837, a saber: "La instrucción pública se da, para los grados inferiores, en las llamadas "escuelas de primeras letras", de las cuales hay una por lo menos en cada parroquia o feligresía; y para los grados superiores, en colegios, en las capitales de provincias, la mayoría de los cuales han sido fundados por los gobiernos republicanos mediante la secularización de los conventos, así como algunos por medio de donaciones particulares. Existen, además, una Universidad y una Academia Militar en Caracas, y una notabilísima escuela, o mejor dicho, pensionado, fundado por un señor particular llamado Montenegro, en el cual reciben ahora instrucción 130 jóvenes en tales materias y de manera tal que honran no sólo a su entusiasta fundador sino a Venezuela, y lo hicieron también a otros países más que a una ex-colonia española".
Todo esto alcanza cierto florecimiento en los años de 1830 a 1845. En 1835 se interrumpe a causa de la guerra de las reformas. Se reanuda después, gracias a los esfuerzos de Vargas, pero se desarticula otra vez debido a las vicisitudes políticas y guerreras que depauperan a la república desde los gobiernos de los Monagas hasta que surge el de Guzmán Blanco (1847 a 1870).

a la polilla. En 1839 cesó del todo la publicación y ya no se habló más de ella. Cuatro años antes el Dr. Vargas se había convertido por un momento en el protagonista del drama político, para luego volver a sus cátedras y a sus libros. La desorganización y ruina económica empeoraban constantemente y la agitación política crecía como una marea al impulso de nuevas ideologías y de nuevos intereses de grupos. Ahora era el propio pueblo el que se exaltaba en las calles y en las haciendas excitado por oradores políticos. Personajes que antes estaban unidos, se separaban y combatían exasperados por los vaivenes políticos, por el malestar económico y por el influjo de las doctrinas sociales cada vez más definidas y combativas. Así, los que poco antes se denominaban *demócratas, chisperos* y *anarquistas,* se definían como liberales, hombres de izquierda. Tomás Lander, Antonio Leocadio Guzmán, Felipe Macero y muchos otros que veían en la agricultura el bienestar del país, serían los líderes de esta corriente. Vargas, Santos Michelena, Fermín Toro, Angel Quintero y todos los que sostenían el caudillismo de Páez serían los conservadores a quienes se llamaría también *oligarcas* y *godos*.

*La Venezuela que vio Núñez de Cáceres*

LA DE ESTA época es la Venezuela que describe con agrio talante el dominicano Pedro Núñez de Cáceres; una Venezuela que dista mucho del esquema ateniense trazado por el *Anglo-colombiano.*

Don Pedro Núñez de Cáceres vino a Caracas en 1823, ya licenciado en derecho, acompañando a su padre don José Núñez de Cáceres quien tuvo que expatriarse cuando Santo Domingo fue invadida por los haitianos. Don José era enconado adversario de Bolívar a causa de que éste no pudo acudir en su auxilio cuando luchaba por la independencia de su país. Su hijo don Pedro ejerció en Venezuela su profesión y formó una familia. Al leer la sombría descripción de Caracas que dejó escrita este último (65) y al cotejarla con los relatos de otros viajeros de aquellos tiempos, el contraste es desconcertante. ¿Es que el cataclismo de la independencia fue tan radical en sus resonancias sociales como para transformar la psicología colectiva y convertir a un pueblo pulcro, valeroso y sincero en un monstruo de suciedad y de hipocresía? No, lo que ha visto Núñez de Cáceres en esta ciudad (*urbs lutea* la llama) ha sido siempre una de las facetas características del pueblo venezolano, sólo que el hosco cronista, pese a que en determinados momentos quiere mostrarse imparcial, no tiene ojos sino para lo feo.

El relato comienza con esta declaración: "El carácter de los venezolanos

(65) *Boletín de la Academia Nacional de la Historia,* Nº 85. Enero-Marzo 1939.

es difícil de explicar". Luego entra en su descripción: "Los venezolanos publican que son el pueblo más bueno y virtuoso, más lleno de generosidad y de nobles propensiones. Este exceso de amor patrio es laudable hasta cierto punto; pero muy exagerado. Ciertamente que el pueblo no se halla depravado, y como todos los pueblos tiene cualidades malas, y otras recomendables; es propenso al odio y al mismo tiempo olvida el resentimiento perdonando al enemigo y favoreciéndolo; parece en ocasiones irresoluto y cobarde, siendo en realidad uno de los pueblos de América más valientes y aguerridos. Los venezolanos no son crueles; y así no es el homicidio el delito más común; sólo en los llanos es muy frecuente el asesinato". En su mayor parte esta *Memoria* escrita en momentos de angustia, está consagrada a describir las poblaciones, las costumbres, la forma y materiales de los edificios, las enfermedades y sus remedios y las comidas. En general el esquema es sombrío, sus tonos están recargados; se advierte en él un espíritu hostil, quizá resentido, pero también una indudable justeza documental. Lo que ofrece mayor interés para nuestro trabajo son los rasgos sobresalientes del carácter, de la psicología colectiva. "Si no son amigos fieles — escribe Núñez de Cáceres — por lo menos son obsequiosos, y presumen de amables y urbanos. En el fondo son falsos, y a veces pérfidos con los mismos a quienes protestan adhesión. El interés y el egoísmo los dominan: tienen talento, pero más que todo imaginación; no cultivan mucho la literatura; su estudio favorito es la política. En Bogotá hay hombres sabios, y el resto de la población es ignorante. En Caracas no existen personas de tanto saber; pero el pueblo es astuto, y de tan natural alcance que admira oír a los artesanos disertar sobre materias de gobierno y sobre derechos políticos como si hubiesen cursado estos estudios".

Núñez de Cáceres hizo un acopio de los términos más usuales del habla popular y a través de sus listas ha dejado un retrato de la sociedad en que vivió. Yo sólo tomaré algunos de cada grupo: "*Para decir robo, fraude, astucia o mezquindad:* viveza, mameo, trapicheo, mamuncia, tecleo, lagañería, la teta, uñarada, mordida, pisada, la uña, manejo, raspón, lechería. *Para decir pícaro, astuto, tramposo:* vivo, despierto, afilado, colmilludo, navajudo, sabe tocar el piano, es un tigre, un caimán... *Para decir engañar:* Me tiró, me llevó en las navajas, me meció, me bailó, me prensó, me pisó, me mordió, me sacó el nepe... *Para decir un empleo en que se saca dinero:* Empleo de mameo, empleíto de manejo; de tecleo, de tocar el piano; destino de sueldo y uñas libres. *Pera decir un negocio en que se ha robado:* Negocio manso, está mamandito; está tragando; arañó un poco la cubierta; ya está cuajado; ya tiene bien cubierto el riñón; ya encontró su queso; está pescando sin anzuelo. *Para decir herir y matar:* Lancear bonito; lancea muy aseado; apenas moja la lanza; se pinta solo para dar jierro; sólo se oía el pujío de la lanza; le aplicó la Santa Catalina; este machete ha comido carne; lo volvio cereta;

lo apagó; lo afrijoló; se lo lambió; le rebajó el pescuezo; le bajó el manirote; le espantó el ángel de la guarda; le cortó el callejón de las arepas".

Surge de estas observaciones un venezolano holgazán y roñoso, que no se baña, que come mal, es codicioso, hipócrita, lleno de vicios, propenso al fraude, al peculado, al contrabando. Estas deformaciones no eran en realidad nuevas para los días del agrio memorialista. Se habían incubado a lo largo de la Colonia. Más tarde se agravarán cuando la riqueza providencial del petróleo venga a transformar, como por arte de magia, la antigua miseria en tumultuosa fortuna.

### *Extranjeros en Venezuela*

POR LA MISMA época de Núñez de Cáceres, numerosos extranjeros que visitaron a Venezuela o residieron en ella, dejaron constancia escrita de sus apreciaciones sobre los problemas de la economía, de la política y de la cultura en su tiempo. Leer las memorias de Sir Robert Kerr Porter, displomático inglés, fino artista, investigador de viejas culturas de Oriente, es asistir al proceso de la vida venezolana con sus angustias, sus luchas, sus caídas y sus abnegaciones, desde los agitados días de la Gran Colombia cuando Bolívar, Páez y Santander encarnaban los genios del drama. Igual testimonio, pero en una dimensión pesimista, puede hallarse en el *Diario* del norteamericano John G. A. Williamson, quien ejerció iguales funciones durante la misma época. Sonriente y comprensivo el primero, enfermo y resentido el segundo, los dos describen la existencia primitiva del pueblo, las intrigas de los políticos y las intimidades de los hogares en los que los hombres y las mujeres de la más alta clase social exhibían sus gustos, sus vicios y sus virtudes. También nos hablan de estas cosas los suecos coronel conde de Adlercreutz, prócer de nuestra guerra de independencia, M. S. Lorich que fue cónsul de su país en Estados Unidos, y Carlos Augusto Gosselmann que vino al nuestro por 1837 y 1838 como vendedor de artefactos de hierro. Todos ellos coinciden en los hechos fundamentales que son aproximadamente los mismos que se traducen en las cifras del italiano Codazzi. El país era pobre en extremo, supersticioso, inculto, desnutrido y enfermo; la ciudad capital exhibía intactas las ruinas de la guerra y del terremoto del año 12; en las calles pululaban los locos, los brujos y los peones de *pata en el suelo,* y mezclados con ellos los soldados en alpargatas y los arbitristas urbanos. Para 1837-38, las fuerzas armadas se componían de ochocientos soldados de infantería y doscientos de caballería, y la marina de un bergantín y tres goletas. Se había decretado la creación de una *Milicia Nacional* pero no estaba aún organizada. Las observaciones del comerciante Gosselmann son interesantes a este respecto. Bastaba aquel minúsculo ejército en un país que nada tenía que temer de las

potencias extranjeras y en el que los oficiales — más que las tropas — "han constituído un terror más que un apoyo para el Gobierno". Formados en la guerra y en el pillaje, sin la menor noción de cultura ni de moral, aquellos reitres hervían de apetitos bestiales y lo mismo fomentaban una conspiración para derribar el gobierno que asaltaban un pueblo, maltrataban a un magistrado, invadían un hogar o raptaban como los partos y los caribes a una mujer soltera o casada. Su código era el valor primitivo, el homicidio; su estado profesional representaba una patente de corso. "No habiéndose podido disolver por completo a estos jenízaros — escribía el ferretero sueco — se ha limitado por lo menos su número a los más necesarios, no existiendo guarnición en la capital sino solamente pequeños destacamentos en los puertos fortificados". Este dato es de mucha importancia. Después, con las constantes perturbaciones políticas, esos jenízaros proliferarían hasta formar una casta.

Para la época en que Gosselmann escribía este informe, Páez representaba la máxima garantía del orden en el país. Su reputación militar le convertía en un ídolo para unos, en una muralla de contención para otros. Acababa de derrotar a los *reformistas* que depusieron al Dr. Vargas (1835) y se había convertido en baluarte de unas instituciones sobre las cuales imperaba su voluntad. Repuso a Vargas en la presidencia de la república, mas como el sabio, que era hombre honesto, se negase a representar el desairado papel de instrumento, Páez trajo entonces al Gral. Soublette quien iba a servirle de comodín para sus combinaciones políticas, al mismo tiempo que eliminaba a sus más fuertes y peligrosos rivales — Mariño, los Ibarra, Briceño Méndez — héroes como él de la independencia. Y limpio de este modo el camino, seguiría imperando durante nueve años más con la ventaja de aparecer como un constitucionalista.

Pero el Páez de esta época no era ya el hombre tosco de las campañas de 1815 ni el desenfrenado conspirador de la Gran Colombia. Se había cultivado y adquirido modales. Gosselmann, igual que Kerr Porter quien pintó su retrato, lo presenta como un hombre jovial y cumplido. Y lo era, en efecto. Con todo, seguiría siendo el antípoda de Bolívar en su manera de concebir la política.

* * *

El de los extranjeros es uno de los más interesantes aportes sociales recibidos por Venezuela desde los días de su independencia. No cabe hablar en este lugar de una inmigración en el amplio sentido de la palabra, pues el único experimento formal de esta índole que se hizo en los albores de la república (1842) fue el de la *Colonia Tovar* en las cercanías de Caracas,

y éste más que un éxito fue un fracaso; pero sí de un movimiento espontáneo que tuvo proyecciones valiosas (66).

Entre los extranjeros que vinieron a Venezuela desde finales del siglo XVIII hubo alemanes, franceses, ingleses, italianos, escandinavos y aun norteamericanos. Páginas de intenso sabor, de sereno lirismo y de colorida plasticidad, dejan aquellos jóvenes sabios, doblados de artistas, que se lanzaron como sonámbulos impulsados por un fuego romántico en pos de las huellas de Humboldt: los naturalistas Moritz, Carsten, Appun, Sachs y los pintores y dibujantes Bellerman y Goering (67). Fueron hombres desinteresados y valerosos que, apasionados por nuestra naturaleza, describieron las riquezas de nuestros bosques y nuestros ríos, investigaron nuestros rasgos indígenas y pintaron nuestras costumbres y nuestros paisajes. La mayoría de esas gentes blancas, activas e inteligentes, por las que el nativo sentía respeto y aún reverencia, se vincularon a la economía de la tierra, al comercio y a una incipiente industria sobre las que se echaron las bases para la lenta reconstrucción de la aniquilada riqueza. Salvo excepciones que podrían señalarse específicamente, estos factores extraños, muchos de los cuales profesaban la religión protestante, fundaron familias netamente venezolanas que adoptaron la fe católica, que establecieron haciendas, fabricaron sus casas y enseñaron a los nativos a descubrir la belleza de la naturaleza y del arte. Algunos, como los Vollmer, emparentaron desde el principio con familias criollas notables. Oriundos, como ellos, del norte de Europa, son los Braun, los Kerdel, los Uslar, los Stürup, los Brandt, los Römer, los Baasch, los Blohm, los Kolster, los Jahn. Franceses son los Blandín, ingleses los Alderson, los Smith, los Stopford; italianos Codazzi, Castelli y muchos más que se dispersan por el vasto hinterland de los llanos, de la selva y de la montaña. Más tarde vendrán los corsos: los Pietri, los Pietrantoni, los Franceschi. Procedentes de Norteamérica, los Boulton, fundadores de una importante línea de navegación comercial, exportan nuestro café y nuestro cacao. Estas gentes sociables y cultas, que se mantienen alertas y que no interrumpen sus contactos con el mundo exterior, se hacen amigas de los caudillos nativos y de este modo contribuyen a suavizar su primitivismo y a abrir nuevas perspectivas a sus limitados horizontes espirituales. Es precisamente por estos tiempor cuando William Hooker asocia el nombre de la señora Moss a nuestras

(66) Frecuentemente se habló de la necesidad de atraer inmigrantes y se legisló en el mismo sentido, pero aparte de algunas partidas de isleños canarios, sólo venían comerciantes graneados.

(67) Más adelante vendrían geólogos, etnólogos, arqueólogos, botánicos, antropólogos y zóologos.

orquídeas (68) y cuando Isabel Alderson las hace florecer en su jardín caraqueño.

Este de los jardines será uno de los más hermosos y significativos capítulos de la cultura social del país a lo largo de la centuria décimo-nona. Es obra inicial de los extranjeros. Soledad Braun y Carlos Hahn harán famosos los de sus casas del *Paraíso* en Caracas y algunos venezolanos lograrán otro tanto. De flores nos hablarán Adolfo Ernst y Arístides Rojas, poetas científicos afiliados a la escuela positivista, en cuyos escritos adquieren valor sociológico las rosas de Francia, las sensitivas *Cattleyas* y las multicoloras flores del Avila. Mientras en las ciudades, en las aldeas y en los campos se recluta a los soldaditos por los mismos procedimientos que se emplean para cazar fieras vivas; mientras en los cuarteles se mete en el cepo y se azota a los desertores; mientras los brujos preparan sus filtros y dirigen los novenarios por las almas de los difuntos; mientras los padrinos reparten tarjetas con *mediecitos* en los bautizos; mientras en los infectos teatros se siguen representando *Jerusalenes,* comiendo maní y apagando las luces a garrotazos; mientras las calles se convierten en pistas para las carreras de toros coleados; mientras en las iglesias se sepultan los cadáveres mal embalsamados y mientras sobre las puertas de las viviendas se pintan letreros invocando la protección de la Virgen y de los santos, esos señores venidos de Europa importan libros e instrumentos de ciencia, vajillas de porcelana, pinturas de meritorios artistas y la música de los grandes compositores.

(68) La *Cattleya Mossiae* (V. "La Flor de Mayo", por Adolf Ernst. *Crónica de Caracas.* Nos. 2 y 3).

VI

## LA VENEZUELA QUE REIVINDICA AL LIBERTADOR

### *Bolívar bandera liberal*

LA REPATRIACION de los huesos de Bolívar, es decir, su traslado de la Nueva Granada a Caracas, se efectuó en 1842 y tuvo la resonancia de una apoteósis. Este acontecimiento, ocurrido bajo el gobierno de Páez, fue interpretado como una reivindicación del genial estadista a quien se había condenado a morir en el ostracismo y a quien ya el pueblo llamaba *Padre de la Patria;* por ende era el reconocimiento de una injusticia por parte de la oligarquía gobernante. Para esta época hacía más de dos años que se hallaba en actividad, agresiva y organizada, la oposición liberal a cuya cabeza se movían Tomás Lander y Antonio Leocadio Guzmán; y apenas hay que decir que el nuevo partido supo aprovechar la ocurrencia para convertir en bandera de lucha la figura del insigne sacrificado.

Como evento político no todo era diáfano en la posición de los personajes que se disputaban entonces la gloria de honrar al Libertador. Guzmán, líder liberal, perteneció al elenco oligarca que en 1830 sancionó la proscripción de aquél Héroe mientras que Vargas y Juan Vicente González, conservadores, se destacaban por la devoción y fidelidad que supieron guardarle, pero estos antecedentes carecían de importancia en aquellos momentos. El liberalismo poseía los sufragios del pueblo y Bolívar, que en Nueva Granada se calificó de conservador, en Venezuela fue liberal.

Esta rivalidad partidista no tiene, sin embargo, sino un valor episódico, relativo y circunstancial en la historia venezolana, pues si bien ella va a marcar el comienzo de una nueva etapa en la evolución social del país (tan estrechamente ligada a la evolución política), también lo es que la glorificación de Bolívar no quedará limitada a un sector de las fuerzas en pugna sino que será el denominador común, el punto de convergencia ideal y el paradigma ideológico de unos y otros. Esto tiene una evidente importancia. Ya despojado de todo interés parcial e inmediato, exento de todo matiz tendencioso, el pensamiento bolivariano recobra su prístino valor his-

tórico y se convierte en un arquetipo. Servirá para unir y no para dividir a los hombres de su país.

En Venezuela, si se exceptúan dos hechos de relevante significado social como son la abolición de la esclavitud y la igualdad de todos los hombres ante la ley, la lucha política durante el proceso de la integración nacional (esto es, durante toda la centuria décimonona) no tendrá otro propósito que la ocupación del poder por los representantes de las dos parcialidades políticas que se formaron en los alrededores de 1840. Realizados ambos propósitos, el primero en 1854 bajo la presidencia de José Gregorio Monagas, y el segundo en la prolongada y sangrienta contienda de la revolución federal (1858-1863), ya los partidos no encontrarán otro motivo para pelearse que el del predominio político. Reivindicaciones de significado económico como son las de distribución de las tierras, el derecho al trabajo, la regulación del salario y otras del mismo carácter eran todavía figuras confusas que permanecían aplazadas para una etapa de mayor desarrollo y de más clara conciencia. La vigencia unánime de Bolívar tiene su explicación en que todas esas reivindicaciones, así como las reformas que realizará Guzmán Blanco, están contenidas en su ideario. Es a esto a lo que los hombres del siglo, amantes de la libertad y del progreso, llaman liberalismo. Bolívar es, pues, liberal.

### *Conservadores y Liberales*

LA ESTRUCTURACION definida de los dos partidos que van a llenar la agitada política venezolana a todo lo largo de la centuria, es un acontecimiento que se inicia durante la breve presidencia del Dr. Vargas como consecuencia inmediata de las pasiones y choques de aquellos momentos (69). Propulsor ideológico de la corriente de oposición era el agricultor y comerciante Tomás Lander, espíritu inquieto y libre, intransigente en la defensa de sus principios, incorruptible y mordaz en su posición crítica, quien en sus viajes al exterior y en sus copiosas lecturas había llegado a forjarse un criterio de inflexibilidad catoniana en cuanto a la honestidad adminis-

(69) En la definición de los campos políticos — lo que ocurre por los años de 1838-1839 — participan distintos factores pero principalmente el malestar económico agravado por la Ley de 10 de abril de 1834 que fue una maquinaria al servicio de los intereses más reaccionarios.

En vísperas de la elección que llevaría nuevamente a la presidencia al general Páez, tres agrupaciones aparecieron: la llamada *mercantil* o *tenaz* que acaudilló el Dr. José Santiago Rodríguez, defensor de las leyes dictadas por los recientes congresos; la *agricultora* o *racional* a cuya cabeza se puso el coronel Felipe Macero, y el partido del gobierno que luego sería bautizado *conservador, oilgarca* o *godo*. Ese partido *agricultor* o *racional* es el que va a convertirse en *Sociedad Liberal* y cuyos miembros atacarán al "odioso" tribunal mercantil, a la "inicua" ley de azotes, a la "ruinosa" ley del 10 de abril, al "monstruoso" indulto por el cual se discriminaba a los comprometidos de las reformas, y al "atroz" código de procedimientos "idolatrado" por aquéllos que recibieron dinero para promulgarlo. (V. Ramón Díaz Sánchez: *Guzmán, elipse de una ambición de poder,* pág. 208 y 281, 3a. edición).

trativa y a las normas de su doctrina. Infatigable desde su juventud en la lucha política, este notable venezolano fue durante la etapa grancolombiana un adversario tenaz de la combatida estructura bolivariana. Escritor fecundo y fluido siempre mantuvo periódicos o se produjo en folletos y en hojas sueltas que llenaba con sus teorías sobre las finanzas, sobre el cultivo y distribución de las tierras ociosas, sobre la ubicación de las masas rurales según las condiciones del medio geográfico — lo que él llamaba *trasmigración* —, sobre los procesos electorales, la administración de justicia y la racionalización de las cargas impositivas. Como poseía un estilo satírico y gustaba de agilizar sus escritos con anécdotas pintorescas de los personajes contemporáneos, sus publicaciones debieron agenciarle muchos lectores en las clases de mediana cultura; y como además era austero — su publicidad la pagaba de su propio peculio — y ajeno a la actividad burocrática, su conducta debió rodearlo de una autoridad excepcional. Sin embargo, luchador puramente teórico, nunca hubiese llegado a dinamizar sus teorías a través de una organización de combate, y mucho menos a llevarlas a la sensibilidad de las masas, si no hubiese encontrado en Antonio Leocadio Guzmán al agitador popular, al estratega político y al periodista magnético capaz de ganar la calle y de asegurar los sufragios de la clase menesterosa. Obra de este binomio es la *Sociedad Liberal* que se funda en Caracas en 1840 pero cuya semilla venía germinando desde los días tempestuosos de la presidencia de Vargas.

Antes de seguir adelante es necesario dejar bien establecido que la figura de Vargas ocupa un lugar prominente entre las que desfilan por el escenario de la cultura venezolana en la primera mitad de la pasada centuria. Hombre de ciencia por sobre todo, su probidad intelectual y su sentido ético lo convierten en un arquetipo moral dentro de las proyecciones de la historia de Venezuela, en un nivel no inferior al del propio Libertador. Católico practicante y devoto que oye la misa todos los días, su formación filosófica y su positivo criterio social le colocan de parte de la tolerancia de cultos en el ruidoso conflicto de "La Serpiente de Moisés" (1826) en el que interviene como jurado de imprenta. Es a él a quien encomienda Bolívar en 1827 la reorganización de la Universidad de Caracas, y a él asimismo a quien deben su formación los más distinguidos científicos producidos por aquellas generaciones. De Inglaterra, donde completó sus estudios, trajo un sentido humanístico que puso de manifiesto en todos sus actos. Después de su fugaz y dolorosa experiencia política, a la que se dejó conducir con el convencimiento de su fracaso, se le ve volver a sus cátedras, a sus investigaciones científicas y a su obra de creador de cultura la que realiza esta vez desde la *Dirección de Instrucción* creada en aquellos días.

Veamos ahora quien es Antonio Leocadio Guzmán.

En medio del torbellino de intrigas y de pasiones que arrebata la in-

fancia de la *Cuarta República*, este hombre que contaba entonces 35 años, ocupa una posición singular. Talentoso, inquieto, polarizado por la ambición del poder, ha sido bolivariano y a la vez anticolombiano, partidario de la corona para Bolívar y más tarde radicalmente republicano. Casado con una parienta del Libertador, en la hora de la derrota de éste se pone al lado de Páez y le sirve con eficacia en la tarea de desintegrar la gran república de Colombia. Como paecista precisamente — o como *oligarca*, si se prefiere — entra a servir a Vargas cuya caída le encuentra al frente del despacho del interior, hecho que no le impide fraternizar con los reformistas y escapar de este modo a la suerte que corrieron otros miembros del gobierno del sabio. Navegando en la misma barca hubiese seguido, posiblemente, si la intransigencia de Angel Quintero, el nuevo factotum de Páez, no le hubiese echado de ella violentamente.

Este es el hombre que acompaña a Lander en la empresa de dar una fisonomía a la oposición. De su resentimiento brota la chispa que enciende la hoguera de la revolución liberal y cuyos resplandores alumbran un nuevo camino a las inquietudes del pueblo venezolano. Así como Vargas encarna al científico y Lander al teórico de las nuevas corrientes sociales, Guzmán es por antonomasia el político, el demagogo, el agitador que desencadena la pasión popular. Poco más de un lustro — de 1840 a 1846 — va a durar apenas su efectiva influencia como conductor del liberalismo en su esfuerzo por obtener el poder, pero este impulso será suficiente para generar los movimientos y las conquistas futuras de ese partido.

* * *

Para comprender las inconfundibles características que adquirió el proceso social a partir de aquellos momentos, es preciso considerar no solo los factores internos sino también las repercusiones que pudieron tener los acontecimientos del mundo y muy principalmente los europeos. Para la época que nos ocupa, la cultura venezolana había experimentado una evidente influencia europea y sobre todo francesa. Esa influencia, que venía acentuándose desde los tiempos de los Borbones, se reflejaba con mayor o menor prestancia en todas las esferas del pensamiento: en la literatura, en la política, en las ciencias y en las bellas artes. En la Universidad se estudiaba casi exclusivamente por textos franceses y los periódicos registraban las noticias de Francia, daban cuenta de sus agitaciones políticas y reproducían las producciones de sus poetas, de sus novelistas y de sus juristas. Juan Vicente González, el tumultuoso escritor, acerbo adversario de Guzmán y los liberales, en la literatura imitaba a Chateaubriand, a Michelet y a Casimir Delavigne. Para las juventudes americanas, Francia era el romanticismo y el laboratorio por excelencia

de las ideas políticas y sociales, pues de allí procedían las doctrinas en auge, y a través de sus escritores las teorías de los sociólogos, de los economistas y de los antropólogos ingleses, alemanes e italianos.

No quiere esto significar, desde luego, que algunas de las más destacadas mentalidades no acudiesen a otras fuentes ni que dejasen de hacerlo directamente. Santos Michelena, a quien se señala como el creador de la Hacienda venezolana y que es sin duda una de las más sólidas mentalidades en materia fiscal y económica de la época, derivaba sus conocimientos del estudio directo de los autores ingleses y de su personal experiencia de aquel país en donde actuó como agente grancolombiano por los años de 1826 al 30. Otro tanto puede decirse de Vargas en cuanto a sus estudios de medicina y a su orientación filosófica. Fermín Toro, quizá el más profundo de los escritores venezolanos de aquellos tiempos, y desde luego el que con mayor lucidez estudió los problemas sociales, económicos y políticos, fue igualmente una mentalidad universal familiarizada, por sus viajes y sus estudios, con los idiomas más importantes de Europa. Estas cualidades de Toro, manifestadas desde los años en que las ideologías eran aún confusas, convierten a este escritor en una especie de clave para indagar las verdaderas orientaciones del pensamiento venezolano por esa época. Escribió sobre las relaciones de Europa y América con singular penetración y sinceridad, propugnó la abolición de la esclavitud cuando aun la materia era evadida por peligrosa; fue el primero en examinar en nuestro país la posición de las masas en el escenario mundial de la lucha social y política, y posiblemente también el primero que explicó a los venezolanos el origen del término *proletario* (70). Sus trabajos más importantes, empero, son sus "Reflexiones sobre la Ley de 10 de abril de 1834" — la que lleva su firma como presidente de la cámara de representantes — y sus discursos en la *Convención de Valencia* (1858) en los que define dramáticamente el estado social del país.

La crítica de Toro a la ley de 10 de abril fue publicada en "El Liceo Venezolano" Nº 3, en 1842, y es un alegato contra aquella monstruosa trampa jurídica que abría campo ilimitado a los agiotistas para la estipulación de intereses y que consagraba el remate como medio para la cancelación de las deudas permitiendo que el avalúo de las fincas hipotecadas se hiciese según las ofertas de los propios acreedores. Mas no se limitó a esto la acción de Toro pues al mismo tiempo que desarrollaba su notable requisitoria, pro-

(70) Lo hace en su estudio "Europa y América" (1839) donde al hablar de las desigualdades e injusticias sociales, dice: "En tanto el proletario, en la calma no temido, por la ley sujeto, en la ignorancia sepultado, física y mentalmente desmejorado por la excesiva división del trabajo, sin más arte que un bruto, sin más máquinas que sus brazos, gime su impaciencia, rodeado de un muro de bronce y puesto encima un monte de hierro". Más adelante explica: "Los romanos llamaban *proletarios* a los que no tenían propiedad, como si más que los otros fuesen llamados a tener hijos: *Ad prolem generandam*. (Véase la edición de la Presidencia de la República, I., *La Doctrina Conservadora - Fermín Toro,* 1960).

ponía dos proyectos de leyes encaminados a poner remedio a tal situación: uno de ellos determinando que los intereses serían legales o convencionales, los primeros al 6 por ciento anual y los segundos hasta el 10 por ciento en negociaciones mercantiles y hasta el 9 en otros negocios (en caso de violación el prestamista perdería el duplo de los intereses usurarios), y el otro estableciendo que los bienes embargados no podrían rematarse sino en determinadas condiciones y nunca sin ser previamente valorados (la propiedad raíz no podría rematarse por menos de las tres quintas partes de su avalúo) (71).

Quizá el rubor de haber puesto su firma al pie de aquella fatídica ley fue lo que convirtió a Toro, conservador, en el lúcido y conmovido censor del liberalismo unilateral que abusaba de la libertad para proteger a una clase privilegiada con perjuicio de las mayorías empobrecidas. Desde entonces fue el propulsor de una filosofía sociológica que coincide en substancia con la del Libertador en cuanto propugna que no es la libertad sino la *igualdad necesaria* la que beneficia a la sociedad. Esta igualdad propugnada por Toro es el freno jurídico que se ha de poner a los opresores y a los explotadores de toda laya y es así mismo la que al abolir la esclavitud y las discriminaciones políticas y económicas erradicará del país el predominio oligárquico. Según Toro la libertad "no es *fin,* no es *objeto,* ni para la sociedad ni para el individuo; es más bien un *medio,* una *facultad* de obrar para alcanzar el fin, que es la realización de todas las ideas y de todos los sentimientos de que está dotada la humanidad, dentro de los límites de una ley suprema que es la moral". Más de medio siglo después, un sociólogo positivista venezolano — José Gil Fortoul — desarrollará en la Universidad de Caracas el mismo tema y dirá: "Consiste el error en ver en la libertad una causa, cuando no es sino un efecto, o de las revoluciones, o de las leyes, o de la interven-

(71) Esta materia iba a ser motivo de frecuentes reformas a lo largo de aquellos años. Una ley de 5 de mayo de 1841 modificaba la de 10 de abril de 1834 concediendo el beneficio de *espera* siempre que ésta fuese acordada por todos los acreedores, de modo que el voto contrario de uno de éstos bastaba para negarla.

En 1847 se proponía constituir una *Sociedad Económica* para que contratara un empréstito de 12 millones de pesos destinados a refundir la deuda exterior y a facilitar préstamos y descuentos, por medio de un *Banco Agrícola,* a un tipo de interés no mayor del 6 por ciento anual. El tipo común era entonces del 10 por ciento. Se propusieron también ese año reformas de las leyes de usura y espera que no tuvieron efecto.

En 9 de abril de 1849 se dio una ley reformatoria de la de 1841, en la que se concedía la espera por acuerdo de la mayoría de los acreedores o de los créditos, y en defecto de éstos por un juez previo juicio ordinario. La espera no debía ser menor de seis años y el juez podía concederla hasta por nueve. Desde el comienzo de la espera no corrían intereses ni réditos.

El Congreso de 1850 da marcha atrás, deroga la ley del año anterior y declara vigente el sistema español reconocido por el código venezolano de 1836. Este sistema subsistirá hasta 1860 cuando será suprimido el beneficio de espera respecto de todas las deudas contraídas a partir de este año. (J. Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela,* III, pág. 27).

ción del Estado. Considerada de otro modo, la libertad es la garantía inmoral de la injusticia o del error" (72).

*Las primeras resonancias marxistas en Venezuela*

NO HA DEJADO de llamar la atención el que se haya tildado a Guzmán, en aquella temprana época, de comunista. Lo hizo el coronel-conde de Adlercreutz, quien lo tituló de *conspirador comunista,* y poco después Juan Vicente González quien en una de sus *Mesenianas* de 1846 estampó esta patética exclamación: "Yo no canto la guerra civil sino la lloro. Pero esta guerra civil es una guerra social" (73).

¿Cuándo y cómo llegaron a Venezuela las primeras resonancias de la doctrina marxista? Si se considera que el *Manifiesto Comunista* redactado por Carlos Marx y Federico Engels no se hace público hasta 1848, es de suponer que las primeras nociones del socialismo y del comunismo modernos arribasen a este país a través de escritores franceses, quizá en Proudhon y en uno que otro sansimoneano. Ya hemos visto la glosa que dedicó Fermín Toro, en 1839, al tema del proletario.

Después de 1848 es ya perfectamente explicable el conocimiento del comunismo y de sus lineamientos marxistas en Venezuela, en razón del abundante comercio de libros y de periódicos que había con Europa. Y podría explicarse igualmente cualquier fermento marxista, de filiación proletaria, por las repercusiones que pudo tener el movimiento que derribó al rey Luis Felipe y que dio acceso al poder a representantes de los obreros franceses. Si se considera la posición que adoptó entonces el venezolano Baralt, residente en España y activo escritor político, no es aventurado pensar que las informaciones e incluso la propaganda del socialismo llegasen a Venezuela en la correspondencia que el propio Baralt sostenía con sus amigos venezolanos y sobre todo con Fermín Toro.

Autor de una acreditada Historia de Venezuela, militar, matemático, literato y poeta, Rafael María Baralt abandonó su país parece que irritado por el trato humillante de que le hizo víctima la oligarquía conservadora (74). Establecido en España, interviene en política y en determinado momento — precisamente a raíz de la revolución que derribó a Luis Felipe — se coloca en posición francamente izquierdista. Aunque para esta época ya Guzmán había perdido su jerarquía de jefe político y se hallaba en el ostracismo después de haber escapado al cadalso (al que quisieron llevarlo los paecistas),

(72) J. Gil Fortoul, *Obras completas,* Vol. VII, págs. 274 y ss.

(73) *Diario de la Tarde,* 1846.

(74) Ver R. Díaz Sánchez: *Baralt, un venezolano del siglo XIX.*

la agitación liberal continuaba estimulada por José Tadeo Monagas, nuevo presidente de la república, a quien estorbaban la tutela de Páez y el encarnizado despecho del partido oligarca.

No poseemos suficientes elementos de juicio para determinar la influencia que la teoría y la agitación socialistas pudiesen haber ejercido entonces en Venezuela, más si nos guiamos por ciertos indicios, es justificado creer que sí se advirtieron sus resonancias. Uno de estos indicios lo suministra el propio Guzmán cuando vuelto al país en 1849, y elevado por Monagas al ministerio del interior (poco después sería elegido vice-presidente de la república) necesita defenderse (en la *Memoria* que presenta al Congreso) del dictado de comunista. Otro lo hallamos en un libro que se publica seis años después (75) en el que se hace una confusa crítica del socialismo a la luz de la doctrina católica.

La impresión que la idea socialista pudiese causar en espíritu tan inquieto y tan revolucionario como el del general Ezequiel Zamora (entonces de guarnición al servicio del régimen de Monagas) tardará en manifestarse hasta los primeros meses de la guerra federalista (1859) para quedar violentamente borrada por el misterioso balazo que le rompe la vida en enero de 1860.

*Las Oligarquías*

FUERON los liberales agrupados alrededor de Lander y Guzmán quienes apellidaron *oligarcas* y *godos* a los colaboradores y amigos de Páez, esto es, al partido conservador que detentaba el poder desde la desmembración de la Gran Colombia; pero un moderno historiador y sociólogo venezolano, el Dr. José Gil Fortoul, va a definir bajo el mismo concepto de *Oligarquía* al régimen que presidirán los liberales desde 1847, año en que obtiene el poder el Gral. José Tadeo Monagas, hasta 1863 cuando triunfa la revolución federal. "Oligarquía — dirá Gil Fortoul (76) — porque la clase social menos numerosa se arroga la gobernación del Estado". O dicho de otra manera: porque mantenidas las mismas bases electorales de las constituciones conservadoras, para poder elegir y ser elegido el venezolano tiene que pasar por una criba de tipo económico que excluye de aquellos derechos al 80 por ciento de la población del país y crea de este modo una aristocracia social en cuyas manos se ponen todos los órganos del gobierno.

Se inicia el predominio de esta *Oligarquía liberal,* como queda dicho, con el ascenso del general José Tadeo Monagas a la presidencia de la repú-

(75) *El Cristianismo y la libertad,* por el Lic. Ramón Ramírez, Caracas, Imprenta de Valentín Espinal, 1855.

(76) *Historia Constitucional de Venezuela,* edic. de 1930, Tomo II, Prefacio.

blica, hecho que ocurre al coronarse el turbulento período eleccionario de 1846 en el que Antonio L. Guzmán resultó derrotado por obra de las maniobras conservadoras. Descartando a los otros candidatos presidenciales, entre los cuales había amigos suyos (como el coronel y presbítero José Félix Blanco y el general Bartolomé Salóm), el Gral. Páez opuso su irresistible influencia política en favor de Monagas contando con que al ser éste elegido por la mayoría conservadora y al verse absorbido por su poderoso ascendiente, se convertiría en un sumiso pupilo suyo. Más esta vez se equivocó el Gral. Páez pues usando de su astucia llanera Monagas supo atraerse a los liberales indultando a Guzmán y propiciando otros movimientos favorables al combativo sector derrotado. Blas Bruzual, periodista de aquel sector, escribió entonces estas palabras exactas: "Monagas ha salvado la vida a Guzmán pero le ha quitado el partido".

Durante diez años se va a prolongar este régimen en el que se reúnen todos los caracteres del nepotismo y de la incapacidad administrativa. A lo largo de él no sólo se alternarán en la presidencia de la república los hermanos José Tadeo y José Gregorio Monagas — 1847-51 el primero; 1852-1856 el segundo y 1857-58 otra vez el primero — sino que los principales cargos políticos, civiles y militares serán ejercidos por sus hijos y sus parientes. El país conocerá entonces los mayores extremos de la pobreza, la desorganización más caótica, la inmoralidad y el atropello. "El régimen de los generales Monagas — escribe el Dr. José Santiago Rodríguez, conservador contemporáneo de los sucesos (77) — fue ese estado contínuo de zozobra porque durante él nada estaba en su lugar. Nadie se sentía seguro en aquellos tiempos infelices, ni aún los mismos que contaban con el apoyo decidido del gobierno... Parecía como si se hubiese producido un caso general de locura colectiva... Los allanamientos de casas y las prisiones tenían alarmada a la sociedad". En efecto, el robo, el abigeato, los asaltos a mano armada y el asesinato político consumado en las más primitivas formas, constituyeron el clima social de la época. Y ello explica por qué, a pesar de algunas importantes conquistas sociales alcanzadas durante ese régimen — como la eliminación de la pena de muerte por causas políticas y la abolición de la esclavitud — la opinión del país se manifestó cada vez más adversa a él y se repitieron las tentativas para derribarlo. Lo que ha de ocurrir al fin en 1858 por obra de un movimiento insurreccional en el que participan importantes personajes civiles y militares, tanto conservadores como liberales pero con predominio de los primeros. Triunfante este movimiento en marzo de 1858 (lo acaudilló el general Julián Castro que ejercía la jefatura de las tropas en Carabobo) se ve entonces volver al proscenio político a personajes que

(77) V. *Contribución al estudio de la Guerra Federal,* Tomo I.

habían permanecido eclipsados durante diez años (entre otros los generales Páez y Soublette, Fermín Toro y Juan Vicente González). Pero para esta época las circunstancias sociales han cambiado a tal punto que las tentativas para reorganizar la república bajo las parsimoniosas pautas conservadoras serán inútiles. La revolución está en marcha en el mundo y sus fermentos han invadido el alma del pueblo venezolano.

*Eliminación de la pena de muerte por causas políticas*

MAS QUE como obras del raciocinio y de la evolución filosófica, en Venezuela las reformas políticas de mayor trascendencia se han producido como maniobras circunstanciales. No de otra manera pueden interpretarse, conocidas las características del gobierno de los Monagas, la eliminación de la pena de muerte por causas políticas y la abolición absoluta y total de la esclavitud.

Consagrada por las constituciones de la república desde los días de la independencia, la aplicación de la máxima pena por razones políticas había producido sensibles pérdidas y conducido a hacer más profundo el odio entre los partidos. Pese a la lenidad que para 1828 mostraba el decadente y desencantado Libertador, esa pena llegó a aplicarse en la Gran Colombia a raíz del frustrado intento de magnicidio de septiembre de aquel mismo año. Más tarde, ya separada Venezuela de aquella unión, se la aplica también con severidad en diversas ocasiones y principalmente en la revuelta de las reformas que derribó al Dr. Vargas. Durante el agitado proceso de las elecciones de 1846 vuelve a funcionar la fatídica ley y en poco estuvo que el propio Guzmán (quien, dicho sea de paso, la había firmado como ministro de Páez) y el general Ezequiel Zamora, cayeran víctimas de su sanción. Desplazada la oligarquía conservadora, y desarticuladas sus fuerzas, derrotados sus jefes en los campos de guerra y expatriados Páez, Soublette y sus corifeos más importantes, el autoritario José Tadeo vuelve su mirada al panorama que le rodea y decide dar un golpe espectacular que le asegure los sufragios del pueblo y el apoyo de los liberales; y es así como mediante una ley del Congreso que lleva fecha 3 de abril de 1849 queda suprimida la pena de muerte por los delitos de traición y conspiración y se la sustituye por la de destierro perpetuo.

Si se considera el pésimo efecto causado por el tumulto del 24 de enero del año anterior, acontecimiento sombrío en el que perdieron la vida varios congresistas y de cuya maquinación se acusó al propio Monagas, y si se toma en cuenta, por otra parte, el perdón otorgado a Guzmán y a Zamora, el proceso de aquella medida queda mejor explicado. Como bien observa el historiador Gil Fortoul, en un país como Venezuela, en el que las instituciones legales están a merced de la voluntad de los gobernantes, el extrañamiento perpetuo

es una pena aleatoria sin duración definida. Y esto fue lo que ocurrió con Guzmán y Zamora, pues un año después de serles conmutada la pena de muerte por las del destierro y prisión respectivamente, ambos eran llamados por el gobierno, el primero para ser elegido vice-presidente de la república y ministro del interior, y el segundo para ser incorporado al ejército con mando de tropas.

En realidad la supresión legal de esta pena no significará que la muerte abandone su papel de protagonista en las sucesivas luchas de las facciones políticas; no querrá decir que se deje de asesinar alevosamente a los adversarios vencidos, pero por lo menos en la teoría el acto tendrá un valor positivo y servirá para poner un dique moral a los odios y a las venganzas de banderías.

### *La abolición de la esclavitud*

EL PROCESO que en Venezuela conduce a la abolición de la esclavitud es lento y complejo y puede decirse que cuando el régimen monaguista decide dar este paso ya la institución esclavista es un fruto maduro que no tardará en caer por su propio peso. Colombia lo hizo en 1851 pero en Venezuela había otros antecedentes: durante el gobierno de Páez se había firmado un tratado con Inglaterra mediante el cual ambas naciones se comprometían a impedir el infame tráfico con lo que no se hacía sino reiterar lo que ya había hecho la Corona española desde 1789 y lo que ratificaron en 1810 los patriotas venezolanos.

Como es bien sabido, y ya lo hemos señalado en páginas anteriores, Bolívar fue antiesclavista. Lo puso de manifiesto libertando a sus propios siervos y ofreciendo igual beneficio a todos aquellos que tomasen las armas para luchar por la independencia; lo reiteró en 1816 con sus decretos de Carúpano y Ocumare de la Costa y lo ratificó en 1819 ante el Congreso de Angostura. Si no pudo lograr su designio de libertad absoluta, culpa no fue de su voluntad sino de los intereses que gravitaban en la economía y en la política de su tiempo (78).

A partir de la constitución de la Gran Colombia, en 1821, el proceso que va a culminar en 1854 sigue en Venezuela una trayectoria en la que pugnan estos mismos intereses condicionando la conducta de conservadores

(78) En 1819 exhortaba a los legisladores de Angostura a confirmar la libertad absoluta de los esclavos y daba a su ruego un tono patético: "como imploraría mi vida y la vida de la República" fueron sus frases textuales. Pero la mayoría del Congreso desoyó aquella petición y optó por la extinción paulatina. En la exposición de motivos del decreto correspondiente (11 de enero de 1820) el soberano cuerpo argumentaba que "en el estado de ignorancia y degradación moral a que esta porción desgraciada de la humanidad ha sido reducida" era necesario hacer de los esclavos hombres antes de convertirlos en ciudadanos. (Colecc. *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX*, vol. 12, pág. 12).

y liberales. Base fundamental de la economía colonial, fuente única de trabajo en las plantaciones agrícolas, la esclavitud pasó a la república como un irremplazable elemento contra el cual se rompían las doctrinas de libertad, igualdad y fraternidad que inspiraron el movimiento emancipador. Además el régimen esclavista estaba poderosamente afianzado en un principio social que había quedado expresamente reconocido por aquellas doctrinas: el de la propiedad. Visto así el hecho, como una victoria bolivariana puede considerarse el que el Congreso gran-colombiano, en virtud de la *Ley de Manumisión* de 21 de julio de 1821, propendiese a una reforma tan importante en la única forma posible entonces: el de la eliminación gradual de la esclavitud. Según esa ley nadie podía nacer esclavo en el territorio de la república, y en virtud de este principio los partos de las esclavas se declaraban automáticamente libres desde aquel mismo momento. Sin embargo, mediante una hábil ficción estos niños permanecían en poder de sus propietarios (los de sus madres) hasta que hubiesen cumplido 18 años, con la única obligación por parte de aquéllos de alimentarlos y enseñarlos a leer y escribir. En cuanto a los que ya eran esclavos, también podían liberarse pero en las condiciones tradicionales, esto es, mediante el pago del precio correspondiente. Las únicas diferencias introducidas a este respecto por la nueva legislación consistían en que ningún esclavo podía ser vendido fuera del país ni de la provincia; en que no podían introducirse nuevos esclavos del extranjero y en que para el rescate progresivo de los esclavos se establecía un impuesto especial sobre toda clase de herencias y otro del 10% sobre las herencias que beneficiasen a extranjeros. Estos rescates se hacían anualmente en el mes de diciembre, época en que se celebraban las fiestas nacionales (79).

Para 1829, un año antes de la disolución de la Gran Colombia, había en Venezuela 29.371 esclavos y 9.056 manumisos, según un padrón que se hizo y que resultó necesariamente imperfecto pues en él se omitió por lo menos la tercera parte de las provincias. Tomando en cuenta esa imperfección, en su "Historia Contemporánea de Venezuela" González Guinán manifiesta que podría calcularse como número cierto no menos de 50.000 esclavos y 12.000 manumisos en el territorio venezolano (80). Por su parte el agente Gosselman, a quien hemos citado antes, informa que en 1837 se efectuó un nuevo censo según el cual Venezuela contaba 873.358 habitantes de los cuales algo más de 15.000 eran esclavos. Aunque en todos

(79) Véase el Decreto en el tomo 12 de la *Colección del Pensamiento Político Venezolano*, pág. 215. Véase también el informe rendido por el agente sueco M. S. Lorich: *Quelques documents sur l'Emancipation hispano-americaine recueillis dans les archives suedoises et publiés par Magnus Mörner.* Contribución a la Mesa Redonda de Historia, Caracas 1960.

(80) González Guinán, citado por R. A. Rondón Márquez, *La Esclavitud en Venezuela*, p. 52.

estos informes hay inexactitud a causa de la irregularidad de las estadísticas de la época, las cifras del sueco no parecen inverosímiles si se comparan con las que trae Gil Fortoul, quien siguiendo los cálculos del Dr. Mariano de Briceño da para 1854 el número de 12.550 esclavos y de 27.000 manumisos (81).

Si se ha de atender a los hechos, la verdad es que ni los conservadores ni los liberales venezolanos mostraron en los primeros tiempos de la república mucho interés en la abolición de la esclavitud. Por el contrario, comparada con la ley de manumisión colombiana, la que se dió Venezuela fue notoriamente retrógrada, pues si bien disponía que los hijos de esclavos nacidos antes del 2 de octubre de 1830 (fecha de la nueva ley) saliesen libres del patronato al cumplir los 18 años, en cambio alargaba hasta los 21 la de aquellos que nacieran después de esa fecha. Por su parte el Ejecutivo, al reglamentar esta ley, dilató aún hasta los 25 años la edad de la manumisión (82) sin que los liberales protestaran por ello. Cierto es que por los años de 1841 al 45, siendo Soublette presidente de la república, el gobierno dió instrucciones a sus ministros en Europa Alejo Fortique y Gral. Rafael Urdaneta para negociar un empréstito destinado a la emancipación total de los siervos, pero la muerte de ambos ministros interrumpió aquellas negociaciones dejando el proyecto en suspenso (83).

Hasta 1849, año en que fue suprimida la pena de muerte por causas políticas, no se oyó en el congreso de Venezuela ningún alegato en favor de la extinción de la esclavitud. Lo produjo entonces el representante liberal cumanés José Silverio González quien estimulado por el giro que imprimía a su política el primero de los Monagas, alzó el tono para pedir que el vituperable expediente quedase sellado de una vez para siempre y que no se oyera más la palabra esclavitud en el territorio de Venezuela. Y, hecho curioso: aquella moción del representante González se producía el mismo año en que Antonio Leocadio Guzmán, ministro del interior, manifestaba en la *Memoria* de su despacho estar conforme con el procedimiento establecido en las leyes de la materia. Cinco años habían de pasar aún antes de que se volviera a hablar del asunto.

Según algunos historiadores el movimiento definitivo en pro de la abolición tuvo su origen en Barquisimeto, promovido por un grupo de personas humanitarias que se dirigieron a su coterráneo don Simón Planas que

(81) *Historia Constitucional de Venezuela,* tomo III, p. 47.

(82) Véase el texto de la ley venezolana de 1830 en el vol. 12 de la Colecc. *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX,* p. 234. Véase igualmente el artículo "Godos y Liberales", de L. Vallenilla Lanz, publicado en el diario *Ahora,* Caracas, 20 de octubre de 1947.

(83) Anterior a esta época es el trabajo de Fermín Toro sobre *Europa y América* en el cual el notable pensador abogaba por la abolición absoluta (1839).

a la sazón era ministro y consejero del presidente José Gregorio Monagas (84). Otros afirman que la idea tuvo su origen entre los revolucionarios de Cumaná, quienes esperaban dar a su movimiento la bandera del antiesclavismo, pero que destruido aquel movimiento por el terremoto que conmovió a la región oriental ese mismo año, el presidente se apoderó del proyecto y lo convirtió en divisa de su gobierno (85). Una tercera versión, que es la recogida por Gil Fortoul, atribuye la iniciativa a la diputación provincial de Caracas, la cual, en diciembre de 1852, dirigióse al Congreso solicitando la extinción total de la esclavitud (86). Del modo que fuese, no es sino el 3 de marzo de 1854 cuando 31 miembros de la cámara de representantes introducen un proyecto de ley abolicionista que, si se considera la falta de independencia de aquel Congreso, debió ser inspirado por el gobierno. Siete días después llegaba a la cámara un mensaje especial del presidente de la república en el que se estimulaba a los congresistas a seguir adelante con su propósito pero cuidando de no vulnerar los derechos de los propietarios de esclavos.

Naturalmente no podían faltar los impugnadores de aquella medida trascendental. Aún conociendo la simpatía con que la miraba el gobierno, los conservadores, los timoratos y los que sentían amenazados sus intereses tuvieron sus voceros en el Congreso. Uno de éstos fue Vicente Amengual, hábil político de larga y sinuosa carrera que ejercía en aquellos momentos la presidencia de la cámara baja y quien, "aunque pobre", se proclamaba defensor de la propiedad y enemigo del comunismo. Otro fue el representante Oriach, pariente de los Monagas, el que sin pronunciarse radicalmente contra la abolición, igual que Amengual defendía el derecho de propiedad repudiando de paso la doctrina de Luis Blanc "autor del comunismo". Por su parte, reincidiendo en su vieja manía de aconsejar a los gobernantes, el Maestro Rafael Acevedo escribía a José Tadeo (para que éste lo dijera a su vez a su hermano) que la libertad pura y simple de los esclavos presentaba muchos peligros y que lo prudente era que aquello se hiciese en cuatro años, comenzando por los más viejos, con lo cual se facilitaría a los propietarios el arreglo de sus negocios para poder hacer frente a la situación cuando se

(84) En el ya citado vol. 12 de la Colecc. *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX,* a la pág. 278 puede leerse el decreto que expidió la Diputación provincial de Barquisimeto, con fecha 25 de noviembre de 1851, exaltando la necesidad de abolir la esclavitud en Venzeula y destinando 10.000 pesos de los que las rentas nacionales adeudaban al tesoro municipal de aquella entidad, para invertirlos en la libertad de los esclavos cuando el Congreso nacional la declarase y siempre que esta declaratoria se hiciese dentro del término de dos años. Naturalmente, como la abolición no se efectuó hasta 1854, el propósito de la Diputación barquisimetana quedó sin efecto.

(85) González Guinán: *op. cit.* Tomo V., p. 350.

(86) Gil Fortoul inserta el texto del Acuerdo de la Diputación caraqueña en su obra citada, Tomo III, p. 42. El mismo se reproduce en el vol. 12 de la Colecc. *Pens. Polít. Venez. del Sig. XIX,* p. 281.

quedasen sin un solo siervo. (Como si los más viejos fuesen los más menesterosos de aquel beneficio) (87).

Importantes sin duda eran los intereses que invocaba Acevedo, pero en contra había otros no menos considerables y decisivos: los de la política. Y en nombre de ésta hablaron entonces amigos de la confianza del presidente, principalmente su ministro de justicia, interior y relaciones exteriores, señor Simón Planas, y el influyente don Felipe Larrazábal, liberal prestigioso que desempeñaba interinamente la gobernación de Caracas.

La ley abolicionista dada por el Congreso ostenta la fecha del 24 de marzo de 1854 y en ella están traducidos los sentimientos humanitarios a la vez que prudentes de José Gregorio Monagas. Es — dice éste — "una ley justa, santa, digna de una política ilustrada, y consecuente con los principios liberales que nos han guiado hasta aquí". Su articulado determinaba la forma como debían indemnizarse los dueños de esclavos (a cuyo efecto se creaban varias contribuciones, circunstancia que le imprimía un carácter social, de colaboración colectiva, de la mayor trascendencia).

No se entendería el proceso de la historia venezolana sin el estudio de esta materia. Según Gil Fortoul, comprendiendo a los manumisos, la medida beneficiaba a 40.000 seres humanos que desde aquel día entraban en posesión de todos los derechos del ciudadano. Señala así mismo este historiador que la mayor parte de los esclavos residían en las provincias de Caracas y Carabobo y que su valor material se calculaba en unos tres millones de pesos. Pero los verdaderos efectos de la medida no se palparían inmediatamente pues para muchos de los redimidos, sobre todo para los viejos y desvalidos, la redención lejos de representar un provecho significaba un problema. En efecto, nacidos y criados al calor familiar de sus amos, muchos de ellos se sentían identificados con éstos y antes que la separación hubiesen preferido la muerte. En una hermosa crónica evocadora de aquel acontecimiento, Enrique Planchart refiere el caso de María del Rosario, vieja manumisa que vivía junto a su ama, tan vieja como ella, y a la que reprendía como a una hermana o como a una hija. Sentadas bajo el alero de la antigua casona, las dos se ponían a rememorar el pasado y regañaban a ratos saboreando juntas los mismos recuerdos.

Los verdaderos beneficiarios de la libertad y de la igualdad serían los jóvenes. Ya se les verá en la revolución federal emprender la marcha hacia más ambiciosos destinos.

(87) Comentando el proyecto abolicionista, en su edición del 22 de abril de 1854 el *Diario de Avisos* analizaba la situación con base en el censo de 1844 y se mostraba pesimista. "El porvenir que espera a los propietarios es funesto", decía. Y terminaba: "¡Dios salve a Venezuela¡". (Revista *Crónica de Caracas* Nº 17, p. 182).

VII

## LA REVOLUCION FEDERAL

### *La Anarquía*

INICIAMOS ahora una nueva etapa — la más importante después de la independencia — de la historia de Venezuela en sus proyecciones sociales. Conocidos los acontecimientos que conmovieron a Francia en la primera mitad del siglo XIX, y las repercusiones que aquellos sucesos pudieron tener en nuestro país en razón de las circunstancias que hemos señalado en páginas anteriores, se comprende mejor el curso de las agitaciones sociales de Venezuela hasta el momento crucial en que, con la caída de los Monagas, se inicia la *Revolución Federal.*

Consecuente con su criterio y su método histórico, Gil Fortoul fija en este momento el fin de la *Oligarquía liberal* a la cual seguirá un período de guerra aniquiladora y de desconcierto político que denomina de la *Anarquía,* y más tarde otro de reorganización autoritaria y despótica al que da el nombre de la *Autocracia.*

Lo que sigue al derrocamiento de los Monagas, en marzo de 1858, es un alucinante calidoscopio, un torbellino de luces y sombras en el que la anarquía y la demencia rigen los destinos de la nación. Al frente de ésta, rodeando a Castro (militar de oscuro pasado a quien el golpe de marzo ha hecho jefe del Estado), están los oligarcas conservadores, los personajes de mayor alcurnia social e intelectual — Fermín Toro, Pedro Gual, Manuel Felipe de Tovar — y en el fondo, coro apasionado y confuso pero hirviente de sentimientos igualitarios, la masa del pueblo pidiendo justicia. Obra de magos hubiese sido poner orden en aquel caos en medio del cual poquísimos eran los que tuviesen exacta noción de la gravedad de los hechos. Y la indecisión, la ignorancia y la torpeza confabuladas engendran las más absurdas contradicciones. Castro que en un principio proclamó el olvido de lo pasado se deja luego arrastrar por la insania y permite la persecución de Monagas — José Tadeo — hasta el punto de que las turbas lo arrebatan al asilo que le brindara el representante francés (88). Mientras tanto, enfermo de gra-

(88) ...Con lo que se desencadena un conflicto internacional que acarrea humillaciones a la república cuyos puertos son bloqueados por buques de guerra franceses e ingleses...

vedad, en Maracaibo moría el ex-presidente José Gregorio a quien la historia iba a consagrar como el libertador de los esclavos en Venezuela. Pero la locura no había terminado. Por el contrario iniciaba un nuevo crescendo. Perseguidos y maltratados con saña, los liberales organizaban su represalia designando al general Juan Crisóstomo Falcón jefe de su partido. A él se dirigirá secretamente Castro contando con atraerlo a su causa. Y es tal la demencia reinante, que en cierto momento las tropas de Caracas alzan y vitorean a los liberales para enseguida dar marcha atrás y continuar su persecución. En este momento, vuelto de su ostracismo y manejado por la desmedida ambición de Pedro José Rojas, el general Páez, viejo ya y fatigado, se convierte en un instrumento de intrigas para contribuir a hacer más turbulenta la situación.

Así, en medio de esta vesania, van a desarrollarse los cinco años siguientes. Desde diciembre de 1858, pergeñada de prisa por la *Convención Nacional* que se había instalado en Valencia el 5 de julio del mismo año, la república poseía una nueva Constitución en la que se había tratado de conciliar las encontradas ideas de federalistas y centralistas, pero desde agosto del año siguiente la política mostraba un semblante distinto a causa de la deposición del tortuoso Castro a quien se había elegido presidente de la república. Entra entonces a gobernar el país el culto señor Tovar y pasa a la vicepresidencia el anciano Gual, venerable reliquia de los días de la independencia. Pero ¿es que se ha ganado algo con estos cambios? ¿Se han apaciguado los odios? ¿Se ha clarificado la situación? Lejos de ello, se ha pasado a las vías de hecho y la sangre ha comenzado a verterse en las extensas llanuras y en otras regiones del vasto país.

### *Comienza la guerra larga*

SEGUN EL minucioso relato que hace de estos sucesos Lisandro Alvarado (89), los primeros movimientos armados se produjeron el mismo año del derrocamiento de los Monagas en los valles de Aragua, en la Sierra de Carabobo y en los llanos de Cojedes, Portuguesa, Barinas y Apure. Estos pronunciamientos que coincidían con la reunión de la Convención Nacional en Valencia, eran también confusos pues encabezados por caudillejos locales obedecían a una dinámica primitiva en la que se mezclaban el partidarismo político, el interés económico y los apetitos de expoliación y de lucro. No pocos de aquellos alzados — los de los llanos de Portuguesa — eran comerciantes fallidos a quienes perseguían los tribunales; otros formaban bandas feroces en medio de las cuales iba a destacarse la figura de un siniestro de-

(89) *Historia de la Revolución Federal,* O. C. Tomo V, págs. 88 y sig.

predador de nombre Martín Espinosa, jefe de una cohorte de foragidos a los que designaba con apodos de bestias salvajes: *Tigre, Perro, León,* etc. "Completamente analfabeto — escribe Alvarado — miraba como enemigo a quien supiese leer o de color blanco. Vestía a la llanera, y hacíase acompañar en lo ordinario de otro ignorante que le servía de agorero en cierto modo y que por esta razón llamaban el *Adivino,* cuyo papel era casi siempre designar las víctimas usando una cruz negra que al cuello guardaba. Con las prendas sádicas de un inquisidor, saciaba su venganza antes de la inmolación con el tormento y después con la expiación: ora clavaba en la pared un cuerpo ya eventrado, ora lo aspaba con estacas sobre el suelo, ora obligaba al hijo de la víctima, porque velase el cadáver, a bailar de contínuo en torno de éste; que no parecía sino que había oido leer el Infierno de Alighieri: Mujeres, viejos, niños emigraban como podían" (90).

Tales fueron las iniciales siluetas que cruzaron los horizontes de aquel cruento escenario y a las que poco después se unirían otras no menos extrañas, entre ellas las de dos aventureros franceses — Napoleón Avril y Enrique Morton de Keratry — en las que parecen tener origen algunas divisas que luego adoptaría la revolución: *Libertad, Igualdad* y *Fraternidad,* y *Federación o Muerte.* Se incorpora también en 1859, para convertirse en el conductor de los federales, el general Ezequiel Zamora.

Si Zamora no hubiese muerto un año apenas después de su intervención en la guerra, puede afirmarse que ésta no habría durado tanto como duró. Su formidable estrategia, su valor y su audacia habrían dado pronto cuenta del desorganizado y desmoralizado adversario, pero las proyecciones del triunfo no habrían sido las mismas. En efecto, nunca hubo dos hombres tan diferentes en condiciones morales e intelectuales y en constitución caracterológica como Zamora y Falcón. Elegido jefe de la *Revolución Federal* por un conjunto de circunstancias preferentemente morales, puede decirse que éste último aceptó su misión como un deber repugnante a su naturaleza sentimental. Basta leer las cartas que dirigía desde el exilio al general Carlos Castelli en los mismos momentos en que Zamora avanzaba como un meteoro fusilando enemigos e incendiando sabanas, para advertir el abismo que separaba al uno del otro. "En cuanto a mí — decía en una de aquellas cartas — Ud. sabe que nunca he sido rencoroso ni vengativo y como militar me he limitado al cumplimiento de mis deberes... Ud. más que nadie sabe la disposición en que estuve cuando fui a Caracas; lo distante que estaba de revoluciones y de revueltas". Y en otra, de 11 de marzo de 1859: "Yo no he ordenado la revolución de Coro, no la he aprobado siquiera, pero la disculpo porque bien se conoce que esa gente no nos dejaba otro camino que

(90) *Op. cit.* p. 93.

el de las armas... ¿No podría el Gobierno mandar a Coro un comisionado pacífico para arreglar ese asunto sin necesidad de sangre? Yo me comprometería a entenderme y creo que conseguiríamos más que cuantos ejércitos se manden allí. No quisiera que hubiesen revoluciones, no quisiera que nos matásemos más unos con otros, pero el Gobierno que ha causado estos males debe poner el remedio". Y otra aún, del 28 de junio del mismo año: "...he procurado cuanto he podido mantenerme indiferente a los asuntos de Venezuela... se asegura que el Gobierno ha tomado un nuevo camino nombrando un ministerio liberal, si esa línea de conducta fuese seguida por el Gobierno, no está muy distante de que en vez de hostilizarlo contribuyamos a pacificar el país" (91).

En esas cartas está retratado el hombre que gobernaría a Venezuela al triunfar la *Federación* y ellas explican por qué sus propios amigos y los guerrilleros diseminados en el país le miraron en cierto momento con desconfianza. Explican asímismo por qué a raíz de la misteriosa muerte de Zamora, el mismo ejército que obtuvo bajo su mando el decisivo triunfo de Santa Inés — la única verdadera batalla que se dio en toda la contienda — fue luego batido en Coplé y desintegrado como un terrón en el agua bajo la dirección de Falcón.

Con tales antecedentes se comprende mejor el futuro curso de aquellos sucesos. Desaparecido Zamora, el líder arrollador, el revolucionario encendido, el verdadero caudillo del pueblo en armas, la voluntad que condujo desde entonces la guerra fue la de Antonio Guzmán Blanco, un universitario formado para el derecho pero convertido por el hado de la nación en guerrero y caudillo político.

## *Los principios de la Revolución*

EL PROGRAMA con que se inició la revolución al desembarcar Zamora en las costas de Coro, (febrero de 1859) fue obra de los intelectuales que le acompañaban en aquella empresa (92). Es un programa de carácter preferentemente político y en él se enumeran junto con los principios fundamentales de la Federación, las reglas de la organización que ésta se daría. Aquellos se precisaban así: "Abolición de la pena de muerte; libertad de tránsito, de asociación, de representación y de industrias; prohibición perpetua de la esclavitud; inviolabilidad del domicilio, exceptuando los casos de delitos

(91) *Archivo del Mariscal Falcón,* Edic. Academia Nacional de la Historia, Tomo V págs. 352 y siguientes.

(92) Entre ellos Antonio Leocadio Guzmán.

comunes judicialmente comprobados; inviolabilidad de la correspondencia y de los escritos privados; libertad de cultos, conservando la soberana tuición que sea indispensable para garantir esa misma libertad; inmunidad de la discusión oral en toda especie; inviolabilidad de la propiedad; derecho de residencia a voluntad del ciudadano; independencia absoluta del poder electoral, que ni antes de su ejercicio ni durante su ejercicio, ni después de él, dependa de ninguno de los funcionarios de los demás ramos de la administración; elección universal, directa y secreta, de Presidente de la República, de Vicepresidente, de todos los legisladores, de todos los magistrados del orden político y civil y de todos los jueces; creación de la milicia nacional armada; administración de justicia gratuita, en lo secular; abolición de la prisión por deuda, como apremio; derechos de los venezolanos a la asistencia pública en los casos de invalidez o escasez general; libertad civil y política individual, consistente: 1º en la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley; y 2º en la facultad de hacer sin obstáculo, licencia ni venia, todo lo que la ley no haya expresamente calificado de falta o delito; seguridad individual; prohibición de arresto o prisión del hombre sino por causa criminal, precedida la evidencia de la comisión de un delito, y los indicios vehementes de la culpabilidad; la aplicación en fin a nuestra patria de todas las demás instituciones felizmente descubiertas por la humanidad, y que la infancia del estado social o la ignorancia de nuestros conductores o la depravación o el criminal abandono han hecho imposibles hasta ahora".

Si se exceptúan los enunciados referentes a la abolición de la pena de muerte, al derecho a la asistencia pública y ese último párrafo tan críptico y sibilino en el que se alude a "las demás instituciones felizmente descubiertas por la humanidad", la verdad es que en el programa de 1859 nada había que total o parcialmente no figurase ya en las diferentes constituciones que se había dado la república. Particularmente la que acababa de sancionarse por el partido que ocupaba el poder, coincidía con los principios de la revolución federal excepto en lo federal. Pero esta similitud no era más que teoría. La realidad estaba en los hombres y en sus ideas, y nada más antitético que aquellas dos enconadas facciones que se combatían en los campos de guerra, entre torrentes de sangre, gritos de odio y resplandores de incendio. Esta es la razón interna, la razón esencial de que diez años después Antonio Leocadio Guzmán pudiese decir en la cámara del senado: "No se de dónde han sacado que el pueblo de Venezuela le tenga amor a la federación, cuando no sabe ni lo que esta palabra significa. Esa idea salió de mí y de otros que nos dijimos: supuesto que toda revolución necesita bandera, ya que la Convención de Valencia no quiso bautizar la Constitución con el nombre de federal, invoquemos nosotros esa idea; ¡porque si los contrarios,

señores, hubieran dicho Federación, nosotros hubiéramos dicho Centralismo!" (93).

Vistos de este modo los hechos y conocido el proceso que siguió después la revolución, de aquel liberal programa en el que se reconocían expresamente el derecho de propiedad y otros derechos ya consagrados por la Venezuela republicana, solo hubiese quedado un enigmático interrogante si el igualitarismo del pueblo no le hubiese puesto su sello definitivo consagrándolo como un movimiento de irrevocable contenido social.

### *El triunfo federal*

MIENTRAS TANTO en el plano superior del gobierno se desarrollaba otra lucha: le de Páez, impulsado por Pedro José Rojas, contra sus antiguos compañeros de oligarquía. En tanto que en el Congreso los debates se hacían cada día más tempestuosos, a medida que las noticias de los campos de guerra eran más desalentadoras, la demencia se tornaba más contagiosa, al extremo de que Sabás Páez, hijo del general, se permitía gritar con entonación demagógica: "¡Prefiero el puñal de la anarquía al mando de los mantuanos.! ¡Los mantuanos no tienen derecho a mandar!" ¿A cuáles mantuanos se refería? A los tradicionales amigos de su padre: a Tovar, presidente de la república, a Fermín Toro, a Gual, a Angel Quintero. Temeroso y entristecido, convencido de su incapacidad para hacer frente a tanta demencia, el primero de ellos renunciaba poco después a su cargo y se iba del país dejando a Gual en su puesto. Pero Páez, colocado ya en la pendiente, no iba a detenerse por ello. Igual que en 1826 le apoyaban los militares y sus viejos amigos de Valencia lo impulsaban a una segunda *Cosiata*. Esto ocurría en septiembre de 1861. La noche del sábado 7, con un ramo de flores en la diestra y sentado en un carro triunfal del que cien conspiradores tiraban, el *Centauro* hizo su entrada en Caracas. Tres días después asumía la dictadura.

Al obrar así seguramente confiaba el anciano caudillo en que su prestigio y autoridad obrarían nuevamente el milagro de hipnotizar a los pueblos, pero no tardaría en salir de su error. Las circunstancias habían cambiado y su nombre no era ya un talismán de seguridad sino un sinónimo de traición y de retroceso. Su dictadura — en realidad la dictadura de Rojas — no era sino un lento y bochornoso naufragio en el que se iba a hundir, con su gloria militar, su prestigio de hombre de Estado. La guerra se hizo entonces más bárbara, la miseria más densa. Rotos los frenos morales y relajada la disciplina castrense, las hordas se apoderaban de las fincas rurales y sacrificaban

(93) Alvarado, *op. cit.* p. 598.

rebaños enteros o los vendían a vil precio a los especuladores de siempre; los viajeros eran asaltados en los caminos, robados y muertos; las tropas realengas imponían peaje a los ganaderos y los desposeían de cuanto llevaban. Los federales sólo se distinguían de sus adversarios en que lucían por divisa una cinta amarilla y una flor de cañafístola en el sombrero. En realidad había dos gobiernos, el que los federales ejercían en los campos y el que los dictatoriales mantenían en las ciudades. Extraño estado de hecho, anómala situación de dos fuerzas beligerantes posesionadas de un miserable país moribundo. Y llega un momento en que la desesperación y la angustia se hacen tan asfixiantes que un grupo de hacendados de Aragua se dirige en un largo escrito a la Reina Victoria proponiéndole intervenir y ofreciéndole en pago de las deudas pendientes con Inglaterra el territorio de la Guayana venezolana (94).

Este es el momento en que Juan Vicente González, quien desde 1859 editaba "El Heraldo", pronuncia esta frase terrible refiriéndose a Páez: "¡Miserable! ¡Has destruído la fábula que te inventó mi cariño!". La hora en que rotos los diques de la pasión, el frenético periodista se lanza a la calle gritando: "Se metió el rayo de la guerra en el c... y lo tapó con la oliva". Se dice que Rojas al oírlo exclamó: "Mírenlo: parece epiléptico". Y desde entonces hubo en Caracas un nuevo partido: el de los epilépticos. En aquellos momentos Juan Vicente González encarnaba el fatum de la república.

Quizá Páez por sí solo hubiese abandonado aquella partida ahorrando de este modo al país dos años de estéril carnicería, pero ya entonces el antiguo león de los llanos no era más que una ruina, un juguete en las manos ávidas y tenaces de Pedro José Rojas. Aun tenía que pasar por nuevas humillaciones y asimilar enseñanzas que ya no le servirían para nada. El 24 de abril de 1863, en la hacienda *Coche* cercana a Caracas, se celebra un tratado de paz que firman Antonio Guzmán Blanco por la triunfante revolución federal, y Rojas por la dictadura vencida. El 15 de julio el general Páez se retira del mando y el 24 del mismo mes entra Falcón en Caracas para iniciar una nueva etapa en el convulsivo proceso de la integración nacional.

### *Apreciaciones*

CABRIA preguntar aquí si la que triunfaba en 1863 era la misma revolución que inició Zamora cuatro años antes con su *Manifiesto* de Coro. La respuesta solo puede surgir de un maduro examen de los factores y circunstancias que determinaron el hecho y como producto final de un balance en el que queden

(94) V. José Santiago Rodríguez, *op. cit.* Tomo II, p. 324.

justamente contrapesadas en sus proyecciones sociales, las reformas de índole progresista o renovadora y aquéllas que pudieran calificarse de regresivas.

Según la ya conocida definición de José Gil Fortoul, todo este período de la historia venezolana, hasta el advenimiento de la autocracia de Guzmán Blanco, queda englobado dentro de su concepto de la anarquía; y ello es así en cuanto a la apreciación de la política en general. Mas como movimiento social, como expresión del carácter del pueblo (cuyas tendencias igualitarias se hacen notorias desde el período colonial) la eficacia renovadora del acontecimiento no puede ponerse en duda. Con él se completa el proceso de caracterización democrática iniciado en la independencia.

En cuanto a su estructura legal, la Federación se caracteriza en los hechos siguientes: en el *Decreto de Garantías* dictado inmediatamente después del triunfo por el jefe victorioso general Juan Crisóstomo Falcón (decreto que reproduce en substancia los principios formulados por Ezequiel Zamora en 1859); en la *Constitución Federal,* sancionada por la *Asamblea Nacional Constituyente* el 28 de marzo de 1864 y promulgada en Santa Ana de Coro por el propio Falcón el 13 de abril de aquel mismo año; y en un conjunto de leyes y decretos ejecutivos referentes a la organización del orden político y judicial (95). Pero también sirven para caracterizar al régimen federal en éste que podríamos llamar período falconiano, otros hechos que por su sentido contradictorio tienen un importante significado. Uno de estos hechos es el rechazo del proyecto de *Concordato* que se venía negociando desde dos años antes y que Lisandro Alvarado califica de "lúgubre *in pace* en que la Dictadura imaginó sepultar las conciencias" (96); el otro es la resistencia del general Falcón a la institución del matrimonio civil del cual fueron siempre partidarios los dos Guzmanes, pues lejos de desear la alteración del sagrado vínculo aquel jefe quería mantenerlo en su prístina condición de sacramento, tal como lo conservaba la Iglesia católica (97).

Si el proyecto de Concordato de la dictadura de Páez no hubiese sido negado por el Congreso de la Federación, Venezuela habría retrocedido, en lo que atañe a la Iglesia, a la época colonial. Por él se erigía nuevamente una religión del Estado, se ponía en manos del clero la dirección y vigilancia de la educación nacional, se restablecían los conventos de religiosos que habían sido extinguidos por ley de 1837, se establecía la censura de "libros y escritos de cualquier género relativos a los dogmas de la fe, disciplina eclesiástica y moral pública"; se conservaban las propiedades de la Iglesia y, en fin — son palabras textuales de la comisión legislativa que estudió el

(95) V. Lisandro Alvarado, *Ob. cit.* vol. V, págs. 580 y sgts.

(96) *Ibid.* 586.

(97) Ramón Díaz Sánchez: *Guzmán, elipse de una ambición de poder,* 3ra. adic., p. 644.

proyecto — "se derogaban por él todas las leyes, ordananzas y decretos que fueran contrarios a esa convención, estableciendo así un poder superior a la soberanía del país" (98).

La segunda etapa de la revolución federal — la que llamaríamos guzmaniana — irá en ciertos aspectos mucho más lejos de lo que pudieron imaginar Falcón y los más entusiastas reformadores (por ejemplo, en la educación, en la libertad filosófica y sobre todo en lo religioso) y en esto será revolucionaria, pero en otros se mostrará igualmente contradictoria, razón por la cual podrá escribir Gil Fortoul: "De aquí que los evangelistas del régimen federativo, tan convencidos como sus adversarios de la necesidad o conveniencia o ventaja — para ellos — de una oligarquía territorial o militar o intelectual, hiciesen después en el Gobierno cuanto les fue posible por retrotraer la Federación a su esencia de teoría política, bautizando con ella la Constitución para no contradecir el programa de su partido, pero despojándola del concepto de igualación de clases que durante los años de lucha armada predominó en el pueblo" (99).

Pero sean cuales fuesen las contradicciones o las tendencias deformadoras que se trate de poner en práctica para desviar la revolución, lo sustantivo de ésta quedará en pie. Es tan radical y de proyecciones tan singulares el cambio, que todo el esquema social queda modificado. Ya no habrà más castas en Venezuela. Subsistirán, ciertamente, las clases, pero definidas no conforme al patrón estamental de otros tiempos sino por la posición económica. Y la posición económica no va a ser ahora determinada por el mismo proceso antiguo de las herencias y demás prerrogativas de las familias privilegiadas sino por medios más expeditos, más dependientes del individuo sea cual fuere el linaje de éste o la color de su piel. La política, con su inevitable cortejo guerrero, va a convertirse en el camino más corto para escalar a los altos rangos de la fortuna y de la estimativa social, y si esto, como es explicable, aparejará el relajamiento de los frenos morales, al mismo tiempo creará un instintivo impulso de emulación o de selección cultural cuyos resultados van a palparse en las subsiguientes generaciones. Así ocurrirá — para solo citar algunos casos cimeros — con los caudillos incultos (un Joaquín Crespo, un Juan Antonio Sotillo) cuyos hijos ostentarán títulos universitarios y aun se distinguirán en determinadas ciencias y artes. El del general José Félix Mora, que no es caso único en la vorágine transformadora de la revolución federal, puede servir de ejemplo para esta tesis. Mora, negro genuino de quien se dice que fue esclavo en su juventud, se hizo sol-

(98) Alvarado, *ob. cit.* 587.

(99) Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela,* Tomo III, p. 129.

dado e igual que Crespo avanzó en su carrera hasta alcanzar los grados más altos de la milicia. Bajo el gobierno de Crespo, precisamente, fue presidente de Carabobo y si es verdad que el mantuanismo carabobeño le hizo *blanco* de sus sarcasmos, también lo es que no tuvo más remedio que acatarlo y rendirle honores. Si la descendencia de muchos de estos hombres retrograda de nuevo en la escala social, la causa habrá que buscarla no en la igualación de las clases sino en una moral especulativa y parasitaria, sin dinamismo creador y sin relaciones con la economía productiva; una moral que solo abre a los hombres un horizonte: el de la política, y una única fuente de bienestar: la de las rentas de la nación.

La anarquía que siguió al implantamiento del régimen federal tiene su explicación en esta moral heredada del español y en otros factores de paralelo valor sociológico en la incultura, en la pobreza en que había quedado el país, en los apetitos sin freno de los caciques regionales y en las demás circunstancias de ambiente y época que ya había palpado Bolívar cuando con tanto énfasis rechazó la federación y propugnó el fortalecimiento del gobierno central. A esos mismos factores aludía Fermín Toro en la Convención de 1858 al combatir la tendencia federalista. Pero Falcón que era hombre ingenuo y romántico, creyó en la posibilidad de aplicar ese régimen en toda su plenitud y hubo de pasarse los cinco años de su gobierno tratando en vano de apaciguar a los toscos barones feudales que de cada estado quisieron hacer una república autónoma a la medida de sus intereses y de su barbarie. Casi todos los historiadores coinciden en esto. Alvarado escribe al respecto: "La lucha fue en realidad por la democracia, y la federación asunto de forma; a lo que contribuyó sin duda la confusión por largo tiempo mantenida, de considerar la federación como atributo del movimiento liberal, y el centralismo como igual cosa del conservador; pero muy desde el principio chocó a los espíritus conservadores lo utópico del pensamiento que a costa de tanta sangre fue por ellos defendido".

De que no fue Falcón el hombre capaz de poner orden en aquel caos, dio pruebas en 1868 el turbión que lo derribó de la presidencia y que trajo de nuevo al poder a José Tadeo Monagas y a toda su parentela, dando lugar con ello a ese corto y desastroso paréntesis que se denominó gobierno de los Azules (1868-1870) (100). Para esta época, víctima de los intrigantes que rodearon al jefe coriano y a los que éste dio oídas, Guzmán Blanco había abandonado el país igual que su padre. Volvería bajo los *azules* pero no

(100) Los partidos se distinguían por los colores de sus divisas: los conservadores usaban el rojo y los liberales el amarillo. La fusión que se formó de los dos para derribar a Falcón, adoptó el color azul que era el que aún permanecía virgen en la bandera venezolana.

a colaborar con éstos sino a formar su propio partido. Un ataque alevoso, organizado con elementos maleantes a los que se conocía por los *Lincheros,* y con la inconsciente complicidad de la plebe, le obligó a marcharse de nuevo después de haber visto apedrear su casa en la oportunidad en que celebraba un suntuoso sarao, pero no tardaría en volver encabezando una imponente invasión armada. Desde este momento (abril de 1870) será el hegemón, el novedoso y revolucionario caudillo a quien unos califican de *Autócrata* (Gil Fortoul) y otros de déspota culto a la manera de Luis XIV.

VIII

# LA AUTOCRACIA ILUSTRADA

## *La personalidad del nuevo caudillo*

COMO REPRESENTATIVO de su clase social, Antonio Guzmán Blanco es antípoda de los hombres que hicieron la revolución federal y consiguientemente de los intereses elementales de ésta. Su talento, su elasticidad y su astucia le harán, sin embargo, adaptarse a esos intereses para utilizarlos mediante una hábil ficción que si por un lado los desfigura, por otro, en cierto modo, los perfecciona. Evidentemente el caso es complejo y proyecta una luz singular en el proceso de la historia venezolana.

Por su origen social, por su formación cultural y por su específica vocación personal a Guzmán Blanco hay que clasificarlo como un burgués liberal, de mentalidad capitalista y de tendencias aristocráticas (101). Si las vicisitudes políticas de su padre gravitaron en él colocándolo en la línea de la revolución igualitarista, esos antecedentes no tuvieron empero bastante fuerza para desarraigar de su espíritu ciertas preocupaciones clasistas que habían de abultarse aun, a juzgar por las indagaciones que le vemos hacer en cierto momento sobre el origen del apellido paterno. Así se explica la flagrante duplicidad de su vida social y política. En este último aspecto su concepción sociológica no tendrá como límites filosóficos los del esquema bolivariano — *democracia-aristocracia* — sino que desbordando la esfera del estadista le inducirá a asumir una posición aristocratizante y a casar a sus hijas con aristócratas. Producto mental de la revolución francesa, este burgués progresista que defiende la propiedad y propugna el liberalismo, cree al mismo tiempo en el comercio y la industria como factores fundamentales de la riqueza y en la ciencia experimental como sustentación del racionalismo.

Conocida la psicología de Falcón y conocidas las cualidades de Guzmán Blanco nada tiene de extraño que éste se convirtiese en el nervio de la empresa federalista. Lo que resulta dudoso es que hubiera llegado a alcanzar igual importancia si Zamora no hubiese muerto. Convertido a su vez

(101) El general Juan Antonio Sotillo, liberalote tosco de Oriente, calificaba a Guzmán Blanco de *godo*. A los oligarcas conservadores los llamaba los *Casacúos de Mercaderes*.



RÍO DE VENEZUELA
*(Foto cortesía de Alfredo Boulton)*

en árbitro de la república, la volubilidad y la heterogeneidad del carácter venezolano harán lo demás. Y así, durante diez y ocho años, la de Guzmán será la problemática del país.

* * *

Para conocer el carácter de un pueblo no basta estudiar sus constantes sino también sus contradicciones. Algo de esto hemos visto ya con respecto al venezolano en el acre retrato escrito por don Pedro Núñez de Cáceres. Sin la cruda sinceridad y sin la minuciosidad sistemática que éste comunicó a su famosa *Memoria*, iguales rasgos se pueden hallar en otros relatos escritos por otros observadores, entre éstos el Consejero brasileño Lisboa, la francesa Jenny de Tallenay y el agente británico Eastwick quienes nos pintan un pueblo superficial e inconstante, generoso y mezquino a un tiempo, rencoroso y olvidadizo, aficionado al alcohol, a los juegos de azar y a las riñas; embustero, supersticioso, improvisador e imprevisivo (102). Dentro de semejante tapiz caracterológico, es explicable que el pueblo venezolano, fundamentalmente igualitario y rebelde, sea al mismo tiempo fácil de deslumbrar por ciertos gestos susceptibles de confundirse con la grandeza. Un hecho hay que se destaca en este conjunto de cualidades contradictorias: el venezolano admira y respeta la fuerza física; por esto se rinde a ella y por esto mismo reacciona violentamente cuando descubre que aquellos que la tuvieron han dejado de poseerla.

El secreto del predominio de Guzmán Blanco reside, pues, en la perspicacia con que interpreta esta complicada psicología y en la elasticidad con que se adapta a ella para dominarla. Cuando invade el país en 1870, tres cualidades igualmente seductoras aureolean su figura: en él se resumen el vengador de un ultraje público hecho a su persona (elemento romántico), el conquistador valeroso y audaz del poder (elemento heroico) y el profeta de una nueva era (elemento mágico). Si en todo caudillo venezolano hay algo de brujo, en Guzmán Blanco la magia personal se enriquece con los recursos de la cultura. Dentro de esta órbita subjetiva cabe la explicación de ciertos hechos excepcionales que demuestran el ascendente que llegó a adquirir aquel hombre sobre los toscos guerreros que formaron su hueste y a los cuales manejó como títeres, *verbigratia:* la sugestión que en 1870 ejerció sobre Venancio Pulgar para inducirlo a asaltar el castillo de Puerto Cabello donde el caudillo zuliano se hallaba prisionero y con grillos; la estrategia

(102) El carácter nacional — escribió Luis López Méndez, uno de los positivistas más penetrantes — parece huir de todo esfuerzo continuado y de toda obra lenta, por más que ella brinde espléndidos resultados en el porvenir, y queremos realizar las más difíciles conquistas de un solo golpe y como por asalto".

personalísima y ostensiblemente contraria a la de sus oficiales más veteranos con la que triunfó en la campaña de Apure; el giro que dio al fusilamiento de Matías Salazar para presentarlo como un clamor de sus generales y coroneles avergonzados por la traición de aquel jefe, y el rigor ejemplar con que limitó los gastos de guerra en las campañas de 1870 a 1872 fundamentales para su largo predominio político. A partir de aquellos primeros hechos, definitivamente afianzado en su poderío, ya no habría fuerza que resistiera a la suya y podría dedicarse autocráticamente a su extraordinaria gestión política.

*La obra revolucionaria del Autócrata*

EN TRES ETAPAS se divide el gobierno directo de Guzmán Blanco:

1ª la del *Septenio* que abarca de 1870 a 1877. Este año deja la presidencia en manos de uno de sus tenientes de más confianza, el Gral. Francisco Linares Alcántara, pero el teniente reacciona contra él y le obliga a abandonar el país.

2ª la del *Quinquenio* (1879 a 1884). Muerto misteriosamente Linares Alcántara en 1879, y sustituído en la presidencia por su hermano ilegítimo el Gral. José Gregorio Valera, un movimiento armado a cuya cabeza aparecen los generales Gregorio Cedeño y Joaquín Crespo, trae de nuevo a Guzmán quien ejerce el poder hasta 1884.

3ª la de la *Aclamación* (1886 a 1887). En 1884 hizo elegir presidente al general Crespo y volvió a marcharse a Europa en donde permaneció hasta el final del período de aquél, en 1886. Retorna entonces a Venezuela entre los vítores de una *Aclamación* preparada por Crespo y reasume el gobierno hasta 1887, año en que ya fatigado decide abandonar el país para siempre, aunque dejando las cosas organizadas para seguir influyendo desde París. Pero aquí termina definitivamente su hegemonía a consecuencia de una reacción popular consentida si no propiciada por el teniente de turno, el doctor Juan Pablo Rojas Paúl.

Evidentemente, después de Bolívar, Guzmán Blanco es el gobernante que deja una huella más definida y de verdadero contenido revolucionario, pero es en la primera de sus etapas en la que queda grabada esa huella. Los dos períodos siguientes serán solo de afirmación y disfrute de su poder. Veamos: "Tras su memorable decreto sobre *Instrucción pública, gratuita y obligatoria* (27 de junio de 1870), instituye el ramo de la estadística desconocido en el país hasta entonces. Suprime los seculares peajes. Crea una Junta de crédito público para movilizar capitales con la amortización de la Deuda Pública. Funda una Compañía de Crédito con los acreedores del gobierno y autoriza

la emisión de billetes garantizados por sus acreencias. Fomenta el cultivo del trigo mediante el sistema de primas a los cultivadores y otras providencias similares. Ordena la formación del Censo nacional y la unificación monetaria para acabar con la anarquía circulatoria. Construye caminos y ferrocarriles (103). Legisla en materia civil, penal, mercantil y militar, como Bolívar y Bonaparte. Organiza la Hacienda mediante la centralización de las cuentas y la separación de los fondos en cuanto a su recepción e inversión. Crea una *Junta de Agricultura.* Todo lo que realiza en los primeros dos años de su Dictadura sale de los derechos de importación y de salinas, únicas fuentes de riqueza de que dispone entonces la república. ¿Qué ha hecho para lograr que éstas produzcan? Imponer el orden, acabar con el desbarajuste" (104).

La prolongada y ruidosa pugna con la Iglesia y la no menos enérgica que tuvo que sostener con los representantes de las grandes potencias habituados a desdeñar y aún a humillar al país, son los otros dos substanciales aspectos de la política guzmanista. De ambos he hecho ceñidos resúmenes en mi libro "Guzmán, elipse de una ambición de poder" y a ellos voy a acudir para esta reseña. Rotas, como allí queda explicado, las relaciones entre el Estado y la Iglesia y expulsado el arzobispo Guevara y Lira, hay un momento en el que Guzmán suspende esta dura medida pero el pastor, aconsejado por el arcediano Antonio José de Sucre, no halla a su gusto el decreto y se niega a acatarlo. Sin embargo, a fines de agosto (1870), libre por un momento de la influencia del arcediano, Monseñor Guevara decide volver a su sede pero es entonces el dictador quien se muestra recalcitrante e impone condiciones más duras: que explique el prelado públicamente "cuales son sus propósitos para con la causa liberal ya triunfante y el Gobierno Nacional que ella ha constituído". "Para el expulsado esta declaración resultaba difícil en momentos en que el Papa Pío IX se pronunciaba contra el liberalismo en la *Cartilla del Silabus.* Pidió tiempo para meditar su contestación pero el dictador se lo negó y así tuvo que volver al destierro sin haber pisado el suelo de su país. Es más: fue incomunicado a bordo del buque en que se hallaba..." "Este duelo entre la Iglesia y el Estado tiene en la Venezuela del siglo XIX un extraordinario interés porque demuestra la evolución social operada en la república. A continuación, movido por una especie de frenesí, Guzmán Blanco llega hasta pensar en una Iglesia Venezolana emancipada

(103) Bajo su gobierno en 1883, con ocasión del Centenario del nacimiento de Bolívar, se conoce el alumbrado eléctrico en Caracas. Una pequeña planta dio luz al Teatro *Guzmán Blanco* (hoy *Teatro Municipal)* y a la *Plaza Bolívar.* Se introdujo también la máquina de vapor aplicada a la imprenta.

(104) *Guzmán, elipse de una ambición de poder.* Ramón Díaz Sánchez, 3ª ed., pág. 553.

de Roma (105). Encarcela y expulsa eclesiásticos, reincorpora a la Universidad los cursos de Ciencias Eclesiásticas que seguían funcionando en el Seminario Diocesano a pesar de haber sido separada aquella de éste en 1856, e inicia el despojo de los conventos (11 de septiembre de 1872) los que serían violentamente disueltos más tarde (2 de mayo de 1874). Exclaustra a las monjas. Decreta la extinción de los Seminarios (21 de septiembre de 1872). Estatuye el matrimonio civil (1º de enero de 1873) e inicia él mismo la práctica de esta reforma casándose ante las autoridades civiles. Declara (1874) que las autoridades no pueden poner objeciones al matrimonio civil ni aun cuando el contrayente fuese sacerdote "por ser éste un punto de pura conciencia del interesado, con la cual nada tiene que hacer la ley de la materia". Crea el Registro Civil que priva de validez al Parroquial. Restringe el derecho de las Iglesias y del Clero para adquirir y poseer bienes raíces. Suprime (6 de febrero de 1873) las primicias que los fieles daban a la Iglesia. Envía al destierro al Obispo de Mérida, Monseñor Hilario Bosset, por haber enviado éste una Pastoral a sus curas imponiéndoles que perfeccionaran al matrimonio civil con el eclesiástico. (El Obispo se hallaba enfermo y murió en su silla de manos cuando lo conducían de Bailadores a La Grita). Bajo esta psicósis el autócrata llegará a los mayores extremos. Hará demoler el templo de San Pablo para construir en su lugar un teatro que lleve su nombre. Terminará la fábrica de una iglesia de arquitectura "sui géneris", con doble acceso, y bautizará cada uno de estos accesos con los nombres de su mujer: *Santa Ana* y *Santa Teresa.* La cabeza de San Pablo que hace pintar allí reproduce sus propias facciones. Cuando, deseoso de poner fin al conflicto, el Papa designa un Delegado apostólico (residente en Santo Domingo) con facultad para levantar las suspensiones y entredichos impuestos por Monseñor Guevara, Guzmán Blanco le niega la entrada al país y declara que ha llegado el momento de garantizar los derechos de la

(105) En mensaje dirigido a los senadores y diputados el 9 de mayo de 1876, les excita a dar aquel paso trascendental: "Como representante hoy de esa causa, por el voto reiterado de la nación, como el primer responsable ante la historia de la consolidación de la obra de abril, de que los pueblos me hicieron conductor, y con la plena convicción de que nuestros enemigos disfrazados con la religión de Cristo, cambiarían el espléndido porvenir que estamos labrando a la patria, por el obscuro pasado que el fanatismo haría pavoroso, os pido con plena convicción y asumiendo la más grata responsabilidad de cuantas por llenar mi misión, he echado sobre mi nombre, la ley que independice la Iglesia venezolana del Obispado romano, y preceptúe que los párrocos sean elegidos por los fieles, los obispos por los párrocos, y por el Congreso, el Arzobispo, volviendo así a la Iglesia primitiva, fundada por Jesús y sus apóstoles.

"Esa ley no solamente resolverá nuestra cuestión clerical, sino que será, además, un grande ejemplo para el cristianismo de la América republicana, entorpecida en su marcha de libertad, orden y progreso por el elemento, siempre retrógrado, de la Curia romana, y el mundo civilizado la verá como la notación más característica de la regeneración de Venezuela".

Acogida con maquinal adhesión por los congresistas, esta iniciativa quedó empero sin efecto por el giro que luego tomaron los acontecimientos. (Colec. *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX,* vol. 12, pág. 295).

Iglesia venezolana, como acababa de hacerlo Suiza..." He aquí algunos de los conceptos que se vieron impresos entonces en los documentos presidenciales: "En nombre del catolicismo fue que se fundó en Venezuela la criminal institución de la esclavitud, y es insalvable el abismo que por esto separa al pueblo venezolano de los especuladores que visten el traje de religión para mejor servir de instrumentos a las retrógradas ideas y a las absurdas pretensiones de Roma". En suma, el dictador se sentía inspirado por el espíritu de Lutero y, apoyándose en la *Masonería,* daba sus órdenes al Congreso que le obedecía sin chistar. La solución del impasse la trajo al fin Monseñor Roque Cocchia, Nuncio de Su Santidad, quien después de algunas peripecias logró entenderse con Guzmán Blanco. Renunció Monseñor Guevara al arzobispado y fue sustituído por Monseñor Ponte (1876)".

### *Guzmán Blanco y la Educación Popular*

CON UNA CLARA noción de los problemas sociales de Venezuela, Guzmán Blanco abordó las soluciones que consideró adecuadas a cada uno de ellos demostrando su sentido del método y su decisión de colocar esas soluciones en un plano de inmediata realización práctica. Es lo que hace con su famoso decreto del 27 de junio de 1870 por el cual se establece la *Instrucción Pública, Gratuita y Obligatoria* y cuya aparición dos meses apenas después de haber tomado el poder como *General en Jefe del Ejército Constitucional de la Federación,* puede considerarse como el acto inaugural de sus subsiguientes ejecutorias renovadoras.

En estricta verdad no fue él quien primero imprimió a la educación de las masas venezolanas ese sentido social y dinámico que las vinculaba a la acción del Estado. Ese sentido había aparecido ya, en los postreros años de la Colonia, en espíritu tan agudo como el de don Simón Rodríguez. Luego, a partir de 1810, en todos los avatares de la república los espíritus más alertas mostrarían la misma tendencia, la que lamentablemente no podría cristalizar en medidas concretas a causa de las incesantes vicisitudes que arruinaron la economía del país y desarticularon la actividad administrativa. Después del fallido esfuerzo que hiciera el Libertador cuando trajo a Lancaster con el propósito de que canalizase la educación conforme a sus métodos, seguranmente la gestión más consciente y más amplia en sus proyecciones sociales es la del Dr. Vargas quien a raíz de su lamentable experiencia en la presidencia de la república, vuelto a la del Senado y convertido en *Director General de Instrucción Pública* (1838) hace un dramático análisis del estado de decadencia del ramo a su cargo y propugna la difusión de la escuela primaria, la educación de la mujer, del artesano y del campesino y el establecimiento de escuelas en los cuarteles. Basado en estos antecedentes

podrá más tarde decir *Luis Ruiz* que la gloria que se atribuía a Guzmán Blanco correspondía en realidad a la Oligarquía conservadora. Mas la verdad es que si tales antecedentes han de tomarse en cuenta, es sólo como alusiones o como esbozos más o menos cristalizados de un anhelo constante que toca al autócrata caraqueño llevar a una orgánica realidad.

La base de donde arranca el decreto del 27 de junio de 1870 está contenida en la Constitución federal de 1864 y ocupa el número 12 en el capítulo de las *Garantías,* a saber: "La Libertad de la enseñanza que será protegida en su extensión. El Poder público queda obligado a establecer gratuitamente la educación primaria y de artes y oficios".

Obrando como lo hacía, a nombre de la Federación (la que se presentaba armada y reivindicada por él para un nuevo florecimiento), no es extraño que Guzmán Blanco se considerase obligado a llevar a la realidad aquel postulado que bien pudo ser incluído en la Carta de 1864 por iniciativa suya precisamente. En las *consideraciones* de su decreto de 1870 esa referencia ocupa el numeral 4º, correspondiendo los tres anteriores a los siguientes conceptos: "1º Que todos los asociados tienen derecho a participar de los trascendentales beneficios de la instrucción. 2º Que ella es necesaria en las Repúblicas para asegurar el ejercicio de los derechos y el cumplimiento de los deberes del ciudadano, y 3º Que la instrucción primaria debe ser universal en atención a que es la base de todo conocimiento ulterior y de toda perfección moral". Como se ve, la notable medida estaba enmarcada por una justa y amplísima concepción filosófica que era la que iba a comunicarle su exacto valor social y a convertirla, históricamente, en base de la futura estructura de la educación primaria venezolana. Y si es cierto que la eficacia inmediata de este decreto se limitó a los primeros años (ya que las circunstancias políticas y la inercia del medio la hicieron languidecer en los siguientes), también lo es que su virtualidad quedó inalterable y plena de savia para el futuro.

En un documentado estudio que bajo el título de *La Educación en Venezuela en 1870* ha publicado la señora Angelina Lemmo (106) se examinan las circunstancias que rodearon el decreto de Guzmán Blanco y se aportan otros datos interesantes sobre iniciativas surgidas en las provincias de Venezuela, desde los días de la independencia, en relación con la educación popular, y entre las cuales son de notar las que tuvieron su aparición en Guayana (1861 a 1865) por su relación con los artesanos y por sus proyecciones bien definidas sobre la economía de la región. Estas iniciativas ofrecen tal interés que nos sugieren ciertas reflexiones de índole general acerca de nuestra educación popular. Andando el tiempo, conforme la expe-

(106) Instituto de Antropología e Historia. Facultad de Humanidades y Educación. Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1961.

riencia vaya haciendo más ostensible la necesidad de orientar la educación en un sentido más cónsono con la realidad económica del país, se crearán ramas de enseñanzas especializadas, escuelas de artes y oficios e institutos de agricultura y de otras técnicas aplicadas, pero en general la primaria seguirá girando en una órbita teórica en la que quizá deba buscarse el origen de los vicios de formación que hacen del estudiante venezolano un ideólogo precoz y desorientado sin vinculaciones profundas con el medio en que vive.

### *La cultura superior bajo Guzmán Blanco*

PERO NO FUE sólo en la educación popular en la que se marcó la huella renovadora de Guzmán Blanco. Quizá donde resulta más evidente el complejo de su carácter es en su conducta ante las corrientes de la cultura universitaria que en su tiempo tuvieron repercusiones trascendentales en la vida social. Hay unas frases de Gil Fortoul que nos dan una idea objetiva del tema que nos ocupa... "Durante la Autocracia — expone este autor en un trabajo sobre "Literatura Venezolana" — no existía la libertad de escribir sobre problemas de filosofía, de religión ni de historia, y ello no porque el gobierno la suprimiese sistemáticamente (Guzmán Blanco no tenía preocupaciones dogmáticas fuera de la política), sino porque los escritores más conocidos eran en su mayoría católicos fervorosos y porque el medio social era hostil a toda propaganda revolucionaria, lo mismo en filosofía que en la literatura".

Conocido el designio de Guzmán Blanco de aparecer como un revolucionario en ideas, la actitud que mantuvo frente a la Iglesia había de corresponder, necesariamente, a la que mantendría ante las teorías filosóficas y ante las doctrinas científicas que habían invadido la Universidad de Caracas. Ya se verá más tarde a don Julio Calcaño, engolado pontífice de la literatura tradicional, enrostrar al prusiano Ernst la protección que el autócrata le había brindado y ganarse con ello una ruidosa paliza por parte de la juventud revolucionaria a la que Ernst había iniciado en el positivismo. El propio Guzmán se tenía por un positivista protector de las ciencias y de las letras. Fue el fundador de la *Academia Venezolana de la Lengua, Correspondiente de la Española* y presidió su inauguración en 1883, como su primer director, con un extenso discurso ásperamente criticado por sus adversarios políticos.

* * *

La llegada de Adolfo Ernst a Caracas se remonta a 1861 pero por obvias razones su actividad sustancialmente renovadora no podrá tomar vuelo hasta que desaparezca la dictadura de Páez. A partir de este momento (1863) se desencadena en el plano de la cultura científica una revolución paralela

a la que la doctrina federalista propugnaba en el campo de la política. El proceso que sigue entonces el desenvolvimiento del pensamiento estimulado por el prusiano y por sus primeros discípulos, va a continuar en ese paralelismo y a formar uno como clima ideológico a la política guzmanista. En 1863 Ernst establece en la Universidad caraqueña la cátedra de alemán; en 1866 Rafael Villavicencio inaugura la de filosofía positiva y en 1874 se crea la de historia natural en la que el mismo Ernst explica el transformismo lamarkeano, la selección natural de Darwin y los principios de Lyell para el estudio de la geología. Al mismo tiempo se fundan la *Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales* y el *Instituto Venezolano de Ciencias Sociales* en cuyos debates se ven reunidos los espíritus más selectos e inquietos: Arístides Rojas, A. Rivas Baldwin, J. M. Morales Marcano, el ya nombrado Villavicencio, — que es de los más decididos positivistas —, y con éstos el puertorriqueño Eugenio María de Hostos y el colombiano J. M. Samper, residenciados por ese tiempo en Caracas.

"La importancia de estos hombres de Venezuela — he escrito en otro lugar — (107) reside en que con ellos la cultura de la nación abandona un falso romanticismo y rompe el cerco de una sabiduría subjetiva para colocarse en un plano impetuosamente científico. El hecho de que este progreso trascendental no se tradujera inmediatamente en un cambio visible de la conducta social y política, no le resta importancia pues bien sabido es que las conquistas del pensamiento y del arte tardan en convertirse en valores usuales del comercio social según se desarrollen y multipliquen los medios educativos para incorporarlos al acervo común. Desde hacía setenta años, junto con el resto de América, Venezuela había dado un vuelco fundamental al consumar su emancipación del dominio español pero las proyecciones intelectuales de aquella experiencia se habían reducido a un grupo minoritario. El pueblo no derivó de la gran sacudida otra consecuencia moral que la adquisición de un vago y confuso sentimiento nacionalista, sentimiento que se haría más confuso aún con las incesantes luchas de banderías. Es pues, al desarrollarse este nuevo avatar de la evolución de las fuerzas sociales, es al extenderse la lucha al campo de las ideas, cuando la revolución iniciada en la independencia y renovada o acelerada en los cinco años de la conmoción federal, adquiere su verdadero valor y su verdadera eficacia".

Extendido a todas las ramas de la actividad intelectual, el pensamiento positivista avasallará a las sucesivas generaciones y mantendrá su influencia con las necesarias modificaciones que irán imponiendo otras corrientes, como la del evolucionismo spenceriano y la del idealismo alemán, hasta bien avanzado el siglo XX. Librará tempestuosas polémicas que pondrán en cam-

(107) *José Gil Fortoul, palabras en su Centenario,* 1961.

pos opuestos a la *Religión* y a la *Ciencia* y determinará una nueva tónica en los estudios de biología, antropología, medicina y derecho; en la historiografía y en la literatura imaginativa. Pero sin duda su más decisiva influencia la ejercerá en la sociología que desde entonces será estudiada como una ciencia. En las sucesivas generaciones positivistas figurarán los nombres más distinguidos de la Venezuela intelectual y científica: Villavicencio, Vicente Marcano, Arístides Rojas, Luis Razetti, David Lobo, Elías Toro, Guillermo Delgado Palacios, Diego Carbonell, (biólogos, antropólogos, médicos); José Gil Fortoul, Luis López Méndez, César Zumeta, Laureano Vallenilla Lanz, Pedro Manuel Arcaya, José Ladislao Andara, Julio C. Salas, (sociólogos, historiadores); Alejandro Urbaneja y Nicomedes Zuloaga (juristas) y Lisandro Alvarado (naturalista y filólogo). En su mayoría estos hombres se mostrarán poseídos de la trascendencia de su misión y se entregarán a ella con pasión apostólica, con fiebre de combatientes, pero los más impulsivos y radicales, los que se destacarán como líderes, principalmente por su actitud ante la Iglesia, serán Villavicencio, Gil Fortoul y Razetti. En sus polémicas juveniles con dos futuros obispos y un gobernador del arzobispado, el segundo de ellos había llegado a escribir lo siguiente: "Vuestra religión llegó a Roma cargada con los viejos dogmas de la India, con las preocupaciones de razas inferiores, con una moral disolvente e inhumana". Y más adelante: "El cristianismo fue una reacción contra la filosofía, reacción contra el progreso intelectual". Los otros dos van a mostrarse más comedidos, llegando incluso Villavicencio a buscar una conciliación, aunque solo fuese formal, entre la concepción científica y la concepción religiosa; y así, al hablar en 1866 del positivismo admitirá metafóricamente: *Digitus Dei est hic* (El dedo de Dios está aquí). Pero esto no bastará para apaciguar a sus adversarios ni para inducir a sus amigos a usar tales paliativos.

Rector de la Universidad en 1896, Villavicencio cede la cátedra de anatomía a Razetti quien declara en una lección magistral: "Yo afirmo sin temor a ser desmentido que un profesor de Anatomía humana que no enseña esa ciencia a la luz de la doctrina de la Descendencia, no cumple su estricto deber". Ocho años más tarde (en 1904) Razetti logra que la Academia de Medicina declare legítima esta doctrina, cuyo postulado resume del modo siguiente: "El hombre es un organismo animal, es un Vertebrado-Mamífero-Monodélfico-Primate-Simio, es el Homo Sapiens de la Zoología. Como tal no puede sustraerse a las leyes que rigen el desarrollo filogénico y ontogénico de los demás seres organizados. La doctrina de la descendencia, que explica el origen de los seres organizados, debe necesariamente aplicarse al conocimiento del origen natural del hombre".

Para dar una idea del alcance que tuvieron aquellas ideas, acudamos al testimonio de un escritor no positivista aunque contemporáneo del movi-

miento positivista, Gonzalo Picón Febres: "Ello es lo cierto — atestigua Picón — que la reacción en contra del clericalismo absorbente, en contra de la filosofía católica, en contra de las preocupaciones sociales en punto a religión, en contra de la enseñanza estrecha de la Universidad, en contra de la crítica literaria, circunscrita solamente a señalar las faltas gramaticales en la forma, en contra de la política entendida como oficio lucrativo y no como ciencia del progreso social; en contra, en fin, de la rutina en tratándose de procedimientos literarios manoseados hasta la saciedad, se sentía en todas partes: en los bancos universitarios, en las curules del Congreso, en la tribuna académica, en el periodismo consagrado a la lucha contra la política personalista, y en los seminarios de literatura y ciencia" (108).

### *Otras manifestaciones de la cultura social bajo Guzmán Blanco*

ANTES de mirar el reverso de la medalla del guzmanismo, es conveniente que examinemos otros aspectos del desenvolvimiento de la cultura venezolana en este período, y a este propósito dirijamos nuestra atención a la influencia que en él ejerció el ejemplo francés y en particular la política de Luis Napoleón.

El primer contacto de Guzmán Blanco con Francia debió producirse en 1863 cuando a raíz del triunfo de la revolución federal marchó a Europa a contratar un empréstito. La impresión que desde entonces produjo en él aquel príncipe que había hecho de la República un trampolín para resucitar el Imperio fue extraordinaria. Añádase a esto el parentesco que iba a contraer con Morny (hermano bastardo y consejero del emperador) por el matrimonio de una de sus hijas con un hijo de aquél, y el cuadro psicológico será completo. Así se explica el que todo cuanto emprenda en su propio país el *Imperator* tropical, el *Ilustre Americano* Guzmán, tenga un sello francés y una entonación napoleónica: la reconstrucción de Caracas, los bulevares capitalinos, los ferrocarriles, el nuevo alumbrado, su arrogancia frente a la Iglesia que recuerda la del gran Bonaparte, y su peculiar contacto con los trabajadores urbanos iniciado bajo el gobierno de los *azules* cuando estructuraba su propio partido.

* * *

Por la preponderante importancia que en el futuro tendrá la organización sindical en la vida de la república y por su notoria influencia francesa, es de interés señalar aquí los iniciales atisbos del obrerismo venezolano. En realidad la intervención del proletariado en la vida política de Venezuela

(108) Citado por Luis Beltrán Guerrero en su *Introducción al Positivismo Venezolano.* Para más amplia información sobre el tema, véanse los volúmenes 13 y 14 de la Colec. *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX.*

se produce por vez primera en 1864 cuando al triunfar la *Federación* Mariano Espinal (hijo del famoso editor) agremia a los artesanos en una forma completamente profesional e independiente de toda relación religiosa. Un lustro después, imitando a Luis Napoleón, Guzmán Blanco utiliza este movimiento haciendo valer su importancia como fuerza de oposición desde las columnas de su *Diario de Caracas*. De lo que se cuidará bien será de imitar las confusas inclinaciones de su modelo hacia el socialismo. Maurois califica al emperador de saintsimoniano. "Más — aclara — elegido por la burguesía, no pudo hacer jamás el Imperio socialista que sin duda hubiese deseado". En 1864 Napoleón III, que proyectaba los retiros obreros, reconoció el derecho de huelga. Guzmán Blanco no hubiese soñado siquiera en esta posibilidad" (109).

Pero el obrerismo venezolano tenía ya su partida de nacimiento. En 1898 le aparecerá un propulsor en el doctor Alberto González B. quien en unos folletos dirigidos a los obreros (110) invoca la solidaridad social del trabajador señalando que la ausencia de esta virtud ha sido hasta entonces "una de las causas de los males que siente nuestra querida Venezuela". Este precursor del sindicalismo venezolano se declara contrario a la *doctrina del materialismo* pero estima como algo "indispensable la unión de todos los venezolanos laboriosos y honrados con el propósito de consolidar las bases del Poder social, o sean los gremios en general". Y con este propósito invita a los trabajadores a luchar cívicamente, en la democracia, contra la corrupción y la ignorancia, y a fundar el *Partido Popular*.

* * *

Dentro del ámbito cultural de la época es menester ocuparse aún de la literatura y el arte. No intentaremos aquí una historia completa de estas materias puesto que nuestro propósito no va más allá del señalamiento de su influencia social, mas aún así, habrá que destacar sus rasgos sobresalientes como signo objetivo de su significación sociológica.

Evidentemente las letras contsituyen el elemento de la cultura que más directo contacto mantiene con la política durante el predominio de Guzmán Blanco. Pero esta predilección que se explica por las personales inclinaciones del propio autócrata, no es un hecho simple: presenta cierta complejidad que no se observa en las otras ramas del pensamiento y del arte. En efecto, si por un lado Guzmán Blanco estimula la revolución del positivismo, por el otro proteje a un grupo de literatos adocenados, tradicionalistas y cortesanos, que son los que forman su coro de aduladores y a los que el pueblo designa

(109) *Guzmán, elipse de una ambición de poder*, pág. 597.

(110) Se les puede consultar en el archivo de Manuel Landaeta Rosales, en la Academia Nacional de la Historia.

con un mote burlesco: la *Adoración Perpetua.* Separadas por sus ideas, opuestas en intereses y en pugna constante, las dos corrientes van a seguir paralelas hasta finalizar la centuria. Mientras tanto, remontadas las cuestas históricas del neo-clasicismo y del romanticismo victorhugueano, nuevas modalidades intelectuales atraerán la atención de las juventudes, las que cultivarán sucesivamente el naturalismo (influencias de Emilio Zola, de Daudet, de Maupassant y los hermanos Goncourt), el simbolismo poético (Baudelaire, Rimbaud, Lautreamont, Verlaine, Mallarmé) y el modernismo (Darío y otros poetas americanos y franceses) hasta desembocar en el criollismo que será la primera expresión auténtica de la literatura nativa. A lo largo de estas manifestaciones estéticas se señalará una tendencia social más o menos visible que el autócrata no llegará a percibir en su verdadero valor porque ya su interés por las cosas de Venezuela se habrá debilitado y sólo se manifestará negativamente ante los ataques e ironías de un periodismo cada vez más audaz y menos respetuoso de su prestigio.

Pero aún hay un índice de cultura, también literario, que reclama atención en este lugar. Es el teatro, género que despierta un particular interés por este tiempo y que, justo es reconocerlo, tiene no poco que agradecer a la acción oficial. Inaugurado en 1854 el Teatro Caracas (111) y dotado de elementos hasta entonces desconocidos en el país, es indudable que su existencia representa un notable progreso por las diversas manifestaciones intelectuales y artísticas que en él se conjugan. Todavía existe para la época el viejo y aplebeyado corral de la esquina de *Maderero* con sus tradicionales *Jerusalenes* y sus riñas a garrotazos, pero, superando este ambiente, el nuevo local ofrece acogida a la mejor expresión del teatro español y francés, a la ópera y la zarzuela. Al mismo tiempo un intenso contagio arrastra a poetas y escritores nativos a escribir comedias y dramas, en prosa y en verso, en los que se siguen por lo común las mismas tendencias que en la pintura. Nicanor Bolet Peraza, Heraclio Martín de la Guardia, Alfredo Rey, Elías Calixto Pompa, Vicente Micolao y Sierra y Francisco de Sales Pérez son los autores del género teatral de mayor renombre en la era del guzmanismo.

Por lo que a la pintura concierne el desarrollo es aún más notable. Religiosa casi exclusivamente en la época colonial, después de la independencia esta forma del arte se emancipa con Juan Lovera para tornarse heroica e historicista con Martín Tovar y Tovar; intencionadamente social con Cristóbal Rojas y academicista con Arturo Michelena (112).

* * *

(111) En 1881 se inauguró el *Teatro Guzmán Blanco,* hoy *Teatro Municipal.*

(112) Rojas y Michelena estudiaron juntos en París, becados el primero por Guzmán Blanco y el segundo por Crespo. Ambos murieron jóvenes afectados por la misma dolencia, la tuberculosis.

En medio de estas manifestaciones de la sensibilidad y del pensamiento venezolanos, florece la música. Este fue el arte por excelencia en las distintas etapas de la integración nacional y después de la revolución federal continúa proyectando sus irradiaciones sociales en los diversos niveles de la cultura. En tanto que el pueblo baila sus danzas y canta sus coplas la gente culta asiste a la ópera y se familiariza en su propio hogar con los más prestigiosos compositores. Familias enteras se hacen notables por su tradición filarmónica, como es el caso de los Montero, de los Calcaño y sobre todo de los Carreño. Esta de Guzmán Blanco es precisamente la época en que, alcanzada la plenitud de su genio artístico, vuelve a Caracas Teresa Carreño para hacer gustar a sus compatriotas las obras de Mendhelson, de Weber, de Liszt, de Beethoven. Actuará también como directora al frente de un conjunto de ópera. Maltratada por la mojigatería de una sociedad en la que conviven extrañamente los prejuicios más anticuados y las apetencias más radicales, Teresa se marchará para siempre pero su estela quedará viva en el mundo del arte como la mejor realidad de la historia de su país.

La Caracas de esta época de contrastes es una ciudad chopineana toda envuelta en cendales de trinos románticos, impregnada de valses sentimentales en cuya composición y ejecución rivalizan mujeres y hombres. En cada casa decente hay un piano que simboliza dos cosas al mismo tiempo: el nivel cultural y la capacidad económica. Las de mejor posición lo exhiben en un abigarrado salón rococó lleno de estatuillas y retratos iluminados, de alfombras y labores chinescas, de jaulas doradas con trinadores canarios, de grandes lámparas de petróleo de opulentos globos decorados a mano (113). Las de mediano pasar lo tienen en más modestos ambientes. Esas niñas blancas o morenas trigales — toda la gama de los ancestros desenvuelta en la graciosa languidez tropical —, esas mujeres de ojos ardientes que han aprendido junto con su francés acriollado la ejecución de algún instrumento, ven en la música no sólo una fuente de goce estético sino un estimulante de los sentidos, un surtidor de atrevidos ensueños sensuales.

(113) No es el buen gusto precisamente el que caracteriza la época de Guzmán Blanco. Ya lo ha hecho notar Arturo Uslar Pietri en su artículo "El mal gusto en Caracas" *(Crónica de Caracas* Nº 11): "Hasta los Monagas — dice —, la pobreza del país lo salva de las tentaciones del mal gusto. Con Guzmán Blanco las cosas empiezan a cambiar. Guzmán conoce una de las Europas de peor gusto. La de la Inglaterra victoriana y de la Francia del Segundo Imperio. De allí trae la inclinación a las imitaciones pomposas. Del falso gótico, el falso pompeyano y el falso corintio".

Pero este mal gusto no es privativo del estilo oficial. Lo comparte la clase pudiente y se prolonga hasta los días del petróleo en los que invade las principales manifestaciones del arte.

IX

# EL REVERSO DEL GUZMANCISMO

## *Joaquín Crespo*

DOS PAISES superpuestos, dos realidades sociales que conviven y se entremezclan, tal es la visión que nos queda después de examinar el anverso y el reverso del guzmanismo. En la base un pueblo vivaz, igualitario y que ama la libertad pero al que las supersticiones y los prejuicios desfiguran el panorama moral, y en la superficie una élite más o menos culta pero también supersticiosa, frívola e indecisa. Elevado sobre esta fractura, con un pie en cada una de las dos realidades, se yergue el autócrata, el hombre superior que ha querido manifestarse como un renovador pero que en tratándose de sus intereses no vacila en invertir los valores subordinando el mundo de la cultura al de los instintos.

No otro significado tiene la designación que hizo Guzmán en el general Joaquín Crespo para que lo sustituyera en la presidencia de la república cuando en 1884 decidió marcharse de nuevo a Europa. Sin embargo — y esto es lo peregrino de Venezuela — con todo lo que pudiera decirse y con todo lo que en efecto se ha dicho de la incultura de Crespo, su caso sirve para mostrar todo lo que hay de positivo, potencialmente considerado, en el pueblo venezolano. Es, en substancia, el mismo caso de Páez.

Cuando a su regreso al poder (después de su ingrata experiencia con Linares Alcántara), Guzmán Blanco revisó su política, su preocupación mayor fue asegurarse para el futuro contra similares sorpresas. La Constitución que impuso entonces a la república (1881) y a la que se dió el sobrenombre de *Suiza* por las superficiales similitudes que presentaba con la de aquella Confederación europea, comprueba este aserto. Por esta nueva Carta que sustituía a la que él mismo había pergeñado en 1874, se creaba un nuevo organismo político, el *Consejo Federal,* pero su verdadero móvil fue el de reducir al mínimun los riesgos que las traiciones pudiesen acarrear a su autoridad. Y esto se procuró limitando a dos años el período presidencial y reduciendo a nueve los veinte estados que hasta entonces formaron la Unión.

Bajo estas condiciones va a presidir la república Joaquín Crespo en su primera experiencia de jefe de Estado (1884-1886) (114).

Por supuesto que la *Constitución Suiza* no comenzará a regir sino después que Guzmán haya pasado tres años organizando sus cuadros políticos y afianzando sus intereses privados. Estos tres años y los dos que le fija la nueva Carta son los que integran su segundo gobierno directo, llamado el *Quinquenio.*

* * *

¿Quién es Joaquín Crespo? Hombre del pueblo, nacido y levantado hasta la adolescencia en una región primitiva en la que las campiñas de Aragua confinan con las llanuras del Guárico, su educación fue harto rudimentaria ya que sólo pudo adquirir la de los campamentos guerreros, entre soldados ignaros que más que soldados eran depredadores. Con todo, hombre de mente alerta y de principios morales innatos, no tardó en distinguirse entre la montonera de sus compañeros de armas y conquistar junto con sus ascensos en la milicia, un prestigio local que se fue extendiendo por todas aquellas regiones. A los veinte y tres años de edad, al tocar a su fin la conmoción federal, era general de brigada y caudillo político de los llanos.

Desde el principio Crespo se convirtió en un fiel y eficaz servidor de Guzmán, a cuya suerte unió siempre la suya. Serio, valeroso, discreto, cuando el autócrata asalta el poder en 1870 él es el factor decisivo de la victoria en la lejana región apureña. Luego se consagra a su jefe con una lealtad insospechable. Por último, muerto Linares Alcántara, es él quien unido a Gregorio Cedeño derriba a Valero y repone a Guzmán en la presidencia, con lo que se gana el dictado de *Héroe del Deber Cumplido.*

Todos estos antecedentes son los que determinan al régulo caraqueño a confiar a este hombre el depósito del poder para el bienio de 1884-1886. Y no se equivoca. Crespo actuará en esta oportunidad no como el primer magistrado de la nación sino como un diligente y sumiso mayordomo que cuida el feudo de su señor mientras éste sale de viaje a emprender nuevos negocios (115).

Para formarse una idea de esta lealtad de subordinado basta leer la correspondencia que se cruzaron estos dos hombres, el uno en Caracas y el otro en Londres. Respetuosas y humildes, las cartas del presidente se iniciaban con esta fórmula: "Mi respetado jefe, compadre y amigo". Las de Guzmán

(114) Más tarde, de 1892 a 1897, volverá a serlo.

(115) Antes de entregar la presidencia a Crespo, Guzmán firmó una importante cantidad de contratos con empresas extranjeras para la explotación de las riquezas naturales de la república.

solamente ponían: "Querido Joaquín". Y a renglón seguido, en forma lacónica y perentoria, daba sus órdenes para el gobierno y para la administración de sus fincas particulares, todo ello en el mismo pliego.

Excusado es decir que durante esta ausencia el respetado jefe tuvo un culto perenne en la Venezuela de Crespo. Al pie de su estatua ecuestre — la que el pueblo llamó *Saludante* (116), ubicada en la *Plaza de Abril,* frente al *Capitolio* —, se ofrendaban coronas y se encendían luminarias. Más adicta que nunca, la *Adoración Perpetua* mantenía el fuego simbólico y cuantas tentativas se hicieron para inducir a Crespo a imitar a Linares Alcántara se estrellaron contra el muro de su lealtad.

Este y otros acontecimientos que seguirán en los años que vienen son el reverso de la medalla del guzmanismo; un reverso grotesco, obscurecido por la torpeza política, por la miseria económica y por el afloramiento de primarias manifestaciones de incultura y superstición. En esta conducta de Guzmán Blanco no solamente ha de verse la prevalencia de sus intereses políticos sobre sus designios de gobernante civilizado, sino un deliberado propósito de subrayar la insalvable distancia que había entre él y el elenco que lo secundaba. Había, además, desdén por un pueblo al que había comparado con los indios del Caroní y al que quería demostrarle su superioridad y su fatal predestinación para gobernarlo fuera cual fuese el punto del globo donde se hallase.

Un hecho de elocuencia definitiva bastaría para mostrar el nivel de cultura de Crespo y el estado social del país en aquella época. Es el de la aparición en el escenario capitalino de Telmo Romero, un pintoresco tipo de aventurero que durante dos años se va a convertir en uno de los personajes más influyentes.

Nacido en la lejana región del Táchira, con una educación limitada, desde la adolescencia Telmo Romero anduvo trotando por esos mundos mezclado en revoluciones y ejerciendo toda suerte de arbitrios. Condenado a muerte en una de aquellas andanzas, logra salvar la vida y se interna en Colombia de donde pasa al territorio de la Goagira a comerciar con los indios. Y es allí donde adquiere los peregrinos conocimientos naturalistas que le conquistan más tarde la confianza de Crespo. Después de una temporada en la Guayana venezolana, en donde ejerce el comercio de ganados, cercano el Centenario del nacimiento de Bolívar para el cual Guzmán Blanco preparó rumbosos festejos, aparece Romero en Caracas con los originales de un libro que titulaba "El Bien General" y que no era otra cosa que el centón de las fórmulas curativas que había aprendido de los piaches goagiros. Su

(116) Había otra, pedestre, en el paseo del *Calvario,* a la que se apodó *Manganzón.*

propósito era ofrecer su obra a Guzmán para que la incorporase a la serie de libros de ciencia, de literatura y de historia que se habían editado en homenaje al Libertador, más, cosa comprensible, Guzmán no le hizo caso. En cambio Crespo le prestó toda su atención y toda su protección.

Esto en verdad nada tiene de extraño. La cultura de Crespo estaba precisamente impregnada de aquella magia telúrica, de aquella fe sobrenatural que irradiaba Telmo Romero. Cuéntase que en su propio ambiente paterno había aprendido a confiar más que en la medicina científica, casi desconocida en los llanos, en los emplastos que preparaba su padre, don Leandro Crespo, uno de los cuales se hizo famoso con el nombre de *Tacamahaca de Ño Leandro*.

Con tales antecedentes y con la afinidad que debió crear entre ellos la similitud de sus vidas, nada de extraño tiene que el presidente acogiera al brujo y lo convirtiera en una especie de proto-médico o de gran piache oficial; que lo hiciera director del *Manicomio* (que entonces estaba en Los Teques) para que aplicara a los locos su personalísima terapéutica, y que le concediera otros privilegios mediante los cuales pudo hacer fortuna y viajar a Estados Unidos y Francia, y hasta lograr que algunos doctores, si no verdaderos por lo menos graduados en la Universidad, certificaran su competencia profesional y la eficacia de sus métodos curativos.

Este estado de cosas se prolongó durante el primer gobierno de Crespo. Un día, indignados por la afrenta que el poder hacía a la ciencia, los estudiantes se congregaron en el jardín universitario y al pie de la estatua del Dr. Vargas formaron una gran pira con ejemplares de "El Bien General". El caso de Telmo Romero se cierra con el saqueo de su botica por las enardecidas turbas capitalinas.

Obvio parece decir que aquel gobierno fue pródigo en calamidades de toda índole. Pronunciamientos armados, pérdida de las cosechas azotadas por la langosta, baja del café en los mercados del exterior y otros contratiempos por el estilo, pusieron al país al borde de la catástrofe. Y con esto tendrá también fin una alianza política que se había hecho famosa por su solidez, pues cuando regrese Guzmán entre las aclamaciones preparadas por su teniente, éste se sentirá defraudado porque el autócrata no lo elegirá nuevamente para sucederlo en sus próximas vacaciones.

### *La farsa del Delpinismo*

LO QUE SIGUE sería breve de contar si no se manifestase por esta época una nueva modalidad del carácter venezolano proyectada sobre las complejidades de la política. Esta modalidad es la del humorismo, la de la sátira

y la de la farsa burlesca apuntada con intención contra el prestigio ya decadente de Guzmán Blanco.

Tres generaciones intelectuales se caracterizan por su oposición al autócrata: la que madura en 1787 y en la que se cuentan personajes tan destacados como Cecilio Acosta, Bolet Peraza, Jacinto Regino Pachano y todos aquellos que respaldaron a Linares Alcántara; la que surge en 1882 como fruto del segundo positivismo (César Zumeta, Gil Fortoul y casi todos los jóvenes fundadores de la *Sociedad Amigos del Saber)* y la que despunta en 1885 y años siguientes que es a la que se menciona como generación delpinista o del delpinismo. Los integrantes de esta última son en su mayoría estudiantes, mozos intrépidos que procuran matizar sus ardores patrióticos con el ingenio y el humorismo.

No eran plantas desconocidas en las letras y en el chismorreo de la política caraqueña, el chiste y la sátira. Sin remontar a Bolívar que utilizó esta arma en el "Correo del Orinoco", las publicaciones de Tomás Lander en los días en que se formaban los partidos políticos nos ofrecen buenas muestras de ello. Luego, para la época en que se encrespaba la oposición liberal contra Páez y los suyos, la litografía que iniciaba su alianza con el periodismo aportó el elemento gráfico y prodigó las caricaturas de Soublette, de Juan Vicente González, de Antonio L. Guzmán *(El Palo Ensebado),* de los Monagas y del propio Páez a quien se convirtió de *León de Payara* en *Rey de los Araguatos.* Más tarde aún se publicarían periódicos específicamente humorísticos como *El Diablo Asmodeo* y *El Padre Cobos.* Todo esto sin contar las famosas coplas y *Seguidillas* de Rafael Arvelo, verdaderas obras de antología en el género del humorísmo político.

Hombre de más de cincuenta años, dueño de una fortuna que él mismo calificaba de "poco común en América" y habituado a la vida civilizada de Francia donde había emparentado con la nobleza bonapartista, Guzmán Blanco no era ya, para 1887, el mismo hombre impulsivo de 1870. Cuando volvió a Caracas y se enteró de la nueva tónica que asumía la oposición, comprendió que ya comenzaba su ocaso y decidió hacer el mutis definitivo.

El movimiento que se conoce con el nombre de *Delpinismo* tiene su base en la pintoresca personalidad de un modesto artesano, sombrerero de oficio, que la había dado por hacer versos y que por la forma estrambótica, sibilina y arbitraria de éstos se había hecho famoso. Su nombre era Francisco Delpino y Lamas pero por burla los caraqueños le apodaban el *Chirulí del Guaire,* el *Curruñatá del Guarataro* y el *Cantor del Caroata.* A modo de ejemplo, para dar una idea de la extravagante y personalísima poesía de este bardo, copiamos aquí uno de sus sonetos, el titulado *Zelosa con Mirlo Aurora:*

*Mirlo sin fe en su amor cuando él reniega*
*Pluvioso un cielo vio en creaciones bellas,*
*Tronitoso en su ira, lanzar centellas*
*Y el relámpago a Mirlo amante ciega!*

*El ángel que por las noches le lega*
*Los rayos de sus ojos por estrellas*
*Vio en un firmamento, en la penumbra ellos*
*Gentil palmera en la tarde manchega.*

*Reluctante en la mañana es mi Aurora,*
*Al despertarse mi alma electrizada*
*Vio en sus pupilas cruzar una nube.*

*De verle a mi querube*
*Los cielos de sus ojos de soslayo*
*Porque soy de ellos el aparanayo!*

De la gesta del *Delpinismo,* para explicar su origen y consecuencias, se ocuparon los escritores más renombrados de aquellas generaciones: Pedro Emilio Coll (117), Santiago Key Ayala ("Historia en Long-primer"), Francisco Tosta García ("Risa Sana"), Romero García (novela "Marcelo") y Eduardo Carreño ("La Delpineada", en *El Universal,* 14 de octubre de 1951) entre otros. El segundo de los nombrados afirmaba que en el poeta Delpino, no obstante su tosquedad y aparente incoherencia, había un valor poético auténtico, era un revolucionario en potencia, precursor de las más atrevidas literaturas de nuestro tiempo. Por su parte Tosta García, cuando apareció en el panorama de la poesía hispanoamericana el astro de Leopoldo Lugones, hizo un paralelo entre éste y el *Chirulí del Guaire* solo para mofarse del argentino.

Había para los días del primer gobierno de Crespo un cenáculo de literatos y estudiantes de varias materias que se habían caracterizado por sus constantes ataques al régimen y que un buen día concibieron la idea de ridiculizar al gobierno simbolizando la situación en un personaje lo suficientemente grotesco como para que la burla tuviera arraigo en las distintas clases sociales. A este efecto pensaron primero en un poetastro de nombre José Trinidad Blanco pero pronto dirigieron su atención hacia Delpino en razón de que éste era ya famoso en Caracas. A costa, pues, del *Curruñatá del Guarataro* se hizo la gesta del *Delpinismo* cuya apoteosis fue un delirante homenaje celebrado en el Teatro Caracas la noche de Santa Florentina (14 de marzo de 1885). Allí, tras coronar al poeta, se leyeron discursos y se re-

(117) V. *Crónica de Caracas,* Nº 9.

citaron poemas de doble sentido. Y tan resonante fue este acontecimiento que luego se publicaron periódicos — *El Delpinismo, El Delpinista, La Delpineada* — en los que se mantuvo viva la burla que ya todo el mundo sabía contra quien estaba enfocada.

*El Mutis del Ilustre Americano*

LA ULTIMA permanencia en Venezuela de Guzmán Blanco fue breve: de 1886 a 1887. Continuaba rigiendo la Constitución *Suiza* pero tanta prisa tenía el caudillo por volverse a Europa que mientras hacía elegir al Dr. Juan Pablo Rojas Paúl para el próximo bienio, dejó en la presidencia interinamente al general Hermógenes López. Esta fue su postrera combinación política: la del *Civilismo.* Medio siglo después del fracaso de Vargas, el autócrata consideraba al país — gracias a su genio — apto para ser gobernado por civiles; pero, desde luego, siempre que se rigieran por su inspiración y su autoridad (118).

Rojas Paúl era hombre culto, astuto y de larga experiencia política. Su correspondencia con Guzmán Blanco en aquellos días es de rica enseñanza a este respecto. Para darle cuenta de su elección le escribía en julio de 1888: "Al fin ha triunfado usted. Nunca me faltó la fe. Estoy ya en el Capitolio enteramente a sus órdenes". Menos de un año después — el 26 de octubre de 1889 — presenciaba plácidamente cómo el pueblo derribaba las estatuas del jefe: primero a *Saludante* y después a *Manganzón.* Se cuenta que en este acto, un zafio abrió una pajarera que había en el *Calvario* y echó a volar a los pájaros gritando: "Hoy es día de libertad".

Guzmán Blanco no volvería a su país. Residenciado en París, allí

(118) Santiago Key Ayala asegura que la precipitada y definitiva partida de Guzmán Blanco se debió a la gran popularidad de un periódico, "El Yunque", redactado por dos jóvenes adversarios suyos: Luis Correa Flinter y José Mercedes López. En un artículo que publicó en la *Revista Nacional de Cultura,* Nº 110, refirió este episodio que le fue contado por la propia familia del autócrata: "El presidente acostumbraba salir a dar un paseo vespertino por las calles de la ciudad, acompañado de uno o dos de sus edecanes. Una tarde, después de atravesar la Plaza Bolívar en camino hacia el sur, llamó a un chico que pregonaba "El Yunque" y le pidió un número. Luego ordenó al edecán que pagara la locha correspondiente. El chico reclamó: —Vale un fuerte, general. — ¡Cómo! — arguyó Guzmán —. Si aquí lo dice claramente, una locha. Sí, pero eso es en la imprenta. Si usted quiere tenerlo por ese precio, tiene que ir a comprarlo allá pero le costará trabajo, porque hay mucha gente esperándolo. Guzmán no respondió. Ordenó al edecán pagar el fuerte y siguió leyendo tranquilamente el periódico.

"Pero, al regresar a su casa de *El Conde,* dijo a su esposa:

"—Ponte a preparar las maletas, porque nos vamos para Europa.

"—Cómo, Guzmán. ¿Por qué esa resolución?

"—Porque ya me están faltando al respeto, y no estoy dispuesto ni a tolerarlo ni a tomar medidas de rigor. Así es que nos vamos.

"El 11 de agosto de 1887 salió para Europa dejando encargado de la presidencia al general Hermógenes López".

permanecería hasta 1896, año de su muerte. Y allí reposa aún bajo un discreto túmulo, en el ya clausurado Cementerio de Passy.

Sin embargo, viviría lo bastante para presenciar desde su dorado ostracismo el ulterior desenvolvimiento de la política de Venezuela y aún para intervenir indirectamente en ella gracias a sus relaciones con personajes de importante figuración, como su pariente el general Manuel Antonio Matos.

*El Civilismo continuista*

ROJAS PAUL gobernó dos años. Era hombre inteligente y se inspiraba en ideas modernas contrarias a los métodos exclusivistas y a los privilegios clasistas de Guzmán Blanco. Sobre inmigración profesaba el principio alberdiano: "Gobernar es poblar". Y con este propósito promovió leyes que no se cumplieron (119). Mentalidad evolucionada, poseía un concepto claro, positivista, de la historiografía y la sociología, y con este sentido fundó la *Academia Nacional de la Historia* en cuya inauguración (1889) leyó un discurso lleno de certera apreciación filosófica. Su propósito al establecer esta institución oficial en la que se congregarían las personalidades más esclarecidas de su tiempo y cuyas funciones se orientarían hacia fines específicamente determinados, era poner fin a la historiografía caprichosa, temperamental y politicista que se cultivaba en el país y de la cual había sido víctima él mismo (120). Se dice que preparaba una reforma de la Constitución nacional para alargar los períodos gubernamentales, cuando una enfermedad grave e imprevista le impidió aquel designio que estaba seguramente justificado pues la brevísima duración de los presidentes, cuyo único objeto era asegurar la hegemonía de Guzmán Blanco, ataba las manos al jefe del Estado para iniciar cualquier empresa de envergadura. Fue elegido entonces otro civil, el Dr. Raimundo Andueza Palacio, quien cumplidos sus correspondientes dos años quiso hacer lo que no pudo su antecesor con lo que se concitó una violenta repulsa por parte del partido crespista.

No poseía Andueza Palacio la autoridad ni los recursos de Guzmán Blanco. Rodeado de una camarilla de ambiciosos ineptos, sin apoyo en el parlamento ni en la opinión, pronto tuvo que abandonar el poder y marchar del país. Siete meses de cruda guerra civil, durante la cual se libraron ciento ochenta y nueve combates, costó a Venezuela aquella aventura del *Conti-*

(119) V. *El Banco de Venezuela*, por Leopoldo Landaeta, p. 119.

(120) Véase *Historia del Gobierno del Dr. J. P. Rojas Paúl*, por F. González Guinán, Valencia 1891. "La presente *Historia* — declara el Prólogo de este libro — es el análisis de una época administrativa, en extremo trascendental. Asistimos a la creación de esa época, cumpliendo los deberes del honrado sectario, y atendiendo al mantenimiento de los sagrados intereses de la causa política a que pertenecemos".

*nuismo* contra la cual alzó Crespo la bandera del *Legalismo*. Y una vez más la miseria y el duelo se enseñorearon de la república. Actos de cobardía y de rapiña sin precedentes exteriorizaron el estado de corrupción y de decadencia a que había llegado la farsa de la política. Encargados sucesivamente de la presidencia el Dr. Guillermo Tell Villegas y su sobrino el Dr. Villegas Pulido, ambos tuvieron que seguir el camino de Andueza ante la deslealtad de un viejo jenízaro — Luciano Mendoza — que apoyado en las tropas confiadas a su autoridad, impuso contribuciones forzosas y se embarcó también para el exterior dejando a sus soldados abandonados.

### *El fin de una época*

EN ESTAS catastróficas circunstancias, en medio de un tumultuoso y confuso pavor, ocupó Joaquín Crespo el poder por segunda vez, en octubre de 1892. Permanecería en él hasta 1897; reformaría la Constitución y reimplantaría su estilo de gobernante, tosco y autoritario, notoriamente influído por su esposa *Misia* Jacinta a la que apasionaban las intrigas políticas. Libre ya de la tutela de Guzmán Blanco, con quien había roto todo nexo político, y desembarazado asímismo del hombre que más lo ayudó en su campaña de 1892 — el doctor y general Juan Pietri —, su régimen esta vez está lleno de peripecias. Mal administrador, como siempre, la ruina económica caracteriza los cinco años de su gobierno. Aficionado, desde 1884, a construir edificios para su residencia, en éstos ha de quedar una huella de su gusto pesado y barroco, de su afición a los mascarones y a las volutas (121). Michelena, a quien becó para que estudiara en París, es en cierto modo el pintor del crespismo.

Con todo, este caudillo crepuscular es un hombre austero, sencillo, fiel a los suyos. A su lado, junto con sus oficiales llaneros, prosperan arbitristas venidos de todas partes: españoles, italianos, franceses, colombianos. Para 1897, cuando finaliza su presidencia, conforme a su propia Constitución se reinicia la vieja farsa. Imitando a su antiguo maestro pero sin las cualidades de éste, Crespo convoca a elecciones y estimula a los candidatos; pero esto no es más que apariencia. La elección ya está hecha. El futuro presidente será el general Ignacio Andrade, amigo incondicional del caudillo a quien éste espera manejar a su gusto igual que Guzmán Blanco le manejó a él diez años antes.

Pero el general Crespo no contaba con ciertos hechos que habían modificado las circunstancias. Mientras alimentaba sus ambiciones y mientras la república enflaquecía bajo su régimen, otros prestigios iban formándose. Este fue el caso del general José Manuel Hernández, un curioso Quijote

(121) *Quinta Crespo, Santa Inés y Miraflores.*

político a quien llamaban *El Mocho* y cuya cervantina figura de desfacedor de entuertos fue clamorosamente ungida por los sufragios de todo el pueblo de Venezuela. Desde los días de Antonio Leocadio Guzmán no se veía en el país popularidad semejante. Pero *el Mocho* Hernández estaba destinado a jugar en la política venezolana un papel similar al que jugó el general Boulanger en la francesa, y Andrade fue presidente. Caro había de pagar este triunfo el jefe llanero. En 1898 se alza en armas *el Mocho* y él sale a combatirlo personalmente. Montado en un arrogante caballo peruano, tocado con un ancho sombrero de paja y cubierto con un *poncho* resplandeciente, aquel hombre fornido ofrecía un blanco excelente para un buen tirador. Segada por una anónima bala, en condiciones similares a las que rodearon la muerte de Zamora en 1860, en un lugar de los llanos conocido por la *Mata del Carmelero,* tuvo fin aquella vida en cierto modo simbólica en la que se resumían cualidades características de una época.

Con la muerte de Crespo se liquida toda una etapa o ciclo de las luchas internas de Venezuela. Hasta entonces los ejes de estas luchas habían sido Caracas y las llanuras (Boves, Bolívar, Páez, Monagas, Guzmán Blanco, Crespo); a partir de ese momento el centro se desplazará hacia la lejana región andina, hacia ese confín fronterizo al que la geografía y otras circunstancias históricas habían mantenido relativamente al margen de la política y relativamente a cubierto de sus calamitosas vicisitudes. Este acontecimiento coincide con la expiración de la centuria décimo-nona, abundante en alusiones renovadoras en todos los órdenes de la vida social: en la cultura científica, en las relaciones humanas, en la teoría política y en la valoración colectiva del hombre. El siglo XX traerá sus propios métodos y su propio estilo de vida y hallará a Venezuela inaugurando una nueva tónica, bien diferente a la que había conocido hasta aquel momento.

X

# LA TONICA MONTAÑESA

## *Significado histórico de los Andes. Vocación venezolana del tachirense*

LAS ENORMES distancias geográficas en relación con los diferentes medios de transporte de que se disponía para la época; la peculiar conformación orográfica de aquellas regiones y el carácter de sus habitantes suficientemente diferenciado en cuanto a fisonomía, hábitos sociales y aun a la forma de hablar, eran factores que hasta fines del siglo determinaban en el resto de Venezuela un notorio prejuicio respecto a los montañeses andinos. Sin embargo, si algo hay de positivo en la historia de la nación es la vocación venezolanista de aquellas gentes manifestada desde los más lejanos tiempos del régimen colonial.

Llama la atención esta circunstancia, principalmente en el Táchira, por la situación fronteriza de esa comarca y por los poderosos elementos históricos que desde el principio actuaron en el tachirense para que se inclinase más hacia la Nueva Granada que hacia Venezuela. Entre esos elementos, como los más importantes, cabe señalar el factor geológico y el factor humano. La empinada muralla de la serranía merideña por el Este; las mortíferas tierras mesopotámicas del lago de Maracaibo, por el Norte, y la tenebrosa selva de San Camilo, por el Sur, debieron constituir formidables barreras para las comunicaciones con la primitiva provincia venezolana cuando se iniciaba la colonización española. Estas particularidades bastan a explicar por qué las primeras corrientes de la economía y de la política llegan al Táchira procedentes del *Nuevo Reino.* Es de allí de donde vienen los conquistadores y fundadores de los más importantes pueblos de la región y asímismo los traficantes que inauguran el moderno comercio entre aquellos pueblos.

Aunque las corrientes que van a cambiar la primitiva faz de los hechos no tardan en producirse con la introducción de ganados de los llanos de Barinas y Apure y con el tráfico de mercaderías por el lago, durante más de doscientos años — 1560 hasta 1777 — la región tachirense pertenece al ámbito político, religioso y administrativo del Virreinato de Santa Fe.

Diversas características se señalan en estas influencias, en las que conviene fijar la atención con cierta insistencia por las resonancias que van a tener en el futuro proceso de la nación. Una de ellas es la que atañe a la sensibilidad étnica (el superior desarrollo mental del indio y su mayor sociabilidad), otra es la educación y una tercera la escasa ingerencia del africano, tan destacada y determinante en las regiones del centro, de las costas y las llanuras. Ya sea por su índole pacífica y laboriosa, ya por su robustez y sus condiciones intelectuales, lo cierto es que el indio andino participa en el proceso social de manera distinta a como lo hacen los de las otras regiones de Venezuela (122).

¿Qué es, entonces, lo que determina la vocación venezolana de esta humanidad fronteriza? ¿Es acaso por un capricho que Carlos III fija como frontera entre los dominios del *Nuevo Reino* y la Capitanía General de Venezuela el hilo fluvial del Río Táchira? De ninguna manera. Ello es el resultado de una experiencia de dos centurias durante las cuales las autoridades de la Colonia pudieron comprobar la gravitación de la voluntad tachirense hacia su integración con el pueblo venezolano.

El Táchira es una región agrícola y su principal producción de ascendencia prehispánica comprende la yuca dulce, la papa, la ruba, etc., pero también produce algodón y como frutos para la alimentación cotidiana los que constituyen el clásico conuco venezolano. Hasta el momento de la conquista — esto es, hasta que Juan Pérez de Tolosa penetra en aquella región, hasta que Rodríguez Suárez libra los primeros combates y hasta que Juan de Maldonado funda la Villa de San Cristóbal — nada había allí, económicamente hablando, que diferenciara las tierras ubicadas al oriente del río fronterizo de las que demoraban al occidente del mismo. Pero en cuanto Pedro Torres de Vera introduce los primeros ganados en el valle de Lobatera y en la región de La Grita, llevándolos de los llanos, el signo comienza a cambiar. Lo mismo había de ocurrir en cuanto el lago de Maracaibo comenzara a servir al comercio de importación. Nada podría oponerse ya a la heroica perseverancia de aquellos hombres para vencer las barreras que les oponía la naturaleza.

Cierto es que las familias del Táchira seguirían por mucho tiempo enviando a sus hijos a educarse en Bogotá y en Pamplona pero los lazos comerciales y los políticos se irían afirmando y robusteciendo cada vez más con la Capitanía General, hecho en el cual debe atribuirse la necesaria importancia al comercio de exportación. En efecto, si el Táchira fue una región que

(122) Corresponde al área timoto-cuica, según la clasificación de Acosta Saignes. Para Walter Kriekeberg, a quien cita A. S. (ib. p. 36) son una prolongación de la cultura de las cordilleras y el grupo más avanzado de la alta cultura del Noreste, bajo la influencia de los Chibchas.

produjo lo necesario para su vida — circunstancia que en cierta medida permite hablar de autosuficiencia —, en cuanto comenzó a producir lo bastante para exportar fue también la vertiente venezolana la que le ofreció el más amplio horizonte. Esto ocurre cuando el café se convierte en uno de los más pingües productos de exportación. El Táchira se coloca en lugar prominente en este cultivo y el lago de Maracaibo reafirma su condición de pulmón regional.

Otros hechos que tienden a robustecer la solidaridad venezolana del tachirense pueden ser explicados por diversos antecedentes históricos entre los cuales habría que contar las resonancias que tuvieron allí los movimientos de rebeldía del siglo XVIII y los cuales ocasionaron el que distinguidas personalidades andinas fuesen víctimas de atropellos (123). Así, cuando en 1810 llega Rivas Dávila comisionado por la Junta Suprema del 19 de abril, todos esos pueblos, desde Barinas al Táchira, responden sin vacilar al llamado de la lejana Caracas.

Muy detenidamente debieron los tachirenses considerar el pro y el contra de aquel acto en el que se jugaban intereses cuantiosos; bien claramente debieron entender los perjuicios que les ocasonaría la disidencia de Maracaibo, mantenida realista; sin embargo no vacilaron. Desde ese momento la identificación con el destino de Venezuela se hizo definitiva. Luego se iría incrementando con la intervención regional en la política nacional, gestión ésta que realizarían en los congresos de la república los hombres más representativos de la economía y de la cultura cordillerana.

Para el desarrollo futuro de estos contactos habrá que tomar muy en cuenta la participación de tachirenses, merideños y trujillanos en las guerras de independencia y de modo particular en la *Guerra a Muerte.* El Táchira es la primera tierra venezolana que pisan Bolívar y sus soldados venezolanos y granadinos cuando inician la *Campaña Admirable* después del desastre de 1812; es también la que ve nacer ese ciclo terrible abierto por el *Diablo Briceño* y ratificado solemnemente por el Libertador en Trujillo: "Españoles y canarios, contad con la muerte aún cuando seais inocentes... Venezolanos, contad con la vida aun siendo culpables". Lo que sigue después es la evolución del proceso de integración que en aquella parte de la república tendrá que asumir, necesariamente, formas muy peculiares.

No entraremos aquí en pormenores sobre las peripecias que conocieron aquellos pueblos durante la guerra emancipadora ni en las querellas grana-

(123) De esto habla Héctor García Chuecos en su *Historia Colonial,* tomo II, p. 227, quien señala como consecuencia del disgusto que ello produjo la extensión que en todos los Andes tuvo la rebelión de los *Comuneros* de El Socorro. Hacia aquellas lejanas y fabulosas comarcas pensó huir, en 1752, Juan Francisco de León. Más tarde, en 1806, las tentativas de invasión de Miranda provocaron hondas repercusiones en esas gentes meditabundas que ya conocían los *Derechos del Hombre* en la traducción de Nariño.

dino-venezolanas de los últimos días de la Gran Colombia; tampoco en las cruentas agitaciones posteriores a la fractura de 1830. Baste decir que fue allí, en la frontera del Táchira, donde se produjeron los episodios más conmovedores y lamentables de aquellos días, y baste asímismo significar que de esa prueba salió el espíritu tachirense más firmemente venezolano. Relativamente ausente de la revolución federal estarán el tachirense y el merideño, sin embargo su papel en esa contienda no deja de tener importancia pues fue allí donde hallaron refugio los fugitivos del llano que iban en busca de asilo al abandonar sus hogares amenazados por la tormenta.

No quiere significar lo anterior que los tachirenses permanecieran indiferentes a las doctrinas de conservadores y liberales, tampoco que la región escapara a las vicisitudes de la contienda, solo que las repercusiones locales de ésta, que en ocasiones tuvieron gran encarnizamiento, no afectaron la estructura social ni quebrantaron la economía en la misma medida que en el resto de la república. Esas querellas locales sirvieron, en cambio, para avivar el sentimiento nacionalista y para orientarlo en una dirección más precisa. Desde ese momento, aun cuando se manifieste con lentitud, se hace notorio el designio de la región de intervenir en la dirección nacional. Concluída la guerra de los cinco años, el 30 de junio de 1863 Jesús Contreras escribe a Falcón para manifestarle que el Táchira (después de haber padecido la rapiña y el terrorismo de la dictadura de Páez) será federal (124).

Duras van a ser las penalidades de aquellos pueblos bajo los gobiernos que se suceden desde Guzmán Blanco hasta Joaquín Crespo. Entregados a los caudillos regionales en los que desfilan Araujos, Baptistas, Morales y otros, al mismo tiempo se verán oprimidos por los ávidos delegados del gobierno central quienes, secundados por funcionarios rapaces, agotarán la arbitrariedad y con ésta la paciencia de los pueblos andinos. Ya para los tiempos de Rojas Paúl este sentimiento está tan cuajado y el designio vindicativo es tan manifiesto que la voz de los representantes andinos se alza justamente quejosa en los parlamentos y en los periódicos caraqueños. Por este tiempo hay ya una definida corriente de migración tachirense hacia el centro de la república; existe en Caracas una *Pensión Táchira* regentada por un personaje que luego tendrá figuración en la policía gomecista — Lorenzo R. Carvallo — y se publica un periódico, "El Eco Andino", cuyo redactor es el panfletario liberal colombiano José María Vargas Vila. Carlos Rangel Garbiras, médico y político tachirense, es el líder civil en quien Vargas Vila ve el perfil de un futuro presidente de la república. Pero estos augurios que no tardarán en cristalizar, están destinados a otro tachirense: Cipriano Castro.

(124) *Archivo del Mariscal Juan C. Falcón*, I, p. 187.

### *El primer caudillo nacional producido por la Montaña (1899-1908)*

EN 1891 se hizo un censo según el cual Venezuela contaba 2.323.529 habitantes de los cuales unos 260.000 eran indios "incorporados a la civilización" y unos 70.000 indios "independientes". Esta población se distribuía en un territorio de 1.552.741 kilómetros cuadrados, comprendidas las partes que estaban entonces en disputa con naciones limítrofes (125). La división política comprendía un Distrito Federal (con unos 230.000 habitantes), 13 estados y cinco territorios federales. La ciudad de Caracas albergaba 72.429 almas.

Estos datos están tomados de la "Reseña Geográfica" de Fernando Vizcarrondo Rojas (1895) quien enumera como productos de la economía venezolana, además del café, el cacao, el tabaco y la caña de azúcar, una variedad de maderas preciosas, resinas olorosas, incienso blanco y gris, gomas, bálsamos, mucha miel, vegetales y animales de diversas especies, ganados vacuno, equino y porcino, sarrapia, caucho, copaiba, vainilla, zarzaparrilla, dividive, plantas medicinales y textiles, oro. En café el país producía más de sesenta millones de kilogramos al año, de los cuales más de cuarenta mil se exportaban en su mayor parte para Alemania y Francia. De los productos de la caña (aguardiente, ron, azúcar blanca y papelón) salían para las Antillas más de 300.000 kilogramos. Del tabaco, cuyos cultivos ocupaban alrededor de 7.000 hectáreas, se vendían a Alemania unos 100.000 kilogramos anuales (el de Capadare, en el Yaracuy, era el más estimado). El cacao (sobre todo el de las regiones de Puerto Cabello y de Choroní) era tan famoso que su semilla sirvió para las plantaciones de Oceanía; pero también eran excelentes los que se producían en Orituco, Güigüe, Caucagua, Capaya y Cúpira de los que se exportaban más de siete millones de kilogramos al año. En cuanto a la exportación de corambres, comprendidas las de vacunos, chivos y venados, la cifra excedía de los dos millones de kilogramos, pese a los grandes estragos que hicieron en la ganadería las frecuentes guerras civiles.

Este era el panorama de la economía nacional para ese momento de fin de siglo en que la república iba a cambiar de signo político. La mala administración del gobierno de Crespo proyectaba un gran malestar que no se había hecho notable, justo es decirlo, bajo los doctores Rojas Paúl y Andueza Palacio y que no bastaría para destruir un cierto optimismo que se cifraba en la construcción del ferrocarril de Caracas a Carabobo y en la influencia que éste debía ejercer en la explotación de la agricultura aragüeña, de la cría llanera y de algunas minas que Landaeta Rosales menciona en el *"Bo-*

(125) Posteriormente, perdidos esos litigios, la superficie de la república quedaría reducida a menos de un millón de kilómetros cuadrados.

*letín de la Riqueza Pública* (126), a saber: de plata en Barrancón, cerca de Cagua; de cobre en Los Tanques, cerca de Güigüe; de tierra calcárea en Villa de Cura; de mármol y piedra litográfica en el mismo lugar; de caolín y oro en las márgenes del río Tucutunemo; de cobre en Peñas Negras, en Villa de Cura; de cobre y oro al pie de los Morros de San Juan; de cobre en el Pao de Zárate, cerca de La Victoria; de huano y fosfatos a orillas del lago de Valencia; de aguas termales cerca de Villa de Cura; de oro, en Apa y Carapa, cerca de Altagracia; de carbón en Orituco. No se menciona el petróleo, pese a que ya se explotaba el asfalto, lo que significa que no se sospechaba siquiera la influencia que este producto habría de ejercer en la vida social, política y económica del país.

La precedente enumeración no tiene otro propósito que el de mostrar cómo en los sesenta años que va a durar la hegemonía de los andinos no se operará el menor progreso social y económico hasta las dos últimas décadas, esto es, después de la muerte del general Juan Vicente Gómez. Por el contrario, excepción hecha de los regímenes de los generales Eleazar López Contreras e Isaías Medina Angarita, la tónica de esa política será francamente conservadora, rígida y de una dureza particular.

Cipriano Castro, el primero de los caudillos de la motaña que llega a la presidencia de la nación, presenta, individualmente considerado, ciertas cualidades desordenadas que no pasan de atisbos sin proyecciones históricas: es valeroso, audaz, frenéticamente nacionalista y con ciertos arranques románticos que convierten su sobresaltado gobierno (1899-1908) en un acto de vaudeville. Si su rápido triunfo sobre el débil Andrade y sobre los caudillos centrales y de otras regiones que trataron de disputarle el poder (el *Mocho* Hernández, Manuel Antonio Matos, Antonio Paredes, etc.) ofreció fases sorprendentes, ello se debe más que a su pericia estratégica y a su talento político al estado de decadencia y de corrupción en que se hallaba el país. Exasperadamente libidinoso, propenso al desplante, con ribetes de literato, su actividad de jefe de Estado es una mescolanza de aventuras sensuales acompasadas por los valses en tres por cuatro que le dedicaban músicos adulones; de frases altisonantes, de provocaciones desmesuradas que le concitaban la hostilidad de las grandes potencias y de actos desconsiderados que relajaban el orden interno enajenándole la lealtad de los compañeros que lo habían llevado al poder.

Por las proyecciones que tienen en la vida internacional del país, tres episodios se destacan en el gobierno de Castro: la fricción con Colombia que origina la invasión del Táchira por tropas de aquel país al mando del tachirense Rangel Garbiras (1901); la *Revolución Libertadora* acaudillada

(126) Nº 3, 31 de julio de 1891.

por Matos (en la que se advierte la intervención del capital norteamericano relacionado con el asfalto de Venezuela, 1901-1903) (127), y el bloqueo de los puertos venezolanos por buques de guerra alemanes e ingleses que vienen a cobrar a cañonazos las deudas atrasadas de la república. Estos tres acontecimientos, despojados de sus particulares resonancias externas, sirven para tipificar el desorden interno, el desequilibrio y la confusión imperantes en el país.

En Castro se reunían todas las formas del extravío y de la irresponsabilidad agravados por la exacerbación de la líbido. Imbuído de un indigesto sentimiento mesiánico, soñaba con reconstruir la Gran Colombia bolivariana y convertirse en el líder de toda la América hispana; con imponer a las relaciones con las grandes potencias imperialistas una nueva doctrina, la *Doctrina Castro,* y con reivindicar para sí la gloria de los sueños bolivarianos. En el fondo, además de un valiente y un guerrero, había en él un patriota, pero un patriota delirante y desatentado. Esto, contemplado dentro del cuadro de las cualidades sociales de su región, le presenta como un ser de excepción, desorbitado y asaz peligroso.

### *Juan Vicente Gómez, el Rehabilitador*

LA DIVISA de Castro cuando emprendió la conquista del poder fue la *Restauración Liberal.* El había sido liberal anduecista y como tal tuvo que asilarse en Colombia después de un frustrado intento de reacción armada. Descontento de la política que el gobierno de Crespo desarrolló en los estados andinos, dominó sin embargo sus ímpetus por respeto a la solidez militar del caudillo llanero. Mas desaparecido éste y relajada la autoridad por el escaso prestigio de Andrade, por el fermento de las ambiciones individuales y por el levantamiento del *Mocho* Hernández, no vaciló en precipitarse como un alud secundado por un reducido grupo de compañeros al que se ha llamado, simbólicamente, el grupo de los *Sesenta.*

Entre los *Sesenta,* como el segundo de ellos, venía Juan Vicente Gómez. Lo mismo que hemos dicho de Falcón y Zamora, aunque en proyecciones distintas, podemos decir de Gómez y Castro: eran antípodas. Si Castro botarate, delirante y mesiánico representaba la negación de las cualidades características de su tierra nativa, Gómez, por el contrario, cristaliza esas cualidades hasta darles una consistencia geológica. Su política será dura, fría e insensible como la piedra, empotrada en la tierra y cruzada por vetas de un humor denso y sarcástico. Fue él, con sus onzas de oro metódicamente ahorradas y administradas, quien financió aquella empresa de 1899 y quien

(127) V. O. E. Thurber, *Origen del Capital Norteamericano en Venezuela. — La época del Asfalto.* (1884-1907), Trad. de Angel Raúl Villasana.

contrapesó con su genio tardo pero seguro las audacias de Castro; y fue él, asímismo, quien representó en la perenne orgía de aquel gobierno el buen sentido, la cautelosa reserva y el espíritu práctico de la psicología regional. Así, cuando llega el momento de crisis, cuando Castro decide salir del país para buscar en Europa remedio a su salud quebrantada, él es quien encarna la reacción y se pone al frente de la conjura. Esto ocurre el 19 de diciembre de 1908.

Todos los caudillos venezolanos han recibido un título con el que la hipérbole lisonjera de la política ha pretendido tipificar sus cualidades sobresalientes. Sin meter en esto a Bolívar, cuyo cognomento de Libertador está perfectamente justificado, mencionaremos a Páez a quien se llamó *Esclarecido Ciudadano, León de Payara, Centauro de Venezuela* y otras cosas por el estilo; a Falcón, *Mariscal;* a Zamora, *Valiente Ciudadano;* a Guzmán Blanco, *Ilustre Americano, Regenerador, Reivindicador, Aclamado de los Pueblos;* a Crespo, *Héroe del Deber Cumplido, Campeón de la Legalidad;* a Castro, *El Restaurador del Liberalismo;* a Gómez, el *Benemérito, Rehabilitador, Héroe de la Paz y del Trabajo.*

El carácter irónico y calculador de este hombre se pone de manifiesto en los cinco primeros años de su gobierno, en el reticente respeto que muestra por las instituciones legales de la república y por los patriarcales consejos que prodiga a los personajes que lo rodean. Como casi todos estos personajes han sido servidores del gobierno de Castro, los trata con miramientos y les habla de los ideales comunes, pero también les señala la necesidad de fortalecer sus vínculos bajo el nuevo orden de paz, de respeto y de armonía que él ha venido a representar. Con las numerosas cartas que escribe por esta época se podría reunir un *Epistolario* edificante y conmovedor, digno de un inspirado patriarca (128).

Bien conocía él a esos hombres, caudillejos locales más o menos rapaces y más o menos incultos, que trataban de valorizar su prestigio para venir a ofrecérselo en una tácita complicidad de ocasión. Por esto su ductibilidad y diplomacia tenían algo de socarrón y de veladamente amenazador.

Dentro de esta calculada ecuanimidad, ostentando un severo respeto institucional, la carta que en 1911 — 19 de septiembre — dirige al general Arístides Tellería (voluntariamente exilado entonces en Trinidad después de haberle servido como presidente del estado Bolívar) es una obra maestra de política criolla. Tellería, caudillo coriano, presuntuoso de su prestigio y de su valor, había entrado a saco en las tierras baldías de Guayana disponiendo de ellas como si fuesen propiedad suya. Con toda la perspicacia que le era característica, Gómez se abstuvo de hacerle reclamos directos pero, ac-

(128) V. *Boletín del Archivo de Miraflores,* Nº 13, julio-agosto 1961.

tuando dentro de sus atribuciones de presidente de la república, recomendó al Congreso una reforma legal que protegiera el patrimonio territorial contra malversaciones y abusos de aquella índole. Y Tellería se sintió ofendido. Debió imaginar que un mero enfurruñamiento suyo bastaría para hacer temblar al gobierno, y se fue a Trinidad donde publicó un documento insensato, lleno de bravatas y de amenazas. A esta conducta se refiere la carta de Gómez.

No hay duda de que el sucesor de Cipriano Castro fue el déspota más despiadado de Venezuela, pero tampoco la hay de que los hombres que se sumaron a su conjura distaban de ser unos dechados de virtudes republicanas. Eran los tradicionales mandones de las provincias, los barones feudales que ofrecían el auxilio de sus mesnadas al reyezuelo de turno a cambio de su complicidad para sus regionales depredaciones. Mirado así, Gómez va a estrenar un estilo propio. Su maquinaria de represión, organizada con astucia y precisión psicológica, acabará con ese feudalismo tradicional mediante la eliminación gradual de los caudillejos. A partir de 1913, cuando se declara en campaña para aplastar una imaginaria invasión de Castro, su actitud cambia radicalmente, y aquellas conceptuosas epístolas cesan del todo. Ya es poderoso y su voluntad es la que da su medida a la ley. La divisa de *Gómez Unico,* ideada por algún secretario, imperará durante un cuarto de siglo gracias a la inconmovible fidelidad de un ejército y de una policía creados a la medida de su mentalidad y de sus intereses. Venezuela será entonces el recinto por excelencia del orden y del silencio: una isla amurallada y rodeada de petróleo por todas partes; sin opinión, sin palpitaciones, sin ventanas al porvenir.

Todos los gobernantes de este país, unos con más crudeza que otros, han ejercido la represión, el fraude y hasta el crimen político para conservar el poder. En los tiempos de Páez y los Monagas se hicieron famosos el mortífero islote de *Bajo Seco* y el castillo de San Carlos en el lago de Maracaibo; bajo Guzmán Blanco, *la Rotunda* en Caracas y el castillo de Puerto Cabello; bajo Crespo y Cipriano Castro estas mismas mazmorras y algunas otras. Pero ninguno de aquellos déspotas llegó a los extremos de insensibilidad, de sistemática dureza de Gómez quien mantuvo encarcelados y cargados de grillos a algunos hombres durante un cuarto de siglo. Este fue el precio que Venezuela pagó por la extirpación del primitivo feudalismo de las regiones, fuente perenne de guerras internas y fábrica de caudillos rapaces e incultos.

Excusado parece decir que con Gómez desaparece de hecho el régimen federal, aunque todavía se le mantenga hipócritamente en la letra de la Constitución y en la ficticia autonomía de los estados. En esto y en otras cosas el montañés imitó al caraqueño Guzmán y si es cierto que careció del

genio de aquél, también lo es que repugnó sus desplantes. Gobernó todo el tiempo que tuvo de vida y desde el punto que quiso (desde Maracay preferentemente). Ser profundamente telúrico, enclavado como una raíz en la tierra, rodeado de sus bestias (con las cuales solía dialogar, según afirmaba la superstición popular), jamás salió del país. La república no fue para él otra cosa que una gran hacienda y la política el arte de administrar esa hacienda. Los doctores, a los que ponía de vez en cuando en la presidencia, eran sus memorialistas, sus juglares y aún sus bufones. En esto fue más afortunado o más hábil que Guzmán Blanco, pues el *Ilustre* nunca llegó a tener a su servicio, como él los tuvo, a los más destacados positivistas. Tampoco tuvo el postrer honor de morir en su tierra, rodeado de la reverencia mágica de su pueblo, del reconocimiento de las potencias y del homenaje de las potestades de su país.

*La represa rota: López Contreras (1936-1941)*

ORIUNDO también del Táchira y antiguo compañero de armas del déspota fallecido, el general Eleazar López Contreras fue el más joven de los *Sesenta* que siguieron a Castro en su empresa de 1899 y de los que permanecieron al lado de Gómez en 1908.

Si se fuese a buscar un símil más o menos aproximado en la historia de Venezuela para dar una idea de lo que representó López Contreras con relación a Castro y a Gómez, habría que pensar en Soublette con respecto a Bolívar y a Páez. Fue el servidor discreto e inteligente, flexible y astuto, en quien las pasiones ajenas no dejaban huellas visibles.

Conocido el carácter de Gómez parece lógico preguntarse si no dejó todo preparado para que López Contreras lo sucediera en el gobierno de la república con el mínimun de riesgos y de violencias. Muchos otros había a su lado que le habían servido con igual o mayor eficacia: estaban sus propios parientes Eustoquio Gómez y Santos Matute Gómez; estaban Pérez Soto, Rafael María Velasco y otros personajes de su confianza, sin contar los intelectuales (que éstos apenas contaban), pero él eligio a López Contreras y para facilitarle las cosas lo nombró ministro de guerra (129).

Idealista, pero no ideólogo abstracto, el nuevo gobernante traía otras cualidades que le permitirían sortear los escollos de su gestión: inteligencia, finura y elasticidad política, valor sereno y lógico. Inclinado además a los estudios históricos (130), conocía bien el proceso sociológico del país y sus

(129) Eliminadas, desde tiempo atrás, las antiguos designaturas y la Vicepresidencia de la república, la Constitución gomecista establecía que en caso de faltar el presidente, su sustituto sería uno de los ministros del ejecutivo elegido por sus compañeros de gabinete.

(130) Fue elegido individuo de número de la Academia Nacional de la Historia pero renunció al puesto sin haberlo ocupado.

implicaciones políticas. Puede afirmarse que, después de la independencia, en la tumultuosa sucesión de acciones y de reacciones que forman el laberinto de esta política, ningún otro jefe del Estado venezolano tuvo que afrontar situación más compleja y erizada de riesgos, pues ninguno tuvo que armonizar ideologías e intereses tan opuestos y tan explosivos. De un lado, rodeándolo y tratando de aislarlo en su ambiente tradicional, estaban sus compañeros de causa — los causahabientes del gomecismo — cuya cooperación hubo de procurarse mediante un *pacto de caballeros* destinado a salvar al país de una guerra sucesoral; del otro la oposición representada por los exilados que regresaban, por los prisioneros que salían de las cárceles y por un pueblo que comenzaba a despertar de su hipnosis a los gritos de reivindicación y venganza. Pero López Contreras supo capear esta marejada con tal pericia que pudo, seis años después, trasmitir el poder en paz a su sucesor.

Se ha acusado a este hombre de veleidoso. Se le ha tildado de oportunista. La verdad es que no podía actuar de otro modo que como lo hizo. Su régimen fue una transición hábilmente dosificada: de una dictadura estacionaria y despótica a una democracia política. A la vez que desintegraba la solidaridad gomecista mediante la gradual eliminación de sus poderosos sobrevivientes, abría las fronteras a los desterrados, a muchos de los cuales llamó a formar parte de su gobierno; daba libertad a la prensa y autorizaba la formación de partidos políticos. La reforma de la Constitución y la promulgación de una serie de leyes de fundamental importancia — la de hidrocarburos, la de educación nacional y la del trabajo — imprimían al mismo tiempo una nueva tónica a las relaciones políticas y sociales, mientras que una nueva organización sanitaria y asistencial, complementada por la construcción de edificios, caminos y barriadas enteras, comenzaba a transformar la fisonomía de Caracas y de otras ciudades.

Es principalmente bajo López Contreras que toma forma en Venezuela la organización sindical cuyos lejanos esbozos hemos visto en páginas anteriores. Preparados en un largo y activo ostracismo, todos esos hombres que para 1928 eran estudiantes y que aquel año realizaron una memorable cruzada contra la tiranía gomecista, habían adquirido en países de Europa y de América experiencias del moderno movimiento obrerista y venían a sembrarlas entre los trabajadores venezolanos. Abolidos o inutilizados por el tirano los dos partidos tradicionales — el conservador y el liberal — las nuevas generaciones, los hombres menores de cuarenta años que no habían salido al exterior del país, apenas poseían vagas nociones de lo que era una organización de esta índole. De consiguiente, el impacto que el acontecimiento produjo fue extraordinario. Conmovido de uno a otro confín, gracias

a la simultaneidad y difusión de la prensa y la radio, el pueblo se incorporó como un solo hombre a la nueva corriente. A esto contribuyeron con la misma eficacia los *mítines,* actos de masas en los que la voz de los oradores y el magnetismo personal de los *líderes* estremecían al hombre de la calle produciendo en él una psicósis revolucionaria propicia a todas las conmociones. Los que volvían, mártires del gomecismo, eran los héroes por excelencia del patriotismo, los incontaminados, los únicos dignos de ser oídos y de ser seguidos. Sólo la habilidad con que López Contreras supo capear aquellos temporales y el respeto instintivo que en Venezuela inspira el poder, pudieron evitar en aquellos momentos un desbordamiento de magnitud catastrófica. López Contreras había heredado intacto el poderoso instrumento, el leal y disciplinado ejército creado por Gómez, y así supo conservarlo e incluso perfeccionarlo para seguridad de su régimen. Y fue acaso por esto por lo que el furor de la oposición se polarizó hacia el Congreso, también heredado del gomecismo, cuya disolución se pidió tan tenaz como vanamente. El *hilo constitucional,* cable ardiente al que se aferró el gobierno de López Contreras, fue una muralla de contención que las corrientes renovadoras no se atrevieron a romper por la fuerza.

*Los nuevos partidos*

LAS PRIMERAS agrupaciones políticas que se formaron al calor de las reacciones del pueblo subsiguientes al enterramiento del cadáver de Gómez, estuvieron identificadas por un designio y un programa comunes: restablecimiento de las garantías ciudadanas, efectividad de las libertades públicas, democracia irrestricta caracterizada por los principios tradicionales del sufragio universal y directo, alternabilidad en el poder, etc. El primer partido en aparecer fue el denominado *Unión Nacional Republicana* (U. N. R.); el segundo el *Movimiento de Organización Venezolana* (Orve) y el tercero el *Partido Republicano Progresista* (P. R. P.) (131). Dentro del marco puramente político en el cual se movieron estos partidos, se perseguían ciertas reformas concretas de trascendencia económica como el parcelamiento de latifundios y la distribución de la tierra entre los campesinos que la cultivaban (reforma agraria); asistencia social por el Estado, lucha contra el analfabetismo, autonomía municipal, legislativa y judicial; libertad de expresión, pulcritud en el manejo de la cosa pública. *Orve,* por su parte, puso énfasis en definirse como una organización más técnica que política, mientras que el P. R. P., engendrado en medio del fervor popular de una gran *mitin,*

(131) En Maracaibo se fundó el Bloque Democrático Nacional (B. D. N.) con similares tendencias.

se mostró desde el principio como un movimiento de inconfundible contenido marxista.

Ante sí estas organizaciones contemplaban una reacción densa pero intimidada y desordenada. Sin embargo, pese a que ellas sí estaban unidas y a que llegaron a constituir un frente homogéneo bajo el nombre de *Bloque de Abril*, no supieron aprovechar al máximo las ventajas de aquellos momentos divididas como en el fondo se hallaban por los recelos y rivalidades que traían del exterior. Fue por esto por lo que, no obstante haberse juntado para pedir la disolución del Congreso, éste continuó actuando y fue el autor de la nueva Constitución nacional (1936) (132). "Este instante de duda — escribí en mi libro "Transición", — decidió la suerte de las organizaciones de la oposición. La tramazón formada de carrera en los momentos de terror siguientes a la muerte de Gómez, se quebrantó. Los numerosos elementos de relleno que habían buscado cobijo en los nuevos organismos para escampar el chaparrón, diéronse cuenta de que no tardaría en formarse una falange opuesta, suficientemente fuerte y organizada para resistir con éxito a los ataques de la izquierda. Y como todos ellos habíanse agrupado en ésta provisionalmente, la dispersión comenzó enseguida. Para hacerse perdonar aquella pasajera infidencia, los desertores ofrecieron a la nueva falange un arma formidable para la ofensiva: la calificación de comunista que fue esgrimida como un ariete formidable".

A partir de este momento la ventaja estuvo de parte de las fuerzas conservadoras, las que ya unificadas fundaron primero *Acción Nacional* y luego el *Bloque de Acción Nacional* (B. A. N.) cuya inmediata misión era formar una fuerza de choque similar a la *Sturm Abteilung* de Hitler. Como consecuencia de esta reacción el movimiento renovador fue cediendo terreno hasta casi quedar deshecho. El 14 de febrero de 1936 fue masacrado el pueblo en la Plaza Bolívar desde el edificio de la gobernación; en junio fracasó, por falta de organización y de madurez, una huega general decretada por el *Bloque de Abril;* enseguida entró en actividad la *Ley de Orden Público* y hubo plan de machete, toques de corneta y tiros. Finalmente, en un célebre juicio político no contencioso, la Corte Federal declaró comunistas a los partidos de izquierda que trataban de constituir el *Partido Democrático Nacional* y en esta virtud el gobernador de Caracas retiró los permisos que se habían otorgado a aquellas agrupaciones, tras de lo cual el presidente de la república decretó la expulsión del país de cuarenta y siete líderes que volvieron al exterior.

Pero ya el movimiento de oposición había tomado suficiente velocidad para ser detenido. Una nueva época se abría en la historia de Venezuela.

(132) También dio este Congreso la llamada *Ley de Orden Público* eminentemente represiva y conservadora.

Del seno de la Universidad surgían dos corrientes opuestas: una de izquierda — la *Federación de Estudiantes de Venezuela* presidida por Jóvito Villalba — y otra de derecha — la *Unión Nacional de Estudiantes* (U. N. E.), dirigida por Rafael Caldera —. Surgía también un organismo semi-oficial, el *Partido Agrario Nacional* (P. A. N.) inspirado por el Dr. Amenodoro Rangel Lamus que era entonces secretario general de la presidencia de la república. Mientras tanto, eludiendo la persecución de la policía, Rómulo Betancourt (133) mantenía la agitación y organizaba en la clandestinidad su actual partido *Acción Democrática.* Digno es de señalar, finalmente, un hecho muy significativo: en Caracas y otras regiones se trató de resucitar los viejos partidos históricos: el nacionalista *(Parc-Nac)* impregnado aún de cierto romanticismo mochista, y el liberal que volvía sus miradas más atrás en el tiempo, hacia los días de los Guzmanes. Pero se comprobó que ambos estaban definitivamente caducos.

Con todo, el presidente López Contreras supo mantenerse dentro del tono que quiso imprimir a su política desde el principio, un tono democrático y liberal. Su *Programa de Febrero,* en el que se acogían algunos de los postulados de la oposición, le colocaban en una posición respetable por su espíritu y por sus ideas superiores a aquellas con las cuales había convivido y a las que había prestado su apoyo en su juventud y su madurez. Esto le rodeó de un prestigio que puso a contribución con su autoridad de jefe del Estado para hacer elegir a su sucesor, el general Isaías Medina Angarita.

### *Medina Angarita o la democracia asfixiada por los demócratas (1941-1945)*

CUANDO López Contreras decendió de la presidencia dando cumplimiento a su solemne promesa de respetar la Constitución y de inaugurar una nueva era de vida republicana, el hombre que le sucedió y en cuya elección influyó su voluntad, aparecía como un nuevo enigma: 1º por su origen castrense; 2º porque era un desconocido en el campo político y 3º porque le rodeaba una vaga reputación de hombre autoriatario y violento que cuadraba con su apariencia física y con algunas peripecias y hábitos de su vida particular. Aquel hombre, empero, iba a proporcionar al país una impresionante sorpresa por su espíritu democrático, sus ideas renovadoras, su cultura moderna y amplia y su generosidad teñida de sentimentalismo.

Rodeado de tan positivas cualidades y acompañado de un escogido equipo de colaboradores civiles, no es de extrañar que el nuevo presidente trajese al gobierno un estilo nuevo, una clara conciencia de la misión que

(133) Hoy es presidente de la república y jefe del partido *Acción Democrática.* Gobierna en coalición con el partido *Copei* de Caldera. Villalba, líder de *Unión Republicana Democrática* volvió a la oposición.

le encomendaba la historia de su país y un sincero, casi angustioso propósito de eliminar del ambiente político toda desarmonía y toda violencia. Esta es la razón por la cual, aparte de sus esfuerzos por atraer a la convivencia de las ideas a los diversos grupos actuantes, Medina Angarita mantuvo con terquedad, hasta el momento mismo de su caída, su designio de gobernar sin persecuciones y sin secuestrados políticos. Quizá fue su excesiva confianza, casi rayana en la ingenuidad, lo que le condujo al fracaso. En este particular, y en el de sus orígenes étnicos — su madre era tachirense, su padre coriano — su carácter ofrece con el del mariscal Juan Crisóstomo Falcón similitudes que se acentúan en lo físico.

Desde luego, Medina iría en su democratismo más allá de López Contreras (134), tanto que éste no tardaría en asumir frente a él una actitud de censura y de oposición. Lo que daría motivo para que en las filas de los amigos y servidores comunes se formasen dos bandos que no tardaron en agredirse.

* * *

Para apoyar la política de Medina Angarita se fundó un nuevo partido, el *Democrático Venezolano* (P. D. V.). Eran días de reubicación y de renovada agresividad ideológica. Ya definidas las doctrinas políticas y disfrutando de la libertad que les garantizaba el gobierno, las fuerzas de oposición se habían reestructurado y actuaban con ímpetu en dos grandes corrientes: la comunista y la socialista-nacionalista representada por *Acción Democrática*. Esto último significa que cada corriente se desplazaba obedeciendo a un designio distinto: la primera, proyectada hacia horizontes dialécticos, ofrecía un relativo apoyo a Medina y al P. D. V., mientras que la segunda, movida por una incontenible impaciencia, hacía a aquéllos una guerra implacable sin ocultar su propósito de conquistar el poder inmediatamente.

Esta y otras circunstancias que se habían ido creando parejamente, habían modificado a tal punto la situación que el país entró desde entonces en un clima político tan peligroso como puede serlo el que surge cuando las instituciones armadas ceden al contagio de las ambiciones políticas. Y así, mientras el sector impaciente no vacilaba en estimular la ambición de la oficialidad militar descontenta, los miembros del P. D. V., hábilmente discriminados por el mismo sector, se escindían en dos alas opuestas y aún hostiles: un ala *negra* o *retardataria* (así fue llamada) y un ala que se denominó

(134) Implantó el impuesto sobre la renta, inició la reforma agraria, estableció el control de importaciones y la regulación de alquileres de casas. Todo esto le atrajo la antipatía de los conservadores.

*luminosa.* Y ocurrió lo previsto: como el cuervo de la fábula, el ala luminosa abrió el pico y dejó caer el queso en las fauces de la raposa.

El golpe cívico-militar (este fue el nombre eufemístico que se le dió) descargado contra el gobierno de Medina Angarita en 1945, tiene su origen en esta serie de circunstancias y un poco también en la terquedad con que el presidente mantuvo la tesis de que el país debía ser gobernado aún por un tachirense. Empecinado en este peregrino prejuicio y decidido, por otra parte, a cerrar el paso a una nueva administración de López Contreras, apoyó primero al Dr. Diógenes Escalante, e inutilizado éste por una inesperada dolencia mental, al Dr. Angel Biaggini, abogado distinguido pero sin otros antecedentes políticos que el haber sido secretario de la presidencia y ministro de agricultura. Se dice que de no haber enfermado Escalante el golpe de 1945 no se habría producido. Ello es posible. En todo caso es dudoso que hubiese sido elegido Biaggini pues López Contreras contaba con mayoría en el Congreso.

### *Primer gobierno de Acción Democrática (1945-1948)*

LAS RAZONES que adujeron los jóvenes militares para insurgir contra el régimen de Medina Angarita fueron la supuesta descomposición en que había caído el país a consecuencia de aquella política turbia y confusa que había propiciado para la designación de su sucesor, el abandono en que había dejado al ejército y el apoyo que venía dando a los comunistas. Ellos, los oficiales juramentados para salvar la república, se manifestaban exentos de ambiciones de predominio, y para demostrar su desinterés llamaron a gobernar al único partido de oposición de aquellos momentos: *Acción Democrática.* La verdad, empero, era otra. Si había en efecto desinterés en los golpistas castrenses, este desinterés no era unánime. Bastaría recordar la preponderancia que tuvieron entonces los militares en el orden social, político y económico, el papel que desempeñaron en el gobierno de facto oficiales como Mario Vargas y Carlos Delgado Chalbaud y la actitud que asumió Marcos Pérez Jiménez, para convencerse de lo contrario.

Las proyecciones que un acontecimiento de esta naturaleza tiene en la vida de la república, en los tiempos que corren, no deben ser ignoradas o subestimadas en una historia de los movimientos sociales, pues un fenómeno semejante no puede ser apreciado hoy con el mismo criterio que se aplicaba al estudio de las insurgencias armadas del siglo pasado. Pérez Jiménez, quien fue de los principales directores del movimiento que derrocó al presidente Medina y que más tarde echó también por la borda al presidente Gallegos, no reclamaba el poder para sí, como un caudillo cualquiera, sino para una clase profesional — la suya — provista de una tesis y de una doctrina radi-

calmente opuestas a las que han servido de sustentación filosófica a la democracia política. La tesis, circunscrita al caso venezolano, era la de que los gobiernos civiles habían demostrado ya inequívocamente su inmoralidad y su incompetencia, y que sólo las instituciones armadas poseían la suficiente capacidad técnica y honestidad administrativa para manejar el país; en cuanto a la doctrina, su conclusión era radical: la democracia en sí misma está plagada de vicios, es débil y conduce inevitablemente al fracaso.

* * *

Tres años había de durar el experimento cívico-militar auspiciado por *Acción Democrática*. En 1948 fue elegido presidente de la república el escritor Rómulo Gallegos y ese mismo año, en noviembre, un nuevo golpe de fuerza encabezado por Pérez Jiménez y otros compañeros (entre ellos Delgado Chalbaud que era ministro de Gallegos) echó por tierra al gobierno constitucional y reinició las persecuciones y las represiones políticas.

*Marcos Pérez Jiménez. La doctrina y el hecho (1948-1958)*

LA DECADA que sigue contiene la historia de la exaltación y caída de Marcos Pérez Jiménez. Derribado Gallegos y desbandado, perseguido y hostigado de todas formas el partido en que se apoyaba, ocupa el gobierno con carácter provisional una junta integrada por tres tenientes-coroneles: Carlos Delgado Chalbaud, quien la preside; Marcos Pérez Jiménez, quien toma para sí la cartera de la defensa (ramo militar), y Luis Felipe Llovera Páez, ministro de relaciones interiores (ramo político). Esta junta actúa por delegación de una especie de *Gran Consejo* elegido en los cuarteles y al que tienen que consultar y rendir cuenta sus integrantes. Una es la consigna inmediata: Venezuela no necesita de partidos ni de luchas de ideologías, pues su más imperiosa necesidad es la de su engrandecimiento material y desarrollo técnico. Se producen, sin embargo, ciertas interferencias políticas que hacen confusa la situación pues subsiste un partido de filiación democrática que, lejos de ser perseguido, mantiene relaciones indirectas con el gobierno a través de la secretaría de la junta. Parece, por otra parte, que Delgado Chalbaud, hombre culto educado en Francia, siente escrúpulos de conciencia e imprime a la situación un carácter puritano y austero. De pronto este panorama cambia radicalmente. Delgado Chalbaud es asesinado en forma tan brutal como misteriosa (135) y entra a sustituirlo un civil, el abogado Germán Suárez Flamerich, quien recibe la investidura de presidente de la nueva junta. Al

(135) Autores materiales de este repugnante atentado fueron Rafael Simón Urbina y un grupo de cómplices suyos.

mismo tiempo se hace sentir una extraña influencia que parece encaminada a legitimar aquel régimen mediante una consulta popular promovida de prisa y en la que ha de participar, como rival del gobierno, el único partido político que no había sido disuelto: *Unión Republicana Democrática.* Y aquí se produce el tercer golpe de fuerza precipitado por Pérez Jiménez quien al advertir el inevitable triunfo del candidato de U. R. D., Jóvito Villalba, disuelve la junta y se proclama presidente de la república. Innecesario parece decir que junto con el secretario y el presidente civiles que habían aconsejado aquellos malaventurados comicios, tuvieron que salir del país el candidato Villalba y otros directores de su partido. Esto ocurrió a fines de 1952.

* * *

De 1953 a 1957 gobierna solo Pérez Jiménez quien ya ostenta el grado de general. Poco a poco se había ido desembarazando de sus compromisos iniciales y ya no consultaba al gran Consejo castrense. El país poseía una nueva Constitución (la de 1953) y él era el presidente, con las mismas atribuciones aunque no con los mismos deberes que establecían, sistemáticamente, las Cartas tradicionales. Eliminada la ficción federal (la que se había conservado como un tributo simbólico a las ideas de unos próceres que creyeron sinceramente en la virtualidad democrática de ese sistema) la nación dejó de titularse *Estados Unidos de Venezuela* para volver a la antigua fórmula de 1830 a 1864: *República de Venezuela.* Y aunque las entidades que concurrían a integrar la unidad siguieron llamándose *Estados,* sus gobernantes no fueron ya, ni siquiera teóricamente, presidentes autónomos sino gobernadores designados por el presidente de la república. Nunca caudillo alguno se sintió más poderoso y autosuficiente ni confió más en su maquinaria policial para sustentar su poder. Pero ocurrió lo que tenía que ocurrir: que esta maquinaria en la que Pérez Jiménez cifraba su fuerza, fue su debilidad y su ruina. Multiforme, pródiga en recursos, dotada de carta blanca para perseguir, encarcelar, torturar, desterrar y aún para eliminar a civiles y militares suspectos, esta tenebrosa *Gestapo* criolla no llegó a adquirir suficiente eficacia técnica para contrarrestar la simultánea reacción del Ejército traicionado, de los partidos políticos perseguidos, de la burguesía capitalista amenazada en sus intereses por la actividad empresarial del Estado, de la pequeña burguesía agobiada de impuestos y del pueblo irritado por tanto alarde de poderío. Todos estos factores reunidos se dieron cita la madrugada del 23 de enero de 1958 para derribar aquel curioso gobierno que

un mes antes había sido masivamente ratificado en ua peregrina consulta plebiscitaria.

*Segundo gobierno de Acción Democrática. Rómulo Betancourt presidente*

LA SITUACION actual es la resultante de aquel acontecimiento. Con el regreso de los políticos desterrados se restablece el juego de la democracia institucional y mientras se convoca a elecciones gobierna el país una junta provisoria compuesta de cinco miembros — civiles y militares — que preside el contralmirante Wolfgang Larrazábal. En 1959 abandona Larrazábal la junta para lanzar su candidatura presidencial y lo sustituye en la presidencia de aquella el abogado Edgard Sanabria. Tres son los aspirantes calificados: el contralmirante, a quien apoyan los comunistas y el partido U. R. D.; Rafael Caldera, líder del partido social-cristiano *Copei,* y Rómulo Betancourt, fundador y conductor de *Acción Democrática.* Y Bentancourt, sale presidente para un período de cinco años: 1959-1964.

En realidad las condiciones en que se produjo este triunfo no fueron tan decisivas que el partido triunfante pudiera asumir por sí solo la responsabilidad del gobierno. Particularmente en Caracas, región que ya sobrepasa el millón de habitantes y en la que la pugna ideológica alcanza una creciente complejidad, los comicios arrojaron un saldo favorable al contralmirante Wolfgang Larrazábal, candidato de los grupos de izquierda, que había logrado una reacción sentimental de las gentes impresionables y de una clase media sin experiencia política. Ante una situación tan incómoda, Betancourt optó por hacer un gobierno de coalición y a este efecto dió cabida en el suyo a los otros partidos con excepción de los comunistas. Sin embargo, esta coalición quedó pronto reducida a *Acción Democrática* y al *Copei* a causa de las desavenencias que determinaron a U. R. D. a abandonarla.

Para el momento en que se traza este panorama podría decirse que el problema es el mismo de 1960 si nuevas complicaciones no hubiesen venido a agravarlo después a consecuencia de discrepancias internas ocurridas en la propia *Acción Democrática* y que han ocasionado el fraccionamiento de este partido y con ello la multiplicación de los grupos de oposición al gobierno (136). El motivo aparente de esta discrepancia es la tendencia modera-

(136) La primera escisión del partido gobernante se produjo en 1960 y condujo a la formación de un nuevo grupo de oposición radical denominado *Movimiento de Izquierda Revolucionaria* (MIR). La segunda acaba de consumarse ruidosamente (diciembre de 1961) provocada por un grueso sector denominado *ARS* que pretende reunir a la mayoría del partido y que en tal virtud habla y actúa en nombre de éste contra el ala llamada "Vieja Guardia" en la que se encuentran Rómulo Betancourt, Rómulo Gallegos, Raúl Leoni, (presidente del partido y del Senado de la república) y otros.

dora de Betancourt en la que se advierte el influjo de su alianza con el *Copei,* a saber:

Adhesión a la política de Estados Unidos.
Condenación radical del régimen de Fidel Castro en Cuba.
Inclinación a pactar con la burguesía plutocrática criolla.
Propensión a revisar las relaciones con la Iglesia en un sentido más complaciente para ésta.
Devaluación del bolívar.

XI

## BAJO EL SIGNO DEL PETROLEO

### *De la Venezuela agrícola a la petrolera*

PARA COMPRENDER lo que significa Juan Vicente Gómez en la historia de Venezuela no hay más que observar su conducta con relación al petróleo. Hombre profunda e intransferiblemente telúrico, sólo una mentalidad cual la suya, vinculada toda a la tierra, podía frenar durante más de tres lustros la inevitable transformación de la cultura de su país, la cual, de haber seguido en una forma lógica la trayectoria que le trazaba el imperativo económico, habría tenido que comenzar a adquirir una nueva fisonomía desde la segunda década del siglo XX.

Hasta el momento en que se inició la explotación comercial del aceite extraído en las riberas del lago de Maracaibo (137) la economía y la cultura de Venezuela fueron legítimamente agrarias. A través del maíz, fruto aborigen; del cacao, el tabaco, el azúcar y el algodón, riquezas de la Colonia, y del cafè, riqueza republicana, se traza una imagen espiritual coherente que abarca cuatro siglos de historia y que sintetiza todas las expresiones de la vida social: la educación, la política, el arte, la religión, el heroísmo, el amor y las relaciones humanas (la urbanidad). Este espíritu está impregnado de esencias ecológicas y su acento es cortés y caballeresco, replegado en una puntillosa concepción del honor. El bosque, fuente de poesía, el árbol, emblema de fe y de lealtad, las flores dotadas de su propio lenguaje, las corrientes y los alcores, son sus símbolos sustantivos. También es vegetal la palabra y por eso vale como un documento. Se ha desempolvado recientemente una vieja escritura de 1835 (138) por la que un grupo de vecinos de Santa Lucía convienen en remitir todas sus diferencias y pleitos "de cualquier naturaleza y

(137) Los primeros yacimientos descubiertos fueron: *La Petrólea* (1878); *Guanaco* (1913), *Mene Grande* y *El Totumo* (1914). El primer pozo fue perforado este último año en la formación *La Quinta*, pero la producción fue pobre y discontinua hasta 1922 que es cuando revienta el famoso pozo R-4 de la Shell que arroja 100.000 barriles diarios de aceite pesado y que abre la era de la prosperidad petrolera venezolana (*Convención Nacional de Petróleo.* Ministerio de Minas e Hidrocarburos.—Caracas, 1951).

(138) *El Universal*, 19-12-61.

cuantía que sean", a juicio de árbitros arbitradores y amigables componedores, porque si la pequeña parte de tiempo que puede emplear el hombre en adquirir lo necesario para conservar la existencia "se ha de repartir también entre los disgustos que acarrean la envidia, el desordenado amor propio y sobre todo el interés con todas las demás pasiones que él excita, es evidente que faltará el necesario para el trabajo y que a todos estos males se agregaría la miseria, producida por esa falta de tiempo perdido, que en tal caso se emplea en los pleitos y en los medios de ejercitar la venganza que ellos inspiran"... Este sentido filosófico y convivencial de la vida es típico de la sociedad agraria que terminará para Venezuela al comenzar la explotación del petróleo. Sin embargo, es tal la fuerza telúrica de Gómez que éste logra conservar ese ritmo hasta el día de su muerte, pese a las impaciencias de la nueva sensibilidad que despertaba a su alrededor.

Rota la represa a la muerte del dictador, en la vida venezolana irrumpe el gran viento ideológico que ya doblegaba en el mundo los grandes árboles de la cultura liberal, y penetran con él las formas nuevas del materialismo: la maquinización de la vida industrial y doméstica, las doctrinas socializantes del trabajo y de la riqueza, las tendencias deshumanizadoras o abstractas del arte, la rebeldía contra la vieja concepción del derecho y de la moral, y una sinceridad descarnada y brutal en las relaciones humanas. Igual que ha ocurrido en los demás países occidentales, la historia de Venezuela, durante el último cuarto de siglo, es la historia de una gran pugna entre las viejas y las nuevas ideas, entre el humanismo renacentista y el materialismo marxista.

### *Antecedentes del petróleo venezolano*

EL PETROLEO se asoma a la historia de Venezuela desde los mismos tiempos de la conquista española. Se muestra en Cubagua en contraste con las perlas de aquella región y hace señales en el lago de Maracaibo. Aunque ya se conocían sus diabólicas propiedades — como que se le llamaba *estiércol del diablo* — nadie podía sospechar entonces su futura grandeza. Dos alcaldes de Maracaibo, Rodrigo de Argüellos y Gaspar de Párraga, hablan de sus afloramientos en las riberas de la laguna, y otros cronistas refieren como los piratas ingleses, holandeses y franceses iban a proveerse de él y hasta se disputaban su posesión.

Ya independiente el país y en su penosa marcha la república, el Dr. Vargas menciona el petróleo como medicina. Próxima estaba la época en la que el coronel Drake iniciaría su explotación industrial para su utilización en el alumbrado, y no muy lejana la de su revelación como fuerza motriz. Entre una y otra etapas hay que colocar la fecha en que Guzmán Blanco firma

con el norteamericano Horace R. Hamilton el primer contrato para explotar el asfalto venezolano que se producía en el desaparecido estado Bermúdez (actuales estados Sucre, Monagas y Anzoátegui).

Este contrato tiene fecha de 15 de setiembre de 1883 (año centenario del natalicio del Libertador) y por él el señor Hamilton obtenía exoneraciones para importar los instrumentos necesarios a su industria, autorización para navegar los ríos de la región y otras franquicias por el estilo (139). Fue esta la forma que halló Guzmán Blanco para contrarrestar el fracaso de su proyectado *Protocolo Rojas-Pereire* mediante el cual una gran empresa francesa explotaría todas las riquezas naturales de Venezuela, y fue así como penetró en este país el capital norteamericano. Era la iniciación de una nueva etapa en la vida de la pequeña república tropical la que encontraría en este camino experiencias desconocidas, sinsabores y humillaciones.

En realidad Hamilton no era un industrial sino un gestor de negocios. Un año después, en noviembre de 1885, traspasaba su concesión a la *Compañía Anónima New York and Bermudez* establecida según las leyes del estado de Nueva York, la cual emprendió la explotación en Guanoco bajo la dirección del ingeniero A. H. Carner quien en 1891 estuvo en capacidad de embarcar los primeros cargamentos de asfalto.

Con esta concesión, la *New York and Bermudez Company* se ponía en condiciones de competir en el comercio mundial con la *Trinidad Asphalt Company* de New Jersey, que hasta entonces había controlado la industria del mineral como propietaria de la explotación de Pitch Lake en la isla británica. En 1893 se produce una crisis financiera que dificulta sus operaciones a la *Bermudez* y ésta vende sus acciones a la *Trinidad Lake Asphalt.* En 1898 es ésta adquirida por *The New York Trinidad Lake Asphalt Company Limited,* con sede en Londres, y aquí entran los ingleses en el negocio del asfalto venezolano. Un año después (1899) la empresa inglesa se incorpora a la *Asphalt Company of America* y de esta manera se forma el primer trust del asfalto.

En 1900 se produce una nueva combinación: *The National Asphalt Company* adquiere las acciones del aceite venezolano y en 1901 esta Compañía, igual que las anteriores, es demandada por deudas y pasa a manos de depositarios legales. Pero en 1903 se reorganiza el trust con el nombre de *General Asphalt Company* y con esto se completa el proceso del negocio aceitero (140) o más propiamente, asfaltero, en aquellos primeros tiempos.

(139) Fue ratificado por el Congreso en decreto de 5 de junio de 1884, ya elevado Crespo a la presidencia. Este último le pone el ejecútese. V. el libro de Thurber, *Origen del Capital Norteamericano en Venezuela,* antes citado.

(140) También fue explotado el asfalto de Venezuela en aquellos tiempos por una empresa venezolana instalada en el Táchira por el tachirense Manuel Antonio Pulido. Pero esta explotación no desbordó los límites regionales.

Pocos fueron los beneficios que derivó Venezuela de tal negocio a lo largo de los gobiernos que se sucedieron después del de Guzmán Blanco. Arrastrado por su impulsivo y declamatario nacionalismo, al enterarse de que el trust del asfalto trataba de sobornar a los jueces del estado Bermúdez con el fin de obtener privilegios al amparo del régimen federal, Cipriano Castro montó en cólera y reformó el tribunal sobornado con lo que se ganó la ojeriza de los capitalistas sobornadores. Y este es el origen de una siniestra conspiración en la que aparece envuelto el hacendista venezolano Manuel Antonio Matos quien arrastrado por sus ambiciones presidenciales organiza un movimiento armado — la revolución llamada Libertadora — para el cual recibe ayuda monetaria de los concesionarios norteamericanos del asfalto venezolano.

Los pormenores de este turbio negocio están relatados a base de documentos por el norteamericano O. E. Thurber cuyo libro ya hemos citado. Matos resarciría las inversiones del trust en su empresa guerrera con privilegios particulares para la explotación del asfalto y de otras riquezas naturales de Venezuela. Con el dinero que aquellos capitalistas le dieron compró un buque — el *Bahn Righ* — y equipó un ejército reclutado en las regiones de Oriente, del Centro y de las llanuras. Pero si el señor Matos, hombre acaudalado, antiguo socio y pariente de Guzmán Blanco, era un buen comerciante y hábil banquero, como caudillo guerrero distaba mucho de poder medirse con Castro. Refinado, pulido, hecho a la vida de los balnearios y de las asambleas financieras, es fama que para llenar su papel de general en campaña en los tórridos llanos de Venezuela, montaba a caballo de levita y sombrero de paja fina, guantes blancos y quitasol.

Innecesario es decir que *la Libertadora* fue deshecha por Castro, mas sus repercusiones iban a ser catastróficas para la economía y para la reputación del país. El bloqueo de los puertos venezolanos, en 1902, por buques de guerra europeos, fue consecuencia de aquella aventura cuyos gastos impidieron al gobierno venezolano pagar a las irritadas potencias las cuotas de las deudas pendientes.

### *La fabulosa riqueza*

A PRINCIPIOS de este siglo, con el perfeccionamiento del motor de explosión interna, se abre un nuevo horizonte, un panorama de perspectivas inusitadas a la civilización de Occidente. Utilizado principalmente para máquinas lentas, para el alumbrado, para la pavimentación de calzadas y para otros usos de menor trascendencia, el petróleo hasta entonces no representaba un elemento de primer orden para el poderío de las naciones; mas con los nuevos inventos llamados a revolucionar las industrias y los transportes y a conver-

tirse en clave para la paz y para la guerra, la gasolina, que antes se desechaba por inútil y peligrosa, se convirtió en el producto más importante de nuestro tiempo. Desde entonces este producto estaría asociado a todo cuanto significase predominio y riqueza. El automóvil, el avión, la electricidad y la fuerza motriz aplicada a las fábricas, adquirieron a su conjuro nueva potencia. Países menesterosos y semibárbaros pasarían de la extrema pobreza a la mayor opulencia por el sólo hecho de poseerlo, y Venezuela fue uno de éstos. Repleto su territorio del negro aceite desde las costas hasta el fondo de las llanuras, al extraerlo a la superficie y convertirlo en dinero, su signo económico y cultural cambió substancialmente creando en sus gentes una nueva sensibilidad y en consecuencia una nueva forma de vida.

La iniciación de este período del petróleo venezolano se produce, como se ha dicho, en el lago de Maracaibo en el primer cuarto de nuestro siglo que es cuando comienza la explotación comercial del producto con destino a sus nuevas aplicaciones. De consiguiente es al gobierno de Gómez al que beneficia la inusitada riqueza. Sin embargo, ignorante de su significación potencial, aquel hombre rústico, de espíritu aldeano, cuyo poderío se sustentaba en la desconfianza y la represión, adoptó ante la inesperada fortuna una actitud recelosa que lo llevó a dar carta blanca a las compañías extranjeras para todo lo concerniente a la explotación. Y como es natural estas empresas se manejaron de modo que la mayor parte de los beneficios fueron canalizados hacia sus arcas. Mientras Gómez vivió, las regalías o royaltis que recibió la nación no excedieron del 30 por ciento y los impuestos de exploración y de explotación fueron casi insignificantes. En cambio de esto las compañías disfrutaron de toda clase de privilegios: exención de derechos de importación y de exportación; uso indiscriminado de los territorios nacionales y municipales donde hubiese yacimientos; fijación del régimen de salarios, ausencia de obligaciones asistenciales, de remuneraciones especiales, de conflictos de trabajo. Como al dictador le inquietaban las aglomeraciones obreras, las refinerías se instalaron fuera del país.

Desde cierto punto de vista, aquella liberalidad del Estado venezolano hubiera podido explicarse como un halago al capital extranjero en un país despoblado, pobre y carente de técnica, mas la verdad fue otra: aquello significaba ignorancia, insensibilidad y egoísmo. La corriente de dinero que de pronto inundó el país para financiar las primeras instalaciones, el contacto del oro que se puso a circular en todas las manos, incluso en las de los muchachos aldeanos, fue un impacto demasiado violento para la psicología de un pueblo habituado a las privaciones, analfabeto en su mayoría, enfermo de paludismo, mal nutrido y repleto de supersticiones y de prejuicios. Gómez halló en esta riqueza y en el fenómeno psicológico que produjo, la definitiva sustentación de su régimen y se constituyó en guardián fiel y complaciente

de las empresas que la traían. Fue el *guachimán* número uno de las compañías petroleras.

Incrementada la producción bajo tan halagüeños auspicios, Venezuela se colocó en el segundo puesto como exportador de petróleo en el mundo. Pocos competidores había y para completar este cuadro, México nacionalizó su petróleo con lo que los capitales extranjeros que allí operaban se trasladaron a Venezuela. Si en los trece años que abarcan de 1922 a 1935 (fecha de la muerte de Gómez) se hubiese actuado con un sentido más amplio y más responsable; si el país hubiese podido vencer el criterio primitivo y cerrado de aquel gobernante, seguramente se hubiese podido aplicar la transitoria riqueza a la creación de una economía sólida y permanente; pero nadie pensó entonces en esto, o por lo menos nadie lo dijo si se exceptúa al Dr. Gumersindo Torres quien como ministro de Gómez se atrevió a insinuar algunas observaciones.

Al morir el viejo ditcador le sucede, como se ha dicho, el general López Contreras quien rompe el círculo mágico sancionando una nueva legislación petrolera. Por esta legislación se aumentan los beneficios de la nación y se abre el campo a una política protectora de los trabajadores. La meta ideal era entonces que esta industria produjera al país la mitad, por lo menos, de sus beneficios. Ello se logrará bajo Medina Angarita a quien corresponde crear una nueva fuente de ingresos fiscales: la del impuesto sobre la renta (1942-43).

### *Contribución económica del petróleo*

EN UN ESTUDIO publicado en 1954 (141), por el economista venezolano Dr. Alfonso Espinosa, aparece que los ingresos nacionales correspondientes a los años de 1936 (primero de la administración de López Contreras), 1949 y 1952, fueron, según cálculos del Banco Central de Venezuela, los siguientes:

| | | |
|---|---|---|
| 1936 .. .. .. .. .. .. .. ..Bs. | 1.500 | millones de bolívares. |
| 1949 .. .. .. .. .. .. .. .. " | 7.352 | millones de bolívares. |
| 1952 .. .. .. .. .. .. .. .. " | 9.158 | millones de bolívares. |

Estas cifras dan idea del desarrollo de la industria del petróleo en este país, a partir de la desaparición del régimen gomecista. La inyección de dinero que aporta a la economía nacional representa aproximadamente el 95 por ciento de todos los ingresos provenientes del exterior. "El dinero que

(141) *Revista Shell*, Diciembre de 1954.

las compañías petroleras han traído al país — escribía Espinosa — y que han cambiado al Banco Central de Venezuela por bolívares, monta a la cantidad global de 4.530 millones de dólares, o sea, aproximadamente, 24.000 millones de bolívares al tipo de cambio de Bs. 3,09 por dólar. Este dinero — explicaba el nombrado escritor — se destina en parte a cubrir los gastos propios de las compañías en el país, o sea el pago de salarios y la adquisición de bienes y servicios, y, en parte, a satisfacer las regalías y las tasas de impuestos del Estado. Esta última parte la difunde el Gobierno en el país por medio de los gastos públicos, salvo una porción relativamente moderada y variable que destina a sus propias importaciones".

Todo el movimiento financiero venezolano está, pues, regido por esta brújula: la riqueza pública y la privada, el circulante en manos del público, las transacciones bancarias, la industria y el comercio. Los presupuestos fiscales y las importaciones son renglones reveladores. De 1947 a 1952 los primeros no bajan de los 5.000 millones de bolívares al año y permiten emprender un intenso programa de obras públicas que luego queda interrumpido (grandes autopistas y carreteras, aeropuertos, obras de riego, un dique seco en Puerto Cabello, una fábrica — la *Petroquímica* — para elaborar fertilizantes, explosivos y colorantes derivados del petróleo, un ferrocarril entre Puerto Cabello y Barquisimeto que pretende ser la primera etapa de un sistema que comunique el Táchira con los Llanos orientales, la electrificación del país); las segundas alcanzan a 2.800 millones en 1948 y a 2.400 en 1952. "Ahora bien — dice Espinosa — averigüemos qué se hace el dinero que las compañías petroleras traen al país, es decir, a dónde va a parar en su circulación. La mayor parte sale del país convertido nuevamente en dólares, para pagar el precio de las mercancías y servicios que se reciben del exterior". Esto quiere decir que en treinta años no se ha cambiado de mentalidad ni de métodos, no se ha pensado en edificar para el porvenir. El fabuloso Pactolo pasa por las manos del venezolano dejando en algunas de ellas un poco de su substancia pero sin cumplir la misión permanente de la riqueza.

El estudio de Espinosa es fehaciente (ha sido ministro de hacienda y director del Banco Central) pero demasiado simplista. La población de Venezuela, señala, ha estado recibiendo en los últimos años un ingreso real por persona de más del doble de lo que recibió en 1936, pero no dice que en la misma forma se ha estado gastando a causa de la consiguiente inflación. La vida se ha llenado de necesidades artificiales, muchas de ellas supérfluas, y de hábitos dispendiosos. Venezuela se ha convertido en un pueblo de nuevos ricos (142).

(142) Acerca del tema del petróleo véase *De una a otra Venezuela*, por Arturo Uslar Pietri.

## *La psicósis de la riqueza*

EN 1840 escribía Antonio Leocadio Guzmán que las conmociones subsiguientes a la guerra de la independencia habían producido tal empobrecimiento que las familias más distinguidas, incluso las que poseían propiedades territoriales, no podían permitirse el lujo de servir gallina en sus mesas ni de destapar una botella de vino. Esto lo repite después Teresa de la Parra, la que al recoger recuerdos de su familia, señala como las señoras de más elevada alcurnia perfumaban sus ropas con albahaca y otras plantas del campo porque carecían de dinero para comprar agua de colonia.

Después de la ruinosa guerra federal, gracias a la reparadora política de Guzmán Blanco, la economía venezolana fue mejorando y la pobreza mostró una faz menos dura. Sin embargo, la vida continuó siendo parca y la necesidad de medir sus gastos enseñó a los venezolanos a ser discretos. Hubo elegancia pero sin ostentación, y el buen gusto, el *savoir vivre* de las gentes de pro se hizo notorio en las expresiones de la cultura: en el arte, en la literatura, en los conocimientos y en las buenas maneras. Fueron tiempos en los que hombres y mujeres mostraron preferencia por los atributos espirituales y desdén por las vulgares apetencias de la materia.

Esta ética de la vida social duró en Venezuela hasta la tercera década del siglo actual, cuando cambió bruscamente. Todo se rigió en adelante por el afán del dinero y todo fue medido por éste. Un ansia de acumular riquezas con rapidez, sin reparar en los medios, absorbió la voluntad colectiva y el instinto se desbridó atropellando al espíritu. Convertirse en millonario llegó a ser algo tan fácil, tan al alcance de cualquier ambicioso, como salir de paseo. Puede decirse que fue este el nuevo avatar de la democracia, y si la Federación hizo libres a los antiguos esclavos, el petróleo los puso en camino de enriquecerse. Pero sobre todo los hizo voraces que es una forma de volver a la esclavitud.

Necesariamente esta psicósis, contagiosa como las bubas, fue una enfermedad social y hubo de reflejarse en las instituciones sociales: en la justicia, en el hogar, en la concepción del honor, en el amor y en el arte. Durante casi cuarenta años ha sido la norma de los valores de la cultura y de las relaciones entre los hombres. Aun en los días que corren es ella la que rige la vida social, la que constituye la meta por excelencia de toda actividad, cualquiera que sea el campo en que ésta se desarrolle. Sin embargo, ya esta moral y esta concepción no descansan sobre la misma base de despreocupado optimismo, pues desde 1958, a raíz de la caída de Pérez Jiménez, la bonanza ha sufrido un violento frenazo.

Se ha dicho que todo aquel bienestar que se creyó permanente fue transitorio y ficticio; que el fabuloso auge de los negocios y de las ganancias

sin límites descansó sobre un programa de construcciones que se desarrollaba a base de fraudes, de ingresos hipotéticos y de compromisos irreflexivos. Pero, cierto o no, esto no es lo fundamental. Lo es que el petróleo ha dejado de ser la fuente segura e inagotable que se creyó. Los cálculos más prudentes demuestran que sólo quedan reservas de aceite explotable para unos treinta años. Además, otros riesgos se ciernen sobre la industria: la posibilidad de que se descubra un energético más eficaz y económico, la concurrencia de otros países productores que ofrecen condiciones más atractivas a los explotadores, la modificación de las áreas de influencia internacional dentro del mapa de las ideologías político-sociales y sus resonancias sobre la economía petrolera. En los últimos años, en los que la crítica que se hace al gobierno pone su acento en la política del petróleo, el horizonte se ha tornado sombrío. Se vislumbra una crisis que puede llevar a una bancarrota y a imprevisibles perturbaciones de toda índole. A pesar de que el prosupuesto de ingresos fiscales se mantiene en los 5.000 millones anuales, el gobierno ha tenido que reducir los sueldos de la copiosa burocracia y aumentar las contribuciones. Además, ha necesitado recurrir a los empréstitos exteriores y que alterar el cambio de la moneda, elevándolo de Bs. 3,35 a Bs. 4,60 por dólar (143).

*El interrogante*

EN UN ESTUDIO que publica la Revista *El Farol,* órgano de la compañía Creole (144), el panorama contrasta con el que pintaba el economista Espinosa siete años atrás. "Para darnos una idea de la magnitud e importancia de las percepciones mencionadas — señala "El Farol" refiriéndose a los ingresos del Estado venezolano — basta observar que para los años 1958, 1959 y 1960 los ingresos del Tesoro provenientes directamente de la industria petrolera, representaron el 60%, el 55,1% y el 50,3% respectivamente del total de los ingresos del Gobierno, incluyendo los derivados del crédito". Y calcula que en los trece años de 1947 a 1960 las empresas que operan en el ramo pagaron directamente al Estado aproximadamente 26,175 millones de bolívares por concepto de los diversos impuestos que las afectan. Esto, sin embargo, no significa que el país haya recibido mayor riqueza sino que los papeles se han invertido. Para 1943 la aspiración consistía en que los beneficios del petróleo se dividieran por mitad entre la nación y las com-

(143) Se dice que la causa principal de este desequilibrio fue la desorbitada administración de la Junta provisional que dirigió el Contralmirante Larrazábal, la que para canalizar el desorden político y para aliviar una situación de paro forzoso, creó un *Plan de Emergencia* que no solo drenó el tesoro de la nación, sino que tuvo lamentables consecuencias de desmoralización colectiva.

144) Noviembre-diciembre de 1961.

pañías explotadoras. Hoy, gracias a las reformas que se han introducido en los últimos años y principalmente a la que se hizo a la ley del impuesto sobre la renta en 1958, la proporción es del 70% para la nación y del 30% para las compañías. Esto es lo que dice la Creole. ¿Y qué se ha logrado con ello? Reducir los ingresos pues el petróleo venezolano, encarecido en sus costos de producción, no puede competir con el de otros países y pierde mercados. "Cada mercado que pierde la industria al no poder competir — señala el vocero de la Creole — se refleja inmediatamente en forma adversa sobre la economía nacional, pues afecta los ingresos del Tesoro, y resulta en el aplazamiento de proyectos nacionales esenciales, disminución de las oportunidades de empleo, y otras consecuencias indeseables".

¿Qué perspectiva ofrece esta situación para los años venideros? ¿Cómo repercutirá esta inminente crisis en la estructura social del país?

XII

# LA VENEZUELA QUE MIRA AL FUTURO

## *La nueva ciudad*

MAS QUE NUNCA Caracas es hoy el espejo en el cual Venezuela mira su imagen. Un espejo deformador y caricaturesco, debido a la manera inarmónica como se ha desenvuelto la vida de la nación, pero espejo integral y desde luego dramático.

De la ciudad vegetal solo quedan escasos y dispersos vestigios: la *Casa Natal del Libertador,* inevitablemente modificada en algunos aspectos: la *Quinta de Anauco,* en San Bernardino, que fue vivienda de los marqueses del Toro, acondicionada hoy para *Museo Colonial;* la casona de la hacienda La Vega, que en su origen perteneció al conquistador Garcí González de Silva y más tarde al conde de Tovar; la *Cuadra Bolívar,* residencia campestre donde se conspiró contra el dominio español convertida hoy en una ruina e invadida por *garages,* talleres para automóviles y otros infecciones de nuestro tiempo; algunas viviendas en las barriadas de *San José* y *La Pastora* y alguna que otra edificación campestre conservada como pintoresco recuerdo en los que fueron los cafetales del *Este* y que son en la actualidad el Country Club y otras urbanizaciones residenciales.

Si se considera que para 1935 Caracas era todavía la *urbs lutea,* estrecha y aldeana, que describió Pedro Núñez de Cáceres, necesario es reconocer que esta es una de las ciudades americanas que con mayor celeridad y radicalismo se han transformado para adaptarse a las características de la vida de nuestro tiempo. Conservador como buen montañés, Gómez actuó como una represa no solo frente a las corrientes de la política sino frente a todo movimiento del pensamiento y del arte que pudiera representar una inquietud revolucionaria. La remodelación de la capital, la apertura de nuevas arterias, la construcción de edificios modernos habría significado una perturbación en su vida y en el régimen de ese gran hato que fue para él la república, y por esto se opuso a semejantes trabajos tozudamente. Tal es la razón por la cual cuando López Contreras ascendió a la presidencia, la ciudad metropolitana seguía siendo un conglomerado de casas de una y dos plantas, de tapias en

su mayor parte, con techos de teja y calles estrechas pobladas de postes por los que corrían en pesadas y enrevesadas madejas los cables del teléfono y del alumbrado.

El cambio se operó con celeridad, como un decorado de teatro al terminar un acto, mas no con igual precisión. Hubo planes previos, entre ellos el que presentó el arquitecto Mauricio Rotival, pero no se siguieron al pie de la letra. Por esto puede decirse que la reconstrucción caraqueña se hizo un poco a la diabla y se ha proseguido del mismo modo, nivelando colinas y derribando *manzanas* de viejas casas para abrir avenidas. Los requerimientos del tránsito, la incesante necesidad de hacer caminos a la invasión de nuevos vehículos, es el imperativo que rige esta actividad. Al ver como avanza el río de los automóviles se tiene la sensación de estar en presencia de un monstruo del Apocalipsis que engulle los edificios, los parques y los viejos paisajes.

En realidad lo que hoy se llama Caracas es una agregación de antiguas aldeas agrarias y de las haciendas que las rodeaban — de café casi todas —, pertenecientes algunas al estado vecino — el estado Miranda — que es, constitucionalmente, una entidad política autónoma. Por una ficción legal que procura armonizar esta interferencia, se ha creado una convencional delimitación denominada *Area Metropolitana* en la que se explaya la capital (145). Esta área cuenta, según el último censo, 1.257.515 habitantes y está totalmente cubierta de edificios modernos, de diez y más pisos (los hay de veinte) destinados a comercio y vivienda; de urbanizaciones residenciales y de edificaciones industriales. La estrechez del antiguo valle ha hecho menester destruir la deliciosa vegetación de otros tiempos, lo que ha determinado una modificación del clima que antes fue suave y dulce y ahora es cálido y áspero, con frecuencia asfixiante. Además, esta urgencia de tierras para la edificación y para el tránsito de vehículos, ha producido un cambio aun más sensible en la psicología del venezolano: el que afecta a la vida

(145) Para el censo de 1950 se hacía necesario delimitar el área correspondiente a Caracas como Metrópoli de la república y a este efecto el Ejecutivo dictó un decreto en el que se fijaron los límites de dicha área dejando constancia de que tal delimitación no alteraba las jurisdicciones político-administrativas de las circunscripciones afectadas (13 de octubre de 1950).

Pero el problema de la expansión de Caracas no quedaba resuelto con aquella medida. La nueva ciudad ha absorbido prácticamente todo un haz de comunidades que social y económicamente han venido a integrarse a ella aunque en lo político y administrativo sigan perteneciendo al estado Miranda. Esto se ha pretendido solucionarlo en la Constitución de 1961 (artículo 10) mediante la siguiente disposición: "Los Estados podrán fusionarse, modificar sus actuales límites y acordarse compensaciones o cesiones de territorio mediante convenios aprobados por sus Asambleas Legislativas y ratificados por el Senado. Las modificaciones de límites, compensaciones o cesiones de territorio entre el Distrito Federal o los Territorios o Dependencias Federales y los Estados podrán realizarse por convenios entre el Ejcutivo Nacional y los respectivos Estados, ratificados por las correspondientes Asambleas Legislativas y por el Senado".

¿Hasta qué punto puede ser eficaz esta disposición en momentos de pugna política entre los cuerpos legislativos y los ejecutivos?

hogareña. Habituado tradicionalmente a habitar al nivel del suelo, en viviendas holgadas, en recintos de alta techumbre y rodeados de jardines y de solares aptos para el cultivo de plantas y aves, el ambiente celular del apartamento al que ahora se ve reducido le ha modificado el carácter tornándolo duro, agresivo, irritable y violento. Expresiones que le eran características, como las de la solidaridad vecinal, la solicitud y la cortesía, se han trocado en un egoísmo impermeable y artero. A esto han contribuído notoriamente, junto con la estrechez del cotidiano horizonte doméstico, muchos otros factores que hacen incómoda la existencia y convierten a cada ser en una isla rodeada de mal humor e incluso de odio. Los ruidos obsesionantes de los motores y de las máquinas reproductoras (radios, televisores, gramolas), los idiomas extraños, el ascensor, los obstáculos que dificultan la vía y que para cada movimiento, aún los más nimios, reclaman un esfuerzo y una tensión constantes; la perenne preocupación del dinero y la no menos permanente inquietud de los peligros que acechan detrás de cada automóvil y de cada persona desconocida, son algunos de los factores de la modificación psicológica.

Mientras tanto, en las estribaciones de las cordilleras circunvecinas prolifera un proletariado en cuyo incremento influyen no solo las geométricas leyes vegetativas, sino la irrupción de gentes del interior del país — sobre todo campesinos — que afluyen a la capital empujados por la pobreza, atraídos por el señuelo de una imaginaria prosperidad derivada de los cambios políticos, por la sugestión de los juegos de azar (los caballos, la lotería) y aún por el robo. Sin medios para procurarse un mejor vivir, estas masas inquietas trepan a las colinas y en ellas fabrican sus *ranchos* con los materiales más peregrinos: tablas de cajas de maquinarias, láminas de zinc de desecho, planchas de cartón y otros similares. Esta vida esquemática, este hacinamiento antihigiénico y antieconómico forma a la capital un cinturón de miseria, incultura y violencia latente semejante al de las brasileñas *favelas* de Río Janeiro y Sao Paulo. Todavía no ha surgido la Carolina María de Jesús caraqueña que describa esta vida de sordidez y de vicio, pero no será extraño que surja en cualquier momento. Hay, sin embargo, algo significativo que diferencia la vida del rancho caraqueño de la del *cuarto de despejo* brasileño: el contraste del continente con el contenido. Quizá por la forma desordenada en que se ha difundido el dinero del petróleo venezolano, el proletario de este país no conoce los extremos de pobreza y de hambre familiares al de otros países; no ha llegado a la necesidad de recoger en las calles frutas podridas y otros desperdicios para alimentarse. En Venezuela no se conoce el trapero ni el recogedor de colillas. En cambio en el rancho venezolano es frecuente encontrar un refrigerante eléctrico, un

aparato de radio o de televisión y hasta un automóvil adquiridos por el sistema de cuotas (plazos). Esos seres que habitan y duermen en aberrante promiscuidad en improvisados recintos de treinta metros cúbicos (hombre, mujer e hijos revueltos), que no disponen de sanitarios para depositar las setenta toneladas de excrementos que según un notable higienista acumulan todos los días en las vertientes de los cerros, y cuyos niños no van a la escuela, encuentran empero los medios para pagar las cuotas de toda esa maquinaria superflua que la civilización capitalista ha inventado para mantener su sistema y para canalizar la angustia del hombre moderno.

Junto a los rascacielos de concreto y acero, en cuyos cristales y nikelados el sol tropical afila sus dardos, este anfiteatro de ranchos forma el contraste más crudo porque revela cómo conviven en la estructura moderna de la ciudad dos formas de vida, dos expresiones antitéticas de la historia de un pueblo que ha cambiado su rumbo y que aun no se encuentra a sí mismo.

Pero aun existen otros contrastes no menos dramáticos cuyo examen hace más complicado el interrogante de Venezuela. Entre ellos hay que mencionar el de las viejas supersticiones de la época agraria que sobreviven en el propio corazón de la capital, donde utilizando los muros de la antigua Universidad (frente al Capitolio), los de la iglesia de San Francisco y otros igualmente conspicuos, se ofrecen al público en un activo y cotidiano comercio, reliquias propiciatorias, limaduras metálicas provistas de misteriosas virtudes, semillas vegetales usadas como talismanes, estampas de *santos,* pájaros que predicen la buena fortuna, novenas contra la *pava (jettatura, mal-de-ojo).* Uno de los *santos* más prestigiosos en estos momentos es el Dr. José Gregorio Hernández, médico fallecido en un accidente de automóvil, cuya fotografía se vende copiosamente a causa de su poder milagroso (146). Es inútil que las autoridades policiales persigan a los brujos y embarguen sus utensilios; ellos reaparecen, se multiplican y prosiguen su lucrativo comercio en los bajos barrios tratando las enfermedades con oraciones y conjurando con *pases* y fórmulas mágicas los efectos de la *mabita.*

### *La población*

SEGUN EL CENSO efectuado en 1961, la población de Venezuela alcanza hoy a 7.523.999 habitantes. Esto representa un aumento relativo de 49,4 por

(146) Compite en popularidad con el doctor Hernández el mito yaracuyano de *María Leonza* del que hay una escultura, obra de Alejandro Colina, en un parque de Caracas. La legendaria mujer aparece cabalgando una danta y al pie de su monumento gentes del pueblo y de la clase media depositan ofrendas y encienden velas. Como retrato de *María Leonza* se vende públicamente una vieja fotografía de la en otro tiempo famosa cantante italiana Adelina Patti.

ciento sobre los resultados del censo de 1950 cuya cifra fue de 5.034.838 (147). Para explicar las causas del excepcional crecimiento, que representa casi el cinco por ciento anual, las autoridades del ramo señalan el aumento de la natalidad y el descenso de la mortalidad (la primera calculada en 43 por mil y la segunda en 11,5 por mil) debidos al desarrollo de la organización sanitaria y a la inmigración (148).

Varias circunstancias, dignas de atención especial, se observan en este censo, a saber: el mayor índice de crecimiento se registra en el Distrito Federal (Caracas) y en la región vecina del estado Miranda comprendida en el área metropolitana. Como justificación de semejante fenómeno, el ministro de fomento ha citado un antiguo adagio demostrativo de la necesaria atracción de las capitales: "Todos los caminos conducen a Roma". En Venezuela, desde los días coloniales, todos los caminos han conducido a Caracas.

Después de ésta, las zonas actuales de mayor población son los estados Zulia (petrolero), Lara (agrícola), Sucre (industria del pescado y agricultura) y Táchira (agrícola). Sin embargo, exceptuando al Distrito Federal y al estado Miranda, los estados donde se registró mayor crecimiento durante el decenio fueron Barinas (antes ganadero, hoy petrolero), Bolívar (minero: hierro y oro), Portuguesa (maderero), Aragua (agrícola y comercial, llave de las comunicaciones entre las costas centrales, la Capital y los llanos). En cambio, en los estados andinos de Trujillo y Mérida (agrícolas) se registró una corriente de emigración hacia la cálida llanura de Barinas en la que existen tierras desocupadas para el cultivo, pero donde quizá la atracción mayor en estos momentos sea el petróleo. Finalmente, un dato de notoria importancia consiste en que casi el 50% de la actual población venezolana está formado por gente joven, menor de veintiun años, lo que si representa un factor positivo para el desenvolvimiento futuro de la nación, por otra parte constituye un interrogante dentro de las complejidades del problema social, en relación con la educación, con la política y con las clásicas concepciones morales sobre las que ha descansado hasta ahora el andamiaje de las instituciones venezolanas.

A los distintos exponentes de este complejo vamos a asomarnos sumariamente para examinar el estado de los factores tal como se coordinan en este extraordinario momento de la historia de Venezuela. Pero ante todo vamos a dirigir una ojeada al factor de la inmigración al que se ha atribuído, a mi juicio, una exagerada importancia en el aumento de la población nacional. En efecto,

(147) En estos resultados no están incluidos los indios selváticos cuyo número se estima en 20.000.

(148) Esta última apreciación, si se atiende a los resultados del propio censo, es discutible. La primera es correcta. Realmente el desenvolvimiento vegetativo de Venezuela en los últimos años está relacionado con el mejoramiento de las condiciones sanitarias, lo que ha traído como consecuencia la casi total eliminación del paludismo y de la mortalidad infantil.

si nos atenemos a lo que ha informado la *Dirección de Extranjería del Ministerio de Relaciones Interiores* (149) según la cual existen en Venezuela 569.935 extranjeros registrados, este elemento dista mucho de poseer la influencia determinante que se le asigna en el incremento de la población del país.

### *Venezuela y el inmigrante*

BIEN CONOCIDAS son las circunstancias — abundancia de tierras y de recursos naturales contra población reducida y técnica incipiente — que relacionan el desarrollo de los países de Hispano América con el inmigrante europeo y norteamericano. Estados Unidos, Brasil, Argentina y Chile son buena prueba de ello. Venezuela puede también exhibirse como un ejemplo pero en proyección negativa. Es un país en el cual un conjunto de circunstancias adversas ha dificultado la realización de una buena política inmigratoria.

Fue característica del régimen colonial español el obstaculizar el establecimiento y tráfico de extranjeros en sus dominios. Los patriotas, en cambio, una vez consumada la independencia procuraron atraer este valioso concurso. La historia de la república, después de la desintegración de la Gran Colombia, está llena de estos esfuerzos lamentablemente inconexos, intermitentes y en su casi totalidad nugatorios. No volveremos a mencionar a los ingleses, alemanes, franceses y de otras nacionalidades que llegaron en los primeros momentos; concretaremos ahora nuestra atención a los que vinieron por gestión oficial y entre los cuales se cuentan, de preferencia, canarios y alemanes agricultores. Mirado este aspecto del fenómeno inmigratorio en la perspectiva de todo un siglo, el panorama no puede ser menos halagüeño. Quizá el esfuerzo más definido hecho por el gobierno de Páez, fue el de 1842 cuando con la colaboración de Agustín Codazzi y en terrenos cedidos por los señores Tovar, se instaló la *Colonia Tovar* cercana a Caracas y poblada de alemanes traídos de la Selva Negra. El fracaso de esta lejana empresa, desde el punto de vista social, fue tan notable como el entusiasmo que se puso en su iniciativa.

A partir de 1834, en una rápida ojeada a la historia de la materia se pueden señalar los siguientes hechos: de aquel año al de 1836 llegan 585 inmigrantes. En 1837 se da una ley de inmigración y al año siguiente ingresan 97 canarios. En 1840 el movimiento señala 72 franceses y 784 canarios. El mismo año se reforma la ley. En 1841 llegan 300 canarios y al siguiente se advierte un aumento que eleva el número a 1568. Este esfuerzo ocasiona al Estado una inversión de $ 117.280 de los cuales los contratistas

(149) *El Nacional*, 28 de diciembre de 1961.

particulares reintegran $ 44.447,68. Para 1844 el ingreso es de 2272. Se prohíbe la entrada de sacerdotes. Una nueva reforma de la ley se efectúa en 1845, año en el que el número de inmigrantes es de 429. Existen para la época unas sociedades que trabajan en este ramo en relación con la agricultura, pero la inmigración ha quedado en suspenso y así continuará hasta 1851, cuando se produce una nueva corriente alemana promovida por el cónsul venezolano en Hamburgo. 605 de estos colonos llegarán en 1853, pero al año siguiente se registra el fracaso del empresario alemán, llamado Glocker, y el movimiento se reduce de nuevo. Nueva ley de la materia es promulgada el 6 de mayo pero su vigencia sólo alcanza hasta el 18 de mayo de 1855, fecha en que es reformada. En 1856 Antonio Leocadio Guzmán celebra con el gobierno un contrato para importar chinos, que no cristaliza. Se autoriza la introducción de 3.000 canarios de los cuales solo se introducen algunos por Silvestre Rodríguez y Francisco Delgado. Hasta 1863, año en que triunfa la revolución federal, no se vuelve a tener noticias de actividades inmigratorias (150).

Evidentemente el impulso más sostenido y mejor orientado lo imprime a la inmigración el general Guzmán Blanco. Este tema ha sido tratado con buena copia de datos por el señor Julián Nava, norteamericano especializado en esta clase de estudios (151).

Al triunfar la Federación y pese al estado de ruina en que se hallaba el país, se inicia una intensa gestión de reforma económica y se dedica preferente interés a la inmigración. Teóricas en su mayor parte estas tentativas, revisten no obstante una particular importancia por su vinculación a la agricultura y porque procuran, junto con el aumento de brazos, la aplicación de técnicas nuevas al trabajo del campo. Se invitaba a los terratenientes a fundar sociedades agrícolas y el ministro de fomento, Jesús María Aristeiguieta, contrataba con la *Sociedad de Fomento Industrial* la fundación de un banco de crédito inmobiliario que entre otras cosas debía estimular la inmigración de italianos mediante el suministro por el Estado de $ 30 y diez fanegas de tierras baldías a cada inmigrante. Este banco podía fundar colonias agrícolas, abrir carreteras y construir puentes, iglesias y escuelas. Como se ve, se trataba de una reforma ambiciosa. Fue en esa época cuando el gobierno tomó a su cargo la administración de las riquezas mineras de la nación. Desde 1855 los extranjeros recibían al llegar, automáticamente, la ciudadanía venezolana, quedando exentos del servicio militar, pero la Federación estudió estos privilegios y los encontró injustificados pues superaban a los derechos de los nativos. Dos interesantes proyectos fracasaron en esos

(150) F. González Guinán: *Historia Contemporánea de Venezuela, passim.*

(151) *Revista Shell,* diciembre de 1957.

días: una para traer italianos y otro para interesar a los norteamericanos, mediante la concesión de derechos muy liberales, en la explotación de las minas de la Guayana.

Todas estas gestiones iban a verse frustradas por la inestabilidad política y por los frecuentes movimientos armados que dieron al traste con el gobierno del mariscal Falcón. De consiguiente es de 1873 en adelante, después de pacificado el país por Guzmán Blanco, cuando éste retoma el asunto y lo pone a marchar. Por decreto de 1874 el gobierno pagaría el transporte de agricultores, artesanos y sirvientes domésticos, a quienes se garantizaban sus libertades en cuanto a religión y educación de sus hijos. Creada la *Dirección General de Inmigración,* con juntas en Caracas y en los estados, e instruídos los cónsules de Venezuela en el exterior para enviar datos sobre salarios, pasajes, etc., el propósito comenzó a traducirse en hechos y los inmigrantes comenzaron a llegar al país, en donde, conforme a un *Reglamento Interior de los Establecimientos de Inmigración,* se les alojaba y cuidaba quedando sometidos a un trato militar que no les impedía, sin embargo, salir de los campos para buscar fortuna en otros oficios. Había allí reunidos ingleses, franceses, italianos, españoles y de otras nacionalidades. Por ese tiempo (1874) se crearon dos colonias agrícolas para extranjeros y nacionales: la *Guzmán Blanco* (después se la llamó *Independencia)* al sur del Río Tuy, entre Caucagua y Cedeño en el Guárico, y la *Bolívar* a tres leguas al este de Guatire. Desgraciadamente, carentes de recursos, estas colonias languidecieron. Dificultades de varia índole, pero sobre todo de cariz financiero, obligaban a modificar las normas establecidas y a adoptar un criterio más selectivo. Sólo se admitieron entonces labradores y sirvientes domésticos y no se aceptaron familias muy numerosas. El gobierno ofrecía un premio de 10.000 *venezolanos* al estado que trajera mayor cantidad de inmigrantes durante un año, pero no hay noticia de que ese premio hubiese sido cobrado.

Pronto comenzaron a agravarse las cosas; los inmigrantes sin empleo invadieron la Plaza Bolívar y los nativos los molestaban aplicándoles el apodo genérico de *musiús.* Había tierras disponibles en la Guayana, en los Andes y en otras regiones, pero la vida en el interior del país no agradaba a los extranjeros a causa de los peligros de la política. En las minas los que iban como explotadores, gentes más avisadas, se adaptaban pronto al ambiente y aprendían a controlar a los guerrilleros, pero los simples agricultores no disponían de medios ni de bastante viveza para hacer otro tanto. Muchos recibían el pasaje que les suministraba el Estado y se iban a otros países. Escapaban en cantidades. Bajo el breve gobierno de Linares Alcántara, privados por completo de protección, se vio a muchos de ellos pidiendo limosnas y a sus mujeres ejerciendo la prostitución para subsistir. Pero el

general Guzmán Blanco persistió en sus propósitos hasta el final de su régimen. No así sus sucesores a los cuales las circunstancias no les fueron propicias. Según los datos de Nava, desde 1874 hasta fines del siglo el número de inmigrantes fue de 26.149 sin contar los que vinieron por su propia cuenta y con sus propios recursos.

En el siglo XX, hasta después de la muerte de Gómez no se reanudan estas gestiones. La guerra civil española y más tarde la segunda guerra mundial determinan apreciables corrientes inmigratorias que en ocasiones presentan relieves dramáticos. Buques cargados de fugitivos llegan a las costas venezolanas, después de vagar por los mares, y multitud de hombres, mujeres y niños sin patria, son instalados en Caracas en galpones improvisados para ser luego distribuídos en el país donde muchos de ellos no tardan en fundar sus hogares y rehacer su fortuna. Entre estas gentes, víctimas de las violentas discriminaciones raciales, vinieron científicos, artistas, técnicos calificados y sobre todo comerciantes.

La verdad es que el presidente López Contreras mostró un positivo interés por la inmigración aunque sus disposiciones no fueron siempre felices. Estableció colonias en Chirgua y en las fértiles tierras del Tuy, pero los inmigrantes que hizo traer — entre ellos un grupo de familias escandinavas — no se adaptaron al clima ni a las costumbres venezolanas. También vinieron canarios y portugueses, pero éstos últimos, que tan buenos colonos han sido en otros países, en Venezuela se dedicaron de preferencia al pequeño comercio (bodegas y botiquines) y a profesiones en las que iban a competir con el criollo (choferes, albañiles, pintores de brocha gorda) por lo cual no tardaron en producirse conflictos propios de esta clase de concurrencia. Con el desarrollo de la construcción urbana y de las grandes vías de comunicación interior vinieron los italianos, los cuales ganaron mucho dinero en este negocio, mas a la caída de Pérez Jiménez muchos de ellos se marcharon de nuevo sin dejar huella en la economía ni en la cultura de Venezuela.

Si se hace un resumen histórico de esta rama de la actividad del Estado venezolano se advertirá que sus resultados distan de ser positivos. También el petróleo, desde los mismos días en que se inició su explotación comercial, atrajo una apreciable corriente de extranjeros que venían a trabajar como técnicos, obreros especializados y oficinistas. Norteamericanos, europeos, chinos, hispanoamericanos y negros de las Antillas inglesas formaron parte de esa pleamar. Pero si se exceptúa un mínimo porcentaje, toda esa gente debe catalogarse en ese tipo de inmigración transitoria a la que se suele dar el nombre de *golondrina.* Comenzando por los americanos del Norte, refractarios a convivir con los habitantes de los países donde ejercen sus profesiones, amurallados dentro de sus recintos, con su propio idioma, sus propios

periódicos, su propia moneda, sus propios alimentos, sus propios médicos, sus propios espectáculos y su propio whisky, y terminando por los antillanos a los que las compañías petroleras suministran vivienda en campamentos aislados, en su mayoría esa inmigración ha sido un sólido quiste social que nada ha tenido que ver con la cultura ni con la economía del país. Pero ¿es que la que vino después, sin vinculación directa con el petróleo, difiere de aquella en sus características esenciales? No. Atraídos por el fácil dinero y por la posibilidad de transferirlo a sus países de origen, ningún nexo espiritual o moral se ha formado entre ellos y Venezuela, a no ser el que pueda surgir del fortuito comercio sexual con su azaroso balance de los hijos sin padres. Esta es aun la situación imperante y desde luego la que define a la mayoría de esos 600.000 extranjeros que existen en el país según los registros de la *Dirección Nacional de Extranjeros.*

La inmigración es deseable por dos razones fundamentales: porque enriquece biológicamente las razas y porque aporta nueva cultura, nuevas ideas y nuevas técnicas a los pueblos poco desarrollados. Siempre habrán de producirse fricciones, choques y turbulencias en las sociedades humanas, mucho más en épocas como la actual de confrontación de teorías y de lucha de doctrinas sociales, pero es un hecho comprobado que la inmigración bien dirigida tiende a eliminar los desequilibrios porque al poner en actividad las potenciales riquezas de las naciones, crea un ritmo de producción y consumo que reduce al mínimo los motivos de crisis. El gobierno venezolano ha seguido una política errónea al suspender o entorpecer la inmigración cuando se producen alteraciones de orden político y económico, lo que le resulta más expedito que reglamentarla orientándola hacia el campo y hacia la industria. Si la reforma agraria es algo más que un artificio de proyecciones electorales, debe contemplar a la inmigración como una de sus bases fundamentales.

### *El automóvil*

SI SE FUESE a elegir un símbolo popular de la cultura de nuestro tiempo, entre todas las formas que ha adoptado la *automación* para proyectar sus múltiples influencias, no podría escogerse uno más apropiado que el automóvil porque ninguno está en más directo y familiar contacto con el hombre de hoy ni presta a éste más convincentes y complacientes servicios. He aquí la razón por la cual en esta convivencia de hombres y de artefactos mecánicos que caracteriza la época que vivimos, la creatura se ha convertido en tirano de su creador.

Cuando el medio de transporte usual era el caballo, se llegó a rendir culto a este noble bruto y a convertirlo en símbolo de aristocracia. El *caballero*

fue el arquetipo social y la cabalgadura su complemento. Calígula hizo cónsul a su caballo. No se concibe al Cid sino unido a *Babieca* ni Don Quijote puede ser separado de *Rocinante.* Pero con todo eso el caballo, auxiliar del hombre en la guerra como en la paz, en el trabajo y en el amor, no llegó a ejercer un imperio tan decisivo como el del automóvil en nuestro tiempo. Además, la influencia del caballo en la sociedad de otros tiempos fue distinta: poseyó valores morales y estéticos que le unieron al hombre por el espíritu. El automóvil, tirano de hoy, por más que embellezca sus líneas no puede alcanzar esa atmósfera. Dará al hombre velocidad, fuerza, hasta embriaguez voluptuosa, pero nunca la sensación de lo heroico y de lo sublime. Como unidad individual puede, incluso, parecer bello. En colectividad es monstruoso.

El impresionante desarrollo del automóvil es un fenómeno que afecta a todas las naciones modernas y de modo particular a las naciones occidentales. No se requiere mucha agudeza para comprender que este arrollador incremento constituye uno de los factores más influyentes en las relaciones humanas. Por ende es uno de los agentes más eficaces del maquinismo en la deshumanización del hombre moderno.

En el caso de Venezuela, puede afirmarse que el automóvil ha actuado como ninguna otra forma del maquinismo en las modificaciones sociales de los últimos cuarenta años. Esto nada tiene de extraño en un país de economía petrolera, pero resulta menos extraño si se consideran los nexos que relacionan a esta clase de economía con la potencia más fuerte del mundo en la producción de automóviles. Venezuela está, pues, avasallada por esta máquina. Puede decirse que si la incipiente y ya remota política ferroviaria esbozada por Guzmán Blanco quedó en suspenso, a esto se debe principalmente. Puede igualmente afirmarse que la transformación de Caracas y de otras ciudades venezolanas, ha sido determinada más por la necesidad de dar cabida a los automóviles que por otra causa cualquiera.

Para formarse idea de la influencia que este artefacto ha ejercido en los cambios de hábitos, de carácter y de concepciones morales operados en el venezolano en los últimos tiempos, hay que acudir a las estadísticas. Miremos ante todo el fenómeno en su aspecto económico-psicológico. Este es, sin duda, el transporte más caro que existe. Aparte de los enormes gastos que representa la construcción y mantenimiento de las calzadas y de los estacionamientos, el vehículo en sí es dispendioso. Ello no obstante los venezolanos de hoy no pueden pasarse sin él.

Comparativamente, Venezuela es quizá el país que posee más vehículos automóviles. Sin contar los dedicados al comercio y a la industria, no existe venezolano de veinte años en adelante que no posea el suyo. Hay familias que poseen hasta seis. Hace algún tiempo un norteamericano que visitó la



TRIGO EN LOS ANDES
*(Foto cortesía de Graziano Gasparini)*

ciudad, hizo de ella esta definición concluyente: "Caracas es un inmenso garaje".

Voy a acudir aquí a una encuesta que practicaron en 1954 (152) Julio Brillemburg B. (economista), Carlos Blaschitz hijo (ingeniero civil) y Pedro Lluberes (arquitecto) con la colaboración de la *Comisión Nacional del Tránsito*, de la *Inspectoría General de Vehículos del Distrito Federal*, de la *Comisión Nacional de Urbanismo*, de la *Dirección de Estadística del Ministerio de Fomento*, de los propietarios de los estacionamientos existentes en Caracas y de otras entidades públicas y privadas, para llegar a una concepción estadística que permita deducir las resonancias morales de este importante fenómeno.

Para 1943 — establece el estudio que cito — existían en Caracas 11.941 vehículos registrados. En 1953 esta cifra había ascendido aproximadamente a 60.000 sin incluir los automóviles que afluían del vecino estado Miranda (Distrito Sucre) y cuyo número era, aproximadamente, de 15.000. La diferencia entre el número de 1943 y el de 1953, o sea unos 48.000, representa el 400 por ciento de la cantidad originaria.

Relaciónense estas cifras con la población calculada para el área metropolitana durante los años de 1941 a 1963 y podrán sacarse las consecuencias: (153)

| | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|
| 1941 | 359.225 | habitantes | 1953 | 844.785 | habitantes |
| 1942 | 374.520 | id. | 1954 | 905.694 | id. |
| 1943 | 403.508 | id. | 1955 | 970.995 | id. |
| 1944 | 434.674 | id. | 1956 | 1.041.004 | id. |
| 1945 | 468.302 | id. | 1957 | 1.116.060 | id. |
| 1946 | 504.541 | id. | 1958 | 1.196.523 | id. |
| 1947 | 543.753 | id. | 1959 | 1.282.789 | id. |
| 1948 | 586.033 | id. | 1960 | 1.375.270 | id. |
| 1949 | 631.673 | id. | 1961 | 1.474.425 | id. |
| 1950 | 701.830 | id. | 1962 | 1.580.725 | id. |
| 1951 | 734.165 | id. | 1963 | 1.994.688 | id. |
| 1952 | 791.637 | id. | | | |

"Utilizando la cifra actual (1953) de relación de vehículos a habitantes — señala la encuesta — se obtiene para 1963 un total de unos 121.000 vehículos. Tomando en cuenta que el crecimiento de vehículos ha sido con-

(152) "Estudio Preliminar técnico-económico del problema del estacionamiento en la ciudad de Caracas" realizado por *Técnicos Asociados, S. A.*

(153) Estas cifras están calculadas a base del aumento anual de la población. Por los resultados del censo que se practicó en 1961 se ve que no hubo excesiva exageración en el cálculo.

siderablemente mayor que el de personas durante los últimos diez años, deberemos calcular la cifra de aquellos en la cantidad de 250.000 para 1963. Tomando como superficie mínima necesaria por vehículo 10,20,00 m², se necesitará en 1963 una superficie de 400 hectáreas solo para estacionamiento, sin considerar los espacios adicionales necesarios para la circulación y otros servicios. Así Caracas, con una superficie total de 74.170.000 m² necesitará para 1963 de un 5,39% de su superficie solo para estacionar vehículos (154).

Estos números, suministrados por especialistas, poseen más elocuencia que toda forma ponderativa para traducir el drama de Caracas y Venezuela en sus relaciones con el automóvil y, de consiguiente, con el petróleo. Siguiendo estos datos, Caracas, ciudad hoy de 1.257.515 habitantes (área metropolitana) tiene no menos de 200.000 vehículos automóviles, lo que da un promedio de un vehículo para cada seis personas y un cuarto. No diremos que el inusitado incremento de la delincuencia y las diversas aberraciones morales que se advierten en el país, y principalmente en la capital, tengan una causa directa en este fenómeno, pero es evidente que lo uno y lo otro se relacionan.

En 1824 decía Pedro Núñez de Cáceres que el venezolano era hipócrita porque simulaba una cortesía y una generosidad que no sentía; señalaba también como un rasgo típico del carácter nacional la ausencia de instintos sanguinarios (salvo en determinadas regiones que mencionaba). Hoy el panorama moral ha cambiado como puede apreciarse en la prensa diaria. Asesinatos, atropellos, atracos a mano armada, desconsideración para las mujeres, los niños y los ancianos, son acontecimientos de todos los días reveladores de un clima de insania que no justifican por sí solos el número de habitantes, el desequilibrio económico ni las agitaciones políticas. Prolifera el robo como móvil del homicidio y de la violencia, esto es evidente; pero paralelamente y con no menor abundancia y frecuencia proliferan los crímenes aberrantes perpetrados en condiciones en las que se advierte un desajuste mental y psíquico. Quizá para un análisis más profundo y rigurosamente científico de este estado de irritabilidad colectiva, haya que guiarse por los indicios hereditarios y por los desequilibrios ambientales que han señalado algunos psiquiatras (155).

(154) Si se acepta como valor promedial de la tierra, en el área metropolitana, el de Bs. 400,00 por metro cuadrado, el terreno para estacionamientos sobrepasa los Bs. 1.400.000.000,00.

(155) Dos importantes libros en los que se trata el fenómeno sociológico venezolano a la luz de la psiquiatría, han sido publicados en 1961: *Los viajeros de Indias* por el Dr. Francisco Herrera Luque, y *La salud mental en Venezuela* por el Dr. Hernán Quijada. El primero de ellos desarrolla la tesis de la heredabilidad de los caracteres psíquicos en el plano social y ha sido muy discutido desde este punto de vista. El segundo está hecho a base de investigaciones actuales en diversas agrupaciones sociales: jardines de infancia, casas de observación, internados y barrios populares. El Dr. Quijada, quien considera "alarmante" la situación actual — psicológica y psiquiátrica — de Venezuela, dice textualmente: "Un conjunto de condiciones socio-económicas presentes en

La relación entre el automóvil y las perturbaciones de la moral colectiva no es una sugestión subjetiva sino algo evidente. La acumulación de vehículos en las arterias de la ciudad, con su secuela de ruido, calor e incomodidad, es un hecho que mantiene en permanente tensión el sistema nervioso y la cólera siempre dispuesta a estallar.

* * *

En todos los países del mundo — excepto en Venezuela — se usa el automóvil como un instrumento fundamentalmente útil. Se le fabrica sólido para que dure; de tamaño moderado para que no constituya un problema de espacio; de colores sobrios y encubridores; regulado para que consuma poca esencia y resulte económico. Sólo en Estados Unidos y en los países de economía dependiente de éstos, se hace lo contrario; el automóvil debe durar poco — menos que un traje — para que no cese ni se detenga o altere la producción; debe consumir mucha gasolina para que no se interrumpa ni mengue la explotación de los pozos; sus modelos deben ser grandes y ostentosos para que quienes los usen se sientan importantes, y deben lucir colores y formas abigarrados para que llamen la atención y atraigan los compradores.

* * *

A orillas de la autopista del Este, en Caracas, existe un extenso terreno cercado en el que se acumulan los automóviles y los camiones fuera de uso. Son vehículos de desecho que han sufrido golpes más o menos aparatosos en las contingencias del tránsito. ¿Viejos? De ninguna manera. Los hay recién estrenados. Pero ya no prestarán de nuevo servicio. En ese patio la lluvia, el sol y el polvo los irán arruinando rápidamente hasta convertirlos en irreparable chatarra. En otros lugares de la ciudad y en otras ciudades y campos de la república, existen *morgues* similares a esta. El terreno es extraordinariamente caro en las ciudades de Venezuela, pero los automóviles no pueden vivir en los cerros como los hombres.

*La Educación*

EN UNO DE esos esquemas que suelen publicarse en revistas y diarios para

nuestra población, está actuando de una manera determinante en el porcentaje creciente de todo tipo de perturbación psíquica" (pág. 269). Por su parte el Dr. Herrera Luque, de acuerdo con investigaciones de otros psiquiatras venezolanos, establece que "el 70% de los detenidos están seriamente afectados por trastornos de la personalidad, lo que duplica o triplica la proporción de psicópatas tenidos por corrientes para las poblaciones penales. ¿Será — pregunta el Dr. Herrera Luque — esta sobrecarga psicopática carcelaria expresión de una sobrecarga patológica en la población total?" (pág. 36).

dar una idea de la eficacia de la estadística, hemos visto las cifras que representan, en los países americanos, el volumen relativo a la gente que sabe leer. Esta información cuyo título es *Así se lee en América* está basada en datos de la ONU y de *Editor & Publisher*. Citaremos únicamente los países que ocupan los cinco primeros puestos, entre los cuales se encuentra el nuestro, a saber:

Estados Unidos, 326 lectores de ejemplares diarios por cada millar de habitantes.

Uruguay, 267 lectores de ejemplares diarios por cada millar de habitantes.

Argentina, 155 lectores de ejemplares diarios por cada millar de habitantes.

Chile, 131 lectores de ejemplares diarios por cada millar de habitantes.

Venezuela, 95 lectores de ejemplares diarios por cada millar de habitantes (156).

¿Lectores de qué? Esta es la primera pregunta que nos viene a la mente ante el ambiguo subtítulo del esquema: "Ejemplares diarios por cada millar de habitantes". Suponiendo, porque es lo probable, que esta estadística se refiera únicamente a los periódicos cotidianos, la segunda pregunta que nos asalta es la siguiente: ¿Hasta qué punto puede admitirse un lector de *diarios* como prototipo de la cultura de un pueblo?

En cierta manera, el periódico de todos los días ha llegado a convertirse en una suerte de enciclopedia y de biblia del hombre medio. En él hay de todo: la noticia de los acontecimientos mundiales, el pensamiento de los intereses políticos, el deporte, la nota mundana, la crítica artística y esas historietas de muñequitos destinadas a anestesiar la sensibilidad popular y a complacer los instintos más toscos con un despligue de fantasía regimentada de la que está totalmente ausente el espíritu. Lo único que no hay es desinterés, ecuanimidad y positivo sentido de la cultura.

Para ojear un diario de esta categoría apenas hace falta saber leer. Pensar es innecesario. Por el contrario, esta prensa parece estar hecha deliberadamente con el propósito de que el hombre no tenga necesidad de ello y deje al cuidado de otros esta incómoda obligación.

Leer es ciertamente el camino hacia la cultura, pero puede convertirse también en un instrumento de destrucción de las conquistas de la cultura. Nada más negativo y peligroso que ese fanático que lee un solo libro y un solo periódico. ¿Hasta qué punto puede Venezuela sentirse orgullosa y beneficiada por ese quinto lugar que ocupa en la escala de los lectores americanos?

* * *

(156) Siguen luego Costa Rica, Panamá, Cuba, Nicaragua, Colombia, Brasil, etc. V. el diario *La Hora* de Caracas, 30 de octubre de 1961.

Quizá el más complejo de los problemas sociales de Venezuela durante el último cuarto de siglo, es el de la educación, o como se decía hasta la muerte de Gómez: la instrucción pública. Su complejidad y peligrosidad provienen de que es un problema no sólo cuantitativo sino cualitativo, y de que en él reside la clave de todos o casi todos los otros problemas sociales.

Evidentemente el cambio adoptado en 1936 en la denominación de esta rama de la administración pública, implica algo más que el propósito de modernizar métodos ya envejecidos: representa una nueva concepción de la materia en sí misma y de sus proyecciones sociales, pues ya no se trata sólo de trasmitir conocimientos más o menos concretos sino de crear una verdadera conciencia de la cultura y de la función que ésta ejerce en el desarrollo de la sociedad. Fue esta doble proyección, evidentemente, la que quiso expresar Bolívar en su famoso apotegma: *"Moral y luces son nuestras primeras necesidades"*.

En una rápida ojeada retrospectiva se puede resumir el proceso de la educación oficial venezolana después de Guzmán Blanco. Desaparecido aquel gobernante, la gestión del Estado sigue un curso rutinario necesariamente condicionado por las vicisitudes de la política, por la situación económica y por el nivel intelectual de la época y de los hombres en función de gobierno. En los estratos superiores de la cultura se hacen visibles entonces los esfuerzos y cualidades de personalidades privadas como el licenciado Agustín Aveledo y el Dr. Luis Ezpelosín, y en la Universidad los de maestros como Villavicencio, Razetti, Domínici y otros. Pero en general el panorama es el mismo. Bajo Gómez conoce la instrucción pública su período más completo de adocenamiento y también los más rudos impactos en el nivel universitario. La Universidad de Caracas es clausurada y los estudiantes son enviados a las prisiones y a trabajos forzados en carreteras y otros lugares igualmente insalubres. Muchos de ellos tienen que abandonar el país para no volver hasta 1936.

Es durante la presidencia de López Contreras cuando la educación recibe la preferente atención del Estado y cuando éste se entrega a una fervorosa gestión rehabilitadora. Se amplía y moderniza la enseñanza, se crea un *Instituto Pedagógico Nacional* para la formación de un profesorado científico y se desarrolla un plan de edificaciones para escuelas de primera enseñanza, liceos e institutos de educación especial. Se inician entonces la reforma universitaria y los estudios técnicos de agricultura, de oficios orientados hacia la industria, de artes plásticas y artes aplicadas y de otras materias prácticas. Se da categoría al *folklore* como materia de cultura pedagógica y se organiza el deporte el cual es incorporado a la administración nacional dentro del rubro de *Educación Física*. Por el *Ministerio de Educación Nacional* desfilan hombres capaces y probos como Rómulo Gallegos, Rafael Ernesto López, Enri-

que Tejera y Arturo Uslar Pietri. Se extienden la educación secundaria y la especial a las distintas regiones del país y hasta se proyecta una reforma fundamental en el sentido de orientar los estudios en consonancia con las características económicas de cada región. Este ritmo se acelera aún bajo Medina Angarita y con los gobiernos que siguen a éste. Finalmente, al mismo tiempo que se fomenta la alfabetización de adultos, se crean nuevas universidades en Maracaibo, Valencia y el Oriente de la república. Sin embargo, a medida que el Estado dedica mayor atención a la rama educacional, al mismo tiempo que eleva los presupuestos para dotar a los institutos docentes de recursos y equipos modernos, en tanto que extiende a todos los niveles de la enseñanza (primaria, secundaria, superior y especial) los beneficios de la gratuidad, la problemática de la cultura oficial se torna más complicada y más turbulenta.

Dos son, substancialmente, las direcciones en que se proyecta este inquietante fenómeno: la una política, la otra valorativa, con la circunstancia de que tanto la una como la otra desbordan el marco de la valoración nacional para confundirse con todo un complejo de influencias extrañas. En efecto, al mismo tiempo que una pugna ideológica y doctrinaria divide al estudiantado y lo sustrae a su actividad puramente docente, convirtiéndolo en un apasionado instrumento político, la institución misma es objeto de una crítica interna encaminada a descalificarla, a entorpecerla y a presentarla como una fuerza retrógrada y reaccionaria, contraria al espíritu de la época.

Situación tan aguda y tan alarmante ha provocado graves polémicas. En una de éstas (157) se han enfrentado Arturo Uslar Pietri, prototipo de la cultura clásica en Venezuela, y Rodolfo Quintero, abanderado de la ideología marxista. Coinciden los polemistas en un punto concreto: en que la Universidad venezolana no cumple su misión específica, pero mientras el primero atribuye esta ineficacia a la falta de espíritu científico y de conciencia de la cultura (que es unívoca y no puede ser desfigurada en beneficio de ninguna doctrina o ideología) el segundo lo explica por el atraso social del país y por la inadecuada organización ideológica de los estudios. "La verdad — escribe Uslar Pietri — es que no ha habido falta de recursos. Si a medir fuéramos por los recursos que se han destinado del tesoro público para la universidad venezolana la nuestra debiera ser una de las mejores del mundo. Es un problema del espíritu. Si no hay espíritu universitario no puede haber universidad aunque se gasten todos los millones imaginables. Y el espíritu universitario es un espíritu de estudio, de pasión por la busca de la verdad, de sed de conocimiento, de trabajo sin tregua en la investigación y en el

(157) Noviembre de 1961, en *El Nacional* de Caracas.

aprendizaje, de abnegación y renunciación a todo lo que no sea el conocimiento, de entrega total al deseo de saber".

Esta tesis que parece irreprochable en su esencia ha sido sin embargo enfrentada a otra que plantea problemas ideológicos no exclusivamente venezolanos sino mundiales, o mejor históricos, en cuanto la historicidad tiene de universal hacia el presente y hacia el futuro; y quienes consideran que la solución de estos problemas ha de ser previa a todo otro orden de especulaciones, se niegan a considerar toda discusión que se salga de tal planteamiento.

Mientras tanto la pugna prosigue en sus dos planos típicos y sus efectos son evidentes. Por una parte lucha política, guerra ideológica y doctrinaria, desplazamiento de fuerzas para la conquista de posiciones y para el aniquilamiento del adversario; por la otra, repudio de la clásica concepción humanística y reemplazo de ésta por un sentido utilitario, mecánico y circunscrito de la técnica y de la especialización científica; viaje acelerado y ostentoso hacia el imperio de ese nuevo espécimen de la civilización de Occidente que Ortega y Gasset definió como el bárbaro que sabe mucho de una sola cosa.

* * *

Me he limitado aquí a la educación oficial o pública, pero con algunas diferencias de grado el problema es el mismo en la educación privada. Cierto es que en los institutos privados — universidades, liceos y escuelas —, regentados en su mayor parte por religiosos, el tema político no adquiere categoría de conflicto; cierto es, así mismo, que en estos planteles la enseñanza es más rigurosa y disciplinada; pero en cambio se producen en ellos otras peculaaridades de tipo social que en una perspectiva más amplia contribuyen a acentuar los desequilibrios. Como la más destacada de estas peculiaridades cabe señalar la influencia conservadora y aún reaccionaria que los estudiantes reciben y por la cual se les convierte en futuros mantenedores de las desigualdades e injusticias tradicionales. Este es un punto a propósito del cual puede hablarse de una *Internacional negra* frente a una *Internacional roja* en las proyecciones de la cultura.

Miremos ahora hacia otros planos de la misma materia — arte, danza, deporte — y examinemos sus resonancias actuales.

### *Derivaciones sociales del arte, la danza y el deporte*

CON LA TRANSFORMACION petrolera de la economía venezolana, un gran cambio se opera en las perspectivas del pensamiento y del arte. No debe sin embargo olvidarse que este cambio coincide substancialmente con el proceso de la sensibilidad occidental después de las dos grandes guerras mun-

diales (1914-18 y 1939-45) época en la cual se acelera el desenvolvimiento del maquinismo y se acentúa la rebeldía contra las clásicas formas del pensamiento y de las expresiones estéticas.

Necesariamente, por espesa que fuese la muralla aisladora erigida por el régimen gomecista, siempre penetrarían en el país los ecos del mundo exterior. El cine y la radio, irresistiblemente difundidos por la industria norteamericana, fueron los instrumentos por excelencia para la impregnación extranacional de una juventud ávida e impaciente que pugnaba por ocupar su lugar en la historia.

Por los años de 1915 al 30 el cine ejerció una decisiva influencia en la mentalidad del venezolano pues fue por su órgano por el que se captaron aquí las nuevas corrientes del mundo. Con sus proyecciones ubicuas y su gran potencial imaginativo, el universo del film absorbió por completo la fantasía de la juventud consumando de paso la quiebra de un teatro que nunca tuvo en este país un legítimo arraigo en la conciencia y en el espíritu. En conjunción con una nueva literatura que pudo infiltrarse también a través del comercio del libro, el cine aportó al venezolano una novedosa noción estética que le condujo a relacionar los problemas del arte con los de la vida social y política y a proyectarlos en una dimensión revolucionaria. El vanguardismo, el cubismo y el surrealismo se convirtieron en ideales formas de combatir y de protestar contra el largo y brutal despotismo de Gómez (158).

Por sus derivaciones sociales pueden citarse también como señales de aquella época, la aparición en el ambiente venezolano de la música y la danza de otros países. Precedidos por el tango argentino o coincidiendo con él, llegaron entonces el *fox-trot,* el *one-step* y otros exponentes coreográficos norteamericanos con los cuales se anunciaba el frenético impacto de las danzas negroides que había de producirse poco después procedente de las Antillas. Al desplazar al rítmico vals, al pasodoble y aún al joropo tan llenos de sensualismo y de vuelos elípticos, estas danzas extrañas influirían no sólo en el pueblo sino en las clases más elevadas preparando así una nueva conducta ante las convenciones tradicionales de la moral.

* * *

El deporte que, como se ha dicho, había penetrado ya en la vida venezolana, inicia igualmente por estos años un nuevo ciclo en sus derivaciones sociales.

Como en casi todos los países occidentales de nuestro tiempo, el deporte

(158) Entre 1926 y 1930 comienza a desarrollarse la radio, nuevo instrumento de relación internacional llamado a desempeñar un papel de la mayor importancia en la conmoción de las masas después de la muerte de aquél gobernante.

adquiere en Venezuela una proyección doble: la popular que se bifurca a su vez en las clasificaciones de profesional y *amateur*, y la docente o sea la estimulada por el Estado como coadyuvante educacional.

En Venezuela se cultivaron tradicionalmente algunos deportes autóctonos, de origen indígena, español y africano, los que en cierta medida se estiman como expresiones folklóricas más que como deporte en su lato significado, tales las *bolas criollas*, cierto juego de pelota y los toros coleados o a la clásica manera española. En sus formas y tendencias modernas, el interés del venezolano por los deportes comienza a manifestarse en los tiempos de Guzmán Blanco que es cuando aparecen esporádicamente las competencias hípicas, el *tennis* y algún otro ejercicio físico de origen francés, inglés y norteamericano. Luego, durante la segunda presidencia de Joaquín Crespo, un inusitado entusiasmo del presidente por los caballos conduce a la construcción de un hipódromo en *Sabana Grande* y a la formación de una sociedad de fomento equino en la que participan distinguidas personas. Algún tiempo más tarde llegan el *base-ball* y el *foot-ball*, el primero de los cuales alcanza inmediatamente gran popularidad. Estos y el boxeo serán los deportes extranjeros que más arraigo tendrán en el pueblo venezolano.

La gestión del Estado en la incorporación de esta rama de la cultura a las actividades docentes, comienza bajo el gobierno de López Contreras y en su desarrollo se sigue el ejemplo norteamericano. Se crea entonces una *Dirección* especial en el ministerio de educación y su ingerencia se extiende a todos los planteles de la docencia: a la escuela primaria, al Liceo, a la Universidad y a los institutos de enseñanza especial. Medina Angarita y el primer gobierno de *Acción Democrática* continúan esta trayectoria pero bajo Pérez Jiménez el criterio educacional adopta un nuevo sentido y el deporte, adscrito a la autoridad de un instituto autónomo, se convierte en una organización para-militar. La protección económica que este instituto recibe es un camino que se abre a los apetitos, a las intrigas y a las corruptelas políticas y que desvirtúa sus prístinos fines educativos. Desde entonces alrededor del deporte florece una fauna parasitaria e inculta que trafica a su costa y contribuye a sembrar en otras esferas de la vida social los vicios del fraude, de la mixtificación y hasta de la violencia.

Resumiendo puede decirse que en Venezuela tanto el arte como el deporte presentan en estos momentos análogas perspectivas, su contribución social es más cuantitativa que cualitativa. Carentes de originalidad y de autenticidad son manifestaciones miméticas sin positiva fuerza creadora.

### *La Publicidad*

EVIDENTEMENTE con este estado espiritual y mental que se generaliza

hoy en el mundo, se relaciona un nuevo factor social que en nuestros días ejerce determinante influencia en todos los órdenes y en todos los planos de la vida del hombre: la publicidad.

La publicidad, llamada también propaganda y reclamo, no es cosa nueva, no es invento de nuestro tiempo (bastaría recordar el origen del nombre de América) pero nuestro tiempo la ha convertido en uno de sus valores más típicos, de sus expresiones más definidoras y de sus fuerzas más decisivas. Es, en una palabra, el instrumento por excelencia de la mentalidad y de la moral de la época. Elevada a la más alta categoría tecnológica, sus tentáculos invaden todas las esferas cualitativas del hombre social — ciencia, arte, literatura, política, economía y religión — reduciéndolas a un denominador común de utilitarismo regimentado y mediocre.

La publicidad tiene un fin preciso: crear popularidad, es decir, canalizar el interés de la masa humana y encadenarla a un centro común de atención previamente determinado (159). Con este objeto utiliza no lo que eleva la mente a una zona cualitativa sino lo que excita el sistema hormonal: sexo, lucha violenta, astucia, artimaña. La caballerosidad, la lealtad, la equidad son valores que para ella no tienen sino un interés relativo. Vencer es lo que justifica la acción. Vencer mediante la superioridad física y sobre todo mediante las armas mecánicas que son la flor de la técnica. Establecido este hecho, dicho está que el propósito social de la publicidad es preparar el imperio de lo mediocre, imperio este dentro del cual se destacan los prototipos: el actor, el cantante, el poeta, el pintor, el músico, el sociólogo, el escritor y hasta el sacerdote publicitarios. Antes de la creación de este imperio, cuando la cultura poseía un sentido humanístico, el sabio, el artista y el político eran los mensajeros de un mundo profundo, que quería ser profundo. Sus mensajes se dirigían a los estratos más hondos del ser humano. Hoy existe algo de que no tuvieron noción los humanistas (quienes ignoraron también las especializaciones y la técnica): el pensamiento publicitario. Por supuesto que hay excepciones: son las cimas aisladas e incontaminadas, los faros que iluminan esta gran noche de tempestad en medio de la cual se debaten los instintos y las pasiones mientras llega el momento en que despunte una nueva aurora. Pero no son estas cimas precisamente las que disfrutan en estos momentos de popularidad. No son las que merecen la atención permanente y fija de esas enciclopedias del pueblo en que se han convertido los diarios y las revistas, el cine, la televisión y la radio.

Con el desorbitado desarrollo de la riqueza y con la psicósis utilitaria que ésta ha creado en todos los niveles sociales, no podía Venezuela escapar

(159) Con frecuencia cumple fines más complicados, vg.; demostrar que la industria del ron, la intoxicación alcohólica de los pueblos, es una de las columnas del progreso social y que debe ser protegida por el Estado.

a la influencia publicitaria. Ha sido, por el contrario, una de las industrias que económica y técnicamente han alcanzado mayor desarrollo y que lejos de sufrir menoscabo a causa de la crisis financiera de los últimos años ha mantenido su categoría material. Esto tiene su explicación en el completo dominio que la industria publicitaria ejerce en los instrumentos de captación del interés colectivo. Mas este aspecto de la cuestión no interesa al tema que nos ocupa sino en la medida en que la publicidad industrial ha podido influir en la vida social del país y particularmente en ciertas deformaciones que se señalan en ésta, como la de la proliferación de la delincuencia y la actitud insurgente de las generaciones más jóvenes.

Este tema ha sido ya objeto, en Europa, en Estados Unidos y en Hispanoamérica, de variados y penetrantes estudios, y los argumentos que se han barajado son aplicables tanto a la delincuencia ordinaria y tradicional como a este nuevo fenómeno de la insurgencia juvenil al que se ha calificado de "rebeldía sin causa" cual si no fuese causa bastante el desequilibrio de nuestro tiempo, la bancarrota de los valores morales y la incapacidad de los conductores de la civilización que hace crisis para fundar el imperio de la justicia.

### *Juventud y delincuencia. Los pavitos*

De la delincuencia común (fórmula con la que definen las leyes penales a la que no tiene carácter político) nos hemos ocupado ya en páginas anteriores al mencionar el inusitado incremento del crimen en los últimos años. Describir las monstruosas características de algunos delitos particulares no tendría objeto en este lugar; señalar sus móviles y sus complejidades psicopatológicas, ya lo hemos intentado. El malestar económico, las reacciones sexuales, el estado de angustia producido por las complicaciones de la ciudad, son otras tantas causas que predisponen al hombre a la violencia incluso contra sí mismo. Pero junto con todo esto existe un estímulo que proviene de la publicidad, y una ecuela: la de los medios que la publicidad utiliza y principalmente el cine y la radio (160).

Todavía la publicidad mantiene vigentes esquemas morales con los que pretende diferenciar el bien del mal. El detective representa el bien porque está al servicio de la sociedad defendiendo sus valores convencionales. El delincuente, el hampón, el ladrón encarnan el mal porque actúan contra aquellos valores. Más si nos detenemos a considerar la actitud en que las clases desposeídas se colocan hoy ante las clásicas normas valorativas de lo bueno y lo malo, no podremos menos que reconocer que el significado del

(160) También la literatura. Explotada por editores piráticos ha proliferado en el país una literatura barata, pornográfica, enfermiza e irresponsable con la que hacen fortuna comerciantes inescrupulosos y toda una fauna de pseudo-escritores.

policía y del hampón no se relacionan con la moral de la sociedad en la misma medida que hace treinta años, sino en razón de la técnica y de la fuerza de que cada uno de ellos disponga. Más aún: en una sociedad cuyos fundamentos son los de la injusticia, la desigualdad y la fuerza, el delincuente adquiere categoría de rebelde, de protestante.

Esta filosofía que cada día gana nuevos prosélitos, ensancha su ámbito e invade a la juventud.

* * *

Venezuela es un país en el que predominan los jóvenes, lo que no quiere exactamente decir que predomine la juventud. El concepto de juventud no es solamente biológico, también es cualitativo e implica una idea de originalidad y de fuerza creadora, pero este no es el caso de este país en este momento. Cuantitativamente se calcula que de los 7,5 millones a que alcanza la población, la mitad está formada por seres menores de veintiún años. La mentalidad de estos seres es una mentalidad inadaptada y rebelde para la cual los que pasan de los treinta años son "viejos" y dignos, de consiguiente, de desprecio y de odio. En Venezuela se les llama *"pavitos"*.

Exageraríamos si pusiésemos a los pavitos venezolanos en el mismo nivel de los jóvenes inadaptados de Norteamérica cuyas fechorías reproducen las formas de delincuencia mayor de los *gansters*. Sin embargo, sus provocaciones, sus actos de agresividad y de irrespeto no son menos alarmantes. De un *Remitido* publicado en la prensa caraqueña el 29 de octubre de 1961, y suscrito por el señor Angel Mª Alizo C. (Cédula de identidad Nº 85.195) copio estos párrafos que dan idea de las hazañas de los *pavitos:*

> "En vista de que cada día van en aumento los desafueros de la banda de mocetones y muchachos, la cual alcanza en oportunidades el número de treinta, entre los que se encuentran hombres con mayoría de edad, y quienes desde que dejan la cama hasta altas horas de la noche y ante la mirada indiferente de las Autoridades, se han hecho dueños absolutos de la esquina "Palmas" y "Cumaná", en la Urbanización "Las Palmas", me veo en la imperiosa necesidad, como uno de los más perjudicados por ser el dueño del edificio "Niágara", situado en la nombrada esquina y del cual ha hecho su cuartel general la referida banda, de denunciar públicamente ante las Autoridades competentes y la opinión pública, los abusos, atropellos y desmanes de que ya estamos hartos los vecinos y comercios del sector, los cuales estamos firmemente dispuestos a no tolerar más".

Hechos similares y aún más graves se producen frecuentemente en Caracas y en las poblaciones del interior. Esa juventud que oscila entre los quince y los veinticinco años, que vaga sin freno, que no asiste a la escuela ni ejerce oficio útil alguno, se organiza en pandillas y asalta viandantes, apedrea y viola casas, ultraja mujeres, irrespeta ancianos, se burla de las instituciones y llega incluso hasta el homicidio. En sus rangos sociales más bajos, los delincuentes mayores reclutan sus auxiliares y forman escuela: ellos son los ladrones de bancos, de comercios y de vehículos, los traficantes de marihuana, los tratantes de blancas y los que forman el *lumpen proletariat* dispuesto para el pillaje en los días de disturbios políticos. Pero en realidad el fenómeno no se limita a la clase desposeída e inculta; afecta también a los hijos de familias acomodadas, los que manejando sus propios *carros* cometen análogas tropelías. Tampoco está reducido a este campo de delincuencia el fenómeno de la rebeldía juvenil. Su ámbito social es ilimitado por cuanto afecta todas las convenciones de la vieja moral sin excepción de sexo o de grado.

Comentando una pregunta formulada por un psiquiatra inglés apropósito de un estudio hecho para las *Naciones Unidas,* el periodista francés Pierre Gascar preguntaba a su vez si el espíritu de los *Blousson Noir* (161) es un mal necesario y entre otras cosas decía: "los delitos menores de los jóvenes son una válvula de seguridad mental contra los conflictos interiores que provocan el estado de la sociedad y los dramas familiares" (162). Esto nos hace pensar en ciertos hechos comunes a la sociedad en casi todos los países civilizados de Europa y de América en los que las instituciones del hogar, del matrimonio, de la autoridad de los padres y del honor son similares. Como delitos menores hay que considerar, por ejemplo, la seducción o rapto de la muchacha menor de diez y ocho años que antes era motivo de persecución legal y que se traducía en deshonor y bochorno para el hogar paterno. ¿Qué queda hoy de esta concepción de la vieja moral institucional? ¿Y qué autoridad pueden invocar los padres que por su parte violan otras convenciones y perpetran otros delitos sociales? Las nuevas costumbres se burlan de todo esto. Hombres y mujeres se juntan desde temprano y sería inútil pretender evitarlo y más aún castigarlo. Todo conspira para hacer esto imposible: no sólo la rebeldía de los propios jóvenes, que ya no hallan el incentivo de una muralla que derribar, sino las normas impuestas a la sociedad por la economía y por la técnica en el sentido de que se deje a las muchachas tan libres como a los muchachos. El Liceo, la Universidad, las escuelas de arte y las oficinas, más que permitir imponen a las muchachas esta con-

(161) *Pavitos* franceses.

(162) *Figaro Litteraire,* Nº 782, París, 15 de abril de 1961.

ducta. Al mismo tiempo, y como consecuencia forzosa, se da muerte a otros mitos: el de la virginidad, por ejemplo. La virginidad era antes sagrada. Simbolizaba el honor del marido y formaba la corona del matrimonio. La mujer, como los frascos de fino perfume, debía llegar sellada a manos de su señor. Esto hoy causa risa. No es que la virginidad en sí misma tenga un valor social. Lo desconcertante es que se ha borrado la línea que ella hacía simbólicamente visible entre el amor y la prostitución. Es un signo de libertad desgarrar los misterios, romper los sellos sagrados, insurgir contra lo prohibido.

### *Las nuevas relaciones del Estado y la Iglesia*

VOY A VOLVER aquí a un tema que ya ha ocupado nuestra atención al examinar las distintas etapas de la evolución social del país: las relaciones del Estado venezolano con la Iglesia católica. Esta insistencia no revela otra cosa que la substancial importancia que atribuyo, históricamente, al asunto.

En agosto de 1959 moría trágicamente, en un vuelco de automóvil y mientras visitaba la región petrolera del oriente de la república, el arzobispo de Caracas Mons. Rafael Arias Blanco. Era un hombre joven, activo e inteligente que gozaba de popularidad y de prestigio político a causa de su actitud combativa frente al gobierno de Pérez Jiménez.

Antes de seguir adelante, creo oportuno decir aquí que entre las torpezas de aquel gobierno, una de las que más lo afectaron fue la de su extraña conducta hacia el clero, el cual, como es bien sabido, no es muy aficionado a pelearse con los regímenes fuertes. Hasta ahora, a decir verdad, no están muy claras las causas de aquella fricción pues en algunos aspectos el dictador se mostró obsequioso y hasta complaciente con la Iglesia: aún se recuerdan los apoteóticos viajes de la Virgen de Coromoto, novísima patrona de Venezuela a la que el Congreso dió el grado de General en jefe, y otras rumbosas fiestas religiosas patrocinadas o propiciadas por el gobierno en todo el país. Sin embargo, algo debió andar mal en las relaciones de los dos poderes, pues a partir de cierto momento se desencadenó una violenta ofensiva del clero que tuvo gran resonancia y que contribuyó en gran manera a minar las bases del régimen.

Con los gobiernos que siguieron a Pérez Jiménez, la Iglesia se llevó bien, y estas relaciones parecen cada día más cordiales pues no hay acto oficial, sea cual fuere su índole, en el que no estén presentes las altas dignidades espirituales. A esta cordialidad debe haber contribuido con eficacia la permanencia del partido *Copei* en la coalición gobernante.

En 1960 S. S. el Papa hizo a Venezuela objeto de una gran deferencia:

le dio un Cardenal (163). Este hecho tiene una extraordinaria importancia. Casi todos los países de Hispanoamérica poseían sus representantes en el *Sacro Colegio.* Para explicar por qué Venezuela fue sistemáticamente excluida de tal distinción, hay que acudir a la historia de los conflictos pasados y sobre todo a la terquedad con que la república ha conservado su vieja ley de patronato eclesiástico. Por esto no deja de ser significativo el que la púrpura y el capelo cardenalicios lleguen a este país precisamente cuando el partido *Copei* comparte la responsabilidad del gobierno y cuando el caudillo de este partido, el Dr. Rafael Caldera, (quien ha sido además, vicepresidente del Congreso) anuncia la inminente revisión del status actual y la adopción de un *modus vivendi* como paso previo a la celebración de un *Concordato.* Esto significa que el patronato va a desaparecer en los momentos en que Venezuela celebra el sesquicentenario de su independencia.

Muchos son los venezolanos que defienden la vieja y famosa ley como algo que toca íntimamente al patriotismo, al sentimiento de la libertad y a la reverencia debida a los próceres que consumaron la emancipación nacional. Se ve en ella algo como un florón de la soberanía del país y aunque ya todos saben que esa ley es hoy tan inoperante como la federación, insisten en conservarla por lo que tiene de símbolo histórico, de expresión de una voluntad autonómica.

Lo cierto de todo esto es que no se pueden juzgar y decidir cosas tan importantes sin un profundo estudio de su significación sociológica. Así como cambian las circunstancias históricas y se modifican las perspectivas espirituales, varía también el carácter del hombre, y desde luego los símbolos que representan sus ideales. La historia — ya todos estamos de acuerdo en ello — no es sólo el pasado sino el presente y el porvenir. El valor social de la religión es uno de los temas que más interesan en estos momentos de revolución y de cambio por las nuevas experiencias que aporta todos los días. Es por esto por lo que los más serios y penetrantes sociológicos enfocan su estudio retomándolo desde las épocas más lejanas y siguiéndolo a lo largo de las distintas civilizaciones, para llegar a la conclusión de que es esta quizá la fuerza más influyente y constante y la más decisiva en las grandes crisis. Ello quiere decir que en un momento como el actual, el venezolano no puede circunscribir el examen de las relaciones entre el Estado y la Iglesia al puro acontecer nacional: tiene que colocar el problema en un ámbito universal.

Afirma el sociólogo alemán Ernst Bloch (164) que lo más positivo, quizá lo único positivo que se ofrece aún al hombre en medio de los instru-

(163) Se designó para el cargo al nuevo arzobispo de Caracas Monseñor José Humberto Quintero, oriundo, como su antecesor, de la región de los Andes que es de las más católicas y piadosas de la república.

(164) Revista *Humboldt* Nº 8.

mentos de destrucción y de la bancarrota de las doctrinas, es lo que encarna la figura de Cristo. Pero, naturalmente, Bloch que es un hombre nuevo habla de un cristianismo nuevo, lo mismo que hacen Arnold Toynbee y Gaetán Picón (un inglés y un francés que pulsan los acontecimientos actuales con sentido de historiadores). No se puede pasar revista a fenómenos de tal magnitud con el sólo fin de dejar un escueto testimonio de ellos. Forzosamente se llega a un momento en el que surge esta pregunta esencial: ¿Hacia dónde conduce esto? ¿Se producirá al fin un definitivo estallido y quedará todo desecho, o se hallará una nueva salida para el espíritu? Es el momento en que nuestra mente vuelve al pasado y retoma los símbolos clásicos para pedirles una nueva esperanza.

Hoy se habla de religión no ya en el sentido místico y teológico de la Edad Media sino en una proyección sociológica. Toynbee, en su gran estudio de la historia del mundo, observa cómo en las crisis que determinan la muerte de una civilización y el inicio de otra, la religión vuelve a llenar la mente del hombre, y Picón (165) observa que si la religión ha retrocedido como un fenómeno social, si no es ya la que ordena el mundo, tampoco es contra ella que se le puede ordenar. "La religión — opina este autor — deja de sentirse molesta por la filosofía y por la ciencia y renuncia tanto al oscurantismo como a los compromisos científicos del modernismo. La filosofía ni la ciencia nada pueden contra ella porque existe una experiencia religiosa que es irreductible e invulnerable y que permite de antiguo a aquél que la tiene intervenir poderosamente en el pensamiento filosófico o en la creación artística".

Esta comprobación, que parece exacta, sugiere reflexiones variadas, a saber: el sentimiento religioso es propio del hombre, inherente a su psíque. Existirá, pues, mientras el hombre sea lo que es. Se cree en un Ser Supremo (en una Energía o un Espíritu) que es fuente de toda vida, y se necesita de El como guía y meta de la existencia. Esa meta es el no-morir, el no-desaparecer, y la religión la vía que conduce al hombre hacia ella. De consiguiente la esperanza, que está más allá de la filosofía y de la ciencia, seguirá separada de éstas como un planeta distinto en el que se busca refugio en las horas de destrucción.

Ya hemos visto el lugar que ha ocupado la Iglesia católica en la historia de Venezuela y las vicisitudes que ha padecido. A lo largo de los últimos tiempos el pensamiento venezolano ha evolucionado y parece haber arribado a una mejor comprensión del papel que ella juega en la sociedad. En 1889 Gil Fortoul escribía: "Así como el primer sistema (el del Sometimiento del Estado a la Iglesia) implica el despotismo teocrático con todas sus funestas consecuencias, la negación de la esencia y fines del Estado; así éste de que ahora tratamos (el Sometimiento de la Iglesia al Estado) y que tiene, por

(165) *Panorama des Idées Contemporaines,* París 1961.

fortuna, escasos e insignificantes defensores, encarnaría en la práctica un despotismo no menos odioso: el sentimiento sometido a reglas preexistentes; las aspiraciones íntimas del alma, encerradas en moldes estrechos; la personalidad humana, destruida en lo que tiene de más refractario a la coerción externa; y lo que es terriblemente absurdo, el Estado convertido en supremo director de las conciencias". (166).

Esto, naturalmente, no significa que el Estado ha de hacer renuncia de un patrimonio que administra en nombre del pueblo y que es expresión no sólo de creencias metafísicas y teológicas sino de todo un ordenamietno de ideas de las que dependen el equilibrio y el progreso de la sociedad nacional. Esto quiere decir que el Concordato de nuestros días no podría ser una exacta reproducción del que rechazó hace un siglo el Congreso de la revolución federal.

### *La situación actual*

VOY A DAR remate a este panorama de nuestra historia social con un breve examen de los hechos actuales y de sus contrastes entre la realidad y la teoría. De esta contrastación se deducirán los interrogantes proyectados hacia el futuro.

En los últimos años la lucha política se ha hecho más ruda por la creciente agresividad de la oposición y por la activa participación de las masas (tanto urbanas como rurales) en los movimientos de calle. En efecto, mientras en los campos los campesinos invaden fincas agrícolas, en Caracas y ciudades del interior se realizan asaltos y se producen choques mortales, huelgas, estallidos de bombas, homicidios y otras violencias por el estilo. El propio presidente de la república fue objeto de un atentado en el que estuvo a punto de perecer.

No podría decirse que este clima político sea cosa nueva porque la verdad es que la tensión que lo caracteriza era algo previsto, algo que se esperaba desde la muerte de Gómez. Lo que sí puede afirmarse es que la situación se ha definido y que cualesquiera que sean las tendencias del observador perspicaz, éste no tendrá más remedio que aceptar su significado.

Desde el momento de la conquista hasta nuestros días, Venezuela ha pasado por tres etapas político-sociales bien caracterizadas: la colonial, la de las oligarquías (después de la independencia) y la del igualitarismo (a partir de la federación). Hoy se encuentra abocada a una cuarta que es la del socialismo. Es este un proceso al que parece difícil, si no imposible, que se sustraiga ninguna nación de América, ni siquiera los Estados Unidos del Norte

(166) *Obras completas*, vol. VII, págs. 292-93.

cuya socialización se ha iniciado y avanza penosamente en medio de la gran pugna entre el capitalismo y el comunismo.

La comunización de las naciones americanas no es un fenómeno inevitable. La socialización sí lo es. La primera representa una forma de acción política, y de consiguiente adjetiva, que puede o no arraigar según las circunstancias del medio en concordancia con la resistencia de las clases conservadoras y con la irritación de los oprimidos. La segunda, en cambio, es una solución substantiva, la única a que se puede apelar en este momento histórico en el que se cruzan dos concepciones de la justicia social y en el que hace crisis una de ellas, la que representa el capitalismo. Entre muchos otros signos reveladores de cómo ha arraigado esta convicción en la época que vivimos se puede elegir el de la Iglesia católica y el de los partidos social-cristianos que la respaldan. "Nos negamos a identificar al capitalismo y al imperialismo como consustanciales con la civilización cristiana — ha declarado el *líder* chileno de este movimiento —. Rechazamos toda forma de conciliación doctrinaria entre el Comunismo y la Democracia Cristiana. Pero no somos tampoco la Liga de los Anticomunistas del mundo" (167).

Aún cuando Marx, en su época más radical, habló de un socialismo científico y un socialismo utópico, destacando al primero (necesariamente revolucionario y aún catastrófico) como el único eficaz para las soluciones del gran problema social, y repudiando al segundo por inoperante e hipócrita, las experiencias del último siglo parecen demostrar la posibilidad de llegar a un desideratum por grados y con un mínimum de violencia y de destrucción. Este sería el camino transaccional o *tercera posición* de que hablan muchos socialistas de nuestro tiempo y que se ha venido ensayando en no pocos países europeos y americanos.

Con todo, catastrófica o no, la revolución está implícita en el designio mismo del cambio. De consiguiente la época que vivimos es esencialmente revolucionaria y esto es lo que tiene que aceptar el venezolano. Esta revolución va contra el viejo liberalismo y de paso contra algunas de las formas de la democracia política detrás de las cuales se ha atrincherado la inepcia y florecido el engaño. "El liberalismo — escribe Gaetán Picón, ya citado — garantiza la libertad pero aporta la injusticia; el comunismo no realiza un orden social más justo sino destruyendo el espíritu de la libertad, y el socialismo liberal no reconcilia los dos órdenes sino verbalmente".

Este socialismo liberal de que habla el escritor francés — actual director de *Bellas Artes* de Francia — es en cierto modo el socialismo utópico que con tanta vehemencia fue atacado por Marx en 1848. En Venezuela se ha hecho una política verbalista — de esto no hay duda — pero se han dado

(167) *El Nacional*, Caracas, 28 de agosto de 1961.

también pasos visibles hacia el socialismo científico, que no otra cosa son las conquistas legales del obrerismo con su vigorosa arquitectura sindicalista, la reforma agraria y diversas formas de intervencionismo estatal que si todavía teóricas, defectuosas y aun viciosas, constituyen no obstante un reconocimiento fundamental del proceso de la revolución y de sus aspiraciones finales.

*La Constitución de 1961*

EN ESTE PLANO de apreciaciones — aunque sólo sea como indicio — hay que considerar la Constitución vigente (23 de enero de 1961) la que tiene por fundamentos "proteger y enaltecer el trabajo, amparar la dignidad humana, promover el bienestar general y la seguridad social; lograr la participación equitativa de todos en el disfrute de la riqueza, según los principios de la justicia social, y fomentar el desarrollo de la economía al servicio del hombre"; todo esto dentro de la igualdad, "sin discriminaciones derivadas de raza, sexo, credo o condición social".

Para diversificar estos fundamentos dentro de un ordenamiento jurídico, la nueva Carta, en su Título III, divide los derechos así: *Derechos individuales* (Capítulo III); *Derechos sociales* (Capítulo IV); *Derechos económicos* (Capítulo V) y *Derechos Políticos* (Capítulo VI). No me detendré a considerar el tema federalista cuyo significado ya conocemos (168), tampoco los derechos individuales que son, en esencia, los mismos de las anteriores constituciones; entresacaré algunas disposiciones de los capítulos mencionados por considerarlas típicas de la moderna tendencia social, a saber:

*Derechos sociales:*

> "Artº 74. — La maternidad será protegida, sea cual fuere el estado civil de la madre. Se dictarán las medidas necesarias para asegurar a todo niño, sin discriminación alguna, protección integral, desde su concepción hasta su completo desarrollo, para que éste se realice en condiciones materiales y morales favorables.
>
> "Artº 75. — La ley proveerá lo conducente para que todo niño, sea cual fuere su filiación, pueda conocer a sus padres, para que estos cumplan el deber de asistir, alimentar y educar a sus hijos y para que la infancia y la juventud estén protegidas contra el abandono, la explotación o el abuso.
>
> "Artº 78. — Todos tienen derecho a la educación. El Estado

(168) Esta Constitución conserva la ficción federal aunque no ya en los términos de 1864. Véase su Título I, Capítulo III.

creará y sostendrá escuelas, instituciones y servicios suficientemente dotados para asegurar el acceso a la educación y la cultura, sin más limitaciones que las derivadas de la vocación y de las aptitudes.

"La educación impartida por los institutos oficiales será gratuita en todos sus ciclos...

"Art° 84. — Todos tienen derecho al trabajo. El Estado procurará que toda persona apta pueda obtener colocación que le proporcione una subsistencia digna y decorosa.

"Art° 85. — El trabajo será objeto de protección especial. La ley dispondrá lo necesario para mejorar las condiciones materiales, morales e intelectuales de los trabajadores. Son irrenunciables por el trabajador las disposiciones que la ley establezca para favorecerlo o protegerlo.

"Art° 86. — Se propenderá a la progresiva disminución de la jornada de trabajo dentro del interés social y en el ámbito que se determine, y se dispondrá lo conveniente para la mejor utilización del tiempo libre".

Por otros artículos se prevé el establecimiento de normas para la fijación de salarios mínimos, para la participación que debe corresponder a los trabajadores en los beneficios de las empresas y para la protección del salario y de las prestaciones sociales; también para el establecimiento de la cláusula sindical, para el ejercicio del derecho de huelga, para la protección de la mujer y del menor que trabajan y para la asistencia por el Estado de aquellos que carezcan de medios para sostenerse.

En el capítulo relativo a los *derechos económicos* la Constitución de 1961 asegura a todos la libertad de dedicarse a la actividad lucrativa de su preferencia, garantiza el derecho de propiedad determinando los casos en que es procedente la expropiación, prohibe las confiscaciones y declara al régimen latifundista contrario al interés social. Y en el de los *derechos políticos* fija la de diez y ocho años como edad apta para el sufragio, consagra el derecho de representación proporcional de las minorías, garantiza el de formar partidos políticos y reconoce el asilo por razones políticas.

Estas disposiciones que he considerado oportuno citar puntualmente tienen una particular importancia en la nueva Constitución porque apuntan a los más graves problemas sociales de Venezuela. El caso de la paternidad ilegítima, por ejemplo, y el de los niños abandonados representan en este país una tradición profundamente deformadora a causa del alto porcentaje de uniones irregulares con su saldo de irresponsabilidad moral y económica y con sus fatales repercusiones en el índice de la criminalidad, del parasitismo

y de la incultura. En Venezuela no existe prácticamente el prejuicio que discrimina al hijo ilegítimo. Bien mirado el fenómeno, la ceremonia matrimonial — civil o eclesiástica — no es de por sí un dique que proteja a los hijos contra las vicisitudes sociales del abandono. Es por esto por lo que hay que atribuir la mayor importancia al papel que asume el Estado al declararse protector de las víctimas de estas deformaciones.

Con referencia a la educación, justo es reconocer que se ha avanzado gran trecho pese a las perturbaciones, conflictos y fricciones de que hemos hablado en capítulos anteriores. Y por lo que atañe a la protección del trabajador, el desarrollo experimentado por la organización sindical es prueba de que también se ha avanzado en este terreno.

A título de simple ejemplo, como caso demostrativo de cómo ha evolucionado en el país la conducta del capital con respecto al trabajador desde la muerte de Gómez a nuestros días, reproduzco a continuación las cifras de emolumentos, salarios y beneficios que paga una de las compañías petroleras — la Creole — a sus obreros venezolanos (169).

| | | |
|---|---|---|
| Sueldos y salarios | Bs. | 244.826.820 |
| Pagos por vacaciones y días feriados | " | 34.578.149 |
| Beneficios por terminación y jubilación | " | 85.201.737 |
| Beneficios por accidentes y enfermedad | " | 3.500.286 |
| Utilidades | " | 46.258.915 |
| Planes de viviendas | " | 11.068.823 |
| Plan de ahorros | " | 12.616.541 |
| Miscelánea | " | 1.940.369 |
| Total de sueldos, salarios y beneficios | " | 439.991.640 |
| Promedio de trabajadores | " | 14.100 |
| Número de empleados jubilados a fin de año | | 404 |
| Inversión bruta en plantas y equipo por empleado | " | 366.892 |

Esta demostración corresponde al ejercicio de 1958-59. En el mismo año el activo neto (plantas y equipo) de esa empresa montaba a bolívares 2.743.243.735; y sus ingresos totales a Bs. 2.986.113.262, sus costos totales a Bs. 2.369.466.334 y su utilidad líquida a Bs. 616.646.928.

Claro está que esto no resuelve el problema vigente ni elimina la tensión política e ideológica. Es un aporte que beneficia solo a determinados trabajadores en un país donde existen miles de desempleados urbanos y en el que la situación de los campesinos se hace alarmante. Además, por circunstancias ya mencionadas, no es el índice petrolero el que se puede invocar

(169) Tomados de *El Farol*, Nº 188, Mayo-Junio 1960.

en estos momentos como signo de estabilidad y de confianza. Sin embargo es un hecho concreto, un indicio proyectado hacia una meta final que la historia viviente hace ya irrevocable.

*Interrogantes para un no lejano futuro*

¿HASTA QUE PUNTO podrá ser resuelto armoniosamente el dilema que la historia plantea a las naciones capitalistas? Este es el interrogante que hoy formulan los hombres sensatos de todo el mundo y al cual Venezuela tendrá también que dar su respuesta. Pero esta respuesta no se puede pedir a las gentes del pueblo que agobiadas por sus problemas y conscientes de las injusticias tradicionales, desconfían de las promesas y de las ficciones de un decadente liberalismo, sino a los dueños de la riqueza y a los beneficiarios de los provechos que ella depara.

De esta clase depende el que las reformas iniciadas teóricamente salten de las constituciones impresas para cobrar vida en la realidad y convertirse en verdaderos derechos.

# Evolución de la Economía en Venezuela

Por EDUARDO ARCILA FARIAS

# INTRODUCCION

LA ECONOMIA venezolana, desde los más remotos tiempos de nuestra historia hasta el presente, se divide en grandes períodos caracterizados por el predominio de un solo tipo de producción, que nos podría definir, ante quienes gustan de las generalizaciones, como un país monoproductor. Esta estructura económica monobásica ha sido objeto de una dura y constante crítica, dicha y repetida a través de los años casi con los mismos términos. Voces admonitoras le han advertido al país el peligro de una economía que, carente de firmes apoyos, avanza a saltos; unos largos y otros cortos, seguidos de profundas regresiones en más de una oportunidad.

Una rápida mirada tendida sobre el panorama de nuestra ya dilatada historia, pues ha llegado el tiempo de abandonar esa idea de nuestra eterna mocedad, nos permitirá apreciar brevemente ese fenómeno.

La similitud de la producción, o de las posibilidades productivas de cada una de las regiones americanas comprendidas dentro del viejo imperio español, hizo imperativa una política económica que tenía como objetivo la creación de zonas especializadas o, por lo menos, favorecidas mediante privilegios o atenciones especiales. La supervivencia y estabilidad de algunas de las colonias españolas en esta parte de América, estaba condicionada por la diferenciación de sus actividades, pues la competencia interindiana no podía conducir sino a hacer más difícil la conquista de un medio físico de por sí hostil, y más laboriosa la obra de la colonización. La empresa de estructurar una economía monetaria, que encajara dentro de un sistema internacional, en una sociedad donde no existía sino una economía local con las específicas características de una economía natural, en la mayoría de los casos en sus más primitivas formas, debió ser, y lo fue en efecto, una labor llena de dificultades que hoy no estamos en condiciones de comprender.

El mundo hispanoamericano presenta ante los ojos del moderno historiador el aspecto de un complejo mapa geoeconómico, en el cual cada provincia era algo más que una simple división política hecha al capricho sobre el papel. Ellas llevaban en sí una cierta división del trabajo, determinada no por la libre elección de los hombres que la poblaban, sino impuestas en

primer término por las propias cualidades del medio, y en segundo lugar por los dictados de una política que miraba el conjunto universal del imperio español. La vocación y la ambición de los colonizadores tuvieron que plegarse a la fuerza poderosa de la naturaleza americana, y sujetarse a lo que ella buenamente quisiera darles. Los buscadores de oro que en Venezuela rastrearon las tierras y los ríos y se lanzaron a las más temerarias aventuras, desafiando su violenta geografía, terminaron sus vidas convertidos en humildes y pacíficos agricultores. La América española llegó a edificar por este medio, tomado al azar más que por la reflexión, una sólida estructura en la cual cada una de sus partes desarrollaba una economía complementaria de la economía de otras regiones y de la metropolitana misma. No había provincia que pudiera bastarse por sus propios recursos, a pesar de que el número de necesidades era escaso entonces y al hombre de cualquier parte le bastaban pocas cosas para sentirse satisfecho.

Un conjunto de disposiciones emanadas de la Corona favoreció ese sistema y le ayudó a desarrollarse. Muchas de ellas nos parecen hoy absurdas y a menudo han sido juzgadas como leyes violentas dictadas sin más razón que la fuerza del conquistador sobre la nación vencida. Se citan, por ejemplo, aquellas que prohibían y estorbaban el cultivo del olivo, del trigo o del tabaco en algunas localidades; las que reprimían el comercio del cacao de Guayaquil o la siembra y beneficio de la caña de azúcar fuera de la zona del Caribe, favorecida por las condiciones naturales, pero también por las autoridades españolas.

Por lo que toca a Venezuela, nuestro país pasó sucesivamente por diferentes etapas de producción. Después del caótico siglo XVI, cuando la incipiente colonia, apenas recién nacida, se debatía en una larga agonía, abandona sus sueños que le hacían ver fantásticos imperios de fácil conquista y de opulentos rescates, y vuelve su mirada al surco oscuro y a las soleadas praderas. Y habría de ser allí, en el seno tibio de la tierra que hollaron impacientes las plantas de los Welseres y de tantos otros buscadores de minas, y sobre las vastas llanuras de calcinante sol, donde finalmente encontraron la verdadera riqueza que sirvió de sustento a nuestra sociedad colonial. Aquellos primeros colonizadores fatigados, cuyas quejas tantas veces llevaron por conducto de emisarios y procuradores hasta los oídos del Soberano, humildemente tomaron de nuevo el viejo atuendo que vistieron en las remotas provincias de Castilla: el traje del pastor trashumante y del labrador sedentario.

La ganadería fue una de las primeras ocupaciones de aquel colono endurecido en la lucha, recia y sin fin, contra la naturaleza venezolana, tan bravía e indómita como el indígena mismo que parecía formar una parte inseparable de ella.

La historia presenta a nuestros conquistadores como los más empecinados campeones de la tenacidad. Los trabajos y los fracasos mellaron su soberbia, y aquellos hombres que atravesaron el mar empujados por la codicia de amasar fortuna en breve tiempo, terminaron por hacerse ganaderos y agricultores, y no desdeñaron en adelante los miserables lienzos tejidos toscamente por las indias. Con esos trajes, que antes los llenaban de vergüenza, nos los describen las crónicas de esos tiempos para ponderar su pobreza. *"Porque de algodón se hacen las armas en esta tierra, y había mucha falta de ellas, y para hacer lienzo con que los pobres soldados se vistiesen, que los más dellos estaban desnudos"*, escribía Pérez de Tolosa al Rey (1).

Pero no era la ganadería una actividad que pudiese premiar satisfactoriamente el esfuerzo que consumía. Sus productos tenían escaso valor y su mercado interior era tan reducido, que podía considerársele casi inexistente. De todas maneras sirvió como punto de partida para la consolidación de aquella sociedad en embrión que sobrellevó, por largos años, una vida de penalidades que hizo dudar a muchos de si sería posible su asentamiento. La exportación de cueros y de sebo, principal beneficio de la ganadería, ofrecía perspectivas muy poco halagadoras, puesto que Europa tenía suficiente ganado para sus necesidades y en toda América se daba bien y dondequiera se produjo con más o menos comodidad. El comercio de carne estaba entonces limitado por su propia naturaleza corruptible, y la clientela del tasajo casi se reducía a la dotación de los barcos y las islas antillanas que sirvieron de refugio y despensa de contrabandistas y piratas. Era, en fin, demasiado corta la remuneración para los difíciles trabajos que exigían los rebaños y para los riesgos de un género de vida tan amenazada.

El tabaco abrió horizontes más prometedores. El vicio refutado de feo y pestilente por los monarcas ingleses, de obra del demonio por los clérigos y de costumbre bárbara por los hombres cultos de la época, reclutaba grandes ejércitos de seguidores en toda Europa, a pesar de los sermones y de las admoniciones. En pos de la codiciada hoja llegaron a nuestros puertos los mercaderes españoles, y después, clandestinamente, vinieron los holandeses. Corría entonces la fama de que nuestro tabaco era el mejor del mundo, y hasta a las más apartadas regiones del Norte europeo iba el producto venezolano. Rusia se citaba entre nuestros más importantes mercados, en el mundo mercantil de aquellos tiempos, cuando la Inglaterra de Cromwell veía con alarma convertirse en humo más de 200.000 libras esterlinas al año. La remota Barinas se hizo famosa en ese tiempo entre los más exigentes fumadores del Viejo Mundo.

(1) Oviedo y Baños, *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela.* Ed. de Cesáreo Fernández Duro. Madrid, 1885, t. II, p. 240.

Más tarde el tabaco cede el primer puesto al cacao. Fue este fruto el más sólido cimiento de la riqueza venezolana durante el período colonial, y aún en nuestros días conserva un lugar importante en las estadísticas del comercio de exportación. Entre las contribuciones que al Viejo Mundo hizo la América recién descubierta, figura el cacao en sitio prominente al lado del maíz y de la papa. Desde los recatados claustros de los conventos el chocolate se difundió en España y de ahí al resto del Continente, que lo acogió con gran satisfacción. Pronto se generalizó y alcanzó a figurar entre los artículos de primera necesidad. Gracias al cacao la provincia de Venezuela cambió su sino de pobreza, al que parecía estar atada irremediablemente, para convertirse en el más próspero dominio agrícola que España tuvo en América.

La riqueza tan solicitada por los primeros hombres que pisaron nuestro suelo, surgió al fin de la tierra; pero no con el brillo de los metales, sino con el opaco y terroso color del cacao. Mercaderes de todas las banderas acudieron a nuestros puertos y a las ardientes playas de Barlovento. La vieja leyenda del árbol de la moneda se hizo realidad, pues por primera vez, caso no repetido, la economía rústica lo tuvo y cultivó, no en un sentido figurado, sino en su más cabal acepción; hasta fecha muy avanzada en la Nueva España los granos circularon en calidad de moneda menuda, y aún para el pago del salario de los indígenas. Después del oro, la plata y la grana, era el cacao el más precioso cargamento que periódicamente enviaba la América hispana a Europa. No fue por azar ni por capricho por lo que Venezuela se convirtió en el centro de atracción de la codicia y voracidad de los más importantes empresarios de comercio de las potencias europeas. Todos parecían empeñados en competir por llevarse esta presa. Los esclavos africanos y el cacao fueron en su tiempo los efectos que más beneficio dieron en el tráfico internacional. Y si España le dió a Vizcaya el monopolio de este comercio con la metrópoli, fue como premio en reconocimiento de los grandes servicios prestados por esa provincia a la Corona, justamente el precio a que aspiraban sus mercaderes desde largos años atrás. Por su parte, Venezuela mantuvo por más de un siglo una situación de privilegio en el mercado de la Nueva España, y habría de conservarlo pese a todos los esfuerzos de la Guipuzcoana para arrebatarle esa ruta y contra todas las protestas de guayaquileños y mexicanos. El siglo XVIII marcó para Venezuela la culminación de un proceso que, habiéndose iniciado tarde y lentamente, va acelerándose a medida que avanza el período colonial, y en el último tercio del siglo XVIII se produce uno de esos cambios violentos que son frecuentes en nuestra evolución económica. La abundancia de numerario sustituye a la crónica escasez. En trueque de aquel legado de los aborígenes, recibimos de México los caudales que dieron actividad y animación a nuestro comercio interior, en tanto

que pudimos comprarle a Europa junto con artículos de primera necesidad, otros que solo eran alimento de la vanidad.

Durante el predominio del cacao Venezuela vive su momento más brillante correspondiente al período español. Con la riqueza que le depara se nutre aquella burguesía colonial que, segura de su función y de su poder, se hace presente en las postrimerías del gobierno peninsular. Las luchas políticas y las guerras internacionales que conmovieron el viejo continente hacia finales del siglo XVIII, debilitaron muy sensiblemente las bases de nuestro comercio cacaotero. La zona del Caribe fue uno de los principales escenarios de las poderosas armadas que se disputaban el dominio del mar, y la comunicación con nuestros mercados tradicionales quedó interrumpida. El comercio con la Nueva España declinó tan rápidamente, que ya a comienzos del siglo XIX era apenas una vaga sombra de su pasada prosperidad. El tráfico mercantil con la metrópoli quedó prácticamente suspendido, y ni siquiera el comercio clandestino, que tantas pruebas de temeridad dió en todas ocasiones y ante toda clase de enemigos, arriesgó sus naves por lo menos con la frecuencia que antes solía hacerlo. Fue entonces cuando la marina norteamericana, que estaba apenas en un período de gestación, irrumpió con un vigor que se nutría de las dificultades padecidas por las antiguas provincias hispanoamericanas para su intercomunicación. Los barcos portadores de la insignia republicana del Norte, asumieron en todos los puertos de esta parte de América, desde el seno mexicano hasta Paria, una importante función que los colocó rápidamente en el primer lugar como transportadores entre estos dominos y Europa.

Al declinar el comercio del cacao, un nuevo producto agrícola está llamado a ocupar el puesto que hasta entonces aquél había tenido: comienza el período del café. El Barón de Humboldt ubica los albores de este período en una hacienda de los valles de Chacao, en 1784; sin embargo, Cisneros dejó su veraz testimonio según el cual ya existían extensos cafetales en los Valles de Aragua en una fecha anterior como es la de 1764. Fue, pues, su comienzo oscuro y sin partida de nacimiento, sin bautismo y sin los nobles padrinos que le atribuye la leyenda.

Así, cuando se inicia el movimiento de emancipación, la economía venezolana atravesaba un interesante momento durante el cual se estaba operando un cambio que, si bien no afectaba a la estructura del sistema, no por eso dejaba de tener profundas repercusiones tanto sobre los factores de la producción como en la orientación de la corriente mercantil. En Europa la demanda de café estaba creciendo rápidamente y en el propio país el uso de esta bebida se generalizaba entre las diferentes capas de la población. Hacíase evidente cada día el desplazamiento del cacao y esta amenaza, unida

a la disminución de los rendimientos y a la pérdida de mercados tan importantes como el de Nueva España, movieron a los agricultores a desarrollar otros cultivos, entre ellos los del café, que, además, servían para valorizar tierras que no tenían utilidad ni valor, o era muy escaso el que se les atribuía, como ocurría con las grandes laderas de las montañas.

La política económica de España en las Indias trató de estimular esta tendencia mediante exoneración de impuestos y otras medidas aplicadas en 1789. Los hacendados vieron en el nuevo cultivo una gran fuente de riqueza y una panacea para todos los males económicos que les aquejaban, y los resultados no se hicieron esperar: en el momento de nacer la primera república, ya la sola provincia de Caracas producía cerca de 60.000 quintales de café, que se equiparaban con la producción de cacao. El fiel de la balanza acercábase al punto de equilibrio y muy pronto habría de inclinarse hacia el lado opuesto.

El imperio del café se prolonga por más de un siglo de vida que se caracteriza por sus extremas fluctuaciones. Cronológicamente se le podría situar entre 1810 y 1920. En este último año se inicia la veloz carrera del petróleo, que hace una aparición casi explosiva en el medio político, económico y social. Durante el período del petróleo la transformación afecta a la estructura misma, pues Venezuela deja entonces de ser un país predominantemente agrícola; surge una gran masa obrera y urbana a costa de la masa campesina que disminuye en términos relativos; desarróllanse las inversiones del capitalismo internacional y el eje de nuestra economía se desplaza. La tendencia de la monoproducción se acentúa y alcanza tan graves extremos, que el cambio extranjero ha llegado a depender casi en su totalidad de nuestras exportaciones petroleras. Todos los demás productos exportados, incluyendo el hierro, no han llegado en su mejor año a representar más del 8% del valor de las exportaciones venezolanas, y dentro de éstas a los productos agropecuarios no les ha correspondido más del 3%, y ni siquiera el 2% en tiempos menos afortunados.

Tal es, en síntesis, el esquema de la evolución económica venezolana que a grandes rasgos trataremos de exponer en estas páginas. Pocos países presentan un cuadro con tan violentos matices, con tan dramáticos contrastes, desde los orígenes mismos de la nación, cuando ella surge ante la maravillada Europa con la fascinación de sus perlas, para hundirse de nuevo en la miseria; resurge con el oro oscuro del cacao, y luego con el oro negro de nuestro siglo.

## DEMOGRAFIA

EN LA FECHA en que se inició nuestra independencia, hace un siglo y medio, Venezuela era un inmenso territorio deshabitado y una gran parte de él permanecía desconocido. Según Humboldt, en 1810, la población venezolana alcanzaba a 802.100 habitantes, y aún así, el sabio alemán, según otros observadores, miró con ojos generosos nuestra riqueza humana, pues Depons la estimaba en sólo 728.000 habitantes. Cálculos posteriores arrojan cifras todavía más bajas.

Si adoptamos la cifra de Humboldt, tendríamos que la densidad de población era apenas de 0,7 habitantes por kilómetro cuadrado. De acuerdo con Depons, no alcanzaría sino sólo a 0,6 habitantes por kilómetro cuadrado.

Según el censo oficial, de 1825, la población en dicho año era de 659.000 habitantes, o sea, una cifra menor a la de veinticinco años atrás; sin embargo, Codazzi, en el mismo año, la calcula en 706.000. En 1839, Codazzi nos da una nueva cifra: 945.000, en la que estaban incluidos 52.000 indios independientes; pero el censo oficial del año anterior se mostraba más moderado, pues no arrojaba sino una población de 887.000 habitantes, en tanto que conforme a la estimación hecha por Cagigal, ascendía a 1.047.000 habitantes.

Estos son, en resumen, los datos comparativos de la población de Venezuela durante los ciento cincuenta años que han transcurrido desde aquel histórico 19 de Abril:

| Año | | Habitantes |
|---|---|---|
| 1810 | Humboldt | 802.000 |
| 1825 | Censo oficial | 659.000 |
| 1825 | Codazzi | 706.000 |
| 1838 | Cagigal | 1.047.000 |
| 1838 | Censo oficial | 887.000 |
| 1839 | Codazzi | 945.000 |
| 1844 | Censo oficial | 1.218.000 |
| 1847 | Censo oficial | 1.273.000 |

| | |
|---|---|
| 1854 Censo oficial | 1.564.000 |
| 1857 Censo oficial | 1.788.000 |
| 1881 Censo ofciial | 2.075.000 |
| 1891 Censo oficial | 2.323.000 |
| 1920 Censo oficial | 2.411.000 |
| 1926 Censo oficial | 2.890.000 |
| 1936 Censo oficial | 3.364.000 |
| 1941 Censo oficial | 3.850.000 |
| 1950 Censo oficial | 5.034.000 |
| 1960 (aproximada) | 7.100.000 |

Los movimientos demográficos constituyen uno de los índices más importantes para medir el desarrollo económico de una nación, ya que la actividad económica influye directamente sobre el nivel demográfico, a la vez que este afecta a aquélla en uno u otro sentido. Un ligero examen de estas cifras permite apreciar el diferente ritmo de crecimiento de la población venezolana. Primero, muy lentamente, pero luego, durante el período de predominio de la economía del petróleo, adquiere un paso más y más acelerado.

Hacia la mitad del siglo pasado, esa población se había doblado en relación con la de los primeros años de ese mismo siglo XIX, y en los años iniciales del que corre el aumento no era sino acaso un poco más del 50% sobre la población existente hacia 1850. En cambio, entre 1920 y 1950, o sea, en solo un período de treinta años, pasa bruscamente de 2.411.000 a 5.034.000, esto es, un aumento de más de ciento por ciento, lo que da una rata de crecimiento de más del 3,3% anual, contra 1% anual durante los últimos cincuenta años del siglo XIX. Si los datos que han llegado a nuestras manos son correctos, el crecimiento durante los primeros veinte años del presente siglo fue insignificante.

Este desarrollo demográfico de Venezuela no ha sido uniforme desde el punto de vista geográfico. Particularmente durante los últimos treinta años el país ha visto con asombro y con no poco temor, el fenómeno de la concentración urbana que ha tenido como centro principal a Caracas. Cuando Humboldt visitó esta ciudad, apenas alcanzaba a unos 40.000 habitantes; pero la guerra de la Independencia produjo un éxodo que la depauperó a tal extremo que no se le calculaban sino 21.000 habitantes hacia los años de 1816 a 1820. Habría de pasar mucho tiempo, cincuenta años, para que Caracas volviese a su antigua población de principios de siglo XIX.

Cien años más tarde continuaba siendo aún una pequeña ciudad. En 1930 alcanzaba a duras penas a 140.000 habitantes. Sin embargo, durante los treinta años siguientes pasa de tan modesta cifra a más de un millón doscientas

ESTADOS-UNIDOS DE VENEZUELA.

T. 128.

F. 24

Hipotecado sobre las Rentas Nacionales de la CONFEDERACION.




Un Peso.

Ley del 27 de Agosto de 1811. Año 1°. de la INDEPENDENCIA.

UN PESO. MONEDA DE LA PRIMERA REPÚBLICA, 1811

mil personas (1960). Tres décadas bastaron para aumentar nueve veces su potencial humano.

En 1920, el porcentaje de la población de Caracas con relación al total de la Nación, era de 5,9%. Hoy, es del 17%. Y mientras la tasa de crecimiento en todo el país fue de 30%, en la década de 1941-50, en la sola zona del Distrito Federal, pasó del 86%. Pero estas cifras, con su lenguaje descarnado, no alcanzan a presentar en toda su integridad la magnitud de este aumento, que más que evolución es un salto rodeado de peligros y de problemas; hacinamiento, confusión y condiciones cada vez más difíciles para la vida y el trabajo.

La estructura demográfica del país ha sufrido en las últimas décadas un violento cambio que nos coloca frente a nuestro pasado como un país que ha girado en redondo sobre el eje de su economía, convirtiéndose en la antítesis de una Venezuela que ya pertenece a la historia. Cuando volvemos nuestro pensamiento hacia aquella Venezuela pastoril y agrícola de hace apenas treinta o cuarenta años, sentimos las sensación de que nos hallamos ante un pasado remoto que no conserva sino poca relación con el presente.

Hasta 1920, fuimos una nación predominantemente rural. Eramos un país agrícola. A partir de esa fecha, bajo la presión de la economía del petróleo, en Venezuela se inició una rápida transformación demográfica. El campo comenzó a ceder a la urbe grandes contingentes campesinos. El labrador abandonó el surco y sus instrumentos de labranza, y emprendió camino hacia el campamento petrolero y la ciudad, en pos de un mejor salario y de condiciones de vida halagadoras, aunque a la postre la esperanza habría de convertirse en amarga experiencia para él, y para la Nación en un grave problema social que se agiganta en proporciones alarmantes.

Las migraciones internas no han sido un simple fenómeno de desplazamiento humano; se ha operado la transformación del antiguo peón de la hacienda en obrero vinculado a industrias vitales de la economía venezolana, y a menudo también en un paria social, en un hombre sin raíz que lo fije al medio como se fija el árbol en el suelo.

Según la estimación hecha por Agustín Codazzi en 1839, de los 945.000 habitantes de que se componía el país, 710.000 estaban dedicados a la agricultura y a la cría, o sea que el 75% de la población venezolana estaba ocupada en labores propias del campo, y sólo el 25% en el comercio, la industria, el servicio doméstico y otras ocupaciones. Y aun así, gran parte de este último grupo que representaba apenas un cuarto de la población total, desarrollaba sus actividades dentro del medio rural. Caracas, que era entonces, como hoy, la mayor ciudad del país, no llegaba a 30.000 habitantes, que era un poco menos de un 3% de la población total de aquella Venezuela de hace ciento y tantos años. En realidad la población rural oscilaba entre el 80 y el 85%,

y hasta comienzos del presente siglo la proporción ha debido conservarse más o menos en ese nivel.

La era de la economía del petróleo invirtió los términos y provocó una transformación radical de nuestra estructura demográfica. Puede decirse que en este aspecto Venezuela ha sufrido una revolución cuyo alcance no podemos medir, aunque sí intuir más profundos cambios en toda la estructura social, política y económica.

Desde 1920, como en un reloj de arena que se invierte, la población rural se ha ido volcando sobre los centros urbanos, primero, en un proceso lento y con pasos vacilantes; más tarde aceleradamente y en los últimos años como un aluvión humano que desde los cuatro costados del país cae sobre las ciudades y principalmente sobre Caracas, convertida en el gran centro de atracción de las migraciones internas. Ya en 1940 no podía correctamente calificarse a Venezuela de nación agrícola ni de acuerdo con su producción ni por la ubicación demográfica. Y en 1950 había perdido definitivamente su característica tradicional: su población urbana representaba el 54%, en tanto que la rural quedaba reducida a una lánguida porción de apenas el 46% que fue debilitándose aún más a medida que ascendía la curva petrolera. El hierro de Bolívar, las construcciones y edificaciones que han transformado el aspecto de nuestras ciudades, las obras públicas, y, en fin, esa actividad industrial que hemos visto florecer en la última década, han reducido nuestra población rural.

Al finalizar el año de 1956, el 18% de la población venezolana estaba asentada en el Distrito Federal, y el 30% dentro del territorio directamente vinculado a las actividades petroleras. De manera que en esas solas dos regiones estaba concentrado el 48%.

La distribución demográfica dentro de la amplia geografía venezolana ha sufrido, pues, una ruda dislocación que va más allá de cuanto pudiera predecirse. El petróleo, actuando como una poderosa fuerza telúrica, ha modificado radicalmente el *habitat.* Los más recientes informes establecen que en 1960 la población venezolana está distribuida así: el 70% en la región montañosa y en las zonas costeras, y el restante 30% más o menos dispersa en el resto del vasto territorio nacional.

Mientras en esa estrecha zona la población tiende a hacinarse, las tierras escasean y se hace más agudo el problema del abastecimiento, en la inmensa porción comprendida por el Estado Bolívar y los Territorios Delta Amacuro y Amazonas, que representa la mitad del territorio nacional, apenas la habita el 0,5% de la población total. En la otra mitad vieve el 99,5%. Tenemos así dos Venezuela: la una poblada y cuajada de problemas de toda índole, y la otra deshabitada y salvaje que espera al hombre con una inmensa carga de promesas.

## POBLACION DE CARACAS

| | | Habitantes | |
|---|---|---|---|
| 1580 | Censo español | 2.000 | |
| 1696 | Censo español | 6.000 | |
| 1771 | Obispo Martí | 18.669 | |
| 1800 | Humboldt | 40.000 | |
| 1800 | Censo del Obispado | 30.562 | (1) |
| 1802 | Depons | 42.000 | |
| 1805 | Díaz | 35.000 | |
| 1807 | Lavaisse | 47.228 | |
| 1810 | Lavaisse | 50.000 | |
| 1812 | Semple | 42.000 | |
| 1812 | Palacios | 45.000 | |
| 1812 | Humboldt | 50.000 | |
| 1816 | | | |
| | Apreciaciones | 21.000 | |
| 1820 | | | |
| 1829 | Codazzi | 29.320 | |
| 1830 | Apreciaciones | 30.000 | |
| 1847 | Sanabria | 34.165 | |
| 1869 | Censo oficial | 47.013 | |
| 1920 | Censo oficial | 92.212 | |
| 1924 | Censo oficial | 126.343 | |
| 1931 | Calculada | 141.349 | |

## ZONA METROPOLITANA

| | | |
|---|---|---|
| 1920 | 140.132 | 5,9% |
| 1926 | 195.460 | 6,7% |
| 1936 | 283.418 | 8,4% |
| 1941 | 380.099 | 9,0% |
| 1950 | 709.602 | 14,0% |

(1) E. Arcila Farías, *El régimen de la encomienda en Venezuela*. Sevilla, 1956, p. 66.

## EL MAPA AGRONOMICO

SEGUN los modernos especialistas, la superficie de un país no debe medirse tanto por el mapa político como por el mapa agronómico. Claro está que esta afirmación puede ser cierta cuando se trata de un país agrícola o que pretenda fundar su economía en el cultivo de su suelo; pero deja de tener validez alguna, y por el contrario adquiere un sentido negativo, cuando se pretende aplicar a un país cuya riqueza está en el subsuelo y es el mineral el sustento básico de su economía.

Venezuela fue hasta 1920 una nación agrícola y sus hombres más denodados se empeñaron en levantar la agricultura venezolana a la altura de la de otras naciones más favorecidas por la naturaleza, con una más espesa capa vegetal, más amplios valles y una más difundida red fluvial que convierte inmensas regiones en zonas de riego natural. Lamentablemente el mapa agronómico de Venezuela es pequeño y se le compara con las más pequeñas naciones del continente americano: Costa Rica, Honduras, Uruguay. Pero si esto es verdad, a medias como se quiera, hoy cuando han transcurrido ciento cincuenta años de renovados esfuerzos para extender los cultivos y aprovechar nuevas tierras, ¿cómo no habría de serlo en 1810 bajo circunstancias tan precarias, como las de entonces?

La superficie sujeta a cultivos regulares era insignificante en aquel tiempo. Una reducida zona al Sur del Lago de Maracaibo, la montaña andina y algunos estrechos valles de la cordillera central. Hacia el oriente, Cumaná aparecía como el centro de una próspera región agrícola. Barinas estaba dedicada al tabaco, pero las plantaciones apenas ocupaban una pequeñísima porción. Toda la población de Venezuela, comprendida en ella la de las provincias que modernamente integran su territorio, apenas alcanzaba, aparte de otros frutos, a unas 120.000 fanegas de cacao, que era su más grande riqueza. Para obtener esa producción era suficiente un número de ocho a diez millones de árboles, que holgadamente caben en unas quince mil hectáreas.

En 1810 no había en producción sino alrededor de cinco millones de cafetos, que no podían ocupar una superficie mayor de seis mil hectáreas. En resumen, los cinco principales frutos sobre los cuales reposaba toda la

economía venezolana de aquel momento (cacao, café, tabaco, añil y azúcar) no habrían alcanzado a ocupar, de habéseles concentrado en una misma zona, sino apenas entre cuarenta y cuarenta y cinco mil hectáreas. El algodón nunca llegó a ocupar zonas extensas, y según Depons un centenar de matas constituía la plantación de la mejor hacienda.

Estas vagas noticias dan una idea de cuán diminuto era el mapa agronómico de Venezuela en aquel grandioso momento de su nacimiento como república. Treinta años más tarde, en 1840, la situación apenas había mejorado y el país continuaba reducido a una mínima fracción de su inmenso territorio.

El sabio Codazzi escribía en 1840: "Para que no se crea exagerado este cuadro de la futura prosperidad de Venezuela, basta considerar, que en la que aquí llamamos *zona agricultora,* apenas hay 50 leguas cuadradas de cultivo permanente, al paso que restan por rozar y cultivar 4.500 leguas cuadradas de montañas vírgenes que darían un producto noventa veces mayor que el actual. Esta zona bastaría para mantener con mucha comodidad más de 7.000.000 habitantes, cuando apenas tiene en el día 650.000 personas regadas sobre una extensión de 8.737 leguas cuadradas".

De acuerdo con este cálculo de Codazzi, la superficie bajo cultivo (50 leguas cuadradas igual a 155.000 hectáreas) representaba sólo el 0,5% del territorio venezolano. En 1810 esa proporción debía ser mucho menor, pues el cultivo del café no había alcanzado todavía todo su desarrollo, y este fruto tuvo la virtud de ensanchar nuestro mapa agronómico, pues como lo señala el Dr. Uslar Pietri, "El café hizo accesibles económicamente, y accesibles a la población venezolana, las laderas y las faldas, hasta entonces no explotadas, de la zona montañosa del norte del país".

De las escasas 50 leguas que en 1840 se encontraban bajo cultivo, casi la tercera parte, o sea, 14 leguas cuadradas, correspondían a la zona de Caracas; a Carabobo, seis leguas aproximadamente, y otras seis a Barquisimeto; Coro 1,7; Maracaibo 1,9; Trujillo 3; Mérida 4,1; Barinas 5,3; Apure 0,4; Barcelona 2,2; Cumaná 2,8 y Margarita 1,1 leguas. Tal era el escuálido panorama agrícola del país hacia mediados del siglo pasado, en tanto que el 99,5% del vasto ámbito nacional permanecía sin cultivo, era desierto, bosque o montaña virgen.

A menudo se oye hablar de que en el pasado Venezuela fue una gran nación agrícola pero que el petróleo le hizo perder a la nación su fuerza vegetal. La historia nos enseña la falacia de esta pretendida verdad que se le arroja a la faz de las nuevas generaciones como una vergonzosa acusación, cuando lo cierto es que nunca tuvimos una potencia agrícola que pudiera compararse a la de hoy, pues si bien continuamos siendo un pequeñísimo país si se considera la extensión de nuestra zona bajo cultivo, gracias a la

introducción de nuevos métodos de cultivo, al empleo de maquinarias y de abonos químicos, al concurso de la ciencia agronómica y a la difusión de la propiedad, hemos logrado una apreciable expansión en cuanto a nuestro verdadero mapa agrícola, que ya no representa el 0,5% que señalaba amargamente Codazzi, sino el 10% de nuestro territorio. Venezuela alcanzó los siete millones de habitantes sin llegar aún a aprovechar para el cultivo la mitad de su territorio, condición que suponía necesaria aquel gran geógrafo para alimentar una población de esa magnitud. Eso, a pesar de que no han sido desarrolladas grandes obras de riego que hubieran incorporado a la producción extensas zonas aún no aprovechadas, y a pesar de que la distribución de la tierra se conserva dentro de límites moderados.

Para dar una idea gráfica de lo que era el mapa de la agricultura en Venezuela hacia 1840, basta señalar que sólo alcanzaba un poco más de la superficie de la isla de Margarita con sus 1.150 kilómetros cuadrados (115.000 hectáreas), y que bajo las condiciones de un cultivo intensivo probablemente habría sobrado tierra en esa pequeña isla. Hoy en cambio, nuestro mapa agronómico se ha extendido y ocupa una superficie en la cual cabrían conjuntamente los Estados Zulia, Táchira y Mérida.

## EL TABACO

EL TABACO tuvo su momento en la historia venezolana. Durante el período de la colonia los pueblos se agitaron en torno suyo y hasta fue incentivo de convulsiones políticas cuando se tomaron contra él medidas de carácter fiscal, como lo dejamos dicho. A fines del siglo XVIII, el Intendente Abalos se presentó a Venezuela a tomar posesión de su cargo. Vino con instrucciones del monarca español para establecer el *estanco del tabaco*. La Real Hacienda colocaba así bajo su administración directa el comercio de la hoja y asumía el control de su cultivo. Se produjo en aquella ocasión una de las situaciones que más abundante materia han dado a los historiadores. Las provincias que integraban la Intendencia fueron consultadas y con el objeto de resolver entre el establecimiento del monopolio por el Estado o una contribución fija prorrateada entre ellas con arreglo a sus recursos, fue celebrado un congreso de municipalidades, considerado erróneamente, por algunos autores como la simiente que habría de dar más tarde el fruto de la nación.

La reputación de nuestro tabaco difundió en Europa el nombre de una de las regiones venezolanas, cuya fama se disipó luego con la misma espontaneidad del humo: el de la provincia de Barinas. Los más exigentes fumadores del Viejo Mundo estimaban su producto como el mejor y le tenían como la más alta expresión del buen gusto. Sobre el buen precio y la demanda de su fragante hoja, Barinas edificó una efímera prosperidad que se tradujo en ambiciosos palacetes cuyas ruinas hoy parecen testimonios de extravagancia, inexplicable para quienes no conocieron el episodio de esa pasajera riqueza.

Muchas páginas se han escrito contra el monopolio del tabaco por la corona española y sobre los males que le imponía a los pobladores de estos dominios. Pero es el caso que la república lo recibió como una preciosa herencia del antiguo régimen, y trató de conservarlo por encima de todos los intereses, pues pensó hacer de él su más firme puntal para la empresa no poco difícil, de fomentar los recursos económicos de la Colombia de Bolívar. El crédito de la nueva república se encontraba en extremo deteriorado por la

falta de cumplimiento de las obligaciones contraídas en el exterior. Las rentas ordinarias no bastaban para cubrir los gastos de la administración ni los sueldos de los funcionarios; menos podían alcanzar para amortizar las deudas y ni siquiera para cancelar los intereses. La falta de numerario hacía aún más crítica la situación. Por otra parte, los precios de los frutos se encontraban abatidos y todo parecía contribuir a hacer más desesperado aquel momento en que, habiendo salido de una larga guerra que desarticuló los engranajes económicos, era preciso realizar un supremo esfuerzo para sustituir la vieja economía colonialista española por un sistema soberano sujeto a las reglas del libre cambio. En medio de esas críticas circunstancias, el Libertador cifró sus mejores esperanzas en la Renta del Tabaco, pues consideraba que sólo ella podía proporcionar a la flaca Tesorería el incremento que tanto necesitaba. Consistía su proyecto en llevar a los mercados europeos el producto venezolano, y colocarlo en ellos a los mejores precios que permitiera la demanda, para sufragar la deuda cuyo monto esperaba amortizar por este medio, al paso que aliviaría su peso en la medida en que creciera el beneficio de la venta sobre el precio de compra en Venezuela.

La república pagaba anualmente en Londres cuatrocientos setenta y dos mil quinientas libras esterlinas (aproximadamente 12 millones de bolívares). Para satisfacer esta suma con la producción de tabaco, era preciso exportar sesenta mil quintales, y para colocar tal cantidad entre los compradores europeos requeríase una tenaz campaña y una multiplicada diligencia para desplazar el tabaco de Cuba. A Barinas se le señaló la parte más importante en este plan, y los funcionarios fiscales fueron instruidos para adoptar todas las medidas que parecieran recomendables para darle al cultivo en esa región todo el apoyo que fuera preciso. También se penso en desarrollar la siembra en la zona inmediata a la Cueva del Guácharo, donde cosechábase de buena calidad, aunque en cantidades pequeñas. En el proyecto se incluían el Zulia y las márgenes del Orinoco, que tenían tierras capaces.

Pero todos estos propósitos y tan acariciadas esperanzas se frustraron en un instante, cuando los cálculos alegres y las predicciones infundadas se enfrentaron a la realidad del país con sus menguadas posibilidades y a la fatiga y el decaimiento que siguieron a la gesta emancipadora. Se había escrito al Libertador que la cosecha de Barinas había llegado alguna vez a 28.000 quintales, pero más tarde le comunicaron que nunca había excedido de 22.000, y aún las gentes prácticas del lugar aseguraron que apenas alguna vez había pasado de los 3.000 quintales, lo que no era cierto, pues el Intendente Abalos estimaba su cosecha entre 15.000 y 20.000 quintales, hacia el año 1779. De todas maneras, estas cifras distaban mucho de los 60.000 quintales que era preciso situar en Europa para amortizar la deuda. A pesar de las medidas extraordinarias que se tomaron para aumentar los cultivos

y estimular a los agricultores, la cosecha de Barinas apenas alcanzó a 11.000 quintales.

A estos males y fracasos vino a sumarse la anarquía interna que cada vez parecía crecer, con resultados devastadores. La Renta del Tabaco, que debía destinarse a pagar la deuda exterior, fue aplicada a los más diversos fines. Los jefes militares se consideraron con suficiente poder para desacatar las órdenes, y muchas veces a la fuerza tomaron los fondos de la administración del tabaco. Los funcionarios de la Renta estaban indefensos y nada podían hacer para resistir la presión de los jefes del ejército.

Separada Venezuela de Colombia, el estanco del tabaco fue mantenido por el gobierno del General Páez, hasta que el Congreso de 1832 lo declaró abolido, quedando así libres su cultivo y su comercio. En adelante nada se hizo para proteger el cultivo y apoyar el comercio dentro o fuera del país; el nuevo régimen lo dejó abandonado a su propia suerte, y faltándoles el apoyo del Estado, los agricultores se desalentaron, pues Venezuela dejó a un lado la tarea de conservar los mercados ya ganados por nuestro tabaco, y ayuno éste de toda protección, siguió pronto una rápida curva descendente. La antiguamente próspera Barinas declinó, al extremo de quedar en breve tiempo reducida a una sombra de su antiguo esplendor. En 1840 apenas se registra una exportación de 1.200 quintales por un valor de 9.700 pesos. Más tarde, finalmente, desaparece del comercio exterior y la producción no basta sino para cubrir estrechamente el consumo interno.

Por mucho tiempo Venezuela se conservó en condición de nación importadora de tabaco manufacturado y en hoja. Sin embargo, en los últimos diez años la industria de cigarrillos ha adquirido desarrollo y con ella el cultivo del tabaco ha recobrado importancia, aunque no ya en los antiguos tipos que tanta fama le dieron, pues el tabaco negro ha perdido el aprecio entre los consumidores. El gusto ha impuesto el tabaco rubio, antiguamente poco estimado, pues se le consideraba como un producto inferior.

## EL ALGODON

ES UNO de los productos nativos en que más abundaba Venezuela. Los extensos bosques de algodón silvestre llamaron la atención de los primeros europeos que nos visitaron. Aquellos temerarios navegantes que se aproximaron a nuestras desconocidas costas, tan vagamente descritas por el Almirante, encontraron en ellas numerosas plantaciones y vieron los medios de que los naturales se valían para utilizar su fibra. Hamacas y rústicos lienzos elaborados por la hábil y paciente mano de la mujer indígena, figuran entre los primeros artículos que nuestra América envió a Europa.

Hacia finales del siglo XVIII, la demanda de hilados de algodón se extiende en los mercados del viejo continente, impuestos por la siempre y a veces tiránica moda. España trata entonces de fomentar su cultivo y beneficio en sus dominios americanos, y toda una larga serie de medidas encaminadas a este fin va a producirse por órgano de los funcionarios del Rey Carlos III, uno de los más lúcidos monarcas de la Europa ilustrada. Los créditos y el asesoramiento técnico que les fueron dispensados a los agricultores, estimuló las siembras. Labradores especializados enviados por España recorrieron estos dominios para divulgar en ellos los métodos que la experiencia recomendaba, y se distribuyeron al mismo tiempo semillas seleccionadas. El algodonero de nuevo ocupó un puesto importante y en diversas regiones del país se hicieron plantaciones, aunque éstas no alcanzaron la extensión a que aspiraban los funcionarios de la corona.

En 1803, la antigua colonia exportó 25.000 quintales, y cuando llegó la república apuntaba ya como uno de los más prometedores frutos del país. Sin embargo, durante esos mismos años Norteamérica desarrollaba con éxito una inmensa y creciente producción, sustentada por el empleo de grandes masas de esclavos negros en las provincias sureñas. El algodón norteamericano presionaba e invadía los mercados mundiales con sus grandes cosechas. Apenas había reducido lugar para otros países que también lo producían, y poco después ya no habría lugar para nadie más. Sin embargo, todavía en 1839, la *Memoria* del Ministerio de Hacienda registra una exportación de 27.000 quintales, pero más tarde prácticamente desaparece del

cuadro de nuestras exportaciones regulares. La exportación norteamericana de algodón, que en 1800 era de 60.000 quintales, en 1840 alcanzaba ya a 7 millones y medio de quintales.

La hoguera de la secesión entre el Norte y el Sur, que en la segunda mitad del siglo pasado estuvo a punto de escindir aquella nación, hizo reaparecer nuestro algodón como uno de los artículos de nuestro comercio exterior. Esto ocurrió entre los años de 1863 a 1875, cuando de nuevo pierde su efímera importancia. En el curso de ese corto período, el valor de las ventas extranjeras se mantuvo entre dos y tres millones de bolívares anuales. En 1872 el valor de las exportaciones de algodón pasó de los cuatro millones y el año siguiente alcanzó a casi cinco millones. Cuando se inició aquella *Guerra de la Secesión,* las exportaciones norteamericanas de algodón alcanzaban a 18 millones de quintales. El conflicto creó un inmenso vacío, que los demás países productores no alcanzaron a ocupar. Al restablecerse la paz por el triunfo del Norte, el algodón de los Estados Unidos recuperó nuevamente sus mercados.

A pesar de que cesó como artículos de exportación, su cultivo en Venezuela continuó, aunque con cierta pereza, puesto que le faltaba incentivo. Su objeto era ya muy limitado, pues buscaba sólo el abastecimiento del mercado local. Con el desarrollo de la industria de tejidos, que se cuenta entre las que mayor expansión han experimentado, la necesidad de más intensos cultivos se ha hecho sentir en los últimos quince años. En 1945, la producción venezolana de algodón fue de siete mil toneladas. La demanda interna ha ejercido presión sobre los cultivadores, y la producción ha venido aumentando progresivamente hasta alcanzar la importante cantidad de 16.000 toneladas, en 1957, equivalente a 347.826 quintales, lo que demuestra que ha sido muy largo el trecho recorrido si se compara con los 25.000 quintales de 1803. En 1959, la producción casi dobló la cifra de dos años atrás, al situarse en 28.000 toneladas, o sea más de 600.000 quintales, equivalentes a 24 veces la cosecha de comienzos de nuestra vida republicana.

## CAÑA DE AZUCAR

UNA LEYENDA de abundancia ha rodeado nuestro pasado en relación con la caña de azúcar. Se suponía a menudo, hasta hace poco tiempo, que durante el período colonial Venezuela fue una gran productora de este artículo. Según esa versión, de nuestros puertos salían importantes cargamentos hacia las más diversas naciones, y nuestros campos eran una colmena laboriosa alrededor de los ingenios.

Pero la verdad es diferente. En aquellos largos siglos de coloniaje, escasamente producíamos caña de azúcar para el consumo de la pequeña población de estas provincias, y sólo muy ocasionalmente hubo algún excedente para la exportación. Sin embargo, nuestros agricultores miraban con envidia el desarrollo de esta industria en las zonas del Caribe y aspiraban a seguir su ejemplo y convertir pronto estas tierras en dilatados cañaverales capaces de rivalizar con los de Martinica y Cuba.

Se le atribuía al gobierno español poca disposición para apoyar este cultivo, en tanto que lo favorecía en otras regiones por considerarlas mejor dotadas para este objeto, proporcionándoles con él un sólido fundamento económico. Cuando llegó la república, nuestros agricultores abrazaron con entusiasmo la empresa azucarera, con esfuerzo redoblado, puesto que se imponía la necesidad de sustituir el decadente comercio del cacao y atender la demanda de los mercados abiertos a nuestras posibilidades de intercambio.

Extensas tierras fueron dedicadas al cultivo de la caña, pero la decepción vino enseguida cuando se vió que no era suficiente la buena voluntad ni el buen deseo, sino que era preciso además obtener más alto rendimiento a más bajo costo para competir con el azúcar de las antillas francesas, de Santo Domingo, Puerto Rico y, sobre todo, con el de Cuba, que ya para entonces dominaba el mercado azucarero mundial. Durante las frecuentes crisis económicas padecidas por la república en el siglo XIX, la caña de azúcar fue blanco de presuntos economistas y arbitristas que tras cada caída de los precios y de los ingresos públicos en todas partes y en todas las épocas surgen con profusión. A la caña de azúcar se le hacía responsable de los quebrantos sufridos por la agricultura, pues se decía que ese cultivo empobrecía las tierras

y porque mejores beneficios producirían éstas si se las dedicara a cultivos que eran entonces económicamente más provechosos. Concretamente se citaba el café y hacíanse alegres cálculos sobre las utilidades que los agricultores consecharían año tras año si sustituyeran la caña por el solicitado grano, cuyo porvenir parecía cuajado de seguras promesas. La solución, pues, era sencilla: eliminar aquel cultivo. Hasta el propio Ministro de Hacienda consigno en la *Memoria* de 1865 "que la caña de azúcar no dejaba utilidad para el agricultor ni tampoco para el país". Concepto diametralmente opuesto al que se esgrimió posteriormente cuando se oyó pedir el abandono de los cultivos del café y el incremento de los de la caña.

La producción de caña de azúcar es en nuestros días varias veces superior a la más grande cosecha de que haya noticia en el pasado. Fue de 300.000 toneladas en 1948, que ya parecía una cifra record. En los siguientes años surgió un firme aumento y en 1950 pasó de las 600.000 toneladas. Dos años más tarde sobrepasa las 800.000 y en 1954, las estadísticas registran una producción de 1.200.000; continúa subiendo constantemente, y en 1956 se obtienen 2.500.000 toneladas, cantidad que fue superada posteriormente. Sin embargo, a pesar de tan considerables aumentos, Venezuela no ha logrado convertirse en nación exportadora, pues el consumo interno ha registrado también alzas extraordinarias que le han permitido absorber toda la producción nacional y eventualmente ha tenido que acudir a la importación.

Considerada esta producción en términos absolutos, la república venezolana, a los ciento cincuenta años de su fundación, ha dado un paso gigantesco. De doce a quince veces mayor, aproximadamente, es la producción actual de azúcar refinada sobre la más alta cifra registrada por Codazzi en 1840, y el consumo por persona es dos veces mayor.

En 1938, la producción venezolana de azúcar refinada, fue de 17.000 toneladas. En 1954 la producción había alcanzado ya a 94.000 toneladas y en 1960 culmina con 194.000 toneladas.

# EL AÑIL

AUNQUE SU CULTIVO alcanzó apenas una vida fugaz, sirvió de todas maneras para vitalizar algunas zonas de la región central del país, en momentos en que el cacao comenzaba a declinar, mientras el café apuntaba sólo como una esperanza remota. Cronológicamente el cultivo del añil en Venezuela está situado en la transición entre el imperio del cacao y el del café.

Adquiere un vigor inesperado y sorprendente que crece en pocos años. Los agricultores vieron en él un asidero y se aplicaron apresuradamente a su cultivo en los valles de Aragua, cubriendo llanuras y colinas que en breve comenzaron a remitir a Europa el precioso tinte venezolano, que compitió con éxito frente al de Guatemala y el de Asia. Maracay y La Victoria, que estaban formadas casi únicamente de chozas, adquirieron entonces, según la expresión del viajero Depons, un grato y sólido aspecto de ciudades.

El mundo se encontraba en uno de los más afortunados momentos de su desarrollo industrial, particularmente en lo que a los hilados se refiere. La producción de telas en Europa, sobre todo en Inglaterra, hallábase en pleno período de expansión, estimulada por los grandes adelantos técnicos que revolucionaban la economía y la industria y que, en el ramo textil, tuvo una de sus mejores expresiones. Por eso el desarrollo de los cultivos del añil y del algodón y asimismo del cáñamo se produce casi simultáneamente, no sólo en América sino también en otras partes del mundo.

En poco tiempo Venezuela se sitúa en primera fila entre los dominios españoles que envían el estimado colorante a los mercados europeos, y el antes silvestre añil se perfecciona con la introducción de mejores semillas y pronto se convierte en uno de los primeros renglones de las exportaciones y de las rentas reales, contribuyendo a diversificar la producción de las provincias venezolanas, afectadas entonces como lo están hoy por los riesgos de la monoproducción.

Hacia los años de 1800 Venezuela llegó a exportar más de un millón de pesos en añil. Entre 4.000 y 5.000 trabajadores campesinos encontraban anualmente ocupación en las diversas labores de la recolección y beneficio,

mientras los cultivos cubrían una superficie aproximada de unas diez o doce mil hectáreas.

La república, enferma desde su nacimiento mismo de tantos males que la han agobiado manteniéndola en débil situación a lo largo de sus ciento cincuenta años de vida independiente, creyó encontrar en este cultivo una fuente de riqueza que le permitiría superar las penurias y las profundas heridas que le dejó la guerra. Sin embargo, los adelantos técnicos y científicos, que habían estimulado las siembras y prometían un futuro tan halagador, le hicieron al final una mala jugada que habría de cortar, casi de una manera definitiva, el comercio del añil en todo el mundo, con el descubrimiento de un sucedáneo químico que eliminó el uso del tinte natural en la poderosa industria textil. Hacia el año de 1830, ya el empleo del prusiato de hierro lo había desplazado, según estima Revenga, en un 70%, y la subsiguiente caída de los precios desalentó a los agricultores. Las siembras desaparecieron tan rápidamente como habían surgido, y el café invadió los terrenos que sobre las tendidas laderas de las montañas aragüeñas ocupaba el añil.

# E L  C A F E

LA ECONOMIA del siglo XIX venezolano se desarrolla bajo el signo del café, así como el XVIII correspondió al dominio del cacao y el siglo XX corresponderá al del petróleo.

Inició entre nosotros su ascenso el café muy discretamente hacia mediados del dieciocho. Su presencia en nuestros campos ha sido rodeada de una bella leyenda difundida por don Arístides Rojas, según la cual hace su entrada en nuestro escenario colonial del brazo de don Bartolomé Blandín. Esperaban al debutante los personajes más distinguidos de los altos círculos sociales de la Caracas de entonces. Pero ese hermoso relato de la primera taza de café en el valle de Chacao, allá en 1784, no está realmente ceñido a los hechos, porque el desconocido José Luis de Cisneros escribió en 1764, o sea justamente veinte años atrás de la fecha popularizada por Rojas, que en los valles de Aragua se daba el café *"de muy excelente calidad"*.

Ya en 1790 aparece entre los productos que Venezuela exportaba a la Nueva España, y a partir de ese año inicia su crecimiento. En 1791 Maracaibo comienza también a exportarlo, procedente de los Andes, y en 1797 se suma Cumaná. Eran como sus primeros pasos; pero ya en 1810 surge en nuestra historia con fuerza adulta.

La antigua provincia de Caracas, producía hacia los años iniciales de la guerra emancipadora, de 50.000 a 60.000 quintales, cantidad para esa época considerable, pues, según el testimonio de Humboldt, igualaba las cosechas reunidas de Guadalupe y Martinica, isla ésta que parece haber sido la cuna del cultivo del café en América. Las más importantes plantaciones cafeteras de las vecindadas caraqueñas, se encontraban en Ocumare, La Fila de los Mariches, El Rincón, San Antonio y el Hatillo.

Una vez que los agricultores comenzaron este cultivo, descubrieron que ofrecía apreciables ventajas sobre el cacao. En primer lugar, en la zona montañosa permitió el aprovechamiento de nuevas tierras que anteriormente parecían inservibles para la agricultura. Antes de hacer su aparición el cafeto, solamente se aprovechaban las tierras planas que eran por consiguiente las más solicitadas y costosas, pues como es bien sabido, Venezuela es un país

de estrechos valles. Las laderas de las montañas permanecían ociosas y sin valor, siendo esta clase de tierras de fuerte pendiente las que más abundan en la zona de mayor población.

Además de esta ventaja, ya de por sí muy importante, puesto que dió valor a nuevas áreas de cultivo y las incorporó al mapa agronómico, los agricultores descubrieron otra no menos valiosa. Uno de los más graves problemas que confrontaban con el cacao era el de su corruptibilidad. Casi no era posible conservarlo en buenas condiciones más de un año; todos los métodos que se habían ensayado para prolongar un poco más su corta vida, demasiado breve para aquella época de navegación a vela y de transporte en bestias, habían fracasado. Si se considera la gran distancia que nos separa de nuestros principales mercados en Europa, se comprenderá la importancia de ese factor, sobre todo durante los períodos de guerra, desgraciadamente muy frecuentes entonces, cuando las vías marítimas quedaban interrumpidas por largos meses y a veces durante muchos años. El cacao almacenado perdíase entonces en grandes cantidades, además la humedad lo afectaba y la tarea de airearlo era muy costosa.

Con el café, en cambio, no ocurrían estas dificultades, ya que podía conservarse en buenas condiciones un largo número de años, sin los extremos cuidados que requería el cacao. Estas principales ventajas, unidas al rápido aumento de la demanda, influyeron sobre el ánimo de los agricultores venezolanos determinándolos a abandonar aquel cultivo para dedicarse al del cafeto. Esta circunstancia dió origen a otro fenómeno curioso dentro del proceso de desarrollo de la agricultura, como fue el desplazamiento del cultivo del cacao hacia el oriente del país a medida que en la región central se perdía interés por él.

Todos esos factores favorables que hemos señalado, condujeron a un rápido auge de la economía cafetera, auge que fue interrumpido por la guerra libertadora. El movimiento de emancipación sorprende al país en uno de sus mejores momentos de ascenso, aunque habían comenzado ya a sentirse los efectos recesivos de la guerra internacional en la que estaban envueltas Inglaterra, Francia y España. La lucha por la emancipación iniciada en 1810 no hizo sino agravar una situación amenazante.

El rompimiento con España produjo una violenta distorsión de nuestra economía, puesto que disponíamos hasta entonces de mercados más o menos seguros para los productos del país, con rutas y vínculos que un largo ejercicio mercantil había consolidado. Durante prolongados años se pierde contacto con el mundo exterior, particularmente con Europa, y nuestra producción agrícola no puede llegar a sus antiguos centros de consumo, pues Venezuela se encontró sin barcos suficientes para conducirla fuera y traer de retorno los productos que necesitaba para su comercio interior. Es cierto que

disponíamos de una pequeña flota y de un bien experimentado personal para la navegación, pero la república empleó esas naves y su marinería para la lucha en el mar, y aunque hubiese quedado en condiciones de ocuparse del transporte mercantil, la flota española no habría permitido su tráfico.

El aislamiento de Venezuela fue prolongado, y cuando al final llegó la paz, se encuentra sin mercados y ha de iniciar una batalla aún más dura e ingrata que la que libró con las armas. En el informe del ministro Revenga, de 1828, se puede apreciar en toda su crudeza la magnitud del esfuerzo que fue preciso realizar en el campo de la diplomacia y de la política para conquistarnos un lugar en mercados tan extraños para nosotros como eran los de Inglaterra y Alemania, en declarada competencia con las demás jóvenes naciones del continente americano, empeñadas también en la misma empresa. El problema capital era el de adecuar nuestra producción a los requerimientos de ese mercado, cada vez más exigente en cuanto a la calidad de los frutos y sus diversas especies, y desplazar a los productores similares procedentes de otros países.

A estas dificultades exteriores venían a añadirse problemas internos no menos graves. Uno de ellos, la falta de comunicaciones interiores, ya que la guerra destruyó los pocos caminos que se habían construido particularmente durante los últimos años del gobierno español por iniciativa del Real Consulado de Caracas. Así mismo la guerra había destruido los capitales, y cuando cesa el combate la empresa agrícola se halla depauperada y en condiciones desfavorables para reorganizarse. Otros capitales huyeron, por una u otra causa, y al intentar la república reestructurar la economía y el comercio, encuentra que ni el Estado ni los particulares disponen de recursos para poner en marcha la agricultura.

Nadie describe mejor la tragedia de aquel momento como el ministro Revenga, quien en tono dramático, desesperado, expone las dificultades que parecían insalvables y bastaban por sí solas para arredrar al más animoso estadista. "Es sabido el menosprecio de los frutos coloniales en los mercados de Europa, y nuestra inadvertencia lo está fomentando progresivamente. La substitución del prusiato de hierro al añil en la tinta de las lanas amenaza con que se disminuirá su consumo de un 70%; y nuestros cosecheros una u otra vez han desacreditado el nuestro mezclándolo con almidón. Nadie nos rivaliza en la producción del cacao, y un cálculo errado no sólo está substituyendo a nuestra semilla por la de las Antillas, que es de muy inferior calidad, sino que está ensacando con nuestro grano alguno de Trinidad. Ejemplos de esta especie han debido aumentar la extracción de capitales que ha sido casi contínua en los últimos tres años a consecuencia de sucesos que han debilitado la confianza que se tenía en la seguridad de que se gozase. Y la extracción de capitales no sólo ha puesto cese a los avances con que

antes contaba el agricultor, y disminuido de este modo las empresas agrícolas, sino que ha elevado del 5 al 10% mensual el agio a que pueda conseguirse el dinero. El agricultor, pues, carece de fondos con que multiplicar y hacer prosperar sus establecimientos agrícolas, y carece hasta de los medios de conservarlos".

La agitación en que vivió Venezuela en los años 1828 a 1830 hasta que definitivamente se separa de la Gran Colombia, agravó más aquellos males, y ya creada la república venezolana, su organización marchó con lentitud y con renovados tropiezos. De este modo la recuperación fue lenta y laboriosa. La exportación de café en 1830 fue apenas igual a la de 1810, a pesar de que habían transcurrido veinte años; pero durante ese tiempo se había experimentado un sensible retroceso en este cultivo. La situación del cacao era todavía peor, pues su exportación no alcanzaba siquiera a la mitad de las exportaciones de fines de la primera década del siglo, y la del tabaco declinaba progresivamente.

A partir de 1830 se inicia una fuerte tendencia alcista en los cultivos cafeteros que los lleva rápidamente a dominar el panorama económico del país. En 1836, la exportación alcanza a 127.000 sacos, o sea algo más del doble de la exportación de seis años atrás. En 1840 supera los 200.000 sacos y en 1848 se sitúa por encima de los 300.000, de manera que en 18 años logra un aumento del 500%. Los años de la Guerra Federal gravitan sobre esta actividad haciéndole perder su impulso y aun retroceder, pero superada la crisis política, recobra su fuerza y continúa su ascenso. En 1866, llega a 374.000 sacos, y aunque declina en los años siguientes, en 1876 pasa de los 400.000; el siguiente año se registra una salida de 500.000 sacos y en 1881 la exportación sube de 713.000 sacos y a más de 800.000 el año de 1882. Hasta finales del siglo goza de un gran auge no sólo en cuanto al volumen disponible para el comercio exterior, sino también en relación con los precios. Sin embargo, en 1899 éstos sufrieron una violenta baja que cercena el valor de nuestras exportaciones a casi la mitad de lo que era anteriormente. Esa caída de los precios precipita una crisis que tiene inmediata repercusión en la política. Los trastornos culminan con la toma del poder por el tan discutido General Cipriano Castro, iniciador de una, aunque a veces contradictoria, política de tipo nacionalista llevada a sus más rabiosas expresiones.

Esa baja de precios se prolonga, interrumpida por algunas pasajeras alzas, hasta el año de 1909, en que se inicia una firme recuperación de las exportaciones de más de un millón de sacos, cifra que en el año de 1913 sube aún más. El mundo se convierte en una inmensa hoguera, al estallar en 1914 la Primera Guerra Mundial, y aunque nuestro café sufre inmediatamente el golpe de la conflagración, en 1915 Venezuela alcanza su más grande expor-

tación de café: 1.373.000 sacos, y el más alto rendimiento económico obtenido hasta entonces: 115 millones de bolívares, que sólo fue superado ligeramente en 1924, y un poco más en 1928. El imperio del café había alcanzado su cenit, pero sólo para caer con mayor violencia.

El primer período de expansión de la industria petrolera venezolana está comprendida en la década de 1921-1930, y ese período coincide también con el del auge cafetero. El gobierno del dictador Gómez se vió de esa manera vigorizado por una doble corriente económica que vertió sobre las arcas nacionales un inmenso caudal nunca alcanzado y acaso jamás soñado por los hombres que gobernaban la nación.

Pero sobreviene la gran crisis que hundió en pesadumbre y zozobras al mundo capitalista. En 1930 se inicia un largo período de convulsiones políticas y de amenazas de guerra entre las grandes potencias. Nuestras exportaciones cafeteras sufren una caída vertical, y los precios se derrumban aparatosamente, todo ello a consecuencia del deterioro padecido por el más importante mercado del café, el de los Estados Unidos, y la quiebra de la economía de Alemania, país que se había convertido en importante comprador de nuestro café.

Desde entonces la decadencia del café se ha acentuado en Venezuela. Los caficultores se han visto sometidos a numerosos factores negativos: unos de carácter externo, como son las fluctuaciones de los precios, que crean y mantienen un clima de inseguridad y la aguda competencia entre los países productores del grano; otros son factores internos. Entre éstos cabe señalar el alza de los salarios, el aumento de los costos y el precio de la tierra. En consecuencia, el capital dedicado a esta explotación se ha enfrentado a una disminución progresiva del beneficio.

Esta presión negativa se ha visto compensada parcialmente por algunas medidas adoptadas por el gobierno venezolano, en diferentes oportunidades, para impedir la completa ruina de la agricultura cafetera, cuya desaparición acarrearía graves problemas de orden social y económico. Para la región andina el café sigue siendo su principal soporte y no podrá abandonar su cultivo y comercio sin riesgo grave de la economía regional. Entre las providencias oficiales debe señalarse el subsidio directo sobre las exportaciones, aplicado en 1936, sustituido más tarde por un sistema de cambios diferenciales.

Esa política protectora, sin embargo, no ha logrado levantar la producción nacional, cuyo nivel tiende cada vez a bajar, no obstante que los precios han alcanzado ocasionalmente cifras muy halagadoras, tal como ocurrió en los años inmediatos de la postguerra. Pero este estímulo fue seguido de nuevas caídas que llevaron otra vez el desaliento a los productores. La constante fluctuación de las cotizaciones ha sido el factor más pernicioso para

la economía del café, que muestra una tendencia cíclica, particularmente aguda, de alzas y caídas, que en el pasado hundieron al país en periódicas crisis.

El café llenó todo un siglo de la vida venezolana. No sólo nos proporcionó el bienestar económico que vanamente se había buscado en otros frutos, sino que también llena un siglo de nuestra literatura. El *árbol del milagro* lo llamó Cecilio Acosta, y la mayoría de nuestros escritores le han rendido culto.

## LA GANADERIA

SEGUN Juan de Castellanos, fue Juan de Ampíes uno de los primeros españoles de la colonización a quien debe Venezuela la introducción y fomento de su riqueza ganadera. Este extraño conquistador, cuyas únicas armas fueron el trueque y el interés mercantil, obtenía de los naturales de Coro y Paraguaná los productos nativos a cambio de ganado de diferente especie, y así nuestros indígenas comenzaron a hacerse pastores.

Más tarde llegaron los alemanes, y aunque éstos se obligaron a introducir caballos para las necesidades de la guerra, del transporte y del trabajo, en número suficiente para las cortas necesidades de aquel entonces, no cumplieron su compromiso, y la población radicada en nuestro suelo, aunque escasa, padeció sin embargo por la falta de ganado. El establecimiento de El Tocuyo sirvió para favorecer el desarrollo de la cría de ganado mayor, Eran sus tierras más generosas, más abundantes de agua y más fértiles sus campos, en contraste con los suelos secos y estériles del antiguo asiento de las costas de Coro. Cuando Pérez de Tolosa llegó a El Tocuyo, en 1545, contó 300 vacas, 100 caballos y 200 yeguas, que en medio de la desolación y pobreza de aquel siglo XVI venezolano, parecía una riqueza considerable y un gran triunfo contra la hostilidad de la naturaleza y de los hombres, después de cincuenta años de contínuos fracasos. La población española apenas alcanzaba a 250 personas, que eran, según cuentan los relatos de la época, 250 desesperados a quienes la miseria dejó anclados en un país sin minas y para colmo con pocos indios, sin agricultura y sin ciudades.

Desde El Tocuyo comienza la ganadería a extenderse, lentamente, hacia la cordillera, hacia Los Llanos y después hacia los valles caraqueños. En 1560 había algunos hatos de ganado en Valencia, y las relaciones de Pimentel hablan de la cría en las vecindades de Caracas. El gobernador de Maracaibo pondera, en un informe de 1579, la bondad de aquellas tierras para el ganado, porque allí *"las novillas venian paridas a los dos años"* y había acaecido sacarle siete arrobas de sebo a algún toro cimarrón, anuncio de la futura riqueza ganadera del Zulia.

No fue la ganadería en el pasado colonial, ni aún en el siglo XIX, una ocupación de mucho provecho, pues aparte de cubrir la inmediata necesidad de carne, todo el beneficio se reducía a las pieles y a la grasa. Era en relación con los precios de estos dos productos como se determinaba el de la res. Han sido los modernos métodos de conservación los que han dado a la ganadería el valor que se le atribuye, que la hace una de las más codiciables riquezas de las naciones. Durante la primera mitad del siglo XVII, las exportaciones de cueros conservaron el primer lugar en el comercio con los otros dominios españoles y vecinas posesiones extranjeras. Señalábase entonces a Venezuela como una colonia pobre, y sólo dejó de serlo cuando sobrevino la vorágine de la riqueza cacaotera.

Pedro de Olavarriaga, aquel meticuloso funcionario vasco que en 1720 hizo el inventario de las provincias venezolanas, dejó escrito el testimonio de que en la sola antigua provincia de Caracas, con una escasa población de 300.000 habitantes, sacábanse 56.000 reses al año, que sobraban para el consumo de esa población. Ochenta largos kilogramos de carne per cápita parece demasiado cuando hoy apenas alcanza sólo a unos veinte kilogramos. No era extraño, pues, que se matase entonces sólo para obtener el beneficio de las pieles y la grasa.

Estaba lejana todavía la conquista del corazón de Los Llanos. San Fernando, la capital ganadera de Venezuela, no alcanza a ser fundada sino hacia finales del siglo XVIII. Cuando se produce la Independencia, estaba aún fresca la fundación de la mayor parte de los hatos de llano adentro. La tan pintoresca pluma del General Páez en su autobiografía nos muestra la vastedad y desnudez de las famosas llanuras. No eran tan numerosos los rebaños como posteriormente se ha dicho, en alas de una leyenda que tiende a perpetuarse según la cual Venezuela tuvo, hasta una fecha relativamente reciente, una riqueza pecuaria tan considerable que podía compararse con la de las más grandes naciones ganaderas de América. Y es curioso que esa leyenda se siga reptiendo aún por boca de entendidos y estudiosos historiadores.

El *"Boletín de la Riqueza Pública"*, que el gobierno venezolano publicó a fines del siglo pasado, es la fuente generalmente citada como origen de esa fantástica estadística cuyas cifras parecen danzar a un ritmo vertiginoso de ultramoderno *jazz*. Según ese Boletín de imaginarios números que varían caprichosamente, a causa de la guerra emancipadora *"desapareció casi del todo"* la ganadería en el país; pero bastaron pocos años para que el ganado mayor se reprodujera tan rápidamente como los prolíferos conejillos de Indias. En 1839, ya había de nuevo en nuestras praderas más de dos millones de cabezas, que apenas ocho años más tarde se han multiplicado de tal manera que pasaban de 5.500.000, y diez años después habría más de 12.000.000 de reses. Sin duda que resulta prodigioso ese aumento, sobre

todo si se toma en consideración que no había higiene, ni selección ni pastos artificiales, alimentos concentrados ni médicos veterinarios.

Pero con la misma rapidez como aumenta y se reproduce sobre el papel, se diezma nuestra ganadería sin dejar huella. La Guerra Federal agota esta riqueza, por segunda vez en nuestra historia, casi totalmente. Según ese curioso *"Boletín"*, de los doce millones de cabezas quedaban escasamente 1.300.000 en 1873, aunque no explica cómo pudieron perecer tantos millones de reses. Pero de nuevo comienza la espiral: casi tres millones en 1883, que cinco años más tarde se han triplicado alcanzando a casi 9 millones de cabezas. ¿Cómo podía ocurrir tan notable fenómeno? El *"Boletín"* no lo explica, aparte de que, según sus propias cifras, era una riqueza absolutamente ociosa y aun perjudicial, ya que habiendo doce millones de reses, apenas se exportaban quince mil anualmente y sólo dos décimos de la población comía carne de vacunos. Venezuela toda no llegaba entonces a los dos millones de habitantes, de manera que la población consumidora escasamente alcanzaba a unas 400.000 personas cuya voracidad no podía destruir más de 80.000 reses anuales.

Lo cierto es que tan inmensas masas de ganado que vagarían por las incultas praderas, destruyendo los pastos y las tierras y la vegetación bajo el tropel de los cascos salvajes como en esos grandes cataclismos de la llamada prehistoria, no existieron jamás, porque tal celeridad en la reproducción o en la destrucción queda fuera de las posibilidades matemáticas, ni podían nuestras llanuras sustentar tan enorme población de vacunos además de las otras especies ganaderas.

Hoy, Venezuela está en condiciones de aprovechar todos los productos de la ganadería. Tiene a su servicio los recursos prodigiosos de la moderna técnica veterinaria y de la sanidad, además de los auxilios de la industria y de la refrigeración. Ha incorporado nuevas zonas a esta actividad, que no está ya limitada a Los Llanos, como ocurría hasta hace pocos años; Zulia, Bolívar, Monagas, Anzoátegui, Aragua, Carabobo y los Andes son importantes centros ganaderos, en tanto que aquellas praderas de Apure que fueron sembradas de heroísmo y de leyenda por la inmortal lanza de Páez, parecen menos promisoras y ya no es tan firme su futuro ganadero.

A siglo y medio de la Independencia, la población bovina es de seis millones de cabezas, y esta cifra marca la culminación del proceso de desarrollo de esta riqueza. El consumo de carne ha crecido también en forma considerable. En 1939, Venezuela consumió 285.000 reses; en 1955, sube el consumo a 494.000 cabezas, y en 1959 pasó de 672.000. El consumo de carne de porcinos, que fue de 444.000 unidades en 1955, alcanzó a 620.000 cabezas en 1959.

## LA ERA DEL PETROLEO

LA PRIMERA empresa que se funda para explotar, refinar y ejercer el comercio de nuestro petróleo, es la *Compañía Petrolia del Táchira,* constituida en 1878 con un capital íntegramente nacional, de Bs. 122.512,00. Esta pequeña empresa tuvo una existencia larga y lánguida, sobrevivió a la conmoción de las grandes compañías extranjeras y finalmente se extinguió en 1934.

La moderna era del petróleo, repetimos, comienza en Venezuela bajo el gobierno de Castro. El Congreso dicta en 1904 una Ley de Minas en la cual aparece regulada la explotación de los hidrocarburos al establecerse ahí que *"se consideran minas, el asfalto, el betún, la brea, el petróleo y demás sustancias semejantes".* En dicha ley se sancionó el principio de que el Presidente disponía de facultades para otorgar y administrar las concesiones sin la previa autorización del Congreso. Impuso un gravamen de Bs. 4,00 por cada tonelada que se exportara y una regalía mínima de 25%.

Bajo las condiciones de esta ley que le otorgaba tan amplios poderes, Castro dio comienzo al carnaval de concesiones, que alcanzó su cenit de locura durante el gobierno de Gómez, cuando la distribución de esas concesiones se convirtió en un reparto entre los favoritos sin consideración del interés nacional, pues no se negociaron las condiciones ni la participación con miras a obtener para el país un mayor provecho de su riqueza, convirtiéndose así la explotación de nuestro petróleo en un negocio privado del cual la Nación apenas obtenía un insignificante beneficio.

En 1905 Eduardo Echenagucia García obtuvo un contrato que comprendía todo el Estado Zulia. Cincuenta años debería durar este compromiso. Sin embargo, como se obligaba a iniciar la explotación en el primer año, y no habiendo podido hacerlo el concesionario, esta falta anuló la concesión. De haber podido asegurar el contrato, este concesionario habría tenido en sus manos las fuentes petroleras de más de las dos terceras partes de toda la producción venezolana, y se habría convertido en una especie de amo, al estilo oriental, de Venezuela.

Fracasada esta primera tentativa, Castro hizo otras seis grandes concesiones, aunque más moderadas que la anterior, a sus más íntimos amigos

personales. Ocurrió en 1907, y comprendían los Estados Zulia, Falcón, Yaracuy y Carabobo. El primero de estos contratos fue otorgado a Andrés Vigas, y abarcaba todo el Distrito Colón, en el Estado Zulia, con un área de dos millones de hectáreas. Vigas vendió su contrato a la Colon Development Company, susidiaria de la moderna Shell. El segundo beneficiario fue Antonio Aranguren, quien recibió íntegramente el territorio del famoso Distrito Bolívar, en el mismo Estado, que habría de convertirse, andando el tiempo, en la más lucrativa de todas las concesiones, transferida en 1913 a la Venezuelan Oil Concessions, también subsidiaria de la Shell. El tercer beneficiario fue Francisco Jiménez Arráiz, cuya concesión abarcaba medio millón de hectáreas en los Distritos Acosta y Zamora, en el Estado Falcón, y el Distrito Silva en el Estado Lara, y la transfirió a la North Venezuelan Petroleum Cº, subsidiaria de la Anglo Persian controlada por el gobierno inglés. El cuarto contrato lo recibió Bernabé Planas, sobre un área de medio millón de hectáreas, aproximadamente, en el Distrito Buchivacoa del Estado Falcón. Planas transfirió su contrato a la British Controlled Oilfields, empresa controlada también por el gobierno inglés, que de esta manera quedó en poder de todo el potencial petrolífero de Venezuela. Las otras dos concesiones quedaron sin efecto por haber caducado el período de explotación.

A pesar de esta liberalidad, Castro no logró atraer el interés de las compañías extranjeras a causa de las revueltas internas y por los conflictos internacionales que protagonizó, entre ellos el surgido con motivo de la expropiación de la *General Asphalt*, hasta entonces la única empresa extranjera dedicada a la explotación de los hidorcarburos. Además, el capitalismo internacional no encontraba aún bastante francas esas condiciones, pues tenía el ejemplo de otros gobiernos más espléndidos todavía, como el de México, que bajo la mano firme de Porfirio Díaz había concedido la totalidad del territorio, y por otra parte nuestra Ley de Minas conservó el principio del antiguo derecho castellano de que el subsuelo pertenece a la nación, independientemente de la propiedad del suelo, contrariamente a lo que ocurre en países de diferente tradición, donde el suelo y el subsuelo están comprendidos en un mismo derecho.

Pero la situación cambió rápidamente en Venezuela, haciéndose más favorable y atractiva para aquellos intereses. Castro cae en 1908 y con él la causa principal que promovía la desconfianza de los inversionistas extranjeros. Surge Gómez, quien inicia inmediatamente una política destinada a ganarse la confianza del gran capitalismo internacional y hace de éste el más formidable sustento de su gobierno. Uno de sus primeros pasos fue la restauración de todos los bienes que Castro expropió a la *General Asphalt*, a la que devolvió todos sus derechos, y no contento con esto, le renueva el contrato por otros cincuenta años. A tan alto precio pagado por la nación, Gómez

obtuvo el aval de los gobiernos de Inglaterra y de los Estados Unidos, y con esta especie de certificado de buena conducta entra en la Historia para dejar en ella las páginas más bochornosas.

Miradas a través de las concesiones realizadas por Gómez, las de Castro parecen mezquinas y exigentes. En 1909 otorgó en el oriente venezolano, una inmensa concesión de 27 millones de hectáreas a una compañía inglesa representada por John Allen Tregeller, y como si esta merced no fuese de por sí bastante atractiva le rebajó el *impuesto superficial* a solo un bolívar por hectárea, en lugar de los dos bolívares que ordenaba la ley de Castro, y el *royalty* a un miserable cinco por ciento en vez del 25 por ciento dispuesto en esa ley. Además otorgó a los concesionarios el derecho de expropiar toda la tierra que necesitaran para su instalación y la exoneración de todos los derechos de importación sobre sus maquinarias y equipos. Así vendía Gómez el país, y lo vendía a bajo precio, aunque no al primero que quisiera comprarlo: trataba de entregarlo a la más poderosa nación de entonces, la Gran Bretaña. Pero la empresa fracasó en su intento de localizar los yacimientos petrolíferos; el contrato quedó sin efecto dos años después. Sin embargo, lo que hubiera podido ser una fortuna para la nación, se convirtió en una desgracia mayor, pues inmediatamente se le transfirió a la *General Asphalt* por intermedio de su abogado venezolano Max Valladares, quien ya había recibido de Gómez una jugosa concesión que abarcaba todo el Distrito Benítez del Estado Sucre, concesión transferida cuatro días después a la empresa extranjera que él representaba. Las condiciones concedidas a Valladares, y por intermedio suyo a la *General Asphalt,* fueron idénticas a las convenidas con Tregeller, sólo que la generosidad de Gómez dio esta vez su máximo ejemplo al reducir el *royalty* a solo dos bolívares por tonelada.

Los esfuerzos de Gómez para ganarse la confianza del capitalismo extranjero eran desesperados y su política de entrega parecía poco afortunada, cuando un inesperado acontecimiento vino a cambiar su suerte: el gobierno de Porfirio Díaz fue derrocado en 1911 y comenzó para México una era de sangrientas revoluciones. Las empresas petroleras que operaban ahí seguras de la estabilidad que creían garantizada por la dictadura porfirista, comenzaron a buscar un terreno más firme, y sus miradas se volvieron hacia Venezuela, donde un gobierno dictatorial estaba ahogando hasta el último vestigio de libertad, al tiempo que ofrecía a los inversionistas extranjeros poner a su servicio todo su poder local y los tentaba con las más halagadoras ofertas.

En ese momento las compañías petroleras disponían de más de 30 millones de hectáreas en concesiones, que representaban el 33%, aproximadamente, de toda la superficie del país. No necesitaban ya más tierras y la tarea se reducía a realizar exploraciones y localizar los yacimientos. El éxito comenzó a apuntar. La Bermúdez Company logra sus primeras perforaciones

positivas cerca del lago de Guanoco, pero tiene dificultades por causa de la densidad del petróleo extraído y finalmente abandona la mayor parte de su concesión. En febrero de 1914, fue perforado en Mene Grande el primer pozo comercialmente explotable. La gran industria petrolera venezolana había nacido. Inmediatamente le siguieron otros pozos y a continuación es tendido el primer oleoducto, desde el Lago hasta San Lorenzo, donde la compañía inglesa construyó un pequeña refinería y un terminal de carga. Y en 1917 sale al exterior el primer cargamento de petróleo venezolano: 8.650 toneladas.

Sobre la extensa concesión Vigas, transferida a la Colon Development, que comprendía todo el Distrito Colón del Estado Zulia, se comenzó a trabajar en 1914; pero surgió un contratiempo inesperado. Un grupo de indios refugiados en la montaña desde los lejanos tiempos coloniales, les sale al paso a los ingleses y con sus rústicas armas impide la exploración del terreno. El nombre de los Motilones vuelve a escucharse después de más de un siglo de olvido. Se añaden las dificultades para el transporte y los trabajos se paralizan por más de una década.

El rico Distrito Bolívar, que habría de resultar a la postre el más productivo, entra en escena en 1915 cuando se inician ahí los trabajos de exploración seguidos de perforaciones de relativo éxito, pero sólo muchos años más tarde, en 1923, será cuando irrumpa en el mundo petrolero de la fama con el portentoso Pozo Barroso, que al explotar y lanzar al aire millones de toneladas, deja atónitos a los grandes magnates y enciende la lucha internacional por la posesión de las riquezas petrolíferas venezolanas.

Las tres empresas que operaban las fabulosas concesiones en el Lago de Maracaibo fueron absorbidas por la poderosa Royal Dutch-Shell, que las explotó bajo las libérrimas condiciones de las leyes de 1907 y de 1912, erigiéndose así en dueña casi absoluta de esa preciosa porción de territorio venezolano, prácticamente sin beneficio alguno para la nación, porque los impuestos eran insignificantes y estaban compensados con largueza por las generosas exoneraciones que se le dispensaron, lo que hizo decir a un Ministro que era preferible que se les diera gratuitamente el petróleo a las empresas explotadoras a condición de que pagaran los derechos de importación.

Hasta el fin de la primera guerra mundial el capital petrolero inglés ejerció en Venezuela un dominio completo y sin rivalidades. Los productores norteamericanos habían mostrado poco interés, y como este país no se había revelado como una zona importante, aquellos consideraban que en realidad no valía la pena entrar en disputa con la Royal Dutch por una concesión cuyas posibilidades no sólo no conocían sino que juzgaban poco prometedoras. Error de que habrían pronto de salir con gran pesar. Además, hasta un período ya muy avanzado de la guerra no se supo del inmenso valor estratégico del petróleo.

La primera guerra mundial tuvo un efecto revolucionario sobre la demanda cuando en un esfuerzo para imponerse al adversario, agotados ya los recursos de los métodos tradicionales de combate, entra en acción la máquina que transforma la estrategia bélica. Los tanques y los aviones hacen su primera aparición como armas poderosas y los camiones de transporte dan a la movilización de los ejércitos una celeridad no conocida jamás. En esas circunstancias, el petróleo, que había desempeñado un papel secundario, pasa a ocupar el primer puesto y se convierte en el gran estratega, y finalmente es el Mariscal Petróleo el vencedor de Alemania. Sólo entonces los políticos de Francia y de los Estados Unidos advierten el terrible poder de un producto subterráneo que ellos habían mirado con menosprecio y cobra en sus oídos un hondo sentido dramático y admonitivo aquella frase que el mundo escucha con asombro: *"Quien domine el petróleo dominará el mundo"*.

Clemenceau tenía aún por inseguro el triunfo poco tiempo antes de producirse el desenlace. La suerte de Francia y de sus aliados dependía de la regularidad de los suministros de combustible. El político francés admitía ante el presidente norteamericano, que si llegase a faltar el petróleo los ejércitos quedarían paralizados y los aliados se verían obligados a sellar una paz desfavorable. Extraño lenguaje que el mundo no había conocido.

Inglaterra había previsto la importancia del petróleo y se adelantó a todas las demás naciones en la política de asegurarse sus fuentes. Presionada por la necesidad de aceite para alimentar su numerosa armada y su enorme flota comercial, adquirió el control de la *Anglo Persian Oil Cº* y compró todas las concesiones disponibles en Venezuela. Durante la guerra envió al Cercano Este tropas que tomaran posesión de todas las tierras petrolíferas, y en Venezuela maniobró para rechazar a cualquier otro competidor que pretendiera establecerse en el país. Esto ocurrió a comienzos de 1915 y Washington fue informado de ese movimiento, pero como aún el petróleo no se había revelado como un material estratégico vital y los Estados Unidos creíanse en una posición sólida con sus propios recursos, el gobierno permaneció indiferente, pues no le concedió ninguna importancia al monopolio inglés en Venezuela, ni la Standard se sintió interesada en disputarle su dominio a la Royal Dutch y sus subsidiarias o a la Anglo Persian.

De esta manera la Gran Bretaña, a través de la *British Controlled Oilfields,* una empresa dependiente directamente del gobierno inglés, al terminar la guerra se encontró en posesión de la casi totalidad de las reservas petroleras existentes fuera de los Estados Unidos. Entretanto, el grupo *Royal,* que también había sido tomado por el gobierno británico durante los años del conflicto, aumentó considerablemente sus inversiones y dio a su flota tanquera un desarrollo considerable lo mismo que a sus refinerías, oleoductos

y puertos de embarques, con vista a dominar no sólo las fuentes de producción sino también el mercado petrolero.

Después de 1918, el desarrollo de la industria automotor elevó considerablemente la demanda de petróleo, y los Estados Unidos se encontraron en una situación desventajosa. Comprendieron que sus reservas no serían suficientes para atender las exigencias del mercado mundial, situación que se hacía cada vez más grave con el deterioro de sus inversiones en México, único territorio de Hispanoamérica que había atraído el interés de su capital petrolero. Los éxitos ingleses en Venezuela, que revelaban la existencia de grandes yacimientos cuya explotación se había iniciado a un ritmo tan acelerado que le permitió cuadruplicar sus remesas exteriores en un solo año, hicieron que aquel gobierno reaccionara violentamente y se dispusiera a meter sus manos en Venezuela a cualquier precio. Abandonando su antiguo pensamiento de que las concesiones venezolanas era un asunto que caía dentro de la simple competencia industrial, el gobierno norteamericano se enfrenta directamente al problema, puesto que era el gobierno inglés quien manejaba las empresas establecidas en Venezuela.

Se inicia así la lucha por el control de nuestras reservas petroleras, lucha en la cual Venezuela aparecía como tierra sin dueño, a merced del más fuerte y sin facultades para intervenir en los arreglos que se hacían para repatrirse su riqueza petrolífera, que veía salir sin beneficio para el país como no fuera el mendrugo que los contratistas arrojaban a sus testaferros venezolanos y a los gobernantes venezolanos.

Un cuadro patético de la miserable situación en que se encuentra Venezuela nos lo da la controversia por la concesión Vigas, que sólo le producía al país mil doscientos bolívares mensuales, porque la compañía inglesa sostenía que toda la inmensa zona de más de dos millones de hectáreas constituía una sola mina. Presionado Gómez por el Departamento de Estado y tentado por las ofertas de las compañías norteamericanas, vio la oportunidad de hacer un trato más ventajoso sobre todo desde el punto de vista de sus intereses particulares, y reclamó un pago mayor que subía a Bs. 3.800.000 anuales, con efecto retroactivo a partir de 1915. Los inversionistas y el gobierno norteamericano, esperaban impacientes el resultado de la disputa y las ofertas llovían sobre el escritorio del dictador. La Corte Suprema falló a favor de la tesis venezolana y cuando ya el camino parecía abierto para aquéllos, sorpresivamente Gómez pactó con los ingleses devolviéndoles la concesión en condiciones aún mejores para éstos, que pagaron las anualidades vencidas más una buena propina para sus sirvientes nativos. El gobierno inglés intervino en pro de esta solución favorable, pues todas sus otras concesiones estaban en peligro de correr la misma suerte, ya que su situación con el Fisco era igual. La misma solución fue adoptada para resolver las diferencias sur-

gidas alrededor de las concesiones Aranguren y Valladares, y por una miserable paga de diez millones de bolívares les fue renovada la concesión por cincuenta años.

Habiendo asegurado su posición, los ingleses convinieron en concederle una pequeña participación a las compañías norteamericanas, que entraron así a tomar parte en el botín, aunque solamente de las sobras que les dejaba el inglés. La primera oportunidad que se presenta a aquéllas para obtener sus propias concesiones, se la da Gómez en 1919 cuando inicia un nuevo y fabuloso carnaval de concesiones, vendidas al precio de baratijas en una especie de mercado público que ofreció ante el mundo un espectáculo vergonzoso.

Un escritor norteamericano (Edwin Lieuwen, *Petroleum in Venezuela; a History*. University of California Press, 1954) refiere en forma cruda lo que entonces ocurrió. Sesenta y cinco concesiones fueron otorgadas, todas ellas a venezolanos, favoritos de Gómez, entre ellos un yerno suyo, quien recibió diecisiete. Crea así intermediarios que recibían un beneficio al transferirlas a manos extranjeras. La mayoría fue adquirida por la *Maracaibo Oil Exploration Company*, una empresa norteamericana que especulaba en tierras petrolíferas. En 1920 fueron distribuidas entre amigos del dictador otras 176 concesiones. Los intermediarios se convirtieron en activos agentes de las compañías, que se acercaban a los favoritos de Gómez y les señalaban las concesiones que deseaban. Estos intermediarios influyentes podían obtener un gran número de concesiones y conservarlas sin registrar, puesto que el hacerlo significaba un desembolso por concepto de pago de impuestos. "*Se estima* — dice Lieuwen — *en más de 2.300 el número de venezolanos, amigos del régimen, que se favorecieron de este sistema corrompido que encontró defensores sobre la base de que al crearse fortunas se estaba fomentando el desarrollo del capital nacional que sería luego invertido en la industria, la cría y la agricultura*".

Satisfecha la voracidad de su numerosa corte y comprada a ese precio la fidelidad de los hombres que integraban su régimen, Gómez perfeccionó el sistema y lo organizó para un solo beneficio. Creó en 1923 la *Compañía Venezolana de Petróleo,* a cuyo frente puso a sus amigos personales. El citado autor describe la manera de operar esa empresa, cuyo objeto era adquirir concesiones de las reservas nacionales y transferirlas. Según la ley de 1922, las parcelas debían ser ofrecidas en el mercado y el Presidente decidiría de acuerdo con el mejor postor. Pero ordinariamente las ventas se efectuaban a la Compañía Venezolana de Petróleo antes de llegar al mercado. Cuando una compañía extranjera deseaba una concesión, se dirigía a la Venezolana de Petróleo y no al Gobierno. Esta Compañía instaló una oficina en New York y hacia fines de 1923 ofreció en venta 100.000 hectáreas de las reservas

nacionales. Los compradores norteamericanos se abstuvieron de negociarlas, pues como la ley venezolana prohibía la adquisición de concesiones por el Presidente y altos funcionarios del gobierno, tuvieron dudas acerca de la legitimidad de las concesiones de la *"Compañía de Gómez"*, como ellos llamaban a la Compañía Venezolana de Petróleo. Temían que al finalizar la dictadura la administración siguiente pudiera cancelar esas obligaciones. Para obligar a las empresas norteamericanas, Gómez difundió la noticia de que un grupo alemán había adquirido una opción sobre una cuarta parte de los intereses de la Compañía Venezolana. Esto alarmó a los ingleses y a los norteamericanos, quienes pidieron auxilio diplomático.

A pesar de las dudas sobre la legitimidad de la oferta de la Compañía Venezolana de Petróleo, la *Standard of New Jersey* tomó la iniciativa y comenzó a comprar concesiones. Pensaba que así como Gómez no anuló las concesiones de Castro, la siguiente administración podía también respetar las de Gómez y que en todo caso ella podía alegar la doctrina del *"comprador de buena fe"*. Las demás empresas norteamericanas competidoras de la *Standard* siguieron el mismo camino, temerosas de quedar fuera del reparto, y así comenzó la carrera por la adquisición de las concesiones en venta. Una compañía pagó $ 250.000 más 2½% de *royalty*, por 15.000 hectáreas; otra dio $ 750.000 por 75.000 hectáreas más el correspondiente *royalty*, etc. La mayoría de estas operaciones se hizo por conducto de la Compañía de Gómez, que en 1926 recibió 189 concesiones de las 234 que se negociaron. Una vez que todas las reservas nacionales fueron vendidas, la Compañía Venezolana de Petróleo fue liquidada pues ya había cumplido su objeto, que era el de rematar la más preciosa riqueza del país.

Señálase la década de 1921-1930 como el primer período de expansión de la industria petrolera en Venezuela, que pasó de 69.000 toneladas en 1920, a más de 20 millones de toneladas, o sea una producción aproximadamente 300 veces mayor. En la primera fecha Venezuela no era sino un productor insignificante que podía ser ignorado. Sin embargo, ya en 1928 estaba colocada en el primer puesto mundial como país exportador y en el segundo como productor, inmediatamente después de los Estados Unidos, que producía el 65% de la producción mundial del petróleo. Pero este crecimiento, que se traduce en cifras y en orden de colocación como en un torneo olímpico, no significó para Venezuela una compensación correspondiente a su participación en el negocio petrolero. Los ingresos directos recibidos por el Fisco por concepto de la renta de hidrocarburos fue solo de 228 millones de bolívares en esos diez años, incluyendo el valor de las inmensas concesiones otorgadas fraudulentamente por Gómez y los impuestos superficiales, de exploración, etc.... Baste decir, para dar la medida en que fue defraudada la nación, que de acuerdo con las reglamentaciones actuales, la actividad petro-



VALLES DE ARAGUA
*(Foto cortesía de Alfredo Boulton)*

lera de esa década sobre una superficie de concesiones igual a la de hoy, debía haber producido un ingreso aproximado de 1.556 millones, y si a éstos se agregan los impuestos sobre las importaciones gravadas hoy que en aquellas épocas estaban exoneradas, se verá la inmensidad de la suma que Venezuela dejó de recibir a cambio de unos pocos millones que fueron a dar a manos de un reducido grupo de funcionarios y de abogados inescrupulosos. En esa época dorada para el capital petrolero establecido en el país, la participación de Venezuela sobre el valor mercantil del petróleo era del 10%.

Gráficamente el *boom* del petróleo en Venezuela comienza con el estallido en diciembre de 1923 del Pozo Barroso Nº 2, en Mene Grande, perteneciente a la Venezuela Oil Concessions, del grupo Royal, que fue calificado inmediatamente como el mayor pozo productor del mundo. Este acontecimiento, que tuvo resonancia mundial, colocó a Venezuela en la cima de la fama y atrajo la atención del capital petrolero hacia la cuenca del Lago de Maracaibo, cuyo potencial quedó en esta forma espectacularmente descubierto. Hasta entonces esa zona parecía ofrecer sólo posibilidades mediocres, al punto de que muchos campamentos habían sido desestimados y aun el Pozo Barroso era un viejo pozo abandonado. Pronto cundió la fiebre del petróleo y el Distrito Bolívar se convirtió en el centro petrolero más importante.

La noticia del Pozo Barroso excitó la ambición de los inversionistas norteamericanos. Nuevas compañías fueron formadas para localizar yacimientos en la cuenca del Lago, y las concesiones eran prácticamente arrebatadas de las manos de sus oferentes, sobre todo si se encontraban en el Estado Zulia. Se formó un plan de exploración y explotación y la producción comenzó a subir en proporción geométrica así: de 2.000.000 de barriles en 1922 a 4.000.000 en 1923 y luego a 9.000.000 en 1924. En 1925 pasa de 19.000.000; en 1926 alcanza a 37.000.000. Luego llega a 63.000.000 en 1927 y en 1928 escala los 106.000.000, equivalente al 8% de toda la producción mundial y el 75% de la producción en América Latina: supera así a Rusia, que era hasta entonces el segundo productor en el mundo.

En 1924 la Lago Petroleum Corporation se convirtió en la primera empresa norteamericana exportadora de petróleo venezolano. Más tarde esta compañía adquirió virtualmente el monopolio de la explotación en las aguas del Lago, cuando entró en posesión de los derechos de la British Ecuatorial Oil Company.

Los técnicos de la Lago Petroleum descubrieron que la explotación de las tierras cubiertas por aquellas aguas era más sencilla y barata por razones técnicas y, como si esta ventaja no bastara, era también más barata por razones fiscales, pues la ley de 1922, considerando más difícil el trabajo en esas con-

cesiones, redujo a la mitad sus derechos de exploración, de explotación inicial y aun el impuesto superficial.

Entre las primeras firmas norteamericanas que alcanzaron éxito se encuentran la *Venezuela Gulf Oil Co.,* subsidiaria de una compañía de Andrew Mellon; y la *Gulf Oil de Pittsburg.* En 1922, la *Creole Syndicate,* una firma norteamericana, obtuvo concesiones en una estrecha zona dentro de las aguas del Lago. La *Standard de New Jersey* trabajó febrilmente explorando a través de toda Venezuela, desde la Guayana hasta los límites con Colombia, por medio de un grupo de empresas subsidiarias encabezadas por la *Standard Oil de Venezuela,* en cuyos trabajos invirtió grandes cantidades de dinero sin obtener una producción comercial hasta 1929, fecha en la que había un total de 107 compañías registradas en el país, la mayoría de ellas norteamericanas, pero solamente cinco estaban en condiciones de exportar el aceite, y de esas cinco solamente tres controlaban la casi totalidad de la producción: la Shell, el 45%, la Gulf el 27% y la Standard, otro 27%.

En 1938 se dicta una nueva ley de Hidrocarburos que hace más rígidas las condiciones para el otorgamiento de las concesiones, pero en materia impositiva es poco lo que gana el país, ya que se mantiene una rebaja injustificable del 50% sobre la exploración en zonas cubiertas por las aguas o a más de 200 metros de las costas, y del 12½% el de explotación de esas mismas zonas; la participación o regalía sufrió un ligero aumento que la elevó al 15%. Sin embargo, esta ley significó el comienzo de un movimiento reivindicativo que iba a permitirle al país obtener más amplio aprovechamiento de su riqueza petrolífera.

La ley de 1943 fue el paso más importante dado hasta entonces, y ella sentó las bases para las reformas ulteriores y, sobre todo, dio a la legislación sobre los hidrocarburos y a la tributación un carácter técnico que hasta entonces no tenía. Desapareció la absurda y considerable exoneración parcial de los impuestos de exploración y explotación de los yacimientos cubiertos por las aguas de lagos y ríos, y la explotación tierra adentro quedó sujeta a normas acordes con los costos de transportación. Este impuesto de explotación se hizo recaer no sólo sobre el petróleo crudo, sino también sobre el asfalto y el gas natural, y aunque la participación del país en el valor comercial del petróleo fue aumentada sólo ligeramente, debe atribuirse a las circunstancias dramáticas que el mundo vivía en aquellos momentos: corrían entonces los años más difíciles de la segunda guerra mundial.

Las compañías petroleras comprendieron que las reformas administrativas contenidas en esa ley eran mucho más graves para ellas que el simple aumento de las cargas impositivas, que parecía moderado y trataba de ser equitativo, pero en cambio las sometía a un severo control por parte del Estado, tanto por lo que respecta a las operaciones industriales como a las

comerciales. Este control les resultaba irritante, y de ahí que opusieran más dura resistencia que a reforma alguna ocurrida posteriormente, pues allanaba el camino para una intervención directa de la nación venezolana en las intimidades de las empresas petroleras y de los mercados del petróleo, y simplificaba las ulteriores reformas fiscales. A partir de aquel año, los rendimientos de la renta petrolera aumentaron considerablemente, y de 80 millones en 1942, pasaron a 135 millones el año siguiente, a pesar de haber recibido sólo un beneficio parcial de la ley dictada ese año. En 1944, primer año completo en que se aplicaba la nueva legislación, la renta petrolera asciende a 242 millones, o sea que se triplicaba en relación con el último año regido por la legislación derogada el 43.

Entre 1945 y 1948 se realizan varias reformas fiscales, entre ellas un importante impuesto extraordinario, y después un aumento sustancial de la participación en las ganancias que se eleva del 27,4% al 50%, cuyo efecto inmediato es un fuerte incremento de la renta petrolera seguido de un cambio en la política mundial del petróleo. Escribe el Dr. Juan Pablo Pérez Alfonso ("Política", Nº 3, Nov. 1959, p. 112), que el "llamado arreglo de 50-50 fue un multiplicador extraordinario que, iniciado en Venezuela, causó un revuelo inmediato en los demás países productores del petróleo para el comercio internacional, centrados principalmente en el Medio Oriente". Y en cuanto a sus consecuencias fiscales las resume así: "El salto de 689 millones pagados al Estado en los cinco años de 1940-1944 a los 3.052 millones pagados en sólo cuatro años 1945-1948 significa un impulso de múltiples repercusiones. Los ingresos fiscales que llegaron a Bs. 542 millones en 1944 y eran de Bs. 341 millones en 1938 se remontan a Bs. 1.776 millones en 1948. Los ingresos fiscales por persona se habían elevado en 1938 hasta Bs. 97,20 por el efecto del petróleo, casi cuatro veces sobre los Bs. 25 del promedio fiscal 1917-1920. En 1944 son de Bs. 134,5 por persona, pero llegan cuatro años más tarde a Bs. 370 que representan 273% de aumento en esos cuatro y 381% sobre el año base 1938".

El alegre otorgamiento de las concesiones petroleras ha sido moderado por la moderna legislación de hidrocarburos, sustituyéndose la extrema generosidad de los gobiernos de Castro y Gómez por una política más cuidadosa, que tiende a negociar mejores condiciones y a conservar un alto nivel de producción sin despilfarrar las reservas nacionales. Bajo el Gobierno de Gómez el 33% de todo el territorio nacional fue concedido a las compañías petroleras extranjeras; en total las concesiones otorgadas por él sumaban más de 30 millones de hectáreas. La mayor parte de ellas han sido rescatadas por el país e incorporadas a sus reservas; pero entre los años de 1956-1957 se realizó lo que podríamos llamar "un pequeño carnaval" de concesiones que resucitó la vieja compañía de Gómez con un nombre inglés,

la *Venezuela Leasehold,* por cuyo conducto se vendieron 820.000 hectáreas de las reservas nacionales.

El área actualmente concedida (año de 1960) es mucho menor que la de hace veinte años, pues los 30 millones de hectáreas han quedado reducidas a 4.718.445 hectáreas, de las cuales solamente están en explotación 361.753 hectáreas. En cifras relativas, las concesiones representan el 5% de la superficie de Venezuela, y el 13,3% de las cuencas petrolíferas con posibilidades de producción comercial. El 43,1% de esas concesiones está localizado en el Occidente del país, y el 56,9% en el Oriente.

El desarrollo de la explotación no mantuvo relación alguna con las posibilidades de refinación en el país, pues la política de las compañías petroleras fue la de tratar el petróleo fuera de Venezuela, de manera que la mayor parte se extraía hacia las Antillas holandesas. Primero fue llevado a Curazao, pero esta refinería pronto resultó insuficiente. En 1928, la Shell comenzó la construcción de otra gran refinería en Aruba, que procesó el 30% de las exportaciones venezolanas. Sólo el 4% de su producción era refinado en Venezuela. Hacia 1939 las refinerías en suelo venezolano no tenían una capacidad mayor de 75.000 barriles diarios. La ley petrolera de 1943 obligó a las compañías a tratar en el país una mayor cantidad de petróleo y a partir de entonces se registra un aumento notable en esta actividad. En 1959 la capacidad de refinación se había elevado a 840.000 barriles diarios.

Sin embargo, la tendencia moderna es la de refinar los crudos en los países de consumo. Esta política ha sido adoptada por la mayoría de los gobiernos y son tres sus factores determinantes: ahorro de divisas, tendencia a la industrialización y presiones nacionalistas.

La demanda mundial de petróleo ha subido de 5,7 millones de barriles diarios en 1938, a 9,8 millones de barriles diarios en 1948. En la actualidad esta demanda se acerca a los 20 millones; o sea, que en un período de 20 años la demanda se ha cuadruplicado, aunque este ritmo de crecimiento no ha sido uniforme en todos los países. Por otra parte, la participación de los países productores también ha variado. Venezuela, que en 1948 proporcionaba el 46% del petróleo consumido en los mercados internacionales, en 1958 sólo aparece con el 33% y la tendencia es decreciente en números relativos, aunque aumenta en cifras absolutas.

Venezuela exporta aproximadamente el 94% de su producción en forma de crudos y productos refinados, a más de 70 países. Sus principales mercados son: Norteamérica, Centro y Sur América, y Europa. Los Estados Unidos son el mercado más importante para el petróleo venezolano. En 1958 absorbió el 43,3% del total de las exportaciones. La introducción fue libre y sin otras limitaciones que las impuestas por la demanda,

hasta que en 1954 fue creado el Comité Interministerial de Suministros de Energía, que propuso al gobierno de su país varias medidas tendientes a restringir las importaciones del petróleo. Sin embargo ninguna de esas regulaciones fue adoptada hasta julio de 1957 cuando se anunció el primer programa voluntario de restricciones sobre la costa Este. Después se extendió a todo el país y en 1958 se aplicó no sólo a los crudos, sino a todos los productos refinados no terminados; finalmente en marzo de 1959 el plan voluntario se hizo obligatorio.

Entre los otros consumidores continentales se encuentran: Canadá, que consume el 9,9% de nuestra exportación; Brasil, 6%; Argentina, 5%. Siguen en orden de importancia, las Antillas inglesas, Puerto Rico y Cuba, que puso cese a sus compras en 1960. Es importante considerar los esfuerzos de los países americanos tendientes al desarrollo de sus propias fuentes de petróleo, con el fin de nivelar sus balanzas de pago.

Venezuela es hoy una nación que depende casi enteramente del petróleo. Esta transformación ha influído de manera decisiva en todas las manifestaciones no ya de la actividad económica, sino en la estructura social y política del país. El presupuesto de Gastos Públicos descansa en su mayor parte sobre la renta petrolera, que ha venido creciendo año tras año como resultado de las reformas impositivas y del propio incremento de las explotaciones. En 1947 la renta petrolera alcanzó a 593 millones de bolívares, equivalente al 67,75% del Presupuesto de ese año. En 1957, o sea diez años más tarde, pasó de 2.061 millones, que representaban el 77,23% de los gastos públicos. Todas las demás contribuciones que ingresaron a la Tesorería, provenientes de la restante actividad económica del país, apenas alcanzaron a cubrir el 22,77% del Presupuesto de la nación.

Las inversiones extranjeras en Venezuela apenas pasaban de los cien millones en los primeros años del siglo XX. La mayoría de ellas estaban representadas por el capital inglés dedicado a la explotación de los ferrocarriles y de otros servicios públicos. La única inversión norteamericana importante era la de las minas de asfalto de Guanoco. En 1960, el capital extranjero en Venezuela era de más de diecisiete mil millones de bolívares, de los cuales las dos terceras partes corresponden a inversionistas de los Estados Unidos. De esa cantidad, más de trece mil millones están empleados en la industria petrolera.

## MONEDA Y BANCA

VENEZUELA nace a la vida republicana con el papel moneda. Son *los asignados* de nuestra revolución, a semejanza de los famosos que emitió el gobierno revolucionario francés. La brusca contracción de la actividad económica, determinada por los sucesos políticos que se desarrollaban en Europa y América provocaron un derrumbamiento de los ingresos del Tesoro, y la república vio complicarse sus problemas, ya de por sí demasiado confusos y graves.

Para evadir el supremo recurso de los gravámenes y de las contribuciones, que se presentaba entonces como una solución preñada de peligros y de imprevisibles reacciones, sugirió Miranda que se hiciera una emisión de billetes. El Congreso acogió la idea, haciéndola ley en agosto de 1811, por cuyo mandato se imprimieron los toscos billetes que con la firma autógrafa de don Lorenzo de Sata, José Alustiza y José Joaquín de Yarza, fueron lanzados sin más respaldo que las rentas nacionales, cuya situación de bancarrota era insuficiente garantía para cualquier suma.

El público venezolano estaba acostumbrado a la buena moneda metálica que nos venía de México, considerada en ese tiempo en todas las latitudes como la mejor moneda del mundo. El paso a la moneda de papel, con tan magro respaldo, resultó demasiado violento, sobre todo por la escasa educación económica existente dentro del pueblo en sus más diversos niveles. Ocurrió lo que era fácil prever; aquellos billetes no fueron aceptados a ningún precio, y pronto quedaron convertidos en un simple y curioso documento legado a la posteridad. Las consecuencias de esta precipitada ley del primer congreso venezolano fueron graves, pues arrastraron al país a una crisis mayor de la que se pretendía remediar. La moneda buena desapareció de la circulación y se inició una carrera de precios hacia las mayores alturas conocidas.

Durante los largos años de la guerra, el caos monetario se acentuó por la existencia de dos gobiernos, el español y el patriota, ambos inestables, que fluían y refluían como la marea, dejando en sus continuas mudanzas más debilitada la economía y más confuso y revuelto el régimen monetario. La

Gran Colombia trató, por medio de varias disposiciones legislativas, de restaurar el crédito monetario mediante el restablecimiento del sistema bimetalista español, y la unificación del régimen monetario el cual impone un mismo peso y ley, persigue severamente a los falsificadores que tanto habían proliferado en el curso de los años de la guerra y de las convulsiones intestinas, y realiza nuevas acuñaciones.

Venezuela, ya separada de Colombia, da pasos más definitivos que marcan, en parte, la vuelta al régimen monetario español. Una ley de julio de 1830 prohibe la acuñación de moneda en territorio nacional, y en mayo de 1834 se autoriza la circulación de la moneda macuquina, del peso fuerte y de la onza de oro española, y asimismo de aquéllas que, aunque de procedencia americana, fuesen semejantes a las españoles en peso y ley. Se admite también el peso fuerte de los Estados Unidos y sus fracciones, el franco, el chelín inglés y los pesos portugueses y del Brasil. Para remediar la escasez de moneda menuda, se traerían de los Estados Unidos 20.000 pesos en centavos de cobre y otros 5.000 pesos en medios centavos.

En marzo de 1848 se produce un cambio fundamental cuando se pone término al viejo régimen bimetalista. Queda establecido así el sistema monometalista y se proclama el franco como unidad monetaria de la república. Pero los trastornos que se trataron de corregir con esta innovación, lejos de quedar rectificados, parecieron acentuarse aún más, y en adelante la república comenzará a buscar, en medio de las dificultades políticas en que vivía el país, su propio camino que habría de conducirla a la fundación de un régimen monetario nacional. En 1854 se ordena restablecer el cuño de Caracas y la acuñación de *venezolanos* de oro y plata, y aunque este decreto no llegó a cumplirse era evidente que el país no podía continuar rigiéndose por los signos monetarios extranjeros. En 1857, el Presidente Monagas dictó un decreto por el cual se adoptaba en el país el sistema métrico decimal, y con arreglo a ese sistema crea un sistema monetario uniforme, fundado en el patrón oro.

La reforma del sistema monetario que parecía anunciarse en esas medidas, quedó paralizada por los sangrientos sucesos que siguieron al derrocamiento de Monagas y la gran revolución que habría de iniciarse poco tiempo después, cuyas consecuencias tuvieron características catastróficas para la economía del país hasta culminar con el triunfo de la federación, en 1863. Dos años más tarde, el Congreso promulgó una nueva ley sobre el régimen monetario: establece que la unidad monetaria será el peso fuerte con el nombre de "*venezolano de oro*" y la efigie del Libertador, pero retorna al antiguo bimetalismo y da curso legal a la moneda extranjera.

Es a Guzmán Blanco a quien toca dar el paso definitivo en cuanto a la creación y consolidación del régimen monetario venezolano. En 1871 esta-

blece como unidad monetaria el *venezolano de plata* con peso de 25 gramos y ley 900, equivalente a cinco bolívares, y ordena la acuñación de una moneda de veinte venezolanos (Bs. 100) a la que se daría el nombre de "*Bolívar*", que no alcanzó a fabricarse. Y finalmente, por decreto de 31 de marzo de 1879, Guzmán crea el *bolívar* de plata como unidad monetaria de Venezuela. En el mismo documento se proscribe la circulación de las monedas extranjeras, que en lo sucesivo sólo se admitirían en su calidad de mercancía y por lo tanto sujeto su valor a la simple relación de la oferta y la demanda. Casi inmediatamente se autoriza la acuñación de cinco millones de bolívares en piezas de oro de Bs. 20, la del "fuerte" de cinco bolívares equivalente al antiguo "*venezolano de plata*" de ley 900, y las menores de dos, uno y medio bolívar, y la de veinte céntimos, con ley de 835.

Es difícil calcular la cantidad de circulante que en los primeros años de la república había en manos del público. Pero podemos darnos una idea aproximada acerca de cómo sería de exigua sobre todo después de la guerra, si se considera que las exportaciones de Venezuela en su primer año de vida autónoma, separada ya de Colombia, apenas alcanzaron a algo más de ocho millones y medio de bolívares, y todos los gastos del Estado a cinco millones de bolívares. El aumento debió producirse con extrema lentitud y posiblemente mantuvo una estrecha relación con los presupuestos nacionales, que en una fecha ya tan avanzada como la de 1880 se mantenía aún en la veintena. No será sino mucho más tarde, después de iniciarse la era del petróleo, cuando nuestros presupuestos alcancen la primera centena, y sólo en 1928 los depósitos bancarios pasarán la frontera de los cien millones. En 1938, el total de circulante montaba a Bs. 335 millones, que representa apenas una décima parte del circulante actualmente en manos del público.

La actividad bancaria ofrece un desarrollo similar al que observamos en cuanto al volumen de la masa monetaria que ha alimentado nuestra economía republicana. Durante todo el siglo pasado su evolución fue lenta y su estructura se mantuvo en un estado de suma debilidad. A lo largo de más de un siglo, su curso ha sido accidentado y tortuoso, amenazado en todo instante por la desconfianza y por la inestabilidad política. La situación de la banca a través de tan largo período fue el trasunto de la debilidad económica de la nación entera, que parecía afectada por una crónica enfermedad política.

En la letra y en la legislación, la historia bancaria comienza en Venezuela en 1830 cuando el Congreso se fija el objetivo de un Banco Nacional; pero en el campo de las realidades la historia de esta institución se inicia nueve años más tarde, en 1839, fecha en que abre sus puertas el Banco Colonial Británico. Es así como este capítulo de la historia económica venezolana comienza con el nombre de un banco extranjero, a pesar de los repetidos y

sostenidos argumentos en favor de la instalación de un banco nacional. El Congreso de 1841 acordó su fundación, aunque inconvenientes surgidos en sus relaciones con el Ejecutivo y luego la crisis económica en que se vio envuelto el país, aconsejaron su disolución en 1850.

El período de organización administrativa que inicia Guzmán Blanco y la mayor firmeza de su gobierno, ofrecerán a la actividad bancaria un más vasto escenario y a partir de ese instante habrá mayor continuidad en la vida de esta institución, aunque no una vida reposada y segura como la que ya había alcanzado en otros países de América. Un decreto de 9 de diciembre de 1870 creó la "Compañía de Crédito", que habría de ser la simiente de la banca moderna y sólida de que hoy dispone Venezuela.

La Compañía de Crédito fue fundada exclusivamente en función de las necesidades del gobierno guzmancista, empeñado en grandes obras públicas que constituyeron el más vigoroso esfuerzo realizado hasta entonces para promover el progreso del país en sus más diversas direcciones. Los planes de Guzmán eran ambiciosos, pero se le oponía la penuria del Erario público y el escaso crédito de la nación en los centros financieros internacionales. La Compañía de Crédito tenía como objeto proporcionarle al Gobierno anticipos sobre las rentas públicas y facilitarle todas las operaciones fiscales. No disponía de un capital determinado, pues sus accionistas no eran otros sino los tenedores de los títulos emanados de las contribuciones voluntarias como también de las forzosas que solía imponer el Gobierno para suplir la falta de rentas y levantar así fondos extraordinarios. La administración de este instituto se confió a los jefes de las principales casas comerciales de Caracas, y se le autorizó para emitir billetes por un monto igual a los anticipos que cada mes hiciese a la Tesorería. Estos créditos eran cubiertos por la renta aduanera, considerada la más importante, como también la más estable dentro del cambiante panorama de la economía venezolana del siglo diecinueve. Filiales de esta Compañía, todas de corta vida, se fundaron en los principales puertos del país (La Guaira, Maracaibo y Puerto Cabello) con el único fin de intervenir en la recaudación de la renta aduanera y en los pagos locales.

En 1876 se funda un banco con más definidas características, constituído por medio del aporte de sus accionistas, con un capital de ciento sesenta mil venezolanos (Bs. 800.000) y el gobierno celebra contrato con este nuevo organismo que adopta el nombre de "Banco de Caracas". La Compañía de Crédito entra en liquidación y sus funciones son absorbidas por aquél. Le abre al Gobierno un crédito en cuenta corriente por doscientos cuarenta mil venezolanos en los cuales estaban comprendidos los ciento ochenta mil que el Gobierno le debía a la Compañía de Crédito.

Este banco tuvo una vida muy efímera, de sólo un año, y es sustituído

inmediatamente por otro con el mismo nombre de "Banco de Caracas", fundado en 1877, cuya finalidad no era otra sino la de recibir de las Aduanas y demás oficinas de recaudación, las rentas nacionales. A su vez el banco se comprometía a anticiparle al Gobierno los fondos que éste requiriese para el puntual pago de sus obligaciones en todo el país, conforme al presupuesto, para lo que debía instalar oficinas en distintos lugares de la república. Su capital fue de trescientos veintisiete mil venezolanos y el crédito en cuenta corriente que le estipuló al Gobierno, de doscientos cuarenta y cinco mil venezolanos. El Gobierno era su único cliente y los estatutos del banco prohibían a sus directores otorgar préstamos a particulares. La actividad privada quedó, pues, hasta entonces ayuna de los servicios y del apoyo propios de las instrucciones bancarias y no será sino muchos años más tarde cuando por primera vez comenzarán a funcionar bancos dotados de una función pública, aunque con un radio muy limitado y una extremada cautela que no será abandonada hasta fecha muy reciente. Cautela que se origina en la desconfianza del medio económico, factor éste que retardará por largo tiempo el desarrollo del crédito.

El Gobierno se excedió en los términos convenidos, y tras muchas dificultades el segundo Banco de Caracas es liquidado y se funda un tercero bajo el mismo nombre, que hereda las funciones de aquél y el cual subsistió hasta 1884, en que fue acordada su liquidación. Pero mientras este tercer Banco de Caracas llegaba al final de su breve existencia como organismo auxiliar de la Tesorería, se había producido el nacimiento de la verdadera banca privada, con finalidades esencialmente mercantiles y sin otra relación con el Estado que las normales dentro de un tipo de economía capitalista: el *Banco de Maracaibo* queda instalado en la capital zuliana en junio de 1882; una junta organizadora del *Banco Comercial* se constituye en Caracas en marzo de 1883, y cinco meses más tarde, en agosto siguiente, inicia sus operaciones.

Estas dos fundaciones se realizan sin que aparentemente adquieran trascendencia y nadie pareció concederles mucha importancia en aquella oportunidad y menos aún años después, cuando ya pertenecían a la historia más que a la realidad palpitante. Sin embargo, es preciso reconocerles una significación mayor de la que les ha dado, pues bien podría decirse que esos dos bancos marcan una etapa en el proceso económico de Venezuela.

Una de las cláusulas de los estatutos del Banco Comercial basta para ilustrar el cambio que se había producido, y el concepto que hasta entonces dominaba en cuanto al papel de los bancos. En dicha cláusula se prohibió taxativamente operar con el gobierno. La economía privada reaccionaba así contra el sistema bancario oficial, creando su banca propia que se enfrentaba a aquélla en términos antagónicos, que parecían irreconciliables. A los bancos fundados exclusivamente para servir como instrumentos del Estado,

se respondía con bancos que debían consagrarse a servir a la actividad privada.

Sin embargo, esta actitud antigubernamental de la banca privada no habría de durar mucho tiempo, pues era absurda e inconveniente para ella y para la nación. Poco tiempo más tarde ocurre la liquidación del tercer Banco de Caracas y el gobierno pactó con el Comercial un crédito en cuenta corriente por un millón de bolívares. Casi inmediatamente excede este límite y cuando se dirige al Consejo Directivo de aquél en solicitud de un aumento, éste le demuestra que no solamente no se había sujetado al crédito acordado, sino que lo había sobrepasado varias veces, llevándolo hasta más de tres millones de bolívares.

La banca privada surge como una necesidad evidente que estaba haciéndose sentir. El Banco Comercial se fundó con un capital de tres millones de bolívares y cinco meses más tarde, al cierre de 1883, sus depósitos en cuentas corrientes subían a Bs. 7.397.282; la compra y venta de letras montaba a Bs. 1.849.334, y había extendido pagarés por más de medio millón, aparte de otras operaciones importantes. El Banco de Maracaibo se inició con un pequeño capital de Bs. 160.000, que ha venido subiendo progresivamente hasta alcanzar en nuestros días los treinta millones.

El Banco Comercial absorbió en 1884 al último Banco de Caracas y consolidó su posición en el pequeño mundo de los negocios de aquella Venezuela que ya comenzaba a tomar aliento bajo el estímulo de sus prósperas cosechas cafeteras. Hacia 1890, la expansión económica que se había iniciado bajo la dirección ilustrada de Guzmán Blanco, alcanza su más alto nivel conocido hasta ese momento. No es extraño que ese año, cuando las exportaciones venezolanas superan la marca de los cien millones, se sienta la necesidad de aumentar el capital social de aquel banco, para hacer frente a las demandas de la economía privada como también de la república, siempre urgida, siempre llamando a sus puertas para pedir nuevos créditos. Al ampliarse el capital a ocho millones, el *Banco Comercial* toma el nombre de *Banco de Venezuela,* que ha conservado hasta hoy. En lo sucesivo seguirá un rápido curso de aumentos consecutivos que desde los tres millones iniciales, habría de llevarlo a los ciento setenta y siete millones a que alcanzan sus recursos de capital y reservas unidos.

El desarrollo de la banca en los últimos tiempos es la demostración más clara de la fuerza expansiva de nuestra economía y de su irregular desarrollo. Si tomamos los extremos cronológicos de la vida nacional, 1830 y 1960, pudiera parecer que el progreso de la institución bancaria ofrece una curva ascendente moderada. Pero es el caso que no se pueden tomar estas dos fechas como puntos de comparación, ni siquiera las más recientes señaladas por la creación del Banco de Maracaibo o del Banco Comercial, pues de

entonces a esta parte es preciso distinguir varios períodos que presentan contrastes violentos.

Desde 1882 hasta el comienzo de la primera guerra mundial, aunque se registran progresos que parecen notables ante el oscuro panorama anterior, en realidad los resultados son pobres y revelan la debilidad de la economía venezolana fundada en una agricultura de escasas posibilidades, reducidas en su mayor porcentaje al beneficio del café más algunas explotaciones mineras. Entre 1915 y 1920, se observa un movimiento de aceleración que va acentuándose, aunque con ligeras oscilaciones. Al iniciarse la tercera década se opera una transformación brusca. Es el comienzo de la era del petróleo que, como bien se comprenderá, es sobre esta actividad mercantil sobre la cual se proyectan más firmemente sus consecuencias. Los progresos en lo sucesivo serán espectaculares, a pasos agigantados.

Veamos sucintamente cómo se opera esta transformación. En 1915, los depósitos bancarios en el país alcanzaban un total de 19 millones; el año siguiente, llegan a 24 millones; en 1917, a 34; el siguiente a 49. Ha terminado aquella primera gran conflagración internacional, y en 1919 los depósitos bancarios experimentan su primer gran salto al pasar de 49 millones a 92 millones, inmediatamente a 113 millones en 1920, o sea una cifra casi seis veces mayor a la de cinco años atrás, exactamente 594%. Ya el petróleo ha hecho su aparición y con él aquel período de locura colectiva que agitó al mundo entre 1920 y 1929 durante el cual Venezuela, de productor insignificante, pasa abruptamente a ocupar el primer lugar como nación exportadora y el segundo como productora.

En 1925, los pocos bancos existentes en el país han conquistado una posición firme y sus depósitos de 122 millones parecen marcar un punto demasiado elevado que los pioneros de 1882 jamás soñaron; sin embargo, se trataba apenas de un discreto comienzo, pues año tras año el impulso crece, y al final de la tercera década e iniciación de aquel trágico episodio cuyo eco aún resuena, la gran crisis económica mundial que habría de desembocar en el mar de sangre de la segunda guerra, nuestros depósitos bancarios se sitúan en 306 millones, en el año de 1930.

Después sobreviene una ligera depresión en nuestra economía cuya onda se prolonga hasta 1935 cuando acontecimientos internos crean una crisis local que provoca la disminución de los depósitos los cuales descienden a 251 millones, y aun a menos en 1936 cuando quedan reducidos a 223 millones. Sin embargo, nuestra economía se repone rápidamente de su pasajero quebranto y el año 1940 los depósitos se recuperan con creces: 316 millones. Durante los cinco años siguientes, aunque en esos instantes el mundo se debate en la agonía de la destrucción, veremos a nuestra banca pasar por uno de sus mejores períodos. El país ve con asombro y con alborozo con-

quistar la altura de los 679 millones en depósitos. Es importante este momento no tanto por la suma alcanzada, como por la fuerza que adquiere la institución y por la renovación que se produce en cuanto a sus sistemas. Se liberaliza el crédito, no solamente el bancario sino el mercantil en general en sus más diversas manifestaciones, evolución que conduce a un aumento considerable de las ventas de todo orden.

El negocio bancario se expande. Podría decirse que sus pulmones se ensanchan y que una corriente renovadora la invade. El mercado monetario nacional pide la ayuda de nuevos capitales y de nuevos organismos que contribuyan a soportar las cargas y obligaciones que han caído sobre los bancos tradicionales, ya insuficientes en número y recursos. Se fundan nuevos bancos y el capital nacional da una prueba evidente de fortaleza y de agilidad mercantil e industrial. En 1948 funcionan ya en el país trece bancos y sus depósitos en 1950 pasan de 1.539 millones. ¡Qué remoto parece entonces aquel año de 1915, cuando todos los depósitos apenas sumaban 19 millones! y en 1951 serán casi cien veces mayores los de ese año. En 1954 se sitúan en 2.754 millones, o sea que casi doblan los recursos de dos años atrás, y finalmente, en 1959, ascienden a 4.621 millones, aproximadamente. En 1960 esa marcha se detiene bruscamente y se inicia un período depresivo que sitúa esos depósitos en 3.991 millones (Dic. de 1961).

Los años comprendidos entre 1948 y 1959 forman el período de mayor expansión en Venezuela. En la primera fecha existían sólo trece bancos, cuyos capitales y reservas sumaban 188 millones. Al cierre de 1959 existían 37 bancos con un capital de 1.060 millones. Cabe añadir el gran número de agencias y sucursales establecidas en todo el país y en diferentes lugares de la propia capital y de otras ciudades importantes. El desarrollo de la institución bancaria no se ha limitado al aumento del número de bancos, tanto como al considerable incremento de sus servicios y a la diversidad de créditos; es éste, acaso, el aspecto más importante en cuanto a la historia de esta institución durante el ya largo período de ciento cincuenta años de nuestra vida independiente.

Hasta el año de 1939 cada banco hacía sus propias emisiones de billetes, por concesión especial del Gobierno y con garantía de oro. Estos billetes tenían curso legal en todo el país. Sin embargo, los bancos regionales encontraban dificultades, pues el público ofrecía cierta resistencia cuando no había sucursales próximas que garantizaran el cambio oportuno, y el alza o baja del prestigio del banco emisor afectaba asimismo sus billetes. El 8 de septiembre de aquel año fue creado el Banco Central, que comenzó a operar en octubre de 1940. La pluralidad de emisiones de billetes fue así sustituída por la de este solo organismo, concebido para completar la estructura del sistema bancario nacional. El redescuento de las carteras de

la banca privada fue uno de los instrumentos aplicados para darle el máximo de elasticidad al mecanismo del crédito, y así pudo éste alcanzar la extensión que hoy tiene en beneficio directo de las actividades vitales de la nación.

Técnicos extranjeros fueron llamados a colaborar con los mejores economistas del país para estructurar el Banco Central, que es en sí un sistema para la manipulación del mercado monetario, de la deuda pública, de las reservas de los bancos privados, además del control de los tipos de interés y del volumen del dinero que ingresa en el país y egresa de él. Uno de los autores del proyecto advertía su importancia con estas graves palabras: "Hace tiempo que no se ha presentado ante el Congreso de Venezuela un proyecto tan vasto. Parece creerse, en efecto, que este ante-proyecto legislativo significa la creación de un instrumento que permitirá a la nación venezolana alcanzar una gran prosperidad económica, y, a la vez, proteger con eficacia la moneda, el nivel de precios, el valor de los depósitos bancarios y otras formas de propiedad" (2).

La creación de este instituto dió origen a una encendida polémica pública y parlamentaria, pues como generalmente ocurre frente a toda innovación, unos temían graves peligros y otros creían ver en él una fórmula milagrosa que sembraría la prosperidad por todo el país y pondría fin para siempre a los males que periódicamente se advierten en el proceso de las finanzas. La Corte Federal y de Casación recibió una demanda de nulidad que, fundamentada en la supuesta inconstitucionalidad de la Ley de Banco Central, fue introducida por quienes se creyeron afectados. El país presenció uno de los más sensacionales procesos y al mismo tiempo uno de los más lucidos debates jurídicos de que haya sido escenario aquel supremo tribunal, y finalmente se impuso la razón y los temores se disiparon. Años más tarde, el Dr. Uslar Pietri, uno de los más tenaces defensores de aquel instituto, reconocía con satisfacción:

"El Banco Central de Venezuela cuenta ya más de tres años de existencia, y aún cuando la coyuntura de expansión en que le ha tocado iniciarse no ha permitido que los otros bancos puedan comprobar en la necesidad la importancia decisiva de los servicios que está llamado a prestar, es indudable que ya nadie lo considera con recelo y que ha dejado de ser el fantasma aterrador que sus enemigos anunciaban, tanto como la varita mágica creadora de riquezas que algunos ingenuos propugnadores creían hallar en él, para convertirse en una institución sólida y necesaria que corona con dignidad y firmeza el edificio de nuestro crédito" (3).

(2) Constantine E. McGuire: Informe sobre un proyecto de ley del Banco Central de Venezuela. *Revista de Hacienda,* julio-septiembre, 1937. p. 146.

(3) A. Uslar Pietri: *Sumario de Economía Venezolana.* Caracas, 1944. p. 151.

Simultáneamente con el Banco Central fue creado el Consejo Bancario Nacional, organismo puramente de carácter consultivo integrado por el Superintendente de Bancos y por un representante de cada uno de los Bancos que funcionaban en el país, y cuyas funciones pueden sintetizarse así: estudiar las condiciones bancarias y económicas del país y hacer recomendaciones a los bancos, a la Superintendencia y al gobierno nacional; elegir un director y su correspondiente suplente para que represente a dicho cuerpo en el directorio del Banco Central; responder a las consultas que le formulen el Banco Central y la Superintendencia; estudiar la práctica bancaria y procurar su coordinación.

## LA HACIENDA PUBLICA

EN EL CAMPO de la Hacienda Pública es acaso donde más claramente se manifiesta la evolución económica y las alternativas de ese proceso en Venezuela, nación ésta que inicia su vida republicana dentro de un marco de extrema penuria cualesquiera que sean los factores que se consideren.

Los gastos de la nación en 1830 apenas alcanzaron a Bs. 5.102.000. Es lo que pudiéramos considerar su primer Presupuesto de Gastos, aunque es un tanto temerario darle esa calificación, pues no respondieron a un cálculo previo ni mucho menos, ni el Estado ejercía un perfecto control sobre sus erogaciones, ya que los comandantes de armas, erigidos en dueños de extensas zonas del país, disponían a su arbitrio de los recursos nacionales. Sin embargo, no hay más remedio que ceñirse a estas cifras tan penosamente compiladas por Ramón Veloz en una extensa investigación estadística que cubre hasta la tercera década de nuestro siglo. De acuerdo con esas cifras, los ingresos habrían sido de Bs. 5.752.000 y la República soberana de Venezuela habría nacido bajo el signo de un superavit fiscal que tanto halaga a los espíritus sencillos, para quienes la ciencia de la administración pública se reduce a cobrar mucho y a gastar poco. Sin embargo, en esa contabilidad no estaban computadas las deudas públicas, ni las acreencias contraídas por concepto de pensiones militares, sueldos y otros gastos no pagados. Admitiendo, pues, esas cuentas, tendríamos que los ingresos *per cápita* fueron de 8,2 y los egresos de 7,3.

En ese año de 1830, tuvo Venezuela su primera Ley de Importación, que habría de constituir la más copiosa fuente de ingresos. La renta proveniente del estanco del tabaco continuaba a la cabeza, y aunque tanto clamaba Caracas por su abolición durante el gobierno español, el de la república no se atrevía a eliminarlo porque no encontraba otro medio para recaudar los fondos necesarios para el sostenimiento del Estado, y al Congreso de 1832 hubo de recomendársele que lo sostuviera por cinco años más. En 1831 la situación de ingresos y egresos no experimentó mejoría, y aunque la estadística nos habla de que los primeros se mantuvieron sobre los segundos fue sólo a costa de gastos no pagados más los empréstitos, todo lo cual pasaba

ya de siete millones, o sea una cantidad mayor que todas las recaudaciones de la Tesorería.

Buscando nuevos ingresos, la república creó un impuesto sobre la exportación y en 1833 eliminó el estanco del tabaco, pero instituyó el impuesto sobre la licencia para la venta de este artículo. Aparece el impuesto nacional sobre la caña. Se piden donativos voluntarios, y se contrata en 1840 un empréstito de un millón pero al mismo tiempo se amortizan casi tres millones. Hasta este año, con el que cierra la primera década de Venezuela como nación independiente después de separarse de Colombia, la situación del Tesoro no había logrado superar, sino apenas aliviar, la estrechez de los primeros tiempos. Todavía en 1837 los gastos se mantenían sobre los cinco millones de bolívares, aunque en los siguientes años comienza a producirse una mejoría y se presentan síntomas de que la economía venezolana va a tomar un nuevo y definitivo rumbo.

Al terminar la primera década, los gastos están situados en Bs. 9.668.000, en tanto que los ingresos aparecen en su mayor altura hasta entonces: Bs. 11.298.000, superávit obtenido a costa de dejar de pagar obligaciones, para cargarlas al año siguiente. Según estos cómputos, el ingreso *per cápita* subió de 8,2 a 16,1; y los egresos, de 7,3 a 13,8. Durante este período se observa que se va agravando la debilidad de la renta interna frente a la que proviene de las recaudaciones aduaneras. La primera apenas si representa un 13% frente a éstas, y, por otra parte, las importaciones van creciendo considerablemente y dejan atrás a las exportaciones, tanto en ese año como en el siguiente, en que las superan en más de seis millones, en tiempos en que el comercio exterior era incipiente e irregular y oscilaba generalmente entre los veinte y los treinta millones.

Esta dependencia de la hacienda pública, sujeta como está al comercio exterior, o más propiamente a las importaciones, va a tener repercusiones sensibles en la segunda década cuando el Erario afrontó una larga y agónica crisis que no llega a ser superada sino después de la Guerra Federal. Desciende el precio del café y para compensar las pérdidas se vuelven las miradas a la ganadería cuyo limitado mercado ofrece escaso campo para la expansión. Se trata de estimular su exportación en pie y como tasajo, al tiempo que se grava su consumo interno; se buscaba con esta política impositiva, que llega hasta la exoneración de derechos a los buques encargados de la exportación de ganados, carnes y cueros, dar salida a las existencias del país que evidentemente no presentaban excedentes, puesto que si se tendía a reprimir el consumo interno era sólo para que se produjera un sobrante exportable. Pero los resultados fueron pobres y las importaciones llegaron a tan bajo nivel que en 1848 eran apenas de 13 millones, o sea tan bajas como en los tres primeros años de vida soberana de Venezuela. Las exportaciones no suben

tampoco a niveles más altos que los años anteriores, y como consecuencia de este deterioro fiscal los ingresos comienzan a rezagarse más y más. En el año fiscal de 1842-1843 el déficit denunciado por la Tesorería es de casi cuatro millones, equivalente al 40% de los ingresos, aproximadamente, lo que da la medida de la inmensa herida que en la economía nacional y su Hacienda representaba ese déficit que hoy nos parece una cantidad despreciable.

La nación acude nuevamente a los empréstitos, se agotan todos los recursos para equilibrar el presupuesto; pero al llegar al año 50 ese equilibrio no se ha logrado y nuevas agitaciones vienen a hacer más grave la situación política y económica de Venezuela. Los ingresos y egresos per cápita se mantienen en el mismo nivel de diez años atrás: 16,2 y 13,7, respectivamente.

Al entrar en la segunda mitad del siglo una pequeñísima lumbre aparece sobre el fondo oscuro de aquel panorama tan poco prometedor de nuestra Venezuela de cien años atrás. El descubrimiento de las minas de oro del Yuruari pasó casi inadvertido y en realidad no habría razones para concederle demasiada importancia de no haber ocurrido la transformación minera que se ha producido en fechas recientes y que ha revolucionado la estructura del país en sus más diversos aspectos. Ese descubrimiento tiene un valor no sólo como lejano antecedente, o anuncio del paso agrícola al estado de nación minera, sino también un valor histórico. El sueño del oro de los antiguos conquistadores, abandonado después de agotadores esfuerzos, vanos al fin, para arrancarle a la tierra sus grandes tesoros prometidos por la leyenda y por la visión mitómana del siglo dieciseis, se convierte en realidad sólo cuando ya la república se ha afirmado y cuando el recuerdo de la colonia se ha desvanecido entre las guerras, las revueltas y las dificultades de todo orden que entorpecen la marcha del país. Descubierto el oro del Yuruari, el Gobierno Nacional, hambriento de ingresos, al instante dicta un decreto para reglamentar los trabajos y pecha el metal con un quinto, que no es otra cosa sino el retorno al antiguo sistema de la Hacienda española de los primeros tiempos: es el *quinto real* aplicado sobre los rescates de oro durante el tiempo de los Welseres y más tarde reducido a una *veintena*.

En los dos años siguientes se aprecia una notable mejoría en la posición hacendística venezolana, que hace concebir esperanzas de una sólida recuperación, pero dos revoluciones consecutivas contra los Monagas disiparon muy pronto estos sueños, y en dos años se acumuló un déficit de más de once millones, lo que era realmente catastrófico. El propio Ministro de Hacienda declara ante el Congreso que la situación del Tesoro es caótica, y lo peor estaba en que no se le veía salida, pues las posibilidades de un aumento considerable de los ingresos eran escasas y remotas, en cambio los gastos subían con una facilidad aterradora: en el solo año económico de 1855-1856, el

déficit fue de más de once millones y medio, o sea, superior al déficit de los dos años inmediatamente anteriores juntos. En sólo tres años el déficit acumulado era de más de 22 millones y medio, una cantidad superior a todos los ingresos anuales, lo que da la medida de la gravedad de la situación y las enormes dificultades que impedían su saneamiento. Se vino a agregar la crisis que tuvo su origen en el pánico financiero ocurrido en los Estados Unidos que alcanzó a todo el mundo y abatió los precios de nuestros principales productos de exportación, y como si estos males fuesen pocos, la situación política interna se hizo más grave y tensa con la revolución que dió por tierra con el gobierno de los Monagas. A esta convulsión le siguieron otras, cada vez más sangrientas y destructoras, que habrían de sucederse hasta el fin de la Guerra Federal.

En el año económico de 1859-1860, los ingresos descendieron a Bs. 14.089.000 y los gastos a Bs. 10.653.000, y representaban, per cápita, los primeros, 7,8 y los segundos apenas 5,9 o sea menos que en el primer año de vida como nación independiente después de la disolución de la Gran Colombia. Sin embargo, el promedio para la década es mayor y se eleva a Bs. 17.039.000 de ingresos (Bs. 9,9 *per cápita*), y los gastos a Bs. 18.978.000 (Bs. 10,6 *per cápita*). Como quiera que se les considere, el resultado es siempre negativo.

En 1861 la situación ha llegado a los límites del caos. El gobierno central no gobierna. El país está dividido. Las revueltas quitan y ponen gobiernos, pero ninguno tiene poder suficiente para sostenerse. En ese solo año el déficit llega a más de ocho millones y no hay posibilidad alguna de obtener créditos exteriores bajo aquellas circunstancias. La guerra a muerte barre con el país y la ruina se extiende por todo él. Las rentas de la nación han sido hipotecadas y no existe nada a lo que pudiera llamarse administración pública ni en materia de Hacienda ni en ningún otro ramo. Tal fue el estado en que el Mariscal Falcón recibió el gobierno al firmarse el Tratado de Coche, que puso fin a la prolongada Guerra Federal. A partir de este momento se aprecian síntomas de mejoría y una serie de reformas van a modificar la estructura del Estado. Se crea el Ministerio de Crédito Público y (año de 1865) el Ministerio de Fomento, cuyas funciones estaban adscritas antes al de Hacienda. Se contratan empréstitos exteriores y un aumento sustancial de los derechos de importación estimula los ingresos, pero, como contrapartida, los gastos militares seguían absorbiendo la mayor parte de las rentas y no había posibilidad de que aquéllos declinasen, y la amortización de los papeles del Estado a su vez comprometía otra parte considerable. En definitiva, si hasta 1870 no puede señalarse un empeoramiento de la Hacienda, tampoco había razones para que los hombres que la dirigían se

sintieran entusiasmados y esperanzados. Los índices económicos se conservan más o menos en el mismo nivel.

En 1870 llega al poder el General Guzmán Blanco y con él se inicia una etapa fundamental en la economía del país. Surgen institutos de crédito, se reforma el sistema monetario y Venezuela erige finalmente su propia unidad. La Hacienda Pública inicia el camino hacia su consolidación.

Pero el acontecimiento más importante no radica tanto en esas reformas, como en la política de grandes obras públicas que se realiza durante el gobierno autocrático de Guzmán. No se trata sólo de obras de ornato como el Capitolio y el Teatro Municipal o los templos de Santa Teresa y Santa Ana, o las calles, parques y puentes, sino obras de incuestionable utilidad como son las cloacas y los acueductos de Caracas y de otras ciudades importantes. Al lado de ellas están las obras de gran proyección económica. Se inicia el período de febril trabajo para comunicar al país mediante vías carreteras; las líneas férreas comienzan a surcar el territorio nacional. El penacho de humo del ferrocarril es el mensajero del progreso, y la nación vibra de orgullo ante los avances de la técnica. La palabra "civilización" adquiere un singular significado que corre pareja con los esfuerzos para elevar la cultura media y superior del país. La ley de instrucción pública y obligatoria tiene repercusiones profundas que inciden sobre el desarrollo económico, así como el apoyo prestado a la enseñanza superior. Surgen numerosos proyectos para el establecimiento de transporte por medio de cables aéreos: aparecen los teléfonos y el telégrafo extiende sus servicios; los barcos de vapor surcan los ríos y los lagos. Es el momento culminante de las artes mecánicas en el pasado siglo venezolano. Durante todo el período conocido en la historia con el nombre de "el septenio", el más alto ingreso recibido por la Tesorería guzmancista fue de 32 millones, y el promedio es de 23 millones. Sin embargo, a pesar de no haber dispuesto de recursos notoriamente superiores a los recaudados por los gobiernos anteriores, ni a los que habrían de sucederle, incluso los que encabezó el mismo Guzmán, el septenio es en el siglo XIX, el período de más brillantes realizaciones.

En adelante la Hacienda venezolana va adquiriendo perfiles más definidos y va haciéndose más sólida, más sana, a pesar de caídas eventuales a causa de las crisis que conmovieron al país como consecuencia directa de las alternativas en el mercado cafetero mundial, aunque esas alternativas estaban compensadas parcialmente por la exportación de minerales que, hacia el novecientos, comienza a adquirir mayor volumen. A partir del año económico de 1887-1888, los ingresos alcanzan un nivel superior a los cuarenta millones y tres años más tarde se remontan al punto más alto en todo el pasado siglo: 53 millones; por su parte los gastos alcanzan su cenit en

1895-96, con 65 millones, aunque consumidos la mayor parte por el Crédito Público.

Así llegamos al siglo XX. En la última década habían entrado al Tesoro 380 millones, una cantidad abrumadoramente superior a la de cualquier otro período similar, y aún a la suma de varios de ellos. Ha entrado Castro al poder y con él se inicia una larga serie de acontecimientos que afectan la vida interna del país y sus relaciones internacionales. Los conflictos con las potencias europeas conducen al bloqueo de nuestras costas, y la soberanía estuvo en inminente peligro. En diciembre de 1902 las naves de las flotas inglesa y alemana dan ante el mundo el vergonzozo espectáculo de dos grandes potencias confabuladas contra un pequeño país indefenso, que no pudo contar siquiera con la solidaridad de sus vecinos, aunque la opinión americana y la europea se levantaron contra este crimen. El Tribunal de la Haya, descarga sobre Venezuela todo el peso de las reclamaciones que, aunque reducidas de casi doscientos millones a sólo un poco más de veinte millones, constituyeron un pesado fardo, ya que gravaron el 30% de la renta aduanera.

Estos sucesos lesionaron sensiblemente nuestro comercio exterior, que descendió en un cincuenta por ciento, y los ingresos, de 44 millones dos años atrás, quedaron reducidos a 25 millones. Sin embargo, la economía venezolana se recuperó con gran prontitud y adquirió un ritmo expansivo, que es su característica fundamental desde la última década del siglo pasado. El año siguiente las Rentas suben al tope, con 56 millones, aunque la mayoría la consumen los intereses, las reclamaciones y los gastos de guerra. En 1905 el Congreso Constituyente creó la Renta de Licores y Tabacos, y la viciosa práctica fiscal de conceder en arrendamiento las Rentas, que fuera tan criticado durante el tiempo de la colonia, vuelve a implantarse en el siglo XX, y su concesión produce al Fisco cuatro millones anuales, lo que constituyó sin duda una poderosa inyección a la Hacienda Pública venezolana.

Nuevos conflictos internacionales le acarreó al país la política nacionalista de Castro y la voracidad e intransigencia de las potencias colonialistas, celosas de sus inversiones, que habían sido confiscadas. Esta política del gobernante andino ha sido juzgada de muy diversas maneras, aunque generalmente predomina la burla y el juicio ligero. La mayoría arroja sobre el pequeño General toda la culpa, tanto del bloqueo de las potencias europeas como del conflicto con los Estados Unidos por la cuestión de las minas de asfalto; pero tal vez su única responsabilidad estuvo en su falta de prudencia ante la fuerza, ya que la causa venezolana era justa y la actitud de aquellas naciones no encuentra justificación ni debe tener ninguna por parte de los venezolanos, cualquiera que sea la opinión que se tenga de Castro. Fue este gobernante demasiado blando en cuanto al otorgamiento de concesiones mine-

ras a las empresas extranjeras, tentado por la codicia de las grandes riquezas del subsuelo que ya se anunciaban. Le correspondió vivir en el comienzo de la era de las vacas gordas. Dispuso de los más sólidos presupuestos hasta entonces, pero también gravó la nación con deudas que hacia fines de la primera década del siglo subían a 210 millones. Durante esta década, que presencia la caída de Castro y el ascenso de Juan Vicente Gómez, ingresaron a la Tesorería 453.761.000 bolívares, que hicieron sentirse a Venezuela en la cima de la riqueza y del poderío económico hasta hacer exclamar al Ministro de Hacienda: "Se dice que somos inmensamente ricos, que nuestros recursos son inagotables, que nuestra Hacienda es abundantísima y nuestro crédito muy sólido". Y por boca de ese funcionario el gobierno expresaba en 1910 el credo fiscal de la política gomecista: "El equilibrio en el Presupuesto es el signo de toda Hacienda Pública bien organizada, pues si aquél falta, más o menos apresuradamente se marcha hacia la ruina", aunque reconocía que a veces no hacer una erogación "en su oportunidad" representaba una pérdida efectiva.

Se había iniciado ya la orgía de las concesiones. Bajo la influencia de Castro el Congreso dicta en 1904 una nueva ley de minas en la cual por primera vez aparece especialmente regulada la explotación de los hidrocarburos y en ella se consagra el principio de que el Presidente disponía de poder suficiente para otorgar y administrar esas concesiones sin necesidad de la aprobación del Congreso. Grava la exportación de petróleo con cuatro bolívares por tonelada y fija un royalty mínimo de 25%. Dos años más tarde crea el llamado *impuesto superficial* de dos bolívares por hectárea. Y aunque a la luz de la actual legislación sobre los hidrocarburos nos parecen irrisorios esos gravámenes, teníanse entonces por una suculenta rebanada del postre no sacado todavía de los hornos de nuestro subsuelo, y Gómez habría de moderarlos sustancialmente para hacerse grato a los inversionistas y aumentar sus ingresos.

La marea de la abundancia comienza a subir y las riquezas se vuelcan en las arcas nacionales como un río de caudal creciente. El destino ha cambiado la tradicional pobreza del país por una era afortunada que parace obra de prodigio cuya paternidad se abroga al Dictador. Ese río se presentaba ya incontenible, cuando la Primera Guerra Mundial detiene el ascenso de las Finanzas Públicas y les impone una espera de largos años, cuyo término es aguardado con impaciencia; pero durante esa espera se ha incubado el estallido, pues así ocurrió, como una explosión, del *boom* petrolero: en 1920 los ingresos dan un vertiginoso salto desde 57 millones a 101 millones. Es una cifra que escapaba a los medios ordinarios de cálculo de nuestra administración, que se resistía a dar crédito a tan fabulosa matemática. 678 millones ingresaron a la Tesorería en el curso de la segunda década, en cuyos

comienzos se produjo una de las reformas hacendísticas más importantes de nuestra historia fiscal, como fue la centralización de todas las rentas y de los gastos nacionales. El Ministro Cárdenas exponía en 1913 que en ninguno de los países modernos se empleaba ya el sistema de contratos de arrendamientos de la renta, sistema "relegado a los países donde por causa del atraso de la evolución administrativa no existen medios e instrumentos legales eficaces para recaudar las contribuciones públicas por administración directa". Bajo estos principios, establece una rígida unidad del presupuesto por la cual toda renta debe ingresar en el torrente general y a su vez todo gasto debe salir de él. Quedan así suprimidas las cajas y los presupuestos especiales en toda la nación.

En 1921 se inicia el "boom petrolero". Sin embargo, por extraña circunstancia se inicia también una de las más graves crisis del mercado cafetero. Los precios bajan tan precipitadamente, que puede calificarse de un verdadero derrumbamiento de casi un 50%, y el valor de nuestras exportaciones del fruto que hasta entonces había sido la columna central de nuestro comercio exterior y de nuestra economía, queda reducido a 45 millones cuando el año anterior había sido de 101 millones. Esta crisis, aunque se atempera, habrá de prolongarse tres años. Pero la corriente petrolera adquiere las características de un desbordamiento que crece de año en año: 11 millones, 15 millones, 25 millones de bolívares, es el valor de sus exportaciones en los años de 1921, 22 y 23, y desde esta plataforma que ya se miraba como una altura prodigiosa, salta en 1924 a 65 millones; en 1925 pasa de 137 millones de bolívares. La producción se dobla de año en año y en tan breve período se produce una transformación total en la estructura económica del país. Durante más de un siglo el café había sido el eje de nuestro comercio y cuatro años bastaron para que un nuevo producto irrumpiendo en nuestro escenario, lo dejase atrás en extraña competencia que recuerda la desigualdad de la carrera entre la liebre y el morrocoy de la conocida fábula.

Así fue como el gobierno, que en otra época se había visto enfrentado a una grave situación de la que difícilmente se habría recuperado, pues tras cada crisis cafetera los gobiernos sentíanse estremecidos en sus bases y derrumbábanse a menudo, pudo no sólo mantenerse en el poder sino afirmarse en él y convertirse en la más larga, dura y monolítica dictadura de las tantas que ha sufrido el país. Los ingresos comenzaron de nuevo a subir y al gobierno ya no le importó la suerte del café, aunque éste, para colmar los bienes que la fortuna parecía haberle deparado al gobierno venezolano, que no a Venezuela, sumida entonces en el dolor y en la explotación, se recupera con creces y alcanza pronto sus más altos niveles.

Y otra extraña circunstancia se produce, una de esas paradojas de las muchas en que es rica la historia económica venezolana: Venezuela, que

había sido un país tradicionalmente exportador, se convierte, casi desde el comienzo mismo de la era petrolera, en un país importador que salió a comprar en el extranjero no ya las extravagancias de mal gusto del nuevo rico, sino aún aquellos productos que desde tiempo remoto le había proporcionado nuestro suelo y el esfuerzo de nuestros hombres.

Al terminar el año económico de 1929-30, habían ingresado en la Tesorería 1.480 millones contra solo 678 millones en la segunda década, o sea un aumento del 114 por ciento. En otros términos: las rentas se han doblado. Pero también los gastos públicos iban creciendo junto con los despilfarros de la administración. Estos gastos, más la voracidad de los administradores, han venido devorando los ingresos de la nación con un afán insaciable cuyo apetito crece cuanto más engulle.

En 1931 el ascenso es detenido por la gran crisis que estaba conmoviendo al mundo; pero los ingresos se conservan en un nivel elevado que mantiene bien nutrido el poder de la dictadura, sostenida internacionalmente en razón del papel que desempeña el petróleo dentro de la política competitiva de las grandes potencias. Cuando muere Gómez ya la crisis había sido superada y nuestros ingresos comenzaban de nuevo a crecer en forma arrolladora. Al despuntar el año de 1940 están situados en 353 millones y en los 10 últimos años la Tesorería había recaudado 2.430 millones de bolívares, o sea casi cuatro veces los ingresos de la segunda década. Sin embargo, esta cantidad habría de parecer una nadería comparada con la de los siguientes diez años.

Ha sido creado el Impuesto sobre la Renta. El Estado venezolano aumenta los gravámenes sobre el petróleo a fin de obtener mayor provecho de la explotación del subsuelo. Los ingresos suben, no como la espuma, pues no basta ya el viejo y socorrido símil, sino como un gas ligero. Todas las alturas conquistadas anteriormente parecen ridículas, y de 345 millones en 1941, comienza después de terminar la segunda guerra mundial un ascenso vertical que eleva nuestros ingresos a 1.896 millones. En los diez años comprendidos entre 1941 y 1950, recaudó la Tesorería 12.429 millones, o sea un aumento del 500 por ciento, sobre la década anterior. Y así llegamos a los años que cierran la última década, durante la cual la espiral siguió girando aceleradamente hasta el año 1957; después se detiene e inicia un retroceso lento. En ese año los ingresos ascendieron a 5.396 millones de bolívares, *o sea una suma mayor a la de todos los ingresos obtenidos por Venezuela desde 1830 hasta 1935,* que sumados alcanzan aproximadamente a 5.221 millones. En el curso de la última década, que cierra los primeros ciento cincuenta años de vida independiente, la Tesorería recibió alrededor de 36.000 millones, contra 77 millones en nuestra primera década de 1831-40.

En el pugilato de ingresos y de gastos públicos, éstos han cobrado una ventaja impresionante, pues a los egresos registrados en 1957, que alcanzaron

a 4.360 millones, habría que agregar la enorme deuda pública acumulada en cortos años, por 4.578 millones de bolívares, que han pesado gravemente sobre las disponibilidades de la nación. En realidad, pasaron de seis mil millones los gastos de ese año, como pasaron también de esa cifra los pagos efectuados en 1958, situado en Bs. 6.232 millones, o sea una cantidad muy próxima a la de todos los ingresos desde 1830 hasta 1935, por lo que con justedad podemos afirmar que el llegar a la meta del sesquicentenario de nuestra independencia, los gastos le ganaron la partida a los ingresos con sobra de ventaja.

HACIENDA PUBLICA

| Años | Ingresos (en miles de bolívares) | Egresos |
|---|---|---|
| 1830-31 | 5.752 | 5.102 |
| 31-32 | 6.127 | 5.695 |
| 32-33 | 6.999 | 5.635 |
| 33-34 | 7.462 | 6.194 |
| 34-35 | 7.206 | 5.797 |
| 35-36 | 6.590 | 5.998 |
| 36-37 | 8.573 | 8.171 |
| 37-38 | 7.949 | 7.330 |
| 38-39 | 9.337 | 7.234 |
| 39-40 | 11.298 | 9.668 |
| 40-41 | 12.641 | 7.200 |
| 41-42 | 9.680 | 7.718 |
| 42-43 | 10.579 | 14.474 |
| 43-44 | 10.722 | 9.405 |
| 44-45 | 10.751 | 14.962 |
| 45-46 | 12.325 | 11.750 |
| 46 47 | 12.746 | 18.313 |
| 47-48 | 11.016 | 12.286 |
| 48-49 | 13.915 | 14.160 |
| 49-50 | 18.170 | 17.053 |
| 50-51 | 20.583 | 17.478 |
| 51-52 | 20.586 | 18.710 |
| 52-53 | 13.938 | 14.231 |
| 53-54 | 17.738 | 23.589 |
| 54-55 | 17.828 | 23.105 |
| 55-56 | 20.415 | 31.930 |

| Años | Ingresos | Egresos | |
|---|---|---|---|
| | (en miles de bolívares) | | |
| 1856-57 | 19.429 | 25.070 | |
| 57-58 | 24.248 | 22.624 | |
| 58-59 | 22.114 | 19.575 | |
| 59-60 | 14.089 | 10.653 | |
| 60-61 | 21.142 | 29.232 | |
| 61-62 | 20.468 | 33.624 | |
| 62-63 | 24.406 | 24.396 | |
| 63-64 | 8.753 | 11.262 | (1er. semestre) |
| 64-65 | 31.726 | 23.753 | |
| 65-66 | 29.872 | 25.337 | |
| 66-67 | 21.947 | 20.669 | |
| 67-68 | 14.445 | 14.602 | |
| 68-69 | 19.337 | 19.901 | |
| 69-70 | 22.232 | 21.640 | |
| 70-71 | 18.840 | 20.135 | |
| 71-72 | 14.482 | | |
| 72-73 | 23.676 | 15.410 | |
| 73-74 | 26.885 | 17.104 | |
| 74-75 | 24.649 | 25.152 | |
| 75-76 | 32.636 | 22.242 | |
| 76-77 | 26.256 | 24.408 | |
| 77-78 | 23.833 | 21.477 | |
| 78-79 | 33.457 | | —estimado— |
| 79-80 | 28.912 | 23.502 | |
| 80-81 | 29.766 | 22.566 | |
| 81-82 | 28.974 | 30.003 | |
| 82-83 | 28.987 | 25.021 | |
| 83-84 | 34.225 | 36.000 | |
| 84-85 | 32.939 | 34.505 | |
| 85-86 | 27.341 | 30.985 | |
| 86-87 | 33.686 | 28.684 | |
| 87-88 | 40.724 | 42.254 | |
| 88-89 | 40.395 | 37.423 | |
| 89-90 | 45.031 | 45.630 | |
| 90-91 | 53.719 | 49.122 | |
| 91-92 | 43.937 | 44.732 | |
| 92-93 | 36.724 | 33.374 | |

| Años | Ingresos (en miles de bolívares) | Egresos |
|---|---|---|
| 1893-94 | 51.421 | 51.919 |
| 94-95 | 48.656 | 43.891 |
| 95-96 | 51.459 | 65.959 |
| 96-97 | 40.313 | 47.475 |
| 97-98 | 33.429 | 45.542 |
| 98-99 | 40.563 | 35.651 |
| 99-00 | 27.296 | 24.263 |
| 1900-01 | 44.945 | 37.984 |
| 01-02 | 31.650 | 32.421 |
| 02-03 | 25.738 | 23.536 |
| 03-04 | 56.526 | 38.369 |
| 04-05 | 46.877 | 51.456 |
| 05-06 | 49.334 | 50.345 |
| 06-07 | 49.929 | 61.146 |
| 07-08 | 50.803 | 49.375 |
| 08-09 | 50.410 | 47.668 |
| 09-10 | 48.552 | 52.337 |
| 10-11 | 69.862 | 61.640 |
| 11-12 | 82.793 | 64.069 |
| 12-13 | 65.462 | 62.384 |
| 13-14 | 60.370 | 64.873 |
| 14-15 | 50.598 | 44.830 |
| 15-16 | 65.674 | 57.930 |
| 16-17 | 72.126 | 58.043 |
| 17-18 | 53.253 | 52.948 |
| 18-19 | 57.102 | 58.161 |
| 19-20 | 101.134 | 68.065 |
| 20-21 | 81.560 | 102.655 |
| 21-22 | 70.926 | 80.836 |
| 22-23 | 87.691 | 72.014 |
| 23-24 | 102.249 | 86.744 |
| 24-25 | 120.165 | 115.489 |
| 25-26 | 172.098 | 163.118 |
| 26-27 | 182.148 | 178.796 |
| 27-28 | 186.752 | 155.709 |
| 28-29 | 230.415 | 244.757 |
| 29-30 | 255.444 | 263.771 |
| 30-31 | 210.258 | 260.900 |

| Años | Ingresos | Egresos |
|---|---|---|
| | (en miles de bolívares) | |
| 1931-32 | 185.095 | 166.372 |
| 32-33 | 171.889 | 161.899 |
| 33-34 | 171.829 | 153.924 |
| 34-35 | 202.980 | 178.917 |
| 35-36 | 189.125 | 233.186 |
| 36-37 | 274.002 | 285.316 |
| 37-38 | 330.136 | 313.068 |
| 38-39 | 341.225 | 361.391 |
| 39-40 | 352.548 | 382.490 |
| 40-41 | 345.683 | 347.311 |
| 41-42 | 325.287 | 320.122 |
| 42-43 | 306.315 | 306.555 |
| 43-44 | 446.326 | 363.309 |
| 44-45 | 614.109 | 487.739 |
| 45-46 | 713.704 | 754.707 |
| 46-47 | 1.099.520 | 1.065.292 |
| 47-48 | 1.562.050 | 1.437.840 |
| 48-49 | 1.963.271 | 1.945.991 |
| 49-50 | 1.896.330 | 1.928.110 |
| 50-51 | 2.125.688 | 2.156.261 |
| 51-52 | 2.297.007 | 2.376.257 |
| 52-53 | 2.370.633 | 2.377.437 |
| 53-54 | 2.657.710 | 2.430.361 |

## LA INDUSTRIA

VENEZUELA fue una de las naciones latinoamericanas que más tardíamente entraron en la era industrial. Resulta temerario hablar de industrias en Venezuela en relación con la primera década de este siglo. Apenas si existían hasta entonces algunas fábricas de cigarrillos negros en las que predominaba el proceso manual y a la máquina sólo correspondía una pequeña parte de la fabricación. Predominaba una artesanía pobre y de corto aliento. La electricidad comercial, introducida en 1895, permaneció estancada durante muchos años. La única planta cervecera establecida en Caracas parecía una de las más audaces inversiones industriales.

En la segunda década, después de iniciarse la producción petrolera, aparecen algunas pequeñas industrias; ya en La Vega se había establecido, desde 1907, una fábrica de cemento; después surgieron otras fábricas de cerveza y de textiles y se modernizaron un poco las de cigarrillos. Sin embargo, no es sino después de 1936 cuando comienza un lento desarrollo que se interrumpe con la Segunda Guerra Mundial; se reinicia al final de ésta y, aunque continúa sin interrupción hasta nuestros días, no ha alcanzado todavía el ritmo acelerado que habrá de colocar a Venezuela en el sendero de las naciones industrializadas. Sin embargo, si se comparan los resultados obtenidos entre aquella fecha y el más reciente año, puede apreciarse que el camino recorrido ha sido largo y penoso, y los frutos no son desdeñables, aunque es indudable que los grandes recursos dispensados por el petróleo, han debido proporcionarle un más rápido avance y el panorama de la producción nacional debiera ser mucho más alentador.

Según el censo industrial de 1936, en las tres más importantes regiones industriales del país el valor de los equipos técnicos era de solo Bs. 110 millones: los del Distrito Federal apenas alcanzaban a un valor de 77 millones de bolívares; los del Estado Zulia, escasamente totalizaban unos 18 millones, mientras que los del Estado Carabobo, sumaban sólo 15 millones. En esos cómputos estaban incluídos los equipos de pequeños talleres artesanales. La mano de obra empleada en Caracas, era de unos 12.000 trabajadores, y en el Zulia, fuera de la industria petrolera, la población obrera apenas alcanzaba

a unos 4.000 trabajadores. Estas cifras demuestran cuán desolado parecía el panorama industrial del país, su atraso y el tremendo esfuerzo que se requería para situarlo en posición más respetable frente a otras naciones latinoamericanas que iniciaron su desarrollo con impulso firme desde el pasado siglo.

Toda la producción en siete jurisdicciones del país (Distrito Federal, y los Estados Zulia, Carabobo, Aragua, Anzoátegui, Cojedes, Nueva Esparta, Portuguesa, Táchira y Yaracuy), alcanzó en 1936, como punto culminante, un total de 132 millones de bolívares, o sea, una producción per cápita de Bs. 83,3 anuales, tomada en consideración sólo la población de esas regiones. En 1960, el valor final de la producción industrial alcanzó a Bs. 7.326 millones, o sea Bs. 1.046,7 *per cápita anual.* La diferencia es considerable, pero ha transcurrido mucho tiempo; el crecimiento industrial en el curso de esos 24 años es de Bs. 40,1 anuales, *per cápita,* que no es mucho, si se atiende a los enormes recursos que ha recibido el país.

El desarrollo de la fuerza eléctrica puede muy bien servir como medida de nuestro crecimiento industrial. Habiéndose introducido a fines del siglo pasado, no fue sino en la primera década cuando comenzó a hacer progresos de alguna consideración, aunque con una lentitud que nos exhibía como uno de los países más atrasados del continente, pues, aún en el año de 1950, la producción de electricidad en Venezuela apenas era mayor a la de otras tres repúblicas sudamericanas: Bolivia, Ecuador y Paraguay. No obstante, podía considerarse que el país había dado un salto gigantesco, pues, en el año de 1941, esa producción era de 40,5 Kwh. *per cápita,* en tanto que en 1950 había alcanzado a 82 Kwh. *per cápita,* o sea, un aumento de más del ciento por ciento. A partir de esta última fecha, la producción de electricidad hizo notables adelantos, de manera que en 1955 alcanzó a 250,1 Kwh. *per cápita,* o sea, una cantidad tres veces mayor en el breve tiempo de cinco años. En el siguiente lustro los progresos continuaron siendo importantes, y, en 1960 la producción llegó a 424,5 Kwh. *per cápita,* o sea, una producción diez veces mayor a la de veinte años atrás.

La producción de cemento es otra de las actividades industriales que mejor pueden emplearse para demostrar el camino que el país ha recorrido en un plazo relativamente corto, aunque sólo a partir de fecha muy reciente fue cuando efectivamente inició su transformación industrial. En 1935 nuestra producción de cemento registra apenas la pequeña cantidad de 21.000 toneladas, y aunque comenzó a aumentar en los cinco años siguientes, no fue sino en 1940 cuando dio un primer salto importante, colocándose en 87.000 toneladas. Durante los años de la Segunda Guerra, se mantuvo entre 110.000 y 120.000 toneladas. Al concluir el conflicto, la industria de la construcción, que había permanecido presionada por la falta de materiales, sobre todo del hierro, entró en una etapa de expansión que parecía no habría de tener

término. En 1947 las fábricas nacionales de cemento lanzan al mercado 145.000 toneladas, y al año siguiente la producción pasa de 214.000 toneladas.

La demanda creciente del Gobierno para acometer las nuevas obras públicas, y una industria privada que comenzó a transformar rápidamente nuestras ciudades, impusieron la necesidad de otras plantas modernas para la producción de este material. El establecimiento de las nuevas y más capaces fábricas de Maracaibo, Lara y Pertigalete, produjeron un violento ascenso que llevó rápidamente la producción a más de 500.000 toneladas en 1950. Dos años más tarde llega casi a un millón de toneladas y en 1954 toda la producción nacional de cemento pasó de 1.213.000 toneladas, o sea un aumento aproximadamente de sesenta veces sobre el volumen obtenido en 1935. En 1959 alcanzó la cifra de 1.871.000 toneladas, aunque enseguida descendió para quedar situada en 1.487.000 toneladas.

La industria de la cerámica tiene más de una década, habiéndose iniciado en 1950 la producción de porcelana y materiales para piso; sin embargo, tuvo que afrontar una severa competencia particularmente de origen japonés, lo que contribuyó a hacer muy lento su progreso, hasta que acudió en su auxilio el Estado mediante una barrera arancelaria. Una moderna planta en Carabobo puso al país, finalmente, en condiciones de autoabastecerse; posteriormente la expansión de esta manufactura se ha visto frenada por el estancamiento de la industria de la construcción.

La industria de cigarrillos es una de las más antiguas establecidas en el país. Venezuela fue siempre una nación productora de tabaco; este producto gozó de una sólida reputación en los mercados internacionales, y, mientras el gusto de los consumidores permaneció fiel a la hoja negra, tenida entonces en mayor estimación, la nación tuvo en el tabaco uno de los artículos situados en la más alta escala de su comercio. Cuando el tabaco rubio conquistó el mercado nacional, la agricultura se vió obligada a realizar un cambio en su cultivo tradicional, y la industria comenzó a experimentar cambios profundos. Numerosas fábricas que funcionaban con pequeños capitales nacionales, tenían a su cargo la producción de cigarrillos en la que predominaban las tareas manuales, aunque ya antes de iniciarse la Segunda Guerra Mundial esa industria se estaba modernizando rápidamente.

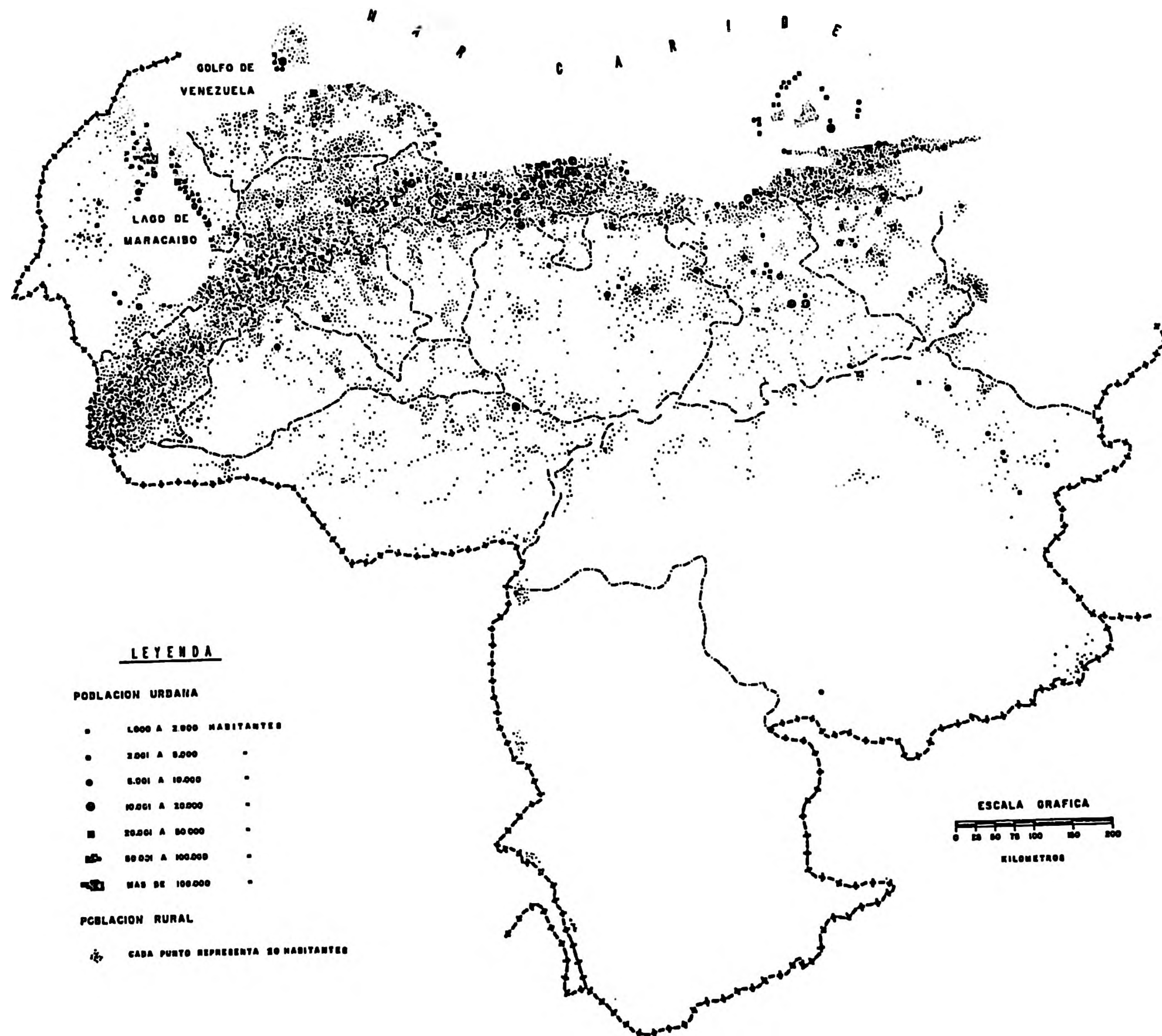
En 1938 la producción de cigarrillos negros era de 1.476 millones de unidades. Ese año la producción de rubios hace su irrupción en las estadísticas nacionales con 38 millones de unidades. En adelante emprenderá una carrera ascendente mientras la de aquéllos comienza a descender. Después del fin de la guerra el cambio se acelera y la producción de rubios se coloca en 660 millones. En 1950 la transformación de la industria se había operado y los términos han quedado totalmente invertidos: 668 millones de cigarrillos negros contra 1.265 millones de rubios.

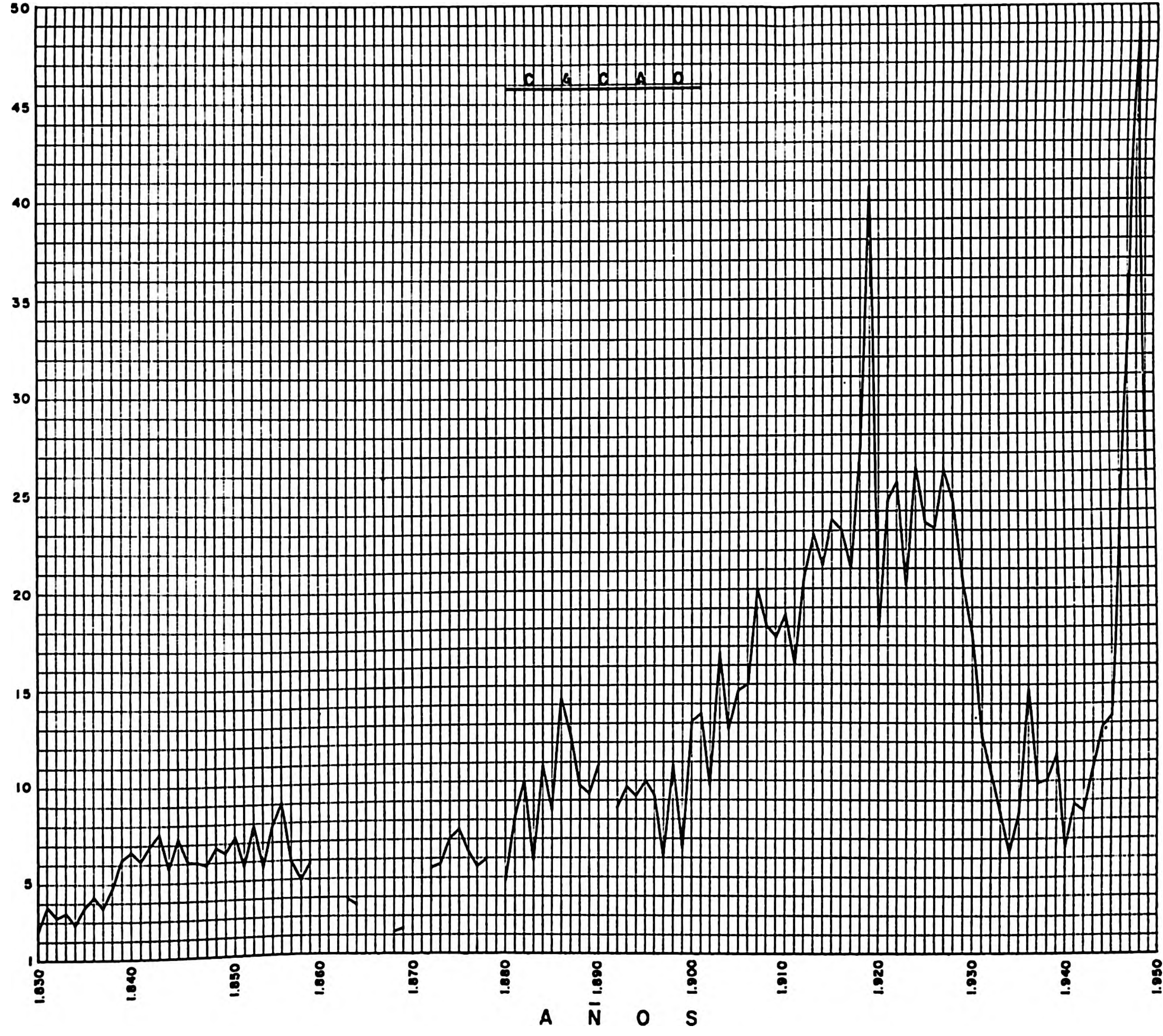
La producción crece con mayor rapidez en adelante, al amparo de una severa protección fiscal muy a menudo burlada por el contrabando. En 1958 la política proteccionista se hace aún más rígida y finalmente la importación queda suprimida. La influencia de estas medidas se hace sentir inmediatamente sobre la industria nacional, que, en 1959, registra una producción de 4.474 millones de unidades y, en 1960, llega a 6.839 millones. Al propio tiempo se opera un cambio en el campo de las inversiones. La industria pasa de las manos de los pequeños industriales nacionales a la de los grandes inversionistas extranjeros, representados por los más poderosos capitales internacionales que controlan la industria tabacalera. Para atender a la producción de cigarrillos rubios, Venezuela se vió obligada, por primera vez en su historia, a importar tabaco en hoja de los Estados Unidos y de Turquía.

Entre las industrias nuevas una de las más importantes es la del caucho. Inició su desarrollo durante los primeros años de la Segunda Guerra Mundial, en 1941, en momentos en que era crítica la falta de neumáticos para automóviles y camiones. La expansión de esta industria se hizo más pronunciada después de 1949. La primera empresa que se estableció en el país fue una subsidiaria de la *General Tire and Rubber Co.*, de Akron, Ohio; le siguió en 1945 otra empresa norteamericana subsidiaria de la *Goodyear*. En 1949 el gobierno venezolano sometió la importación de neumáticos y cámaras a unas cuotas complementarias de la producción nacional con el objeto de proteger el mercado de ésta contra la amenaza de una competencia internacional muy severa. Como consecuencia de esta política, la producción doméstica experimentó una violenta expansión que la llevó de 13.000 neumáticos en 1941 y 24.000 en 1949, a 126.000 unidades más 117.000 cámaras en 1951. Otras dos empresas, también norteamericanas, la *Firestone* y la *U. S. Rubber Co.*, montaron sus fábricas en las regiones industriales de Aragua y Carabobo, y la producción conjunta de estas plantas se elevó en 1959 a 754.000 neumáticos y 523.000 cámaras.

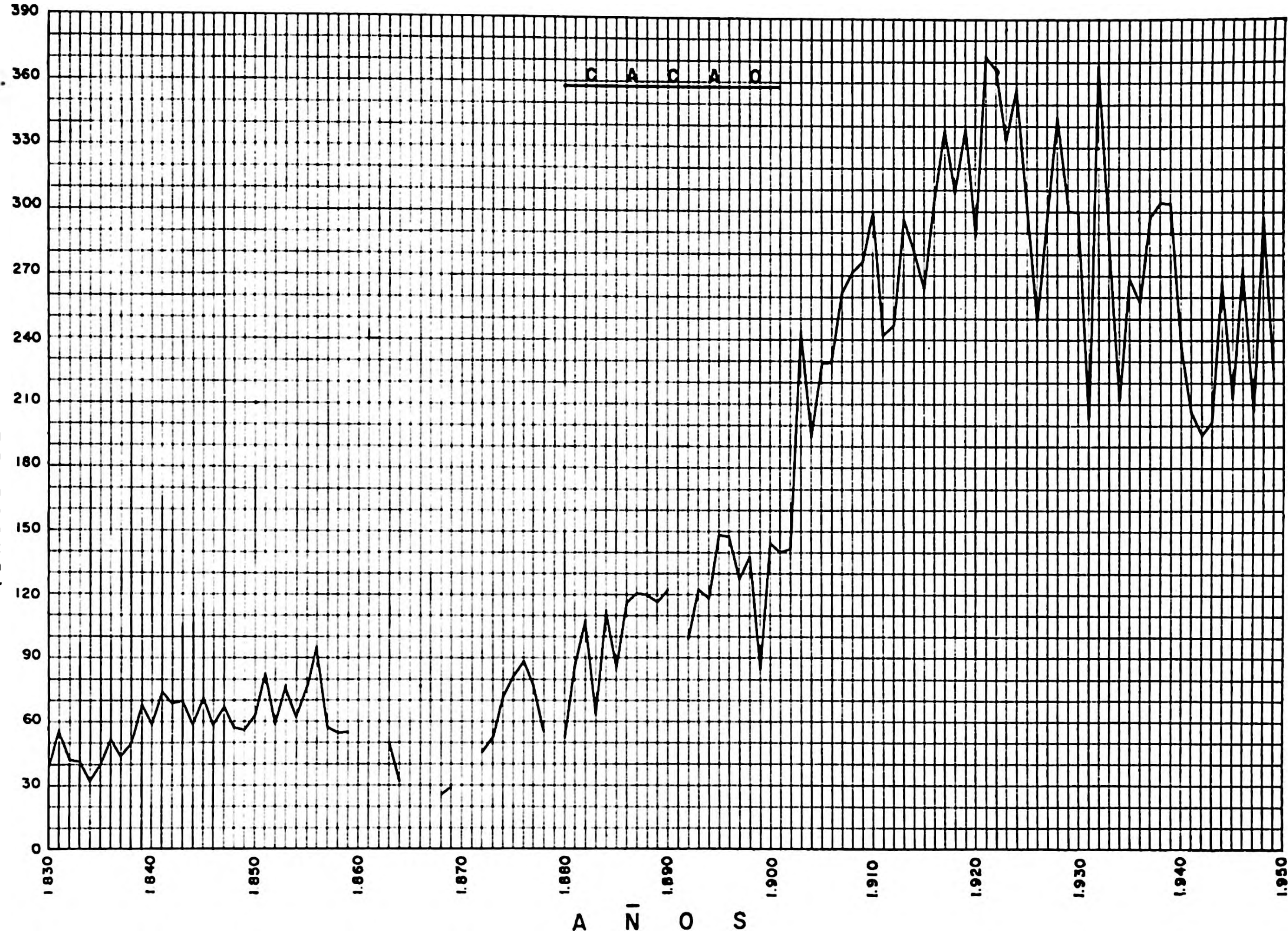
Además de neumáticos y cámaras para automóviles, estas fábricas manufacturan muchos otros productos de goma, principalmente zapatos. La mayor parte de la materia prima que emplean tienen que importarla, entre ellas el caucho, a pesar que es éste uno de los productos del país cuyo principal centro cauchero es el lejano Territorio Amazonas. Se importa además el caucho sintético, el carbón, la fibra y los productos químicos.

Entre la industria textil de hace veinte años y la que hoy funciona en Venezuela, existe una diferencia tan profunda que puede tomarse como una de las industrias nuevamente establecidas. Hasta 1940, existían cuatro fábricas, de ellas, la más antigua, la de E. L. Branger en Valencia, fue fundada en 1909. Sucesivamente se establecieron otras tres: en 1911, *Telares de Caracas y Valencia C. A.;* en 1920, *Telares de Palo Grande;* y, en 1927,

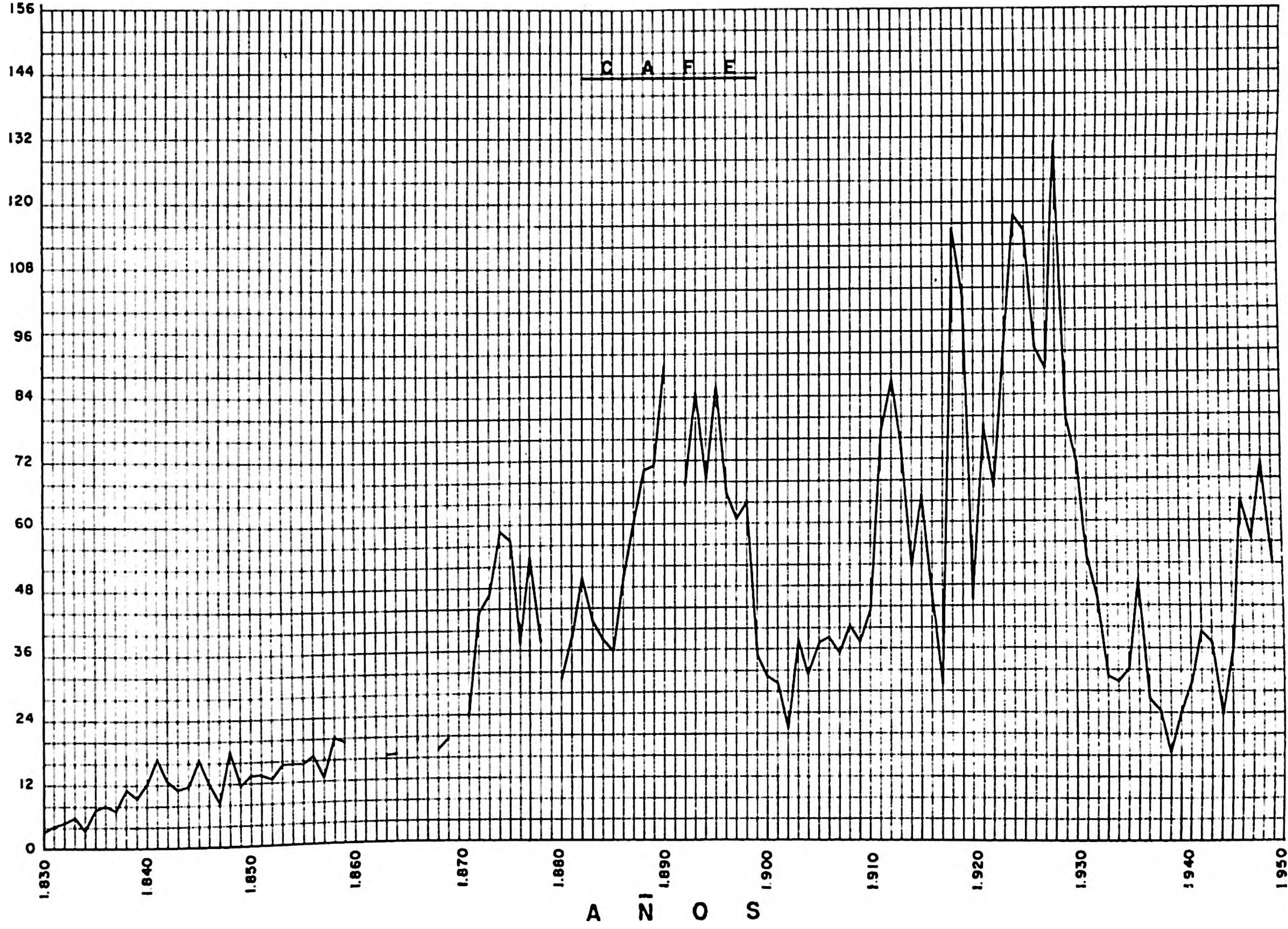

MAR CARIBE
GOLFO DE VENEZUELA
LAGO DE MARACAIBO
LEYENDA
POBLACION URBANA
1.000 A 2.000 HABITANTES
2.001 A 5.000 "
5.001 A 10.000 "
10.001 A 20.000 "
20.001 A 50.000 "
50.001 A 100.000 "
MAS DE 100.000 "
POBLACION RURAL
CADA PUNTO REPRESENTA 20 HABITANTES
ESCALA GRAFICA
0 25 50 75 100 150 200
KILOMETROS



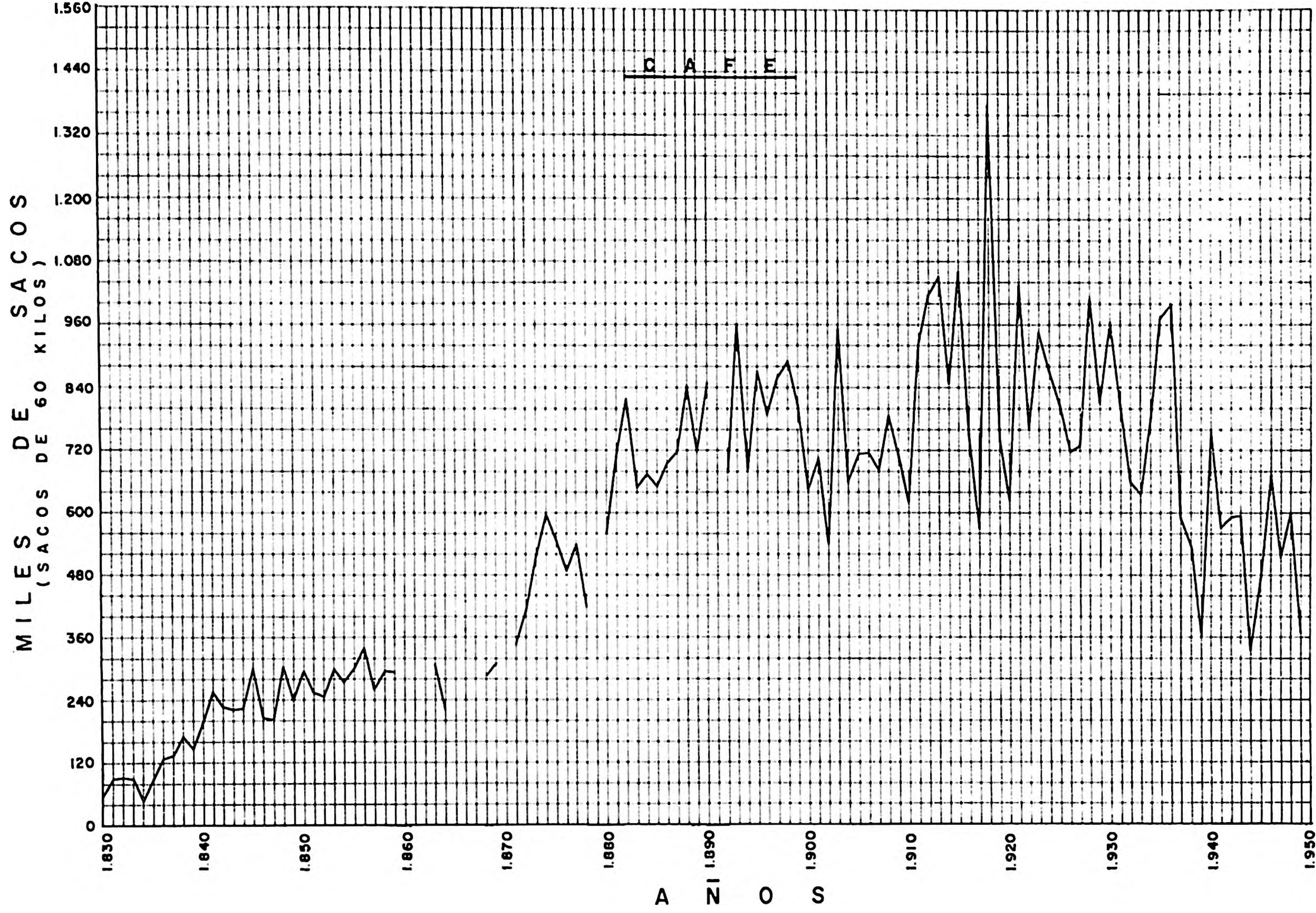
CACAO
MILLONES DE BOLIVARES
1
5
10
15
20
25
30
35
40
45
50
1.830
1.840
1.850
1.860
1.870
1.880
1.890
1.900
1.910
1.920
1.930
1.940
1.950
AÑOS



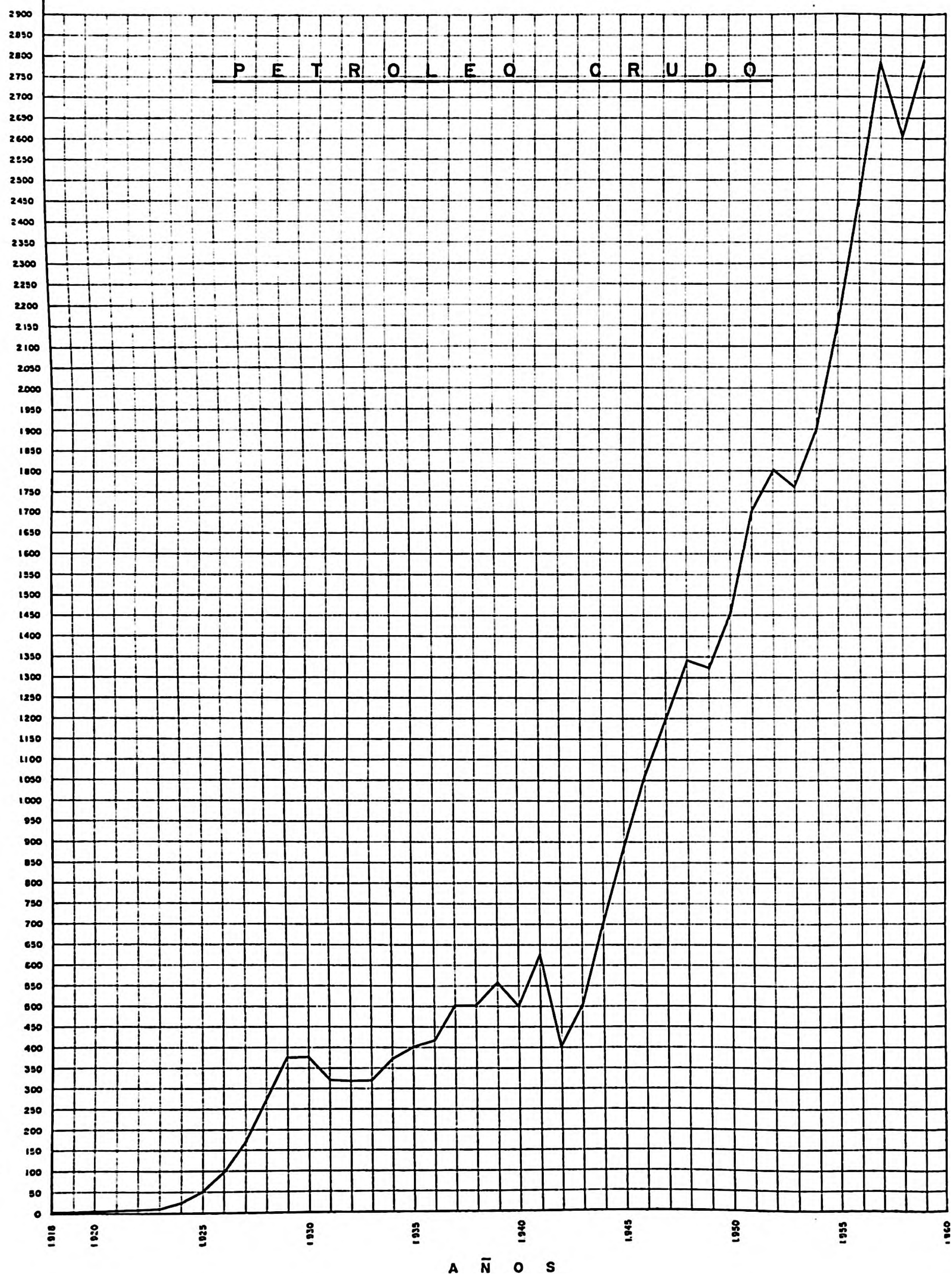
MILES DE SACOS
(SACOS DE 60 KILOS)
390
360
330
300
270
240
210
180
150
120
90
60
30
0
CACAO
1.830
1.840
1.850
1.860
1.870
1.880
1.890
1.900
1.910
1.920
1.930
1.940
1.950
AÑOS



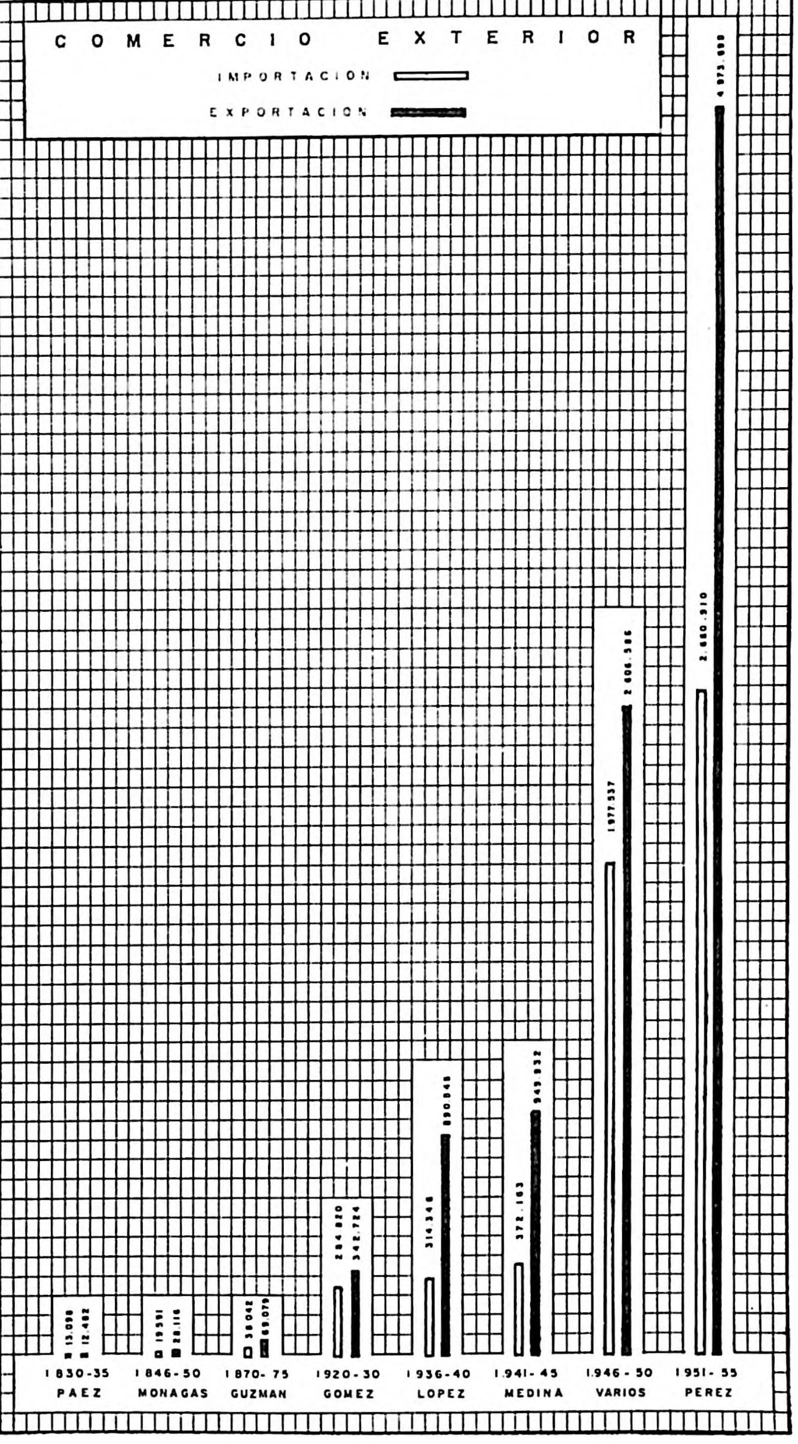
CAFE
MILLONES DE BOLIVARES
0
12
24
36
48
60
72
84
96
108
120
132
144
156
1.830
1.840
1.850
1.860
1.870
1.880
1.890
1.900
1.910
1.920
1.930
1.940
1.950
AÑOS



CAFE
MILES DE SACOS
(SACOS DE 60 KILOS)
1.560
1.440
1.320
1.200
1.080
960
840
720
600
480
360
240
120
0
1.830
1.840
1.850
1.860
1.870
1.880
1.890
1.900
1.910
1.920
1.930
1.940
1.950
AÑOS



PETROLEO CRUDO
MILES DE BARRILES DE PETROLEO
2900
2850
2800
2750
2700
2650
2600
2550
2500
2450
2400
2350
2300
2250
2200
2150
2100
2050
2000
1950
1900
1850
1800
1750
1700
1650
1600
1550
1500
1450
1400
1350
1300
1250
1200
1150
1100
1050
1000
950
900
850
800
750
700
650
600
550
500
450
400
350
300
250
200
150
100
50
0
1918
1920
1925
1930
1935
1940
1945
1950
1955
1960
AÑOS



COMERCIO EXTERIOR
IMPORTACION
EXPORTACION
13.098
12.482
19.591
28.116
38.042
69.079
284.820
342.724
314.348
880.848
372.163
949.832
1.977.537
2.606.586
2.680.910
4.973.888
1830-35
PAEZ
1846-50
MONAGAS
1870-75
GUZMAN
1920-30
GOMEZ
1936-40
LOPEZ
1941-45
MEDINA
1946-50
VARIOS
1951-55
PEREZ

# PRESUPUESTOS COMPARATIVOS

INGRESOS ▭ EGRESOS ▬

MILES DE BOLIVARES

*Telares de Maracay.* Después de la Segunda Guerra Mundial se hizo necesaria una renovación de maquinarias y una mayor expansión de la industria a fin de adaptarla a las nuevas exigencias de la época y a los adelantos operados en el ramo. Ya en 1941 se había comenzado a producir telas de rayón, aunque a base de fibra importada, hasta que en 1952 se estableció una gran fábrica de rayón creada con capitales venezolanos y extranjeros. En 1951 se fundó una fábrica de medias de nylon, y desde entonces la producción de este artículo ha estado fuertemente protegida por la política fiscal. La *Sudamtex* de Venezuela, una subsidiaria de la *United Merchants and Manufacturers, Inc.*, de Nueva York, se estableció en Valencia desde 1948 y a partir de entonces controla la mayor parte del rayón producido en el país. La más alta producción de telas de fibras artificiales fue obtenida en 1959, cuando ascendió a 32.000.000 de metros. Las telas de algodón, subieron de 25 millones de metros en 1959 a más de 33 millones en 1960. La industria textil es la tercera en importancia desde el punto de vista de la ocupación, al llegar a su máximo nivel de 16.597 personas en 1960. Funcionan 31 fábricas con una inversión de 281,6 millones de bolívares.

Hasta 1945 no se producían pinturas en el país. Ese año, cuando la escasez ocasionada por la Guerra Mundial había llegado a sus mayores extremos, se registra una pequeña producción de 877 toneladas. En los siguientes años los progresos no fueron muy alentadores, hasta 1950 en que se inicia un firme ascenso. Varias firmas norteamericanas se establecen en Venezuela y, apoyadas por la protección arancelaria, experimentan un aumento sensible en la producción que llega a casi 21.000 toneladas métricas en 1959, cantidad que cubre la demanda interna en toda clase de pinturas industriales y de lacas.

Los jabones y artículos de tocador son producidos por varias plantas que podrían abastecer el mercado interno sin necesidad de acudir a las importaciones; éstas deben atravesar una fuerte barrera aduanera. Dos grandes empresas norteamericanas dominan la industria de detergentes, aunque subsisten algunas pequeñas fábricas que elaboran jabones a base de otras substancias.

La industria farmacéutica ha hecho adelantos que pudieran considerarse alentadores si se considera su punto de partida en fecha muy reciente. Al finalizar el año de 1960, el producto de la industria nacional se estimaba en sólo el 19,20% de un consumo aparente de 115 millones de bolívares. La mayor parte, pues, se continúa importando. Varias firmas extranjeras han establecido sus fábricas en el país y comienza a producirse una fuerte presión arancelaria para acelerar el proceso interno y librar a la nación del fuerte drenaje de divisas que significa la compra de los productos farmacéuticos

extranjeros. La mano de obra ocupada por esta industria se elevó a 4.524 personas en 1959, y a 4.483 en 1960.

La industria de papel y cartón estuvo representada hasta 1949 por sólo dos fábricas. *La Fábrica Nacional de Papel,* establecida en Caracas en 1905, cesó en 1949 pues su maquinaria se había hecho anticuada y su producción era antieconómica. La *Fábrica de Papel de Maracay,* establecida en 1916, fue desde su fundación el más importante establecimiento de su índole en el país, y, entre 1938 y 1950 ella sola producía el 81% del papel sulfito y Kraft manufacturado en Venezuela, alcanzando a 4.750 toneladas sobre un consumo de 6.560. En los años de 1945 y 1946, la producción nacional pasó de 6.000 toneladas en esa sola clase de papel. La producción de cartón se inició en 1946 y, aunque inicialmente pudo satisfacer el 43% de la demanda local, ésta experimentó un firme aumento que le llevó de 2.000 toneladas al finalizar la Guerra Mundial, a más de 11.000 toneladas en 1950 sin que la industria nacional pudiese seguir un aumento correlativo. Después de 1953, la producción adquirió un vigoroso impulso que le condujo a un aumento de 613 puntos en 1960 sobre aquella fecha. Este aumento no alcanzó a afectar los precios, como cabría suponer; por el contrario, se permitió un alza apoyada por las medidas de protección. El valor de la producción de papel y cartón, se elevó en 1960 a 190 millones de bolívares.

Hasta el año de 1930, Venezuela era uno de los países de la América Latina más atrasados en cuanto al uso de calzado. En esa fecha se estimaba la producción en sólo unos 500.000 pares. La población que usaba zapatos se calculaba entonces en un 20%. Después de 1936, la situación comenzó a mejorar rápidamente en una forma casi paralela con el crecimiento de las ciudades, de tal manera que, en 1950, la producción subió a tres millones de pares y el porcentaje de población que habitualmente usa calzado al 50%. Poco a poco la alpargata, de empleo tradicional, ha venido cediendo terreno sobre todo después de la aparición de las grandes empresas con modernos equipos técnicos, mientras en el campo las protectoras botas de goma van abriéndose paso. Esta industria, conjuntamente con la de ropa hecha, se mantiene en el primer lugar en cuanto a ocupación se refiere. Este ramo de la manufactura empleó 39.000 trabajadores en 1959. El segundo lugar lo ocupó la industria de alimentos, que se cuenta entre las que mayores adelantos han realizado en los últimos años, aunque se encuentra muy lejos del desarrollo que reclaman las necesidades venezolanas.

La industria del plástico se ha ido formando a través de un proceso de más de diez años, que ha pasado casi inadvertido para la mayoría de los venezolanos. Existen veinticinco empresas con una inversión de más de treinta millones de bolívares, que colocan a Venezuela en capacidad de producir el 90% de su consumo de artículos de ese material. Sin embargo, la

importación de mercancías manufacturadas es elevada y representó, en 1959, el 60% del consumo aparente. La materia prima es adquirida en su mayor parte fuera del país, y en estas compras Venezuela invirtió en dicho año cerca de 19 millones de bolívares. La Petroquímica nacional está llamada a proporcionar gran parte de esa materia prima que hoy se importa.

Las dos más grandes realizaciones, que prometen ser la base de la transformación industrial del país, son la Petroquímica y la Siderúrgica, ambas empresas del Estado.

Los estudios para el establecimiento de la Petroquímica, se realizaron en 1954. Después se creó el Instituto Venezolano de Petroquímica, cuyas diversas plantas fueron ubicadas en un área común. Este enorme conjunto de instalaciones, erigidas en la zona de Morón, requirió una considerable inversión que está fuera del alcance de los capitales privados venezolanos. Las producciones anuales previstas para 1960 incluían 250.000 toneladas de fertilizantes; 10.000 toneladas de cloro y 11.000 de soda cáustica; 10.000 toneladas de aluminio; 15.000 de explosivos; 2.000 de acetileno; 5.000 de materias plásticas; 5.000 de antidetonantes y 5.000 de sulfato de aluminio. Los materiales que utiliza se encuentran en su mayoría en el país, y están representados principalmente por el gas natural que se obtiene en todas las zonas petroleras; el azufre, cuyos yacimientos se encuentran en el Estado Sucre; la bauxita de Upata y de Nuria, en el Estado Bolívar; la sal de Araya y de otras ricas salinas de Zulia y de Falcón; las calizas de Chichiriviche, de Puerto La Cruz y de Barquisimeto. El área urbanizada en Morón para construir 1.500 viviendas del personal que operará las plantas de esta gigantesca industria, es de 200 hectáreas, lo que da una idea de la magnitud de este gran proyecto cuya primera etapa de las cuatro de que se compone, está ya cumplida.

La otra gran realización es la Siderúrgica, llamada a proporcionar un considerable impulso al proceso de la industrialización venezolana, mediante el empleo de los riquísimos yacimientos de hierro que posee el país. La planta fue ubicada en la ribera del Orinoco, en una zona vecina a la región del mineral de hierro y cerca de la gran central hidroeléctrica del Caroní. Los trabajos de construcción de las edificaciones y de los hornos se iniciaron en 1957, y, aunque se estipuló una producción anual de 730.000 toneladas para 1960, la capacidad final de la planta será de 1.500.000 toneladas.

## BIBLIOGRAFIA BASICA

NACIONES UNIDAS: *La corriente internacional de capitales privados.*

————: *Economic Survey of Latin América, 1957.*

CESAR BALESTRINI C.: *Análisis económico y jurídico de nuestra renta petrolera.* "Cuadernos de información económica", de la Corporación Venezolana de Fomento, Feb. 1957.

EDWIN LIEUWEN: *Petroleum in Venezuela; a History.* University of California, 1954.

STEWART SCHACKNE y N. D'ARCY DRAKE: *Petróleo en el Mundo.*

A. PLANCHART BURGILLOS: *Estudio de la legislación venezolana de hidrocarburos.* Caracas, 1939.

ARTURO HIDALGO: *Concesiones petroleras.* Caracas, 1953.

A. C. MABY: *Venezuela, economic and commercial condition in Venezuela.* London, 1951.

ARTURO USLAR PIETRI: *Sumario de economía venezolana.* Caracas, 1945.

E. ARCILA FARIAS: *Economía colonial de Venezuela.* México, 1946.

————: *Comercio entre Venezuela y México.* México, 1950.

N. VELOZ GOITICOA: *Venezuela, esbozo geográfico, recursos naturales.* Caracas, 1905.

*El desarrollo de la economía venezolana en el último decenio.* "Boletín económico de la América Latina". Marzo, 1960.

BANCO CENTRAL DE VENEZUELA: *La Hacienda Pública de Venezuela en 1828-1830.*

————: *Memorias.*

ESCRITORIO BANCE: *Informe de The Caribbean Petroleum Company ante la Corte Federal y de Casación de Venezuela.* Caracas, 1932. 2 vols.

RAMON VELOZ: *Economía y Finanzas de Venezuela.* Caracas, 1945.

DIRECCION GENERAL DE ESTADISTICA: *Anuario Estadístico de Venezuela.*

MELCHOR CENTENO GRAU: *Bosquejo histórico de la vida fiscal de Venezuela.* Caracas, 1924.

CORPORACION VENEZOLANA DE FOMENTO: *Boletín y publicaciones especiales.*

HECTOR MALAVE MATA: *Petróleo y desarrollo económico de Venezuela.* Caracas, 1962.

# Ciento Cincuenta Años de Cultura Venezolana

Por JUAN LISCANO

## INTRODUCCION

### *Originalidad Americana*

HAN TRANSCURRIDO 150 años desde la memorable sesión del 5 de julio de 1811, en la que los representantes de las provincias de Caracas, Cumaná, Barinas, Barcelona, Margarita, Mérida y Trujillo, reunidos en Congreso desde el 2 de marzo, votaron, según reza el acta correspondiente, "la Independencia absoluta de Venezuela". Veinte y seis años más tarde, un testigo de aquellos sucesos, el pintor caraqueño Juan Lovera, evocará ese momento estelar del nacimiento de nuestra nacionalidad, en un lienzo solemnemente obsequiado por el propio autor al octavo Congreso Constitucional de la República. A la izquierda y a la derecha del cuadro se leen leyendas reveladoras de sinceros sentimientos cívicos y de un conmovedor sentido de participación en la Historia: "Los Representantes de las Provincias Confederadas de Venezuela, reunidos en Congreso, restauran y vindican los primitivos e imprescindibles derechos de la patria sancionando su Soberanía, su libertad política y su independencia de la España y de cualquier otra nación el 5 de julio de 1811. En la Capilla de la Universidad y Seminario de Caracas". "Monumento glorioso y nacional que admirarán los siglos venideros; y que dedica con respeto y amor propio al Honorable Congreso de 1838 el Ciudadano Juan Lovera". Los personajes que ocupan el lienzo, un tanto extáticos, como en los ex-votos populares, se distribuyen, según advierte Enrique Planchart, en "sentido del desarrollo horizontal, reforzado hacia cada extremo del cuadro por la oposición de dos grupos, casi simétricos, que ocupan el primer término, dejando entre ellos un espacio abierto...".

Esos dos grupos extremos están compuestos por la mesa de la Presidencia, en la que figuran Juan Antonio Rodríguez Domínguez y Luis Ignacio Mendoza, respectivamente diputado de Nutrias y diputado de Obispos en Barinas, y por el que presenta, en primer plano, a Francisco de Miranda, diputado por El Pao. Miranda viste casaca negra, a la usanza antigua, ciñe faja azul y lleva peluca blanca. Sobresale por su estatura y situación entre todos los asistentes, como si Lovera hubiese querido destacar tanto su imponente apariencia

física como su prestigio de Precursor. Más tarde, entre 1880 y 1883, Martín Tovar y Tovar trató varias veces el mismo tema, insistiendo ya de manera franca y plástica, en la glorificación de Miranda, quien, para esa circunstancia, luce uniforme engalanado de General de la Revolución Francesa, se apoya arrogantemente en un enorme sable y parece determinar, con su sola presencia y autoridad, la firma del Acta de la Independencia. Francisco Javier Ustáriz, en actitud un tanto cortesana, entrega la pluma al Marqués del Toro. En el cuadro de Lovera, tratado con mucho menos oficio y dominio pictórico que el de Tovar y Tovar, los diputados *están sesionando*. Ninguna actitud se inspira en la estatuaria heroica. Son hombres que sin pensar en los bronces futuros, cumplen una tarea ciudadana. No soplan vientos de epopeya. La intención de destacar a Miranda se ajusta al más exigente realismo descriptivo. El Precursor sobresale porque está situado en un extremo del cuadro y en un primer plano, porque viste distinto a los demás y porque tiene una alta estatura. En cambio, las figuras principales que Tovar y Tovar quiere destacar, *posan* para la posteridad. En particular, Francisco de Miranda, en torno a quien se agita la tumultuaria sesión memorable. Se advierte que el pintor está instruido en el "Arte de Museo", como efectivamente había sucedido, pues Tovar y Tovar residió en Europa y frecuentó talleres y salones de pintura.

Por eso se convertirá en el creador de la iconografía oficial de nuestra Independencia — Batallas de *Carabobo, Boyacá, Junín, Ayacucho* —, cuya culminación parece ser la *Firma del Acta de la Independencia,* de la cual tuvo que hacer varias réplicas. El éxito obtenido por este cuadro no impide que la escena pintada por Tovar y Tovar resulte históricamente falsa, puesto que el Acta de la Independencia, como lo han demostrado los estudios respectivos, no se firmó en la sesión del 5 de julio sino después de su aprobación, efectuada el 7 de julio, y eso recogiendo las firmas de los diputados, de casa en casa, según lo descubrió Manuel Landaeta Rosales. De modo que el ingenuo Lovera nos da, en lo que a veracidad histórica se refiere, el cuadro más exacto de la trascendental sesión en que fue votada la Independencia de Venezuela. Con él empieza la historia de nuestra pintura. Con ese voto nacemos a la vida republicana y nacional. Cumplido el siglo y medio de nuestra Independencia, se imponen ciertas revisiones en distintas materias y actividades, con la finalidad de precisar nuestros rumbos, de calibrar nuestros éxitos o nuestros fracasos, de valorar lo que hayamos construido o destruido, de efectuar el necesario balance del estado de nuestra prosperidad económica, social, política y cultural. El propósito de este trabajo será el de intentar una estimación del proceso cultural cumplido desde la Independencia hasta nuestros días.

*Cultura y Civilización*

LA PREGUNTA fundamental que se impone al intentar esa valoración es la de saber si en Venezuela existe o no lo que pudiéramos llamar una Cultura Nacional, con acento y emoción propios, con carácter inconfundible, con vocación universal, con vigencia contemporánea. Antes de contestar a esa pregunta, conviene fijar un criterio definidor sobre lo que se entiende por Cultura.

Los términos Cultura y Civilización designan, hasta cierto punto, procesos y estados diferentes de la vida espiritual y material de los pueblos. Oswald Spengler se mostró especialmente preocupado por precisar esas diferencias, y, basado en ellas, elaboró su interpretación monumental de la Historia de la Cultura: *La Decadencia de Occidente.* Spengler concebía la Civilización como secuencia, plenitud y término de toda Cultura. Era el "sino", el extremo, y más artificioso estado al que podía llegar la Cultura; era el barroco, la demasía, el remate. En cambio, la Cultura era el estado inicial, orgánico, funcional, del estar creando formas esenciales de entendimiento con la naturaleza. A fin de clarificar lo expuesto acudiré a un ejemplo: amasar la tierra hasta descubrir la alfarería y el perfeccionamiento de ésta hasta cuajar en la cerámica y la porcelana, constituyen, desde el punto de vista spengleriano, actos de cultura; la industrialización de éstas, la lucha en los mercados, la regulación de esas técnicas con el objeto de usos intensivos, pertenecería ya a una etapa de civilización. Sin duda alguna, resulta harto difícil fijar con exactitud el límite donde acaba el proceso cultural y principia el de la civilización; pero, desde un punto de vista general, la diferenciación entre estos términos parece conveniente. De otro modo no se explicaría el hecho de que pueblos y sociedades más débiles que otros, resulten, no obstante, más cultos y éstos más civilizados. Se puede hablar con más propiedad, por ejemplo, de la cultura de España que de su civilización, en tanto que corresponde más referirse a la civilización de los Estados Unidos que a su cultura.

Para Ralph Linton la cultura es la herencia social de los seres humanos; para Lowie es el conjunto de tradiciones sociales, aptitudes y hábitos adquiridos por el hombre como miembro de una sociedad. Kluckhohn explica que "por cultura la antropología quiere significar la manera total de vivir de un pueblo o el legado social que el individuo recibe de su grupo". También alude a que la cultura es una manera de pensar, sentir, creer. Es, hasta cierto punto, una *teoría.* Benedict escribe: "La cultura es lo que une a los hombres". Frobenius afirma, poéticamente, que "la cultura es la tierra que el hombre hace orgánica".

De todas estas definiciones se desprende que la cultura no significa necesariamente, como lo explica Lowie, un gran refinamiento o una educación muy elevada; cultura no es sinónimo de instrucción ni de urbanismo ni de cortesía, ni del poseer radio, televisión, nevera, automóvil, ni del vestirse a la moda. Ser culto, pertenecer a una cultura, cosa culta, constituyen conceptos diferentes del que generaliza el uso diario de las palabras. Un jefe de tribu africana puede ser más culto que un director de Biblioteca.

Entendida de cualquiera de las maneras expuestas, la cultura aparece como una noción profundamente relacionada con las vivencias del hombre y con su herencia. No tan sólo con sus bienes materiales. Las civilizaciones florecen sobre las culturas como grandes plantas barrocas y devorantes. Se habla de ellas, pasando a través del tiempo que las alumbra, las transforma o las extingue: Civilizaciones del Antiguo Egipto, de Asiria, de Grecia, de Roma; Civilización Occidental. Esta última sería la que nació de la síntesis operada entre las antiguas civilizaciones egeas y del Asia Menor, la griega dórica, la romana y las culturas de los llamados bárbaros: celtas, germanos, sajones, eslavos. Hijos de esa civilización europea somos nosotros, los americanos del norte y del sur, porque descendemos de europeos y hablamos idiomas europeos y pensamos con sus escalas de valores y con su lógica, y creemos con su fe. Pese a las mezclas habidas, sobre todo en la América de habla española o portuguesa, donde los europeos no tuvieron a menos unirse libre o cristianamente con indios o con negros traídos del Africa durante la Trata o nacidos en el Nuevo Mundo, predominan el conocimiento intelectual y la lengua legados por el Viejo Mundo. Los africanos proceden de culturas proto-históricas entroncadas, en sus remotas ramificaciones, con el mundo del Mediterráneo Oriental: Antiguo Egipto, Asia Menor, Creta. Nada puede simbolizar mejor esa relación afro-asiática como la aparición del León de Judea en el escudo de Etiopía. El aborigen americano, en cambio, no tuvo nada en común con el europeo, hasta el Descubrimiento. Según lo suponen modernas teorías antropológicas, el Continente Americano fue poblado por asiáticos del tipo mongoloide que cruzaron el Estrecho de Behring, y por polinesios y melanesios que, navegando en las corrientes ecuatoriales, desembarcaron en las extensas costas americanas bañadas por el Océano Pacífico. Las variadísimas tribus que se habían asentado o llevaban vida nómada en los vastos territorios allende Río Grande; los pueblos de las tierras altas de México; los mayas, quichuas, aravakos, caribes, chibchas, íncas, araucanos del Continente Centro y Sur Americano, dentro de la diversidad muy grande del desarrollo material y espiritual que hubiesen alcanzado, ponían de manifiesto un estado social y cultural propio y distinto, en aspectos fundamentales, del de los anglo-sajones o de los peninsulares ibéricos. Las mezclas de esas culturas, de esos pueblos, de esas civilizaciones,

de esos legados sociales y espirituales, de esos hombres, confiere a los americanos un acento peculiar en el concierto de la civilización occidental. Somos hijos de europeos o mestizos, con capacidad para un desarrollo propio.

Desde el momento mismo del Descubrimiento, como lo exponen las Cartas de Colón, y después, en el curso de las exploraciones y conquistas de ese Nuevo Mundo surgido lentamente de un Océano desconocido, gravitaron sobre América fábulas y mitos medievales — Fuente de Juvencio, ciudades de oro, poblaciones de Amazonas, comarcas de Especierías, bestiarios alucinantes — y utopías renacentistas: *Utopía* de Tomás Moro (1480-1535), *Nueva Atlántida* de Francisco Bacon (1561-1626), *Ciudad del Sol* de Tomás Campanella (1568-1639). El Humanismo del Renacimiento intentaba la crítica de la Sociedad y de la razón de Estado. A través de las utopías — "lugar que no existe" — ejercían esa crítica y proponían sistemas sociales más justos. Nada podía resultar tan tentador, para llevar a la práctica las utopías, como ese mundo americano recién nacido y poblado, según lo afirmaban Colón y Fray Bartolomé de las Casas, por seres inocentes y desnudos, como Adán y Eva antes de comer del Arbol Prohibido. Lo que constituye especulación intelectual en Tomás Moro, se convertirá en acción práctica con el Obispo franciscano Vasco de Quiroga, quien, a mediados del siglo XVI, llevará a efecto, entre las comunidades indígenas de Michoacán, un admirable ensayo de civilización inspirado en ideales cristianos, en la distribución de los bienes y de la producción en común, en la asistencia fraternal, y con las misiones jesuítas que se establecieron desde 1606, en los bosques y en las orillas del río Paraguay, donde crearon escuelas, talleres, labrantíos para los indios errantes de esa región. Durante siglo y medio prosperaron esas misiones jesuitas en el Paraguay, las cuales lograron establecer un orden social y moral, un propósito de trabajo en común, un ideal de artesanía, un espíritu pacífico y fraterno, que respondía no solamente al pensamiento de las utopías humanitarias del Renacimiento, sino también a la más prístina inteligencia cristiana, tantas veces olvidada o mancillada en las luchas por el Poder temporal y político. La revolución de Antequera alterará la existencia hasta entonces armoniosa de aquellas misiones, a las cuales Picón Salas califica de "reglamentada Arcadia socialista". Y cuando se establezcan las nuevas naciones independientes, corresponderá al venezolano Simón Rodríguez, con sus escritos, con sus fracasadas tentativas en Bogotá y en Chuquisaca, por fundar casas-escuelas-talleres orientados hacia el aprendizaje de oficios, con sus proyectos educacionales destinados a preparar a los niños pobres — y ricos también — a vivir en sociedades republicanas, reavivar el sentimiento y la pasión creadoras que animaban a los utopistas del Renacimiento, a los misioneros franciscanos de Michoacán, a los Jesuitas del Paraguay. Pero el socialismo que Simón Rodríguez quería poner en práctica, a través de sus casas-

escuelas-talleres, no era de inspiración cristiana, sino más bien racionalista y republicana, nutrido por Rousseau y Saint Simon en parte, y adoptado a la idiosincrasia indo-americana.

De modo que la búsqueda de una *originalidad americana* turbó, preocupó e inspiró a más de una inteligencia, desde Tomás Moro hasta Simón Rodríguez, pasando por Vasco de Quiroga y por los misioneros jesuitas del Paraguay. Esa originalidad descansaba sobre dos posibilidades comunicantes: la de escapar a las fuerzas disgregadoras del individuo y de la sociedad auspiciadoras de guerras, persecuciones, intolerancias, imperialismos, apetencias de riqueza, explotación, inquisiciones, propias del Viejo Mundo, mediante la fundación de nuevas sociedades capaces de convertir en realidad los postulados de amor al prójimo, de libertad y de igualdad de la persona humana. Picón Salas, en ese libro admirable titulado *De la Conquista a la Independencia,* resume en estos términos el problema en cuestión: "Desde tan tempranos días se plantea allí el que todavía parece permanente y no resuelto enigma de la cultura hispanoamericana, o sea el de la imitación y trasplante de las formas más elaboradas de Europa en que siempre se esmerará una clase culta pero un poco ausente de la realidad patética de la tierra, y la intuición que despunta en algunos frailes y misioneros extraordinarios — un Vasco de Quiroga, un Pedro de Gante, un Sahagún — de que hay que llegar al alma de la masa indígena por otros medios que el del exclusivo pensamiento europeo, mejorando las propias industrias y oficios de los naturales, ahondando en sus idiomas, ayudándolos a su expresión personal."

Simón Rodríguez hizo de esa voluntad de fundación americana, la pasión misma de su vida. Existió y murió con ella entrañada en su ser. No se cansó de afirmar que "La América Española es orijinal. Orijinal han de ser sus Instituciones i su Gobierno i orijinales los medios de fundar uno i otro. Inventamos o Erramos". Casi un siglo después, el extraordinario poeta español Juan Larrea, descrifró en los espejismos de los sueños colectivos, en las refracciones de los símbolos y en el curso de la Historia, la revelación de la originalidad americana. Expresó, que la América: "...si es un nuevo continente, requiere, sin duda, un nuevo contenido". El papel que Larrea le asigna a la América será el de hacer posibles el Reino del Amor, la Edad de la Paz. El pensamiento de las utopías del Renacimiento y de los evangelizadores de Michoacán y del Paraguay reaparece, pero esta vez desligado de todo propósito de acción social, educacional y laboral, en los mensajes del singular autor de *Rendición por el Espíritu* y de otras obras inspiradas siempre por esa americanidad místico-poética.

La idea de *Nuevo Mundo* se identificaba, pues, con la de *Mundo Mejor.* Silvio Zavala, gran estudioso de las utopías del Renacimiento, asegura en un trabajo suyo que: "Este anhelo iba, de una parte, hacia el pasado qui-

mérico, la Edad de Oro o de Saturno, tema que el Renacimiento hereda de la Antigüedad; y de otra, a la idealización del presente, por cuya razón se alaban los niños y los juegos; el pueblo, sus cantares y sentencias; el salvaje no adulterado por la civilización y la vida de la aldea contrapuesta a la de la corte". Juan Jacobo Rousseau beberá en las fuentes de ese sentimiento. Los románticos elevarán a categoría de dogma el amor a la naturaleza y la evocación del Paraíso Perdido. *Pablo y Virginia* (1788) y *Atala* (1801) darán nueva contextura poética al mito edénico, el cual esplenderá, con todo su inagotable prestigio, en los albores del Siglo XIX, tiempo de la Independencia política de la América Española.

Hacia el final de sus agitadas existencias, golpeadas por fracasos y decepciones, Simón Rodríguez como Simón Bolívar, de quien fue preceptor antes de ausentarse para Europa, se mostraron harto pesimistas con respecto a esa posibilidad de Génesis hispanoamericano. Si en 1822 Bolívar veía "a la América en crisálida" y anunciaba "una metamorfosis en la existencia física de sus habitantes", en 1829, en un opúsculo publicado en Quito, asentaba desalentadoras comprobaciones como éstas: "No hay buena fe en América ni entre los hombres ni entre las naciones. Los tratados son papeles; las Constituciones libros; las elecciones combates; la libertad anarquía; y la vida un tormento". En su último Mensaje al Congreso de Colombia, en enero de 1830, confiesa con lúcida desesperación: "Todo es necesario crearlo... La Independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de todos los demás". En las vísperas crepusculares de su agonía, en noviembre de ese mismo año, rezumante de amargura y soledad, escribe al General Flores en términos abrumadores: "Mi querido General: V.S. sabe que yo he mandado 20 años, y de ellos no he sacado más que pocos resultados ciertos: 1º, la América es ingobernable para nosotros; 2º, el que sirve una revolución ara en el mar; 3º, la única cosa que se puede hacer en América es emigrar; 4º, este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles de todos colores y razas; 5º, devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán conquistarnos; 6º, si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, éste sería el último período de América". En cuanto a Simón Rodríguez, tras de asegurar, en 1828, cuando publicó en Arequipa el texto de la primera edición de *Sociedades Americanas* que: "En la América del Sur las Repúblicas están *Establecidas* pero no *Fundadas*"; que cuando piensa en un "Gobierno Verdaderamente Republicano" encuentra que "La América es (en el día) el único lugar donde sea permitido establecerlo"; que su obra "se dirige a los que entran en una sociedad que no conocen — a los que necesitan formar costumbres de otra especie, para vivir bajo un Gobierno diferente del que tuvieron sus padres"; que mediante la

"Escuela Republicana" se podría evitar "la *Decrepitud* prematura en que empiezan a caer... (casi a su nacimiento)..., las Repúblicas que han hecho los Europeos y los Africanos, en el suelo de los Indios"; y de proponer un "Sincolombismo", es decir un "Sincretismo" que sofoque los partidos y concilie las opiniones, borre las fronteras y las divisiones administrativas a fin de que todos los americanos sean amigos "si quieren ser libres", reconoce en 1840, en *Luces y Virtudes Sociales,* publicado en Valparaíso, que "Los Siervos no han mudado de condición", que "las FORMAS están desacreditando la IDEA" y que "No se llamen REPUBLICANAS porque no lo son, y no lo son porque NO HAY PUEBLO", y ello porque "el PUEBLO no tiene LUCES". Algunos años más tarde, en 1849, afirma sarcásticamente que "La máxima filantrópica de las monarquías, es la que rige en las nuevas Repúblicas". "Levantar el palo para mandar y descargarlo para hacerse obedecer". Y vuelve a declarar: "El interés general está clamando por una REFORMA", "y... la América está llamada, por las circunstancias, a emprenderla..." "la América no debe imitar servilmente, sino ser original". La siguiente frase, de una carta suya a Bolívar fechada en Oruro, a 30 de septiembre de 1827, resume lo esencial de su pensamiento pedagógico: "Sólo Ud. sabe porque lo ve como yo, que para hacer repúblicas, es menester gente nueva..."

La *originalidad* americana implica, pues, desde el punto de vista de la Utopía Renacentista, Cristiana o Republicana — las cuales tienen sus más conspicuos representantes, respectivamente, en Tomás Moro, en Vasco de Quiroga y en Simón Rodríguez — gentes nuevas, capaces de fundar sociedades superadas a las injusticias y fanatismos, al belicismo imperialista, a la explotación y a las desigualdades sociales y económicas propias del Viejo Mundo monárquico y feudal, y por lo tanto, capaces también de expresar una cultura y una civilización peculiares, originales.

Ahora bien, el pensamiento utópico renacentista o republicano de que el Nuevo Mundo requiere, para serlo, un *contenido* nuevo y de que si los americanos no somos capaces de inventar o de vivir existencialmente esa novedad, entraremos en prematura decrepitud, y la visión crepuscular de Spengler en *La Decadencia de Occidente,* nacido de su empeño en identificar la noción de Cultura con el *trance* creador, las edades primaverales de los pueblos, y la de Civilización con la plenitud y término de toda Cultura, el proceso, pues, de disgregación orgánica, cuyos principales rasgos son la expansión imperialista y capitalista, la proliferación urbana, la regimentación exhaustiva de la producción, la dictadura política, el dominio del bajo utilitarismo, con su secuela final de guerras y de revoluciones, se asemejan singularmente en cuanto se advierte que la condición americana ha sido la de trasladar a estas tierras la fe, la filosofía, las instituciones, los sistemas económicos, la

lengua, las técnicas, los mitos, las creencias, el concepto mismo de la vida, de los descubridores, casi siempre, sin ni siquiera pretender adaptarlos a los rasgos del ingente mestizaje imperante. De modo que el Nuevo Mundo se convirtió en una sucursal mejorada o empeorada del Viejo Mundo. Desde el punto de vista spengleriano la América, en especial los Estados Unidos, advienen a la Historia, es decir, nacen, para vivir la decadencia de la civilización occidental. Sin haber plasmado en sí los signos iniciales de esa Cultura, asumen y comparten su sino de agonía. Niños ancianos, albas crepusculares, soles nocturnos. Frente a esa comprobación desesperada hubo quienes optaron por negar la civilización para aceptar nuestra naturaleza. La autocracia implacable del Doctor Francia, tendiente a aislar al Paraguay de todo contacto exterior, y el gauchismo de Rosas, esa lucha del campo contra las ciudades como lo definía Sarmiento — un europeizante —, pueden inscribirse dentro de un propósito de integración criollizante. El tema es vasto y merecería, por sí solo, un ensayo que quizás alguien escriba. La intención de este trabajo es más modesta y quiere limitarse a situar, en relación con este panorama de las ideas, la existencia cultural venezolana. Para ello quizás sea necesario intentar una conclusión en relación con los planteamientos aquí suscitados.

La falla de todo pensamiento utópico o conceptual consiste en tender siempre a solucionar los problemas sociales y políticos, culturales y educativos, construyendo mentalmente sistemas mejores para aplicarlos a la realidad, como si se tratase de substituir un vestido por otro. En lugar de esperar a que la evolución de la problemática estudiada — en este caso: la Cultura y la Historia —, descubra sus leyes, se pretende adaptar la Historia, la Cultura, a la solución "pre-fabricada". Quizás a ello se deban los fracasos más sonados de Simón Rodríguez, sin duda alguna, representante característico de la utopía, entendida en su mejor sentido. (En general, toda la obra magna de la Independencia peca por utópica, razón por la cual dio lugar a resultados muy diferentes a los previstos, o, mejor dicho, a los sentidos o pensados, las más de las veces, sin tener en cuenta la psicología de las masas a las que se quería integrar a una sociedad republicana representativa). La Cultura, como la Historia, es contradicción, contienda, negación y afirmación, nacimiento y agonía, plenitud y decadencia, síntesis y fragmentación, fundaciones y destrucciones, orto y ocaso. No es ciencia exacta, aunque las ciencias exactas formen parte del legado que ella ofrece a los hombres, ni es absoluto, aunque la búsqueda de lo absoluto haya inspirado algunas de sus obras más trascendentales y permanentes. Esos movimientos contrarios, esa sístole y diástole la identifican como cuerpo viviente, como una misma y sola realidad, si mutable, no obstante siempre igual a sí misma. Es la suma de acciones, de cosas, de ideas, de formas, de interpretaciones, de objetos, inventados por los hombres

en la intransferible obligación de vivir y de reproducirse. La Cultura no es brote espontáneo ni construcción concluida, sino proceso, *estar siendo.* La hacen o deshacen los hombres y los pueblos. Del pasado surge la ramazón presente que, al ser sacudida por los vientos inmediatos, riega su polen invisible hacia el porvenir. La vida obra por contagio, incluso cuando se la ignora. Así pasa también con la Cultura. Por eso se habla de "cultura de sangre", de "conocimiento vitalicio", de "sabiduría instintiva". La cultura vive tan solo cuando *se expresa.* Por lo tanto es, fundamentalmente, un hacer. Ella no determina al hombre sino más bien está determinada por él, por su conocimiento o por su ignorancia, por su capacidad de construir o de destruir, por su conciencia o por la falta de ella. Cuando se habla de evidencias culturales, de hallazgos artísticos, de grandes invenciones, de descubrimientos científicos, todo ello se refiere al hombre y no a la cultura, pues ella no opera por sí misma como un terremoto, una creciente o un temporal. Ella es tan solo consecuencia, resultante, y sin el hombre que la haga, que la piense, defina, sienta o repudie, no existiría en sí misma. Cuando cesa todo cultivo, todo hacer, toda acción tendiente a crear formas de existencias y de relaciones, sea porque los hombres emigraron o porque murieron, quedan ruinas, quedan obras cumplidas que para seguir viviendo en el tiempo, requieren personas vivas que las sientan y repitan. Por eso se impone referir siempre la Cultura a los hombres que la hicieron o a los que la están haciendo y viviendo.

La cultura no es un hecho aislado ni puede ser concebida en sí misma desligada de la vida del individuo y de la sociedad. Por lo contrario, es una consecuencia de la existencia misma personal y social. Si tuviera que definirla diría que es el conjunto de relaciones y de bienes materiales o espirituales creados por los hombres en su gestión de existir sobre la tierra. Las ideas como las cosas, las obras de arte como los objetos de uso cotidiano, los cacharros del alfarero como los vehículos siderales, los instrumentos de labranza como las armas mortíferas, el concepto de la Nada como el concepto de Dios, forman parte del inagotable patrimonio cultural que enriquece a los hombres y a los pueblos.

* * *

En relación con la profecía apocalíptica de Oswald Spengler cabe recordar que el primer tomo de *La Decadencia de Occidente* fue publicado en julio de 1918, unos meses antes de que el orgulloso Imperio Prusiano se rindiera a las Fuerzas Aliadas. No cabe duda de que esa derrota explica, en parte, la acogida que mereció la obra. Alemania, vencida por el esfuerzo

coligado de Francia, Gran Bretaña, Italia, Estados Unidos, Servia, Bélgica, tras de haber provocado ella misma el conflicto, gustaba otorgarse papeles mesiánicos que compensaban su prestigio maltrecho e imaginar que su derrota sería la de la propia civilización occidental. Años más tarde, con Hitler, se empeñará en salvar el mundo, en nombre de su condición de raza privilegiada.

Los planteamientos de Spengler han sufrido rechazos o han merecido reajustes indispensables. El materialismo histórico y la experiencia del socialismo científico crearon nuevas perspectivas. La noción de lucha de clase penetró profundamente el análisis cultural. El formidable desarrollo de los medios de comunicación y de las técnicas contemporáneas, precipitó un proceso irreversible de universalización de la Cultura, de la Civilización. Ya no es posible imaginar que las culturas puedan nacer, crecer y morir, como organismos independientes, como entidades aisladas, las unas de las otras. El acontecer cultural tiende a ser uniforme, social, planetario. Cada día resulta más anacrónico el nacionalismo cultural y cada día se afirma de manera más poderosa la unidad de la civilización humana.

En todo caso, europeos o americanos, chinos o hindúes, negros o árabes, los pueblos de la tierra se van acercando unos a otros atraídos por fuerzas irresistibles. Las constantes propias de la especie a la que pertenecemos empiezan a ser conocidas. La aventura del hombre sobre el planeta despierta más interés que las particularidades nacionales o folklóricas. Las inspiraciones de cada país tienden a fundirse unas con otras en la fragua que constituye el incesante desarrollo de las ciencias, de las técnicas, de las experimentaciones y de las formas trascendentales de pensamiento. Los viajes siderales nos harán descubrir lo pequeño que resulta nuestro planeta y la vecindad en que estamos los unos con los otros.

Hay que hablar del hombre sobre la tierra y de las constantes que lo identifican con sus semejantes. Hay que hablar *no solamente* de su muerte, sino de su poderío, de sus júbilos, de sus escogencias y de su porvenir intocado.

En nuestro caso, venezolanos que descendemos de europeos, de negros, de indios, la diferencia y lo específico no estriba tanto en características e inspiraciones opuestas a las de los demás pueblos o distintas, sino en la edad, en el acento, en la simultaneidad de tiempos culturales, de épocas, en que existe nuestra gente. Se puede hablar con propiedad de varias Venezuelas, de venezolanos que viven en tiempos diferentes, inclusive en Edades diversas. Así, un cherisana del Alto Orinoco y un caraqueño, un peón del Arauca y un obrero especializado de la industria petrolera del Zulia. A esto debemos añadir nuestra inexperiencia, la cual suele ser confundida con la juventud, la carencia de elaboración y de acabado que damos a las ideas y a las cosas, las constantes alteraciones y rupturas explosivas de los procesos apenas ini-

ciados, las recaídas, el girar en redondo, la tendencia a dejar que el azar o la violencia resuelva la elección de nuestro propio destino. Sin embargo, esa misma situación propicia, hasta cierto punto, las posibilidades de *hacer,* de conciliar contrarios, de efectuar por lo tanto sincretismos fecundos. Lo prefijado, lo establecido, el sistema, la sociedad, están aún en estado maleable. Cabe la posibilidad de plasmarse aún sobre la Naturaleza, de convertir la *utopía* en *topía,* como lo hicieron aquellos esclarecidos misioneros de Michoacán y del Paraguay; de avanzar hacia el mejor conocimiento de nosotros mismos y de los pueblos del planeta, en acción de solidaridad clarividente.

I

# CULTURA POPULAR

SIMON RODRIGUEZ en los *Consejos de Amigo* que le dio a Rafael Quevedo, Rector del Colegio de San Vicente en Latacunga, le advierte lo siguiente:

"Si Usted desea... como lo creo...
que mi Trabajo y los Gastos no se pierdan,
emprenda su Escuela
con...
I N D I O S ! ! ! !"

A continuación le previene sarcástico:

"de BLANQUITOS!
poco, o nada podrá Usted esperar".

Ambas afirmaciones están condimentadas con sabrosos comentarios, que no transcribimos para no alargar demasiado estas citas textuales.

En el capítulo segundo de *Facundo,* Sarmiento declara: "Si un destello de literatura nacional puede brillar momentáneamente en las nuevas sociedades americanas, es el que resultará de la descripción de las grandiosas escenas naturales y, sobre todo, de la lucha entre la civilización europea y la barbarie indígena, entre la inteligencia y la materia...".

Sin duda alguna, Simón Rodríguez y Domingo Faustino Sarmiento entienden lo europeo y lo americano de manera harto opuesta, pero coinciden en una cosa: para alcanzar alguna originalidad criolla, alguna novedad — educacional o literaria — hay que pasar por el pueblo indígena, por la contemplación de lo telúrico. Debemos entender pueblo, indio, indígena, como términos amplios, genéricos de lo que en la jerga política contemporánea se llama masa. Entonces, simplemente: siervos, negros o indios, mestizos o mulatos.

La economía colonial fue obra de la mano esclava. Hasta el segundo tercio del siglo XVI, los invasores europeos sólo se preocuparon por encontrar

oro y especias. En busca de lo uno y de lo otro recorrieron un continente. A medida que se apagaron los espejismos, entre cenizas del desencanto o de la fatiga, cuando no por muerte violenta, principió la explotación agrícola. Tras las primeras distribuciones de tierras a los conquistadores, siguieron otras. Llegaron los negros. Ellos sembraron la caña, el café, el cacao, el añil, el algodón en las tierras calientes. Pero en las mesetas andinas, donde el indio era sedentario desde antes de la Conquista, fue éste quien trabajó para el blanco. Sobre el oscuro humus de esa humanidad compuesta por negros esclavos e indios en servidumbre, levantó la Colonia sus apacibles ciudades cuadriculadas, su comercio, sus casonas solariegas, sus iglesias barrocas o de rústica simplicidad, sus casas de gobierno, sus universidades incipientes, sus escuelas que empezaron a difundir las luces y las letras entre los descendientes de los antiguos peninsulares.

La Cultura Colonial fue, fundamentalmetne, católica, patriarcal, feudal y agraria. En Venezuela, tras de buscarse vanamente los resplandores auríferos de El Dorado, tras las aventuras sangrientas de los Welser, se inició la agricultura. Durante un siglo prosperaron lentamente encomiendas y fundaciones. Crecieron las poblaciones. Se establecieron las incipientes artesanías. La Colonia se extendió sobre los siglos XVII y XVIII. Dos etapas venezolanas. La primera, según Picón Salas, de "...sopor, fácil economía natural, entre rezos y ceremonias...". La segunda, de renovación, que al finalizar el siglo se convierte en revolución. Entre las dos etapas: la Compañía Guipuzcoana se instala en Venezuela. Su actividad empieza en 1728 y termina en 1785.

La gestión de la Compañía Guipuzcoana modificó profundamente la realidad agrícola venezolana y las costumbres, tanto de mantuanos como de siervos. No se trata aquí de enjuiciar esa actividad tan discutida, pues según algunos autores resultó favorable y según otros sumamente perjudicial. Andrés Bello señala que "sean cuales fueran los abusos que sancionaron la opinión del país contra este establecimiento", "la actividad agrícola de los vizcaínos vino a reanimar el desaliento de los conquistadores, y a utilizar, bajo los auspicios de las leyes, la indolente ociosidad de los naturales". Eduardo Arcila Farías, siglo y medio después de esas aseveraciones, en su obra magistral "Economía Colonial de Venezuela" (Iª Edición, Fondo de Cultura Económica, México, 1946) que debe formar parte de los libros de cabecera de todo venezolano, enjuiciará severamente la administración de la Guipuzcoana y concluirá anotando: "La Compañía influyó mucho, por su carácter de representante del capital español más exclusivista y ávido de ganancias, en que se creara, por reacción, el sentimiento de nacionalidad: es un hecho que desde el preciso momento de su llegada se comenzó a hablar de los *opresores*, aludiendo a los comerciantes españoles; y las revueltas que se

produjeron en Venezuela durante el siglo XVIII se encaminaban a sacudir, si no la dependencia política, sí el yugo económico, ya que aquella nunca fue demasiado pesada, y los coloniales ni se quejaron ni hicieron alusión a ella sino en las postrimerías del siglo y en los primeros años del siguiente, cuando la revolución estaba ya en marcha, y cuando se comprendió que para librarse de ese yugo económico era preciso obtener también la libertad política".

Lo cierto es que la Guipuzcoana concertó contra ella a los agricultores criollos más influyentes, al pequeño comercio criollo y a los grandes propietarios de tierras, integrantes, por lo general, de cabildos y cargos secundarios. No es seguro, en cambio, que mereciera igual repudio por parte de la clase explotada; peones, jornaleros, manumisos, esclavos. Esa contraposición de intereses manifestada en todos los órdenes de la actividad social, explicará los desajustes profundos de la vida venezolana, las explosiones revolucionarias, las alteraciones en los procesos apenas iniciados y la incoherencia de nuestro acontecer republicano. En efecto, existe una diversidad de tiempos culturales, de grupos sociales, que hacen de Venezuela un mundo contradictorio, en donde se pudiera estudiar la historia del hombre, desde el paleolítico hasta la era atómica. No habría sino viajar desde Caracas hasta el Alto Orinoco. Lo cierto es que se puede hablar de muchas Venezuelas y por lo tanto de muchas expresiones culturales venezolanas. Vamos a hablar de la Cultura Popular, es decir, de lo que canta la copla que empieza así:

*"Es del saber popular*
*que encierra todo el Saber. . .".*

Durante la Colonia, esa diferencia cultural entre el mantuanaje y la plebe hubo de ser abrupta, contundente, al parecer casi irremediable, apoyada en una realidad física y metafísica. En la actual coplería popular se advierten muchas composiciones que expresan esa diferencia con un fatalismo no exento de humor

*"Todo el que tiene dinero*
*tiene la sangre dulcita,*
*aunque su padre sea un diablo*
*y su madre una diablita".*

*"Cuando un blanco está comiendo*
*de un negro en la compañía*
*o el blanco le debe al negro*
*o es del negro la comida".*

*"Hasta los palos del monte*
*tienen su separación:*
*unos sirven para Santos*
*y otros para hacer carbón".*

Sin embargo, entre los amos y sus siervos existía una corriente secreta, recóndita, de simpatía que influenciaba la vida cotidiana. Así las supersticiones compartidas, los conocimientos empíricos aceptados en materia de curación y uso de las yerbas, los procedimientos agrícolas enseñados por la experiencia. Así la lenta impregnación de maravilloso que las nodrizas o las ayas negras lograban con sus "niños" blancos confiados a su cuidado. Así el hermano de leche siempre presente. Así las comunicaciones inevitables entre hijos naturales tenidos en siervas y el amo, patriarcal y poderoso. La vida en las haciendas propiciaba aún más esos acercamientos psíquicos sin los cuales no se comprendería el juego contradictorio de nuestra historia social hecha de oposiciones violentas y mezclas inesperadas. También contribuía a esa identificación la práctica religiosa conjunta, la cual en estas latitudes, como en la Edad Media, se acercaba más a una fabulación popular que al sentimiento prístino del cristianismo primitivo o a las altas meditaciones místicas de los teólogos, de modo que la religión andaba entre pucheros, enfermedades, miedos y promesas, con su sabor doméstico y su utilitarismo insólito — pues había Santos para encontrar cosas perdidas como para deparar novio a las muchachas casaderas, para trastornar a alguien como para hacerle recobrar el juicio a quien lo perdiera, para amansar animales bravos como para librarse de picadas de serpientes venenosas, para tener hijos como para sanar de los ojos, para sacar almas en pena del purgatorio como para aplacar la tempestad.

Francisco Depons, quien visitó la Capitanía General de Venezuela entre los años de 1801 y 1804, se sorprendió ante el inacabable ceremonial de las fiestas religiosas. "Se multiplican hasta lo infinito", escribió el viajero francés, "porque a cada fiesta le precede una novena, consagrada únicamente a las preces; y la sigue una octava, durante la cual los fieles del barrio, y aún los del resto de la ciudad, mezclan plegarias con diversiones públicas, como fuegos artificiales, música, bailes, etc.". Como buen francés, amigo de manjares y de vinos escogidos, Depons se lamentó de la frugalidad desplegada en esos regocijos: "Sin embargo, nunca tales fiestas se transforman en banquetes. Los festines que, hasta por la etimología de la palabra, deben ser el alma de las fiestas, y lo son en verdad dondequiera, parecen desconocidos de los españoles". Depons concluía despechado: "Este pueblo es sobrio hasta en el delirio de los placeres!".

Sin duda alguna, los venezolanos nunca han sido aficionados a las manifestaciones gastronómicas. En general, el comer es cosa indispensable, funcional y nada más. No se cultiva ni el gusto ni la gula. En cambio, con el tiempo, el poco comer fue reemplazado por el mucho beber, siendo la comida la señal del término de la fiesta. En Europa, digna heredera de costumbres griegas y romanas, el banquete constituye la parte medular de todo regocijo. En Venezuela, en los países tropicales, la libación se presenta como el objetivo principal de todo ágape.

José Antonio Calcaño, autor de "La Ciudad y su Música" — obra amena y acuciosamente documentada, indispensable para todo venezolano que se proponga conocer la biografía de nuestra capital y de nuestra música — dedica algunas páginas llenas de sabor y gracia a las costumbres de los caraqueños en las tres últimas décadas del siglo XVIII. Ellas recuerdan las descripciones de Depons. Señala que en las viviendas coloniales "se hallaban por dondequiera las imágenes de los santos". Sobre la puerta de la calle, en el zaguán, en el entreportón, en la sala, en los corredores, en las habitaciones, en la cocina, en las dependencias de la servidumbre, en el repartimiento de los esclavos, en el corral, campeaban diversos santos y vírgenes, ángeles y bienaventurados, a cuya custodia estaban confiados los antedichos lugares. Se trataba de verdaderos "dueños" domésticos, y cada uno tenía sus oraciones y su culto particular. Resulta imposible no reconocer en ese ritual casero los rasgos fundamentales del fetichismo. Servidumbre y esclavos, tanto como mantuanos, lo practicaban con un fervor no exento de superstición. Por debajo de las diferencias de clase se mezclaban los caudales de esas creencias comunes, que encontraban culminación en los cíclicos ceremoniales del rito apostólico y romano.

En torno a esa sociedad de santos y de bienaventurados, de vírgenes y de ángeles protectores, se bosquejaba con inquietantes rasgos, la ronda de los espantos y fantasmas que turbaban, en las altas noches, el sueño de nuestros antepasados y alimentaban con sus apariciones terroríficas la conseja popular y las conversaciones de las ayas y de las servidumbres reunidas frente al fogón.

En las ciudades, como en los campos, pululaban los aparecidos, y a ese estado de tensión anímica alucinatorio contribuían el escaso alumbrado que llenaba las sombras de ruidos y de movimientos misteriosos, el sentir atávico, la memoria colectiva, las prohibiciones provenientes de *tabús* ancestrales o bien de prejuicios sociales, las fábulas medievales heredadas, las nociones de higiene equivocadas, las consejas, la presencia de una Naturaleza aún indómita, la soledad de los parajes. De modo que, hasta muy entrado el siglo XIX, en Caracas y en tierra adentro, abundaban los cuentos de aparecidos, de *encantados*, de ánimas en pena, y ellos constituían una parte del saber de la gente, hechos o posibilidades sobrenaturales, una iniciación, en fin, hacia

el más allá. Los espantos de la ciudad de Caracas han dejado el recuerdo de sus manifestaciones en más de una esquina, como las del Rosario, de Candilito, de las Animas, del Cristo, del Muerto. Se decía que en las esquinas de las Dos Pilitas y de Candelaria se veían, de noche, destellos luminosos parecidos a los que parpadeaban al pie del Cerro de Naiguatá. Que en la placita de la Misericordia había un hechizo consistente en que quien la cruzaba después de la media noche no encontraba la salida. Una monja gimiente solía vagar por el Puente de los Suspiros y un carretón fantasma pasaba por la esquina de Punceres. Los noctámbulos retardados corrían el riesgo de toparse, en la Plaza Mayor, con el Enano de la Catedral, el cual se estiraba hasta alcanzar la cúspide de la torre y hablaba con voz cavernosa y terrible.

Cada pueblo, cada localidad, cada laguna, cada fuente, cada mansión, cada calle, cada esquina, cada monte, cada encrucijada, cada camino, cada gruta, cada bosque, cada ruina, contaba con su *encanto,* su *encantado,* su *espanto,* y por lo tanto su *contra.* En las ciudades, las apariciones tenían un carácter fúnebre y generalmente antropomorfo, de hombre o de esqueleto, de monstruo humano, de cadáver andante; así *La Llorona,* la *Sayona,* los *Enanos* de las Catedrales, los *Hermanos* y *Monjas Penitentes,* las *Animas en Pena.* La *Dientona,* el *Anima Sola.* Sin embargo, animales, como la *Mula Maniá* y los *Carretones Fantasmas* que pasaban echando chispas arrastrados por formas indiscernibles pero siempre demoníacas, solían transitar las calles empedradas de las poblaciones silenciosas. La mayoría de esos *espantos* urbanos recorrían también los campos, donde se topaban con muchos otros habitantes fantasmales. Allí era donde se agitaba la gran familia licantrópica y el bestiario fabuloso nacido de magias y leyendas tribales procedentes del terruño o del Africa, de la convivencia íntima entre el hombre de la gleba y los animales, de la actividad agraria regida por las razones de la siembra y de la cosecha — las cuales dependían estrechamente de los fenómenos naturales —, de lo que pudiéramos llamar *imaginación telúrica,* tan cercana al pánico primitivo ante la Naturaleza y sus manifestaciones: lluvias, sequías, vientos, tormentas, crecientes, sismos. *El Salvaje,* suerte de hombre-mono velludo que raptaba a las mujeres solitarias y se las llevaba a un árbol alto y corpulento, donde les lamía la planta de los pies hasta gastarla, para que no pudieran huir, preside con indiscutible autoridad el desfile de los hombres capaces de transformarse en tigre, venado, váquiro, picure y hasta pava montañera. Algunos tenían poderes aún mayores y podían revestir la apariencia del árbol o de cualquier planta. El *Venado de Piedra* vagaba por los montes, donde el *Saucé* y el *Leñador* o el *Hachador* extraviaban a los cazadores y viajeros, el uno con su canto y el otro con los golpes de su herramienta imposibles de localizar y cada vez más internados en la espesura y en la

lejanía. Los correos solían toparse con el *Potro del Demonio.* La identidad del Caballo con las fuerzas del Mal es de muy antigua procedencia europea. La Muerte solía montar un esqueleto caballuno, en las *Danzas Macabras* del Terror del Milenio. Desde los *Cuatro Jinetes del Apocalipsis* hasta *El Mocho de Martín Gala* — "que el que lo monta lo paga" — el caballo presenta el impulso bestial y sexual del ser humano, el Mal desbocado, la pata del Demonio, las orejas burrunas de la Bestia. En Venezuela, la manada caballar maléfica cuenta con toda especie de representantes: *El Caballo Blanco* fantasmal, El *Negro Potro* infernal, la *Mula Maniá,* El *Caballo de la Media Noche,* la montura del *Jinete Descabezado,* la *Caballería de Sombras* que salva a Páez en Barinas, etc.... A estas fabulosas bestias hay que añadir los Toros Encantados, la Danta que cabalga María Lionza, las Aves Agoreras, los Marranos de los aquelarres. Cada laguna tenía su Gran Serpiente acuática que causaba maleficios, cuando no bestias fantásticas como *La Güira,* que al moverse producía temblores y hasta terremotos. Después de las guerras de Independencia empezaron a manifestarse los espantos anunciadores de *entierros,* es decir, de tesoros sepultados por avaricia o porque sus dueños tuvieron que hacerlo antes de huir, aventados por las contiendas civiles y las guerras.

A lo mejor, en los albores del siglo XIX, ya había cristalizado el mito de María Lionza, la divinidad acuática cuyos dominios componen la espesura de los bosques, las grutas, las aguas de las lagunas y remansos. Los animales salvajes obedecen a su influjo; de modo que su montura es una danta. La rodea una corte abigarrada y misteriosa, que tiene trato con los animales de caza, las fuentes, las lluvias, los cerros y cavernas, los vientos, las nubes, las plantas silvestres. Esta substituta venezolana del Gran Pan muestra una naturaleza serena y majestuosa. En cambio, sus más inmediatos súbditos, los *dueños* de las cosas y lugares, parecen más irritables. María Lionza recibe tributo de la Reina Guillermina, la cual resulta una suerte de secretaria suya. Un grupo de Don Juanes sirve de intermediario entre la divinidad suprema y las fuerzas o poderes. Así se cuentan: Don Juan de la Luz, Don Juan del Pensamiento, Don Juan de los Vientos, Don Juan de las Aguas, Don Juan de los Caminos, Don Juan del Odio, Don Juan de los Retiros, etc.... Francisquito oficia de portero. Varias damas de honor la atienden respetuosamente: la Niña María, la Niña Flora, la Niña de las Palmas. Figuran otros personajes secundarios: Juan El Grandote, Ezequías, Jorge Monay. Según Francisco Tamayo — uno de los primeros en estudiar este mito, cuya principal área de extensión está compuesta por los Estados Lara, Yaracuy, Falcón, Portuguesa y Cojedes —, el nombre de María Lionza es una corrupción del de la patrona de Nirgua, la Virgen María de la Onza. Cabe añadir que

Nirgua constituye hoy, uno de los principales centros donde pervive esta tradición.

Como ya lo hemos escrito, creencias y supersticiones, magias y teogonías, cultos a los antepasados y a las fuerzas de la naturaleza, propios de indígenas y de negros africanos, se sumaron al fetichismo y a las devociones católico-peninsulares, en una misma voluntad de suscitar lo sobrenatural, de inventar un misterio telúrico. La vida colonial no puede ser conocida en aspectos sociales y psicológicos fundamentales, si se descarta este impresionante conjunto de creencias sobre el mundo natural y sobrenatural, las cuales deben sumarse a las que se refieren a los ensalmos y conjuros, a los agüeros y adivinaciones, a las enfermedades y curaciones, al uso de las yerbas medicinales, a la higiene personal y colectiva, a la alimentación, al trabajo, al amor, a la muerte, al más allá. Conviene recordar que esta manera de conocer, de sentir, de vivir, no era propia tan sólo de la gente de la plebe y de los siervos, sino también de la que, con palabras de hoy, pudiéramos llamar la clase media, es decir, los artesanos, los manumisos, los pequeños comerciantes, los mercaderes, y de los propios mantuanos, sobre todo las mujeres, a quienes absurdos prejuicios vedaban la instrucción y las posibilidades de exteriorizarse fuera de sus hogares.

Las devociones católicas y las prácticas ceremoniales de éstas encauzaron, hacia el triunfo de la ortodoxia cristiana, los vestigios de magias y religiones africanas o indígenas. De esa conjunción nace el folklore musical, coreográfico, ornamental, material, literario y anímico de nuestro país. Es la única síntesis cultural operada entre las formas de pensar del Viejo y del Nuevo Mundo. Es también la resultante americana más próxima a la *originalidad.* Pero formas culturales propias de la clase dirigente y un concepto europeo de la civilización, se contraponían al desarrollo eventual de este saber, de este conocer popular, de este inventar criollo, de esta interpretación singular de la vida. La Historia imponía su cronología racional. Dentro del mantuano criollo combatían sus creencias telúricas y las formas de pensamiento europeo que explicaban su superioridad, y defendían sus privilegios. Dentro de la sociedad colonial combatían también las clases, aunque aún no hubiese llegado la hora de la guerra. Combatían en fin, sin tregua, *las Venezuelas* que hasta ahora han impedido una integración satisfactoria de la nacionalidad.

Las festividades religiosas, las fechas solemnes, las celebraciones populares, los ritos de la siembra y de la cosecha, reconciliaban momentáneamente esas *Venezuelas* en pugna. Había tiempo para que los esclavos y los siervos se vistieran con atuendos del amo y bailaran hasta la saciedad. Había tiempo para que los negros o los indios se cubrieran de máscaras y disfraces bajo los cuales, volvían a sentirse cerca de sus divinidades. Había tiempo para que las mujeres establecieran gobiernos efímeros y jocosos mientras los hombres

eran arrojados del pueblo. Había tiempo para que se cometieran licencias y se olvidara, por un momento, la dura condición servil, en los excesos del Carnaval. Había tiempo para que en acción de gracias al Redentor, se confundieran en una misma plegaria, mantuanos y plebeyos. Había tiempo para celebrar la alegría de la cosecha cumplida.

Los grandes propietarios, ayudados por los curas de pueblo, permitían y hasta auspiciaban fiestas para sus esclavos y para sus siervos. Con ellas alcanzaban dos objetivos: adoctrinar, cubriendo con el palio de las procesiones, las mascaradas idolátricas de los primitivos, y restablecer un equilibrio anímico que peligraba con la humillación cotidiana, el trabajo obligatorio, la sumisión impuesta. En esas festividades tan útiles para el culto y para el mantenimiento de la esclavitud imperante — muchas de las cuales prolongan sus bullicios hasta nuestros días, aunque cada vez más atenuados — se volcaban el ansia de liberación, el impulso vital reprimido, la necesidad de júbilo compensatorio, la nostalgia de los bienes perdidos, el sentimiento religioso contrariado, las vivencias tribales, el culto a los antepasados, de los hoscos hijos de Cam aventados por la Trata y de los aborígenes compungidos y explotados en obrajes y mitas. En las misiones, los padres trataban de catequizar al indígena a través de sus propios rituales y devociones.

Miguel José Sanz, en el informe sobre la educación colonial que Depons cita en su obra, proclama su descontento por "las prebendas que están fundadas para misas, las dotaciones para la celebración de las fiestas de los santos con tambores y hogueras, las contribuciones piadosas que se recogen para procesiones ridículas y escenas ruidosas...", las cuales tendrían mejor uso si se destinasen a las escuelas y a "la manutención liberal de buenos maestros...".

Los santos y las vírgenes polarizaban aquellas energías populares creadoras de cultura. Las Iglesias, como en la Edad Media, volvían a ocupar el centro de la vida social y espiritual. En torno a ellas todo era procesiones, romerías, ceremoniales, cantos, músicas. La Semana Mayor, la Fiesta de San Juan, las Navidades, señalaban momentos culminantes en el transcurrir de las festividades populares. San Juan, San Pedro, San Antonio, San Isidro, San Benito, la Virgen María, la Virgen de la Candelaria, la Santa Cruz, el Niño Jesús, el Nazareno, Corpus Christi, eran venerados con rituales que si bien expresaban en el fondo un prístino aunque un tanto idolátrico sentimiento religioso, se diferenciaban por la variedad del ceremonial exterior y de los trajes, procesiones, instrumentos, cantos y coreografías, a que daban lugar. Se operaban los más lógicos sincretismos entre los santos católicos y divinidades africanas o indígenas representativas de las mismas *"fuerzas"*. De modo que en Cuba y en el Brasil, donde la Trata se extendió hasta finales del siglo XIX, se establecieron verdaderos sistemas religiosos afro-católicos,

con sus sacerdotes, su culto en lengua original, sus símbolos, su teogonía, sus leyendas, sus representaciones materiales, sus misterios y ritos iniciatorios. Tales el *Ñañiguismo* y la *Santería* en Cuba, el *Vodú* en Haití, la *Macumba, Candomblé* o *Batuque* en el Brasil. Los estudios sumamente variados y sistemáticos llevados a efecto hasta hoy por el grupo de estudiosos de lo Afro-americano, permiten precisar con toda exactitud las diferentes partes que componen esas religiones, así como los sincretismos operados entre divinidades africanas y santos católicos.

Además de las muchas festividades religiosas, bastaba un bautizo, un onomástico o un matrimonio, para que ello diera motivo a solemne celebración. Cuando ocurría el fallecimiento de un recién nacido — un *angelito,* como decían — o simplemente cuando había un velorio, la gente del pueblo acostumbraba efectuar jolgorios y danzas que no siempre merecieron la aprobación de prelados o de mantuanos pudibundos. De modo que en una ordenanza de 1749, citada por Juan José Churión y comentada por Luis Felipe Ramón y Rivera en su libro *El Joropo* (1953), se veía como demasiado sacrílego el que en los velorios o *lloras,* se bailase "casi encima de los cadáveres, como homenaje a los difuntos". Una década más tarde, el Obispo Don Diego Antonio Diez Madroñero que, según Arístides Rojas, quiso convertir a Caracas en un convento, hizo recaer su anatema sobre "los diabólicos bailes, llamados vulgarmente fandangos, sarambeques, danzas de monos y otras semejantes"... porque desviaban "a los fieles de las obras del espíritu, proponiéndoles las de la carne en las próximas ocasiones de pecar" facilitadas, se entiende, por la ejecución de las danzas mencionadas. La Metrópoli, desde hacía tiempo, había dado el ejemplo en eso de condenar los bailes populares, según lo demuestran las prohibiciones que a fines del siglo XVI y a comienzos del XVII recayeron sobre "escarramanes, chaconas, zarabandas, carreterías y cualquier otro semejante a estos, de los cuales se ordena que los tales autores y personas que trajesen en sus compañías no usen en manera alguna, so las penas que adelante irán declarando, y no inventen otros de nuevo semejantes con diferentes nombres". La razón de esa prohibición era que "estos lascivos bailes parece que el Demonio los ha sacado del Infierno... no sintiéndose el estrago en las costumbres y las lascivias y deshonestidades que suavemente bebe la juventud con ponzoña dulce, que por lo menos mata el alma..." (Citas transcritas por Pedro Grases en un trabajo suyo titulado: *Nomenclatura de Bailes y Canciones Hispanoamericanas).*

Desde el siglo XVI, en España, se atribuye el origen de esas danzas lascivas a las Indias. De la península ellas se extendieron por Europa, para regresar a América, a veces ligeramente transformadas. De modo que entre Europa y las Indias se estableció un incesante intercambio de danzas, siendo España y Portugal el punto central de distribución hacia el Viejo o el Nuevo

Mundo. Los *fandangos, chaconas, zarabandas, perramoras, pésame dello, pasacalles, olés, tanas, zambapalos, carreterías, pipirondas, geyumbes, jácaras,* etc., que llenan los anales de la danza en los siglos XVI y XVII, y sobre los cuales pesaron prohibiciones y epítetos infamantes, eran, sin dejar lugar a dudas, el fruto de los cruces operados entre danzas europeas y danzas nacidas en las Indias en las que influyeron particularmente los negros.

Se dice corrientemente — en países como Venezuela — que la cultura ha sido obra de un proceso de fusión entre lo indio, lo europeo y lo africano. Se trata de una frase hecha que no resiste al más ligero análisis en cuanto uno se adentra en los problemas que plantea nuestra cultura. En materia de danzas, por ejemplo, el negro y el español estaban mejor dotados que el indígena y nada tenían que aprender de él. En materia de música, el español sobrepasaba a indios y a africanos. En el aspecto del ritmo, el negro era un maestro consumado. En virtud de tales características, se puede afirmar, sin temor a incurrir en error, que los elementos que influyeron nuestro folklore musical fueron de procedencia española y africana. En materia coreográfica, predominó el negro, con sus danzas innumerables, las cuales, al ser absorbidas parcialmente por el español, dieron lugar al nacimiento de nuevos bailes.

La literatura del Siglo de Oro español abunda en referencias a esas danzas que un Cervantes tildaba, genéricamente, de "indiana amulatada" y un Lope de Vega de "acciones gesticulatorias y movimientos lascivos". Empero, si el español pudo ser influenciado por el negro, también éste lo fue por el hispano. Se estableció entre el sojuzgado y el sojuzgador un proceso de intercambio. Si las viejas danzas se "indianizaron" o más bien "africanizaron", a su vez los esclavos africanos integraban a las suyas, modalidades coreográficas de procedencia europea. Un buen ejemplo es el *zapateo,* que ya forma parte de muchas danzas afro-americanas. Otro ejemplo, en lo que respecta a Venezuela no ya en relación con la danza sino con la cultura misma, serían los cantos y ceremoniales que celebran nuestros negros ante la Santa Cruz, en el mes de mayo, designados con el nombre de *Fulías* (Cantos de velorios). Se puede concluir, pues, señalando que en lo que respecta a Venezuela, la coexistencia de los *toques* y *bailes* de *tambor* y de las danzas españolas, dieron lugar a una síntesis que se operó en los pies del *mulato* — del *indiano* — quien bailó nuevos bailes que ya no eran, ni las danzas de *tambor* ni las antiguas formas coreográficas hispánicas, procedentes del Medievo y bailadas por los españoles a su arribo a Tierra Firme. El aborigen, de piel cobriza, participó muy poco en este proceso. Por otra parte, la aventura de la Conquista lo había casi exterminado. Relegado cada vez más a las profundas selvas o a regiones desoladas, perdido para la vida nacional, su influencia tan sólo se ejerció en otras direcciones culturales: leyendas, cuentos,

curanderismo, plantas medicinales, métodos de cultivo, tejidos, cocina, alfarería.

El Barón de Humboldt y Aimé Bonpland, al igual que cualquiera de los viajeros que recorrieron nuestro país, en los años iniciales del siglo XIX, tuvieron ante la vista esas manifestaciones festivas populares. En su excursión a Araya, Humboldt oyó cantos y vio bailes de negros, y lo consigna en su obra monumental con un estilo digno del mejor novelista romántico de su época: "Cuando al bajar por el río nos aproximamos a las plantaciones o *charas,* vimos los alegres fuegos encendidos por los negros. Elevábase un humo tenue y ondulante hacia la cima de las palmeras, dando un color rojizo al disco de la luna. Era un domingo por la noche, y los esclavos bailaban al son ruidoso y monótono de la guitarra...". Menos grata fue la visión primera que tuvieron de los negros, en Cumaná, desde las ventanas de la casa donde moraban: "Una parte de la plaza mayor está rodeada de arquerías sobre las cuales se prolonga una de esas largas galerías de madera que son frecuentes en todos los países cálidos. Esta disposición servía para la venta de negros traídos de las costas de Africa. Los esclavos ofrecidos a la venta eran jóvenes de quince a veinte años. Todas las mañanas se les distribuía aceite de coco para que se frotasen el cuerpo y diesen a su piel un negro lustroso. A cada momento se presentaban compradores que, por el estado de la dentadura, juzgaban de la edad y la salud de los esclavos, abriéndoles la boca con fuerza, como se hace en los mercados con los caballos. Esta vil costumbre proviene de Africa, como lo prueba el cuadro fiel que acerca de la venta de cristianos esclavos en Argel trazó Cervantes en una de sus obras dramáticas, después de una larga cautividad entre los moros. Es doloroso pensar que hoy mismo existen en las Antillas colonos europeos que marcan sus esclavos con un hierro enrojecido, para reconocerlos cuando se fugan. Así tratan a los que "ahorran a los demás el trabajo de sembrar, labrar y cosechar para vivir"."

No escapará a su don de observación el cortejo carnavalesco entrevisto en una permanencia de tres días en la Hacienda de Bárbula del Marqués del Toro: "Eran días de carnaval. Todo era alborozo. Los juegos en que se ocupan, llamados de *carnestolenda,* toman a veces un carácter algo salvaje. Unos llevan un asno cargado de agua, y donde quiera que hallan una ventana abierta, riegan el interior de las piezas por medio de una jeringa. Otros tienen cucuruchos llenos de pelos de *picapica,* que insuflados causan en la piel una fuerte comezón en la cara de los transeúntes".

Tarea apasionante sería la de abocetar el cuadro lleno de colorido y de animación que hubieron de ofrecer las danzas, los cantos, las festividades populares en aquellos años finales de la Colonia. Numerosas denominaciones de bailes populares se encuentran en textos y referencias, aunque la

investigación sistemática de los Archivos no se haya efectuado hasta ahora; pero, como es sabido, no se debe creer que cada denominación significaba una danza distinta, porque a veces varios nombres, según la localidad, correspondían a un mismo baile. Isabel Aretz, autora de excelentes monografías sobre danzas populares venezolanas, afirma que hacia finales del siglo XVIII, predominaban dos tipos de bailes: los de salón y los regionales. Los mantuanos bailaban el *Minué,* luego la *Contradanza* que, según Ramón y Rivera, "debió llegar a nuestro país con los dirigentes y comisionados principales de la Compañía Guipuzcoana", y en los tiempos fragorosos de la Independencia, las *Cuadrillas,* el *Vals,* el *Rigodón,* más tarde la *Polca,* la *Mazurka* hasta la aparición de la *Habanera,* el *Tango,* el *Pasodoble.* Las danzas y bailes regionales componen un capítulo sumamente complejo por la diversidad de nombres existentes y también por la diversidad de las expresiones coreográficas correspondientes, muchas de las cuales obedecían a un designio y diseño ritual. A lo largo de los siglos XVII y XVIII encontramos las siguientes denominaciones: *Fandango, Zambé, Zambito, Sape, Mochilera, Dengue, Murranga, Bambuco, Zambullidera, Juan Bimbe, Juana Bautista, Pava, Serendengue* o *Siridongo, Bamba, Záfate, Gambullón, Jinga* (hoy *Jinca), Papá Siringué, Papelón, Guachiconga, Solita, Quimbambé, Chapetona, Galerón.* A esta lista hay que añadir el fúnebre *Piquirico,* al que junto con otros aires de la tierra era muy aficionado José Tomás Boves, de modo que puso a bailar a su son, látigo en mano, a las damas de Valencia, la noche de los fusilamientos en que murió Francisco Espejo, y el "xoropo escobillao" que junto con el "jarabe gatuno" mexicano tuvo el honor de ser mencionado en una Real Cédula de mediados del siglo XVIII.

En el conocido *Vejamen* — que el Dr. José Antonio Montenegro hace al Dr. Salvador Delgado, el día 8 de Noviembre de 1801, composición que refleja con exactitud la inspiración popular y la musa burlona criolla, que caracterizan hoy las décimas *Por Argumento* y los versos de *Porfías* — se habla de bailar *folías* y cantar *galerones* al son de una *guitarrilla,* que no puede ser sino el cuatro, pues no tiene bordón.

Entre las denominaciones de bailes populares de aquella época figura la *Burriquita,* que aún aparece en los días carnavalescos. Sea ésta la oportunidad de aducir que en el País Vasco existe un cortejo en el que figura un *Hombre Caballo,* el *Zamalzain,* cuyo atuendo y movimientos recuerdan los de nuestra criolla *Burriquita.* Y ya que nos hemos referido a los vascos, advirtamos que también existe una *Danza de los Bastones,* la *Makhil-dantza,* a la cual se parecen mucho nuestros Paloteos. ¿Y qué pensar de esa *Danza de la Botella* en honor de San Benito que evoca la que celebran aún los vascos, como la *Godalet-dantza,* parte culminante de sus presentaciones folklóricas? Isabel Aretz refiere que en 1947, "durante un viaje de estudio que reali-

zamos a Falcón, un párroco nos ofreció unos viejos cuadernillos manuscritos que muestran cómo circularon en Venezuela músicas y descripciones de danzas como la de los *Espatadantzaris,* el *Baile* de las *Cintas* y el *Baile Zortziko para bailar solo*". Ahora bien, todas las manifestaciones coreográficas mencionadas pertenecen al actual Folklore Vasco. De modo que no sería arriesgado suponer que la presencia de la Guipuzcoana o la de misiones de sacerdotes oriundos de Vizcaya, se tradujo en la aparición de danzas, bailes y ceremonias que se injertaron en el cuerpo de la Cultura Popular venezolana.

En nuestro actual Folklore sobreviven muchas de aquellas expresiones nacidas al calor de la fe, de la existencia patriarcal, del innato impulso que acerca el varón a la hembra, en un juego de esguinces y de entregas, tan antiguo como la especie. Cabe presumir que entonces, con mayor razón que ahora, esas danzas, esas músicas, esas ceremonias, se podían clasificar en dos grandes grupos: las que respondían a un funcionalismo religioso, agrario, ceremonial, y las que tenían simplemente un carácter profano.

Las primeras cumplían una función colectiva trascendente. Se trata de *acciones* y no propiamente de distracciones, que se repetían con carácter cíclico. Además servían como vehículo de acercamiento humano y social. Ese carácter funcional y colectivo resulta particularmente evidente en el actual *Baile de las Turas,* que celebran los descendientes de indios ayamanes y jirajaras, cuando el maíz está *jojoto,* es decir, en proceso de maduración, en una zona limítrofe de los Estados Lara y Falcón compuesta por el Distrito Urdaneta del primero (Siquisique, Bobare, San Miguel, Aguada Grande) y el Distrito Federación del segundo (Churuguara, Mapararí); y los *Cantos de Velorio a la Santa Cruz de Mayo,* generalizados en todo el país que señalan la siembra y la entrada de las lluvias, sin las cuales no pudieran fructificar. Coincidentemente, las *Turas* se integran a los festejos en honor de la Virgen de las Mercedes y los *Velorios de Cruz* al culto de la Virgen María, cuyo mes propiciatorio es precisamente mayo.

Las segundas carecen de esa condición cíclica y religiosa y responden a incitaciones fortuitas como onomásticos, bautizos, matrimonios, parrandas sabatinas o dominicales. Muchos de estos bailes pueden haberse desprendido de un conjunto ceremonial que perdió su vigencia y se fragmentó. Por lo general, se trata de bailes de parejas enlazadas o bien sueltas, en los que predominan el *zapateado,* el *valseado,* o bien movimientos entero-pélvicos, atribuibles a influencias negroides. Sin embargo, cabe recordar que muchos bailes andaluces tienen ese carácter rítmico y ondeante. Las *chaconas* y *fandangos* prohibidos en los siglos XVI y XVII forman parte de una importante familia que cuenta hoy con numerosa descendencia en toda la América Hispana. Cuando la herencia europea resulta más acentuada, tenemos el *jarabe* mexicano, el *gato,* el *triunfo* y la *chacarera* argentinas, la *marinera* peruana, el



COSTA DE LOS TAQUES (PARAGUANÁ)
*(Foto cortesía de Graziano Gasparini)*

*sanjuanito* ecuatoriano, la *cueca* chilena, el *joropo* y el *valse* venezolanos; cuando es mayor la influencia africana, contamos con el *son,* las llamadas *rumbas, congas* y ahora *guaguancos* y *guarachas* cubanos, las *sambas* brasileñas, los *merengues* dominicanos, haitianos y venezolanos, los *calipsos* antillanos.

Al complejo capítulo de las creencias sobrenaturales y de las danzas, sería menester añadir otros no menos importantes, el de los cantos y el de la literatura oral: coplas, romances, décimas, cuentos, cachos, adivinanzas, oraciones, fórmulas mágicas, trabalenguas, refranes. Entre los personajes de la narrativa oral venezolana sobresalen Pedro Rimales y Tío Conejo. El primero, según lo explica Gustavo Luis Carrera, es "Pedro de Urdemalas, personaje de significativo nombre de la tradición oral española, muy conocido desde el siglo XVI. Después de servir de inspiración a notables escritores españoles de los Siglos de Oro — entre ellos a Cervantes — Pedro de Urdemalas llegó a América, con su inagotable equipaje de astucias y travesuras". En Venezuela se llamó Pedro Rimales. En cuanto a Tío Conejo, brota directamente de los cuentos de animales a los que eran aficionados los negros africanos. De modo que estos datos precisan el origen de estos héroes de la *viveza,* tan gratos al pueblo venezolano, así como las circunstancias de su arribo a nuestras costas. Vinieron con los negros de la Trata y con los descubridores. Se pudiera hablar también sobre el Teatro Popular. Pero el propósito de este trabajo no es el de exponer las manifestaciones folklóricas venezolanas, sino el de valorar las transformaciones habidas desde la Independencia hasta nuestros días y conocer la orientación conceptual, emotiva, funcional, social, de nuestros procesos culturales. De modo que semejante exposición nos alejaría demasiado de esa finalidad. No obstante, se imponen ciertas apreciaciones sobre dos hechos relacionados profundamente con la existencia de la Cultura Popular. Me refiero a la evolución general seguida por ésta y al estado de las investigaciones sobre semejante materia.

Las guerras, por una parte, con el empobrecimiento de las poblaciones y la destrucción del orden social colonial que descansaba sobre los privilegios de clase, la mano de obra servil y la gran propiedad, y por la otra, la aparición del petróleo, que modificó sustancialmente los medios de producción y la economía venezolana, tuvieron repercusiones sensibles sobre la Cultura Popular, vale decir, el Folklore. Bajo el impacto de las guerras igualitaristas, de la democracia del campamento, de los ascensos ganados en la primera línea de fuego, se derrumbó progresivamente la sociedad colonial y el mantuanaje perdió su condición de clase privilegiada. No obstante, el latifundio persistió, pero en otras manos, las del caudillo militar brotado de las filas de la facción. La esclavitud fue abolida, pero el peón siguió sometido a salarios mínimos y a dependencias insuperables. La vida doméstica no tuvo más

un sabor patriarcal, pero la autoridad paterna continuó imperando sobre la mujer y los hijos. De modo que la Independencia trajo un cambio sustancial en las Instituciones políticas y administrativas, pero no modificó el régimen económico de propiedad y trabajo de la tierra, lo cual se tradujo en una persistencia del folklore agrario pero un tanto perturbado por las matanzas y las interminables reclutas. Nuevos valores, sin embargo, se integraron a él: las alusiones a la Independencia, a las guerras civiles, a los alzamientos, a los caudillos, a las hazañas famosas. Hubo canciones patrióticas y realistas. A la *Carmañola Americana,* en que se increpa al Rey y se le trata de "infame", de "monstruo cruel y horrendo" que "hace trescientos años", "con furor devoras a los americanos", contestarán más tarde, en 1814, décimas como ésta de indudable sabor popular:

*"Bolívar, cruel Nerón*
*este Herodes sin segundo*
*quiere arruinar este mundo*
*y también la Religión.*
*Salga todo chapetón,*
*salga todo ciudadano,*
*salga, en fin el buen cristiano,*
*a cumplir con su deber*
*hasta que logremos ver*
*la muerte de este tirano".*

Por lo tanto, la musa popular se renovó con estas motivaciones sin cambiar en nada sus estructuras formales. Algunas danzas colectivas con carácter teatral reflejaron las contiendas civiles. Así, la *Parranda de la Esclava María Ignacia,* de antiguo abolengo colonial, como lo ponen de manifiesto determinados rasgos cuales el disfraz de *amo* que tienen los danzantes y la condición misma del personaje central, comparsa que hasta hace poco salía el día de San Pedro en la población de Guatire, sufrió una innovación en tiempo de las guerras entre godos y liberales, a saber, la adición de dos muchachos trajeados de rojo y amarillo a quienes llamaban *tucusos* y que ostentaban los colores de los partidos en pugna.

Otro factor que hubo de transformar el espíritu de muchas ceremonias folklóricas fue la pérdida de influencia de la Iglesia después de la Independencia y de la Guerra Federal. El representante del Poder Civil pasó por encima del Cura, mientras el Amo desaparecía paulatinamente. Lo que era sociedad de mutuo auxilio entre esclavos y siervos se convirtió en agrupación para organizar festejos de algún santo patrón municipal. Sin embargo, durante casi todo el siglo XIX persistieron los ritos y los bailes populares

así como el impresionante y contagioso cuerpo de las creencias anímicas. Tan sólo entrado el siglo XX, con el desarrollo de la industria petrolera, empezó nuestro Folklore a empobrecerse y a morir.

La aparición del petróleo señaló una nueva era en la vida venezolana. Su revolución abarcó todos los campos de la realidad social y económica. El gradual aumento de los Presupuestos Nacional y Estadales y la entrada de divisas permitió la expansión de las obras públicas. La apertura de vías de penetración y de carreteras puso término a los caciquismos lugareños que apadrinaban muchas veces usos y costumbres locales, *parrandas* de peonadas sumisas, y acabó con el aislamiento de muchas poblaciones, gracias al cual se mantenían tradiciones coloniales. Se iniciaron las migraciones internas. Los campesinos dejaron las haciendas y sembradíos, atraídos por los espejismos de las capitales o los salarios de la naciente industria petrolera. La agricultura estuvo a punto de extinguirse y por lo tanto las culturas del agro con su secuela de supersticiones, prácticas y ritos. Las técnicas del aceite abrieron nuevas perspectivas al trabajo, al artesanado, a la actividad social. El desarrollo simultáneo de la radiodifusión, de los aparatos para oír música grabada en discos, del cine, polarizaron hacia otros mundos y otras expresiones el sentimiento de las gentes. Las *rocolas* o *sinfonolas* contemporáneas le están asestando el golpe de gracia a nuestro folklore musical. Por otra parte, al desaparecer la actividad agraria fundamental, el rito se vacía de su fervor original. Pronto se queda en letra muerta hasta que se extingue. Ayer se quería auspiciar la buena siembra y las lluvias beneficiosas con cantos y danzas. Ahora se comprende que la solución está en un plan de irrigación racional y sistemático. Ayer la cosecha cumplida daba lugar a grandes regocijos. Ahora los tractores cumplen una parte del trabajo, reduciendo la participación humana y aislando los unos de los otros a los hombres que cosechan. Finalmente, la extensión masiva de la instrucción primaria destruye supersticiones ancestrales y temores, torna innecesarias o vanas muchas acciones rituales. Al desaparecer el creador o mantenedor del Folklore, éste periclita rápidamente. En definitiva, la Cultura Popular venezolana ha perdido su carácter *funcional* para evolucionar hacia nuevas posibilidades. El conocimiento propio del hombre creador de folklore es más bien de tipo ecuménico, aspira a transmitirse por vía oral, en acción vital, y actúa por contagio, fervor, participación, impregnación. En la actualidad el hombre del pueblo que canta o baila lo hace más bien en función del valor expresivo individual, júbilo personal, búsqueda de un triunfo, de un modo de sobresalir, sentimientos que substituyen la inspiración litúrgica colectiva. La ciudad con sus técnicas matiza y mestiza las antiguas expresiones del agro, por lo menos las que pueden responder a sus necesidades ávidas de sensaciones y originalidad, no siempre para mejorarlas, pero suscita de todos modos un estímulo mediante

el cual aquellas, una vez adaptadas a sus nuevas funciones, pueden remozarse y aspirar a una proyección universal. La civilización contemporánea no ha acabado con las danzas españolas ni con la inspiración rítmica de los músicos populares brasileños o cubanos. El folklore mexicano ha dado lugar a admirables intérpretes que, al pasearlo por el mundo en espectáculos de primer orden, le dieron universalidad. El folklore venezolano atraviesa por una crisis, pero nadie puede predecir si ella se resolverá en proyección universal o en agonía y cursilería criolla.

II

## COSTUMBRISTAS E INVESTIGADORES DEL FOLKLORE

EN LOS ULTIMOS quince años, la investigación del Folklore venezolano dejó de ser aventura de pioneros para disciplinarse en labor sistemática de especialistas. El paso definitivo que auspició ese desarrollo fue la creación, el 30 de octubre de 1946, por Decreto de la Junta Revolucionaria de Gobierno que presidía Rómulo Betancourt, del Servicio de Investigaciones Folklóricas Nacionales, dependiente de la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación. En 1953, ese Servicio fue elevado a la categoría de Instituto con que hoy se le distingue. Pero su presupuesto como su funcionamiento siguen dependiendo del Ministerio de Educación.

Se ha dicho que los costumbristas fueron nuestros primeros folkloristas. Nos parecería más acertado decir que los investigadores de nuestro Folklore encuentran datos valiosos en la obra de los costumbristas. Cuando Juan Manuel Cagigal (1803-1853) distrae parte de su tiempo para describir, a través de páginas vivas, las costumbres y la mentalidad atrasadas de sus compatriotas y por ende cierto color local y cierto pintoresquismo que nos aproxima al Folklore, no piensa en salvar para la posteridad esas características, muchas de las cuales más bien zahiere, sino en suscitar una crisis de conciencia para que reaccionen contra ellas. Sin embargo, se impone rendir tributo a esos venezolanos que se preocuparon por *ver* nuestra realidad, por describir lo que para muchos ideólogos y juristas, cotorras de sociedad y caballeros de frac, no pasaba de ser una aberración de la plebe. En toda obra de costumbrista hay un propósito más o menos logrado de criticar la sociedad de la que forman parte, extraviada por los atajos y despeñaderos de las ambiciones políticas y del utilitarismo florecidos al amparo de las primeras autocracias, o entre los espejismos que arrojan sobre nuestro país tropical las truculencias folletinescas y el abigarramiento, no siempre de buen gusto, del drama romántico europeo. Los costumbristas van a ser los *realistas* de esa sociedad incipiente que, apenas salida de las guerras, va a parar en las dictaduras. Ellos se sitúan entre los publicistas de la Independencia y los escritores de ficción por venir. Anuncian el fin de la epopeya y el principio de la nove-

lística. Eduardo Blanco (1838-1912), mejor que cualquier otro, expresa esa pugna, pues contó la epopeya en *Venezuela Heroica* (1875) y noveló a Venezuela, en *Zárate* (1882), su mejor libro. Además, rindió tributo al folletín y al drama romántico en obras como *Una Noche en Ferrara, Fauvette* y *Lion-Fort.*

Pioneros del costumbrismo, fueron el sabio matemático y pintor Juan Manuel Cagigal, y un contemporáneo suyo, Luis Delgado Correa, escritor y editor del mensuario *El Mosaico,* que apareció entre 1854 y 1857, en el cual colaboraron Rafael María Baralt, Fermín Toro, Cagigal, Eduardo Calcaño, José Heriberto García, además del propio Delgado Correa. Significativo resulta el lema que ostenta esta revista consistente en el siguiente pensamiento de Napoleón, sobre todo si tomamos en cuenta que imperaba la autocracia de los Generales hermanos José Tadeo y José Gregorio Monagas: "No hay en el mundo sino dos poderes: el de las letras y el del sable. Al fin de la jornada las letras vencen al sable". Las crónicas costumbristas de Delgado Correa, dispersas en las diferentes entregas de *El Mosaico,* captan escenas de la vida caraqueña en esa época. Con Daniel Mendoza, nacido en Calabozo, en 1823, la provincia irrumpe en la crónica costumbrista, asumiendo los rasgos tipificados del llanero Palmarote, y expresándose en los diálogos de la obra en que se le pone a actuar: *Un Llanero en la Capital.* Las descripciones de Mendoza no se reducen al tradicionalismo llanero, pues también escribió sabrosas crónicas sobre la vida caraqueña.

Animado por semejantes propósitos críticos y costumbristas, enriquecieron ese género: Francisco de Sales Pérez (1836-1916), cuya crónica *Las Bolas* no ha perdido actualidad; Nicanor Bolet Peraza (1838-1906), nacido en Barcelona, matemático, pedagogo, político, polemista y escritor prolífico, quien, entre las muchas publicaciones acaudilladas por él durante su agitada existencia combativa, fundó y dirigió *La Tribuna Liberal* y la revista *Las Tres Américas,* esta última impresa y redactada en Nueva York. Rubén Darío, adolescente, colaboró en esa publicación. La obra costumbrista de Bolet Peraza está contenida en sus *Cuadros Caraqueños* y *Cartas Gredalenses.* Más tarde, Tosta García, nacido en Caracas hacia 1845; Rafael Bolívar Alvarez, fallecido en 1900 y autor de varias obras atribuidas a veces a Rafael Bolívar Coronado (1884-1924), a quien, en cambio, le restaron la paternidad de *El Llanero* para dársela a Daniel Mendoza, hasta que, en 1952, el escritor Oscar Sambrano Urdaneta restableció la verdad; Eugenio Méndez y Mendoza, nacido en Caracas en 1857 y fallecido en esa misma ciudad, en 1903; Miguel Mármol, cuyo seudónimo era Jabino, y Delfín Aurelio Aguilera, autor de *Memorias de un Prócer de la Federación Boba,* mantienen la tradición costumbrista hasta entrado el siglo XX. Sin embargo, a quien corresponde el mérito de ser llamado nuestro primer folklorista es a Arístides

Rojas, gran figura procera de nuestras letras, *diletanti* genial, cuya obra verdaderamente ejemplar abarca la Historia, la Literatura, las Tradiciones y Leyendas, las Ciencias Naturales, la Geografía, la Arqueología, el Folklore, entendido ya como disciplina propia, como campo de investigación específica. De modo que, hacia 1889, en la Revista *Ciencias y Letras,* este Maestro de venezolanidad, con motivo de publicar una recopilación de versos populares, invitaba en estos términos a la tarea de investigación: "El ensanche del folklore venezolano necesita de la juventud entusiasta, en cuyas filas pido un rincón". Arístides Rojas contaba para esa época 63 años. La verdadera juventud está en el espíritu, en la voluntad desinteresada y generosa de servir a la belleza y a cumplimientos culturales superiores, y no en la agitación rencorosa y en la ambición inextinguible de poder político, como suelen sentirla, desde los orígenes de nuestras guerras civiles, jóvenes que tan sólo lograron serlo en razón de su fecha de nacimiento. Con Arístides Rojas aparece, pues, la denominación *folklore* y el propósito de objetividad en la investigación de usos y costumbres. Ya no es el interés crítico el que le guía, sino el de acopiar materiales genuinos destinados a ser sometidos, más tarde, al análisis y clasificación que faciliten su conocimiento y sus utilizaciones. Arístides Rojas nació en 1826 y falleció en 1894. Su obra resulta contemporánea de la de los costumbristas, pero se diferencia de ellos en su *apoliticismo,* tan poco usual en países literalmente devorados y deformados por la política como el nuestro.

El sabio alemán Adolfo Ernst (1832-1899), fundador de las ciencias naturales en Venezuela, respetable representante de Europa sembrado en América y de un humanismo científico que tiende cada día más a perderse, efectuó las primeras recopilaciones de versos recogidos directamente de los labios del pueblo. A ellas se refirió Arístides Rojas en más de una ocasión. Tulio Febres Cordero (1860-1938), reunió leyendas indígenas, un tanto engalanadas literariamente por sus dones de escritor, y datos sobre la cocina criolla. Lisandro Alvarado (1858-1929), singular personalidad que recuerda a Simón Rodríguez por lo andariego de su destino y la voluntad de confundirse en una existencia anónima con el hombre común, pese a una cultura de indudable jerarquía intelectual, dejó en sus *Glosarios* del Bajo Español y de Voces indígenas, innumerables datos relacionados con denominaciones de bailes, ceremonias e instrumentos populares. Además, según lo han dado a entender algunos conocedores de su vida y de su rara inteligencia, solía escribir composiciones del más puro y fidedigno sabor folklórico, las cuales consignaba en redacciones de revistas, como anónimas y recogidas en sus correrías por Venezuela. Así se le atribuye, con razón o sin ella, *El Galerón de Ño Marcos,* publicado en *Cultura Venezolana* y revelador de una intensidad de sentimientos y un vigor expresivos pocas veces igualados en la cante-

ría popular. Tengamos presente que aunque anónimo, el folklore tiene autor y suele modificarse gracias a la virtud interpretativa de quienes lo practican. Con José Eustaquio Machado, historiador, polígrafo, fundador del *Boletín de la Biblioteca Nacional,* cuya dirección ejerció durante muchos años, aparecen para ese entonces, las más importantes recopilaciones del cancionero popular: *Centón Lírico* (1920), que contiene corridos y décimas patriotas y realistas de la Guerra de la Independencia, *Viejos Cantos y Viejos Cantores* (1921), *Cancionero Popular Venezolano* (1922). Aunque presentados sin las indicaciones que requiere en la actualidad ese tipo de investigación, las recopilaciones de Machado constituyen aportes fundamentales al conocimiento de la poesía popular tradicional de nuestro país. Machado señala un hito en esa marcha hacia un desarrollo cada vez más completo de las investigaciones del Folklore venezolano. Eloy G. González dictó un Curso sobre Folklore, algunos de cuyos capítulos fueron publicados en el *Boletín de la Academia de la Historia,* N° 88, Tomo XXII, octubre-diciembre 1939, que ponen de manifiesto no solamente el interés de este historiador por esa materia, sino también la excelente preparación sociológica que acusaba. Ramón de la Plaza tuvo el mérito de intentar las primeras transcripciones musicales de nuestro Folklore, las cuales figuran bajo el título de *Aires Nacionales de la República de los EE. UU. de Venezuela,* en su libro *Ensayos sobre el Arte en Venezuela.* Esas transcripciones, así como las denominaciones que les corresponden, dejan mucho que desear en materia de exactitud y rigor informativo, pero de todos modos inauguran una investigación que culminará más tarde con las grabaciones de esos aires en discos y en cintas magnéticas.

Después del Padre José Gumilla, S. J. (1687-1750), misionero en el Orinoco, Meta y Casanare, muchos autores se ocuparon de temas etnológicos, arqueológicos e indigenistas. Entre ellos hay que mencionar a Julio C. Salas (1870-1932), a Lisandro Alvarado, a Alfredo Jahn, además de Adolfo Ernst y Arístides Rojas. En ciertos aspectos las investigaciones indigenistas y las folklóricas se complementan, razón por la cual debemos hacer referencia a ellas.

Después de José E. Machado y de Eloy G. González, empieza a acelerarse el proceso indagatorio de la Cultura Popular. José Antonio Calcaño, en 1939, recoge su experiencia de musicólogo en una obra publicada en los Cuadernos de la Asociación de Escritores Venezolanos, titulada: *Contribución al Estudio de la Música en Venezuela.* Francisco Tamayo, en diversas publicaciones, consigna datos y resultados obtenidos en sus giras como botánico y geólogo por las tierras de Venezuela y de su provincia nativa, el Estado Lara. Discípulo de Henri Pittier, suizo de origen pero venezolano de corazón, sabio que consagró su vida al estudio de nuestra Fauna y de nuestra Flora, Francisco Tamayo se acercó al mundo de la Cultura Popular investido de

ese humanismo científico al cual hicimos referencia en relación con Ernst. Fue el primero en estudiar el Mito de María Lionza, y su interés despertó el de hombres más jóvenes que él, como quien esto suscribe. Fue Francisco Tamayo quien nos puso en el camino de la investigación de nuestra Cultura Popular, y nos es grato recordarlo en este recuento somero de nombres y de obras relacionadas con esa indagación.

Después de la muerte de Juan Vicente Gómez, aumentó el interés por las expresiones folklóricas venezolanas. Al mismo tiempo intensificábanse las investigaciones arqueológicas, que habían tenido en Rafael Requena, autor de una obra harto discutida: *Vestigios de la Atlántida,* un cultor apasionado e imaginativo. El grupo del Museo de Ciencias Naturales, con Walter Dupouy y José María Cruxent a la cabeza, con colaboradores como los que integraban la seccional de la Sociedad Interamericana de Antropología y Sociología, cuya revista *Acta Venezolana* cumplió una gran labor, sistematizó estudios e investigaciones en torno al pasado precolombino venezolano. En la actualidad, Walter Dupouy ha volcado su devoción por esa materia y su indiscutible capacidad de organizador en la Comisión Indigenista dependiente del Ministerio de Justicia, la cual publica una importante revista y bien documentadas monografías. Se impone recordar que Antonio Requena, hijo del excavador de la cultura Tacarigua, prestó su eficiente contribución en los lineamientos de una Antropología Física de los indígenas venezolanos. No sería posible concluir este recuento sin mencionar a Gilberto Antolínez, autor de un libro fascinante titulado *Hacia el Indio y su Mundo* (1946) y de importantísimos trabajos sobre mitologías y teogonías orinoco-amazónicas. En el campo del Folklore, Antolínez ha contribuido a su enriquecimiento con estudios sobre leyendas, mitos, encantados, magias, tratando de establecer sus filiaciones universales y sus ramificaciones americanas.

Antes de la creación del Servicio de Investigaciones Folklóricas Nacionales, llamado a centralizar y a propulsar el estudio de la Cultura Popular, hubo iniciativas aisladas propias de sociedades privadas como la Sociedad de Ciencias Naturales de La Salle, o de personalidades como el intelectual larense Pedro Montesinos, fallecido en 1938; Rafael Olivares Figueroa, literato, poeta, pedagogo, que reunió colecciones abundantes de poesía popular, adivinanzas, cuentos, cachos, trabalenguas, publicadas en parte por el Ministerio de Educación en dos tomos, en 1948 y 1954, respectivamente, y autor de *Diversiones Pascuales en Oriente* (1949), que lleva dos ediciones y ofrece valiosos datos referentes a manifestaciones populares poco estudiadas hasta ese momento; Víctor M. Ovalles, uno de los últimos costumbristas venezolanos, con vocación de folklorista, como lo demuestran sus colecciones de refranes.

En torno al Servicio de Investigaciones Folklóricas Nacionales que nos

correspondió dirigir durante los dos primeros años de su fundación, se agrupó un equipo de primer orden, al cual se le deben, sin duda alguna, las primeras investigaciones y recopilaciones de materiales folklóricos venezolanos, llevadas a efecto mediante técnicas modernas, como la grabación en discos y en cintas magnéticas, la fotografía, el cine, y, cuando ello era posible, la adquisición directa de instrumentos, trajes y objetos, con miras a la fundación del Museo de Cultura Popular Venezolana. Esa recopilación, desde un principio, no se ciñó al rumbo de los caprichos personales o a las circunstancias fortuitas, como sucedía con las búsquedas de nuestros pioneros, sino a planificaciones por región, por familias y por afinidades. De modo que poco a poco, en los años que median entre octubre de 1946, fecha de la fundación del Servicio, y este de 1961, fue naciendo y precisando sus contornos y detalles el mapa de nuestra Cultura Popular. Francisco Carreño y, después, Luis Felipe Ramón y Rivera, bajo cuya gestión pasó a llamarse Instituto de Folklore, ejercieron la dirección de ese organismo, que posee en la actualidad las colecciones más importantes y mejor clasificadas de materiales folklóricos venezolanos.

Es muy poco ya lo que queda por descubrir en relación con las especies y familias más importantes del Folklore musical, coreográfico, ceremonial, literario, material y anímico. El Archivo existente puede ser aumentado, pero en alguna de las ramificaciones ya establecidas. La etapa de descubrimiento, exploración y recopilación de materiales básicos está ya cumplida. Las rutas están abiertas, las encrucijadas señaladas, con sus direcciones divergentes. Aunque en materia de Cultura Popular resulta siempre indispensable el trabajo de campo, el actual desarrollo de las colecciones que guarda el Instituto de Folklore, torna posible la indagación y el análisis de ellas con miras a la interpretación, la elaboración de teorías generales esclarecedoras con respecto al proceso de formación de nuestra cultura y la utilización con fines de creación artística.

En los 15 años que lleva funcionando esta Institución, se impone citar entre sus fundadores y principales investigadores a Isabel Aretz y a Luis Felipe Ramón y Rivera, su actual director, a Abel Vallmitjana, a Francisco Carreño y a Miguel Cardona, a Juan Pablo Sojo, a Modesta Bor, y en la actualidad a Abilio Reyes, a Gustavo Luis Carrera, a Pilar Almoina de Carrera. La obra más importante desde el punto de vista bibliográfico y de especialización, es la de los esposos Isabel Aretz y Luis Felipe Ramón y Rivera. Isabel Aretz fue invitada como asesora, desde los principios mismos de la organización del Servicio de Folklore, en 1946. Venía del Instituto de Musicología Nativa de Buenos Aires, dirigido por Carlos Vega. Su contribución a la estructuración de esa entidad resulta fundamental. Pero la gestión de Isabel Aretz abarca no solamente la clasificación de materiales, sino la investigación de campo y la divulgación escrita. Ha publicado trabajos sobresa-

lientes, en relación con el Folklore Venezolano, entre los cuales mencionaremos: *El Tamunangue* (1956) y *Manual de Folklore Venezolano* (1957). Luis Felipe Ramón y Rivera estudió métodos de investigación musicológica en el mismo Instituto bonaerense, becado por el gobierno de Venezuela. Desde la fundación del Servicio regresó a su país y tuvo a su cargo el Archivo de Música Folklórica en ese organismo. Es el actual Director del Instituto de Folklore. A su pluma y a su gran capacidad de trabajo se deben instructivas monografías como *La Polifonía Popular de Venezuela* (1949), *El Joropo, Baile Nacional de Venezuela* (1953), *Cantos de Trabajo del Pueblo Venezolano* (1955). Francisco Carreño y Abel Vallmitjana fueron, respectivamente, Director y Subdirector del Servicio. Contribuyeron a su fundación, en las etapas iniciales, en las que Vallmitjana ocupó ese cargo. Un valioso estudio sobre el *Maremare* y una recopilación de Cantos del Oriente venezolano recuerdan sus actuaciones como folkloristas, ya que en la actualidad Vallmitjana se ha dedicado a las Artes Plásticas, en las que sobresale, y Carreño a la enseñanza de la Música. Miguel Cardona tuvo a su cargo la Sección de Folklore Material, desde el momento mismo en que ésta fue creada, y a lo largo de los 15 años de su actuación, ha publicado numerosos trabajos referentes a aspectos peculiares de la Cultura Popular: Oraciones Mágicas y Nombres de Vehículos de Transporte, Prácticas de Curación y Medicina Popular, Juegos infantiles (La Señorita o La Gerigonza del Siglo XVI), Creencias y Supersticiones, Cocina y Dulcería, Ceremonias Tradicionales de Velorio y Entierro, Tocado de las Mujeres, etc. Muchos de esos temas habían merecido el despierto interés de una personalidad brillante y profundamente criolla, fallecida prematuramente en Caracas, (en 1948): el escritor Juan Pablo Sojo, nacido en el pueblo negro de Curiepe. Juan Pablo Sojo se interesó por los temas afro-venezolanos, por las costumbres, por la ficción literaria, por las disciplinas folklóricas. Recogió materiales de primer orden y era él mismo un Archivo viviente de conocimiento ecuménico popular, doblado de un talento de escritor lleno de inventiva y vigor. Dejó un folleto: *Temas y Apuntes Afro-Venezolanos* (1943), una novela *Nochebuena Negra* y ensayos recogidos en diversas publicaciones venezolanas, como la *Revista Venezolana de Folklore, El Farol,* las páginas literarias del extinto diario *El País,* de *El Nacional,* la *Revista Nacional de Cultura.* El nuevo equipo del Instituto de Folklore cuenta entre sus filas a Gustavo Luis Carrera, hombre de letras, con sensibilidad despierta y criterio objetivo, con vocación de estudio; a Pilar Almoina de Carrera, Conservadora del Museo de Arte Popular, y al Profesor de Danzas Folklóricas Abilio Reyes. Nada puede representar mejor la capacidad de ese equipo que la colección del *Boletín del Instituto de Folklore* y *Panorama del Folklore Venezolano* a cargo de Isabel Aretz, Miguel

Cardona, Luis Felipe Ramón y Rivera y Gustavo Luis Carrera, publicado en la Biblioteca de Cultura Universitaria, en 1959.

Paralelamente a las actividades del organismo oficial que hemos mencionado, o bien en conjunción con él, otras individualidades o agrupaciones han contribuido al conocimiento cada vez más profundo de nuestra Cultura Popular. En el Instituto de Antropología y Geografía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Caracas se ha destacado Miguel Acosta Saignes, quien estudió esas disciplinas en México. Sus trabajos referentes a temas folklóricos sobresalen por la rigurosa metodología que usa y por las certeras conclusiones que alcanza. Mente organizada, hombre de amplios conocimientos, Acosta Saignes ha contribuido no solamente a despertar interés por las Ciencias Antropológicas, sino a esclarecer determinadas perspectivas folklóricas. Su trabajo sobre *Las Turas* se impone por méritos propios (1949). Se le debe la recopilación y publicación de un conjunto de décimas de Carlos Rojas, un llanero apureño de 50 años, así como estudios insertos en muchas publicaciones, entre ellas el *Archivo Venezolano de Folklore* de la Facultad de Humanidades de la Universidad Central.

Luis Arturo Domínguez inició sus búsquedas en 1947, al calor del Servicio de Folklore al cual cedió sus colecciones, como lo habían hecho Carreño, Vallmitjana y el que esto escribe. Desde entonces ha publicado artículos y libros sobre esos temas: *Velorio de Angelito* (1955) y *El Polo Coriano y sus Variedades* (1956). Pedro Grases, catalán radicado en Venezuela desde 1937 y a cuya eficiencia y apasionado interés por nuestra historia literaria y política debemos las más importantes recopilaciones y reediciones hechas en nuestro país hasta el día de hoy, se apartó a veces de sus indagaciones bibliográficas y poligráficas, para rozar temas afines al Folklore. Dos textos suyos merecen mención: *Nomenclatura de Bailes y Canciones en Hispanoamérica* y *Galerón en Tierra Firme*, los cuales figuran en la primera y en la segunda y última entrega de la fenecida *Revista Venezolana de Folklore* (enero-junio y julio-diciembre de 1947), órgano del Servicio de Investigaciones Folklóricas Nacionales. De manera eventual, algunas personas han publicado libros, folletos, ensayos, recopilaciones, que constituyen inesperadas y valiosas aportaciones: así, *Refranes que se Oyen y Dicen en Venezuela* por Santos Ermini Arismendi; *El Juego del Papagayo,* por Santiago Key Ayala; *Descripción de un Velorio de Mayo,* por F. Gustavo Chacín; *Cantares de Venezuela,* por Francisco Vera Izquierdo; las *Décimas* de Cruz Avila, auténtico decimista popular; *Poesía Popular Venezolana* (Ediciones Suma, 1943), por el suscrito; *Cazorla,* por Francisco José Monroy, quien, después de este informe médico-social, dio publicidad a algunos materiales recogidos por él durante esa gestión sanitaria; *Observaciones sobre el Cancionero Popular Venezolano,* por Enrique Planchart, y *Viejos Romances Españoles en la*

*Tradición Popular Venezolana,* por Isaac J. Pardo, insertos, el primero, en *Cultura Venezolana* (Nos. 28 y 29, agosto de 1921), y el segundo, en la *Revista Nacional de Cultura* (Nº 36, enero-febrero 1948).

Lo expuesto hasta ahora demuestra que los estudios del Folklore han alcanzado en Venezuela un maduro desarrollo. Esto acontece cuando precisamente la economía petrolera, el tecnicismo, los medios audio-visuales, el maquinismo, amenazan destruir su integridad ya sumamente debilitada. El Folklore no es sino sentir popular, creación de formas de entendimiento con la fauna, la flora, el clima, el suelo. En síntesis: cultura espontánea. Es también acto de civilización. Es cotidiana historia. Hacia ese cuerpo de viva pasión, de memoria, de hallazgos, de invenciones, acuden hoy, acudirán mañana, muchas veces, mas siempre, todos aquellos que quieren buscar la *originalidad* americana, lo nacido del encuentro del hombre con la tierra recién descubierta, el sabor de las cosas recién creadas, las raíces sepultadas de un árbol muy antiguo — a lo mejor manzano del Paraíso perdido —, las obras del pueblo anónimo, el genio nacional, la Venezuela ecuménica y conformada por el aliento de la Naturaleza.

III

## INSTRUCCION Y EDUCACION. 1830 a 1961.

NO CONSTITUYE novedad alguna declarar que la sociedad colonial descansaba sobre la desigualdad entre las clases. Esa desigualdad tendía a ser racial y económica. Los llamados luego *mantuanos,* es decir, los propietarios de haciendas y fundos, los Grandes Cacaos, gozaban de privilegios considerables, poseían dinero y ejercían la autoridad municipal, a través de Cabildos o Ayuntamientos. Las distinciones y los cargos dependerían no solamente de la fortuna, sino también de la limpieza de sangre. "El color era una marca perenne de inferioridad", advierte Gil Fortoul, y añade: "Los blancos, dueños de la tierra por los repartimientos, de los indios por las encomiendas y de los negros en las minas y labranzas, veían con mal disimulado temor la multiplicación de la clase mestiza, y se opusieron siempre a sus pretensiones hasta en la víspera de la revolución". Esos mestizos eran los llamados pardos. El mantuanaje, compuesto principalmente por españoles nacidos en América, se complacía en establecer complicadas nomenclaturas en los cruces operados entre blancos, indios y negros, hasta el punto de crear un barrera aislacionista que, felizmente, el ardor tropical solía agrietar. Sin embargo, Sebastián de Miranda, Padre del Precursor, y Juan Germán Roscio tuvieron que librar duras batallas en varias ocasiones, el primero para justificar el porte del uniforme y del bastón correspondiente al rango de capitán de milicias, y el segundo para ingresar en el Colegio de Abogados, porque los mantuanos temían que la sangre de estos criollos no estuviese exenta de ciertas denigrantes mezclas con los pardos. No obstante, el ser blanco no implicaba de por sí la riqueza; de modo que Humboldt conoció a un zapatero de raza castellana que vivía con los pardos a orillas de la Laguna de Araya y "se quejaba de que por la carestía de pólvora en Europa, un hombre de su calidad se veía reducido a usar de las mismas armas que los indios". Humboldt le encontró tendiendo la cuerda de su arco y aguzando las flechas. Despreciaba las riquezas, conocía el uso de las plantas, anunciaba los cambios meteorológicos, citaba de memoria el Libro de Job y cifraba sus ambiciones en la adquisición de un asno robusto capaz de llevar buenas cargas de banano. Era un descastado. El mismo Humboldt refiere otro encuentro demostrativo de los prejuicios de sangre existentes.

Fue el que tuvo en los valles de Aragua con un viejo sargento, natural de Murcia, que para demostrarle que había estudiado con los jesuítas, le recitaba en latín el Génesis, departía sobre emperadores romanos y comentaba los asuntos de la Corte de España. Padecía de intensos ataques de gota, pero sabiendo que un curioso en Valencia podía atenderle, prefería no visitarle, porque "siendo zambo, quiere que le traten con miramientos que no se pueden guardar a un hombre de su color".

Se pudieran citar numerosísimos ejemplos de esos prejuicios de raza, contenidos en las obras de los viajeros y en los testimonios de los mismos venezolanos, pero no perseguimos levantar un nuevo expediente acerca de la desigualdad social imperante en la Colonia, sino referirnos a las proyecciones que ésta tenía en el campo de la instrucción y educación y al estado de estas orientaciones públicas.

Dos corrientes de opinión chocan en estas materias. La de los contemporáneos de la Independencia y sus exegetas clásicos o románticos y la del grupo de investigadores históricos venezolanos que desde 1909 intentaron reivindicar la herencia española y rehabilitar el régimen colonial. Entre los primeros figuran: Simón Rodríguez, Miguel José Sanz, el propio José Domingo Díaz, que en la entrega Nº XXX del *Semanario de Caracas* correspondiente al 21 de julio de 1811, esboza el cuadro de la Universidad en estos términos: "Sus estudios en el día, ni son bastantes a dar una completa instrucción, ni están montados sobre aquel pie que puede procurársela"; los viajeros, entre ellos Depons, J. J. Dauxion-Lavaysse, Robert Semple; historiadores como Domingo Briceño Briceño, García del Río, colaborador de *El Repertorio Americano* fundado en Londres en 1826, por Andrés Bello; Rafael María Baralt, Angel M. Alamo, José M. de Rojas. Aún en 1907, José Gil Fortoul en su *Historia Constitucional* asentaba esta opinión categórica: "La "real" y "pontificia" Universidad de Caracas fue el foco de las ideas más conservadoras de la Colonia, y aún entrado ya el siglo XIX, y hasta la víspera de declararse la Independencia, predominaba en ella un espíritu enteramente opuesto al de todo el mundo civilizado".

Pero en 1909, Angel César Rivas, en el acto de incorporarse como individuo de la Academia Nacional de la Historia, pronunció un discurso en que reivindicó la valía de la obra de España en el régimen colonial y, por ende, en la Educación. Para Rivas, la Independencia fue la consecuencia lógica del grado de desarrollo alcanzado por las Provincias Americanas, desarrollo debido fundamentalmente a la capacidad de España, la Madre Patria: "España había creado en Venezuela las riquezas sin las cuales hubiera sido ilusorio el esfuerzo de los libertadores, había amamantado aquella legión de varones ilustres, capitanes, estadistas, diplomáticos, hacendados, magistrados y escritores, que en el instante del rompimiento y al través de la guerra

constituyeron y afianzaron el nuevo Estado". Del mismo modo declara que "veinte años antes de que desapareciese el siglo XVIII, España había dotado a Venezuela de un orden administrativo e implantado en ella un estado social comprensivo de los elementos que, en su composición, exhibían los pueblos cultos de la época".

Otros historiadores, entre ellos Mario Briceño-Iragorry, Héctor García Chuecos, Caracciolo Parra Pérez, ofrecieron ora demostraciones válidas de los aspectos positivos de la gestión colonial española, ora panegíricos de encendido hispanismo y diatribas anti-anglosajonas no siempre convincentes. Correspondió a Caracciolo Parra León defender con erudición y habilidad dialéctica las excelencias de la enseñanza colonial, en sus obras *La Instrucción en Caracas* (1932) y *Filosofía Universitaria Venezolana* (1934). Allí están expuestos, con lujo de detalles, todos los argumentos que favorecen la tesis sustentada. Parra León enumera las cátedras y catedráticos que impartieron instrucción en Venezuela y aspira a demostrar, en referencia con la Universidad, que ya en el siglo XVIII habían penetrado en ella las concepciones iniciales de la nueva Filosofía, desmintiendo con ello a Miguel José Sanz y a Rafael María Baralt. No sería posible resumir aquí esa importante pero exhaustiva nomenclatura que empieza con los primeros pasos que da la enseñanza en el siglo XVI y concluye en el siglo XIX, con los progresos atribuidos a la Real y Pontificia Universidad de Caracas.

Empero, así como la desigualdad formaba parte de la constitución misma de la Sociedad Colonial, y garantizaba su estabilidad basada en un régimen patriarcal y feudal, la Instrucción y la Educación estaban destinadas a una élite y tenían por objeto favorecerla en la defensa de sus privilegios y en la justificación de su superioridad. Ese concepto aristocrático, según el propio Caracciolo Parra León, "exigía para recibir los grados información de *genere, vita et moribus*". La consecuencia más inmediata era el desprecio por las clases inferiores y su corolario, la lenta fermentación en éstas de un odio de clase que hará explosión después de 1811. Por otra parte, el desinterés por los artesanos y los asalariados trajo como consecuencia lo que Depons anotaba con insistencia: la baja calidad de las artes mecánicas, la falta de tradición y capacidad técnica en los oficios. La Sociedad Colonial, en las postrimerías del siglo XVIII, se presentaba como una organización que tendía a favorecer exclusivamente a una clase parasitaria, a la élite feudal. Sin embargo, será esa misma élite la que dará el grito de Independencia.

Dos testimonios deben ser citados, a la hora de enjuiciar la enseñanza colonial, pese a toda la pasión política que puedan haberlos inspirado. Me refiero a las *Reflexiones Sobre Los Defectos Que Vician La Escuela De Primeras Letras De Caracas y Medio De Lograr Su Reforma Por Un Nuevo Establecimiento* que, en 1794, presentó al Cabildo de Caracas el nombrado

Maestro de Escuela de Primeras Letras por esa entidad, Simón Carreño Rodríguez, que contaba a la sazón 20 años, y el fragmento del informe sobre educación, tantas veces reproducido, del Licenciado Miguel José Sanz, incluido por Francisco Depons en su *Viaje a la Parte Oriental de Tierra Firme,* escrito entre 1801 y 1804, pero publicado en 1806.

El trabajo de Simón Rodríguez constituye la primera crítica conocida hasta ahora en Venezuela, referente a la enseñanza primaria colonial.

En referencia con la actividad artesanal apunta: "Las artes mecánicas, están en esta ciudad y aún en toda la Provincia, como vinculadas en los pardos y morenos. Ellos no tienen quien los instruya; a la escuela de los niños blancos no pueden concurrir; la pobreza los hace aplicar desde sus tiernos años al trabajo, y en él adquieren práctica, pero no técnica; faltándoles ésta, proceden en todo al tiento; unos se hacen maestros de otros, y todos no han sido ni aún discípulos; exceptúo de éstos algunos que por suma aplicación han logrado instruirse a fuerza de una penosa tarea".

"¿Qué progreso han de hacer estos hombres, qué emulación han de tener para adelantarse, si advierten el total olvido en que se tiene su instrucción? Yo no creo que sean menos acreedores a ella que los niños blancos. Lo primero, porque no están privados de la Sociedad. Y lo segundo, porque no habiendo en la Iglesia distinción de calidades para la observancia de la Religión, tampoco debe haberla en enseñarla. Si aquellos han de contribuir al bien de la Patria ocupando los empleos políticos y militares, desempeñando el ministerio Eclesiástico, etc., éstos han de servirla con sus oficios no menos importantes; y por lo mismo deben ser igualmente atendidos en la primera instrucción. Mejor vistos estarían y menos quejas habría de su conducta si se cuidase de educarlos a una con los blancos, aunque separadamente".

Las opiniones emitidas por Sanz desvelan a los partidarios de la Leyenda Dorada, pues dejan muy maltrecha la obra educativa de España en la Provincia de Venezuela. La crítica del Licenciado no se reduce al enjuiciamiento de la instrucción pública, sino a la formación del carácter de la juventud por los padres. Sin vacilación, denuncia que aquélla procura tan sólo acostumbrar al joven a la hipocresía y a la impostura mediante la obediencia exterior al ritual católico; al orgullo y a la vanidad mediante la exaltación constante de la limpieza de sangre; a la pereza y al ocio, madre de todos los vicios, mediante la persecución de cargos públicos, el ingreso en las órdenes religiosas y el desprecio "más soberano" para cualquier profesión, oficio o industria. Repudia el funcionamiento de la Escuela de Primeras Letras como el de la Universidad. "Creen que todas las ciencias se hallan contenidas en la *Gramática Latina* de Nebrija, en la *Filosofía* de Aristóteles, en las *Institutas* de Justiniano, en la *Curia Filípica* y en los escritos de Gonet y La-

rraga". Entre las muchas realidades que irritan a Sanz están las dotaciones, prebendas y rentas monásticas y eclesiásticas, "mientras que ninguno de los maestros de las escuelas públicas, que instruyen a la generación naciente en los principios de la religión que profesan y en los deberes que como hombres y como miembros de una misma comunidad les son impuestos", poseen salarios convenientes.

La instrucción y la educación en Venezuela durante la época colonial, además de orientarse solamente hacia la clase privilegiada, no tenían en cuenta la conveniencia que representaría capacitar a los artesanos y a los trabajadores en las artes mecánicas. El amor a las Ciencias Exactas y a la Ilustración, al Libro de la Naturaleza y a las Artes y Oficios, no había penetrado en Venezuela sino por el sesgo del pensamiento independentista. El despotismo ilustrado de Carlos III y sus Sociedades de Amigos del País establecidas en la Península desde 1785, con la finalidad de fomentar la industria popular, los oficios, las técnicas artesanales, y "auxiliar la enseñanza", no parecen haber encontrado eco en la Capitanía General de Venezuela, donde las Escuelas de Primeras Letras eran pocas y deficientes, torpes los trabajadores manuales y harto escolástica y retórica la Universidad. De modo que la expulsión de los jesuítas quienes representaban, en ese entonces, una suerte de nuevo humanismo liberal, y cuya labor educativa en Venezuela presentaba aspectos positivos, no fue compensada con ningún progreso, en el orden de las reformas que hubiesen podido prolongar el régimen monárquico o bien fomentar verdaderamente el ascenso de los pardos, con miras a la prosperidad de las Provincias.

La desigualdad social era una de las características fundamentales de la Colonia. La aspiración a la igualdad será uno de los fines principales del pensamiento revolucionario, sobre todo entre los pardos, y en el pueblo. Para los mantuanos, lo más importante era la libertad política, a fin de poder conquistar la libertad económica, el comercio libre, sin tener que rendir tributo a la Metrópoli. Pero para las clases inferiores, para los pardos segregados por estúpidos prejuicios raciales, la igualdad se impondría incluso a costa de la libertad. La dictadura fue uno de los caminos de nivelación social venezolana. Los mantuanos aspiraban a un régimen liberal y representativo que pusiera el poder en sus manos. Los pardos y el pueblo llano entendieron la Independencia como una posibilidad de arrebatarle al mantuanaje acaparador de bienes y de privilegios, precisamente lo que este buscaba: el Gobierno. Una vez más las *Venezuelas* pelearán a muerte entre sí. Las nuevas sociedades modificarán los sistemas de enseñanza pública haciéndola gradualmente más amplia e igualitaria, pero sin llevar a efecto la profunda revolución que exigía Simón Rodríguez.

*El errante Robinson*

No sería posible tratar el tema de la Educación en Venezuela, sin consagrarle algunas páginas a Simón Carreño Rodríguez (hermano del músico Cayetano Carreño), nacido en Caracas en 1771, Maestro de Escuela de Primeras Letras en 1791, cuando contaba 20 años, preceptor por un tiempo del joven Simón Bolívar, sobre quien ejerció indudable influencia con sus ideas renovadoras más que con las materias mismas de lo enseñado, y prófugo en 1797, según se cree por estar mezclado en la conspiración de Gual y España.

Con el nombre harto simbólico de Samuel Robinson, inicia entonces su vida errante. Visita a Jamaica, las Antillas, los Estados Unidos, Londres. En 1801 está en Bayona dirigiendo una escuela y en el mismo año lo hallamos en París traduciendo *Atala*. Entre 1803 y 1805 vuelve a ver a Bolívar en París, viaja con él por Italia hasta que el futuro Libertador regresa a Venezuela, en 1806. Samuel Robinson o Simón Rodríguez, pues hace tiempo renunció al apellido Carreño, visita a Andrés Bello en Londres en 1823 y resuelve regresar a América. No le mueven razones sentimentales, sino la posibilidad de poner en práctica sus ideas educativas, a lo cual es propicio el estado revolucionario imperante entre las nuevas naciones que buscan su destino. Así se lo manifestaba a Bolívar en una carta fechada en Guayaquil, enero 7 de 1825: "Amigo: Yo no he venido a la América porque nací en ella, sino porque tratan sus habitantes ahora una cosa que me agrada, y me agrada porque es buena, porque el lugar es propio para la conferencia y para los ensayos, y porque es Ud. quien ha suscitado y sostiene la idea". Esta es la de hacer gente nueva para nuevas Repúblicas. En 1825 se entrevista con Bolívar. Le acompaña en su gira por el alto Perú y, el 1º de noviembre de ese mismo año, se separa de él en Chuquisaca, donde se queda para fundar sus Casas-Escuelas, con el apoyo del Gobierno. Fracasa, como menos de un año antes en Bogotá. Se acentúa su dromomanía. Recorre sin descanso la costa del Pacífico, desde Colombia a Chile. En Arequipa, en 1828, publica *Sociedades Americanas*. Se leía en la la portada: "Cómo son y cómo podrían ser en los siglos venideros. En esto han de pensar los americanos y no en pelear unos con otros". En 1842, en Lima, vuelve a publicar, bajo el mismo título, parte de lo que había dado a la imprenta en Arequipa y textos nuevos presentados como Introducción. Entre tanto en Arequipa, en 1830, había impreso *El Libertador del Mediodía de América y Sus Compañeros de Armas defendidos por un amigo de la Causa Social;* en 1834, en Concepción de Chile, y en 1840, en Valparaíso: *Luces y Virtudes Sociales,* la segunda vez con añadiduras importantes. Para conocer las ideas sobre educación de Simón Rodríguez es menester rastrear en las citadas obras

lo referente a la enseñanza, pero detenerse, fundamentalmente, en el informe presentado al Cabildo de Caracas, en 1794; en los *Consejos de Amigo dados al Colegio de Latacunga,* texto posterior a 1844; y en el *Extracto Sucinto de mi obra sobre la Educación Republicana,* inserto en *El Neo-Granadino* de Bogotá, en 1849, cuando contaba ya 78 años.

Median profundas diferencias entre las proposiciones moderadas del joven Simón Carreño Rodríguez en 1794 y las concepciones proféticas y revolucionarias, impregnadas de una noción definidamente socialista, en los dos últimos textos. En realidad, Simón Rodríguez traía bastante precisadas sus opiniones, cuando en 1824, arriba a América. Su pensamiento había evolucionado de un "rousseaunismo" romántico y probablemente europeizante, hacia una toma de conciencia americana, vinculada a un propósito profundo de transformación social, económica y política. La Educación podía ser para él el motor que acelerara esa transformación deseable, la cual debía operarse en América, porque era allí donde las circunstancias y el interés general llamaban a emprenderla. Probablemente Simón Rodríguez se decepcionó de Europa, comprobando cómo el feudalismo, la monarquía y la reacción política habían ganado la partida a la Revolución Francesa. La fecha de su regreso a la América coincide con el comienzo, en Francia, del reinado de Carlos X, uno de los monarcas más conservadores que tuvo ese país, causante del estallido de la revolución liberal de 1830, ahogada en sangre. Decepcionó seguramente a Rodríguez la reacción bonapartista y la final traición al espíritu republicano, en el entronizamiento del aventurero corso. Por lo menos diferentes opiniones suyas sobre Europa y sobre el mismo Napoleón, nos autorizan a creerlo. En su *Defensa de Bolívar* escribe: "No hace muchos años que Napoleón Bonaparte fue Emperador de los Franceses: de París pasó a Milán a hacerse Rey de Italia, y los italianos lo obligaron a *velar* durante la noche, en la Iglesia, una corona que dicen ser la de Constantino, con el mismo clavo de la pasión que le hizo poner santa Helena y que por la rareza guardan en la ciudad de Mons para coronar a los reyes.

"¡Napoleón!... velando las armas como D. Quijote!

"¡Un General Republicano, que pasó el puente de Arcola atravesando una lluvia de balas, por ganar un puesto a los soldados del Rey... ¡arrodillado ante las insignias Reales!!!!

"¡Qué ejemplo TAN GRANDE de la *pequeñez* del hombre!".

Su interés por la América se debió, pues, a creer en la posibilidad de que se fundasen allí las nuevas sociedades con hombres nuevos, imbuidos en los ideales sociales que harían del Continente un verdadero Nuevo Mundo. Pensaba que correspondía al Gobierno "las funciones de Padre Común en la educación", la cual debía ser "popular", es decir, "general", "constante". Advertía: "lo que no es general sin excepción no es verdaderamente

público y lo que no es público no es social". Declaraba: "Instruir no es Educar, ni la Instrucción puede ser un equivalente de la Educación, aunque intruyendo, se eduque. En prueba de que con acumular conocimientos, extraños al arte de vivir, nada se ha hecho para formar una conducta social — véanse los muchísimos sabios malcriados, que pueblan el país de las ciencias". (Resulta imposible no pensar en su propio caso y en su personalidad estrafalaria). Rómulo Gallegos, en sus ensayos iniciales sobre *El Factor Educación,* publicados en las entregas de *La Alborada,* exponía ideas similares y explicaba que la educación obra sobre el carácter en tanto que la instrucción opera sobre la inteligencia. Mediante la educación se hacen hombres libres, con un sentido de la propia responsabilidad, y mediante la instrucción se cultiva la inteligencia, brindando conocimientos, los cuales, si se carece de educación, pueden ser usados en forma negativa. Gallegos concluía comprobando que: "Entre nosotros, si apenas se instruye, no se educa en absoluto". Esto lo escribió en 1909.

La Educación Republicana, según Simón Rodríguez, consistía en despertar en los jóvenes — ya que de los adultos se podía esperar poco — el "común sentir de lo que conviene a todos"; en desterrar "la ignorancia de las cosas públicas"; en enseñarles cómo "no se puede vivir en República sin saber lo que es sociedad"; en exaltar en ellos ese sentimiento de lo social, hasta convertirlo en un verdadero dogma; en fomentar el interés por las ciencias exactas, los oficios, la Historia Natural, desterrando de la Instrucción: "Teolojías, Psicologías, Derechos, i Lenguas Muertas", moderando las inclinaciones a las especulaciones literarias, preparando el ánimo para "saber sus obligaciones" y "vivir de una industria que no le perjudique, ni perjudique a otro, directa ni indirectamente". Se debía declarar "la nación en noviciado", para crear ese estado de "sociabilidad". La Instrucción sería social, corporal, técnica y científica. La Educación, mental, moral, física y social. Las faltas, delitos, crímenes o atentados eran cometidos por ignorancia y la culpa era de la sociedad. De allí se imponía reformar la sociedad, mediante la Educación y la Instrucción republicanas a cargo del Estado, el cual desplazaría la influencia familiar. Así se podrían levantar nuevos hombres capaces de vivir con un alto sentido de sociabilidad en las nuevas repúblicas. *La Causa Social* sería el nuevo dogma, el cual pudiera formularse en estos términos: "Piense cada uno en TODOS, para que TODOS piensen en él". Esta noción reemplazaría la imperante que es: "Cada uno para sí, y Dios para TODOS".

En la consecución de esos objetivos, Simón Rodríguez se peleó con sus conciudadanos, fracasó en varias tentativas por aplicar sus reformas educacionales, pasó por loco y por cínico, quedó en la miseria y llevó hasta su muerte, acaecida en 1854, en el pueblo de San Nicolás de Amotape, en el Ecuador, la vida de un hombre de la "ínfima clase", es decir, de la plebe.

Concedía gran importancia a la significación exacta de las palabras, de modo que sus comentarios "ortológicos" le definen como acertadísimo lingüista. En la Primera Escuela que debía, "ante todas las cosas", "ocupar la atención de todo gobierno liberal", porque: "El buen éxito en todas las carreras depende de los primeros pasos que se dan en ella" y: "Piénsese en las funciones de la primera Escuela y se verá que, sea en bien, sea en mal, influye en todas las relaciones físicas, intelectuales, sentimentales, morales y sociales...", se enseñaría en el siguiente orden: "Calcular-Pensar-Hablar-Escribir-Leer"; porque "LEER es el último acto en el trabajo de la enseñanza" y consiste en "resucitar ideas sepultadas en el papel". Escribir será pintar los pensamientos, para lo cual, en sus libros, usará tipos de imprenta de diferentes tamaños, según quisiera destacar los conceptos u oponerlos entre sí, frases impuestas de manera desigual, puntuaciones, mayúsculas y minúsculas a profusión. Comparará su "logografía", para usar su propia expresión, a la escritura musical. Aspira, pues, a que su escritura entre por los ojos "con los signos de las cosas y las divisiones del pensamiento" hechos realidad gráfica. "Ahorrar papel", declaraba, "es ahorrar expresión; y el lector, en lugar de despertar la atención por la variedad de *tonos* y de *tiempos*... los adormece por la *monotonía* y el *isocronismo*".

En referencia a su sistema pedagógico, ordenado ya en un método y en una planificación, cabe admitir que se presenta en sus escritos, envuelto de tal modo en nociones filosóficas, sociales, morales, políticas, económicas, lingüísticas, en definiciones generales, en parábolas y metáforas, en máximas lapidarias, en digresiones polémicas o conceptuales, en observaciones del más sabroso realismo, en alusiones a hechos de la vida, en tal forma que resulta difícil o por lo menos confuso deducir su aplicación en el orden de lo inmediato, técnico y organizativo. Ninguna inteligencia disciplinada y rigurosa, ninguna mente enamorada de la precisión, podía aceptar aquel modo expositivo que pasaba del oráculo a la sorna, de la conseja popular al vuelo filosófico. De allí la exasperación que despertó en un estadista como el Mariscal Sucre, a quien Bolívar le recomendó, para que auspiciara las casas-escuela de Chuquisaca. No fueron solamente las extravagancias de carácter del sabio, que molestaron al Mariscal, sino su negativa a definir su sistema pedagógico. Sucre termina por escribirle a Bolívar en estos términos que merecen ser transcritos para el mejor conocimiento de una personalidad tan singular como la de Simón Rodríguez o Samuel Robinson: "Considero a don Samuel un hombre muy instruido, benéfico cual nadie, desinteresado hasta lo sumo y bueno por carácter y por sistema; pero lo considero también con una cabeza alborotada con ideas extravagantes, y con incapacidad para desempeñar el puesto que tiene bajo el plan que él dice y que yo no sé cual es; porque diferentes veces le he pedido que me traiga por escrito el sistema que él

quiere adoptar, para que me sirva de regla, y en ocho meses no lo ha podido presentar. Sólo en sus conversaciones dice hoy una cosa y mañana otra". No en vano Bolívar pensaba que Sucre era la "cabeza mejor organizada de Colombia".

Sin embargo, en los *Consejos de Amigo,* Simón Rodríguez, precisa algunas de sus concepciones educacionales, sin renunciar por ello al despliegue estilístico habitual, esta vez realzado con una lista de barbarismos y de solecismos propios del habla popular ecuatoriana que pueden formar parte de la mejor antología costumbrista hispanoamericana. Tras de recomendar que sólo se funde la escuela con indios, pues de los blancos no se puede esperar gran cosa, precisa muchos detalles, desde el número de cátedras que conviene crear hasta el mejor modo de financiar la empresa. Esas cátedras deberían ser de castellano y quechua en lugar de latín, (se entiende lo del quechua, porque estaba en el Ecuador y ese era el idioma de los indios); de física, química, Historia Natural en lugar de teología, derecho y medicina. Aconsejaba formar una "Maestranza" con cursos de albañilería, carpintería y herrería, la cual cumpliría la doble función de suministrarle materiales a los laboratorios de química y de física, y de fomentar en la región industrias artesanales. Simón Rodríguez precisa cada detalle con una prolijidad que de ser comentada, alargaría demasiado estos párrafos. "El Colegio", concluye, "siempre ganaría, en haber promovido un bien tan necesario, i no perdería dinero, porque la Maestranza le respondería".

Pese al apoyo inicial que le prestó Bolívar, Simón Rodríguez fracasó en todas las tentativas que llevó a efecto para fundar sus casas-escuelas-talleres o simplemente, para ejercer la enseñanza. Los gobiernos de las nuevas naciones se inclinaron más bien al sistema que el inglés José Lancaster (1778-1838) había puesto en práctica, primero en su país, luego en los Estados Unidos y, finalmente en la América Latina adonde viajó personalmente, residiendo por corto tiempo en Caracas. más o menos por los años en que regresó Rodríguez. Lancaster había orientado su esfuerzo hacia la enseñanza de los niños pobres. El rasgo principal de su plan consistía en usar discípulos antiguos como monitores de los nuevos, y elaborar un sistema de ejercicios mecánicos, mediante los cuales esos jóvenes maestros podían enseñarles a los novicios, los rudimentos de la lectura, la escritura y la aritmética. El material de enseñanza era escaso: unas cuantas hojas quitadas del libro de deletreo y pegadas al pizarrón, algunas pizarras con sus tizas y algunos pupitres con arena para que los niños escribieran en ella con sus dedos. También las llamadas *planas* de escritura, en las que las letras ya estaban impresas y que los niños debían copiar. Guillermo Tell Villegas asegura que Bolívar se empeñó en costear "con los escasos recursos que le restaban de la cuantiosa fortuna que heredara de sus padres", una experiencia

de enseñanza lancasteriana en Colombia, lo cual hubo de indignar a Simón Rodríguez, que tenía aversión a los métodos del pedagogo inglés, los cuales calificaba de "Escuelas de Vapor inventadas por Lancaster, a imitación de las sopas de Rumfort establecidas en los hospicios". En *Consejos de Amigo* declaró categóricamente:

"ENSEÑANZA MUTUA
es un disparate.
Landcaster la inventó, para hacer aprender la Biblia de MEMORIA.
Los discípulos van a la Escuela... a APRENDER!... no a ENSEÑAR!
ni a AYUDAR a ENSEÑAR".

Y del mismo modo arremete contra los "ringorrangos", el "Hacer letras en la ARENA, con un PALITO, i borrarlas con la MANO, grabarlas en PIZARRAS, i limpiarlas con Saliva". Asentaba, rabioso que: "Ponerles PANTORRILLAS, apretando la pluma... al bajar, i... CABELLERAS, aflojándola... al subir, no es ESCRIBIR sino GARABATEAR". Concluía, perentorio: "No se ha de permitir, a los Maestros de Escuela Landcasteriana, que alteren, con adornos de CAPRICHO, los Signos de Convención de que se sirven MILLONES de Personas", lo que no puede dejar de sorprender tratándose, precisamente, de quien alteró profundamente las convenciones gráficas y las disposiciones de las frases en párrafos, el uso de la puntuación y la distribución tipográfica, buscando a su manera y para la mejor expresividad de sus pensamientos, lo que Lancaster buscaba, por su parte, para interesar al niño que aprendía a escribir y para facilitar la tarea del monitor voluntario.

Pese a la reprobación que el método lancasteriano le producía, muchas similitudes pueden ser señaladas entre Simón Rodríguez y José Lancaster. Ambos se preocuparon por dar luces a los niños pobres, y para lograrlo idearon procedimientos pedagógicos nuevos. Ambos innovaron, en reacción contra la enseñanza imperante. Ambos llevaron una vida trashumante de miseria y disgustos debidos a la conformación de sus caracteres un tanto extravagantes y anti-conformistas. Ambos se pelearon con protectores ilustres. Ambos arribaron a la América, más o menos en la misma época. Bolívar se interesó por ambos. Pero hasta aquí se mantiene el paralelo, porque Lancaster no pretendía reformar la Sociedad mediante la Educación, sino servir, enseñar a leer, a escribir y a contar, a niños pobres abandonados de la suerte. En cambio, Simón Rodríguez era, fundamentalmente, un ideólogo empeñado en reformar la Sociedad. Gracias a Lancaster, millares y millares de niños pobres tuvieron acceso a la escritura, la lectura y la aritmética. Simón Rodríguez fue incapaz de fundar de manera perdurable un plantel de educación, pero

influyó en el pensamiento de quien estaría llamado a libertar cinco naciones. Estos dos caracteres estudiados a través de su biografía y de sus realizaciones, representan cabalmente la soberbia anarquista y revolucionaria del español, antes que nada tirano ideológico, fanático de las convicciones, y el sentido práctico no desprovisto de humildad evangélica ni de tenacidad heroica, propio del anglo-sajón.

Los sucesivos repudios y fracasos que sus ideas y procedimientos obtuvieron, acentuaron las convicciones reformistas y el anti-conformismo de Simón Rodríguez, hasta el punto de identificarlo con ideas y soluciones propias de lo que se denomina hoy Socialismo Utópico. En ninguno de sus escritos cita Rodríguez a Saint Simon o a Charles Fourier. Estos, sin embargo, fueron contemporáneos suyos. El *Nuevo Cristianismo* de Saint Simon fue publicado en 1825 y el *Nuevo Mundo Industrial* de Fourier, en 1829. En cambio menciona a Juan Jacobo Rousseau y a Tomás Moro. En el desarrollo de sus escritos alcanza conclusiones que le aproximan mucho a los precursores del pensamiento socialista (1). Se manifiesta adverso a la herencia, a la Libre Empresa, a los gobiernos parlamentarios y representativos, a la "clase influyente" o "clase distinguida", cuyos conocimientos "en nada contribuyen al *bienestar social*" y cuyos "negocios son, en suma, el *aumento de comodidad de las clases ya acomodadas*'. Señala que "Los Siervos no han mudado de condición", que "El bien común es ECONOMICO: y no hay más que un *bien común...";* que "todo es Economía"; que "Si los americanos quieren que la revolución política que el peso de las cosas ha hecho y que las circunstancias han protegido, les traiga verdaderos bienes, hagan una revolución económica y empiécenla por los campos: de ellos pasará a los talleres, y diariamente notarán mejoras que nunca conseguirán, empezando por las ciudades". En lo que se refiere a la Escuela proclama:

"En las Repúblicas
la Escuela debe ser política también; pero sin pretextos
ni disfraces.
En la sana política no entran mañas, tretas ni ardides.
La política de las Repúblicas, en punto a instrucción,
es formar hombres para la sociedad".

Ese empeño de "formar hombres para la sociedad" y no para una clase o una posibilidad de perfeccionamiento interior, le induce a juzgar contra-

(1) Germán Carrera Damas ofrece algunos datos importantes sobre los orígenes del pensamiento socialista en América Latina, en el ensayo "Para la historia de los orígenes del socialismo en Venezuela", publicado en su libro *Crítica e Historia* (Imprenta Universidad, Caracas, 1960).

producente la influencia familiar en la instrucción del niño. De allí su interés por acoger niños pobres. Exclamará: "Más cuenta nos tiene, entender a UN INDIO que a OVIDIO". En el último texto conocido suyo, *Extracto de la Educación Republicana,* profetiza: "Hasta fines del siglo pasado dominó la idea de la nobleza: en el presente domina la de la codicia: en el venidero dominará la del verdadero mérito, que es el saber. Entonces se pensará en la sociedad; entonces la conducta social valdrá lo que antes valían las ejecutorias y lo que ahora valen las talegas". "—El que habla de sociedad en estos tiempos, adelanta de un siglo su existencia". Tuvo, pues, la intuición muy neta del socialismo naciente. El sistema educativo que pregona, exceptuando el repudio que le inspiran los métodos violentos —"Describa una Peste y describirá una Revolución", decía, y también: "La propiedad de las VERDADERAS Luces es progresar lentamente", — es el que aplican, bajo el dogma del colectivismo, los regímenes marxistas, desde la U.R.S.S., en trance de sedimentación, hasta Cuba, en pleno furor revolucionario, desde la China Popular y Albania, que quieren la guerra con el capitalismo hasta Yugoeslavia que quiere la paz, en el mundo.

*DE 1830 A 1961*

LAS GUERRAS civiles, la lucha por el Poder, los intereses creados, el desbordamiento de las masas ignaras, que amenazaron sumergir las nacientes repúblicas en olas de fuego y sangre, el caudillismo y la dictadura subsiguientes, la muerte prematura de Bolívar y el asesinato de Sucre, la desmembración de la Gran Colombia, relegaron a un puesto ínfimo la gestión educativa. La Independencia convirtió a los hombres en soldados, en guerrilleros y en caudillos, pero no en ciudadanos. En medio del fragor de las batallas, el gobierno de Colombia tomó algunas iniciativas parciales e inconexas para fomentar la Instrucción. En la ley de 12 de junio de 1821, manda establecer en Bogotá "un Colegio de ordenandos"; en la del 28 de julio del mismo año crea "Escuelas de niñas" en los conventos de religiosas y en cada Provincia, una "Casa de Educación" donde se enseñará Gramática Española y Latina, Principios de Retórica, Filosofía y Matemáticas, facultando a los que pudieran hacerlo, para dictar cátedras de Derecho Civil, Patrio, Canónico, Natural y de Gentes, y Teología Dogmática. (Eran estos *pensums,* más que la misma enseñanza colonial, los que pretendía combatir Simón Rodríguez, con su Educación Republicana). El 2 de agosto de ese mismo año dispone abrir para niños de ambos sexos, por lo menos, una Escuela de Primeras Letras en toda ciudad, villa, parroquia y pueblo que pasara de cien habitantes.

Entre 1823 y 1825 el gobierno crea la Escuela de Minería, contratada en Londres por Zea, y la Escuela de Navegación que no funcionó. Pero sería

menester leer la Ley de 18 de marzo de 1826, referente a la organización y al arreglo de la Instrucción Pública, para conocer exactamente los proyectos educativos del gobierno Gran Colombiano, pues allí se organiza la enseñanza primaria y secundaria y se crea, en la capital de la República, una Academia Nacional y escuelas mixtas parroquiales.

Una vez desmembrada la Gran Colombia, Venezuela inició su propia legislación en todos los campos de la vida social. En la Constitución de 1830, dependen del Congreso la promoción de la Educación Pública y de las Ciencias y las Artes, pero de las Diputaciones provinciales, el establecimiento de escuelas primarias y casas de educación. Los cursos son los mismos mencionados hace poco. Los gobiernos conservadores, que se extienden desde 1830 hasta el asalto al Congreso, en 1848, por las turbas soliviantadas de Caracas y el comienzo de la era de los Monagas, cumplieron una labor tímida y lenta en ese sentido. Durante la autocracia de los Monagas, tampoco se aceleró el proceso de la Instrucción Pública. Con Antonio Guzmán Blanco y el triunfo de la Federación, se inició una intensa actividad educacional que, con breves períodos de estancamiento, encuentra en la actualidad amplias proyecciones y halagüeños cumplimientos.

Los decretos grancolombianos sobre Instrucción Pública quedaron, generalmente, en letra muerta. Bolívar, por iniciativa propia, en 1827, confió a José María Vargas la reorganización de la Universidad, cuyo rector había sido, desde 1823, Felipe Fermín Paúl. Imperaba entonces, en materia médica, por ejemplo, el mismo asombroso atraso que procedía de la Colonia, de modo que para conceder algún título se requería, entre otras cosas, ser "católico, caritativo, honesto, blanco, hijo legítimo y cumplidor de las prácticas religiosas...", así como "defender la pureza original de María Santísima". La cátedra de medicina actuaba como tribunal encargado de regularizar el ejercicio de esa profesión y las cuestiones sanitarias. Vargas convirtió ese tribunal anacrónico en Facultad de Medicina. Encontró en José Joaquín Hernández, su director, el más convencido colaborador para la reforma emprendida. Vargas estableció ese mismo año la Cátedra de Anatomía y, en 1832, la de Cirugía. Poco a poco fue adaptando la Universidad a las exigencias del pensamiento moderno. En noviembre de 1827, fundó la Sociedad Médica de Caracas, que cumplió un gran papel en la evolución de esa disciplina relegada.

Por decreto del 14 de octubre de 1830, se creó la Academia de Matemáticas, pero ésta se instaló públicamente el 4 de noviembre de 1831, en la que es hoy sala de sesiones del Concejo Municipal. Sus directores eran Juan Manuel Cagigal (1803-1856) y Rafael Acevedo (1800-1864), quien tenía a su cargo en la Universidad la Cátedra de matemáticas. Cagigal desarrolló los estudios de física y de química experimental, así como los de Algebra

y Matemáticas superiores. Formado en Europa, trajo su saber a la naciente República. Era sobrino de Juan Manuel Cagigal, uno de los últimos gobernadores de España, en nuestro país. Cultivaba las letras, el dibujo y la pintura de acuarela, en la que sobresalía según la opinión del pintor Antonio José Carranza, que fue su discípulo y el primer director de la Academia de Bellas Artes fundada en diciembre de 1849 por la Diputación Provincial de Caracas. Cagigal murió después de una vida rica en cumplimientos científicos, pero ensombrecida en sus jornadas postreras por la pérdida de la razón. Legó a la posteridad un *Tratado de Mecánica Elemental* y un *Curso de Astronomía.* Cuando Simón Rodríguez aconsejaba dejarse de "Educaciones y de Institutos científicos", pensaba, probablemente, en la Academia de Matemáticas que estamos mencionando.

Entre 1823 y 1869, por decretos ejecutivos, fueron creados Colegios Nacionales en Trujillo, Margarita, El Tocuyo, Carabobo, Coro, Cumaná, Barquisimeto, Maracaibo, Calabozo y Barcelona. Por disposiciones del 24 de abril de 1837, se elevaban a categoría de Colegio Nacional el plantel que funcionaba en Guanare desde hacía tiempo, debido a la iniciativa privada del Presbítero José Vicente Unda, diputado al Congreso de 1811 y futuro Obispo de Mérida; y el 10 de abril de 1840, el que Bolívar había establecido en 1827, como "Colegio de Educandas", el cual empezó a funcionar el año siguiente. Sin embargo, en muchos casos, esas instituciones no pasaban del papel. Se enseñaba en ellas gramática española y latina y ciencias filosóficas. Gil Fortoul advierte que: "Coincidieron con los Colegios Nacionales y fueron en general más útiles los que fundaron, sobre todo en Caracas, educadores privados, hombres de distinguida cultura y métodos avanzados en su tiempo como Feliciano Montenegro Colón, José Ignacio Paz Castillo, Juan José Aguerrevere, Juan José Mendoza, Tomás Víctor Bermúdez, Juan Vicente González; colegios en los cuales empezó la juventud a familiarizarse a la vez con la historia patria y las letras extranjeras, oyendo las sugestivas lecciones del mismo González, y con las ciencias físicas y naturales bajo la competentísima dirección de un Juan Manuel Cagigal y un Fermín Toro".

El mismo autor se refiere en estos términos a la Universidad de Mérida, fundada en el siglo XVIII por los españoles: "Vetusta desde que nació, dormida a la falda de su Sierra Nevada, apenas comienza a transformarse en 1832 bajo la buena voluntad de su rector el Pro. Dr. Ignacio Fernández Peña".

Entre las iniciativas privadas más dignas de aplauso, está la del rico valenciano José Nepomuceno Chaves, quien, al morir, hacia 1842, dejó una importante suma para la fundación de un colegio para niñas. Es el Colegio Chaves que existe en nuestros días.

Una vez arrebatado el Poder a la Oligarquía Conservadora, el Congreso de 1849, sometido a José Tadeo Monagas, el dictador que acababa de encum-

brarse, escuchó una larga intervención del Ministro del Interior y Justicia, Antonio Leocadio Guzmán, en la que éste abordó entre otros temas, la Instrucción Pública. Esta no progresaba, mostrándose estacionarios los Colegios Nacionales. Guzmán proponía entregárselos a las Provincias respectivas para que los reorganizaran, lo cual respondería al criterio federativo que sustentaba la Constitución Nacional. Lamentaba que siendo Venezuela un país de agricultura y cría, con llanos inmensos y selvas, no hubiera clases de botánica en las escuelas, ni de física y química aplicadas a la agricultura, ni de agricultura misma, ni de aquella parte de la historia natural relacionada con nuestro territorio y nuestros intereses, ni de veterinaria, ni de ciencia alguna natural de las que están relacionadas con nuestras temperaturas, territorio y producciones". Estos conceptos, sitúan el ambiente de los Colegios Nacionales en aquella época y de otras instituciones estatales. Ese mismo Congreso conservó la jubilación para el profesorado, pero no modificó los *pensums* escolares ni planificó reforma educacional alguna.

Cecilio Acosta, en más de un escrito, enjuició con sinceridad y lucidez el estado de la enseñanza en Venezuela. A veces lo hizo en términos que recuerdan a Miguel José Sanz. En otras ocasiones concedió a la educación industrial, a la escuela-taller, una importancia que hubiera satisfecho a Simón Rodríguez. En relación con la Universidad Central, escribe en 1868: "La Universidad de Caracas no era entonces, como no es todavía, un cuerpo científico en la verdadera extensión de la palabra; como todas las universidades españolas del tiempo de Felipe V, modeladas para la jurisprudencia curial, la escolástica disputadora y la teología dogmática, ha conservado el sello estereotípico de la inmovilidad de la raza; y salvo los adelantos en algunos ramos, como la medicina, para honra de Vargas, las matemáticas puras, para honra de Cagigal, y muchas ideas excelentes en filosofía intelectual, debidas a Ibarra, en lo demás casi es hoy lo que fue en la época de su fundación. Sin mucha difusión de las lenguas vivas, que son la portada del edificio; con pocas lenguas muertas, que son el camino de la antigüedad; sin estadística industrial, que forma hoy estudio aparte, como que es itinerario del progreso; sin historia, que es el mapa de los efectos al lado de las causas; sin filosofía trascendental, especie de bomba que sólo extrae principios, luz y leyes, nuestra academia está muy distante de ser lo que son otras en Europa del mismo linaje y denominación". En cuanto a la enseñanza, apunta, en 1856, que "debe ir de abajo para arriba, y no al revés, como se usa entre nosotros, porque no llega a su fin, que es la difusión de las luces".

El arribo al Poder del General Antonio Guzmán Blanco, después de la Revolución de Abril, va a auspiciar en Venezuela el desarrollo de la Instrucción Pública. El 27 de junio de 1870 aparecía un decreto firmado por Guzmán Blanco y refrendado por el Secretario de Fomento, Dr. Martín J.

Sanabria, en el cual se instituía la Instrucción Pública, Gratuita y Obligatoria. El 8 de junio de 1875, mediante otro decreto, se establecía un Colegio Federal en la capital de cada uno de los estados en que estaba dividida la República. Los antiguos Colegios Nacionales pasaban a llamarse Federales, y, además, quedaban creados los de Maturín, San Fernando, Petare, Cura, San Carlos, San Felipe, Barinas, Mérida y San Cristóbal. Guzmán tomó muchas otras iniciativas educacionales: adscribió la Academia de Matemáticas a la Universidad Central, mandó agregar muchos cursos nuevos entre otros uno de Agricultura y Zootecnia; varió las materias de estudio de la Universidad de los Andes; creó escuelas nocturnas y dispuso el 2 de noviembre de 1886, que en cada estado hubiera una Escuela Normal, para lo cual becó en el exterior maestros y profesores; entre ellos a Julio Castro, fundador de la Escuela Normal de Valencia; decretó colegios para niñas en Carabobo, Barquisimeto, Mérida y Trujillo. Más tarde, bajo las presidencias de Juan de Dios Monzón, Joaquín Crespo y Juan Pablo Rojas Paúl, entraron a funcionar otras escuelas para niñas en Coro, Zaraza, Calabozo y San Cristóbal.

Guzmán Blanco decretó el 14 de marzo de 1884, la Escuela Politécnica y la Escuela de Artes y Oficios, y el 4 de agosto de 1887, la Academia Nacional de Bellas Artes. Rojas Paúl fundó, en 1888, la Academia Nacional de la Historia.

Adolfo Dollero, autor de una obra en dos tomos titulada *Cultura Venezolana,* que vio la luz en 1933 y en la que abundan cifras y datos no siempre exactos ni manejados con discreción, asegura que las Memorias del Ministerio de Fomento en 1875, del cual dependía entonces la Instrucción Pública, establecen que para el año anterior había en Venezuela 271 escuelas estatales con 10.600 alumnos; 211 municipales con 8.624 alumnos y 172 particulares con 3.445 alumnos. En 1883 se contaban en total 1.708 escuelas con 91.242 alumnos. Lo cual dejaría muy en alto la obra de Guzmán ya que en 1932, según la Sección Estadística del Ministerio de Instrucción Pública citada por el mismo Dollero, la población escolar de Venezuela alcanzaba unos 85.000 alumnos asistentes. Por más que la cifra de 1883 se refiera a inscritos y no a asistentes, nos parece exagerada, a menos que la Instrucción se hubiera estancado casi por completo, en los 39 años transcurridos entre las dos fechas. Cabe también la posibilidad de que la Estadística de 1932 estuviera errada o que Dollero la haya equivocado. Lo cierto es que para 1932, esa población escolar se repartía en 15 Colegios Federales, 3 Liceos, 168 Escuelas Federales Graduadas creadas por José Gil Fortoul a su paso por el Ministerio de Instrucción, 1.230 Escuelas Federales Unitarias, 194 Escuelas Municipales, 299 Escuelas del Estado, 106 Escuelas Particulares Públicas, 134 Escuelas Particulares Privadas.

La curva del movimiento educacional y de los presupuestos correspon-

dientes empezó a ascender después de la muerte de Juan Vicente Gómez, acaecida en diciembre de 1935, se detuvo durante la década comprendida entre 1948 y 1958, en que el país vivió una era de represión política, peculado y utilitarismo desvergonzado, que auspiciaba el hombre fuerte de entonces, Marcos Pérez Jiménez, para volver a subir súbitamente después de su caída. Los siguientes datos comparativos pueden dar una idea de la labor cumplida desde el derrocamiento de Pérez Jiménez, el 23 de enero de 1958.

1948-1949: 3.315 alumnos inscritos en las Escuelas Normales.
1957-1958: 3.362 alumnos inscritos en las Escuelas Normales.
1958-1959: 6.791 alumnos inscritos en las Escuelas Normales.
1959-1960: 14.211 alumnos inscritos en las Escuelas Normales.
En julio de 1961: 31.777 alumnos normalistas rendían examen.

1957-1958: 751.600 alumnos inscritos en Primaria.
1959-1960: 1.202.388 alumnos inscritos en Primaria.
Julio 1961: 1.254.000 alumnos presentan exámenes de Primaria.

1958-1959: 43.771 alumnos inscritos en Secundaria.
1959-1960: 60.121 alumnos inscritos en Secundaria.
En julio 1961: 99.943 alumnos de Secundaria presentan examen.

1959-1960: 17.000 alumnos inscritos en las Universidades.
En julio de 1961: 24.371 alumnos universitarios presentan examen.

A este cuadro que habla elocuentemente de la obra educacional de los gobiernos que siguieron a la dictadura ostentosa de Marcos Pérez Jiménez, hay que añadir datos como los siguientes:

1948-1949: 350 alumnos inscritos en 3 Escuelas Industriales.
1958-1959: 11.177 alumnos inscritos en 25 Escuelas Industriales.

1957-1958: 8.743 alumnos inscritos en Institutos de Comercio.
1958-1959: 15.843 alumnos inscritos en Institutos de Comercio.
En julio 1961: 22.948 alumnos inscritos en Institutos de Comercio diurnos o nocturnos presentan examen.

Por lo tanto, el balance del movimiento educacional venezolano, desde 1830 hasta nuestros días arroja un saldo altamente favorable desde el punto de vista cuantitativo. La Instrucción Pública se ha hecho igualitaria, como aspiraban los revolucionarios de 1810; *general y constante* sin excepción, tal como la soñara Simón Rodríguez; proyectada de abajo hacia arriba, como la pedía Cecilio Acosta; técnica y orientada hacia un conocimiento de nuestra realidad como lo reclamaba Antonio Leocadio Guzmán. Con la creación del INCE (Instituto Nacional de Cooperación Educativa), se persigue la for-

mación de trabajadores especializados, en las ramas de las artes mecánicas. Fueron creados exámenes libres de escolaridad para quienes quisieran optar al título de bachiller en determinada rama: Humanidades y Ciencias. En julio de 1961, 3.000 estudiantes presentan algunos de esos exámenes. Han sido establecidas nuevas Universidades en Carababo y Oriente. La Universidad Central cuenta con 12 Facultades: Agronomía, Arquitectura, Bioanálisis, Ciencias, Veterinaria, Derecho, Economía, Farmacia, Humanidades, Ingeniería, Medicina y Odontología. La Ciudad Universitaria de Caracas ostenta todos los perfeccionamientos en el orden de la higiene, el confort, la decoración, la dotación. Cuenta con una Biblioteca de primer orden, una Dirección de Cultura y de Publicaciones, un Grupo Experimental de Teatro, una Imprenta propia, un estadio, edificios residenciales para estudiantes necesitados. Los centros de trabajo experimental, los seminarios, las escuelas, los Institutos especializados, se multiplican abriendo al estudiante que desee instruirse, los más despejados caminos de preparación técnica o científica.

En forma paralela a la obra docente del Estado, han progresado las instituciones privadas, tanto en el campo de la Instrucción Primaria y Secundaria, como en la Universitaria. Caracas cuenta en la actualidad con dos Universidades más: La Católica Andrés Bello y la Santa María.

El desarrollo alcanzado por la Instrucción Pública y Privada venezolana no es obra de un hombre, ni de una generación ni de un gobierno en particular. Han contribuido a el, desde los más diversos campos, desde los diferentes grados de la enseñanza, personalidades sobresalientes que representan sumados a los científicos, a los artistas y a algunos contadísimos hombres de estado y políticos, la única Venezuela integral y superior. No sería posible mencionar a todos los que lo merecerían. Nos contentaremos con evocar los nombres de Vargas y Cagigal, asistidos respectivamente por sus más activos colaboradores, Carlos Arvelo, que fue médico del Libertador y José Joaquín Hernández, Rafael Acevedo y Alejandro Ibarra; a José Cecilio Dávila, a José Vicente Unda, a José Luis Ramos, a Feliciano Montenegro, a José Ignacio Paz Castillo, a Manuel Antonio Carreño, a Tomás Víctor Bermúdez, a Juan Vicente González, a Juan José Mendoza, a Mariano C. Raldiriz, a Nicolás Tolentino Guerrero, a José Silverio González, a Antonio González, a Gerónimo E. Blanco, a Jorge González Rodil, a Amenodoro Urdaneta, a Guillermo Tell Villegas, a Pedro Pablo Castillo, a Eduardo Castro, a Lisandro Ramírez, a Baldomero Rivodó, a Ramón Isidro Montes, a José Ramón Camejo, a Julio Castro, a Pedro José Montesinos, a Rafael María Leal, a José Antonio Infante, a Francisco González Guinán, a Francisco Paula de Andrade, a Jesús María Sifontes, a Jesús María Medina, a Lino J. Revenga, a J. M. Núñez Cáceres, a Manuel F. Azpurúa, a Monseñor J. M. Jáuregui, a Edelmira Michelena, a José J. Arocha, a J. M. Núñez Ponte, a Amelia Cockin, a Luis Ezpelosín, a Rafael

Villavicencio, a Lola Amengual de Gondelles, a Alberto Smith, a Raimundo, y a Roberto Martínez Centeno, a Rafael Vegas, a Guillermo Fuentes, a Alejandro Fuenmayor, a Lola de Fuenmayor, a Luis Padrino. No se puede excluir de esta enumeración la labor cumplida por los colegios religiosos, en la formación de muchas generaciones de venezolanos: Colegio de San Francisco de Sales, Escuelas Primarias de los Salesianos, Colegio de San Ignacio de Loyola establecido en Venezuela desde 1923, después de muchas vicisitudes y no pocos éxitos como los que significaron su gestión en el siglo XVII y parte del XVIII; Colegio San José de Tarbes. También se debe rendir homenaje a quienes siendo oriundos de otras tierras, fijaron residencia en la nuestra y entregaron a este joven país sus conocimientos y laboraron por el fortalecimiento de nuestra cultura, como Adolfo Frydensberg, Adolfo Ernst, P. E. Bourgoing, Henri Pittier, Eduardo Röhl, entre cuyos descendientes se cuentan personalidades como Juan Röhl y Eduardo Röhl, vinculadas con nuestra vida intelectual, Rudolf Dolge, Mayeul Grisol, Lichy, Pedro Grases, de quien hablaremos a su debido tiempo, y José María Cruxent.

La aceleración del proceso de la enseñanza pública estatal iniciado después de la muerte de Juan Vicente Gómez, se debe a pedagogos y a individualidades que fueron llamados a ocupar la Cartera de Educación y que supieron reorganizarla, aumentar sus dotaciones y rodearse de técnicos venezolanos y de otros contratados en el exterior. Entre esos Ministros sobresalen con indiscutible autoridad Rómulo Gallegos, cuya gestión fue demasiado corta; Arturo Uslar Pietri, Rafael Vegas, fundador y director de la Escuela Santiago de León, a la que regresó para dedicarse por entero a ella, una vez cumplida su gestión político-administrativa que significó un paso de avance decisivo, pues intensificó la campaña de alfabetización, aumentó los cupos escolares y los cuadros del magisterio y construyó unidades educativas modernas; Humberto García Arocha, Enrique Anzola Carrillo y Luis Beltrán Prieto, este último con fervorosa vocación de maestro, que ascendió por méritos propios hasta el rango profesoral y ministerial, autor de una vasta obra orientada siempre hacia la función social y educativa, entre cuyos libros cabe destacar *Canalización del Instinto de Lucha del Venezolano,* pues señala un hito en la toma de conciencia de la Venezuela contemporánea; Julio de Armas, a quien le correspondió reanudar el proceso de la enseñanza estancado durante la dictadura de Pérez Jiménez, y Rafael Pizani, que durante su eficacísimo ministerio, duplicó los cupos escolares, aumentó considerablemente el cuerpo docente, vigorizó la campaña de alfabetización, construyó edificaciones escolares en escala nacional. Actualmente, desempeña con tino la Cartera de Educación un hombre curtido en las labores magisteriales. Nos referimos a Reinaldo Leandro Mora, pedagogo de profesión, hombre de sensibilidad democrática, de viva inteligencia y de empuje administrativo.

Dos criterios pueden ser sustentados en materia de enseñanza: el cuantitativo y el cualitativo, el de instruir masivamente en superficie y el de educar en profundidad a cada individuo. Gil Fortoul, en su *Historia Constitucional*, Tomo II, en el capítulo VI, al exponer la evolución intelectual del régimen conservador nacido en 1830, informa que la Dirección de Instrucción recomendaba reducir el número de Colegios Nacionales: "Para concentrar las rentas y darle mayor impulso a la enseñanza con profesores competentes; pero los Congresos conservadores, más pagados de multiplicar los Colegios que de asegurar una buena organización, se opusieron siempre a tan necesaria reforma. Error que persiste hasta nuestros días, multiplicando las Universidades y Colegios federales sin proporcionarlos a las exigencias de la instrucción moderna, con casas adecuadas (como ya lo indicaba Bolívar en su proyecto de 1819), laboratorios, gabinetes y profesores bien rentados, capaces de convertir esas almácigas de bachilleres y doctores casi ayunos de ciencia, en verdaderos centros de actividad intelectual". La administración de la enseñanza, en lo que va de 1936 a 1961, exceptuada la década dictatorial 1948-1958, procuró enmendar las deficiencias en la dotación y en la habitación de los centros docentes. Brotaron las unidades escolares con un ritmo cada vez más acelerado. Escuelas-comedores, liceos, escuelas rurales, escuelas primarias, institutos para normalistas, institutos pedagógicos, ciudades universitarias. Sin embargo, el problema sigue planteado, pero esta vez en términos que ya exigen una respuesta categórica. Veamos por qué.

Hasta ahora ha privado el criterio cuantitativo, lo cual se explica por la urgencia en que ha estado la República nacida en 1830 de instruir a una población, masivamente, analfabeta. Aún, en 1936, se contaba un 60% de gente que no sabía ni leer ni escribir. No era posible buscar calidad cuando imperaba la ignorancia general. La obra cuantitativa cumplida en la enseñanza pública, fue rectificada con un mejoramiento cada vez más empeñoso del habitat escolar. Desde el punto de vista de una *dotación exterior*, las unidades docentes venezolanas, ostentan un promedio envidiable: Claridad, confort, laboratorios, lugares recreacionales, higiene. Pero la poca penetración en profundidad está produciendo resultados negativos que se traducen en un alejamiento cada vez mayor del alumnado, de su condición propiamente escolar o estudiantil. En un innegable desinterés por lo que debería constituir su preocupación mayor: el deseo de aprender. Una cifra da la medida de esa falta de interés: el 40% de los alumnos de liceos han sido reprobados en este año de 1961.

El estudiante de liceo o de universidad no ha sido penetrado por acción educativa alguna que moldee su carácter y su voluntad, que despierte en él un sentido superior moral, que le haga enjuiciar con repudio la crueldad y el absurdo de la Historia, sobre todo en un país como el nuestro donde todavía

galopa por el cielo de los espejismos revolucionarios, el Centauro bárbaro de nuestra tradición guerrillera. El venezolano tiende a confundir siempre la acción con la violencia. La educación no lo orienta hacia un sentido pacífico y personal de la vida, ni suscita estímulos que pudieran desarrollar en el joven conciencia reposada, valores permanentes del espíritu, florecimientos interiores, respeto cívico por las leyes y por las instituciones democráticas y republicanas.

El Estado no parece capaz de hacerles sentir a los educandos, para que se enorgullezcan con ello, los progresos habidos en la Enseñanza, desde Guzmán hasta el presente democrático, ni que las mejoras actuales se deben a los esfuerzos y desvelos de más de un hombre digno de admiración. De modo que el alumnado, en general, no abriga el menor respeto ni agradecimiento por la labor que haya cumplido, que esté cumpliendo y que se proponga cumplir el Estado en materia educacional. En cambio, aprovecha cualquier circunstancia para protestar, para promover desórdenes, para enjuiciar acremente al cuerpo docente o ministerial. Cuando imperan regímenes retrógrados, ese estado de descontento crónico puede superarse en rebelión o reclamos cívicos saludables, como sucedió en 1928, en 1936, en 1951, en 1958. Pero cuando, por el contrario, el país vive un estado democrático de organización legal, cuando la preocupación por hacer progresar la Instrucción y fomentar la Educación resultan evidentes, como es el caso en la actualidad, semejante actitud, no solamente resulta desalentadora, sino que entorpece las posibilidades de recuperación nacional y de perfeccionamiento venezolano. Ortega y Gasset aseguraba: "No importa lo que la juventud piense, esto es, lo que diga. El privilegio de la juventud es no saber lo que dice. Pero importa mucho averiguar lo que siente, a veces en contradicción con sus palabras, recibidas casi siempre de otras generaciones". También advierte: "Conste, pues: una democracia que no sepa colocar la seriedad y la inexorabilidad del Estado por encima de cualesquiera insolencias particulares, será arrollada por la juventud". La actual juventud venezolana siente un ansia de reformas, — muchas de ellas emprendidas por el Estado — que éste no sabe hacerles sentir porque no se sabe hacer respetar. No se trata de ejercer una coacción para lograr ese respeto, sino de inspirarlo mediante la acción educativa sostenida y dirigida en profundidad.

Otra característica funesta es la proyección hacia las aulas, en forma casi siempre más acentuada y violenta, de las disputas entre los partidos políticos que, en países como el nuestro, se manifiestan siempre de modo sectario, insultante, demagógico, mezquino, degradante. Como el Estado no sabe ni encauzar ni satisfacer la inquietud juvenil, ésta desgraciadamente, se polariza hacia los partidos políticos y degenera inevitablemente, en fanatismo, en ceguedad ideológica, en empobrecimiento de las facultades de in-

ventiva y de receptividad. El joven se convierte en militante regimentado, con el puño, el brazo o la mano en alto, antes de haber desarrollado sus facultades, antes de gozar de la preparación elemental para esa decisión, antes de que ni siquiera haya intuido lo que la vida puede ofrecer de hermoso, pacífico, armonioso, permanente. La escogencia vocacional no constituye, lamentablemente, el objetivo principal de la trayectoria estudiantil sino la acción pública y política. Antes que deseoso de aprender y de vivir, el alumnado venezolano se presenta como fiscal de los adultos, del Gobierno, de sus compañeros, de sus profesores, y se organiza en fracciones que combaten paralelamente a las organizaciones políticas de la calle. A su espalda queda vacío el mundo propiamente universitario, liceísta. De nada sirven las mejores dotaciones, si los estudiantes no sienten la pasión de aprender. El problema no puede resolverse con fracciones estudiantiles que apoyen o que desacrediten al gobierno, según la posición que asuman los partidos a los que pertenecen, sino en función de sus propias realidades intrínsecas, de su propio y específico desenvolvimiento educacional. La función primordial del escolar y del estudiante es estudiar; todo lo demás resulta accesorio, salvo en casos de emergencia nacional.

En esta hora venezolana en que, después de muchas vicisitudes, parece triunfar en el campo de la Historia el pensamiento civilista y el orden constitucional nacido de consultas electorales libres, universales y proporcionales, pese al cuadro presentado que arroja desde el punto de vista cuantitativo de la Instrucción un saldo ampliamente favorable, nos atrevemos a concluir con la afirmación de que la Educación venezolana está en crisis, porque no ha logrado formar el carácter y la voluntad de las jóvenes generaciones ni ofrecerles cauce para sus energías e inquietudes, ni mito para polarizar sus aspiraciones, ni siquiera el sentido democrático y republicano que exalte las formas de convivencia humana y de expansión individual, tornando aborrecibles los fanatismos religiosos o políticos, los extremismos degradantes y la tiranía ideológica que contradicen de manera sustancial todo el progreso mecánico y técnico de nuestra época, que tiende al establecimiento de métodos libres y universales de conocimiento y a la conquista del espacio cósmico.

La falla estriba en el hecho de que: "Instruir no es Educar..." "Los conocimientos son *armas* de las cuales, por lo regular, se sirve contra la sociedad el que no las conoce, y bien puede el mejor hombre del mundo perjudicar... y hasta ofender... por ignorancia...". También porque el Estado nacido de las convulsiones guerreras de la Independencia, tal como lo denunciaba Simón Rodríguez con cuyas citas damos por terminadas estas apreciaciones sobre la Enseñanza, no supo o no pudo o no quiso educar a las juventudes nacientes para "vivir en República".

IV

# LA MUSICA

## *Orto y Crepúsculo Coloniales*

CUANDO el barón Alejandro de Humboldt a su paso por Caracas, en 1800, nota "en varias familias", "gusto por la instrucción, conocimientos de las obras maestras de la literatura francesa e italiana, una decidida predilección por la música, que se cultivaba con éxito y sirve — como siempre hace el cultivo de las bellas artes — para aproximar las diferentes clases de la sociedad", quizás ignoraba que 110 años antes, un Obispo ilustrado, Diego Baños y Sotomayor, había dispuesto en las Constituciones del Colegio Seminario que a las diez de la mañana acudiera "el maestro de música a dar lecciones de canto llano a los seminaristas y demás que quisieran"; que en 1725, la Real y Pontificia Universidad de Santiago de León incorporó a su plan de estudios la enseñanza musical, cuyo primer catedrático, Francisco Pérez Camacho, ejerció su docencia durante 43 años corridos; que desde 1640, el Cabildo Eclesiástico Metropolitano estableció una escuela de canto llano; que la Catedral contaba con Maestros de Capilla desde 1671, entre quienes sobresalieron durante el siglo XVIII, los hermanos Ambrosio y Adrián Alejandro Carreño, y Bartolomé Bello, padre del futuro autor de la Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida. En cambio, hubieron de enterarle que un par de meses antes de su arribo a La Guaira, había fallecido Pedro Ramón Palacios Gil y Sojo, el Padre Sojo, fundador en Venezuela de la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri y animador esclarecido de un grupo de compositores y ejecutantes que solían reunirse para tocar y para escuchar música, en el local de la Congregación, esquina de Cipreses, o en la Hacienda La Floresta situada en Chacao, perteneciente al patrimonio de los acaudalados Palacios Gil y Sojo; que en 1797 había desaparecido Juan Manuel Olivares, el más allegado y eficaz colaborador del Padre Sojo, autor de algunas partituras de primera importancia: *Salve, Stabat Mater, Salmo Primero para las Vísperas de Nuestra Señora de las Mercedes, Dúo para violines* y muchas otras composiciones dignas de elogio.

El Padre Sojo dedicó la mayor parte de sus rentas a fomentar el movi-

miento musical en Caracas. La riqueza agrícola, en su caso, no sirvió para alimentar ocios de "Grandes Cacaos", tan vacíos como altaneros, sino para exaltar una manifestación superior de la inteligencia humana, ante la cual desaparecerían prejuicios de casta y desigualdades económicas. La creación y el ejercicio musicales confundieron en una misma aspiración hacia la belleza a mantuanos como el Padre Sojo, Bartolomé Blandín y Francisco Javier Ustáriz, y a pardos como Juan Manuel Olivares, los Landaeta y los Velásquez. Acertaba, pues, Humboldt cuando comprobaba que el cultivo de la música, como el de las bellas artes en general, "aproximaban las diferentes clases de la sociedad".

Hacia finales del siglo XVIII, existían en Caracas muchas academias particulares de música. En algunas casas mantuanas, como la de Sojo, se practicaba ese arte, y en ello dejaron constancia de su nombre Domingo de Tovar, Jerónimo y Francisco Javier Ustáriz, Esteban Palacios, tío del futuro Libertador Simón Bolívar. De modo que nada de extraño tiene que nuestra capital produjera compositores como Olivares y los que vinieron después, entre quienes sobresale José Angel Lamas.

El Padre Sojo, de quien es obligado hacer referencia desde un principio, nació en la Hacienda Sojo de Guatire el 17 de enero de 1739. Hacía nueve años que la Compañía Guipuzcoana había desembarcado en Venezuela sus agentes y su carga. A los 23 años ingresó en la carrera eclesiástica. Se ordenó sacerdote en diciembre de 1762. En agosto del año siguiente introdujo ante la Corona petición para obtener la autorización de fundar en Caracas la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri. En julio de 1764, el Monarca concedió la licencia pedida. La fundación del Oratorio se hizo en la Parroquia de San Pablo, hoy esquina de Cipreses. El Padre Sojo viajó a Europa mientras se procedía a la construcción de la capilla y de la casa para la Congregación. Obtuvo Bula Papal para su proyecto. Estuvo en contacto con la Orden de San Felipe Neri, pero también con la cultura musical imperante en su tiempo. Regresó a Venezuela, trayendo consigo partituras de compositores de la época, como Pergolesi, e instrumentos para los conjuntos de ejecutantes que tenía en mientes.

Es sabido que la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri se distinguía por la liberalidad de sus disciplinas y por el cultivo de las artes, en especial de la música. El género llamado Oratorio se debe a esos congregantes. De modo que el Padre Sojo logró unir en un mismo cumplimiento vocacional, su deseo de servir a Dios y también a la Música. Desde 1771 quedó establecido el Oratorio, pero su desarrollo dio lugar a muchas polémicas con el Clero, poco acostumbrado a aceptar el cultivo del arte como manera de cumplir con las obligaciones religiosas; de modo que en un informe al Rey,

el Obispo Mariano Martí señala despectivamente que los neristas solían reunirse en una casa de campo sita en los arrabales de la ciudad o en otra situada en las cercanías de Chacao, para "jugar en ellas pelota y bochas y tocar conciertos de música día y noche".

Sin embargo, el Padre Sojo triunfó de insidias y reticencias y, con el correr de los años, logró congregar en el Oratorio o bien en su Hacienda La Floresta, a los músicos de Caracas, a los aspirantes a compositores o a ejecutantes, a los aficionados. Juan Manuel Olivares (1760-1797) le acompañó en esa hermosa empresa. Contó con aliados decididos, entre ellos sus vecinos, Don Bartolmé Blandín dueño de las tierras que componen hoy el Country Club, y el Padre José Antonio Mohedano, que poseía la Hacienda San Felipe. Estos mismos terratenientes se unieron para una empresa de carácter agrícola: la de sembrar el café en el Valle de Caracas. Arístides Rojas, en sus *Leyendas Históricas,* relata esta experiencia así como su culminación en 1786, cuando tras de haber "convenido en que la primera taza de café sería tomada a la sombra de las arboledas frutales de Blandín, en día festivo, con asistencia de aficionados a la música y de familias y de personajes de Caracas", se cumplió ese propósito con paseo por los cafetales cargados de frutos rojos, con almuerzo, baile, concierto, canto de las damas, discurso en el momento solemne de servir el zumo y, finalmente, baile para la juventud y tertulia para los mayores.

La llamada Escuela de Música de Chacao no existió como institución reglamentada y propiamente docente, sino como tendencia integradora de inquietudes artísticas, como expresión tácita de hombres de diferentes clases y distintas generaciones que coincidieron con el cultivo de la música.

José Antonio Calcaño, el celebrado autor de *La Ciudad y su Música* (1958) divide en dos grupos a los compositores y ejecutantes que intervinieron en ese movimiento y toma como puntos de referencia para distinguirlos, los años de 1784 a 1786. Comprueba que músicos sobresalientes eran demasiado jóvenes para haber tomado parte en las reuniones de Chacao, de Blandín o de los Cipreses. En esa época a lo sumo emprendían sus estudios musicales, bajo las sabias orientaciones del Padre Sojo o de Olivares. En cambio, otros artistas concurrieron ya adultos o mayores de edad.

En el primer grupo Calcaño coloca a Juan Manuel Olivares, a Juan José y a José Antonio Caro de Boesi, a José Francisco Velásquez el Viejo, a Pedro Nolasco Colón, a N. Gamarra, de quien no se tiene ni obra ni referencia biográfica alguna. El segundo grupo lo componían Juan José y José Luis Landaeta, José Angel Lamas, Lino Gallardo, Cayetano Carreño, Juan Meserón, José Francisco Velásquez el Joven. Calcaño define el papel del Padre Sojo en estos términos: "Su labor, por lo tanto, fue a la vez integradora y formativa; si no fue el fundador de la música en Caracas, como

lo han dicho, fue su mayor propulsor, y al aglutinar aquellos elementos dispersos, y al sistematizar la enseñanza, haciéndola accesible a los jóvenes, realizó la obra más grande del mundo musical en toda la América de entonces. Más de treinta compositores y más de ciento cincuenta ejecutantes forman el balance final de su actividad. Por esto ocupa el Padre Palacios y Sojo en nuestra historia musical el alto sitio de un verdadero patriarca del arte".

En el primer grupo sobresale Juan Manuel Olivares, en el segundo José Angel Lamas (1775-1814), el famoso autor del *Popule Meus,* compuesto a principios del siglo XIX, la única obra religiosa que no ha dejado de ser cantada y tocada en la Semana Santa desde los tiempos mismos de su creación, pese a la prohibición litúrgica de introducir orquestas en las iglesias durante los días santos. Esa composición fue concebida para tres voces, dos violines, dos oboes, dos trompetas, viola y bajo. Dejó Lamas cuantiosa producción, toda ella de inspiración sacra. Se deben citar su *Salve Regina,* su *Miserere,* sus *Lecciones de Difunto,* el *Ave Maris Stella* que se tiene por su última obra. Calcaño y Juan Bautista Plaza coinciden en calificar a Lamas de genio musical. Llevó una existencia modesta, pobre y consagrada por entero a la música. Vivió los años tumultuosos de la Primera y de la Segunda República, pero no intervino para nada en los acontecimientos, de modo que pasó ignorado por patriotas y realistas. Principió siendo tiple en la Catedral y murió siendo bajonista. Su vida transcurrió toda entre la Catedral, los conciertos en el Oratorio, en la Hacienda del Padre Sojo o de Bartolomé Blandín, y en su hogar, donde le esperaban mujer e hijos. Absorto y atento en oír las formulaciones interiores de su mensaje musical, pasó como una sombra por la agitada historia de aquellos días. Juan Bautista Plaza afirma que Lamas fue el más místico de nuestros compositores. Tiene razón y conviene señalar que en José Antonio Lamas culmina un tipo de cultura y de civilización, la de la Colonia, crecidas en torno a la vida de hogar y al amparo de las Iglesias. Como Juan Sebastián Bach — sin pretender comparar el valor musical de la obra del alemán y la del venezolano — Lamas carece de biografía. Quizás fue por eso por lo que la imaginación tropical, proclive a las exaltaciones o singularidades, tuvo que inventarle algunas anécdotas pintorescas pero falsas, que aún corren como consejas populares: que si compuso embriagado el *Popule Meus;* que si en la Capilla Sixtina todos los años tocan la partitura del venezolano; que si se suicidó por hambre y miseria. Cuesta aceptar que la vida del compositor venezolano más famoso fuese *entera y solamente música* creada, oficio cumplido con humildad y exactitud. José Angel Lamas, en su tiempo, y el pintor Armando Reverón, en el suyo, constituyen los dos ejemplos más resaltantes de artistas venezolanos entregados a su obra, con exclusión de toda actividad política, pública o mundana. Con-

viene exaltarlos en un país como el nuestro, de vocaciones frustradas y de improvisaciones inconsistentes.

En contraste con esa existencia recatada y rutinaria, con ese carácter al parecer reservado y melancólico, aparecen las naturalezas exaltadas de Cayetano Carreño y de los Landaeta, la versatilidad de Francisco Javier Ustáriz, la chispa criolla y la viveza de Lino Gallardo, las incidencias novelescas que se cuentan de Juan Francisco Meserón. Actores en los sucesos de 1810 y de 1811 fueron esos músicos. Se les vio en la Sociedad Patriótica, en las manifestaciones de calle; algunos de ellos huyeron en el trágico éxodo de 1814. Juan José Landaeta, presunto autor del *Gloria al Bravo Pueblo,* nació en 1780 y murió fusilado por Boves, la noche de la orquesta de músicos difuntos, en Cumaná, el 15 de octubre de 1813. En esa fúnebre orquesta tocó también José Antonio Caro de Boesi y padeció la misma suerte de Landaeta. Representantes de dos generaciones de la Escuela de Chacao parecieron darse cita en la ciudad tomada por los bárbaros, para morir. José Luis Landaeta (1780-1812) pereció en el terremoto de la Semana Santa. Ambos tomaron parte en las tocatas de la Hacienda La Floresta, ambos fueron discípulos de Olivares, ambos se declararon fervientes patriotas, miembros del Club de los Sincamisa — copia criolla del Club de los Jacobinos — y compusieron una Carmañola venezolana, titulada para la circunstancia: *Canción de los Sincamisa.* Francisco Javier Ustáriz huyó con los patriotas, pero fue encontrado por un soldado de Boves, en una casa donde, enfermo, se había refugiado. El feroz llanero le descogotó, inválido sobre su silla. Era después de la derrota de Maturín en la que habían muerto dos hermanos suyos. Lino Gallardo estuvo preso. Los grillos le dejaron lesiones para siempre. Su ingenio y su buen humor de mulato inteligente, así como su capacidad de adaptación, lograron vencer la resistencia de los realistas con quienes convivió apaciblemente durante la ocupación de Caracas. Meserón huyó hacia Oriente, fue detenido, sentenciado a muerte y luego perdonado, en razón de la habilidad con que tocaba la flauta. Cayetaño Carreño nació en 1774 y murió en 1836, cubierto de hijos, recriminando muchas cosas como su hermano Simón y dedicado a la composición y a la enseñanza.

La obra dejada por Francisco Javier Ustáriz es muy poca, tan sólo una *Misa.* Los Landaeta se conocen sobre todo porque se le atribuye a Juan José la paternidad de la música del *Gloria al Bravo Pueblo,* pero como lo demuestra satisfactoriamente Calcaño en *La Ciudad y su Música,* existen presunciones mucho más fuertes para pensar que fue más bien Lino Gallardo el autor de esa composición. Juan José Landaeta es más aventajado compositor que su hermano, el cirujano José Luis Landaeta, y se conserva de él un *Benedictus* a tres voces y una *Salve* a cuatro voces. Lino Gallardo se destaca como músico prolífico de tendencia más bien profana. Vivió de sus

orquestas que tocaban en bailes y en espectáculos, aunque a veces se dedicó a la enseñanza o ejerció pequeños cargos. Se guardan de él algunas canciones patrióticas. Meserón dejó el primer Texto de Enseñanza para la Música, impreso en 1824, algunas canciones patrióticas, sinfonías y oberturas, así como composiciones sacras. Gracias a su gestión docente se formaron muchos músicos y ejecutantes posteriores a él. Cayetano Carreño, era según Juan Bautista Plaza, el compositor colonial que poseía más sólidos conocimientos. Carreño legó a la posteridad una cuantiosa obra en la que se destacan *Salmos de Vísperas, El Monte de los Olivos* y un *Oficio de Difuntos.*

Muchos otros compositores, ejecutantes y profesores contemporáneos o ulteriores a los nombrados, componen la importante familia de músicos que produjo la Colonia: Esteban Palacios, Dionisio Montero, José Ignacio Burgos, Mateo Villalobos, José María Cordero, José Rodríguez, Marcos Pompa, José María Izaza, Atanasio Bello Montero, Lucio Alba, Casimiro Arias, Sebastián Lozano, José María Mendible Izaza, Manuel Peña Alba.

La generación posterior a la de los alumnos del Padre Sojo y de Olivares, no cuenta ya con figuras tan destacadas y la componen, principalmente, hijos de algunos de los músicos nombrados anteriormente, como Juan Bautista y Juan de la Cruz Carreño, hijos de Cayetano Carreño; Rafael y Román Izaza, hijos de José María; José María Montero, hijo de Dionisio, nacido en 1782 y fallecido en 1869, a los 87 años de edad, después de haber dedicado 65 años de su vida a la enseñanza, porque era más bien un compositor sencillo e ingenuo, y uno de los primeros en componer música para los Nacimientos.

Calcaño afirma que: "El movimiento musical que comenzó antes de establecer su grupo el Padre Sojo viene a morir en 1830 con una larga agonía que dura hasta 1846 en que desaparece completamente". Después de compararlo con los que predominaron o predominaban entonces en México, la Argentina, Brasil, Nueva Granada, Santo Domingo, Cuba, Chile, concluye asegurando que en aquellos tiempos, la música de Venezuela era de primera calidad, y su desarrollo, en un medio como el nuestro, resulta un hecho insólito, pues Caracas era una ciudad poco poblada y aislada. Dice: "Desde el punto de vista artístico, nuestras muy numerosas partituras coloniales no pueden parangonarse con las producciones de los grandes maestros europeos, pero distan mucho de ser mediocres, y algunas de ellas bien pueden figurar junto a las obras de un Rafael Anglés, un Teleman o un Boccherini. La gran Misa de Lamas o la Salve de Olivares son obras de muy alto valor en cualquier país. . .". "De no haberse producido la guerra de Independencia, que naturalmente creaba en Venezuela y los países vecinos un ambiente inadecuado al florecimiento musical, se habría propagado el núcleo caraqueño, que tenía una potencialidad capaz de hacerlo extenderse de manera increíble. . ."

Esta aseveración queda confirmada, por poco que se estudie la influencia que ejercieron un José María Osorio, formado en una "capilla" caraqueña, sobre el movimiento musical merideño; un Bartolomé Bello, instalado en Cumaná; un Nicolás Quevedo, establecido en Bogotá. La Música fue el gran arte de la Colonia, el cual creció en el regazo del culto religioso. Las dianas militares y las canciones de los soldados cubrirán la sonoridad grave y profunda de las músicas litúrgicas.

* * *

La Independencia y el desmembramiento de la Gran Colombia con la consiguiente reconstrucción de la República de Venezuela; los relativamente apacibles años de recuperación auspiciados por los gobiernos conservadores; la era autocrática de los Monagas; los años caóticos de la Guerra Federal, el Gobierno de Falcón y el triunfo de los azules; la hegemonía de Guzmán Blanco y de sus liberales amarillos; la confusión y la mala administración imperantes durante el gobierno de Crespo, hombre fuerte de ese período, cuya muerte en La Mata Carmelera, el 16 de abril de 1898, despejó el camino para la Revolución Restauradora que llevó a Cipriano Castro al poder, en octubre de 1899; la Presidencia de éste, transcurrida entre revoluciones aplastadas, fiestas y adulaciones; el encumbramiento del nuevo dictador, el 19 de diciembre de 1908, influyeron de manera negativa, al parecer, sobre el desarrollo de la inteligencia musical, porque en todo ese período, que abarca 70 años y pico, sólo aparecen a manera de astros aislados, algunos compositores dignos de tomarse en cuenta: José Angel Montero (hijo de José María Montero), nacido en Caracas en 1839 y fallecido en esa misma ciudad en 1881, autor de una ópera que tuvo gran aceptación durante el Septenio, de varias zarzuelas y de música sacra; Felipe Larrazábal (1816-1873), abogado, polemista, periodista, historiador, cuyo *Trío* para piano, violín y violoncello elogia Calcaño en estos términos: "Es ésta quizás, la composición más importante de todo el siglo XIX en Venezuela, y una de las mejores de nuestra música en todos los tiempos"; Federico Villena (1835-1899), nacido de una familia humilde y pobre, en Turmero, y quien por méritos propios y singular voluntad de aprender, alcanzó nombradía y prestigio con muchas obras de cámara, de orquesta, de canto, de baile, varias zarzuelas y algunas composiciones religiosas; Ramón Delgado Palacios (1867-1902), el mejor pianista venezolano después de Teresa Carreño, autor de unos valses en los que supo combinar el sabor criollo con ideas musicales claras y procedimientos pianísticos altamente convincentes.

Mención aparte merece Teresa Carreño (1853-1917), una de las primeras figuras mundiales del piano, personalidad extraordinaria en la que culmina el genio de los Carreño, esa brillante familia que dio a Venezuela

hombres como Ambrosio y Adrián Alejandro, Cayetano y Simón Rodríguez (Carreño), Juan Bautista y Juan de la Cruz, Manuel Antonio, padre de Teresa, autor del *Manual de Urbanidad* y de 500 Ejercicios para Piano, escritos especialmente para su hija, a quien formó y puso en el camino del triunfo como concertista de primera magnitud. Teresa Carreño tocó piano en los teatros de toda Europa, en los Estados Unidos, donde falleció, en Australia, en Nueva Zelandia, en Africa del Sur. Su paso por la patria chica, esta Venezuela que la vio nacer y de donde se marchó en 1862, para perfeccionar sus facultades musicales, tuvo aires de apoteosis. Sus conciertos en Caracas, en Puerto Cabello, en Valencia, en Villa de Cura, en Ciudad Bolívar, despertaron el más clamoroso entusiasmo. Por una vez Venezuela no fue mezquina con un hijo suyo laureado por el mérito.

Como Teresa Carreño, Reinaldo Hahn nació en Caracas, en 1874, y en la infancia se trasladó a París, donde se dedicó a los estudios musicales. Pero más nunca regresó a Venezuela. No puede ser asimilado al movimiento musical venezolano. Falleció en París en 1947, sin mantener lazo alguno de carácter afectivo o intelectual con la tierra donde nació.

Entre los años de 1830 y 1900, se fundaron en Venezuela sociedades filarmónicas y centros docentes para la enseñanza musical. En 1829, la Sociedad Económica de Amigos de París, cuya importancia histórica debe ser puesta de relieve, contempló el fomento de la enseñanza musical. En 1849, la Diputación Provincial de Caracas estableció la Academia de Bellas Artes, en la que había una escuela de música cuyo director fue Atanasio Bello Montero. Por Decreto del 7 de mayo de 1870, Guzmán Blanco creó el Conservatorio de Bellas Artes, "en cuyo establecimiento se enseñará gratis la música teórica y práctica, el dibujo, la pintura y el grabado, la arquitectura y la escultura". Felipe Larrazábal fue nombrado Director, pero hubo de ejercer muy poco esa dirección porque participó en el alzamiento de Matías Salazar y tuvo que ausentarse del país, hasta su muerte, acaecida trágicamente en un naufragio. El 3 de abril de 1877 se creó por decreto el Instituto de Bellas Artes, que comprendería tres Academias: una de dibujo y pintura, otra de escultura y otra de música. Ramón de la Plaza fue nombrado Director de esa entidad. La sección musical constaba de las siguientes cátedras: Melodía, Solfeo, Canto, Música Instrumental, Armonía, Contrapunto y Fuga, Instrumentación, Composición, Historia del Arte, Estética y Filosofía Crítica de la Música. Eduardo Calcaño presidió la Academia de Música. Diez años más tarde se decreta el establecimiento de la Academia Nacional de Bellas Artes, con las siguientes materias: dibujo, pintura, arquitectura, música y declamación. Emilio J. Mauri desempeñó los cargos de director y de catedrático de Dibujo y Pintura. Federico Villena dictaba los cursos de Teoría Elemental de Música y de Instrumentos de Cobre. A los cinco años de actividad, se

crearon concursos periódicos de las materias cursadas, lo cual estimuló a los alumnos y a los aficionados. Transcurridos otros diez años, en marzo de 1897, la Academia vuelve a ser bautizada, por decreto, Instituto de Bellas Artes, y el personal de aquella queda incorporado a la nueva entidad. La sección musical pasa a llamarse Conservatorio de Música y Declamación. En 1904 se vuelve al nombre de Academia. En 1905, al de Instituto. En 1912, el Instituto se separa en dos organizaciones independientes: la Academia de Artes Plásticas y el Conservatorio de Música y Declamación. En 1915 el Conservatorio pasa a llamarse Escuela. En 1941 se denomina Escuela Nacional de Música. En 1945, ésta da lugar a la creación de dos organismos distintos: la Escuela Preparatoria y la Escuela Superior. Esas interminables mudanzas en el nombre de una organización que, hasta 1912, seguía siendo la misma, ilustra a cabalidad el regusto que sienten los venezolanos por las apariencias y por el cambio, así como su repugnancia por todo lo que se arraiga, tanto más cuando se trata de instituciones. Tan sólo dos reformas importantes pueden ser señaladas en ese proceso de cambios de denominaciones y transformaciones sin verdadero contenido: la de 1912, separando las Artes Plásticas y la Música; y la de 1945, creando las Escuelas Preparatoria y Superior de Música.

Bajo la dictadura de Juan Vicente Gómez, que duró 27 años, Venezuela se convirtió en país monoproductor y petrolero. El petróleo aumentó considerablemente las rentas del Estado. Al terminar la Primera Guerra Mundial, Venezuela era un país rico, donde ya no se podía detener el progreso material. Hacia esa fecha se inicia el despertar del movimiento musical, adormecido en el regazo de géneros dulzones y sentimentales, de composiciones populares y regionales que copiaban el folklore. Distintas causas influyeron en esa necesidad de renovación. Individualidades inquietas como Vicente Emilio Sojo, Juan Bautista Plaza, José Antonio Calcaño, Miguel Angel Calcaño, Juan Vicente Lecuna, Ascanio Negretti, Moisés Moleiro, Prudencio Esaá; la presencia de algunos músicos y melómanos extranjeros en Caracas; la aparición de las primeras grabaciones fonográficas con grandes orquestas y partituras modernas; el contagio de las corrientes musicales europeas. En ese grupo de renovadores es justo destacar la obra de enseñanza y fomento musical cumplida por Vicente Emilio Sojo, un hombre de la talla del Padre Sojo, pero de extracción social más humilde. El Maestro Sojo nació en Guatire, en 1887. Principió sus estudios musicales a los 18 años en esa población. Se residenció en Caracas hacia 1909. Participó en todas las iniciativas tendientes a despertar la música. Hacia 1929, en compañía de Calcaño y de Plaza, fundó el Orfeón Lamas, que inspiró entusiasmo y divulgó muchas canciones venezolanas olvidadas. Más tarde, Sojo fue uno de los principales propulsores

de la Orquesta Sinfónica, la cual quedó finalmente bajo su dirección (2). Desde 1936 ocupó el cargo de Director de la Escuela Nacional de Música, transformada en 1945, en Escuela Superior. Allí está todavía. A su fervorosa gestión docente se debe la formación del grupo de compositores que, actualmente, ocupa un primer lugar en la vida musical venezolana: Antonio Estévez, Antonio Lauro, Angel Sauce, Gonzalo y Evencio Castellanos, Inocente Carreño, José Clemente Laya, Antonio José y Víctor Guillermo Ramos, Blanca Estrella, Andrés Sandoval, Modesta Bohr. Después de Manuel Leoncio Rodríguez y del propio Sojo, después de Lecuna, Juan Bautista y Eduardo Plaza, José Antonio y Miguel Angel Calcaño, Esaá, la promoción formada en la Escuela Nacional convirtió en realidad los postulados del nacionalismo musical. Antes había prevalecido cierta inclinación hacia el impresionismo, teñido, si se quiere, de venezolanismo estilizado. La *Criolla Desnuda* de Lecuna ilustra esa tendencia. Se puede decir, de una manera muy general, que la renovación musical venezolana se debió al descubrimiento de compositores como los rusos del grupo de los Cinco, Debussy, Ravel, Frank, Albéniz, Granados, Falla, Milhaud y Satie, Fauré; más tarde Stravinsky, Bela Bartok, Prokofiev, Shostakovich. El dedocafonismo, la música concreta y otras experimentaciones musicales contemporáneas, no tienen aún cultores en Venezuela. Entre los intérpretes se destacan en plano ya internacional, tras rigurosos estudios cumplidos y otros en pleno desarrollo, el notable guitarrista Alirio Díaz y la joven pianista Judith Jaime.

No somos los más llamados a calificar, desde el punto de vista musical, la obra cumplida por los compositores de la renovación venezolana. Lecuna, exquisito temperamento de esteta, autor de varias obras para piano, de una *Sonata* para Arpa, de algunas composiciones para instrumentos de cuerda, *parecía ser* el más dotado del grupo de 1920. Desgraciadamente compuso poco, a pesar de su sensibilidad y de su exclusivo interés por el Arte. Nació en Valencia en 1898 y falleció en Roma en 1954. En el grupo de Sojo, Antonio Estévez despuntó con aliento amplio y sinfónico; Lauro, con inclinación a la obra corta pero estructurada con limpieza y orden; los Castellanos, requeridos por diversos modos. Un crítico contemporáneo se refiere en estos términos a los actuales compositores venezolanos: "La constante que define y orienta a este grupo es el *nacionalismo*. Mas comprometedor resulta preguntarse, recorriendo con mirada realista el panorama, si se advierten posibilidades de expansión o de renovación dentro de ese movimiento. Creemos que no las hay... El nacionalismo dentro del arte es apenas una consigna; se

(2) En la actualidad la Orquesta Sinfónica atraviesa por una profunda crisis de dirección y de organización que demuestra, por una parte, la falta que hacen hombres de la capacidad rectora de Sojo, y por otra, la impostergable necesidad de modificar sus estatutos y de invitar directores extranjeros.

plantea al creador como un fin desprovisto de medios y fundamentalmente incurre en una limitación de posibilidades dentro del accidente geográfico o político"... "Venezuela fatiga en esa misma ruta, valiéndose de los muy monótonos elementos rítmicos del joropo, el valse, el aguinaldo, etc.". Y concluye el mismo crítico formulando la siguiente pregunta: "¿Este tipo de realizaciones podrá despertar un interés auténtico en medios extraños que resulten forzosamente indiferentes a cualquier efusión patriótica o nacional y en cambio se aboquen a un examen desprejuiciado de los valores musicales en posición de contemporaneidad?".

La respuesta a esta pregunta la dará el futuro. Por el momento queremos señalar que muchos de los nombrados han ido abandonando paulatinamente la composición para dedicarse a la crítica musical, a la enseñanza, a la investigación. La obra literaria de José Antonio Calcaño, por ejemplo, sobrepasa en mucho la musical. Más que en un compositor, se ha convertido en un musicólogo de primera línea, en un escritor de sabroso estilo y gran don de penetración en los procesos culturales. Su crónica musical de Caracas: *La Ciudad y su Música,* es uno de los mejores libros de todos los tiempos escritos en Venezuela. Aúna felizmente la evocación del pasado con el análisis de los hechos, el dato con la manera de usarlo, la profundidad con la sencillez. Del mismo modo, Juan Bautista Plaza, Maestro de Capilla y Organista de la Iglesia Metropolitana hasta 1948, diplomado como Profesor en Composición Sagrada en el Instituto Superior de Música Sagrada de Roma, Director de Cultura del Ministerio de Educación de 1944 a 1946, catedrático en la Escuela Nacional de Música, Director de la Escuela Preparatoria de Música, ha cumplido una obra más importante como investigador de nuestra música colonial y como profesor, que como compositor, y esto a pesar de sus indudables condiciones creadoras. Lo mismo se puede decir del Maestro Vicente Emilio Sojo. Prudencio Esaá dejó de componer para dar clases de piano. Israel Peña y Rhazes Hernández López, formados independientemente de los grupos señalados, se dedican más al comentario musical para la prensa que a la composición. Entre los iniciadores de la musicología es obligado mencionar a Ramón de la Plaza, cuyo ensayo sobre el Arte en Venezuela, publicado en 1883, constituye una de las primeras fuentes bibliográficas en esa materia. José Antonio Díaz, en su obra *El Agricultor Venezolano o Lecciones de Agricultura Práctica Nacional,* de 1861, ofrece algunas informaciones originales sobre el desenvolvimiento musical venezolano en aquella época.

Juan Bautista Plaza estuvo comisionado en 1937, por el Ministerio de Instrucción Pública, para estudiar y preservar el Archivo de Música Colonial existente en la Escuela de Música. Por su parte, en la Catedral, Plaza había estudiado otras partituras de la misma época. Las reediciones efectuadas por el Despacho de Educación estuvieron dirigidas por Plaza. La contribución de

Juan Bautista Plaza, a la exhumación de nuestra Música Colonial, se presenta como una de las más determinantes, aunque no la haya refundido en un libro orgánico. Para medir en todo su alcance ese aporte, será menester reunir las monografías, artículos, ensayos, conferencias, cursillos, anotaciones, rectificaciones o establecimientos de datos, reediciones de partituras, debidas a su fervor, a su capacidad de trabajo, a su devoción por la enseñanza y la investigación generosas. José Antonio Calcaño, en cambio, ha escrito los ensayos más contundentes sobre la música venezolana, precisando sus orígenes, sus características, sus alcances, dentro del contexto cultural e histórico en que se desenvolvió. Además de *La Ciudad y su Música,* obra de permanencia bibliográfica, de viviente conocimiento venezolano, ha escrito: *Contribución al Estudio de la Música en Venezuela* (1939) y *Curso de Apreciación de la Música* (1957).

Situados ahora ante la perspectiva que ofrecen los 150 años de Independencia transcurridos, se comprueba que la renovación musical iniciada en 1920, con el descubrimiento del impresionismo y del nacionalismo; las subsiguientes actividades emprendidas por Sojo; el nacimiento del Orfeón Lamas y de la Sinfónica; la aparición del grupo de compositores formados en la Escuela Nacional de Música no alcanza a producir, sin embargo, un fenómeno artístico de una importancia comparable al de nuestra Música Colonial. La obra contemporánea arroja un saldo favorable a la investigación y a la enseñanza, pero más bien desfavorable a la creación pura, atollada actualmente en un nacionalismo que el movimiento musical moderno ha sobrepasado definitivamente, por lo menos en lo que se refiere a procedimientos y técnica. Parecería que la era republicana y laica no le ha brindado al compositor venezolano ni ambiente, ni tema, ni razón funcional para crear una música integrada plenamente al cuerpo social. La Colonia le ofreció a los músicos temas, situación y medios para hacer música. Los temas se inscribían en la órbita de la liturgia. Cada año volvían a esplender los rituales de la Semana Mayor, de la Natividad de Cristo, del Corpus. Cada año había lugar para celebrar fiestas de Santos y de Vírgenes o el Día de Todos los Muertos. La Iglesia *necesitaba* música y, por lo tanto: músicos. Esa necesidad tornaba, a su vez necesaria, funcional, la música. El compositor de vísperas, de oficios de difunto, de salmos, de salves, era un artesano, trabajaba para la colectividad; componía música para el culto religioso. La República destruyó la organización colonial, cuyo eje central era la Iglesia, pero no creó un orden nuevo equivalente. Las necesidades bélicas o los desfiles militares no estimulaban la gran creación musical. La Venezuela Cuartel del dicho bolivariano no exigía música elevada sino cantos populares y dianas militares. La Venezuela de los dictadores y de las inauguraciones municipales, requerían bandas antes que compositores, o autores de contradanzas y de valses para

los bailes. Si la función hace el órgano, es el momento de advertir cómo una función bastarda de gobierno puede envilecer un órgano que, por lo contrario, al ejercitarse con motivaciones superiores, como pueden ser las que inspira en sí misma la fe religiosa, alcanzó desarrollo admirable.

Juan Bautista Plaza ha insistido mucho en el espíritu de nuestra música colonial. Creemos oportuno transcribir algunas apreciaciones suyas: "Hay algo en la música de nuestro Olivares y en la de todos nuestros compositores coloniales, sin excepción, que no solamente no deriva de fuentes extranjeras, sino que ni siquiera les pertenece por entero a ellos. Es algo que podríamos definirlo como la *expresión intuitiva del alma colonial venezolana,* o por lo menos la faz religiosa de ésta; algo muy diferente ya del substrato espiritual que nos legara la Madre Patria". "Fue aquella una obra de arte nacida en perfecta armonía con el medio circundante y el ambiente espiritual de la época. Surgió, como toda obra grande, de una profunda necesidad del espíritu". Acaso la mejor observación sea la que formuló en relación con Cayetano Carreño, aplicable a todos nuestros compositores coloniales: "es, pues, música de un venezolano, hecha para venezolanos de su tiempo, seres cuya vida y costumbres se desenvolvían apaciblemente como en los viejos tiempos patriarcales".

El Padre Pedro Ramón Palacios Gil y Sojo, mantuano y terrateniente cuya riqueza sirvió para exaltar manifestación superior del hombre y no para envanecimiento de privilegiado, y José Angel Lamas, modesto bajonista de la Tribuna musical de la Catedral, representan con Juan Manuel Olivares, pardo esclarecido, la sensibilidad mejor de la Colonia, la armonía entre la fe religiosa y el cultivo de la belleza artística. Sojo falleció con el siglo XVIII. Legó instrumentos de música y sumas de dinero a algunos de sus compañeros y, en un gesto que auguraba justicia por venir, libertó a los 34 esclavos que labraban sus tierras. Lamas falleció cinco días después de Boves, caído en Urica, el 5 de octubre de 1814. Con ellos, como con Juan Manuel Olivares, desaparecido en 1797, es decir, un par de años antes que el Padre Sojo, se extingue un espíritu de moderación y de equilibrio que no volverá a encontrar Venezuela. Así como el día, antes de naufragar en la noche, esplende en un instante último y crepuscular, agonía y nacimiento mezclados, la sociedad colonial, antes de que la sepultaran las olas de caballerías llaneras, las hordas de guerreros ebrios y sanguinarios, las ruinas y el polvo de las batallas, produjo el gran resplandor de su Música Sacra. Los acentos de la *Carmañola Americana,* de la *Juana Bautista,* de la *Conga,* de la *Cachupina,* de *La Vencedora,* el *Zumba que Zumba* harapiento y altivo de las tropas, crecerán entre lanzas y disparos y ahogarán los ecos del concierto crepuscular concluido.

V

# LAS ARTES PLASTICAS

## *De la Historia al Espacio*

YA SE HA dicho que la cultura colonial fue, fundamentalmente, católica y patriarcal. La pintura como la música eran de inspiración religiosa y cumplían una función al servicio del culto: la primera ofrecía la representación gráfica de lo sagrado; la segunda, contribuía al realce de los oficios y de los ritos seculares. Hasta aquí el paralelo, porque en tanto que la pintura sagrada se mantuvo siempre, en Venezuela, en un nivel mediocre, la música, como ya quedó expuesto, alcanzó un desarrollo excepcional. La Independencia truncó la expansión del movimiento de música religiosa, en tanto que produjo el nacimiento de una pintura laica, histórica, autónoma, que empezó con Juan Lovera. Antes de hablar de este precursor, cuya obra rompe con la tradición que circunscribía hasta entonces la pintura a la imaginería religiosa y al retrato, conviene señalar que nuestro país, en los albores de la Emancipación, distaba mucho de ocupar un puesto importante en materia de Artes Plásticas. Ni la Iglesia ni mecenas alguno al estilo del Padre Sojo se propusieron, y mucho menos lograron, sacar nuestras Artes Plásticas de una condición en que vegetaban modestamente, constituyendo, a lo sumo, discretos oficios artesanales ejercidos por no menos discretos artesanos.

La mayoría de los nombres de esos pintores de santos permanecen en la anonimia. Se sabe de un Landaeta, autor de una Inmaculada Concepción no carente de gracia barroca y quien, por cierto, fue maestro de Juan Lovera. Fray Antonio Caulín, en su obra sobre la Provincia de Cumaná, menciona al Padre Diego de los Ríos como pintor y músico, y al Padre Orellana, del convento franciscano de La Grita, quien, al igual que Fray Angélico, pintó las paredes del claustro con figuras bíblicas y santos de su orden. En un valioso trabajo de Alfredo Boulton, publicado en el catálogo de la exposición consagrada a Juan Lovera, en abril de 1960, figuran los nombres de algunos otros imagineros del siglo XVIII: Francisco José de Lerma, autor de una Sagrada Familia fechada en 1719 que Boulton pondera grandemente; José Surita, de quien se conservan algunas obras en la Catedral; Pedro Surita, "activo

hacia fines del XVIII"; Javier Flores, quien en 1765 "pintó los lienzos que adornan el retablo de la Capilla de la Orden Tercera de San Francisco y que todavía hoy se pueden admirar en nuestra vieja Iglesia caraqueña". En la iconografía religiosa colonial se tienen por muestras valiosas una enjoyada María Magdalena, de hermosa mirada afligida, y un pensativo San Gregorio, ambas de mediados del siglo XVIII; una sucesión de vírgenes como Nuestra Señora de Caracas, Nuestra Señora de la Guía, Nuestra Señora de la Chiquinquirá, Nuestra Señora de la Luz. También algunos retratos como los muy conocidos de los Marqueses de Mixares y de los Marqueses del Toro. Se desconoce la paternidad de esas obras y ella debe corresponder a modestos artesanos como los mencionados o a pintores de otras tierras de paso por Caracas, como el portorriqueño José Campeche, de quien se supone que visitó nuestra capital, porque en ella se encontraron algunas pinturas suyas.

Los viajeros de la Ilustración que conocieron a Venezuela en vísperas de la Revolución, no dejaron testimonio con respecto al desarrollo de las Artes Plásticas. Por más que se hurguen los capítulos de Francisco Depons consagrados a la población, a los usos y costumbres, a la Educación Pública, a las fiestas, a las artesanías, a las mansiones y a los templos visitados, al ornato de las ciudades, no se encuentra ni párrafo ni frase que autoricen a creer que la pintura o la escultura coloniales tuviesen importancia alguna. Por el contrario, Depons apunta que si los criollos venezolanos resultan inferiores a los colonos franceses, "es porque el ejercicio de las armas, la equitación, la danza, la música y el dibujo no forman parte de su educación". Cuando describe el lujo de una casa de persona notable donde se le recibiera, ningún comentario despiertan en este observador los cuadros existentes — si los había — en tanto que admira espejos, arañas, alfombras, cortinas de damasco, colchas y almohadas sobre altos lechos, muebles con mucho dorado y predominio de sofás. En la Catedral de Caracas y en otros templos capitalinos, aprecia la abundancia de dorados, las telas, los encajes, las tapicerías en vestidos de vírgenes y de santos, los ornamentos sacerdotales, los trajes de los mantuanos o de la plebe durante las festividades religiosas; pero nada en relación cercana o remota con la pintura, la talla, la escultura. Y cuando relata las leyendas referentes a las figuraciones de la Santísima Virgen, no siente la necesidad de aludir a ninguna representación pictórica de las muchísimas a las que rendían pleitesía los venezolanos.

El mismo silencio impera en la obra de Humboldt, pero con el agravante de que, según refiere Landaeta Rosales, frecuentó el taller de Juan Lovera y hasta posó para un retrato incluido entre las obras no conocidas del pintor. Humboldt contaba para esa época 31 años y Lovera aproximadamente 21. En cambio, la máquina eléctrica fabricada por el Señor Carlos del Pozo, en la ciudad de Calabozo, atrajo poderosamente su atención.

Dauxion-Lavaysse reconoce que en Caracas había cierto gusto por la pintura, pero agrega que tal arte "estaba en la infancia".

El *Mercurio Venezolano* fue la primera tentativa venezolana por crear una revista crítica, y la primera publicación que en nuestro país se ocupó de Literatura y Bellas Artes. La fundó y dirigió Francisco Isnardy, singular personalidad de europeo criollizado. En su primera entrega de enero de 1811, en la sección final dedicada a esas materias, el *Mercurio Venezolano* sólo puede consignar, en referencia con la Pintura, el nombre de Juan Lovera y en relación con la obra de éste — que a la sazón contaba probablemente unos 30 años — una copia del cuadro Los Cuatro Elementos de Lebrún, "que posee D. Juan José Rivas y Pacheco, como uno de los mejores adornos de la habitación de Ciudadano Americano". Es poca cosa, tan poca cosa, que el redactor se ve obligado a inflar la prosa y a apuntar que "la pintura se ha resentido hasta ahora, como todas las demás artes de gusto en América, de la falta de Maestros y modelos, que hubieran dado al genio Americano todo el impulso que prometen las bellas disposiciones que los inteligentes descubren en los cuadros de algunos de nuestros Artistas indígenas". Y añade, tendencioso: "Caracas no desmerece figurar entre las ciudades que han producido Pintores de genio y capaces de honrar las escuelas; si la opresión les hubiera permitido tenerles, o les hubiere dado fomento y libertad para llegar a ellas". Lo que equivale a juzgar la condición ajena por la propia. Porque en México, en Lima, en Quito, en Guatemala, pese "a la opresión", florecieron de manera singular las Bellas Artes, las Letras, las artesanías, el Folklore. Esta manera de enfocar el problema de la producción pictórica revela, evidentemente, un sectarismo político que no toma en cuenta ni la realidad de los hechos ni las perspectivas continentales, muy propio del temperamento venezolano.

En la segunda entrega de la misma publicación, fechada un mes después, lo referente a las Bellas Artes y en particular a la pintura resulta aún más indigente. Se elogia en esa ocasión al Señor José Juan Franco por el premio que el Supremo Poder Ejecutivo concedió a lo que puede suponer el lector sería el grabado del boceto para un monumento a la memoria de las víctimas de Quito. El redactor informa que lo presentado al Poder Ejecutivo "ha sido la primera materia del buril Caraqueño" y que ese grabado del Señor Franco "aunque no pueda ponerse al lado de las obras de Carmona, Carnicero, y Ameller; es sin embargo muy acreedor a que se fomente el genio y la aplicación que lo ha producido". Los nombres mencionados permiten precisar que se trata de los escultores españoles Salvador Carmona (1709-1767) y, probablemente, Alejandro Carnicero (1693-1757) — ya que los otros dos artistas que llevan el mismo apellido eran Antonio, pintor (1748-

1814), e Isidro, nacido en 1804 y por lo tanto demasiado joven en 1811, para ser citado.

Tampoco quedan las muestras de una aplicación pictórica popular que justifique la leyenda de la pintura de mano esclava, ya que no bastan para proclamarla los retratos de los Marqueses del Toro ni el fresco ingenuo que adorna, en la parte alta de la Quinta Anauco, el salón que fuera antiguamente el dormitorio de la Marquesa. En efecto, nuestros templos revelan la carencia de ex-votos pintados, labrados o forjados con la expresividad a que nos acostumbra la sensibilidad popular en otros países de la América. Entre las poblaciones afro-venezolanas no se han encontrado — al contrario de lo que sucede en Haití, en Cuba, en el Brasil —, tallas de madera representando divinidades tutelares, ni instrumentos sabiamente adornados, ni vestigio alguno de dibujos rituales y simbólicos. Sin embargo, se dispone en la actualidad de algunos rasgos importantes para afirmar que no todo hubo de ser negativo en materia de inventiva plástica venezolana. Nos referimos a la existencia de máscaras poderosamente expresivas y de trapos pintarrajeados y animados por una armazón incipiente o por un danzante, que evocan con bastante vigor la presencia de animales fabulosos como los Pájaros *Chigüire* y *Guarandol*. Por otra parte, se ha comprobado la existencia de una corriente de pintura popular con representantes tan valiosos como Feliciano Carvallo, Víctor Millán, Sandoval, Bárbaro Rivas. Empero, no cabría asegurar que estas manifestaciones corren por un cauce tradicional, ya que gran parte del folklore se formó en el siglo XIX y los actuales pintores populares aparecieron como una consecuencia de la expansión pictórica promovida en 1936, por la Escuela de Artes Plásticas. Sin embargo, en Carvallo, un negro pintor, se advierten rasgos plásticos propios de las culturas negras; y en Manuel Portero Moronta, anciano capataz hoy fallecido, de la cofradía de los Diablos Danzantes de San Francisco de Yare, autor de pinturas ingenuas y de máscaras, en las que se aplaude un sentido innato de la composición y del dibujo.

Es sabido que los africanos de Guinea y de Nigeria se destacaban como escultores del bronce, del hierro, del oro, como tallistas del marfil y de la madera. Los negros se manifestaban sorprendentes inventores de formas, poderosos creadores de síntesis, incomparables estilizadores. El descubrimiento de las tallas y de las máscaras africanas a principios de este siglo, modificaron, de manera definitiva, la visión de la pintura occidental. El arte visual moderno nace de aquel descubrimiento. Desde el punto de vista animista, sus tradiciones revelan una gran riqueza de mitos, leyendas, fábulas, prácticas ceremoniales, cultos.

La Trata golpeó brutalmente esa realidad africana. Las tribus fueron dispersadas, las familias diezmadas, los objetos sagrados destruidos. Rara vez se ha desatado sobre un conjunto de pueblos semejante tempestad provocada

por otros pueblos. Los primeros informes traídos por los navegantes que descubrieron la costa oeste africana, en los siglos XV y XVI, demuestran la existencia de un grado de civilización que nada tiene en común con la imagen del negro esclavo ni con la del negro colonizado del siglo XIX. Pero la Trata destruyó ciudades, artesanías, colectividades, religiones, familias. Cien millones de negros fueron arrancados a su terruño. Se calcula que veinte millones fallecieron debido a accidentes y maltrato, durante los viajes marítimos hacia otras tierras. En América sembraron el algodón, el cacao, la caña de azúcar, el añil. Debido a circunstancias especiales, en algunos países revivieron las religiones y los cultos originales. Así, en Haití, con el *Vodú;* en Cuba, con las *Potencias Ñañigas* y la *Santería;* en el Brasil, con la *Macumba,* de Río, el *Candomblé* de Bahía, el *Batuque d*e Porto Alegre, el *Tambor* de Maranhao, el *Changó* de Recife. En el orden plástico, esas manifestaciones de sincretismo religioso, las cuales ya han sido estudiadas exhaustivamente, produjeron tallas religiosas, máscaras, vestuarios, ornamentaciones, objetos para el culto, adornos, grafismos rituales, instrumentos sagrados. Del complejo universo mítico y místico del *Vodú* haitiano, verdadera síntesis entre la religión dahomeyana, el catolicismo y la historia de ese país, se desprende su escuela contemporánea de pintores espontáneos que ha asombrado a críticos y a aficionados de Occidente. Una de las personalidades principales de esa escuela era Héctor Hipolite, fallecido hace un tiempo, sacerdote *vodú,* quien declaraba recibir su inspiración directamente de San Juan Bautista, sincretizado en alguna divinidad africana.

En Venezuela no floreció una tradición semejante porque la Trata cesó muy pronto y porque las migraciones fueron secundarias, es decir, porque los terratenientes se surtían de esclavos en colonias cercanas como Curazao, Trinidad, Santo Domingo o las Antillas Francesas, donde ya los grupos originales habían sufrido una dispersión definitiva. También porque no hubo concentración de negros africanos en las ciudades. En Cuba, como en el Brasil, se advierte que los cultos afro-americanos encontraron, para su desarrollo, ambiente más propicio en las ciudades que en los campos. La mayoría de la población negro-africana de Venezuela se repartió en los valles centrales.

En cuanto a la herencia plástica indígena, hay que reconocer que caribes y aruacos dejaron pocas muestras de un genio alfarero comparable al de los mexicanos, los quéchuas, los chibchas, estos últimos extraordinarios orfebres, y ninguna demostración de estatuaria, arquitectura y otras artes monumentales.

Seamos, pues, sinceros y admitamos que sin pretender comparar nuestra Capitanía General de Venezuela con México, Lima o Quito, se advierte la ausencia de pintores, escultores, grabadores, dibujantes, tallistas, decoradores, que, a fuer de identidad famosa, hubiesen sido capaces, por lo menos, de

crear un estilo, una manera, una escuela, como lo hicieron los compositores de música sacra. Del mismo modo se aprecia la pobreza de las artes visuales populares, la indigencia en el ornato y la arquitectura, el atraso en las artesanías: cerámica, barro cocido, herrería, mueblería, repujado, orfebrería. Ante comprobaciones como éstas, siempre hay deseos de objetarlas, y aparecen estudiosos en arqueología, en historia, en tradiciones vernáculas, que pretenden demostrar lo contrario. Basta un aviso como el aparecido en la *Gaceta de Caracas,* el viernes 24 de febrero de 1809, en el que el Presbítero D. Manuel Faxardo, Cura del Pueblo de Santa Cruz de Escobar, en los valles de Aragua, ofrece una gratificación por la captura de un mulato esclavo suyo prófugo, que "sabe tocar arpa, guitarra, cantar y pinta y hace figuras de escultura aunque mal", para que no falte quien afirme que allí está la prueba de la existencia de una pintura de mano esclava. Pero es el caso de recordar que una golondrina no hace verano. Quien revise, como lo hemos hecho nosotros, los Tomos I y II de la misma publicación, desde 1808 hasta 1812, buscando en avisos de esclavos prófugos otro caso similar, encontrará que en los otros veinticuatro avisos publicados, no se vuelven a repetir las mismas señas.

Para concluir, hemos de declarar que no pretendemos negar lo que hubiese producido nuestro medio en materia de artes plásticas y artesanías, sino valorarlo con patrones continentales. Quedaríamos muy desairados si pretendiésemos exaltar nuestras producciones pictóricas, nuestra estatuaria, nuestras artes populares, nuestra arqueología, por poco que tuviéramos que exhibirla al lado de los dorados quiteños, del prodigioso barroco mexicano, del lujo limeño, de las artesanías populares y de la cerámica a que nos acostumbran hoy todavía los descendientes de aztecas, nazcas, quichés, chibchas, quéchuas, incas, sin hablar, por supuesto, del esplendor aquitectónico de esos pueblos y de los mayas, extintos antes de la llegada de Colón. Por eso lo más prudente sería establecer los rasgos de nuestro pasado, en lo que a artes plásticas se refiere, dentro de la mayor modestia, sin pretender calificar de Escuela a las contadas y discretas creaciones pictóricas que hayan podido reunir, hasta ahora, los fervorosos investigadores de nuestra época colonial.

## *De Juan Lovera a Tito Salas*

LA PINTURA venezolana nació de la contemplación de la Historia. Los imagineros religiosos no fueron capaces de alcanzar una alta visión plástica a través de la contemplación de lo sagrado, de lo místico sobrenatural. En cuanto Juan Lovera, apartó sus ojos de los santos y de las vírgenes, para ver lo que sucedía en su país; empezó a pintar para sí mismo y para el tiempo, es decir, para la Historia. Fijó en sendos lienzos los sucesos acaecidos el 19

de abril de 1810 y el 5 de julio de 1811, de los cuales había sido testigo. El primer cuadro es de 1835; el segundo de 1838. Las fechas biográficas de Lovera, investigadas por Manuel Landaeta Rosales, por Enrique Planchart y por Alfredo Boulton, son la del 28 de diciembre de 1778 para el nacimiento, y la del 20 de enero de 1841, para su fallecimiento. Por lo tanto contaba 57 años cuando pintó el 19 de abril y 60 cuando concluyó el 5 de julio. Tres años después moría el primer pintor que tuvo la Venezuela independiente.

En abril de 1960, con motivo de las Fiestas Sesquicentenarias, la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación presentó una Exposición de Juan Lovera. Era la primera que de sus obras se hacía. La organizó Alfredo Boulton, quien reunió 21 cuadros, un autorretrato, referencias biográficas y datos fundamentales sobre su formación y su ejercicio pictórico. El catálogo de la Exposición es también obra suya. Contiene el más importante estudio consagrado, hasta ahora, a Juan Lovera.

Desde el corazón de su senectud, aquel testigo a punto de desaparecer, sintió la necesidad de transmitir a sus contemporáneos y a los hombres del mañana, las imágenes de dos acontecimientos públicos que, alcanzadas la paz y la independencia nacionales, cobraban toda su significación histórica. Bolívar decía que las revoluciones debían ser vistas de muy cerca y juzgadas de muy lejos. Lovera aplicó esa máxima y esperó que pasara un cuarto de siglo para plasmar en dos cuadros, los momentos estelares de la Emancipación. Al pie de cada obra, redactó leyendas y dedicatorias conmemorativas. Estas ponen de manifiesto su ardiente patriotismo, pero también su ingenuidad. En una de ellas se refiere a su propio cuadro, calificándolo de "monumento glorioso y nacional que admirarán los siglos venideros", lo cual demuestra una inocencia tan atrevida como sincera. Y es que Lovera tiene mucho de pintor primitivo, de espontáneo, como se dice hoy.

El tratamiento dado a las figuras, las actitudes un tanto torpes, el sentido de la composición, el gusto por el detalle, la solemnidad a veces cómica, el realismo de sabrosa inspiración popular, le identifican con la pintura de los autodidactas. Pero la instrucción de Lovera así como la falta de vuelo artístico de un medio cual el venezolano, le alejaron de las fabulaciones líricas y de la libertad que suelen imperar en la verdadera pintura popular.

Además de los dos cuadros mencionados, Lovera practicó el retrato, y nos dejó los rostros de algunos hombres notables de esa época, como Tomás Hernández Sanabria, Juan Félix de Arana, Vicente Buroz y Tovar, Antonio Muñoz Tébar, Coto Paúl, Cristóbal Mendoza, Mariano Herrera Toro, Lino Gallardo, José María Vargas, Manuel María Espinoza, Nicolás Rodríguez del Toro, los sacerdotes Sixto Domingo Freites y José Cecilio Avila. Pintó igualmente dos retratos del Libertador, inspirados, según nos informa Boul-

ton, el primero de 1828, en la obra de José Gil de Castro, y el segundo, hecho después de 1830, en el perfil tomado del natural, posterior al atentado de septiembre, debido al francés François Desiré Roulin.

Importa recordar a Juan Lovera, porque en él cobra realidad artística, por primera vez, el sentimiento de la nacionalidad, de esa naciente venezolanidad cuya existencia y esencia, cuya vida y pasión, constituirán temas de meditación y de indagación permanentes para el pensamiento de nuestros escritores, artistas e historiadores. Hombre de su tiempo, hombre de la revolución, por lo tanto naturaleza romántica que exalta el *yo,* los derechos del individuo y el ideal igualitario, Lovera rompe con el anonimato artesanal de la pintura religiosa y pone de manifiesto *su* individualidad, *su* visión; intenta comunicarse mediante *su* arte con las generaciones futuras; testimonia para ellas hechos sucedidos en *su* tiempo. Juan Lovera, ese pardo esclarecido, se encontró a sí mismo en los cuadros el 19 de Abril y el 5 de Julio. Ya no era joven. Esas pinturas, de las cuales el 19 de Abril resulta netamente superior, nacieron del recuerdo antes que de una explosión emocional. Constituyen tomas de conciencia lúcida, balance de posibilidades y cumplimientos efectuados con sinceridad y rigor. Todo engaño parece desechado. El artista da lo que puede. Con medios técnicos sumamente limitados, encaró su propósito artístico. Carecía de maestros, de incitaciones, de emulación, de puntos de apoyo, de tradición que trajese hasta él soluciones formales y conceptuales. Triunfó su madurez crepuscular. El anciano Lovera logró transmitirle a la posteridad, en un idioma pictórico propio, la emoción primaveral de aquella mañana del 19 de Abril de 1810, de aquel 5 de Julio de 1811, recién nacidos a la historia.

No cabe conceder a los pintores contemporáneos o inmediatos a Lovera la importancia de éste. Ni su hijo, Pedro Lovera; ni Carmelo Fernández, a quien se le atribuye erróneamente el retrato de Bolívar acuñado en nuestras monedas, pues se trata de una copia del que pintara el francés François Desiré Roulin; ni Celestino Martínez; ni Antonio José Carranza, director de la primera Academia de Bellas Artes fundada en diciembre de 1849 por la Diputación Provincial del Caracas; ni Gerónimo Martínez; ni José Peregrino Malcampo; ni Juan Manuel Maucó; ni Jacinto Inciarte, ni Pedro J. Jáuregui, ni Juan Bautista Ugalde; ni Manuel Cruz, dejan una obra comparable a la de Lovera, sobre todo desde el punto de vista de su significación histórica.

Ya se dijo que nuestra pintura nació cuando se puso a mirar la historia. Esta constituyó el tema predominante de la obra de Martín Tovar y Tovar, nacido en 1828 y fallecido en 1902. Sus cuadros principales evocaron jornadas culminantes de la Emancipación: Firma del Acta de la Independencia, Carabobo, Junín, Ayacucho, etc. Gustó pintar caballos y escenas de batalla. En ese aspecto, su pintura resulta "ilustrativa", a la medida de las aspiraciones

oficiales y académicas. De modo que las imágenes históricas pintadas por Tovar y Tovar, forman parte de la iconografía oficial de nuestra Independencia. Pero pintó también retratos, entre los cuales sobresalen el de Ana Gil Tovar de Zamora, propiedad del Museo de Bellas Artes, y el de su hermana Ana Tovar de Zuloaga. Estas dos obras, de una gran suavidad, de un modelado suelto y seguro, de un colorido sobrio y rico en calidades, de una luz franca, dan la medida del excelente pintor que es Tovar y Tovar. Su autorretrato resulta notablemente expresivo y ofrece una muestra de la variedad con que este pintor puede resolver el problema del retrato. No se le puede negar ni conocimientos pictóricos ni dominio en la ejecución, en la composición y en el dibujo. Discípulo de José de Madrazo y de León Cogniet, se formó dentro del ambiente académico imperante entonces. Viaja por primera vez a Europa a mediados de 1850. En 1853 está en París, recorriendo la Exposición Universal, en compañía de Cogniet. Los maestros del momento son Delacroix, el romántico fogoso, e Ingres, el clásico riguroso. La Escuela de Barbizon significa la reacción naturalista. El gran rebelde es Gustavo Courbet. Aún Manet no ha suscitado escándalos con obras anunciadoras de la revolución plástica en ciernes. El *Dejeuner sur L'Herbe* es de 1863, y fue en 1865 cuando expuso su *Olimpia,* que provocó la más violenta reacción en un público y en unos jurados acostumbrados a un arte detallista e histórico, cuando no mitológico. En 1855 Tovar y Tovar está de regreso en Caracas. Tiene 27 años. Ha conocido a Europa y se ha impregnado de su ambiente artístico. Aspira a ser el propulsor de la pintura en Venezuela. El Congreso decreta un crédito de tres mil pesos para ayudarle; pero estamos en 1856 y la guerra civil está en puertas. Además, las arcas están vacías. En 1858 cae Monagas y en 1859 estalla la Guerra Federal. Tovar y Tovar pinta en esa época los hermosos retratos a que hemos hecho referencia. En 1862 regresa a París. En 1864 se asocia con Antonio Salas y, en la esquina del Principal, abre un taller de pintura y fotografía. Allí se reúnen artistas, escritores, periodistas, pero Tovar y Tovar no deja que los fanatismos y los odios políticos invadan su taller. En 1872, el aficionado inglés James Mudie Spence, organiza en el Café del Avila la primera exposición de artes plásticas celebrada en Venezuela. Spence se interesó vivamente por la pintura venezolana, y además de haber adquirido muchas obras, actuó como un verdadero animador en el ambiente de una Caracas que, bajo la autocracia guzmancista, empezaba a sanar de las heridas cruentas de la Guerra Federal, la Revolución de los Azules y la Revolución de Abril. Tovar y Tovar, en esa ocasión presentó varias obras, entre ellas un óleo titulado *La Miseria.* En 1873 contrajo nupcias con Teotiste Sánchez y desde esa fecha empezaron los encargos oficiales. El primero, fue una colección de retratos de los próceres para adornar la sala del Palacio Federal. Tovar y Tovar se marchó a París

para cumplir con el encargo. Más de veinte cuadros coronan sus esfuerzos. Después menudearon los pedidos. En 1884 el Gobierno de Guzmán Blanco le contrató, por 400.000 bolívares siete grandes cuadros para el Palacio Federal: las batallas de Carabobo, Boyacá, Junín y Ayacucho, el Tratado de Coche y las alegorías de la Paz y del Trabajo. Tovar y Tovar volvió a viajar a Europa para satisfacer el pedido. Lo mejor de esa producción es la Batalla de Carabobo, que cubre la bóveda del Salón Elíptico. Las alegorías nunca fueron pintadas y la obra sobre el Tratado de Coche se perdió. En 1890 se le encuentra pintando paisajes en Macuto, en los cuales, con su excesiva benevolencia para la pintura tradicional venezolana, quiere ver Planchart la vislumbre "del fenómeno lumínico que cuarenta años más tarde caracterizará la manera blanca de Reverón". En 1891 regresa a París. Fallece en 1902, después de haber pintado hasta su muerte sin superar ni variar su estilo y dejando una fortuna considerable.

A la hora de valorar la obra de Tovar y Tovar cabe lamentar que su naturaleza conformista y conservadora le haya inclinado a convertirse en un pintor oficial, ilustrativo, limitado a encargos de obras históricas y circunstanciales, en vez de haberse abierto a las inmensas posibilidades de renovación que fermentaban en pintores europeos de su edad, ya que Boudin le llevaba sólo cuatro años y que Manet y Pissarro eran menores que él. En 1850 y en 1855, Tovar y Tovar disponía de todas sus facultades para acometer la aventura plástica. Desgraciadamente, la consagración oficial de su pintura, al principiar el Septenio de Guzmán Blanco, no podía conciliarse con las posiciones de insurgencia que el impresionismo exigía. Había que escoger entre ser pintor gubernamental o ser pintor rebelde. La segunda alternativa hubiera implicado, para cualquier artista venezolano de esa época, salir del país y residir en Francia, como lo hizo Emilio Boggio. Tovar y Tovar quedó fuera de la revolución plástica que acaudillaron Monet y Pissarro, así como también se marginó al realismo y al naturalismo de Courbet, Millet y Daumier.

Tovar y Tovar viajó pues, a Europa en 1850, 1862, 1874, 1885 y 1891. Edouard Manet, en 1867, había escandalizado al público con su Exposición. En 1870 Monet y Pissarro iniciaron la etapa pre-impresionista, influidos por los matices lumínicos de los cuadros de los ingleses Turner (1775-1851) — un precursor — y Jongkind (1819-1891). En 1874, en el taller del fotógrafo Nadar, se inauguró la primera exposición impresionista con obras de Pissarro, Renoir, Monet, Sisley, Degas, Morizot, Guillaumin, Cézanne, Boudin y Lépine. Hubo siete exposiciones más en 1876, 1877, 1879, 1880, 1881, 1882, 1886. En 1884 se efectuó el primer Salón de Independientes que reveló a Seurat y el puntillismo. En 1889 se verificó la primera Exposición de los Impresionistas Sintéticos, los *Nabis* (profetas, en hebreo). Van Gogh (1853-1890) pinta su obra fundamental entre 1880 y 1890; Gauguin

(1848-1903), más o menos en la misma época. El encuentro de los dos grandes creadores, en Arles, acontece en 1888. Se comprende que el neo-impresionismo de Cézanne, de Seurat, de Signac, desconcertara a Tovar y Tovar, demasiado anciano en 1891, para asimilar los experimentos del expresionismo de Van Gogh o del sintetismo de Gauguin. A lo mejor, ni sabía que éstos existían. Pero resulta menos aceptable que el impresionismo de 1874, cuando él se encontraba en una edad adulta, no dejara la menor huella en toda su obra. Ni siquiera se tiene la constancia de que Tovar y Tovar conociese su existencia. La tempestad de color y de formas que se disuelve en el misterio de la luz, no turbó el sosegado trabajo académico y *pompier* de Tovar y Tovar, pintor de batallas y de héroes epónimos. Nada se puede parecer tanto a su insensibilidad como la que en nuestros días aísla a los pintores de la U.R.S.S. y de la China Popular, de todo lo que alienta y hace progresar las artes plásticas. En ambos casos el oficialismo estrangula la capacidad creadora del artista. En lugar de ser él mismo, es un artesano al servicio del Estado.

Si la impermeabilidad de Tovar y Tovar resulta sorprendente, el conformismo académico de Emilio Maury (1855-1909), de Antonio Herrera Toro (1856-1891), de Cristóbal Rojas (1858-1890), de Arturo Michelena (1863-1898), de Carlos Rivero Sanabria (1864-1915), de Antonio Esteban Frías, de Tito Salas, aparece como ya francamente anacrónico, sobre todo si tomamos en cuenta que esos pintores tuvieron el singular privilegio de viajar a Europa y de poder indagar, si lo hubiesen deseado, las tendencias renovadoras antes apuntadas. Tanto más, porque después de la caída del Segundo Imperio, la pintura de Salón empezó a ser menospreciada en todos los círculos de vanguardia artística e intelectual. Tan sólo un sentimiento de exagerado nacionalismo o una voluntad de aislar en el tiempo el desarrollo artístico venezolano, por no decir la ignorancia cabal de la historia de la pintura moderna, puede explicar — ya que nunca justificar — la exaltación de la obra de los nombrados, toda ella plegada a una tradición agonizante, empeñada en copiar la naturaleza sin interpretarla ni recrearla, cuando no de ilustrar episodios históricos concebidos a la manera popular, como escenas aisladas en que intervienen *dramatis personae* que posan para la posteridad. Tan sólo Cristóbal Rojas, con algunos bocetos en que el valor de la atmósfera cobra importancia principal, puede ser rescatado de esa promoción adocenada prematuramente. Dos razones motivaban ese conformismo y esa prudencia: la necesidad que hacía depender al pintor de los pedidos oficiales y las becas, sin las cuales no hubieran podido viajar a Europa, pero que los obligaba a someterse a la enseñanza de los más reacios representantes del arte de los Salones y de la Escuela de Bellas Artes, centros del lugar común establecido. Entre éstos se contaban Juan León Gerôme, maestro de

Maury, y Jean Paúl Laurens, por cuya Academia Julien pasaron todos los demás pintores nombrados.

No faltará quien proteste por estos juicios tan desfavorables a personalidades respetadas en Venezuela, como Michelena y Rojas, como el propio Tovar y Tovar, y se alegará de que la pintura venezolana debe ser valorada en función de nuestro desarrollo cultural y no en relación con el que existía en Europa, en ese momento. A lo cual cabe contestar que ello sería cierto si la pintura venezolana hubiera sido *original,* como la de los primitivos, como la de los fresquistas mayas de Bonampak, como la de los indostánicos. Pero nuestra pintura como nuestra literatura y nuestra cultura en general, se alimentan de las concepciones europeas y se han desarrollado a imitación de los modelos que ofrecen las bellas artes y las letras españolas y francesas. Por lo tanto, si de imitar se trata, más vale escoger los mejores modelos. Cuando hay imitación o copia, la comparación con los originales resulta inevitable.

Entre los pintores de esa generación se destaca Emilio Boggio, nacido en Caracas en 1857 y fallecido en Francia en 1920. Boggio practicó francamente el impresionismo y no fue insensible al puntillismo. No se incorporó a la vertiginosa órbita de los grupos de vanguardia, pero comprendió a cabalidad la lección impresionista y dejó cuadros de gran expresividad y oficio seguro. Es un pintor mucho más maduro y hecho que Rojas y Michelena, y también mucho más acorde con la sensibilidad de su época.

Antes de finalizar el siglo XIX, dos alumnos de la Academia de Bellas Artes encarnan esa asfixia en que se debate la pintura venezolana, esa imposibilidad para el artista de ser él mismo, de poder pintar sin miedo y tan sólo para servir el arte. Sin embargo, tuvieron el mérito de reaccionar contra el tema histórico o clásico y de mirar hacia la realidad social venezolana, hacia el pueblo olvidado. Pero no fueron capaces de renovar la técnica ni de insistir en sus propósitos. Su esfuerzo se frustró por miseria y desaliento. Gallegos, en *Reinaldo Solar,* abocetó el personaje de un pintor enfermo y pobre, probablemente Federico Valdés, que pasó por la Academia en 1896 y quien, en 1909, había renunciado a pintar para ganarse la vida haciendo carteles. El otro, Francisco Sánchez, nació en Caracas en 1882 y falleció después de una cruel enfermedad, en 1918, en Costa Rica.

Si recapitulamos lo expuesto hasta ahora, recordaremos que la pintura venezolana se desligó de la sujeción a la imaginería religiosa, gracias a la Historia, cuya realidad reflejó el arte un tanto tosco de Juan Lovera. Se trataba de una visión ingenua, fresca, primaveral, propia de un artesano que aspiraba a convertirse en artista, de un imaginero que anhelaba transmitir a la posteridad, en calidad de testigo, la memoria de unos acontecimientos colectivos trascendentes. Empero, transcurrido un siglo, ese arte encallará

en un propósito semejante, cuando Tito Salas entronice de nuevo la obra de encargo con motivación patriótica. Lo cual demuestra la relatividad de las intenciones humanas sometidas a las circunstancias. Lo que conviene en un momento dado y forma parte de una inteligencia progresista puede volverse incongruente y reaccionario, una vez cumplidos determinados procesos. Nadie puede negarle habilidad y oficio a Tito Salas, en relación con el modo de pintar que practica. Pero resulta inaceptable que unos treinta y cinco años después de la Exposición de Nadar y de la revolución impresionista, se regrese a las glorias oficiales de los tiempos de las crinolinas y de la técnica de Cogniet, el maestro de Tovar y Tovar. Es decir, a la copia fotográfica de las cosas, a la anécdota extraplástica, a la composición teatral, al movimiento y a la actitud estudiados y posados, al aire de papel pintado, a la ilustración que, desatinadamente, pregona como arte público un Siqueiros y defiende, inútilmente, el realismo socialista.

La apoteosis de Tito Salas, nacido en 1887, es decir, en la época en que Gauguin se entrega totalmente a su indagación plástica y se consume en ella y en que Van Gogh quema vertiginosamente su vida tratando de hablarle a Dios con su pintura, principia en 1911, cuando regresa de Europa donde ya nació el cubismo, con el *Tríptico de Bolívar* que le encargara el Gobierno para las fiestas del Centenario.

### *Escultura*

YA SE HA dicho, en páginas anteriores, que la talla y la escultura no tuvieron un desarrollo importante durante la Colonia, lo cual no implica una negación categórica de toda estatuaria venezolana. Hubo imagineros religiosos que trabajaron con relativo acierto para los templos de la Capitanía General. Pero resultaría aventurado calificar esas obras como pertenecientes a una *escuela,* tal como se puede afirmar de Quito, de Lima o de México.

En este año del Sesquicentenario de la Independencia, el Ministro de Educación dispuso la organización de una muestra de arte religioso colonial. Bajo el título de *Imaginería Religiosa,* esa exposición fue inaugurada, en julio de 1961, en los salones del Ateneo de Caracas. La planificó y realizó el arquitecto Graziano Gasparini, catedrático de la Universidad Central en la Facultad de Arquitectura. No podía haberse hecho mejor elección. Gasparini se ha dedicado a la investigación sistemática de la arquitectura y del arte coloniales venezolanos. Publicó una obra con textos y fotografías suyas, admirablemente presentada, sobre los templos coloniales venezolanos. En la oportunidad que comentamos, reunió más de cien tallas que pusieron de nuevo en el tapete el tema de la importancia del arte colonial en Venezuela. Nosotros ratificamos cuanto hemos dicho hasta ahora a ese respecto. Por lo demás

se debe advertir que muchas veces resulta imposible precisar la filiación de una talla así como de un cuadro anónimo, y que muchos de ellos son obras de artesanos extranjeros residentes en la Capitanía General de Venezuela. De todos modos sirvan estos párrafos para rendir tributo de admiración a Gasparini y para elogiar, sin reservas, la disposición del Ministerio de Educación que hizo posible la presentación conjunta de esas muestras del arte religioso colonial.

Según José Nucete Sardi, autor de *La Pintura y la Escultura en Venezuela* (1951), Juan Bautista González se señaló en el siglo XIX "como tallador en madera y produjo algunas de las imágenes que adornaron nuestras iglesias". Su hijo, Manuel González, cultivó también la talla en madera. Ramón de la Plaza dice de él que era "escultor de crédito" y que murió prematuramente para el arte. En la primera exposición de pintura, dibujo y escultura, celebrada en Caracas el 28 de julio de 1872, en el Café del Avila, organizada por el coleccionista inglés James M. Spence — un divulgador enamorado de la pintura venezolana en aquella época — con quien colaboraron los hermanos Ramón y Nicanor Bolet Peraza y Leopoldo Terrero, figuran en la sección de escultura dos obras: una de Manuel González y otra de Dolores Ugarte.

En la primera Academia de Bellas Artes, fundada en 1849 por la Diputación Provincial de Caracas, no se contemplan sino dos escuelas: la de dibujo y pintura, que fue dirigida por Antonio José Carranza, y la de música, que encabezó Atanasio Bello Montero.

Cuando Guzmán Blanco llegó al poder, después de la Revolución de Abril, creó por decreto del 7 de mayo de 1870, el Conservatorio de Bellas Artes, "en cuyo establecimiento se enseñará gratis la música teórica y práctica, el dibujo y el grabado, la arquitectura y la escultura". Por lo tanto, en ese momento es cuando el Estado venezolano se preocupa por crear la primera escuela de escultura. Sin embargo, se puede presumir que el Conservatorio no entró en actividad o no llegó a organizarse, puesto que su director, Felipe Larrazábal, tuvo que huir del país por estar complicado en el alzamiento de Matías Salazar y, además, siete años más tarde, el 3 de abril de 1877, el propio Guzmán decretaba: "en la ciudad de Caracas, capital de la Unión Venezolana, un Instituto de Bellas Artes que se compondrá por ahora de tres Academias: una de dibujo y pintura, otra de escultura y otra de música". Ocupó el cargo de director, Ramón de la Plaza. Empero no se tienen datos de que la Academia de Escultura haya tenido actividad alguna, porque se desconoce quien fue su presidente, en tanto que A. J. Carranza y Eduardo Calcaño presidían, respectivamente, la de Pintura y la de Música. A lo mejor se pensaba en Manuel González para ese cargo.

Sin embargo, el propio Ramón de la Plaza apunta que "en 1874 Eloy

Palacios, de Maturín, regentó en la Universidad Central una escuela de escultura, que duró pocos meses". El hecho de que Eloy Palacios no fuera nombrado presidente de la Academia de Escultura, tres años después, induce a suponer que ya había viajado a Alemania para perfeccionarse en el arte del cincel, o bien que no llegó a constituirse aquella Academia.

Por decreto del 4 de agosto de 1887, Hermógenes López reorganizó el Instituto, creando la Academia de Bellas Artes con las siguientes materias: dibujo artístico, pintura, arquitectura, música y declamación. El pintor Emilio J. Maury fue nombrado director de la Academia. Al mismo tiempo enseñaba dibujo y pintura. Rafael de la Cova figura en ese plantel como profesor de escultura. De la Cova estudió en Europa y es autor de un bronce ecuestre de Bolívar que decoró, algún tiempo, el Central Park de Nueva York y de otro pedestre que fue colocado en la Universidad Central. Ramón de la Plaza afirma que un grupo de Ricaurte y Girardot situado en la entonces llamada plazuela de la Escuela de Artes y Oficios es obra del mismo artista.

Desde la creación de la Academia de Bellas Artes, no ha faltado en las sucesivas reorganizaciones, una sección de escultura. En 1912 se efectuó la separación de las dos escuelas que integraban la Academia y, por decreto del 11 de abril de 1913, quedaron diferenciados, por lo menos nominalmente, el Conservatorio de Música y Declamación y la Academia de Artes Plásticas. Pero la separación en locales distintos sólo se llevó a efecto en 1936.

Emilio J. Maury dirigió la Academia de Bellas Artes desde su fundación, en 1887, hasta que la muerte le derribó a los 54 años de edad, en 1909. Antonio Herrera Toro fue su sucesor hasta que falleció el 26 de junio de 1914. En 1912 se había constituído el Círculo de Bellas Artes, una agrupación de jóvenes artistas que repudiaban la enseñanza atrasada de la Academia. De modo que la actividad de esta institución oficial, desde 1912 hasta su renovación en 1936, bajo la esclarecida dirección de Antonio Edmundo Monsanto (1890-1947), se desarrolló al margen de las inquietudes y aspiraciones de los jóvenes artistas del país. Entre sus directores se contaron dos escultores: Pedro M. Basalo y Lorenzo González, descendiente de Manuel González, y autor de varios bustos en mármol, entre ellos uno colocado en la plaza de Las Delicias de Sabana Grande, representando a Arévalo González, y otro a Maury.

Además de los nombrados, recordemos a Santiago González, a Cruz Alvarez García, a Eloy Palacios, a Andrés Pérez Mujica, a Paco Bocca, frustrado a poco de obtener las primeras distinciones académicas, a Nicolás Veloz, a Silvestre Pérez, a Carlos Lugo, a Francisco Narváez, que renovó el arte estatuario y resultó un extraordinario tallista en madera, a Alejandro Colina, quien intentó aunar, en una misma expresión, formas arqueológicas, mitos



LOS LLANOS
*(Foto cortesía del Centro Audiovisual del Ministerio de Educación)*

y motivos indígenas. Pedro Bargalló, cronista de *El Universal,* viene publicando interesantes apuntes sobre las estatuas de Caracas y señala que se cuentan más de ciento, pero que muchas de ellas "carecen de una inscripción que las identifique".

Pocos son los aciertos de la escultura venezolana, desde Manuel González hasta Francisco Narváez y Alejandro Colina. Entre éstos se cuentan algunas obras de Narváez, quien estilizó tipos y motivos indígenas y obtuvo resultados plausibles desde el punto de vista decorativo y ornamental. Hoy en día ha evolucionado hacia nuevas modalidades. Alejandro Colina, más ambicioso pero con menos oficio y buen gusto, ahogó en el concepto la materia misma plástica. Hay, finalmente, un acierto singular de Eloy Palacios: la India del Paraíso, también conocido como Monumento a la Batalla de Carabobo.

Esta obra fue decretada por Cipriano Castro para ser colocada en el propio campo de batalla de Carabobo. Se convino después ponerla en el Calvario, en el lugar que ocupaba la estatua de Guzmán apodada "Manganzón". Fue a parar a la Avenida de El Paraíso, donde luce mucho más que en cualquiera de los sitios mencionados anteriormente.

Planchart, con sobrada buena voluntad, quiso ver en esta obra cierta influencia del genial arquitecto catalán Antonio Gaudí, por lo que tiene de arbórea y por "el aprovechamiento de las formas naturales de las rocas en la concepción de la base". Sea como fuese, el monumento del venezolano nos parece la obra escultórica más lograda de cuantas podemos contemplar en plazas públicas y calles capitalinas.

Eloy Palacios, de manera inexplicable, usando formas y procedimientos convencionales, académicos, compuso una obra que escapa por completo, no solamente a la motivación pedida — glorificación de la Batalla de Carabobo — sino a los lugares comunes que le correspondían, a las limitaciones conceptuales que hubieran debido serle propias. El monumento de *La India Desnuda* — como solían nombrarlo en nuestra infancia los primeros que nos lo mostraron — más allá de su academicismo formal, más allá de sus procedimientos, de la anécdota que lo disminuye, inventa una sobre-realidad lírica, que lo aproxima a las expresiones del surrealismo por venir. Esa palma real crecida sobre un montón de rocas que la sequía agrieta y de la cual brota, en toda la belleza de sus formas adultas, una mujer desnuda con los brazos en alto, impone la dinámica de un jubiloso y sensual movimiento de crecimiento continuo, vegetación que termina en hembra real, plumón de bronce que asciende hacia el cielo del trópico, confundido con la copa misma de los árboles. Todo en rapto lírico, en invención, en fantasía de bronce y piedra, insólito, de un mal gusto que maravilla como esos extraños altares brujos que mezclan objetos domésticos con imágenes de santos y amu-

letos, de un erotismo que escapa a la alegoría propuesta, recargado y al mismo tiempo armonioso, absurdo y a la vez fascinante. El monumento de La India del Paraíso constituye un mito en sí, rezuma un contenido misterioso y vital que le confiere perenne juventud, canta en la luz de todos los días, susurra como un follaje en el viento y afirma el triunfo de la Naturaleza recreada. Ninguna otra obra pública venezolana contiene, como ésta, tanto lirismo, tanta ingenuidad, tanto erotismo y tanta libertad.

### *De Armando Reverón a Jesús Soto*

UN GRUPO de pintores franceses, descontentos con las orientaciones oficialistas y académicas de la pintura de Salón imperantes desde 1850, fundaron la "Sociedad Anónima de Artistas Pintores, Escultores y Grabadores", y, el 15 de abril de 1874, presentaron sus obras en el taller del fotógrafo Nadar, 35, Boulevard des Capucines, dando lugar al movimiento que fue apodado despectivamente por el seminario humorístico *Charivari* de: impresionista. Del mismo modo, en 1912, en Caracas, unos artistas plásticos, en desacuerdo abierto con la enseñanza anacrónica que se impartía en la Academia, crearon el "Círculo de Bellas Artes", cuya sede se estableció en un pequeño teatro casi abandonado, perteneciente al músico y matemático don Eduardo Calcaño, quien lo cedió generosamente con la condición de que pagaran el alumbrado. Se había consumado la ruptura con la pintura de encargo y de motivación histórica, ceñida a los procedimientos *pompiers,* a la imitación de los estilos imperantes en el pasado, a lo ilustrativo sin voluntad de recreación, a la copia servil de la realidad. Integraban el "Círculo de Bellas Artes": Manuel Cabré, Antonio Edmundo Monsanto, Armando Reverón, Próspero Martínez, Marcelo Vidal, Pablo W. Hernández. Se sumaron a él Rafael Monasterios, que andaba por Europa, Federico Brandt, mayor que los nombrados y Luis Alfredo López Méndez, el benjamín del grupo. Leoncio Martínez, en un artículo publicado en *El Universal,* el 1º de agosto, había lanzado la idea de esa agrupación. Jesús Semprúm habló la noche en que se instaló el círculo y se inauguró la primera exposición. Frente a este brote de rebeldía necesaria estaban la Academia de Bellas Artes y Tito Salas, con su *Tríptico de Bolívar,* sus laureles obtenidos en los Salones y los pedidos oficiales que afluían.

Dos objetivos fundamentales inspiraban a los integrantes del Círculo de Bellas Artes: reaccionar contra la enseñanza oficial con la finalidad de buscar una estética y una técnica que respondieran a sus necesidades expresivas, y encararse con el público a fin de que éste los valorara directamente, sin pasar por las palmas académicas y los encargos gubernamentales. Hasta entonces los pintores dependían para su subsistencia material de los pedidos

oficiales, ya que la esporádica adquisición de sus obras no les hubiera permitido mantenerse. Gracias al Círculo de Bellas Artes y a la decisión tomada por sus integrantes, de renovar el arte pictórico sin preocuparse por el triunfo inmediato ni las pobrezas que los esperaban, el público fue acostumbrándose a juzgar un cuadro por sí mismo y a comprarlo, si le gustaba.

Si se quiere conocer el ambiente que imperaba en el viejo Teatro Calcaño convertido en cenáculo de artistas rebeldes, entregados a las indagaciones plásticas, recomendamos la lectura del libro, con prólogo de Fernando Paz Castillo, *La Pintura en Venezuela,* (1956) en el que Pedro Grases recogió los artículos y ensayos de Enrique Planchart, testigo y entusiasta exegeta del Círculo, y las páginas que Rafael Pineda dedicó a Armando Reverón en la Colección Espacio y Forma que edita la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Central, cuaderno 6, correspondiente a junio de 1959.

Los artistas del Círculo se inclinaron hacia el impresionismo, en parte porque su reacción aquí como en Francia se operó contra la pintura de Salón y de motivaciones históricas, en parte porque gravitó sobre ellos la atracción del paisaje hasta entonces nunca pintado, y también porque sufrieron la influencia del pintor impresionista rumano Samys Mützner, quien permaneció en Venezuela desde 1916 hasta 1919. Este último año empezó a ejercer su influjo el ruso Nicolás Ferdinandov, arribado a nuestras playas como un producto refinado de Europa, personalidad sugestiva y compleja, orfebre, arquitecto, decorador, filósofo, típico representante de la anarquía individualista, alma eslava llena de claroscuros y de un sentido de la vida renacentista. Mützner y Ferdinandov, entre 1916 y 1922, reanimaron el ambiente artístico que hubiera podido desfallecer, debido a la disolución del Círculo de Bellas Artes, acaecido precisamente en 1916. Planchart se refiere a la misión cumplida por esa agrupación, en estos términos: "...consistió, por una parte, en estrechar los lazos existentes entre sus fundadores por un continuo y fácil comunicarse tanto de obra como de palabra, unos a otros, aquellos artistas, las múltiples experiencias que cada cual iba atesorando en la seguida búsqueda de su expresión, y, por otra, en haber despertado en un gran sector del público el interés por la pintura, mediante repetidas exposiciones apoyadas por una campaña de prensa inteligentemente llevada a cabo por Leoncio Martínez, entusiasta promotor del Centro".

Nuevos grupos aparecieron a raíz de esta beneficiosa insurgencia. La pintura venezolana empezó a ventilar su atraso. Los pintores multiplicaron sus experiencias. El Círculo fue el ariete que rompió el muro de resistencia que se oponía a la penetración de los nuevos conceptos plásticos. Por la brecha abierta irrumpieron sucesivas generaciones de pintores empeñados en búsquedas cada vez más contemporáneas. Hasta llegar a la actual pintura ve-

nezolana, comprometida con todas las experimentaciones que se llevan a efecto en París como en Nueva York, en Milán como en Londres, en México como en Buenos Aires.

La promoción del Círculo de Bellas Artes fue fundamentalmente paisajista: Manuel Cabré, trabajador infatigable, quien en 1920 presentó, antes de marcharse a Europa, ciento diez y nueve obras, fruto de trece años de indagación plástica, y que ha sido llamado "el pintor del Avila", porque a su regreso se dedicó a captar el color, el dibujo, el volumen, la atmósfera, el peso, la densidad, cambiantes según las horas, de la sierra que los indios llamaban *Guarania Repano* en los días primaverales de la Conquista; Antonio Edmundo Monsanto, quien dejó de pintar aproximadamente en 1920, siendo uno de los pintores mejores dotados de ese grupo, como lo demuestran las escasas telas que de él se pueden admirar, reveladoras de un sentido *interior* del paisaje; Armando Reverón, inteligencia genial que alcanza la abstracción de la luz a través de su contemplación ascética; Rafael Monasterios, un lírico, un intuitivo magnífico, que construye la atmósfera mediante el empleo de toques repetidos de colores cambiantes, que se ordenan sucesivamente aunque nunca en forma paralela y continua, creando una vibración y un resplandor frescos y poéticos; Próspero Martínez; Marcelo Vidal, que dejó de pintar cuando el círculo se disolvió; Pablo W. Hernández, discípulo de Herrera Toro y luego insurgente contra la Academia, cuya obra, sin embargo, no puede compararse en calidad y cantidad con la de Cabré, Reverón y Monasterios; Luis Alfredo López Méndez, que no se limitó al solo paisaje, sino que buscó otras motivaciones como el desnudo y el retrato y que durante sus muchos viajes adquirió una cultura plástica de excepcional calidad; Federico Brandt (1879-1932), mayor que los nombrados, cuya formación siguió cauces propios y solitarios en Alemania, en Francia, en la propia Caracas y cuya pintura se desenvolvió al margen de exposiciones, circunscrita a su mundo personal, a los objetos de su casa, a los paisajes urbanos o interiores: patios, ventanas, callejuelas, flores, naturalezas muertas, a sus hijas Julia y Mary que heredaron la sensibilidad plástica del padre, y cuya inventiva ingenua — sobre todo la de Julia — solía aceptar como una influencia beneficiosa para su obra. Brandt, a su regreso a Venezuela, pasó por un período de desaliento, hasta que la aparición del Círculo de Bellas Artes y la amistad con Mützner le devolvieron el perdido entusiasmo. Pintó hasta el final de su vida, y en su obra cuantiosa se puede notar la intuición del cloisonismo que habían practicado los neo-impresionistas.

Otros pintores coincidieron en las mismas búsquedas, o bien, con posterioridad, siguieron las rutas abiertas por los del Círculo. César Prieto, nacido en 1882, en Santa María de Ipire, discípulo de Maury, compañero de Francisco Sánchez, amigo de Federico Brandt, reaccionó por su propia cuenta

contra la enseñanza de la Academia, animó a Reverón, antes de la llegada de Ferdinandov, para que siguiera nuevos cauces, se sepultó durante una década en la Provincia y reapareció en Caracas en 1923, cuando lo habían olvidado, reinició su carrera de pintor y, en 1950, viajó por primera vez a Europa. Su evolución es independiente de la del Círculo de Bellas Artes. Pero como los integrantes de él, se interesó por el paisaje tratado con sensibilidad impresionista y a veces rozó el puntillismo. Pedro Angel González pasó por la Academia; pero desencantado de ella se acercó a la gente del Círculo. No se puede negar la influencia que Cabré ejerció sobre él. Pedro Angel González despuntó hacia 1920 y tuvo que compartir su actividad entre la pintura y el dibujo industrial. A lo mejor, esta última disciplina explica la precisión y el detallismo de su trazo. Es un calificado aguafuertista. Como Cabré, ha pintado mucho el Avila, pero su estilo resulta más realista y el dibujo más preciso. Rafael Ramón González gusta de pintar con euforia colorista. Planchart señala que su "obra, por lo general, da la impresión de un franco optimismo, más espontáneo que reflexionado". Ultimamente Rafael Ramón González ha abandonado el paisajismo para tratar temas folklóricos. En algunos casos ha derivado hacia un expresionismo casi surrealista, siempre dentro de su colorismo vehemente. Bernardo Monsanto, quien, según Planchart, es hechura del Círculo de Bellas Artes, pese a que pintara después de su disolución, persigue en sus paisajes un constructivismo escueto, no exento de belleza. La luz, en ellos, no se difunde a la manera impresionista. Marcos Castillo se alejó decididamente del paisajismo impresionista. Sufrió la influencia de Figari, el uruguayo. Alcanzó finalmente, un estilo muy suyo. Castillo ahonda en la realidad del color y mediante él crea un estado de ánimo en las cosas pintadas. Su pintura tiene una atmósfera interior, un pensamiento grávido. Es un colorista excepcional, un lírico, un inquieto, y a través de desnudos, retratos, naturalezas muertas, obtiene una valoración íntima de las cosas, de los ambientes, de la figura humana.

No sería posible nombrar a todos los artistas que han participado en el desarrollo de la pintura venezolana desde 1912, ni a los que permanecieron leales a las enseñanzas académicas, como Gregorio García y Carlos Otero. Sin embargo, algunas personalidades sobresalientes no pueden omitirse en este recuento somero. Así, Francisco Narváez, quien, entre 1930 y 1935, introduce en Venezuela el decorativismo y la estilización de motivos criollos: colores planos y contrastados, simplificación del dibujo, trazo grueso, sin matización ni modelado, carencia de atmósfera. Así Juan Vicente Fabbiani, quien concede importancia principal a la estilización en el dibujo y al color tratado como elemento decorativo y no constructivo. Sus naturalezas muertas superaron siempre a las figuras. En la actualidad, se ha alejado de la pintura. Así, Elisa Elvira Zuloaga, discípula de André Lothe, para quien el paisaje no

constituye tema de la realidad sino concepto plástico y la luz, armonía, nunca atmósfera ni prisma, también inclinada a la tendencia decorativa y a la estilización, pero con preocupación analítica. Así, Julia Brandt que empezó a pintar a los doce años, sorprendiendo a los aficionados y a su propio padre, Federico Brandt, con la libertad de su dibujo, con los extensos planos de color contrapuestos armoniosamente, con la intuición innata de la composición. Julia pintó paisajes, flores, interiores. Se ha alejado paulatinamente de la pintura y no ha regresado más nunca a ella con el entusiasmo de sus años juveniles. Así, Mary Brandt, su hermana menor, cuya obra se diferencia de la de Julia por su vehemencia y por la franca aceptación de las tendencias de vanguardia. Mary forma parte del actual movimiento no-figurativo venezolano.

Entre 1928 y 1936 llegaron hasta la aletargada Venezuela los ecos apagados de los movimientos de vanguardia extinguidos ya en Europa: cubismo, ultraísmo, dadaísmo, surrealismo, etc. La revista *Válvula* — una sola entrega que marcó un hito — tradujo esas inquietudes confusas. Algunos dibujantes experimentaron nuevos estilos en la caricatura y la ilustración. Predominó la tendencia decorativa y la estilización. Las carátulas de Manuel Salvatierra *(Mas)* señalan una época: la de la interpretación geométrica de la realidad, derivada del cubismo. *Mas* tuvo la neta intuición de la lección cubista: todo se podía reducir a cubos y a volúmenes. Con cubos, volúmenes, ángulos, triángulos, líneas quebradas y una certera utilización del color, creó un mundo en las portadas de la revista Elite, aproximadamente entre 1930 y 1932. Además, se destacó como el mejor caricaturista venezolano; su capacidad de síntesis en la captación de un rasgo psicológico, de una seña particular, es equivalente a la inventiva del desarrollo lineal. Sus experimentos pictóricos no han alcanzado la amplitud que su talento merece, debido a cierta inestabilidad de su naturaleza inquieta y contradictoria. Mariano Medina Febres *(Medo)* derivó hacia la caricatura política, llena de finura y de gracia en el dibujo, en la que sobresalió de manera indiscutible, tras de haberse ejercitado en la composición de portadas de libros, en las ilustraciones y dibujos. *Medo* es fundamentalmente un dibujante, estilizador de tipos populares. Creó muñecos famosos: el jefe civil cerril, y a Juan Bimba, los cuales después de la muerte de Gómez, representaron las fuerzas antagónicas venezolanas de la barbarie feudal y del liberalismo popular. *Alfa,* Alejandro Alfonzo Larrain, ejercitó sus dotes de dibujante en la caricatura política y las estilizaciones ornamentales. De los nombrados, tan sólo *Mas* continúa pintando y dibujando. Sus cuadros pintados con caseína demuestran rico sentido del color, virtud de dibujante y propósito de interpretar con símbolos decorativos, temas de la cultura universal o popular.

La figura descollante en esa etapa de la pintura venezolana iniciada

bajo el signo de la insurgencia de 1912, es Armando Reverón, nacido en Caracas el 10 de mayo de 1889 y fallecido el 17 de septiembre de 1954, en el castillete de piedras y de palmas que construyó día a día a orillas del Mar Caribe, para aislarse de una civilización que juzgaba disolvente para entregarse enteramente a la pintura. La obra y el modo de vivir de Armando Reverón constituyen dos hechos concomitantes, tan insólitos como auténticos y, a lo largo de un cuarto de siglo, polarizaron la atención de los cronistas y de los turistas, el interés siempre publicitario del periodismo nacional, el respeto y la admiración de las contadas personas que en un país utilitarista y político como Venezuela creen en la dignidad del arte y en el resplandor del espíritu.

Hacia 1920, Armando Reverón abandonó para siempre la vida urbana de Caracas. Se estableció en el litoral guaireño, en un rancho, el cual poco a poco fue transformando en residencia excepcional: altos muros de piedra con miradores como torrecillas, portón de corteza de palmera elaborado como reja, y en el interior del recinto, caneyes con techo de palma para pintar, para cocinar, para dormir. Esta mezcla de castillo y de bohío representaba, con espontánea inteligencia, los elementos del habitat hispanoamericano. En medio de su amurallada residencia, Reverón pintaba o meditaba, rodeado de muñecas de trapo que solían servirle de modelos, asistido por Juanita, una mujer del pueblo que compartió su vida con entera solicitud y vigilante fraternidad.

La pareja aquella reinventó la aventura humana. Los elementos de la civilización corruptora fueron cuidadosamente seleccionados: ni radio, ni nevera, ni lavadoras, ni cocina sino el rústico fogón, ni platos ni cubiertos sino totumas y hojas de cambur, ni camas ni mobiliario sino petates, camastros y cojines hechos con tela de saco, ni trajes, cuello y corbata, sino el dorso desnudo y el taparrabo o en especiales circunstancias, una camisa de mochila y un pantalón remendado. Reverón se sustrajo, a plena conciencia, a fin de crear el ámbito de libertad ascética que necesitaba para el desenvolvimiento integral de su vocación. En un país de artistas politizados, de vocaciones frustradas, de renuncias, de pereza, Reverón afirmó una vida dedicada por entero al arte. Inventó sus mitos como inventó una economía doméstica más acorde con el medio, el clima y la parquedad que debía privar cuando se tomaba la pintura como un valor absoluto; se expresó en parábolas y en metáforas; ocultó su pensamiento con excentricidades pletóricas de un agudo sentido crítico y de una voluntad tenaz de rescatar, para sí, la propia intimidad; puso entre el público ignaro, atrevido y presuntuoso, y su humildad de artista, su obsesión de creador, el teatro ambiguo y grotesco que satisfacía a los buscadores de titulares para reportajes y a los turistas portadores de máquinas de fotografía. Allá, en lo hondo de su ser, en la gruta interior de

las meditaciones, en el secreto de su sensibilidad, resplandecía la intuición de su arte, ese sentido intacto, reencontrado, de la magia y del misterio, de la luz primordial. Para Reverón, la pintura era ejercicio religioso y mágico. Por eso se sometió a una ascética también inventada por él. Su experiencia vital tiene sobrados puntos de contacto con la de Gauguin. En ambos casos, el artista se propone regresar a las fuentes del conocimiento, al ámbito primaveral del Génesis, en medio de la naturaleza, viviendo en armonía con ella, negando así, de manera categórica, el progreso mecánico, la adoración a las máquinas, el materialismo histórico y el utilitarismo capitalista, el Estado omnipotente y la Sociedad proteica. Gran cruzado solar, gran anarquista pacífico, gran individuo del arte, Armando Reverón significa esa *originalidad* americana y telúrica que proponía Simón Rodríguez, por otras vías. Su ejemplo y su herencia podrían enriquecer a nuestros artistas si éstos fuesen capaces de comprometerse menos con la historia y más con el arte; si en lugar de correr hacia las militancias y la acción pública, se volviesen hacia ellos mismos; si en lugar de apoyarse en el báculo de las ideologías prestadas, intentaran caminar por sí mismos, mirada en alto, corazón alígero, pensamiento libre. La originalidad de Reverón es experiencia ontológica, intuición y protesta física y metafísica. Su pintura atestigua por él. El rito solar allí cantado. La luz que entre sombras y sudores, frescores robados a la canícula, en la sombra vegetal del caney, devuelve al cuerpo su magia y su misterio ancestrales, su prestigio sexual, su dignidad desvestida.

La obra de Reverón puede estudiarse por temas, por épocas y por procedimientos. Sus maestros se llaman Goya y Velásquez, pero recoge las enseñanzas universales del impresionismo e intuye la revolución surrealista. Por eso su pintura se mantiene entre la realidad y el sueño, envuelta en la luz del trópico que roe los colores y suscita los espejismos, que borra los contornos y altera los volúmenes. Alejandro Otero Rodríguez, un pintor abstracto de nuestros días, define en estos términos algunas características de la obra de Reverón: "El color en él no estuvo nunca limitado por las tintas del prisma: amarillo, verde, azul, violeta, rojo y anaranjado. En contraposición con los impresionistas, el blanco fue su color fundamental; usó también grises neutros y las tierras apagadas. No pensaba en la atmósfera, sino en la luz, en la enceguecedora luz de su trópico que supo traducir como ningún pintor hasta él. Sus formas, aparentemente vagas, acusan una sólida estructura, reveladora de sus extraordinarias condiciones de dibujante". Sobre Reverón han escrito Mariano Picón Salas, Miguel Otero Silva, Enrique Planchart, Armando Lira, Alfredo Boulton, Pascual Navarro, entre otros atraídos por el valor de su pintura y la singularidad de su vida. Margot Benacerraf filmó una película en el castillete de Macuto, con participación del propio Reverón; pero en lugar de ahondar en la pintura y en la significación americana y

ejemplar de su vida, se extravió en los juegos de cámara y en lo pintoresco del personaje. Aún está por escribirse la biografía de este gran artista que, en pleno siglo XX, escapó a la servidumbre impuesta por la conciencia histórica, para remozar su ser y su existir, en la contemplación religiosa de la luz y en el deseo de vivir en paz con la naturaleza.

De modo que el impresionismo conmovió la pintura venezolana, treinta y ocho años después de su aparición en Francia. Sin embargo, a ese tardío descubrimiento debe ésta su renovación. Porque después de la ruptura con la enseñanza adocenada de la Academia, el proceso de indagación y experimentación plásticas no se detuvo sino más bien se precipitó. Impresionismo, neo-impresionismo, constructivismo, Escuela Mexicana, estilización y decorativismo, presagiaron las próximas orientaciones. La pintura venezolana ventilará su atraso y se pondrá al día, no sin desgarrones y polémicas.

La creación, en 1936, de la Escuela Nacional de Artes Plásticas y Artes Aplicadas, a la cual Antonio Edmundo Monsanto dedicará los años que le quedan de vida, compensando así con la enseñanza su frustración como pintor, propiciará la tarea de renovación y actualización pictóricas iniciada en el Círculo de Bellas Artes. De la Escuela saldrán varias promociones de pintores llamados a ocupar un primer puesto.

En el primer grupo de alumnos de la Escuela de Artes Plásticas se destacaron Héctor Poleo, Pedro León Castro, César Rengifo, Gabriel Bracho, Carlos González Bogen, José Fernández, Virgilio Trompiz, Manuel Vicente Gómez, Eulalio Toledo Tovar. Las artes aplicadas, el grabado, revelaron los nombres de Tomás Pérez Avilán, Gloria Pérez Guevara, Luis Manuel Rivas, Carlos Vinicio Añez, Raquel Cisterna. Muchos de ellos han abandonado la pintura o no han dado los frutos que prometían. Ninguno de esos artistas en ciernes alcanzó el éxito y la notoriedad que rodearon a Héctor Poleo entre los años de 1944 y 1950.

Varias etapas pueden advertirse en la pintura de Poleo. Regresó de México en 1941, a donde se le enviara becado para que se familiarizara con la técnica del fresco. Poleo no encontró muros que pintar en Venezuela. Tuvo que traducir a la pintura de caballete sus búsquedas de presunto fresquista. Los cuadros expuestos en 1941 se caracterizan por la posición de las figuras estilizadas y un tanto forzadas en sus actitudes, las cuales parecen responder a un sentido ornamental; por la supresión del blanco y por la aplicación del color que, al ser frotado sobre la superficie de la tela, adquiere las tintas de la pintura al fresco. De esas primeras telas fresquistas pasó a ahondar en los procedimientos propios de la pintura de caballete. Redescubrió a los pintores del Cuatrocento. Se aplicó a penetrar sus más particulares estilos. Trabajó sin descanso hasta crear su manera, su pintura, la cual culminó en

una síntesis asombrosa de oficio, entre los procedimientos de la pintura clásica, los aportes del fresco, las visiones del surrealismo. Sus figuras, que parecían planas, cobraron volumen, redondez, peso específico. Las actitudes se libertaron del constreñimiento ornamental. La paleta desentrañó la significación de los valores, de los matices, del juego de las luces, de la materia. Los temas recogieron la angustia de la hora apocalíptica, la visión de la guerra. Ruinas, seres agrietados, monstruos de la destrucción, tierras yermas, tímidos retoños en medio de paisajes de costra desecada, y la presencia obsesiva del tema de la vista. Poleo pintó terribles ciegos, desvalidos con los ojos cerrados, tuertos, seres sin mirada. Los ojos, o mejor dicho, *el ojo* — a lo mejor aquel que resplandece en el Triángulo — se presentó cargado de un triple simbolismo que se refería al orden subjetivo — Poleo que no ve sino por un ojo, pues desde pequeño perdió el otro — al orden histórico y al orden plástico. En una espeluznante serie de acuarelas, llenó de ojos a monstruos que eran todo nervadura, membranas, piel desollada, tendones al vivo, pintados con el más riguroso realismo. Gómez Sicre, calificado crítico cubano, escribió: "el oficio de Héctor Poleo es de una pulcritud anonadante". También resultaba anonadante su visión apocalíptica, la presencia insomne de aquel ojo exasperado, abierto sobre los paisajes de la destrucción. La tensión a que lo sometía esa convicción desoladora, tenía que resolverse por la autodestrucción o por la fuga. Cerró el ojo. Se apagó el testigo implacable de una época de crímenes y de matanzas estériles. Quedó sin mirada su pintura; cesó la visión. No ha logrado despertar desde entonces. En la actualidad se contenta con pintar rostros inexpresivos de una misma y única mujer, tratados de manera lineal, decorativa, vacía. La pintura de Poleo, en esa etapa condenatoria de la guerra, constituye la única manifestación surrealista venezolana digna de tomarse en cuenta, en el campo de las artes plásticas. Se define también como el testimonio convincente y lúcido, perfecto en la forma y desesperado en el fondo, de un hombre acosado por un sentimiento de horror ante la guerra. Más allá de las ideologías, condenó el crimen belicista, acusó, se condolió con sus semejantes. Su pintura estuvo puesta bajo el signo del ojo abierto de la conciencia.

Dos hechos de singular importancia contribuyeron a la evolución de nuestras artes plásticas después de la reforma efectuada en el campo de la enseñanza y el establecimiento de la Escuela Nacional de Artes Plásticas y Artes Aplicadas. En primer lugar, la creación del Museo de Bellas Artes, en 1938, y consiguientemente, de los Salones de Arte Venezolano, gracias a los cuales se estimuló la actividad creadora y se confrontaron tendencias y procedimientos. El Primer Salón de Arte Venezolano se inauguró en 1940. El Vigésimo Segundo, en 1961. Al principiar sólo se contaba con el Premio Nacional de Pintura. Después fueron creados numerosos premios particulares:

el John Boulton, el Armando Reverón, el Henrique Otero Vizcarrondo, el Arístides Rojas, el Antonio Esteban Frías, el Federico Brandt, el José Loreto Arismendi, el Roma, el Rotary Club, el Puebla de Bolívar. Por su parte, el Gobierno estableció Premios Nacionales de Pintura, Escultura, Artes Aplicadas, Dibujo y Grabado, y una Mención Honorífica. Todos estos premios traen consigo la entrega de dinero y de diploma. Han obtenido el Premio Nacional de Pintura, por orden cronológico, los siguientes artistas: Marcos Castillo, Rafael Monasterios, Pedro Angel González, Luis Alfredo López Méndez, Pedro León Castro, Juan Vicente Fabbiani, Rafael Ramón González, Héctor Poleo, Francisco Narváez, Ramón Martín Durbán, César Prieto, Manuel Cabré, Elisa Elvira Zuloaga, Armando Reverón, César Rengifo, Jorge Gory, Armando Lira, Armando Barrios, Alejandro Otero Rodríguez, Luis Guevara Moreno, Jesús Soto y Angel Hurtado. Entre 1947 y 1952, una modificación ministerial instituyó el Premio Nacional de Artes Plásticas para jóvenes pintores, el cual fue concedido, sucesivamente, a Mateo Manaure, a Carlos González Bogen, a Juan Vicente Fabbiani, a Ramón Vázquez Brito, a Alirio Oramas y a Oswaldo Vigas.

Un joven crítico de pintura, harto intolerante él mismo en más de un aspecto político o estético, se vio obligado a reconocer, en un escrito que: "Con todos sus errores, a despecho de las polémicas surgidas en torno a él, el Salón de Arte Venezolano se caracterizó en líneas generales por la amplitud de criterio y tolerancia hacia todas las tendencias con que procedieron los jurados, tanto para la admisión de las obras como para las escogencias de los premios entre los pintores que se juzgaban poseedores de mayores méritos. Todos los estilos encontraban casa en él y en todo momento se procuró premiar el esfuerzo de los que por vocación, honestidad o talento tenían derecho a ello. Un saldo artístico, en suma, que hace mérito al Salón como a sus directivos".

El Museo de Bellas Artes, cuyo primer director fue Manuel Cabré, alcanzó últimamente, bajo las sucesivas jefaturas de Armando Barrios y de Miguel Arroyo, una calidad organizativa verdaderamente excepcional en la América Hispana. En la actualidad, Miguel Arroyo y Gerd Leufert, coordinador, han ampliado el Museo y han logrado ajustarse, en la presentación de las piezas y obras exhibidas, a todas las orientaciones seguidas en las instituciones similares más modernas. Impera la inteligencia didáctica y el buen gusto. Tan solo cabe lamentar que el Museo de Bellas Artes carezca de fondos suficientes para adquirir obras maestras. De modo que sus exposiciones se limitan a obras venezolanas, o a colecciones extranjeras cuando instituciones más ricas promueven muestras en el exterior y Venezuela puede disfrutar de la contemplación de algunas de ellas. La dirección del Museo

edita desde hace tres años un boletín informativo titulado *Visual* que lleva ya unas doce entregas y ostenta una presentación tan moderna como discreta.

El segundo acontecimiento que influyó profundamente en el desarrollo de la pintura venezolana fue la insurgencia de un grupo de jóvenes pintores becados en París, en los años de 1946 a 1948. Esa insurgencia abrió las puertas a las experimentaciones no-figurativas hasta entonces ignoradas o repudiadas en Venezuela. Para afirmar las tendencias abstractas, tuvieron que atacar la pintura figurativa, el paisajismo, el impresionismo anacrónico, las complacencias decorativas y las estilizaciones. También la pintura literaria y americanista. No todas sus críticas fueron bien intencionadas ni formuladas en un idioma de altura, pero sus aspiraciones eran legítimas y correspondían a una necesidad, la de integrar las búsquedas plásticas a un sentido de la contemporaneidad. Esos jóvenes artistas publicaron una revista titulada *Los Disidentes.* Los teóricos del movimiento eran Alejandro Otero Rodríguez y Pascual Navarro Velázquez; el filósofo J. R. Guillent. Cerraban filas en torno a los nombrados: Mateo Manaure, Luis Guevara Moreno, Omar Carreño, Víctor Valera.

La gestión de *Los Disidentes* no se quedó en diatribas, en negaciones y en mutuos elogios como acontece casi siempre en nuestro país. Por el contrario, aquellos pintores respaldaron sus puntos de vista con una obra que se cuenta, en la actualidad, entre las más calificadas de Venezuela. Ellos abrieron cauces para que las corrientes contemporáneas abonaran el campo de nuestra plástica. Al romper con el figurativismo renovaron nuestra pintura apegada a modelos y a estilos finiquitados. En realidad cuando "los disidentes" descubren la abstracción y la practican, ésta cuenta ya treinta años de existencia, pues Picabia y Therlianus, antes de 1910, habían roto con toda figuración y las primeras acuarelas de Wassili Kandinski (1866-1944) pertenecen también a esa época. Por otra parte, entre 1910 y la actuación de "los disidentes", se habían multiplicado las experiencias no-figurativas con Braque, Klee, Jawlenski, Malevith, Kupka, Piet Mondrian (1872-1924), Van Doesburg (1883-1931), Hartung, Herbin, Manessier, Delaunay, Poliakoff, Vasarely. Dentro de la misma abstracción se perfilaban modalidades distintas: abstracción concreta, tachismo, sobre-realidad en la realidad, etc. Empero en relación con el proceso de nuestra pintura correspondió a "los disidentes" dar el paso más difícil: el de la ruptura con el pasado, el de negarse a toda expresión figurativa y aceptar, como lo pedía Kandinski, que el color no existiese en él mismo sino en función de su necesidad interna y que no se pintasen objetos, sino formas.

El proceso iniciado por "los disidentes" no se ha detenido. Por lo contrario, las promociones que aparecieron después de ellos se incorporan, a veces con un entusiasmo excesivamente improvisado y fácil, a todos los

procedimientos del actualismo pictórico: informalismo, azarismo, esfuerzos cinéticos, reivindicación de la materia en sí, desligada de toda expresividad conceptual, autonomía plena de lo puramente plástico.

Antes de seguir adelante, ya con miras a finalizar este capítulo, nos detendremos un momento para exaltar la contribución de artistas, animadores y profesores nacidos en otros países, al desarrollo de nuestra actividad pictórica o escultórica. Algunos pasaron como meteoros, iluminando con su cauda el ambiente opaco de nuestra pintura adocenada. Así el rumano Samy Mützner, impresionista de sólida formación, y el ruso Nicolás Ferdinandov, cuya vida y cuyas obras pusieron a Armando Reverón, en el camino de encontrarse a sí mismo. Otros rindieron una labor modesta y consecuente, en el campo de la enseñanza, tales el aragonés Ramón Martín Durbán, con veintidos años de profesorado a cuesta; el chileno Armando Lira, llegado a Venezuela en 1936 y fallecido en Caracas, en 1959; el catalán Ernesto Maragall y el uruguayo Germán Cabrera, profesores de escultura; el vasco Ricardo Arrue, el suizo Franz Rederer, excelente pintor cuyas cátedras, en la Escuela de Artes Plásticas, despertaron interés excepcional; el francés Charles Ventrillon. En la actualidad Graziano Gasparini, en la Facultad de Arquitectura; Gerd Leufert, en el Museo de Bellas Artes; Gego, en la Escuela de Artes Plásticas; Luis Luksic, en el Departamento de Extensión Cultural del Consejo Venezolano del Niño, ponen sus conocimientos e inquietudes al servicio de la expansión artística de los venezolanos. Se impone, además, destacar la actividad creadora de Gego, nacida en Hamburgo, en 1912, y autora de estructuras en hierro admirablemente concebidas en las cuales el espacio se organiza como un sólido viviente, y Leufert, oriundo de Lituania, pintor que aspira a efectuar una síntesis personal entre el color, reducido a su condición más pura y directa — blanco o negro — y la posibilidad espacial, lo cual logra en la tela misma, con procedimientos si se quiere clásicos, sin acudir a la superposición de otro plan mediante el cual crear la transparencia buscada.

Otros artistas plásticos nacidos en el extranjero, sin intervenir directamente en la enseñanza, se han vinculado con la vida cultural de Venezuela. En ese sentido sorprende el número de apellidos extranjeros que figuran en catálogos de exposiciones colectivas. No sería posible detenernos sobre los más calificados de ellos, como se lo merecerían, pues ello implicaría un acopio informativo del cual carecemos. No obstante resulta imposible silenciar los nombres de ceramistas tan talentosos como Seka Severín, Tecla Tofano, los esposos Thekla y Gottfried Zielke, y pintores como Iván Petrovszki, Guillermo Heitter y Abel Vallmitjana. Este último, en particular, se ha vinculado profundamente con nuestro país, razón por la cual destacaremos su actividad.

Abel Vallmitjana llegó a nuestro país en 1936 ó 37, huyendo del delirio

homicida español que pudo saciar, en parte, su sadismo durante la Guerra Civil entre republicanos y nacionalistas. Vallmitjana ejerció el magisterio, organizó orfeones, estudió el folklore nacional, cultivó algunas artesanías y, finalmente, regresó a las artes plásticas abandonadas desde su arribo al país. En este aspecto cabe destacar sus actuales esculturas, algunas de las cuales recibieron merecidamente en 1961, el Premio Nacional. Artista de sensibilidad mediterránea (nació en Cataluña), posee una sólida formación artesanal y cultural, la cual se ha ejercitado en la pintura, el grabado, la escultura, las terracotas, los murales en cerámica o en mosaico. Al margen de las capillas artísticas, Vallmitjana lucha afanosamente por expresar mediante la plástica, ideas, conceptos intelectuales, pensamientos y sentimientos. Fue surrealista, luego realista, después expresionista para situarse en la actualidad en una corriente figurativa bastante libre y que no se apoca a la hora de usar los procedimientos más modernos. Su primera exposición de pintura se inspiró en el negro, como motivación americana. Reaccionó contra ese realismo externo y dramático para perseguir simplificaciones y deformaciones construidas linealmente, con trazos gruesos y colores oscuros. Su segunda exposición titulada "Ultraje al Linaje Humano", estaba compuesta por desoladores personajes-objetos, desgarrados, quebrados por la violencia, visión acusadora del odio entre los hombres, de las víctimas y de los victimarios, de los presidios y de las torturas. Reencontró la paz mediterránea hacia 1959, al domiciliarse en Italia. Allí, frente a un paisaje amansado y rectificado por las manos del hombre, prepara su cuarta muestra que expresará entre pinturas, grabados, yesos, mármoles, hierros forjados, cobres, aceros y latón trabajados con soplete, conglomerados, piedras, bajo-relieves, cementos, estelas, tierras cocidas a veces policromadas y esmaltadas, la oposición entre dos términos del alma mediterránea: las hispánicas — sentimiento trágico de la vida, viudas, lutos, muros arañados, plorantes, huellas perdidas, prisiones — y las helénicas — danzas, formas sexuales, guirnaldas, ritos de iniciación y de fecundidad, etc. Su estilo descansa sobre la sugerencia. El espacio está lleno de materia, inclusive en esculturas como las premiadas en Venezuela, formadas por dos trazos de metales limitando un vacío. Las búsquedas cinéticas no le interesan. No hay aire ni vacío ni especulación con la materia misma. Tampoco se limita al cuadro, a la pieza. Concíbelos como partes de un conjunto. Todo es movimiento compacto, arcaismo, simbolismo, reducción, sugerencia, valores analíticos y emblemáticos.

* * *

El panorama de las artes plásticas contemporáneas presenta un gran número de artistas empeñados en las más diversas búsquedas, adscritos a las

más opuestas tendencias, interesados por las más diferentes posibilidades especulativas. La multiplicación de estilos, procedimientos, conceptos, disciplinas, corrientes, ha transformado el hasta ayer apacible mundillo de la pintura venezolana, en el que todos los artistas se topaban los unos con los otros a la vuelta de la esquina, en una Torre de Babel en la que cada quien habla su propio idioma. Desgraciadamente, las oposiciones de escuelas y maneras, cuando no simplemente de intereses o de vanidades, suelen convertir las aspiraciones y creaciones de unos en herejías para los otros. Además de la división fundamental entre figurativos y no-figurativos, se advierten otras orientaciones: informalismo, abstracción geométrica (muy capa caída), tachismo, azarismo, indagaciones cinéticas, *collages*, etc.

Dos orientaciones generales privan en las búsquedas de los no-figurativos: apresar el espacio viviente, en movimiento; y descubrir las posibilidades de la materia plástica, su poder de autonomía. Para apresar el espacio se parte, en cierto modo, del caleidoscopio; para indagar la expresividad de la materia, se arranca de los *collages*. La pintura de 1960 no ha inventado nada; su sino parece ser el de llevar a un paroxismo todo lo que fue intuido por los artistas plásticos durante la última década del siglo XIX y las dos primeras décadas del siglo XX. La intuición de las estructuras plastiformes e informalistas, las variedades de *collages*, el azarismo de Mathieu, los "gestos" de Hartung, las construcciones a base de artefactos inservibles y objetos heterogéneos se encuentran ya en Picabia, Man Ray, Arp, Janco y los demás *dadaístas*. Las bañistas de Cézanne y sus indagaciones sobre la extensión espacial y el espacio táctil, la figuración objetiva y la simplificación sintética anunció el cubismo, las abstracciones geométricas y concretas, el constructivismo. Los "ready-made" de Marcel Duchamp abrieron las puertas a la exaltación del "objeto" como valor en sí. El expresionismo y el fauvismo inauguran el camino hacia el tachismo y el informalismo. Las búsquedas cinéticas tienen su origen en descubrimientos dadaístas y surrealistas.

Los artistas venezolanos de hoy en día se han arrojado resueltamente a las aguas revueltas de la pintura contemporánea. No sería posible nombrarlos a todos ni estudiar por separado los más representativos de ellos, entre quienes destacamos a Alejandro Otero Rodríguez, a Jesús Soto, a Mateo Manaure, a Pascual Navarro, a Luis Guevara Moreno, a Mercedes Pardo, a Angel Hurtado, a Omar Carreño, a Alirio Oramas, a Régulo Pérez, a Manuel Quintana Castillo, a Oswaldo Vigas, a Víctor Valera.

Sin duda alguna, Alejandro Otero Rodríguez es uno de los más importantes pintores de nuestro país. Acaso su vocación doctrinaria, su inclinación a teorizar, hayan perjudicado su trayectoria de pintor internacional, la resonancia de su obra varia y profunda. Mientras otros se dedicaban exclusivamente a pintar, Otero dirigía grupos, escribía, discutía, auspiciaba pintores.

Fue uno de los primeros en pelear para imponer la obra de Soto. Otero se formó en la Escuela de Artes Plásticas. Empezó reaccionando contra el impresionismo. Dentro de lo figurativo buscó nuevas posibilidades expresivas. Viajó a Europa. Acaudilló a *Los Disidentes* y, a su regreso al país, presentó una de las exposiciones que más nos ha impresionado con el correr de los años. Se trataba de dos series convergentes de calaveras y tazas, en las que las formas eran sometidas a un análisis cada vez más preciso de sus estructuras internas, hasta alcanzar una simplificación que anunciaba la liberación del objeto. De esos análisis lúcidos, pasó Otero Rodríguez a la abstracción geométrica y, finalmente, a los *coloritmos,* síntesis de sus indagaciones. Se ha escrito, sobre ellos, con poco acierto, que el color asoma con existencia propia, que ninguna racionalidad definida los determina, que estamos ante una expresión autónoma de la materia. Sin duda alguna Otero, en sus *coloritmos* — o ritmos y colores — se desliga por completo de toda semejanza con objeto alguno y crea un nuevo objeto, una nueva realidad, de ritmos y colores. Pero de allí a explicar su creación como un acto irracional, como efecto casual, media un abismo y es el que precisamente llena su lucidez intelectual, su profundo conocimiento de la pintura. Con procedimientos de gran honestidad plástica, con rigurosa lucidez, trató de integrar la pintura a la arquitectura, la abstracción geométrica a la realidad cinética. Logró expresiones llenas de nobleza, armonía y dominio del oficio. Grandes ritmos verticales u horizontales, creados por líneas que se salen del cuadro o por segmentos de éstas, como notas de color, como continuidades melódicas. Por lo demás ese sentido musical de la pintura concreta se desprende, directamente de los fundadores de ese movimiento. En efecto, tanto Kandinski como Mondrian y otros abstractos, solían usar términos como "fuga", "arabescos", "variaciones", para titular sus composiciones. Entre 1920-1924, Kandinski concibió la pintura como una arquitectura. Los *coloritmos* de Otero Rodríguez proceden conceptualmente, del famoso cuadro de Mondrian: *Broadway Boogie Woogie.* Las franjas de color — escogidos siempre con un alto sentido estético — crean lo que algunos han llamado la vibración del cuadro o del mural. Gran pintor racionalista y equilibrado, Otero Rodríguez gusta organizarse a sí mismo mediante la organización de la plástica. Nada parece repugnarle tanto como la improvisación, el desorden, la confusión en los valores y en los términos, la anarquía ignorante y disolvente. Tras el desbordamiento informalista, Otero parece orientarse hacia nuevas búsquedas. Está componiendo unos *collages* con elementos y objetos que organiza con su singular poder de síntesis y su esclarecido buen gusto, pero estas producciones no brindan el sentimiento de plenitud de su obra anterior: figurativismo analítico, abstracción geométrica, *coloritmos.*

Mercedes Pardo de Otero se sitúa en un mundo plástico más emotivo y espontáneo que el de su esposo. Después de abandonar el figurativismo y

rozar la abstracción concreta desembocó en un grafismo libre, emotivo, en un informalismo tachista, lírico, con rica intuición del color.

Jesús Soto sobresale en esta etapa de nuestra plástica debido a su participación en las manifestaciones europeas de quienes indagan el movimiento espacial. Soto llegó becado de París, hacia 1950. Se quedó definitivamente en esa ciudad y para sustentar a su familia, pues casó con una francesa, ejerció diversos oficios con optimismo y coraje. Cantó canciones venezolanas y latinoamericanas en locales bohemios. No es buen cantante. En cambio, se impuso como artista plástico. En sus cuadros, según lo explica Guillermo Meneses — apasionado por las tendencias no-figurativas —, se propuso y logró "jugar con la contraposición de volumen, negando al mismo tiempo las concepciones de la perspectiva". Sus búsquedas se orientan hacia el espacio en movimiento, su vibración, su transparencia, su mutación según las disponibilidades del color, las condiciones cinéticas de este mismo. Soto concede gran importancia al hallazgo, a la casualidad. Su notoriedad arranca de 1955, cuando expuso con los cultores del arte cinético. La utilización del plexiglass para crear un espacio transparente entre el plano que este forma y la superficie del cuadro, ha sido superado por él, después, mediante la incorporación de alambres retorcidos y entretejidos que crean el relieve necesario y aumentan la movilidad espacial. Sus estructuras murales de gran poder de inventiva, asociación de objetos dispares, alcanzan sorprendente expresividad. Con un arbolillo seco, unos palos, una red de pescar y un enrejado, construye un todo limpio y sugerente en sí mismo, es decir desligado de toda representación comparativa. Estamos en los dominios de la plástica pura, de las indagaciones cinéticas, de las valoraciones de texturas y materias. Ninguna idea viene a turbar el lenguaje expresivo de las formas, de las cosas, de los colores sujetos a su misión funcional, de los planos que se cortan o se funden, del vacío en movimiento. Esta expresión se dirige tan sólo al ojo. Toda literatura, anécdota, erotismo o concepto quedan descartados. La actividad visual la determina y en ella se cumple. El juego óptico suplanta la fijeza tradicional del cuadro. Las "situaciones" visuales, las relaciones entre las formas, la superficie y la acción simbólica de los colores. Sin duda alguna, el peligro de las tendencias cinéticas estriba en la reducción gradual del arte a una artesanía, del misterio creador a una indagación técnica.

Mateo Manaure, rompió con la figuración en la misma época que Otero. Su abstraccionismo produjo obras de carácter concreto y geométrico y otras con formas que sugerían una posibilidad figurativa: aletas, carámbanos, filos, erizos, trazos como signos gráficos. Hasta donde estamos informados las búsquedas cinéticas no interesan a este artista demasiado pictórico para entregarse de lleno a los juegos ópticos. Acaso el impresionante conjunto de murales y algunos vitrales situados en la Ciudad Universitaria, dan la medida de su

inteligencia plátsica, de su gusto por el color, de su lirismo. Manaure usó las formas geométricas — círculos, rectángulos, triángulos, trazos negros, trapecios — como elementos decorativos integrados a una superficie plana y animados por la euforia de hacer cantar la pintura. Depurado su estilo, su oficio, mediante la experiencia abstracta, Manaure regresó a la figuración (Exposición en la Sala de la Fundación Mendoza, abril 1960). Hay rigor en su nueva experiencia figurativa. Manaure no pinta la realidad sino se sirve de ella para componer series cromáticas, analíticas, de un tema determinado: nocturnos, floras, faunas, efectos de luces. Pero sería estar de espaldas a su verdad íntima si dejáramos de hablar del sentimiento lírico que le anima y alienta en su pintura de ayer o de hoy. Por necesidad íntima de comunicación lírica con el mundo, con la realidad, con las cosas, con la sensualidad de las apariencias, aceptó de nuevo la figuración. Ello constituye un acto de profunda sinceridad consigo mismo. Sus "sugerencias de imágenes" como dijera Sergio Antillano, reencuentran las correspondencias seculares entre las formas, la significación activa de los colores y la diversidad de las superficies pintadas.

Como Manaure e inclusive antes que él, Luis Guevara Moreno rompió con las tendencias no-figurativas, después de haber trabajado un tiempo en la abstracción geométrica. Léger, entre otros, determinó su evolución la cual le incita a concederle hoy toda su importancia al dibujo y al color, en estrecho diálogo y correspondencia emocional. Sus óleos sobre tela o cartón rehabilitan los procedimientos clásicos, mediante nuevas valoraciones y relaciones y una voluntad tenaz de construcción realista, aunque el tema en sí le importe poco. Encuentra la dimensión de la pintura pura en la aceptación de las formas reales. En nada le molesta el motivo, a la hora de ahondar en la pintura, por la pintura misma. En cambio Régulo Pérez, su compañero de generación y de convicciones artísticas e ideológicas, acepta la motivación y, partiendo de ella, la ennoblece mediante el relato plástico. Hay trabajadores que se transforman en bailarines, en personajes del circo o del sueño. Los paisajes vibran y ondulan. Su realismo consiste en forzar la realidad hacia la magia que suscita el color, el dibujo, la materia aplicada generosamente sobre la tela maleable y sustancial. Uno de sus críticos apuntaba que "sus objetos parecen estar al borde de la liquidación y se sumergen en una visión casi impresionista del mundo". En efecto, Régulo Pérez parece querer demostrar que la realidad no es como es, sino como uno quiere verla, y que en el centro mismo de ella — labores del hombre, paisajes — está su posibilidad de transmutación lírica.

Mateo Manaure, Luis Guevara Moreno y Régulo Pérez encabezan la nómina de los pintores figurativos de la actualidad nacional entre quienes se cuentan Jacobo Borges, dominado por un propósito de crítica anti-burguesa tan vehemente como sojuzgador, Hugo Baptista, Omar Granados, Manuel Espinosa, Alirio Palacios y, hasta ayer, Luisa Palacios y Vázquez Brito, sin

incluir a Armando Barrios, a León Castro, a Poleo, a Pérez Avilán, definidos desde hace tiempo, o a jóvenes como Antonio Eduardo Dagnino, dotados de talento pero aún en proceso de sedimentación y afirmación.

Otros pintores de la misma generación que los nombrados ocupan junto con ellos, situación destacada: Pascual Navarro, cuya última producción desconocemos; Oswaldo Vigas, autor de personajes-objetos un tanto vegetales cuando no biológicos, y de unas abstracciones sugerentes; Alirio Oramas, de quien no vemos un cuadro hace años; Mario Abreu, metido de lleno, según se nos ha informado, en una suerte de pintura *santera* en que las representaciones simbólicas sexuales-vegetales se confunden con objetos emblemáticos pegados al cuadro; Carlos Cruz Diez, lanzado por la vía de la indagación cinética con sus *fisocromías;* Omar Carreño, Víctor Valera, quienes seguramente se apartaron del abstraccionismo de la época "disidentes", para hurgar las posibilidades informalistas; Perán Erminy, de sensibilidad extraordinaria pero de obra escasa, devorado entre las concepciones teóricas y la rebelión a-pictórica; Manuel Quintana Castillo, quien arrancó del figurativismo y tras de experimentar las posibilidades informalistas, nunca ajenas a ciertas reminiscencias de la realidad, a los estados subjetivos, parece buscar alguna tercera vía que fuera integración de una y otra tendencias.

El informalismo ha aumentado considerablemente la nómina de pintores. A los abstractos como Elsa Gramcko se suman hoy los informalistas líricos, los azaristas, los tachistas, entre quienes podemos nombrar, con el riesgo que implica nuestra deficiencia informativa, a Jaime Sánchez, bastante influenciado por el Stael y Poliakoff; a Enrique Sardá, a Luisa Richter, a Milos Jonic, a Maruja Rolando, a Renzo Vestrini, a Teresa Casanova, a Alberto Brandt, a Angel Luque, a Fernando Irazábal.

Párrafo aparte requiere la mención de tres artistas ya formados: Carlos González Bogen, hasta hace poco abstracto concreto; Miguel Arroyo, compartido entre la dirección del Museo de Bellas Artes y su capacidad de ceramista y de pintor; Angel Hurtado, a medias entre lo no-figurativo y la figuración, autor de cuadros con temática astral, realizados con pasta generosa y ceñidos a la aceptación de la superficie como campo de visualidad y espacio limitado; Armando Barrios, ex-director del Museo de Bellas Artes, radicado ahora en Europa, pintor figurativo formado en la Escuela dirigida por Monsanto, aficionado a la música, inteligencia bondadosa y reflexiva que, a lo largo de un proceso coherente, alcanzó un estilo pictórico propio, mediante la deformación estilizada y geométrica de personajes y formas, respetando siempre calidades, volúmenes, procedimientos del óleo y sugiriendo con el color, la composición y la existencia de una luz interior al cuadro, abstracta, propia, climas poéticos y musicales, ordenaciones de gran pureza lírica y presencias humanas idealizadas.

La cerámica ha progresado considerablemente debido a María Luisa de Tovar, a Gonzalo y a Luisa Palacios, a Cristina Merchán, a Adelita Rico de Poleo, a los esposos Zielke, a Seka, a Tecla Tofano. La escultura cuenta con Gego, con Vallmitjana, con Pedro Briceño, con Narváez, con jóvenes como Max Pedemonte, Pedro Barreto y Harry Abend. La gres y el vidrio encuentran respectivamente en Eduardo Gregorio y en Rubén Núñez, inspirados artesanos.

* * *

Hemos llegado al término de este recorrido por los predios de las artes plásticas, cumpliendo así una función informativa no exenta de riesgos. Vamos, sin embargo, a aumentarlos concluyendo con apreciaciones personales sobre la orientación general de aquéllas.

Los artistas actuales aspiran, por una parte, a apresar el espacio en movimiento, en un juego visual ajeno a todo subjetivismo, a toda acción intelectual ontológica. El misterio creador se convierte en actividad técnica y el artista, en artesano. Las formas adquieren un anonimato indiscutible y se anulan las relaciones y correspondencias seculares entre los valores que han creado la pintura, como expresión de individualidad y medio de comunicarse con el mundo.

Por otra parte pretenden lograr con el azarismo, con los *collages,* con las estructuras informalistas, que la obra plástica se construya casi sola. La participación humana, como en las búsquedas cinéticas, se desvalora en comparación con el culto de la personalidad propio del Renacimiento.

El arte cinético le concede el primer lugar a la tecnología. El azarismo, a la materia autónoma. Estamos ante un colmo de afán constructivo, de tecnicismo, y un colmo de afán destructivo, de anarquía. Estamos ante la aplicación pictórica de teorías físicas y mecánicas, en una tentativa máxima de organización científica, y al mismo tiempo ante la negación de todo oficio, de toda enseñanza, de toda técnica, en un propósito disolvente que le concede a la materia calidad predominante, y a la casualidad, función creadora determinante. De modo que una raíz, un trozo de cuerdas, algunos detritus de esos que se consiguen en los basureros urbanos, asociados en función de ellos mismos y recubiertos con pintura, bastan para que se hable de expresividad. Unos autos prensados se llaman esculturas. Y se distinguen como estructuras plásticas, la pintura arrojada sobre la tela o el cartón prensado, las texturas mezcladas con ella — arenilla, plastilina, paja, coleta, migas de pan, etc. —, los objetos dispersos organizados y adheridos a una superficie dada. Se trata de un nihilismo reversible: todo es nada, nada es todo. La materia deificada se impone a las concepciones del espíritu. Se cumplió la profecía surrealista de que el Arte era el encuentro fortuito de un paraguas con una máquina

de coser, sobre una mesa de operación. La pintura se disuelve en el azar o en el espacio.

Cabe preguntar, entonces: ¿se trata de rebelión o bien de conformismo?; ¿se está al borde de un renacimiento o bien de una agonía?; ¿ese propósito tenaz de despersonalizar al hombre y el pensamiento, con la finalidad de exaltar la materia existencial, en sí misma, en su fluir o vegetar ciego y crudo, coincide con las utopías de justicia social o bien las niega, refuta el capitalismo o bien lo exalta?; ¿se trata de un suicidio o de un alumbramiento?

Ante estas preguntas que arrojamos al azar, se piensa en lo que melancólicamente aseguraba Einstein, cuando decía que nuestra época se caracterizaba por "la perfección de los medios y la confusión de los fines". Intuimos que, desgraciadamente, nuestra época, por encima de sus utopías socialistas o sus mitos burgueses, persigue oscuramente una reducción del individuo, una exaltación de lo colectivo, de la abeja esclava laborando en su alveolo. Quizás haya sido la pintura, la expresión humana que llegó más lejos en esa tarea exasperada de deshumanizar al hombre, de despersonalizar al individuo, de someterlo al imperio triunfante de la materia deificada.

VI

# FILOSOFIA Y CIENCIAS (MEDICINA, INGENIERIA, ARQUITECTURA, FISICA, HISTORIA NATURAL)

## *Filosofía*

LA PRIMERA cátedra de filosofía fundada en el Seminario de Santa Rosa cesó por inopia de estudiantes, según refiere Caracciolo Parra León. Pero pasado un tiempo, volvió a reanudarse. En 1694, las clases del Seminario eran de Artes, Retórica y Elocuencia, Gramática y Música, Teología y Filosofía. La Real y Pontificia Universidad de Santiago de León de Caracas se instaló en 1725. En 1786, se contaban las siguientes cátedras: Teología de Prima, Víspera y Moral, Cánones, Instituta, Filosofía de Seglares y de Religiosos, Sagrada Escritura, Medicina, Música, Elocuencia, Menores, Mínimo. En 1810, en el *Semanario de Caracas,* José Domingo Díaz enumera las aulas existentes: Primeras Letras, Idioma Latino, Derecho Canónico, Derecho Civil, Teología Escolástica, Moral, Historia Eclesiástica, Escritura, Medicina, Canto llano, Filosofía, y entre paréntesis añade: "que debe ser peripatética por constitución". Por lo tanto, hasta después de la Independencia, no contaba la Universidad con cátedra alguna de Literatura, de Historia y de Ciencias Exactas.

El Discurso filosófico era propio de frailes y prelados. Los franciscanos y los domínicos sobresalían en las controversias escolásticas. De Santiago de Chile, pasando por Lima y por Nicaragua, llegó a Venezuela, hacia mediados del siglo XVII, el Obispo Fray Antonio Briceño, autor de "dos inmensos y respetabilísimos volúmenes de *Controversias célebres* acerca de los puntos multisecularmente debatidos desde Escoto, referentes no tan sólo a teología, sino a metafísica" (García Bacca). Esa obra había sido publicada en Madrid en 1638. Briceño fue calificado en su tiempo de *pequeño Escoto* y, después, de *otro Escoto,* lo cual sitúa con toda precisión la orientación y el valor de sus trabajos. Briceño falleció en Trujillo, en 1668, razón por la cual se le confiere hoy carta de ciudadanía venezolana. Otros sacerdotes se destacan durante la Colonia. Entre 1752 y 1756, Fray Agustín de Quevedo y Villegas, coriano de nacimiento, publica cuatro volúmenes sobre Teología y Filo-

sofía, el último de los cuales coincide con la aparición de los Comentarios al Evangelio de San Mateo, del franciscano Tomás Valero, natural de El Tocuyo. Juan Antonio Navarrete ingresó en la orden franciscana en 1770. Había estudiado filosofía en la Universidad y se conserva escrito de su puño y letra, el curso de lecciones impartidas por sus maestros Antonio José Suárez y Francisco José Urbina, quienes seguían las directrices de la filosofía *tomista.* Navarrete se dejó contaminar, según algunos críticos, por el Enciclopedismo y la Ilustración, y, rompiendo con el latín tradicional, probablemente incorrecto, en que se solía escribir sobre Teología y Filosofía, compuso en español 17 volúmenes referentes a los más diversos temas, tales como: *Puntero Astronómico, Margarita Canónica, Arca de Letras y Theatro Universal,* etc. Briceño, Quevedo y Villegas, Valero y Navarrete formaron lo que García Bacca llamó "constelación escotista en Venezuela". El mismo expositor, cuya singular capacidad de estudio, conocimiento de lenguas muertas y excepcional preparación filosófica, honran la Universidad Central desde hace unos 15 años, señala la importancia de Escoto en estos términos: "Escoto influyó decisivamente en Suárez, Suárez en Descartes, y por Descartes en toda la filosofía moderna: Spinoza, Leibniz, Kant — y estamos en nuestros días".

También resume así las características del escotismo: "Predominio de la voluntad sobre la razón; de la revelación o fe sobre razón y ciencia; separación de fe y razón; de Iglesia y Estado; preeminencia de lo singular y sensible sobre lo universal y abstracto; cultivo de la individualidad; respeto por la palabra, el lenguaje, la gramática; felicidad suprema y vida eterna, consistente en amor y fruición sobre todo, no en contemplación... Razón suprema escotista: el *porque sí.* Voluntad de poderío, de gracia, de esplendidez, y aún de arbitrariedad. Dios es, ante todo, *Querer* y *Poder* (Escoto). Dios es, ante todo, *Razón* y *Ser* (Santo Tomás)".

Para el mejor conocimiento de este aspecto del desenvolvimiento del pensamiento escolástico venezolano, remitimos a nuestros lectores a las siguientes obras: Alfonso Briceño. *Disputaciones Metafísicas. 1638.* Texto traducido del original latino con una introducción por el Dr. Juan David García Bacca. Facultad de Humanidades. Caracas, 1955; *Antología del Pensamiento Filosófico Venezolano, Siglos XVII-XVIII.* Introducción Sistemática y Prólogos Históricos, Selección de Textos y Traducción del Latín al Castellano por el Dr. Juan David García Bacca. Biblioteca Venezolana de Cultura. Ediciones del Ministerio de Educación. Caracas, 1954; *Filosofía Universitaria Venezolana* por Caracciolo Parra León, Caracas, 1934.

En vísperas de la Independencia y en el campo del pensamiento filosófico se contraponían, en Venezuela, en búsqueda de síntesis difícil, el conocimiento tradicional Escolástico bajo su forma tomista o escotista y el influjo

ya indetenible del Racionalismo y del Empirismo triunfantes en Europa. La Universidad de Caracas se agita con las controversias sobre el valor de Aristóteles. Escalona, profesor de Bello, se debate entre esas oposiciones al parecer irreductibles.

Mientras Venezuela se sepulta en los abismos de la Guerra a Muerte y resurge en las sucesivas campañas que llevarán a nuestras tropas desde la llanura de Carabobo hasta los altiplanos bolivianos, Andrés Bello, en sus meditativos retiros extranjeros, tratará de conciliar el espiritualismo católico con el método experimental del nuevo filosofar. En 1843 publicará su *Teoría del Entendimiento*, parte inicial de su obra *Filosofía del Entendimiento*, la cual verá la luz sólo después de su muerte, acaecida en Chile en 1865. El Gobierno chileno decretó la edición oficial de sus obras, y el primer volumen de éstas, publicado en 1881, se titulaba: *Filosofía del Entendimiento.* En 1948, el Presidente Constitucional Rómulo Gallegos dispuso la Edición de las Obras Completas de Andrés Bello, para lo cual se constituyó una Comisión Editora compuesta por Julio Planchart, Augusto Mijares, Rafael Caldera y Pedro Grases. Habiendo fallecido el primero, su hermano Enrique Planchart entró a formar parte de esta Comisión, que cumplió cabalmente su digno cometido. Entre las obras propuestas figuraba un tomo que con el título de *Filosofía,* reunía todos los escritos de Bello sobre esa disciplina. La Introducción fue pedida, como era de justicia, a Juan David García Bacca. Esta compilación de la Obra Completa de Bello dará lugar a la publicación de XXII volúmenes, en buena parte ya editados. Bello se inscribe, como filósofo, en el ámbito de Juan Locke y del pensamiento que. aún tímidamente acepta las sensaciones y la experiencia como fuentes principales de conocimiento, y fundamento, por lo tanto, de las ideas. Entre las obras que Bello escoge para la Universidad de Caracas, cuya nómina fue encontrada en el Archivo de José Rafael Revenga, figuran, en la rama de la Filosofía: *Ensayo sobre el Entendimiento Humano* de Locke; *Principios de Filosofía Moral y Política* (1790) y *Teología Natural* (1802) de William Paley, cuya traducción recomienda cálidamente pero suprimiendo en la primera "ciertas reflexiones contra la religión católica, que juntas no hacen una página"; los libros de Bentham; la *Filosofía de la Mente Humana* de Steward, "obra digna de estudiarse, después de las de Condillac sobre el mismo asunto"; los *Ensayos* de Reid. (*En Torno a la Obra de Bello* por Pedro Grases, Tip. Vargas, Caracas, 1953).

Después de Andrés Bello se abre un vacío en el pensamiento filosófico venezolano. No cabe situar como obra de filosofía, pese a su poder crítico, a su ilustración y a sus proyecciones intelectuales, *El Triunfo de la Libertad sobre el Despotismo* de Juan Germán Roscio (1763-1821). Se trata de un ensayo interpretativo y calificativo de las Sagradas Escrituras, orientado más bien hacia la polémica política y la defensa de los postulados republicanos.

Tampoco Fermín Toro y Cecilio Acosta, en rigor del término, pueden ser calificados de filósofos, pues carecen de la obra sistemática correspondiente. Eran más bien lectores avezados en esa materia y divulgadores de ideas pertenecientes al acervo de la Filosofía Experimental y Racionalista. Otros escritores y hombres públicos harán gala, en trabajos y en discursos, de conocimientos generales relacionados con la Filosofía, sin que por ello se les pueda tomar por creadores y renovadores de ese conocimiento trascendente. El Positivismo en nuestro país, tomará de Comte el repudio de la metafísica y los métodos experimentales, pero, en cambio, dejará de lado su filosofía: ese propósito de substituir el catolicismo por la religión del amor humanitario mediante la cual fundamentar una sociedad libre, dirigida por sabios. El influjo del Positivismo se ejercerá en los estudios históricos, sociales y económicos. Lisandro Alvarado, positivista de formación clásica, conocedor de las lenguas muertas, tradujo hacia el final de su vida *De Rerum Natura.*

Gabriel Espinosa (1882-1946) publicó algunos trabajos relacionados con la Filosofía; *Ejercicios Mentales* (1925), *Un Pretendido Intérprete Suramericano de Spinoza* (1943); pero su acción intelectual resulta más bien expositiva cuando no polémica y sociológica, como en *La Mascarada Cristiana* (1940) y en *La Conquista* (1940). Será menester esperar la renovación educativa iniciada después de la muerte de Gómez para que el ambiente universitario se animara como en los tiempos de las controversias escolásticas o de la creciente oposición entre filosofía tradicional y Racionalismo y el Empirismo renovadores.

En 1946 fue creada en la Universidad Central la Facultad de Filosofía, siendo su primer decano Mariano Picón Salas. Por ausencia de éste desempeñó luego el decanato Domingo Casanovas, profesor de Lógica, quien residía en Venezuela desde hacía ya algún tiempo. Fueron invitados profesores de tanta jerarquía intelectual como Juan David García Bacca y Eugenio Imaz. El primero se quedó definitivamente en Venezuela, para beneficio de nuestra Universidad, y el otro se encaminó hacia el trágico destino que le esperaba en México.

La gestión docente de Juan David García Bacca es acreedora al mayor respeto venezolano. Nacido en Pamplona, España, en 1901, García Bacca, según lo expresó un compañero suyo de generación, José Gaos, es "hombre poseedor de una formación filosófica, teológica, filológica y científica (matemática y física) como sólo la tenían en España, Zubiri y fuera de España con seguridad muy pocos hombres más...". Antes de dictar cátedra en Caracas, lo hizo en México y en Quito. Varias promociones han aprendido de él, no solamente fechas y esquemas expositivos, sino la voluntad de filosofar en función de América. Ha aunado a la labor profesoral, la divulgación de los grandes textos filosóficos clásicos. Tradujo a la lengua castellana direc-

tamento del griego, los *Diálogos* de Platón el pensador antiguo de su mayor predilección, fragmentos de los presocráticos, los *Elementos* de Euclides, la *Poética* de Aristóteles, las *Enéadas* de Plotino. Fue uno de los primeros en divulgar en lengua española la obra de Heidegger y de Sartre. Además ha escrito libros originales, impregnados de ese poder de síntesis que sólo da el dominio total de la materia tratada y de ese equilibrio, de esa lucidez, que sólo concede la verdadera sabiduría: *Introducción al Filosofar, Invitación al Filosofar, Nueve Grandes Filósofos Contemporáneos,* etc. Durante varios años trabajó en una Metafísica que resolvió finalmente no publicar, por tratarse de un material calificado por él mismo de "arqueológico". Con un rigor para consigo mismo, del cual sólo es capaz un pensador honestísimo y auténtico, declaró en relación con aquella obra, que consta ya de 2.000 páginas: "No voy a ofrecer a la juventud hispanoamericana, cuyo porvenir filosófico está en mantenerse alerta, y disparable hacia lo nuevo, una obra que, en el mejor de los casos, horadaba unos metros el túnel clásico, y sacaba, también en el mejor de los casos, alguna piedra rara". Entonces se puso a escribir una nueva obra, de la cual tiene listo el primer tomo (540 páginas): *Prolegómenos a la Metafísica Actual.* De modo que García Bacca no se contenta con saber, sino que pretende comunicar a los otros el anhelo de querer y de poder saber. Este dignísimo promotor de la inteligencia fue llamado con razón, por uno de sus discípulos, "testigo de la conciencia latinoamericana". En gente de su estirpe espiritual — la de Einstein, la de Schweitzer, la de Mann, la de Hess, la de Rolland — se recata hacia una vida más alta y más incorruptible, la esencia y la existencia de la inteligencia europea.

Entre los discípulos formados por García Bacca sobresale Ernesto Mayz Vallenilla, porque fue el que acudió a su Invitación a Filosofar, y lo hizo con sensibilidad contemporánea y con intuición propia. En 1957, Mayz Vallenilla publicó un ensayo titulado *El Problema de América* (Apuntes para una Filosofía Americana). Más tarde, volvió a publicar ese trabajo con algunas ampliaciones. Mayz Vallenilla trataba el problema fundamental de nuestra cultura, el de su *originalidad.* Ciñéndose a métodos de pensar heideguerianos, concluye señalando que tan sólo la conciencia de esa originalidad puede producirla y que por lo tanto debemos "estar preparados" para una "Acción mediante la cual el hombre, actuando en un presente, previene el porvenir". En su "ser histórico" se encuentra encubierta "la originariedad" del hombre americano. Este debe vivirla, en suma, para hacerla real. Su búsqueda misma demuestra su inseguridad ante la Historia. "Sólo en tanto que el *descubrimiento* físico se fue convirtiendo en *descubrimiento de conciencia,* y sólo en tanto que en esta conciencia se fue implantando e imponiendo el temple de una expectación ante lo Advenidero, el factum brutum de la presencia americana fue adquiriendo los caracteres que acompañan

a la *originariedad* con que emerge hoy en todas las conciencias de los americanos... y quizás sólo de ellos". Mayz Vallenilla insiste en que no se debe contar con el porvenir providencial para ese cumplimiento, sino con la propia Acción, en el presente. Por lo tanto, reacciona contra la inmovilidad a la que nos condenaría el culto al pasado, a lo que Carrera Damas llamó con agudeza "La Segunda Religión", es decir, la Historia Heroica hecha bronce de plaza pública y sentencias para familias acaudaladas, pero también contra el providencialismo revolucionario, contra "los mañanas cantantes" de Luis Aragón, contra la Esperanza mesiánica — "Nada se ganaría confiando en la Esperanza y creyendo que *lo que se acerca* traerá (sea cual fuese nuestra Acción) un incremento de valores positivos".

Al situar la *originalidad* americana en el temple de nuestra propia existencia, en el temple de nuestra conciencia, en nuestro hoy, Mayz Vallenilla introduce un nuevo valor en el pensamiento venezolano: el de la acción existencial intransferible, el del *estar siendo* que destruye instantáneamente todo esencialismo histórico o filosófico. Semejante proposición debe ser escuchada en un país donde se ha *des-vivido* siempre, en estéril sumisión al pasado o en desorbitada premura de adelantar el porvenir. Ciento treinta años después de Simón Rodríguez, un venezolano vuelve a indagar las posibilidades de originalidad americana. Ernesto Mayz Vallenilla entra a formar parte de la pequeña legión de pensadores latinoamericanos a quienes preocupa nuestra autenticidad encubierta por ideologías y por instituciones impuestas, las más de las veces, sin atender a funcionalidad u organicidad algunas.

Sea esta la oportunidad de mencionar que Humboldt se refirió a esa predisposición de los venezolanos a darle la espalda al presente. Vayan sus palabras en apoyo a esta apreciación: "En Caracas existen, como dondequiera que se prepara un gran cambio en las ideas, dos categorías de hombres, pudiéramos decir, dos generaciones muy diversas. La una, que es al fin poco numerosa, conserva una viva adhesión a los antiguos usos, a la simplicidad de las costumbres, a la moderación en los deseos. Sólo vive ella en las imágenes del pasado: le parece que la América es propiedad de sus antepasados que la conquistaron; y porque detesta eso que llaman la ilustración del siglo, conserva con cuidado como una parte de su patrimonio sus prejuicios hereditarios. La otra, ocupándose menos aún del presente que del porvenir, posee una inclinación, irreflexiva a menudo, por hábitos e ideas nuevas". A continuación Humboldt advierte que esta última inclinación, cuando se halla "acompañada del amor por una instrucción sólida", "cuando se refrena y dirige a merced de una razón fuerte e instruida", puede producir resultados útiles a la sociedad, pero, de lo contrario, hace perder la "individualidad nacional", "sin haber recogido, en sus relaciones con los extranjeros, nociones precisas sobre las verdaderas bases de la felicidad y del orden social". La

situación en 1961 no puede ser más parecida a la que conoció Humboldt en 1800. Los venezolanos continúan divididos en dos grandes sectores irreconciliables: los que defienden el orden del pasado y los que lo esperan todo de los cambios por venir.

Además de la obra citada anteriormente, Mayz Vallenilla publicó *De las Generaciones* (1957) y *Fenomenología del Conocimiento,* tesis de doctorado que penetra profundamente en el pensamiento y la obra de Edmundo Husserl "con la intención de exponer crítica y sistemáticamente los resultados fenomenológicos logrados por él en la Región del Conocimiento". Se está en derecho de exigir del talento y de la preparación de Mayz Vallenilla obra de mayor aproximación al problema de la *originalidad* o de la *originariedad* americana, pues constituye tema principal de meditación de la "intelligentsia" más representativa de nuestro mundo cultural.

En la actualidad, diversas corrientes agitan el ambiente de los estudios filosóficos en la Universidad Central, Junto al existencialismo con aspiraciones metafísicas de Heidegger y Jaspers, se desarrolla el existencialismo con proyección histórica que tiene en Sartre y en Merleau-Ponty sus más destacados representantes. El marxismo atrae con su resplandor auroral de "mañanas cantantes" a muchos jóvenes que cifran en la Esperanza de la Revolución todos sus anhelos. La democracia cristiana opone a esa corriente las Encíclicas papales y la filosofía neo-humanista de hombres como Jacques Maritain y Georges Bernanos. Todo es hervidero emocional, y sólo cabe lamentar que la polémica degenere casi siempre en activismo político, pugnas electorales y diatribas tan violentas como intrascendentes. La admirable madurez de un García Bacca, su poder de asimilación intelectual y su capacidad de exposición docente, su eclecticismo, fruto de un conocimiento acendrado y de una experimentación integral del pensamiento y de las técnicas filosóficas, desde la escolástica tomista y escotista hasta las tendencias existencialistas contemporáneas, pasando por el empirismo y las ciencias físico-matemáticas, su generosa dedicación a la acción docente, obtendrían la mejor resonancia si de las aulas donde dicta su cátedra, surgiera el grupo de estudiantes capaces de filosofar en función de ellos mismos y no de militancias ideológicas dogmáticas, capaces también de contribuir a renovar el pensamiento venezolano, ahogado entre sus contradicciones siempre de espaldas a la realidad viviente. Mayz Vallenilla respondió a la enseñanza impartida por García Bacca. ¡Ojalá no sea el único! Formulamos este deseo con la convicción profunda de que hoy, más que nunca, los venezolanos necesitan descubrir su propia realidad en la libertad de pensar, de vivir, de escoger, de hacer.

Entre quienes han escrito o escriben sobre temas filosóficos hemos de mencionar a Juan Nuño, influido por Sartre, divulgador de Hegel y de Marx;

a Alberto Rosales, formado en Alemania y fuertemente impregnado por concepciones husserlianas; a Eduardo Vázquez, traductor de ¿El Existencialismo es un Humanismo?, de algunos trabajos de Henri Lefevbre, el gran revisionista del marxismo, y lector consciente de George Lukas, el teórico marxista tantas veces perseguido por los mediocres ideólogos del comunismo oficial. De modo que Vázquez adhiere a la corriente del marxismo crítico, que se propone regresar a las fuentes y depurar el materialismo histórico de las interpretaciones stalinistas.

*Ciencias*

LAS CIENCIAS exactas como las ciencias médicas y las ciencias naturales se desarrollan, en Venezuela, después de proclamada la Independencia, lo cual debería bastar para demostrar el estado de atraso en que el régimen colonial mantenía a nuestro país. En efecto, en la Universidad no existía cátedra de ciencias naturales ni de matemáticas. Arístides Rojas refiere que en 1760, el coronel de ingenieros Nicolás de Castro estableció en su propia casa un curso de geometría y fortificación, frecuentado únicamente por los oficiales a su mando. Este curso que fue el primero sobre ciencias exactas, duró siete años. El mismo Arístides Rojas cuenta que en 1785, el padre Andújar pidió licencia a la Corona para regentar gratis una cátedra de matemáticas en la Universidad, pero Carlos IV se la negó porque "no convenía ilustrar a los americanos". El ingeniero Juan Pires o Pérez, en Cumaná, dirigía una escuela privada de matemáticas, que frecuentó, entre otros jóvenes, Antonio José de Sucre, el futuro mariscal de Ayacucho. De modo que lo expuesto demuestra deficiencia total en el orden de la enseñanza pública, compensada, en parte, por la práctica profesional de distinguidas personalidades como Andújar y Pires. En suma, el Estado español dejaba a la muy particular iniciativa el conocimiento de las ciencias exactas. En cambio, atiborraba a los alumnos de teología, derecho canónico y latín.

El Ayuntamiento de Caracas, una vez que se constituyó en Gobierno, después del golpe de estado del 19 de abril de 1810, dispuso la creación de una Academia de Matemáticas, que no llegó a funcionar debido a la guerra en que ardió Venezuela. Sin embargo, Rafael Acevedo, en cuanto lo permitieron las circunstancias, empezó a enseñar matemáticas en la Universidad. Una vez efectuada la separación de Venezuela de la Gran Colombia, el Gobierno decretó, el 14 de octubre de 1830, la fundación de una Academia Militar de Matemáticas, la cual se instaló solemnemente el 4 de noviembre de 1831, bajo la esclarecida dirección de Juan Manuel Cagigal. Ese día nació en nuestro país la enseñanza de las ciencias exactas.

En la misma fecha en que fue decretada la fundación de la Academia

Militar de Matemáticas, el Gobierno encargó al Ingeniero Coronel Agustín Codazzi, nacido en Lugo, Italia, en 1793, geógrafo de vocación fervorosa, la elaboración de un Atlas y de una Geografía de Venezuela. Codazzi cumplió con su cometido. El *Atlas Físico y Político de la República de Venezuela* fue editado en París, en 1841, lo mismo que su *Resumen de la Geografía de Venezuela*. Codazzi sirvió a Venezuela como militar y como geógrafo. Falleció en Colombia, en 1859. El Gobierno de Venezuela, decretó en 1957 la edición de sus Obras Escogidas. Secretario de la Comisión nombrada a ese efecto fue Pedro Grases, habiendo figurado en ella el Dr. Héctor García Chuecos, Presidente, el Sr. Nicolás Perazzo, el Teniente Coronel Pérez Tenreiro, el Mayor Luis Alfredo Campos Giral, los profesores Armando Rojas, J. M. Siso Martínez y J. A. Armas Chitty.

El progreso de las ciencias médicas se debió, como ya se ha dicho, a la gestión de José María Vargas, personalidad que encarna mejor que cualquier otra, la inteligencia científica y humanista. La obra de Vargas abarca las más diversas ramas del saber: medicina, química, botánica, física, historia natural, mineralogía, matemáticas, dibujo. Vargas solía asistir a los cursos de Cagigal y a veces se le veía en la de alguno de sus discípulos. Sus méritos y merecimientos, al destacarle entre sus contemporáneos, motivaron su escogimiento para cargos políticos, a los que no se pudo negar, pese a que carecía de vocación para ellos. Ejerció la Presidencia de la República y formó parte del Congreso. Laureano Villanueva, médico y escritor, publicó en 1883 una bien documentada biografía de Vargas, en la cual cuenta también los pinitos de la enseñanza médica en nuestro país. Esta se inició en 1766, con la licencia que obtiene del Rey, el Maestro en Artes y Doctor en Medicina graduado en las Universidades de Gandía y Mallorca, don Lorenzo Campins Ballester, para impartir cursos de medicina en la Real y Pontificia Universidad de Santiago de León de Caracas. El curso duraba dos años, pero exigía una pasantía de cuatro, por lo menos, en los hospitales que, en Caracas, no eran muchos. La enseñanza estudiaba elementos de Higiene, de Fisiología, de Patología y de Terapéutica. Una vez fallecido este precursor, le siguieron Francisco Molina y Felipe Tamariz. En 1815, reemplazó a este último José Joaquín Hernández, su discípulo, más tarde colaborador destacado en la Reforma efectuada por Vargas, en 1827. Desde 1824 la cátedra se compuso de dos clases: Higiene y Fisiología a cargo de Hernández; Patología y Terapéutica a cargo del médico francés Santiago Bonneau.

No se enseñaba ni Anatomía, ni Cirugía, ni Obstetricia, ni Química, ni Farmacia. Los profesionales se distinguían en dos grupos: cirujanos romancistas y cirujanos latinos. Los primeros eran doctores graduados en la Universidad; los segundos, prácticos aceptados por una Junta examinadora bastante heterogénea, que tan sólo contaba con un médico, integrante del proto-medi-

cato, tribunal médico encargado de regularizar la Sanidad y el ejercicio de la profesión.

Desde 1826, empezó Vargas a impartir instrucción médica, en su propia casa. Simón Bolívar tomó la iniciativa de encargarlo de reorganizar los estudios médicos en Venezuela. Por decreto de 25 de junio de 1827 fue creada la Facultad de Medicina, la cual se instaló el 21 de julio de 1827. Integraban la Facultad José María Vargas, José Joaquín Hernández, José Luis Cabrera, Carlos Arvelo, médico del Libertador, José Antonio Anzola, Pedro Bárcenas, Santiago Bonneau, Antonio José Rodríguez. Vargas dictó la cátedra de Anatomía y, en 1832, creó la de Cirugía. Sus cursos en una y otra materia están en el origen de la bibliografía médica venezolana pues fueron publicados con base a los apuntes de sus alumnos. En noviembre de 1827 se instaló la Sociedad Médica, creada a instancias de Vargas y según lo propusiera el decreto de Bolívar mediante el cual se fundó la Facultad de Medicina. Esta Sociedad agrupó a médicos, a naturalistas, a personas instruidas en las ciencias. La nómina de sus socios es la de la inteligencia científica venezolana del momento: Vargas, José Luis Cabrera, José Angel Alamo, José Joaquín Hernández, Carlos Arvelo, José Antonio Anzola, José Joaquín González, Pedro Bárcenas, Santiago Smith, Francisco Velázquez, José Antonio Landaeta, Isidro Olivares, Antonio José Rodríguez, Manuel Ledezma, Carlos Bello, hermano de don Andrés, Cruz Limardo, José María Benítez, Juan Manuel Cagigal, José Austria, Echandía, Manuel Porras, Eliseo Acosta, etc.

En la época de Vargas la Farmacopea estaba en pañales, los médicos adherían a diversos sistemas. Se hablaba de animistas y de humoristas, según se recomendara la expectación para las fiebres o las evacuaciones; de quimiátricos, que explicaban todo por las leyes de las afinidades químicas; de homeópatas, adheridos a la teoría de darle al enfermo, en dosis infinitesimales, la substancia que aplicada a un hombre sano, reproduciría los síntomas indagados, de esencialistas, de organicistas, de vitalistas. Entre estos últimos sitúa Villanueva a Vargas. Y en estos términos resume su doctrina medical: "Desterró, o por lo menos modificó, aquel sistema de sangrías y de drásticos con que nuestros humoristas querían yugular la viruela y otras enfermedades eruptivas de carácter invariable; enseñó la Química como un medio de diagnóstico, y un auxiliar terapéutico, no como una ciencia que explica y domina las leyes del organismo vivo; y sobre todo instauró el método de la observación, atento sólo a las indicaciones de la sabia naturaleza. Médico pensador, fundaba su filosofía en la sicología fisiológica, y de esta manera llegó a establecer en su clínica una escuela nueva, de incontestables ventajas y de resultados sorprendentes". Además, puso sus conocimientos de botánico y de naturalista al servicio de una farmacopea venezolana, clasificando fórmulas suyas o de otros médicos, señalando la propiedad de determinadas plantas,

estableciendo recetas. No dejó publicada en libro esa enseñanza, pero sus discípulos transmitieron sus resultados, los cuales se han integrado al cuerpo de conocimientos tradicionales en materia tan importante.

La generación de Vargas y Cagigal, de Hernández y de Acevedo, de Ibarra y de Codazzi, y las promociones que ella forma en las aulas recién estrenadas o en el campo de la experiencia práctica, se caracterizan por la universalidad de sus conocimientos, por la diversidad de materias que abordan, por el profundo sentido renovador y humanista que las inspira. Se trata de una verdadera aurora de la inteligencia venezolana. Esos hombres no se limitan al ejercicio profesional remunerador. Por lo contrario, aspiran a servir, a ilustrar, a fundar patria. De modo que cuando entre 1850 y 1851, se agota el presupuesto para el pago de profesores de la Academia Militar de Matemáticas, estos continúan dictando gratis su cátedra. Del seno de esas brillantes promociones surgen los primeros naturalistas venezolanos. Vargas practicaba la botánica, la química, la mineralogía. Cagigal era físico experimental de firmes conocimientos. José María Benítez, médico de La Victoria, escribió un tratado sobre las propiedades medicinales de nuestras plantas, pero también memorias sobre el árbol de vaca, sobre el matapalo, sobre el sistema de Broussais. César Limardo médico de El Tocuyo, clasificó plantas y minerales, estudió las diversas especies de quina y el alumbre de su pueblo natal. Antonio José Rodríguez, fundador de la Facultad de Medicina, autor de una memoria sobre la Fiebre Amarilla, catedrático de Terapéutica, era un latinista consumado; dictó la primera clase de botánica en la Universidad, cuya rectoría ejerció, y escribió sobre historia natural. Rafael Acevedo, además de matemático, era geógrafo consumado. Alejandro Ibarra, físico y filósofo. Olegario Meneses: ingeniero, matemático, botánico, inventor de instrumentos de precisión, autor de importantes trabajos topográficos y del primer plano del territorio minero de Guayana. Manuel María Urbaneja: ingeniero, matemático, abogado, crítico literario, traductor de varias obras francesas, entre ellas la *Gramática Latina* de Burnouf, que substituyó en la Universidad, los antiguos textos anacrónicos. Rafael María Baralt: ingeniero, historiador, literato. Fermín Toro: botánico. Lino J. Revenga: ingeniero, matemático, geólogo, botánico, mineralogista. Elías Rodríguez: botánico y zoólogo, además de médico. Luciano Urdaneta: ingeniero, matemático, botánico, mineralogista. Montenegro y Colón: pedagogo, autor de una de las primeras Geografías de Venezuela, cultivó las ciencias naturales. Agustín Aveledo: educador, botánico, físico, matemático, ingeniero. A instancia de este último, y en el mismo local del colegio Santa María que fundara, se reunió una junta preparatoria para constituir un Colegio de Ingenieros. En noviembre de 1861 tenía lugar la primera reunión formal del Colegio. Figuraban en la Directiva los ingenieros Juan José Aguerrevere, Lino J. Revenga, Felipe Estévez, Agustín

Aveledo, Francisco de Paula Acosta, Manuel María Urbaneja, S. Terrero. El Colegio publicó la *Revista Científica del Colegio de Ingenieros.*

En 1857 se había fundado en Caracas una Academia de Ciencias Físicas y Naturales, cuyo presidente fue Carlos Arvelo y, vicepresidente, Antonio José Rodríguez. Publicó una revista titulada *Eco Científico de Venezuela.* Integraban la plana mayor de la revista y de la Academia, además de los nombrados: Nicolás Milano, Rafael Osío, Manuel Porras, Calixto González, José de Briceño, Carlos Arvelo hijo, Julián Martínez, Nicanor Guardia, y algunos otros. En la revista mencionada se publicaban artículos médicos, pero también sobre ciencias naturales. El doctor Jerónimo E. Blanco, catedrático de terapéutica y materia médica, publicó el primer periódico médico de Venezuela: *El Naturalista.* Además escribió monografías sobre química, botánica, higiene, oftalmología, patología, terapéutica, flora médica, cólera y fiebre amarilla. *El Naturalista* insertó la descripción de una operación llevada a efecto por el cirujano Guillermo Michelena, fundador de la cátedra de obstetricia y medicina operatoria, la cual regentó desde 1852 hasta 1864. Esa publicación levantó una polémica que apasionó los ánimos de médicos y alumnos. Michelena, que era el más brillante cirujano de esa época, practicó una extirpación completa de la parótida, y en torno a cuestiones técnicas, se dividieron los médicos, sin que se le pudiera negar singular capacidad quirúrgica.

El cuadro expuesto demuestra que el desarrollo inicial de las ciencias médicas, naturales y exactas se confundía en una misma proyección humanística y universitaria. Con el correr del tiempo, cada rama científica se irá separando del tronco común hasta constituirse en una disciplina particular. Sin embargo, entre 1862 y 1863, mientras Venezuela se desangraba en la Guerra Federal, el ya nombrado doctor Jerónimo E. Blanco reunió en el colegio que regentaba a un grupo de intelectuales con la finalidad de crear una sociedad científico-literaria, dividida en secciones que abarcaran los principales campos del entendimiento humano. Concurrieron a la reunión inicial: Manuel Porras, catedrático de Patología en la Universidad, director del Hospital Militar durante la Guerra Federal; el apreciado Agustín Aveledo; Manuel Vicente Díaz, químico y naturalista; Teófilo Rodríguez; el ingeniero y naturalista Angel Ribas Baldwin; Rafael Villavicencio, hombre de múltiple saber; Arístides Rojas; Adolfo Ernst. Al parecer, tan sólo se desarrolló satisfactoriamente la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales, cuya presidencia ejerció largo tiempo el sabio Adolfo Ernst, propulsor de las ciencias naturales en nuestro país y cuyo órgano publicitario fue la revista *Vargasia.*

Adolfo Ernst nació en Alemania en 1832 y falleció en Caracas en 1899. Llegó a nuestras costas hacia 1861. Su pasión científica y su humanismo ilustrado se volcaron sobre este país joven que aún desconocían sus propios habitantes. Ernst escribió sobre botánica, geología, mineralogía, ictiología,

metereología, astronomía, hidrografía, arqueología, etnología, folklore. Se refirió a nuestra fauna y a nuestra flora, a los venenos vegetales, a los peces, a las langostas, a los insectos, a las mariposas, a los mamíferos. Se interesó por las lenguas indígenas, por los datos estadísticos, por la prensa, por la bibliografía nacional, por las artes populares. Como Alejandro de Humboldt, trabajó para que los venezolanos conociéramos a Venezuela. Durante la primera administración de Guzmán Blanco, el Septenio (1870-1877), fueron creados en la Universidad el Museo Nacional y la Cátedra de Ciencias Naturales, encomendados a su atinada dirección. Ernst ayudó al florecimiento de toda una promoción de naturalistas, colaborando con ellos o bien instruyendo a jóvenes. Contemporáneos suyos fueron Rafael Villavicencio, Manuel Porras, Arístides Rojas, José María Martel, Marcos A. Rojas, Miguel Tejera; discípulos: Luis Razetti, David Lobo, Lisandro Alvarado, José Gil Fortoul.

La influencia de Ernst y de pensadores venezolanos doblados de catedráticos, como Rafael Villavicencio, no se limitó a la sola divulgación de doctrinas o a la clasificación de métodos, sino que se ejerció en el orden de las ideas y de la concepción del mundo. Ernst propagó la doctrina de la evolución biológica combatida acerbamente por quienes eran partidarios de la fijeza de las especies. Esa polémica trascendía del simple campo metodológico para poner en causa concepciones teológicas. El idealismo y el espiritualismo, alimentados por la fe católica, reaccionaron contra ese evolucionismo librepensador. En cuanto a Rafael Villavicencio, le correspondió divulgar con singulares dones expositivos el pensamiento de Augusto Comte y sus doctrinas positivistas. La gestión de esos catedráticos estará en el origen de la revolución intelectual que, en las dos últimas décadas del siglo XIX y en la primera del siglo XX, orientará las investigaciones históricas y sociales y la literatura de ficción, regidas hasta entonces por las pasiones políticas, el apriorismo y los énfasis románticos.

El florecimiento de las ciencias naturales y la revelación del positivismo coincidieron, contradictoriamente, con el cierre de la Academia Militar de Matemáticas, cuyo último director fue Juan José Aguerrevere, discípulo de Cagigal. Por decreto de 19 de noviembre 1872, Guzmán Blanco dispuso que ese plantel fuese clausurado y pasase a la Universidad. El General Alcántara, en 1877, restableció la Academia, pero Guzmán, en 1879, durante el Quinquenio, la cerró y adscribió definitivamente a la Universidad Central, eliminando así lo que calificó de "nido de godos". De las aulas de la Academia habían salido oficiales de escuela como Olegario Meneses, Lino J. Revenga, de las Casas, que combatieron en las filas del Ejército Constitucionalista, el cual se encaró con Zamora y los federales. Olegario Meneses, después de combatir valientemente en Santa Inés, cayó preso. Lino J. Revenga intervino en muchas campañas y de las Casas fue uno de los más convencidos y efi-

cientes oficiales conservadores. De modo que, hasta cierto punto, se comprende la intención de Guzmán Blanco, al trasladar la Academia a la Universidad. Pretendía liberalizar un plantel frecuentado, durante más de cuarenta años, por los vástagos de la Oligarquía Conservadora y del cual egresó una élite de oficiales que dirigió la guerra contra los liberales amarillos. La derrota del régimen legalista fue la derrota, a corto plazo, de la Academia. Sin embargo, ingenieros de esa institución tildada de "goda", van a trabajar en la remodelación de Caracas para componerla al gusto del Ilustre Americano y colaborarán en sus planes de obras públicas. Según Adolfo Dollero, las actas del Colegio de Ingenieros cesaron con la reunión del 10 de noviembre de 1869, en la que Olegario Meneses y Lino J. Revenga presentaron un alarmante informe hidrográfico sobre la disminución de los caudales de agua en la falda sur del Avila, y se reanudaron el 16 de abril de 1906. En julio de 1891 se formó una Sociedad Venezolana de Ingenieros Civiles. Para ese entonces, la Academia de Cagigal ya era sólo un recuerdo que el transcurrir del tiempo depuraba y restituía a su verdadera significación. Caracas tampoco era la misma. El alumbrado de gas, inaugurado con gran pompa durante el Quinquenio, había sido suplantado por la Electricidad; la estatua del Libertador campeaba en el centro de la Plaza Bolívar; el Calvario atraía a los caraqueños con sus jardines y paseos; el Capitolio y las fachadas góticas de la Universidad Central y de la Academia habían reemplazado los muros desnudos de los conventos coloniales; el Teatro Municipal se levantaba donde antes estaba situado el templo de San Pablo; nuevos puentes cruzaban las quebradas y ponían en comunicación los diferentes barrios de la capital; el Templo Masónico recordaba el anti-clericalismo de Guzmán; el Hospital Vargas, había sido inaugurado por el Presidente de la República, Dr. Raimundo Andueza Palacios, que había substituido al Dr. Juan Pablo Rojas Paúl, autor del decreto mediante el cual se disponía su fundación.

La nómina de personalidades escogidas por Rojas Paúl para integrar la Junta encargada de su organización evoca todo un capítulo de ilustración médica. La componían Calixto González, catedrático de Fisiología en la Universidad; Bernardino Mosquera, uno de nuestros primeros radiólogos; Elías Rodríguez, profesor de Terapéutica; Nicanor Guardia, a cuyo cargo estaban las clases de medicina operatoria y de obstetricia; Guillermo Morales, médico y escritor; Miguel Ruiz, uno de los renovadores en materia ginecológica; Rodulfo Basalo, cirujano acreditado. Los ingenieros a quienes se pidió los planos eran Juan José Aguerrevere, último director de la Academia de Matemáticas, superviviente de la primera promoción, graduado en 1837, y Diego Morales, egresado con el postrer grupo formado por esa entidad, antes de que la absorbiera la Universidad. El Ministro de Obras Públicas, Jesús Muñoz Tébar, él mismo ingeniero, revisó los proyectos. La historia del Hos-

pital Vargas está íntimamente mezclada con la de la Medicina moderna venezolana. Así lo entendió el Dr. Oscar Beaujón, a cuya pluma y a cuyo celo se debe una *Biografía del Hospital Vargas* (1961) que reúne, en sus 1.300 páginas y en sus trescientos y tantos fotograbados, la mayor documentación sobre ese historial. Por los salones del Hospital Vargas pasaron varias generaciones de médicos, desde Luis Razetti, defensor del monismo y de la filosofía natural, fundador de la Academia de Medicina, que en 1904 reemplazó al Colegio de Médicos inaugurado dos años antes, educador, polemista, cruzado del anti-alcoholismo y de la lucha contra la tuberculosis y los males venéreos, y de sus contemporáneos: Pablo Acosta Ortiz, Ramón Parra Picón, Manuel María Ponte, Miguel Seco, todos cirujanos de singular pericia; David Lobo, Tomás Aguerrevere, Miguel Ruiz, ginecólogos sobresalientes; Andrés Herrera Vegas, gran propulsor de la campaña antituberculosa; el inolvidable Francisco Antonio Rísquez, cuya inteligencia, cuya gracia y cuyo frescor nunca lograron apagar los años, autor de un *Tratado de Patología General,* que abrió nuevas perspectivas a esa indagación, y de una *Farmacopea Venezolana,* elaborada en colaboración con Víctor M. Ovalles, de indudable importancia; los piretólogos Manuel Antonio Dagnino, Fonseca, Bernardino Mosquera, Alfredo Machado, Emilio Ochoa, estos dos últimos, precursores de la campaña anti-palúdica; el biólogo Guillermo Delgado Palacios; el brillante Elías Toro, autor de una *Antropología General de Venezuela y Precolombina;* Santos Dominici, formado más bien en la Facultad de París y bacteriólogo sobresaliente; José Gregorio Hernández, apostólico sabio, a quien el pueblo de Venezuela rinde hoy tributo, como ánima propiciadora de bondades y salud, cuya oración anda impresa por las calles de ciudades y de pueblos; Rafael Rangel, poderosa mentalidad dedicada a las ciencias morfológicas, cuyo inesperado y lamentable suicidio consternó a todos los que le conocían y apreciaban, en particular a aquellos que encontraron en sus enseñanzas, orientaciones para sus trabajos, como Guillermo Cook, Rafael González Rincones, Víctor Raúl Soto, Francisco A. Rivas; hasta las nuevas promociones cuyas figuras representativas acuden a nuestra memoria envueltas en el calor del recuerdo o en el valimiento de sus obras; Juan Iturbe, Rafael Pino Pou, Enrique Tejera, Domingo Luciani, Jesús Rafael Rísquez hijo, Diego Carbonell, Juan Bautista Ascanio, Lisandro López Villoria, otorrinolongólogo que impulsó el desarrollo de la Cruz Roja en nuestro país, Perdomo Hurtado, Conde Flores, Plácido Daniel Rodríguez, autor de una *Historia de la Medicina,* David R. Iriarte H., Salvador Córdoba, Toledo Trujillo, Luis M. Cotton y A. A. Nouel, pioneros de la odontología; Víctor M. Ovalles, Noguera Gómez, Luis Gregorio Chacín Itriago, quien llevó a cabo la exaltante tarea de crear la Dirección de Sanidad Pública y de acabar con la fiebre amarilla.

Cuando Juan Vicente Gómez fallece, en diciembre de 1935, las ciencias médicas habían progresado de manera evidente y estaban ya puestas las bases para el desarrollo de la Sanidad Pública. En la Universidad funcionaban Escuelas de Farmacia y Odontología. La Radiología se había generalizado desde los tiempos de Bernardino Mosquera, A. P. Mora, Galo M. Henríquez, Antonio M. Pineda y J. Otilio Mármol. Enrique Tejera dirigía el Laboratorio de la Sanidad, donde Arnoldo Gabaldón, actual Ministro de Sanidad, investigaba parásitos intestinales. Martín Vegas imponía su indiscutible autoridad en dermatología, y sus trabajos gozaban de gran prestigio internacional. Alberto J. Fernández y Gustavo Machado se destacaban por su devoción científica.

El sucesor de Gómez, General Eleazar López Contreras, elevó la antigua Dirección de Sanidad al rango de Ministerio y puso a su cabeza al Dr. Enrique Tejera. Bajo la gestión de éste, inició Arnoldo Gabaldón su vasta y ejemplar cruzada contra la malaria, acabando con ella.

Hemos alcanzado la época actual. Las ciencias médicas se expanden en tres direcciones principales: la investigación, la acción social y sanitaria, el ejercicio profesional y docente. En el campo de la investigación sobresalen figuras tan excepcionales como Félix Pifano, director del Instituto de Medicina Tropical, Marcel Roche, Marcel Granier, el admirable equipo del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas que en las personas del sueco Gunaar Svaetichin, del inglés Richard Fatechand y de los venezolanos Jorge y Gloria de Villegas, Edmundo Valladares y Miguel Laufer, acaba de obtener un reconocimiento excepcional en el Congreso Internacional de Biofísica de Estocolmo, por sus trabajos sobre las células gliales que dirigen las neuronas sede del pensamiento, los recuerdos, el saber, los instintos, vale decir: del alma. La Sanidad Pública, que tuvo su núcleo germinal en la acción iniciada por Luis Gregorio Chacín, quien, según las palabras de Tejera, "con su verdadera preparación en la materia, su dinamismo... levantó, adecentó y enalteció la Sanidad...", plenamente desarrollada después por el propio Enrique Tejera, por hombres como José Ignacio Baldó, Arnoldo Gabaldón, Leopoldo García Maldonado, Pastor Oropeza, alcanza un nivel superior al que tiene en otros países hispanoamericanos e inclusive europeos. Males endémicos como la malaria, la tifoidea, la disentería, la fiebre amarilla, han desaparecido, y en el caso de suscitarse brotes esporádicos, pueden ser dominados sin mayor esfuerzo. La Asistencia Pública, pese a deficiencias que incumben más a las personas encargadas de ejercerla que a las planificaciones del Ministerio respectivo, arroja un saldo favorable por cuanto en casi todo el territorio habitado del país existen consultorios, dispensarios, laboratorios, hospitales, puestos de emergencia. En cuanto al ejercicio profesional y docente, no sería posible para el lego que escribe este trabajo

señalar las figuras más representativas ni calificar en razón de la importancia científica. De modo que atendiendo más bien al prestigio de la hora o a la efusión del afecto personal, cumple con mencionar nombres de personalidades que, según lo cree, impulsan desde las más diversas especialidades el crecimiento armonioso de nuestras ciencias médicas: Alfredo Borjas, Franz Conde Jahn, Félix Lairet, Miguel Pérez Carreño, Hermógenes Rivero, Raúl García Arocha, Jesús Rhode, Gustavo Cotton, Nouel, Rafael Ramón Irazábal, Cervoni, Collado, Rubén Coronil, Oscar Beaujón, Cristóbal Marrero, Otto Paz, Leopoldo López, Rafael José Neri, Enrique Vivas Salas, Pablo Izaguirre, Victorino Márquez, Valencia Parparcén, José Antonio O'Daly, Francisco Banch, Jorge González Celis, Tomás Jiménez Arraiz, Jorge Vera, Criollo Rivas, Luis Manuel Peñalver, Luis A. Velutini, Calvo Lairet, Humberto García Arocha, Manuel Vicente Méndez, Gil Yépez, A. L. Briceño Rossi, G. Briceño Romero, Espíritu Santo Mendoza, Cárdenas Farías, Luciano Carvallo, Landaeta Payares, Angel Bustillos, Blas Bruni Celli, Alberto Silva Alvarez. En razón de lo que significaron en el orden humano y en el ejercicio de la profesión, deben ser recordados algunos médicos fallecidos prematuramente como Elías Toro, Fermín Díaz, Luciani Lairet, Bernardo Guzmán Blanco.

A la anterior enumeración habría que añadir las figuras más representativas de la ciencia psiquiátrica, la cual, en el curso de las últimas tres décadas, cobró importante desarrollo. Sin entrar a discriminar entre psiquiatras, psicoanalistas, especialistas en psicología infantil, nos atrevemos a nombrar a Rafael Vegas, a Raúl Ramos Calles, a Esteban Ibáñez Petersen, a Francisco Herrera Luque, a Abel Sánchez Peláez, a Ricardo Alvarez, a J. J. Mata de Gregorio, a José Luis Vethancourt, a Alberto Mateso González, a Luis Maggi Calcaño, entre muchos otros acreedores al reconocimiento público.

En el proceso descrito ocupan puesto de excelencia profesionales e investigadores nacidos en tierras extranjeras, pero que, por diversas razones, se establecieron en nuestro país y le dieron sus conocimientos y su fervor científico. Entre ellos: Luis Daniel Beauperthuy, Otto Van Stenis, Joaquín Esteva Parra, J. A. O'Daly, Fernando Minguet, E. P. de Bellard, el Profesor Martín Mayer, Jefe del Departamento de Medicina Tropical del Instituto de Medicina Tropical de Hamburgo, que tuvo que huir de las persecuciones nazis y en 1938 llegó a Venezuela, donde permaneció hasta su muerte, acaecida en 1952; el catalán don Augusto Pi Suñer, refugiado de la Guerra de España, fisiólogo de fama mundial que ha formado buen número de científicos de las nuevas generaciones médicas que siguen su magisterio. Sin olvidar a Adolfo Frydensberg, que en 1882 creó una clase de Farmacia junto con Vicente Marcano, "padre de la Farmacia en Venezuela", químico formado en París bajo la enseñanza de Berthelot y de Würtz, e innovador que luchó inútilmente por mantener en la Universidad una cátedra de Quí-

mica Industrial; ni al naturalista y farmacéutico francés P. E. Bourgoin, nacido en el pueblo de Saint Julien, (Dordogne) en 1831 y fallecido en Mérida, en 1913, después de haber cumplido una amplia obra como naturalista, médico y químico en la Universidad de los Andes, hasta el punto de que su desaparición fue honrada con duelo oficial; ni a los discretos ayudantes de la anacrónica cátedra de medicina con la que se inició, en el siglo XVIII, esa enseñanza: el dinamarqués Federico Meyer y el francés Santiago Bonneau. Por lo demás, se debe advertir que las primeras farmacias abiertas en Venezuela pertenecían a extranjeros, entre quienes se mencionan a van Ronsen, a Wells, a Lincke; de modo que en la gestión científica u organizativa de esos hombres nacidos en el exterior está la base de la fecunda expansión actual de la Industria Farmacéutica Venezolana.

En el orden botánico, el suizo Henri Pittier, llegado a Venezuela a principios del siglo XX, lleva a sus conclusiones primeras la laboriosa gestión de clasificar y estudiar las plantas de Venezuela. *Plantas Usuales de Venezuela* (1926), entre otras publicaciones suyas, constituye un libro de cabecera para todo naturalista. Pittier se ocupó de muchos cultivos y escribió sobre el café, el cacao, el banano, el arroz, el algodón, etc. Señaló las virtudes terapéuticas de nuestra flora; denunció la desforestación inconsciente, que tiende a convertir a Venezuela en un desierto, causando la erosión y la disminución de las aguas; formuló importantes observaciones meteorológicas y dirigió, durante un tiempo, el Observatorio de Caracas. Influida directamente por Pittier o bien por la proyección de su obra, creció una nueva generación de naturalistas, en la que se destacan Francisco Tamayo y Tobías Lasser. Más jóven que los nombrados, Federico Pannier Pocaterra se formó en la Universidad de Munich, donde recibió el grado de Doctor en Ciencias Naturales y desempeña actualmente la cátedra de Fisiología Vegetal en la Escuela de Biología de la Universidad Central. Antes de concluir este recuento, hemos de mencionar los nombres de dos ciudadanos oriundos de Francia pero que contribuyeron con su devoción al fomento de las Ciencias Naturales: el preparador Dr. Meyeu Grisol, que trabajó en el Museo Nacional y dejó una obra, *Los Coleópteros en Venezuela,* y René Lichy, dibujante y naturalista. Los Hermanos La Salle, que regentan el Colegio del mismo nombre fundado en 1895, han impulsado el estudio de las Ciencias Naturales mediante la creación de una Sociedad y de un Boletín. En el presente, centraliza parte de la actividad naturalista, el Museo de Ciencias Naturales, fundado después de la muerte de Gómez, el cual, bajo la dirección de Walter Dupouy, a quien substituyó hace diez años José María Cruxent — natural de Cataluña pero sembrado profundamente en Venezuela como Pi Suñer y Pedro Grases —, se ha ampliado, ha aumentado sus secciones y lleva a efecto una labor de divulgación y de investigación basada en métodos modernos.

Nuestra fauna ha sido estudiada por Eduardo Röhl, descendiente de alemanes, profundamente venezolano, que ha dejado, en varios campos científicos, una obra abundante. El Sr. Phelps, de los Estados Unidos, después de haber constituido una fortuna con su trabajo, fundó familia en Venezuela y se dedicó a coleccionar orquídeas y pájaros. Su hijo W. Phelps ha obsequiado al Museo de Ciencias Naturales valiosos epecímenes de animales cazados en Africa y en Venezuela. Los Phelps crearon en 1949 la Fundación que lleva su nombre, dedicada al fomento de las investigaciones científicas. La figura más brillante de las ciencias zoológicas es el Dr. Alonso Gamero, Master of Science de la Universidad de Michigan, decano de la Facultad de Ciencias en la Universidad Central, autor de un texto de *Zoología* y de numerosos trabajos cuya indagación no se detiene en las clasificaciones, sino estudia las formaciones embrionarias, a la luz de la biología.

Las matemáticas puras y otras disciplinas afines, no han tenido en Venezuela sino cultivadores aislados. No sería posible nombrarlos a todos. Sin embargo, destacamos al ingeniero Aurelio Beroes, autor de varios trabajos sobre astronomía y fenómenos naturales y al Dr. Francisco J. Duarte, cuyas actividades comienzan a ser conocidas en 1924, cuando sostuvo una polémica defendiendo las teorías de Einstein y cuya extarodinaria mentalidad matemática lo sitúa en un nivel internacional. Pero la verdad es que, hasta ahora, las matemáticas fueron impartidas en función de la ingeniería civil, la cual ha sido practicada como una simple profesión lucrativa, con escasa ambición científica creadora.

No obstante, ya está en marcha una ampliación de ese concepto reducido ingenieril. El Observatorio Cagigal organiza cursos en el Planetario Humboldt sobre Elementos de Navegación y Astronomía. En Maracaibo funciona una Escuela de Minas y Petróleo; en Ciudad Bolívar acaba de inaugurarse la Escuela de Minas. La Facultad de Ingeniería, en reciente revisión de sus programas, ha efectuado modificaciones que no se refieren tan sólo a las denominaciones de las materias y a los horarios, sino que insiste sobre determinados aspectos tecnológicos. Finalmente, la expansión de las actividades de la Facultad de Arquitectura y de Urbanismo de la Universidad Central, que cuenta con un personal docente, joven y animado de un fervor digno de aplauso, puede evitar que vuelva a suceder en nuestro país lo que le pasó a Caracas, en la hora de su expansión, cuando fue derrumbada y construida sin concepto arquitectónico alguno, sin planificación urbanística, sin regulación que tuviera en cuenta el bienestar colectivo y el sentido ornamental y sanitario, sin zonas verdes, sin nomenclatura, sin paseos ni lugares de esparcimiento. De modo que nuestra capital resulta una ciudad inhóspita, mal concebida para defenderse del clima tropical agobiante, en la que el lujo más vano convive con la falta de higiene menos aceptable, en la que junto

a los rascacielos corre un hilo de agua podrida, como lo que es hoy el Río Guaire; donde faltan por completo rincones para escapar a la fiebre mecánica y al tráfago de las calles.

Los nuevos arquitectos tienen ante sí la tarea de modelar ciudades jóvenes, dentro de un concepto que interprete el *habitat* humano en relación con el clima, la economía, la naturaleza, la necesidad de belleza que alienta en todo ser humano como posibilidad de superación interior. En ese sentido, cabe recordar que Luis Roche, por ejemplo, nunca desligó sus intereses de urbanizador de un respeto por lo ornamental y lo público; que Carlos Raúl Villanueva tuvo aciertos indiscutibles, debiéndose a su empeño la presencia de murales y de esculturas en la Ciudad Universitaria; que Malaussena demostró, en el Hotel Maracay, su conocimiento de la arquitectura paisajista que tanta falta hace en nuestro país; que arquitectos como Fruto Vivas, Gustavo Gutiérrez, Tomás Sanabria, Diego Carbonell, han dejado obras orientadoras en ese propósito de renovar los estilos de la construcción y de abrir espacios arbolados entre las costras de cemento.

De modo que nuevas perspectivas de actividad científica y profesional se precisan, a medida que nuestro país adelanta en esa ruta de crear su propio destino.

VII

## HISTORIA Y BELLAS ARTES

AUNAMOS EN un mismo desarrollo la Historia y la Literatura, por varias razones. La primera, porque la Historia, durante largo tiempo, formó parte de las Bellas Letras. La segunda, porque existen vinculaciones entre métodos positivistas de la ciencia de la Historia y la literatura historicista de nuestra época, que se inicia con el Naturalismo. La tercera, porque la Historia, cuando está mal escrita, pierde parte de su importancia, siendo el estilo condición inherente del discurso histórico, como lo es de la literatura. La cuarta, porque la Historia como la literatura documental tan en boga, después de la reacción positivista, tienen por objeto la vida social, el acontecer y el suceder humanos.

Así lo han entendido los historiadores científicos de nuestro país. Vayan estos ejemplos. En 1924, José Gil Fortoul — a cuyo talento se debe la primera tentativa de revisión científica de nuestros estudios históricos — acogió a Manuel Díaz Rodríguez, en el recinto de la Academia, con estas palabras: "Viene usted a los trabajos de la Academia de la Historia bien preparado por su labor literaria. En trabajos históricos y en labor de letras requiérense condiciones semejantes: entre otras, observación, documentación, estilo. Especializado usted en la novela, sobre todo en su mocedad, aguzó el sentido de observación, como precisamente lo necesita el historiador, por donde éste y el novelista resultan empleando el mismo método científico". Gil Fortoul reiteró muchas veces, a lo largo de su obra, esta apreciación, la cual no debe ser entendida como un propósito de desvirtuar el contenido histórico en aras de la belleza estilística, sino por lo contrario, de acompañar el método científico con la galanura del estilo. Treinta y seis años más tarde, en 1960, Germán Carrera Damas, joven historiador formado en México y actual catedrático del Seminario de Historia de la Historiografía Venezolana en la Escuela de Historia de la Universidad Central, asienta en un trabajo sobre el Discurso Histórico lo siguiente: "Reivindicar para la enseñanza de las humanidades, y de la Historia en nuestro caso, el cultivo del rigor metodológico y la adecuada expresión formal, es tarea ingrata, pero necesaria" ..."El objeto es claro: una investigación histórica bien orientada unida a una expresión

correcta". El texto que comento analiza sucintamente, por lo demás, "el problema de cómo se ha de escribir la historia, atendiendo a lo formal y estilístico" y "las delicadas cuestiones del conocimiento histórico y sus posibilidades".

Por lo tanto, al estudiar el proceso historiográfico y literario venezolanos, para señalar lo andado desde 1811 hasta nuestros días, lo haremos entretejiendo lo que pertenece a las Bellas Letras con lo que corresponde a las ciencias de la Historia.

## *Antes de 1811*

LOS PRIMEROS autores que escribieron sobre Venezuela fueron los cronistas, todos ellos nacidos y fallecidos fuera de nuestro territorio: Juan de Castellanos, Fray Pedro de Aguado, Fray Pedro Simón. Isaac Pardo, en 1961, publicó un trabajo exhaustivo sobre Juan de Castellanos (1522-1607), versificador de la Conquista que estuvo en Margarita, Coro, Costa de Paria. Los 150.000 versos de *Elegías de Varones Ilustres de Indias,* pese a los contados hallazgos poéticos que pueden ser entresacados de esa relación, no bastan para convencer de que su autor sea poeta. En cambio, José de Oviedo y Baños, con la primera parte, única conocida, de su *Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela* (1723), la cual ocupa un volumen breve, puede ser mencionado como el primer escritor venezolano, no sólo por el hecho de haberse domiciliado en Caracas desde los 14 años — nació en Bogotá, en 1671 —, hasta su fallecimiento, acaecido cuando contaba 77 años, en 1738, sino por las galas de su escritura que escapó a los excesos del barroco y del culteranismo, tan en boga en su época, sin por eso despojarse de lujo y de belleza. Su estilo es clásico, realista y al mismo tiempo lírico. Un aire de canción de gesta, de poema heroico, le confiere valimientos literarios específicos. Acaso esas virtudes se deban a que Oviedo y Baños compuso su obra, como se ha dicho, con base de un poema épico perdido y escrito, según se supone, por un soldado llamado Ulloa a quien el Cabildo, en 1593, contrató esa producción. En cuanto a Teatro y Poesía, ningún autor dejó el recuerdo de su nombre ni ningún poeta ilustre agitó con sus composiciones el ambiente sosegado de la vida colonial venezolana, pese a que se tienen noticias de que era costumbre, desde el siglo XVI, representar autos, comedias, loas, con música y bailes, en ocasiones solemnes o durante fiestas como la del Corpus. Hacia 1766 se representó en Caracas el *Auto a Nuestra Señora del Rosario,* escrito por un natural de la villa capitalina. Intervenían divinidades cristianas y mitológicas, además de la Culpa, Caracas, la Justicia, la Música y hasta un personaje popular llamado el Loco Ropasanta. El primer teatro venezolano estuvo situado de Conde a Carmelitas

e inició sus representaciones en 1784, las cuales, anteriormente, se improvisaban en la Plaza Mayor. Francisco Depons asistió a algunas representaciones en ese coliseo, y por lo que dejó escrito, carecían de toda virtud artística. Malos los actores, semejantes a niños de colegio que repiten la lección, mediocres los asuntos, desastrado el local.

Sin embargo, se impone rastrear esas huellas de la actividad teatral en la Colonia, pues ellas deben conducir a expresiones de cultura popular no exentas de vigor, pasando por las formas y géneros del teatro tradicional español. Buen ejemplo del modo arbitrario como se historiaba en Venezuela, antes de la saludable reacción positivista, es el trabajo sobre Teatro Nacional publicado por Eugenio Méndez y Mendoza, en el Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes, ofrenda al Gran Mariscal de Ayacucho, impreso en Caracas, Tipografía El Cojo, en 1895. Méndez y Mendoza omite por completo mencionar autos, autillos, loas, comedias, mojigangas, mascaradas, etc., que llenan los anales de la vida pública colonial, y deja entender que si no hubo teatro venezolano o simplemente cultivo teatral, ello se debió a que: "La situación de Venezuela bajo el régimen colonial de España, antes que propicia era de todo en todo contraria a la propagación de las luces...". Si bien la colonia venezolana no dio un Calderón de la Barca ni, siquiera un Lope de Rueda, resulta improcedente borrar con una negación de evidente inspiración patriotera, las formas tradicionales teatrales existentes y practicadas por la colectividad venezolana. Por lo demás, más cerca del sentir nacional están aquellas expresiones tradicionales de teatro popular, medio folklórico y medio religioso, que las obras de capa y espada o de psicologismo ficticio que, durante el siglo XIX, llenarán de gritos, aspavientos, disparos y gemidos, el Coliseo de la esquina de Sanavria, el local de Veroes a Jesuitas y el Teatro Caracas.

En vísperas de la Independencia, en 1802, Andrés Bello, que contaba 21 años, compuso una pieza dramática, de circunstancias, para celebrar la primera vacunación efectuada en Venezuela. La obra se titulaba: *Venezuela Consolada.* Se trataba, probablemente, de un cuadro vivo. En la misma función se dio lectura a la *Oda a la Vacuna,* del mismo autor. En 1808, las primeras derrotas infligidas a las fuerzas napoleónicas de invasión, dieron lugar a la representación de *España Restaurada.* Más tarde, con motivo de la victoria de Bailén, Andrés Bello compuso su conocido soneto heroico:

> *"Rompe el león, soberbio, la cadena*
> *con que atarle pensó la felonía..."*

Cabe suponer que en el salón de los Ustáriz, frecuentado por la inteli-

gencia venezolana de entonces, se hubo de representar piezas escogidas. Quizás Vicente Salias, Andrés Bello o Domingo Navas Spínola, amante del arte escénico este último como lo demostraron su traducción ulterior de *Ifigenia en Aulide* de Racine y su tragedia en cinco actos *Virginia,* compusieron algunos juguetes teatrales para esas reuniones de esparcimiento elevado que recataban, antes del estruendo de la Guerra en ciernes, la ilustración de la aristocracia intelectual caraqueña y un estilo de vida que, en esos deleites del espíritu, daba sus mejores frutos.

*1810-1830*

BOLIVAR, en 1823, escribía a un corresponsal suyo: "La revolución es un elemento que no se puede manejar. Es más indócil que el viento". Lo sabía por experiencia, como actor principalísimo en la proclamación de la Independencia y en las guerras sucesivas, desencadenadas por aquélla. En efecto, la Independencia tuvo consecuencias que nunca previeron sus autores. La primera de ellas fue el alzamiento de vastos sectores populares contra la República. Los distinguidos próceres que constituyeron la Junta Suprema Conservadora de los Derechos de Fernando VII para destituir a don Vicente de Emparan, Gobernador español, y luego declararon la Independencia de la "Confederación Americana de Venezuela en el Continente Meridional", para desligarse de la Corona, primero y segundo acto de una tragedia que haría correr mucha sangre, fueron devorados casi todos por la Revolución que propugnaron. Se abrió la caja de Pandora, figuración en este caso de la Independencia. El símil resulta aún más perfecto si recordamos las desoladas palabras del mismo Bolívar en su Mensaje al último Congreso de Colombia, en 1830: "...Me ruborizo al decirlo; la independencia es el único bien que hemos adquirido, a costa de los demás". Mientras todos los males se esparcían por Colombia y Venezuela, sólo quedaba, como la Esperanza, en la fatídica caja abierta del mito griego, la Independencia lograda a un costo tan alto.

Esa Revolución, esa guerra civil sangrienta, fueron parto del que nació Venezuela. Y los sobrevivientes de aquella terrible conmoción social, tuvieron el raro privilegio de hacer la Historia y de poder contarla después. Como José Félix Blanco, Francisco Javier Yánes, José de Austria, José Antonio Páez, José Domingo Díaz, Daniel Florencio O'Leary.

La narración de las guerras de Independencia constituirá el tema fundamental de la naciente Historia Patria. Desde ese centro de conciencia histórica se desprenderán, en exploraciones cada vez más prolongadas, el estudio del pasado precolombino, del presente bullicioso, y de los procesos políticos, sociales, económicos, jurídicos. El tema de la Colonia que, al principio, mere-

ció escasa atención, en parte por razones políticas de patriotismo reciente y sectario, en parte porque requería la investigación exhaustiva de los Archivos y la revisión de la obra de los cronistas, plagada, como dice Gil Fortoul, "de falsas descripciones, hechas frecuentemente de oídas, juicios contradictorios y estrambóticas fantasías respecto del origen, estado social y aún aspecto físico de la raza indígena", despertará con el correr del tiempo un interés creciente, hasta dar lugar a un movimiento intelectual de reivindicación hispanófilo, sobre el que se hablará ulteriormente.

Por lo pronto, Venezuela, a través de sus primeros historiadores republicanos, se ve nacer a sí misma. Tres tipos de obras relacionadas con esos acontecimientos trascendentales producirá la inteligencia histórica: las compilaciones, las narraciones y los tratados de carácter expositivo, adoctrinador o interpretativo. En la primera sección se cuentan tres recopilaciones fundamentales: las dos colecciones de *Documentos para la vida pública de Bolívar* recogidas, la primera por Francisco Javier Yanes y Cristóbal Mendoza (22 volúmenes), publicada entre 1826 y 1833, y la segunda por José Félix Blanco y Ramón Azpurúa (14 volúmenes), aparecida entre 1875 y 1877, y las *Memorias* del General O'Leary, edecán del Libertador, fallecido en 1854, que vieron la luz entre 1879 y 1888. Pedro Grases, en su *Bibliografía de la Independencia,* añade la que recogió Valentín Espinal, en *El Observador Caraqueño,* que circuló de enero de 1824 a marzo de 1825. Las narraciones comprenden varias obras que tienen más valor como testimonios que como crítica y discursos históricos, debiéndose exceptuar, sin embargo, el *Compendio de Historia de Venezuela* (1840) por Francisco Javier Yanes, el cual, pese a lo deficiente de la parte referente a la Colonia, constituye, según Gil Fortoul: "obra notable sobre todo por el criterio sensato y perspicaz que la inspira". La *Autobiografía* de Páez, escrita por este último para corregir la imagen de su gloria, empañada por Felipe Larrazábal, ofrece vividas páginas sobre las costumbres llaneras, el personaje que se autobiografía y las campañas legendarias. El *Bosquejo histórico* de José de Austria instruye acerca de hechos anecdóticos bastante útiles.

Sin embargo, serán los tratados los que, desde un punto de vista interpretativo, darán mejor la medida de las capacidades y sensibilidades individuales y del estilo de los hombres. Ningún escritor de las promociones que intervinieron en el proceso de la Independencia tiene tanta singularidad como Simón Rodríguez (1771-1854). Su estilo y su pensamiento rompen con todos los moldes tradicionales. Estamos ante un creador acaso desordenado y temperamental, pero fundamentalmente original. Su escritura, su sintaxis, la distribución de las frases, la puntuación, la tipografía, los períodos, el modo de componer, de asociar y relacionar las ideas, éstas mismas, los vuelos orto-

lógicos, lingüísticos, las fulgurantes definiciones, los trozos en que imita el habla popular, precursores de todo un estilo literario, el discurso en primera persona o formulado como desde el interior del lector, crean de manera irrefutable, un lenguaje propio, intransferible. Si a ese don de estilo y de pensamiento originales se añade la vocación pedagógica y la biografía desconcertante, hemos de reconocer que Simón Rodríguez, como dice Picón Salas: "Es una personalidad que aún hoy reserva — para quien se dedicda a investigarlo — los más ricos y alucinantes enigmas". De modo que el conocimiento de los rasgos biográficos y de la obra de Simón Rodríguez, resultan indispensables cuando se intenta reconstruir el proceso del pensamietno republicano nacional. En ese sentido debemos agradecerle a Pedro Grases, como en tantas otras circunstancias semejantes, la compilación y estudio de los *Escritos* de Simón Rodríguez, efectuados bajo los auspicios de la Sociedad Bolivariana de Venezuela con motivo de cumplirse el centenario de su muerte y publicados en tres tomos, en 1954 y 1958. Esos volúmenes comprenden las distintas ediciones de *Sociedades Americanas, Luces y Virtudes Sociales,* así como varios otros textos entre los cuales ocupan puesto principal: *Reflexiones sobre los defectos que vician la Escuela de Primeras Letras...,* *Crítica de las Providencias del Gobierno, Extracto de la Educación Republicana, Consejos de Amigo dados al Colegio de Latacunga y Defensa de Bolívar.*

Fue también Pedro Grases quien compiló y analizó las obras de Juan Germán Roscio, publicadas en tres tomos, en 1953, por la Secretaría General de la Décima Conferencia Interamericana. Roscio escribió uno de los libros que más influyeron en el sentimiento de emancipación de los hispanoamericanos: *El Triunfo de la Libertad sobre el Despotismo,* publicado en Filadelfia, en 1817. Varias ediciones tuvo esa obra que contribuyó con la de Benjamín Constant "a formar el espíritu liberal" de Benito Juárez. Picón Salas califica de "pesada prosa — sin arte — "la de Juan Germán Roscio, lo cual había ya dicho Gil Fortoul. Sin duda alguna, el estilo de Roscio no presenta novedad alguna. Sin embargo, nos parece noble y claro, bastante diferente de la prosa farragosa y confusa imperante en la enseñanza escolástica. Pero lo importante, en este caso, no estriba tanto en la novedad de la escritura como en el propósito del autor de socavar las bases mismas del sistema feudal y de la monarquía absolutista, la cual descansaba sobre un presunto derecho natural y divino contenido implícita cuando no explícitamente, en las Sagradas Escrituras. Roscio era un creyente fervoroso, y a la vez, un republicano convencido. Creía en Jesucristo, pero también en la igualdad entre los hombres. Desgarrado entre sus convicciones políticas y filosóficas y el catolicismo auspiciador de la monarquía absolutista y la desigualdad social, se fue a las fuentes de la Biblia misma para beber en ellas la

verdad. Y descubrió que en ninguna parte de esos textos sagrados se aconsejaba obedecer al Rey como a Dios ni se defendían los privilegios feudales que la monarquía absoluta aseguraba de manera implacable. Este problema, que ahora nos parece un tanto elemental, preocupó hondamente a las inteligencias católicas, pues tan sólo mediante una revisión integral de la doctrina y de las Escrituras y una nueva interpretación dialéctica, era como se podían conciliar la fe católica, apostólica y romana y los postulados de la Razón, igualitarios y anti-monárquicos.

Roscio se situaba *dentro* de la fe para enjuiciar el despotismo y defender las libertades republicanas. De allí el que sus razonamientos, su análisis, sus demostraciones golpearan mucho más el despotismo monacal y absolutista que las diatribas jacobinas. *El Triunfo de la Libertad sobre el Despotismo* es la obra de su propia vida. Acierta Mijares cuando asegura en el prólogo a la edición citada: "Es, más que una producción intelectual en el sentido limitado de esta palabra, una nutrida y cuidadosa síntesis de principios morales y políticos que Roscio comenzó por elaborar para sí mismo, para obtener orientación en su vida, y que luego ofrece a sus compatriotas de América persuadido de que ellos confrontan o han confrontado la misma crisis espiritual que fue núcleo palpitante de aquella larga gestación". Crítica y testamento, eso fue el libro de Roscio, quien falleció cuatro años después de su publicación, a los 58 años de edad, pues había nacido en San Francisco de Tiznados el 27 de mayo de 1763. Toda la entereza y lucidez de este gran ciudadano y profundo pensador está en el conocido texto con el que, en 1818, encabeza sus disposiciones finales, cuando padecía una grave dolencia que podía conducirle a la muerte: "Primeramente declaro y confieso que profeso la religión Santa de Jesucristo, y como más conforme a ella, profeso y deseo morir bajo el sistema de gobierno republicano, y protetso contra el tiránico y despótico gobierno de monarquía absoluta, como el de España". Aunque el pensamiento contemporáneo no pueda interesarse realmente en la larga disquisición de Roscio — Prólogo, Introducción, Apéndice y 51 capítulos de comentarios a las Escrituras —, pues en la actualidad no se plantea en ningún país occidental — salvo en la España de Franco, "Caudillo por la Gracia de Dios" — el problema del derecho divino a gobernar, quedan para alentar estudios en torno de este brillante representante del humanismo republicano: su acción pública, sus proyectos jurídicos, sus cartas, algunos textos polémicos y el ejemplo de seriedad y rectitud intelectuales y morales con que encaró y resolvió la crisis espiritual de su vida, el drama íntimo de sentirse compartido entre su fe religiosa y sus convicciones políticas.

Uno de los tratados producidos en ese momento histórico al cual concedemos significación esclarecedora es el *Manual Político del Venezolano*

(1824) por Francisco Javier Yanes (1777-1842), pues encierra la doctrina del Gobierno Representativo y fija conceptos en torno a temas de filosofía política que aún dan lugar a discusiones: Federalismo, Libertad, Igualdad, Propiedad, Seguridad, Derecho de Gente. Yanes puede ser calibrado hoy como una de las mentes más equilibradas de aquel agitado período. Sus máximas inspiraron a los juristas y dirigentes de esa época y conceptos suyos como los que siguen, fueron expresados por el mismo Bolívar: "...el mejor de los gobiernos es aquel que fuere más a propósito para producir la mayor suma de bienes y felicidad: que estuviere más a cubierto del peligro de una mala administración y menos expuesto a la tiranía y arbitrariedad de los encargados del ejercicio del poder". El pensamiento de Yanes no es original como el de Simón Rodríguez ni su libro nace de una necesidad espiritual profunda, como le sucedió a Juan Germán Roscio. Se trata de una obra doctrinaria, abstracta y didáctica, impersonal y redactada "en frío", para usos concretos. El autor compagina y resume, en síntesis ponderada, las opiniones de los más calificados representantes del pensamiento político, jurídico, económico, de su época. Su cultura se manifiesta sustanciosa y reflexivo su discurrir. Le asisten Montesquieu y Rousseau, Hobbes y Locke, Constant y Vattel, Hamilton y Madison, Destutt de Tracy y Jeremías Bentham, Raynal y Beccaria, Say y Grocio. Pero Yanes no es un simple repetidor de nociones ajenas. En su trabajo hay una voluntad de organizar el conjunto de conocimientos que posee con miras a fijar conceptos, a instruir inteligencias, a promover revisiones, a precisar doctrinas. Se muestra partidario del gobierno representativo, electivo, colectivo, alternativo y responsable, a la manera del que impera en los Estados Unidos "en donde existe la democracia sin desorden, la aristocracia sin privilegios, y el poder ejecutivo sin tiranía"; entiende la libertad como un sometimiento voluntario al imperio de las leyes elaboradas en común; acepta la igualdad ante la ley y combate los privilegios, pero sometiéndola a la seguridad social; reconoce el derecho a la propiedad como fundamento mismo de la vida social y la libre empresa, pero advierte que el estanco de las riquezas en pocas manos origina desigualdades contraproducentes, y defiende las garantías individuales. En ningún momento oculta la franca admiración que siente por la democracia norteamericana y el liberalismo inglés, por lo cual se le puede reputar como un típico representante del pensamiento liberal, republicano y fisiocrático, que tendrá su expresión política en los gobiernos de Páez y sobre todo en el de Soublette, pero cuya doctrina impregna aún la vida venezolana.

Las citadas obras, mejor que las compilaciones y las narraciones, precisan las ideas matrices de aquella época y definen a los hombres. Gracias a ellas podemos comparar actitudes y situaciones, evoluciones del pensamiento, fundamentos filosóficos y concepciones históricas, y también podemos

comparar el acervo actual de nuestro pensamiento con el de aquellos actores y valorar las ideas en el tiempo.

Muchos humanistas y brillantes publicistas de la Independencia dieron todas sus energías a la acción pública, al cargo ejercido con noble sentido de responsabilidad, a la función política dirigente, y murieron sin haber concretado en un libro sus ideas y sus luchas. Nos referimos, no a los hombres puramente de acción — militares, administradores y funcionarios vocacionales, oradores, activistas de todo género — sino a quienes por su ilustración y compostura, llevaban entrañada la necesidad de escribir alguna obra, como Miguel José Sanz, — cuya vida y pasión republicana contó, en nuestros días, con admirable intuición y bien documentado conocimiento Juan Saturno Canelón, desparecido prematuramente —; a Vicente Salias, a Cristóbal Mendoza, a Francisco Isnardi, quizás a José Rafael Revenga, acaso a Fernando Peñalver. En algunos casos, la muerte destruyó toda posibilidad de encuentro con la obra escrita, singularizada. Pero en otros, los actores fueron devorados por la acción pública, por la Revolución que pusieron en marcha, y sembraron sus ideas en leyes, ordenanzas, decretos, notas diplomáticas, editoriales, informes, las más de las veces anónimos, o en correspondencias apresuradas y discursos nunca transcritos. Sin embargo, esa acción resulta singularmente poderosa, pues esa multiplicación de los esfuerzos anónimos representa, mejor que nada, la obra de un pueblo, la voluntad colectiva en estado de creación.

Gil Fortoul que, como ya lo dijimos, fue el iniciador de la crítica histórica en nuestro país, se mostró muy duro, en lo que se refiere al estilo, para con los narradores, publicistas y tratadistas del período estudiado. Señala que, pese al sentimiento anti-hispánico imperante, las letras no lograron desligarse de la tradición clásica. Tan sólo algunos tribunos jóvenes renovaron la oratoria, a imitación de la que empleaban los franceses en sus Clubs revolucionarios de 1792. Concluye diciendo: "Roscio, que redacta los documentos oficiales más importantes, habla y escribe como un simple leguleyo de la vieja escuela. Abogados como él, Yanes, Paúl, Antonio Nicolás Briceño, Sanz, tienen un estilo no menos pesado y frío. Peña, hábil retórico, no será grande orador sino en días de la Gran Colombia. Miranda, a pesar de su cosmopolitismo, se vale también del más adocenado lenguaje. Palacio Fajardo, erudito y poliglota, es de los pocos que muestran ironía y desenfado".

### *Nace la Literatura*

SIN EMBARGO, la primera obra venezolana de pura invención literaria, impregnada del sentimiento de lo nativo, nacerá al rescoldo de un clasicismo vetusto, cuando no horaciano y virgiliano. Nos referimos a la famosa

*Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida* escrita por Andrés Bello en Londres y publicada en 1826, en la primera entrega de *Repertorio Americano,* como una contribución lírica para alentar los sentimientos de paz de sus compatriotas y el amor hacia la tierra, la flora tropical y las labores agrarias.

*"...cerrad, cerrad las hondas*
*heridas de la guerra..."*

*"la libertad más dulce que el imperio,*
*y más hermosa que el laurel la oliva".*

*"Ciudadano el soldado,*
*deponga de la guerra la librea...".*

*"Honrad el campo, honrad la simple vida*
*del labrador y su frugal llaneza.*
*Así tendrán en vos perpetuamente*
*la libertad morada,*
*y freno la ambición, y la ley templo".*

Descontando lo que tiene este poema de romanticismo rouseauniano, de simplismo fisiócrata, de sutil retórica, no se puede negar el profundo y constante influjo que ejerció — y que ejerce aún por impregnación colectiva — sobre la poesía misma, las letras en general y el anhelo de interpretar la patria, de cantar su flora, su geografía, sus habitantes de tierra adentro. El labrador surge de la floresta descrita como símbolo de naciente venezolanidad pacífica. La invitación a honrar el campo puede ser comprendida de una manera literal, como consejo para desarrollar la agricultura, o bien como sugerencia lírica de tomar conciencia del paisaje y de la naturaleza que nos pertenece. En cualquier caso, la resonancia de la *Silva* llenó el ámbito de la cultura venezolana. El movimiento nativista puede ser juzgado como una respuesta a ese poema y a la invitación formulada en él, sobre todo si aceptamos el hecho de que la ciudad y la vida urbana, en el primer siglo de Independencia, no expresaban a cabalidad lo ingente nacional, lo telúrico profundo. Los autores se complacieron en describir los grandes escenarios naturales — el llano, la selva, la montaña, la costa — y las luchas de los hombres que allí fundaban su existencia. Esa toma de conciencia nativista produce las primeras obras con acento y carácter nacionales. A veces les faltó calidad estética, aunque les sobrara intención social; en otros casos supieron unir el arte de escribir o la inspiración poética con el propósito criollista. El tema del regreso al campo y del repudio a la ciudad disociadora,

caro a Andrés Bello, se advertirá en poemas como la *Silva Criolla* de Lazo Martí, y en novelas como *Peonía* de Romerogarcía, *Reinaldo Solar* y *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos.

### *Periodismo Republicano*

DURANTE el lapso que estamos estudiando, sobre todo en medio de la euforia que precedió y siguió a la proclamación de la Independencia, vieron la luz publicaciones que inauguran de manera brillante la historia del periodismo en Venezuela: *Semanario de Caracas, Mercurio Venezolano, El Publicista de Venezuela, El Patriota de Venezuela,* que, en Caracas, se sumaron a *Gaceta de Caracas,* aparecida en 1808 y sin rival hasta entonces. En 1818, en Angostura, Bolívar fundó el *Correo del Orinoco*. Recientes investigaciones le permitieron a Humberto Cuenca descubrir en la hemeroteca de la Coleción Dolge de la Biblioteca Nacional, los ejemplares del primer periódico del Zulia: *El Correo Nacional.* Bajo el patrocinio de la Junta Cultural de la Universidad del Zulia, formada por los Dres. Darío Parra, Pedro Guzmán hijo, Angel Francisco Brice, Carlos Montiel Molero, Héctor y Humberto Cuenca, se editó en 1957, por cortesía del Banco de Venezuela, la reproducción facsimilar de esa publicación, aparecida el 14 de mayo de 1821 y extinta el 10 de noviembre de ese mismo año, en razón de la toma de la ciudad de Maracaibo por las tropas de Morales. *Semanario de Caracas,* redactado por Miguel José Sanz (1765-1814) y por José Domingo Díaz, ha sido calificado de primer órgano de prensa independiente publicado en nuestro país. A esa característica suficiente es menester añadir la de que en sus páginas se encuentra lo más importante y personal escrito por Sanz sobre funciones de gobierno y doctrina política.

### *Teatro Republicano*

TIEMPOS de inspiración patriótica y agitación ciudadana fueron aquéllos que siguieron a la proclamación de la Independencia. Para demostrar cuán anclada estaba en la población de Caracas la costumbre de asistir con frecuencia a funciones teatrales, bastaría recorrer la *Gazeta de Caracas* entre el martes 3 de diciembre de 1811 y el viernes 7 de febrero de 1812, un mes antes del alzamiento de Monteverde y cinco antes de la capitulación, tan discutible, de Miranda. En la entrega Nº 61 se lee lo siguiente: "APERTURA DEL TEATRO: Habiendo S. A. el Supremo poder Executivo dispuesto que pueda abrirse el coliseo y principiarse las funciones, se convida al público para que el domingo ocho del presente, día de la concepción, si el tiempo lo permite con una famosa Comedia en Tres Actos, titulada *Morir por la*

*Patria es Gloria;* . Acabado el primer Acto se cantará la primorosa tonadilla a solo, *La Viuda de seis maridos.* Después del segundo se cantará a trío, *La Opereta* o el *Contrato Matrimonial.* Luego una buena *Canción Patriótica Nueva,* y si no fuera tarde se daría un gracioso *Sainete".* La función se anuncia para las siete y media.

Después de esa inauguración de la temporada interrumpida, sin duda, por los acontecimientos políticos, celebráronse funciones los domingos 15 de diciembre, 10 y 19 de enero, viernes 24 de enero, domingo 2, jueves 6, sábado 8 y domingo 9 de febrero. Las obras de teatro presentadas — porque a veces se trataba de recitales filarmónicos como el que dio Madame Tapray y una compañía de óperas y de operetas — se titulaban: *La Mayor Constancia de Muzio Scebola,* "héroe romano que se deja quemar una mano con la mayor seriedad a la vista del enemigo y por este rasgo de valor consigue dar libertad a su patria", *El Bruto de Babilonia,* comedia en tres actos escrita, al parecer, por el tramoyista y decorador de la obra, "José Seixas, de nación portuguesa". No faltaron tonadillas y canciones patrióticas, estas últimas, probablemente, obras de Lino Gallardo o de algunos de los Landaeta que formaban parte de la orquesta. Se debe notar la intención de propaganda que tienen las piezas escogidas o escritas especialmente para esa oportunidad. Pedro Grases, en 1956, publicó un estudio sobre Domingo Navas Spínola y precisó que el 15 de julio de 1824 se estrenó la tragedia en cinco actos escrita por ese autor y editor, *Virginia,* cuyo prólogo, por cierto, acepta la máxima volteriana de que sólo se le debe decir a la Historia lo que es digno de ella:

*Cuenta la historia cosas que merecen*
*Ser conocidas sólo con objeto*
*De dar lecciones sabias a los vivos*
*Repasando los hechos de los muertos.*

Con este concepto que Baralt respetará y que el positivismo rechazará de manera rotunda, se va a escribir la Historia durante el siglo XIX; pero con la noción ejemplarizante apuntada se mezclará la pasión política y partidista, hasta el punto de desvirtuar no solamente la noción moral que se quería exaltar, sino el sentido mismo de la ciencia que se pretendía cultivar.

## *Romanticismo y Neoclasicismo*

EL PENSAMIENTO literario, político e histórico de Venezuela se ha debatido siempre entre la falta de originalidad de sus medios expresivos y la ambición de expresar la originalidad o peculiaridad de su existencia social,

geográfica, humana. Por lo tanto, lo nacional ingente no produjo un estilo adecuado en ninguna de las ramas de las Bellas Letras o del Gobierno. De allí la inclinación y la sumisión a modelos estéticos extranjeros y a modos de pensar foráneos. En lo que a Letras se refiere, esa propensión a copiar, a repetir, a parafrasear, a buscar la inspiración en los libros y no en la experiencia interior, hizo de poetas, novelistas, narradores, historiadores, meros simuladores y copistas, en el peor de los casos, y, en el mejor, autores más o menos dotados, pero carentes de autenticidad.

Entre 1860 y 1866 mueren cuatro grandes figuras de las letras venezolanas: Andrés Bello (1781-1865), el clásico que presagia el romanticismo, el polígrafo humanista; Fermín Toro (1807-1865), el hombre público que se acerca a las Letras sin gran éxito, pero que siembra su pensamiento esclarecedor en artículos, discursos, epistolarios, actuaciones políticas; Rafael María Baralt (1810-1860), el estilista, el literato, que desechando las efusiones del romanticismo, busca la tierra firme de una escritura tan castiza como antiespañol pudo ser su juicio de historiador; Juan Vicente González (1810-1866), el romántico, el apasionado, inteligencia impetuosa pero confusa y contradictoria, acabada expresión anímica de la falta de mesura venezolana, de la violencia, de la improvisación, del autodidactismo, de la política entendida como un fanatismo religioso, del sueño de grandeza nunca cumplido y de la generosidad siempre corta.

Bello y Baralt vivieron casi siempre en el exterior, Toro y González en Venezuela. Bello y Baralt escaparon a la pasión política de los partidos; Toro y González fueron combatientes, pero en tanto que Toro rescató su intimidad y pasó a través de las diatribas, invulnerado, respetado, Juan Vicente González se hundió en el fango de la injuria, dio golpes sucios y los recibió también.

Bello, como ya se dijo, funda el sentimiento nativista con la *Silva a la Zona Tórrida,* exalta el agro y condena las contiendas civiles. Toro escribe poemas de poca inspiración, aunque de conceptos hermosos, esboza algunos temas sociológicos en sus intervenciones públicas, expone corrientes filosóficas y políticas en sus artículos, emite juicios históricos certeros y tiene el mérito de haber escrito las primeras novelas en Venezuela: *Los Mártires* (1842), que aboga por la suerte de los desheredados en una sociedad tan inhumana como la londinense de esa época, *La Viuda de Corinto* (1837), y *La Sibila de los Andes.* Estas obras no han pasado a la posteridad, pues adolecen del defecto ya apuntado de estar escritas "desde afuera", con miras a modelos ajenos. Toro vacila entre el folletín y el romanticismo lacrimoso. Su intento no tiene sino un valor histórico.

Baralt es el autor de *Resumen de la Historia Antigua y Moderna de Venezuela,* obra a la que se otorgó virtud fundamental durante todo el pe-

ríodo romántico y neoclásico, pero que el positivismo enjuició muy severamente. Gil Fortoul no tuvo empacho en escribir lo siguiente: "Amaneradamente compasado, deliberadamente arcaico, inflexiblemente apegado al solo molde antiguo (como si ya estuviese rumiando los intransigentes e impracticables preceptos de su "Diccionario de Galicismos"), Baralt resulta en su tiempo un historiador, a semejanza de su estilo, arcaico. ¡Cuán diferente de sus grandes émulos en la prosa venezolana!" Y a continuación elogia el estilo de Juan Vicente González y de Fermín Toro. Lapidariamente concluye diciendo que Baralt "es el fraseólogo del pasado". El juicio de Picón Salas tampoco es favorable a Baralt: "Leyéndole, siguiéndole el ritmo siempre uniforme de su prosa, en el sereno eslabonamiento de los períodos, llega el lector de hoy a añorar aquel desorden y hasta aquellas disgresiones de que a veces se reviste la prosa de otros escritores americanos de su tiempo, más incorrectos, pero infinitamente más vitales. Venezuela se descolora en un como paisaje convencional y neoclásico". Como poeta, Baralt incurre en el mismo defecto. Aunque excelente versificador, su inspiración no logra conmover. En referencia no ya con su estilo sino con el contenido de su Historia, Gil Fortoul no es menos tajante y declara en *Páginas de Ayer:* "Baralt ha adquirido entre nosotros una autoridad extraordinaria, y entiendo que es indispensable reaccionar contra ella. La riqueza de su estilo no basta para ocultar la pobreza de su criterio". En *Historia Constitucional* recuerda que Baralt tenía 31 años cuando publicó su Historia y que "viviendo en Madrid, hubiera podido completar su documentación explotando la inagotable mina de los archivos españoles y preparar una segunda edición desbrozada de errores materiales y juicios aventurados." Baralt, como es sabido, no lo hizo y se dedicó a ejercicios literarios neoclásicos, sin por eso abandonar en lo político, su posición liberal.

Juan Vicente González responde cabalmente al temperamento excesivo y al mismo tiempo insustancial del tropical. Gil Fortoul se mostró más benévolo con este autor que con Baralt. En general, González goza de prestigio en Venezuela, porque responde, con sus defectos y con sus cualidades, a la naturaleza criolla. Su *Biografía de José Félix Ribas* inaugura el género de la novela histórica o de la Historia novelada y enfática. No se le puede negar grandilocuencia, pasión, hasta vigor estilístico y descriptivo. Sus *Mesenianas* proceden de Casimir Delavigne, pero vuelca en ellas sus sentimientos elegíacos con sinceridad indudable. Ellas recogen sus desencantos, sus quejas de ciudadano decepcionado, sus "esperanzas difuntas". Constituyen trozos de franca emoción romántica. Sorprende el desparpajo con el cual se "sirvió" de Michelet, sin indicarlo, para componer su *Manual de Historia Universal,* a menos que se descubra uno de estos días algún texto suyo en que reconozca la paternidad ajena de las páginas que se le atribuyeron. Lo cual no tendría

nada de extraño, pues la crítica estética y los estudios bibliográficos e historiográficos serían casi inexistentes en nuestro país, sin polígrafos de ayer como Frydensberg y Ernst, y de hoy, como Pedro Grases y Manuel Pérez Vila, todos ellos nacidos fuera de nuestro país. Así, Pedro Grases pudo precisar, en 1960, que las *Epístolas Catilinarias* de 1835 no eran obra de Juan Vicente González sino de Francisco Javier Yanes, siendo las *Catilinarias* de 1845, las que le correspondían. En este caso, González no trató de apropiarse de lo ajeno, pues en un texto encontrado por Grases, señala que Yanes era el autor de aquellas páginas, lo cual ignoró nuestra crítica literaria durante aproximadamente un siglo. René Durand, profesor de francés de la Universidad Central durante muchos años, preocupado por los problemas culturales de nuestro país y traductor de algunos de sus poetas, publicó un trabajo sobre la presencia de Michelet en el *Manual* de González. Como poeta, este escritor se muestra literalmente ilegible por farragoso, pesado y falto de inspiración. Como polemista se destaca en forma conspicua. Como crítico literario resulta bastante palabrero y superficial. En 1865-1866, ya a punto de fallecer, publicó le *Revista Literaria* cuya edición facsimilar auspiciaron en 1856 la Universidad Central y la Asociación de Industriales de Artes Gráficas. En el prólogo, Pedro Grases declara que se trata de "un volumen de 576 páginas, en cuya foliación alterada e irregular vemos el símbolo del carácter sanguíneo e impulsivo de su redactor principal..." Allí publicó González su *Biografía de Ribas,* la *Historia del Poder Civil en Colombia* y reprodujo algunos poemas de Bello ignorados u olvidados, otros de Baralt, una traducción de *El Infierno* de Dante, algunos estudios preceptivos y académicos del humanista José Luis Ramos. En calidad de testimonio de ese momento, creemos oportuno reproducir los siguientes párrafos de González sobre la situación literaria: "Pero si las letras son el lujo de las sociedades avanzadas en cultura, mal puede encontrarse entre nosotros, sin ocio para escribir, inspirados por pasiones momentáneas, distraídos por el ruído de las catástrofes, tristes con lo presente, temerosos del porvenir". — "Primero es saber, y el estudio es impopular: las Musas no despliegan sus alas sino a los ecos de la gloria, y nuestra gloria pasó" — "Al hablar de espíritu literario nos referimos al que se extiende por el mundo y nos viene de Europa, no en las producciones elevadas de la alta literatura, sino en la corriente fangosa de novelas y comedias, únicos libros que nutren nuestra juventud, envenenándola: obras que extinguen toda inspiración superior y divina, para lisonjear cuanto hay de sensual y bajo en nuestro ser, nacidas de una fuente impura y que pertenecen a una serie de ideas inferiores y corruptoras". El cuadro no puede ser más deprimente. Si González, en 1865, es decir, cincuenta y cinco años después del inicio de la vida republicana independiente, contemplaba de esa manera el espíritu literario de Venezuela,

resulta obvio el que nosotros no nos detengamos a enumerar autores y obras. Sin embargo, conviene recordar que, para esa fecha, Ros de Olano (1802-1887), José Heriberto García de Quevedo (1819-1871), José Antonio Maitín (1804-1874), Abigaíl Lozano (1821-1866), habían publicado gran parte de su obra, y que Heraclio Martín de la Guardia (1829-1908), Francisco Guaicaipuro Pardo (1829-1882), José Ramón Yépes (1822-1881), Cecilio Acosta (1818-1881), no podían ser unos principiantes. No obstante, ni González se ocupa de ellos en su artículo crítico ni recoge en las páginas de la *Revista Literaria* escrito alguno salido de sus plumas. González se erguía contra la literatura folletinesca que tenía en García de Quevedo un copioso cultivador. Ese escritor, nacido en Coro, se había domiciliado en España, donde, según Picón Salas, se enamoró de la reina Isabel II, a quien cantó en versos ramplones. Pero su obra principal está compuesta por novelas folletinescas cuyos solos títulos revelan el contenido: *Dos Duelos a 18 Años de Distancia, El Castillo de Tancarville, La Vuelta del Presidiario, Un Amor de Estudiante,* etc. La alusión de González a "lisonjear cuanto hay de sensual en nuestro ser", debe rezar con las tendencias hacia el realismo novelesco nacido con Stendhal (1783-1850) y con Balzac (1799-1850) y el cual se oponía a las "ideas sublimes", las frondosidades mitológicas y la epopeya, tan gratas al autor de las *Mesenianas.* De modo que González, como literato, está fuera de su tiempo, invocando las Musas, el Elíseo y Boileau. Cuando atestigua, es para impugnar a Renan, animado por el amor a "nuestra santa religión".

Su estilo romántico y epopéyico, en el campo de la Historia, encontrará apasionados cultivadores en las personas de Felipe Larrazábal (1817-1873), cuya *Vida de Bolívar* convierte a ese héroe en un ser de alegorías triunfales y perpetuas inspiraciones extra-humanas, y en Eduardo Blanco (1838-1912), el autor de *Venezuela Heroica,* para con quien los juicios críticos venezolanos se han mostrado sumamente elogiosos. Key Ayala asegura que "nació para narrar y era narrador infatigable..." El Padre Barnola piensa que con él nace la novela venezolana. Picón Salas, al referirse a *Venezuela Heroica,* escribe: "Los episodios... están sentidos y transcritos como gran pintura de caballete..." "es mucho más que un libro literario, es un gran documento venezolano". Zumeta dice: "no puede leerse ese libro sin que le quemen a uno los fogonazos de los fusiles". Augusto Germán Orihuela, en el prólogo a *Zárate* (Ediciones Villegas, Caracas, 1956) asienta lo siguiente: "Era escritor por temperamento y por vocación. Escribir era en él un gusto y una necesidad. Conocerá los secretos resortes de la emoción. Poseerá el don del color y de la forma en las imágenes literarias. Se adueñará del gusto de su época y proyectará su sabor a generaciones posteriores". El gusto de su época puede conocerse, pues, por su bibliografía; novelas y folletines como

*El Número Ciento Once* (1875), *Vanitas Vanitatum, Una Noche en Ferrara* (1875), *Fauvette, La Casaca del buen tío don Zenón, Santos Zárate* (1882) — su mejor novela —; cuentos como *Claudia* y *Amelia;* un drama de capa y espada, *Lionfort; Las Noches del Panteón, Tradiciones Epicas,* que constituyen variaciones sobre el tema de *Venezuela Heroica.*

Ni González, ni Larrazábal, ni Blanco pueden constituir modelos para la crítica histórica. Por el contrario, son los causantes de la deformación del juicio histórico, del culto a los bronces y a los semidioses que éstos representan. Son ellos los apóstoles de esa "Segunda Religión" a la que aludió Carrera Damas en el ensayo mencionado anteriormente. A Bolívar — a un Bolívar sublimado por la imaginación y la pasión patrióticas — corresponde el papel de Mesías. Para esos autores, la Guerra de la Independencia fue otra Guerra de Troya; los generales patriotas se asemejaban a héroes asistidos por los dioses, la Razón, en este caso. Cada revolución crea sus propios mitos. La Independencia creó el Panteón de los republicanos. La labor de la inteligencia crítica será la de reducir esos actores a las dimensiones del hombre, buscando en la constancia, la duda vencida, la caída redimida, el esfuerzo paciente, la improvisación exitosa, la inspiración colectiva, la audacia momentánea, las razones reales del triunfo, del heroísmo y de la grandeza. El hombre llega a hacerse héroe por instantes, en un determinado momento de tensión histórica. Pero la Historia, contada por González o por Blanco, se presenta como un vasto fresco mitológico en que la heroicidad es pan cotidiano.

De modo que el romanticismo fue sentido en nuestro país como forma de elocuencia y de grandilocuencia, no como verdadera rebelión del "ego" ni como voluntad de libertar la pasión y mucho menos como actitud metafísica, a la manera genial y auténtica de los románticos alemanes, de los lakistas ingleses, de Byron, de Shelley, inclusive de Chateaubriand. Este juicio, por lo demás, puede rezar con el Romanticismo todo de lengua española, a pesar de Becquer y de Larra. Picón Salas aludió al "romanticismo menor" imperante en nuestro país. Nosotros nos atrevemos a hablar de *actitud postiza,* de confusión entre el romanticismo y la complacencia criolla por la declamación, la caudalosa retórica, la oratoria tribunalicia que la jurisprudencia — desgraciadamente — no logra saciar, pues en Venezuela no existe el juicio oral. Julio Planchart, con ironía certera, indicó en un estudio suyo que "por lo general, los escritores de Oriente escriben para ser leídos en alta voz". Semejante observación puede aplicarse a los escritores de casi todo nuestro país, y no solamente a los de la región oriental. Sobre todo durante el período que estamos estudiando, el cual fue designado como romántico por nuestra crítica literaria, tan solo para ponerle nombre universal a excesos verbales vernáculos.

Historia heroica, ficticia, parcial, mitológica; literatura folletinesca; teatro de capa y espada; poesía postiza o bien preceptiva y campanuda; tal es el balance de nuestras Bellas Letras, entre los años de 1830 y 1880. El Romanticismo no procede de un estado de alma auténtico, de una experiencia vivida, sino de la declamación, la grandilocuencia, la imitación. La literatura se escribe para ser leída en alta voz. Los poetas *componen* poemas pero no los viven. El lenguaje resulta afectado y los sentimientos también. Mejor dicho: no hay lenguaje, ni estilo. Si se desea conocer algunos modelos de crítica literaria, léase el juicio inaugural de Juan Vicente González en la *Revista Literaria.* Léase también la disertación enjundiosa y preceptiva de José Luis Ramos (1785-1849) sobre el Verso Endecasílabo o sobre dos odas del "Sr. J. H. García", dedicadas a la Imaginación y al Sacrificio de Ricaurte. El concepto preceptivo y el culto por la antigüedad clásica ahogan toda posible emancipación estilística. Pero así y todo lo escrito por Ramos supera ampliamente el poema heroico de José Hermenegildo García o los conceptos de Pedro Arismendi Brito, en 1895, sobre el mismo aedo cuyos cantos calificara de "mesiánicos" y cuya personalidad ensalzara en estos términos: "el Tirteo de las huestes de su partido".

*Transición*

SIN EMBARGO, dos hombres anuncian la transición hacia nuevas posiciones intelectuales: Cecilio Acosta (1818-1881) y Arístides Rojas (1826-1894). Ambos previeron la reacción positivista y no trataron, como otros, de refugiarse en el arcaísmo neoclásico o en la exaltación verbal del seudoromanticismo para sortear las corrientes de su época. Son hombres de transición. Acosta, con una vocación ductora y una lucidez de hombre público que, desgraciadamente, su carácter retraído redujo al trato de algunos amigos. Rojas, con indiferencia hacia la vida política pero, en cambio, con pasión por la investigación científica objetiva. En estas dos inteligencias predominaba el sentido humanista, la perspectiva de lo universal, la comprensión de la Historia como ciencia y de las Letras como disciplina.

Cecilio Acosta no dejó libros orgánicos y acabados en sí mismos. Es decir, unidades editoriales que contuvieran sus ideas. Su bibliografía está compuesta por textos dispersos, poemas sueltos, ensayos, epistolarios reales o imaginarios, esbozos, discursos. Pedro Grases, a quien siempre encontramos en las encrucijadas de nuestra cultura, dispuesto a señalar la ruta exacta, elaboró para el Estado Miranda, en 1952, una *Antología del Pensamiento de Cecilio Acosta,* que en parte obvia la dificultad señalada. Por lo demás, sus escritos han sido recogidos en varios tomos que nos entregan, redactados en un español no para ser leído en alta voz, las angustias de su pensamiento,

su sentir ético y civilista, su pasión por Venezuela, por el saber auténtico, por las formas pacíficas de la evolución y el respeto a las normas del Derecho y de las leyes.

Cuando Acosta escribía: "Lo que quiero es que haya progreso sin saltos..." o bien: "Hay un error en creer que la violencia es la acción..." se anticipaba en unos cuantos años a lo que Rómulo Gallegos dirá, en 1909: "Comento el error de pretender realizar de una vez para siempre, con un solo tajo de espada o un solo rasgo de pluma, la reforma radical del país. Nuestro temperamento se aviene mal con todo aquello que exija empeño paciente y prolongado...". La angustia civil venezolana no puede expresarse mejor. Angustia ante la repetición de las mismas impaciencias, de las mismas violencias, de las mismas caídas. Todo el drama de Venezuela cabe en frases como éstas que estampó Acosta: "Digamos la palabra: un país así se *barbariza;* y la América Latina, si no retrocede en sus prácticas, si no adopta como sistema de vida la discusión pacífica del derecho, y el ejercicio regular de los usos republicanos, va a desacreditar la democracia". "Tales son las razones que tenemos para condenar toda revolución que tenga por objeto conseguir por ella lo que se puede en paz por las elecciones venideras".

Oasis de lucidez, de sinceridad espiritual, en una época de ficción, de grandilocuencia, de simulación, de cultura superficial y mostrenca, ofrecen los escritos de ese justo, a quien elogió José Martí con palabras fidedignas cuando la muerte lo apartó de su vigilia: "Cecilio Acosta ha muerto. Llorarlo fuera poco. Estudiar sus virtudes e imitarlas es el único homenaje grato a las grandes naturalezas y digno de ellas. Trabajó en hacer hombres; se le dará gozo con serlo..."

La obra de Cecilio Acosta, de carácter doctrinario y especulativo, versó fundamentalmente sobre la Jurisprudencia, la Política, las Bellas Letras y su crítica. En materia de Historia y de Filosofía, Acosta se interesó más en los principios que las sustentan y menos en los documentos que las informan. Por lo tanto, es un doctrinario y no propiamente un investigador, un buscador, un compilador o un analista. Eso es lo que caracteriza precisamente a Arístides Rojas, el último representante del pensamiento humanista y enciclopedista de la generación de la Independencia.

Arístides Rojas se graduó en medicina e investigó las Ciencias Naturales, la Historia, la Etnología, el Folklore, la Lingüística, la Geografía, la Cosmografía, la Meteorología. "Anticuario del Nuevo Mundo" le llamó Enrique Bernardo Núñez, por su pasión en rastrear los orígenes de nuestra Historia y en acumular conocimientos sobre las más diversas materias. A lo largo de su dilatada trayectoria intelectual, Rojas se aleja progresivamente de la elocuencia literaria para alcanzar la objetividad científica. Es un precursor en este

orden de actividad, pese al romanticismo predominante en sus *Leyendas Históricas*. Arístides Rojas soñó con una vasta obra que abarcara prácticamente toda la existencia nacional, y constituída por estudios y monografías autónomos. Por eso Pedro Grases escribió: "Arístides Rojas es fundamentalmente autor de monografías. Aunque publicó diversos volúmenes, todos ellos son en realidad, colección o agrupación de trabajos monográficos, como correspondía, por otra parte, a quien iniciaba en muchos aspectos el estudio de asuntos prácticamente inexplorados en Venezuela". El párrafo transcrito forma parte del proemio de *Bibliografía de Arístides Rojas* publicada en 1944 por la Biblioteca Nacional. Grases reunió 788 fichas solamente en libros, folletos y monografías publicados por Arístides Rojas, lo cual da una idea de su facundia y capacidad de investigación. Aún quedan por localizar muchos textos de este autor y también por publicar obras inéditas. Arístides Rojas, sin dejar lugar a dudas, es uno de los fundadores de las ciencias históricas, naturales, sociales y etnográficas de nuestro país. Su papel fue doble: señaló la transición entre el neoclasicismo y el romanticismo hacia el positivismo y el evolucionismo biológico, y al mismo tiempo contribuyó a echar los cimientos de nuestro pensamiento histórico y científico. Tan sólo hay que lamentar su silencio en relación con la vida política, con las costumbres sociales imperantes. En Rojas se advierte un repudio implícito hacia toda toma de posición política, aunque su sentir humanista no podía inclinarse ante ninguna forma de barbarie y de arbitrariedad. Pero nada escribió en esa materia. Sin embargo, con su ejemplo y con su obra iluminó medio siglo de existencia venezolana.

### *Pérez Bonalde: El Desterrado*

SI ACOSTA asumió una recatada posición ductora que castigaba las malas pasiones venezolanas, su violencia siempre a punto de estallar, y Arístides Rojas pasó entre ellas, impoluto, le correspondió a Juan Antonio Pérez Bonalde (1846-1892) ser la víctima propiciatoria de aquéllas. Se le debe llamar: el Desterrado, el Desheredado. No hijo pródigo, sino repudiado. La tempestad de la política zarandeó su vida. Siendo niño, la reacción conservadora arrojó al exilio a su familia. Regresó con los azules. Por muy poco tiempo. El despotismo liberal-amarillo de Guzmán Blanco le lanzó al destierro de nuevo. El Ilustre Americano no había gustado de unos versos satíricos suyos. Pérez Bonalde no pudo volver sino cuando Guzmán Blanco hubo renunciado voluntariamente al poder, es decir, en 1890. Durante el ostracismo supo el fallecimiento de su madre y perdió a su hija en edad temprana. Del exilio regresó un hombre prematuramente gastado, herido por penas, experiencias

frustradas, soledades. La morfina le pareció un paliativo a sus desengaños y se dio a aquélla. A su regreso al terruño, desgarrado entre el recuerdo doloroso de la madre ausente y la alegría del reencuentro con la madre patria, compone con lucidez y patetismo únicos en nuestra lírica, la *Vuelta a la Patria,* con la *Silva* de Bello, los dos grandes poemas de nuestras letras hasta ese momento. Dos años después fallece en el litoral guaireño, tal como lo augurara en su canto de reencuentro con la tierra:

*"ya me acerco, ya piso*
*los callados umbrales de la muerte".*

Su obra poética no es muy cuantiosa, aunque se incluyan las traducciones debidas a su pluma, pero en cambio ejerció profunda influencia porque reveló nuevos autores y una autenticidad emocional poco usual en nuestra lírica farragosa o superficial. La música patética, elevada, dolorosa de la *Vuelta a la Patria* acalla inexorablemente cuando suena, el canto inexperto de José Antonio Maitín, el floripondio ripioso de Abigaíl Lozano, las canciones ligeras y no exentas de gracia de José Ramón Yepes (1822-1881), la poesía honorable de José Antonio Calcaño, los artificios y efectismos laureados de Francisco Guaicaipuro Pardo (1829-1882) y de Heraclio Martín de la Guardia (1829-1908), y, para concluir, las imitaciones más o menos felices de Espronceda, Zorrilla, Bécquer, Víctor Hugo, Núñez de Arce, José María de Heredia, imperantes en nuestra lírica, corta en inspiración auténtica, en lenguaje propio, pero profusa en despliegue de palabras y repetición libresca, lo cual no excluye que, de vez en cuando, haya sonado la flauta, inclusive a quien menos sabía tocarla.

Su larga permanencia en el exterior contribuyó a ilustrar y a afinar la sensibilidad de Pérez Bonalde. Residió en los Estados Unidos y viajó como agente de venta por Europa, Asia y Africa. Hablaba varias lenguas vivas. Leyó a los románticos ingleses y alemanes en la lengua original y tradujo a Heine y a Poe. Nacido el mismo año de Lautreamont, falleció un año antes que Rimbaud. Pero no renovó ni forma ni lenguaje poéticos. Cantó con parquedad y hondo sentimiento. Era un clásico por la forma y un verdadero romántico por la inspiración. Su búsqueda no era estilística sino ontológica. A pesar de haber traducido a Poe, no se advierte influencia de éste en su obra ni de simbolistas como Baudelaire, también admirador y traductor del autor de las *Historias Extraordinarias.* Pérez Bonalde introdujo en la poesía venezolana nuevos valores y, además, con sus poemas, reaccionó contra la grandilocuencia y anunció nuevos tiempos. Primer poeta moderno de nuestro país, es también el clásico de nuestro romanticismo que con él nace, culmina y fenece.

*Positivismo y Modernismo: La Década Inolvidable*

PARA LA fecha en que muere Pérez Bonalde ya está iniciada la necesaria reacción contra las tendencias imperantes hasta entonces: el pseudo-romanticismo y el neoclasicismo. Dos corrientes nuevas van a modificar el curso de las Bellas Letras y el estudio de la Historia. Estas son el Positivismo y el Modernismo. El Positivismo es un método de conocimiento y de crítica histórica. El Modernismo, una nueva sensibilidad. La conjunción de estos dos caudales contribuirá a fecundar de manera excepcional el campo de la cultura hispanoamericana.

Augusto Comte (1798-1857), padre del Positivismo, dictó sus cursos sobre *Filosofía Positiva,* entre 1830 y 1842. Darwin publicó en 1859 su obra sobre los *Orígenes de las Especies.* En Venezuela, se vino a hablar de Positivismo y de Evolución después de la Revolución de Abril, cuando Adolfo Ernst y Rafael Villavicencio impartieron sus enseñanzas en la Universidad. Para ese entonces Herbert Spencer alcanza su madurez. Sus teorías evolucionistas aplicadas a la formación de las sociedades alumbrarán nuestra sociología. Una generación bebió esas doctrinas renovadoras y después las divulgó y aplicó a diversas disciplinas intelectuales. Entre esos jóvenes estaban Lisandro Alvarado (1859-1929) y José Gil Fortoul (1861-1942). Para el momento en que estudian y planean la obra por realizar, es decir, entre 1880 y 1890, aún está fresca la tinta de imprenta de los *Documentos para la Vida Pública del Libertador* y de las *Memorias* de O'Leary, pero los historiadores parecen más interesados en escribir interpretaciones polémicas y partidistas que en estudiar las fuentes documentales. Ni las *Historias Contemporáneas* de Level de Goda o de González Guinán, ni el *Bosquejo Histórico de* J. M. Rojas, ni los trabajos monográficos del curioso pero indisciplinado Manuel Landaeta Rosales (1847-1920), pueden satisfacer las aspiraciones de estos jóvenes que se proponen revisar los estudios históricos y sociológicos, a la luz de un método moderno basado en la ciencia positiva y en la observación. Gil Fortoul evocará en estos términos el ambiente de su juventud, cuando en 1930, rinda homenaje la Academia a Lisandro Alvarado: "Pero, por singular fortuna, en aquella época de autocracia política vivían y enseñaban también profesores ya revolucionarios en ideas y método. La Universidad, donde se había largamente eclipsado el espíritu reformista de Vargas y Cagigal, empezaba a despertarse. Alvarado abrió entonces los ojos ante el naturalismo científico de Adolfo Ernst, el humanismo de Elías Rodríguez, la filosofía positivista de Rafael Villavicencio, la historiografía de Arístides Rojas. Y antes de escribir historia patria, estudió antropología venezolana, etnografía, lingüística, geografía, viajando por toda Venezuela, sociología, poniéndose en contacto con todas las clases y

agrupaciones de nuestra población, política nacional, tomando parte en empresas de guerra y en trabajos de administración. Preparación que explica los méritos de su ensayo sobre la Revolución Federal, obra la más notable que tenemos hasta ahora sobre esa materia".

El párrafo transcrito puede aplicarse, en algunos aspectos, al propio Gil Fortoul aunque éste tuvo en su haber, además, largas permanencias en Europa. Estos dos ilustres larenses descuellan entre los hombres que contribuyeron a suscitar una toma de conciencia moderna de la realidad venezolana. Por lo tanto, fueron fraguadores de nuestro pensamiento actual, además de haber sido los verdaderos fundadores de nuestra ciencia sociológica e histórica. Alvarado extendió su indagación hasta la etnografía y la lingüística. En *Datos Etnográficos de Venezuela,* publicado en 1945, después de su muerte, intenta una clasificación de las tribus venezolanas y presenta los rasgos fundamentales de sus culturas. *Glosario de Voces Indígenas* (1921) y *Glosarios del Bajo Español* (1929), así como otros trabajos suyos sobre el mismo tema, si bien no inauguran los estudios lexicográficos, en cambio pretenden catalogar y definir esas voces "con el doble objeto, y ello cuando fuese posible, de establecer su antigüedad, y abolengo y de señalar su uso apropiado en el país, bien entre el vulgo, bien entre los literatos", lo cual rompe con el criterio correctivo imperante hasta entonces en autores como Julio Calcaño — *El Castellano en Venezuela* (1897) — o el propio José Luis Ramos. Alvarado no le teme al vocabulario popular, a las palabras que han nacido de la vida, aunque no las acepte el Diccionario. Pugna, pues, hasta cierto punto, por una liberación del idioma. En esto, como en otras cosas, respeta las leyes de la Naturaleza observadas con lucidez y objetividad.

La personalidad de Lisandro Alvarado recuerda por rasgos de carácter y por la acentuada tendencia al errar creador, la del singular Simón Rodríguez. Ambos se parecen por lo poco conformista de sus vidas y de sus actitudes intelectuales, pero en Alvarado hay menos intransigencia ideológica, hay más conocimiento científico, hay también más humildad. A lo mejor aprendió esa cualidad de uno de los hombres que más admiró: Cecilio Acosta, cuya compañía solía buscar en sus días de estudiante.

José Gil Fortoul es el verdadero fundador de la ciencia histórica moderna. Su gestión abarcó los campos de la revisión, de la crítica, de la investigación, de la exposición. *El Hombre y la Historia* (1896), *Historia Constitucional de Venezuela* (1906-1907), *Filosofía Constitucional* (1890) y *Filosofía Penal* (1891) sitúan a Gil Fortoul no solamente como un historiador moderno, sino también como una de las mentalidades más ilustradas y penetrantes de la cultura venezolana de todos los tiempos. Gran individuo, sin duda alguna, políglota, deportista, historiador, jurista, diplomático, literato — como es sabido publicó dos novelas realistas: *Julián* (1888) y *Pasiones*



CUMBRES ANDINAS
*(Foto cortesía de Alfredo Boulton)*

(1895) —, cronista elegante a sus horas y orador que sabía improvisar con agudeza. Si alguna característica de su inteligencia quisiéramos exaltar, ésta sería la *lucidez.* Su única pasión era *comprender,* para lo cual cultivó la imparcialidad en el juicio histórico mediante la observación y la comparación. Su talento se encuentra en el polo contrario de todo fanatismo, de todo compromiso ideológico, de toda militancia partidaria, de todo determinismo racial o geográfico, de todo pragmatismo, de toda voluntad teológica o idealista. En el prefacio a la segunda edición de *Historia Constitucional,* en 1930, confiesa que "la historia no se acaba nunca de escribir...", porque "los mismos hechos y los mismos personajes suelen aparecer con aspecto y fisonomía diferentes según fueren la época y el historiador". De allí que declare refiriéndose a sí mismo: "el autor no es pensador dogmático, de blanco o negro, ni de sí o no absolutos", concluyendo: "Para él, existe el iris, el espectro solar, como en el cielo, como en la vida". Repudia los "sistemas" porque estos quieren explicar el origen de las sociedades humanas: "no buscando su base en la observación directa del hombre individual y del hombre colectivo... sino amoldando el hombre real a un ente metafísico forjado previamente por la fantasía".

Ese sentimiento de la relatividad de los juicios humanos le inclinaba hacia el eclecticismo humanitario, el liberalismo, el respeto por la Evolución entendida como un proceso, el rechazo del criterio tribunalicio. Supo, por eso, juzgar su tiempo, su clase, la sociedad a la que pertenecía, el sistema económico imperante y las contradicciones que lo minaban. Con un dejo de excentricidad británica en el vestir, con la rosa que llevó siempre en el ojal como prenda poética, con un leve escepticismo no exento de fervor humanístico, Gil Fortoul fue, fundamentalmente, un hombre civilizado y civilizador, un hombre real, por lo tanto capaz de pensar, de dudar, de equivocarse puesto que tenía que escoger o bien de acertar, pero que pudo trascenderse a sí mismo en la virtud creadora y organizadora de su pensamiento, porque supo atemperar las pasiones malignas que nacen del fanatismo político, religioso o ideológico, del resentimiento o de la ambición de Poder (3).

(3) El Seminario de Historia de la Historiografía Venezolana de la Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Educación dedicó, el año 1960-1961, correspondiente al Sesquicentenario de la Independencia, a estudiar el concepto de la Historia en José Gil Fortoul. Los resultados de esa práctica docente fueron consignados en una publicación universitaria y tomando en cuenta que se trata de un ejercicio escolar y de una primera tentativa de investigación historiográfica de la Historia, en función de la totalidad de la obra de un autor, sólo cabe aplaudir la labor desarrollada, pues, por una parte, inaugura un tipo de crítica de la cual están urgidas nuestras Bellas Letras y, por otra, constituye un enjuiciamiento coherente de la obra del insigne historiador. J. M. Siso Martínez ocupa el cargo de director de la Escuela de Historia y Germán Carrera Damas, como ya se ha dicho, el de catedrático del Seminario. El grupo de alumnos que intervino en la investigación está compuesto por Miguel Hurtado Leña, Rvdo. Niceto Martín C.M.F., Ligia Hernández Barreto, Carmen Gómez Rodríguez, María de Lourdes Carbonell, Josefina Bernal y Josefina Gavilá. Acaso de ese equipo surjan los historiadores de mañana.

Su persona amable y su obra enjundiosa están esperando la interpretación integral que se merecen. Los continuadores de su estilo no son los sociólogos del pesimismo americano, sino escritores eclécticos y sonrientes como Eloy G. González, como Luis Correa, como Pedro Emilio Coll (aunque a la verdad, el autor de *Homúnculos* nunca escribió página alguna sobre Historia).

*Renovación Literaria*

LA RENOVACION literaria se desarrolló simultáneamente con la de los estudios históricos y sociales. Ella abarcará, fundamentalmente, los campos de la novela, de la poesía y de la crítica.

La novela había tenido muchos cultivadores desde los tiempos de Fermín Toro y de Rafael María Baralt, de quien se dice escribió una, *El Hábito Hace al Monje*, publicada en 1849, aunque Pedro Grases, en 1959, con motivo de una *Ficha Bio-Bibliográfica* dedicada a ese autor, advierte que "no ha podido localizarse ejemplar alguno de su novela". Pero las obras escritas carecían de méritos estilísticos y novelescos. Gonzalo Picón Febres (1860-1918), uno de los críticos de la generación positivista junto con Luis López Méndez (1861-1891), y él mismo novelista, trazó con pluma vehemente el cuadro detallado de la novela nacional, en su obra: *La Literatura Venezolana en el Siglo Diez y Nueve* (1906). A la luz de sus convicciones estéticas, las cuales, en el orden de la novela, se ciñen a un realismo intransigente que, por cierto, él mismo no practicó en las experiencias que llevó a efecto, comenta una gran cantidad de obras cuyos títulos y características quedaron inscritos en los anales de nuestras letras — a pesar de que casi nadie las haya leído —, gracias a su voluntarioso y esforzado ensayo de historia crítica literaria. Los datos presentados por Picón Febres han sido repetidos hasta la saciedad y no vamos a incurrir en el error de transcribirlos como nuestros. Nos limitaremos con señalar, a título anecdótico, que el famoso cirujano Guillermo Michelena no pudo resistir la tentación de novelar, pecadillo en que incurrió en 1864, con *Gullemiro o las Pasiones;* que Julio Calcaño, caudaloso escritor, obtuvo gran resonancia con *Blanca de Torrestella* (1864), aunque en su opinión *Letty Somers* la supera por los atisbos nativistas que contiene; que *La Expósita* de Felipe Tejera es "desgraciada y extravagante novelita"; que las obras edificantes de José María Manrique — *Abnegación de una esposa, Los dos avaros, Abismos del corazón,* etc. —, no merecen ser recordadas sino por lo aburridas; que las ficciones indigenistas de José Ramón Yepes — *Anaida* (1860), *Iguaraya* (1879) — son dignas de encomio; que el realismo se inició con *Débora* (1884) de Tomás Michelena, obra feminista, audaz, que aboga por el divorcio, pero desaliñada en el estilo e híbrida en el contenido; que Gil Fortoul en sus creaciones practica un naturalismo psico-

lógico; que *Peonía* (1890) de Manuel Vicente Romero-García (1865-1917) inaugura la novela nacional, con sentimiento nativista, realismo crítico y captación del medio ambiente y del carácter individual; que Miguel Eduardo Pardo, con *Todo un Pueblo* (1899), feroz diatriba contra la sociedad caraqueña y las costumbres venezolanas, creó una "novela continental americana, y que siempre será considerada como la manifestación más expresiva de un ingenio independiente y asaz observador"; que Manuel Díaz Rodríguez (1871-1927), "estilista diestro, refinado, exquisito y esplendoroso de joyas de elocución en su originalidad perspicua, en la cual se han juntado, para producir un conjunto armoniosísimo, la amplitud musical del castellano y la graciosa alegría del francés", introdujo la nota modernista, esteticista y decadente, pero se extralimitó en *Idolos Rotos* (1901) con el tremendo repudio de la patria puesto en boca del protagonista principal, Alberto Soria; que la novela corta *Bolivita* (1901) "fue la revelación del talento de Carnevali Monreal para el cultivo de este difícil género de literatura", que *Mimí* de Cabrera Malo es obra "mal concebida y mal planeada". Para el momento en que Picón Febres escribe su libro, Luis M. Urbaneja Achelpohl (1875-1937) no ha publicado aún *En este país* (1910) ni Rufino Blanco Fombona (1874-1944) *El Hombre de Hierro* (1907); de modo que apenas se refiere al primero y preferentemente estudia al segundo como poeta. Por otra parte, hay que añadir a la enumeración anterior la obra propia de Picón Febres, quien tuvo un acierto para su época, con *El Sargento Felipe* (1899), cuadro de nuestras guerras civiles y del medio ambiente rural sacudido por ellas.

En realidad, la obra más significativa de las nombradas por Picón Febres es *Peonía* de Romero-García, por cuanto siendo una crítica no cae en la diatriba, y siendo novela, evita el folletín o las ficciones postizas del pseudoromanticismo. Por primera vez, el propósito criollista integra el cuadro de costumbres a la psicología novelesca con ambición universal. Pese a sus fallas estilísticas, a su técnica deficiente y a las digresiones discursivas que la afectan, esta obra señala un hito en el desarrollo de la novela venezolana. Lástima que Romero-García no haya escrito otros libros, ahondando así en su intento creador. Por lo demás, cabe señalar que Manuel Vicente Romero-García era, él mismo, un personaje novelable por los arrestos de caudillo, las incidencias de su agitada existencia y las inacabables polémicas políticas que mantuvo con distintos gobiernos.

Con Manuel Díaz Rodríguez (1871-1927), la novela encuentra a un estilista de primer orden. Se le ha comparado con Rodó y, con menos acierto, con Valle Inclán. Díaz Rodríguez no es creador de personajes convincentes pero sí narrador de prosa elegante, segura, refinada. El Modernismo entra con él en nuestras letras. Hombre nutrido de literatura de fin de Siglo

— Barrés, d'Annunzio, los Goncourt, Renán, Lorrain, Darío —, hizo del Arte un evangelio librepensador, aunque se alejó del exclusivo ejercicio estético después de 1902, dedicándose al cultivo del campo y después a la función pública. De modo que entre 1896 y 1902 publicó *Sensaciones de Viajes* (1896), *Confidencias de Psiquis* (1897), *De mis romerías* (1898), *Cuentos de Color* (1899), y sus dos primeras novelas: *Idolos Rotos* (1901) y *Sangre Patricia* (1902), en tanto que desde ese año hasta su muerte, en 1927, sólo dio a las prensas un conjunto de ensayos: *Camino de Perfección* (1910) y otra novela, *Peregrina o el Pozo Encantado* (1922). Si en sus dos primeras ficciones describe naturalezas aristocráticas y neuróticas en pugna con el medio ambiente y con la realidad, en la última se complace en describir un conflicto amoroso entre dos rústicos enamorados de una misma muchacha conducida al sacrificio. Una vez muerta, ella se transfigura en mito. Esta historia de inspiración romántica tiene su mejor cualidad en la descripción del paisaje del Valle de Caracas. Uno de los mejores cuentos de Díaz Rodríguez es *Música Bárbara* (1904), pese a la truculencia del desenlace. Si *Peonía* señala un hito, la obra de Díaz Rodríguez abre un camino.

Después de Díaz Rodríguez se precisa el desarrollo de la novelística venezolana. Luis Manuel Urbaneja Achelphol (1875-1937) logra su objetivo tantas veces proclamado desde las páginas de *Cosmópolis:* representar en su literatura americanista y naturalista "nuestros usos, costumbres, modos de pensar y sentir, sujetos al medio en que crecemos, nos desarrollamos y debemos fructificar". Cuentos, novelines, estampas, novelas, recogerán los frutos de su voluntad criollista, rural y poética. La verdad es que Urbaneja Achelphol, más que naturalista, resulta un romántico atardado, pero enriquecido por el modernismo y el nativismo. Sin embargo, por el sesgo de la ironía alcanza la sátira social naturalista. Su novela *En Este País* (1910) y relatos como *El Tuerto Miguel* (1927) ahondan en una temática profundamente venezolana que después, con acento universal, con prosa exacta y poderosa, volverá a tratar Rómulo Gallegos. Lo más respetable en Urbaneja Achelphol fue la identidad que estableció entre su obra y su vida. Picón Salas, con frases fidedignas, rindió homenaje a esa leal condición humana cuando escribió: "abandona toda figuración pública y en serena pobreza y renunciamiento se va a ordeñar su pequeño establo de vacas en humilde campo de los alrededores de Caracas", "armonía humana", "poético equilibrio que contribuye a establecer ese tono de veracidad y de testimonio directo que asume su creación literaria".

Rufino Blanco Fombona (1874-1944) cubre, con su dilatada existencia, toda una época venezolana: aquella en que nuestra literatura y nuestra historia adquieren su mayoría de edad y manifiestan a través de algunas individualidades y de algunas obras, su vocación universal. Picón Febres

lo estudia como poeta y lamenta que su contaminación con el modernismo diluya las grandes cualidades que le asisten, con lo cual el crítico tan acertado en lo que se refiere a la apreciación de la novela, demuestra su escasísima comprensión de la Poesía. (Este fenómeno, por lo demás, resulta corriente en nuestro país, donde ni el público, ni los contadísimos críticos existentes, ni los polígrafos, han logrado situarse frente al hecho poético de manera seria, rigurosa y adecuada en sensibilidad y conocimientos, a la materia que se quiere interpretar. La Poesía y la interpretación poética son las cenicientas de nuestras Bellas Letras, desde los tiempos de Picón Febres hasta los tiempos de Picón Salas).

Blanco Fombona corrigió el Modernismo en el orden poético y lo vigorizó con sus arrestos de caudillo y su vocación de hombre fuerte, con lo cual ni lo mejoró ni logró una originalidad memorable; acometió con pasión romántica y exclusivista la apología bolivariana; zahirió a sus enemigos políticos y a los gobiernos que repudiaba en sus novelas realitsas y satíricas — *El Hombre de Hierro* (1907), *El Hombre de Oro* (1915), *La Mitra en la Mano* (1927) —, con lo cual no satisfizo su sentido combativo, pues del plano de la ficción pasó constantemente al del artículo, el ensayo y la imprecación; acertó en muchos cuentos captados de la vida misma y tratados con estilo incisivo y dinámico; escribió sus memorias; dirigió en España con indiscutible acierto la Editorial América, la cual, además de publicar sus propias obras, reeditó otras clásicas y divulgó nuevos autores. E. Anderson Imbert define de esta manera la obra novelística de Blanco Fombona: "Dejó caricaturas, no personajes"... "Hay en Blanco Fombona un conflicto entre su visión psicológica de los hombres y su visión juzgadora (moral-sociológica) de los hombres". De modo que su realismo era de propaganda, como el llamado realismo-socialista actual, que nada tiene que ver con la realidad objetiva. Polemista, vocación política, naturaleza imprecatoria, gran individuo extravertido y absorbente. Hubiera podido ser nuestro Santos Chocano. Forma parte de los escritores panfletistas, pero con un aliento superior. No hay sino que compararlo con el misántropo y fúnebre Pedro María Morantes (1863-1918), otro enemigo jurado de la Dictadura andina, el autor de *El Cabito* (1908), para apreciar todo el lujo vital, la resonancia humana, la ilustración y universalidad, de la naturaleza rica pero desordenada de Blanco Fombona.

### *Crítica*

ASI COMO el concepto de la Historia sufrió una honda transformación, también se modificó el concepto de la crítica literaria. Luis López Méndez (1861-1891) representa mejor que Picón Febres la actitud combativa, los

sentimientos y las ideas de aquellas promociones de artistas crecidas bajo la autocracia de Guzmán Blanco, pero formadas por una Universidad y un sentido de la cultra libertados de toda sujeción teológica o romántica. Tan sólo publicó un libro: *Mosaico de Política y de Literatura* (1890); pero tanto por el contenido como por el estilo, sus ensayos superan los de Picón Febres, hombre de indudable ilustración pero también con resabios discursivos y regustos por la grandilocuencia, pese a su profesión de fe realista, evolucionista y positivista. Personalidad intelectual de primer plano, voluntariamente exilado del país hasta su muerte, es César Zumeta (1860-1955), comentarista de brevísima obra conocida, ponderada por la precisión y elegancia del estilo influido por el modernismo y las estéticas europeas de fin de siglo (4). Zumeta como Pedro Emilio Coll (1872-1947) dejaron pasar los años sin publicar una obra en consonancia con su capacidad. Sin embargo, señalan el paso de nuestra crítica literaria de lo parroquial, de lo enfático, de lo extranacional mal asimilado, a una comprensión y valoración exactas de lo universal.

Todo el esfuerzo de las artes y del pensamietno venezolano, desde la Independencia hasta nuestros días, no ha sido sino una pugna por ponerse al día, por expandirse más allá del círculo del nacionalismo, pero sin perder las savias nutricias del terruño o mejor dicho, trasvasándolas a una temática universal. Largo ha sido el camino y en más de un caso los esfuerzos no han correspondido al éxito deseado. A veces el artista perdía las perspectivas extranacionales y regresaba al parroquialismo. En otros casos su esfuerzo por liberarse del constreñimiento del medio, por asomarse a horizontes más amplios y cosmopolitas, le hacían perder el equilibrio y entonces caía en el vacío, en el diletantismo europeizante, precursor del empobrecimiento de sus facultades y del silencio. Por eso los caminos de nuestra literatura están jalonados de obras truncas, de ruinas, de intenciones nunca cumplidas. Los escritores se lanzan a la conquista de la fama poco a poco los desgasta el medio, los achica la perspectiva universal en cuanto transponen las fronteras del criollismo y del nacionalismo. Terminan por renunciar. Esa renuncia toma casi siempre el aspecto de una entrega a la actividad comercial o al desempeño de importantes cargos públicos. La riqueza y el poder vienen a compensar el fracaso de la obra no cumplida o dejada a medio hacer.

(4) La bibliografía de César Zumeta, hasta ayer escasa, se enriquece hoy con dos volúmenes publicados por la Secretaría de la Presidencia, en la valiosa colección *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX*. Esa recopilación pudo llevarse a cabo gracias al inteligente cuidado con que Alberto Zérega Fombona guardó el Archivo que Zumeta le confió. Estos dos escritores venezolanos fraguaron noble amistad durante los muchos años de residencia voluntaria en París. Zérega Fombona dicta cátedra de Literatura Hispanoamericana en la Sorbona. Al reseñar este acontecimiento se impone destacar la colaboración decisiva que en el ordenamiento del Archivo de Zumeta, con miras a su publicación, prestó Rafael Angel Insausti.

Pensamos en los versos de Rufino Blanco Fombona:

*"Sentado a mi balcón miro las nubes*
*errantes. Caravanas*
*de sueños y ambiciones*
*por mi cerebro pasan".*

O bien los de Andrés Mata (1870-1931), más sugestivos:

*"Abro mi corazón... Leo y confío*
*en la gloria, en el bien, en la fortuna".*

*La Poesía*

Y CON ESTAS citas de dos poetas que, tras de soñar en versos como lo hicieron, dejaron de cultivar la poesía, el primero para dedicarse a la prosa combatiente y el otro, al periodismo, evocaremos la presencia del mayor lírico de esa época: Francisco Lazo Martí (1869-1909), un médico que frente al paisaje de sus llanos nativos, escribió el tercer gran poema de nuestra literatura: *Silva Criolla* (1901). Este canto está emparentado con *Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida* y *Vuelta a la Patria,* no solamente por la forma, el estilo, sino también por la actitud espiritual. La admirable unidad dentro de sus diversidades que presentan estos tres cantos no ha escapado a más de un comentarista. A grandes rasgos se puede afirmar que cualquiera de las tres obras citadas constituye una toma de conciencia de la realidad telúrica venezolana. Ningún sufrimiento personal inspira el canto de Bello, a no ser un propósito edificante, vagamente impregnado de nostalgia un tanto retórica, por el lejano terruño. En cambio, será el sufrimiento personal lo que despertará la inspiración de Pérez Bonalde y de Lazo Martí. El poema de Bello es literal, no tiene doble fondo. En *Vuelta a la Patria,* Pérez Bonalde descubre el sentido de su propio destino, siente su vida en su sufrimiento, contrasta los juegos de la vida y de la muerte, la alegría de reencontrar la patria — madre también desde un punto de vista simbólico — y la honda pena de no encontrar a la madre fallecida mientras estaba en el exilio. Como tierra encontrada y tierra perdida. La proyección simbólica del poema de Larzo Martí es aún más evidente, dentro de su nativismo literal, y Edoardo Crema, con fervor y acuciosidad, a lo largo de varios estudios sobre la *Silva Criolla,* se ha empeñado en demostrarlo, en nuestra opinión, con éxito. (*F. Lazo Martí — Poesías* (1946) con Ilustraciones de Durbán y una Interpretación de Edoardo Crema). La obra de Lazo Martí ha despertado interés entre muchos estudiosos de las materias literarias, y entre éstos queremos citar a Julio Planchart, a Rafael Loreto Loreto, a Pedro Díaz Seijas

— autor de una excelente *Historia y Antología de la Literatura Venezolana* —, a José Ramón Medina, a Oscar Sambrano Urdaneta.

Lazo Martí, como Bello y Pérez Bonalde, no es un innovador en la poesía. Su escritura como su técnica permanecen apegadas a un concepto clásico. Pero en relación con nuestro medio literario que ha tendido siempre a ser conservador, para no decir anacrónico, y con la poesía imperante, contagiada de elocuencia artificiosa o de engolamiento preceptivo cuando no de imitación, la *Silva Criolla* y los poemas de *Crepusculares* se destacan con fulgores propios por la corrección y precisión del lenguaje, por el repudio a la retórica, por la hondura o la gracia de los sentimientos. La *Silva Criolla,* en particular — ya que en *Crepusculares* se advierte ligera influencia modernista admirablemente asimilada —, pese a su arcaísmo, conserva intactos el poder de contagio emocional con que fue escrita, la pureza alegórica de sus imágenes, la verdad de vida que la inspiró y la mantiene aún joven y resplandeciente. Venezuela del sentir profundo, de la secreta melancolía criolla, del "cuando estoy a solas lloro", de la angustia ante los grandes espacios vacíos que pueden ser geográficos como existenciales, se encuentran en el canto del poeta llanero, el cual presagia el nacimiento de una expresión poética capaz de proyectar, hacia un plano de vivencia abstracto y universal, nuestro sentir nacional, la subjetividad del hombre de estas latitudes y sus relaciones oníricas y psíquicas con la naturaleza y con sus semejantes; capaz también de cantar las constantes de la condición humana y las realidades incorruptibles del espíritu.

Si tuviéramos que mencionar a otros poetas de ese período, nos olvidaríamos del seudo-parnasianismo greco-romano de Gabriel Muñoz (1864-1908), del engolamiento de Manuel Fombona Palacio, del lirismo fácil y llano de Manuel Pimentel Coronado, de la ampulosa elocuencia erótico-religiosa de Carlos Borges (1867-1932), del simbolismo libresco de Miguel Sánchez Pesquera, de las músicas pegajosas y quejumbrosas de Ezequiel Bujanda, de los énfasis y del mal gusto de Udón Pérez (1871-1926), para recordar al Andrés Mata de *Arias Sentimentales* y los cantos pasionales de Víctor Racamonde (1870-1908).

De modo que la corriente modernista no produce, en nuestro país, poetas innovadores. En comparación con el mexicano Amado Nervo (1870-1919), el boliviano Ricardo Jaimes Freyre (1868-1933), los peruanos José Santos Chocano (1875-1934) y José María Eguren (1874-1942), el uruguayo Julio Herrera Reissig (1875-1910), o el argentino Leopoldo Lugones (1879-1938), Lazo Martí aparece como un clásico, pero, en ningún caso, como un poeta de tono menor o inspiración inferior. Tan sólo Rubén Darío le opaca con su canto torrencial y múltiple.

En cambio, Díaz Rodríguez se impone en el ámbito de las letras mo-

dernistas con su prosa de esteta y, en Caracas, aparecen dos revistas que compiten con la *Revista Azul* de Gutiérrez Nájera (se publicó entre 1894 y 1896) y la *Revista Moderna* de Amado Nervo (1898) y las superan a veces; nos referimos a *El Cojo Ilustrado,* que circuló en todo la América Hispana desde 1892 hasta 1915, y a *Cosmópolis,* que con sus doce entregas esparcidas desde mayo de 1894 hasta julio de 1895, despertó simpatía en los medios intelectuales avanzados. La aventura de *Cosmópolis* reunió a Pedro Emilio Coll, Pedro César Dominici y Luis Manuel Urbaneja Achelphol en una empresa de orientación y de ejercicio artístico sin precedentes en nuestro medio, tanto por la calidad de los jóvenes reunidos como por los postulados que aspiraban a divulgar. Estos respondían al Modernismo, del cual se impone decir aunque sea unas pocas palabras.

El Modernismo no constituye una escuela literaria ni tuvo sede original. Antes de que se acuñase la denominación, poetas y escritores de diferentes países hispanoamericanos, ansiosos de renovar el estilo y la sensibilidad y generalmente influidos por el positivismo y por las estéticas llamadas decadentes que procedían de Europa, reaccionaron contra los modelos académicos aceptados en su época. Correspondió a Darío (1867-1916), mediante el sólo prestigio creciente de su obra, polarizar esas inquietudes, satisfacerlas con su escritura genial, divulgarlas como el mejor de los adalides. El Modernismo nació, pues, de una conjunción de afanes renovadores, de una multiplicidad de influencias, del esfuerzo convergente de muchos poetas y prosistas. Tan sólo fue después de 1896 cuando este movimiento tomó carta de ciudadanía universal, siendo Rubén Darío su caudillo indiscutido y su denominación: el Modernismo.

¿Cómo definirlo? En primer lugar, hay que distinguir ese movimiento estético como la primera contribución original de la América Hispana a la literatura de lengua española. En segundo lugar, hay que insistir sobre su carácter empírico, emocional, ajeno a manifiestos previos y programaciones meditadas. Finalmente, se le pudiera calificar de ambiciosa tentativa, obra más de la intuición que de la razón, por conciliar las estéticas decadentes europeas con viejos zumos del genio castellano y con descubrimientos de la realidad hispanoamericana. Fue, al mismo tiempo, afrancesado, españolizante, amante de lo exótico y americanista. Prodigiosa quincalla del genio de una cultura naciente. París era su capital, pero su idioma era el español y su clima psicológico, la América mestiza.

Esa fusión produjo una estética novedosa y pujante que desplazó la retórica discursiva y el romanticismo ampuloso y grandilocuente que prevalecían en las letras hispanoamericanas. El Modernismo abrió las ventanas hacia la Europa que se extendía del lado allende los Pirineos. Por encima de la tradición hispánica, o pasando por ella, descubrió a los simbolistas, a

los parnasianos, a los raros, a los precursores de la gran aventura artística cumplida en ese fin de siglo. Enamorado de lo exótico por contagio de los orientalismos parnasianos y simbolistas, cuando no impresionistas, aristocratizante por reacción contra el utilitarismo y el sentido práctico anglosajón — Ariel latino y mestizo frente a Calibán yanqui —, estetizante y cosmopolita por libertarse de los parroquialismos criollos, pagano y erótico por repudio a los constreñimientos de la Costumbre, terminó produciendo las primeras obras impregnadas de sentimiento americano, descubriendo el naturalismo acusador, el positivismo científico, y condenando el imperialismo de las grandes potencias. Puente entre la apacible república de las letras hispanoamericanas y la encendida creación de la inteligencia europea, el Modernismo fue, sobre todo, un movimiento literario que encontró, en la Poesía, su forma ideal. Pero dio también cuentos, novelas, ensayos, piezas de teatro. Y en esos cuentos, y en esos ensayos, y en las contadas obras teatrales logradas, más que en la misma Poesía, despuntaron creaciones que reflejaban de manera novedosa la vida y la pasión de nuestros turbulentos países.

### *Teatro*

A LO LARGO de este capítulo hemos visto cómo la década última del siglo XIX congrega un conjunto impresionante de obras y de actividades intelectuales que modifican definitivamente las perspectivas de la creación literaria y del estudio de la Historia. Novelas, ensayos, poemas, libros de Historia, revistas, estudios sociológicos, etnológicos, lingüísticos, presagian el despertar de una modernidad en el pensamiento venezolano. El afán de renovación penetró en el arte escénico, aunque sin inspirar obra sobresaliente. Hasta después de la Guerra Federal, predominó el gusto por los dramones de capa y espada. Heraclio Martín de la Guardia (1829-1908), entre 1850 y 1860 compuso un buen número de ellos: *Cosme de Medicis, Don Fadrique, Gran Maestro de Santiago, Don Pedro de Portugal, Güelfos y Gibelinos,* etc. A la pluma de Eloy Escobar se debe *Nicolás de Rienzi* y a la de Eduardo Blanco: *Lionfort,* estrenado en 1879. La procedencia de ese teatro resulta evidente: el drama romántico francés — Hugo, Dumas —, pero pasado por España, donde los modelos son el Duque de Rivas y Martínez de la Rosa. Al teatro de evocación histórica y despliegue de intrigas y de duelos, siguió el llamado drama moderno, nacido del realismo, cuya intención es pintar la vida social y criticarla con fines edificantes o filosóficos. José María Manrique, Aníbal Dominici, Heraclio Martín de la Guardia, Elías Calixto Pompa, Nicanor Bolet Peraza, Alfredo Ray, Julio Guadalajara, Manuel A. Marín, los hermanos Esteller, dejaron numerosas obras que convendría revisar alguna vez. El ejemplo de la comedia satírica y animada de Bretón

de los Herreros inspiró a otros, entre quienes se cuentan Manuel María Fernández, Francisco de Sales Pérez, Manuel María Bermúdez, autores cada uno de varias piezas olvidadas. Simultáneamente con este desarrollo teatral florecieron entre 1870 y 1888 las representaciones populares de Nacimientos y de Jerusalenes, que procedían de la Colonia. Los primeros describían la Natividad del Señor y los segundos, la Pasión y Muerte. En 1889, un grupo de amigos del Arte Escénico fundaron el Liceo Artístico. El teatro pareció cobrar nueva animación, pero no llegó a renovarse ni a producir una obra que trascendiera hasta nuestros días. Formaron parte de ese grupo, entre muchos otros, Emilio Calcaño, Pedro Emilio Coll, Pedro César Dominici, Redescal Uzcátegui, Rodolfo Innes. Tan sólo logró desarrollar su personalidad Guillermo Fernández de Arcila, quien, en España, hizo carrera como actor y formó parte, alguna vez, de la compañía de María Guerrero. Empero, el genio criollo no parecía encontrar su medida en el drama sino en la comedia, con acento nativista, intuición de lo popular y crítica de costumbre.

El siglo XIX fenece con el triunfo de la Revolución Restauradora. Cipriano Castro entra en la capital en diciembre de 1899. Le alienta una ambición desmedida de lisonjas, de discursos, de placeres. Venezuela es demasiado pequeña para su morral de aventurero. Piensa en Colombia. Más tarde retará a las grandes potencias. Serán suyos los énfasis y floripondios vargasvilianos. Gumersindo Rivas orquestará con ellos sus ditirambos cotidianos en *El Constitucional*. A los pies del César Restaurador, lloverán las rosas, los laureles, las pedrerías preciosas de la grandilocuencia vuelta adulación.

### *Sociología Pesimista, Vanguardia y Contemporaneidad*

LA RESTAURACION, (1899-1908), nada produjo en el campo de las letras, a no ser la feroz crítica en contra de ella de Pedro María Morantes (Pío Gil). El nativismo inspiró novelas de escasos méritos como *Lucía* (1904), de Emilio Constantino Guerrero, y *Don Quijote en América,* de Tulio Febres Cordero (1860-1938). Este último pretendió defender los valores del terruño con un fanatismo de hermano musulmán, condenando todo lo que proviniese del exterior, especialmente de los Estados Unidos, con lo cual presagiaba el proceso de rehabilitación de la herencia española que más tarde intentará un grupo de historiadores.

La Poesía desechó la senda abierta por Lazo Martí y derivó hacia utilizaciones tardías del Modernismo o bien navegó en sus corrientes con más ligereza y audacia que Rufino Blanco Fombona. Entre los numerosos poetas que escribieron durante las dos primeras décadas del siglo XX cabe destacar a Alfredo Arvelo Larriva (1883-1934), autor de *Enjambre de Rimas* (1906)

y de *Sones y Canciones* (1909). Aunque cisnes y mármoles no figuren en su lírica como en la de algunos seguidores de Darío, es poeta caracterizadamente modernista por su afán de innovación formal y su sensualidad burlona. Arvelo Larriva jugó con rimas y con ritmos, multiplicó las aliteraciones, renovó las metáforas, desechó la forma de la silva a la que estaban apegados nuestros poetas, quitó solemnidad al soneto o se la restituyó, según sus ganas, y para decirlo en una palabra, introdujo el desenfado en nuestra lírica.

En el extremo opuesto de ese desenfado está José Tadeo Arreaza Calatrava (1885), cuya inspiración encuentra asidero solamente en lo trascendente, en lo épico, en lo ecuménico. Poesía "cívica y viril que a veces emula y supera a la del gran portugués Guerra Junqueiro", escribió Mariano Picón Salas. Cantos como los que refiere a Venezuela y al Ingeniero de Minas responden, sin duda alguna, a esa inspiración pública y épica. El lenguaje, desgraciadamente, resulta un tanto anacrónico. Cuando Arreaza Calatrava publica, en 1911, su *Canto a Venezuela,* el *Canto a la Carne y del Reino Interior,* los *Cantos Civiles,* rebosantes de énfasis modernista, la poesía de lengua castellana, en España y en América Latina, a través de sus creadores más representativos, está de regreso de ese movimiento. En 1912, en Chile, Vicente Huidobro proclama el Creacionismo. Carlos Sabat Ercasty, en 1912, quemó sus poemas modernistas para buscar un canto más acorde con las tendencias renovadoras venidas de Europa. Enrique González Martínez le torció el cuello al cisne rubendariano, es decir, a la elocuencia, a la épica. Juan Ramón Jiménez trató de encontrar la esencia de la poesía pura. Arreaza Calatrava permanecerá al margen del cambio que se avecina. Su innegable talento terminará alejándose de la tarea estética, para entregarse a una aventura interior de búsquedas espirituales que le conducirán a la visión. Pero esa visión no se traducirá al público, en obra de originalidad contundente.

Anderson Imbert, en *Historia de la Literatura Hispanoamericana,* dedica algunas líneas a Arvelo Larriva y a Arreaza Calatrava. Califica al primero de "juguetón"; al segundo de "serio", "dolorido", e indica que en los poetas venezolanos "el modernismo estaba aguado con mucho romanticismo". El juicio es certero y puede aplicarse a Juan Santaella (1882-1927), a Ismael Urdaneta (1885-1928), a Elio Sánchez Rubio (1888-1931), a Luis Yépez, a Sergio Medina (1882-1933), quien dio una nota nativista bastante propia, a Leoncio Martínez, humorista sobresaliente en otros aspectos y víctima de las cárceles de Juan Vicente Gómez.

Alcanzamos una encrucijada en la Historia de Venezuela. El 19 de diciembre de 1908, Juan Vicente Gómez a quien Castro dejara la Presidencia mientras viajaba a Europa por razones de salud, reaccionó contra su compadre y tomó el Poder. El país apoyó esa reacción, pues Castro había asqueado a la población con sus desplantes y corrupción. Sin embargo, nadie podía pre-

ver que el nuevo caudillo se quedaría en el Poder durante 27 años, y que su reino sería uno de los más implacables y absolutistas de cuantos padeció Venezuela. Tres generaciones de escritores tuvieron que actuar bajo su dilatado gobierno. Hubo personalidades que quedaron invalidadas por cárceles o destierros. Otras, por lo contrario, se crecieron ante el castigo o bien templaron sus facultades creadoras en la lucha contra la dictadura. Algunas aceptaron la jefatura de Gómez y pusieron su inteligencia a su servicio. Sea como fuese, con esa historia llegamos a nuestros días.

*Rehabilitación del régimen colonial*

EL POSITIVISMO y las perspectivas abiertas por sus métodos dieron muchos frutos, entre los cuales la obra de José Gil Fortoul y de Lisandro Alvarado, de quienes ya se ha hablado. Habría que añadir la de algunos contemporáneos suyos, como José Ladislao Andara (1868-1923), autor de *Evolución Social y Política de Venezuela* (1904), y Julio C. Salas (1870-1932), quien indagó aspectos etnológicos y etnográficos en sus libros *Tierra Firme* (1908) y *Los Indios Caribes* (1920). Pero una de las consecuencias más inesperadas de la reacción positivista fue la que dio lugar a la rehabilitación de la herencia colonial.

La historiografía grandilocuente y romántica de J. V. González, Felipe Larrazábal, Eduardo Blanco, parecía tener como meta la exacerbación de los sentimientos anti-españoles mediante la exaltación desmedida de las acciones patrióticas. El propio Arístides Rojas, en sus *Leyendas Históricas,* no escapa a esa exageración. Tampoco Rafael María Baralt, pese a su ponderación. De modo que las guerras de Independencia se convertirían en epopeyas en las que se oponían héroes republicanos y villanos realistas.

Los estudios subsiguientes, nacidos al calor de las teorías científicas pregonadas por el Positivismo y el Evolucionismo, revisaron despiadadamente la historiografía romántica y, al desechar sus exageraciones favorables a los patriotas, auspiciaron indirectamente la rehabilitación de la herencia colonial.

En 1909, con motivo de ingresar a la Academia de la Historia, Angel César Rivas (1873-1930) pronunció un discurso en el que, en términos ponderados, refutó a los detractores de la herencia española, expuso determinados aspectos del grado de adelanto alcanzado por la Administración colonial y atribuyó a éstos la existencia de hombres como los que intervinieron el 19 de Abril. Rivas dejó otros trabajos relacionados con Jurisprudencia e Historia, entre ellos uno referente a la Diplomacia de los Estados Unidos y de la Monarquía en Colombia. Después de Rivas aumentaron los partidarios de reivindicar la herencia colonial. Caracciolo Parra Pérez (1888), en su

obra *El Régimen Español en Venezuela* (1932), ofreció demostraciones válidas de la gestión política del gobierno peninsular. Parra Pérez es hoy uno de nuestros más calificados historiadores y la enumeración de sus obras ocuparía un espacio que debemos ahorrar, razón por la cual nos limitaremos a nombrar: *Historia de la Primera República de Venezuela* (1939) y *Mariño y la Independencia de Venezuela* (1954-1957). Caracciolo Parra León (1901-1940), catedrático de la Universidad Central, fallecido prematuramente, estudió, con fines de despojarla de sus tintes tenebrosos, la enseñanza colonial en nuestro país. *La Instrucción en Caracas* (1932) y *Filosofía Universitaria Venezolana* (1934) recogen las conclusiones de esa investigación. Héctor García Chuecos, en su *Historia Colonial de Venezuela* (1934), se muestra partidario de la cultura española. Pero ningún historiador llevó tan lejos la exaltación de los valores tradicionales españoles y la lucha abierta contra la influencia anglosajona, como Mario Briceño-Iragorry (1897-1958). En *Tapices de Historia Patria* (1935), *El Caballo de Ledesma* (1942), *Mensaje sin Destino* (1951), *Introducción y Defensa de Nuestra Historia* (1952), *Alegría de la Tierra* (1952), Briceño-Iragorry convierte la investigación histórica en una santa cruzada por el rescate del sentimiento de la nacionalidad, el cual suele confundirse peligrosamente con la exaltación de la hispanidad.

Perdiendo toda noción de objetividad histórica, Briceño-Iragorry llegó a declarar lo siguiente, en su cátedra de Historia Colonial de la Universidad Central: "En aquel evento, nuestros Padres tomaron como medio de lucha las armas de los viejos enemigos del imperio español. No solo les facilitó Inglaterra rifles y pólvora para la aventura de la guerra; también les dio el instrumento intelectual de su odio y de su descrédito contra la madre Patria. Es decir, nuestros Padres se aliaron para atacar la Metrópoli con los hombres que habían sido los seculares adversarios del pueblo de que éramos parte, y la *leyenda negra* del despotismo y de la ineptitud de España, que habían creado los ingleses, se unió al odio contra la Metrópoli, que había provocado el propio sistema Colonial en el ánimo del criollo". Al oponer anglo-sajones y españoles usa términos por lo menos sorprendentes en un historiador moderno: "la luz enfermiza de la Media Luna" que amenazó "la totalidad religiosa de la Península"; el "corsario, nueva faz del moro secular"; los "piratas y bucaneros que fueron también como brazos en la lucha de Inglaterra contra la catolicidad española". De modo que para este escritor, nacionalidad, hispanidad, catolicidad, forman una identidad contra la cual trabajan la herejía anglo-sajona y los filibusteros y piratas armados por ella como antaño lo hiciera el Islamismo contra España.

Los comunistas venezolanos, por razones de estrategia política en su lucha contra los Estados Unidos, exaltaron como análisis histórico válido esa

pasión anti-sajona del eminente autor trujillano. No les preocupó, con ello, propugnar la recaída en los errores que combatió el Positivismo. Ni tampoco les inquietó la contradicción flagrante entre su aspiración historicista-científica y el apoyo que prestaban a una obra guiada por actitudes emocionales, ajenas a la observación de los hechos y a la comparación esclarecedora. La verdad es que los militantes comunistas suelen poner la conveniencia política por encima de la verdad de los hechos. Son pragmáticos, pese a declararse dialécticos, y dogmáticos para poder golpear sin dudar al adversario.

Lo válido de la obra de Briceño-Iragorry no será nunca su diatriba contra los anglo-sajones — cuya influencia beneficiosa no puede ser negada, pues la Emancipación de los Estados Unidos, alentó los sentimientos independientes de los autores del 5 de Julio y, por otra parte, los voluntarios británicos pagaron con sus personas, en más de una batalla, la ayuda prestada a nuestra causa republicana — sino su pasión venezolanista, el amor sentido hacia su terruño, hacia sus antepasados, hacia su heredad cultural, tanto más respetables cuanto ya en la senectud escogió el camino del destierro para ser leal a su desvelado y vehemente patriotismo.

*Sociología y Dictadura*

OTRA CONSECUENCIA inesperada del Positivismo, en nuestro país, fue la sociología que se propuso justificar la dictadura de Juan Vicente Gómez. Ya Gil Fortoul, en *Filosofía Constitucional,* esbozó el tema. Pero fueron Laureano Vallenilla Lanz (1870-1936) y Pedro Manuel Arcaya (1874-1958), los intelectuales que más se comprometieron en aquel sentido. Vallenilla Lanz condensó su teoría sobre el Gendarme Necesario, culminación de su análisis sobre la realidad social y política venezolana, en *Cesarismo Democrático* (1919). En *Críticas de Sinceridad y Exactitud* (1921) reunió un grupo de ensayos que contemplaban diversos temas, desde las relaciones interamericanas hasta los beneficios que, en opinión suya, trajo el régimen de Gómez al país. En *Disgregación e Integración* (1930), obra que quedó inconclusa, estudió la formación de la sociedad venezolana. No se puede negar que la obra de Vallenilla Lanz, más allá de su exégesis gomecista, contribuyó a modificar sustancialmente la apreciación que se tenía del proceso de la Independencia — cuyas guerras presentó como contiendas civiles y rebeliones populares contra la República teórica nacida de la admiración a la Revolución Francesa — y del papel desempeñado por los distintos grupos sociales: autoridades metropolitanas, aristocracia criolla y masas populares. El pesimismo sociológico consistió en aceptar como hecho necesario, ante la presunta incapacidad de nuestros pueblos para gobernarse a sí mismos, la presencia de

un Dictador paternalista y omnipotente. Esa incapacidad de nuestros pueblos se debía, según esas teorías, a factores raciales, sociales y climáticos. El Conde de Gobineau, Bouglés, Gustavo Le Bon, el peruano Francisco García Calderón con su libro *Les Democraties Latines de l'Amerique* (1914), al argentino Francisco Bulnes, que atribuía al clima factor determinante y con base a esa apreciación aprendida en Buckle y en Taine, trazó el más exasperado y desolador cuadro de las sociedades mestizas y tropicales, inspiraron a Vallenilla Lanz para la elaboración de su teoría venezolana del Dictador necesario. Pedro Manuel Arcaya invoca la autoridad de los maestros del Positivismo para orientar sus trabajos, menos polémicos que los de Vallenilla Lanz, en la misma dirección justificadora de la dictadura, del hombre fuerte sin el cual la República naufragaría en la demagogia y el caos. *Estudios sobre personajes y hechos de la Historia Venezolana* (1911), *Estudios de Sociología* (1908), *Venezuela y su Actual Régimen* (1935), son las obras en las que Arcaya expone sus ideas socio-políticas, porque en otros libros limita su exploración a la investigación histórica: *Narración del Primer Viaje de Federmann* (1910), *Historia del Estado Falcón* (1920). A pesar del pesimismo sociológico que movió a esos autores a alejarse de los conceptos de democracia representativa y de garantías individuales pregonados por nuestras constituciones — pero casi siempre violados — y a disfrazar con la imagen de un César paternalista y organizador, la ambición de mando y de riqueza, la arbitrariedad política y la violencia sin pensamiento de gobierno, pese a esos extravíos, decimos, sus trabajos han contribuido a despejar los lineamientos generales hacia una interpretación más acorde con la Historia tomada como ciencia y con la Sociedad tomada como determinante de esa Historia.

### *Sociología Democrática*

DOS AUTORES, situados en las posiciones más radicalmente opuestas, enjuiciaron la sociología pesimista y señalaron lo que tenía de equivocada, sistemática y tendenciosa. Esos autores, para colmo de coincidencias, publicaron sus libros el mismo año: en 1938. Nos referimos a la crítica marxista de Carlos Irazábal en *Hacia la Democracia,* y a la conservadora de Augusto Mijares, en *Interpretación Pesimista de la Sociología Hispanoamericana.* Estos dos libros restituyen el optimismo en los formas de evolución democrática (Irazábal) y legalista (Mijares). El uno representa el pensamiento revolucionario, adaptado a una salida evolutiva y democrática; el otro la defensa del espíritu tradicional en una tentativa de convivencia social. Carlos Irazábal, después de escribir *Hacia la Democracia,* cuya importancia como crítica

marxista no ha sido aún precisada, aunque esté ya en vía de revisión (5). no ha vuelto a publicar libro alguno. En cambio, la obra de Augusto Mijares se enriquece constantemente con trabajos relacionados con la Historia o la Sociología: *Hombres e Ideas en América* (1940), *Educación* (1943), *La Luz y el Espejo* (1955).

La posición de Gil Fortoul frente a las tendencias españolizantes o cesaristas queda finalmente expresada en el prefacio a la Segunda Edición revisada de *Historia Constitucional* (1930), y en esto, como en otras cosas, resulta esclarecedora y equilibrada: "La mayoría de los historiadores y publicistas que han escrito sobre estas cosas desde otros puntos de vista, paréceme que se ha dejado extraviar por espejismos e ilusiones. Ilusión, ver en la Independencia una "guerra civil", cuando evidentemente desde 1811 fue guerra internacional, de la nueva nacionalidad americana, aunque todavía en formación, contra la nacionalidad representada por la tradicional monarquía española, guerra en la cual hubo, como en todas, vicisitudes numerosas. Ilusión, ver en las nuevas Repúblicas una simple "prolongación" de España, y hablar de raza hispánica, del alma hispánica, aplicando semejantes términos a una supuesta unidad orgánica, política, moral, que no existió nunca. Ilusión, pensar que por servirse de la misma lengua España y América tengan o vayan a tener el mismo desarrollo intelectual. Con la lengua habrá siempre una "cultura" hispanoamericana, pero cultura que en América tendrá siempre carácter especial como combinación varia de hispanismo, indianismo y cosmopolitismo. Ilusión, por último, convertir al Libertador en "genio representativo de la raza". ¿De cuál raza?" No se puede ser más tajante y alusivo. Lo de "guerra civil" es con Vallenilla Lanz y Arcaya. Lo de "prolongación" es con el grupo de reivindicadores de una hispanidad exaltada, con Mario Briceño-Iragorry a la cabeza. Lo del "genio de la raza" puede referirse a la exaltación pasional que Vicente Lecuna hacía del Libertador.

### *Otros Historiadores*

MAYORES que Gil Fortoul y Lisandro Alvarado, fueron Francisco González Guinán (1841-1932) y Manuel Landaeta Rosales (1847-1920). De la copiosa obra del primero, que fue creciendo día a día, dijo Picón Salas que constituia "crónica inmensa, y de cierto modo irreemplazable, de nuestra vida republicana". Gil Fortoul, en la Segunda Edición de *Historia Constitucional*

(5) La revista *Crítica Contemporánea* (Nov.-Dic. de 1961) publica un brillante artículo sin firma en el que se enjuicia, desde un punto de vista marxista, las deficiencias metodológicas y dialécticas de la obra también de inspiración marxista: *Ensayos de Historia Social Venezolana* (1960) por Federico Brito Figueroa. En esa crítica penetrante y ceñida al tema se puede leer este juicio: "Es decir, una demostración más de que la interpretación marxista dogmática de la Historia de Venezuela sigue tan lozana como en los buenos tiempos de *Hacia la Democracia*."

(1930), cuando la obra de González Guinán debía estar por el tomo quince o diez y ocho, asienta una nota al pie de página que revisó para añadir el juicio crítico: "*Historia Contemporánea de Venezuela* por el doctor Francisco González Guinán (consultable especialmente por la copiosa documentación suministrada por Manuel Landaeta Rosales)". A continuación señala que esa obra, como el *Décimo Estudio Histórico-Político* por Luis Ruiz (Domingo Olavarría), la *Historia Contemporánea de Venezuela, Política y Militar* del General Luis Level de Goda y la *Vida del Valiente Ciudadano Ezequiel Zamora* por Laureano Villanueva, constituyen "alegatos a favor del partido liberal". Se comprende ahora que uno de los objetivos de Lisandro Alvarado fuera el de rectificar el juicio histórico sobre la Revolución Federal, pervertido por las pasiones políticas de los liberales y de los conservadores o constitucionalistas.

Según Lucas Manzano, — buen conocedor de la crónica caraqueña y venezolana —, la bibliografía de Landaeta Rosales está compuesta por "un total de veinte y más libros; setenta folletos; ciento cincuenta estudios históricos que vieron la luz en diarios y revistas nacionales; cuarenta y ocho biografías; hojas de servicio de venezolanos eminentes; veinte y más obras estadísticas y un número indeterminado de publicaciones en las que colaboró eficientemente..."

Otros historiadores se dedicaron a la investigación, sin dejar que sus inclinaciones políticas perturbaran la materia estudiada, salvo un Vicente Lecuna (1870-1954) que elevó a categoría de dogma el culto bolivariano, lo cual de ninguna manera resta mérito a su obra fundamental: *Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar* (1950). Pero Carlos A. Villanueva (1865-1925), Manuel Segundo Sánchez (1868-1945), autor de la admirable *Bibliografía Venezolanista* (1941), José Eustaquio Machado (1868-1933), Monseñor Nicolás Eugenio Navarro (1867-1960), Vicente Dávila (1874-1949) se mantuvieron al margen de la polémica pro-hispanizante o cesarista. Andrés F. Ponte (1881-1948) autor de un escueto y bien documentado estudio sobre el 19 de abril, *La Revolución de Caracas y sus próceres* (1918), del cual se deduce que aquel acontecimiento tuvo más de golpe de estado que de movimiento popular, hizo oposición al régimen de Gómez y se exiló, pero no mezcló la indagación histórica con la diatriba política. José Santiago Rodríguez, en 1935, publicó un notable trabajo, ampliamente documentado: *Contribución al Estudio de la Guerra Federal.* El agudo y excelente escritor, Eloy G. González (1873-1950), se destaca como una de las más brillantes inteligencias históricas de ese período, lo cual puede ser apreciado en su *Historia de Venezuela desde el Descubrimiento hasta* 1858 (Tres Tomos), empezada a publicar en 1930, y en su *Al Margen de la Epopeya* (1933).

*Nuevas Perspectivas Literarias*

LA PROPAGACION de las ideas resulta indetenible. Los profundos descubrimientos intelectuales, estéticos, filosóficos, psicológicos efectuados a finales del siglo XIX y principio del siglo XX, traducidos a las nuevas tendencias plásticas, musicales, literarias, a sus ramificaciones, a las teorías de Freud y de Jung, a los movimientos explosivos de vanguardia, tenían que rebasar el continente de la dictadura, tanto más cuanto ésta no se preocupaba por detener la expansión de las ideas artísticas, las cuales le eran indiferentes. Las dictaduras venezolanas nunca han sido totalitarias, es decir, ideológicas y por lo tanto empeñadas en interferir todas las actividades humanas, al estilo de las que impusieron en sus respectivos países, por todos los medios, inclusive los más reprobables, hombres como Stalin y Hitler. Nuestros dictadores, si bien implacables con quienes traten de derribarlos, rara vez se preocupan por amoldar a sus designios las tendencias universales, las expresiones artísticas, las especulaciones intelectuales, las vivencias subjetivas. Su ideario se limita a no dejarse derrocar.

De modo que, bajo la Dictadura de Gómez, a pesar de la represión política, progresó la novelística, se produjeron movimientos estéticos anticonformistas como el que se agrupó en el Círculo de Bellas Artes, en 1912; como el que se expresó en *Válvula* (1928). Desde 1918, hasta la muerte de su director y fundador, en 1938, pudo circular una revista de tanta jerarquía intelectual como *Cultura Venezolana*. En relación con la Música, ya se dijo en el capítulo correspondiente que la fecha de su despertar, tras la larga somnolencia de los valses, las canciones románticas, las zarzuelas, las marchas y las melopeas, se sitúa hacia 1919. Las ciencias históricas, pese al extravío cesarista o a la exageración hispanófila, progresaron en su propósito de reunir hechos y documentos, y de someterlos al análisis y a la crítica comparativa. Se desarrollaron los estudios pre-colombinos y del pasado colonial. Las ciencias médicas dieron pasos decisivos, lo mismo que la sanidad pública. Lo cual, de ninguna manera, pretende disculpar al régimen por las arbitrariedades cometidas con las personas y con los poderes representativos, nunca constituídos mediante elecciones libres.

Como ya se dijo, la llegada de Juan Vicente Gómez al Poder fue saludada con esperanza por la colectividad nacional, hastiada de Castro y de sus desmanes. El idilio entre la opinión pública y el nuevo Presidente duró poco. Gómez tenía aún más vocación de mando arbitrario que Cipriano Castro y, además, era una voluntad poderosa en marcha. Nada le detuvo en su propósito tenaz de quedarse en el Poder y de aplastar toda oposición.

Sin embargo, durante los primeros meses de su gobierno hubo un remedo de libertad. Los ánimos despertaron. Un grupo de jóvenes intelectuales

fundó una revista que tuvo efímera existencia, pues sólo aparecieron ocho entregas, de enero a marzo de 1909. Esa revista se titulaba *La Alborada.* Integraban el grupo Julio Horacio Rosales, Julio Planchart (1885-1948), Rómulo Gallegos, quien nació en 1884, Enrique Soublette, fallecido prematuramente en 1912, Salustio González Rincones, talento inquieto que nunca llegó a dar frutos maduros. Contemporáneos de estos escritores serán el crítico Jesús Semprúm (1882-1931), Luis Correa (1888-1942), el fino autor de *Terra Patrum,* los poetas Arvelo Larriva y Arreaza Calatrava ya estudiados, José Rafael Pocaterra (1888-1954), el novelista venezolano que con mayor poder de estilo respondió al naturalismo y lo exacerbó hasta el sarcasmo y la sátira. Con la obra de Gallegos, la novela venezolana alcanza categoría extranacional, pero sin renunciar a expresar lo nativo. No había sido otro el propósito de todos nuestros novelistas, desde Díaz Rodríguez y Blanco Fombona hasta Urbaneja Achelpohl. La fórmula de lo que tantos imaginan como un obligatorio rechazo de lo vernáculo para poder alcanzar lo universal, es ésta de don Miguel de Unamuno: "Hallar lo universal en la entraña de lo local, y en lo circunscrito y limitado, lo eterno".

En el campo de la novela y del cuento, José Rafael Pocaterra se perfiló entre 1913 y 1922 como la gran figura creadora, en camino de convertirse en la personalidad continental que nos faltaba. Observó con inteligencia y sensibilidad la vida en torno suyo, los moradores de las capitales de provincia donde residió — Valencia, Maracaibo — los campesinos de los arrabales y aledaños. Animó con esos personajes pertenecientes a diversos grupos sociales, sus novelas y relatos. Así nacieron *Política Feminista* (1913), *Vidas Oscuras* (1915), *El Doctor Bebé* (1916), *Tierra del Sol Amada* (1918), *Patria la Mestiza* y *Cuentos Grotescos* (1922). Pedro Díaz Seijas apunta que el estilo de Pocaterra se formó con la influencia de "la fuerza descriptiva y el acento social de un Gorki", "el documento realista aprendido en Zola", "la sabia ironía de Queiroz". Sin embargo, después de esa brillante trayectoria, cuando contaba sólo 34 años, cesa la creación artística. Pocaterra fue devorado por la acción política. Combatió a Gómez y éste le sepultó en una celda de La Rotunda donde conoció la vida infrahumana del presidio venezolano. El novelista no se repuso de esa atroz experiencia. Durante su encarcelamiento escribió su última novela: *La Casa de los Abila,* — que sólo vino a publicar en 1946 — y al salir de él, un escalofriante documento sobre la cárcel, la corrupción de las clases dirigentes, la adulación a Gómez, el fondo de crueldad insana que se esconde en el carácter del venezolano, sus rasgos de nobleza, la desesperación, la mortal agonía en los presidios: *Memorias de un Venezolano de la Decadencia.* Tan sólo en 1936 vio la luz esa terrible exposición contra el régimen de Juan Vicente Gómez. Más allá de su inmediata contemplación, las *Memorias* revelan el elemental sadismo político llevado al

límite del absurdo y la crueldad de la Historia que nunca distingue ni a víctimas ni a victimados, en su implacable mecanismo de destrucciones y fundaciones. Pocaterra, después de pasar por la cárcel, se dedicó a la acción revolucionaria contra Gómez y a la redacción de su requisitoria magistral. Mientras tanto ascendía la estrella de Gallegos y cruzaba por el cielo de nuestras letras, como un bello meteoro, la dulce y secreta Teresa de la Parra (1898-1936), mujer de fábula, fallecida en la plenitud de su hermosura y de su talento, autora de dos libros únicos e inagotables: *Ifigenia* (1924) y *Memorias de Mamá Blanca* (1927).

Con ella se descubre un mundo de interioridad tenido hasta entonces por vedado; el de la *señorita bien,* el de la criolla cercada por prejuicios, prohibiciones, imposiciones familiares, costumbres anacrónicas, ceremoniales domésticos a los que no se podía faltar, metas fijadas de antemano. El símil con el personaje del drama griego no puede ser más evidente: Ifigenia criolla sacrificada en el altar de las buenas costumbres y de la autoridad familiar. Uslar Pietri definió admirablemente el personaje: "una señorita: ese ser monstruosamente delicado y complejo. Esa flor del barroco". Teresa de la Parra refiere la historia de la última de ellas, nacida en el siglo XX, en una capital provinciana, invadida por los aires rurales de sus aledaños, en una casona de portón ancho, de corredor empedrado, de patios interiores donde crecían los helechos, los geranios, alguna araucaria grácil, y cuyas ventanas siempre cerradas, recataban celosamente la vida de sus moradores, en especial la de las *niñas,* encendidas por fugaces ensueños o ensombrecidas por melancolías repentinas. Teresa de la Parra fue la primera escritora venezolana que contó la vida de aquellas casas por dentro, que evocó aquel tiempo de *temperamentos* y de trapiches, que tradujo a la ficción la manera de ser de aquellas gentes con quienes iba a morir una imagen de Venezuela, un estilo de vida, una compostura social.

Rómulo Gallegos (1884-) empezó escribiendo ensayos; luego en cuentos y piezas de teatro discutió consigo mismo sus ideas y su interpretación de Venezuela. Finalmente, en 1920, publicó su primera novela: *El Ultimo Solar.* Esta obra recoge las temáticas ambientales, las búsquedas estilísticas del autor, las preocupaciones de su generación, las ambiciones hacia un nativismo trascendente, el pesimismo social imperante. Reinaldo Solar es la representación cabal de la fuerza desorientada, motivación fundamental en la obra galleguiana. En 1922 se asoma al naturalismo con *La Rebelión,* boceto de novela. En 1925, escribe su primera novela optimista: *La Trepadora.* El mismo la define en estos términos: "Yo no he querido hacer en La Trepadora un planteamiento de lucha de clases sociales, con partido tomado, sino una pintura de formación de pueblos que puede realizarse con alegría si se procura la bondad". Todo el pensamiento del autor está en esa voluntad de

conciliar, por las buenas, contrarios empecinados. Condenará incesantemente la violencia — si por la paz se puede conseguir lo que se persigue —; la desorientación e inconstancia; el culto al machismo bárbaro; la arbitrariedad bajo todas sus formas. Con *Doña Bárbara* (1929) alcanzará la fama internacional y, al mismo tiempo, creará la figuración universal de la barbarie sobre la que operar, con la magia del arte, el exorcismo sin el cual no podía sanar Venezuela. La barbarie, como lo señala el crítico marxista Ramón Losada Aldana, "es la victoria de la naturaleza sobre un tipo histórico de hombre, el hombre feudal", y por lo tanto implica la Reforma Agraria tanto en la pertenencia territorial cuanto en los sistemas de producción, pero es también la tendencia innata a resolverlo todo por la violencia, propio de la juventud — por lo tanto de los pueblos jóvenes como los hispanoamericanos — la impaciencia revolucionaria, el *tirar la parada,* el confundir la acción con la arremetida, causas de muchos fracasos, cuyo remedio estriba en el cultivo de la serenidad interior y de las vías de ascensión espiritual, en la educación del carácter y de la voluntad. Las figuraciones de esos dos impulsos bárbaros dan lugar a la creación de personajes profundamente venezolanos: los rapaces de la tierra y los jóvenes impacientes y desorientados. Es decir, para nombrar solamente a los más logrados, entre los primeros: Hermenegildo Guaviare y Parmenión Manuel *(El Forastero),* Hilario Guanipa *(La Trepadora),* Doña Bárbara y Melquíades Gamarra, Juan Francisco Ardavín, Cholo Parima; entre los segundos: Reinaldo Solar, Marcos Vargas, Demetrio Montiel *(Sobre la Misma Tierra),* Pedro Miguel Candelas *(Pobre Negro).* Las protagonistas, en general, son "Ifigenias" criollas, señoritas de familias aristocráticas venidas a menos y cuyo papel consiste en entrelazar los gajos de la trepadora venezolana, desposándose con hombres del agro — hijos naturales, mestizos o mulatos resentidos — a quienes serenan.

La obra de Rómulo Gallegos se presenta como un *ciclo,* es decir, como un conjunto de escritos comunicantes entre sí y centrados en torno a una misma problemática, y no como una sucesión de libros independientes unos de otros. Por otra parte, esa obra encara a los lectores con cierto número de *constantes,* es decir de temas que conservan un valor fijo en el desarrollo de la creación literaria. Las principales *constantes* del *ciclo* galleguiano son: a) la Fuerza Desorientada; b) Matrimonios desiguales y mestizajes; c) lucha entre la Civilización y la Barbarie; d) el Alma Dormida y la necesaria misión de despertarla, tema que se enlaza con el anterior; e) el Pecado contra el Ideal. Su mensaje propone la liberación personal mediante la ruptura con prejuicios de sangre y el triunfo sobre complejos de nacimientos y resentimientos sociales, lo cual se obtiene por la vía del amor; o la dedicación a una tarea de redención social y popular, trascendiendo en ella lo subjetivo y frustrado, si es que lo hay. La fuga de Luisiana y de Pedro Miguel, en *Pobre*

*Negro,* condensa la primera solución. La acción social de Remota Montiel en *Sobre la Misma Tierra,* describe la segunda posibilidad. Las novelas de Gallegos despiertan en quienes las leen la conciencia del existir venezolano. El tiempo cronológico en que transcurren las acciones es el que precede la Edad del Petróleo. Pero a través de esa cronología, se alcanza un tiempo diferente, el ámbito en que se mueven los arquetipos. De modo que Gallegos creó tipos actuantes en un tiempo cronológico y arquetipos — las figuraciones de la barbarie, de la fuerza desorientada, del mal — trascendidos a un tiempo universal integral, es decir, contentivo de pasado, presente y futuro, simultáneamente. Es, en verdad, nuestro primer clásico.

La maduración del arte de novelar produjo, pues, entre los años de 1913 y 1929 — de *Política Feminista* a *Doña Bárbara* — tres figuras de singular relieve: José Rafael Pocaterra, Teresa de la Parra, Rómulo Gallegos. Esos autores no constituyen casos aislados, sino por lo contrario, resultantes de un indetenible proceso de ascenso en nuestras letras. En redor de ellos todo era fermentos de renovación, rebeldías latentes, inquietudes. La expansión económica y el cambio en las costumbres, debidos a la explotación petrolera, implicaban el consiguiente desarrollo de las letras y de las ciencias. Estas últimas, como lo vimos en el correspondiente capítulo, echaron a andar especialmente en los campos de la medicina y de la sanidad pública.

### *La Vanguardia*

LOS ECOS de las explosiones creacionistas, ultraístas, futuristas, dadaístas, no llegaron sino muy tardíamente a las apacibles costas de nuestras letras. Aquellos movimientos de exasperación nihilista o arte-purista, de emancipación adulta del individuo, respondían a las profundas conmociones sociales y espirituales producidas en el Viejo Mundo, y a la gravitación de la sensibilidad y de la inteligencia aguzadas por XX siglos de evolución y de maduración culturales. De modo que un país joven, elemental, inmaturo como el nuestro, no podía proponerse seguir esos modelos sin caer en la imitación postiza y carente de organicidad. Nuestros escritores tenían que encontrar, dentro de su propia experiencia y existencia, en función de nuestra realidad, la manera de asimilar aquellas posiciones intelectuales y experimentaciones estilísticas. Nuestras artes corren siempre dos peligros: el de estar atrasadas con respecto a las corrientes contemporáneas más avanzadas, o el de copiar, el de fingir, el de simular, a fin de no quedarse rezagadas. Entre esos dos peligros, se encuentran las verdaderas posibilidades creadoras. Dieron en ellas Teresa de la Parra y Gallegos, Reverón y el Poleo de la primera época, Pérez Bonalde y Lazo Martí, aunque éstos ligeramente rezagados. Nuestra Poesía

se puso realmente al día, es decir, se libertó de la preceptiva, en 1924, cuando apareció *Aspero,* de Antonio Arraiz.



¿Quién era Antonio Arraiz? ¿Qué contenía *Aspero?*

Antonio Arraiz nació en Barquisimeto en 1903. Tenía 8 años cuando su familia se trasladó a Caracas y 16 cuando se marchó a los Estados Unidos, decidido a ser actor de cine y aviador. Desembarcó en Nueva Orleans. Cuando alcanzó Nueva York, le quedaban sólo 50 céntimos en el bolsillo. Ejerció los oficios más dispares y duros. Viajó por el ancho territorio de la Unión. Regresó a Caracas, donde se empleó en una empresa de cines. Escribía crónicas de football y de hipismo. Era amigo de Luis Enrique Mármol (1879-1926), el poeta desesperado de *La Locura del Otro,* publicada en 1927. Mármol, más culto que el joven Arraiz pero menos creador, le puso sin embargo en el camino del arte. Se dio a leer hacia 1922. Aún no había desistido de ser aviador, marino, actor. Le llamaba la aventura. Y también el amor. Entre la publicación de *Aspero* y la rebelión estudiantil de 1928, trató de alistarse en una revolución, viajó a Curazao, pero terminó comprando una balandra con Ricardo Fuentes, y enamorándose de una muchacha que murió súbitamente del corazón. Aunque no era estudiante se sumó a éstos cuando las protestas del año 28. Y el 7 de abril cayó preso, en el fracasado intento de tomar el Cuartel San Carlos. En la tarde de ese mismo día le estaban torturando en el Cuartel de El Cuño. Un cepo de 20 máuseres. Cantó el Himno Nacional para soportarlo. Le sepultaron en La Rotunda hasta el 1º de enero de 1935, luego le confinaron en Barquisimeto, le volvieron a detener en agosto, le desterraron. Regresó al país en abril de 1936. Ejerció algunas funciones públicas y trabajó en los diarios democráticos. Fue director-fundador de *El Nacional.* Orientó la opinión pública en los más diversos aspectos. Exaltó los procedimientos democráticos. Combatió la quema y la deforestación. Defendió nuestros recursos naturales. Creyó en la gradual recuperación cívica del país. Los sucesos ulteriores a la caída de Medina le desencantaron profundamente. Se asqueó de nuestra vida política, que parece incapaz de adoptar fórmulas de conciliación y de evolución. Después de la reacción militarista que derrocó el gobierno de Rómulo Gallegos, se ausentó del país. Vive desde entonces en los Estados Unidos. Había amado a su patria con ejecutorias de hombre de bien. Su desencanto recuerda el de Juan Crisóstomo Payara.

Los poemas de *Aspero* rompen, desde un punto de vista formal, con la tradición clásica venezolana. Arraiz fue el primero en desechar la rima consonante, el verso preceptivo, las composiciones consagradas — soneto, silva, octava real, cuarteto. Su audacia resulta excepcional, sobre todo si

advertimos que su consejero más querido, Luis Enrique Mármol, no se atrevió a prescindir de la preceptiva tradicional. De modo que el llamado versolibrismo empieza con *Aspero.* En cuanto al contenido, todo cabe en estos versos:

*"Canto mi América virgen.*
*Canto mi América india*
*sin españoles y sin cristianismo."*

Arraiz exaltaba la lucha, el amor libre, el esfuerzo del músculo, la sensualidad, la naturaleza. Insólito resultaba su canto, en medio de la compostura a la que se había plegado siempre nuestra poesía. Su nativismo se remozaba en un sentimiento panteísta, whitmaniano, de la americanidad. Mientras estuvo preso, amigos suyos de la Argentina publicaron otros poemas reunidos bajo el título de *Parsimonia* (1932). En ellos la inspiración se tornaba menos adjetiva, alegórica, para nutrirse de la propia experiencia vital. Lo que era intuición de Whitman, se convierte en *Parsimonia,* en experiencia consciente. Esta última obra no tiene la importancia histórica de *Aspero,* pero, en cambio, contiene algunos de los más hermosos y profundos poemas de Arraiz. Además, constituye una suma, es decir, reune los testimonios de una etapa de vida. *Aspero* es un canto exterior, basado en una temática preconcebida. En *Parsimonia* no hay sino lo que brota de la propia pena o de la euforia, o del esfuerzo o del recuerdo. En 1939, Arraiz daba a la publicidad *Cinco Sinfonías.* La *Sinfonía V* o *Inconclusa* constituye el más apasionado y trascendente canto del amor escrito en Venezuela. El tema de la amada se integra al de la lucha misma del hombre con la naturaleza, de modo que este canto se ahonda en sonoridades de una épica subjetiva, y la aventura amorosa queda sublimada en una suerte de revelación integral de lo telúrico ingente. Rachas de influencia nerudianas en nada desmerecen la integridad de este poema magistral que continúa respondiendo, dentro de una sensibilidad por fin libertada del carcaj de la rima consonante y de la métrica tradicional, a esa toma de conciencia de nuestra realidad trascendida a una sobre-realidad poética. La *Sinfonía Inconclusa* de Arraiz es el cuarto gran poema de nuestra lírica.

Pero la actividad creadora de Antonio Arraiz no se limitó a la Poesía. En su ardimiento por entender a su país, por expresarlo y encontrarse a sí mismo en él, escribió obras de ficción y textos escolares, ensayos y tratados, una geografía deslumbrante, y, en la actualidad, una Historia de implacable elocuencia estadística y documental, de lenguaje despojado, sometido por entero a la verdad de los hechos y de las cifras. En *Culto Bolivariano* (1939) quiso poner al alcance de jóvenes y adultos la lección vital e ideal que significó el Libertador. En *Tío Tigre y Tío Conejo* (1940), con virtud de estilo y de

escritura clásicos, nos presenta, a través de figuraciones zoológicas, la comedia humana venezolana. Cada animal es un tipo psicológico. Al final de la obra se condena la violencia como camino de ascenso político-social. Tío Conejo se niega a tomar parte en una revuelta contra Tío Tigre y declara: "No es éste el camino. Derrocaremos por la violencia un gobierno que se sostiene por la violencia; y por la violencia necesitaremos continuar sosteniéndonos, y la violencia seguirá entronizada en medio de la vida plácida de los animales". "No está en el ejercicio del poder, ni en el trueque de los gobiernos y de los gobernantes el secreto de la felicidad de los pueblos; no está, tampoco, en los giros de la engañosa política, porque la política es sólo una manifestación exterior, muy superficial y frívola, y casi siempre desquiciada, de lo que reside en la profunda alma de los animales; y la felicidad no es más que esto último: el tono de esa alma, su categoría y su nobleza". Corresponde al lector relacionar esta declaración con las que Gallegos hizo sobre el mismo problema y con los pensamientos de Cecilio Acosta. Todo ello nos pone en camino hacia esa angustia civil venezolana que aún no ha logrado imponer su mensaje y despertar en el sentir colectivo, el repudio consciente de procedimientos seculares de violencia e impaciencia.

Varias novelas escribió Arraiz. Tan sólo *Puros Hombres* (1938) ofrece una perspectiva de renovación técnica. Arraiz descarta las descripciones de autor a fin de que los personajes se describan a sí mismos mediante lo que hacen y lo que hablan. El ambiente se desprende de esa acción interior. Esta novela escueta y terrible constituye, al mismo tiempo, una tentativa de novelar con procedimientos diferentes de los de Gallegos y la única ficción convincente sobre la vida en el presidio político venezolano, ya que Pocaterra prefirió escribir un documento directo.

Hemos querido dedicar a Antonio Arraiz estos comentarios porque su alejamiento del suelo patrio no debe hacernos olvidar ni la importancia histórica y vital de su obra poética, ni su pasión venezolanista, ni su desencanto desgarrador, ni el hecho inobjetable de que es uno de los escritores más completos de la historia literaria venezolana.

* * *

Después de *Aspero,* se aceleró el movimiento de liberación poética. A veces éste se debió a su influencia, en otros casos las búsquedas de renovación coincidieron sin concertación previa. Por ejemplo, en 1925, José Antonio Ramos Sucre (1890-1930) publicaba *La Torre de Timón,* prosa poética rica en sonoridades, en matices, en adjetivación, en simbolismos. Ramos Sucre hizo del estilo un ejercicio de alta estética. Su lenguaje conciso, noble, altivo, constituye una reacción saludable contra el post-modernismo y los énfasis

propios de la sensibilidad tropical. En 1929, Ramos Sucre dio a la publicidad *Las Formas del Fuego* y *El Cielo de Esmalte.* Su escritura no envejece, gracias a su intrínseca calidad artística y expresiva, de modo que pudo influir en jóvenes poetas de hoy como Rafael Cadenas. Hacia 1944, Carlos Augusto León publicó en las Ediciones Suma un notable trabajo sobre la persona y la obra de José Antonio Ramos Sucre: *Las Piedras Mágicas.*

Entre los años de 1928 y 1935, la literatura dio un vuelco definitivo, y aparecieron obras que tornaban anacrónicas las búsquedas post-modernistas y neo-románticas. Basta comparar *Tierras que me Oyeron* (1921) de Andrés Eloy Blanco y *El Barro Florido* (1924) de Angel Miguel Queremel con *Poemas Sonámbulos* (1931) de Pablo Rojas Guardia y *La Voz de los Cuatro Vientos* (1931) de Fernando Paz Castillo, para medir el abismo que puede separar esas dos concepciones poéticas, en particular en lo que se refiere al estilo. La Vanguardia había nacido. *Válvula* fue su vocero. No pasó de una primera entrega. Después *Elite* congregó a los cultivadores de los nuevos estilos. Hacia 1934, Inocente Palacios fundó *Gaceta de América.* Con esa hoja se hicieron presentes preocupaciones de carácter social e ideológico. No se trató ya de un estallido literario, estilístico, sino de una revisión y valoración de la problemática hispanoamericana.

Esbozaremos el cuadro sinóptico de la actividad literaria desde la aparición de *Aspero* hasta la muerte de Juan Vicente Gómez.

1924. *Aspero* de Antonio Arraiz.

1925. *La Torre de Timón* de José Antonio Ramos Sucre. *La Trepadora* de Rómulo Gallegos.

1927. *La Locura del Otro* de Luis Enrique Mármol.

1928. Primera y única entrega de *Válvula; Barrabás y Otros Relatos* por Arturo Uslar Pietri; Semana del Estudiante, poemas rebeldes de Pio Tamayo, Jacinto Fombona, Antonio Arraiz; discursos de Rómulo Betancourt y de Jóvito Villalba. Manifestaciones estudiantiles y represión.

1929. *Doña Bárbara* obtiene sorpresivamente, en España, el Premio del Mejor Libro del Mes. De la noche a la mañana Rómulo Gallegos se convierte en un escritor famoso.

1930. La voluntad de renovación artística se refugia en *Elite.* Director-propietario, Juan de Guruceaga, verdadero mecenas de la nueva literatura. Jefe de Redacción: el dinámico Carlos Eduardo Frías, quien publica un libro de cuentos siamés con Nelson Himiob, *Canícula-Giros de mi Hélice.* El criollismo se torna vanguardista. Julio Morales Lara da a las prensas *Savia,* poesía vanguardista y criollista.

1931. Tres libros de poesía marcan los nuevos rumbos, de manera lograda y artística. Ha nacido el nuevo lenguaje de nuestra poesía: *Poemas Sonámbulos* por Pablo Rojas Guardia, *La Voz de los Cuatro Vientos* por Fernando Paz Castillo, *Respuesta a las Piedras* por Luis Barrios Cruz. Rojas Guardia bebe en el ultraísmo, en el creacionismo; Paz Castillo, en la poesía noble y melancólica de Machado, de Juan Ramón Jiménez; Barrios Cruz interioriza el nativismo y lo abstrae en metáforas insólitas. Luis Castro publica y escribe. Dos novelas señalan perspectivas propias: *Cubagua* por Enrique Bernardo Núñez y *Las Lanzas Coloradas* por Arturo Uslar Pietri. Mariano Picón Salas, establecido en Chile, entrega al público la novela *Odisea en Tierra Firme* y el ensayo *Hispanoamérica, Posición Crítica.* Año fecundo, como muy pocos en los anales de nuestras letras.

1932. *Virajes,* poemas por Jacinto Fombona Pachano, inscritos dentro de la tendencia hispanizante-andaluza de la cancioncilla, del romance, del uso de formas folklóricas, pertenecientes al cante popular. Alberto Arvelo Torrealba publica *Cantas,* estilización del paisaje y de la poesía del Llano. Enrique Bernardo Núñez recoge tres relatos inspirados en la Historia, bajo el título de *Don Pablos en América*. Carlos Augusto León comienza a frecuentar las tertulias de *Elite,* donde se aplaude su poesía fresca, pura, de un tenso lirismo espiritualizado.

1933. *Vísperas* por Israel Peña, poemas floklorizantes a la manera andaluza de Alberti, Lorca. Mariano Picón Salas publica en Chile: *Problemas y Métodos de la Historia del Arte.*

1934. Rómulo Gallegos publica *Cantaclaro* y *Canaima* en España. Julián Padrón, en Caracas, la novela *La Guaricha.* Guillermo Meneses inicia su trayectoria de escritor con un cuento que obtiene inmensa repercusión nacional: *La Balandra Isabel llegó esta tarde.* Con esta narración vientos nuevos soplan sobre la temática criollista. Se hurga en aspectos crudos de la realidad: el hampa, la brujería, la prostitución, la sexualidad. Aparecen *Geografía Espiritual* por Felipe Massiani, novedosa tentativa por interpretar la Venezuela telúrica; *Historia y Crítica de la Novela Venezolana* por Rafael Angarita Arvelo, donde se asientan esquemas que privan hasta ahora para la clasificación de aquel género y los cuales ya sería tiempo de revisar; *Registro de Huéspedes* por Mariano Picón Salas; *Como Ellos* por Joaquín González Eiris, *Valle Hondo* por José Fabbiani Ruiz. Antonio Spinetti Dini, en su Mérida nativa, imprime sus poemas bajo el título de *La Palabra al Viento* y Andrés Eloy Blanco, salido de la cárcel, recoge en *Poda* poemas que pretende apartar, a fin de navegar en las nuevas corrientes. Pero las composiciones "poda-

das", desde entonces, han sido las más populares de su obra. Julián Padrón publica *Candelas de Verano* (cuentos). Es este un año excepcionalmente fecundo.

1935. *Múcura,* poemas por Julio Morales Lara. Criollismo y vanguardia, pero se advierte que esta última ya envejeció. *Santelmo,* cuentos por José Salazar Domínguez. *La Aereoplana Clueca,* episodios un tanto circunstanciales, o tardíos experimentos vanguardistas, en los que Andrés Eloy Blanco da muestra de su chispa burlona. *Acento,* libro primigenio de Otto D'Sola, llamado a ser uno de los más calificados poetas contemporáneos. *Garúa,* el homenaje póstumo a Luis Castro, fallecido prematuramente en 1933. Había nacido en 1909. En *Garúa* combaten énfasis de vanguardia con sentimientos auténticos de la experiencia interior. *Gaceta de América* (Inocente Palacios), polariza el interés de la gente de izquierda. *El Ingenioso Hidalgo* (Arturo Uslar Pietri, Julián Padrón, Alfredo Boulton) defiende posiciones netamente estetizantes. Juan Vicente Gómez fallece.

## *1936 a 1961*

YA TRANSCURRIO un cuarto de siglo desde el año de 1936, en que Venezuela despertó de las dictaduras de Castro y de Gómez. Esos años han sido los de nuestro propio pelear literario. Difícilmente se puede ser parte y juez al mismo tiempo. Sobre todo cuando, como en el caso de quien esto escribe, se tiene vocación polémica. De modo que la manera más conveniente para salir del paso, sería la enumeración de autores, libros y fechas. No pensamos que con ello cumpliríamos nuestro cometido crítico. Se trata de un balance y no de una guía onomástica o de una lista bibliográfica. Optamos por tener opinión y por manifestarla, dentro de la objetividad relativa de toda actitud crítica.

Los veinte y cinco años transcurridos entre 1936 y 1961 se traducen, para Venezuela, en cambios, progresos y retrocesos notables. Sin embargo, el país ha adquirido un desarrollo demográfico, económico, urbano, social, que modifica definitivamente la imagen que se pudo tener de él en 1936. Caracas era, entonces, una capital con aires provincianos y bucólicos. Tenía 250.000 habitantes y estaba rodeada de verdores. Hoy cuenta 1.230.000 moradores y todo el valle ha sido recubierto por la costra de cemento armado. En mayor o menor escala, tal ha sido el proceso del país entero. Venezuela pasó de un tiempo lento y parroquial a un frenesí cosmopolita. La obra de Gallegos, en su aspecto inmediato, en su tiempo cronológico, describe a esa

Venezuela anterior al brote petrolero. También las de Pocaterra y Teresa de la Parra.

Para simplificar el análisis de la situación literaria durante este último cuarto de siglo, descompondremos el desarrollo de las Bellas Letras en cuatro partes: la narrativa, el ensayo histórico o literario, el teatro y la poesía.

*La Narrativa*

EN 1952, Arturo Uslar Pietri aseguraba, en un artículo sobre la novela venezolana, que los novelistas posteriores a 1930 estaban "fuera del Ciclo de Peonía", que tenían "otra manera de mirar la realidad y los personajes", que contemplaban "más a la novela como objeto que como mero instrumento" y se abrían "a las más variadas y modernas influencias extranjeras, rompiendo, pero de un modo vigoroso, individualista y promisor, la unidad formal que hasta entonces había caracterizado nuestra novela". Uslar Pietri entendía por "Ciclo de Peonía" la producción comprendida entre la publicación de esa obra y la culminación de *Doña Bárbara,* en 1929. Las características de ese ciclo serían las que le atribuyó Angarita Arvelo, en 1934, a saber: agrarismo, reformismo, realismo, costumbrismo, paisajismo, folklorismo, falta de penetración en la psicología de los personajes, que resultaban meras alegorías.

Sin asomo alguno de deseo polémico, hemos de manifestar, sin embargo, que diferimos de las apreciaciones anteriores por dos razones. La primera, porque pensamos que con Gallegos, Pocaterra y Teresa de la Parra, en vez de cerrarse el ciclo declinante de *Peonía,* se inicia una renovación en la novela, cuya orientación definirían las siguientes palabras de Julio Planchart: "la casa por dentro". En segundo lugar, porque precisamente después de 1929, es cuando la presencia de Gallegos se torna más poderosa y vigente, debido a la publicación de *Cantaclaro* (1934) y de *Canaima* (1935), sus obras capitales. En tercer lugar, porque casi ninguna de las obras calificadas del período que empieza después de 1930, responde a las características apuntadas por Uslar Pietri. De modo que Uslar Pietri parece tomar lo que *debería ser,* por realidad cumplida.

Después de *Doña Bárbara,* en 1931, se publican dos novelas que auguraban una renovación posible tanto en el estilo como en la concepción misma del arte de novelar. Esas dos obras son *Cubagua* de Enrique Bernardo Núñez y *Las Lanzas Coloradas* del propio Uslar Pietri. Ni el tiempo transcurrido desde su aparición hasta nuestros días, ni la descorazonadora circunstancia de que ninguno de esos dos escritores haya vuelto a escribir una novela que siquiera pudiera compararse con las nombradas, quitan un ápice a la extraordinaria calidad que las destaca sobre la restante producción narrativa

venezolana. Pero una golondrina no hace verano. Enrique Bernardo Núñez se alejó de la actividad puramente literaria, para dedicarse a la crónica y a la investigación históricas, en las que sobresale. Uslar Pietri dejó que la función pública, los negocios, la política interfieran en su vocación de artista puro, no obstante lo cual, su contribución al cuento es de primer orden: *Barrabás y Otros Relatos* (1928), el mejor aporte de la vanguardia en ese género; *Red* (1936), brillante ejercicio de estilo en que la suntuosidad del lenguaje apaga la realidad interior de los personajes; *Treinta Hombres y sus Sombras* (1949), reacción contraria en la que se despoja el lenguaje, se intensifica el diálogo y la acción interior de los protagonistas, por lo general gentes del campo. Uslar Pietri se probó con éxito en el ensayo y en el teatro, pero no volvió a crear obras novelísticas tan acabadas y suficientes en sí mismas como *Las Lanzas Coloradas.*

Se impone decir algunas cosas sobre esas dos obras que, desgraciadamente, no tuvieron prolongaciones correspondientes. En *Cubagua,* relato voluntariamente misterioso, alucinado, impreciso, los personajes andan y desandan el tiempo, pasan del presente al pasado, desde donde avizoran el porvenir. *Las Lanzas Coloradas,* novela clásica en América Latina — y que ya hubiera dado lugar a algunas versiones cinematográficas importantes, si Uslar Pietri fuese argentino, mexicano, estadounidense o europeo, en vez de ser venezolano —, puede ser comparada con un conjunto de murales épicos y líricos, tratados con estilo deslumbrante, en los que se describe el episodio de la Guerra a Muerte de nuestra Independencia, y se ponen de relieve los términos contradictorios de nuestro carácter nacional. Presentación Campos, mayordomo metido a caudillo, es una figuración de la barbarie que, en nuestra opinión, supera en autenticidad social y psicológica, a la misma Doña Bárbara, empero sin alcanzar como aquélla carácter mítico universal — Gran Madre Devoradora, Esfinge, Naturaleza Primordial —. Estas dos obras constituyen en sí mismas una realidad artística incorruptible y las perspectivas que ofrecen, como especulación sobre el tiempo o como ficción tratada de una manera sinfónica, las tornan más contemporáneas que las postizas imitaciones de Faulkner, Caldwell, o Huxley, en las que se complacieron o complacen algunos jóvenes inacabados o algunos presuntos innovadores.

Julián Padrón (1910-1954) compensó, con la capacidad de trabajo y el fervor literario, la discreta condición creadora. Se sometía demasiado a las maneras. *La Guaricha* (1934) y *Madrugada* (1939) han envejecido, contaminadas por excesos vanguardistas. *Clamor Campesino* (1945) constituye una reacción que concede a lo documental sociológico puesto preponderante. Es una obra rica en material nativista. En ninguna de las tres obras citadas hasta ahora, Padrón escapó al "ciclo de Peonía". Lo hará en *Primavera Nocturna* (1950), una simple historia de amor y de pasión, sin cronología, sin

nacionalidad, sin partida de nacimiento, sin pretensión adoctrinadora, sin intención edificante. Mediante la introspección en los dos únicos personajes de la obra, él y ella, se desarrolla toda la trama, tan antigua como la aparición del hombre sobre el planeta, y siempre tan nueva.

Un grupo importante de novelas, sin pretender a clasificación alguna ni a actitudes altisonantes de renovación — las cuales en un medio como el nuestro donde florece la ignorancia y la fácil negatividad, implican el riesgo de volver a descubrir la pólvora —, ahondan los surcos de una tradición que dio a Teresa de la Parra y a Rómulo Gallegos.

Antonia Palacios, en 1949, publicó un libro largamente gestado: *Ana Isabel, Una Niña Decente.* Desde Teresa de la Parra, no se había escuchado otra voz de mujer tan íntima, tan llena de su propia infancia, tan temblorosamente evocadora. El alma de Ana Isabel es como la de la Caracas anterior a la expansión petrolera. La vida se recataba tras los muros de las casonas con patio y corredores interiores. Prendida de los balaustres de su ventana, Ana Isabel, la niña decente, arde en ensueños nunca cumplidos y siente ya con la melancolía la huida del tiempo. Su juventud pertenece al mito y nos asiste desde un remoto lugar de inteligencia poética.

Lucila Palacios — seudónimo de Mercedes Carvajal de Arocha — a través de más de diez libros, se encara con temas sociales, psicológicos, políticos, telúricos. En *Tres Palabras y Una Mujer* (1944) se inclina sobre aspectos íntimos de la condición femenina. En *Tiempo de Siega* (1961), su última obra, trata de manera realista una situación dramática: la de la degeneración psíquica de una mujer golpeada por el destino. Lucila Palacios no tiene propensión a la confidencia, a la evocación melancólica. Es una escritora con impulso reformista y sensibilidad política. Quiere ser testigo de su tiempo. Su mejor libro es *El Corcel de las Crines Albas* (1949), novela de la Isla de Margarita y cuya protagonista, Martiña, puede figurar a Venezuela misma.

*Los Conuqueros* (1936), de Julio Ramos, describe la vida de los campesinos larenses. *Balumba* (1942), de Arturo Briceño, se inscribe dentro de la órbita galleguiana, con méritos propios. Alejandro García Maldonado, fallecido en 1961, después de una dolorosa enfermedad que en ningún momento deprimió su noble condición humana, escribió una de las mejores novelas venezolanas: *Uno de los de Venancio* (1942), relato con aliento multitudinario, acción intensa, riqueza y variedad de personajes inscritos en la realidad psicológica venezolana, vigencia del paisaje y clara intuición americana. García Maldonado publicó también unos sonetos de escasa virtud poética y otra novela inferior a la ya nombrada.

Arturo Croce (1907) formó parte de la generación del 28 y del grupo de Elite, y su obra abarca la poesía — *Norte Brumoso* (1949), *Bolívar, el*

*Hombre, Desechos sin Rumbo* —, el cuento — *Chimo y Otros Cuentos* (1942), *La Ciudad Aledaño,* (1959), *La Montaña Labriega* (1958) — y la novela — *Los Diablos Danzantes* (1959), la cual, como toda su obra, en general, se adentra a través del cuadro de costumbres y la presencia del paisaje, en las problemáticas sociales del hombre del campo venezolano. En 1961 aparecen dos conjuntos de cuentos suyos: *Los Caminos y el Llano* y *Del Mar y de la Selva,* Croce puede ser definido como un escritor que practica el realismo, pero sin excluir de su indagación los espejismos del sueño y las creaciones subconscientes de sus personajes.

Juan Pablo Sojo (1907-1948) describió con cariño, hondura, frescor, sinceridad, la vida en los pueblos cacaoteros de Barlovento. Folklore y problemas sociales inspiraron sus temas. Además, como se dijo en el capítulo correspondiente, dejó trabajos y documentos valederos en el campo de la investigación afro-venezolana y del folklore literario y anímico.

Trina Larralde, fallecida en plena juventud, publicó una novela: *Guataro* (1938), que mezcla rasgos de psicología femenina con temas venezolanistas. Angel Mancera Galletti se probó en la novela con *Isla de Aves* (1959), cuyo ambiente es el de la Isla de Margarita.

Ramón Díaz Sánchez (1903) ha escrito cuatro novelas: *Mene* (1936), reportaje sucinto y nervioso sobre la vida en los campos petroleros del Zulia; *Cumboto* (1948), que plantea el conflicto de razas y de castas durante el siglo XIX, pero disuelve la intención sociológica en un ámbito propiciador de irrealidades donde los personajes se llenan de resonancias líricas y refracciones psíquicas; *Casandra* (1957), donde vuelve a tratar con más amplitud el tema del petróleo esbozado en *Mene,* y *Borburata* (1960), en la que se cuenta la decadencia de una familia latifundista y el ascenso de una burguesía enriquecida por el comercio. Si bien el problema de razas y de castas forma parte de la temática galleguiana y, por ende, de las obras que le anteceden, pocas veces ha sido tratada la formación de la nueva burguesía venezolana, cuya riqueza ya no depende del agro, sino del comercio y de los negocios. Díaz Sánchez tiene numerosos cuentos y relatos, se probó en el teatro y dedicó a la Historia parte de su talento, gracias a lo cual nuestro país se benefició con una obra tan fundamental como *Guzmán, Elipse de una Ambición de Poder* (1950), de la cual se hablará ulteriormente.

Miguel Otero Silva (1908), tras largos recesos literarios, tiene ya tres novelas: *Fiebre* (1939), donde describe la rebelión estudiantil de 1928, de la que él mismo formó parte; *Casas Muertas* (1955), relato de la decadencia de una población otrora floreciente; *Oficina Nº 1,* animada narración del nacimiento de una ciudad promovida por la explotación petrolera. En las dos últimas obras, un mismo personaje — Carmen Rosa — va hilando la acción, pues emigra de la ciudad agonizante hacia las tierras donde apareció

el petróleo. La intención del autor es componer una trilogía que presente aspectos de la realidad venezolana. Otero Silva elabora sus novelas como reportajes cinematográficos, con sucesivos enfoques, mediante los cuales presenta distintos aspectos del objeto estudiado. Sus personajes, un tanto lineales, viven situaciones contrastadas. Los conflictos individuales dependen o derivan del conflicto social y se desarrollan de manera sucinta. El lenguaje de *Fiebre* peca por demasiado discursivo y altisonante. *Oficina Nº 1* señala la plenitud de su estilo, de su manera de novelar: un narrar lineal y nervioso, con ráfagas de sentimentalismo varonil, hallazgos de imágenes hermosas y presentación de escenas dramáticas sucesivas. La intención social de sus dos últimas obras evita los excesos cartelarios y demagógicos. En cada una de sus obras hay un trozo que pudiéramos calificar de *fortísimo.* Así, el capítulo Sed de *Fiebre;* en *Oficina Nº 1,* la estampa de Francisco J. Taylor, ingeniero de minas que llega al heroísmo anónimo en el trabajo cotidiano, tiene excepcional grandeza. Otero Silva, más que un constructor de caracteres, es un narrador convincente.

Ninguna de las obras mencionadas hasta aquí rompe con el nativismo. Más bien lo pulen y repulen para sacarle nuevas facetas. Están dentro del "Ciclo de Peonía", si por éste queremos entender la obra de Gallegos y la presencia del paisaje y de las costumbres venezolanas.

Escapan a esa temática y a los procedimientos tradicionales, muy pocas obras. Hablemos de ellas.

Mariano Picón Salas y Juan Oropesa publicaron novelas que, pese a la belleza estilística de ciertos trozos, carecen de estructura novelesca, de personajes convincentes y actuantes por ellos mismos, de nervio en el desarrollo. En ellos, la vocación de ensayista parece haber perjudicado la de novelista. Picón Salas, no obstante, ha escrito relatos de singular intensidad como *Los Batracios,* admirables evocaciones como *Viaje al Amanecer* y biografías como *Pedro Claver,* todas ellas inspiradas por un sentimiento de lo americano, en que el lenguaje se pliega a las exigencias de los más difíciles ejercicios de estilo. Por otra parte, la novela *Fronteras* de Juan Oropesa constituye una aproximación respetable y lograda, en algunos momentos, hacia nuevas orientaciones narrativas, basadas de todos modos en la realidad venezolana.

Felipe Massiani, derivó desde el ensayo hacia géneros de ficción, y en 1952 dio a la publicidad una novela un tanto burlona: *Dinamarca, Solamente una Pensión,* lejana parienta de la picaresca y prima hermana de *La Tuna de Oro de* Julio Garmendia. Los personajes de Massiani resultan lineales y abocetados, motivaciones para observaciones sobre la psicología criolla. En Massiani se va acentuando cada vez más la tendencia hacia el humorismo retozón e ingenioso, sarcástico a veces, anárquico siempre, de un Jardiel Poncela.

José Fabbiani Ruiz encontró el tema fundamental de su obra como narrador, en la subjetividad de los niños. A veces mezcló esas presencias íntimas con descripciones nativistas y determinadas problemáticas sociales — *Mar de Leva* (1941), *Cuica es un río de Barlovento* (1946, en la revista Elite), *Agua Salada* (1939) —, pero en obras como *La Dolida Infancia de Perucho González* (1946) y *A Orillas del Sueño* (1960), descartó todo criollismo, para centrar el interés de su narración en las reacciones de sus personajes infantiles o juveniles. Paisajes y caracteres adultos existen tan sólo como reactivos de la infancia, toda ella euforias y melancolías exquisitas, intuiciones eróticas, irresistible anhelo de evadirse, descubrimientos fragmentarios de la realidad. Sus pequeños héroes — Perucho González, medio pícaro, Magnolia, Crisanto, Epifanio, expresan la ternura y bondad del autor. La escritura se vela y las acciones transcurren en un clima emocional situado entre el ensueño y la realidad.

Pedro Berroeta, personalidad alejada de cenáculos literarios y por eso mismo injustamente olvidada por oficiantes de la crítica grupal y dominical, publicó, en 1945, un conjunto de cuentos que se salían enteramente de los moldes habituales: *Marianik.* Formado en el exterior, influido por la literatura universal, Berroeta cultivó la poesía, el teatro y la novela. Su libro *Leyenda del Conde de Luna* (1956) contiene suficiente virtud estilística, originalidad e inteligencia, para figurar junto a las mejores narraciones del cuarto de siglo estudiado. A través de una ficción medieval, se exalta el amor, la belleza y la paz, hasta que el personaje principal alcanza la clarividencia en la compenetración armónica con la Naturaleza.

Andrés Mariño Palacios, con *Los Alegres Deshauciados* (1948) y *Batalla Hacia la Aurora* (1960); Ramón González Paredes, con *El Suicida Imaginario* (1947) y *Génesis* (1948), y Salvador Garmendia, con *Los Pequeños Seres* (1959), trataron de encontrar nuevos cauces para el novelar. El error de Mariño Palacios y de González Paredes fue el de elaborar sus obras según la literatura que los influenciara y no según la vida que los rodeaba, tanto más cuanto que sus escritos no se presentaban como fruto de la pura imaginación, sino como testimonios vitales. La tentativa de Garmendia, sin alcanzar en ningún momento la categoría altisonante de "reto" a toda la narrativa tradicional, que pretendieron darle sus compañeros de grupo literario, se mantiene en un nivel de autenticidad vital, buena escritura y equilibrio formal que augura, si el autor ahonda en sus propósitos con humildad madura, la posibilidad de enriquecer con procedimientos renovadores y aspectos nuevos de la humana condición, el campo harto cultivado de nuestro novelar.

Otros narradores, con éxitos relativos y propósitos diversos, han orientado sus producciones por senderos diferentes de los que recorrió Gallegos

o que se alejan de su épica descriptiva. No sería posible enumerar todas las obras y los autores que pueden responder a las anteriores características. Sin embargo, se impone nombrar a Enrique Muñoz Rueda, el autor de *Beatriz Palma* (1956) y de *Los Mercaderes en el Templo* (1956), obras naturalistas que tienen sus maestros en Pocaterra y, a mayor distancia, en Balzac. Muñoz Rueda, en su último libro, siente pasar el hálito de Cela. Manuel Vicente Magallanes, autor de varios libros de poesía y de cuentos, así como de una historia de los partidos políticos, intentó evocar la sombría etapa de la última dictadura y la lucha clandestina de los resistentes, en una narración novelada: *Cesaron los Caminos* (1960). Rafael de Montheys, español establecido en Caracas, encarcelado durante aquella etapa represiva, escribió también una obra en que describe el ámbito cruel del presidio político venezolano, con elocuencia social y convicción universalista. Gloria Stolk ha publicado algunas novelas, entre las cuales se destacan *Amargo el Fondo* (1957) y *Cuando la luz se quiebra* (1961, 2ª ed.). Sus propósitos son edificantes y su lenguaje adecuado a esos fines. Juan Manuel Castañón, español del exilio, consigna sus últimas tentativas novelísticas en dos obras: *Una Balandra encalla en Tierra Firme* y *Confesiones de un Vivir Absurdo.* (Este escritor es el editor responsable de *Almanaque Literario Venezolano 1961-62,* impreso en la excelente empresa tipográfica Editorial Arte, cuya lectura recomendamos a todos aquéllos que deseen precisar en detalle la producción literaria y artística en el Año Sesquicentenario de la Independencia).

Guillermo Meneses (1911) constituyó entre los años 1934 y 1942 la más definida promesa como narrador en ciernes. Sus cuentos, su novela *Campeones* (1938) y el novelín *Canción de Negros,* escrito en 1933 pero publicado sólo en 1941, al conjugar el nativismo urbano, la descripción del hampa, con cierto tremendismo erótico y sentimental, justificaban ese optimismo. Sus dos novelas ulteriores, *El Mestizo José Vargas* (1942) y *El Falso Cuaderno de Narciso Espejo,* pese a páginas de extraordinaria calidad literaria, no confirmaron esas esperanzas. Meneses no se ha logrado aún como novelista. La trama suele disolverse en la suntuosidad del lenguaje o en preciosismos y confusiones estructurales. En cambio, sus cuentos le acreditan como un excepcional cultivador de ese género y como uno de los que han contribuido más hondamente a renovarlo. Se advierten dos etapas en su trayectoria literaria: la una de superación criollista y la otra, de ruptura con el nativismo y de nuevas búsquedas expresivas y temáticas que, a veces, caen en el barroquismo. Su lenguaje pasó de un preciosismo valleinclanesco, cuando no un tanto emparentado con el Mac Orlan — quien hubo de influenciarle —, a una expresividad dinámica, documental, anhelante. *La Mujer, el As de Oros y la Luna* tipifica la estampa preciosista. *Nicolás Perucho es un Hombre Amargado* anuncia la transición, cuya culminación se encuentra en relatos

como *La Mano Junto al Muro, Tardío Regreso a través de un espejo,* etc. Entre los excesos estetizantes y la amenaza de disgregación del lenguaje, en busca de una acezante realidad interior, se sitúan admirables estructuras literarias como: *La Balandra Isabel Llegó Esta Tarde, Borrachera, La Mano Junto al Muro.*

Existe una sutil y secreta continuidad en toda la obra de Meneses que nuestra crítica, harto simplista y superficial, no ha intuido. *La Mano Junto al Muro* es *otra manera* de entrar en el ámbito de *La Balandra Isabel Llegó Esta Tarde.* Se pudieran señalar muchas otras asociaciones o derivaciones coherentes en su obra. No lo permite el carácter sumario de este libro. No obstante, su creación, con sus defectos y aciertos, invita a la interpretación integral, historiográfica. Acaso se la pudiera comparar con un prisma que gira en el juego de sus propios reflejos. A primera vista se le debe conceder ciertas prerrogativas: haber introducido en nuestra narrativa, por lo general bastante externa, cierto nihilismo contemporáneo, la noción del crudo existir inevitable, la conciencia de la soledad y del fracaso bebida como un vino embriagante, las alucinaciones y urgencias del instinto, las razones propias del erotismo, y ello sin incurrir en simulaciones librescas ni en manifiestos insurgentes, sin negar a nadie y sin pretender renovar nuestras letras. Su obra anuncia mejor que ninguna otra las posibilidades de una superación profunda y coherente de la narrativa. Por eso, le hemos nombrado de último, en el momento de concluir estas notas sobre la novela y de referirnos a la evolución del cuento, que tanto le debe.

* * *

La cuentística venezolana presenta un número considerable de escritores que se quedaron en la mitad del camino o que no pasaron de promesa nunca cumplida: Enrique Soublette, Carlos Paz García, Julio H. Rosales, Gabriel Bracho Montiel, Carlos Eduardo Frías, Raúl Valera, Pablo Domínguez, Horacio Cárdenas Becerra, Marcial Hernández, José Villalba, Blanca Rosa López, Dinorah Ramos — aunque en torno a la identidad de esta autora se abriga la sospecha de que se trata de un escritor famoso que, como ejercicio de estilo, quiso escribir a la manera de una mujer —, Julio Garmendia, el exquisito autor de *La Tienda de Muñecas* (1927) y de *La Tuna de Oro* (1951), dos obras que nos dejan el hambre de leer otras del mismo escritor. Con inquietud se advierte que dos representantes calificados de la renovación narrativa como Gustavo Díaz Solís y Humberto Rivas Mijares no publican nada, el primero desde *Cuentos de Dos Tiempos,* en 1950, y el segundo, desde la aparición de la plaquette *El Murado,* en 1949. Por el mismo camino andan Oswaldo Trejo, el de los anti-cuentos; Enrique Izaguirre, autor

de *Lázaro Andújar* y otros cuentos (1959), un conjunto de relatos de fina intención humana; Carlos Dorante y Adriano González León, también detenidos en el primer libro; Oscar Guaramato, personalísimo inventor de una cuentística vegetal y zoológica, rebosante de euforia lírica. Antonio Márquez Salas, gran figura del relato corto, introductor del realismo mágico un tanto faulknerniano en nuestras letras, reaparece esporádicamente con algún escrito notable. No hay que pedirle continuidad. Héctor Mujica, después de un largo receso, regresó al ejercicio de las letras y tiene en su haber tres libros. El *Pez Dormido* (1947), *Las Tres Ventanas* (1953) y *La Ballena Roja* (1961). Alfredo Armas Alfonzo, el autor de *Los Cielos de la Muerte* (1950) y de *Los Lambederos del Diablo,* y Manuel Trujillo, inquieto y versátil, con *Cuatro Cuentos Rurales* (1949) y *Tiempo sin Reloj* (1950), continúan desarrollando su obra. En 1944, el que esto escribe, apuntaba en relación con la cuentística nacional: "Una falta de inventiva caracteriza a nuestros cuentistas... Para ellos no existe ni la ciudad, ni el hombre, en su aspecto general, ni la intimidad, ni el yo, ni la fantasía; ni el sueño, ni el subconsciente. Explotación latifundista y protesta desorientada. Eso era todo. Venezuela era un conuco que pertenecía a un hacendado malo y explotador. Este criterio condenaba al cuento a una muerte lenta y aburrida". Contra ese agrarismo cartelario y contra otras aplicaciones simplistas de la misma índole reaccionaron Díaz Solís y Rivas Mijares, Mariño Palacios (*El Límite del Hastío,* 1946), Ramón González Paredes (*Crimen Extraordinario,* 1945, y *Campanas sin Campanario,* 1948), Pedro Berroeta, Héctor Mujica, Márquez Salas (*El Hombre y su Verde Caballo,* 1947), Oscar Guaramato (*Biografía de un Escarabajo,* 1949, y *La Niña Vegetal* y *Otros Cuentos,* 1956), Oswaldo Trejo, Antonio Stempel París, Armas Alfonzo, Dorante, Izaguirre, Cárdenas Becerra, González León (*Las Hogueras más altas,* 1957). Cabe apuntar que Humberto Rivas Mijares, Antonio Márquez Salas, Héctor Mujica, Antonio Stempel París y Oscar Guaramato pertenecieron al grupo *Contrapunto,* cuya actuación se cumplió entre 1946 y 1949. Por lo tanto, hay que reconocerle a la promoción "contrapuntística" cierta prioridad en la gestión literaria de renovación del relato corto. Escritores nacidos en España, pero establecidos en Venezuela, cultivan con éxito el relato corto. Entre ellos mencionaremos a Manuel de Ugalde, a Rafael Delgado y a Luis Navarro. Entre los más recientes narradores se destaca Hernán Track, escritor de formación madura pero que ha publicado muy poco, y Jorge Olavarría, aún en proceso de cumplimiento, autor de 7 *Cuentos* (1960).

De modo que la cuentística venezolana, en muchos casos sin romper con la temática agrarista y aceptando la presencia del paisaje como personaje, logró renovar la narrativa antes que la novela. Esa renovación constituye, más que todo, un hecho de lenguaje, de ambiente, de estilo, de procedi-

mientos. Algunos narradores se preocuparon por buscar nuevos temas, casi siempre de carácter introspectivo. Pero lo importante es señalar el papel que está cumpliendo el cuento y la lección que ofrece a quienes aspiran a renovar la novela. Esa lección consiste en advertir que, para lograrlo, no se requiere negar la tradición literaria y los valores existentes, ni mucho menos copiar a autores extranjeros, sino ahondar en los enfoques anímicos y descriptivos, encontrar un lenguaje propio, reinventar las imágenes y, en suma, transportar a nuevos climas espirituales y estilísticos, la existencia real de los hombres y del paisaje.

Concluiremos estas notas sobre la Narrativa diciendo que Venezuela no ha vuelto a producir otro novelista de la talla de Gallegos. Los narradores parecen no encontrar el camino que los lleve a librarse de su influencia o a superar su obra, dentro de una continuidad creadora. La transición de un país agrario hacia un país productor de petróleo, la increíble expansión demográfica y urbana, las transformaciones en las costumbres y en la psicología, derivadas de aquellos fenómenos, constituirán los temas de las novelas capaces de ofrecer alguna nueva imagen integral de Venezuela. Por el momento, la narrativa se limita a enfocar temas sociales, con una técnica realista, o bien se extravía en creaciones postizas concebidas a la manera de escritores de moda, o bien se busca a sí misma, sin perfeccionarse en el encuentro.

### *Ensayo Histórico o Literario*

EL PRIMER ensayista venezolano de todos los tiempos es, hasta ahora, Mariano Picón Salas (1901). Un libro como *De la Conquista a la Independencia* (1944, Fondo de Cultura, México) pertenece a las obras maestras de la literatura hispanoamericana, en el arte de historiar la Cultura. De su vastísima obra mencionaremos biografías como *Pedro Claver,* una lección de estilo; *Miranda, Los Días de Cipriano Castro,* ensayos como *Preguntas a Europa, Comprensión de Venezuela,* evocaciones como *Viaje al Amanecer* y *Regreso de Tres Mundos.* Picón Salas domina los temas de los procesos culturales como el panorama de las ideas, los problemas de nuestra época como el confuso discurrir hispanoamericano, el arte de escribir, la virtud de crear un mundo de sensaciones y evocaciones vitales o intelectuales, con una frase, con el escogimiento de una palabra, de un adjetivo. Es un erudito y un gran escritor. Cuando dice del Barroco que "Por medio de la forma se hace el misterio", tiene una intuición de poeta; cuando explica: "El Barroco es un sistema de formidables defensas espirituales con que la España del Siglo XVII afirmará su conciencia anti-moderna", habla como historiador de la Cultura; cuando concluye: "Así, la *demasía* barroca se encuentra con

el límite de la desilusión y la muerte", se expresa como novelista de las Ideas. Picón Salas es una culminación del humanismo universitario, de la erudición viviente, del goce sensual de andar por los predios de la Cultura como por la más hermosa campiña. Venezuela puede encontrar en él lo que le ha faltado mucho: el lujo de pensar serenamente y la inteligencia del tiempo. Como Andrés Bello, Picón Salas residió muchos años en Chile, donde, como es sabido, tras de graduarse de Doctor en Filosofía y Letras, ocupó en la misma Universidad de Santiago las cátedras de Literatura General, Historia del Arte y Estética. Desde su regreso a Venezuela, en 1936, desempeñó importantes cargos públicos en el orden educacional y también diplomático. No ha cesado de escribir, desde los tiempos en que Diego Carbonell, rector en la Universidad de su Mérida natal, le elogiaba en estos términos por su trabajo *Las Nuevas Corrientes del Arte* (1917): "El esfuerzo de este muchacho sabio, con nuestra sabiduría alborotada, sorprendente y entusiasta, y su precocidad, sin ser la de Pascal, la de Pico de la Mirándola o la precocidad de Goethe, pudiera ser en el porvenir de la actual juventud de Venezuela, cuando los años consoliden la mentalidad exuberante, una personalidad de la familia espiritual de Cecilio Acosta, Fermín Toro y Arístides Rojas". (Cita tomada de *Historia y Antología de la Literatura Venezolana* por Pedro Díaz Seijas). En realidad, transcurridos cuarenta y cuatro años desde aquellas palabras premonitorias, se puede asegurar que la obra de Picón Salas supera a la de los nombrados en calidad estilística, en acabado y consistencia bibliográfica, aunque no tiene, como la de Arístides Rojas, una virtud precursora; ni como la de Acosta y Toro, categoría ética.

Aunque no contemos en el campo del ensayo literario y de la Culturología, con otra figura comparable a Picón Salas, podemos enorgullecernos, no obstante, del grupo de ensayistas e historiadores que, a lo largo de este último cuarto de siglo, investigó los orígenes y formación de nuestra nacionalidad y de nuestra sociedad, desde aspectos tan diversos como la Economía, la Historia Colonial o Contemporánea, la Sociología, la Cultura, la Psicología. Conjunciones efectuadas entre distintas disciplinas produjeron obras singulares. La biografía, como género, tomó incremento, apartándose del estilo novelado para analizar, a través de hombres públicos que marcaron con su acción nuestro país, caracteres culturales, políticos, sociales del existir venezolano.

Antes de ofrecer el cuadro general del desarrollo señalado, nos parece acto de justicia destacar, en los momentos iniciales de la trayectoria por estudiar, la contribución que pudo significar para ella, la llegada a Venezuela de un polígrafo y apasionado investigador bibliográfico como Pedro Grases.

Pedro Grases nació en la provincia de Barcelona, España, en 1909 y se graduó de Doctor en Filosofía y Letras y en Derecho en las Universidades

de Barcelona y Madrid. Entre 1933 y 1936 dictó cátedra de lengua árabe en la Universidad de Barcelona y de Literatura en el Instituto Giner de los Ríos. Llegó a Venezuela en 1937, aventado por la Guerra Civil en que ardía su país. Dirigió por un tiempo la página literaria de *El Heraldo* y entró a formar parte del profesorado del Instituto Pedagógico Nacional y de algunos liceos, en la materia de las Letras. En 1945, pensionado por la Fundación Rockefeller, ahondó en sus estudios humanistas. Está de regreso a Venezuela en 1947. Reanuda sus cursos y dicta cátedra en la Universidad. El año 1948 recibe el nombramiento de Secretario de la Comisión Editora de las Obras Completas de Andrés Bello, cuya actuación, labor y biografía venía estudiando desde años atrás. Empero, lo importante en Grases no son las incidencias de su vida, por lo demás apacible y familiar, sino la vasta obra cumplida al servicio de la cultura bibliográfica venezolana.

Acaso el siguiente párrafo escrito por Rafael Caldera condensa mejor que muchas páginas, la gestión de Grases: "Se dio a la tarea de redescubrir nuestros propios valores, muchos de ellos olvidados en la noche de las desesperanzas. Hoy, en Venezuela, nadie puede informar mejor que él acerca del origen y destino de un libro, de un pequeño folleto o un impreso cualquiera; nadie mejor que él ha exhumado e interpretado los documentos necesarios para la historia del periodismo o de la imprenta de Venezuela; nadie ha recorrido con mayor perseverancia que la suya los archivos, ni ha podido reunir mayor suma de relaciones con corresponsales extranjeros, de los cuales, a cambio de servicios análogos, ha ido recibiendo informaciones para esclarecer puntos oscuros en la vida de nuestros próceres; nadie ha puesto más vivo interés en aclarar los episodios relativos a los hombres o sucesos que con su ideario concurrieron a formar la generación ilustre de la Independencia". En suma, como dijera Mario Briceño Perozo, su programa quedó expresado en esta frase: "Hay que ordenar la documentación venezolana". Y es lo que hizo este venezolano de adopción, en los 24 años de dedicación a nuestro país, hasta presentar en la actualidad más de sesenta títulos en libros y folletos, y más de cuarenta en ediciones, compilaciones y prólogos, sin contar su participación en empresas mayores como las Obras Completas de Andrés Bello, de Rafael María Baralt, las Obras Escogidas de Agustín Codazzi, las ediciones de la Fundación Mendoza, de la Secretaría General a la X Conferencia Interamericana, de la Academia Nacional de la Historia, de la colección Histórico-Económica del Banco Central, del Comité de Orígenes de la Emancipación (1949) y de las obras del Sesquicentenario de la Independencia, entre las cuales sobresale la colección *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX,* auspiciada por la Secretaría de la Presidencia de la República.

Gracias a Grases, hemos vuelto a leer a García de Sena, a Simón Rodríguez, a Juan Germán Roscio, a Tomás Lander, a Fermín Toro, a Baralt. Gracias a él, Bello adquirió contemporaneidad. Gracias a su acuciosidad, se han creado fuentes bibliográficas que facilitan cualquier tipo de indagación en campos del estudio de la Literatura, del 19 de abril, de la Independencia y de los orígenes de la Emancipación. Gracias a él conocemos los menores detalles sobre el ideario y los textos de la Conspiración de Gual y España, sobre el Primer Libro impreso en Venezuela, sobre las Traducciones de obras que influyeron en el proceso de la Independencia. Textos y autores cuyo acceso se había vuelto difícil, pueden ser hoy consultados rápidamente gracias a las compilaciones y reediciones dirigidas por él. Además, ha investigado cuestiones de detalle en materias lexicográficas, históricas, literarias, biográficas. Pudiéramos alargar mucho más esta enumeración que resultaría excepcionalmente honrosa para cualquier intelectual venezolano. Basta lo escrito para situar, a la luz de su valiosísima contribución, a este estudioso vocacional que continuó y cumplió la obra bibliográfica de quienes fueron sus amigos: Luis Correa, Manuel Segundo Sánchez, Enrique Planchart, Vicente Lecuna.

Otros compatriotas de Grases, como él venezolanos naturalizados por la ley y por las obras, cumplen importante tarea en materias administrativas, docentes, historiográficas. Citemos a Manuel Pérez Vila, quien colaboró con Lecuna en la organización del Archivo de Bolívar y publicó: *Bolívar y su Epoca, Indice de los Documentos Contenidos en las Memorias de O'Leary,* biografías de O'Leary y de José Rafael Revenga; Carlos Pi Suñer, ingeniero industrial y escritor, experto de la Dirección de Industrias en el Ministerio de Fomento; Pablo Vila, geógrafo, profesor del Pedagógico, autor de una *Geografía de Venezuela,* de otra Física y Astronómica, y de muchos textos de la misma índole, pero referentes a Cataluña y a América; María Rosa Alonso, crítica literaria, formada en la Universidad de Madrid y, en la actualidad, figura principalísima del Departamento de Cultura de la Universidad de Mérida; Eduardo Robles Piquer, arquitecto, divulgador en esta materia y, en especial, de la arquitectura paisajista. La muerte se llevó prematuramente a José Luis Sánchez Trincado y a Plá y Beltrán.

Durante el período contemplado, y en los aspectos ya mencionados se destacan numerosos autores pertenecientes a diferentes generaciones. A veces sobresalieron por el conjunto de sus investigaciones, otras por la singularidad de un libro, de un grupo de ensayos o de una indagación determinada. En más de un caso se frustraron, y si recordamos sus nombres, es por la promesa que significaron. Intentaremos agrupar por edad a las figuras más representativas del lapso comprendido entre 1936 y 1961. Y llegaremos en nuestra enumeración hasta los más jóvenes ensayistas, inclusive, hasta a aquéllos

que no han publicado libro aún, pero de cuyo talento se espera producciones calificadoras.

Nacidos en los últimos años del siglo XIX, ocupan puesto de excelencia por la plenitud de sus obras o bien se aduermen al rescoldo de lo que pudieron escribir y no escribieron: Caracciolo Parra Pérez, Mario Briceño-Iragorry, Augusto Mijares, Enrique Bernardo Núñez, Luis R. Oramas, Diego Córdoba, Angel Grisanti, Alberto Zérega Fombona, Manuel Pulido Méndez, Carlos Siso, José Nucete Sardi, Santiago Key Ayala, Rafael Olivares Figueroa.

Una segunda generación la componen hombres que pisan o pisaron ya la cincuentena: Ramón Díaz Sánchez, Arturo Uslar Pietri, Eduardo Arroyo Lameda, Felipe Massiani, Juan Oropesa, Héctor García Chuecos, Isaac J. Pardo, Lino Irribaren Celis, Humberto Tejera, Marcos Figueroa, Casto Fulgencio López, Walter Dupouy, Luis Villalba Villalba, Héctor Parra Márquez, R. A. Rondón Márquez, Ambrosio Perera, Angel Mancera Galletti, Luis Beltrán Prieto, Salvador de la Plaza, Hermann Garmendia, José Ratto Ciarlo.

Los primeros economistas aparecen con el grupo de escritores que pasaron ya los cuarenta años: Eduardo Arcila Farías, Antonio Arellano Moreno, Alfonso Espinosa, a quienes se suman desde distintos campos de investigación: Pascual Venegas Filardo, Miguel Acosta Saignes, Pedro P. Barnola, Julio Febres Cordero, Carlos Augusto León, Ismael Puerta Flores, Ramón J. Velásquez, Rafael Caldera, Raúl Agudo Freites, J. A. de Armas Chitty, Luis Beltrán Guerrero, Pastor Cortés, J. M. Siso Martínez, Juan Saturno Canelón, Juan Uslar Pietri, Pedro Beroes, Augusto Germán Orihuela, Rafael Clemente Arraiz, Eduardo Arroyo Alvarez.

Entre los ensayistas nacidos después de 1920, no todos han publicado libros y algunos de ellos constituyen sólo una promesa. Entre los que ya tienen obra se destacan Guillermo Morón, Pedro Díaz Seijas, Ramón González Paredes, J. L. Salcedo Bastardo, Federico Brito Figueroa, Mario Torrealba Lossi, Oscar Sambrano Urdaneta, José Cañizales Márquez, Orlando Araujo, Germán Carrera Damas, Eddie Morales Crespo, José Carrillo Moreno, Domingo Miliani. Entre los que aún no han condensado en un libro, por lo menos, sus afanes e interés intelectual se cuentan José Melich Orsini, Antonio Sánchez Carrillo, José Francisco Sucre, Roberto Guevara, Ramón Losada Aldana, Alexis Márquez Rodríguez, J. R. Guillent, Gustavo Luis Carrera y el más joven de ellos, Guillermo Sucre, propulsor del grupo *Sardio,* al que perteneció Elisa Lerner, de fácil sentido crítico, pero de escasa voluntad.

La copiosa nómina anterior da lugar a una compleja bibliografía que se extiende desde un conjunto importante de obras hasta algunos artículos promisores. Por eso nos limitaremos a comentar algunas obras de conjunto o algunos libros valiosos.

Conviene advertir que varios de los autores nombrados — Enrique

Bernardo Núñez, Ramón Díaz Sánchez, Arturo Uslar Pietri, Mario Briceño Irragory, Caracciolo Parra Pérez — merecen ser estudiados desde un punto de vista historiográfico en razón de la complejidad sustanciosa de la obra producida. Dejamos esas investigaciones para momentos ulteriores o bien se las recomendamos a los seminarios universitarios y a las entidades especializadas.

Enrique Bernardo Núñez, nacido en Valencia en 1895, puede ser calificado de ensayista por excelencia. Su inteligencia desvelada por entender a Venezuela, por arrancarle el secreto de sus móviles históricos, por detener el tiempo a fin de bucear en los orígenes, produjo un conjunto de libros y de opúsculos que constituye muy notable contribución al conocimiento de nuestra realidad histórica, geográfico-económica y política. Uno de sus principales textos es *Una Ojeada al Mapa de Venezuela,* compuesto por la conferencia leída en el Ateneo de Caracas, en 1933, y por una segunda parte escrita en 1934. El conjunto apareció en El Universal, en 1935. En 1950, junto con otros escritos (*Arístides Rojas, Anticuario del Nuevo Mundo;* Discurso de Incorporación a la Academia Nacional de la Historia, en 1948), reeditaba aquella obra que puede ser definida como una interpretación dinámica y ambiciosa de nuestro país, rematada por una exhortación a creer en nosotros mismos. *Orinoco* y *Tres Momentos de la Controversia de Límites de Guayana* responden a las mismas orientaciones. Como Cronista Oficial de la Ciudad de Santiago de León de Caracas, ha dejado testimonios valederos de su acuciosidad, siendo el más importante *La Ciudad de los Techos Rojos* (2 vols. 1947). En distintas épocas trazó semblanzas de personalidades históricas o políticas y en algunos casos, a través de ellas, estudió sucesos colectivos, así *Miranda o el Tema de la Libertad, Juan Francisco de León o el Levantamiento contra la Compañía Guipuzcoana.* A estos títulos hay que añadir *El Hombre de la Levita Gris,* biografía de Castro; los ensayos sobre Bello, Toro, González, Arvelo, Arístides Rojas, Díaz Rodríguez, Ramos Sucre. Para conocer, en todos sus aspectos, la obra de Enrique Bernardo Núñez, resulta indispensable revisar sus columnas periodísticas, pues en ella, pese a lo circunstancial, esboza temas permanentes o alcanza conclusiones certeras: *Signos en el Tiempo* y *Norte,* aparecidas en *El Universal; Relieves,* publicadas en *El Heraldo; Desde la Barra,* insertas en *Rojo y Negro.* Uno de sus libros iniciales, si no es el primero, se titula *Después de Ayacucho* (1921). La Editorial Avila Gráfica que, entre 1950 y 1953 cumplió una importante labor en pro del libro venezolano, reeditó algunos títulos de Enrique Bernardo Núñez, cuya obra dispersa exige una compilación cuidadosa, ya que este escritor, desgraciadamente alejado en la actualidad de la creación imaginaria, se destaca por su estilo cáustico y dinámico, ajeno a todo preciosismo y rebuscamiento; por su lucidez en la meditación histórica y socio-política; por su fervor venezolanista;

por su inteligencia liberal. Una vez que su obra sea sometida a un estudio historiográfico integral, se podrá deducir de ella la más esclarecedora teoría de una venezolanidad contradictoria pero viviente, nacida del estudio de Hegel, del conocimiento positivista y de la propia experiencia intelectual

En relación con la polémica suscitada entre exaltadores de la heredad hispánica y americanistas liberales, se habló de Caracciolo Parra Pérez (1888) y de Mario Briceño-Iragorry (1897-1958). Sin embargo, en referencia con este último, resulta indispensable informar sobre tres biografías que encierran gran parte de su pensamiento y de su verdad vital. En *Casa León y su Tiempo* (1946) estudió una vocación de perfidia política, de oportunismo cínico; en *El Regente Heredia* (3ª Ed. 1954) exaltó una vocación conciliadora, la del Regente José Francisco Heredia, naturaleza bondadosa y equilibrada que, en medio de los desmanes del régimen de Monteverde y la voluntad de Independencia de los patriotas, intentó desesperadamente evitar la separación de las provincias y la guerra sanguinaria ya desencadenada; en *Los Ribera,* su último libro, narró la formación de la burguesía comercial y bancaria que desplazó, a lo largo de un proceso que empieza en el siglo XIX, la vieja clase latifundista. Para Briceño-Iragorry, esa nueva riqueza nace exclusivamente de la usura, el peculado y la entrega remunerada al capital extranjero. Tiene en cambio, matices meláncolicos para evocar la vida agraria de los terratenientes. *Los Ribera* será usado como arma de propaganda marxista, en, la parte procesal, es decir, en las formulaciones morales condenatorias de los procedimientos de acumulación capitalista y en la exaltación nacionalista, pero desechada, como inservible, en su intención profunda que es la de conciliar antagonismos de clases, incitar a una toma de conciencia reformista, despertar un sentido filantrópico. La verdadera vocación de Briceño-Iragorry se pone de manifiesto en este libro con el que culmina su producción y concluye su existencia mortal, por lo tanto libro-testamento: es la de un moralista tradicionalista, católico, apostólico y romano. Ni el arte, ni la investigación histórica, ni la meditación en torno al tema de la Cultura, ni el trato con las Letras, satisfacían su ser profundo. Entendía la escritura como una misión, y en su cruzada por rescatar la fe, por salvar la tradición y el espíritu de la corrupción del dinero, por anatematizar a los adoradores del becerro de oro que daban la espalda a su Iglesia, se olvidó de los iconoclastas que lentamente invadían la ciudad. De modo que este gran individuo de la fe, por devoción extrema al pasado, por defender la espiritualidad apostólica, por exaltar a Cristo, pone en manos de los ateos, de los partidarios del materialismo histórico, las llaves mismas del templo. No obstante, nada tan digno de respeto como su contradicción íntima, como su contienda, como su anatema.

Ramón Díaz Sánchez escribió uno de los libros fundamentales para el conocimiento de los términos contrapuestos de nuestra formación social y

política: *Guzmán, Elipse de una Ambición de Poder* (1950). Sin duda alguna, el juicio histórico de Díaz Sánchez no es favorable a los dos Guzmanes y al liberalismo, por lo menos en su agresividad demagógica, aunque admite, como inevitable, el ascenso de nuevos grupos sociales a la riqueza. Pero reprueba implícitamente la agitación disolvente y rencorosa que alimentaba la prensa amarilla, así como el oportunismo de Antonio Leocadio y la violencia que desencadenó la Guerra Federal. Más allá de sus simpatías, de la misma polémica histórica, se despliega el inmenso fresco de un siglo de vida venezolana, con sus actores más representativos, con las pugnas entre caudillos, entre éstos y el Poder Civil, siempre menoscabado, con las revueltas y campañas estériles, con la aparición de nuevas fortunas y el hundimiento de otras. Díaz Sánchez gastó diez años en escribir este libro que renovó la biografía, divulgó una vasta documentación y la semblanza de muchos personajes históricos, y arrojó luz sobre unos tiempos que se perdían en la bruma de la ignorancia o de las pasiones, o bien se inmovilizaban en los bronces y pinturas heroicas. Esta sola obra bastaría para que se le contase entre nuestros mejores escritores. Otra contribución suya al análisis histórico representa el estudio *La Independencia de Venezuela y sus Perspectivas* (1960), donde sostiene la tesis de la lucha generacional en aquella etapa, siendo el 19 de abril obra de los mayores, y el 5 de julio, fruto de la presión juvenil y radical. En *Ambito y Acento* (1938) rectifica conceptos spenglerianos y trata de delinear una teoría de nuestra americanidad cultural.

Mención especial merecen por su labor tan discreta como fecunda y útil, dos escritores como José Antonio Armas Chitty (1908) y Pedro Díaz Seijas (1921). El primero evocó en varios libros, con base documental e histórica, la formación de algunas poblaciones venezolanas, entre ellas Zaraza y Tucupido. El segundo contribuyó al enriquecimiento de la bibliografía crítico-literaria con libros de consulta tan importantes como: *Orientaciones y Tendencias de la Novela Venezolana* (1949) e *Historia y Antología de la Literatura Venezolana* (1950). En fecha reciente, Díaz Seijas publicó: *Ideas para una interpretación de la Realidad Venezolana* (Jaime Villegas, Editor, Caracas, 1962).

De manera sucinta, sin ceñirnos a índice de materias, citaremos algunas obras que, en nuestra opinión, sobresalen por su valor informativo durante este cuarto de siglo y que no han sido mencionadas todavía: *Bajo el Signo del Avila* (1949), por Santiago Key-Ayala; *Temas Críticos* (1948), por Julio Planchart; *La Formación del Pueblo Venezolano* (1941-1951), por Carlos Siso; *Cuadernos de Indagación y de Impolítica* (1937) y *Aventura y Tragedia de don Francisco de Miranda,* por José Nucete Sardi; *Historia de la Cultura Intelectual de Venezuela desde su Descubrimiento hasta 1810* (1936), por Héctor García Chuecos; *Sucre* (1938) e *Imparidad del Destino*

*Americano* (1944), por Juan Oropesa; *El Hombre y el Paisaje en la Obra de Rómulo Gallegos* (1945), por Felipe Massiani; *Orígenes de la Economía Venezolana* (1947), por Antonio Arellano Moreno; *Economía Colonial de Venezuela* (1949), y *El Régimen de la Encomienda* (1957), por Eduardo Arcila Farías; *Hombres y Letras de Venezuela* (1948) y *El Camino de El Dorado* (1956), por Arturo Uslar Pietri; *Lope de Aguirre, el Peregrino* (1953), por Casto Fulgencio López; En *Esta Tierra de Gracia* (1955), por Isaac J. Pardo; *Lengua y Creación en la Obra de Rómulo Gallegos* (1955), por Orlando Araujo; *Contribución al Estudio del Cuento Moderno Venezolano* (1945), por Pastor Cortés; *Historia de la Rebelión Popular de 1814* (1954), por Juan Uslar Pietri; *Visión y Revisión de Bolívar,* por J. L. Salcedo Bastardo; *La Utopía del Reino de Dios* (1955), por José Ratto Ciarlo; *Los Orígenes Históricos de Venezuela* y *Los Borradores de un Meditador* (1958), por Guillermo Morón; *Los poetas Venezolanos de 1918,* por Mario Torrealba Lossi; *Estudios Filológicos sobre Letras Venezolanas* (1942), por Ulrich Leo; *Los Viajeros de Indias* (1961), por Francisco J. Herrera Luque; *Buenas y Malas Palabras* (1956), por Angel Rosenblat, *Cuentos y Cuentistas de Venezuela,* por José Fabbiani Ruiz; *Juan Sin Miedo* (1956), por Ida Gramcko; *Quiénes Narran y Cuentan en Venezuela* (1958), por Angel Mancera Galletti; *Apreciación Literaria* (1961), por Oscar Sambrano Urdaneta.

A esta abundante enumeración sería menester añadir los principales títulos de ciertas colecciones publicadas por organismos particulares u oficiales. Así, por ejemplo, entre las entidades privadas, la Asociación Cultural Interamericana, la Fundación Eugenio Mendoza, la Asociación de Escritores Venezolanos, fundada en 1935 y cuyos Cuadernos alcanzan 114 entregas, la Fundación Boulton; la Academia de la Historia, el Banco Central de Venezuela, la Sociedad Bolivariana, el Concejo Municipal de Caracas, el Ministerio de Relaciones Exteriores, el Ministerio de Educación, las Universidades, la Presidencia de la República. Por lo menos tres colecciones, en este año, revisten excepcional importancia: las Publicaciones de la Presidencia de la República, cuya colección *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX* dirige Ramón J. Velásquez, Secretario General de la Presidencia y él mismo historiador de la vida política a quien espera la obra aplazada momentáneamente, y cuyos textos preparan Pedro Grases y Manuel Pérez Vila; la *Biblioteca de la Academia de la Historia,* que con motivo del Sesquicentenario de la Independencia brindó una serie editorial de reproducciones facsimilares, reediciones y publicaciones de documentos con más de cincuenta títulos; y la *Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses,* que vio la luz con motivo del Año Cuatricentenario de la Fundación de San Cristóbal, dirigida por Ramón J. Velásquez y coordinada por Seleucio S. Maldonado R. y por Marco Figueroa. Sea esta la oportunidad de reseñar la aparición del *Boletín del*

*Archivo Histórico de Miraflores* que lleva ya varias entregas y constituye una fuente inapreciable de información para la pequeña historia correspondiente al período que empieza con la Restauración y se prolonga durante la Rehabilitación hasta nuestros días. La iniciativa de esta publicación corresponde también a Ramón J. Velásquez y la dirección la ejerce Luis Eduardo Pacheco.

Conviene también destacar, como material informativo para un estudio general del movimiento literario venezolano, en el período señalado, las páginas literarias de los diarios capitalinos, algunas aún vigentes, como el *Indice Literario* de *El Universal,* fundada en agosto de 1937, por Pascual Venegas Filardo, o la sección literaria de *La Religión* que dirige el bondadoso poeta Pedro Antonio Vázquez, y la de *La Esfera* a cargo de José Hernán Briceño, o las que mantuvieron órganos desaparecidos como *Ahora, El Heraldo, El País, El Tiempo,* o la que hasta hace poco publicaba *El Nacional.*

Pocos cultivadores ha tenido la crítica literaria y el ensayo de fondo sobre materias artísticas. El comentario volandero, el elogio interesado o circunstancial, el atajo, la fraseología encubridora, las aproximaciones líricas, el enfoque unilateral, suplantan la verdadera *lectura* de una obra y el estudio comparativo de ella, dentro del conjunto de libros publicados por el autor contemplado. Los críticos suelen irse por las ramas, por desconocer la planta o el árbol que miran. En otros casos, el comentario se pliega a razones estratégicas de política partidarista o literaria, cuando no generacional o de capilla. De modo que, sin temor a equivocarnos, nos atrevemos a asegurar que, en Venezuela, la crítica literaria está en pañales, por no decir que creció incapacitada. Abundan, en cambio, los textos y los estudios de tipo didáctico así como de carácter informativo.

Entre los jóvenes cultivadores de las disciplinas relacionadas con la Historia se destacan, en oposición franca de tendencias y de inclinaciones ideológicas, J. L. Salcedo Bastardo, un bolivariano; Guillermo Morón, formado en las escuelas histórico-filosóficas alemanas, admirador de Jaspers, de Ortega y Gasset, de Guardini, y Germán Carrera Damas, partidario de la revisión de los métodos y del criterio aplicados hasta ahora a la Historiografía nacional, con miras a las problemáticas económico-sociales que las colectividades hispanoamericanas tienen que solucionar, y autor de ensayos singularmente perspicaces, recogidos en libros. En relación con el ensayo sobre temas literarios o culturales, aún no han dado la medida de sus posibilidades, dentro de las posiciones antagónicas propias de nuestra época: Orlando Araujo, Eddie Morales Crespo, José Francisco Sucre, Guillermo Sucre, Ramón Losada Aldana y algunos otros.

Hay un hecho evidente: en los diversos campos de la investigación literaria, económica, sociológica, política, histórica, cultural, despunta una voluntad de reexamen impregnada de manera directa o indirecta por el materia-

lismo histórico, el marxismo, las matizadas teorías del socialismo humanitario, o del reformismo democrático, las cuales se mezclan con los aportes filosóficos del existencialismo o del idealismo anárquico. Pugnando con las confusiones o con los sectarismos, el pensamiento venezolano está atravesando por un momento de profundas transformaciones que recuerda el que vivió cuando el descubrimiento del Positivismo, de la Evolución biológica y del Modernismo, hace aproximadamente 80 años.

### *El Teatro*

EN 1927, Lucas Manzano, director de la revista *Billiken,* le escribió a Gil Fortoul para preguntarle qué le había parecido la pieza *La Mujer de la Trenza Morada,* leída ante un grupo de amigos por su autor, Andrés Eloy Blanco. Gil Fortoul contestó en estos términos: "Cuestión previa: ¿existe el teatro venezolano?". Y a continuación explicaba que sí, por cuanto había quienes escribieran obras teatrales y escasísimos actores que las representaran, pero que no, por cuanto los autores copiaban a sus colegas franceses y españoles, sin preocuparse por expresar algo suyo que, sin caer en el criollismo chabacano, creara un *estilo* nacional con jerarquía artística. Concluía: "Criollo y cosmopolita, nacional y universalista no son términos contradictorios".

La opinión de Gil Fortoul, en esto como en otros aspectos, sigue siendo valedera. El arte venezolano tiene que luchar contra dos extremos nocivos: el parroquialismo vulgar y la simulación universalista.

Ya se dijo que dos tendencias inspiraron, durante casi todo el siglo XIX, nuestro Teatro: el dramón de capa y espada seudo-romántico y el culebrón presuntamente socio-psicológico tildado de *moderno.* Paralelamente a ese Teatro de inspiración foránea, florecieron, entre 1870 y 1890, los *Nacimientos* y *Jerusalenes* populares descritos con lujo de detalles y de anécdotas por nuestros costumbristas. También se desarrolló un género chico, sainete criollo, que produjo, con el correr del tiempo, actores y autores de tanto gracejo popular como Antonio Saavedra y Rafael Guinand, y obras tan chispeantes como *La Cenicienta* de Simón Barceló, estrenada en 1907, vuelta a montar en 1932 y, después, presentada de nuevo por el propio Saavedra, con los consiguientes éxitos. Barceló (1873-1938) escribió otras piezas como *El Hijo de Agar,* drama en tres actos, y *Cuento de Navidad,* comedia en un acto, pero ninguna de ellas resultó tan lograda, dentro de sus propósitos respectivos, como *La Cenicienta.*

Como Barceló, un grupo importante de escritores, en la misma época, cultivaron el sainete criollo, el cuadro de costumbres, y de ese género se desprenden los monólogos cómicos, las comedias radiales y, ahora, televisadas, que logran tanta audiencia y producen actores y libretistas tan característicos

como Carlos Fernández, Guillermo Rodríguez Blanco, alias Julián Pacheco, Ana Teresa Guinand, Roberto Hernández, Chuchín Marcano, etc. El tema criollo, en este caso, anda indisolublemente aunado a la comicidad, y sólo cabe lamentar que, casi siempre, en lugar de buscar a través de esa comicidad — como lo hace Cantinflas — alguna expresividad insólita, alguna demostración patética por el absurdo, esos actores y libretistas se confían a los límites del fácil hacer reír y de la crítica de la actualidad.

La producción teatral, desde los tiempos de Barceló, no ha escaseado. Rómulo Gallegos se probó en piezas como *El Motor, Los Idolos,* de 1909, *La Esperada, El Milagro del Año,* de 1915, esta última presentada dos veces por la compañía española Mendizábal-Ros, de paso por Caracas. Sus compañeros de promoción literaria, Enrique Soublette y Julio Planchart, escribieron también teatro; el primero un drama, *La Selva,* y el segundo, una "comedia vil e irrepresentable en un prólogo y cinco jornadas escrita en versos", como dijo el propio autor: *La República de Caín* (1936) (6).

Después del fallecimiento de Juan Vicente Gómez hay que distinguir dos etapas, en el desarrollo lento pero ya indetenible, del teatro venezolano. Una primera jornada, que se extiende desde 1936 hasta 1950, y la otra, desde 1950 hasta nuestros días.

Muchas tentativas se hicieron para despertar la vida teatral, después de 1936. No sería posible recordar esa larga lucha que se llevaba a cabo para vencer la inercia ambiental desde centros culturales como el Ateneo de Caracas, dirigido por María Luisa Escobar y Ana Julia Rojas y desde incipientes organizaciones efímeras. Hay nombres que deben ser evocados durante esos años precursores: Eduardo Innes-González, Leopoldo Ayala Michelena, Manuel Rivas Lázaro, Luis Peraza, Aquiles Certad, Víctor Manuel Rivas, Eduardo Calcaño, estos últimos, autores respectivamente de dos obras interesantes: *El Pueblo,* de ambiente nativista, y *El Polo Negativo* (1943), un tanto literaria pero con planteamientos de intención universal. El novelista Julián Padrón publicó en 1938, *Fogata,* comedia dramática, y en 1938 el sainete *Parásitas Negras;* además, compuso *Juegos de Niños* y *La Vela del Alma*.

Entre las iniciativas más importantes de ese período se cuentan la fundación de la *Sociedad Amigos del Teatro* y la creación de un Premio. Se efectuaron algunos festivales. En realidad, aunque los frutos fueron pocos, se removió el ambiente aletargado y se pusieron en evidencia vocaciones de actores ya hechos, como Carmen Antillano y León Bravo, o de jóvenes como Margot Antillano, Carmen Corser, Berta Moncayo, Fernando Gómez, En-

(6) Muy escasa es la bibliografía sobre Teatro Venezolano. No obstante, Juan José Churión publicó: *El Teatro en Caracas* (1924) y José Antonio Calcaño, en *La Ciudad y su Música,* se refiere de paso a la actividad teatral venezolana.

rique Benshimol, Enrique Vera Fortique. Entre los acontecimientos de esa etapa incipiente, se pueden recordar la visita de Louis Jouvet y su compañía, la presentación de *Abigaíl* de Andrés Eloy Blanco y la irrupción en el campo del teatro de Guillermo Meneses con una obra sin nervio escénico: *El Marido de Nieves Mármol;* de Medo, seudónimo de Mariano Medina Febres, con *Cara e'Santo;* de Rodolfo Quintero, con *Huanachone,* pieza de intención social y de ambiente guajiro; de Juan Saturno Canelón, con *Nunca Somos los Mismos.*

En 1949, la empresa cinematográfica recién constituída, Bolívar Films, contrató en la Argentina a un personal artístico y técnico para la filmación de varias películas, entre ellas una versión de *La Balandra Isabel Llegó Esta Tarde.* Entre los viajeros que llegaban se contaban dos personas que, con el correr del tiempo, gracias a su fervor, a su desinterés, a su inteligencia, contribuirían de manera decisiva al despertar del Teatro en Venezuela: nos referimos a la actriz argentina Juana Sujo y al director escénico uruguayo Horacio Peterson. Junto con ellos estaba el decorador Ariel Severino (7).

Juana Sujo tuvo que salir de la Argentina, debido a su oposición al régimen peronista. Era ya una actriz experimentada. Peterson, en cambio, era un principiante y su gestión no pasaba de simple ayudante del director Cristiensen. Muy pronto el equipo cinematográfico se disolvió por razones económicas. Entre los que se quedaron estaban Juana Sujo, Peterson y Severino. Gracias a su tenacidad, Juana Sujo consiguió fundar en 1950, la Escuela

(7) El cinematógrafo no ha logrado desarrollarse satisfactoriamente en Venezuela. La tentativa más importante de tipo industrial fue Bolívar Films, empresa que produjo una película honorable: *La Balandra Isabel Llegó Esta Tarde.* Otra empresa cinematográfica, Estudios Avila, anterior a aquélla, filmó una película sobre libreto de Gallegos: *Juan de la Calle,* de muy escasos méritos. Las empresas mexicanas, sin ambición artística alguna, realizaron versiones para el cine de varias novelas de Gallegos. El mismo criterio mediocre y mercantil privó en la elaboración de la película *El Malvado Carabel,* con la actuación de Julián Pacheco. De modo que nuestro cine, aún en potencia, no ha ganado nada ni ha recibido estímulo alguno para el futuro, con las producciones mexicanas con actores o sobre obras venezolanas. El Séptimo Arte padece como tal, de la inversión comercial que le acompaña siempre. El negocio limita sus posibilidades expresivas y culturales. De allí que para pulsar la inquietud creadora en ese campo se requiere acercarse a las iniciativas individuales, a las producciones de carácter informativo, educacional o experimental. Las Compañías petroleras Shell y Creole, con fines publicitarios, han auspiciado hermosos e instructivos documentales sobre nuestra geografía. El Estado contribuye a la expansión del cine con el Instituto Audiovisual, donde se imparten cátedras sobre esa materia, así como en la Escuela de Periodismo de la Universidad Central. Si tuviésemos que señalar obras, mencionaríamos los cortos metrajes de Margot Benacerraf sobre Armando Reverón y las Salinas de Araya, los documentales para la televisión de Angel Hurtado, entre los cuales se destaca *La vida de Cristóbal Rojas,* las cintas *Los Chimichimitos,* del grupo de Lorenzo Batallán, y *Los Zamuros* de José Martín y del cameraman Abigaíl Rojas. César Henríquez, antes que los nombrados, se preocupó por las expresiones cinematográficas. Por otra parte, hay que recordar, en el orden de la crítica, el libro *La Muerte en Hollywood* (1950) de Carlos Augusto León, obra de gran valor informativo y polémica ideológica, las crónicas de Luis Alvarez Marcano, los ensayos y los apuntes de Rodolfo Izaguirre y de Antonio Pascuali. De éste último recomendamos un bien documentado trabajo titulado: *El Cine, Situación y Perspectivas de su Industria y Mercado en Venezuela,* publicado en *El Mes Económico,* Nº. 4, Enero de 1962. En suma, el cinematógrafo está aún por despertar del letargo en que lo sume el solo interés lucrativo.

Nacional de Arte Escénico. Se dedicó a la enseñanza con el fervor que ponía en toda cosa. De vez en cuando presentaba alguna obra, y eran esas representaciones las únicas que mantenían el fervor teatral de la colectividad caraqueña. El español Alberto de Paz y Mateos, más o menos en la misma época, comenzó a mover el ambiente estudiantil, en materia escénica. Más de una vez, Paz y Mateos y la Sujo se encontraron en esa ardua ruta de luchar por la actividad teatral venezolana.

Pasaron por la Escuela de Arte Escénico figuras como Maritza Caballero, desgraciadamente desvinculada hoy del medio venezolano, Esteban Herrera, Thamar Thurven, Manola García Maldonado, Paul Antillano, Guillermo Montiel, América Alonso, Orángel Delfín. Una década después de la fundación de la Escuela de Arte Escénico, el Teatro había despertado en nuestro país. No correspondió tan sólo a la Sujo ese resultado apetecido. Pero entre quienes laboraron por animar el Teatro, ella ocupa puesto de excelencia, no tan sólo por su trabajo como intérprete, sino también como divulgadora de temas culturales relacionados con el arte escénico. En la hora esplendente de su madurez artística, a los 48 años de edad, cuando había logrado crear el primer teatro estable de nuestro país — Teatro de los Caobos — falleció prematuramente. La vida de esta mujer y su influencia creadora constituyen ejemplos perdurables de una voluntad de cumplimiento artístico y de convivencia humana. Los venezolanos han contraído con su memoria una deuda de agradecimiento intransferible.

Horacio Peterson y Alberto de Paz y Mateos se formaron y se encontraron a sí mismos en nuestro país. El primero con una vocación universalista bien definida, el segundo asistido por su pasión española y su veneración por García Lorca. Ambos tuvieron que ayudarse como pudieron. Pero se les encontraba en cualquiera de las actividades teatrales de aquellos años. Vencieron desalientos y envidias, hasta alcanzar la posibilidad plena de expresarse como directores. Horacio Peterson fue acogido por esa gran empresa cultural en que se convirtió el *Ateneo de Caracas,* bajo la dirección de María Teresa Castillo de Otero. Paz y Mateos empezó dirigiendo el grupo de teatro experimental del Liceo Fermín Toro y después ha formado parte de distintas organizaciones.

Entre 1950 y 1960, al impulso de las personas nombradas, de algunos otros, y de circunstancias especiales, como pudo ser la visita de Francisco Petrone, cuya personalidad influyó en muchos jóvenes que ambicionaban dedicarse al Teatro, éste comenzó a desarrollarse gradualmente hasta producir nuevos actores, directores, escenógrafos y autores. Se establecieron pequeñas salas de espectáculo y, arrastrados por la corriente, escritores que hasta entonces se habían marginado a la experiencia escénica, compusieron piezas con el estímulo de verlas representadas. Entre ellos mencionaremos a Arturo

Uslar Pietri, a Ida Gramcko, a Ramón Díaz Sánchez, a Pedro Berroeta, a Rafael Pineda como más notables. El pintor César Rengifo, inteligencia versátil, acertó con una obra como *Lo que dejó la tempestad* (1961) .Desde muy joven se interesó por el teatro y fue fundador del grupo *Máscaras.* Más de ocho obras suyas han sido montadas en escena y entre ellas mencionaremos: *Joaquina Sánchez, Manuelote, El Vendaval Amarillo, Los Canarios, Soga de Niebla.* Rengifo, en ningún momento, desliga su producción del compromiso político y de la propaganda social revolucionaria, lo cual, evidentemente, limita sus posibilidades creadoras. El teatro poético de Ida Gramcko, inspirado en leyendas folklóricas, trascendidas a mitos universales, pese al vigor y a la nobleza del lenguaje, falló, según los entendidos, en aspectos intrínsecos del género abordado. Díaz Sánchez tampoco logró crear una verdadera tensión escénica. Uslar Pietri y Berroeta demostraron mayor adaptación a esa difícil expresión artística. El último nombrado parece dedicarse de lleno a esa actividad. Su obra como autor teatral se enriquece constantemente y ha tenido la satisfacción de ver montadas varias obras suyas como *Jonás, La Pecadora No Arrepentida, Barbarita Volcán.* Inteligencia ecléctica y mordaz, no exenta de lirismo, se complace en jugar con determinadas situaciones o en inquietar, sin plegarse a compromiso ideológico alguno. Rafael Pineda mereció aceptación con su obra *Los Conjurados* (1950) y *La Inmortalidad del Cangrejo* (1953), primicias de otras piezas aún por representar. Los Festivales Anuales de Teatro, iniciados en 1960, constituyen, además de un aliciente certero, la máxima manifestación de esa actividad que ya despertó definitivamente. Acaso, la mejor demostración de ello sea la aparición en la Provincia de conjuntos teatrales empeñados en extender en toda Venezuela una actividad hasta hace poco paralizada. En Lara, en Barcelona, en Mérida, en Valencia, en Coro, irrumpen conjuntos juveniles. El Estado, por su parte, contribuye a ese fomento teatral y entre sus más interesantes realizaciones se cuentan la Escuela de Teatro Infantil Juvenil, dependiente de la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, y el Teatro Nacional Popular, adscrito a la Dirección de Cultura del Ministerio del Trabajo.

Pero lo más significativo consiste en la existencia de autores dedicados exclusivamente a escribir el Teatro. Entre éstos se destacan Isaac Chocrón, Román Chalbaud, Luis Julio Bermúdez, Gilberto Pinto. La poetisa Elisabeth Schon parece haber sido ganada también por el entusiasmo teatral imperante. En algunos casos, los mismos autores se destacan como actores y hasta como directores, tales Román Chalbaud, Luis Julio Bermúdez, Ignacio Cabrujas.

Luis Julio Bermúdez — actor, autor, escenógrafo, director de *El Tarantín* — no ha dado aún la obra que estamos en derecho de esperar de su talento y de su fervor. Sin embargo, en un monólogo titulado, si recordamos

bien, *El Disco Amarillo,* logra expresar, con procedimientos parcos y limitados, la oscura y ahogada rebelión de los pequeños seres, de un tímido, viejo empleado modelo de una gran Compañía a quien se le confiere una condecoración por antigüedad. Embriagado por las copas con que se celebró el acontecimiento, se lanza en un monólogo a través del cual asoman complejos y amarguras. El tema de la borrachera pertenece por entero a la farsa popular, pero a través de él, Bermúdez va delineando otros más profundos: la soledad, el sentimiento de inferioridad, el anhelo de evasión. Lo cómico y lo grotesco, por momentos y casi imperceptiblemente, desnudan un dolor real, humano.

Los autores más destacados y más ambiciosos del actual florecimiento teatral son, indiscutiblemente, Isaac Chocrón y Román Chalbaud. Están situados en dos extremos temperamentales, aunque ambos refieran su obra, bajo distintas perspectivas, a Venezuela y al hombre. Chocrón, influido favorablemente por los nuevos dramaturgos de lengua inglesa, elabora un teatro refinado, lleno de matices poéticos, de intuiciones psicológicas de ardimiento interior, de refracciones y espejimos del subconsciente. Chalbaud, probablemente impregnado de sartrismo, entiende la expresión existencialista como un realismo truculento, y por eso gusta de un teatro "de choque", que utiliza procedimientos gruesos, contrastes fáciles, sarcasmos, caricaturas, chistes, blasfemias. Chocrón evita alusiones a la actualidad, rehuye todo compromiso que no sea con el arte mismo y con la búsqueda de lo humano íntimo. Chalbaud escribe para un auditorio determinado, pide el aplauso, alude a la actualidad con fines de comprometer y de comprometerse, usa el arte para suscitar polémicas y reacciones, no siempre encaminadas a despertar sentimientos superiores en el público. Empero, guste o disguste, Román Chalbaud, por el momento, está en pleno ascenso creador y resulta imposible negarle capacidad histriónica, garra escénica y talento de escritor. *Requiem para un Eclipse* y *Sagrado y Obsceno* dan la medida de su estilo truculento que, por esa pendiente, tenderá cada vez más a las concesiones al público, al compromiso, a la demagogia, al tremendismo con todos sus efectos y defectos.

*El Quinto Infierno* y *Una Mínima Incandescencia* de Isaac Chocrón ponen de manifiesto, con maestría desconocida en la historia de nuestro Teatro, su indagación lírica y estética, lúcida, profunda, de los estados del alma, de la contradictoria condición del hombre, de los distintos seres que lo pueblan, del espíritu atenazado por la carne. En la obra primeramente nombrada, con lenguaje universal, habla de nuestro país. Su tentativa consiste en hacernos sentir y pensar a Venezuela, sin definirla. Esa tensión emocional, ese pensamiento encarnan en un personaje admirablemente logrado: Miss Betsy (creada por Juana Sujo en vísperas de su muerte). Miss Betsy se pregunta a sí misma y pregunta: ¿qué es Venezuela? Se llena de dudas, de lla-

madas. Las respuestas le llegan por ráfagas, deshilachadas, fragmentarias. Indaga entre inseguridades creadoras. Niega para que Venezuela afirme, la vitupera para que le descubra su bondad, la maldice para sentir su fascinación avasallante. Pero detrás de esa indagación enamorada, está el encuentro consigo mismo, la búsqueda ontológica. La obra se abre entonces hacia perspectivas entrañables del ser y del existir, sin limitación de nacionalidad alguna. Miss Betsy castiga a Venezuela por amor. Hace de la pregunta ¿qué es Venezuela? la indagación misma de su ser. Llega a encarnar ese país con el que discute sin cesar, se castiga a sí misma, se deshace, se queda en soledad de sí, de Venezuela que la niega y la afirma en ella misma, en su pasión de enamorada que clama y no obtiene respuesta. Así fue como sintió y padeció a Venezuela Simón Bolívar. Este la engendró y, luego, fue devorado por su propia creación. Chocrón convierte en drama introspectivo esa pasión de Venezuela, que sólo es dado a pocos y que ofrece, en sus mecanismos secretos, la única manera de comprobarla, de saberla, de conocerla, en uno mismo. Chocrón puede resultar el primer gran autor de Teatro producido en Venezuela. Tiene, para ello, sentimiento de su libertad interior, buen gusto, dominio de la técnica dramática y honda intuición poética.

Flamantes directores y escenógrafos, nuevos autores y actores, vienen a sumarse a las personalidades ya nombradas. Con el riesgo de omitir muchos nombres, y sin atender a clasificaciones, mencionaremos los de: Carlos Gorostiza, Humberto Orsini, Romeo Costea, Nicolás Curiel, José e Ignacio Cabrujas, Santiago Magariños, Enrique Capellini, Guillermo Zabaleta, Ricardo Acosta, Vicky Franco, Olga Messuti, Natalia Silva, Rafael Briceño, Andrés Magdaleno, Thamar Thurven, Carlos Márquez, Manuel Poblete, Ildemaro Mujica, Carlos Ortiz, Liliana Durán, Morenita Rey, Isabel Pradas, Pedro Hurtado, etc.

No sería posible concluir estas notas apresuradas sobre el florecimiento teatral venezolano, sin señalar que, por lo general, éste se encuentra fuertemente influenciado por compromisos e intereses creados de carácter político e ideológico. Más que un instrumento de indagación de lo humano profundo, tiende a ser un arma de acción política, de crítica social y de posiciones tomadas de antemano. Es decir, puede derivar hacia la exclusiva propaganda y la función cartelaria, con lo cual limitaría peligrosamente sus posibilidades expresivas.

### *La Poesía*

EN PAGINAS anteriores, esbozamos el cuadro sinóptico de la actividad literaria desde la aparición de *Aspero,* en 1924, hasta la muerte de Juan Vicente Gómez, en 1935, y en él precisamos las fechas de publicación de

algunos poemarios que contribuyeron, con aquél, a crear un nuevo lenguaje poético: *Poemas Sonámbulos* (1931) de Pablo Rojas Guardia, *La Voz de los Cuatro Vientos* (1931) de Fernando Paz Castillo, *Respuesta a las Piedras* de Luis Barrios Cruz (1931), *Savia* (1930) de Julio Morales Lara, *Virajes* (1932) de Jacinto Fombona Pachano, *Cantas* (1932) de Alberto Arvelo Torrealba. A esta lista habría que añadir los poemas dispersos de Luis Castro, reunidos después de su muerte, en 1935, bajo el título de *Garúa.*

Esos libros y esos poetas están en el origen de la nueva poesía venezolana, aunque no quepa asegurar que todos ellos eran grandes creadores. En algunos casos, un libro puede ser recordado por su significación histórica más que por su valor artístico. Así acontece con algunos de los poemarios citados, sobre todo con aquellos demasiado impregnados por el estilo del momento. Lo que suele envejecer más rápidamente es la parte de artificio que hay en todo arte verdadero, digámoslo de una vez, la *moda,* la *manera.* Cuando el artista es auténtico, la *manera* está sometida al *fondo*, es lenguaje, es verbo. Pero cuando la inspiración no es entrañable, las palabras suelen quedarse como desprovistas de cuerpo, en cuanto cambia la moda. Trajes gastados por el uso, palabras seniles, envejecimiento prematuro de lo que hubiera debido ser lenguaje permanente.

Por otra parte, la Poesía es arte particularmente exigente, pues sólo se llega a ser poeta mediante un estado de experimentación interior. Quien no siente en su interioridad el acto poético, quien no alcanza ese estado de alma, no llega a hacer poesía. Logra tan sólo simular una *manera,* un estilo ajeno, con palabras que son de otro. Esa poesía nunca existirá, inexorablemente, por más que la crítica o el éxito la unja en un momento dado, con sus óleos y con sus laureles.

Julio Planchart señalaba, en un ensayo suyo sobre *La Poesía Pura,* que, en Venezuela: "Los poetas encuentran en su alma disposición suficiente para realizar la poesía durante la juventud". Luego cesan de escribir poesía o lo hacen de tarde en tarde. Y atribuye ese estado de cosas a "los escasos resultados materiales y morales que producen las letras en nuestro país", al "escepticismo reinante en los medios y centros poéticos", "al propósito apoético de conquistar por medio del ejercicio de las letras las ventajas de la fama". Concluye con esta apreciación profunda y certera: "Para mantenerse en la fe literaria se ha menester de una naturaleza inclinada fatalmente a las letras, a producir por necesidad del ánimo y no por solicitación de agentes externos, a no desilusionarse por las contrariedades que el ejercicio produzca, sino más bien a hallar fuerza en ellas".

Lo que, en general, ha fallado en nuestra lírica es precisamente la vocación profunda, la aceptación de la soledad a la que condena el estado de gracia poético, la voluntad de crear a pesar de la indiferencia o de la in-

comprensión, la esperanza nunca extinguida de dejar un mensaje y un testimonio de la propia experiencia. Antes que nada es preciso experimentar, caer en sí, sentirse alma.

La gestión del grupo *Viernes*, fundado después de la muerte de Juan Vicente Gómez, será la de elevar la condición del poeta, la de propiciar la experimentación interior, la de exaltar el acto poético. En un párrafo del manifiesto se proclamaba: "*Viernes* es un grupo sin limitaciones. Y es ésta — *Viernes* — una revista que expone poesía, y que se expone. Aquí se encuentran y reencuentran las excelencias de dos generaciones. Porque cuando otros países insisten todavía en plantear *el pleito de las generaciones*, nosotros, que tenemos prisa por salir del atolladero, resolvemos el problema así: de una *peña* — *Viernes* — cordial, pero intrascendente, hicimos un *grupo* — *Viernes* — interventor de la cultura. Que se identifica con la ro-sa-de-los-vientos. Todas las direcciones. Todos los vuelos. Todas las formas".

Jamás, en nuestro país, se había procedido con tanta libertad, ni se ha vuelto a hablar así. Por lo general, grupos y revistas nacen del propósito de conquistar espacio vital e imponer una determinada tendencia, promoción o capilla, en el campo de los intereses creados literarios. *Cosmópolis* era una revista modernista y generacional. *La Alborada* expresaba el pensamiento de un pequeño grupo de escritores novatos. Después de *Viernes*, el carácter promocional y generacional se contaminó con el sectarismo político. Revistas como *Cruz del Sur* y *Crítica Contemporánea* sirven una orientación ideológica prefijada. Grupos como *Cantaclaro, Sardio, Tabla Redonda*, etc. estuvieron o están impregnados por intereses políticos y de edad. Tan sólo *Contrapunto* y *Suma* escaparon a esas limitaciones y compromisos. El primero se disolvió en cuanto Héctor Mujica quiso encauzarlo hacia el marxismo militante y, el segundo se refundió en una empresa editorial. El pleito de las generaciones se ha encendido, con vigor inusitado, después del derrocamiento de Marcos Pérez Jiménez, en 1958, y se envenena aún más, con el activismo político.

*Viernes* quedó constituído inicialmente por Rafael Olivares Figueroa, nacido en 1893 y recién llegado de España; por Angel Miguel Queremel (1899-1939), también residente durante muchos años en la Península; por José Ramón Heredia (1900), por Luis Fernando Alvarez (1902-1952), por Pablo Rojas Guardia (1909), Pascual Venegas Filardo (1911), Oscar Rojas Jiménez (1910), Otto D'Sola (1912), Fernando Cabrices (1909), Vicente Gerbasi (1913). Con el correr del tiempo, otros poetas se acercaron al grupo y publicaron en las páginas de la revista, impresa con una dignidad y un cuidado desconocidos hasta entonces: José Miguel Ferrer (1913), quien, a lo largo de varios libros, escritos casi siempre en el exterior, demuestra asimilar determinados procedimientos creacionistas y surrealistas, expresados

mediante un dinamismo metafórico que enriquece los juegos imaginíferos de nuestra Poesía, Pálmenes Yarza (1916), Aquiles Certad (1914), Luis José García (191 ), Miguel Ramón Utrera (1910). Artistas y escritores extranjeros, establecidos en Venezuela, concurrieron a las famosas tertulias y colaboraron en la revista del mismo nombre: Ulrich Leo, Pedro Grases, Abel Vallmitjana, F. Carmona Nenclares, Edoardo Crema, Alberto Junyent. En todo el Continente, la revista *Viernes* y sus ediciones gozaron de prestigio y simpatía.

Hay que distinguir dos aspectos en la obra de *Viernes*. El primero se refiere a sus efectos como movimiento general. El segundo a las obras de sus distintos integrantes tomadas en particular.

Desde el primer punto de vista, lo menos que se pudiera decir es que *Viernes* dignificó la actividad artística y la condición social del poeta, y divulgó la obra de grandes genios líricos o las características de movimientos estéticos pasados o contemporáneos. Así, la poesía de los románticos alemanes y de los lakistas ingleses, de los poetas contemporáneos españoles, de los surrealistas, de los creacionistas. Gracias a *Viernes* se supo en nuestro país quiénes eran Blake, Hoelderlin, Novalis, Rilke, Rimbaud, Lautréamont, Wordsworth, Coleridge, Breton, Eliot, Reverdy. Gracias a *Viernes* se tornaron familiares los nombres de Gerardo Diego, Vicente Aleixandre, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Pablo Neruda, Vicente Huidobro, Angel Cruchaga Santa María, Rosamel del Valle, Humberto Díaz Casanueva. Se discutió sobre el grupo *Mandrágora* y *Caballo de Fuego,* de Chile, sobre *Piedra y Cielo,* de Colombia, sobre *Taller,* de México. El interés parroquial quedó aplastado. Sobre la lírica venezolana, conformista, apegada a moldes tradicionales y a sentimientos superficiales y domésticos, soplaron las borrascas del espíritu, las grandes tempestades del alma de los alucinados, de aquéllos para quienes la poesía era, antes que nada, acción o visión.

Desde el segundo punto de vista, se puede asegurar que *Viernes* ha producido algunos de los poetas más importantes de la historia lírica venezolana. Vamos a referirnos a algunos de ellos y a sus obras.

*Santo y Seña* (1938) recogía la producción poética de Queremel entre 1933 y 1938, y según lo define certeramente Hermann Garmendia: "aparecía cuando la poesía venezolana se afanaba en búsquedas ansiosas; en extraordinarias aventuras, en consolidar las conquistas del tiempo lírico, en lucha contra el apóstrofe, contra lo entonado de la tradición de Juegos Florales que tenía su Héroe frondoso en Udón Pérez". Formado en España, en la España de Lorca y Alberti, Salinas y Guillén, el lenguaje de Queremel traducía esas influencias depuradoras, las cuales mezclaba con su propia experiencia vital de gran solitario atormentado por las voces del deseo.

Luis Fernando Alvarez se fue entregando día y noche a la muerte. Fue

su inspiración más profunda. Logró verla a su lado, durante las horas de vigilia en que preparaba su propio deshacimiento, en que ahondaba en ese propósito alucinado de acabar consigo mismo por una vía de visión pura. Logró la visión, y la muerte. Cinco libros dan testimonio de esa extraordinaria experiencia: *Va y Ven* (1936), *Portafolio del Navío Desmantelado* (1939), *Recital* (1939), *Soledad Contigo* (1940), *Vísperas de la Muerte* (1940), Calló, después de este libro, hasta que por fin le fue dulce la muerte invocada tantas veces, como única manera de evadirse del absurdo de la vida, o como posibilidad extrema de apresar la existencia de un golpe. Su lenguaje no ha envejecido, no podrá envejecer, porque es verbo, palabra activa.

Otto D'Sola, a lo largo de más de un cuarto de siglo de experiencia poética, pasó por diversas etapas bien definidas y, a veces, aparentemente contradictorias. *Acento* (1935) y *Presencia* (1938), sus primeros libros, expresan el errar lírico, la evasión lograda o presentida, la nostalgia de una plenitud nunca alcanzada. Esa nostalgia, ese errar, ese anhelo de evasión y de más allá, al influjo de las lecturas de Novalis, de Hoelderlin, de Rilke, se convirtieron en visión metafísica. Publicó entonces un libro inagotable: *De la Soledad y las Visiones* (1940). Pero la tensión de fuga, de ascenso, tienen que estar sustentadas por una definida vocación mística, sin lo cual se quebrantan. Y en Otto D'Sola, la aproximación al mundo supra-terreno de Blake, de Novalis, no era sino tanteo de posibilidades. Pronto se inicia el regreso, pronto penetra en las comarcas de lo mortal y efímero, de las residencias terrestres, de las materias corruptibles. Libro de transición entre la iluminación interior y el descubrimiento de las cosas es *El Viajero Mortal* (1943). D'Sola se encara con lo telúrico, las fuerzas y debilidades del hombre, la miseria y la fortuna repartidas desigualmente. De esa etapa realista, *En Este Nuevo Mundo* (1945) resulta más logrado que *Al Pie de la Vida* (1954), donde cae en lamentables prosaísmos, mientras el lenguaje se empobrece y opaca. Pero D'Sola es poeta de envergadura; de pronto se recobra y publica una serie de poemas deslumbrantes escritos frente al Mar de las Antillas: *El Desterrado en el Océano* (1952). En 1960 confirma la admirable plenitud de lenguaje y de inspiración poética lograda a lo largo de su rica experiencia, con *El Arbol del Paraíso.* Las cosas, la Naturaleza, las obras de los hombres, es decir, la Cultura, apresada en objetos, en representaciones sagradas, en signos escritos o grabados, en totemes, en esculturas y tallas, vistos en Museos o evocados desde el centro de esa meditación ambiciosa, adquieren, gracias a la magia de un idioma noble y vigoroso, categoría testamentaria, significación mítica y simbólica. Del realismo llano que empobrecía obras como *Al Pie de la Vida* e inclusive *En Este Nuevo Mundo,*

Otto D'Sola alcanza el realismo mágico que impregna de misterio y poder expresivo, libros como *El Desterrado en el Océano* y *El Arbol del Paraíso.*

Vicente Gerbasi es, por excelencia, una inteligencia lírica, un inspirado. Su escritura obedece a los dictados profundos del sentimiento, de las vivencias, de los recuerdos, de la nostalgia. Poesía de seducción. Ella nos encanta, nos hechiza, cuando logramos dejar que su existencia se manifieste, sin interferirla, o cuando nos dejamos ir a ella. Sería imposible apresar en unas cuantas líneas, como las que nos proponemos escribir, la riqueza de sentimientos, de símbolos, los dictados del subconsciente, las intuiciones, contenidas en su obra que ejemplariza, en nuestro país, lo que debe ser la función y el ejercicio poéticos. Primero un tanto fúnebre, rebuscada, recargada, retorcida, inclusive artificiosa, *Vigilia del Náufrago* (1937), de una desesperación que no era suya, empieza a encontrar su verdad interior en *Bosque Doliente* (1940). El bosque se convierte en alegoría de pureza, de existencia acordada con la Naturaleza, la cual expresa a Dios. *Liras* (1943) lleva esa contemplación interior y simbólica a su límite extremo:

*Y a la orilla de un lago*
*viviré con la sombra de mis duelos*
*y como un viejo mago*
*lanzaré en mis desvelos*
*mis arpas incendiadas a los cielos.*

Ni el verso clásico ni esa abstracción alegórica de sí mismo respondían al ser profundo de Gerbasi. Digamos que atravesaba un período de depuración, de iniciación. El cambio se produce en *Poemas de la Tierra y de la Noche* (1943, Suma). Va al encuentro de su realidad compuesta por recuerdos, por paisajes vividos, por ámbitos emocionales, por sangre heredada, por costumbres, por nascencias y agonías. *Mi Tierra, Amanecer* y *Crepúsculo en la Aldea,* de la colección mencionada, le sitúan ante la presencia de Venezuela, del Destino y del Padre. Entonces, Gerbasi escribe, en nuestra opinión ya asentada varias veces, el quinto gran poema de nuestra lírica: *Mi Padre, El Inmigrante* (1945, Suma). Como las *Silvas* de Bello y de Lazo Martí, como la *Vuelta a la Patria* de Pérez Bonalde, se trata de una toma de conciencia de Venezuela misma, de una tentativa por dar una imagen integral de nuestra realidad. Gerbasi evoca, desde adentro, consustanciado con el personaje cantado, su propio padre — inmigrante italiano llegado a nuestras costas —, la visión de este Nuevo Mundo, el cual se transfigura en visión de Tierra Prometida. Las imágenes reflejadas y los objetos que las despiden, como en un infinito lago mental, están frente al lector. La evocación se adhiere a la realidad, la realidad cobra ecos de evocación. Y en cualquiera de las dimen-

siones mencionadas nos encontramos con ese complejo geográfico-sentimental que llamamos *nuestra tierra.* De modo que este extenso poema no es solamente descripción, sino vivencia, existencia, experiencia, rito individual, memoria transfigurada. Como dijera Guillermo Sucre, refiriéndose a otro libro de este mismo poeta: "Todo aquí se hace presencia por virtud de la memoria, por virtud de una amorosa y viril comunicación con los seres y el mundo". Surge de ese canto la imagen de una América contrapuesta, como mundo naciente, a la de una Europa agónica y envilecida por la guerra.

Después de *Mi Padre, el Inmigrante,* Gerbasi siguió siendo igual a sí mismo. En *Los Espacios Cálidos* (1952), *Círculos del Trueno* (1953), *Por Arte de Sol* (1959), arranca del subconsciente imágenes y signos, graves dictados, intuiciones reveladoras sobre sí mismo, sobra la significación de su cultura, sobra la condición humana, atravesando el ámbito sensorial de los climas, los olores, los colores, las materias vegetales, de su Trópico por fin aprehendido. *Tirano de Sombra y Fuego* (1955) — estampas de pesadilla que evocan crímenes y desafueros del sádico Lope de Aguirre — y *Olivos de Eternidad* (1961) — presencia y pasado de Israel, donde reside actualmente — le permiten a Gerbasi, como apuntara certeramente Guillermo Sucre, a quien cito de nuevo: "sentir la historia no como movimiento implacable y devorador del tiempo, sino como transfiguración e iluminación del Ser, como búsqueda de permanencia".

Pascual Venegas Filardo, después de *Cráter de Voces* (1939) y de *Música y Eco de tu Ausencia,* composiciones de armoniosa factura y conceptos elevados, dedicó buena parte de su tiempo a propulsar y dirigir actividades culturales. Digna de aplauso y reconocimiento resulta su gestión como publicista de *Viernes;* como integrante de las Juntas Directivas de la Asociación de Escritores Venezolanos en las que, varias veces, desempeñó el cargo de Presidente; como Secretario de Redacción del prestigioso diario *El Universal,* donde su empeño y cuidado hicieron posible la fundación y el mantenimiento, hasta hoy, de una sección semanal titulada *Indice Literario.* Ha cultivado igualmente la crítica literaria y la ciencia económico-geográfica. Ese cúmulo de actividades le aleja un tanto de la Poesía, a la cual, sin embargo, rinde tributo de manera esporádica. Sus últimas producciones — un elogio a su ciudad natal y *La Niña del Japón,* escrito a raíz de un viaje a ese país — denotan virtud descriptiva y evocadora, así como claridad y efusividad lírica. No sin razón, Hermann Garmendia apuntó que los cantos de Venegas Filardo escapan del ámbito y del tema de la angustia y de la desesperación, tan generalizados en la poesía contemporánea.

Rafael Olivares Figueroa encontró en la sátira de inspiración latina y en el culteranismo hispánico, forma y motivaciones para sus versos. Pero su cada

vez más definido interés por las investigaciones del Folklore le alejan de la pura creación lírica. También produjo algunos trabajos de crítica literaria, en especial, poética. José Ramón Heredia empezó siendo un poeta post-romántico, bastante meloso y engolado, hasta renovarse por entero en la comprensión de la Poesía de vanguardia y las experiencias auspiciadas por *Viernes.* Ha publicado pocos libros, sin embargo. *Los Espejos del Más Allá* (1939), expresan su metamorfosis en poeta moderno. Siguieron: *Gong en el Tiempo, Mensaje en Siete Cantos de la Paz y la Guerra, Maravillado Cosmos.*

Pablo Rojas Guardia era poeta ya formado cuando adviene *Viernes,* el cual ni le inspira ni motiva una renovación en su estilo. Todo Rojas Guardia está ya metido en *Poemas Sonámbulos* con su inextinguible angustia. Al poco tiempo de establecido *Viernes,* sale para México, donde publicó tres libros: *Desnuda Intimidad* (1937), *Acero Signo* (1937), *Clamor de que me vean* (1941). En 1945, de regreso a Caracas, da a la publicidad *Trópico Lacerado.* Rojas Guardia ha quemado su vida por los dos cabos, en un sonambulismo atormentado, cruzado por ráfagas de euforia o de abatimiento. En ningún momento se aproximó a equilibrio o estabilidad alguna. Hervor, fermentos, rebeliones, pasión, demonio y carne, exaltación, desgarrón, buceo, aproximación a una clarividencia sombría y sin embargo capaz de alumbrar extrañas floras tropicales o imaginarias: su poesía sentida hasta sangrar o gemir, negarse, simularse, sin haber logrado unidad de lenguaje y de pensamiento, constituye un testimonio irrefutable de vida desgarrada entre una posibilidad de vuelo y una feroz virtud de sufrimiento y autodestrucción.

Pálmenes Yarza pudo haber publicado en *Viernes,* pero tampoco debe nada a ese movimiento, pues su fuerte personalidad escapa por completo a la posibilidad de realizarse a través de la sola acción poética escrita. Su ardimiento vital sobrepasó su poesía. Su primer libro se titula: *Pálmenes Yarza* (1937). Es decir, la poesía era ella misma o ella misma era poesía. Después: *Espirales* (1942), *Instancia* (1947), *Ara, Elegías del Segundo* (1961). Gilberto Antolínez intentó apresar su presencia humana y el impulso de su obra diciendo: "En el fondo de su ser surge el anhelo gótico de la ascensión, el ansia de lo cerúleo, la evasión de lo telúrico... La Mujer-Turbión se enfrenta a la Mujer-Palmera: el sentido giratorio, ferino, muscular, de la vida original zoológica, frente a este otro sentido vegetal, surgente, vertical, de raigón secular y erguido caule". Ella dirá de sí misma:

*Sobre un desmayo de alhelíes*
*rocío al sol pudiera ser;*
*pero soy densa roca inútil*
*toda de gárgolas con sed.*

Su lenguaje rudo, lleno da aristas y de crestas, con palabras desusadas y giros que golpean, expresa a medias o de manera demasiado esquemática, su singular inteligencia de mujer americana que intentó conjugar, en una asombrosa experiencia psíquica, lo telúrico con lo celeste, lo abstracto con lo sensual, lo varonil con lo femenino, el poder del espíritu con las urgencias del instinto.

Manuel Felipe Rugeles concurrió a las tertulias de *Viernes,* pero su verdadera vocación lírica le inclinaba más hacia lo popular, lo romántico, inclusive lo discursivo, que hacia lo metafísico y surrealista. Cantor en alas de la inspiración fácil, bondadosa, cordial, en sus numerosos libros predominan las estilizaciones folklóricas, el color regional, las cancioncillas y canciones, los romances, cuando no la poesía entonada y elocuente. Díaz Sejias apunta: "En un lenguaje muy puro, muy fresco, trae a nuestra poesía el tema de la montaña en su libro *Cántaro.* Después vira un poco hacia lo clásico de manera deliberada...". *Cántaro* es de 1937. Publica a continuación varios libros entre los cuales se debe releer: *Oración para clamar por los oprimidos* (1940), *La Errante Melodía* (1943), *Aldea en la Niebla* (1944), *Puerta del Cielo* (1946). Escribió para los niños: *¡Canta, Pirulero!* Y en un vasto poema premiado, invocó a América en un tono que ya no tenía la frescura de sus poemas populares.

* * *

Fuera de Viernes gravitaban muchos poetas. Algunos porque estaban ausentes, otros porque tenían sus propias búsquedas o porque seguían apegados a moldes tradicionales. Sin intentar clasificación alguna citaremos a Andrés Eloy Blanco, Fernando Paz Castillo, Jacinto Fombona Pachano, Miguel Otero Silva, Alberto Arvelo Torrealba, Enriqueta Arvelo Larriva, Rafael Yépez Trujillo, Pedro Rivero, Rodolfo Moleiro, Luisa del Valle Silva, Carlos Augusto León, Pedro Sotillo.

Frente a *Viernes,* a partir de 1940, aparecieron poetas que se decían reaccionar contra aquellas tendencias grupales, a saber: el hermetismo (8), la evasión, el repudio de la realidad americana y social, de la herencia hispánica, el culto de la lírica anglo-germana, la incorrección idiomática. Visto con la perspectiva de los años, esa oposición procedía de un sectarismo generacional o promocional literario, cuando no de sutiles infiltraciones políticas tendientes a incitar al compromiso militante, y no de posiciones estéticas. Dos grupos sucesivos y comunicantes se manifestaron antagónicos a *Viernes: Presente* y *Suma.* Formaron parte de éstos simultánea o aisladamente: Carlos

(8) Sobre hermetismo leer: "Introducción a la Poesía Hermética", por Ulrich Leo, *Boletín de Filología,* VIII (Santiago, 1955).

Augusto León, Pedro Beroes, Juan Beroes, José Salazar Meneses, Rafael Clemente Arraiz, Rafael Angel Insausti, Alirio Ugarte Pelayo, Alí Lasser, Aquiles Nazoa, Francisco Monroy Pitaluga, el que esto escribe. *Suma,* finalmente, se disolvió como grupo y se transformó en pequeña empresa editorial. Carlos Eduardo Frías y el que esto escribe reorganizaron las ediciones con miras a tener Librería y Distribuidora. Para el momento en que *Suma* inicia sus publicaciones, hacia 1943, ya *Viernes* no existe como grupo y se opera una benéfica unión entre individuos de una y otra tendencias. Plausible labor editorial, desde el punto de vista poético, cumplió *Suma.* Acogió libros de su gente, de antiguos *viernistas* y de poetas ajenos a ambos grupos: Ida Gramcko, Juan Beroes, Ana Enriqueta Terán, Otto D'Sola, Vicente Gerbasi, Aquiles Nazoa, Fernando Paz Castillo, Jacinto Fombona Pachano, Carlos Augusto León, Presbítero Luis E. Henríquez y el gran poeta ecuatoriano Jorge Carrera Andrade, amén de algunos prosistas: Antonia Palacios, Juan Oropesa, Pedro Berroeta.

Hemos de precisar, a grandes rasgos, las características de los poetas que actuaron fuera de *Viernes,* algunos de los cuales merecen estudios monográficos en razón de la significación o de la calidad de sus obras.

Andrés Eloy Blanco (1879-1955) es el poeta más popular de Venezuela. Su preclara condición humana, su ingenio chispeante, su vida brutalmente cortada en el exilio al cual le arrojaron sus ejecutorias de ciudadano íntegro, su adhesión a principios democráticos que le costó cárceles, confinamientos y destierro, su sensibilidad colectiva, su elocuencia seductora y convincente, hacen de su persona un símbolo civil y una expresión genuina de venezolanidad extrovertida. Ese resplandor humano oculta, a veces, las fallas de su obra poética. ¿Cuáles son éstas?: la facilidad, las concesiones al público, la inconstancia en el ejercicio artístico interferido por la política, la indiferencia ante las indagaciones y expresiones poéticas más avanzadas de su época.

Torrealba Lossi apunta en *Los Poetas Venezolanos de 1918* que Andrés Eloy Blanco "es poeta de varias tendencias", que "esa estructura polifacética, esas tonalidades divergentes", lo distanciaban de sus compañeros de promoción literaria (Paz Castillo, Fombona Pachano, Moleiro, Mármol, Barrios Cruz, etc.). En efecto, Andrés Eloy Blanco fue post-modernista y neo-romántico en *Tierras que me Oyeron* (1921) y *Poda* (1934); vanguardista en *Barco de Piedra* y *Baedeker 2.000,* compuestos entre 1928 y 1930 en el Castillo de Puerto Cabello y en La Rotunda; intimista y puramente lírico en *Giraluna;* épico y discursivo en el *Canto a España* y en los *Poemas Continentales;* popular en romances, corridos, glosas a las que llamaba *palabreos,* y en algunos poemas en verso libre escritos con giros y modismos del habla del hombre de la calle; neo-clásico en *A un Año de tu Luz* y *Cantos a los Hijos,* concebidos en el exilio. Cultivó también la veta humorística con talento indiscuti-



ARMANDO REVERÓN
*(Foto cortesía de Graziano Gasparini)*

ble. Lo que para Torrealba Lossi resulta casi una virtud, un amplio registro, en realidad forma más bien parte de una inconstancia lírica y de suscesivos intentos que demuestran la búsqueda de un *estilo.* Los únicos libros acabados de Andrés Eloy Blanco son *Tierras que me Oyeron, Barco de Piedra* y *Baedeker 2.000. Poda* recoge poemas de temática y acentos distintos, escritos en períodos distantes, desde el *Canto a España* (1924) hasta las *Coplas del Amor Viajero.* Nunca escribió *La Juanbimbada* y bajo este título fueron reunidos, con carácter póstumo, algunos poemas que según sus intenciones debían integrar ese libro. *Giraluna* es un simple título para una colección de versos dedicados a su novia. De modo que Andrés Eloy Blanco escribió al desgaire de las incidencias múltiples de su vida, ajeno casi siempre a una concepción orgánica, integral, intelectual, de la experimentación poética.

Andrés Eloy Blanco vivió entre grillos carcelarios, represiones, exilios o vítores de un auditorio conquistado de antemano. Es preciso decirlo: sus mejores versos los compuso en la adversidad. Es preciso también reconocer que nunca logró adaptarse a las corrientes contemporáneas: futurismo (a pesar de *Baedeker 2.000),* creacionismo, ultraísmo, surrealismo, hermetismo, automatismo subconsciente. Su vocación era, fundamentalmente, el Modernismo. Sus experimentos vanguardistas, publicados después de la aparición de *Poda,* es decir, hacia 1937 y 38, quedaron opacados por el éxito de los poemas románticos y modernistas, rimados y entonados, que él se proponía liquidar en un despojamiento destinado a propiciar los nuevos cantos. No insistió más en esa dirección renovadora y prefirió lanzarse por el camino de la poesía popular. El éxito fue semejante al de *Poda. Angelitos Negros* y *Juan Bimba* merecieron que se les pusiese música bailable. *La Loca Luz Caraballo* formó parte de todos los recitales poéticos. Andrés Eloy Blanco se dio a la acción política. Escribió poca poesía entre 1936 y 1948. Cuando el destierro le colocó frente a sí mismo, despojado de todo auditorio inmediato, salvo el que podían depararle sus tiernos hijos y la admirable *Giraluna* de ojos resplandecientes, le nació el *lenguaje,* como respiración profunda, después del andar precipitado. Porque la Poesía es, fundamentalmente, lenguaje. El solo concepto no puede salvar un poema, sino el estilo. Cierto es que sin concepto no queda sino palabrería; empero, sin estilo, el concepto mejor pensado queda inexpresado. Lo que desconcertó a Andrés Eloy Blanco fue descubrir, en 1928, que su *lenguaje* poético ya no correspondía a su época, a los cambios sociales y políticos por los que bregaba la juventud, la cual se expresaba en términos de vanguardia. Se probó entonces, sin verdadera convicción, en ese estilo metafórico y cinematográfico. Su lenguaje, su canto profundo, no se adaptaban a aquella sensibilidad, como tampoco podían consustanciarse con el hermetismo creador y metafísico de *Viernes.* Lo popular fue paleativo. Hasta *A un Año de tu Luz,* hasta el *Canto a los Hijos,* hasta algunas

composiciones más del destierro, tal el patético y despojado *Soneto a Rómulo Gallegos.* Con los versos a *Giraluna,* esos poemas constituyen, en nuestra opinión, los momentos culminantes de su producción. Poeta de transición o de inspiración popular, directa, sin trasfondo, se reencuentra con el clasicismo, al cual remoza en la emoción primaveral de volver a escribir, de volver a cantar. Aunque confinado otra vez, cercado ya por la muerte, descubrió un estilo auténtico y emocionante, con el cual legó, a un auditorio nacional que le ama y le respeta, algunos de los más hermosos y vigentes poemas de nuestra literatura.

En memoria de Andrés Eloy Blanco escribió Miguel Otero Silva (1908) el más importante de sus libros: la *Elegía Coral* (1959). Pueblo y naturaleza venezolanos se citan en esa obra, para evocar la viva muerte del poeta abatido por el Destino. Y es resurgimiento en todas las fuentes de la vida, su recuerdo y la memoria de su canto. Miguel Otero Silva empezó escribiendo poemas cartelarios — *Agua y Cauce* (1937) — depurados en una segunda edición con añadiduras de nuevas composiciones más líricas — *Veinticinco Poemas* (1942). En Otero Silva se conjugan el tono y la ternura viriles con la inspiración popular. Superó el prosaísmo cartelario, la poesía con consigna política, para penetrar en la creación lírica, franca, libre. Por otra parte cultivó con singular ingenio, como Andrés Eloy, el género humorístico. Muestra de ello constituye la recopilación titulada *Sinfonías Tontas* que publicó en la Editorial Arte, la Casa del Escritor, en 1962.

Jacinto Fombona Pachano (1901-1951), noble y elevada personalidad. es, como Andrés Eloy Blanco, un poeta de transición entre el post-modernismo que influye en sus primeros versos, con sus énfasis, con lo que Torrealba Lossi calificó ingeniosamente de "momotombo dariano", y la lección depuradora de los poetas españoles de la generación de Antonio Machado, de Pedro Salinas o de García Lorca. Todos ellos influyeron en él de alguna manera, de modo que Fombona Pachano osciló entre varios estilos, buscando el suyo, su experiencia interior y su lenguaje. A veces barroco, otras popular a la manera andaluza, desembocó en el tono pausado y austero de Manrique, con quien cantó la llegada de la muerte y el eterno retorno. *De las Coplas del Reverso* es una suma de conocimiento estilístico, de experiencia interior y de lucidez estoica.

Fernando Paz Castillo (1895) bebió también en la gran renovación poética española. Ya se sabe la importancia histórica que tiene *La Voz de los Cuatro Vientos.* Pero, en este caso, se añade una excepcional calidad lírica. Se puede asegurar que con Paz Castillo se torna presente en nuestra poesía esa nostalgia de la tarde, ese sentimiento inapresable de fuga que luego, en D'Sola y Gerbasi, se mezclará con la intuición rilkeana del más allá. *Signo* (1937) tiene la misma aspiración y una acentuada meditación.

*Entre Sombras y Luces* (1945, Suma) recoge y exalta el recuerdo de Antonio Machado. Torrealba Lossi, que dedicó a esos poemas, en 1918, un valioso estudio, mediante el cual quiere demostrar la unidad de propósito que los alentaba, dentro de sus modalidades peculiares, asocia el nombre de Paz Castillo con los de Moleiro (1898) y Enrique Planchart (1894-1954), para explicar lo siguiente: "obsérvese cómo los poetas nombrados trabajan con instrumentos y situaciones que ofrecen semejanza. Sirva el siguiente resumen: a) El paisaje nunca es visto de modo objetivo, sino que parece ser reflejo de otro que se ha plasmado en la imaginación. b) Marcada tristeza y recogimiento, con giro a una serenidad última, y los cuales no aparecen en los líricos restantes. c) Exaltación de la noche y de su mágica urdimbre celeste, condición que emana del *sustratum* romántico. d) Exiguo culto a la galantería declamatoria y predominio, al contrario, de reflexiones filosóficas y morales. e) Constante alusión a la soledad, que es — a mi juicio — el parentesco de más afinidad y hacia el cual desembocan los diversos enunciados".

Luis Barrios Cruz (1898) integra el esquema anterior, el sentimiento de la llanura, ya que como lo señala acertadamente Torrealba Lossi, predomina en ese grupo de poetas nacidos entre 1895 y 1900, la tendencia a la idealización del paisaje. Sin embargo, en Barrios Cruz se advierte el respaldo de una tradición y de un lenguaje — ¿el de la *Silva Criolla* quizás, el de la coplería popular acaso? —. La idealización que hace Barrios Cruz del paisaje llanero consiste en interiorizarlo por una parte, y por otra, expresarlo en un idioma recreado, con imágenes-objeto. Otros libros no tienen la inventiva ni el telurismo de *Respuesta a las Piedras* (1931), pero descuella la voluntad de mantener el estilo como complemento del concepto que, en *Cuadrante* y *Plenitud* (1947), se nutre del ser. En 1954, con *La Sombra del Avión* regresa a su primera obra con mayor calidad meditativa.

Enriqueta Arvelo Larriva (1907) nació en un pueblo que tiene a sus espaldas los primeros contrafuertes de Los Andes y a sus pies, las llanuras de Barinas. Pero su poesía dista mucho de ser descriptiva. Toma de la llanura imágenes para describir paisajes interiores. Los de la ausencia, los del recuerdo, los del olvido. Su llano se le fue a pique por dentro. Parco y frugal en su canto, y escueto, frente a los paños de sabana interior, los pajonales íngrimos, los caminos borrados, los pueblos dormidos en la gran soledad. Lo que conforma su poesía es la propia experiencia, recoleta, doméstica, austera. Hermana, sin embargo, de Alfredo Alvelo Larriva, quien parece haberse llevado toda la sensualidad y el vagar de que fuera capaz aquella gente, dijo de ella misma: "me molesta tener que estar triste cuando no puedo hacer otra cosa que estarlo... y el más pequeño bien es una fuente de gozo". Así anduvo su llano íntimo, sus calles de pueblo, los caminos de la despedida o de la llegada, los corredores, patios y estancias de su morada. Encontró la vida en

un guijarro, en una brizna que vuela, en la luz de una fruta, en el reflejo del agua, en el vuelo de un pájaro. Pensativa, absorta, resonante de su propia intimidad. Sus libros: *El Cristal Nervioso* (1942), *Voz Aislada* (1939), *Poemas de una Pena* (1942), *Mandato del Canto* (1957).

Alberto Arvelo Torrealba (1905) escapa a las tendencias señaladas. Se le incluye a continuación de Barrios Cruz y de Enriqueta Arvelo Larriva, porque nació en el Llano y consustanció su obra con ese paisaje, con las formas de la poesía folklórica, con el género de vida allí imperante. Elabora imágenes y metáforas con elementos geográficos, vegetales, zoológicos, domésticos, de su región. Creó, pues, un estilo propio. Otros poetas han querido copiar los procedimientos de Arvelo Torrealba, pero no lo han logrado. Sus diferentes libros, en especial *Cantas* (1938) y *Glosas al Cancionero* (1950), no se limitan a estilizar el folklore poético llanero. Expresan sentimientos intensos propios del hombre que asume el sentido de aquella naturaleza "bella y terrible a la vez", como dijera Gallegos. Se puede asegurar que con la poesía de Alberto Arvelo Torrealba quedó cerrada la vía de la utilización del folklore llanero, para la creación de formas poéticas que lo enaltezcan. Por lo menos, dentro de ese estilo tradicional y regional.

Los poetas de 1918 señalan la transición entre dos tipos de experiencia poética, la nacional y la internacional, la física y la metafísica, la rimada y el versolibrismo, y en casos como Rojas Guardia, Gerbasi, D'Sola, Alvarez, entre lo racional y lo irracional, entre lo consciente y lo subconsciente.

El hermetismo y las búsquedas introspectivas de *Viernes* provocaron la reacción de otros poetas. Carlos Augusto León (1914) fue adalid, con el que esto escribe, de esa oposición. Los títulos de sus libros afirman, desde la carátula misma, su determinación: *Los Pasos Vivientes* (1940), *A Solas con la Vida* (1948), *Los Nombres de la Vida* (1947). En 1944 publicó *Canto de Mi País en Esta Guerra* (Suma) y en 1947: *Homenaje a Jorge Manrique.* Por una parte, el realismo hispánico; por otra el repudio a toda búsqueda metafísica o subconsciente. Adscrito al materialismo histórico, Carlos Augusto León no puede concebir la supervivencia del espíritu ni manifestaciones de un más allá. Sin embargo, durante su adolescencia, tuvo una propensión espiritualista muy intensa, inspirada por la Poesía. De allí una sensibilidad exaltada, un agónico deseo de pureza. Hacia 1934 renunció a la Poesía por humildad, por afán apostólico de servir. Transfirió su vocación espiritual a la acción social. Llegó al marxismo por la vía del espíritu, no del resentimiento turbio y de la ambición disfrazada, como tantos. Un ideal de justicia le animaba. Su gestión poética persiguió dos objetivos: cantar la nueva fe y encontrar en ella otros caminos para sobrevivirse más allá de la desorganización inexorable de la materia. Entonces, el Pueblo apareció como materia en movimiento perpetuo para sembrar en él Voz y

Vida; la Vida como energía multitudinaria que permitía vencer a la Muerte. Más allá de su ideología, Carlos Augusto León es un gran poeta. La militancia política, en vez de enriquicerle poéticamente, le empobreció. Pese a ello su lenguaje fluyente y directo, sus imágenes simples y claras, la estructura armoniosa de sus versos, confieren autenticidad a su obra, alimentada por la encendida intimidad, por el estar enamorado, por el sacrificio, por la fe social y colectiva, por la esperanza, por la Naturaleza.

La corriente social tiene algunos otros cultivadores, pero ninguno puede aspirar a la calidad poética alcanzada por Carlos Augusto León. En cambio, el regreso a las fuentes hispánicas alimentó la poesía de Juan Beroes, Ana Enriqueta Terán, Luis Pastori, Tomás Alfaro Calatrava, Lucila Velázquez, J. A. Escalona, Luis E. Henríquez.

Juan Beroes (1914) irrumpió sorpresivamente en nuestra literatura en 1943. Publicó sus primeros versos en las hojas poéticas de *Suma.* Estaba impregnado de literatura española. De inmediato gustó por el sabor tradicional de sus versos. Garcilaso de la Vega, Fray Luis, Juan Ramón Jiménez, Rafael Alberti, se daban la mano en aquellas composiciones de un dibujo delicadísimo y de una refinada musicalidad. El cansancio ante el hermetismo *viernista,* ante su fiebre metafísica y su retorcida introspección — tan poco acorde con el temperamento tropical más bien proclive a lo fácil y superficial — encontró compensación inesperada en aquel regreso al Siglo de Oro o al Culteranismo, matizados con los aires de la época presente. *Doce Sonetos* (1943), *El Libro de los Sonetos* (1946), *Cantos para el Abril de una Doncella* (1948), crearon innumerables imitadores. Nuestra poesía juvenil se llenó de céspedes, cipreces rumorosos, fuentes y arroyuelos, surtidores y ojivas, vitrales y torres, doncellas, niñas arcangélicas, ninfas, pastores y ganados. Beroes multiplicaba los milagros de su invención poética. En realidad, verificaba el inventario de nuestra tradición literaria. Muy pronto, por la senda del barroquismo, pasará del Siglo de Oro al Modernismo, al Romanticismo. Abril, laúdes, llantos líricos, cisnes, liras, mármoles. El respeto y regusto por la rima, el anacronismo congénito, que en materia poética han imperado en nuestra sociedad, desde tiempos de Bello, Ramos, González y Pérez Bonalde, encontraba plena satisfacción. Pero la poesía de Beroes, dentro de su hispanismo, dentro de su neoclasicismo y su barroquismo, tenía dos caras: la del ángel del Cuatrocento, la del Petrarca, y el sombrío y descarnado rostro del sentimiento trágico de la vida. Paralelamente a los cantos abrileños e itálicos, a los devaneos modernistas o neo-románticos, este singular y excepcional poeta publicaba tremendos poemarios, agónicas confesiones de soledad, de sueño fúnebre, de aproximación apasionada a la muerte: *Clamor de la Sangre* (1943), *Prisión Terrena* (1946), *Texto de Invocación* (1948). Aleixandre, Prados, Cernuda, Unamuno, San Juan, toda la tradición místico-

erótica, afluían a aquellos poemas escalofriantes en los que contemplaba el hueso de su muerte, el esqueleto de su seño, las fermentaciones del amor-cádaver, la vida innumerable hecha agonía cósmica.

*Entregadle mi cráneo a esas altas colmenas*
*donde la vida entera con su rumor acampa.*

Juan Beroes escapaba a sus admiradores y a sus imitadores, pues interponía entre ellos y su poesía, ese lenguaje desesperado y lúcido, ese mundo de luminosidad sombría, de fosforescencia espectral. Para hablar de esa manera, para penetrar en esa nóctea claridad, era menester pasar por la misma experiencia, por esa invocación nacida en el fondo de la angustia existencial, unamuniana, colindante con la percepción de la muerte y de los posibles resurgimientos panteístas. De modo que Juan Beroes —uno de los poetas más considerables de nuestro país — desemboca en una indagación metafísica, como los *viernistas* más representativos, pero pasando por una revisión de toda la lírica de habla española. Otros libros suyos siguieron alumbrando la doble cara de su poesía inagotable.

Ana Enriqueta Terán (1920), neo-clásica como Sara Ibáñez, que pudo haberla influido, brinda en liras, sonetos, tercetos, de impecable factura, su largo monólogo, su meditación sobre sí misma. Melancolía pausada, pasión retenida, orden clásico, sensualidad serena y doble, ardimiento secreto. Entre 1946 y 1949 publicó lo conocido hasta ahora de su obra: *Al Norte de la Sangre, Presencia Terrena, Verdor Secreto.* Luis E. Henríquez — hoy prelado y alejado de la creación poética o, por lo menos, de la publicación — sorprendió por la intensidad emocional de los sonetos reunidos en *Escala de Soledad* (1945), obra superior a *Cantares del Camino* (1942), porque la inspira una experiencia vital y espiritual llena de sombras y de luces, de ráfagas tormentosas y claridades exaltantes. Luis Pastori (1921) y Tomás Alfaro Calatrava (1923-1953) llegaron juntos a la poesía, cantaron juntos, con la euforia de sus 20 años, descubrieron sus respectivas verdades y, prematuramente, la muerte se llevó a Alfaro Calatrava, quien tuvo la intuición de ello y de ella, en su libro *Octavillas de la Vigilia y de la Melancolía* (1954). Pastori, después de publicar varios libros que demuestran facilidad, ingenio, sensibilidad, inventiva — *Poemas del Olvido, Palabras de Otros Años, Toros, Santos y Flores* —, calló repentinamente. Escalona Escalona, tras de cantar la Soledad como término lírico, cesó de publicar. Apenas dos libros suyos, delgados pero bien escritos, atestiguan que holló los campos líricos: *Isla de Soledad* (1942), *Soledad Invadida* (1947). Lucila Velásquez, en cambio, busca tenazmente, a través de varios libros, una superación constante y una posibilidad de expresión vital: *Color de tu Recuerdo* (1949), *Amada*

*Tierra* (1951), *Poesía Resiste* (1955) — nutrido de la experiencia política de lucha contra la dictadura —, *Los Cantos Vivos* (1955), *En un Pequeño Cielo* (1960).

Aquiles Nazoa (1920) conjuga el preciosismo con el sabor popular. Su escritura poética — *Aniversario de Color* (1943), *Poesía Para Colorear* (1956), *Los Poemas* (1960) — resulta un tanto modernista, cuando no romántica, a veces barroca, otras realista. No se la puede definir ni calificar con propiedad, pues la alimentan tendencias estéticas y actitudes contradictorias. Repudia, eso sí, todo hermetismo, toda búsqueda metafísica o introspectiva. En su obra lírica no se advierte ningún atrevimiento o violencia estilísticos. Parece rechazar frecuentemente lo profundo por creerlo pedante. Gusta del color, del matiz, de la musicalidad melodiosa, de la miniatura, del destello. Se adscribe a corrientes sociales revolucionarias. Si como poeta "serio", suele mostrarse preciosista, colorista, tradicionalista, exquisito, en cambio, como humorista — y lo es de primera magnitud — aparece audaz, nervioso, rebosante de inventiva atrabiliaria y acrobática. Leyendo textos suyos humorísticos, se advierte una libertad casi automática de invención, mediante la cual desordena la lógica que defiende en sus poemas, liberta el subconsciente que retiene en aquéllos, y alcanza a convertir el absurdo en un sistema coherente de conocimientos. En *El Ruiseñor de Catuche* (1950) reúne algunos de sus mejores versos humorísticos, los cuales enriquecieron las páginas cotidianas de muchos periódicos y las principales secciones semanales de *El Morrocoy Azul,* versión venezolana de *Le Canard Enchainé* a cuyo éxito contribuyeron, en su primera etapa, junto con Nazoa: Miguel Otero Silva, Andrés Eloy Blanco, Isaac Pardo, Manuel García Maldonado, etc.

El regreso a la tradición hispánica pudo referirse a los clásicos como a los contemporáneos. Tanta influencia ejerció la manera de Garcilaso como el modo de Alberti. El uso de rimas consonantes y asonantes, de alejandrinos, octosílabos y de endecasílabos, de sonetos, cuartetos, décimas, brindaba al poeta seguridad y estilo. No sería posible mencionar a todos y cada uno de quienes escribieron versos o publicaron libros, en el período post-viernista. Sin embargo, se impone mencionar a Rubenángel Hurtado (1921), el inspirado autor de *Los Musgos del Silencio* (1947) y de *Fueros de Guaicaipuro* (1957); a José Rodríguez Unda; a Juan Sánchez Negrón; a Alí Lameda, virtuoso de la rima, cuya trayectoria tan breve como celebrada, no deja de sorprender; a Pedro Pablo Paredes, a Francisco Salazar Martínez, autor de *La Guitarra Ministra* y de *El Mendigo del Sol* (1956), libros de sarcasmo y desafío para consigo mismo, de interioridad desesperada y burlona; a Pedro Laya, en búsqueda de un acento nativista renovado; a Rafael Angel Insausti — *De Pie, Sobre la Sombra* (1957) — poeta exigente para consigo mismo, cuya obra limitada, exprimida, resulta intensamente lírica, límpida, interiori-

zada hasta la iluminación espiritual; a Ramón Sosa Montes de Oca, encendido en versos de forma tradicional en los que, bajo la sombra susurrante y ardiente de Barba Jacob, clama con énfasis, euforia y pasión confesional, los triunfos efímeros de la carne y las mordeduras del deseo; a Benito Raúl Losada, compartido entre su actividad de economista calificado y los reclamos de la Poesía, a la cual ha dedicado varios libros en que priva lo conceptual y el sentimiento de solidaridad humana; a Efraín Subero, apegado a los ritmos de inspiración popular y a la contemplación de la naturaleza; a Francisco Lares Granado, cantor de temas marítimos; a Ernesto Luis Rodríguez, cuyas décimas y romances alimentan la musa de los recitadores radiales; a Beatriz Mendoza Sagarzazu, que canta la presencia de sus hijos y la intimidad hogareña; a Morita Carrillo, que cultiva la poesía para niños; a Ernesto Jerez Valero, que suele desbordarse, caer en prosaísmos o en tiradas declamatorias, pero a quien alienta amor por la humanidad y por la gleba; a Ofelia Cubillán, autora de varios libros en los que predominan las ensoñaciones líricas, el sentimiento de la soledad y una aspiración confusa, sublimada, hacia el amor y la belleza; a Pura Vázquez; a César Lizardo.

Los poetas del grupo *Contrapunto* (1946 a 1949) se situaron en una posición ecléctica, entre las influencias hispánicas y algunas apartaciones viernistas. José Ramón Medina, Rafael Pineda, Juan Manuel González y Heriberto Aponte figuraron como poetas, entre los componentes de *Contrapunto.* El último de los nombrados, nacido en 1926, aún no ha recogido en libro su escasa producción, signada por la euforia lírica, el gusto por la frase abierta como un capote que se adorna. Los otros ocupan sitio de excelencia en el campo de las Bellas Letras.

José Ramón Medina (1921) publicó su libro primigenio, *Edad de la Esperanza,* en 1947, y el más reciente, *Memorias y Elegías,* en 1960. Entre esas dos obras se cuentan más de ocho títulos demostrativos del cotidiano convivir de este poeta con la Poesía. Precisamente la experiencia de Medina es costumbre lírica, canto de intimidad, luz familiar de la estancia. Vocación ponderada y leal, serenidad noble y pacífica. Las características generales de su obra pueden resumirse en los siguientes rasgos: musicalidad suave y envolvente del verso libre; depurado sentimiento de la Naturaleza a través de cuyas formas innumerables, evocadas sin cesar, intuye un más allá que es aspiración o necesidad de Dios; la fraternidad humana; idealización del amor sin concesión alguna a la galantería o la sexualidad clamante; intimidad con las grandes y con las pequeñas cosas; nostalgia de lo que puede llevarse el tiempo pero exaltación de la claridad sentimental con que soñar la eternidad. José Ramón Medina es bondad serena. Así también nos regala su poesía pura y enaltecedora.

Rafael Pineda (1926) siguió una trayectoria bastante personal. Su

primer libro, *El Resplandor de las Palabras* (1946) constituye confesión envuelta en el descubrimiento del lenguaje lírico. Su segunda obra suscita los temas de la tradición, entendida como costumbre de vida, hábitos, creencias, prácticas caseras, dramas íntimos de soltería, seducción, rapto y abandono, ritos folklóricos, conjuros y brujerías. Esos *Poemas Para Recordar a Venezuela* (1951), tratados como daguerrotipos, como estampas desvaídas o escenas rococós, renuevan, de manera original e inteligente, las tendencias nativistas y las aproximan a una óptica universal, dentro de la pecularidad de su propio ámbito. El *Pie de Espuma* (1953) puede definirse como una glosa gongorina, culterana, barroca del Amor, la Poesía, la Memoria, y otras motivaciones de inspiración literaria. Guarda algunos libros inéditos, en los que asoma su interés por la poesía de habla inglesa, tan profunda y universal. Pineda es un poeta con máscara barroca, musa descriptiva, mental. Crea decorados y escenografías propicias a representar, vistos desde afuera, pasiones y sentimientos humanos. Cuando habla de sí mismo lo hace en tercera persona o a través de sus decorados. Desembocó en el Teatro por gravitación natural.

Juan Manuel González (1924) y Juan Salazar Meneses (1929) se formaron cada uno por su cuenta, sometidos a influencias diferentes, y nada parecería justificar el que asociáramos sus nombres en esta oportunidad. González pertenecía al grupo *Contrapunto* y en la revista del mismo nombre publicó sus primeros versos. La revista *Cruz del Sur* acogió las composiciones iniciales de Salazar Meneses. González nació en Caracas y en su poética hay pocas alusiones al mar. En cambio, la poesía de Salazar Meneses, nativo de la Isla de Margarita, abunda en vivencias marineras. Pese a todo ello, el lenguaje que usan descansa por entero en la imagen y la calidad adjetiva del mundo y de las cosas. Si fuesen pintores — y lo son en cierto modo, porque sus poemas se desarrollan como una tapicería y ostentan calidades de vitral cuando no de fresco lineal y plano —, diríamos que conceden al color, a la impresión, al dibujo, importancia determinante. En este caso, la materia es la palabra, la imagen, el color, el olor nacido de asociaciones adjetivas y sustantivas. Hay como la aspiración a crear una autonomía de la imagen, de modo que un poema fuera sucesión de imágenes autónomas. Pero esa búsqueda que pertenece por entero al Creacionismo — Reverdy, Huidobro — no parece constituir, en nuestros poetas, propósito intelectual. Más bien por vía de espontaneidad lírica y temperamental llegan a otorgarle tanta importancia al juego imaginífero. Hasta aquí la semejanza entre ambos, porque González persigue una idealización de los materiales literarios usados, en tanto que Salazar Meneses insiste en la calidad física de lo que sugiere. González trabaja amorosamente sus retablos, sus vitrales, donde aparecen bosques, torres, jardines, fuentes, bestiarios, techumbres, doncellas hieráticas,

floras, crepúsculos y albas (9). Se opera una estilización, una desmaterialización de los elementos terrígenos. Salazar Meneses se complace en usar las palabras como si fueran especierías, extrañas flores, piedras preciosas, maderas olorosas. Está más cerca del Creacionismo que González, pero se aleja de él por cuanto no asimila la imagen a una cristalización incorruptible, sino a una sensación, a un perfume, a un matiz sensual. Con olores, sabores, colores, sugerencias adjetivas, construye un canto tan vasto como *El Conquistador,* el cual más que personaje histórico se convierte en reflejo suyo, en explorador de su propia sensualidad periférica. Su libro primigenio se titula: *Los Huéspedes de Verano.* El peligro para estos poetas estriba en agotar el lenguaje, en caer en una suerte de retórica imaginífera, en ser destruidos por la materia literaria.

Después de *Viernes, Suma* y *Contrapunto* o simultáneamente con la existencia de esos grupos, se manifestaron poetas marginales, cuya evolución y formación siguió el curso de un eclecticismo personal. Entre ellos recordaríamos los nombres de María Calcaño, Luz Machado de Arnao, Ida Gramcko, Jean Aristeguieta, Pedro Francisco Lizardo, Héctor Guillermo Villalobos, Juan Sánchez Peláez.

María Calcaño publicó su primer libro en 1935: *Alas Fatales.* Este se inscribía dentro del romanticismo erótico de la Ibarbourou de la primera época. María Calcaño formó parte del grupo *Seremos* de Maracaibo, pero los azares del destino la llevaron a residir fuera de Venezuela y a aislarse casi por completo de nuestro movimiento literario. En 1956, la A.E.V., en sus Cuadernos, recogió el libro postrero de esta mujer: *Canciones que Oyeron mis últimas Muñecas.* Villalobos cultivó un estilo a medias entre lo popular y lo social, entre lo sentimental y lo conceptual. Fue el poeta estudiantil por excelencia, en 1936. Sus libros *Afluencia* y *Jagüey* — un romancero de amplia resonancia — respondieron a ese momento, pero ulteriormente su producción declinó hasta perder pie en el concierto de los poetas contemporáneos de Venezuela. Manuel Rodríguez Cárdenas, autor de unos poemas de saber negroide, reunidos en 1938, con el título de *Tambor,* fue superado, como Villalobos, por la expansión del movimiento poético contemporáneo.

Luz Machado de Arnao (1916) nació el día de un eclipse de sol, en la tierra donde la leyenda situaba a El Dorado, es decir, en Guayana. El Orinoco majestuoso se deslizaba frente a su villa natal: Ciudad Bolívar. Cantó su río en uno de sus últimos libros traducido al francés. Se trata de una poesía caudalosa, con gran arrastre de imágenes y formas de la naturaleza entrevistas como en fuga. Luz Machado no puede ser adscrita a ninguna de

(9) La bibliografía de Juan Manuel González cuenta, entre otros, los siguientes títulos: *Estación de la Luz* (1944), *Los Días Sedientos* (1950), *Los Salmos de la Noche* (1952), *La Heredad Junto al Viento* (1958).

las tendencias señaladas. Se formó al margen de grupos y capillas literarias. Pero si de algo difiere, es del tradicionalismo hispanizante, con apego a la forma, a la preceptiva, al orden clásico. Su feminidad cumplida íntegramente, se refleja en su poesía. *Ronda* (1941) es apenas una aproximación a su verdad, con mucha compostura social y provinciana, inseguridad, sentimentalismo. *Variaciones en Tono de Amor* (1946) señala el nacimiento de su estilo, el encuentro de los elementos fundamentales con los que asociará la intuición de sí misma, de su acaecer, de su existir y anhelar. Desde entonces el agua la refleja. El Agua mudable y fecundante, pero también desbordada y destructora. *Vaso de Resplandor* (1946) contiene su intimidad radiante, plena, sonora; el hallazgo de sí misma, de sus potencias y posibilidades. La melancolía se oculta tras ese resplandor como el sol tras la luna, en el día de su nacimiento. En *La Espiga Amarga,* el movimiento es contrario: se amontonan las primeras nubes de la nostalgia, del desengaño sobre la radiante y fecunda naturaleza de hacía poco. Después, Luz maduró en plenitud sentimental, en dorado resplandor de estación sensual. Escribió su tumultuoso *Canto al Orinoco* (1953). Seis años más tarde, la lucidez, la melancolía joven, los recuerdos, la fuga de los días, inspiran sus *Sonetos Nobles y Sentimentales* y sus *Cartas al Señor Tiempo* (1959). En la actualidad estamos en espera de *La Casa por Dentro,* inventario de las pequeñas presencias cotidianas, de la vida recoleta, de las inevitables renuncias.

La obra de Luz Machado expresa un destino total de mujer, inscrito dentro de símbolos milenarios y mitos redivivos. En toda criolla ha habido siempre una frustración vital derivada de la abstención o de la carencia. En Luz Machado no hay ni carencias ni abstenciones; es la Mujer en todo el prodigioso despliegue de su feminidad cumplida: madre, agua, tierra, amor, fuego, deseo, enamorada. Eso sí, ¡ni ángel, ni arcángel; ni literata, ni intelectual! Ninguna otra escritora venezolana en prosa o verso, hasta hoy, ha atestiguado por la vida, como Luz Machado, y esta circunstancia existencial, unida a la nobleza del lenguaje — a veces desbordado, a veces retenido, siempre expresivo —, da a su obra validez excepcional. Allí se leen las estaciones vividas; las edades presentidas, los frutos probados, el vino bebido, la fuga consentida, la realidad aceptada. Luz dio la vuelta al mundo de sus propios sentimientos. Su rica experiencia es tiempo humanado. Si nostalgias ensombrecen su pensamiento, no provienen ellas de una falta de maduración, de una cosecha perdida, sino de un anhelar demasiado, de un desbordamiento generoso, de una abundancia repartida. Su poesía, por excelencia, es lenguaje y es vida de mujer cardinal, meridiana, secular, vitalicia.

Otro poeta marginal y personalísimo, como Luz Machado, es Pedro Francisco Lizardo (1920). Le situamos entre los mejores de nuestro país.

Más de seis libros de altísima calidad lírica nos informan sobre su tránsito y sobre los mitos eternos de la Poesía. En su provincia natal, el Estado Carabobo — tierras de poetas, porque en ella nacieron Maitín y Lozano, Pálmenes Yarza e Ida Gramcko, D'Sola, Gerbasi, entre otros — publicó sus primeros libros: *Canción del Agua Clara* (1939), *Comarca de Amor* 1941), *La Viva Elegía* (1944), uno de sus libros más sentidos. Luego, en Caracas: *Pura, Encendida Rosa,* (1945), *El Tiempo Derramado,* momento culminante de su obra, *Los Círculos del Hombre* (1960). Lizardo aceptó y asimiló la corriente hispanizante, y sus sonetos, entre otras formas clásicas, dan prueba fehaciente de su dominio preceptivo. Pero ha usado también, con especial musicalidad, el verso libre y estancias amplias y nobles como versículos de la Biblia. Su lenguaje resulta depurado y lírico, sus imágenes y metáforas de buen gusto, elaboradas con elementos de la naturaleza idealizada. Le anima un profundo sentimiento de la solidaridad humana. Puede elevarse, sin énfasis ni intelectualismos, a los planos de la meditación frente a los temas de inspiración universal, o frente a su propio destino y a su ser.

Ida Gramcko (1924) y Jean Aristeguieta (1925) irrumpieron juntas, en 1942, como niñas prodigios de la literatura. Ambas ardían en fervor creativo. Las alimentaba y destruía la escritura, el vivirse vertiginosamente en el espejo de sus propios cantos. En Ida predominaba la intelectualidad y en Jean el lirismo. Cada una fue siguiendo su propia naturaleza. Jean se estableció dentro de una voluntad de inspiración permanente, una euforia rebrillante de cantar frente al mundo todos los días nuevo y primaveral. Su símbolo sería la adolescencia clásica, la primavera y las guirnaldas de los mármoles mediterráneos. Ida era la avidez expresiva, el incontenible poder de transmutar en palabras el universo. Sus poemas se presentaban como recitativos que se nutrían de ellos mismos. Picón Salas apunta en torno a su obra: "coherencia lírica, tan cerrada y abastecida en su unidad temática, que no se alcanza a definir espigando versos sueltos o rompiendo ese ritmo unitario, como de grande e indivisible recitativo que tienen sus poemas". Un cuadro, un guijarro, un cuento infantil, un perfume, ponen en movimiento el prodigioso mecanismo poético de Ida Gramcko, quien de inmediato devora esa realidad, la sepulta en su inmenso discurso, la transforma, deshace, rehace y finalmente petrifica, cristaliza, de manera irremediable. Es una poesía de vuelo mental, de dimensión abstracta, con poca sombra, con mucha resonancia, ora romántica, ora clásica, ora filosófica, poco sensual y poco confidencial, casi nunca rendida, siempre representativa y vuelta hacia sí misma, como espiral de caracol. Su canto ni se vierte ni se abre. Se hincha, se llena de sí mismo y alcanza profundidad por distensión y desarrollo cerrado. Su símbolo sería lo que ella misma expresa de este modo:

*"Esto fui: una pupila
húmeda, abierta y ávida".*

Tanto en Jean Aristeguieta como en Ida Gramcko hay una adolescencia mantenida que aleja de sus contornos el otoño y su esplendor lúcido, maduro. Jean Aristiguieta ha publicado, entre otros títulos: *Alas en el Viento* y *Destino de Quererte* (1942), *Tránsito y Vigilia* (1945), *Poema de la Llama y del Clavel* (1948), *Abril y Ciclo Marino* (1949), *A las Puertas del Secreto* (1951) — momento culminante de su poesía —, *Poema para Grecia* (1953), *Catedral del Alba* (1956), *Nocturnos* (1957). Reconocimiento imperativo es el de elogiar la empresa cultural que Conie Lobell y Jean Aristeguieta han llevado a cabo juntas, publicando durante casi veinte años una revista de Poesía: *Lírica Hispana,* que ha colmado sus páginas con versos de los más calificados poetas de habla española, con valiosas antologías, con selecciones de versos de jóvenes que empiezan.

Tres libros contienen la obra poética de Ida Gramcko: *Umbral* (1942), *La Vara Mágica* (1948), instante de alta gracia creativa, *Poemas* (1952). Su poder expresivo ha buscado otros cauces en el teatro y en la prosa imaginativa.

Juan Sánchez Peláez residió algún tiempo en Chile y vive actualmente en Francia. Su formación no ha seguido los cauces grupales y generacionales de sus compañeros en edad o en tendencias líricas. Sánchez Peláez es poeta exigente consigo mismo. No se complace en la euforia narcisista ni en la adjetivación. Busca tenazmente, a través de despojamientos y precisión, la calidad sustantiva, la autenticidad. Hasta ahora ha publicado dos libros: *Elena y los Elementos* (1952), inscrito dentro de la experimentación surrealista y sus afluyentes: el erotismo, el automatismo psíquico, el esplendor onírico; y *Animal de Costumbre* (1959), con el cual regresa a lo que pudiéramos determinar como realismo lírico, subjetivo y trascendente, dentro de un despojamiento voluntario del lenguaje.

Después de la caída del régimen constitucional presidido por Rómulo Gallegos, en 1948, algunos jóvenes escritores, entre ellos poetas, formaron el grupo *Cantaclaro.* En la única entrega de la revista, decomisada por la policía, aparecieron textos poéticos y ensayos de sus componentes. Muy pronto la acción política comprometió por entero la gestión vital de aquellos jóvenes. Cárceles, persecuciones, lucha clandestina, exilios, disolvieron el grupo. Sus componentes jamás volvieron a encontrar el clima de creatividad vigorosa del período 1945-48, cuando empezaron a frecuentar tertulias literarias y a publicar en los periódicos. Miguel García Mackle (1927), en cuya voz se escuchan resonancias de Walt Whitman, parece ser el único de los poetas de ese grupo que trata de regresar a la creación, porque tanto

Rafael José Muñoz (1928) como Jesús Sanoja Hernández, — en la actualidad gestor de la hoja literario-política *Tabla Redonda* — ven interferido cada vez más, por el activismo político y partidista, el camino de la verdadera integración poética. García Mackle publicó *Cantos de Adán y Otros Poemas* (1952) y *El Que se Fue, Es y Será* (1960); Muñoz: *Los Pasos de la Muerte* (1952).

Numerosos poetas componen las últimas promociones. Algunos se reúnen en torno a una publicación o a una peña generacional, cuando no en razón de una militancia partidista — *Sardio, Tabla Redonda, Cruz del Sur, etc.* —. Se llaman Ramón Palomares, Guillermo Sucre, Carlos Gottberg, Luis García Morales, Juan Angel Mogollón, Jesús Enrique Guédez, Rafael Cadenas, Edmundo Aray, Francisco Pérez Perdomo, Alfredo Silva Estrada, Alfredo Chacón, Arnaldo Acosta Bello, Caupolicán Ovalles, Juan Calzadilla, Efraín Hurtado, Martiniano Bracho Sierra, Velia Bosch, Dionisio Aymara, Víctor Salazar, Eduardo Zambrano Colmenares, Maruja Montero, Mario Lope-Bello, Samuel Villegas. No sería posible referirse a cada uno de estos jóvenes poetas, pues los más están pasando por una etapa de formación, de encuentro con ellos mismos, de elaboración de un lenguaje. Nadie puede asegurar que dentro de poco no abandonen la poesía al igual que tantos otros escritores venezolanos. Muchos de ellos están comprometidos políticamente con tendencias que reclaman del individuo sumisión y despersonalización. Como se comprenderá, la experimentación poética no puede florecer entre autómatas o porta-consignas. Basados en los libros que ellos hayan publicado o en el conocimiento de textos aún inéditos, nos atrevemos a destacar a Juan Angel Mogollón, autor de varios poemarios, entre ellos, *De mi Corazón, un Arbol Mágico, El Centinela y el Abismo* (1956), *Los Sortilegios* (1958, en los que aspira a cantar de manera radiante, las fuerzas del instinto, las formas de la naturaleza, el sueño, la íntima energía de vivir; a Ramón Palomares (1935), en cuyo libro, *El Reino* (1958) se remozan el idioma y la inspiración y admiten una libertad de invención lírica, alegre, resplandeciente, que nunca había alcanzado hasta entonces nuestra Poesía; a Guillermo Sucre (1933), cuya obra inicial *Mientras Suceden los Días* (1961) es ya fruto de maduraciones, de exigencias rigurosas con el estilo y consigo mismo, gracias a las cuales alcanza, de una vez, despojamiento, nobleza y autenticidad en la expresión, lucidez y ardimiento en el sentimiento, altivez solitaria y conciencia de la fraternidad humana, en el pensamiento; a Carlos Gottberg (1929), de quien la Universidad de Carabobo recogió en un solo volumen los libros escritos hasta hoy, en los que predomina la sinceridad nutrida por las incidencias vitales del poeta, por la confrontación de sí mismo con el mundo, por la aspiración y el sueño cotidianos y un sentido ecuménico y fraternal de la Poesía; a Luis García Morales, que en versos de aliento pro-

fundo confiesa su soledad, ahonda en ella y penetra en la angustia existencial de nuestra época; a Rafael Cadenas, de obra escasísima, pues su primera publicación cuenta ya una década, siendo la última *Los Cuadernos del Destierro,* exageradamente elogiada por sus camaradas de grupo, pese a lo cual este poeta desgarrado entre una sensibilidad de extraordinaria fineza y autenticidad, y las obligaciones políticas aceptadas como una toma de hábito, pudiera brindarle a nuestra lírica, por lo general externa y verbalista, el testimonio de su contienda interior, de ese enajenamiento desesperado, de esa alineación consentida quizás ante el miedo al vacío, ante la imposibilidad de ser uno, ante el temor al Juicio Final de la Historia, cuyos dioses terrígenos resultan aún más sanguinarios que los celestes de la Antigüedad. Si tuviésemos que añadir otros nombres escribiríamos los de Efraín Hurtado, Dionisio Aymara, Jesús Enrique Guédez y Caupolicán Ovalles, cuya sensibilidad parece viva y cuyas posibilidades expresivas y estilísticas se manifiestan en poemas publicados en libros o en revistas.

Ponemos término a este recorrido por los campos de nuestra Poesía, concluyendo con la apreciación de que tan sólo después de 1924, se incorporó ésta, desde un punto de vista estilístico y ontológico, a la época moderna. Las tendencias fundamentales imperantes desde entonces pueden ser definidas como una búsqueda integrada a los modos de conocimientos contemporáneos, los cuales proceden del consciente como del subconsciente, del sueño como de la vigilia, de la razón como de lo instintivo. Esa búsqueda versa sobre la realidad telúrica y social vista a través de las propias vivencias, o sobre sí mismo, o sobre el lenguaje en sí. A veces se resuelve en fuga lírica o en imaginería y sugerencias. Desde cualquier ángulo que se quiera enfocar el proceso poético señalado, ha correspondido a los poetas que escribieron después de *Aspero,* poner al día nuestra Poesía, tornarla contemporánea y asomarla al mundo.

Mendichka: Julio-Diciembre de 1961.

# LOS COLABORADORES

## PROFESOR MARIANO PICON-SALAS

Nacido en Mérida, Venezuela
*Estudios universitarios:* Universidad de Chile, Santiago de Chile
Título de Profesor de Historia

1928 Doctor en Filosofía y Letras
1929-36 Profesor en las Facultades de Humanidades y Educación y en la de Bellas Artes de la Universidad de Chile
1936 Ex-Superintendente de Educación de Venezuela
1936-37 Encargado de Negocios de Venezuela en Checoeslovaquia
1938-40 Director de Cultura del Ministerio de Educación de Venezuela
1942-44 Profesor Visitante en Columbia University y en el Smith College, U.S.A.
1946-47 Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, Caracas
1947-48 Embajador de Venezuela en Colombia
1949-51 Profesor Visitante en la Universidad de Puerto Rico
1951 Profesor Visitante en la Universidad de California, Los Angeles
Profesor Visitante en el Colegio de México
1951-58 Profesor de la Universidad Central de Venezuela
1958-59 Embajador de Venezuela en el Brasil
1959 Delegado Permanente de Venezuela ante la Unesco

*Asociaciones a que pertenece:*

—Académico de Número de la Academia Nacional de la Historia, Venezuela
—Socio correspondiente de las Academias de la Historia (Argentina, Colombia, Chile), de la Sociedad Geográfica de Lima y de la Academia de Letras de Cuba
—Doctor Honoris Causa de la Universidad Central de Venezuela

*Condecorado:* Gran Cordón de la Orden del Libertador
Medalla de Instrucción Pública de Venezuela
Orden Carlos Manuel de Céspedes de Cuba

1954 Premio Nacional de Literatura, Venezuela

*Algunas obras literarias y de investigación:*

—*Formación y Proceso de la Literatura Venezolana* 1ª. ed. 1940

—*De la Conquista a la Independencia (3 siglos de historia cultural hispanoamericana)* 1ª. ed. 1944
—*Miranda* (biografía) 1ª. ed. 1946
—*Cinco discursos sobre pasado y presente de la Nación Venezolana.* 1ª. ed. 1940
—*Los días de Cipriano Castro (Historia Venezolana del 1900)* 1ª. ed. 1954
—*Europa-América (ensayo de historia de la cultura)* 1ª. ed. 1946
—*Comprensión de Venezuela* 1ª. ed. 1948
—*Pedro Claver* (biografía) 1ª. ed. 1950
—*Problemas y métodos de la Historia de Arte.* 1932
—*Viaje al amanecer* (novela) 1ª. ed. 1943
—*Odisea de Tierra Firme* (novela) 1931
—*Registro de Huéspedes* (novela) 1933
—*Los tratos de la noche* (novela) 1954
—*Regreso de Tres Mundos* (ensayos) 1959

## PROFESOR AUGUSTO MIJARES

Nació en Villa de Cura, Estado Aragua, Venezuela, el 12 de Noviembre de 1900. Hijo del Dr. Daniel Mijares y de Josefa Izquierdo de Mijares.

Tiene grado de Profesor por el Instituto Pedagógico de Caracas y es doctor *Honoris Causa* de la Ilustre Universidad Central de Venezuela.

Su actividad fundamental ha sido la enseñanza, como Profesor de Educación Secundaria, Profesor en el Instituto Pedagógico de Caracas y Profesor de la Univerisdad Central de Venezuela, en la cual fue de los fundadores de la Facultad de Filosofía y Letras, hoy denominada de Humanidades y Educación.

En el Ministerio de Educación ha sido sucesivamente Director de Educación Secundaria Superior y Especial, Encargado del Despacho y Ministro desde Noviembre de 1948 a Noviembre de 1950.

Por dos veces ha sido Director del Archivo Nacional; y en la diplomacia estuvo en México y en Costa Rica como Encargado de Negocios y en España como Embajador desde Enero de 1951 a Septiembre de 1952. Desde entonces se separó totalmente de la política.

Ha publicado: *La Interpretación Pesimista de la Sociología Hispanoamericana.* Primera edición, en folleto, Caracas, 1938. Segunda edición, en un volumen, Madrid, 1952. *Hombres e Ideas en América.* Primera edición, Caracas, 1940. Segunda edición, Caracas, 1946. *Educación,* México, 1943. *Libertad y Justicia Social en el Pensamiento de Don Fermín Toro,* Caracas, 1947. *La luz y el espejo,* ensayos, Caracas, 1955. *Los adolescentes,* novela, Barcelona, España, 1958. *El Proyecto de América,* Caracas, 1960. *Don Julián Viso,* Caracas, 1960.

Es miembro de Número de la Academia Nacional de la Historia y de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, de Venezuela. Obtuvo el Premio Nacional de Literatura en 1956. Está condecorado con la Medalla de Instrucción Pública y el Gran Cordón de la Orden del Libertador, de Venezuela; con la Orden El Sol del Perú; y es Comendador de la Legión de Honor, de Francia.

Tiene listo para la imprenta *Lo afirmativo venezolano,* ensayos; y prepara una biografía del Libertador.

## RAMON DIAZ SANCHEZ

Nació en Puerto Cabello el 14 de Agosto de 1903.

Hijo de Ramón C. Díaz y Rosario Sánchez.

*Profesión:* escritor.

*Obras publicadas: Cam,* ensayo. *Mene,* novela. *Cumboto,* novela. *Casandra,* novela. *Borburata,* novela. *Guzmán, elipse de una ambición de poder,* biografía. *Teresa de la Parra, clave para una interpretación,* biografía. *Transición,* comentario político. *Caminos del amanecer,* cuentos. *La Virgen no tiene cara y otros cuentos. El Marqués de Varinas, desagravio de un aventurero,* historia. *La Independencia de Venezuela y sus perspectivas,* historia. *Baralt, un venezolano del Siglo XIX,* crítica. *José Gil Fortoul,* Palabras en su Centenario.

*Obras traducidas: Mene,* al francés, al ruso, al eslovaco. *Cumboto,* al francés y al italiano. *La Virgen no tiene cara y otros cuentos,* al francés y al italiano. *La Casa,* teatro, al alemán.

*Premios:* Nacional de Literatura. De novela "Arístides Rojas". De cuentos del diario El Nacional. De literatura "José Rafael Pocaterra" (Ateneo y Universidad de Carabobo).

*Condecoraciones:* de Instrucción Pública. Orden del Libertador (Comendador). Orange Nassau (Holandesa, Comendador). Medalla de Oro de la Asociación de Escritores Venezolanos.

*Instituciones a las que pertenece:* Academia Venezolana de la Lengua (Bibliotecario en la actualidad). Academia Nacional de la Historia (Secretario en la actualidad). Asociación de Escritores Venezolanos (Ha sido su Presidente en tres oportunidades). Academia Colombiana de Historia (Correspondiente). Real Academia de la Lengua Española (Correspondiente). Real Academia de Historia de España (Correspondiente). Academia Nacional de la Historia de la República Argentina (Correspondiente). Academia de Letras e Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay (Correspondiente).

*Cargos públicos que ha desempeñado:* Juez Municipal de Cabimas, Estado Zulia, 1930 a 1935. Jefe de Publicaciones del Ministerio de Agricultura y Cría, 1937-39. Director de Gabinete del Ministerio de Educación Nacional, 1940-44. Director de la Oficina Nacional de Prensa, 1942-43. Diputado al Congreso Nacional por el Estado Carabobo, 1943 al 46 (Se interrumpió su mandato a causa de los acontecimientos políticos de 1945). Director de la Oficina de Información y Publicaciones, 1948 (4 meses). Consejero Cultural de las Embajadas de Venezuela en Madrid, París y Roma (ad-honorem) 1949-50. Director de Cultura y Bellas Artes del Ministerio de Educación, 1951-52. Consejero Cultural de las Embajadas de Venezuela en Madrid, París, Roma y Alemania Occidental (ad-honorem) 1952.

Secretario de la Academia Nacional de la Historia, 1958 al 61 (dos períodos, reelegido).

## PROFESOR EDUARDO ARCILA FARIAS

Maracaibo, Febrero 14, 1912.

Periodista.

1936-40 estudios inconclusos de Derecho en la Universidad Central.

En 1941 publicó su primer libro de cuentos, género que cultivaba desde sus primeros pasos en el periodismo nacional.

En 1946 concluyó su primer volumen sobre Historia de la Economía, que fue incluido por el Fondo de Cultura Económica en su conocida Colección "Tierra Firme". En 1946 obtuvo una beca de El Colegio de México para hacer estudios superiores de Historia bajo la inmediata dirección de don Rafael Altamira, Silvio Zavala, Ramón Iglesias, Agustín Millares Carlo, José Miranda y otros.

Permaneció en México dos años como alumno regular de El Colegio de México, hasta la culminación del curso. Su tesis del 1er. ciclo lo constituyó el libro *Reformas Económicas del siglo XVIII en Nueva España*, y su tesis de grado para optar la Maestría de Historia, el libro *El Comercio entre Venezuela y México*, publicado por el propio Colegio.

Desde México, terminados sus estudios se presentó en concurso para optar una Beca de la famosa institución "John Simón Guggenheim Memorial Foundation". Fue recomendado por el propio Colegio como "el alumno más destacado"; además respaldaron la solicitud don Alfonso Reyes, Rafael Altamira, Daniel Cossio Villegas, Silvio Zavala y Earl J. Hamilton, famoso economista e historiador de la Universidad de Chicago. Con esta beca para estudios de alta especialización se trasladó a la Biblioteca del Congreso, en Washington, donde permaneció un año. En dicho centro dedicó sus estudios a la investigación sobre "El pensamiento económico Hispanoamericano en el siglo XVIII", dirigido por el Prof. Hamilton.

Regresó a Venezuela después de una ausencia de tres años, a fines de 1948.
En 1954 ingresó en la Facultad de Humanidades como Catedrático de Historia colonial e inició un Seminario de Técnica de la Investigación. En la misma fecha asume la Secretaría del Instituto de Estudios Hispanoamericanos.
En 1958 asume la Dirección del Instituto y el Seminario de Historiografía.
En 1959 se encarga de la Cátedra de Historia de la Economía Venezolana.
En 1960 funda la *Revista de Historia* a cuyo frente continúa.

LIBROS:

*Sudor. Cuentos del mar y de la tierra.* México, Fondo de Cultura Popular, 1941. pp. 102.
*Economía Colonial de Venezuela.* México, Fondo de Cultura Económica, 1946. pp. 509.
*El comercio entre Venezuela y México en los siglos XVII y XVIII*, México, El Colegio de México, 1951. pp. 324.
*El capital extranjero.* Caracas, 1951 (folleto) estudio sobre las inversiones extranjeras en América Latina y en especial en Venezuela.
*El siglo ilustrado en América. Reformas económicas del siglo XVIII en Nueva España.* Caracas, Ministerio de Educación, Colección Andrés Bello, 1955. pp. 277.
*La Justa Guerra contra los indios de Venezuela* (folleto) Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1956.
*Cuatro ensayos de Historiografía.* Caracas, Ministerio de Educación, Colección Letras Venezolanas, 1957. pp. 90.
*El régimen de la Encomienda en Venezuela.* Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1957. pp. 378.
*El Real Consulado de Caracas.* Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1957. pp. 253.
*Historia de la Ingeniería en Venezuela.* 2 volúmenes. Caracas, Colegio de Ingenieros de Venezuela, 1961.

ARTÍCULOS:
Prólogo del libro *El Comercio Canario-Americano (siglos XVI, XVII y XVIII)* del Prof. Francisco Morales Padrón. Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1955.
Prólogo del libro *Las Armas en la Conquista de Venezuela,* del Dr. Amílcar Plaza. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1955.
Artículos en el *Anuario de Estudios Americanos,* de Sevilla. *El Trimestre Económico,* de México, *Revista Nacional de Cultura, Revista de Cultura Universitaria, El Nacional, El Universal.*

## JUAN LISCANO

Nació en Caracas el 7 de Julio de 1915.

Hizo sus estudios primarios y secundarios, en parte en Caracas, y en parte en Francia, Bélgica y Suiza. Conoció a Europa en su mocedad y primera juventud y a su regreso a Caracas, en 1934, ingresó en la Universidad Central de Venezuela donde cursó los tres primeros años de Derecho, estudios que abandonó para dedicarse de lleno a su obra literaria.

Su labor de escritor abarca tres campos: periodismo, folklore y literatura de creación y de crítica.

Hace sus primeras armas como periodista en "Acción Estudiantil" y la "Revista FEV", aparecidos a raíz de la muerte de Juan Vicente Gómez, órganos ambos de la Federación de Estudiantes de Venezuela. Liscano estuvo encargado de algunos números de Acción Estudiantil y formó parte del Consejo de Dirección de las dos primeras entregas de la Revista FEV. En 1938 funda con Manuel Salvatierra y Guillermo Meneses la revista "Cubagua" (cinco entregas); luego es Director del Boletín "Presente", órgano del grupo de estudios del mismo nombre (dos entregas); en 1944, junto con un grupo de escritores funda "Suma", cuya publicación dirige desde su primera entrega. Cuando el grupo se desintegra, convierte "Suma" en una Editorial y en Librería, asociado con Carlos Eduardo Frías, Srta. Heimann y Sr. Radunz, hasta que la sociedad se disuelve, a su vez, en 1946, dejando instalada una de las mejores Librerías de la capital y dejando las huellas de una veintena de obras entre las que cabe nombrar "Las Piedras Mágicas" de Carlos Augusto León (Ensayo sobre José Antonio Ramos Sucre) que obtuvo el Premio Municipal de Prosa 1945, el sonetario "Escala de Soledad" del Presbítero Luis E. Henríquez que mereció Mención honorífica en el concurso para optar el Premio Municipal de Poesía correspondiente a ese mismo año. "Prisión Terrena" de Juan Beroes, Premio Municipal de Poesía 1946. Finalmente estuvo encargado de la sección bibliográfica de las páginas literarias de "Ahora" hasta que en agosto de 1943, cuando apareció el diario "El Nacional" entró a dirigir su sección literaria dominical a la cual bautizó con el nombre de "Papel Literario". Estuvo dirigiendo el "Papel Literario" hasta junio de 1950.

En cuanto a su labor como folklorista — investigación que inicia de manera espontánea, más como acercamiento humano hacia el pueblo que como disciplina etnológica, en 1938 — se puede señalar que es el autor de la 1ª recolección sistemática de nuestra música popular, por medio del documento grabado en disco. Ha sido Director del Servicio de Investigaciones Folklóricas Nacionales dependiente de la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, organismo creado por Decreto Nº 430 del 30 de Octubre de 1946, desde su fundación hasta el mes de Noviembre de 1948. Se dió copia de su colección de músicas populares venezolanas, en 1946,

a la Biblioteca del Congreso de Washington, cuya sección "Archivo de la Canción Americana", donde reposan esos discos, le encomendó y publicó luego una selección de esos discos en sus acreditadas colecciones de álbumes de músicas folklóricas, bajo el nombre de "Folk Music of Venezuela" (Album XV).

Bajo su dirección fue publicada la "Revista Venezolana de Folklore", órgano del Servicio de Investigaciones Folklóricas Nacionales y fue presentada la "Fiesta de la Tradición", Cantos y Danzas de Venezuela, celebrada en el Nuevo Circo, con más de 500 participantes, durante las noches del 17 al 21 de Febrero de 1948.

PUBLICACIONES:

*8 Poemas*. Impres. Unidos, Caracas, 1939.
*Contienda*. Poemas. Dibujos de María Valencia y Héctor Poleo. Ed. Elite 1941. Obtuvo el Premio Municipal de Poesía.
*Del Alba al Alba*. Poema. Viñetas de Francisco José Monroy. Tip. La Nación. Caracas, 1943.
*Poesía Popular Venezolana*. Colección, notas y selección de Juan Liscano. Ed. Suma. Cuaderno 16, Coop. de Artes Gráficas, Caracas 1945.
*Del Mar*. Poemas. Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito, 1948.
*Humano Destino*. Poemas. Dibujos de Abel Vallmitjana. Colección Paloma. Edit. Nova. Buenos Aires, 1949. Obtuvo el Premio Nacional de Literatura.
*Folklore y Cultura*. Edit. Avila Gráfica, Caracas, 1950.
*Juan Liscano, Poetas Venezolanos*. Antología. Cuaderno Nº 2 de la Embajada de Venezuela en Buenos Aires.
*Juan Liscano, Antología Poética*. Lírica Hispana, Nº 97, Marzo 1951. Caracas.
*Caminos de la Prosa*. Comentarios. Ediciones Pensamiento Vivo. Talleres Civa, Caracas, 1953.
*Tierra Muerta de Sed*. Prólogo de Jorge Carrera Andrade. Librería Española de Ediciones París. 1954.
*Poemes*. Traducciones de Claude Couffon. Colección Autour du Monde, vol. XVIII, Pierre Seghers, París, 1954.
*Ciclo y Constantes Galleguianos*. Ensayo. Ediciones Humanismo. México, 1954.
*Nuevo Mundo Orinoco*. Poesía. Edtiorial Cordillera, Caracas, 1959.
*Nuevo Mundo Orinoco*. Ediciones Nuevo Mundo. Lima, La Habana, Bogotá, Caracas, México, 1960.
*Tierra Muerta de Sed*. Biblioteca Popular Venezolana. Vol. LXXIV, Ediciones del Ministerio de Educación, Caracas, 1960.
*Rito de Sombra*. Poemas. Editorial Cordillera. Caracas, 1961.
*Rómulo Gallegos y su Tiempo*. Ensayo. Biblioteca de Cultura Universitaria. Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1961.
*Folk Music of Venezuela,* from the Archive of American Folk Song. Edited by Juan Liscano and Charles Seeger. The Library of Congress. Division of Music. Album XV, Washington, D. C., 1947.
*The Colombia World Library of Folk and Primitive Music, Venezuela,* vol. IX. Compiled and Edited by Alan Lomax. Edited by Juan Liscano.
*Juan Liscano, 10 Poemas,* Recitados por su autor. Grabación Cruz del Sur. Centro Comercial del Este, Caracas.
*Preludio* para Orquesta, Voz y Cámara, cortometraje de Arcady, hecho con base al poema *Hija del Mar y de la Noche* de Juan Liscano.

# INDICE ANALITICO

## de nombres de persona, de lugar, de títulos y de materias

*A fin de facilitar la utilización más completa del índice, se ha hecho el mayor número posible de referencias cruzadas correspondientes a temas afines. Dentro de cada entrada las subdivisiones se han colocado generalmente por el orden de paginación de la obra.*

# INDICE ANALITICO

## A

# B

# CH

# D

# F

# G

# H

# I

# J

# K



# L

# N

# Ñ



# O

# P

# Q



# R

# S

# T

# U

# V

# W



# X



# Y



# Z

ESTE LIBRO se terminó de imprimir el día 30 de julio de 1962 en los talleres de la Editorial Sucre en la ciudad de Caracas, Venezuela. Para el texto se usó Garamond en 7, 9 y 11 puntos, titulares en Baskerville. Se editaron 6.000 ejemplares: 1.000, en papel Oream White Antique base 70, numerados y encuadernados en tela; y 5.000 en rústica, papel Condor Bond base 16; carátula en Enamel base 120.



Bs. 20